CYNTHIA PARREÑO PÉREZ

LA LEYENDA DEL NONATO



SAGA
ELTHYMERON
II





Saga
ELTHYMERON
II

LA LEYENDA DEL NONATO

Cynthia Parreño Pérez

Saga
ELTHYMERON
II

LA LEYENDA DEL NONATO



Primera edición: Junio 2025

ISBN: 978-84-09-70785-0

Impresión: Quares

Texto y corrección: Cynthia Parreño Pérez

Maquetación y edición: Cynthia Parreño Pérez

Maquetación y diseño de cubierta: Bryan Domínguez García (hellfox.dev.art)

Ilustración de cubierta: Wendy Clavero Díaz (erza.digital_art)

Mapa: Andrés Aguirre

Instagram: cynthiaparrenoperez

Email: cynthiaparrenoperez@gmail.com

Impreso en España – Printed in Spain.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de la autora, bajo la sanción establecida por la legislación vigente.

ADVERTENCIAS

Este libro contiene **escenas sexuales,**
escenas sangrientas, violencia explícita,
sufrimiento profundo y muerte.
Además de vínculos afectivos intensos que incluyen
amor, traición, envidia y desesperación.
Algunos pasajes exploran decisiones moralmente cuestionables y complejas, traumas y momentos de alta carga emocional y gráfica.
No es una historia ligera.
En este libro, el drama y la belleza van de la mano.
Lee con el corazón, aunque puede que no salga intacto.

Para esas amantes de los dragones
que sueñan con cabalgar a un buen elfo.
¿O era al revés?



GLOSARIO

LOCALIDADES & ZONAS HABITADAS:

ASZHROIN [ás ro in] — Bosque.

BUGBUDELL [búg bu del] — Ciudad.

CINNADAOIN [cí na doin] — Reino.

CINNADAOIN [cí na doin] — Reino.

DABHÄRION [da bá ri on] — Continente.

DÒSTANIT [dós ta nit] — Ciudad.

DOWÄFULDUR [do uá ful dur] — Ciudad.

DRILEMBIYR'H [drí lem bir] — Reino.

ELTHYMERON [el zí me ron] — Continente.

ERUFUL'H [é ru ful] — Bosque.

GOLDEUN [gól de un] — Ciudad. IRDHÜN [ir dún] — Ciudad.

KHOLENJY [kó len lli] — Ciudad.

KHOZARIL [kó za ril] — Ciudad.

UMYBLUD'H [ú mi blud] — Archipiélago.

LYTHEMIN [lí ze min] — Ciudad.

MUNTRAGON [mún tra gon] — Isla.

RIVALLAC'H [rí ba lak] — Ciudad.

SHAINRYL [sá in rril] — Ciudad.

UBOGHIL'L [ú bo guil] — Ciudad.

UPRAWHAL [ú prau jal] — Ciudad.

WOLFTUNDUR [uólf tun dur] — Reino.

YABANRIL [lla ban ril] — Ciudad.

YAGËILH [lla ge il] — Ciudad.

ÝKSINAI [ík si nai] — Ciudad.

ÝKSINUR [ík si nur] — Pueblo.

ZANDOORBROCK [zán dor brok] – Reino.

LYHÄNDRIL [lí jan dril] – Mundo élfico.

NOMBRES PROPIOS:

KAL'LADRIL [ká la dril]

AKHELBEC'H [á kel bek] — Apellido.

ARTRENIS [ar tré nis]

AVOULH [a vó ul]

AYNNUK [ai núk]

BÈL'LORYEL [bé lo riel]

CÒNRADEL'H [kón ra del]

DOHÄRION [do já ri on] — Apellido

DIBCAK'H [díb kak]

DÜLTOIR [dúl to ir] —Apellido.

DYÄNLOR [di án lor]

ELWË [él ue]

FËIRDEL [fé ir del]

HANSLEY [jáns lei] — Nombre basado en la novela Ruby de Nimbi.

JÓNGRUF [llón gruf]

KÈSTIRON [kés ti ron]

KIMFRËLD [kim frél] — Apellido.

KUOLRUK'H [ku ól ruk]

MÄITRYL [má i tril]

NÁINDYREN [náin di ren]

NENYA [né ni a]

ORTHEEL [ór zil]

PUOLHIRY [pu ó li ri]

ROHKEUL [ró ke ul]

SAUTHRIEL [sá uz riel]

SUMLI [súm li]

VARSÉS [bar sés]

VYTULLIA [bi tú lia]

ZABHARIEL [za bá riel]

ZAYDEAR [zai dé ar]

ZYNAEL [zi na él]

ALTUK'H [al túk]

ATHÜR [a zúr]

AVALDUR'H [á val dur]

BÀIAREL [bá 9 irá9]

DAI-SHA [dá i sa]

DÖRIEL [dó ri el]

DUBHÀS [du bás] — Apellido.

EL`LOIR [é lo ir]

ÈRIDEL [é ri del]

HALÄINEL [ja lái nel]

HÄMÄILDRYL [já mail dril]

GÄBRIAL [gá bri al]

ÌDHLARA [íd la ra]

IDRIL [í dril]

KARANTHIR [ká ran zir]

KELYTHAEL [ke lí za el]

KIVARYL [kí va ril] — Apellido.

LËERS [lirs] — Apellido.

MUSTADRIL [mús ta dril] — Apellido.

NAIREL [nai rél] — Apellido.

ONDATHRIL [on dá zril] — Apellido.

PÁGKHALAK [pág ka lak]

ROC [rok]

RÙLODRIK [rú lo drik]

SHULEOM [sú le om]

THAEÓN [za e ón]

VELYDREL'H [bé li drel]

ÝRUTOS [í ru tos]

ZÁLDUR [zál dur]

ZOILMHOR [zó il mor]

Idioma sygönish:

AGÖRALHI [a gó ra li] — “Gracias”

ÄLYET [á li et] — “Vivir”

ÄPHYLDS [á filds] — “Sagrados”

DÀ [dá] — “Tener”

DOH [dó] — “Dragón”

ELËNTHIR [e lén zir] — “Lo siento”

HÄNUL [já nul] — “Cielo”

LIKKOUT’H [lí kouz] — “Cambiador”

LIN [lin] — “De”

MÄILKUN [má il kun] — “Rey”

MALÈÜH [10 irá u] — “Padre”

MHYNESTIRRI [mi nes ti rri] — “Buenas noches” — Lo dicen cuando consideran una bendición poder acabar el día contigo.

NA [na] — “Y”

NHÓMATIR [nó ma tir] — “Nómada”

OG DEOL [og dé ol] — “Mucho/a,
Muchos/as”

SHBAL [es bál] — “Oscuro, oscuridad”

TULDRET [tul drét] — “Proceder”

TYLKAINEM [tíl kai nem] — Bebida alcohólica sygära.

ZALÈÜH [za lé u] — “Hermano”

ÄISLIM [á is lim] — “Sueño” o “Cansancio”

ANÄMY [a ná mi] — “Compañero de alma”

BAL’LAH [10 irá] — “Caníbal”

DÀMAÏR [dá ma ir] — “Madre”

DUGRULH [dú grul] — “No muerto”

HUMA [ú ma] — “Humano”

LILËADA [li lé a da] — “Helado/a”

LODHET [lo dét] — “Yacer” o “Descansar”

MÄILWEN [má il uen] — “Reina”

MÄLDRUH [mál dru] — “Tierra”

PHYLESTIRRI [fi les ti rri] — “Buenos días” –Lo dicen cuando consideran una bendición encontrarse contigo a la salida del Sol.

NER [ner] — “En”

NI AELYRËN [ni ae li rén] — “Te amo” — Lo dicen como pacto de amor eterno, cuando se entregan a esa persona sin retorno.

NI [ni] — “Yo”

ÒTHNOLU [óz no lu] — “Madre Naturaleza”

VAHL [vál] — “Luminoso, luz”

TYLKA [tíl ka] — “Fuego. Arder”

VEDEIL’H [be dé il] — “Agua”

WÄILKUN [uá il kun] — “Príncipe”

RAZAS & ESPECIES:

BUL’LOHÍ [bu lo gí]

FARCNAR [fárk nar]

HEKHERS [gé kers]

JALAION’H [já la ion]

KHIÄVAL [ki á bal]

NYËLKHEM [niél kem]

SYÖNAKS [sió naks]

YÖLOTA [lló lo ta]

NÄLAVH [ná lav]

ÈNHOBE [é no be]

FILLIKHEM [fí li kem]

ÍKKROLS [í krols]

KALASHKEM [ka las kem]

LÈMHÖRUL [lé mo rul]

SYGÄRA [sí ga ra]

UMHLIT [úm lit]

HUMA/HUMANO [ú ma]

Ríos, mares, montañas, etc:

UI-MUN [u i mún] — Cueva

YÓKHUBO [lló ku bo] — Bosque mágico y sagrado

QUINERINH [kuí ne rin] — Río

MONAÑAS DORADAS — Cadena montañosa

TULENMERYN’H [tu len mé rin] – Mar

AJAL’H [a jál] — Río

EODUUN [e o dún] — Bosque

SUNBERYN [sún be rin] — Océano

GYRAHSHINDAAR [gi rá sin dar] — Cascada (Antaño fue un portal que se abrió y trajo a los sygäras a Elthymeron)

PRINSERINH [prín se rin] — Río

JEDHELLA [ge dé lla] — Río

PICOS CIEGOS — Montañas

KÓNHRUL [kón rrul] — Bosque

JHASKUUN [jas kún] — Río

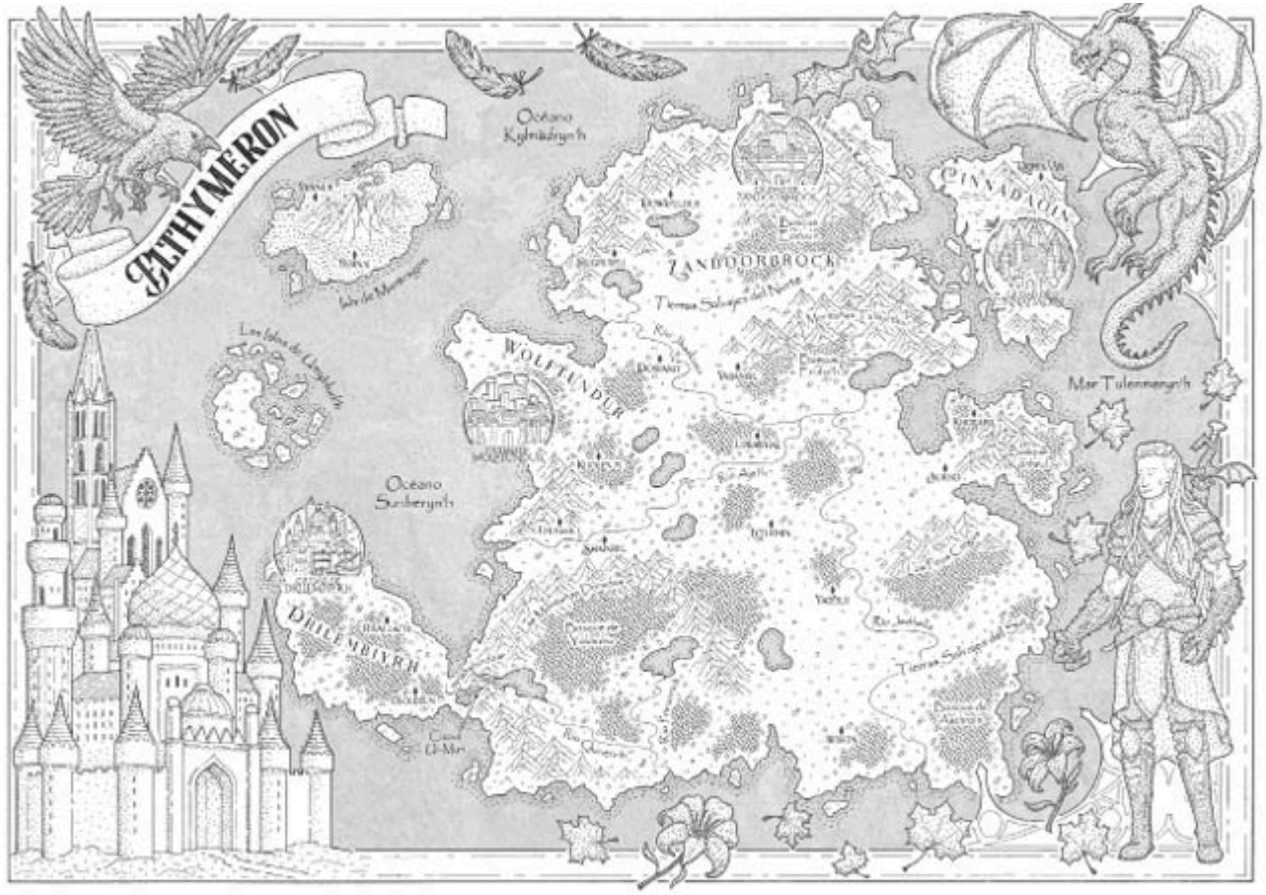
DOHIKÄÄR [dó gi kar] — Pico más alto

KYLMÄDRYN’H [kil má drin] – Océano

Este libro se lo dedico Tao, el amor de mi vida:

Gracias por acompañarme en este sueño, por motivarme y ser el mejor ayudante en cada evento.

Sin ti, nada de esto estaría siendo posible.


ÆTHYMERON
Océano Kylnädnyrh
Océano Sudenyrh
Mar Tulennenyrh
ZANDORBROCK
WOLFTUNDER
DHILEMBYRH
CINNADAGIN



CAPÍTULO 1
TORMENTA

Kal'ladril
1

Calmado y, a la vez, impaciente.

Mi corazón golpea contra mi pecho de forma regular y sistemática; siguiendo su ritmo de siempre, pero siendo a la vez muy diferente. Estoy ansioso. Estoy confiado, y al mismo tiempo inseguro. Quiero continuar y vencer. Quiero triunfar. Y paralelamente quiero abandonarlo todo.

Expiro lentamente, soltando todo el aire como si así pudiese eliminar las contradicciones que batallan en mi interior.

Calmado y, a la vez, impaciente.

Abro los ojos muy despacio y vuelvo a fijarme en este encapotado cielo del que solo escapa un rayo de luz. Pareciendo que las nubes hubiesen buscado abrirse en ese lugar exacto, para dejar pasar la magnificencia del Sol y que pudiese darnos en la cara. Como si los dioses quisieran demostrarme su esperanza.

Estamos todavía junto a las puertas abiertas del palacio de Wolftundur, habiendo dado tan solo el primer paso hacia fuera. Observo esta plaza de la muerte y su escultura de la tortura. Ahora está completamente despejada, pero hace un instante la ocupaba una oleada de humanos y soldados que gritaban y aullaban al unísono para apoyar la unión del Ejército Dorado con el Ejército de los Lobos; dándole la bienvenida a la

Segunda Gran Guerra, y también celebrando la caída de Mäilkun Doh.

Cierro los puños con motivación. Toda mi vida estuvieron entrenándome; toda mi vida estuve preparándome; y hoy por fin ya sé para qué. Si miro atrás en el tiempo, cada paso que he dado cobra sentido. Cada pelea, cada fase del adiestramiento y cada sueño. Pienso en mi padre; pienso en mi madre; y pienso sobre todo en mi hermano, el cual muy pronto será rey. Pienso en Drilembiyr'h; en la capital y en el resto de ciudades, dentro de la península y más allá de las Montañas Doradas. Pienso en el Bosque de Yókhubo; en cada criatura; en cada animal, ya sea presa o depredador. Pienso en cada espíritu y en cada vida. Pienso en todo lo que está en juego, y en toda la responsabilidad que cargo yo.

Entonces siento su mano agarrando la mía con fuerza y me giro hacia ella. Esa nyëlkhem que siempre está a mi lado desde hace ya tanto, y de la que ya no puedo prescindir. Esa elfa del bosque de Aszhroin que me mira y me desnuda el alma. Esa mestiza que se ha enamorado de un sygära. De mí.

Nuestros amigos aguardan a nuestro alrededor, dándonos este momento de dos.

Zynael me sonríe con intensidad, transmitiéndome su paz; esa misma paz que su orgullo solo muestra cuando confía en alguien de verdad. Y me quedo inmerso en ese gesto, perdiéndome en cada una de las facciones de su bonita cara. Volviendo a desvanecerme en sus preciosos ojos plata.

Entonces, obligándome a volver a la realidad, escucho una voz reconocida llamándome repetidas veces desde el interior del castillo.

Siento inevitablemente cómo se tensan todos y cada uno de los músculos de mi espalda. Ladeo la cabeza y observo por encima del hombro a Hansley Mustadril, mi prometida, que enseguida comienza a bajar acelerada las escaleras que dan a la primera altura del hall de la entrada, tratando de llegar hasta nosotros. Zynael respira hondo y suelta mi mano con calma, haciéndose a un lado al instante para colocarse junto a su mejor amiga; dándome todo el espacio que nos está permitido tomar.

—Pensaba que no llegaba —Suspira la sygära de cabello castaño cuando nos alcanza, dedicándome una iluminada sonrisa al mismo tiempo que me doy la vuelta hacia ella—. Gracias a los dioses que me he dado prisa.

Asiento con la cabeza, tranquilizándola.

—Aquí me tienes —pronuncio con quietud, aguardando.

—Menos mal. No podía permitir que te fueses sin verte una vez más —continúa ella sonriendo, bajando sus ojos a lo largo de todo mi cuerpo para apreciar mis nuevas vestimentas—. Estás espectacularmente guapo. Preciosa armadura ligera, digna de un sygära de tu nivel. Digna del capitán general.

—Agöralhi —respondo a la vez que inclino la cabeza con agradecimiento —. No esperaba que quisieras despedirte de mí.

—¿Cómo no hacerlo? —Sus dos manos agarran las mías con cautela, temblorosas y emocionadas—. No habría podido dormir si no te hubiese dicho lo feliz que me hizo la decisión de emparejamiento. El honor que siento al saber que serás mi esposo, y que seré tu esposa, supera a cualquier posición superior que vaya a tener mi hermana junto a Elwë.

Entorno la mirada, alcanzado y afectado por sus palabras.

—Eres una noble de alta cuna —le recuerdo—, ¿acaso llegar a ser reina no es algo con lo que hayas soñado? Imagino que incluso recibirías formación para ser la elegida.

Hansley niega con la cabeza rechazando mis suposiciones. Sus manos no me sueltan, y sus ojos tampoco.

—Te equivocas. Tengo a mi mayor sueño justo delante —responde repentinamente, paralizando mi circulación—. Eres Kal'ladril Akhelbec'h. He oído hablar de ti tantas veces, que ya estaba prendada antes de conocerte. Tenía muy claro con qué sygära quería casarme, y no llevaba una corona. El mayor guerrero de la historia será mi esposo y el padre de mis hijos. No existe nada más valioso que eso.

Siento una bola formándose en mi pecho. El hecho de haber escuchado la palabra esposo, y padre, me pesan inmensamente; sobre todo teniendo en cuenta que no lo deseo en absoluto. Al menos, no ahora. Y por supuesto, no con ella.

Me fijo en la ilusión que transmiten los ojos de Hansley. No quiero ser excesivamente brusco. No es culpable de que a mí, como hijo del rey, me toque este destino sin quererlo. Pero la realidad es que no siento ninguna

emoción positiva ante el futuro que plantea.

Hago una mueca incomoda, tratando de ocultar mis pensamientos internos.

—Me alegra que esta decisión te haga sentir tan dichosa — murmuro.

Me gustaría ser fiel a lo que siento y lo que pienso, pero no puedo rechazarla.

—Espero que tú puedas llegar a sentirte de la misma manera — sueña en voz alta, hablándome como si de verdad quisiese conseguirlo.

—Espero que tú puedas perdonarme por no ser la clase de esposo que, tal vez, puedas desear —añado, dejando claras mis prioridades—. No soy hogareño, ni tampoco excesivamente familiar. Pasaré el mayor tiempo fuera de casa cuando nuestros hijos tengan edad suficiente para decidir venirse conmigo.

Su sonrisa se enternece al compás con su mirada.

—Somos sygäras —menciona, como si creyese que he podido olvidarlo —, nuestro matrimonio jamás te atará a nada. Y eso no hará que me sienta menos afortunada —Da un paso hacia delante para acercarse más a mí y lleva una de sus manos a mi mejilla—. Solo quería que supieras cuánto te admiro y cuán feliz me hace nuestra unión, antes de que te vayas a matar a ese dragón. Sé que tal vez no deba, pero cuando he escuchado a dónde te diriges me he preocupado por ti —Humedece sus labios—. Me importas. Me importas de verdad.

La observo fijamente, sintiendo la honestidad que hay en cada una de sus confesiones; sintiendo ese interés romántico tan real que transmite hacia mí. Sintiéndome verdaderamente mal por no poder corresponderla de ninguna de las maneras.

—No sabía que eras tan entregada y tan dulce, Hansley —susurro.

—Lo soy contigo, porque voy a ser tu mujer —Entonces se inclina para besarme, colocando sus labios sobre los míos al mismo tiempo que cierra los ojos para disfrutarme.

Mi pie izquierdo retrocede en ese mismo instante, pero me detengo. Es mi futura esposa, y debo asumir y aceptar mi posición de prometido. No puedo reaccionar con tal negación porque, realmente, debería darme igual

si me besa o no. Pero me molesta. Me incomoda y, sobre todo, me preocupa cómo pueda percibirlo la nyëlkhem que tengo a mi lado. La única mujer a la que deseo sentir contra mi boca.

Hansley se separa tras un instante, volviendo a mirarme con los ojos brillantes.

—Estoy deseando empezar a compartir contigo la vida —añade— . Estoy deseando que nos unamos y dar descendencia al hombre más increíble que ha pisado este continente.

Respiro hondo. Siento mi corazón latiendo con fuerza y agresividad; pero no es excitación de escuchar lo que me está diciendo, sino nervios e incomodidad. Mantengo mi mirada fija en ella y llevo mi mano a su muñeca, agarrándola con suavidad.

—Todo llegará —le aseguro, intentando ocultar el pesar que siento detrás.

—Todo llegará —repite—. Ahora debes encargarte de lo más importante.

Afirmo con la cabeza.

—Ve, mi amor… Mucha suerte. Que los dioses te acompañen en tu misión —pronuncia con confianza—. Haz lo que debes hacer, y vuelve sano y salvo.

Tiro levemente de su mano para separarla de mi rostro, tratando de cortar su cercanía conmigo sin parecer demasiado rudo.

—No te preocupes por nada, estaré bien —pronuncio inclinando levemente mi cabeza con respeto, guardando la galantería y la elegancia; tratándola con la caballerosidad que merece—. Espero que tú también te cuides mientras tanto. No sé si nos veremos antes de la guerra o si ya deberá ser después, pero mantente siempre a salvo. Desgraciadamente estas tierras no son siempre seguras para las mujeres, y los peores peligros viven dentro de este castillo.

—Me cuidaré —me promete.

Comienzo a soltarla y doy un paso hacia detrás sin dejar de mirarla. Me llena de pena sentir la emoción en sus palabras; porque a mí ese futuro que describe solo me causa infinita rabia. No quiero dañarla, pero tengo

claro que jamás seré feliz con ninguno de los deberes que juntos nos aguardan.

Ladeo mis ojos cuidadosamente hacia Zynael, pero la rubia no ha vuelto a centrar su atención en nosotros. Al menos eso es lo que trata de aparentar, pues sigue con la cara ladeada y la mirada perdida. Dai-sha me observa cruzado de brazos, sin esforzarse en disimular el hecho de haber estado escuchándonos en todo momento. Mi amigo enseguida acude a colocarse a mi lado tan pronto como me doy la vuelta, mirándome fijamente a la espera de que diga algo.

—Futuro padre y esposo —murmura burlón mientras juntos comenzamos a caminar por fin; dejando el castillo y a mi prometida atrás. Todos los demás comienzan a seguirnos al instante—. Lo más divertido de todo ha sido la ilusión con la que te ha hablado. ¿Acaso no te veía la cara? —Se mofa—. Se nota que son gemelas. Es solo una copia de la otra; las dos igual de ciegas.

—No te metas con ellas —le pido suspirando—. Me dan pena.

Dai-sha me estudia unos instantes, y no tarda en darse cuenta de que hay algo afectándome verdaderamente respecto a este tema.

—¿Y esa cara? —pregunta mi amigo—. No me digas que es porque debes casarte, porque eso ya lo tenías asumido y jamás te ha afectado tanto. ¿Qué ha pasado?

—Nada que necesites saber —respondo cortante.

El hechicero abre la boca haciéndose el ofendido, llevándose la mano al corazón como si le hubiese hecho daño directamente.

—Vaya, ¿dónde han quedado esos amigos que solíamos ser? —Dramatiza a propósito, tratando de provocarme—. ¿He hecho algo para que ya no confíes en mí? ¿He fallado de alguna forma a nuestra amistad?

—No —rechazo al instante—. Es algo personal que no me corresponde a mí contar.

Mi amigo entorna ligeramente la mirada preocupado, pero no insiste. Sabe que si quisiera hablar, ya lo habría hecho. Me conoce y sabe que conmigo las insistencias no cambian nada, solo hacen que me cierre más.

Observo los cadáveres de las mujeres que se desangran en lo alto de los

muros que nos rodean, envueltos por esa masa de humo y la peste a muerte que no deja de salir por los hocicos de esas esculturas. Intento pasar de largo sin que me afecten los golpes, los llantos y las súplicas desgarradas que se escuchan en el interior de esos cuerpos de bronce.

—No lo soporto —gruño con la voz baja, avanzando con prisa para marcharme de aquí tan pronto como puedo—. Voy a matar a Kèstiron. Te juro que voy a matarlo por todo lo que ha hecho, y por todo lo que no deja de sumar.

—Sé que lo harás —garantiza Dai-sha, muy seguro de mis principios y de lo leal que soy a mi palabra—. Por cierto, ¿te he contado ya que anoche me acosté con él?

Detengo el paso al instante, quedándome clavado en mi sitio; obligando al resto a hacer lo mismo.

—¿Qué acabas de decir?

—Anoche me acosté con Kèstiron —confirma.

—¿Es esta alguna de tus bromas? —murmuro—. Espero que sea mentira.

Zynael y los demás mantienen el silencio, notando la tensión que acaba de apoderarse de mí.

—Ojalá lo fuese —Se ríe Dai-sha totalmente despreocupado, como si para él no tuviese ninguna importancia—. No esperaba gran cosa, y no me equivoqué. Pero ahora puedo decir que he yacido con los dos reyes más importantes de la actualidad de Elthymeron.

—¿Te has metido en la cama con ese ser? ¿Cómo tienes estómago para hacer algo así? —Mi desagrado crece con solo pensarlo. Es una imagen tan repugnante de imaginar, que incluso preferiría no haberlo sabido.

—Sabes que me he acostado con seres mucho peores, y siempre saco beneficio de ello. Los hombres tan simples como Kèstiron son muy débiles cuando les das buen sexo. Una vez están en ese momento de relajación, tras vaciar su único cerebro funcional, se vuelven completamente confiados e influenciables —me cuenta con orgullo.

Dai-sha se contonea volviendo a andar, dejándome atrás. No considero a mi mejor amigo capaz de acostarse con el mismo hombre que mandó que

nos torturasen a Zynael y a mí. A no ser que, como bien ha dicho, de verdad pudiese obtener un gran beneficio de ello. Entonces, cuando empiezo a buscarle un sentido a todo este despropósito, recuerdo las explicaciones de Kèstiron sobre su decisión de nombrarme heredero. Recuerdo sus palabras: «Tu amigo lleva varios días intentando hacerme entrar en razón. Desde que te encerré en mi prisión. No se rendía contigo. Hasta que anoche trajo a aquella mujer y me terminó de convencer».

Mi amigo era Avaldur'h, y ahora ya sé quién era la mujer.

Mis puños se aprietan con rabia sin poder controlarlos.

—Así que eras tú —Lo encaro, volviendo a detener al grupo. Colocándome justo en medio de su trayectoria para frenarlo—. Tú eras la mujer que anoche ayudó a Avaldur'h a convencer a Kèstiron de que tomase la decisión que ha tomado.

Mi amigo abre la boca, quedándose bloqueado ante mi reacción y acusación.

—No sé qué me revienta más. Saber que te has acostado con el hombre que nos hizo aquello a Zynael y a mí, o el hecho de que estés tramando algo junto a Avaldur'h a mis espaldas mientras te haces llamar mi amigo —Siento mi rabia creciendo—. Fuiste testigo de lo que me hizo, ¡fuiste testigo de lo que le hizo a ella! ¡¿Y te acuestas con él?! — Elevo la voz—. ¿Cuál era tu plan? ¿Causar celos en mi hermano? ¡Has provocado que se sienta amenazado por mí! ¡Hasta hoy, Elwë y yo jamás nos habíamos enfrentado! Has visto lo que el norteño y tú habéis ocasionado, y aun así te has quedado callado, cruzado de brazos como un cobarde. Y ahora estás aquí contándome tu encuentro a medias tintas, fingiendo que no fue nada importante.

Zynael vuelve a mi lado y se cruza de brazos observando a Dai-sha con desagrado, esperando también su respuesta. Mi amigo nos mira a ambos y frunce el ceño.

—Entiendo que os dé rabia, pero te estás equivocando — rechaza—. Avaldur'h y yo no teníamos ni idea de que Kèstiron iba a nombrarte mano derecha y futuro heredero. Ambos sabemos que no quieres un trono, y mucho menos el de Wolftundur —me cuenta—. De hecho, pensaba que nunca más volvería a ver a Avaldur'h, hasta que me lo crucé anoche.

Cuando desapareciste del baile con Zynael, supuse que os habíais ido a tu habitación y quise ir a ver cómo os encontrabais. Fue entonces cuando lo vi, caminando tranquilamente por los pasillos. Te prometo por el nombre de mi hermana que no había sabido nada de él desde que nos encerraron en aquellas celdas.

Analizo su actitud. Está relajado y parece sincero.

—Eso ahora mismo me importa una mierda, Dai-sha —gruño—. No es lo que me interesa saber.

—Lo sé, lo sé… Déjame seguir contándote —intenta tranquilizarme—. Me acerqué a él con la inocente intención de sumar un ligue élfico norteño a mi lista, pero me reconoció. Y entonces me propuso ese plan de tres.

Arqueo las cejas. Todos los demás se mantienen al margen de la conversación, pero están muy atentos a ella.

—Avaldur'h te propuso un trío con Kèstiron y, por alguna razón que desconozco y detesto, tú aceptaste. De acuerdo —murmuro—. Ahora. Dime. Qué. Finalidad. Pretendíais. Lograr —Me acerco más a él, retándolo con la mirada. Impaciente.

—Queríamos lograr manipularlo, entre los dos. Queríamos que se sintiese tan inferior a vosotros que se viese obligado a dejar su orgullo a un lado —revela—. No propuso un trío con Dai-sha, necesitaba a Lorelei. Fue solo un juego. Un teatro. Avaldur'h me presentó ante Kèstiron como Vyttulia, como la reencarnación de la diosa humana de la lujuria. Y el muy idiota se lo tragó. Pensó que la mujer que había aparecido en su baile era su mismísima diosa —Dai-sha me mira fijamente. Está diciendo la verdad y le preocupa que no le crea—. Le hablé bien de ti y de los tuyos, en nombre de Vyttulia. Llevé a cabo mi papel. Por amor a la actuación y porque quería que te admirase y se disculpase.

—¿*Solo* un juego? —gruño—. ¡No fue solo un maldito juego! Fuisteis vosotros dos los que le revelasteis mi misión. ¡Y ahora todo el maldito reino de Wolftundur sabe que voy a matar a Mäilkun Doh!

—Sí, lo siento —se disculpa, intentando no verse afectado por mi manera de gritarle—. Tal vez se haya levantado con la idea de nombrarte heredero tras lo que su diosa le dijo, pero te aseguro que no era esa nuestra intención. Y tampoco pretendíamos que pregonase tu misión. Solo

queríamos manipular su manera de pensar.

Mi mirada se afila con rabia. No puedo creerme que mi mejor amigo haya sido capaz de hacerme esto.

—Vamos… perdóname —Intenta acercarse a mí, pero yo retrocedo—. Kal'ladril, venga… ¿Ya no te fías de mí? No te habría contado que me he acostado con Kèstiron con tanta naturalidad si quisiera mentirte después.

—No me estás ocultando nada, ¿verdad, Dai-sha? —Mi voz suena áspera y rabiosa—. ¿No me estás mintiendo con esta historia? — Necesito realmente que me responda—. Mírame a los ojos y dime que estás siendo completamente honesto conmigo.

—Soy tu amigo…

Vuelvo a acercarme, pero no como a él le gustaría. Mis puños están tan apretados que siento mis uñas clavándose en mis palmas.

—Mírame a los ojos y dime que estás siendo completamente honesto conmigo.

—Estoy siendo honesto contigo —pronuncia con su mirada fijada en la mía. Su cuerpo y su pulso tiemblan. Jamás me había visto retándolo de esta manera—. ¿Acaso no te he demostrado siempre que puedes confiar en mí?

Inspiro profundamente. «Por supuesto que sí. Pero hasta las personas en las que más confías pueden mentirte si temen que la verdad pueda arriesgar algo a lo que dan prioridad».

—Lo siento… de verdad —susurra. Sus ojos comienzan a estar vidriosos —. No debería haberme acostado con Kèstiron. Te…

—A mí me da igual con quién te acuestes —le corto, impidiendo que diga ninguna memez más—. Eres adulto. Métete en la cama con quien te dé la gana. No voy a ser yo quien te juzgue si hasta Kèstiron traspasa tu nulo filtro.

Vuelvo a darme la vuelta y comienzo a andar. Mi enfado no ha desaparecido, pero tampoco quiero escuchar disculpas absurdas.

Zynael enseguida se coloca junto a mí y, como si fuese un ángel que acude a tranquilizarme, noto sus dedos rozando los míos suave y disimuladamente. Nuestras yemas se acarician, para enseguida volver a

soltarse cuando el hechicero vuelve a adelantarse para continuar con la conversación. Separándonos para captar toda mi atención. Colocándose entre la nyëlkhem y yo.

—Espera, hay algo más que debo decirte —pronuncia.

—Dai-sha, no me jodas.

—Después de la guerra... —comienza, pareciendo buscar las palabras correctas—. Cuando la guerra acabe, no creo que volvamos a vernos.

Mis ojos se abren de nuevo, totalmente sorprendido por lo que acaba de anunciar. Esta vez es él quien detiene al grupo, sosteniéndome por el brazo.

—Tu hermano va a ser ascendido al trono —me recuerda—. Creo que es obvio que dejaré de servir a la corona en ese mismo instante.

—En lo que representa la corona somos más gente, no solo Elwë —le recuerdo, tratando de limar esa radical idea de su cabeza—. Mi padre seguirá apoyando y supervisando el reinado de mi hermano hasta que muera, así que tú puedes seguir sirviendo a Karanthir. El ascenso no tiene que cambiar eso.

Los ojos de Dai-sha se cristalizan con emoción. Entonces me dedica una tierna y dolorosa sonrisa que me paraliza el corazón; porque es la misma que se encuentra en una indeseada despedida.

—¿Vas a hablarme o te vas a quedar callado mirándome con pena? —me desespero—. ¿Qué ha pasado para que tomes esa decisión?

—Era algo que se había pasado por mi cabeza varias veces, pero ya lo tengo claro —responde—. No seguiré en Drilembiyr'h. Saldré y exprimiré al máximo lo que he conseguido hacer de mí durante todos estos años.

Me quedo en completo silencio. Ya no sé si sigo enfadado con él, si estoy dolido porque tendré que despedirme de mi mejor amigo, o si son ambas cosas.

—Cuando acudí a tu padre después de la muerte de mi hermana, lo hice voluntariamente porque me había quedado solo; porque necesitaba usar mis capacidades junto a alguien de poder para llegar a ganarlo yo; y porque no tenía ningún sitio al que poder llamar hogar — se explica—. Pero ya no es así. Ya no quiero, ni necesito, estar al servicio de nadie. Soy

Dai-sha Génesis.

Respiro profundamente, analizando las palabras del hechicero. El mismo que me acompaña desde poco después de mi nacimiento. El mismo con el que crecí y con el que tantas veces me he reído. El único que siempre me trató como a un igual, y que se emocionaba con mis aprendizajes de forma sincera y real. El único que no me exigió jamás. El único y mejor amigo que, en toda mi vida, he podido encontrar.

Estoy bastante afectado por lo que acaba de decirme; pero soy incapaz de reprocharle ni recriminarle nada. Porque le entiendo. Le entiendo perfectamente.

—No voy a estancar a mi ambición en tierra de ningún rey. Es tiempo de cambio, y lo aprovecharé. Seguramente vuelva a Khozaril. Con mi presencia atraeré clientes, y volveré a hacer de ella una ciudad grande. Incluso puede que monte una escuela de hechicería —revela sus planes.

Me cuesta un rato asimilarlo, pero finalmente asiento con la cabeza. Comprendiéndole. Reconociendo en cada una de sus palabras a mi mejor amigo. Dándole así la tranquilidad que parecía necesitar con respecto a mi reacción.

—No sabía que estuvieses planteándote nada de esto —me excuso, tratando de dar una explicación a la sorpresa que antes he mostrado—.

Pero te entiendo.

—¿No estás molesto? —parece preocuparse.

—No, claro que no —respondo—. Por esto no.

—Por *esto* no… —repite mis palabras con pesar, como si le echasen un gran peso encima—. Lo siento…

—Ya está. Deja el tema de Kèstiron ahora. Da igual —le tranquilizo.

—Kal'ladril, tú eres la única parte de mi vida que por nada del mundo quiero arriesgar —me habla muy en serio, preocupado por nuestra relación—. Eres como un hermano para mí. Pase lo que pase, siempre estaré del mismo modo para ti.

Suspiro y asiento, intentando ignorar el asunto del rey de Wolftundur. No quiero que piense que su decisión de mudarse fuera de Drilembiyr'h vaya a cambiar algo entre nosotros. Dai-sha siempre va a ser mi amigo.

Relajo mi semblante, apoyo mi mano sobre su hombro y lo aprieto con cordialidad, disculpando todo con este simple gesto. Siento cómo su cuerpo flaquea bajo mi tacto. Va de duro, de frío y de insensible; pero es todo lo contrario. Es una persona con muchísima necesidad afectiva.

A pesar de tener esa actitud soberbia y orgullosa de sí misma, le cuesta creer que de verdad pueda llegar a ser imprescindible e importante para alguien.

Entonces veo la primera lágrima escapándose de su párpado, a pesar de su clara insistencia para retenerla. A ella, y a todas las que comienzan a seguirle.

—Tranquilo… —susurro, tirando de él para pegarlo a mi cuerpo. Hundiéndolo en un cálido y afectivo abrazo.

Dai-sha me rodea con fuerza, hundiendo su cara sobre mi pectoral izquierdo, refugiándose en mí.

—Lo siento —Se rompe su voz.

—No te preocupes. Ya está.

—Lo siento… —repite.

Zynael coloca con suavidad su mano sobre mi brazo y me observa con cariño, dándome ese apoyo con la mirada que solo ella me sabe dar. Sabiendo que, a pesar de que he reaccionado con completa comprensión y naturalidad, en el fondo no estoy tranquilo con lo que ha hecho, ni preparado para aceptar que nos tendremos que separar.

***

Salimos de la ciudad para dirigirnos a la misma colina donde habíamos acampado una vez. Por el camino nos cruzamos con muchísimos de mis hombres. El reino humano está repleto de elfos vistiendo esos brillantes yelmos dorados, resplandeciendo sus armaduras más que nunca entre la niebla de este frío lugar. Todo los humanos se mostraban asombrados e impactados, y mencionaban la curiosidad que les despierta el hecho de no poder ver el rostro que hay debajo de ninguno de ellos, haciendo de todo el Ejército Dorado un único sygära igual.

Conforme vamos subiendo la ladera de la montaña, vamos divisando la infinidad de campamentos que se han plantado en torno a la capital. Es

impactante, y solo demuestra una vez más la seriedad de la guerra a la que nos vamos a enfrentar.

Entonces veo por fin a Avaldur'h, aguardando ligeramente escondido entre los árboles. El sygära albino hace un gesto con la cabeza saludándonos.

—Pensaba que os habíais olvidado de mí —se queja el norteño cuando llegamos frente a él.

—He tenido algunas distracciones por el camino —me excuso.

—Muchos compañeros de armas a los que saludar, ¿eh? —Se ríe— . ¿Has visto la cantidad de vahl sygäras que hay por todas partes? Ni siquiera sé cómo he conseguido llegar hasta aquí. Por suerte se creen tan superiores a los humanos, que no prestan atención a nadie que no vista con vuestros yelmos.

En ese momento mi mejor amigo se adelanta para dirigirse también al alquimista.

—Cuánto tiempo… ¿qué tal has amanecido? —bisbisea Dai-sha con sarcasmo y flirteo. Avaldur'h enarca una ceja—. Le he contado a Kal'ladril lo que hicimos anoche. Le he contado que nos acostamos, y el juego que usamos con Kèstiron.

El elfo abre sus ojos con sorpresa, pero enseguida vuelve a relajar su semblante.

—¿Le has contado también los detalles más privados? —parece burlarse, mostrándose despreocupado—. Imagino que no te ha gustado escucharlo, a pesar de que Kèstiron ya te lo había revelado.

—Kèstiron no pudo decirme que esa mujer a la que incluiste fuese mi mejor amigo, porque no lo sabía —le rectifico—. Y no, no me ha gustado en absoluto escucharlo.

El norteño se encoje de hombros.

—Creyó que era Vyttulia.

—Eso me ha dicho Dai-sha, sí. Solo un *juego* —Me cruzo de brazos mirándolo de arriba abajo con molestia—. Prefiero no volver a hablar del tema, o volveré a recordar todas las razones que tengo para estar enfadado.

Avaldur’h asiente. Entonces ladea su cabeza y lleva su ojo a Thaeón, a Jóngruf, a Idril y a Záldur; mostrando su extrañeza.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí? ¿Habéis venido a despediros? — plantea jocoso.

—¿A despedirnos de ti? Venga, no eres tan importante —responde Thaeón con una sonrisa pícara, ladeando la comisura de sus labios—.

¿Crees que vendríamos totalmente equipados y armados solo para eso?

El albino abre la boca sorprendido.

—¿Vienen con nosotros? —me habla directamente, mostrando su impacto.

—¿A ti qué te parece? —evidencia Jóngruf.

Avaldur’h se gira para mirarlos de nuevo, y enseguida sonríe con ligera malicia.

—Sabes que nos van a retrasar, ¿verdad? Si la guerra comienza en la Séptima Luna, y nosotros tenemos que aguantar el ritmo de estas personas… —me habla directamente—. No vamos a llegar a tiempo de matar al gran doh antes de eso, y mucho menos nos va a dar tiempo para regresar.

—¿Tienes algún problema con nuestra presencia? —salta Jóngruf de nuevo.

—Con vuestra presencia ninguno. Lo tengo con vuestra debilidad — responde Avaldur’h—. Nos retrasaréis. Caminar hasta Cinnadaoin con vosotros va a ser imposible.

—Eso no es cierto —Parece indignarse Idril—. Hemos demostrado que somos fuertes para soportar lo que sea.

Avaldur’h rueda los ojos al cielo.

—Tú precisamente eres la menos indicada para hablar, querida — ataca a la castaña.

—No te pases con las confianzas, Avaldur’h —salta Zynael en defensa de su amiga

—No juzgo la intención. Pero no tenéis la resistencia, ni la agilidad, ni la rapidez de un sygära. Y el clima tampoco os va a ayudar, en absoluto.

Zynael no tiene otra opción, pero vosotros sí —añade el norteño—. Desde que me uní a vuestro peculiar equipo, os he visto tiritar cada noche a pesar de que dormíais en tiendas. Creedme, a excepción de Kal'ladril, ninguno de vosotros está preparado para el gélido frío de mi reino.

—¿A excepción de Kal'ladril? —Se sorprende Záldur—. Él viene de la tierra más cálida de Elthymeron. En todo caso, sin contarte a ti, yo soy el más acostumbrado al frío de todos los presentes.

—No quiero ofenderte, pero confío más en este sureño que en ti —me enaltece Avaldur'h, fijado en su opinión—. No tenéis el aguante de un sygära, ni tampoco la velocidad. Y el frío os va a matar.

—Es cierto que ninguno de nosotros somos tan ágiles y rápidos como vosotros. Ni siquiera Idril y yo —vuelve a meterse Zynael—. Pero por esa misma razón nos esforzamos mucho más. No les puedes prohibir acompañarnos si es su voluntad.

El albino clava su único ojo en Zynael, observándola con paciencia.

—No les prohíbo nada, solo les advierto. Incluso se podría decir que estoy preocupándome por ellos —se defiende—. No van a poder ni caminar cuando las temperaturas comiencen a descender como van a descender. Si os habéis quejado de esto, Cinnadaoin os va a parecer el infierno revertido.

—Son adultos. Espero que sepan ver por ellos mismos dónde se están metiendo —determino finalmente, respaldando la decisión del grupo—. Son parte del equipo, no les voy a rechazar si nos quieren ayudar. De todos modos, ya he comprobado que no sirve para nada. Espero que con la misma seguridad con la que se han ofrecido a venir para ayudarnos, sean voluntarios para darse la vuelta si comienzan a ralentizarnos.

Todos se giran hacia mí, escuchándome con atención.

—Sed conscientes de que nos dirigimos hacia el norte, y que las temperaturas allí serán insoportables —Los voy mirando de uno en uno, para verificar que están seguros—. Llegará un momento en el que vuestras piernas no podrán reaccionar. Ahora estáis motivados a acompañarnos y lo acepto, pero debéis estarlo también en esos momentos. Porque si alguno no sigue el ritmo de los demás, no dudaré en dejarlo atrás.

Asienten con seguridad.

—Por suerte para vosotros, no haremos todo el camino a pie — añado de repente.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta Avaldur'h confundido.

—Caminaremos hasta Dostanit, donde pararemos a comprar las provisiones y la ropa de abrigo que vayamos a necesitar —comienzo a contar el plan—. Después continuaremos hasta el reino de Zandoorbrock; algo que calculo que lograremos mucho antes de dos lunas, mucho antes de la Sexta. Por aquel entonces, el ejército de Ortheel ya estará avanzando por las Tierras Salvajes del Norte. Cruzará con la bajada del agua; y eso, este año huma, ocurrirá en la Quinta Luna.

—¿La bajada del agua? —se interesa Záldur.

—Cinnadaoin no es una isla, es una península. Pero su enlace con el resto del continente permanece hundido once lunas cada año humano —responde Avaldur'h—. Es imposible cruzar de un lado a otro durante esta época. Las aguas que separan Cinnadaoin tienen remolinos internos que hacen imposible el navegar; y están demasiado heladas como para meterse en ellas y nadar. Solo una vez, cada año, se produce la bajada del agua que permite cruzar. Dura dos ciclos enteros de esta manera, hasta que la marea vuelve a subir. Los sygäras estudiaron este fenómeno, y vieron que ocurre con el Descanso de las Estrellas. Por eso podemos asegurar cuándo cruzará.

—¿Y qué es el Descanso de las Estrellas? —insiste Thaeón.

—Cada año, hay un ciclo lunar en el que las estrellas comienzan a brillar con escasa intensidad. A las dos lunas que dura, los sygäras lo llamamos el Descanso de las Estrellas; pues parece que hayan rebajado su fuerza para descansar —les explico a todos—. Siempre empieza el ciclo siguiente al del año anterior. Sabemos que esta vez ocurrirá en la Quinta Luna, porque el último fue en la Cuarta.

Zynael me escucha con atención, cautivada por lo que acabo de contar.

—Una vez en Zandoorbrock, cuando haya convencido a los enanos para que viajen a Wolftundur para unirse a la guerra, haré uso de algo que he estado guardando para el momento en el que el tiempo me hiciese verme apurado —continúo, volviendo a lo estábamos discutiendo—. Algo que por suerte Kèstiron no consideró importante, y que no me quitó cuando nos

apresó.

La rubia abre la boca con sorpresa, y enseguida se acerca a mí para agarrar mi brazo.

—¿Hablas de la pluma del farcnar? —adivina—. ¿Vas a llamar a Roc y Sumli?

Mi cabeza asiente con tranquilidad, confirmando sus sospechas.

—Pero…, ¿y si los ven? Es peligroso. No los hemos llamado hasta ahora para evitar que los reconozcan —duda Zynael—. Además, somos demasiados y ellos son solo dos. Eso deja a la mitad del grupo en tierra.

—Por eso los llamaré al salir de Zandoorbrock y no antes. Saben volar lo suficientemente alto como para no ser descubiertos, y que desciendan para recogernos allí no será un peligro. No habrá habitantes que puedan divisarlos —le explico—. Además son increíblemente rápidos. Un viaje de bastantes días, sobre sus lomos será menos de uno. Primero iremos tú, Avaldur'h, Dai-sha y yo. Y una vez nos dejen a nosotros, volverán y recogerán a los demás. Así también podremos asegurar el lugar.

Zynael asiente enseguida, comprendiendo al instante mi estrategia.

—Los necesitaremos también para volver a Wolftundur —me recuerda —. Si es que logramos sobrevivir y de verdad acabamos con la vida del dragón.

Afirmo con la cabeza.

—Lo tengo en cuenta y créeme, me revienta. Pero, si queremos llegar a tiempo para la guerra, no tenemos otra opción —respondo. —Espera, espera… —Avaldur'h se acerca a mí con el cuerpo completamente tenso, todavía incapaz de asimilar lo que acaba de escuchar—. ¿Roc y Sumli? —intenta asegurarse—. ¿Quiere decir eso que la pluma que llevas colgada de esa trenza es la pluma de un farcnar vivo? ¿Todavía queda algún espécimen vivo? —Su asombro es evidente. No parece dar crédito—. Pensaba que estaban extintos. Creí haber escuchado que todos murieron en la Gran Guerra.

—Porque eso es lo que mi padre hizo creer al resto de Elthymeron —le confieso al norteño—. La realidad es que sigue habiendo dos especímenes vivos. Un macho y una hembra, a los cuales he estado cuidando y protegiendo desde que me permitieron salir del palacio.

—¿Dónde han anidado todo este tiempo? —se interesa—. ¿Por qué nadie ha mencionado nunca haberlos visto?

—En una cueva en la cima de uno de los picos más altos de las Montañas Doradas, cerca de Gyrahshindaar —revelo con confianza—. Desde que acabó la Gran Guerra, ninguno de los dos miembros de la pareja ha volado más allá del límite Yókhubo. Siguen nuestras peticiones y se esconden para evitar ser cazados. Sería una desgracia si la última pareja de esta especie sufriese algún tipo de ataque. Solo los sygäras de la península sabemos que están ahí, porque solo nosotros los hemos visto sobrevolar nuestros cielos.

Avaldur'h asiente, comprendiendo enseguida lo que intento explicarle.

—Por primera vez, las mentiras de Karanthir me parecen coherentes. Entiendo que no los quisieses llamar hasta ahora. Son uno de los tesoros más bellos de Sauthriel, habéis hecho bien en cuidarlos y protegerlos. Agöralhi og deol, zalèüh —murmura—. No puedo creer que vaya a volver a ver a dos farcnars…

El elfo de cabello rubio albino sonríe llevando su mirada al suelo, pensando en todo lo que acaba de escuchar. Parece realmente feliz de saber que la raza de los farcnars sigue presente, y sobre todo de saber que se trata de una pareja, algo que a todos nos da esperanzas. Aunque, en todos los años que han pasado solos, no han criado ni una sola vez. Esperemos que Roc madure pronto y comience a interesarse en buscar a Sumli de otra manera, pues sigue actuando como un joven polluelo al que únicamente le interesa comer y jugar.

—¿Qué es un farcnar? —pregunta de repente Záldur, desconocedor de nuestros äphylds. Totalmente ajeno a lo que consideramos sagrado.

—Un ave hermosísima y majestuosa, con una fuerza increíble. Un äphyld: un hijo sagrado de Sauthriel, nuestra diosa —responde Avaldur'h, volviendo a levantar su mirada hacia el pelirrojo—. Son inmensos; con un plumaje negro, denso y brillante; el rostro idéntico al de un cuervo; y caminan sobre cuatro potentes y afiladas garras.

—¿Es carnívoro? —plantea el rudo y peludo humano, interesado en lo que escucha.

—Omnívoro —contesta Zynael, haciendo muestra de todo lo que ha

estudiado respecto a nuestra cultura, una vez más—. Pese a su tamaño, son capaces de alimentarse con cualquier cosa que encuentren. Comen vegetales; animales pequeños o grandes que cazan al vuelo; e incluso carroña. Son capaces de comerse hasta el cadáver de un humano, o un sygära, si logran percibir su olor —prosigue—. Incluso podrían cazarnos. Pero no son agresivos y, como tienen presas mucho más sencillas, no sé de ninguna vez que lo hayan intentado.

—En la Gran Guerra lo hicieron —revelo de repente—. Ayudaron al ejército de Drilembiyr'h. Atacaron al enemigo de Cinnadaoin y a los enanos de Zandoorbrock; y eliminaron a muchos de ellos.

—Se dieron un festín que les costó morir —sentencia Avaldur'h— . Son criaturas de climas cálidos, y vosotros erais los que convivían con ellos. Se criaron a vuestro lado, y por eso os ayudaron. Nosotros no queríamos matarlos.

Respiro hondo y le dedico una mueca de aceptación, dándole al norteño la razón.

—Si yo hubiese participado en aquella guerra, si la hubiese liderado, créeme cuando te digo que no les habría permitido unirse —le garantizo—. Aunque los shbal sygäras fueseis nuestros enemigos en aquel enfrentamiento, ambos lados de la raza compartíamos los mismos dioses. Los farcnars también eran äphylds para vosotros. No teníais razones ni motivos por los que pelear contra vuestros animales sagrados.

Avaldur'h me observa fijamente, escuchándome con atención. Algo en su relajada mirada me dice que le agrada escucharme hablar de esta manera.

—No habría permitido que los äphylds tomasen parte en un enfrentamiento que era únicamente político y personal —le aseguro—. Aquellos animales no eran vuestros enemigos. Pero al unirse al bando del sur os atacaron y, con ello, os obligamos a matarlos.

—Es gratificante comprobar que piensas de esa manera — masculla—. Pues te aseguro que fue duro para nosotros verlos caer. Tanto como para vosotros.

—Estoy seguro de ello, y en nombre de Drilembiyr'h lo lamento — respondo con calma—. Pero eran otros tiempos. Mi padre era líder del

ejército y también rey. El peso de tanta responsabilidad y el resentimiento que pudo haber acumulado hacia los tuyos, le pudieron. Tomó decisiones que, si hubiesen estado en mi mano, no se habrían dado igual.

—No te preocupes. No es tu culpa —me tranquiliza—. Como bien has dicho, fueron otros tiempos. Tú ni siquiera habías nacido.

—Bueno... —Sonrío, intentando quitarle seriedad al asunto—, lo hice esa noche.

—*Tras ese último lamento ronco del fallecer, se escuchó el llanto agudo de aquel que acababa de nacer* —recita Avaldur'h, recordando la profecía de mi nacimiento.

Frunzo ligeramente el ceño, entornando la mirada. Avaldur'h se mantiene en completo silencio sin dejar de observarme, como si quisiera analizarme o como, si por el contrario, estuviese analizándose a sí mismo. Entonces libera una risita jocosa y se da la vuelta para comenzar a caminar hacia el bosque.

—En fin, ¿nos marchamos ya? —Eleva la voz mientras se aleja— . Si comenzamos con semejante charla el viaje, desde luego que vamos muy mal.

Ladeo mis ojos hacia Zynael, que también hace lo mismo hacia mí. Le dedico un gesto con la cabeza para comenzar a caminar, obligando a reaccionar al instante a todos los demás que enseguida nos siguen sin rechistar.

La última parte de nuestro trayecto acaba de empezar.



Kal'ladril
2

Hemos tardado siete amaneceres en llegar hasta la siguiente

ciudad. La ciudad de Dostanit; una gran ciudad amurallada, que sirve como límite entre el reino de Wolftundur y las Tierras Salvajes del Norte. Una ciudad llena de torreones de vigilia y perfectamente custodiada que, más que una ciudad, parece un campo de entrenamiento militar.

Los soldados de Wolftundur no dejan de correr y de entrenar. Es evidente que ya ha llegado la noticia de la Segunda Gran Guerra, y todos han comenzado a prepararse para estar en perfecta forma con la intención de ganar. Al fin y al cabo, ninguno de ellos ha participado nunca en una guerra de verdad. Desde que el bando del sur ganó al norte, es la primera vez que la paz se ve alterada en ocho mil setecientos años humas.

Todas las personas de esta ciudad que no van a participar en el enfrentamiento, comienzan a evacuar hacia el sur del reino en dirección a la capital; siguiendo las órdenes de su rey. Dostanit será el lugar donde se asentarán todos los soldados, sirviendo al ejército aliado de campamento militar; pues es la ciudad más cercana al punto donde la guerra tendrá lugar.

Al norte de esta ciudad está el Río Jhaskuun, la barrera natural aprovechada para dividir ambas tierras. Un río menor cuyo cauce nace del mismo Río Ajal'h. La estrategia de nuestro bando es colocarnos al otro lado de este río para aprovechar este obstáculo y proteger el reino de Wolftundur; utilizando también la elevación de las Montañas Tulilynthur, las cordilleras del oeste y el Bosque del Ahorcado, para esconder a parte del ejército y atacar a nuestro oponente desde todos los flancos. Así, si algo saliese mal y tuviésemos que retroceder, podríamos servirnos del río y

de su único puente para generar un efecto cuello de botella o embudo; minimizando y restringiendo el número de atacantes.

Los demás han entrado a Dostanit acompañados de Avaldur'h, aprovechándose de su influencia, para comprar las pieles con las que van a abrigarse a partir de ahora. Mientras tanto, Zynael y yo esperamos a las afueras ligeramente apartados. Entrenando su magia y mi poder. Así como hemos hecho cada día desde que partimos de la capital, con la intención de dominarlo a la perfección llegado el día de la batalla. Es el primer momento a solas que tenemos, pero tampoco podemos aprovecharlo como a los dos nos gustaría, porque hay cosas mucho más importantes que hacer.

Estoy descamisado, con mis extremidades superiores transformadas. La parte de arriba de mis ropas descansa bajo el tronco de un árbol. La elfa acaba de hacer llover a voluntad por primera vez, evaporando con su fuego su propia agua; originando una espesa y densa nube sobre algunos de los altísimos cedros del bosque.

Sonrío increíblemente hipnotizado por su don cuando, con una ráfaga de aire, dispersa esa masa de vapor. Vuelvo a bajar mis ojos hacia ella y me acerco lentamente, colocando mi peluda garra negra sobre su fuerte mano de guerrera.

—¿Te das cuenta de que eres increíble, verdad enana? —le susurro—. Es sorprendente lo rápido que estás aprendiendo a dominar tu magia.

—Ojalá la dominase de verdad —Suspira ella, totalmente autoexigente consigo misma—. Todavía no logro nada con el elemento de tierra. Al menos, no como me gustaría —anota—. Hacer crecer ramas y vegetación está bien, pero…

—¿Por qué siempre tienes que hacer eso? —le corto, mirándola fijamente con una tierna sonrisa en los labios.

Su mirada se clava en la mía con ligera confusión.

—Deja de exigirte siempre más, y valórate por todo lo que vas mejorando día tras día —le pido—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Apoyar de primeras la mano en el suelo y crear una brecha que divida este mundo en dos? —me burlo con guasa.

Zynael sonríe derrotada y vuelve a bajar sus ojos hacia su mano, que

todavía sigue bajo el cuidado de la mía.

—Eso estaría bien —añade.

—Ya lo lograrás. De momento, date tiempo. Está bien que te enfoques en lo que te queda por aprender, eres tan luchadora y constante porque lo haces —le digo, conociéndola bien—. Pero también tienes que mirar atrás para darte cuenta de cuánto has avanzado. No está de más si le regalas a tu esfuerzo algunas palabras positivas.

Zynael asiente lentamente, dándome la razón.

—Eres capaz de alterar el clima, de manejar y crear cualquier elemento de toda la naturaleza que existe a nuestro alrededor —le recuerdo—. ¿Quién iba a decirte eso hace unas lunas?

Suspira, como si de esa manera aceptase sus infinitas capacidades. Aunque en el fondo, parece dejar escapar un escondido pesar.

—Kal'ladril —menciona mi nombre de repente—. Tu maldición… —Se para a pensar en cómo exponer sus palabras—. ¿Has pensado que, tal vez, tu maldición se vea afectada cuando matemos al dragón?

Enarco las cejas con extrema sorpresa, impactado por lo que acaba de plantear.

—Quiero decir… —Sus ojos miran al suelo mientras vuelve a hablar. Parece nerviosa. Como si no quisiese equivocarse. Como si no quisiese sonar demasiado absurda—. Tu maldición te permite convertirte en el último äphyld al que hayas podido matar. Äphyld es literalmente la traducción de *sagrado*, y el dragón lo es, por lo tanto… Frunzo el ceño, creyendo comprender por dónde va a salir.

—¿Estás planteando que, tal vez, después de matar a Mäilkun Doh pueda convertirme en él? —expongo para asegurarme.

Su mirada vuelve a subir hacia mí.

—¿Es una locura? —parece preguntarse a sí misma—. Dai-sha bromeó con ello cuando le contamos lo del posible renacer de ese tal Altuk'h, justo después de encontrarnos con la bruja… Y en ese momento estaba tan dolida por lo que me habías ocultado, que ni si quiera presté atención a esa posibilidad. Pero últimamente no para de aparecer en mis sueños, transformándolos en pesadillas. Y cada vez que lo pienso, me parece

menos broma.

—Enana…

—¿Y si ese es tu verdadero objetivo? —me corta, continuando con su descabellada teoría—. ¿Y si por eso tu padre te ha mandado a ti a hacerlo?

—A ver, a ver —Me río, no soy capaz de reaccionar de otra manera—. ¿Has vuelto a soñarte montando dragones y te ha apetecido empezar a practicar conmigo? Puedes cabalgarme de otras formas, no necesitas que tenga escamas.

Zynael abre la boca y enseguida se cruza de brazos, molesta por mi forma de reaccionar. Parece que esperaba que fuese a tomarme su teoría en serio.

—Eres un imbécil.

—Y cuánto te gusta —mascullo tentador, llevando mi garra hacia su mejilla.

—¡Kal'ladril! —Frena mi intento de flirteo apoyando sus manos sobre mi pecho, obligándome a mantener la distancia—. Es importante.

Lo llevo pensando varios días.

—¿Me lo dices de verdad?

—¡Completamente! —responde—. ¿Nunca te lo has planteado?

—¿Cómo voy a plantearme algo que es imposible?

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque no funciona así —le explico—. Solo puedo transformarme en los *sagrados* que sean animales, en comparación a mí, irracionales. Es decir, nunca podré hacerlo en una especie de äphyld que tenga conciencia, inteligencia y razón. ¿O acaso pensabas que podría convertirme en una fillikhem si llegase a matar a alguna? —expongo.

—No lo sé, no me lo había planteado ¿Podrías? —Alza su ceja.

—Claro que no —Me río de nuevo.

—Pero sí que podrías transformarte en un farcnar —argumenta— . Y a mí Roc y Sumli me parecieron muy inteligentes y conscientes.

—Zynael, venga —Doy un toquecito juguetón en su barbilla, provocándola—. Lo son. Pero no como podemos serlo tú, yo, las fillikhems,

los humas… Sin embargo el gran doh es la bestia más inteligente que existe. Mucho más que cualquiera de nosotros. Ningún likkout'h jamás podría transformarse en la mayor creación de nuestros dioses.

—No creo tampoco que ningún likkout'h antes haya matado a uno —infiere, manteniéndose en su locura.

Arqueo una ceja con burla. Ahora soy yo el que se cruza de brazos. No quiero volver a reírme y que vuelva a sentirse menospreciada. Pero me cuesta inmensamente no romper a carcajadas.

Y ella se da cuenta.

—¿Qué? —gruñe.

—Vaya… —suspiro—, qué recuerdos.

Zynael resopla y destensa su cuerpo con rendición. Está a punto de darse la vuelta para ignorarme cuando estiro el brazo para agarrar el suyo, deteniéndola.

—Vale —le hablo de nuevo, esta vez más en serio—. Nunca me lo he planteado, porque hasta ahora daba por hecho que es imposible. Pero tienes razón en algo, ningún likkout`h antes ha hecho lo que yo estoy a punto de hacer. Al menos que yo haya estudiado. Y aunque tu teoría suene bastante… *interesante*, espero que te equivoques.

Su pecho se hincha mientras sus ojos me miran fijamente, relajando su molestia al instante. Parece comprenderme a la perfección.

—Yo también espero equivocarme.

Mi cabeza asiente.

Entonces la elfa vuelve a dar un paso hacia mí y acerca nuestros cuerpos. Subo de nuevo la garra a su mejilla. Esta vez me lo permite. Comienzo a acariciarla lentamente con infinita delicadeza, sintiendo su piel bajo el ardor de mi palma. A pesar de estar en este modo salvaje y animal, sigo sintiendo en mi tacto su suavidad.

Zynael cierra los ojos e inspira hondo para sentir más intensamente mi contacto.

—Me da miedo lo que pueda pasarte —confiesa. Su mirada se abre muy despacio para clavarse en el suelo—. Es cierto que suena a locura…, pero cada vez que lo pienso…, cuando imagino el sufrimiento que eso po…

—Eh —Agarro su mandíbula y tiro de ella hacia arriba para obligarla a mirarme, frenando sus temores—, tranquila. Sabes que nadie detesta y teme a mi maldición más que yo. Pero por primera vez en mi vida, empiezo a sentir que la tengo verdaderamente bajo control — Zynael inspira—. Necesito que confíes.

Entonces, sin resistirse más, la rubia se pone de puntillas para besarme. Me abraza por detrás del cuello para inclinar mi espalda y acomodar mi altura. Nuestros labios se funden juntos y nuestras lenguas vuelven a encontrarse, abrazándose en ese baile sensual. Encendido, comienzo a bajar mis manos a lo largo de su espalda hasta colocarlas sobre la tela de su falda, agarrando con ganas sus nalgas. Zynael sonríe contra mí, percibiendo mis ganas de su cuerpo.

—Estamos en un momento bonito, imbécil —bisbisea contra mi boca.

Ladeo mi comisura, provocado por esa palabra a la que tanto cariño he cogido.

—Vas a tener que perdonarme, pero te tengo tantas ganas…

De repente, cuando parece estar a punto de volver a besarme, un olor extraño me hace reaccionar. Me giro hacia el bosque sin soltar nuestro abrazo, fijándome en el interior. La rubia frunce el ceño, confundida con mi actitud.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿Qué miras?

Me concentro un instante, pero enseguida le quito importancia y agito la cabeza, volviendo a girarme hacia ella.

—Nada —miento.

—Vaya, ¿así que mirar a la nada es más interesante que besarme? —flirtea.

—No existe nada que me resulte más interesante que esa boca, enana —runruneo.

Con gusto, tiro de su mandíbula para volver a unir su boca a la mía. Nuestros labios vuelven a juntarse muy despacio, como en ese vals que le robé en el castillo cuando acababa de prometerme a mí mismo que no nos íbamos a acercar más. Justo después de asegurarle a mi padre que entre nosotros no existía nada especial. Y mírame. Aquí. Besándola con una

pasión y un sentimiento que jamás creí que me podría plantear; cuando supuestamente deberíamos estar aprovechando este momento para entrenar.

Mi temperatura corporal sube pero, sin embargo, la siento más estable que nunca. Causando de nuevo en mi interior esa tormenta de emociones contradictorias y extremas, que en cambio se sienten como un perfecto paraíso en calma dentro de mi corazón.

El tiempo se paraliza para nosotros.

No sé si solo ha sido un instante o si, por el contrario, es una eternidad lo que estamos sin dejar de besarnos. Pero de repente, siento cómo mis brazos comienzan a despellejarse volviendo a su forma sygära original. Suelto un quejido contra Zynael y me separo sin hacerlo demasiado, llevando mis ojos hacia este repentino cambio que yo no he ordenado ni planeado.

—¿Estás bien? —Da un paso hacia atrás para darme espacio.

—No lo sé, la transformación ha empezado sola. Yo ni siquiera lo he pensado —confieso, observando cómo mis manos originales comienzan a nacer bajo estas garras semi-animal. Ignorando completamente el dolor.

Escupo los larguísimos caninos bajo los que han nacido mis colmillos habituales, y agito los brazos para soltar los últimos trozos de la piel muerta del äphyld.

Entonces una ráfaga de aire se mueve de nuevo, y vuelvo a sentir ese olor. Lo reconozco al instante. Puede que todos los humas huelan a humas, pero no dejan de tener algo personal e individual. Y este olor es el mismo que sentí hace dos días. No es demasiado normal que siga notándolo cuando no hemos dejado ni un instante de avanzar.

—Alguien nos está siguiendo —deduzco en voz alta.

Zynael abre los ojos con sorpresa y se fija en el mismo sitio que estoy mirando yo, dirigiendo su cara hacia el interior del bosque.

—¿De verdad? ¿Qué hueles? —muestra su desconcierto.

—Un huma. De eso no hay duda —revelo—. Empecé a notarlo hace un par de días.

—¿Y nos está siguiendo? —gruñe ella.

—Tampoco tengo dudas de eso —le aseguro.

Me dirijo al árbol donde descansaban mis ropas y mis armas y vuelvo a vestirme con la parte superior de mi armadura, colocando también la pieza de cuero que conforma el velo y la capucha. Vuelvo a agarrar mi arco y lo paso por el interior de mi brazo, sobre mi hombro. Y mi espada, introduciéndola en su lugar correspondiente, colgando de mi espalda. Zynael enseguida se arma también y salimos en dirección a ese olor, hasta que también comienzo a percibir sus pisadas.

Decidimos aguardar para aprovechar la ventaja y pillarlo por sorpresa. Miro a los árboles que nos rodean, tratando de encontrar uno cuyas ramas sean lo suficientemente resistentes como para cargarnos a Zynael y a mí.

—Ven —le ordeno a la rubia, agarrándole la mano para guiarla hacia el árbol elegido—. Sube aquí, te ayudo.

Zynael asiente y da un salto para agarrarse a la primera rama del árbol. Enseguida me coloco debajo y permito que apoye sus pies sobre mis hombros, haciendo que le resulte mucho más fácil alcanzar las partes más altas. Cuando la nyëlkhem ya está donde quería, me agarro a la misma rama y me balanceo, impulsándome con el tronco para llegar a la parte superior. Colocándome justo a su lado.

Cuando empiezo a escuchar muy cerca las pisadas cargo una de mis flechas en mi arco, centrándome en el lugar por el que va a aparecer nuestro objetivo. Respiro pacientemente y guardo la calma, como un depredador que espera el momento perfecto a para atacar a su presa.

Hasta que de repente, de entre los árboles aparece alguien totalmente contrario a lo que esperaba ver.

Todos los músculos de mi cuerpo se relajan cuando veo a esa niña humana de aparentemente unos diecisiete o dieciocho años de edad.

Su cabello es negro azabache y rizado. Increíble y perfectamente rizado. Va peinada en una coleta superior que le da un toque afro de lo más adorable. Sus ojos sufren heterocromía, pero eso los hace realmente bellos y especiales; teniendo el izquierdo verde esmeralda, y el derecho negro cual carbón. Su tez también es mágica y hermosa, combinando esas marcas despigmentadas en blanco pálido con la mayoría de su piel negra. Va vestida con unos pantalones desaliñados y medio rotos, en color

marrón. Una camiseta también vieja de algodón, y una capa de piel de lobo que utiliza para cubrirse del frío. No es demasiado alta, y su cuerpo es bastante voluminoso. Algo que a mí, acostumbrado a la delgadez y altura de los sygäras, me resulta realmente bonito. De hecho, por eso Zynael llamó mi atención. Sus carnosos muslos y sus anchas caderas, desde el principio fueron toda una perdición para mis sentidos.

Bajo enseguida el arco y observo a esta niña mientras continúa mirando el suelo, tratando de seguir las pisadas de nuestro grupo; demostrándome al instante que, tal y como pensaba, nos ha estado siguiendo y buscando.

Su capacidad de rastreo parece verse ligeramente confusa cuando distingue también las mismas huellas de nuestras botas en dirección contraria a la que ella va. Su cabeza se gira para comprobar el camino desde el que viene, como si de repente le hubiese preocupado haberse cruzado con nosotros sin darse cuenta.

—Sabe cómo son las pisadas de nuestras botas —menciona en un susurro Zynael, habiéndose dado cuenta de lo mismo—. Tenías razón.

Asiento con la cabeza.

—¿Crees que sabe a quién está siguiendo? —se pregunta la rubia.

—Puede ser. No tendría sentido que hubiese seguido a un grupo aleatorio.

Entonces, la niña de piel y mirada bicolor responde a nuestra pregunta sin darse cuenta. Comienza a medir mis pisadas, y tan pronto como comprueba que son dos palmos completamente abiertos lo que mide mi huella, parece asegurarse de que son las mismas del individuo al que buscaba.

—Va detrás de ti —analiza mi compañera—. Está siguiendo a un sygära. Ningún humano tiene esa extensión de pie, y ha ido directa a medirla.

—Eso parece —murmuro, opinando lo mismo de ella.

—¿Crees que buscará a Avaldur'h? —duda la rubia—. ¿O tal vez solo quiera encontrar a un sygära cualquiera?

—Salgamos de dudas —Vuelvo a colgar mi arco sobre mi hombro y a guardar la flecha. Me pongo en pie y doy un salto para caer en el suelo, justo al lado de esta niña. Apoyando mi puño y la rodilla en la tierra para

amortiguar el golpe.

La joven humana da un grito y retrocede, totalmente sobresaltada. Es evidente que no esperaba encontrarse con nadie en este momento. Zynael se descuelga en la rama del árbol y suelta sus manos para llegar al suelo, colocándose a la vez a mi lado.

Los ojos grises de la nyëlkhem se clavan fijamente en la chica que ha estado siguiéndonos, y que comienza a observarnos con extrema sorpresa.

—Creo que nos ibas buscando —habla ella, rompiendo el silencio por primera vez; manteniéndose serena pero también alerta.

La humana abre los ojos y me mira de arriba abajo, comprobando que en efecto soy un elfo puro: Un sygära. Pero su mirada bicolor enseguida vuelve a Zynael para estudiarla a ella también, admirándola al detalle con un asombro bastante peculiar.

—¿Podemos ayudarte con algo? —insiste la nyëlkhem, tratando de mostrarse comprensiva y de no perder la escasa paciencia que tiene—. Imagino que no nos has seguido para quedarte así: Callada. Mirándonos como una boba.

La niña balbucea, pero parece realmente nerviosa delante de Zynael. Es evidente que le impone por alguna razón, y eso también causa confusión en la elfa.

La humana parece incapaz de decir ni una palabra.

—¿Estás sorda? —Se cruza de brazos la rubia, comenzando a hartarse—. ¿O es que tu rey te ha cortado la lengua?

—No, no. Me… —habla por primera vez—. Me llamo Arthrenis —se presenta.

—Arthrenis —pronuncia Zynael—. ¿Y cuál es tu apellido, Arthrenis?

—No tengo —responde enseguida—. Mis padres me abandonaron cuando tenía siete años. Desde entonces he estado viviendo sola, refugiándome en el bosque en algunas casas o ruinas abandonadas.

Zynael abre la boca y destensa su cuerpo con derrota.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Cumplí diecisiete el décimo día después de la Primera Luna — nos cuenta, revelando la fecha exacta de su cumpleaños.

La nyëlkhem me mira con asombro, pero enseguida vuelve a girarse hacia la niña y se acerca a ella. Arthrenis tiene una altura similar a la de Idril.

—¿Llevas diez años sola? —le pregunta.

Asiente, confirmando lo que Zynael acaba de plantear.

—¿Por qué? —hablo por primera vez, incluyéndome finalmente en la conversación—. ¿Por qué te abandonaron tus padres? Si es que existe alguna excusa para eso.

La niña parece pensar un instante, como si temiese responder la verdad pero, al mismo tiempo, no quisiese decir una mentira.

—Se cansaron —revela.

Mi ceño se frunce con confusión.

—Nunca fui la niña que ellos esperaban. Nací así —comienza a contarnos—. Pensaron que era una maldición. Desde pequeña me tuvieron escondida en casa para que nadie ajeno pudiese verme, e intentaron por todos los medios cambiarme. Pensaban que podrían curarme, que podrían hacer mi piel y mis ojos de un solo color si encontraban un antídoto. Estuvieron siete años dándome brebajes que me enfermaban internamente… hasta que decidieron dejar de intentarlo y me abandonaron a mi suerte.

Entorno la mirada, dolido con solo imaginar todo por lo que ha debido pasar.

—Por eso os buscaba. Vos sois… —murmura bajito, tratando de asegurarse—. Estaba cogiendo unas bayas al borde del camino principal, cuando escuché a los soldados de Wolftundur hablar de que el Ejército Dorado de Drilembiyr’h había venido al reino. Y les escuché mencionar que el hijo del rey había partido hacia Dostanit unos cinco días antes, cosa que os situaba cerca de donde yo estaba.

La escucho atentamente.

—Sois vos, ¿verdad? Sois Kal’ladril Akhelbec’h. Perdonad si os ha molestado que os siga, pero… —Su voz tiembla—. Tenía intención de encontraros para pediros el permiso necesario para marchar a Drilembiyr’h.

Zynael y yo abrimos los ojos con sorpresa.

—Intenté atravesar la frontera hace unos años, pero sin un sello de comerciante los guardias dorados no me dejaron avanzar —me cuenta—

. Por eso, si hablaba con el mismísimo príncipe… tal vez… —¿Quieres vivir en Drilembiyr'h? —le pregunta Zynael.

—Quiero vivir tranquila. Quiero establecerme en una ciudad y no tener que vagar de un lugar a otro —responde llena de esperanza.

—¿Y por qué deseas que dicha ciudad sea de Drilembiyr'h? — intento indagar.

—Porque aquí no puedo quedarme —sentencia—. No me dan trabajo por ser como soy, y además… me siento atraída hacia el mismo género con el que nací. Quedarse aquí es garantizarme la muerte. Sin dinero, y siendo una mujer a la que le gustan las mujeres… acabaré en una pica y sin cabeza tarde o temprano.

Nos quedamos en silencio, sintiendo pena por ella, por su pasado, y por las visiones de futuro que tendría si se quedara en su tierra.

—Solo quiero poder ser yo misma sin tener que esconderme por miedo a morir bajo tortura, con la cabeza de un cerdo cosida a mi cuello, y devorada por los pájaros carroñeros —insiste.

—Es un deseo de lo más lícito —murmuro.

Zynael me observa fijamente, esperando mi decisión.

—Ve al sur —le ordeno de repente, accediendo a su petición de esta manera—. Marcha sin problema por el puente del río Ajal'h. Cuando llegues a la frontera y veas a cualquiera de los soldados dorados que todavía estarán allí trabajando, enséñales esto —Sin pensármelo, agarro una de las piedras de la cadena de oro que adorna mi lujoso y nuevo traje. Me acerco a Arthrenis y extiendo su mano, abriéndola con la palma hacia arriba para colocarla sobre ella. Regalándosela.

La niña huma se queda petrificada, mirándome con los ojos como platos. Impresionada por lo que acabo de hacer.

—Diles que has estado con Kal'ladril Akhelbec'h y que él mismo te ha dado esto; y diles también que te di el permiso para el paso — continúo, explicándole lo que debe hacer—. Teniendo en cuenta el valor de esta joya,

sabrán que no estás mintiendo. Nadie además de un miembro de la familia real puede permitirse algo como esto.

—¿Y si piensan que te lo he robado? —se preocupa Arthrenis—. Mírame. Soy una sintecho. Soy una ladrona, llevo años siéndolo. ¿Por qué iban a creer que su mismísimo príncipe me ha regalado a mí esto?

Mi ceja se afila con gracia.

—Tranquila. Ni siquiera los miembros del Ejército Dorado son capaces de tocarme, así que jamás pensarán que una niña como tú haya logrado robarme —expongo.

Arthrenis la mira con atención.

—No será tan valiosa si me la estáis regalando —señala la niña, volviendo a mirarme tras analizar la situación.

—Para mí no lo es. Pero para ti sí puede serlo. Si llegas con esto a Lythemin, podrás venderlo por una cantidad de elthyms que incluso en años serías incapaz de contar —le garantizo—. Podrás comprarte una casa importante, y dedicarte a lo que sea que desees. O simplemente no hacer nada en años, y disfrutar de tu libertad si es lo que quieres hacer.

Los ojos de la niña van abriéndose mientras me escucha, iluminándose al mismo tiempo con ese brillo que transmiten los sueños.

Entonces me giro hacia Zynael y extiendo mi mano.

—Déjame una de tus dagas —le pido.

—Espera —susurra tras agarrarme del brazo para acercarme a ella, como si eso fuese a evitar que Arthrenis nos escuche—. ¿No deberías pararte a pensar en esto antes de acceder? Ni si quiera sabemos si es verdad lo que está diciendo. ¿Y si…?

—¿Y si qué? —le interrumpo—. ¿Y si me está mintiendo? ¿Qué sería lo peor que podría pasar? Es solo una niña. No me importa cuáles sean sus motivos. Mírala, está claro que es una sintecho. Si aquí no es feliz, no tengo razones para impedirle vivir en Drilembiyr'h. ¿Qué debería meditar antes de acceder?

Zynael respira hondo, pensando en mis palabras.

—No lo sé, simplemente pienso que es una decisión importante y que… —Se silencia a sí misma, como si estuviese buscando la forma correcta de

expresarse para hacerme entender su inquietud.

Pero no lo consigue.

—¿Desde cuándo eres tan desconfiada? —murmuro—. ¿No eras tú la que ha defendido tantas veces tal discurso de moral, apoyando la necesidad de abrir la mente para permitir el avance interracial?

La rubia abre la boca y suspira, rindiéndose ante mis palabras.

Rindiéndose ante la realidad. Así que enseguida asiente.

Agarra una de sus dagas y me la cede, tal y como le he pedido.

Cuando la tengo en mi mano, inclino el cuello y agarro un mechón bastante grueso de la parte delantera de mi flequillo, dándole un corte limpio. Tiro de una frágil, fina y verde ramita, y la anudo alrededor del grueso y largo mechón. Quedándome el flequillo hasta la altura del pómulo, escalado y despuntado. Naciendo del perfilado que crea la trenza que divide el lado izquierdo y rapado de mi cabeza.

—Así no te pondrán en duda —le garantizo, entregándole el trozo de mi cabello—. Podrás cruzar sin problema. Sabrán que estuviste conmigo y que yo mismo fui el que te dio esto para consentir tu paso.

Arthrenis agarra con la mano temblorosa lo que le ofrezco. Como si eso, para ella, tuviese incluso más valor que la joya.

—G-Gracias… —balbucea con emoción, mostrando su nerviosismo—. Sois increíblemente amable y generoso. No creí que accederíais, y mucho menos tomándoos tantas molestias para que lo pueda lograr. Había escuchado rumores sobre la soberbia de los elfos puros, de boca de algunos comerciantes. Pero mentían. No sois lo que habían descrito — Parece incluso emocionada, como si nunca le hubiesen tratado así—. Muchas gracias. De corazón.

—Me alegra haber desmentido esos rumores. Ahora ve. Venga — Me muestro impaciente, quizá demasiado, pero no quiero perder más el tiempo—. Nosotros debemos seguir con nuestro camino.

Arthrenis asiente lentamente.

—Gracias —repite.

—Que los dioses te guarden.

No doy tiempo a más despedidas y me doy finalmente la vuelta para

volver al lugar donde estábamos al inicio, obligando a Zynael a arrancar justo detrás.

—Vaya… —masculla cuando se coloca a mi lado—. Ojalá fuese siempre así de fácil. Qué suerte tienen algunas.

Arrugo la nariz con confusión y ladeo mi cabeza hacia ella.

—¿Disculpa?

—Disculpado.

Algo parece haber tocado su fibra sensible y, por supuesto, no va a revelarlo de primeras. Estoy seguro de que primero quiere discutir un poco. Si no, no sería ella.

—¿Estás celosa? —murmuro no muy seguro de lo que estoy preguntando.

—¿Qué? —Se ríe.

—Que si estás celosa.

Zynael rueda sus ojos y suspira.

—¡Oh no, Kal'ladril! ¡Me has pillado! —Se burla, entre risas—. Le has dado un regalo y la has mirado a los ojos más de tres segundos. Qué sucio… Teniéndome a mí al lado —Usa exageradamente el sarcasmo, intentando que me sienta ridículo.

—¿Eso es un sí? —Continúo la broma.

—Eres un necio —murmura entre risas, volviendo a mirar al frente—. He visto cómo has ayudado a esa niña sin dudar y, aunque me ha encantado, no he podido evitar acordarme de cómo nos conocimos tú y yo —Se explica finalmente—. Yo también te pedí ayuda, sin embargo…

—¿Acabaste enamorándote de mí? —Termino su frase por ella, adaptándola a mis preferencias—. No es un caso comparable. Tú no pedías vivir en las ciudades humas del reino, te colaste en tierra sacra. Y yo no era el mismo. Hoy en día, no existe nada que no fuese capaz de hacer por ti.

Sus ojos se clavan rápidamente en los míos, observándome de esa forma en la que siempre me mira. Desnudándome el alma.

—Sin duda, no eres el mismo… —bisbisea—. Ahora sabes exactamente qué decir para dejarme desarmada.

Le sonrío con cariño, pasando mi brazo sobre sus hombros al mismo tiempo que me inclino para besar su cabeza.

—No sé si eso es algo bueno.

—Lo es.



Kal'ladril
3

Me fijo enseguida en todos cuando volvemos a reencontrarnos.

Ya van vestidos con esas capas de piel completamente abrigadas, perfectamente preparados para el clima que nos aguarda. Además, tienen colgando de sus cinturones unos guantes y cubre botas para utilizarlas cuando las temperaturas desciendan demasiado.

Dai-sha comienza a aplaudir con exageración.

—Por fin, pareja. No era este el sitio donde os habíamos dejado. ¿Acaso queríais jugar al escondite? Os explico las reglas para la próxima vez, pero uno debe saber que el otro va a esconderse —nos reprocha el hechicero, llegando a mi lado.

Sigo a mi mejor amigo con los ojos mientras nos rodea, cediéndole hueco a los demás que enseguida llegan para unirse al grupo. Idril se acerca a la nyëlkhem de cabello rubio y coloca la capa que le han comprado por encima de su espalda, abrochándosela a su amiga por delante de su cuello para dejársela preparada.

—¿Estáis bien? —nos pregunta a ambos, mostrando su preocupación.

—Sí, gracias —Le sonríe Zynael.

Ambas amigas se quedan hablando cuando Avaldur'h se acerca a mí, cediéndome otra capa de piel de lobo de Wolftundur con el pelo muy mullido, muy negro y muy brillante.

—Para ti también hemos traído una, zalèüh —Me la ofrece—. Sé que no sientes el frío como ellos, pero la necesitarás igualmente.

—Gracias —murmuro cuando me giro hacia él. Aceptándola.

Estoy colocándomela también sobre los hombros, cuando el elfo de

cabello albino se acerca para hablarme de manera confidente al oído. —Eres feliz con ella, ¿verdad? —susurra.

Clavo mis ojos en él para observarlo fijamente cuando vuelve a separar sus labios de mi oreja, volviendo a incorporarse frente a mí. Los demás continúan junto a Zynael, manteniendo una conversación que no parece tener nada que ver conmigo.

Apoya su mano en mi hombro y me sonríe levemente.

—¿Cuándo vas a darte cuenta? —murmura.

—¿Darme cuenta de qué? —gruño.

—Que no se te ocurra volver a intentarlo —se queja Dai-sha, cortando la conversación al mismo tiempo que se coloca junto a Avaldur'h. Ambos se miran fijamente y el hechicero se cruza de brazos—. ¿Vas a dejarlo tranquilo? Ya deberías haber abandonado tus intentos de enfrentarlos. Karanthir es tu enemigo, pero también es *su padre* —Hace énfasis en ese último término.

Me quedo callado, impresionado por la agresiva e imprevista aparición de mi amigo.

—¿Qué dices, Dai? —le freno—. En ningún momento ha mencionado a mi padre.

—Pero iba a hacerlo, ¿o me equivoco?

—No, tienes razón —admite Avaldur'h—. Sí que iba a hablarle de Karanthir. Todavía me molesta que sea tan leal a cosas que debería odiar.

—Pues trágate tu molestia y cágala. O atragántate con ella, me da igual. Pero déjalo en paz —Dai-sha fulmina a Avaldur'h con la mirada— . Te lo he dicho muchísimas veces. Pareces un anciano senil repitiendo constantemente el mismo monotema. ¿Qué crees que vas a lograr además de confundirlo? Estás resentido por tu pasado, y eso todos lo entendemos. Pero ya está. No lo ayudas llenando su cabeza de dudas.

Me fijo en mi amigo, está claramente molesto. Todo el grupo está mirándonos y prestándonos atención. Agradezco que se preocupe por mí, pero me parece una reacción descabellada teniendo en cuenta que no ha ocurrido nada. Además, creo que he demostrado poder defenderme a mí y a los míos perfectamente solo.

Avaldur'h respira hondo, incomodado.

—Eh, eh, ya está. Relájate —le freno, evitando que pueda seguir retroalimentando su enfado—. Somos de tierras que han vivido eones enfrentadas, es normal que pensemos diferente. Pero no importa. Nadie va a cambiar mi forma de pensar.

Parece que Dai-sha va a contestarme cuando, de repente, escucho una ramita partirse justo detrás de nosotros. Debido a una pisada inoportuna y traicionera con la que su protagonista no contaba.

No necesito darme la vuelta para comprobar quién es. Pues ese olor todavía no había desaparecido de mi alcance.

Mis ojos ruedan al cielo con pereza. Tenía la esperanza de que la niña siguiese cerca porque hubiese parado simplemente a descansar.

Pero no. Arthrenis vuelve a estar justo detrás.

—Deja de esconderte detrás de los árboles —le pido molesto, alzando la voz para que pueda oírme.

Arthrenis asoma la cabeza detrás del tronco de ese cedro, sonriendo con vergüenza.

—¿Me habíais visto? —pregunta con nerviosismo.

—No necesito verte para saber que estás ahí —respondo, volviendo a darme la vuelta para mirarla. Recibiéndola frente a nosotros.

Sale por fin de su escondite, mostrándose al completo, avergonzada.

—Creía haberme despedido. ¿Acaso no te he dado todo lo que habías venido a buscar? —pronuncio con un tono un tanto replicante.

Thaeón y los demás vuelven a relajar su cuerpo, tranquilizados tras comprobar que se trata de una simple niña humana.

—¿Quién es esta? —gruñe Dai-sha.

—Se llama Arthrenis —La presenta Zynael para todos—. Nos ha estado siguiendo porque necesitaba un favor de Kal'ladril, y por lo visto no le ha bastado con conseguirlo.

—No podía irme sin más —murmura para defenderse, comenzando a caminar hacia nosotros—. Había pensado que, tal vez…

—No —rechazo enseguida, sabiendo perfectamente lo que viene a

continuación.

Arthrenis se queda paralizada en su sitio tras mi corte. Zynael me mira con asombro, pero enseguida vuelve a girarse hacia la niña.

—¿No pretenderás venir con nosotros, verdad? —intenta asegurarse la nyëlkhem de cabello rubio.

—¿Es una locura? —pregunta Arthrenis, confirmando al instante lo que me temía.

Suelto una risita ahogada y miro al cielo negando con la cabeza, totalmente derrotado por esta ridícula situación que tantas veces he vivido ya.

—Por supuesto —responde rápidamente Zynael por mí—. Pensaba que lo que querías era vivir como no has podido hacerlo en todo este tiempo. Ni siquiera eres consciente del lugar al que nos dirigimos nosotros. Es peligroso.

—No importa, mi propósito puede esperar hasta que salde mi deuda —indica la niña—. He pensado que podría acompañaros para ayudaros, con lo que sea y como sea. Así agradeceré a Kal'ladril el maravilloso y bondadoso gesto que ha tenido conmigo.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—No me debes nada —rehúso su propuesta—. Puedes marchar hacia Drilembiyr'h tranquila. Te he dado permiso para ello, y también todo lo necesario para que te dejen cruzar el puente del río Ajal'h.

—Pero yo me siento en deuda —insiste.

—Pues libérate de esa sensación innecesaria —le ordeno.

—Me sentiría muy desagradecida si no os ayudase de ninguna manera.

—No puedes ayudarme de ninguna manera —mantengo.

—Seguro que sí puedo. Soy curandera —revela repentinamente.

Avaldur'h se cruza de brazos y sonríe de lado, estudiando a la pequeña humana que enseguida corre para acercarse a nosotros. Parándose justo enfrente de mí.

—Si os herís, conozco todas las hierbas del bosque con las que podría atenderos —garantiza, totalmente segura de su don—. He pasado más de

la mitad de mi vida viviendo sola. He aprendido mucho de la naturaleza y de sus beneficios.

—Ya tenemos a un hechicero para eso. Y a un alquimista que, casualmente, también ha vivido en los mismos bosques que tú. Y durante mucho más tiempo —rechazo su propuesta de nuevo—. Además somos sygäras. Nadie sabe más que nosotros sobre los beneficios de la naturaleza.

Arthrenis lleva enseguida sus ojos hacia Avaldur'h, analizándolo de arriba abajo.

—¿Tú eres el elfo puro que ha vivido en Wolftundur desde la Gran Guerra? He escuchado hablar sobre ti. Demasiado —silva la niña, recordando enseguida las historias que ha podido oír sobre él—. Pero lo que tú repartes son hierbas alucinógenas y estupefacientes. No son métodos curativos.

—¿Quién dice que no? —se burla Avaldur'h—. Mis clientes olvidaban siempre todos sus problemas. Al instante.

Arthrenis niega con la cabeza.

—Vendes drogas, y tus clientes hacen contigo otro tipo de cosas. En ese momento se olvidaban hasta de sus esposos y esposas —le ataca con soltura, conocedora del recorrido del elfo albino.

La niña vuelve a mirarme fijamente a los ojos.

—Mis medicinas no son ni siquiera parecidas a las cosas que pueda hacer un hechicero —me promete, intentando convencerme—. Yo no uso pociones. No debo saber conjuros, ni hacer mezclas a las que debo recitar alguna palabra de brujería para que funcionen. Toda poción tiene su efecto adverso y su letra pequeña. Mis métodos son naturales. Los realizo con combinaciones de plantas que podemos encontrar en cualquier lugar, en cualquier momento de necesidad. Imagino que sabéis mucho de eso también, pero estas tierras son diferentes a las vuestras.

Dai-sha se echa a reír a carcajadas, divertido por la seguridad de Arthrenis.

—Me da igual cuántas palabras de hechicería tenga que recitar mientras cumplan su propósito —remarco, tratando de frenar su disparatada idea—. No necesitamos a nadie más en el grupo. No nos vas a acompañar.

Zynael entorna la mirada, claramente preocupada por la cabezonería de esta niña. Seguramente, sintiéndose identificada con ella. Thaeón enseguida se percata y acude a la rubia para intentar demostrarle su apoyo. Pasa su mano por su espalda, por encima de su nueva y peluda capa, y comienza a acariciarla.

—Arthrenis, ¿verdad? Había una chica en mi aldea con el mismo nombre que tú —se dirige a ella el humano de cabello y ojos negros, intentando iniciar la conversación con cordialidad—. Yo soy Thaeón. Es honorable que quieras acompañarnos para devolverle a Kal'ladril el favor que te haya podido hacer. Se nota que eres realmente valiente. Pero créeme cuando te digo que no vamos a un lugar apropiado para alguien tan joven. Ve a Drilembiyr'h y te veremos al regresar. Tal vez puedas saldar tu deuda entonces.

—Tengo diecisiete años —gruñe la humana—. No soy ninguna niña pequeña. Me he cuidado sola desde los siete. Podré con lo que sea que tengáis que hacer.

—Ni siquiera estoy seguro de que nosotros mismos vayamos a poder con lo que tenemos que hacer —murmura Thaeón, pensando claramente en el dragón.

—Aún te queda mucha vida por delante como para arriesgarla de esa manera. Ve a Drilembiyr'h y empieza a disfrutarla —añade Zynael.

—¿Solo me queda mucha vida a mí? —evidencia Arthrenis—. Todos seguís siendo jóvenes. ¿Por qué tenéis que rechazar mi voluntad por mi edad?

—Porque no vamos de excursión, y una niña como tú solo haría el trayecto más complicado. Acabarías muriendo —determino realmente tajante y serio—. Si quieres ayudarme y devolverme el favor, no me sumes preocupaciones.

Arthrenis abre la boca, parece estar dándose cuenta de que no vamos a acceder. Por primera vez, somos todos los que estamos de acuerdo en que no debe acompañarnos. Y sin duda, a la niña le está afectando.

—¿A dónde marcháis que es tan arriesgado? —pregunta, interesada en saber más.

—Vamos al reino muerto de Cinnadaoin —revela Avaldur'h

abiertamente, mencionando su lugar natal—. Pero antes pasaremos por Zandoorbrock para encontrarnos con esos rudos cabezones de talla pequeña.

—¿Vais a Zandoorbrock? —Arthrenis abre sus ojos con sorpresa—. Bueno, entonces tal vez aún pueda ayudaros de otro modo.

Respiro profundamente y alzo la cabeza, escuchando su nueva propuesta.

—Hace un año y algo me movía cerca del perímetro norte del reino, siempre cerca del Jhaskuun —empieza a contarnos a todos—. Estaba pescando para comer algo cuando, de repente, escuché a una niña gritar con desesperación. Una niña que sonaba bastante más pequeña que yo. Corrí para comprobar quién era e intentar ayudarla, y fue entonces cuando me encontré con aquella niña de otra especie.

—¿Qué especie? —plantea Avaldur'h.

—Era mágica. Al menos esa fue la sensación que me dio, porque jamás había visto a nadie parecido a ella —continúa—. En apariencia podía lucir como una niña normal, de unos seis años aproximadamente. Llevaba el pelo con rastas, todas ellas adornadas con tiras de colores y algunas medallas. Su piel era del color de la tierra húmeda y sus ojos verdes como las hojas de los árboles. Era preciosa. Pero debajo de su desaliñado vestido, cosido a parches, asomaban unas pezuñas de cabra; peludas y fuertes.

—Una niña del pueblo nhómatir de las Tierras Salvajes del Norte —determina el alquimista al instante—. Hacía muchísimo que no escuchaba a nadie hablar sobre ellos.

Arthrenis observa al albino y asiente, confirmando lo que acaba de adivinar.

—¿El pueblo nhómatir? —Muestra su curiosidad Jóngruf—. ¿Qué significa *nhómatir*?

—En lengua original sygönish, significa nómada —traduzco enseguida, cruzándome de brazos—. Esa niña era una bul'lohí. Una raza que habita únicamente en climas fríos y que viaja con carretas en busca de comida, de forma constante.

—¿Y son humanos que tienen patas de cabra? ¿Cómo es posible? —Se sorprende el castaño—. ¿Acaso descienden del cruce de…?

Thaeón frunce el ceño y se gira hacia su amigo con completa incredulidad, sin soltar la espalda de la rubia.

—¿Con cuántas cabras has compartido lecho como para plantear semejante estupidez? —Salta enseguida, cortando a su inseparable antes de que pueda seguir hablando.

Jóngruf abre la boca, ligeramente avergonzado.

—Son una especie propia, pura y original de Namhliä —responde Avaldur'h—. Procedentes de otro continente, algunos grupos vinieron en barcos a Elthymeron en la búsqueda de nuevas tierras. Son incapaces asentarse y de quedarse quietos. Aguantan doce lunas, y se mueven con sus carretas a otro lugar.

—Por eso precisamente creo que os puedo ayudar —determina de nuevo Arthrenis.

Todos nos giramos hacia ella para seguir escuchando su historia.

—Estaba herida, magullada y empapada. Unos cazadores iban persiguiéndola para violarla y después matarla. Veían su distinta apariencia como un trofeo —continúa—. Se acercó a mí en cuanto me vio, desesperada, y le ayudé a esconderse. Mentí a aquellos hombres cuando pasaron por delante y los desvié hacia el lado contrario en el que ella estaba. Cuando se marcharon me contó cómo había acabado en Wolftundur. Al parecer, su pueblo se había acercado al borde del río Jhaskuun, y se había asentado allí por primera vez. Su curiosidad le pudo. Se acercó demasiado al río y la fuerte corriente la arrastró. Gritó, pero el sonido del agua era tan fuerte que nadie de su familia la escuchó. Se quedó inconsciente y, por gracia o desgracia de cualquiera de los dioses que existan, su cuerpo acabó en el borde contrario del río; atorado entre unas rocas. Donde esos cazadores indeseables la encontraron. Donde se despertó cuando la forzaron.

—Pobre niña… —murmura Idril, compadeciéndose de la historia que cuenta.

—Fue cuando consiguió huir cuando la escuché gritar y la encontré —prosigue—. Juro que, hasta día de hoy, jamás había visto a nadie con una belleza semejante —Sus ojos bicolores se dirigen hacia Zynael de forma involuntaria. Algo que la elfa de cabello dorado, y todos a su alrededor,

enseguida captan.

Zynael abre la boca con sorpresa, pero no le da tiempo a reaccionar cuando la niña vuelve a hablar.

—Curé todas sus heridas y cubrí sus piernas para que nadie la reconociese o distinguiese. La guie hasta el puente, crucé con ella y la acompañé hasta el lugar donde me dijo que encontraríamos su hogar. Pues me aseguró que no se iban a mover de allí hasta que pasasen las doce lunas. En nuestro viaje juntas nos dio tiempo a hacernos amigas, y pude contarle también la forma en la que yo vivía. Cuando por fin llegó junto a sus padres y la abrazaron, me invitaron a unirme a su pueblo, a ser uno más de ellos.

—Dado que te tenemos aquí contándonos esto, debo adivinar que dijiste que no —pronuncio, adelantándome a lo que viene a continuación.

Arthrenis me mira y sonríe levemente, confirmando lo que acabo de anotar.

—Como ya sabéis, llevo siendo una nómada desde que tengo siete años —me recuerda—. Unirme a un pueblo que vive así por tradición, no era lo que soñaba.

Asiento con la cabeza, comprendiendo perfectamente sus razones.

—Aun así, me dijo dónde iría su pueblo a continuación el próximo año. Todavía estáis a tiempo de encontrarlos. Si vais a Zandoorbrock os pilla de paso —revela de repente—. Son un pueblo realmente amable y generoso. Os darán refugio y compartirán su comida. Si decís que vais de mi parte, seguro que también se ofrecerán a acompañaros hasta el reino enano —nos garantiza—. Son la única raza que ha tenido contacto con ellos desde que la Gran Guerra acabó y se aislaron. Si os acompañan los nómadas, os recibirán con los brazos abiertos.

Mis ojos se abren ligeramente, demostrando mi interés ante lo que acaba de decir.

—Buscad a Zabhariel, mi amiga —nos pide—. Me dijeron que se situarían bajo la ladera del pico sobresaliente de las cordilleras del oeste, evitando las nieves. Pasando el Bosque del Ahorcado; entre el pueblo abandonado de Bugbudell y la primera ciudad enana, Dowäfuldur. Ellos podrán ayudaros como no he podido hacerlo yo.

—Acabas de ayudarnos —le corrijo enseguida—. Así lo haremos. Y tranquila, le contaré a tu amiga Zabhariel que estás bien —le prometo—. Agöralhi og deol, Arthrenis.

Inclino mi cabeza, llevándome el puño al corazón en señal de respeto hacia ella.

—Agöralhi og deol —repite Avaldur'h, haciendo el mismo gesto que yo.

—Muchas gracias —dice Zynael con una sonrisa en los labios, traduciéndonos para todos los demás.

Arthrenis sonríe de oreja a oreja, clavando su especial mirada en la hermosura de la de Zynael, totalmente prendada de la belleza que ve.

—¿Marcharás al sur ahora y harás lo que te dije? —intento asegurarme.

Arthrenis vuelve a mirarme y asiente con decisión. Suspiro de alivio y le dedico una última sonrisa de despedida.

—Ha sido un inmenso honor cruzarse con una chica tan valiente como tú. A pesar de haber sufrido todo lo que has sufrido a lo largo de tu vida, has demostrado tener un corazón leal a tus justos principios — le alago—. Te prometo que te buscaré a la vuelta e iré a visitarte a menudo, para asegurarme de que nunca te falte nada.

La niña sonríe con felicidad, realmente contenta de escucharme.

—El honor es mío —responde ella, emocionada—. Sois grande, Kal'ladril Akhelbec'h. No solo por vuestro tamaño de sygära. Sois un ser generoso, mágico y excepcional.

Inclino la cabeza de nuevo, agradeciéndole sus palabras.

—Mucha suerte en vuestro viaje —nos dice a todos, mirándonos uno a uno.

—Mucha suerte para ti también, Arthrenis —Le sonríe Thaeón.

Entonces la niña sale corriendo en dirección al bosque, dejándonos finalmente atrás. Decidida a cumplir con su destino y con su sueño.

Y esta vez, sí que se aleja de verdad.

—Tan joven y ya con esa seguridad y ese orgullo en sí misma… —murmura Dai-sha cuando ya se ha perdido entre el espesor de los árboles —. Me recuerda infinitamente a mí a su edad.

Avaldur’h pasa el brazo por encima de sus hombros, aprovechando para rebajar la tensión que se había instaurado entre ellos hace un momento. Antes de que Arthrenis nos cortase.

—En teoría, mi querido Dai-sha, todavía tienes su edad —se burla con complicidad.

Dai-sha observa al albino con guasa. Por suerte, ya parece haber olvidado lo cabreado que estaba.

—Si comparas mi tez eternamente joven con tus arrugas de viejales, por supuesto que aparento más su edad que la tuya —se mofa con cariño el hechicero—. Pero en años humas, años reales… creo que no nos llevamos demasiada diferencia.

—Años humas… —Trata de pensar el sygära del norte—. ¿Quién los cuenta? Qué pereza. Estaré alrededor de los diez mil quinientos — calcula enseguida.

—Vaya —responde Dai-sha, sonriendo con picardía—. Sí que eres un viejales.

Avaldur’h le dedica al hechicero una cara de orgullo, como si se sintiese satisfecho de saber que es el mayor de todos nosotros. Ruedo mis ojos al cielo con agotamiento, divertido por el hecho de que tengan tal facilidad para reconciliarse.



Kal’ladril
4

Con cada paso que damos, el frío norteño comienza a notarse más y más. Desde que cruzamos el puente del río Jhaskuun, para muchos ha comenzado a ser incluso insoportable.

Llevamos únicamente doce días caminando por las Tierras Salvajes del Norte, y ya han demostrado ser otro mundo completamente diferente. No hay nieve, pues estamos en un punto demasiado llano y muy poco elevado como para poder encontrarla. Pero ya se divisa al este, en las Montañas Kal’lion Kholmio. Aun así, el helor es tan seco y el viento tan fuerte, que parece cortarte con solo moverte. Además, las lluvias constantes han borrado las huellas de las carretas que ayer comenzamos a seguir; y no han dejado de empapar nuestros abrigos de pieles.

Me fijo en Idril. Es la que peor está. A pesar de que Záldur no ha dejado de abrazarle, la nyëlkhem del bosque de Aszhroin no deja de tiritar. Los demás solo aparentan estar mejor, pero sé que realmente les está costando disimular. Su sufrimiento es evidente con solo mirar sus labios. Todos los tienen morados y cuarteados; completamente agrietados.

Me giro hacia Zynael. Parece cansada. Lleva todo el día produciendo una potente llama de fuego en su mano, con la intención de calentarnos de alguna forma. Desde el amanecer hasta ahora, que ya ha caído el sol, utilizando su magia sin parar. Y aunque no ha creado nada demasiado grande y sobrenatural, su agotamiento interior comienza a resultar incuestionable.

—Tenemos que parar —propone Avaldur’h de repente, habiéndose dado cuenta de lo mismo—. Tus amigos no están para continuar, y Zynael va a terminar por desplomarse si continúa utilizando su magia.

El albino me mira fijamente, es el único que parece estar en perfecto estado. En mi caso, es cierto que he empezado a sentir frío, pero tampoco es nada que no pueda soportar.

—Yo estoy bien. No te preocupes por mí —miente Zynael, tratando de quitarle importancia a lo que ya era evidente para todos.

—Pues yo no. Paremos, por favor —Suplica Idril, chascando los dientes —. No puedo más.

Thaeón frota sus manos para calentarlas.

—No sé si eso es una buena idea —murmura el moreno.

—No lo es. No podemos parar ahora —salta Zynael—. Estamos ya en el pico sobresaliente de las cordilleras del oeste, el lugar que mencionó Arthrenis. Debemos estar a punto de encontrarlos —Es evidente que está tratando de controlar el tembleque de su cuerpo para aparentar estar bien —. Hace seis días desde que dejamos atrás Bugbudell, y dos desde que divisamos el Bosque del Ahorcado. El asentamiento de los bul'lohí debe estar muy cerca.

—¿Y si no están aquí? ¿Cómo sabemos que Arthrenis no se equivocó? — se queja Jóngruf—. El frío en combinación con la lluvia están resultando insoportables. Parece que mis piernas se vayan a partir. Tengo la nariz tan fría que me duele hasta respirar.

—Lo sabemos porque ayer mismo vimos las huellas de las carretas de los nómadas —defiende su idea Zynael—. Si paramos ahora, sí que vamos a terminar mal. No puedo crear una fogata para que nos acomodemos a su alrededor si no deja de llover. Ya me está costando mantener esta constantemente en la mano. Y tampoco tenemos ningún lugar para resguardarnos. Moviéndonos es la única forma que tenemos ahora de mantener un poco el calor de nuestros cuerpos. Y por supuesto es la única forma que tenemos de encontrarlos.

—No sé si tu cuerpo todavía guarda algo de calor; pero el de Idril parece que no —apunta Záldur. Haciendo reaccionar rápidamente hacia Zynael, que no tarda en mirar a su amiga—. La veo realmente mal. Me preocupa — añade el pelirrojo, demostrando verdadera angustia en su voz—. La llevo prácticamente a rastras. No parece poder andar.

La rubia corre hacia su amiga y acerca la fogata de su mano para intentar

darle todo su calor a ella.

—Lo que me preocupa a mí es que todos estéis así ya —añade Avaldur'h —. Os lo advertí, no lo ibais a soportar. Creo que lo mejor para todos será que os deis la vuelta. Es cierto que aquí ya hace frío, pero puedo garantizaros que en Cinnadaoin será mucho peor.

—No nos vamos a ningún sitio —rechaza Thaeón—. Yo iré con Kal'ladril hasta el final. Me da igual si tengo que morir congelado por el aire, la lluvia o la nieve. O incluso si me convierto en una estalagmita. Estoy aquí por él, y pienso seguir con él. Cueste lo que cueste.

Me giro hacia el humano de cabello negro, agradecido por su leal actitud pero también preocupado por su bienestar. Preocupado por el bienestar de todos, en general.

—Tenéis que aguantar —Les animo en voz alta—. Zynael tiene razón. Las huellas que vimos de las carretas de los bul'lohí eran recientes. Así que, aunque las lluvias las hayan borrado, sabemos que siguen por aquí cerca. Los encontraremos.

—Pero, ¿en qué dirección vamos si no podemos seguirlas? —se queja de nuevo Jóngruf, realmente cansado del difícil trayecto.

—Seguiremos hacia el norte, continuando en la dirección hacia la que parecían marchar —ordeno—. Si al amanecer no los hemos encontrado, os prometo que buscaré alguna cueva donde podamos cobijarnos. Pero no podemos hacerlo ahora, aquí en mitad de la nada, con este clima y por la noche. Eso sí sería una decisión pésima.

—Yo no soy capaz de dar un paso más —Se rinde Idril—. Entiendo que no deberíamos parar ahora que estamos tan cerca, pero ya ni siquiera siento los pies.

—Yo la llevaré —propone Záldur sin dudar ni un instante.

Me giro hacia el pelirrojo, observándolo fijamente.

—Puedo caminar cargando con ella —dice con seguridad—. La llevaré a mi espalda sin problemas. Puedo hacerlo si de verdad me prometes que descansaremos al amanecer.

Asiento con la cabeza, confirmándole enseguida lo que acabo de decirles. Idril mira con asombro a su salvador, realmente impresionada de

ver que incluso congelado pueda sacar fuerzas para ayudarla.

—¿Y los demás? —Los miro a todos—. ¿Os veis con fuerza suficiente? Si no, siempre podéis hacer caso a Avaldur'h.

Thaeón se da golpes en el pecho, obligándose a entrar en calor.

—Esto no es nada comparado con lo que nos va a tocar aguantar en el reino muerto del norte. Ya lo ha dicho el elfo —menciona el humano de cabello negro—. Si nos diésemos por vencido ahora, por una simple tempestad, estaríamos dándole la razón a su forma de menospreciarnos. Y no somos ningunos débiles.

Zynael sonríe, observando con atención a su leal y enamorado amigo.

—No te preocupes por nosotros. Me quejo solo porque soy un acomodado sureño, amante del calor y acostumbrado a la calidez de Drilembiyr'h —añade Jóngruf, metiéndose consigo mismo—. Ahora mismo me doy unas carreritas y entro en calor. Espero, por lo menos, que haya alguna bul'lohí apetecible cuando lleguemos. Una hermosa hembra que quiera abrazarme en su caliente lecho y subir mi temperatura interior —Se ríe, dando saltos para comenzar a calentar.

Thaeón rueda los ojos riéndose, divertido por el comentario de su amigo. Avaldur'h, que continuaba mirándolos fijamente, suspira y vuelve a girarse hacia mí.

—Hay algo claro: Estás rodeado de locos cabezones sin afán de supervivencia —se mete de nuevo con ellos—. Pero son unos locos con mucha fuerza.

Observo a todo el grupo, tratando de asegurarme de que realmente pueden continuar y que no lo están haciendo únicamente para complacer mi petición. Záldur se coloca frente a Idril para cargarla en su espalda, totalmente dispuesto a cumplir con lo que ha dicho que haría, pero enseguida me adelanto y le detengo.

—Yo la llevo —Apoyo mi mano en el hombro del anchísimo y peludo pelirrojo.

Záldur abre los ojos con sorpresa, pero enseguida niega con la cabeza.

—No. De verdad, estoy bien —intenta tranquilizarme, rechazando mi propuesta.

—Tú también estás cansado y congelado —rechisto.

—Pero es mi chica —Suelta de repente—. Quiero cuidar de ella. En estos momentos me necesita, y puedo sacar las fuerzas de donde haga falta.

Tanto Zynael como Idril abren los ojos al instante. Jóngruf sonríe con ternura observando a ambos, totalmente conmovido con la forma en la que el pelirrojo acaba de dirigirse hacia la nyëlkhem con la que él compartió un fugaz y carnal romance.

Aparto mi mano de Záldur, comprendiendo enseguida su postura. Permitiéndole ser quien se haga cargo de Idril, si es que quiere demostrarle tal apego.

—¿Soy tu chica? —murmura Idril con la voz vibrante, sin dejar de tiritar.

Záldur abre la boca un instante y, lentamente, comienza a darse la vuelta para mirar de nuevo a la pequeña nyëlkhem.

—B-Bueno… —balbucea el pelirrojo, totalmente nervioso ante la inocente elfa a pesar de su robusto y rudo físico—. No. No sé. Desde que nos conocimos hemos estado cada día juntos, y me ha encantado todo lo que he conocido de ti. Eres muy importante para mí, y…bueno, sí. Me gustaría que algún día llegases a serlo.

Idril sonríe con ternura y se acurruca junto a él. No sé si es su manera de aceptar la propuesta, o si simplemente está intentando posponer la respuesta.

Vuelvo a girarme hacia Zynael y clavo mis ojos en ella. Decido quitarme la capa de piel y la coloco sobre sus hombros, abrigándola doblemente sobre la que ya llevaba.

—¿Qué haces? —susurra, impresionada por mi gesto.

—¿Vas a seguir haciendo como que estás perfectamente? — evidencio —. Conmigo no te hace falta fingir.

La rubia separa sus labios levemente, contestándome al instante con su silencio. Es incapaz de negarme lo que es tan evidente.

—No quiero que te destapes por mí. Por favor, póntela… —me suplica.

—No la necesito. Y no quiero que mi mejor compañía enferme — le respondo. La llama de su mano es cada vez más débil, demostrándome cómo bajan sus fuerzas con cada instante que pasa—. Quédatela y abrígate

bien.

—No, no —Se preocupa de vuelta, bajando sus ojos a lo largo de mi cuerpo—. Vas guapísimo con tu armadura nueva y admiro tu abnegación, pero no me parece justo aceptar esto.

—No estoy haciendo ningún sacrificio —Le sonrío tranquilizador—. Estoy perfectamente, enana. Tranquila.

—Me estás mintiendo solamente para que acepte tu favor.

—No —respondo.

Vuelvo a girarme hacia los demás. Záldur ya está cargando a Idril en su espalda.

—¿Estáis listos?

—Estamos listos —indica en voz alta el melenudo escarlata—. Podemos irnos.

—Menos mal —se queja Dai-sha justo antes de darse la vuelta para seguir andando.

Thaeón y Jóngruf sonríen con diversión, pero enseguida arrancan junto a Dai-sha para no quedarse atrás. Con la misma necesidad imperiosa de llegar al lugar en el que finalmente nos podremos refugiar.

Avaldur'h nos echa un último vistazo, tratando de asegurarse de que de verdad estamos bien para continuar. Con un simple gesto de cabeza, tranquilizo a mi hermano de Cinnadaoin y comienzo a caminar. El albino se coloca a mi izquierda, y Zynael a mi derecha. Záldur, e Idril a su espalda, nos siguen justo desde atrás.

Ladeo mis ojos hacia Zynael, que continúa con la llama de fuego encendida en su mano.

—¿Cómo vas con eso? —le pregunto.

Avaldur'h también gira su cabeza para mirar a la elfa, interesado en su respuesta.

—Cansa más de lo que me pensaba —se sincera—. Pero puedo seguir. Voy bien.

—La lluvia y el viento no te lo están poniendo fácil, y durante tanto tiempo debe estar consumiendo mucha magia. Es normal que estés

cansada —le tranquilizo, mencionando el mérito que tiene—. Cuando quieras parar, hazlo.

—Si paro no vamos a ver nada en medio de esta tempestad — apunta ella—. Además, con este clima puede que no encontremos las carretas. Ni tu oído ni tu olfato nos pueden ayudar demasiado en estas circunstancias. Pero tal vez los bul'lohí divisen el fuego a lo lejos y se acerquen. Puede que sean ellos los que nos encuentren.

Asiento con la cabeza, comprendiendo su intención. Agradecido con ella. Entonces llevo mi brazo derecho sobre sus hombros y la agarro para abrazarla contra mí, ofreciéndole mi calor corporal.

Sus ojos suben para encontrarse con mi mirada, que la recibe cariñosamente. Avaldur'h suelta una risita jocosa y vuelve a fijar su atención en el frente, acelerando su paso para unirse a Jóngruf, Thaeón y el hechicero. Dejándonos a solas a los dos.

Nos quedamos un instante así, observándonos en completo silencio.

—¿Qué? —le susurro, jugando con ese monosílabo que nos ha acompañado desde la primera vez que nos vimos.

—Ardes. Como siempre —menciona con la voz frágil por el frío.

—Pues aprovéchate de ello.

La elfa de cabello dorado y mirada gris sonríe y asiente, aceptando mi petición. Su cabeza enseguida se deja caer contra mi pecho, al mismo tiempo que su brazo izquierdo me rodea por la espalda buscando mi alta temperatura corporal. Abrazándose a mi cuerpo con un excepcional cuidado y un infinito cariño, mientras su mano derecha sigue extendida, produciendo el fuego que nos ilumina.

—¿Cómo es posible? —murmura, acomodándose junto a mí mientras nos abrazamos mutuamente sin dejar de caminar—. ¿Cómo puedes estar más caliente que el propio fuego?

—No lo sé —respondo—. Es algo que solo noto cuando los demás me tocan. Es mi temperatura corporal, por lo tanto es mi normalidad.

—Entonces cuando nos tocamos, ¿tú sientes que mi piel está fría? —se interesa ella, volviendo a llevar sus ojos hacia arriba para unirlos a los míos.

Sonrío.

—Tocar tu piel bronceada olivácea, tan suave y tan divina, es algo espectacular —respondo. Su boca se abre lentamente, sorprendida por la respuesta que le acabo de dar—. Está más fría que la mía, pero eso es lo que más me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta? —plantea—. ¿El contraste entre tú y yo?

—No —rechazo—. Me gusta notar ese frío, para después sentir cómo sube tu temperatura cada vez que te toco. Me gusta derretirte, y que seguidamente ardas conmigo sin ningún control.

Zynael muerde su labio lentamente. Mi mirada baja para contemplar ese gesto, preso de su deliciosa boca.

De repente, como si los dioses quisieran volver a sacarme de este momento de dos, percibo unas fuertes y repetidas pisadas a nuestro alrededor que me hacen reaccionar. Me doy la vuelta rápidamente para fijar toda mi atención en ese numeroso grupo desconocido que corre hacia nosotros.

—¡Parad! —exclama al instante Zynael, alertada por mi reacción. Pidiendo a los demás que se detengan.

Avaldur'h enfoca su mirada más allá de la oscuridad del bosque, entre los árboles, tratando de escuchar lo mismo que yo haya podido notar.

Sus élficas orejas no tardan en percibirlo.

Idril agarra su arco con sus temblorosas manos, todavía sobre la espalda de Záldur, totalmente preparada para atacar en caso de que hiciese falta. Zynael se coloca a mi lado en posición de defensa y hace crecer enormemente la llama de su mano, creando una nueva también en la otra. Iluminándolo todo frente a nuestros ojos. Dispuesta a lanzar su magia contra quien sea que pretenda amenazarnos.

Conforme los vamos escuchando más cerca, también notamos cómo comienzan a descender la velocidad. Algo que, en un principio, no harían si nos quisieran atacar.

Hago un gesto con la mano a Idril para que baje el arma. He estudiado que los bul'lohí son una raza muy pacífica, que intenta evitar el conflicto en todo momento. Si de verdad son ellos, cosa que no puedo asegurar porque no conozco todavía su olor, no creo que se atrevan a mostrarse ante

nuestros ojos hasta no estar seguros de que no les vamos a atacar.

Tal y como esperaba, los pasos cesan por completo justo antes de mostrarse ante la luz del fuego de la nyëlkhem. Aguardando entre las sombras.

—Baja esas manos, enana —le ordeno a Zynael.

La rubia me mira con asombro, totalmente extrañada por lo que le pido.

—¿Por qué? ¿Son ellos?

—No lo sé —respondo con sinceridad.

—Pues entonces no pienso bajarlas. Eso sería darles ventaja — gruñe con desconfianza.

—No van a acercarse si no las bajas —le aseguro, convencido de lo que le estoy pidiendo—. Les da miedo que les podamos hacer daño.

—Precisamente, de eso se trata —Su decisión es implacable, al igual que su orgullo—. ¿Y si no son ellos y son un grupo de bandidos o de bestias?

—Están esperando a que no les parezcamos una amenaza — explico, totalmente convencido de mi teoría.

—Puede que sean lobos, y estén esperando al momento perfecto para darnos caza —añade ella, manteniendo en auge su desconfianza.

—No son lobos —determino—. ¿Puedes confiar en mí?

—Joder, Kal'ladril —se queja—. Confío en ti, pero aquí hay más personas aparte de nosotros dos. No me voy a arriesgar a que nos ataquen.

Puesto que los ha nombrado, me fijo en los demás. Thaeón y Jóngruf también tienen sus espadas perfectamente listas para atacar. Daisha se mantiene alerta, pero no en una posición amenazante.

—Bajad las armas de una vez —les ordeno a todos con actitud. —Pero… —intenta protestar Jóngruf.

—¡Que las bajéis! —grito, alzando la voz.

Los dos amigos humanos obedecen al instante, a regañadientes.

Pero Zynael no cambia su posición.

—Tú no vas a hacerme caso, ¿verdad que no? —me resigno.

—¿Tanto pánico le tienen las cabras al fuego? —murmura—. Que salgan de una vez. Pueden estar tranquilos. Si ellos no atacan, yo tampoco lo haré.

Resoplo. Zynael es imposible cuando cree tener la razón. Y suele ser así. Por lo tanto, es inútil intentar hacerle cambiar de opinión.

Estoy a punto de hablar en voz alta para dirigirme al grupo que se esconde en el bosque cuando, de repente, Avaldur'h comienza a avanzar hacia ellos. La rubia lo mira con asombro, preguntándose qué podrá estar tramando.

—Son ellos —garantiza el norteño tras un instante en silencio, una vez ha llegado al límite del umbral de luz que provoca el fuego de Zynael.

Gira la cara hacia nosotros y le hace un gesto a la elfa para que se relaje.

—Tranquila —le pide—, son ellos.

Zynael toma aire y duda un momento, pero no tarda demasiado en suspirar y obedecer; apagando la llama de su mano izquierda, y manteniendo la de la derecha de forma más suave para simplemente iluminar.

—Te fías más de su palabra que de la mía, ¿no? —gruño justo antes de avanzar para colocarme junto a Avaldur'h.

Tan pronto como parecen asegurarse de que no vamos a atacarles, comienzan a moverse entre las sombras.

Tal y como pensaba, frente a nosotros aparecen algunos bul'lohí. Seis varones y siete mujeres. Jamás los había visto, pero su apariencia es tal y como la describían los libros donde los estudié. Seres con tronco y brazos humanos, y patas de cabra. De las cabezas de los hombres nacen unos impresionantes cuernos que se enroscan hacia detrás. Sus cabellos están peinados con rastas e infinidad de adornos. Sus ropas son de telas viejas y cómodas, no demasiado abrigadas para el clima que nos rodea. Pero están acostumbrados. Vienen de otro continente llamado Dabhariön, situado al norte del hemisferio norte de Namhliä. Estas temperaturas deben ser lo más similar a lo que ellos consideren calor.

Las siete hembras son las primeras en acercarse, manteniendo sus ojos clavados en los míos con infinita curiosidad. Como si hubiesen encontrado algo en mi apariencia que les hubiese llamado extremadamente la atención. Ignoran a Avaldur'h con total despreocupación y pasan por su lado hasta llegar frente a mí. Todas tienen un tono de piel trigueño, y unas sombras de carbón maquillando sus ojos claros.

Comienzan a rodearme como si quisieran estudiarme y analizarme al detalle, clavando sus ojos en cada parte de mi cuerpo sin ningún corte. Las observo sin moverme, extrañado por esta reacción tan particular.

Los hombres también me mantienen vigilado desde la lejanía, pero se muestran bastante más reservados.

Una de ellas se atreve a tocarme, agarrando el extremo de mi larga melena para examinarla al detalle, como si quisiera comprobar si es real. A esta le sigue otra más, posando sus manos sobre mis pectorales, comenzando a acariciarme y a palparme todo el vientre, bajando incluso a mis muslos sin dejarse el punto donde se cruzan.

Frunzo el ceño cuando, la misma, lleva su mano al extremo de mi pantalón y tira de él para observar lo que hay en el interior. Entonces, tras comprobarlo, vuelve a subir sus ojos verdes hacia mí y analiza mi mirada con intensidad.

—Eres excesivamente precioso en todos los sentidos —habla por primera vez, con un acento peculiar—. Tienes unos luceros radiantes, brillantes como el oro metalizado y pulido de una corona.

—Mhynestirri —Se mete Avaldur'h, acercándose a mí y a todo el grupo de mujeres por fin. Obligándolas a detener su riguroso estudio sobre mi cuerpo—. Me presento ante vosotros. Mi nombre es

Avaldur'h.

—¿Y el nombre familiar, Avaldur'h? —pregunta una de las bul'lohí—. ¿Cuál es?

—Ya no tengo. Lo perdí cuando perdí a los míos —responde el albino, evitando contestarle—. Pero este al que estáis examinando es Kal'ladril Akhelbec'h. Imagino que su apellido sí lo habréis oído.

—Nos suena —murmura la mujer que todavía seguía mirándome fijamente, estudiando mis ojos y su color—. Pero es un ser demasiado atractivo para ser un simple sygära. Parece más bien un dios.

Avaldur'h sonríe, colocándose justo a mi lado. Apoya su mano sobre el hombro de la bul'lohí que continuaba admirándome de cerca y la empuja con cuidado para obligarle a poner distancia entre nosotros. —Sus genes son buenos —asegura el alquimista—. Sus padres también tienen una

belleza sobrenatural. No podía ser de otra forma habiendo nacido de ellos.

Muevo mi mirada hacia Avaldur'h con pereza. «¿Ahora los alaga?»

—Mhynestirri —hablo finalmente, ignorando el tema que estaba empezando a tratarse para dirigirme a ellas personalmente. Levanto también los ojos hacia los hombres, que poco a poco se van acercando a nosotros—. Como bien ha dicho mi hermano del norte, mi nombre es Kal'ladril. Kal'ladril Akhelbec'h. Hijo de Karanthir Akhelbec'h, el sexagésimo quinto rey de Drilembiyr'h desde la Primera Luna de la Nueva Era de Elthymeron.

—Conozco a tu padre —asegura uno de ellos, llegando por fin frente a mí—. No personalmente, pero escuché hablar de él —me cuenta—. Hace tantos años de eso que ya hasta lo había olvidado. Coincidimos con las tropas de sus soldados cuando estaban marchando hacia Cinnadaoin, antes de que la Gran Guerra comenzase.

Asiento con la cabeza, situando cronológicamente el momento que narra.

—Mi padre y los capitanes del ejército llegaron a Cinnadaoin por aire, a lomos de los farcnars. Por eso no visteis al rey con esas tropas — le explico —. Imagino que fue a los propios soldados a los que escuchaste hablar de él.

El bul'lohí asiente con la cabeza, confirmando lo que he adivinado.

—¿Y hablaban bien? —se interesa Avaldur'h con chanza.

—Hablaban con respeto —responde—. Un respeto que podía interpretarse como temor, pero en el que también se apreciaba su infinita lealtad. Imagino que así es como se debe hablar de un rey. Comprendí que era un monarca con las ideas muy claras, y con una actitud orgullosa e imparable a la hora de defender a su raza.

Mis ojos se entornan tras escuchar lo que acaba de contar.

—Así es mi padre —confirmo enseguida.

—Sigue vivo, pues —adivina el hombre, de aparentemente unos sesenta y pico años de edad. Años que, para los bul'lohí, pasan incluso más despacio. Un año de su raza, equivale a 350 años humanos.

—Sigue vivo, por supuesto —confirmo al instante, satisfecho por ello.

El nhómatir asiente con una leve sonrisa.

—Es satisfactorio saber que no murieron todos en aquel trágico enfrentamiento —murmura con pesar—. Fueron muchos los soldados que vi marchar al norte, pero no vi a ninguno regresar. Incluso desde nuestro asentamiento podíamos ver las llamaradas de aquel dragón que había despertado, rugiendo de rabia y aniquilando a todos a su paso. Temí que no hubiese sobrevivido nadie.

—Solo unos pocos lograron escapar de aquello y, evidentemente, todos eran sureños —incide de nuevo Avaldur'h.

—¿Tú estuviste allí? —se interesa el hombre—. ¿Eres uno de esos elfos puros de la oscuridad? ¿Eres del norte?

—Sí. Sí a todo —afirma el albino—. Era solo un niño cuando aquello estalló. Si no morí, fue porque el cadáver de mi madre me cubrió de todo lo que allí pasó.

—Entonces no solo los sureños lograron escapar —Sonríe el bul'lohí—. Tú estás aquí ahora, y estás vivo. ¿Verdad? ¿Quién te dice que no hay alguno más?

Avaldur'h suspira.

—Mi nombre es Zoilmhor. Soy el thrümar de nuestra pequeña comunidad —se presenta finalmente—. ¿Hacia dónde os dirigís, viajeros?

—¿El thrümar? —pregunta Zynael, adelantándose para colocarse junto a mí.

Zoilmhor observa a la rubia de cabello dorado, totalmente destrozada por el difícil clima y por el cansancio de haber estado usando su magia sin parar.

—Soy el guía de nuestra comunidad —nos traduce—. Soy quien decide los destinos que tomaremos y cómo nos organizaremos.

—El líder, pues —interpreta la nyëlkhem—. Entonces estamos hablando con el bul'lohí acertado.

—A nosotros no nos gusta llamarlo así, pues no estoy por encima de nadie. Tan solo confían en mí para tomar decisiones —se excusa—. ¿Cómo puedo ayudaros?

—Necesitamos refugio hasta que pase esta tormenta —pide de forma

directa—. Por lo menos hasta que deje de llover. Estos abrigos de piel deberían ayudarnos con el frío, pero no sirven para nada si están empapados.

Zoilmhor lleva su mirada verde al resto de nuestro grupo, observando la forma que tienen todos de tiritar. Apreciando nuestros cabellos empapados y los labios ateridos.

—Por supuesto —responde el hombre anciano sin dudar ni un instante —. Habíamos salido a recolectar frutos cuando hemos divisado ese fuego que creabas con las manos, y nos hemos acercado precisamente por si os podíamos ayudar. Solo necesitábamos estar seguros de que no nos ibais a atacar.

Zynael y yo enseguida nos miramos. Ambos pensando en lo mismo.

—Vale sí, tenías razón. Siento no haberte escuchado antes — susurra con suavidad mientras yo le dedico un gesto socarrón—. Pero ten en cuenta que nos han encontrado gracias a mi magia.

—Nadie te había negado eso, enana —evidencio con burla.

Zoilmhor enseguida hace un gesto con la cabeza, invitándonos a seguirlos.

—Vamos, no cojáis más frío. ¿Los elfos puros creéis poder seguir nuestro ritmo? —nos pregunta directamente a Avaldur'h y a mí—. Tenemos las carretas situadas al pie de las montañas, protegidas del temporal. Podemos cargar con vuestros amigos humanos y con las elfas del bosque, pero vosotros sois demasiado grandes.

—Por supuesto que podemos. Pero, ¿estáis seguros de poder cargarlos a ellos? —se preocupa Avaldur'h—. Idril es sencilla, el problema son los humanos. Esos tres son bastante altos, y el pelirrojo, aunque sea bajito, es ancho, macizo y pesado como el tronco de un árbol centenario.

—¿A mí ni siquiera me mencionas? —salta Zynael—. ¿Cómo debo tomarme eso?

—A ti va a llevarte Kal'ladril —Sonríe con provocación el alquimista—. Y ya he comprobado que puede contigo perfectamente.

La rubia rueda sus ojos.

—Por eso no preocuparos —nos tranquiliza Zoilmhor—. Estas piernas

son tan fuertes como las de un caballo. Podrán cargar con ellos sin esfuerzo alguno.

—Entonces marchemos ya —pide Avaldur'h—. El clima y el lugar no son los más apropiados para detenerse a pensar.

Los bul'lohí enseguida se acercan al grupo. A Dai-sha, a Thaeón y a Záldur los cargan tres de los hombres; mientras que para cargar a Idril y a Jóngruf, se ofrecen dos de las mujeres. El humano castaño parece dudar un instante, pero enseguida se encoge de hombros y salta para agarrarse a esta fuerte y joven nómada.

—Cuando dije en voz alta, para los dioses, el tipo de ayuda que deseaba recibir de una mujer de tu raza, jamás pensé que comenzaría así —menciona Jóngruf cuando ya se encuentra sobre la espalda de la chica, agarrándose a ella con firmeza—. Aunque no me quejo. Esto debe multiplicar directamente nuestra confianza. Ya no hay nada que nos impida compartir lecho cuando lleguemos.

La bul'lohí sonríe con picardía. Divertida por lo que, al instante, ha podido comprender del mujeriego humano.

—¿Sois todos los humanos tan lanzados? —Se ríe la joven nhómatir.

—Solo los que son de mente simple, como él —contesta Thaeón, aprovechando para meterse con la poca vergüenza de su mejor amigo.

—Mi nombre es Jóngruf.

—Haläinel —se presenta también ella, dándonos su nombre.

—Hermoso nombre para una hermosa mujer, Haläinel —flirtea con ella —. Y hermosos tus ojos verdes, en contraste con el hermoso tono tostado de tu piel. Espero poder disfrutar de tu belleza mucho más de cerca, en un entorno mucho más cálido que este —propone sin ningún corte o vergüenza.

—Gracias —Sonríe ella con gracia—. Ese de ahí, el que lleva a tu amigo, es mi padre Dyänlor; hijo del que ya conocéis como Zoilmhor.

—No me digas. ¿Así que son tu padre y tu abuelo? —Se ríe Jóngruf de forma forzada, con ligera incomodidad—. Pues, es un placer. Espero.

Zynael suelta una risita burlona y se pega a mí, agarrando mi brazo con su congelada y temblorosa mano. Enseguida ladeo mi mirada hacia ella.

—Deja eso ya. Descansa —le pido, refiriéndome a su magia—. Y sube —Flexiono mis rodillas para bajar hasta su altura, tratando de ponérselo fácil para que pueda montarse sobre mi espalda.

La rubia parece vacilar un instante, pero enseguida apaga el fuego de su mano y da un salto contra mí. Se aferra a mi cuerpo con sus piernas y pasa sus brazos sobre mis hombros, abrazándome por delante del cuello. Mis manos la agarran por sus muslos, manteniéndola en alto, y enseguida vuelvo a girarme hacia Zoilmhor.

—Cuando queráis.

Avaldur'h también asiente, confirmando estar listo para partir.

—Si en algún momento veis que os estáis quedando atrás, no dudéis en avisarnos —nos dice el bul'lohí anciano—. Reduciremos la velocidad para esperaros.

El albino y yo sonreímos con soberbia y, de forma automática, nos miramos completamente confidentes.

—Somos sygäras, viejo thrümar —nos defiendo a ambos, volviendo a dirigirme a él—. Somos nosotros los que vamos a adaptarnos a vuestro ritmo, porque no os podemos rebasar. No sabemos dónde está el lugar al que tenemos que llegar.

—Unas piernas jamás serán más rápidas que un par de patas — Parece picarse, sonriéndonos con provocación—. No importa si son las piernas de dos elfos puros.

—Ponnos a prueba, pues. A ver si logras hacernos entrar en calor —le reto.

Zoilmhor sonríe y asiente, aceptando el desafío. Entonces, se gira hacia los suyos y les dedica un gesto con la cabeza para pedirles que arranquen. Todos los bul'lohí comienzan a correr en dirección al bosque, perdiéndose de nuevo en él.

—¿Les damos ventaja? —propongo, encendido con el repentino desafío.

Avaldur'h se gira hacia mí y me sonríe.

—Qué confianza más tierna. No ha tenido en cuenta que los sygäras no solo utilizamos las piernas. Y tampoco sabe que, si quieres, tú puedes dejar de tenerlas —se mofa justo antes de arrancar detrás de ellos.

—Agárrate bien —le ordeno a Zynael, ladeando mi cara para observarla por encima de mi hombro—. Será movidito.

—Descuida —Asiente—. Tú encárgate de hacerles morder el polvo.

Comienzo a correr finalmente, alcanzando a los demás sin ningún esfuerzo.

La lluvia y el fuerte aire golpean nuestras caras, así que enseguida me coloco la capucha y el velo para tratar de protegerme. Zynael aprovecha para esconderse tras mi cabeza. Su pelo dorado se agita con fuerza, casi la misma que ella está empleando para mantenerse contra mí.

Mis pies se clavan en el barro con firmeza, dando zancadas impresionantes, siguiendo el veloz ritmo de estos bul'lohí.

Tal y como había anunciado y advertido el anciano, se hace notoria la potencia de sus impresionantes y peludas patas.

Pero siguen sin ser tan ágiles como un sygära.

Avaldur'h me sonríe con astucia. En ese instante, se gira y da un salto para agarrarse al tronco de un árbol, trepándolo con destreza para continuar corriendo por encima de sus ramas, sosteniendo el equilibrio.

Saltando de árbol en árbol, impulsándose y balanceándose en otras ramas superiores para ganar velocidad.

Encendido por la evidente provocación de mi hermano del norte, fijo mi mirada en otro árbol dispuesto a seguirle de la misma manera. Me agarro a la rama más gruesa y resistente que veo y ruedo en el aire para saltar a otra superior del árbol siguiente. Zynael se aferra a mi cuerpo, pero parece totalmente consciente de que está segura conmigo.

Mientras Avaldur'h y yo continuamos avanzando de esta forma:

saltando de un árbol a otro; bajando al suelo para correr durante un rato y, seguidamente, volviendo a saltar a lo alto de las copas; los bul'lohí galopan tras nosotros, observándonos con diversión e infinita admiración.

Comienzo a picarme con el norteño, a pesar de llevarle una clara ventaja.

Por un momento, me olvido de que se trata del mismo sygära de la oscuridad que tanto detesta a los míos y, especialmente, a mi padre.

Por un momento, desaparece todo resquicio de rivalidad.

Nos reímos juntos como si esto fuese un juego de niños, como si fuésemos dos hermanos que se divierten juntos sin importarles los problemas que puedan rodearlos. Salvajes, jóvenes y vivaces. Algo que jamás había hecho antes con ninguno de los miembros de mi familia.

Zynael también ha relajado todos los músculos de su cuerpo, y parece estar divirtiéndose junto a nosotros a pesar del increíble frío, del viento y de la lluvia.

El cansancio parece haberse desvanecido por completo.

Cuando comprobamos que los bul'lohí ladean su trayectoria, Avaldur'h y yo volvemos a saltar al suelo y descendemos la velocidad para colocarnos detrás de ellos. Dispuestos a seguirles. Conscientes de que debemos estar llegando.



Kal'ladril
5

A lo lejos, comenzamos a divisar el color de varias fogatas.

Conforme nos vamos acercando, vamos distinguiendo mejor el increíble campamento que tienen montado estos experimentados nhómatir.

Tal y como nos habían contado, están situados justo al pie de la montaña, aprovechando sus altos y rocosos acantilados para protegerse del viento en esa dirección. Frente a nosotros, somos capaces de contar entre veinticinco y treinta carretas; inmensas y resistentes, perfectamente cerradas y exquisitamente decoradas según sus tradiciones. Carretas que son tiradas por ellos mismos, llevando sus casas móviles como su propia carga. Pintadas con tonos coloridos y ornamentadas con amuletos colgando de sus tejados. Entre ellas, tienen extendidas varias telas que parecen repeler el agua, evitando que se empapen; protegiendo los fuegos que han encendido justo debajo. También han aprovechado varias cuevas pequeñas que, posiblemente, estarán conectadas entre sí. Y dentro de estas, parecen estar viviendo una increíble celebración y dándose un majestuoso festín.

—Pensaba que habíais salido a por comida —pronuncio cuando el grupo se detiene, colocándome junto a Zoilmhor—. No veo que os falte de nada.

El anciano me sonríe, ladeando su cara hacia mí.

—Precisamente porque salimos con constancia a recolectar — explica—. Hacemos varios turnos al día. Nunca se sabe cuándo podrán escasear los recursos.

Mis amigos por fin vuelven a apoyar sus pies en el suelo. Todos ellos tienen el pelo completamente enredado y empapado por la increíble velocidad que sus portadores han alcanzado.

—Por favor, seguidnos. No os quedéis aquí, o vais a coger aún más frío —pide en voz alta el que ahora ya conocemos como Dyänlor, el hijo del guía. El mismo que estaba llevando a Thaeón hace un instante—. Tenemos tinas con brasas recién encendidas en las carretas. Daos un baño caliente y acompañadnos para cenar.

Analizo la increíble simpatía y hospitalidad de este grupo de completos desconocidos, mientras invitan a los demás a acompañarlos.

Dai-sha enseguida sigue al mismo que le ha traído hasta aquí, totalmente confiado. Idril y Záldur acompañan a la portadora de la nyëlkhem. Thaeón parece esperar a ver qué es lo que decide su mejor amigo, pero enseguida decide marcharse con Dyänlor cuando ve que Haläinel agarra de ambas manos a Jóngruf tirando de él con flirteo.

—Vamos —le susurra la nieta del guía al castaño—. Tú conmigo, guapo.

Jóngruf me mira con ligera sorpresa, como si necesitase mi permiso para acceder mientras la chica continúa tirando de él. Hago un gesto con la mano para darle toda la libertad de hacer lo que le plazca, y enseguida responde con una maliciosa sonrisa.

—Por supuesto, preciosa —responde casi al instante, dejándose llevar por ella—. ¿Vas a compartir ese baño caliente conmigo? —le pregunta mientras ambos se alejan juntos—. ¿Has estado alguna vez con un humano?

Haläinel se ríe y coge de la cintura a Jóngruf, empujándolo con diversión desde atrás hacia la que parece que es su caseta.

—Sí, y no —responde ella con guasa.

—¿Sí y no, a qué? ¿Estabas respondiendo en orden? —se emociona el aldeano.

—Ahora lo verás —Continúa riéndose ella, claramente entretenida con la actitud de Jóngruf. Nada molesta con sus ocurrencias de donjuán.

Suspiro con chanza cuando los veo entrar en la carreta de la joven bul'lohí, y enseguida me giro para observar a Zynael y a Avaldur'h.

—¿Vosotros qué vais a hacer? —les pregunto directamente.

—¿Tú qué crees? ¿Piensas que voy a rechazar un baño caliente? —evidencia la preciosa nyëlkhem—. Me va a venir tan bien como el que nos

dimos cuando nos sacaron de aquella mugrienta celda.

Asiento con la cabeza y miro a Avaldur'h, aguardando su respuesta. —Yo también voy a aceptar la generosidad de estas personas — determina—. Sería descortés negarse a sus amables ofrecimientos.

Enarco mi ceja con picardía y ladeo mi sonrisa.

—Claro —murmuro con la voz grave—, lo aceptas solo por cumplir con tu infinita cortesía. No será, en absoluto, porque tú también lo necesitas.

—Es un baño. Cualquiera que no quiera vivir como un puerco lo necesita en todo momento —se defiende enseguida mientras comienza a alejarse junto a otro de los bul'lohí, entre risas—. Quizá a ti te guste oler a nido de farcnar, al fin y al cabo estarás acostumbrado, pero los del norte somos un poco más higiénicos y escrupulosos.

Me echo a reír, completamente divertido con su estupidez.

Zoilmhor nos guía hasta su carreta y nos presenta a su pareja, una mujer de una edad muy aproximada a la suya, verdaderamente agradable e infinitamente cariñosa.

Por lo que nos han contado, los bul'lohí no contraen matrimonio; sino que eligen con mutuo acuerdo a lo que ellos llaman su *sioràffy*. Otro miembro de la comunidad con el que compartirán el resto de sus días. Como un compañero o amigo con el que convivir, y disfrutar del infinito cariño y de la cercanía. Un compañero que puede ser hombre o mujer, sin distinción alguna. En cambio, para la descendencia no necesitan ningún tipo de vínculo. También de mutuo acuerdo, pueden tener hijos con cualquiera que les plazca. Sin importar siquiera los lazos familiares que los unan.

La sioràffy de Zoilmhor atiza las cenizas bajo la bañera para volver a despertar el calor necesario para mantener la temperatura del agua. Zynael decide aguardar hasta que la mujer salga y nos dé privacidad, mientras yo comienzo a desvestirme sin ningún reparo.

Siento los ojos claros de la bul'lohí dirigirse hacia mí cuando desnudo mi torso, dejando al descubierto todas esas cicatrices.

—Vaya… —murmura antes de volver a fijar su atención en su faena—. Para ser un joven tan espectacularmente atractivo y bello, y venir de familia real, no parece que el mundo te haya tratado demasiado bien.

Giro mi cabeza y la observo sobre mi hombro mientras dejo la parte superior de mi armadura doblada sobre el mueble de la cómoda, junto a mis armas.

—He tenido mis momentos —respondo de forma breve, agachándome para quitarme las botas—. Soy un Akhelbec'h, pero como puedes ver solo llevo espadas, no coronas. Soy un príncipe, pero por encima de eso soy un soldado. Como todo guerrero tengo mis enemigos. No todo podían ser masajes, jubones y amables desconocidos que me ofrecen su tina.

—Jubones —Se ríe la señora—. Desde luego, no va con tu estética un jubón. En absoluto —me critica, o quizá me halaga—. No pareces un elfo puro de palacio. Sin duda, pareces más un peleador.

Me doy la vuelta hacia ella justo antes de bajarme el pantalón, manteniendo mis dedos en el interior del borde superior.

—Gracias —Sonrío con picardía, verdaderamente agradecido por lo que he oído.

La bul'lohí se inclina y asiente con la cabeza.

—Os dejaré a solas a tu sioràffy y a ti para que podáis desnudaros y bañaros con privacidad —nos indica.

—No soy… —salta Zynael, tratando de corregirle. Aunque es ella misma la que al instante termina silenciándose—. Gracias —le dice finalmente a la encantadora mujer.

Me meto en la bañera finalmente cuando nos hemos quedado a solas mientras la nyëlkhem comienza a desvestirse. Estiro mi cuello hacia detrás hundiendo mi cara en el agua y suspiro de placer cuando vuelvo a emerger, disfrutando de la sensación de limpieza. Extiendo mis brazos a lo largo de sus bordes de madera y abro lentamente la mirada cuando escucho los pies descalzos de mi compañera sobre el crujir del suelo.

Me sonríe. Y juro por los dioses que no existe nada en este mundo que me haga sentir tan en paz como eso.

Le devuelvo el gesto al mismo tiempo que le cedo mi mano para agarrar la suya, ofreciéndole mi estabilidad hasta que se sienta frente a mí; entre mis piernas; dándome la espalda. Zynael respira hondo, demostrando el placer que ella también ha sentido.

—Qué gusto —suspira dejándose caer hacia detrás, apoyando su espalda y su cabeza sobre mi pecho. Utilizando mis piernas como apoyo para sus brazos, acariciándome con la punta de sus dedos—. Tenemos suerte de que esta gente tenga una tina caliente en la que podernos asear. Es mucho más de lo que hubiese esperado en estas tierras.

Su mirada sube para encontrarse con la mía. La observo con el cuello inclinado hacia abajo y, preso de ese color que tanto me obsesiona, llevo mi mano a su cabello para comenzar a acariciarlo.

—¿Suerte, dices? —murmuro sin soltar sus ojos—. Si de verdad existe la suerte, a mí ya no puede quedarme más. Se me agotó hace unas diecisiete lunas cuando te conocí.

Zynael inspira hondo y se deshace al instante sobre mí.

Entonces comienza a menear sus manos lentamente, dibujando círculos en el agua. Por un momento, creo distinguir algunas llamas de fuego naciendo de sus palmas hundidas. Y enseguida confirmo lo que está intentando. Porque de este mismo lugar comienzan a surgir pequeñas y múltiples burbujas que empiezan a ascender notablemente la temperatura del agua.

Cuando ya está tan caliente como parece pretender, gira su cuerpo para encararlo hacia mí y aferra sus piernas en mis lumbares. Sus brazos suben a descansar sobre mis hombros y sus dedos comienzan a entrelazarse entre el cabello naciente de mi nuca. Parece que sus ojos grises quisieran fusionarse con los míos, para así poder estudiar y conocer todo lo que guardan esas palabras que nunca digo.

—¿Qué? —Sonrío tentado y malicioso—. ¿Qué miras así?

—¿Qué crees que estoy mirando? —me devuelve la pregunta. Me mantengo en silencio, apreciando el brillo de sus iris—. ¿Qué es lo que has hecho conmigo, Kal'ladril Akhelbec'h? Me enamoran hasta las letras de tu nombre.

—¿No me digas? —Decido jugar un poco—. ¿Te enamora también mi nombre? ¿Y si lo combinamos con el tuyo? Zynael Akhelbec'h… Suena muy bien, ¿no crees?

—¿Me dices algo bonito para seguidamente bromear con algo como esto? —Arquea su ceja—. ¿Crees que no me afecta cada vez que recuerdo

que debes casarte con otra?

—¿Por qué crees tú que estaba bromeando? —runruneo llevando mi mano a su barbilla, para acercarla lentamente a mis labios.

—Cállate. Sabes que no es posible, así que no juegues así conmigo —sentencia justo antes de unir nuestras bocas, comenzando a besarme ardientemente.

Mi brazo izquierdo la rodea con fuerza abrazándola contra mí, mientras que mi mano derecha pasa a su cabeza para intensificar nuestro contacto. El calor del agua ya apenas lo noto, pues se percibe incluso fría si la comparas con esta unión de los dos; con la cual, sin necesidad de hablar, nos decimos tanto.

Nos separamos muy despacio para respirar, volviendo a observarnos.

—¿Por qué no me repites todas las palabras que me dedicaste en aquel balcón? —propongo, perfilando su labio inferior.

—¿Y sucumbir a los deseos de tu ego de macho?

—Mi ego de… ¿qué? —me sorprendo, realmente divertido por lo que acaba de mencionar—. ¿Macho?

—Sé bien por qué me lo pides —insiste con una sonrisa dibujada en los labios; acariciando mis mejillas con las yemas de sus dedos—. Solo quieres subir tu autoestima, y alimentar a tus oídos y a tu orgullo.

—¿Y te cuesta mucho saciarme? —Intento tentarla—. ¿Quién es la orgullosa ahora?

—¿Cuándo he dicho que yo haya dejado de serlo?

Muerdo mi labio y niego con la cabeza, guasón. Totalmente derrotado por su cabezonería. Encantado con ella.

—Dime que me amas.

—No —rechaza enseguida, dedicándome un gesto bromista de prepotencia que me eriza y me excita—. No te diré algo tan importante solo porque sea lo que quieres oír. Lo haré cuando me salga del corazón a mí.

Entonces vuelvo a agarrar su cara con ambas manos para unirla a mí, besándola de nuevo. Fundiéndonos una vez más en esta intimidad que tanto habíamos parecido extrañar.

Subo mis manos para comenzar a masajear y palpar sus senos, disfrutando bajo mi tacto el endurecimiento de sus pezones. Sus labios son un reflejo de sus sentimientos. Ardientes y pasionales. Infinitos. Deliciosos. Una completa perdición para mí y mi confundido corazón.

Se une más a mi pelvis y siento esa corriente recorriéndola al completo cuando nota mi hambre despierta rozándola en su punto más excitable.

Araño su espalda hacia abajo hasta llegar a sus nalgas, y su piel se eriza haciendo que todos sus poros griten mi nombre. Clavo mis dedos en ese divino trasero que tanto lleva a la perdición a mi razón, y la impulso hacia arriba montándola sobre mí.

—Enana… —bisbiseo contra sus labios—, dime que me amas.

—No —gime justo antes de volver a besarme, diciéndomelo de otra manera.

Sus manos van bajando por mis hombros palpando todos los músculos de mis brazos. Hasta que la derecha, más atrevida, se aventura por mis abdominales ignorando mi ombligo, llegando a mi hombría. Aferrándola entre su puño bajo el agua. Comenzando a masajear su dureza y su longitud en ese peligroso juego repetitivo que tanto me pierde.

Muerdo su labio inferior y tiro de él con ansia, haciéndola gruñir de dolor y placer, pero enseguida volvemos a unir nuestras bocas en un beso ardiente y sentimental, que nos deja completamente fuera de control. Mientras su mano sigue trabajándome con esa destreza que solo esta mujer puede poseer.

Todo a nuestro alrededor desaparece, como si el mundo no estuviese a punto de llegar a su fin y nosotros no tuviésemos ninguna misión por cumplir antes de despedirnos para siempre. Todo queda reducido a este instante. A esta mujer y a mí. A nuestra unión. Esa que jamás debería haber ocurrido, y que sin embargo sé que jamás podré superar.

—Dime que me amas… —suplico por última vez.

Sus ojos se abren para encontrarse con los míos, tan brillantes que parecen estar desnudando su alma.

—Kal’ladril —dice mi nombre con un sentimiento similar al terror, como si le diese miedo lo que su interior podría desear decirme a continuación

—. Sigo en mi proceso de conocer y despertar lo que sea que puedas llegar a sentir tú.

—¿Es por eso? —le pregunto, llevando mi mano a su mejilla para acariciarla al mismo tiempo que perfilo su labio inferior con mi pulgar— . ¿Es miedo a que yo no pueda amarte igual? ¿Por eso no me lo dices? ¿Por eso no me regalas ese «te amo» que tanto deseo escuchar?

—No —rechaza—, es precisamente porque para ti es solo eso. Algo que te causa interés escuchar. Porque para ti es solo una prueba que te llevará a comprobar de qué manera puedes reaccionar.

Respiro hondo, comprendiendo al instante lo que la frena.

—Son dos palabras que pesan muchísimo —se explica—. Decirte… *eso*, tiene un valor mucho mayor al «me he enamorado de ti» que ya te dediqué en aquel balcón. Jamás he pronunciado algo parecido, y quiero estar segura de decirlas cuando para ti vayan a significar la magnitud que tienen en realidad.

«¿Cuando para mí vayan a significar la magnitud que tienen en realidad? Joder, cómo me gustaría poder decirle todo lo que vibra en mi interior cada vez que la miro».

—Te entiendo —respondo finalmente, ocultando de nuevo todo lo demás que haya podido pensar—. Lo entiendo.

Su mirada se entorna con ligero pesar. De nuevo, sé que esperaba de mí mucho más.

—Bésame, por favor —me ruega, intentando ignorar los pensamientos equívocos con los que posiblemente la esté castigando su interior—. Bésame y poséeme Kal’ladrill Por si acaso esta la última vez que se nos da la oportunidad.

—¿Estás segura? —Mi mano acaricia su mejilla—. No quiero que te…

—No hagas eso, por favor —Bloquea rápidamente mis dudas—. No me trates con miedo. Los demonios de lo que me hicieron no tienen nada que ver contigo. Te pararé si me siento incómoda.

—Prométemelo.

—Sabes que lo haré. Te lo prometo —me garantiza—. Ahora bésame y poséeme.

Y obedezco. Obedezco al instante. Mostrando mi infinito deseo de que llegase un momento como este.

Vuelvo a atrapar su boca intentando transmitirle todo el afecto y el apego que siento hacia ella, y todas esas cosas que no puedo revelar. Obligando a salir a ese yo ideal que ella tanto parece desear. Abriendo mi piel para mostrar todo lo que se oculta debajo.

Quiero mostrarle esa parte de mi ser que jamás he mostrado a nadie, y que soy incapaz de dejar salir en ningún otro lugar que no sea aquí. Para ella.

Solo quiero hacerla mía. Mía de verdad. Para grabarla en cada milímetro de mi piel y poder abrazarla siempre. Incluso cuando ya no esté.

Solo quiero llenar ese eco vacío de mi interior con recuerdos de esta mujer.

Esta mujer que enseguida muestra sus ganas de dar un paso más.

Sin soltar su mano de mi virilidad, comienza a guiarla hasta su más privada guarida al mismo tiempo que se estira hacia arriba para así permitirme entrar.

Ambos soltamos un suspiro de placer al mismo tiempo cuando, lentamente, vuelve a dejar su peso caer por completo. Como si nuestras almas se estuviesen escapando de nuestro interior al mismo tiempo que se va profundizando la conexión de nuestros cuerpos.

Comienza a mecerse sobre mí, con esa elegancia y sensualidad que jamás había visto hasta que la encontré a ella. Sentada sobre mi pelvis, hondeando su espalda al mismo tiempo que la sube para poder volver a bajarla. Regalando a mi cuerpo, y al suyo, ese subidón repetitivo y tan adictivo de descargas.

Descargas de pasión. Descargas de obsesión. Descargas de ese sentimiento indescriptible que lleva su nombre y su apellido.

Y comenzamos a dejar atrás el tiempo entre gemidos y suspiros.

Sus labios no han dejado de besarme. ¿Los míos? Los míos no han dejado de adorarla, de saborearla y de venerarla.

¿Cómo es posible que cada vez que lo hemos hecho se haya sentido diferente? ¿Cómo es posible que cada vez haya sido mejor? ¿Qué quieren

decir todas esas sensaciones nuevas que han surgido en cada encuentro, y que logran que sea tan superior al anterior?

Todo lo que envuelve a mi interior cada vez que me siento dentro de ella, es extraordinario. Zynael es extraordinaria. Y es extraordinario verla derretirse de esta forma entre mis brazos. En este momento, solo somos vapor fusionándose con el aire y un exultante sentimiento.

Abro los ojos cuando se separa de mi boca y estira su cuello hacia detrás, gimiendo de forma más aguda, augurando el momento en el que va a terminar.

Comienzo a empujar sus nalgas con fuerza contra mí al mismo tiempo que envisto mi pelvis contra la suya con más agresividad. Deseando que nos fundamos en el mismo momento, beneficiándome con la escena que observan mis ojos mientras sus pechos se mecen al compás de su cuerpo. Encendiéndome infinitamente al verla sucumbir.

Siento su interior palpitante aferrándose a mis alrededores, llevándome finalmente al placer abismal. Y entonces siento sus piernas tensarse al mismo tiempo que sus gemidos se alargan, hasta fundirse en uno solo que exhala su alma y termina de exprimir mi placentera derrota.

Ambos nos aferramos al cuerpo del otro con la respiración acelerada y el corazón sobresaltado, golpeando parejos contra nuestros pechos.

La abrazo con fuerza, sintiendo su tacto empapado bajo mis manos, completamente deleitado por la oleada de felicidad y pasión que acabo de sentir. Completamente preso de la conexión que acabamos de vivir.

No sé si todavía me quedaba alguna duda, pero soy adicto a esta mujer y a todo lo que despierta en mí.

Lentamente nuestros músculos van relajándose, volviendo a la realidad. Paso las yemas de mis dedos de su espalda a sus brazos para acariciarla al mismo tiempo que me separo levemente para poder encontrarme con su mirada, que lentamente se abre para recibir a la mía. —¿Qué ha sido esto que acabamos de vivir…? —susurra—. ¿Cómo eres capaz de hacerme sentir así?

Zynael exhala, como si quisiera liberar esos sentimientos que la poseen, y apoya su frente contra la mía haciendo que nuestra nariz se una y nuestros labios vuelvan a quedar a un suspiro de la otra.

—Me encantas —Muerde levemente su labio inferior—, hasta un punto que me da miedo. Tengo claro que vas a ser mi perdición.

—Tú llevas siendo la mía desde el primer día —confieso, recordándole lo que ya debería saber—. Desde que te vi, no he dejado de ir en contra de mi razón.

—Sí… —Sonríe contra mi boca, como si le encendiese saber hasta qué punto me ha influenciado—. Te he vuelto todo un salvaje, ya te lo dijeron tus padres.

Dejo escapar una sonrisa burlona. Es curioso que lo mencione como si solo fuese una broma.

—Soy un hijo infiel, un bastardo —Me uno a su juego, apretando su cuerpo contra el mío—. Si mis padres me viesen así con esa sucia mestiza a la que apresaron… Si mis padres me hubiesen visto ensuciando mi pura sangre al devorarte…

Zynael agarra mi labio inferior entre sus dientes de forma sensual, tentada.

—Ya no eres el Kal'ladril que ellos tanto se esforzaron en moldear.

Eres mucho mejor —menciona—. Ojalá pudiesen verte tal y como eres. Suspiro.

—Detestarían conocer el Kal'ladril que soy en realidad —Me duele decirlo porque es cierto. Nadie en mi familia querría a la persona que se esconde bajo el prototipo perfecto que ellos quisieron forjar—. Ahora no solo tengo una relación romántica con una nyëlkhem, sino que también soy amigo de un sygära de la oscuridad.

La rubia toma aire profundamente y se separa de mí para observarme con atención, dándose cuenta del lamento que oculta mi voz.

—Es cierto, ¿verdad? —se interesa—. Realmente consideras a Avaldur'h un amigo.

La miro fijamente. El silencio contesta mejor que yo.

—Me alegra mucho. Muchísimo. A pesar de cómo empezó nuestra historia a su lado, es alguien en quien realmente creo que puedes confiar —me tranquiliza al instante—. Ese juego que habéis provocado antes, transmitía una conexión similar a la de dos hermanos. Además, parece que

os entendéis a la perfección. Considero que puede llegar a ser un apoyo para ti incluso al nivel de Dai-sha. La rivalidad que enfrentó a vuestras razas es cosa del pasado, y vosotros dos lo podríais cambiar.

A pesar de que siento que tiene razón, no sé qué decir.

Es cierto que ya nada queda de ese rencor y esa rabia que Avaldur'h me despertaba simplemente con hablarme, y también es cierto que me respeta y que realmente se preocupa por ayudarme… Pero ese niño que se crio en el palacio de Drilembiyr'h bajo las ideas del rey, todavía me influye. Esa parte tan leal y tan definida de mí, y de lo que debo ser y de lo que debo pensar, me impide reconocer que sea verdad. Cada vez que lo pienso, aparece en mi cabeza la voz de mi padre recordándome que jamás podré ser amigo de un sygära de la oscuridad.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver que llevo un rato en silencio, divagando en mi cabeza conmigo mismo.

—No lo sé —respondo, siendo totalmente honesto—. No es ninguna broma si digo que estoy conociendo una parte de mí tan contraria a lo que era, que ya ni siquiera consigo distinguir qué versión podrá ser la correcta.

Zynael entorna la mirada, preocupada tras mi respuesta.

—Todo lo que consideraba mi mundo se está viendo alterado por un conjunto demasiado amplio de versiones y opiniones totalmente contrarias a las que yo consideraba únicas y ciertas —le explico, intentando mostrarle mi desconcierto—. Ya no sé qué está bien. No sé qué está mal. Y no sé si todo lo que hasta ahora defendía, tan solo es la narración subjetiva y equívoca de alguien que vivió algo de forma diferente a todos los demás.

Su mano derecha sube a mi mejilla, mostrándome su apoyo y su cercanía mientras continúa escuchándome.

—No me reconozco en demasiadas ocasiones —continúo abriéndome—. Me he acercado mucho a personas que jamás deberían haberme importado, y me he sentido más en mi sitio de lo que me había sentido jamás. No sé cuál de mis dos versiones es la mejor, ni a qué realidad me debo aferrar. No sé qué tipo de hombre es mi padre, y no sé qué clase de hombre voy a terminar siendo yo.

—Sí lo sabes —me habla enseguida con seguridad—. En el fondo de tu corazón lo sabes, Kal'ladril.

Sus ojos grises, brillantes como la luna, acuden a los míos como un salvavidas. Recogiéndome de esa oscuridad en la que me hundo cada vez que me detengo a pensar.

—¿Por qué te preocupa dudar de lo que creías tras haber conocido a otras personas? De eso se trata vivir —susurra—. Tú mismo irás construyendo tu propia versión a partir de todo lo que estás viviendo. No debes culparte por haber defendido algo que ahora te estás empezando a plantear, porque nunca antes te habían dado esa oportunidad. Tú mismo me lo dijiste: Te han tenido completamente controlado siempre, desde el día en que naciste. Este viaje es la primera vez en la que se te ha permitido salir del límite que tu padre te impuso. Por lo tanto, también es la primera vez que puedes crear tu propio criterio. Ahora estás empezando a ser tú. Antes solo eras, y creías, lo que ellos querían.

Sin poder evitarlo, sonrío con ternura observándola fijamente. Inmensamente placado por sus inspiradoras palabras.

—No te sientas mal por dudar, porque es el paso previo a determinar. Tú solo acabarás visualizando cuál es la realidad a la que te quieres aferrar —me asegura—. Tus padres te quieren, y sea cual sea tu evolución, les cueste más o menos, lo aceptarán.

—Mírate… —bisbiseo de repente, entregado a ella—. ¿Cuándo has pasado de ser esa mestiza que me sacaba de quicio, al lugar más seguro para mí?

Motivado por mi deseo vuelvo a hundirla en un profundo abrazo, besando también su empapado y dorado cabello.

—Gracias —susurro sin separarme, totalmente poseído por esta increíble mujer—. Gracias por escucharme y por responderme siempre desde la objetividad. Sé que detestas a mi padre, pero aun así siempre me aconsejas con humildad y sinceridad —Sus brazos reaccionan a mis palabras abrazándome con más fuerza—. Gracias por ser así sin tener necesidad. Incluso cuando no te lo pedía, o cuando no tenías motivos. Siempre te has preocupado desinteresadamente por mí.

Dejamos de abrazarnos y volvemos a observarnos. Siento la pasión en todos y cada uno de los brillos de su vibrante y temblorosa mirada emocionada.

—No tienes que dármelas —murmura, apoyando la palma de su mano contra mi corazón—. Imagino que esa necesidad nació del mismo origen del que surgieron todos los sentimientos que tengo hacia ti. —Te juro por los dioses que siempre voy a estar para ti, enana — le prometo repentinamente, volviendo a acariciar su mejilla—. Siempre. Sus ojos se abren con sorpresa.

—Incluso cuando nuestro destino juntos concluya, y Avoulh y Sauthriel nos separen. Incluso si no es como ambos podríamos desear —continúo con mi juramento—. Mientras mi alma siga viva, jamás dejaré de cuidarte. Te juro Zynael, por lo que más quiero en mi mundo y por mi sangre, que nunca dejaré de velarte.

Veo cómo la emoción se apodera de su interior, por mucho que ella trata de disimularlo para mantener a su irrompible personalidad en alto.

—Acabas de hacerme un juramento, Kal'ladril Akhelbec'h — menciona, como si ella misma necesitase apuntarlo perfectamente en su mente—. Los sygäras tenéis completamente prohibido fallar a vuestra lealtad una vez habéis jurado.

—Lo sé, Zynael Kivaryl. Te he hecho un juramento —respondo con intensidad, copiando su formalidad para referirse a mí—. Y seré fiel a mi palabra hasta el último de mis días.

—O de los míos.

—No aceptaré tal cosa —le corrijo rápida y seriamente—. Mientras tenga vida, no presenciaré el último día de la tuya. Que algo te ponga en riesgo es algo que jamás permitiré. Ni siquiera si se trata de mi padre.

Sus labios se abren con impacto, pero enseguida comienzan a curvarse en una tierna y encantadora sonrisa.

Vuelve a abrazarme, aferrándome contra ella con un sentimiento tan grande que podría alcanzar el mismísimo Sol. Transmitiéndome verdadero amor.

Cierro los ojos y me permito disfrutar, sintiendo cómo brotan sin parar esas sensaciones que solo he llegado a conocer con ella. Notando cómo suben descontroladamente las revoluciones de mi corazón para, en cambio, hacerme sentir más en calma y feliz que nunca.



Kal'ladril
6

Salimos de la carreta en cuanto estamos listos y nos dirigimos a la cueva donde ya nos esperan los demás, resguardados de la tormenta que todavía prospera. Están sentados junto a un fuego en el cual los nómadas no dejan de colgar carne. Aunque no hay rastro de Jóngruf, por lo que enseguida interpretamos que también sigue con la joven bul'lohí.

Thaeón le hace un gesto a Zynael para que se siente a su lado, en un hueco que hay entre él y Dai-sha. La nyëlkhem enseguida acepta y se acomoda junto al moreno, que no tarda en cederle uno de los filetes de carne que nos habían preparado.

Los bul'lohí tienen montada una gran fiesta, pero parecen entender que no queramos participar en ella. Están a lo suyo bailando y haciendo música, respetando nuestro espacio y nuestra necesidad de descansar.

—Habéis tardado —apunta mi amigo el hechicero cuando me siento a su lado, entre él y la pequeña elfa castaña, que no suelta la mano de Záldur ni para comer.

—Hemos aprovechado el baño para relajarnos un rato, y luego hemos estado hablando —le cuento con naturalidad ocultando algunos de los detalles, estirándome para agarrar uno de los muslos de carne que continúan cocinándose colgados sobre el fuego—. ¿Hace mucho que has llegado tú?

—He sido el primero —contesta brevemente.

—Ahá —Lo miro fijamente para estudiarlo. Lo conozco demasiado bien y es obvio que le ocurre algo—. ¿Entonces, ya has comido algo? —añado para incitarle a continuar.

Pero Dai-sha responde únicamente negando con la cabeza.

Respiro hondo y ladeo mi cuerpo hacia él, dándole unos segundos para comenzar a contarme por sí mismo. Su seriedad me demuestra que es importante. Sus ojos azul morados se pierden en el fuego frente a nosotros.

—Tengo el estómago cerrado —confiesa—. Tengo demasiadas cosas machacándome la cabeza.

—¿Es por él? —hago mención a mi hermano.

—No es por Elwë. Por mí como si muere ya —responde con brusquedad.

Tenso mi cuerpo y mi expresión al instante, molesto por lo que acaba de soltar. Dai-sha enseguida se da cuenta y vuelve a ladear su cabeza hacia mí.

—Lo siento —se disculpa enseguida—. A veces se me olvida que una de las personas que más odio es hermano de quien más admiro.

—No puedes hablar así —Flexiono mi pierna derecha y apoyo mi brazo en ella, aún con el muslo de carne en la mano—. Que no estés de acuerdo con la forma en la que habéis acabado, lo entiendo. Que sientas ira y quieras reprocharle infinitas cosas, también lo entiendo. Pero no digas que le odias cuando, claramente, si sigues sintiendo todas esas cosas es porque por él sientes lo contrario. Que sea mi hermano no importa, pero hablando así solo te mientes a ti mismo.

—Odio haberme enamorado tan perdidamente de semejante ser —se corrige—. Pero no es él la causa de mis tormentos. Jamás debió serlo. Lo que más me preocupa es otra cosa… Y es la proximidad en la que lo veo lo que más me tortura.

—¿La guerra? —Adivino enseguida.

—No —rechaza—, bueno… sí, y no al mismo tiempo —Suspira y aparta la mirada, mostrando un gesto que enseguida capto.

Necesita despejarse para dejar de darle vueltas, y exteriorizar el asunto no va a ayudarle. Así que decido zanjar la conversación y dejar de insistir para mantener el respeto a su decisión. Entiendo lo que es no querer hablar, por eso no le voy a forzar.

—Tranquilo, ya hablaremos —Apoyo mi mano en su hombro—. Ahora cena algo, repón fuerzas, y descansa.

Dai-sha asiente con agradecimiento y enseguida vuelvo a centrarme en la suculenta carne, dándole por fin el primer bocado.

Entonces Idril, que parecía haber estado esperando a que el hechicero y yo acabásemos nuestra conversación, se dirige a mí.

—Kal'ladril —me llama.

Mis ojos se mueven hacia ella mientras continúo comiendo.

—Quería darte las gracias por haber accedido a parar —Su sonrisa ilumina su revivido rostro. Sus mejillas vuelven a estar enrojecidas—. Y sobre todo quería pedirte perdón por si esto nos retrasa. Sé lo que prometí, pero de verdad necesitaba descansar.

—No te preocupes, nos ha venido bien a todos —respondo enseguida—. Pero tienes que tener claro que mañana seguiremos nuestro camino, y el tiempo ira a peor con cada paso que demos.

—Lo sé.

—No te padezcas, mañana estaremos como nuevos. Dormiremos mejor que dos infantes agarrados a los senos lactantes de su madre — asegura el pelirrojo.

Observo al rudo y peludo humano con un gesto vahído.

—Qué desagradable —Me mofo.

—¿Desagradable? —se sorprende Záldur—. ¿Acaso puede existir un sabor mejor que el de la leche de una madre, tomada del propio pecho?

—Los sygäras no lactamos de nuestras madres —explico enseguida—. Y aunque fuese así, seguro que no lo recordaría ni lo mencionaría con semejante deseo.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién os amamantaba? —Se burla—.

¿Vuestro padre?

Arrugo mi expresión con angustia.

—*Wow*… —murmuro—. ¿Cuán nauseabundos y enfermizos podéis llegar a ser los humas wolftundianos?

Záldur se echa a reír.

—Ahora en serio, elfo —insiste—. ¿Quién os cría entonces cuando sois bebés?

—Son ambos padres los que nos dan el biberón. Con la leche de la madre, por supuesto —le informo—. Pero a diferencia de ti, yo no recuerdo el sabor. Así que tampoco extraño eso. En absoluto.

—¿No os dan el pecho a los sygäras? —Su extrañeza crece—. ¿Por qué?

—Porque no quieren. A los hijos no nos afecta, y está estipulado que se haga así —les cuento—. Ninguna lo hace. Es cosa de la cultura.

—Si ninguna lo hace, es cosa de vuestra cultura —Aparece de repente Avaldur'h en la discusión, corrigiéndome desde atrás.

Acaba de acercarse a nosotros. Estaba hablando con un grupo de nómadas y, al parecer, ya ha concluido su reunión.

—Habla por los de los del sur, zalèüh —añade mientras se sienta junto al pelirrojo con tranquilidad—. Muchas shbal sygäras sí lactaban a sus hijos. La mayoría de ellas, de hecho. Lo veían como una forma de fomentar el vínculo. Aunque personalmente siempre he creído que eso va más con la crianza. En Cinnadaoin no era cosa de cultura, sino de elección propia. Mi madre me dio el pecho.

—Me alegro, supongo —apunto.

—¿Ves? —Se motiva Záldur tras sentirse respaldado.

—Aunque —agrega Avaldur'h—, he de darle la razón a Kal'ladril: Ni recuerdo su sabor, ni entiendo que algo tan bello sea mencionado con tanto morbo.

—¿Qué morbo? ¡No era morbo! —se queja Záldur.

Estoy a punto de ignorar el debate que se ha creado entre ellos, cuando de repente alguien me da tres toquecitos en la espalda.

—¿Está todo a vuestro gusto? —me pregunta Zoilmhor—.Venía a comprobar si necesitabais algo más, y de paso a presentaros a mi nieta más pequeña.

Todos nos centramos en el viejo nómada cuando se hace a un lado, permitiéndonos conocer bien a la niña que hay junto a él.

—Su nombre es Zabhariel y es la alegría de mis ojos —añade, revelándonos la identidad de esa joven bul'lohí.

La sorpresa nos invade tras escuchar ese nombre, recordándolo al instante. Permitiéndonos poner cara por fin a esa niña preciosa de seis

años, con ojos verdes como una hoja fresca y la piel del color de la tierra mojada.

«Es ella».

—¿Zabhariel? —intenta asegurarse Zynael, poniéndose en pie rápidamente para acercarse a la joven—. Tú eres la amiga de Arthrenis, ¿verdad? Tú eres la niña a la que ayudó.

—¿Conoces a Arthrenis? ¿De verdad? —salta enseguida la pequeña, abriendo la mirada con instantánea ilusión—. ¿Cómo está? ¿Qué es de ella?

—La conocemos, y está perfectamente —revelo con una sonrisa en los labios—. Va a cumplir su sueño de vivir en Drilembiyr'h.

—Qué alivio escuchar eso, y qué bonita coincidencia ha planificado el destino —Se alegra inmensamente Zoilmhor—. Aquella valiente niña humana me devolvió lo que yo más quiero en este mundo.

¿De qué la conocéis? ¿Desde hace cuánto?

—En realidad solo la hemos visto una vez, junto a la ciudad de Dòstanit —les cuento—. Nos había estado siguiendo para pedirme el favor del pase, se lo concedí, y entonces ella nos dijo dónde podríamos encontraros —confieso—. Vamos a Zandoorbrock, y nos aseguró que podríais ayudarnos con los enanos. Necesitamos hacerles una petición de alianza, y no son muy amigos de mi padre y de mi ejército.

Zoilmhor borra su sonrisa y le dice a su nieta que se vaya con su madre, habiendo notado la seriedad de mi noticia.

—Vaya, debí haber imaginado que un grupo como este no se pasearía por las Tierras Salvajes del Norte por casualidad —murmura— . Te escucho.

Me pongo en pie enseguida y me coloco junto a Zynael.

—Elthymeron volverá a verse envuelto en una nueva guerra dentro de muy poco. La Segunda Gran Guerra. El enemigo es muy numeroso y marcha desde Cinnadaoin hacia el sur —Soy breve y conciso. Todo lo que puedo—. La alianza protegerá la frontera con Wolftundur, pero necesitamos llegar hasta Zandoorbrock para convencer a los enanos de que nos ayuden en la batalla. Somos inferiores en número y nos

enfrentamos a un ejército inmortal. Pero soy un sygära de la luz y soy hijo de su enemigo. A mí no me escucharán.

El sabio bul'lohí analiza todo lo que le acabo de contar.

—Por eso os buscábamos: Necesitamos vuestra ayuda para lograr unirlos a nuestro bando. Los bul'lohí sois los únicos que seguís teniendo contacto con los enanos —Soy más claro en mi petición—. Y si me permitís, de paso os aconsejo marcharos de aquí, o la batalla os quedará demasiado cerca. Id al este, al Bosque Eruful'h. Incluso os invito a huir dentro del perímetro de Wolftundur, al menos durante el tiempo que dure la guerra. Os garantizo que ningún humano os pondrá un dedo encima.

El anciano parece pensar un instante. He sido lo más directo que he podido, y no sé si lo agradece o si por el contrario le he asustado.

—Es cierto que los enanos son buenos amigos de los bul'lohí. Siempre que estamos cerca de su reino, nos acercamos y nos regalan provisiones —me responde por fin con la voz calmada—. La guerra nunca ha sido una opción para nosotros, pero sabemos que somos incapaces de evitarla. Y los enanos la llevan en la sangre. ¿Necesitáis que os ayudemos a convencerlos de participar a vuestro lado?

—Elthymeron lo necesita —rectifico, demostrándole la importancia que tiene el hecho de que acepte—. Que ellos participen, o no, podría cambiar el rumbo de todo. Necesitamos sumar el número de aliados.

—¿Quiénes son, en esta ocasión, los aliados del sur? —se interesa—. ¿Y quién lidera ese ejército enemigo tan numeroso?

—Todo Drilembiyr'h, todo Wolftundur, e incluso mis hermanos, los nyëlkhems de las Tierras Salvajes del Sur —le informa Zynael—. Todos vamos a luchar para detener a Ortheel y a su ejército nigromante.

—¿Ortheel? —Me doy cuenta de que sus ojos se abren con completo asombro.

—Así se hace llamar el brujo que pretende devolver el caos a Elthymeron —explico—. Dentro de dos noches será la Quinta Luna y, como ya imagino que sabes, bajará el agua que separa del continente a Cinnadaoin. Está esperando a que eso ocurra para comenzar a mover a su ejército hasta aquí. En la Séptima Luna ya estaremos luchando contra él.

Veo cómo su rostro se ensombrece, poseído por el miedo.

—La Séptima Luna, otra vez... —murmura.

—Eso me temo.

—Contad con nuestra ayuda —afirma repentinamente con una seguridad tan abrumadora que me desconcierta—. Mañana partirán con vosotros algunos de los nuestros, los más jóvenes y rápidos, y os ayudarán a convencerlos. Enseguida hablaré con ellos. Los demás haremos caso de tus consejos y nos apartaremos al Bosque Eruful'h, donde los esperaremos e instalaremos nuestro campamento hasta que acabe el enfrentamiento.

Llevo mi puño al corazón, inclinando en ángulo recto mi tronco en señal de respeto y agradecimiento.

—Agöralhi og deol, Zoilmhor —hablo con decisión—. Te juro que pararé esta guerra, y que Elthymeron se mantendrá a salvo.

—Me fío de tu palabra, Kal'ladril Akhelbec'h. Pareces un hombre de honor —me responde—. Además, eres amigo de mis amigos. Si Arthrenis te dijo dónde encontrarnos, es porque ella también confía en ti. No voy a ofender a su propósito, ni al tuyo.

Asiento con la cabeza y vuelvo a incorporarme.

—Gracias.

—Brindemos —dice justo antes de marcharse para agarrar una vieja botella de color marrón oscuro, llena hasta el trozo de madera perfectamente tallada que hace de tapón.

Zynael se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—Vaya, ha sido rápido —menciona—. No ha dudado ni un instante. Pensaba que nos costaría varios intentos convencerlos.

—Hm… —murmuro, dándole de este modo la razón. También realmente sorprendido por su instantánea decisión.

—Mirad —Nos muestra Zoilmhor dos botellas una vez ha vuelto, abriéndolas frente a nosotros—, es alcohol del reino de Zandoorbrock.

—Zanbryblion —Extiendo mi brazo para agarrar una de ellas, aceptando su ofrecimiento—. Pensé que jamás podría probarlo. Después de la Gran Guerra los enanos se aislaron, y cerraron definitivamente su comercio con cualquier reino del exterior —La estudio y enseguida acerco mi nariz a la

boca para poder oler su contenido.

Decidido, brindo con la botella de Zoilmhor y le doy un primer sorbo. Pasa por mi garganta dándole calor, aunque no tanto como ofrece el tylkainem. Es mucho más amargo que la bebida de los sygäras, pero al mismo tiempo su potencia es mucho más leve.

—¿Cuántos grados de alcohol tiene esto? —pregunto a Zoilmhor cuando he terminado de dar varios tragos—. Acostumbrado a la bebida típica de los míos, esto es prácticamente agua amarga.

—Son cincuenta grados de malta y centeno —responde el bul'lohí, sorprendido por mi anotación—. ¿Cómo es posible que lo notes flojo? Algún día, cuando termines con tu labor principal, tendrás que traerme de ese alcohol de los elfos para que pueda comparar.

—El tylkainem es increíble. Es la sensación más dulce y ardiente que probarás jamás —Avaldur`h se pone en pie y se acerca a nosotros para que le ceda la botella—. En Wolftundur son unos débiles y apenas se vende. Si no fuese por unos pocos mercaderes, me habría perdido la mejor bebida que esta vida le ha dado a Elthymeron.

Tan pronto como se la cedo, el albino da un potente sorbo y respira para apreciar el sabor; parándose unos instantes para compararlo con el tylkainem en su interior.

—Agua amarga —repite enseguida, girándose hacia mí para confirmar mi teoría.

Ambos nos echamos a reír, felices de ver que coincidimos en opinión. Zynael, en cambio, sigue cruzada de brazos pensando en algo que no parece querer compartir.

***

Finalmente todos se animan a probar el zanbryblion, y aunque no sea igual que el tylkainem he de reconocer que empezamos a disfrutarlo. Estamos divididos en varios grupos. Por un lado están Zynael y Thaeón, que se mantienen unidos y tranquilos junto al fuego, justo al lado de Idril y Záldur.

Alzo el vidrio para unirlo al de mi hermano del norte y al de mi mejor amigo, que tras beberse la mitad de su botella se muestra mucho más

animado. El cuerpo del hechicero se mece y se deja caer contra Avaldur'h, que enseguida lo abraza para recogerlo.

—Estos humanos y su nulo aguante —Se ríe el albino—. Me hubiese gustado verlo en vuestras fiestas sureñas, en el palacio. Debía ser todo un espectáculo.

—En efecto —me burlo.

—Yo no tengo poco aguante —se defiende Dai-sha—. ¿No te das cuenta de que solo buscaba una excusa para acercarme a ti?

—¿Desde cuándo necesitas excusas para acercarte a alguien? —le cuestiona el norteño—. ¿Por qué ibas a necesitarlas conmigo?

—Intento seducirte poco a poco, hasta dejar de ser tu segundo plato. Ni siquiera después de la noche que compartiste con Lorelei y el rey, has dejado de mirar a otro —responde mi amigo señalándome a mí—. Estoy celoso.

—No me jodas… —gruño—. Haceos un favor, y no volváis a hablar de eso.

—¿Estás celoso de Kal'ladril? —Se ríe Avaldur'h, cediendo a mi petición. Ignorando el asunto de la historia que tuvieron con Kèstiron.

—Me gustas. Me gustas de verdad —murmura Dai-sha con la voz lenta —. Podría llegar a recuperar la ilusión a tu lado.

Enarco una ceja hacia mi amigo.

—Vaya… —El alquimista sigue riéndose—. Eso es una gran responsabilidad.

—No me importaría volver a intentarlo. Contigo podría salir bien. Tú eres del norte, no me pondrías tantas excusas como esa basura de la que me enamoré —insiste Dai-sha—. Podría volver a abrir mi corazón y mi exclusividad a alguien como tú.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué no? —Se empeña Dai-sha.

—Porque somos muy diferentes, hechicero.

—Pero…

—Idos a una carreta —les ordeno. Cortando esta conversación que

debería estar siendo privada.

Mi amigo se echa a reír e intenta ponerse en pie sin soltar la botella, separándose de Avaldur'h con pesar.

—Pues sí, me voy a mi carreta. Pero a dormir —Nos avisa. El hipo se apodera de él—. Si luego quieres pasarte a seguir hablando del tema o… a lo que quieras, estoy en esa que tiene lobos y pájaros pintados en sus maderas —Incita al del norte—. A ti no te invito porque estoy intentando enamorar a este hombre, y me quitarías todo el protagonismo.

—Me parece estupendo —le respondo con burla, agradeciendo que decida dejarme a un lado—. Mhynestirri Dai-sha.

—Buenas noches a los dos —Sonríe mi amigo.

—Mhynestirri, hechicero —se despide también Avaldur'h—. Luego te veo.

Dai-sha abre la boca con ligera sorpresa, pero enseguida vuelve a su maliciosa y pícara expresión habitual. Se da la vuelta y lo vemos alejarse. Mira al cielo para comprobar que todavía sigue la tormenta, y sale corriendo de la cueva.

Vuelvo a beber de este alcohol enano, acabándome la botella de un solo trago. Involuntariamente giro mi cabeza hacia Zynael. La rubia está abrazando sus piernas junto al fuego, apoyando su cabeza en Thaeón mientras él pasa su brazo por encima de sus hombros, acariciándola con la punta de sus dedos. Están hablando y, aunque no parece nada importante, los dos están sonriendo con la conversación. Únicamente por el hecho de tenerse cerca. Es notorio lo cómodos que se sienten uno junto al otro. Lo a gusto que están y la poca falta que les hacemos todos los demás.

Resoplo. Aparto la mirada y vuelvo a clavarla en la botella que acabo de vaciar. Me bebería otra más.

—Es un sentimiento raro, ¿verdad? —vuelve a hablarme Avaldur'h—. Los celos. Yo también he visto a Zynael con Thaeón.

También he visto lo cómoda y confiada que se siente con él.

Enseguida me giro hacia él con el ceño fruncido.

—Thaeón está perdidamente enamorado de ella, y sabe seducir muy bien —Los analiza sin corte alguno, enfocándose en la misma dirección

hacia la que estaba mirando yo hace un instante—. Es un hombre muy guapo y muy valioso. Es valiente, divertido, sincero y entregado. Sería un perfecto candidato. Es normal que lo sientas como un rival.

Por alguna razón mi corazón comienza a latir con mayor velocidad y fuerza, y siento un nudo cerrándose en mi interior que llega desde la boca de mi estómago hasta mi garganta. Un nudo incómodo que me traslada a una extraña y nueva sensación. A pesar de que no es nuevo lo que el albino está diciendo, puesto que yo ya sabía lo que siente Thaeón por Zynael. A pesar de que ya los había visto así antes.

Ahora se siente diferente.

—¿Qué es lo que intentas? —gruño tratando de ignorar mi alborotado interior—. ¿Estás intentando provocar alguna reacción en mí? ¿Pretendes crear una competición entre Thaeón y yo?

—En absoluto.

—Pues si quieres decirme algo, habla claro.

—Solo quiero que te permitas ser feliz —me dice de repente—.

Zynael es tu persona mágica, y no me gustaría que la dejes escapar.

Abro los ojos de par en par.

—¿Mi qué? —Mi nariz se arruga con confusión.

—Es un término que usábamos en Cinnadaoin. Persona mágica, o en sygönish: *anämy,* amante del alma —me cuenta—. Zynael es esa persona mágica que solo ocurre una vez y que no todos los sygäras tienen la suerte de encontrar. Esa persona que es capaz de causar una excepción en nuestra tradición y cultura multisexual. Esa persona que una vez aparece, resta toda importancia a los demás. Me niego a aceptar que realmente vayas a permitir que unas leyes ridículas te alejen de tu anämy —Parece realmente afectado por el tema—. No puedes ignorar los cambios que ha causado en ti. No puedes dejarla marchar. Porque una vez la pierdas, ya nunca más volverás a sentirte igual.

Suspiro y aprieto los puños, sintiéndome completamente afectado por lo que acaba de decirme. Sintiéndome golpeado por semejante dosis de realidad.

—Anämy… —pronuncio—. Jamás había escuchado esa palabra.

—Pues existe. Siempre ha existido para los nuestros —me asegura—. Y te juro que ese sentimiento no se repite dos veces.

—¿Por qué parece que esto es algo personal para ti?

—Porque lo es —confiesa—. Yo solo era un crío cuando encontré a mi anämy. Crecí enamorado de una grandiosa mujer. Una mujer que jamás habría estado conmigo. Y aun así, la miraba y estaba seguro de que maduraría y jamás estaría con nadie. Porque nadie más sería ella.

Entorno la mirada, cautivado por esa fidelidad que demuestra hacia alguien con quien sabía que no compartiría nada.

—Solo eras un niño —anoto—. Los niños se ilusionan con cualquier cosa.

—Te equivocas —Su seguridad es infinitamente contundente—. Con mirarla me bastaba, y me habría bastado toda la vida. Aunque era un niño, sé que sentí amor hacia ella. Amor de verdad. Desinteresado y sincero. La miraba y me embelesaba. Me alegraba de su felicidad, aunque esta fuese al lado de otro. Habría vivido para ella, y habría sido capaz de cometer cualquier locura por ella.

—Tienes treinta y cinco años, Avaldur'h… —murmuro—. ¿Sigues sintiendo algo por aquella mujer, después de tantísimo tiempo?

—Me arrugaré hasta consumirme y seguiré enamorado de aquella mujer —afirma.

—Suena triste.

—No. Suena bonito —me corrige—. El amor lo es. Aunque no salga como uno desea, o no sea correspondido. Una vez llega, es eterno. Es bonito vivirlo. Es bonito sentirlo. Y es bonito ver a esa persona que amas siendo feliz, aunque no lo sea junto a ti.

Mi corazón se paraliza. Suspiro y aparto la mirada, clavándola en un punto del suelo. Sintiendo cómo ese nudo de mi interior se transforma en amargor, y me quema por dentro. Sintiéndome un miserable, un imbécil, y un maldito egoísta.

—Mi anämy murió. La perdí. Me quedé sin poder volver a apreciar su belleza, su sonrisa, sus increíbles ojos… Desgraciadamente el tiempo hizo que olvidase incluso el sonido de su preciosa voz —continúa mi hermano

de Cinnadaoin—. Crecí y me apeteció empezar a tener amantes, pero con nadie he llegado a ser feliz. Porque ese sentimiento mágico no desaparece, y sé que nadie lo podrá revivir.

Mi aliento está acelerado. No sé si es rabia, si es tristeza, o si es impotencia. O si, tal vez, sean las tres cosas a la vez.

—Yo estoy vacío. Y si dejas marchar a Zynael, aunque el tiempo te ayude a olvidarla y retomes tus instintos, tú estarás igual. Porque podrás olvidarla a ella, pero jamás lo que te hizo sentir su magia. No te obligues a eso cuando no tienes motivos reales para ello —me pide—. No sé cómo es el corazón de un nyëlkhem, pero el corazón de los sygäras no nos hace exclusivos de nadie hasta que de repente tu anämy llega. Ahí estás perdido, porque te lo arrebata para siempre.

Mis ojos dorados enseguida acuden en búsqueda del brillo de los suyos; tan grises, tan brillantes y tan preciosos. Entonces, como si hubiese sabido lo que necesito desde la distancia, su mirada sube hacia la mía para observarme de vuelta atentamente. Resaltando como dos estrellas entre la oscuridad de sus larguísimas pestañas.

Pero Thaeón vuelve a hablarle, y ella vuelve a centrar su atención en su conversación guardándole el respeto que sabe que merece por su parte.

—Zynael está enamorada de ti hasta la médula —Sonríe mi amigo del norte, apoyando su mano en mi hombro—. ¿Por qué vas a dejar marchar a tu anämy? ¿Por qué vas a obligarte a perderte el lugar increíble al que os va a llevar?

—Porque me aterra —confieso—. Esto está avanzando demasiado dentro de mí. Nuestra irracionalidad tiene un precio muy alto para ella, y me aterra la cantidad de locuras que vienen a mi cabeza con tal de defenderla.

—Hablamos de amor, Kal'ladril. Hazme caso cuando te digo que, ante eso, no hay razón que valga —me susurra.

—No. No lo entiendes —Agarro su brazo para pegarlo a mí, llevando mis labios a su oreja para hablarle con intimidad—. Por ella he llegado a plantearme cosas que antes yo mismo habría castigado. Por ella sería capaz de enfrentarme a cualquiera. A cualquiera. Si por habernos dejado llevar llegase a pasarle algo…, si mi padre le hiciese algo… Te juro que

mataría a cualquiera que se atreviese a hacerle daño.

Avaldur'h respira hondo y se mantiene en silencio, escuchándome. Mi boca no se separa de su oído, y mi brazo no lo suelta.

—No sé si es amor, pero tengo claro que Zynael es mi mayor adicción y mi más peligrosa perdición —confieso—. Reduciría todo a cenizas, y exterminaría hasta la última de las razas de este mundo por ella —Vuelvo a darnos distancia y clavo mis ojos él.

Está sereno. No parece haberle sorprendido lo que le acabo de revelar, más bien parece estar asimilando y apreciando que realmente haya tenido la valentía de confesárselo.

—Tal vez sería menos egoísta dejarle vía libre para que pueda avanzar con Thaeón —propongo, liberándolo de tener que responder a tan dura confesión—. ¿No es eso lo que has dicho? Dices que es bonito ver a esa persona siendo feliz, aunque no lo sea junto a ti. Y yo sé que Thaeón la haría feliz. Él puede amarla sin que haya consecuencias. —¿Serías menos egoísta, o solo más cobarde? ¿Sacrificarías lo vuestro por ella, o lo estarías haciendo por ti? —evidencia—. Ambos sabíais que lo vuestro iba a ser difícil, y aun así no habéis dejado de engancharos. Verla marcharse con otro cuando ambos sabéis lo que sentís, no cambiará las cosas que serías capaz de hacer por ella.

Suspiro. El hecho de haber confesado que sería capaz de enfrentarme a mi propio padre por defenderla solo lo ha hecho más real, y me pesa inmensamente. Me pesa no tener ninguna duda al respecto. Intentaré que Karanthir no sepa lo que hemos tenido. Pero si llegase a ocurrir, y llegase a decidir castigarla, yo mismo seré el que lo frene.

Estoy aturdido. Perdido. Esta conversación me está agotando mentalmente.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? —le pido—. Ahora mismo debería estar pensando únicamente en lo que se nos viene encima. Vamos camino de matar a Maïlkun Doh, y después a una guerra

Avaldur'h asiente y se cruza de brazos. Me cuesta adivinar qué está pensando. No sé si lo que ha escuchado le ha gustado, o si le ha impactado demasiado como para lograr aceptarlo. Acabo de confesarle que por Zynael sería capaz matar a mi padre, su mayor enemigo; y de destruir

Elthymeron al completo… Y sin embargo no he logrado causar ninguna reacción. Tan solo lleva su mirada al fuego y se queda en silencio, analizándolo como si esas llamas fuesen un presagio del infierno que nos aguarda.

—Ojalá pudiese ayudarte más, te aguarda un futuro muy difícil y la incertidumbre debe estar matándote —masculla.

Suspiro.

—Sí… —confieso—. Lo que me dijo aquella bruja no deja de dar vueltas en mi cabeza. Además Zynael ha empezado a temer algo que hasta ahora no me había planteado, y que ha empezado a preocuparme demasiado.

Avaldur'h abre sus ojos con asombro y vuelve a girase hacia mí.

—¿Bruja? —se sorprende—. ¿Qué bruja?

—Nos cruzamos con ella en la ciudad de Irdhün —le cuento por primera vez—. Nos dijo que Ortheel era uno de los míos, que no era su nombre real; y que el gran doh renacería. No tengo forma de adivinar quién será ese nigromante, y tampoco sé de qué forma puede renacer Mäilkun Doh… Pero Zynael me planteó hace unas lunas la posibilidad de que, tras matarlo, pueda ser yo quien se convierta en dragón. Y siendo sincero, la idea ha empezado a rondar en mi cabeza.

Siento un peso abandonar mi cuerpo cuando libero todas mis preocupaciones del tirón, una tras otra. Obviando a Zynael, Avaldur'h es la primera persona con la que me ha apetecido desahogarme de este asunto tan importante.

—¿Q-Qué? —Su voz tiembla tras el impacto.

—Se llama Altuk'h. El Rey Dragón, su nombre es Altuk'h —Mis ojos se clavan en el suyo, que me observa con nerviosismo—. Y Ortheel es un sygära.

El norteño parece dudar un instante. Veo su nuez moviéndose al tragar saliva y mira a su alrededor, como si necesitase encontrar una salida a esta conversación. Pero finalmente vuelve a enfocarse en mí con el rostro serio y severo.

—¿Cómo es que sabías esto y nunca me lo habías dicho? —De repente baja la voz para que nadie más pueda oírnos, y agarra mi brazo para

acercarme a él. Noto la tensión en sus dedos mientras me aferran— . ¿Por qué no me lo habías contado?

Afilo mis cejas con molestia.

—Lo he hecho ahora, ¿no? —gruño—. Me da la sensación de que soy yo quien debería estar pidiéndote explicaciones a ti. Dime que no sabías nada de esto.

—Vamos por partes —susurra—. Conozco el nombre de Altuk'h, por supuesto. Es el nombre que se le da al dragón, como un sello. No importa que sea este al que vamos a matar, el anterior, o el siguiente que nazca. Dragón solo puede haber uno, y ese siempre ha sido, es y será su nombre. Cuando muere uno, el siguiente nace para ocupar su lugar. Por eso se conoce como un renacer —revela—. En cuanto a Ortheel… Sí. También sabía que es un sygära. Era obvio que lo sería. ¿Qué otra raza iba a poder estar tan resentida tras la Gran Guerra?

Sus ojos vibran frente a los míos, nerviosos. Su mano sigue sosteniéndome.

—Vaya… ¿Y sabes alguna otra cosa que pueda resultarme interesante? —le interrogo—. ¿Por qué *tú* nunca me habías hablado de esto si era algo tan obvio?

—¿Quién más sabe que lo sabes? —Parece preocupado, y se toma la libertad de ignorar mis cuestiones.

—Contesta a mi pregunta —le advierto—. ¿Qué demonios sabes tú sobre todo lo que acabo de contarte?

—Kal'ladril, por los dioses... —murmura, pegándose más a mí.

—Contesta a mi pregunta —repito con rotundidad.

Avaldur'h suspira, rindiéndose.

—Ya te lo he dicho. Los shbal sygäras siempre hemos llamado a Mäilkun Doh por ese nombre, y para mí era evidente que Ortheel sería uno de los nuestros. Ahora necesito que me respondas tú, por favor — insiste, y parece realmente inquieto—. ¿Quién es esa bruja que dices que te lo contó? ¿Pudiste ver su raza?

—No —cedo finalmente a su porfía—, no pude ver su raza en ese momento. Pero intuí lo que era cuando supe lo que eras tú. Vuestro olor

era el mismo —La piel ya pálida del norteño se vuelve blanca—. Pienso que también es una sygära. Una shbal sygära. Fue lo primero que me vino a la cabeza cuando me encontré contigo.

—¿Y de verdad me lo dices ahora?… —murmura.

—No es algo que tenga claro, solo lo intuyo. ¿Para qué iba a mencionar una mera suposición sin estar seguro? —evidencio. —No puede ser ella… No es posible… —¿Ella, quién?

—¿Zaydear?... No… Imposible… ¿Por qué Zaydear te contaría estas cosas? ¿Tu padre sabe esto? ¿Quién sabe que sabes esto? —vuelve a atropellándome a preguntas, demostrando de nuevo su nerviosismo.

—¿Pretendes de verdad que siga respondiendo, sin haber aclarado ninguna de mis dudas primero? —me quejo—. ¿Quién mierdas es Zaydear?

—Por favor, Kal'ladril… ¿Puedes confiar en mí solo por esta vez? —Su mano me aprieta—. Te aseguro que yo te habría hablado de todo esto hace mucho… Ahora dime si tu padre lo sabe.

—No —rechazo con cabreo, ya harto de que me lo pregunte tantas veces—. No he hablado con mi padre de esto, ni con nadie.

Suspira, como si de repente acabase de sentirse muy aliviado.

—¿Y con Dai-sha? —plantea ahora. Mi ceño se frunce—. ¿Se lo has contado a él? ¿Has hablado de esto con el hechicero?

—No —confieso, sintiéndome ligeramente culpable por ello. Al fin y al cabo, por alguna razón, he confiado antes en contárselo a este elfo norteño que a mi mejor amigo. Por alguna razón he decidido hablarlo antes con Avaldur'h que con la persona con la que he compartido toda mi vida—. A Dai-sha tampoco se lo he contado.

De nuevo parece relajarse, y asiente con la cabeza.

—En su día sí que le hablé del nombre de Altuk'h y de su renacer. Pero no pareció darle importancia ninguna. Lo único que hizo fue bromear con lo que más tarde ha empezado a preocupar a Zynael —le cuento, haciendo ese inciso—. Respecto a Ortheel no sabe nada. Ni sobre su raza, ni sobre las sensaciones que tuve cuando nos encontramos contigo. Nunca he querido hablar de eso con nadie. Zynael y yo decidimos guardárnoslo, por

la relevancia que tiene y por si solo fuese un error.

—Bien —Asiente de nuevo—, hiciste bien.

Pero entonces, justo cuando voy a volver a quejarme de tanto misterio, capto otro peculiar y nuevo olor que capta mi atención. No porque sea diferente; pues he tenido que acostumbrarme a muchos aromas diferentes desde que salí del límite de las Montañas Doradas; sino porque es abundante y pesado.

Porque es aterrador.

Un olor repugnante, algo ácido y amargo.

Arrugo la nariz tratando de asegurarme de que, en efecto, esa peste cada vez se percibe más y más cerca. Más y más fuerte.

—En cuanto a la preocupación de Zynael…

—Espera —gruño girándome hacia la entrada de la cueva—. Viene algo. Y, sea lo que sea, es grande y apesta.

Mis oídos también comienzan a percibir cierto sonido más allá de la tormenta. Pero el ruido de la lluvia y del viento, y el olor a humedad, me impiden utilizar mis agudos sentidos tanto como podría hacerlo de normal.

Escucho pisadas y gruñidos que no diferencio. Jamás había percibido un gañido similar en ningún otro momento. Por mucho que me concentro en tratar de recordar o analizar de qué se puede tratar, no hay nada que venga a mi mente y se asemeje a esos berridos y a esa peste tan peculiar.

—Viene algo —repito.

En ese instante se oye gritar a uno de los bul'lohí que vigilaban los límites de su campamento más allá del bosque. Corriendo acelerado hacia la cueva en la que estamos, alarmando a todos de que un peligro inminente está viniendo hacia nosotros. Reafirmando mi sospecha.

—¡Íkkrols! —exclama el joven que enseguida aparece desesperado. Empapado por el agua de la tempestad, y asfixiado por la carrera que se acaba de dar—. ¡Viene un grupo grande de íkkrols hacia aquí!

Siento mi espalda erizarse tan pronto como escucho ese nombre.

«¿Íkkrols? ¿De verdad? Pensaba que jamás escucharía ese nombre. Jamás pensé que sabría de ellos fuera de los libros en los que los pude estudiar».

Algo tan siniestro, tan sanguinario y tan repugnante. Un ser tan hediondo y aniquilante. Una bestia de las tinieblas, habitante únicamente de tierras frías y húmedas. Un monstruo fuerte y musculado, de entre ochenta y cinco y noventa pulgadas de alto; de piel aparentemente babosa y verrugosa como la de un sapo, pero que sin embargo resulta impenetrable. Con pinchos naturales recorriendo sus brazos. Un engendro cuya cabeza parece un cráneo al aire, sin ojos y sin nariz, de puro hueso. Con cuatro cuernos similares a los de un ciervo, y un mechón de cabello largo de color negro-grisáceo naciendo de su parte superior. Su mandíbula prominente define su potente y asesina boca carnívora, una boca sin labio alguno, mostrando constantemente esa dentadura sucia y maloliente, formada por una infinidad de dientes afilados, apiñados y ensangrentados. Un esperpento que, además de sus larguísimas y fuertes piernas, y de sus musculados pectorales y brazos, tiene una larguísima cola de serpiente naciendo del extremo inferior de su columna vertebral; y dos cabezas inmensas y venenosas de este mismo animal, naciendo de cada una de sus escápulas. Vivas, salvajes, y con raciocinio individual. Una bestia sin género, que se mantiene naciendo de los propios huevos que ponen los mismos guerreros, una vez cada diez años. Huevos que abandonan a su suerte, y a partir de los cuales se forman las colonias siguientes.

Observo a mi alrededor cuando todos los bul'lohí se ponen a correr, alarmados y aterrados, tratando de refugiarse en algún escondite que les permita evitar la masacre inminente que resultaría si esos íkkrols los encontrasen.

Agarro al muchacho que acaba de avisar a todos, deteniéndolo bruscamente mientras lo sujeto por el brazo. El joven bul'lohí me mira con desesperación.

—¿Cuántos son? —le pregunto directamente con seriedad—. ¿Has podido contarlos?

—No —responde enseguida.

Su respiración y su pulso están tan agitados, que incluso temo que vaya a desmayarse por la taquicardia.

—Intenta aproximarlos —Le pido, rebajando el tono para demostrarle mi preocupación—. ¿Puedes decirme cuántos crees que puedan ser?

—Entre treinta o cuarenta, tal vez —Su voz tiembla, casi tanto como él.

Siento un gran peso apoderándose de mi interior cuando escucho ese elevado número. Un número demasiado alto teniendo en cuenta que los bul'lohí no luchan, y que nosotros solo somos ocho.

Vuelvo a soltar al niño lentamente, permitiéndole marcharse. Pero en cambio, no huye. Se queda mirándome con sus brillantes y suplicantes ojos verdes un instante.

—Ayúdanos. Por favor —balbucea justo antes de salir corriendo para llegar junto a su madre.

Todo el poblado de nhómatirs está abrazado y encogido en el rincón más profundo y oscuro de esta cueva, rezándole a sus dioses en su idioma propio como si, de esta forma, de verdad creyesen que se van a salvar.

Observándolos mi corazón comienza a latir también con excesiva fuerza y velocidad, empezando a plantearme nuestras escasas y difíciles posibilidades.

Vuelvo a girarme hacia la entrada de la cueva y me voy acercando lentamente, seguido por Zynael, Thaeón y Avaldur'h. Fijo mi atención más allá del bosque, como si de este modo quisiera convencerme del elevado número de bestias con las que, dentro de muy poco, nos va a tocar luchar.

Sabiendo que esta tempestad de la que intentábamos protegernos cuando vinimos hasta aquí, va a ser un puro paraíso si lo comparas con la tormenta que ahora vamos a vivir.



CAPÍTULO 2
CONFIANZA

Zynael
1

Continuamos mirando hacia el bosque, como si de esta forma fuésemos a lograr encontrar una salvación milagrosa. Idril llega corriendo rápidamente desde atrás y se coloca justo entre Kal'ladril y yo, rebosada por un claro nerviosismo.

—Entre treinta o cuarenta… —repito, murmurando para mí misma en voz alta. Intentando hacerme a la idea del suicidio al que nos vamos a someter intentando enfrentarnos a semejante número—. Lo tenemos un poco mal.

—Lo tenemos muy mal —gruñe Avaldur'h—. Vendrán a por los bul'lohí porque saben que son presas sencillas que ni si quiera luchan para defenderse. Y dudo que nosotros seamos suficientes como para poder hacerles frente.

—¿Por qué están aquí? —plantea de repente el peliblanco, fijando sus ojos dorados en la oscuridad de la noche, entre los árboles—. Los íkkrols nunca han abandonado la costa del Bosque de Eoduun. Esta parte de las Tierras Salvajes del Norte no es su zona, y no tiene la humedad que ellos necesitan. El océano queda al otro lado de las cordilleras del oeste —expone, claramente conocedor de las características de estas bestias—. Sólo puede haber una explicación para que hayan abandonado su hogar y

territorio de caza.

—Que un ejército mucho mayor y mucho más sanguinario los haya espantado y les haya hecho huir —concluye Avaldur'h, pensando al instante lo mismo que su hermano sureño—. Y ya puede serlo si ha hecho huir a unas bestias como estas.

Kal'ladril mantiene su serio semblante fijo en el bosque, estudiando nuestras posibilidades. Si no fuese por sus puños apretados, apenas notaría que está nervioso. Su actitud y su respiración se muestran tan pacientes como siempre.

—¿Os referís al ejército nigromante de Ortheel? —pregunta Thaeón—. No es posible, ¿no? El ciclo de la Quinta Luna comenzará pasado mañana y dijisteis que el agua bajaría en ese momento. No sé qué es un íkkrol, pero ¿cómo va a ser el ejército de Ortheel el que los ha espantado del Bosque Eoduun, si no ha tenido opción de avanzar todavía?

—Porque debieron percibirlo —explica enseguida Kal'ladril con su grave y profunda voz—. Si no sabes lo que son, esto te sorprenderá cuando los veas… pero los íkkrols tienen un olfato impresionante. Pueden captar cualquier olor a miles de millas de distancia —Revela—. Si ya están aquí, quiere decir que dejaron atrás su bosque hace más de veinte noches. Y eso nos revela que el ejército de Ortheel lleva ya un largo tiempo perfectamente preparado para partir.

—¿Qué son los íkkrols? —pregunta Záldur.

—¿Ahora mismo?, un gran problema —responde dándose la vuelta de repente, clavando sus ojos en mi mejor amiga—. Idril, escúchame atentamente —Agarra a la castaña por ambos hombros e inclina su espalda para mirarla fijamente a los ojos—. Quiero que entres a esta cueva y te escondas con el resto de los bul'lohí. No salgas bajo ningún concepto. No te muevas. No hagas ruido. Ni si quiera respires demasiado fuerte. Esas bestias son extremadamente peligrosas y pueden oír y percibir cualquier cosa. Sabrán que estáis por aquí, pero no permitiré que descubran dónde.

Idril abre sus amielados ojos con sorpresa.

—¿Por qué? —Su frágil voz tiembla, y esta vez no es el frío lo que lo causa—. ¿Tan peligrosos son esos seres?

Kal'ladril no le contesta, pero la preocupación en su mirada lo hace por

él.

—Quiero ayudar —Reacciona Idril—. Me enseñaste a disparar para algo. Esconderme no me va a ayudar a prepararme para la guerra.

El peliblanco vuelve a incorporarse sin soltar los hombros de mi indispensable compañera, observándola con preocupación.

—Juré que no te pasaría nada. Te lo juré a ti y se lo juré a ella. Voy a cumplir con ello y tú vas a obedecerme. No salgas de la cueva —le ordena de nuevo—. Para entrenar con el arco deberemos encontrar otras opciones. Ahora no es el momento. Los íkkrols no son dianas, ni lobos, ni conejos. Caminan despacio, pero no lo suficiente como para poder perder el tiempo convenciéndote. Así que, por favor, ayúdame a cumplir con lo que te prometí. Entra. Escóndete. Mantén a esas familias en silencio, y no salgáis de ahí.

Idril respira hondo y asiente con la cabeza, accediendo finalmente a la petición de Kal'ladril.

—De acuerdo… —murmura mi amiga—, me quedaré con ellos y los protegeré.

Entonces se lanza para abrazar al sygära con infinito cariño, demostrando una vez más ese vínculo tan bonito que han conseguido sumar desde el día que se conocieron.

—Tranquila, podrás abrazarme luego —Sonríe Kal'ladril—. Ahora ve.

Lentamente Idril comienza a soltarle, lo mira fijamente un último instante, fijándose en sus hermosos y dorados ojos. Respira hondo y se gira hacia Záldur, sonriéndole levemente para tranquilizarlo, como si de paso se estuviese disculpando. Entonces vuelve a mirarme a mí, entornando su mirada con súplica.

—Cuídate, por favor. Vuelve entera, con él —me pide—. Temo por querer protegernos a todos, se olvide de protegerse a sí mismo.

—Volveremos —Asiento con la cabeza para tranquilizarla—. Ahora vete. Corre.

—Te quiero. Mucho —murmura a la par que me abraza con firmeza.

—Yo también te quiero, Idril.

Una vez nos hemos separado, sale corriendo hacia el interior de la

cueva, dispuesta a esconderse junto al poblado nómada. Záldur observa con preocupación a su chica mientras se aleja, hasta que finalmente la pierde de vista. Oculta entre la oscuridad de la noche, y de este profundo lugar.

—Thaeón, Záldur —Comienza Kal'ladril a organizarnos—, separaos e id a buscar a Dai-sha, a Jóngruf y a la nhómatir con la que está. Traedlos aquí. Aseguraos de que la bul'lohí vaya con su familia, y después quedaos protegiendo la entrada de la cueva. Avaldur'h, Zynael y yo avanzaremos hacia el bosque para comenzar a enfrentarnos a ellos.

En cuanto comprueben que somos difíciles de matar, y empecemos a resultarles una pérdida de tiempo y un estorbo, muchos intentarán evitarnos para ir directamente a por su presa fácil. Será entonces cuando os toque pelear a vosotros. Es obligatorio que mueran todos. No podemos permitir que ni uno solo de ellos llegue a esta gente, ni a Idril.

—Espera, espera… ¿Propones luchar contra un número tan elevado de bestias los tres solos? —Se exalta Thaeón—. De eso nada. Sabes que nunca voy en contra de las cosas que decides, pero me opongo esta vez. Sobre todo después de ver cómo has reaccionado.

—No te puedes oponer porque no te he preguntado —gruñe Kal'ladril —. Tenemos que hacerlo así. No hay otra forma de mantenerlos alejados de la cueva sin arriesgarnos a dejarla sin vigilancia. —Debemos luchar juntos —insiste el humano.

—Luchar juntos nos dejaría sin margen de error, y no vamos a arriesgarnos —evidencia el sygära—. Tenemos que salvar a esta gente.

—En ese caso, que se quede Avaldur'h con Záldur, y vayan ellos a por Dai-sha y Jóngruf. Yo iré con vosotros —Thaeón agarra mi mano con actitud —. Tú quieres proteger a esas personas, y a Idril. Perfecto. Pero yo sobre todo quiero poder protegerla a ella. Jamás me perdonaría si le ocurriese algo, sin haber estado a su lado para intentar evitarlo.

Kal'ladril afila su mirada al mismo tiempo que yo abro la mía con sorpresa. Thaeón aferra mi mano aún con más fuerza, mostrándose completamente decidido.

—¿Acaso no confías en que vaya a estar a salvo? ¿Crees que permitiría que pudiese ocurrirle algo? —Parece molestarse el peliblanco.

—No se trata de lo que yo crea o en lo que confíe, se trata de lo que siento —Se explica Thaeón—. Tú quieres protegerlos a todos, y eso es honorable. Pero ella es mi única prioridad. Y aunque suene egoísta, me importa por encima del resto.

—Hablas de prioridades sin tener ni idea de cuál es la mía — Kal'ladril se acerca a Thaeón con los puños cerrados, deteniéndose cuando ya lo tiene muy cerca—. Que me preocupen los demás, no implica que vaya a descuidarla. Y siendo honestos, no te necesita. Es la que mejor pelea de todos vosotros, y además tiene su magia. Le confiaría mi vida. ¿Crees que va a cambiar algo que estés pegado a ella?

—Kal'ladril —Intento frenarle, apoyando mi mano libre en su pecho para empujarlo levemente hacia detrás, evitando que se encare más.

—Sé cómo pelea y me da igual si sólo soy un bulto a su lado — Persiste el humano, ignorando también mis intentos de alejarlos—. No voy a fallar a lo que siento.

—Me da igual lo que sientas —advierte Kal'ladril—. Vamos a seguir una estrategia práctica y efectiva. No estamos en situación de movernos por el corazón.

—Quizá tú sepas dejarlo de lado, pero yo no —Se mantiene anclado a su idea—. Supongo que es lo que tiene el hecho de estar perdidamente enamorado de esta mujer.

—¡Thaeón! —Me meto de nuevo en esta ridícula conversación, tirando levemente de mi brazo para obligarle a soltarme—. ¡Ya vale! ¡Los dos!

El joven humano me mira con asombro, impactado por la reacción que acabo de tener; sorprendido por el hecho de que haya decidido apartarme de esta manera de él.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —Los miro a ambos—. ¿Queréis también sacárosla y comprobar quién la tiene más larga? ¡Esto es ridículo! ¡Dejadlo ya! ¡No tenemos tiempo para estas tonterías!

—Pero…

—No, Thaeón. Ahora no. Kal'ladril tiene razón. No podemos arriesgarnos y permitir que se acerquen tanto. La entrada de la cueva es el punto a proteger más importante. Si la encuentran y la rebasan, los masacrarían —

evidencio—. Voy a defenderme sola, y tú vas a ignorar tu prioridad porque, como entenderás, es más importante protegerlos a ellos. Son familias enteras las que se están escondiendo aterrorizadas. Ahí dentro hay niños inocentes que acaban de empezar a vivir, y os necesitan aquí.

Thaeón se queda callado, incapaz de rechazar mi autoridad y mi decisión.

—Tú luchas mejor cuando estás junto a Jóngruf; y él igual contigo. No podéis separaros en un momento como este, y por supuesto que no vais a venir los dos con nosotros —anoto—. Así que por favor, deja tus sentimientos a un lado y obedece. Yo me encargaré de protegerme sola, que hasta ahora se me ha dado bastante bien.

Thaeón suspira y mira al suelo, sintiéndose mal por su insistencia.

—Vamos a poder con estos bichos —Relajo el tono, intentando mostrarme más comprensiva con él y con sus sentimientos—. Y más nos vale, porque nos dirigimos a matar al gran dragón. Así que un grupo de monstruos terrestres debería ser pan comido para nosotros.

Doy un beso a su mejilla con ternura, agradeciéndole el gesto que acaba de tener, aprovechando para tranquilizarlo. Sus ojos negros vuelven hacia los míos.

—Ten cuidado, por favor —me susurra suavemente, aceptando finalmente el lugar que debe ocupar—. Espero que no acabes de obligarme a despedirme de ti así.

Humedezco mis labios tras escucharlo y sonrío.

—¿Acaso no sabes que tú y yo jamás nos vamos a despedir? —le susurro, llevando mi mano a su precioso flequillo negro para mantenerlo abierto—. Ten cuidado tú también. Protege la entrada y a todos los de dentro. Nos vemos cuando hayamos terminado de matar a todas esas bestias repugnantes.

Sin darle la opción de responderme me giro hacia Kal'ladril y asiento con la cabeza, dándole el visto bueno al plan que, en un instante, ha organizado de forma espectacular. El peliblanco afirma y enseguida lleva su mano a su espada para empuñarla, preparando también su arco de forma acomodada sobre su hombro. Nos dedica un gesto a mí y al albino para que arranquemos justo detrás de él, y enseguida comienza a correr.

Juntos, Avaldur'h, Kal'ladril y yo, dejamos atrás a nuestros amigos, que enseguida marchan para buscar a los demás, y nos introducimos en el bosque.

Nos perdemos en la oscuridad de la noche, entre los árboles. La lluvia gélida sigue cayendo, y el frío viento sigue cortando nuestros labios. Pero corremos tan rápido que enseguida comienza a subir mi temperatura corporal y puedo dejar de notarlo.

Tras un rato sin frenar la velocidad, Kal'ladril se detiene bruscamente y extiende el brazo para pararme junto a él, cortando mi trayectoria.

Las potentes pisadas y los gruñidos de esta manada de íkkrols, se hacen tan evidentes a nuestros oídos que hasta resulta aterrador. Hemos tenido suerte de que sean bestias de paso lento, así hemos podido idear un plan para combatirlos.

Pero, por lo que he estudiado sobre ellos, sé que no va a ser una tarea sencilla. Y la tensión en la mandíbula de Kal'ladril lo verifica.

—Están a punto de llegar —murmura Avaldur'h, fijando su único ojo más allá de los árboles que hay frente a nosotros.

El albino apoya una de sus rodillas en el suelo y comienza a recitar palabras en sygönish, haciendo nacer sobre la tierra un círculo de transmutación inmenso que prácticamente nos envuelve a los tres. Teniéndolo a él como centro de la circunferencia.

Frente a nosotros comienza a nacer del suelo un muro firme, rocoso y arenoso. Como si de una muralla se tratase, alzándose desde la tierra con su misma composición.

—Bien, elfo de la oscuridad. Muy bien —le felicita Kal'ladril, observando la pared que sigue creciendo frente a nosotros—. ¿Cómo de extensa la puedes hacer?

—Tanto como gustes, zalèüh —afirma el albino volviendo a ponerse en pie—. Pero es un proceso lento —advierte—. Es un pacto equivalente entre la naturaleza y el alquimista. Òthnolu me da la opción de manipular y crear el mismo material y la misma cantidad que yo le esté ofreciendo como pago bajo mi círculo. Ahora ya he creado este, pero no sé con certeza el tamaño al que equivaldrá la cantidad que yo he decidido intercambiar. Si cuando acabe la petición y el círculo se cierre, el muro no te parece lo

suficientemente grande, tendré que crear otro círculo más. Pero cuanto más grande sea, más lento lo crea.

—¿A mayor tamaño del círculo de transmutación, más lento es el proceso de creación? —pregunta Kal'ladril, analizando las palabras de su amigo del norte.

Avaldur'h alza la vista para asegurarse de que los íkkrols aún están a una distancia prudencial, y enseguida se apresura a agarrar un palo del suelo.

—Mira —Comienza a dibujar un círculo en el suelo, girando y girando hacia dentro hasta detenerse en el centro de la espiral, como si fuese la forma del caparazón de un caracol—. Imagina que esto es el círculo de transmutación. El poder de creación de un alquimista nace del centro de esta hélice, bajo el contacto de mi mano —Señala el punto central—. La fuerza y la cantidad que la Madre Naturaleza me va a ofrecer para crear, brotan de este punto —Entonces comienza a mover el palo de nuevo, siguiendo el camino de la espiral que ha dibujado previamente. Pero esta vez desde el centro hacia fuera.

Kal'ladril estudia el caracol que Avaldur'h continúa delineando, analizando sus palabras y lo que nos está explicando.

—Cuanto más grande sea el círculo que he creado, más espacio abarcarán las líneas y más material me ofrecerá; por lo tanto, también será mayor el objeto que haya solicitado. Pero también crecerá más lento cada vez, porque con cada vuelta se aleja más del foco central de mi poder —Llega finalmente al extremo exterior del círculo—. Es como una de esas peonzas con las que juegan los niños: Las primeras vueltas son las que tienen más fuerza, pero las últimas son más frágiles y lentas.

Avaldur'h alza su mirada hacia su creación, mientras esta sigue creciendo lentamente frente a nosotros.

—No puedo usar dos círculos de transmutación al mismo tiempo —añade—. Pero cuando acabe este, puedo crear uno mucho más grande y…

—No —le corta Kal'ladril—. No lo hagas más grande.

Avaldur'h se gira hacia él con confusión, extrañado por lo que acaba de pedirle.

—Crea el círculo más pequeño que seas capaz de solicitar y, cuando

concluya, vuélvelo a crear. De esta forma, el final del círculo de transmutación siempre estará cerca del foco del poder —evidencia con astucia—. Así la velocidad y la potencia de creación nunca podrán descender.

El albino abre su boca lentamente. Parece impresionado.

—Pero… —Piensa un instante, barajando las opciones de tal petición—. Para lograr eso tendría que estar constantemente creando círculo tras círculo. Como te he dicho, no puedo crear varios a la vez. No podré atacarles de ninguna manera si no dejo de levantar esta pared. Y mi aguante es limitado —Anda de un lado a otro, mostrando su inseguridad —. Nunca he hecho más de diez círculos de transmutación seguidos. El poder que les doy nace de mi propia energía.

—Haz cuantos puedas hacer —insiste Kal'ladril—. Nos adaptaremos al tamaño y grosor que adopte esta muralla. Has tenido una gran idea al levantarla, pero antes o después la van a romper. Cuando eso ocurra, vuelve a crearla y a cerrarla tan rápido como puedas. Sea lo que sea que aguantes, nos dará algo de tiempo.

Avaldur'h respira hondo y se detiene a pensar, pero enseguida parece convencerse y asiente. Confiando en la petición de su hermano del sur.

—De acuerdo.

Kal'ladril vuelve a girarse hacia mí y me observa fijamente, clavando su preciosa mirada en la mía.

—¿Tú estás lista? —me pregunta con la voz calmada, sosteniendo esa serenidad y seguridad impresionantes que siempre le acompañan.

—Sí —respondo enseguida, asintiendo también con la cabeza.

El precioso y excepcional elfo muerde su labio inferior y respira con profundidad.

—Que no se te ocurra alejarte a más de tres pies de mí.

Siento el calor apoderándose de mi corazón, cautivada por la preocupación que ha demostrado bajo esa orgullosa petición.

—Perdona, ¿acabas de darme una orden? —planteo jocosa.

—Disculpa si has podido percibir mis palabras de una forma diferente a la que pretendía. Pero, ¿acaso ha sonado como una simple sugerencia? —

evidencia, confirmando haberme lanzado un mandato indiscutible.

Intento sostener la sonrisa que nace en mis labios apartando la mirada de sus ojos, dirigiéndola a un punto perdido del suelo. Divertida por su soberbia y, al mismo tiempo, encantada de saber lo mucho que quiere asegurarse de protegerme él también.

Vuelvo a mirarle, alzando la barbilla con actitud. En mis labios se dibuja una sonrisa burlona que guarda el infinito cariño que siento hacia él, y hacia nuestra imposible relación.

—No sabía que la distancia máxima de nuestro brazal mágico hubiese decrecido —le vacilo—. ¿Debo decirte a ti también que no te necesito para nada?

Kal'ladril mantiene su serena expresión, observándome con calma desde su increíble y siempre imponente altura.

—Te quiero a mi lado todo el rato —Repite, sonando igual de tajante.

Suspiro una risa burlona y doy cuatro pasos hacia atrás, rompiendo la distancia que acaba de imponerme como obligación.

—Vaya… Pues estoy a más de tres pies de distancia, y sigo viva.

Kal'ladril vuelve a romper la longitud que nos separaba y se planta junto a mí, inclinando su cuello para mirarme fija y detalladamente. Mis pechos casi le rozan.

—No te he pedido que no te alejes porque tema por tu vida y quiera protegerte. Sé bien cómo peleas y cómo eres. Estas bestias apestosas no van a poder hacerte nada —Sus ojos se mantienen en los míos—. Te quiero a mi lado porque te necesito a mi lado.

Muestro mi evidente sorpresa al instante.

—Quiero que luchemos mano a mano. Quiero ser el encargado de cubrir tu espalda, y no confío en nadie aparte de ti para cubrir la mía — habla con seguridad y determinación—. Ya se lo he dicho a tu enamorado antes. ¿O es que no me has oído?

Mi asombro se hace mayor, totalmente impresionada por el comentario que acabo de escuchar.

—¿Estás celoso? —Me nace una sonrisa burlona de nuevo, aunque sé que no debería alegrarme de haberle provocado tal sentimiento.

No responde. Tan solo arruga la nariz y se da la vuelta para volver a ignorarme. Estoy a punto de volver a insistir cuando escuchamos los gruñidos y los pasos de los íkkrols deteniéndose justo al otro lado de la muralla que ya se ha terminado de levantar.

Los tres centramos la atención en el otro lado de esta rocosa y terrosa pared, húmeda igual que el propio suelo, por la lluvia que no deja de caer.

Kal'ladril hace un gesto de disgusto al percibir ese pestilente aroma que Avaldur'h y yo también empezamos a notar. Él debe estar notando esa peste de forma multiplicada.

Se escucha el primer grito de rabia y, tras él, los demás íkkrols comienzan a golpear con ira la pared que ha bloqueado su paso y los separa de sus objetivos para cenar. Intentando romperla, utilizando su impresionante y desmedida fuerza.

—Avaldur'h —Lo llama Kal'ladril—. No empieces a crear círculos de alquimia hasta que no veas que logren tirar el primer trozo de muro.

—¿No lo hago con las primeras grietas? —propone el albino—. Detrás del primer trozo, irán muchos más. Si empiezo tan tarde, lo único que conseguiré volviendo a levantar la pared será frenarlos un rato.

—¿Y qué otra cosa pretendes lograr? —responde—. No vamos a detenerlos. No podemos. Van a terminar rompiendo la pared tarde o temprano. Así que vamos a intentar eliminar al mayor número de ellos antes de que eso pase. Una grieta no es una rotura definitiva. Si tu poder se alimenta de tu energía, vamos a intentar no utilizarlo hasta que no nos quede otra alternativa.

—Temo que sigan siendo demasiados cuando logren romperla, y que mi aguante no sea tan longevo como para cambiar demasiado la situación —Se preocupa Avaldur'h.

—Nos preocuparemos por eso llegado el momento. De momento vamos a darlo todo para terminar con tantos como podamos.

—De acuerdo —Accede Avaldur'h enseguida, aceptando su propuesta de nuevo. Totalmente consciente del excepcional conocimiento de Kal'ladril para cualquier tipo de enfrentamiento.

—¿Sabes usar un arco? —le pregunta de repente el guapísimo hijo de

Drilembiyr’h, ofreciéndole inesperadamente el suyo.

Avaldur’h frunce el ceño con confusión, realmente sorprendido por el hecho de que Kal’ladril esté cediéndole una de sus intocables armas de oro puro. Impresionado de ver ese precioso y excepcional arco agarrado en su puño, extendido frente a él.

Parece dudar, pero no tarda demasiado en sostener con cuidado el ofrecimiento del que ya considera, sin duda, un grandísimo amigo.

—Por supuesto que sé usar un arco —contesta, volviendo a alzar su mirada verde hacia Kal’ladril—. Aunque me criase en Cinnadaoin, soy un sygära igual que tú.

El hijo de Karanthir sonríe ladeadamente y asiente, lanzándole seguidamente su carcaj repleto de flechas, también de oro puro y brillante.

—En Drilembiyr’h conozco a unos cuantos que también son sygäras, y no saben utilizar un arco.

—Pues no es mi caso —Sonríe Avaldur’h.

—Demuéstralo —Le invita—. Vamos a intentar rebajar el número de esos bichos, antes de que puedan avanzar.

El albino asiente, totalmente motivado para empezar a luchar.

—Recordad que tienen ocho corazones que utilizan de uno en uno. Los demás comienzan a funcionar progresivamente cuando otro se apaga. Eso quiere decir que deberemos matarlos ocho veces —

pronuncia Kal’ladril, advirtiéndonos con la voz potente. Girándose hacia la pared de piedra que no deja de ser golpeada por las bestias llenas de rabia—. El único punto débil y blando por el que podréis lograrlo, es el cuello. Y aun así lo tienen fuerte, ancho, corto y musculoso. En el extraño caso de que logréis rebanárselo y cortarle la cabeza, tened en cuenta que le volverá a salir siete veces más. Ve a través de las cabezas de serpiente que nacen de sus escápulas, y esas no importará cuántas veces las cortéis, porque siempre vuelven a nacer de nuevo a una increíble velocidad. Además tienen un olfato impecable.

Siento cómo crece un nudo inmenso en mi interior. Ese nudo al que suelen llamar miedo, y que siempre intento ignorar por mucho que me empiece a torturar.

—¿Has dicho que tienen ocho corazones? —Intento asegurarme de haber oído bien.

—¿No lo sabías?

—No tenía el placer, no —gruño—. He estudiado sobre ellos algunas cosas, pero los libros de Aszhroin no tienen tanta información como tendrán los libros de los hijos de un rey sygära.

—Bueno —murmura—, pues qué suerte la tuya. Vas con el hijo de un rey sygära.

—Yo solo espero, por nuestro bien, que no sean cuarenta —se preocupa Avaldur'h.

Kal'ladril me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y corre hacia la pared levantada por la alquimia del norteño. Se impulsa con los pies y consigue subir en flexión a la parte superior. Avaldur'h y yo enseguida le seguimos, impulsándonos de la misma manera, y nos quedamos en pie junto a él.

Los íkkrols comienzan a rugir cuando nos ven ahí, plantados sobre el muro de piedra que les impide continuar el paso, claramente enfadados tras conocer a los culpables de este repentino truco.

Mi respiración se corta cuando los estudio cara a cara por primera vez, observando a esos seres repugnantes gritándonos con toda su ira. Seres sin ojos y sin nariz, con esas bocas sangrantes y aniquilantes. Su brillante, babosa y verrugosa piel, se aprecia dura como una piedra; casi tanto como los infinitos pinchos que recorren lo largo de sus fuertísimos brazos. Tienen cuerpos increíblemente musculados, y son terroríficamente altos. Más altos, incluso, que el propio Kal'ladril. Y muchísimo más anchos.

Su cabeza es de hueso, al igual que sus impresionantes cuernos. Tienen cuatro, y cada uno de ellos tiene una ramificación por cada año que cumplen. No son seres muy longevos. Suelen vivir, como mucho, treinta años humanos. Y ponen entre seis u ocho huevos, una vez cada diez años. Tres puestas a lo largo de su vida. Pero no todas las bestias sobreviven. Las abandonan a su suerte y tienen que cazar por sí solas desde que dejan el cascarón.

Las dos cabezas de serpiente que nacen de su espalda, sisean con hambre tratando de estirarse para alcanzarnos, goteando veneno de sus

impresionantes colmillos. Totalmente racionales e individuales en todos su movimientos.

Van vestidos con unos pantalones de piel de serpiente, posiblemente confeccionados con la propia piel de las compañeras salientes de sus omóplatos. En la parte de arriba llevan solamente algunas cadenas y unas hombreras. Y también collares hechos con los dientes de sus víctimas.

—Son treinta y tres —Cuenta Kal'ladril para todos, observándolos uno a uno por si se le ha podido escapar alguno—. Multiplicados por sus ocho corazones, vamos a tener que matarlos doscientas sesenta y cuatro veces.

—Joder —Cierro entonces mis puños y agarro rápidamente mi espada de doble filo, tratando de hacerme a la idea de saltar para comenzar a enfrentarme a ellos.

—No perdamos el tiempo entones —Avaldur'h se adelanta y lanza la primera flecha, acertando en el cuello de uno de ellos.

El íkkrol comienza a gritar y saca su repugnante y bípeda lengua. Sabemos que ha conseguido matar uno de sus corazones cuando, de repente, se queda en completo silencio y detiene su ataque contra el muro de piedra. Una pausa que dura apenas un instante y que no es real, pues las serpientes siguen actuando de forma individual.

La bestia rápidamente vuelve a reaccionar y vuelve a estampar su cabeza huesuda y sus cuernos contra la pared, para seguir intentando quebrarla.

—Ahora son doscientas sesenta y tres —Sonríe Kal'ladril.

—Y ya sabemos que tienes razón, las cabezas de serpiente sólo morirán cuando matemos el último corazón —Vuelve a cargar el arco de su amigo y dispara una segunda flecha fallida al mismo íkkrol al que se ha propuesto eliminar.

Agarro con fuerza mi mandoble, girándolo con un rápido movimiento de muñeca. Preparándome para el increíble enfrentamiento que nos espera.

—Bien, zalèüh —felicita a Avaldur'h—. Muy bien.

De repente gira su cara hacia mí con una seriedad que estremece mi cuerpo y crispa mi espalda.

—¿Qué? —murmuro—. ¿Vamos nosotros también?

—Sí —masculla con una lentitud que me eriza la piel—. Pero antes voy a

intentar algo. Veamos si me ha servido de algo el entrenamiento.

Kal'ladril deja su espada apoyada y comienza a quitarse la parte de arriba de su armadura para lanzarla hacia detrás, dejándola en el suelo justo debajo de uno de los árboles del lado seguro de la muralla. Hace lo mismo con sus botas y con su pantalón; desnudándose al completo.

Avaldur'h y yo lo observamos fijamente, intentando aún así no perder de vista a nuestros atacantes. Sabemos que vamos a ser testigos de su transformación.

El elfo de mirada dorada retuerce su espalda de dolor y cierra sus puños justo antes de extender sus dedos de nuevo, permitiendo que los huesos de su animal comiencen a nacer bajo los suyos. Dando paso, poco a poco, a esas peludas garras en el lugar en el que estaban antes sus brazos. Escupe sus colmillos comunes cuando nacen los nuevos de la bestia, mucho más largos e increíblemente afilados, y vuelve a gruñir por el dolor cuando empiezan a transformarse también sus piernas.

Abro los ojos con sorpresa cuando lo veo adoptar esta nueva forma. Esta nueva forma que, hasta ahora, nunca había intentado adoptar.

La transformación que acaba de hacer es alucinante. No ha sido tan rápida como cuando sólo cambiaba sus brazos, pero por supuesto tampoco ha sido tan lenta y sufrida como cuando se transforma al completo.

Frente a nosotros, hay un Kal'ladril totalmente nuevo que jamás pensé que podría admirar. Un Kal'ladril que de sygära sólo mantiene el torso y el rostro. Sus brazos son esas potentes garras peludas negras, con esos dedos largos y uñas que parecen cuchillas; escalofriantes y alucinantes. De cintura para abajo, su piel clara se pierde bajo ese manto de pelo negro que ahora lo cubre hasta los pies. Manteniendo, eso sí, la impresionante longitud de sus piernas y sus tan definidos músculos. Las raíces de su cabello se han tornado completamente negras hasta alcanzar dos palmos de longitud, difuminándose en su bonito blanco habitual. Le ha crecido una larguísima cola en la parte de atrás y ha perdido su sexo, pareciendo un excepcional cruce de jalaion'h y sygära.

Es un ser hermoso al que admirar que, al mismo tiempo, eriza la piel por el pánico que despierta imaginar todo lo que te podría hacer.

Kal'ladril se mira a sí mismo para comprobar si ha logrado lo que se

proponía, aparentemente satisfecho consigo mismo. Entonces vuelve a agarrar su preciosa y sagrada espada del suelo y la gira en el aire para comprobar si es capaz de usarla, incluso teniendo estas impresionantes garras.

Los íkkrols gritan de nuevo. Esta vez dirigiéndose concretamente a él. Se han dado cuenta de que va a ser un fiero rival al que no van a poder vencer fácilmente.

Kal'ladril curva su comisura izquierda, comprobando la inseguridad que acaba de despertar en sus enemigos. Entonces decide empujar los restos de su forma inicial, ensangrentados y despedazados.

Las bestias se lanzan como lobos hambrientos a devorar esta carne, y al instante siento una terrible arcada.

Aparto la mirada con repugnancia. Soy incapaz de observar como esos monstruos devoran la carne muerta del hombre que me encandila. Aunque sea carne que su cuerpo, por su transformación, ha eliminado a voluntad.

No lo puedo soportar.

—Sois asquerosos y repugnantes —murmura—. Bien. Pues aquí tenéis más. A ver cuál de todos vosotros va a ser el primero en intentar probarme de verdad —Sin pensárselo más, salta con impulso y energía para caer justo en el centro de la manada.

Cuatro íkkrols se lanzan a por él a la misma vez, pero Kal'ladril esquiva con facilidad sus ataques para enseguida devolvérselos con su espada y sus potentes garras.

Se engancha en los cuernos de uno de ellos, y se impulsa en el suelo dando un potentísimo salto. Gira con tanta fuerza en el aire, que consigue partirle el cuello a la primera. En cuestión de segundos, se planta sobre los hombros de la bestia y rebana las cabezas de ambas serpientes. Repitiendo rápidamente la tarea cuando vuelven a emerger, cortando a su vez la cabeza del íkkrol que volvía a reaccionar.

Matándolo por segunda vez.

Y así, con movimientos tan rápidos que hasta podría perdérmelos si mi impacto no me impidiese pestañear, demostrando sus extremos reflejos y su sobrenatural agilidad, repite la acción varias veces más.

Hasta que otro de los íkkrols vuelve a lanzarse contra él para detenerle.

Estoy sin habla. Es evidente que las ya alucinantes capacidades físicas de Kal'ladril, se han visto multiplicadas en esta increíble nueva forma.

—¡Zynael! —me llama Avaldur'h para hacerme reaccionar, mientras él continúa lanzando flechas—. Kal'ladril tenía razón, están tratando de buscar la forma de avanzar. Han venido a cenar, y no parecen querer distraerse con una presa a la que les va a costar un esfuerzo matar.

Me fijo rápidamente en lo que me indica.

Mientras unos cuantos monstruos siguen dando cabezazos a la pared de piedra, otros ya intentan alejarse para buscar algún lugar por el que poder continuar su trayecto. Está claro que quieren llegar al punto en el que están oliendo a los bul'lohí, que son las presas fáciles a las que habían venido a cazar.

—Yo me encargo —gruño, actuando por fin—. No irán a ningún sitio.

Cuelgo mi mandoble en mi espalda y, desde mi puesto sobre la muralla, lanzo una increíble llamarada de fuego en dirección al grupo de engendros que pretendía alejarse. Alcanzándolos y envolviéndolos en llamas.

Súbitamente, se giran gruñendo claramente afectados por la quemazón. Los íkkrols gritan y las serpientes se retuercen de dolor. Entonces comienzan a arrancárselas ellos mismos. De cuajo. Agarrándolas entre sus fuertísimos puños y tirando de ellas, rasgando sus pieles como si no fuesen parte de sus propios cuerpos.

En cuanto han lanzado los restos de esos seres vivientes al suelo, el sufrimiento parece desaparecer para ellos a pesar de que el fuego sigue cubriéndolos. Pero al contrario de lo que esperaba, las serpientes no vuelven a nacer.

—Vaya… —murmuro para mí misma—. Interesante revelación. Llamo a Kal'ladril justo antes de dar un salto para colocarme junto a él, manteniendo espalda con espalda mientras rodamos para asegurarnos de que no nos atacan.

—¡Mira! —Señalo a los íkkrols que ahora ya no tienen serpientes en su espalda, mientras vuelven a acercarse a nosotros—. Cortarlas no funciona, pero el fuego sí que las elimina. No les han vuelto a salir.

Kal'ladril se fija en lo que le indico y sonríe con malicia.

—Bien hecho, enana —pronuncia mientras frena con su espada otro ataque más, esquivando al instante el mordisco venenoso de una de las serpientes—. Acabas de descubrirnos cómo evitar que se dispersen y se marchen

Entonces se gira hacia mí y me da la vuelta sujetándome por los hombros.

—Sube —Vuelve a colocarse de espaldas a mí, clavando una rodilla en el suelo para disminuir su altura—. Vamos a encerrarlos para que no puedan salir de aquí. Y si lo intentan, que nos ayuden con la faena —Me cuenta su plan—. Usa tu magia tal y como hemos practicado. Vamos a rodearlos.

Asiento y me impulso sobre él sin dudarlo, enganchándome a su espalda. Enseguida echa correr sujetándome los muslos para evitar que me caiga, esquivando con agilidad a las bestias que sueltan hachazos sin parar, y a las serpientes que intentan mordernos cuando nos ven pasar.

Preparo ambas manos para utilizar mi magia. Con la derecha comienzo a crear una barrera de ramas secas y afiladas, enredadas entre sí y de unas ciento diez pulgadas de alto. Con la izquierda lanzo una llamarada de fuego tan potente y agresiva, que comienza a prenderlas sin importar la lluvia que no deja de caer. Evaporando el agua antes de que llegue a rozarla.

Kal'ladril sigue corriendo, rodeando a toda la manada de íkkrols con velocidad mientras yo creo la pared de fuego en la que vamos a encerrarlos. Al menos así, si vuelven a intentar escapar, pagarán el precio de perder sus cabezas de serpiente.

El guapísimo sygära vuelve a dejarme en el suelo cuando hemos terminado de acorralarles, dejándolos presos entre la alquimia de Avaldur'h y mi creación. Los íkkrols centran de nuevo su atención en derruir la pared, pero ahora son muchos más los que se suman al ataque, hartos del estorbo que les estamos causando.

Sus gritos de rabia demuestran las ganas que tienen de eliminarnos.

—Los hemos cabreado, enana —murmura el peliblanco, preparando su espada de nuevo para enfrentarse a ellos.

—Una pena —Muevo las muñecas para relajar la tensión de mis manos, dispuesta a luchar únicamente con la ayuda de mi magia—. Habrá que bajarles los humos.

Son diez contra nosotros dos, mientras los restantes continúan sufriendo los disparos de Avaldur'h, intentando quebrar el único muro por el que de momento se ven capaces de pasar. Está claro que atravesar el fuego, sacrificando así a sus fieles y venenosas compañeras, no lo están considerando como una posibilidad.

Alzo con una mano bloques del suelo y los lanzo contra ellos como si fuesen bolas de cañón, golpeándolos con fuerza para hacerlos retroceder; aprovechando para darnos el suficiente espacio entre ellos.

Lanzo de nuevo una llamarada impresionante cuando me he asegurado de que el sygära sureño está justo a mi lado, y prendo a los monstruos que nos estaban atacando, haciéndoles retorcerse por el sufrimiento hasta que, sin más opción, deciden arrancarse también sus reptilianas cabezas. No puedo hacerlo con todos. Si no, les estaría dando vía libre para atravesar la pared de fuego que he creado, pues ya no tendrían nada que perder. Debo eliminar solamente aquellas serpientes de aquellos íkkrols a los que vayamos a disponernos a matar. Y debe ser en grupos pequeños, o nos veremos desbordados.

Justo en el instante en que las veo caer al suelo, apago el fuego que rodeaba sus cuerpos lanzándoles una impresionante ola de agua. Algo que también logra distraerlos. Permitiendo, de esta forma, que Kal'ladril pueda volver a acercarse a ellos.

—Eres increíble, mi enana —me alaga Kal'ladril—. Me lo haces muy fácil.

Entonces corre hacia los engendros y, volviendo a plantarse sobre los hombros de una de las bestias, comienza a rasgarles la garganta uno a uno. Saltando con una destreza impresionante hasta llegar al último. Mucho más cómodo y rápido ahora que no tiene a esas venenosas serpientes atacándole.

Por fin, uno de los íkkrols a los que acaba de degollar parece no reactivarse más y cae al suelo. Totalmente desplomado. Finalmente aniquilado.

Uno menos. Sólo quedan todos los demás.

***

El enfrentamiento es increíble y agotador, el más largo que había tenido

jamás. Kal'ladril continúa con su potencia cuerpo a cuerpo, usando sus garras; su increíble velocidad; y su asesina espada. Yo sigo usando mi magia. Creando tornados que los levantan del suelo cuando se nos acercan demasiado; lanzándoles bloques de piedra; y utilizando de nuevo mi espada para ayudar al sygära a acabar con todos los corazones de cada uno de nuestros rivales. Avaldur'h ha seguido disparando todas las flechas que hemos podido ir devolviéndole.

Han caído alrededor de diez, pero siguen habiendo veintitrés más. Y mi corazón late con tantísima fuerza, que mi cuerpo parece estar gritándome que no puede continuar.

Kal'ladril termina de rematar a un nuevo íkkrol, sumando once al número de los que ya han sido eliminados, cuando un grito de Avaldur'h nos hace reaccionar.

—¡Zalèüh! —llama a Kal'ladril con exaltación—. ¡El muro! ¡Lo han roto!

Ambos nos giramos rápidamente para comprobarlo. En la inmensa pared de piedra, una de las bestias ha conseguido abrir un increíble agujero, y se dispone a continuar quebrándolo hasta ser capaz de pasar al otro lado. En ese instante, todos los íkkrols comienzan a ignorarnos para unirse a su compañero y terminar de derribar la pared.

—¡Voy a cerrarlo! —Anuncia el norteño—. ¡Tantas veces como pueda!

Avaldur'h enseguida salta al otro lado de la muralla para comenzar a hacer sus círculos de transmutación, tal y como habían acordado que lo haría.

—¿Y si le ayudo? —propongo—. Has visto lo que he hecho con esos bloques de piedra. Puedo intentar rellenar el agujero.

Los íkkrols siguen golpeando con todas sus fuerzas la pared que lentamente comienza a cerrarse de nuevo; totalmente insistentes para terminar de echarla abajo.

—No —Gruñe Kal'ladril, llevando sus preciosos ojos hacia mí—. Te necesito conmigo. Tenemos que rebajar su número cuanto podamos, todavía quedan demasiados.

—¿Y qué propones? —Mi puño se aprieta alrededor de la empuñadura de mi espada, intentando retener mi evidente preocupación—. ¿Qué

pasará cuando Avaldur'h no pueda más y lo sobrepasen? Me preocupa que lleguen a los demás.

—Propongo que sigamos como hasta ahora. Derrochar tu magia en tonterías…

—¿Tonterías? —le corto—. ¿Te parece una tontería el hecho de intentar evitar que salgan de aquí? Porque a mí me parece prioritario.

—Zynael, debes usar tu magia únicamente para eliminarlos. Es importante que no la desgastes en nada más —Agarra mis hombros con sus dos garras y se inclina para mirarme fijamente, transmitiéndome su determinación y seguridad—. Cuando Avaldur'h no pueda más, habrá que prescindir de él y contar con la ayuda de los demás, eso tenlo claro. Pero no puedo llevarte al límite también de ti.

—No tengo límite si está mi vida en juego, y la de aquellos a los que quiero —Le garantizo, hablándole con su mismo arrojo.

—No te mientas a ti misma —Rechista, claramente molesto—. Todos tenemos un límite. Incluidos tú y yo. Y tú hoy estás llevando al extremo tu magia.

Tomo aire profundamente. No puedo negar que tiene razón. Apenas puedo respirar bien. Me siento derrotada. No sólo he usado mi magia en esta pelea, hasta alcanzar niveles a los que jamás pensé que sería capaz de llegar, sino que también la he usado sin parar en nuestro trayecto hasta aquí. No sé dónde está mi límite, porque realmente ya he sobrepasado el que consideraba como tal. Cada movimiento que hago ya es arriesgado. Mi corazón va tan rápido que parece que va a salirse de mi pecho, y siento que mis piernas están débiles.

Por mucha actitud que tenga, la verdad es que no sé cuánto más aguantaré.

—Pues dime por favor qué vamos a hacer. Cualquier cosa menos dejar que avancen. Me niego a permitir que avancen —murmuro, totalmente derrotada por la situación—. Míralos y míranos. Ya resultan prácticamente imposibles para nosotros incluso usando nuestros dones. Dai-sha tampoco va a cambiar las cosas. ¿Qué van a hacer Thaeón, Jóngruf y Záldur contra ellos? No van a poder ayudarnos por mucho que luchemos juntos. Si llegan hasta allí, ocurrirá lo peor —Mi preocupación es evidente no solo por mis

palabras, sino también por el vibrar de mi voz—. Y todavía quedan muchos…

Kal'ladril me escucha atentamente, analizando mis palabras. Sabe bien que lo tenemos muy mal. Y también sabe que nuestros amigos lo tendrían mucho peor si estas bestias llegasen a plantárseles enfrente.

—Quémalos —Me ordena de repente—. A todos. A los veintidós que quedan. Hazlos arder y oblígalos a arrancarse esas venenosas y repugnantes cabezas escamosas.

Lo miro con asombro, totalmente impactada por lo que acaba de pedirme.

—¿Estás loco? —Prorrumpo—. ¿Para qué iba a quemarlos a todos de una vez? ¿Acaso no me has escuchado? Acabo de decirte que me niego a permitir que avancen. Quemarlos lograría todo lo contrario.

—Quémalos —repite, mirándome con determinación.

—Si los quemo a todos, ya no tendrán nada que perder y avanzarán por mi límite de fuego —Rechisto—. Les estaríamos dando al instante completa libertad para marcharse. Ni si quiera tendría sentido que Avaldur'h siguiese esforzándose en su alquimia.

—Exacto. Vamos a liberar a Avaldur'h de tener que utilizar toda su energía en la alquimia que tarde o temprano va a consumirse, y vamos a seguir contando con él para luchar —se explica, apretando sus manos en mis hombros—. Necesitamos toda ayuda posible, y es algo inminente.

Separo mis labios lentamente, estudiando esa nueva idea que propone.

—No, no, no —Mi cabeza se agita enseguida, rechazando esa idea.

—Zynael —Gruñe Kal'ladril, apoyando su frente contra la mía para obligarme a detener mi negación. Mis ojos se fijan en los suyos, tan calmados y a la vez determinantes—. Sé realista. La idea de acabar con ellos nosotros solos para evitar que lleguen a los demás, sería algo fantástico. Pero esta es la realidad. Y no tenemos más opciones.

Aprieto los puños.

—Pues tendremos que encontrar alguna como sea.

—Llevamos media noche peleando sin parar, y no hemos logrado matar a tantos. Por supuesto que aún son muchos. Demasiados —No sé si me

está regañando por mi cabezonería, o si de verdad me entiende. Pero parece muy seguro de su teoría—. Los dos solos no vamos a conseguir eliminarlos antes de que Avaldur'h se derrumbe. Así que vamos a cambiar el plan: Quémalos a todos. Mientras Avaldur'h va a por los demás, tú y yo vamos a seguir intentando terminar con cuantos podamos.

—Pero…

—Sé que es peligroso, pero debes confiar en nosotros y sobre todo en ellos —Me frena, evitando que ponga excusas—. Nos quieren acompañar a luchar con un dragón. Tal vez este sea su momento de demostrar que son guerreros dignos de verdad.

Aparto mi mirada, llena de dudas. Entonces siento su empapada garra agarrando mi barbilla, volviendo a alzar mi cara para obligarme a subir mis ojos hacia los suyos.

—Confías en mí, ¿verdad? —me pregunta casi en un susurro.

Respiro hondo y relajo todo mi cuerpo en ese mismo instante.

—Por supuesto que sí —confirmo—. Más que en nadie en este mundo.

Kal'ladril asiente, satisfecho de haber conseguido hacerme ceder. Entonces, con un ágil y rápido movimiento, me carga sobre sus increíbles y fuertes brazos peludos y corre en dirección a los íkkrols y al muro. Con un salto sorprendente, consigue pasar por encima de las bestias y aterriza de cuclillas en la parte superior de esta pared que Avaldur'h sigue luchando por mantener.

—¡Avaldur'h! —le grita—. ¡Para! ¡No te esfuerces más! ¡Vamos a dejarles avanzar!

El albino abre los ojos con sorpresa y deja de recitar al instante, separando enseguida su mano del suelo. Tan pronto como el pequeño círculo de transmutación se borra de la tierra, el refuerzo del muro finaliza de crecer.

—¿¡Qué!? —Se extraña el albino—. ¿¡Por qué!?

—Prefiero que sigas peleando —le indica Kal'ladril—.

Necesitamos tu ayuda.

—¿Prefieres que siga disparándoles? ¿Y qué haré cuando me quede sin flechas? —Avaldur'h parece preocupado e inseguro, pero aún así se

muestra incapaz de negarle nada a su hermano del sur—. Hasta ahora hemos recuperado algunas porque los teníamos controlados… pero no será igual si salen y se dispersan. Va a haber un momento en el que el arco no me sirva.

—Lo sé. Por eso usarás esto —Kal'ladril lanza su preciada arma, haciéndola volar.

Avaldur'h agarra al vuelo el mango de la espada sagrada, observándola al instante con increíble admiración.

—Más te vale cuidarla y usarla bien mientras esté en tu poder — Le advierte.

—¿P-Pretendes cederme a Uttilam'h? —La voz del albino tiembla con inquietud. O tal vez sea impacto e inseguridad. Como si la espada de Kal'ladril fuese demasiado valiosa para él.

—No pretendo nada. Acabo de hacerlo —evidencia Kal'ladril—. Pero primero debes hacerme otro favor: Corre y adelántate a la cueva para advertir a los demás. Nosotros vamos a seguir intentando que avancen el menor número posible.

—¿¡Y cómo se supone que vais a aguantar solos!? ¡Acabas de darme tu arma! —exclama Avaldur'h, todavía impresionado por el hecho de poder cargar semejante espada.

—Tengo esto —Muestra sus garras—, y a mi lado a esta increíble maga.

Entonces el muro tiembla bajo nuestros pies, haciéndonos reaccionar.

—¡Venga! —le pido exaltada—, ¡cuanto menos tardes, antes podréis ayudarnos!

Avaldur'h asiente entendiendo que no hay tiempo que perder, y echa a correr en dirección contraria a la que estamos, de vuelta al lugar donde están aguardando nuestros amigos.

—¿Estás lista? —murmura Kal'ladril cuando volvemos a girar nuestros cuerpos hacia el lado donde se encuentran las bestias—. ¿Preparada para seguir matando bichos?

Respondo encendiendo mis dos manos con unas increíbles y potentes llamas, pero no logro provocar nada en los íkkrols. Siguen pareciendo únicamente interesados en destruir esta pared que, desde que Avaldur'h

no está, vuelve a poder romperse.

—Adelante —me invita a calcinarlos.

Enfoco mis manos hacia ellos y lanzo dos fuertes fogonazos que envuelven a muchos. Kal'ladril y yo aprovechamos su alboroto para volver a saltar a la parte de abajo, colocándonos de nuevo tras los monstruos. Sabiendo que la ira les llevará a volver a enfocarse en nosotros.

Y en efecto.

Lentamente todos se dan la vuelta para encararnos, claramente enfadados. Las serpientes que aún perduran sesean con rabia, lanzando chorros de veneno tan potente que incluso parecen hacer retorcerse al propio suelo.

Kal'ladril se coloca a mi lado y coloca su mano como barrera junto a mi vientre.

—¿Qué haces? —Enarco una ceja—. ¿Me estás protegiendo?, ¿con un brazo?

—No —Afila su sonrisa, excitado. Y no por mí, sino por la pelea que sabe que se le viene encima. Como si para él, el riesgo a ser matado y la adrenalina de poder matar fuesen pasatiempos muy apetecibles—. Te freno para que no vayas hacia ellos. Estoy oliendo sus intenciones, y quiero probar algo.

Los veintidós íkkrols comienzan a cerrar un círculo alrededor de nosotros, dispuestos a atacarnos todos a la vez para acabar cuanto antes. El peliblanco y yo apoyamos espalda contra espalda, vigilando así todos los flancos.

Entonces siento sus brazos agarrando los míos desde atrás, como si se tratasen de las asas de una mochila, flexionando al mismo tiempo sus rodillas.

—¿Me sigues, enana? —me invita, revelando al instante cuál es su idea.

Mis brazos se acomodan y lo agarro con fuerza, utilizando su espalda como apoyo para la mía. No necesito que me explique su plan para entenderlo y aceptarlo al instante. Kal'ladril y yo somos así cuando luchamos. Encajamos y nos entendemos tan bien, que incluso podría parecer que estábamos destinados a pelear uno junto al otro.

—Cuando quieras, guapo.

Entonces vuelve a incorporarse y comienza a girar muy rápidamente, cargándome con completa facilidad. Mis manos escupen ráfagas y ráfagas de fuego que alcanzan a todos y cada uno de los íkkrols que nos rodean.

Uno de ellos se lanza contra mí, a pesar de que las llamas no dejan de envolverlo y de que sus víboras no dejan de emitir ese agudo e infernal sonido que incluso podría interpretarse como un grito. Levanto mis piernas aprovechando el apoyo que Kal'ladril me ofrece, y le golpeo fuertemente en su durísima mandíbula con ambos talones, obligándolo a retroceder.

Y continuamos rodando juntos hasta que he prendido fuego a todos ellos.

El sygära me deja en el suelo, y se mantiene quieto mientras observa cómo esas bestias rujen y se liberan del sufrimiento. Rajando y tirando las cabezas de sus reptiles con rabia, como si fuesen mera basura.

Apago finalmente las fogatas entre mis dedos y alzo la barbilla con seguridad, sintiéndome satisfecha por haber conseguido lo que nos proponíamos. Pero entonces, de la parte de atrás del grupo que no deja de arder, aparece un íkkrol abriéndose paso dando hachazos incluso a sus propios hermanos. Un íkkrol al que, al parecer, no han alcanzado mis llamas ya que sigue perfectamente intacto. Un íkkrol infinitamente colérico.

Grito para alertar a Kal'ladril y trato de reaccionar tan pronto como puedo, volviendo a encender el fuego de mi magia en mi mano libre para intentar quemarlo.

No llego a tiempo.

Cierro los ojos, a punto de recibir el mordisco de esas víboras y ese hachazo.



Zynael
2

Vuelvo a abrir mi mirada muy despacio. No he sentido nada. Nada en absoluto. Entonces veo a Kal'ladril frente a mí, dándome la espalda, encarando a esa fiera bestia que no deja de gruñir.

Con su garra izquierda está sujetando el filo del hacha. Su sangre corre sin parar por todo su brazo, chorreando hasta el húmedo suelo. Con su diestra está sujetando la cabeza derecha del crótalo, mientras que la contraria intenta ayudar a su compañera constriñéndolo y clavando sus venenosos dientes en la zona cercana a su muñeca. Inyectándole con todas sus ganas su nociva toxina.

A pesar de que el íkkrol es más alto y más grande que Kal'ladril, el sygära consigue avanzar con esfuerzo y hacerlo retroceder varios pasos

—A ella no vas a tocarla —gruñe, apretando su puño derecho alrededor del cuello de la serpiente. Ignorando al otro reptil que no deja de oprimírselo y mordérselo.

Me ha salvado la vida. Otra vez. A sabiendas de lo que esto va a suponer para él.

Súbitamente, el elfo puro suelta el hacha de su mano izquierda y, con un ágil y leve movimiento, aprovecha la caída de esta oxidada arma para desprenderse de su propia extremidad.

Mi aliento se corta cuando siento su sangre salpicando contra mi cara, ardiente y abundante, cayendo por mis párpados y mis mejillas. El shock me paraliza por completo cuando veo cómo ha quedado dividido su brazo derecho a mitad del bíceps. Habiendo rebanado también el cuello de aquel ser que le constreñía y envenenaba.

Todo ha ocurrido en cuestión de unos instantes pero, sin embargo, lo he visto tan despacio como una horrible pesadilla.

Me quedo completamente estática. Petrificada. Sin pulso.

Kal'ladril vuelve a retroceder un par de pasos y se coloca a mi lado, llevando su mano extendida a esa herida que tiene donde hace un instante continuaba su brazo. Sin dejar de sangrar a borbotones, intentando presionar en vano mientras observa con rabia su extremidad tendida en el suelo junto a los restos de la serpiente.

La cabeza del animal vuelve a crecer al instante frente a nuestros ojos. Pero yo sigo tan conmocionada que soy incapaz de reaccionar.

—Bicho repugnante... Eres un maldito fastidio —murmura con la voz ronca, tratando de no hacer caso al dolor—. Esto me va a traer algún que otro problema.

Me creía incapaz de reaccionar hasta que de repente noto cómo se tambalea y se apoya contra mí, claramente mareado por la pérdida de sangre. Ladeo mis ojos muy lentamente para mirarlo por primera vez, aún incapaz de aceptar lo que acaba de pasar.

Kal'ladril sigue con su atención fija en ese íkkrol, que vuelve a acercarse a nosotros con la intención de volver a atacar. Se prepara de nuevo agarrando una de mis dagas e intenta incorporarse, completamente dispuesto a volver a frenarlo. Dispuesto a volver a defenderme.

Entones, aún dentro de mi shock, esa fuerza que creía haber perdido regresa a mi corazón en forma de absoluta ira. Mi impacto y mi cansancio se desvanecen al instante, siendo finalmente consciente de lo que el sygära ha sacrificado para poder protegerme.

Grito llena de rabia y me coloco frente a él, lanzándole a ese íkkrol toda la potencia de mi magia. La serpiente que hace un instante mordía al que es el hombre de mi vida, y que había vuelto a emerger, comienza a retorcerse presa de las llamas que la envuelven. Esas llamas asesinas que la torturan a ella, a su gemela, y a su dueño.

Comienzo a levantar de nuevo bloques del suelo. Esta vez, muchísimo más grandes. Bloques de pura piedra, resistentes y aplastantes, que enseguida prendo también. Como si fuesen meteoritos, desgarrando con cada uno de ellos la impotencia que acabo de sentir. Gritando. Lanzando

toda mi rabia contra estas bestias que tanto han complicado mi noche, y que acaban de infectar con su veneno asesino a la persona más importante de mi corazón. Incapaz de aceptar que verdaderamente haya perdido el brazo por defenderme a mí.

Lapidándolos y aplastándolos con mis cañones naturales, utilizando una fuerza que jamás pensé que podría llegar a tener. Llevando al límite mi poder.

La tierra que nos rodea queda llena de cráteres debido a esos fragmentos que no dejo de levantar y hacer volar. Pero no me importa. Solo quiero eliminarlos. Solo quiero vengarlo. Y sigo atacándolos hasta que logro lapidarlos a todos, matando a cuatro y dejando a los demás hechos papilla, heridos de gravedad.

Kal'ladril se arrodilla en el suelo, afectado por toda la sangre que está perdiendo y por el sufrimiento. Por primera vez desde que lo conozco, comienzo a escucharlo gritar de dolor. Sus sollozos y gruñidos me hacen reaccionar y vuelvo a darme la vuelta para acercarme rápidamente a él, aprovechando que las bestias supervivientes tardarán un momento en liberarse de las piedras que los cubren.

—Kal'ladril… —Me arrodillo a su lado, desesperada—. Por Sauthriel, Kal'ladril…, ¿qué has hecho? ¿Por qué has tenido que hacerlo…? —El dolor en mi voz es evidente. El temblar de mis manos es un perfecto reflejo de mi infinita preocupación.

Me pego a él cuanto puedo y llevo mi mano a su mejilla, tratando de comprobar su temperatura corporal. Necesito sentirlo junto a mí y percibir su vitalidad, pero siento miedo de tocarle y hacerle daño.

—Dime por favor que puedes transformarte y curarte. Dime que, al igual que siempre, las heridas que te han causado en tu forma animal van a desaparecer cuando vuelvas a tu forma habitual —suplico en voz alta con la intención de que me oigan cualquiera de sus dioses.

—Esto ya no son simples heridas cutáneas, enana... —responde mientras termina de tumbarse en el suelo, cada vez más y más fatigado— . Esto es algo un poco más grave.

—Inténtalo, por favor —Siento mis ojos empezando a escocer. Tengo ganas de llorar. Jamás lo había visto tan débil, y me mata pensar que está

así por mí—. Por favor…

Intento retener mis lágrimas por respeto a él. Sería muy injusto si yo ahora me rompo, cuando él está manteniendo el temple aún sido quien ha perdido el brazo.

—No… —Gruñe de nuevo, manteniendo su mano en su herida para intentar frenar la sangre—. No va a servir de nada, y no creo que pueda resistir una transformación ahora —Su voz es tan suave que apenas lo escucho, y eso solo empeora el nudo de mi estómago—.

Prefiero mantener las pocas fuerzas que me quedan para… —Pero vuelve a retorcerse de dolor.

Agarro su cabeza y la coloco sobre mi regazo, continuando con mis caricias en su delicado y pálido rostro. Luchando conmigo misma para no llorar.

—Nureïl bem Dibcak'h ner dënain lin dufrèkh —maldice con aspereza en sygönish—. Me duele un maldito brazo que ya no está. Parezco un puto niño llorón e inexperto.

—Cállate. No vuelvas a decir eso, y deja de moverte —le regaño con todo el cariño y el agradecimiento que siento hacia él—. No tenías que ponerte en medio…

—Por supuesto que tenía que hacerlo. Eres tú —Sus ojos suben hacia los míos sin apenas fuerza. La primera lágrima se escapa por mi mejilla, totalmente dominada por la situación—. ¿Crees que ya me he ganado el poder escuchar esas dos palabras?

—Imbécil... —Sonrío sin saber cómo ha sido capaz de provocármelo, cerrando los ojos para retener el llanto—. Voy a intentar ralentizar el sangrado… perdóname por volver a hacerte daño.

Al instante vuelvo a encender mi mano, esta vez manteniéndola al rojo vivo cual brasa, y la pego a su herida para intentar cauterizarla.

Kal'ladril se muerde el labio y respira hondo al mismo tiempo que cierra los ojos, esforzándose en soportar el momento sin soltar ni un solo sollozo más.

—Tu brazo… —gruño en voz alta, volviendo a sentir esa rabia en mi interior acompañada de un punzante dolor. Sintiéndome culpable por no

haber sido yo la que recibiese ese ataque.

—Deja de mirarme con pena —me pide con rotundidad.

—Mira lo que te he hecho… —La culpa comienza a envolverme, haciéndome sentir miserable—. Mira esto…

—Esto no es para tanto —murmura. No sé bien si queriendo convencerme a mí, o a sí mismo—. Podría haber sido mucho peor, pero sigo vivo. He tenido suerte de que me estuviese constriñendo el mismo brazo que había mordido, ha sido la propia causante de que su toxina no haya llegado a mis puntos vitales al instante.

—¿Cómo puedes llamar suerte a esto? —farfullo, esforzándome por ayudarle de forma productiva y no romperme más.

El guapísimo pero derrotado sygära parece notar el dolor en mi voz y clava sus ojos dorados en los míos. Muy lentamente apoya su sangrante y herida garra en mi mejilla para tranquilizarme.

—Zynael, mírame —me susurra—. Estoy aquí. Estoy bien. Habías dicho que confiabas en mí —Veo cómo se esfuerza en dedicarme una leve sonrisa—. No voy a caer mientras tu vida dependa de mí.

—¿Piensas de verdad que ahora mismo estoy sufriendo por eso? —Llevo mis ojos a lo largo de todo su cuerpo. Mis lágrimas son tan espesas y abundantes que apenas me permiten distinguirlo bien.

—No. Sé que es por mí —responde—. Pero tú también deberías saber que no me habría metido en medio si no tuviese claro que iba a sobrevivir. No busco que muramos a la vez como si esto fuese un trágico romance. Si muero yo, tú irás detrás. Si me he arriesgado a salvarte es porque sé que nuestra historia sólo acaba de empezar.

Me agacho para besar su frente y aprieto los ojos para evitar seguir llorando, intentando ser fuerte para él.

—Enana… Soy Kal'ladril Akhelbec'h —Su garra empapada en sangre se adentra entre mi cabello, mostrándome su cariño—. Estoy bien. Estoy aquí… Hace falta mucho más que esto para poder borrarme.

Cierro los ojos, sintiendo su gesto y sus palabras. Intentando confiar en su seguridad. Asiento lentamente, dándole la razón en eso, y me esfuerzo en sonreírle cuando vuelvo a separarme de su frente.

—Tenemos que llegar hasta Dai-sha cuanto antes. Seguro que él conoce alguna poción que pueda ayudarte —propongo—. ¿Puedes ponerte en pie?

Desgraciadamente, los íkkrols terminan de liberarse de los pedruscos que los envolvían y vuelven a caminar gruñendo hacia nosotros.

Alzo la cabeza para mirarlos, sin moverme de mi lugar junto a Kal'ladril. Las dieciocho bestias que todavía quedan vivas, se acercan sangrando ese líquido marrón oscuro, casi negruzco, tan repugnante y tan apestoso. Algunos con una pierna o un brazo roto, y otros muchos habiendo perdido parte de sus cuernos.

Pero siguen siendo demasiados, y yo sólo he conseguido sumar su rabia.

Todos a la vez, me dedican un grito atroz que me eriza la piel.

—Tenemos que irnos con los demás ya —insisto—. Dai-sha tiene que mirarte esto.

Hago flexión con las rodillas para ayudarle a levantarse del suelo pero, para nuestra sorpresa, a ambos nos resulta imposible.

Kal'ladril se desploma en el suelo.

Enseguida vuelve a esforzarse, y con cabezonería logra mantenerse en pie apoyado sobre mí. Pero debido a la pérdida de sangre sus piernas son muy inestables.

—Vamos... —Le pido.

—No.

—¿Cómo que no? —Gruño—. Por favor. Vámonos.

—No voy a ir a ningún sitio, Zynael —Determina con seguridad— . Voy a seguir peleando. Tenemos que seguir peleando.

—¡No puedes! —me desespero.

—¡Si puedo estar en pie también puedo luchar! —me garantiza con actitud, como si por elevar su voz también fuese a lograr aumentar su vitalidad—. Si tengo que cansarme y desangrarme más, antes que hacerlo andando prefiero hacerlo peleando. Pronto llegarán los demás, y ten por seguro que voy a esperarlos luchando.

—¡No pienso depender de lo que puedan tardar los demás! — respondo

enfadada—. ¡Acabas de perder un brazo, joder Kal'ladril! ¡Lo has perdido por mí! ¡Te estás desangrando, y tu cuerpo puede tener alguna toxina de veneno! ¡Deja de ser el héroe por una vez y déjame ayudarte! —Mi voz se rompe. Estoy aterrada y exasperada—. Pónmelo fácil. Apenas me quedan fuerzas con las que poder sostenerme, así que no me obligues a llevarte a rastras.

Me giro hacia los monstruos y les lanzo ráfagas de aire y tornados para empujarlos hacia atrás. Volviendo a alejarlos, tratando de ganar tiempo.

Pero es evidente que mi poder ya no alcanza el nivel de antes.

—Vamos. Te llevo —Me coloco delante de él para intentar cargarlo.

—¿Qué? —Se sorprende—. No puedes conmigo.

—Claro que puedo contigo —determino.

—No, no puedes.

—¡Que sí!

—Enana… Escúchame.

Pero no le escucho. A pesar de que tiene razón. A pesar de que por mucho que lo intento, no puedo lograr sostener su peso. Kal'ladril es demasiado grande y demasiado alto. Pero mi cabezonería es aún mayor, y por supuesto es superior a mis fuerzas. Y es aún más grande el amor que le tengo, y la necesidad imperiosa que tengo de ayudarle.

Mi objetivo es sacarlo de aquí. Así que sigo intentándolo una y otra vez, mientras sigo utilizando los últimos hilos de mi magia para intentar alejar a esos bichos lisiados y repugnantes de nosotros.

—Zynael. Para —Insiste—. Escúchame.

—¡No! —Gruño—. ¡Tengo que sacarte de aquí!

—¡Escúchame! —Me frena definitivamente, agarrándome de la nuca y pegando su frente a la mía. Forzándome a mirarle fijamente—. Escúchame.

Abro los ojos con atención, fijándolos en los suyos. Tan preciosos y brillantes como dos estrellas, pacíficos y relajados como el cosmos.

—–No voy a irme. Voy a usar mis últimas fuerzas para luchar — Sus labios casi rozan los míos—. Aguantaré hasta que el último de estos monstruos muera. No voy a usar la poca energía que me queda en buscar a

nadie para que me salven.

—Era el plan.

—No. El plan era pelear juntos —me corrige—. Mientras pueda tenerme en pie, seguiré luchando. Y cuando mis piernas se rindan, seguiré insistiendo de rodillas.

—Van a matarte.

—No —rechaza enseguida.

—Van a matarnos.

—Te he dicho que no —Sostiene—. A ti y a mí aún nos queda un largo camino por delante. No pienso permitir que estas bestias nos jodan antes que mi padre. Estos íkkrols no me van a dejar sin los besos que todavía no he podido darte.

Entonces pega sus labios a los míos en un cálido y pasional gesto que detiene mi corazón y bloquea mi circulación, poniendo el mundo en pausa a nuestro alrededor. Como si no importasen en absoluto aquellas bestias que vienen a por nosotros.

Mis ojos vuelven a abrirse al mismo tiempo que Kal'ladril va soltando mi boca. Su vitalidad parece haber regresado, y no sé si es gracias al breve y pasional momento que acabamos de compartir, o si es el poder increíble de su imparable confianza en sí mismo.

Devuelve mi daga a su lugar correspondiente y se gira de nuevo hacia los íkkrols, preparando sus garras para enfrentarlos.

Uno de los monstruos corre para atacarnos. De forma sorprendente y aprovechando que ya no pueden vernos, Kal'ladril se impulsa en el suelo arrastrándose entre sus piernas, apareciendo súbitamente detrás de él. Con una fuerza impresionante que no sé de dónde ha logrado sacar después de todo, introduce su garra al completo en el interior del cuello su víctima, rajándolo con sus larguísimas uñas como si fuesen cuchillos afiladísimos, atravesándolo desde la nuca.

Consigue tirarlo a la húmeda y ensangrentada tierra utilizando su propio brazo como gancho, y es entonces cuando yo aprovecho. Justo en el momento de inconsciencia de la bestia, salto encima de ella manteniéndome en cuclillas con mis pies sobre sus pectorales. Aguardando

hasta que vuelva a reaccionar.

Le corto el cuello con ambas dagas cuando usa su siguiente corazón. Y, quedándome en el mismo sitio, repito la tarea hasta que no regresa más.

Kal'ladril gruñe y se tambalea, pero consigue sostenerse. Por mucho que pueda ignorar el dolor y el agotamiento, no van a dejar de crecer en su interior. La sangre no deja de brotar a pesar de que él sigue manteniéndose en pie. Es evidente que sus ganas de luchar pueden opacar cualquier sentimiento negativo que le lleve a rendirse. Pero temo que, en cualquier momento, se vaya a desplomar.

Respiro hondo. Me aterra imaginar que pueda llegar a ese límite en el que no pueda más, porque yo estoy prácticamente igual y eso sería nuestro final.

Beneficiándose de mi repentina y breve pausa, otro de los íkkrols vuelve a lanzarse para atacarme. Y de nuevo, como si no estuviese ocultando y aguantando ningún tipo de sufrimiento, Kal'ladril se lanza con rapidez y rabia para frenarlo. Su impacto es tan fuerte y tan tenaz que logra tirarlo al suelo, rodando y llenándose de barro sin soltar a su rival.

Es entonces cuando la distancia entre nosotros sobrepasa nuestro límite, y siento esa insufrible contracción en mi interior que comienza a consumirme. Grito por el dolor insoportable y trato de acercarme al sitio donde está el sygära, pero es tal la tortura que me desplomo sin poder hacer nada más que chillar.

Kal'ladril enseguida se da cuenta e intenta librarse con rapidez del enemigo que tiene encima, pero el íkkrol comienza a dar hachazos donde cree que puede acertar.

—¡Zynael! ¡¡Aguanta!! —exclama mientras lucha por esquivar el aniquilante arma de la bestia. Intentando también arrastrarse para escaparse y poder llegar hasta mí.

Otro de estos seres aparece junto a mí y me agarra del cuello, levantándome del suelo para acercarme a su repugnante cara huesuda.

Parece intentar disfrutar de mi olor mientras yo continúo gritando sin parar, sintiendo cómo se va consumiendo y secando mi interior. No sé cuánto puede durar esta tortura hasta que me extinga para siempre, o si es mi cuerpo el que decidirá apagarse voluntariamente para no seguir

sufriendo.

—¡¡Zynael!! —Escucho de nuevo gritar a Kal'ladril.

Apenas puedo percibir nada con claridad. Siento cómo mis sentidos van desvaneciéndose a una increíble velocidad.

Percibo vagamente la lengua de este monstruo recorriendo toda mi cara, deleitándose con el suculento manjar que está a punto de saborear. Entonces, cuando visualizaba definitivamente mi final, el íkkrol me suelta de forma repentina y caigo al suelo con brusquedad.

Sin dejar de retorcerme de dolor, consigo alzar la mirada y compruebo que tiene una flecha atravesando su cuello desde el lateral. Intento aprovechar mis últimas fuerzas y me arrastro por el suelo para acercarme a Kal'ladril, sin dar ninguna importancia al propietario de esa bendita saeta que me acaba de salvar.

Tras un increíble e insoportable esfuerzo, disminuyo finalmente la distancia que nos separaba volviendo a recuperar la paz de mi alma. Pero mi energía ha quedado completamente menguada, y siento cómo lentamente comienzo a perder la consciencia.

Estiro la mano, tratando de alcanzar al amor de mi vida antes de desvanecerme. Sigue esquivando hachazos y quisiera poder ayudarle. Aun cuando no soy capaz ni siquiera de ponerme en pie, necesito salvarle. Quiero volver a tocarle.

Susurro su nombre con mis vagas fuerzas mientras sigo estirándome en el suelo e intento llegar a él. Kal'ladril me escucha y ladea su cara hacia mí con increíble preocupación, pareciendo temerse lo peor tras escuchar la escasa potencia de mi voz. Mostrándome, en el brillo aterrado de sus preciosos ojos, lo mucho que se culpa por lo que me acaba de pasar y las consecuencias que podría acarrear.

Varias flechas golpean de repente el cuerpo de la bestia, aunque ninguna logra penetrarlo porque ninguna atina en su cuello.

Kal'ladril aprovecha el momento para retorcerse e intentar escapar, pero en ese momento el íkkrol vuelve a atacar.

Y esta vez logra acertar.

El peliblanco, ahora con cabello bicolor, suelta un grito desgarrador

cuando el hacha se hunde de nuevo en el mismo brazo. Esta vez a la altura del hombro.

Al instante mi respiración se corta y se desvanece mi consciencia. Abandonándome a mi suerte. Como si mi cerebro, y todo lo que soy y lo que siento, acabase de apagarse. Mi yo abandona mi cuerpo, y soy incapaz de darme cuenta de todo lo que pasa a continuación. Solo siento mi interior ahogándose en esa oscuridad tan similar a la masa espesa de nubes negras que acaba de formarse sobre nuestras cabezas, cargándose rápidamente de una electricidad tormentosa que augura lo peor.

Ira.

Inmensurable rabia e infinita ira que quedan exteriorizadas con este nuevo poder, que ni si quiera soy consciente de poseer.

Una flecha por fin alcanza a la bestia que dominaba a Kal'ladril y cae al suelo. Dai-sha llega corriendo para socorrer a su amigo y lo arrastra para separarlo de la bestia antes de que pueda volver a reaccionar, alzando la mano para pedir ayuda.

Estamos rodeados de aniquilantes rayos. Descargas eléctricas sonoras e impresionantes que alcanzan, uno a uno, a los apestosos íkkrols. Electrocutándolos y matándolos una vez, y otra, hasta que no vuelven a reaccionar y se desploman para no volverse a levantar.

Pero no logro ver nada.

Todo está negro.

No escucho.

No reacciono.



Zynael
3

Mi piel arde. Mi estómago se cierra. Siento náuseas. Siento rabia.

Siento una infinita impotencia. Sus sucias y repugnantes manos son hierros al fuego sobre mi piel, marcándome y golpeándome en cada rincón de mi ser.

Intento luchar, pero son varios los que me sujetan de pies y muñecas. Mis piernas se agitan en vano tratando de librarme del monstruo que me profana y me desgarra. Escuchar sus risas y sus obscenas palabras es lo más humillante que he vivido jamás.

Giro la cabeza hacia el lado contrario cuando uno de ellos empieza a orinarme encima. Los arañazos de mi piel comienzan a escocerme, y lo más asqueroso de todo es que consigo sentirme aliviada. Mis ojos se llenan de lágrimas. Lágrimas de vergüenza. Detesto que este sea el mejor de los momentos que estos esperpentos me han dado.

Entonces siento un terrible pinchazo en mi interior, subiendo por mi ombligo hasta cerrar mi garganta. La sangre comienza a brotar desde esa zona íntima que siempre debería haber sido privada, y que sin embargo ha sido tan torturada y mancillada. Mi piel se desgarra y se resquebraja con cada envestida.

Grito con la voz rota, más fuerte de lo que he gritado nunca. Me agito con desesperación, pero son demasiados los que se esfuerzan en sujetarme.

Y se ríen.

Y murmuran.

Sus risas y sus voces penetran en mi cabeza y me castigan también interiormente.

Lloro impotente y vuelvo a gritar, esperando que mi rabia se transforme en la fuerza que necesito para lograr liberarme. Pero no consigo nada, y cada embestida contra mí parece empalarme, dejándome sin aliento.

Intento encontrar una salida a mi alrededor, entonces aparece otro monstruo que me paraliza el corazón.

Es un demonio. Sus ojos rojos son las mismísimas llamas del infierno; su cuerpo está repleto de escamas negras, tan brillantes que incluso hipnotizan; de su cabeza nacen dos cuernos aterradores; y en su espalda, naciendo de sus omóplatos, se abren dos inmensas alas. Dos inmensas alas.

Es un demonio que anda erguido sobre dos piernas, y que a la vez es un dragón.

Siento mi aliento congelándose conforme entra por mi garganta, hasta dejarme petrificada. Lleva una capa hecha de una piel color merengue que al instante distingo. Su piel.

Mi mundo se desmorona y mi alma muere en el mismo instante en el que escucho a Kal'ladril gritar mi nombre. Giro mi cabeza en su búsqueda y lo encuentro desollado; agonizando; arrastrándose hacia mí para intentar alcanzarme; esforzándose para llegar a ayudarme incluso cuando está al borde de la muerte.

Y justo cuando su mano sangrante y despellejada está a punto de alcanzarme, suelta su último suspiro, desvaneciéndose.

El demonio grita en un subidón de vitalidad y un inmenso fuego comienza a nacer a nuestro alrededor. Cerrándose hasta consumirnos, destruyéndolo todo y a todos. Acabando con esos seres sin rostro que me estaban profanando, y también conmigo. —No, no, no… —Zynael.

—No, no…

—Zynael, ¿me escuchas?

—¡¡No!!

—¡Zynael! —Me grita la misma persona, agitándome por los hombros.

Mis ojos se abren de repente y me arrastro hacia detrás aterrada,

intentando huir desesperadamente de todo lo que acabo de vivir. Llevo mis manos por todo mi cuerpo para asegurarme de que sigo entera, pero me duele. Me duele mucho.

Mis piernas se cierran y recogen de manera involuntaria, protegiéndome del horrible sentimiento que me está poseyendo.

—Eh, fierecilla… Soy yo… —me hablan de nuevo—. Tranquila, estáis a salvo.

Me giro rápidamente hacia él, encontrándome con Thaeón.

—Estás a salvo —repite.

Lo miro fijamente, estudiándolo. Esforzándome en comprender qué acaba de pasar. Observo todo a mi alrededor con cuidado, dándome cuenta por primera vez de que estoy en la cueva de los bul'lohís. Están muy agitados y muy nerviosos, moviéndose de un lado a otro con prisa y alteración.

—¡Traedme más hojas de llantén! ¡Ya!

—¡Más llantén para el hechicero!

«Kal'ladril»

Giro mi cabeza de nuevo hacia mi única prioridad, aunque no logro encontrarle. Solo veo a un montón de desconocidos concentrados en el mismo lugar.

—¿Kal'ladril…? —Necesito asegurarme de que está bien y me levanto para ir hacia él, pero mis piernas no se sostienen.

Thaeón se adelanta y consigue agarrarme antes de que me desplome.

—Shh… shh… —Sus brazos me aferran con cariño y delicadeza—. No. Ahora no. Aprovecha para descansar mientras los dejamos trabajar. Van a ayudarle.

Escucho a Dai-sha haciendo peticiones para sus pociones. Entonces me fijo por primera vez en las orejas de todas esas personas que están ayudando a los bul'lohí y al hechicero. Son afiladas como la de los sygäras, pero no son tan altos.

Son nyëlkhems.

Nyëlkhems que jamás había visto antes en Aszhroin y que no visten

nuestros colores típicos: el verde y el marrón. Van de blanco, gris y marrón oscuro. Llevan trajes elaborados y abrigados, confeccionados con pieles de animales y otras telas. Son de etnias diferentes al igual que nosotros, y sus peinados también varían en color y corte. Además adornan sus rostros con pinturas de carbón y otras piedras, con las que perfilan sus ojos y trazan sus marcas de guerra.

—Zynael —Vuelve a hablarme Thaeón, obligándome a centrar mi atención de nuevo en él—, ¿te acuerdas de algo? ¿Sabes lo que ha pasado?

Me enfoco en sus dos perfectos y bonitos iris negros. Tan oscuros como sus pupilas. Tan profundos, tan sinceros y tan atentos a mí.

—No… No estoy segura —Me esfuerzo para contestarle, sintiéndome completamente perdida y débil—. Estaba teniendo una pesadilla horrible y… —Un dolor punzante taladra mi cabeza. Gruño y llevo mis manos a mis sienes para cubrirlas, como si así pudiese evitar la tortura.

—Fierecilla, ¿estás bien?

—Agh… —gruño—. No. No estoy bien… Ya no sé qué ha sido real y qué no. Necesito ver a Kal'ladril… por favor…

—Ahora mismo podrás verle, pero necesito que te quedes un rato conmigo —me pide—. Por lo menos hasta que Dai-sha termine su trabajo, y yo verifique que estás bien.

Asiento con la cabeza muy lentamente, intentando no moverla demasiado para no intensificar mis horribles migrañas.

—¿Qué estabas soñando? —Se interesa.

Mi barriga se retuerce cuando lo recuerdo. Las náuseas vuelven a apoderarse de mi garganta, haciéndola arder.

—Yo… —Empiezo—, estaba rodeada de seres que me viola… —Vale, vale —me frena—. No sigas.

—Me violaban una y otra vez —continúo, intentando ser más fuerte que esa pesadilla que me tortura tan a menudo—. Tal y como lo hicieron los soldados de Wolftundur cuando estuvimos en aquellas celdas: meándose encima de mí, riéndose, burlándose, golpeándome…

—Ya vale —Thaeón agarra mi hombro con determinación—. No nos

recuerdes eso.

—¿Recordarlo? Jamás voy a poder olvidarlo.

Thaeón suspira y aparta la mirada para clavarla en el suelo. Su mandíbula se tensa llena de rabia, aguantando la rabia que le causa aquel suceso.

—También había un demonio... —continúo—. Como un dragón que a la vez era humano. Kal'ladril estaba desollado y aun así intentaba ayudarme a librarme de mi tortura… pero moría antes de alcanzarme.

—Bueno —Suspira Thaeón—, por lo menos eso ha sido solo un mal sueño. Kal'ladril está bien. Y ha sido gracias a ti que lo estemos todos.

—¿A qué te refieres?... —Intento ignorar mi pesadilla y hacer memoria, pero tras haber recuperado la distancia de seguridad que me separaba de Kal'ladril solo tengo recuerdos en negro.

—Rayos, fierecilla —revela—. Has creado infinitos rayos.

—¿Rayos?

—Aniquiladores y potentes —Sus ojos me sonríen—. Ha sido un espectáculo increíble, aunque también aterrador. Por suerte no ha habido ninguna baja de los nuestros.

Agacho mi mirada hacia mis temblorosas manos, incapaz de creerme que haya sido capaz de hacer tal cosa.

—¿Los controlaba yo?

—De eso no estoy seguro —Lleva su mano a mi flequillo y aparta algunos mechones—. Me gustaría pensar lo contrario, pero creo que caían únicamente guiados por tu rabia. Parecían fuera de control.

Estoy a punto de responderle cuando escucho a Kal'ladril gritar. Mi atención se centra únicamente en ese punto, llena de preocupación por él. Intento enseguida volver a ponerme en pie, pero Thaeón vuelve a adelantarse. Esta vez se coloca bajo mi brazo y me ayuda con su impulso, permitiéndome usarlo de apoyo.

—Vamos —Me sonríe—. Te llevo con él.

Se abre paso entre esos nyëlkhems y se apoya en una de sus rodillas para permitirme sentarme junto a Kal'ladril, mientras esos desconocidos continúan encargándose de su herida junto a Dai-sha.

En el lugar donde debería estar apoyando su brazo no hay nada, además de ese inmenso charco de sangre. Su piel está demasiado pálida, y sus ojos parecen no lograr sostenerse. Es evidente que su fuerza y su viveza son ahora prácticamente nulas.

Mi mejor amiga, que estaba llorando como jamás recordaba haberla visto llorar, ocultando su rostro contra el vientre de Kal'ladril, levanta de repente sus ojos hacia mí. Sus párpados y ojeras están tan enrojecidos e inflamados, que parece haber llorado sangre.

—¡¿Zyn?! —exclama en cuanto me ve—. ¡Te has despertado! — Se abalanza contra mí para darme un increíble y desesperado abrazo, aferrándome con más fuerza que nunca. Y entonces empieza a llorar todavía más—. ¡Zynael!... Mi Zyn…

La abrazo de nuevo y me desahogo en nuestro gesto, sintiéndome verdaderamente emocionada con su reacción. Su cuerpo tiembla entre mis brazos mientras la rodean, demostrándome ese pánico atroz que habrá estado sintiendo. Demostrándome el alivio que acaba de sentir al verme aquí.

El peliblanco se gira hacia mí en cuanto escucha mi nombre, y con la escasa energía que parece quedarle extiende su brazo para acariciarme; rozándome con las puntas de sus dedos; esforzándose por no quejarse a pesar del dolor.

—Enana…

Idril enseguida me suelta para permitirme centrarme en él. Me aferro a su mano cuando sube a mi mejilla y me pego a su cuerpo, dejando a Thaeón y a mi amiga justo detrás de mí.

—Pensaba que íbamos a morir… —murmuro abrazando su brazo mientras continúa acariciándome—. Por un momento, he pasado tanto miedo…

—Yo estaba seguro de que no íbamos a morir, pero me equivoqué —Sus pesarosos y doloridos ojos me miran fijamente—. Si estamos bien es todo gracias a ti.

—No —rechazo enseguida—. Para, por favor… No me des el mérito de nada cuando estás así por mí. No intentes alabarme porque solo me sentiré peor. Ni si quiera recuerdo lo que se supone que he hecho. He

perdido completamente el control.

Kal'ladril gruñe, volviendo a quejarse de su herida cuando Dai-sha termina de untarle ese ungüento verdoso y pastoso.

—Tranquilo, dragón. Guárdate los rugidos para quien de verdad pretenda hacerte daño —se mete con él Dai-sha de forma cariñosa—. Con la poción que te he dado y el tratamiento que acabo de aplicarte, debe ser suficiente. Por lo menos el sangrado está controlado, y poco a poco irá menguando el dolor —asegura—. Por mi parte no puedo hacer mucho más. Toca esperar a que repongas algo de fuerzas.

—¿No deberíamos coserle la herida? —exclama uno de esos nyëlkhems.

—Esperaremos hasta asegurarnos de que no puede recuperar el brazo —sentencia el hechicero—. Es un likkout'h. Confío en que su transformación pueda solucionarlo.

—¿Crees de verdad que pueda funcionar? —Mi ilusión de repente estalla, nerviosa y eufórica ante la idea de que realmente pueda recuperar su brazo.

—Si soy totalmente honesto... No lo sé. Tengo mi teoría y mis esperanzas puestas en esto —Lleva su dedo índice al hombro sin brazo de Kal'ladril. Sin llegar a tocarlo señala lentamente todo el contorno, mostrándome lo que quiere que vea—. Tal vez pueda recuperarlo, puesto que todavía queda un poco del brazo de la bestia.

Abro los ojos con sorpresa y me fijo en lo que me indica.

Ahí, alrededor del hombro rebanado del elfo, queda aún una parte muy fina y apenas visible de ese pelo negro de la garra que antes formaba su extremidad. Una parte muy escasa de su trasformación que, tal vez, pueda ser la clave para que recupere su brazo.

Pero Kal'ladril parece tan aturdido y mareado, que ni siquiera parece verse con la fuerza para opinar sobre la descabellada solución que su mejor amigo acaba de plantear.

—Eso sería increíble… —murmura Idril.

—Primero debe haber descansado —repite Dai-sha, mostrando verdadera preocupación en la voz—. Ha perdido mucha fuerza y sigue exhausto. Para la transformación va a necesitar mucha más energía de la

que le queda.

—Me queda la energía suficiente y necesaria para intentarlo — masculla de repente Kal'ladril, tratando de incorporarse para quedarse sentado—. Con o sin esperanza de recuperar el brazo, debo volver a mi forma original.

—¿Es que acaso quieres volver a desplomarte? —Dai-sha se cruza de brazos, regañando a su mejor amigo por su testarudez—. Tu maldición es demasiado agresiva para tu cuerpo y acabas de estar a punto de desangrarte.

—Mi… ¿qué? —la voz de Kal'ladril es demasiado frágil, aunque igual de ronca y penetrante que siempre—. ¿Maldición? ¿Cuándo has decidido admitirlo como lo que es? ¿O es que solo es una maldición cuando a ti te conviene que lo sea?

—Vaya, amigo mío… —Dai-sha se lleva la mano al corazón, como si le hubiese dañado directamente—. ¿Tan bien me conoces?

—El hechicero tiene razón —De repente Avaldur'h aparece entre esos extraños que todavía nos rodean, cargando el carcaj de Kal'ladril lleno con sus saetas doradas, y su espada—. Deberías darte más tiempo para recuperar fuerza.

Kal'ladril se apoya sobre mis hombros y mira al norteño de arriba abajo. Avaldur'h enseguida se da cuenta y se cruza de brazos.

—Tienes tu ropa secándose junto al fuego, estaban empapadas por la lluvia —Se agacha para colocar las armas del peliblanco junto al resto de sus prendas—. He vuelto para recoger también todas tus flechas, y a comprobar que todos esos apestosos bichos estuviesen muertos.

—¿Y lo estaban? —Se interesa Dai-sha.

—Sí —confirma Avaldur'h—. Zynael ha hecho un trabajo minucioso. Jóngruf y Záldur siguen allí ayudando a los nyëlkhems a enterrar a los que han caído.

—¿Enterrar a quiénes? —salto con impacto.

—A los nyëlkhems y los bul'lohí que han muerto —me aclara.

Siento mi corazón encogiéndose.

—¿Y cómo han muerto? —insisto.

—Alcanzados por los rayos —revela Dai-sha.

Instantáneamente me arrolla un profundo pesar, ahogándome en una terrible y oscura culpa que no quería volver a sentir jamás.

Kal'ladril se gira rápidamente hacia mí para ver mi reacción. Idril me observa también, mostrando bajo su preocupado rostro ese sentimiento que sabe que estaré luchando por digerir.

—Yo… ¿los he matado?

—No —rechaza al instante Thaeón—. Tú no has matado a nadie además de a esos monstruos. No eras consciente de dónde caían.

—Por lo tanto tampoco es mérito mío que esos íkkrols hayan muerto —sentencio—. ¿He matado a quienes han venido a ayudarnos?…

—Solo a algunos —se mete también Idril—. A todos los demás nos has salvado.

—¡¿A qué precio?! —exclamo, sintiendo mi interior arder de impotencia.

—Muchos más habríamos muerto si no hubieses hecho lo que has hecho —habla Avaldur'h—. Has descubierto un poder increíble que no sabías que tenías, y es tan fuerte que no has sabido controlarlo. Aprenderás. Que hayan muerto personas en tu primer intento, es una pena… Pero sabían a lo que se arriesgaban cuando han decidido enfrentarse a unos íkkrols.

—¡Me da igual! —gruño—. ¡No han sido los íkkrols los que los han matado! ¡He sido yo! ¡Mi magia y yo! ¡Por esto precisamente dejé de utilizarla!

Kal'ladril frunce el ceño analizando mi reacción. No parece gustarle verme culpándome de esta manera, pero acabo de enterarme de que han muerto inocentes por mi culpa, en su intento de ayudarnos a sobrevivir.

Entonces, justo cuando parece estar a punto de decirme algo, vuelve a encoger su espalda por el dolor y exclama gravemente. —Mierda… —Siento su cuerpo tensándose de forma agresiva. Mis brazos lo abrazan y sostienen con temor a dañarle.

—¿Qué pasa? —Dai-sha se acerca a su amigo con preocupación— . ¿Qué te pasa?

—Nada bueno… Creo —responde entre gruñidos—. Mi mandíbula y mi columna…, duelen a matar… Tal y como me duelen en el momento exacto

antes de…

—Transformarte —termina el hechicero la frase.

Kal’ladril asiente despacio, evitando agitar mucho la cabeza.

—¿También peligra tu razón en esta forma? —gime Idril, sintiéndose aterrada.

—Pareceré más un sygära que un jalaion’h…, pero en cualquier forma mi dominancia lucha contra la del animal. Cada segundo que paso transformado siento mi alma más y más lejos, y la de la bestia más y más presente —nos cuenta—. Debo intentarlo ya, o cada instante voy a ser menos consciente para intentarlo.

—¿Y si te desmayas? —clama Idril.

—¿Prefieres que me arriesgue y lo intente, o perderme definitivamente? ¿Preferís verme transformado en un animal para siempre? —evidencia Kal’ladril.

Idril sorbe la nariz tratando de eliminar la secreción de su nariz, esforzándose para disimular las lágrimas que vuelven a correr por sus mejillas.

—Haceos a un lado —nos pide.

—Kal’ladril —Llevo mi mano a su mejilla para obligarle a girar su cara hacia mí. Sus ojos, que mostraban su desesperación y su dolor, parecen relajarse con el abrazo de los míos. Por un instante, me da la sensación de que piensa que voy a intentar frenarlo—, más te vale conseguirlo y recuperar ese brazo —le pido, usando un tono que incluso podría confundirse con una súplica—. No me obligues a tenerte rencor por haberte puesto delante de mí… No me obligues a odiarme…

Entorna la mirada con ternura y lleva su mano sobre la mía, aferrando mis dedos entre medias. Humedece sus labios tan lentamente, que consigue perderme en ese punto de su gesto.

Le ayudo a ponerse en pie cuando comienza a intentarlo, y doy dos pasos hacia detrás para darle el espacio que ha demandado. De repente unas manos me sostienen por los hombros para evitar que me choque con él, acariciándome los hombros con un cariño que enseguida logro reconocer y diferenciar.

—Lo va a conseguir —me asegura Thaeón, como si esto dependiese únicamente de nuestra confianza en ello.

Asiento con la cabeza y paso mi brazo tras su cuello cuando se coloca junto a mí, valiéndome de su apoyo para descansar el peso de mi dolorido cuerpo. Mis piernas siguen temblando, pero ya no sé si es por lo que han sufrido o por el miedo a presenciar el resultado de este intento.

Los nyëlkhems desconocidos van abriendo el círculo lentamente, observando a Kal'ladril con toda su atención; esperando a comprobar cómo se da su transformación.

El elfo del sur respira hondo para concentrarse.

Pero no tarda demasiado.

Enseguida se hace evidente ese chasquido de sus huesos, similar al sonido que emite un cascanueces. Respiro hondo y alzo la barbilla, intentando forzarme a mí misma para no apartar la mirada en esta ocasión. Necesito comprobar que todo vuelve a la normalidad. Jamás me perdonaría si Kal'ladril, el guerrero de guerreros, hubiese perdido verdadera y definitivamente un brazo. Y sólo porque quiso salvarme. Jamás me perdonaría si realmente he dejado inválido al hombre que ocupa mi corazón.

Veo cómo comienzan a caer al suelo los restos de ese animal, para nacer debajo su piel habitual. Sigue siendo un espectáculo repugnante.

Cierra los ojos tratando de soportar el dolor. Por arte de la misma magia que le dio su maldición, su pelo se torna completamente blanco de nuevo; como si el negro de sus raíces estuviese retrocediendo hasta desaparecer por completo. Su brazo izquierdo enseguida se hace evidente, al igual que el resto de su desnudo cuerpo, desde la cintura hasta la planta de sus pies, devolviéndole sus musculadas y larguísimas piernas.

Mas no parece haber la misma suerte con su brazo derecho.

Tenso la mandíbula e inspiro profundamente al mismo tiempo que cierro los ojos, pidiéndole ayuda a cualquier dios que pueda escucharme. Humano o élfico.

El atento moreno parece darse cuenta de mi inquietud, porque enseguida me aferra con más fuerza. Abrazándome a él con cariño

mientras continúa sosteniéndome en pie.

—Tranquila —me susurra—. Sabes que no hay nada que pueda con él. Confía.

Respiro profundamente, llenando mis pulmones de oxígeno cuanto puedo. Intentando llenar mi interior, de la misma forma, de esa confianza que me pide Thaeón.

—Confío en él —Mis ojos se abren de nuevo.

Entonces, como si Kal'ladril me hubiese escuchado y hubiese percibido mi voz, expira con fuerza y desploma su cuerpo para continuar concentrándose en su objetivo.

Del hombro vacío del elfo empieza a nacer un hueso húmero que va creciendo lentamente, al mismo tiempo que comienza a verse envuelto por nuevos tendones y nueva musculatura, dando paso finalmente a su nueva piel. A este le siguen el cúbito y el radio, siguiendo exactamente el mismo orden de creación.

Y finalmente, vemos cerrarse su nueva mano.

Los rostros de todos los presentes muestran infinito asombro. En cambio yo me mantengo serena, sintiendo un inmenso alivio a pesar de mi ciega confianza en él.

Lo ha conseguido.

Acaba de descubrir una versión muy útil y positiva de su odiada condición.

Kal'ladril vuelve a abrir los ojos cuando este nuevo brazo acaba de formarse. **C**omienza a moverlo muy despacio; extendiéndolo hacia delante; cerrando y estirando sus dedos para comprobar su movilidad. Demostrándoles a todos, e incluso a sí mismo, que su poder es muy superior a lo que él jamás había podido imaginar.

Su mirada dorada se mueve repentinamente hacia mí.

Al instante, todos mis músculos vuelven a destensarse y le dedico una tierna y satisfecha sonrisa.

Sus labios me devuelven el gesto y, por un momento, creo interpretar su intensa forma de mirarme como un: «*Lo logramos. Juntos, lo logramos*».

***

Thaeón y yo estamos sentados junto al fuego mientras Kal'ladril habla con parte de esos nyëlkhems, su mejor amigo y el sygära del norte. El humano vuelve a destapar mis heridas para lavarlas y restregar en ellas uno de los ungüentos que ha elaborado Dai-sha.

—Cuidado —le pido a mi especial amigo—. Duelen bastante.

—Lo sé, fierecilla —Me sonríe con picardía—. Tranquila, no voy a hacerte daño.

—Gracias —susurro, observando la delicadeza con la que me trata.

—No las des —Sus ojos negros, tan rasgados y a la vez enormes, suben hacia mí—. Gracias a ti por dejarte cuidar, para mi es todo un placer poder hacerlo. El príncipe asistiendo a su dama.

Soy incapaz de sostener la sonrisa burlona que se escapa entre mis labios, totalmente divertida por lo que acabo de escuchar.

—Ni tú eres un príncipe, ni yo una dama —anoto con guasa—. Por suerte.

Thaeón me mira con intensidad, transmitiendo tanto sentimiento que incluso consigue erizarme la piel. Parece que va a añadir algo cuando Idril, que había estado hablando con Záldur, se acerca a nosotros.

El humano se fija en mi amiga cuando se planta junto a mí.

—¿Cómo están esas heridas? —se preocupa Idril.

Thaeón suspira y vuelve a enfocarse en su faena, dejando finalmente la crema sobre el suelo para volver a cubrir mis cortes.

—Muy bien —responde—. Cicatrizarán sin complicaciones.

Idril asiente y se cruza de brazos. Algo en su actitud demuestra incomodidad.

—Thaeón… —llama al moreno—, ¿podrías dejarnos a solas un momento? Necesito hablar con Zynael de algo importante —pide repentinamente.

Frunzo el ceño con extrañeza. «¿De algo importante?»

—Claro —afirma él, tapando la última de mis heridas para enseguida ponerse en pie—. Intenta descansar cuanto puedas —me pide—, mañana retomaremos el trayecto y necesitarás tener de vuelta todas tus fuerzas.

—El poco tiempo que pueda —le corrijo, intentando tomármelo con humor—. Ya es mañana, está a punto de amanecer.

—Inténtalo igualmente.

—Si me dejáis —Guiño un ojo, metiéndome de broma con él y con mi mejor amiga.

El humano se aleja entre risas para unirse a Jóngruf y a Záldur, que están hablando ligeramente apartados de los demás. Idril se sienta a mi lado con la mirada baja y ligeramente temblorosa, todavía vidriosa. Parece haber pasado mucho miedo de perdernos, y aunque ya estemos a salvo, sigue mostrándose inquieta.

—¿Qué pasa? —le pregunto directamente, impaciente por saber qué puede ser tan importante—. ¿Estás bien?

Pero no me contesta, parece seguir buscando en su interior cómo empezar a hablar.

—Zyn... —murmura—. Yo… No sé cómo decirte lo que quiero decirte…

—¿Qué ocurre? —me preocupo—. Puedes decirme cualquier cosa con completa confianza, Idril. Lo sabes. Somos amigas.

Idril suspira y mueve sus ojos hacia mí.

—Lo sé… —responde—. Pero creo que no he sido una buena amiga.

Me quedo en silencio, aún más confusa que antes.

—¿Qué has sentido cuando le has visto en esa situación? —me pregunta de repente, fijándose en Kal'ladril.

Pienso en la primera palabra que viene a mi mente cuando recuerdo ese instante de pesadilla que me costará tanto olvidar.

—Miedo —contesto—. Un miedo atroz a perderle. Rabia. Ira…

—¿Y qué sientes cuando le miras normalmente? —plantea volviendo a mirarme.

Busco en lo más hondo de mi corazón esa respuesta que enseguida acude a mí.

—Seguridad —murmuro—. Paz. Pasión. Infinito respeto y admiración. Amor.

—Yo también —revela finalmente—. He sentido ese miedo cuando le he

visto tendido en el suelo. Pensar en verle morir me mataba a mí, habría sido capaz de cambiarme por él si eso hubiese sido posible.

Mi corazón da un vuelco y entorno la mirada con pesar. No sé cómo sentirme con esta revelación.

—Siento esas mismas cosas que sientes tú, y las siento cada día desde el primero —confiesa—. Mis sentimientos hacia Kal'ladril solo han ido a más, por mucho que he intentado obviarlos y dejarlos de lado. He intentado cambiar la persona que soy, darme la oportunidad con más hombres convenciéndome de que mi enganche era solo otra de mis ilusiones infantiles… He intentado ser más como tú, disfrutar de mi sexualidad y de mi libertad… Intenté perderme para encontrarme en la fogosidad de Jóngruf, y después en el romanticismo de Záldur… Pero nada ha funcionado. —Idril…

—Perdóname, por favor —me pide—. Sé que no estoy siendo una buena persona. Sé que estoy enamorada del hombre que comparte una relación con mi mejor amiga, y me culpo cada día por ello. Te juro que he intentado evitarlo, pero hoy he estado a punto de perderos a los dos y todo se me ha venido encima. No puedo pasar ni un instante más sin confesártelo.

—No, no, no… —Agarro sus manos entre las mías y la miro fijamente a los ojos—. Idril, por favor. No me pidas perdón, ni vuelvas a decir que te culpas por nada. No es que no seas buena persona, es que eres la mejor que he conocido en toda mi vida. No tenemos el control sobre lo que sentimos, ¿cómo vas a sentirte culpable por ello?

—Pero…

—Pero nada —le freno—. Perdóname tú a mí, por no haber sabido ver todo lo que guardabas. Por haber obviado que lo habías logrado superar tan rápidamente, y no haber sabido analizar todo lo que había detrás. Cuando estábamos en Wolftundur dudé… pero me convencí con tus excusas y volví a obviarlo otra vez. Lo siento. Lo siento de verdad.

Aparto la mirada para despistarla en el fuego, tratando de digerir la información que acabo de recibir. Sintiéndome culpable por no haberlo visto hasta que me lo ha dicho.

—No tengo nada que disculparte, Zyn —apoya su mano sobre mi hombro—. Como bien has dicho, me excusé en mentiras cuando me

preguntaste el día de tu cumpleaños. No quería que lo supieses porque me encantaba y me encanta verte así de feliz. Sé que estás enamorada, y resulta precioso ver ese algo que estáis comenzando a construir. Sea lo que sea ahora, y sea a lo que sea que llegue. Vuestra relación ha avanzado y mejorado mucho desde la última vez que hablamos de él.

—Idril, yo… —Intento hablar, volviendo a girarme para fijar mis ojos en los suyos. Suspiro—. Creo que en el fondo, aunque no quisiese verlo, siempre tuve miedo de que no lo hubieses superado. Por eso tal vez no habíamos vuelto a hablar de él.

—No te preocupes —Me sonríe con dulzura—. ¿Has podido animarte a decirle que le amas? ¿O sigues intentando rechazar esa palabra que tanto terror te ha dado siempre?

Mi corazón golpea contra mi pecho tan fuerte como retumban los truenos en el exterior de la cueva. Las cosas han cambiado tanto entre

Kal'ladril y yo desde que decidimos reconocerle que nos habíamos acostado, que no sé por dónde empezar a resumirlo todo. Si no he sido capaz de hacerlo antes, ¿cómo contárselo ahora que sé lo que siente?

—Eh… —Pienso un instante en cómo responder. Hay demasiadas cosas que no sabe—. Sí… Le dije cómo me sentía la última noche en el castillo de Kèstiron. No podía guardarlo o ignorarlo más, y le dije que estaba enamorada de él.

—¿Le dijiste que te habías enamorado de él, o le dijiste que le amas? —me pregunta con los ojos brillantes, emocionada.

—¿No es lo mismo?

—No… No es lo mismo —Expira una risita enternecida—. Escuchar un "me he enamorado de ti", aunque sea parecido, no es lo mismo que un "te amo". Enamorarse implica muchas cosas: cariño, admiración, atracción… Pero cuando le dices a alguien que le amas, le entregas directamente tu corazón. El enamoramiento es el estado inicial, previo al amor.

Respiro hondo y la miro fijamente. Admiro inmensamente la sensibilidad y el romanticismo con los que es capaz de vivirlo todo. Incluso cuando estamos hablando de su persona especial, compartiendo sentimientos con su amiga.

—Eh, Zyn… —Sus manos vuelven a agarrar las mías—. No me odias,

¿verdad?

—¿Cómo iba a hacerlo? —La aprieto con más fuerza—. Eres mi mejor amiga.

—Pero estamos enamoradas del mismo hombre…

—Sí —Asiento, dejando escapar un suspiro derrotado—. Estamos enamoradas del mismo hombre… Y es algo bastante… raro.

—No me digas por favor que esto va a obligarte a cambiar nada de lo que tienes con él —Parece suplicarme.

—No. No podría cambiar nada ni aunque me obligase… Lo que ese sygära me despierta ya escapa completamente de mi voluntad. Es incontrolable —le aseguro—. Pero aun así es extraño. No sé cómo me encontraré estando con él cuando tú estés delante, no me gustaría hacerte daño.

Llevo mis ojos hacia la majestuosidad y perfección del peliblanco, estudiando cada milímetro de su ser como si todavía no hubiese podido hacerlo bien. Como si no hubiésemos compartido momentos íntimos. Como si no hubiese respirado su respiración, y su rostro no hubiese estado pegado al mío.

Vuelvo a fijarme en la sedosidad de su cabello. No importa el clima y no importa el tiempo que haya pasado luchando; siempre cae completamente liso y suelto hasta pasadas sus caderas. Observo sus larguísimas pestañas y sus ojos. Qué ojos… De oro, de iris salvaje; tan serios y afilados; siempre seguros del alma que guardan y totalmente relajados.

—Maldita sea —exhalo con derrota—. Estoy perdidamente enamorada de él.

Idril parece estar a punto de responderme cuando su mirada sube con sorpresa. Siento entonces una mano posándose sobre mi hombro que me obliga a abandonar instantáneamente nuestra conversación.

—Zynael, ¿verdad? —me dice una atractiva nyëlkhem cuando me giro hacia ella.

Me pongo en pie para presentarme como corresponde. La guapísima elfa del bosque extiende su brazo de nuevo para acariciarme la clavícula con la punta de sus dedos.

—Hija de Sauthriel, gracias por existir —me saluda.

—Hija de Sauthriel, gracias por existir —repito de vuelta, haciendo lo mismo con ella para guardar el respeto que ha decidido tenerme.

La nyëlkhem me sonríe leve pero simpáticamente. Es una chica increíblemente guapa, de unos treinta años de edad. Mide más o menos como yo y tiene el cabello largo hasta la altura de la cintura, liso y sedoso, de un color castaño mechado en sus puntas. Sus ojos son bonitos y marrones, demostrando una actitud muy segura. Va armada con un arco perfectamente tallado y unas cuantas flechas que enseguida logro reconocer.

Ella ha sido quien ha disparado al íkkrol que ha estado a punto de devorarme.

—Me llamo Èridel —se presenta.

—Supongo que debo darte las gracias, Èridel —le felicito, aprovechando la oportunidad—. No estaría aquí ahora si no fuese por tu excelente puntería.

La chica asiente, contenta con su mérito.

—Me alegra haber sido de ayuda —responde—, pero soy yo quien venía a darte la enhorabuena. No podía quedarme con las ganas de hablar contigo después de ver lo que has hecho. Ese poder tuyo es absolutamente increíble.

—¿Cómo puedes felicitarme por un poder que ni siquiera he controlado, y que ha matado a algunos de los tuyos?

—Porque ha sido increíble igualmente, has logrado terminar con todos ellos tú sola en cuestión de un instante —Me alaga—. El día que consigas controlar tanto poder...

—No sé si ese día llegará —sentencio—. Y sinceramente, espero no encontrarme en ese poder nunca más.

Asiente con la cabeza, como si realmente entendiese mis demonios internos a pesar de no conocer nada de ellos.

—Me alegra verte bien.

—Gracias —Llevo mi mano detrás de mi cuello y lo aprieto mientras lo estiro hacia ambos lados—, pero estoy exhausta.

—Es normal —Me sonríe de nuevo.

—¿Puedo preguntarte qué hacéis tan al norte? —Planteo, aprovechando que ha decidido acercarse—. ¿De qué colonia de Aszhroin sois? Jamás había visto a nadie vistiendo esos colores, y me ha llamado realmente la atención.

Èridel suelta una risita divertida, como si le hubiese causado gracia escucharme.

—¿De Aszhroin? —Parece burlarse—. No, hermana del bosque. Nosotros estamos en el norte porque somos del norte. Venimos de las colonias de Eruful'h.

Mi boca se abre al instante con sorpresa, impresionada por lo que acabo de escuchar. Había oído que había nyëlkhems en el bosque de Eruful'h, entre el río Ajal'h y las Montañas Tulilynthur; al este de las Tierras Salvajes del Norte. Pero hacía tanto tiempo que no se les veía en ningún lugar, que su presencia había pasado a ser una simple leyenda.

—Veníamos buscando a los bul'lohí para pedirles cobijo, cuando hemos visto grandes cantidades de fuego y las huellas de esos íkkrols en el interior del bosque —me cuenta—. Pensando que era cosa de las bestias, y aprovechándonos de su lenta marcha, hemos decidido rodearlos y llegar a los nómadas antes que ellos para ayudarlos.

Ese fuego del que habla es el mismo que he encendido para evitar que los íkkrols se dispersasen.

—Entonces nos hemos encontrado con tres humanos y un hechicero custodiando la entrada de la cueva. Y justo cuando nos estaban contando lo que estaba pasando, ha llegado el sygära alquimista —continúa—. Así que hemos querido acompañarles.

—¿Y cómo sabíais dónde se escondían los bul'lohí?

—Rastreo e intuición —presume—. Los nyëlkhems de Eruful'h somos rastreadores excelentes. Debido al frío y al clima, la comida no suele estar muy a la vista. Hay que buscarla con paciencia. Diría que por eso hemos desarrollado un agudo sentido para ello. Una vez comprobamos que venían en esta dirección, tuvimos claro dónde se asentarían. No hay otro sitio mejor para protegerse de las tormentas.

—¿Viajáis tan lejos sólo en busca de comida? —Mi sorpresa es evidente.

—En absoluto —rechaza—. Es la primera vez que salimos de Eruful'h en varios siglos. Imagino que debemos estar aquí por lo mismo. Tampoco es normal encontrar en las Tierras Salvajes del Norte a dos sygäras acompañados de humanos y de nyëlkhems.

Frunzo el ceño, creyendo entender lo que intenta decirme.

—Una vieja amiga del bosque llegó hace varias lunas a nuestra colonia y nos reunió a todos, para augurar lo que ocurriría en la Séptima.

Mis ojos se abren como platos. Al escuchar esto, Idril también se pone en pie para atender a Èridel con claridad.

—La Segunda Gran Guerra —confirmo al instante, adelantándome a su intención.

—¿Así lo llamáis? No es solo otra guerra, es peor. Es el inicio de la nueva era, y así debemos mencionarlo. Los antepasados de todo Elthymeron, levantados con magia negra para aniquilarnos —Termina ella—. Nos dirigimos a Zandoorbrock para avisar a los enanos de las nuevas e intentar unirnos a ellos. Queremos combatir junto al único reino que, en estos tiempos, puede merecer la pena.

Siento la oscuridad apoderándose de mi interior. Temo que tenga razón y realmente sea para tanto.

—Nosotros también vamos a Zandoorbrock con la misma intención —revelo—. Si estáis dispuestos a volver a partir en breves, podéis venir con nosotros.

—¿Es Karanthir Akhelbec'h consciente de ello? —se sorprende.

—Así es —Confirmo, defendiendo al apellido de Kal'ladril por primera vez en mi vida—. Nos enfrentamos a algo demasiado grande y complicado de vencer. Los que fueron rivales en el pasado, ahora deben unirse. Karanthir también es consciente de ello.

—Pues espero que los enanos sepan verlo también —menciona Èridel—. Son testarudos, pero aman este continente. Espero que sepan apreciar la honradez que transmite Kal'ladril, por mucho que se haya criado con ese apellido.

—Siendo del norte, puedo imaginar lo que opinas de él.

Èridel me mira, pero no responde.

—Hay algo que me llama la atención —Me acerco a ella para hablarle de forma más privada—, ¿quién es esa vieja amiga que dices que os avisó?

—¿Por qué es importante? ¿Acaso deberías conocerla?

—Me sorprende el hecho de que lo sepa alguien más, cuando nuestra misión era anunciar esto a todo el continente —Le indico.

—Vaya…, agradezco entonces que vuestra fuente no fuese la única en saberlo —Cruza sus brazos y alza una ceja—. Porque dudo mucho que en vuestros planes estuviese pasar por Eruful'h para advertirnos a nosotros también.

—Los nyëlkhems de Eruful'h erais como una extinta leyenda hasta hace un momento —respondo con el mismo tono que acaba de usar ella—. Por suerte otra persona se ha encargado de hacer ese trabajo por nosotros. Ahora me gustaría saber quién es.

Èridel vuelve a ignorar mi petición y alza la mirada clavándola en un punto tras de mí. Kal'ladril llega a mi lado y fija sus bonitos ojos en la nyëlkhem norteña, sosteniendo esa calma y esa seriedad que siempre le acompañan.

—Hijo de Sauthriel, gracias por existir —susurra ella, estirando sus brazos para rozarle.

Kal'ladril parece recordar aquel momento en Aszhroin, cuando recibió este gesto y estas palabras por primera vez.

—De nada, supongo —Tuerce una de sus comisuras con vacile—. Soy…

—Sé quién eres, Kal'ladril —Le frena Éridel—. ¿Cómo no iba a saberlo?

—Hasta hace un momento desconocía que mi nombre hubiese llegado tan lejos —se excusa—. He hablado con los tuyos, pero estaba esperando el momento de hacerlo contigo. Quiero darte las gracias personalmente.

Èridel endereza su espalda y alza su mentón con orgullo.

—Si no fuese por ti ese monstruo la habría devorado, y sin ella ninguno de nosotros estaría ahora aquí —El brazo de Kal'ladril se coloca de repente alrededor de mi cintura, rodeándome con determinación.

La norteña observa este gesto con la misma sorpresa que enseguida muestro yo. Idril, en cambio, agacha la mirada.

—Si no fuese por ese disparo tan acertado la habría perdido, y jamás me hubiese perdonado si eso hubiese llegado a ocurrir —finaliza, tomándolo como algo totalmente personal—. Gracias —Inclina la cabeza, dedicándole esa significativa postura.

Èridel sonríe y asiente, agradecida.

—Me alegra haber llegado justo a tiempo —responde con honor— . Espero que siempre recuerdes a quienes, en algún momento, hemos sido tus amigos.

Dai-sha, Avaldur'h, Thaeón, Jóngruf y Záldur se unen a nosotros antes de que el peliblanco vuelva a levantar la cabeza. Las armas preparadas en sus espaldas ya me avisan de que no queda demasiado para partir.

—Está amaneciendo, zalèüh —menciona Avaldur'h—. Y podemos celebrar que ya no cae el diluvio gélido de anoche.

—Perfecto —responde con su ronca voz—, nos vamos.

***

Nos dirigimos a la salida de la cueva para despedirnos de los demás. Alzo mis ojos al cielo tratando de encontrar algún rastro del Sol, pero sigue nublado y sigue chispeando.

En otra ocasión me habría quejado… pero pensando en el lugar al que vamos, este clima me conforma.

—Zyn, un momento —Idril me separa de Kal'ladril de un tirón de hombro, metiéndose entre nosotros y empujándome en dirección contraria hasta casi alcanzar nuestro límite permitido—. Prométeme que no le dirás nada.

Abro los ojos con sorpresa.

—Prométemelo —Demanda—. Nunca debe saber que estoy enamorada de él.

Parpadeo varias veces, confundida por su petición. Idril siempre ha sido muy abierta y muy clara respecto a sus sentimientos. Jamás había negado que un hombre le gustaba si era así. ¿Por qué quiere hacerlo ahora? ¿Por qué justo con él?

—Por favor —insiste con súplica—. No quiero que lo sepa.

—Pero Idril… —Estoy totalmente alucinada—, yo me sentiría mucho más cómoda si lo supiese. No quiero hacer de esto un secreto, y menos si debo tenerlo con él. Es algo que nos afecta a los tres. No pretendo obligarte a hacer nada que no quieras, pero me sentiría mucho mejor si no me pones ese peso.

—¿Qué peso? —Se extraña.

—El peso de tener que fingir que no me importa lo que sientes cuando se acerque mucho a mí y estemos frente a ti.

—Eso es ridículo, no tienes que fingir nada. Simplemente ignórame en esos momentos y guárdame el secreto —continúa en su petición—. Por favor.

Entorno la mirada, dolida. Idril se gira para comprobar que, en efecto, todos están distraídos despidiéndose de los bul'lohí.

—Lo que es ridículo es que me pidas que te ignore —me quejo.

—Esfuérzate, por favor. Por vosotros dos, y por Záldur —me pide—. Es el primer hombre que parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, y quiero continuar mi historia con él.

—¿Qué historia vas a continuar si estás enamorada de otro hombre, Idril? Deja de obligarte a hacer cosas que de momento no te nacen.

—Me nace seguir dándole la oportunidad porque la merece. Porque a pesar de que sabe mis sentimientos desde el principio, no se ha rendido en sus esfuerzos por conquistarme —Su mano me aferra con más fuerza, transmitiéndome esa necesidad que tiene de que la entienda—. Quiero cuidar a este chico que tanto me respeta, y quiero que Kal'ladril me siga tratando como a una buena amiga. No soportaría la idea de volver a los días en los que me miraba con compasión y lástima por no sentir lo mismo que yo.

—No sé si de verdad pretendes que me sienta mejor con estas palabras, pero lo único que percibo es que estás intentando forzarte a aceptar una vida que, en el fondo de tu corazón, sólo es la segunda opción —analizo—. Sé sincera conmigo…, ¿verme con Kal'ladril no te causa ningún tipo de recelo o sensación de dolor?

—Sea segunda o tercera opción, la que intento construir es la vida que

quiero. Y quiero a Záldur como futura pareja y a Kal'ladril como amigo, tal y como ha estado siendo hasta ahora —Determina—. No puedo decirte que veros juntos no me cause nada. ¿Quieres saber si duele? Por supuesto. Siempre ha habido algo que dolía, que picaba…, y ahora que lo he admitido será más real. Pero siempre duele cuando ese lado enamorado del corazón ve a su motor funcionando gracias a otra persona.

—¿Y todavía me pides que me esfuerce en ignorarte? Mi mejor amiga y yo amamos al mismo hombre —susurro con pesar—. Permíteme por favor hablar con él; para que esto no vuelva nuestra cercanía algo incómodo, ni cause confusiones entre nosotros tres… —Zynael, no —suplica.

Mi respiración es brusca. Levanto mis ojos hacia Kal'ladril, que sigue hablando con algunos de los nómadas.

—Solo espero que me perdones y que nada cambie entre nosotras —Añade, forzándome a volver a mirarla—. Perdóname por no poder hacerte las cosas más fáciles. No quiero causar situaciones incómodas entre vosotros, pero… —Idril, para.

—Necesito que me prometas que nunca se lo dirás —Insiste.

—Ni se te ocurra volver a disculparte. No tengo nada que perdonar —Mi seriedad es evidente, pero no se debe a su confesión, sino a su necesidad de martirizarse por ello y a su manera de gestionarlo—. Sabes que puedes estar tranquila conmigo. Jamás diré nada a nadie si es lo que quieres. Si es lo que tú necesitas, me llevaré esto a la tumba.

—No hables así cuando estamos tan cerca de una guerra, por lo que más quieras —Me sonríe, lanzándose para darme un tierno y afectuoso abrazo —. Gracias. De verdad. Gracias por ser la mejor.

Suspiro y la abrazo de vuelta, entendiendo que para ella debe ser incluso más difícil que para mí. Al fin y al cabo, es su corazón el que se ve dañado.

—No te preocupes por mí, me encanta verte enamorada.

—¿Por qué se lo dijiste a Záldur antes que a mí? —Me intereso sin soltar nuestro abrazo—. ¿Te sentías más cómoda hablándolo con él?

—Sí… —admite.

Asiento con la cabeza levemente, comprendiéndola.

—¿Y dices que aun así está decidido a enamorarte?

—Sí —confirma de nuevo, esta vez con un tono mucho más soñador. Más feliz—. Es un hombre muy maduro, romántico e increíble. Dice que desea darme de forma correspondida ese lugar que no dejo de soñar.

Inspiro y exhalo con derrota. Cierro los ojos y disfruto de este momento tan nuestro. Idril es la mejor persona que he conocido nunca. Es la hermana que jamás he tenido, la mayor confidente y amiga que alguien podría imaginar. Inocente y cándida, pero valiente. Siempre capaz de ir hacia delante a pesar de todos sus miedos. Siempre dispuesta a darlo y sacrificarlo todo con tal de ayudar y hacer sentir bien a los demás.

—Eh, ternuras —Nos corta la conocida de voz de Jóngruf acercándose—. Zoilmhor está esperando a Zynael para despedirse. Pero vosotras tranquilas, ya esperamos nosotros a que decidáis dejar de abrazaros. Sin prisa —se burla.

Vamos soltándonos ambas al mismo tiempo, y nos giramos hacia el humano castaño. Me fijo en Kal'ladril, que está junto al anciano líder de los bul'lohí cruzado de brazos. Observándonos atentamente con su sereno e impenetrable semblante.

Sonrío a Idril cuando me da las gracias por última vez y me acerco a ellos.

—Jamás conoceré palabras suficientes para agradeceros lo que habéis hecho por mi pueblo —Zoilmhor agarra una mano de Kal'ladril y otra mía, y las sostiene entre las suyas—. Habéis dado todo por salvarnos.

Siento un calambre que eriza mi piel de arriba abajo cuando noto el contacto del peliblanco. Ese es su poder en mí. No importa cuánto tiempo pase, ni cuantas veces haya podido disfrutar de su ardiente piel… Tocarle siempre me electrifica.

—No hace falta que busques demasiado esas palabras —

responde—. Vosotros nos ayudasteis primero, y os devolvimos el favor.

—Habéis hecho mucho más que devolvernos el favor —insiste el anciano, volviendo a soltarnos. Kal'ladril se mantiene en silencio, atento—. Por eso los hombres y mujeres más fuertes de nuestra familia os llevarán hasta Zandoorbrock —anuncia de repente para todos—. Cargarán con tus amigos durante todo el trayecto para que no se cansen y podáis ir más deprisa. Y una vez lleguéis allí, os ayudarán a convencer a los enanos para

que se unan a vuestra causa.

Mis ojos se abren demostrando la grata sorpresa que acabo de sentir.

—No puedo dividir de esa manera a vuestro pueblo, y mucho menos llevándome a los miembros más fuertes para utilizarlos como transporte en un trayecto que va a durar casi un ciclo lunar —advierte Kal'ladril—. Necesitamos vuestra conexión con los enanos, pero eso es demasiado.

—Es de mala educación rechazar un gesto de gratitud, príncipe.

No pretenderás ofendernos —bromea Zoilmhor.

—En absoluto.

—Entonces acepta mi propuesta —persiste el líder—. En cuestión de quince días habréis sobrepasado ya el extremo oeste de las montañas Kal'lion Kholmio, y antes del veinteavo habréis llegado a la muralla de la capital enana.

—Espera, ¿cómo? —Me meto con impacto—. ¿Sólo quince días de trayecto hasta Zandoorbrock? Es imposible.

Zoilmhor se cruza de brazos con una sonrisa evidente, confirmando la disparatada idea que estoy pensando.

—Es posible.

—¿Cómo narices va a serlo? —Sigo mostrando mi sorpresa.

—Dependemos del aguante del hijo del rey y de su hermano — Sus ojos se centran en Kal'ladril y en Avaldur'h—. Sabéis que debido a vuestra altura no podemos cargaros, pero ya me sorprendisteis con vuestra agilidad y resistencia anoche. Los bul'lohí solo necesitamos de tres a cuatro horas de sueño diarias, el resto del tiempo podemos dedicarlo a cabalgar con breves paradas para descansar. Si me aseguras que podréis seguir ese ritmo, el trayecto se os reducirá a la mitad.

—Podremos —asegura Kal'ladril.

—Nos esforzaremos —añade Avaldur'h.

—No esperaba menos —Sonríe Zoilmhor con obviedad—.

Entonces solo falta decidir cuántos necesitaréis que os acompañen.

—Uno de los tuyos por cada uno de los míos —resumen Kal'ladril.

—En realidad deberían ser algunos más. Nosotros también vamos, y no

queremos quedarnos atrás —Se mete de repente Èridel, acercándose a nosotros. El peliblanco se gira hacia ella—. Marchábamos hacia Zandoorbrock para lo mismo que vosotros. Tenemos intención de luchar contra Ortheel y su ejército calcinado, y queríamos advertir e invitar a los enanos.

Kal'ladril muestra su asombro, claramente impactado por lo que ha escuchado.

—Podemos colaborar y ampliar la unión sumándonos al bando aliado organizado por el sur —propone Èridel—, si nos invitáis a hacerlo.

—¿Cómo habéis conseguido esa información? ¿De qué conocéis el nombre de Ortheel? —la interroga, dirigiéndose directamente a ella.

—¿A ti también te sorprende? —Èridel se cruza de brazos, moviendo sus ojos hacia mí tras comprobar que ambos hemos tenido una reacción similar.

—No has respondido a mi pregunta —insiste Kal'ladril.

—Te respondo de la misma forma en la que le he respondido a ella: ¿Acaso nosotros no deberíamos de saberlo? —La nyëlkhem insiste en no dar detalle—. No sois los únicos con medios para prever grandes acontecimientos.

—De hecho, sí. Dai-sha es el único hechicero de la historia de Elthymeron capaz de crear pociones que muestran visiones futuras. Y, hasta hace poco, estaba al servicio de la corte de mi padre —Kal'ladril camina con actitud hacia Èridel, manteniendo sus dorados y afilados ojos en la guapísima castaña—. ¿Quién os informó a vosotros con tanto detalle?

—No he dicho que fuese hechicero, ni que usase una poción —evidencia ella.

Dai-sha enseguida acude al enfrentamiento y se coloca junto a su mejor amigo, prestando toda su atención. Alerta para saltar si hiciese falta.

—Sólo un brujo podría llegar a hacerlo, y debería alcanzar un nivel de magia negra que solo he visto en una persona —analiza el peliblanco—. En una mujer.

Èridel sonríe, confirmando de esta manera la naturaleza de esa amiga del bosque que antes también me ha mencionado a mí. Mis ojos se abren

como platos cuando ato hilos. «Una mujer… Una bruja que era conocedora del futuro y del nombre de Ortheel. Sí que hay alguien capaz de dominar ese nivel de brujería. ¿Será ella?».

—Así que la bruja de Irdhün es conocida vuestra —murmura el wäilkun de Drilembiyr'h, llegando a la misma conclusión que yo.

—¿Irdhün? —Se sorprende Èridel—. ¿Allí es donde ha estado todos estos años? Hacía varias generaciones que no se la veía por Eruful'h, hasta hace unas cuatro lunas cuando regresó.

Avaldur'h se muestra alertado por lo que acaba de escuchar, y enseguida se coloca entre Kal'ladril y el hechicero.

—¿Zaydear está en Eruful'h? —plantea el norteño.

—¿Zay-quién? —Me giro hacia Avaldur'h con impacto.

—Tu hermana del norte vuelve a resultar relevante —Gruñe el peliblanco.

—¿Hermana del norte? —continúo, tratando de entender lo que insinúan—. ¿Es una…?

—En su día era la maga encargada de la corte de Cinnadaoin, la mano derecha de Kelythael y de Onal'lia —Revela el shbal sygära, adelantándose a mi cuestión—. Muchos años antes de que yo naciese, ella misma reconoció frente al pueblo que había empezado a usar la magia negra, que se había iniciado en la brujería. Pero jamás lo usó para hacer el mal. Siempre protegió y veló a nuestros reyes —Nos cuenta a todos, revelando la historia detrás de aquella decrépita bruja que hasta ahora era desconocida—. Su pacto con Dibcak'h, el demonio de nuestro dogma, le otorgó un poder que jamás había existido en Namhliä. Logró ser la única bruja capaz de utilizar la magia nigromante, ver el futuro sin límite de tiempo, y afectar en los dones mágicos de los demás.

Mi pulso se pausa por completo. La relevancia de lo que acaba de contar, me deja sin aliento.

—Pues no veló por ellos demasiado bien, porque al final sus reyes cayeron igual —apunta Dai-sha con acidez—. Tanto poder no le sirvió de nada.

—Estuvo siempre a su lado, sirviéndoles lealmente y cediéndoles toda la

información que podía compartir…, pero por encima de eso era una sierva de la voluntad de los dioses. Jamás usó su magia para influir en lo que ellos determinaron y desearon —La defiende Avaldur'h—. Pensaba que estaba muerta, se sacrificó como una fiel mortal intentando proteger a Onal'lia y a sus hijos. Pero ahora todo cobra sentido.

Kal'ladril frunce el ceño, completamente confundido.

—¿Qué es lo que tiene sentido?

—Es muy poderosa —Parece ilusionarse Avaldur'h de repente, ignorando por completo la pregunta del sureño—. Teniendo en cuenta lo que te reveló y que ha ido a advertir a los nyëlkhems del bosque Eruful'h, entonces podemos estar seguros de que está de nuestro lado. —¿Tú crees? —masculla Kal'ladril Dai-sha parece enervarse.

—Por los dioses, ni le escuches —demanda—. Ha demostrado que va por libre. Nunca se puede estar seguro de las intenciones de esa bruja.

—¿Y tú qué sabes de ella? —Kal'ladril se gira hacia su mejor amigo con desconfianza—. ¿Por qué me da la sensación de que sabes perfectamente de lo que estamos hablando? ¿Acaso tú sabías quién era ella cuando nos la encontramos?

El hechicero parece quedarse mudo ante tales dudas, pero enseguida se fuerza a responder.

—No es eso —Hay un vibrar extraño en su voz que le delata aún más—, solo digo que no podemos fiarnos de alguien así. Acaban de decirte que fue la bruja que ayudó a los enemigos de tu padre.

—No es momento de falacias —le frena Avaldur'h—. Si Zaydear pretendiese fastidiarnos, ya lo habría hecho. Ha estado oculta en el reino de Drilembiyr'h, y ha hecho todo lo que ha hecho hasta ahora por algo. Todos los siervos del destino sois iguales: Actuáis bajo vuestro propio plan, y a los demás solo nos queda confiar.

Las cejas de Dai-sha se arrugan sobre su nariz con disconformidad y molestia, nada contento con el nada sutil ataque que acaba de recibir de parte de Avaldur'h.

«¿De qué plan habla? ¿Dai-sha tiene un plan?» Kal'ladril resopla.

—Tanta suposición no sirve de nada. Esté de nuestro lado o no, nuestra

misión sigue siendo la misma y el tiempo que nos queda sigue siendo breve. Descubriremos sus intenciones más pronto que tarde — Vuelve a girarse hacia Zoilmhor para dirigirse a él, obviando el asunto que se estaba discutiendo para, seguramente, no sumar más dudas a su interior—. Necesito que lleguemos a Zandoorbrock cuanto antes, nos ayudaréis mucho si cargáis con mis compañeros y con estos nyëlkhems.

Zoilmhor asiente.

—Uno por cada elfo del bosque y humano, ¿verdad?

—Si de verdad no os supone ningún esfuerzo y sacrificio — confirma Kal'ladril—. Avaldur'h y yo os seguiremos el ritmo sin problema.

El nómada asiente y hace un gesto con la mano para indicar a los suyos que se muevan. Seis bul'lohí para nuestro grupo, y quince para los demás nyëlkhems. Haläinel enseguida se ofrece para portar a Jóngruf.

Entonces Kal'ladril se coloca frente a mí.

—¿Quieres ir conmigo, o prefieres que te lleve alguno de ellos? — Me propone al mismo tiempo que se me acerca otro de los nómadas, esperando mi decisión.

Observo con dudas al joven bul'lohí, y enseguida de nuevo al impresionante elfo de cabello blanco del que me he enamorado.

—Iré con él —respondo—. Eres la pieza más importante del puzle. Haremos bien si guardamos tu energía lo máximo posible.

Kal'ladril frunce el ceño y me sigue con la mirada, pero enseguida asiente. Me impulso para montarme sobre el joven que se ha ofrecido a llevarme. El sygära me observa un último instante antes de girarse hacia él.

—Iré a tu lado —le indica—, tenemos un máximo de nueve pies de distancia.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta para no adelantarme demasiado.

—Claro —Sonríe Kal'ladril con picardía, divertido por la ingenuidad del nómada—. Tú solo marca el ritmo, y avísame si en algún momento te ves fatigado.

El bul'lohí se ríe con provocación, claramente tentado a intentar buscar su límite.

—Nos vamos ya —Determina finalmente con potencia en la voz,

demostrando su don de liderazgo. Caminando entre todos para encabezar al grupo; seguido por el desconocido que me porta—. Pararemos solo cuando los bul'lohí lo necesiten.

Kal'ladril dedica un último gesto de agradecimiento a todos los demás nómadas que se quedan aquí, y en especial a Zoilmhor.

—Adiós, viejo —Le sonríe—. Sigue cuidando de tu pueblo como lo estás haciendo. Es un honor para mí haber conocido a unos seres con unos valores como los vuestros.

—El honor es nuestro, joven príncipe —responde Zoilmhor—. Marchad y vivid.

Kal'ladril asiente lleno de orgullo y seguridad. Entonces arranca a correr el primero, comenzando este nuevo trayecto con completa fuerza y energía, como si anoche su vida en ningún momento hubiese llegado a peligrar.



Zynael
4

Kal’ladril estira sus músculos con completa tranquilidad después de varios días de marcha a toda velocidad. Sabía que los sygäras eran seres impresionantes, con una agilidad y un aguante desmesurados si los comparas con los humanos y los nyëlkhems…, pero lo que han demostrado ambos elfos ha sido sobrenatural. Sus larguísimas piernas son igual de resistentes que las fuertes patas de los nómadas.

Hemos parado a beber y a comer, tomando otro merecido descanso. Estamos en Dowäfuldur, una ciudad abandonada situada ya en el interior de la protección de las montañas Kal’lion Kholmio. Saciaremos nuestras necesidades, dormiremos brevemente, y volveremos a marchar.

Avaldur’h se echa agua en la cara tan pronto como se arrodilla junto al lago. Aunque ambos han estado increíbles, la diferencia del estado de los dos sygäras es abismal. Es cierto que Kal’ladril ha estado entrenando desde que era un niño, pero no deja de ser sorprendente el hecho de que, para el joven wäilkun, ni si quiera esté resultando un esfuerzo. Su respiración luce perfectamente calmada.

Algunos de los nyëlkhems norteños se han ofrecido como encargados de ir a cazar. Mientras tanto, Jóngruf y Thaeón han ido a buscar troncos y palos secos para que yo pueda encender algunos fuegos.

El elfo de cabello blanco me hace una señal con la cabeza para que nos acerquemos a Avaldur’h y enseguida fija su atención en el fondo del lago.

—Hay peces —indica—. ¿Vas a querer liebre para comer, o prefieres pescado?

—Sabes que siempre prefiero el pescado, pero no mates nada más si me

lo voy a comer yo sola —Observo a los peces que nadan ajenos a nosotros —. Son demasiado grandes para una sola persona.

Ignorando completamente lo que acaba de escuchar, el sygära carga el arco y concentra su excelente puntería en uno de ellos, atinando al instante en la cabeza del elegido; matándolo al instante y clavándolo en el fondo contra las rocas.

—Llevamos tiempo sin pescado, así que ahora mismo yo también lo prefiero —Vuelve a colgar su arco en su hombro y se adentra en el agua para agarrar la flecha que atraviesa al pez que acaba de cazar—. Lo compartiremos.

—Vale —Sonrío.

Nos acercamos juntos a los montones de madera que han organizado nuestros amigos y comienzo a encender las fogatas una a una. Es la primera vez que nos hacen falta varias, pero es que el grupo ha crecido considerablemente.

—Vaya, así que vosotros tenéis menú aparte —Apunta Èridel mientras se acerca a nosotros—. ¿Habéis preguntado si alguien más quiere pescado?

—No, tienes razón. No he preguntado, disculpa. Es un lucio, ¿quieres probarlo? —plantea Kal'ladril, ladeando su cabeza hacia ella. —Ya que lo dices, la verdad es que sí…

—Pues ya sabes. En el lago hay muchos más —Sonríe Kal'ladril con burla. Haciendo una señal con la cabeza, señalando al lugar donde él lo acaba de pescar.

Suelto una risita, divertida por la mofa que le acaba de dedicar. Èridel se cruza de brazos y observa al peliblanco de arriba abajo.

—Y yo pensando que eras alguien agradable —Se ríe también la guapísima nyëlkhem—. Esperaba que compartieses. Venga, no vayas a decepcionarme ahora.

—¿Acaso debería importarme o preocuparme tu decepción? —responde el elfo con la misma guasa maliciosa—. Si has pensado o esperado algo de mí cuando no me conoces en absoluto, y te has equivocado... Es tu culpa. No la mía.

Èridel rompe a reír a carcajadas, tomándose muy bien esta breve

competición de la que claramente ha salido perdedora. Un hecho con el que me siento muy identificada y que me trae divertidos recuerdos de nuestros comienzos: Cuando intentaba atacarle o meterme con él, y siempre encontraba la manera de responderme de una forma en la que lograba hacerme sentir ridícula.

Es su don. Kal'ladril es callado hasta que intentas avergonzarlo o jugar a humillarlo.

Los cazadores han regresado al campamento con tres liebres, tan inmensas que hacen falta varios para ayudar a prepararlas. Mientras tanto nuestro pescado sigue cocinándose lentamente junto al fuego.

El peliblanco suspira y estira sus larguísimas y musculadas piernas, apoyándose sobre su codo, ladeado hacia mí. Extiende su brazo libre y comienza a acariciar mi muslo, sintiendo su tacto bajo su suave y ardiente palma.

Ladeo mis ojos hacia él, sorprendida por este gesto, y vuelvo a perderme en cada centímetro de su perfecto cuerpo. Tanto que no me doy cuenta de lo evidente que resulto. Su mirada dorada sube hacia mí cuando nota mi atención, y no intento disimular. Sabe de sobra cómo me tiene, y está demostrándome que le gusta que así sea.

—¿Cómo estás? —le pregunto sin pensar demasiado. Suavizando la voz para excluir, de manera involuntaria, a los demás de nuestra conversación.

Kal'ladril aparta la mirada un instante, pareciendo pensar.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a esto —Llevo la mano a su hombro y aprovecho para bajar suavemente a lo largo de su brazo. Ese brazo que tantas veces he sentido a mi alrededor, y que sin embargo es la primera vez que toco. Ese brazo que perdió.

Mi caricia se detiene cuando llego a su codo, cortada por el suelo en el que se apoya.

—Estoy extrañamente bien —murmura, manteniendo su gravísima y profunda voz solo para mí—. No noto nada raro. No hay molestias, ni sensaciones diferentes. Es como si jamás lo hubiese perdido.

—Eso es bueno, ¿no?

Expira un suspiro evidente y asiente lentamente.

—Supongo que sí.

Vuelve a fijarse en mí, esta vez con más intensidad. Mi calor corporal sube al instante, ardiente. No importa cuánto tiempo pase, ni las pesadillas que hayamos vivido, jamás seré capaz de sostener la atracción que despierta en mi cuerpo.

—¿Y cómo estás con respecto a lo demás?

Humedece sus labios lentamente sin separar su vista de mis ojos. Esta respuesta parece costarle bastante más.

—Es difícil de explicar —responde de forma ambigua—. Las cosas que más me confunden son las que tengo más claras.

Asiento lentamente, creyendo entender lo que ha intentado expresar.

—No te lo he puesto fácil, ¿verdad? —Sonrío pesarosa, sabe que me he dado por aludida. Su mirada se afila con pasión, y su silencio responde por él.

Mi cuerpo se electrifica ante la necesidad repentina de besarle. Así que, sin importarme nada más o cómo pueda reaccionar, voy inclinando mi cuerpo hacia él para acercar mi cara a la suya. Para mi sorpresa, su brazo sube de mi hombro a mi nuca para ayudarme a alcanzarlo, deseando que suceda ese suculento contacto.

Entonces, cuando nuestros labios estaban a punto de rozarse, mis ojos se centran en un punto que capta mi atención: Idril está completamente detenida mirándonos, centrada en ese beso que está a punto de suceder.

Siento de nuevo ese nudo en mi garganta y, como si de un impulso se tratase, giro rápidamente la cabeza; esquivando su boca antes de que pueda alcanzarme; evitando besarlo frente a ella.

La mano de Kal'ladril que me sujetaba se tensa al momento, demostrando esa sensación de bloqueo y sorpresa que ha debido sentir con mi reacción.

—Lo siento —susurro, incapaz de explicarle nada más.

Vuelvo a apartarme y clavo mis ojos en el fuego, negándome el derecho de volver a mirarle. Sintiéndome absurda e impotente por haber preferido quedarme sin sus labios.

—¿Debo hacerte alguna pregunta, Zynael? —gruñe—, ¿o prefieres explicarme tú misma lo que acaba de pasarte?

Vuelvo a mirar sus preciosos y penetrantes ojos, y siento mi corazón derrumbándose, totalmente frágil ante él. Su determinación es demasiado atractiva.

—Nada que deba preocuparte —Intento mentir todo lo mejor que sé, aunque confío muy poco en que vaya a funcionar—. Por un momento había olvidado que estábamos rodeados de gente, y he decidido frenarnos. Que nos estemos permitiendo avanzar no quiere decir que deba ser frente a los demás.

Enarca su ceja con molestia e incredulidad, nada convencido con mi explicación. Me conoce muy bien, sabe perfectamente que no me importaría besarlo delante de nuestros amigos, a no ser que hubiese ocurrido algo nuevo que no le he querido contar.

Entonces se incorpora en su sitio y se gira para mirar el estado del pescado que nos vamos a comer, que todavía sigue cocinándose. Sin pensarlo demasiado, se apoya sobre una de sus rodillas y pasa su fuertísimo brazo alrededor de mi cintura, abrazándome para alzarme al mismo tiempo que comienza a ponerse en pie. Cargándome sobre su hombro como quien carga un ligero saco.

—¡Oye! —Exclamo sobresaltada.

Kal'ladril me agarra los muslos para impedir que me mueva, ignorando mis intentos de liberarme. No importa cuánto me retuerza, su fuerza es muy superior.

—Encárgate de que no se pase demasiado, no me gusta muy hecho —Le pide a Avaldur'h, refiriéndose a nuestra comida—. Apártalo cuando consideres, pero que nadie venga a molestarnos. Prefiero comer pescado frío a que nos interrumpan.

—¿¡Qué!? —insisto, todavía tratando de liberarme—. ¿¡Dónde me llevas?

El albino nos mira con sorpresa y enseguida sonríe con picardía, asintiendo.

—Claro —responde—. Descuida.

Todos nos miran.

—Que a nadie se le ocurra venir a buscarnos —Ordena Kal'ladril con prepotencia, encargándose de que todos nos escuchen, adentrándose en el propio poblado abandonado de Dowäfuldur—.

Volveremos cuando hayamos terminado.

—¡Kal'ladril! —Le grito sin dejar de luchar—. ¿¡De qué va esto!?

Avanza sin soltarme por entre las ruinas de esta localidad, ignorando completamente mis agitaciones y mis golpes en su espalda, hasta que finalmente me permite volver al suelo. Gruño mientras me arreglo las mayas cortas bajo mi falda y agito mi ropa, tratando de recuperar la compostura.

—Si querías que viniésemos hasta aquí sólo tenías que decirlo —Farfullo, volviendo a mirarle—. No vuelvas a tratarme como a un mísero trozo de carne —Le advierto.

—¿O qué?

—¿Eres imbécil? —Arrugo la nariz con molestia, nada convencida con su necesidad de vacilarme en este momento.

—Jamás vuelvas a buscarme para después esquivarme.

Mi boca se abre al instante, pero no soy capaz de articular palabra. No puedo sincerarme sobre lo que ha ocurrido realmente, y no tengo ninguna excusa pensada.

Se crea un silencio realmente incómodo, aunque solo parece serlo para mí. Kal'ladril se cruza de brazos y entorna su mirada con molestia, aguardando hasta que se me ocurra darle algún tipo de explicación.

—Kal'ladril, lo siento —Decido disculparme de nuevo y miro al suelo—. Es que había mucha gente a nuestro alrededor y no me sentía cóm...

Evitando que pueda continuar, me agarra fuertemente de la barbilla para obligarme a alzar la cabeza de nuevo y se inclina para retarme con la mirada.

—No me mientas —advierte con la voz ronca.

Mis ojos se abren por el sobresalto de su acción, pero enseguida dan paso a una intensidad desmesurada. Ese mismo sentimiento que él me transmite al momento, pues al instante parece arrepentirse de su

brusquedad y afloja lentamente su mano, extendiéndola y pasándola a mi mejilla.

—No soporto que me mientan..., y menos que lo hagas tú — susurra, arrastrando las yemas de sus dedos hacia el interior de mi cabello—. No te he traído hasta aquí para escuchar excusas, y mucho menos mentiras.

Fija toda su atención en mi melena dorada, a juego con su preciosa y metalizada mirada. Incluso veo sus afiladas pupilas redondeándose frente al placer que le otorga observar este color que siempre será una obsesión para él.

Inspiro y relajo todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, apreciando su caricia en mi cabeza y disfrutando de su cercanía. Me quedaría aquí toda la eternidad, pero sigo sin saber qué explicación darle.

—Me cuesta tener que rogar —runrunea—. Lo sabes, ¿verdad?

—Pues no lo hagas —respondo al mismo tiempo que nuestros ojos vuelven a encontrarse a la misma vez—. No insistas.

—Ni se te ocurra demandarme eso —Su voz transmite tanta pasión que eriza mi piel—. No me convenciste de dejarme llevar en esta locura para ahora frenarme.

—No, por supuesto que no… —Agito la cabeza para eliminar esa ridícula idea de su mente—. Sabes lo que siento por ti, joder. ¿Cómo voy a querer frenarte?

—Pues explícame qué mierdas ha pasado antes y qué mierdas me estás pidiendo.

Respiro hondo.

—Yo… tan solo…

—No vuelvas a intentar convencerme de que te ha frenado estar rodeada de gente —exhorta—. No iba a poseerte junto al fuego, Zynael. Era solo un beso. Desde que decidimos avanzar en esto no te había importado dármelos delante de ellos.

—Preferiría escucharte llamándome enana en estos momentos — susurro, intentando pedirle de esta forma que relaje la presión.

Me siento en una encrucijada de la que no puedo salir. En estos momentos solo puedo mentirle a él, para no fallar a mi mejor amiga. Y

necesito que me ayude y confíe en mí.

Por suerte parece darse cuenta, porque enseguida resopla y relaja su expresión.

—Estoy perdidamente enamorada de ti, idiota —Ahora es mi turno. Aunque no pueda contarle nada, merece que tranquilice todas las posibles ideas equívocas que seguramente se habrá planteado—. Pero hay algo…, algo importante…, por lo que prefiero ser cautelosa en lo nuestro.

—¿Algo? —murmura—, ¿o alguien?

Aclaro mi garganta y aparto la mirada con nerviosismo, delatándome.

—¿Bromeas? —Gruñe, volviendo a mostrar su molestia—. ¿Has esquivado un beso que tú misma has buscado, porque otra persona nos estaba mirando? Dime que no, *enana* —Está empezando perder la paciencia, y yo sigo sin tener nada en lo que poder excusarme. Continúo sin poder explicarme.

Este amargo silencio me consume. Me niego a que vuelva a levantar entre nosotros ese duro y rígido muro que tanto nos costó a ambos derribar. Me niego a que realmente piense que hay alguien que me está haciendo alejarme de él.

Impulsada por mi honesto sentimiento, lo agarro por detrás del cuello y tiro de él hacia abajo para lograr unir nuestros labios en un ardiente beso. Noto sus músculos tensándose en ese primer momento, pero al instante vuelven a relajarse.

Sus majestuosas y atrevidas manos bajan para agarrar mis nalgas, apretándome con fuerza contra su cuerpo. Demostrándome cuánto había deseado él también este momento.

Su cálida y suave boca me besa con pasión y ansia, pero también con un profundo sentimiento. Sus dientes agarran mi labio inferior para enseguida volver a retomar el sensual baile de nuestras lenguas.

Lo abrazo con fuerza, apoyando mis codos sobre sus trapecios cuando me alza en el aire sujetándome por los muslos, rodeando también su impresionante y grandísimo cuerpo con mis piernas. Suspiro de placer, completamente adicta a él.

—Y pensar que he estado a punto de perderte… —bisbiseo sin soltar sus

labios.

Kal'ladril sonríe sin separarse, abriendo sus ojos de forma ardiente y provocadora para volver a mirarme.

—¿Es por Thaeón? —pronuncia de repente, volviendo a soltarme.

Me quedo petrificada en mi sitio cuando mis pies vuelven a tocar el suelo. No me esperaba, en absoluto, escuchar el nombre de Thaeón en este momento.

—¿Te has dado cuenta de que te gusta más de lo que creías? — asume —. No tienes que guardártelo si es eso, prefiero que seas clara y sincera conmigo.

Se equivoca completamente en los protagonistas de su teoría.

—¿Crees que me gusta Thaeón?

—Es evidente, ¿no? —responde con calma, demasiada para ser un tema que claramente le parece importante.

Balbuceo, incapaz de contestar, afectada por su tranquilidad a la hora de referirse a mis sentimientos por otro hombre.

—Thaeón es sólo un amigo para mí, Kal'ladril —confieso con sinceridad —. Acabo de recordarte que estoy enamorada de ti…, ¿y me preguntas si me gusta otro?

—¿Vas a negarme que te atrae? Puedes seguir sintiendo lo mismo por mí, y haberte dado cuenta de que también sientes algo por él.

—Sí. No —Contesto respectivamente—. Es guapo y atento, pero…

—Es guapo, atento, y te ama —añade, cortándome—.

Perdidamente.

Siento mi corazón ardiendo. Es extraño escuchar la palabra amor de sus labios teniendo en cuenta que, pese a conocer mis sentimientos, no la enlaza a sí mismo.

—Sí —Confirmo lo que ya sé—. Pero mis sentimientos no han variado en absolutamente nada. Siguen siendo igual de claros.

Su ceño se frunce ligeramente, necesita más información.

—Estoy enamorada de ti —Determino de nuevo, dándome cuenta de que no le queda claro—. Entiendo que aún no comprendes lo que eso

significa, pero no tengo hueco en mi corazón para nadie más. Lo ocupas íntegramente tú. Thaeón es sólo un amigo, y en ningún momento ha cambiado eso. Él no es la causa de mis distracciones. Él no tiene nada que ver con la explicación que estás buscando. Joder, Kal'ladril… Date cuenta. Solo necesitas fijarte.

—¿En qué se supone que debo fijarme? ¿En quién? ¿Cómo? —Se queja —. Me paso cada momento de cada día mirándote a ti. Eres lo único que me importa.

Al instante me arrepiento de haber contestado así. Por intentar defenderme, casi delato la confianza de mi mejor amiga. Y estoy dañando también la de Kal'ladril.

—Dime que es algo que no quieres compartir conmigo y dejaré de insistir —Añade, rebajando de nuevo el tono—. Pero no me obligues a pensar que estás guardando cosas que realmente quieres contarme, sólo porque no confías lo suficiente en mí.

Contengo mis ganas de revelarle todo y demostrarle que confío ciegamente en él. Sé que Kal'ladril guardaría el secreto fielmente, incluso sin necesidad de pedírselo, pero no voy a fallar a mi mejor amiga de esa manera.

Idril es mi mitad desde que somos niñas. He crecido a su lado, hemos llorado y hemos reído. La he visto enamorarse y encapricharse infinitas veces…, y he estado para abrazarle y animarle cada vez que sentía que alguien le había roto el corazón. Idril es esa parte sensible que a veces a mí tanto me falta. Es mi otra mitad porque juntas somos mucho más. Idril es ese apoyo que jamás me falló, la primera que siempre me motivaba a luchar sin parar para llegar a ser la mejor. Idril es parte de mi vida, de mi familia y de mi interior. Idril es mi hermana.

—Es algo que no quiero compartir contigo —Intento aparentar seguridad aún sabiendo que con ello estoy haciéndole creer que me falta confianza en él. Aparto la mirada para clavarla en el suelo, sintiendo rabia hacia mí misma—. Respeta mi decisión, por favor.

Kal'ladril suspira y vuelve a mirarme. Respiro profundamente cuando alzo mis ojos hacia él de nuevo, observando su serio semblante.

—De acuerdo.

Mi corazón va a mil por hora. Vuelvo a acercarme a él para tranquilizarle de la única forma que puedo y aprieto su mano con cariño.

—Gracias —murmuro—, por demostrar que te importa esto… Sea como sea que podamos llamarlo.

Kal'ladril intensifica su semblante.

—No tienes ni la más remota idea de lo mucho que me importa, enana.

Entonces me suelta y me rodea para comenzar a marcharse, dirigiéndose al campamento donde se han quedado los demás. Obligándome a arrancar detrás.

Es evidente que la resolución de la conversación no ha sido la que él esperaba, pero no parece enfadado. Su silencio es mera frustración. Y en parte, me agrada.



CAPÍTULO 3
LA CALMA PREVIA A LA TEMPESTAD

Kal'ladril
7

Vamos frenando nuestra carrera lentamente. A lo lejos se empieza a apreciar esa increíble y amurallada ciudad enana, construida hacia arriba aprovechando los acantilados de la rocosa, impresionante y altísima montaña. Una de las primeras montañas que conforman la conocida y helada cordillera Kal'lion Kholmio.

Me fijo en esas casas que logro distinguir a malas penas al otro lado del gigantesco y tan elevado muro, todas ellas adosadas en el interior de la misma ladera. Las pequeñas agrupaciones de viviendas que estamos atravesando, ubicadas en el exterior de la muralla, fueron también abandonadas tras la derrota del bando norteño, después de la Gran Guerra. Algo que despierta al instante mi atención. «¿De qué tenían tanto miedo como para abandonar sus hogares y refugiarse todos en el interior de la montaña?»

Nos detenemos frente a esta magnificente construcción. Mis pies quedan clavados en la nieve que ya me llega hasta por encima de los tobillos. Me quito el guante derecho y apoyo una rodilla en el suelo para tocarla por primera vez en mi vida, sintiendo esos pequeños y gélidos

fragmentos de hielo derritiéndose entre el elevado calor de mi piel. Tan pulcra y nívea como mi cabello.

—¿Tienes frío? —me pregunta Dai-sha cuando llega junto a mí.

—Mmh… —Pienso—. ¿Debería?

—Bueno, eres sureño y llevas viviendo varios días y noches a la intemperie del norte, bajo la nieve —evidencia—. Yo diría que, al menos, un poco sí.

Me coloco de nuevo el guante y extiendo la mano con la palma hacia arriba, para recoger los copos de nieve que no han dejado de caer desde hace días. El negro del cuero rápidamente se torna blanco.

—Permíteme —Sonríe mi amigo, apartando con su mano los restos de nieve que también cubren la capucha de mi nueva armadura— . Menos mal que te diseñé esto y has estado usándolo, si no tendrías el pelo calado. No sé cómo puedes prescindir de la capa que compramos.

—Prefiero que siga usándola Zynael —confieso—. Lo único que a mí me molesta es el viento, es tan álgido que hasta parece cortar

Me giro para observar al resto de mis amigos, que ya han desmontado de las espaldas de los bul'lohís. Todos van cubiertos con sus capas de piel, buscando cobijo tras la profundidad de sus capuces. Incluso Avaldur'h y los nyëlkhems de Eruful'h frotan sus brazos para tratar de calentarlos.

Alzo mis ojos de nuevo y centro mi atención en esta rígida e inmensa muralla de protección, construida con una ligera curvatura hacia el exterior para hacer imposible la escalada. Además, es evidente que fue retocada. Hay una parte más vieja que nace desde el suelo y se levanta alrededor de cuatrocientas veinte pulgadas, y una más nueva que termina de alzarla hasta alcanzar aproximadamente las setecientas cincuenta. Una altura desmedida y casi exagerada. «¿La levantarían también tras la guerra?».

—¿Dónde están esos enanos? —murmura Zynael dándose cuenta, al igual que yo, de que no hay ninguno de ellos en los torreones de vigilancia.

—Levantaron esta especial protección precisamente para que no hiciesen falta soldados custodiándola. Nadie que venga por tierra puede atravesarla —explica Haläinel, que no deja de sostener las manos de Jóngruf para darle su calor—. Centran toda su atención en controlar lo que

puede llegarles desde arriba. Desde la Gran Guerra, les preocupa más lo que puede atacarles desde el cielo.

—Mäilkun Doh —Averiguo al instante.

Levanto los ojos al cielo oscuro y gris de estas tierras y los centro en las altísimas montañas que hay frente a nosotros. Kal'lion Kholmio es un cinturón montañoso que, en extensión, es casi tan grande como la península de Drilembiyr'h. Y más allá, tras las aguas que suben y dividen Cinnadaoin, se encuentra Dohikäär, la montaña más alta de la superficie de Elthymeron. Lugar donde descansa el gran dragón.

—¿Y cómo decís que vamos a entrar? —insiste Zynael, dirigiéndose a Haläinel de nuevo—. Esta puerta no tiene pinta de que vaya a abrirse sola.

Frente a nosotros hay un gran portón perfectamente sellado, de aproximadamente unas doscientas pulgadas de altura. Observo con atención su material y decido acercarme para tocarlo, quitándome de nuevo el guante. El brillante metal está tan frío como la nieve que cubre el suelo, resistente y perfectamente trabajado, formando unas ondas que decoran la puerta de arriba abajo y que tienen dos dedos de profundidad.

—Es cromo —Señalo, reconociendo al instante dicho material—. No podríamos abrirla ni aunque quisiéramos. Están bien preparados para que nadie rebase esta muralla, a no ser que venga con grandes intenciones y elementos para lograrlo.

Vuelvo a guardar mi mano en el interior del guante al mismo tiempo que regreso junto a Zynael, colocándome a su lado.

—¿Cómo habéis accedido vosotros cuando habéis acudido a pedirles suministros? —le pregunto a Haläinel.

—Desde luego llamando a la puerta no —responde intentando bromear, para el pesar de todos—. Aguardábamos acampados en estos caminos, entre los poblados abandonados, hasta que nos cruzábamos con algún grupo que había salido de pesca —explica—. Los enanos tienen su propio ganado dentro, y sacan el agua de esta misma montaña, pero si quieren pescado tienen que marchar al lago de Dowäfuldur.

—¿Dices que tenemos que esperar hasta que a ellos les apetezca salir a por pescado? —Se sorprende Zynael—. Pues soy poco paciente, y más teniendo en cuenta lo que se nos viene encima —Se gira hacia mí

directamente, dispuesta a convencerme de su idea—. Tenemos que entrar por nuestra propia cuenta. Debe haber algo que podamos hacer.

Vuelvo a observar el gran muro que nos mantiene en el exterior de la capital y, hoy en día, única ciudad de Zandoorbrock.

Tiene razón.

—Pasaremos al otro lado tú y yo. Hablaremos con quien tengamos que hablar, y nos encargaremos de que abran el portón a los demás —Determino.

—¿De qué serviría? —Se sorprende Haläinel—. Estamos aquí para evitar que puedan reaccionar mal al veros. Si nos quedamos fuera de primeras, no podremos hacer nada para prevenir su odio hacia tu apellido.

—Lo sé, pero no tenemos tiempo como para depender de las apetencias alimenticias de los demás —le recuerdo—. Rebasaremos la muralla y confiaremos en que quieran escucharnos cuando les digamos de quién venimos acompañados.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —insiste la nómada.

—Yo puedo escalar, y Zynael va a aprender a volar.

La elfa rubia me observa al instante como si acabase de decir la mayor locura que ha escuchado en su vida. Me dirijo a ella directamente y clavo mis ojos en los suyos con completa seguridad.

—Siguiente lección, enana —Agarro sus manos con determinación—. Utiliza las mismas ráfagas de aire que utilizaste para empujar a tus enemigos, e impúlsate a ti misma hacia arriba. Utiliza tu magia para volar.

Zynael tuerce su gesto con confusión, analizando lo que le estoy proponiendo.

—Podría funcionar —Se mete Avaldur'h, acercándose a nosotros—. Los tornados de Zynael han demostrado tener fuerza suficiente como para desplazar cualquier cuerpo. Si pudo con los íkkrols, perfectamente podrá alzar el suyo.

Zynael se mira las manos mientras todos aguardan en silencio a nuestro alrededor. Ninguno se atreve a poner en duda mi idea, y mucho menos después de haber visto lo que esta increíble nyëlkhem mágica es capaz de hacer.

—Sólo necesitas concentrarte en mantener en equilibrio tu cuerpo —Anoto.

—¿Se te acaba de ocurrir esta locura, o la llevas pensando un tiempo? Pareces demasiado convencido —me habla ella, volviendo a mirarme.

—Llevo pensando en las infinitas posibilidades de tu magia desde el primer día que te vi usarla, y has ido superándolas con creces — Intento evitar que se subestime—. Ya has utilizado el viento antes, solo te pido que le des un uso diferente. No me digas que no vas a poder porque has logrado todo lo que anteriormente te negaste. Mírate unas lunas atrás, tampoco te creías capaz de formar rayos.

—La última vez que usé mi magia murió gente —Sus puños se cierran con rabia, incapaz de superar aquellas pérdidas—. No me siento orgullosa de esos rayos, y no quiero arriesgarme de nuevo.

—No sentencies tu poder por algo como eso.

—¿¡Algo como eso!? —Se exalta—. Maté a personas inocentes,

Kal'ladril.

—La gente muere, Zynael —Aprieto sus manos entre las mías, intentando transmitirle mi confianza—. Eres una maga, no de los cuatro elementos sino de la naturaleza, y la naturaleza en muchos aspectos es injusta y peligrosa. ¿Vas a dejar de amarla solo por eso?

Se queda sin habla. Contestarme sería darme la razón.

—No rechaces quién eres por miedo.

La rubia inspira hondo. Conoce tan bien como yo la increíble evolución que ha dado su don desde el día que empezó nuestro viaje juntos, cuando ni si quiera quería utilizarlo. Y también sabe que sería todo un error desperdiciar ese avance.

Observa atentamente la altura de esta increíble muralla, como si tratase de hacerse a la idea de lo que está a punto de intentar.

—¿Sabes lo que significaría que de verdad lograse hacer lo que me pides?

—Que llegarías a ser incluso más imparable de lo que ya eres ahora —le respondo enseguida, completamente seguro de que puede conseguirlo.

Sonríe al momento, como si escuchar la confianza y las altas

expectativas que tengo puestas en ella, le hubiese llenado de motivación. —No prometo nada, pero por supuesto puedo intentarlo — Determina finalmente, asintiendo con la cabeza al mismo tiempo que vuelve a mirarme.

Le dedico un gesto de satisfacción. Recordando cómo rechazaba su don y sus capacidades al principio de nuestra historia; comparándolo con esas ganas de hacerlo crecer que muestra ahora.

—Asciende al ritmo que consideres, sin sobrepasar nuestro límite de distancia. Yo te seguiré —Anuncio. Zynael asiente—. Si sientes que no consigues mantener el equilibrio, y que vas a caerte, desciende poco a poco y avísame para que yo pueda hacer lo mismo. No te excedas hasta perder el control, porque la caída es demasiado alta.

Inspira para enseguida afirmar, dispuesta a aceptar el reto que le he propuesto.

—De acuerdo —Se motiva a sí misma.

—¿Y por qué no la cargas en tu espalda? —Thaeón llega junto a nosotros bastante preocupado—. ¿Es necesario que se arriesgue de esa manera? ¿Qué pasaría si le falla el equilibrio cuando esté prácticamente arriba? Como bien has dicho, es demasiada caída.

Me doy la vuelta para encarar al humano. Es la segunda vez, en poco tiempo, que discute mis decisiones impulsado por su preocupación por Zynael.

—¿Qué más da si tú asciendes o desciendes con ella para evitar que ese brazalete de unión la consuma? Si pierde el equilibrio, se matará igualmente por el golpe —replica.

—Por eso precisamente le he ordenado que no aguante hasta no poder controlarlo —Evidencio—. Podría cargarla a mi espalda, pero con la curva de esa pared me resultaría muy complicado escalar. Es el momento perfecto para que pruebe una posible nueva opción de su magia.

—El momento perfecto sería practicando en medio del bosque, poco a poco. No aquí jugándose la vida —rechista—. Lo mire por donde lo mire, tu idea no me convence en absoluto.

—Ya —Gruño—, qué pena que no deba convencerte a ti. Le estoy

hablando a ella. A ti no te queda otra que confiar en lo que decida.

Thaeón me observa con disconformidad, claramente molesto por mi respuesta. Es evidente que detesta el hecho de que Zynael se juegue su suerte de cualquier manera.

—¿Hablas en serio? —Veo los puños del humano apretarse—. Cualquiera diría que tenéis lo que tenéis. ¿Cómo puedes proponerle tal arriesgada prueba? No me creo que sientas algo por ella, está claro que no te importa lo que pueda ocurrirle.

Mi ira se dispara sin que pueda darme cuenta y lo cojo por el cuello, llevando su cara muy cerca de la mía. Desafiante.

—¡Kal'ladril! —exclama Zynael, apresurándose para intentar apartarme de su protector. Pero, en cambio, solo consigue que mi rabia crezca y le aprieto todavía más—. ¡Suéltalo, Kal'ladril! ¡Ya!

Los pies de Thaeón están de puntillas, mi cuello inclinado para bajar mis ojos a la altura de los suyos.

—Jamás vuelvas a decir esa mierda —Mi voz suena más como un gruñido. Mi actitud parece dejarlo helado—. Nunca más vuelvas a insinuar algo parecido.

—¡Que lo sueltes! —Me empuja de nuevo Zynael.

Esta vez sí que cedo a su insistencia.

Libero a Thaeón y doy un paso hacia detrás para darle su espacio, permitiéndole volver a respirar. Pero mi semblante sigue mostrando la misma seriedad.

El moreno tose y Zynael se acerca para ayudarle, acariciando su cuello para comprobar si he dejado alguna marca. Sus ojos plateados me fulminan en cuanto comprueba que está bien.

—¡¿Se te ha ido la maldita cabeza?! —me grita—. ¡Solo se ha preocupado por mí!

—¿Vas a defenderlo? —Me acerco a ella con actitud, sin importarme nada que todos los demás estén a nuestro alrededor. Enseguida suelta a Thaeón y se da la vuelta para encararme—. ¿Vas a defenderlo, de verdad?

Zynael alza la barbilla, mostrándose altiva.

—Sabes lo que siente por mí.

—Lo que me pregunto ahora es si tú realmente sabes lo que siento yo.

Todas sus defensas parecen derribarse al instante. Sus labios se abren con asombro.

—¿Quién es él para hablar o dudar de lo que tú y yo tenemos? ¿Quién es para atreverse a opinar sobre lo que yo siento? —Agarro su mano y la llevo a mi pecho, permitiéndole sentir mi corazón—. No tenéis ni idea de lo que tengo por dentro, y no toleraré esas insinuaciones cuando la realidad es que por ti sería capaz de dar mi vida.

Se hace el silencio, pero sus ojos hablan por ella. De repente se tornan vidriosos, y parecen perder toda la seguridad y la determinación que demostraban hace un instante. Ahora son frágiles, y me observan totalmente entregados.

—Yo… —Thaeón mueve su cuello para liberarlo de la tensión que acabo de ejercer a su alrededor. Su mirada se mantiene baja con sumisión—, lo siento. No pretendía juzgar lo que sientes, ni tampoco ponerlo en duda. Sé que compartís algo muy fuerte. Me he dejado llevar por el miedo a que pueda ocurrirle algo, y no he pensado bien mis palabras.

Respiro hondo y llevo mi mirada hacia él con severidad.

—Discúlpame, Kal'ladril —Lleva su puño a su corazón e inclina la cabeza, dedicándome ese gesto que no pertenece a su raza, pero que tanto respeto representa para la mía—. Eres mi capitán. Eres ese ejemplo al que aspiro, y el hombre al que deseo seguir toda mi vida. No he sabido medir bien mi preocupación —Vuelve a incorporarse, pero su vista sigue evitándome, perdida en algún punto del suelo—. Creo que el problema es que te envidio a la par que te admiro, y por eso pierdo la cordura a veces. No es excusa, pero mi razón no funciona cuando se trata de ella.

Mis músculos se relajan al instante, y la rabia paso a un repentino sentimiento de comprensión. Esa irracionalidad descontrolada que describe, es la misma que siento yo.

Mi temple era inquebrantable hasta que la conocí.

Toda mi vida he tenido carácter, pero siempre supe mantenerlo austero y equilibrado. Por mi bien, y el de todos lo que siempre me han rodeado. Aprendí a jamás perder el dominio de mi razón para que mi maldición no me subyugase, pero ahora hay un huracán en mi interior que se escapa a

mi control.

Un huracán con nombre de mujer.

Un huracán llamado Zynael.

—¿Y si os abrazáis y Zyn usa su magia para impulsaros a los dos? —Propone Idril, tratando de encontrar una alternativa que nos contente a todos, metiéndose entre Thaeón y yo para suavizar el tenso ambiente que se había instaurado.

—Es la primera vez que voy a intentarlo, y el extra del peso de Kal'ladril me lo haría mucho más complicado —murmura la rubia, esforzándose para dejar atrás lo que acaba de pasar. Es evidente que no quiere hacer la situación más complicada en este triángulo extraño que existe entre ella, su amado amigo, y yo—. Tal vez podría…

—Lo harás sola —le freno—. Estando en el aire contigo no podré hacer nada para ayudarnos si algo llegase a fallar.

Zynael asiente.

—¿Eso es un sí? —pronuncio con suavidad—. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

—Sí —confirma con rotundidad.

Thaeón suspira y se da la vuelta con pesar, volviendo junto a su inseparable amigo. Sigo analizándolo cuando una mano se posa sobre mi hombro.

—Venga —Avaldur'h ladea su comisura en una comprensiva y leve sonrisa cuando me giro hacia él—, te guardo la ropa. No hay tiempo que perder.

Asiento enseguida, obligándome a ignorar todo lo que ronda en mis entrañas, y comienzo a desvestirme. Debo estar centrado. Muevo los dedos de mis pies cuando ya me he desprendido de mi traje, sintiendo la fría nieve que los abraza y los empapa. Una sensación que resulta refrescante, pero en absoluto paralizante.

Entonces doy paso a la transformación, y de nuevo ese crujir de cada uno de mis huesos vuelve a torturarme. Desencajándose de su lugar correspondiente, rajando mi piel y haciéndola caer al suelo a pedazos. Retuerzo mi espalda. El dolor es insufrible, pero sigue siendo muy inferior a

lo insoportable que resulta la transformación completa.

Escupo mis colmillos habituales y la sangre que se ha acumulado en mi boca. La nieve suelta vapor al contacto con ese líquido rojo fuerte, haciendo evidente su temperatura tan caliente. Compruebo el crecimiento de mi cabello, dando lugar de nuevo a esas raíces negras a juego con el tono bruno de mis cejas.

Estiro mis músculos cuando finalmente ha concluido. Contemplo el pelaje negro que ha nacido desde mi cadera, cubriendo por completo mis piernas. Mis brazos son impresionantes y potentes extremidades de animal, acabadas en afiladísimas garras.

Agarro la cola que ha nacido de mi cóccix, comprobando su movilidad. Todo parece absolutamente normal.

—¿Cómo ha ido esta vez? —Se interesa Zynael, preocupada por lo que acabo de comprobar—. ¿Has notado algo distinto?

—Nada nuevo.

Veo cómo analiza mi brazo, el mismo que vio caer al suelo perfectamente rebanado. Entiendo que todavía le sorprenda, yo tampoco logro asimilar que consiguiese recuperarlo.

—¿Estás lista? ¿Quieres empezar? —le invito, evitando que continúe estudiándome.

—Estoy lista —Acomoda su posición abriendo ligeramente las piernas y extiende sus manos con las palmas hacia abajo. Cierra los ojos e inspira profundamente como si tuviese la intención de meditar, concentrándose en ese vínculo que comparte con la naturaleza de Sauthriel. Concentrándose en su vínculo con Òthnolu.

Aguardo hasta comprobar que las ráfagas de aire comienzan a alzarla del suelo. La primera vez que sus botas se separan de la gélida nieve, su cuerpo tiembla en el aire y vuelve a descender. Suspira. Tal y como esperaba, parece culparse por no haberlo logrado a la primera. Pero enseguida se concentra para volver a intentarlo.

—Tranquila —Me acerco a ella para hacerle saber que me tiene ahí, justo a su lado—. Imagina una hoja movida por el viento y convéncete de que eres igual de ligera. Piensa en eso que te motiva y te llena de vida, como siempre, y deja que te impulse.

—¿Cómo? —Lleva sus ojos hacia mí, brillantes como ella misma— , ¿cómo pensarte más? No sales de mi cabeza.

Estiro mi garra y acaricio su cabello dorado, observándola fijamente.

Sus palabras erizan mi piel.

Su cuerpo se relaja con mi contacto.

Ese es el poder que nos ejercemos.

—Entonces piénsame hasta permitirme poseer no solo tu cabeza, sino todo tu ser —Vuelvo a soltarla para permitirle su espacio.

Llevando a la práctica todos los entrenamientos que hemos realizado juntos, recoloca su cuerpo y flexiona ligeramente sus rodillas, dibujando círculos de aire con sus manos, manteniéndolas en armonía. Todos los músculos de su cuerpo se ven tranquilos, destensados. Su respiración es profunda e intensa. Cuando los tornados bajo las palmas de sus manos comienzan a tomar fuerza, sus piernas vuelven a estirarse y a cerrarse ligeramente, aguardando el momento de comenzar a ascender.

Sus pies comienzan lentamente a separarse del nevado suelo. Esta vez, no hay tambaleos ni inseguridades.

El viento azota mi cabello y comienza girar alrededor de la nyëlkhem, como si quisiera protegerla y cuidarla. Como si Sauthriel quisiera demostrarle que va a estar velando por su seguridad. Como si Òthnolu estuviese tratando de comunicarse con Zynael y hacerle ver que juntas, la Madre Naturaleza y ella, son un mismo ser imparable.

Comienza a ascender lenta pero perfectamente. Una vez me he asegurado de que no vuelve a flaquear, me doy la vuelta para encarar al muro y busco los agarres para poderlo escalar. El primer impulso es sencillo, pero empieza a resultarme realmente complicado a medida que la curvatura de la pared se va acentuando.

Mis garras se clavan en el barro seco que une las inmensas rocas de esta pared, astillando mis uñas y maltratando mis dedos. Estoy acostumbrado a cargar mi peso, y eso no supone ningún problema, lo difícil es buscar puntos de agarre con los que poder sostenerme debido a la aguda inclinación.

Me fijo en Zynael constantemente conforme vamos aumentando la

altura, asegurándome de que va bien. Mis brazos comienzan a cansarse, pero me mantengo estable.

Avanzamos juntos, al mismo ritmo, y parece que vamos a lograrlo.

—¡Estad tranquilos y no mirad hacia abajo, por favor! —grita Idril desde su lugar a los pies de la inmensa muralla—. ¡Seguid así! ¡Vais muy bien!

Estoy a punto de alcanzar el extremo final cuando veo que la elfa se tambalea. Me detengo al instante y giro mi cabeza hacia ella.

—Mierda —maldice.

—¿Estás bien?

No me contesta. Su ceño fruncido revela su profunda concentración. No quiere prestar atención a nada ajeno a su magia. Estamos a unas setecientas treinta pulgadas de altura, una caída desde este punto podría resultar fatal.

—He hecho justo lo que Idril nos ha pedido que no hagamos — masculla con dificultad, como si incluso estuviese temiendo las consecuencias de hablar.

Veo el movimiento de sus dedos y la tensión de sus manos. Trata de volver a controlar la intensidad de las ráfagas de aire con las que se mantiene volando, y por un momento parece dominar de nuevo su poder.

Hasta que flaquea una vez más.

Los nervios le están fallando. Su ansiedad crece. Su cuerpo se mece mientras lucha por sostenerse, e incluso parece descender ligeramente.

—¡Zynael, escúchame! Escúchame atentamente —le hablo con actitud para lograr su atención a pesar de que está únicamente concentrada en no caerse—. Lo estás haciendo perfectamente. No te pongas nerviosa ahora, estás a un solo impulso de llegar.

Levanta la mirada muy despacio y se fija en lo poco que nos queda para alcanzar el final. Sabe que no es nada, que podría lograrlo con un simple esfuerzo, pero su cuerpo parece incapaz de responder igual.

Sus nervios siguen sumándose, aumentando su agitación.

—Sólo un impulso más —Repito—. Empújate una última vez en dirección a la pared y agárrate a ella.

—Kal'ladril, me voy a caer —advierte, demostrando una viva preocupación en su voz. Totalmente segura de que ha perdido el control.

—Impúlsate en dirección a la pared.

—Me voy a caer.

—¡Impúlsate ya! —grito.

Zynael exclama a la vez que expulsa una gran cantidad de aire.

Sus manos abandonan su magia y tratan de agarrarse al borde del muro con rapidez, pero las fuerzas de sus dedos le fallan. No me doy el tiempo de pensar cuando decido soltar mi mano izquierda para agarrarla antes de que siga cayendo, sujetándola por la muñeca con determinación. Sus ojos suben en mi búsqueda con terror.

—¡Zynael! —exclaman Idril y Thaeón a la par, exaltados de miedo.

Respiro hondo cuando siento mis uñas rompiéndose contra las rocas, apretando mi garra con fuerza tratando de sostener el peso de ambos para evitar que nos caigamos. Ignoro el dolor de mis dedos cuando mi piel comienza abrirse con la fricción conforme vamos arrastrándonos hacia abajo.

Me ayudo con el impulso de mis piernas para volver a sujetarme, aprovechando una de las grietas de esta pared, y finalmente logro tirar de ella alzándola a peso.

—¡Sujétate fuerte a mi espalda! —Termino de subirla hasta mí y sus brazos enseguida me rodean con desesperación, ansiosos por encontrar un agarre.

—¡Nos vamos a caer!

—¡De eso nada!

Mis piernas se resbalan y comienzan a colgar, pero enseguida vuelvo a apoyarlas de nuevo, retomando el control de la situación.

Si ya era difícil antes, ahora que cargo a Zynael la inclinación de la pared resulta imposible de dominar. Me lo pienso muy bien antes de soltar el brazo, buscando un agarre lo suficientemente estable y pronunciado. Pero no tengo demasiadas opciones.

—¡Kal'ladril! ¡Por favor! —Idril muestra su desesperación, completamente aterrada con la idea de imaginarnos cayendo desde tal

altura.

Mi corazón está acelerado y nervioso, mas no debo permitir que eso influya en mi pulso. No puedo dudar en un momento como este.

Lanzo mi garra hacia el único punto en el que creo tener alguna opción, y antes de permitir que las fuerzas puedan fallarme, suelto también la siguiente. Repitiendo la acción sin pararme a pensar hasta que finalmente mis manos se agarran en el borde de esta muralla.

Flexiono mis brazos en una dominada y consigo alzarnos a ambos.

Zynael trepa rápidamente hasta el adarve, restándome su peso y cediéndome la mano para ayudarme a terminar de subir.

Suspiro con alivio cuando ya estamos arriba.

—Gracias… —Trato de disimular mi aliento entrecortado.

—¿Me das las gracias? —Se gira hacia mí con asombro. Su pecho se hincha y se deshincha con exaltación—. ¿Por casi matarnos?

—¿Desde cuándo te dan miedo las alturas? —Intento bromear para restarle peso a su ridículo sentimiento de culpa.

—Desde que he mirado hacia abajo y me he visto con los pies colgando en el aire, sabiendo que la caída dependía de mi magia —se explica—. ¡Casi nos mato a los dos!

—Has estado increíble, enana —Llevo mi mano hacia su cabeza y tiro de ella para abrazarla, necesitándolo después de lo que acabamos de lograr—. Siento haberte llevado a vivir esta situación, pero ahora ya sabes que eres imparable.

Su cuerpo se tensa en un primer instante, pero enseguida parece relajarse al percibir mi actitud y mi cercanía. Como si se sintiese aliviada tras notar que no voy a culparla. Vuelvo a soltarla para permitirle recomponerse y me asomo para mirar a nuestros amigos y acompañantes, que también parecen relajarse tras comprobar que todo ha salido bien.

—¡Kal'ladril! ¡Por Sauthriel! —Idril se desploma de rodillas con derrota y alivio—. ¡Dime que estáis los dos bien, por favor!

—¡Estamos bien! —confirmo para todos—. ¡Vamos a buscar a esos enanos!

Me doy la vuelta para estudiar esta ciudad al completo por primera vez.

La última localidad aún habitada por los nälavh. A partir de la décima calle, las viviendas comienzan a construirse incrustadas en la ladera de la montaña de forma ascendente, creando esas casas-cueva que había conseguido divisar desde el exterior.

Pero no hay rastro de vida.

—Aquí no hay ni un alma —gruñe Zynael—, ¿dónde están?

—No lo sé —Mi espalda se crispa mientras sigo observando con atención la ciudad—. Parece un pueblo fantasma.

Zynael se gira hacia mí al notar la turbación de mi voz.

—Tal vez se agrupasen más cerca del castillo, subiendo la ladera —propone.

—De ser un reino con varias ciudades, ¿pasaron a no poder ocupar ni si quiera una al completo? —Tuerzo el gesto analizando todas esas casas vacías. Hogares en los que en su día, antes de la Gran Guerra, vivirían familias.

—¿Por qué pareces estar culpándote interiormente? —Se mueve para colocarse frente a mí, obligándome a centrarme en ella.

—¿Cómo vamos a convencerles de que se unan a nosotros cuando acabaron así? —Empiezo a ser verdaderamente consciente de lo crudo que lo tenemos—. Jamás cederán a unirse a un Akhelbec'h, ni siquiera con ayuda de los bul'lohís o los nyëlkhems del norte.

—Siempre hemos tenido claro que convencerles iba a ser una tarea difícil y aún así hemos venido hasta aquí —Su mano sube a mi mejilla. Mis ojos se pierden en esa paz y esa estima que transmite—. Tenemos ayuda y te tenemos a ti. Dudo que exista nadie capaz de negarte nada tras conocerte.

Agarro su mano, que todavía seguía apoyada sobre mi rostro.

—Tu infinito sentimiento hacia mí está cegando a tu racional confianza, enana —Inspiro y vuelvo a estudiar esta deteriorada ciudad— . Mira este sitio: No queda nada.

—Cuando te vean y te conozcan entenderán que no eres su enemigo.

—No —Sentencio—. No puedo dejar que me vean. No les permitiré reconocerme.

—¿Cómo dices? —reacciona—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos, hazte a un lado —le pido—. Llegaremos rápidamente a ese castillo y buscaremos a quien sea que pueda abrir la puerta.

Niega con la cabeza al mismo tiempo que aferra fuertemente mi mano. Ha entendido cuáles son mis intenciones.

—No vas a transformarte al completo.

—Creo que no te he pedido permiso.

—Esa transformación es demasiado… —Su preocupación es evidente—, dolorosa.

—Ni que la hubieses vivido tú alguna vez.

—No —rechaza, sujetándome con rabia y desesperación, completamente negada a permitirme hacer lo que planeo—. No vas a cambiar a jalaion'h. Te he visto desplomarte por la fiebre y he visto cuánto sufres, es algo repugnante y eternamente doloroso. No solo para ti, también para mí. Llevas mucho tiempo evitando esa transformación, y no vas a hacerla ahora que ni siquiera es necesario. No voy a dejar que lo hagas.

Me alcanza su preocupación, pero no es suficiente como para cambiar mi idea. Tengo claro que no tenemos más opciones si realmente queremos lograr algo.

Zynael se da cuenta de mi fijación y afila su gesto.

—Por favor —Niega con la cabeza, suplicante.

—Me encantas cuando te preocupas por mí —Pego mi cuerpo al suyo y agarro su cara con ambas manos para mirarla detenidamente, obligándola a centrarse en mi seguridad, pretendiendo que comprenda mis razones—. Pero sabes tan bien como yo que estos nälavh no van a recibir cordialmente a un Akhelbec'h. Al menos, no de primeras.

Zynael suspira y tensa la mandíbula, admitiendo sin necesidad de hablar que es consciente de la realidad.

—No tengo ni las ganas ni el tiempo como para que me toque discutir, y mucho menos para arriesgarme a acabar apresado de nuevo —Mis razones son obvias, y en el fondo ella también las comparte—. Wolftundur ya era nuestro supuesto aliado, y recuerda cómo acabamos. Recuérdalo.

Su ceño se frunce junto a su nariz, mostrando esa expresión de disgusto y de impotencia. Por supuesto, es incapaz de olvidar lo que nos tocó vivir allí.

—¿Y si tu plan se demora? —plantea—. Tu ser peligra en cada instante que pasas transformado, y hace mucho tiempo que no utilizas la peor versión de tu maldición.

—Estaré bien.

—No lo sabes —Se queja—. No podrás dominar ese lado salvaje de tu animal si el tiempo de transformación se alarga de más.

—Sé que podré dominarlo porque estoy contigo.

Sus labios se abren con sorpresa. No parecía esperar esa respuesta.

—Mi ser distinguiría y escucharía tu voz aunque me hundiesen en lo más hondo de un pozo. No hay lado salvaje que pueda superar y opacar el poder que tú tienes en mí. Si alguna vez pasase, sólo tienes que hablarme así: como solo tú lo haces. Ni dominado por la más brutal de las bestias podría olvidarte.

Zynael me observa con rendición, totalmente entregada a lo que acabo de decir.

—Hazte a un lado —le pido de nuevo—. No me gustaría manchar de sangre y restos de carne tu capa y esa preciosa armadura que te forjó tu padre.

La rubia asiente y me suelta con pesar para darme mi espacio, girando su cabeza para no mirarme. Es evidente que a ella también le duele mi dolor. Es la única que acepta y comparte que esto es una maldición.



Kal'ladril
8

Recorro las desérticas calles de Zandoorbrock a toda velocidad. Mis huellas se hunden en la nieve, dejando marcada la trayectoria de mis garras. Zynael mece su cuerpo al compás de mi carrera, cabalgando sobre mi espalda. Sus piernas se aferran con firmeza a mi lomo, mientras sus manos se agarran del denso pelaje de mi cuello.

Comenzamos a subir la ladera de esta montaña. Las calles zigzaguean y se van estrechando conforme vamos alcanzando mayor altitud. Y seguimos haciéndolo durante un largo rato, hasta que finalmente comienzo a distinguir el ruido de ese mermado pueblo que, sin embargo, antaño fue tan numeroso y poderoso.

Voy rebajando la velocidad a medida que me voy acercando a tal algarabía, con la intención de no asustarlos ni espantarlos. Necesito demostrarles calma, que me consideren un fiel gatito domado. Así, tal vez, el hecho de que una nyëlkhem haya decidido irrumpir en su ciudad sin permiso, cabalgando una bestia inmensa del sur, no les resulte algo tan amenazante y alarmante.

Zynael se reincorpora ligeramente cuando la carrera comienza a ser un simple paseo, estirando su espalda para mostrar seguridad ante los enanos que finalmente empezamos a encontrarnos. Los pequeños y robustos seres, de entre cincuenta y una y cincuenta y cinco pulgadas de altura, paralizan todos sus trabajos al instante.

Me fijo en ellos por primera vez. Son bajitos, pero realmente toscos y fuertes. Los hombres tienen barbas que incluso alcanzan la longitud de sus ombligos; enmarañadas, sucias y despeinadas. Son todos rubios y de ojos claros, con las pieles pálidas y rosadas. Las mujeres, con la misma tez,

tienen rostros preciosos y finos; algo que contrasta inmensamente con el increíble tamaño de sus músculos, mucho más grandes y definidos que los de sus hermanos masculinos.

Parece que nos van a permitir avanzar, a pesar de su desconcierto y desconfianza, cuando de repente una de las nälavh deja caer sin pensar el montón de madera cortada que sostenía y agarra rápidamente su hacha, corriendo para colocarse en medio de nuestro camino para detenernos.

Su cabello rubio platino está trenzado, adornado con huesos y plumas. Sus ojos son verdes oscuros, como las hojas de un laurel. Por su apariencia, diría que tiene unos cuarenta o cuarenta y cinco años.

A esta se le unen todas las demás, y en un instante tenemos a todas las enanas de la calle bloqueándonos el paso. Aguardando con sus armas, amenazantes.

—Seas quien seas —Se dirige la primera valiente a Zynael—, baja de tu insignificante mascota y deja tus armas en el suelo.

—Si es tan insignificante, ¿por qué debería bajarme? —responde la rubia con calma sin dejarse amedrentar—. Permitidme que me presente, soy…

—Sé bien lo que eres, elfa del bosque; mestiza de humanos y sygäras —le corta—. Baja de la bestia y tira tus armas al suelo. Ahora.

Zynael parece dudar un instante. Resoplo como señal de aviso para ella y giro la cabeza para buscar su mirada, intentando pedirle que obedezca. Necesito que sea sumisa ante las peticiones de los nälavh para que así podamos terminar cuanto antes, pero es difícil pedirle a Zynael que ignore a su orgullo.

Tras una breve pausa para pensar, comienza a desmontarme mientras mantiene su mirada fija y segura en la que ya parece estar empezando a considerar una rival.

Avanza varios pasos para colocarse justo delante de mí.

—Las armas —Ordena la enana, muy falta de paciencia.

—No —Rechaza firmemente Zynael—. Solo he venido a hablar con el líder de vuestro pueblo. No tengo intención de usarlas, pero tampoco voy a soltarlas. Mis intenciones pueden no ser iguales a las vuestras.

Ninguna de estas mujeres parece contenta frente a la actitud de la nyëlkhem. Mientras tanto, los hombres aguardan en silencio manteniéndose quietos en ambos lados de la calle.

—Permíteme intentarlo una vez más —prosigue—. Me llamo Zynael Kivaryl. Soy una nyëlkhem procedente del sur, del bosque de Aszhroin.

—¿Del sur? —La enana muestra interés por primera vez—. ¿Qué se le ha perdido a una mestiza sureña en Zandoorbrock? Estás bastante lejos de casa, niña.

—¿Niña? —Se ríe Zynael—. Tengo veintiséis. Si eso es ser una niña, soy una niña con muchas más lunas de vida que tú. Multiplico por seis tu longevidad.

La robusta norteña mira de arriba abajo a la nyëlkhem, analizándola con detalle hasta que repentinamente gira sus ojos hacia mí. O más bien hacia esa inmensa bestia negra que tiene ante sus ojos.

—¿Cómo has entrado aquí? —Murmura sin dejar de examinarme.

—Trepando.

—¿Con ese animal? —duda—. Parece un jalaion'h de los elfos, pero sin duda es mucho más grande que eso. Y el pelo de su cuello también es mucho más denso.

—¿Habías visto antes alguno? —Intenta desviar el tema y esquivar la pregunta.

—No —Rechaza la nälavh—. Pero mis antepasados sí, y los dejaron pintados en las paredes de nuestras cuevas. Eran animales sagrados para quienes fueron nuestros aliados. ¿Cómo ha logrado una elfa del bosque domesticar a uno tan grande y hacerlo su mascota?

—Este jalaion'h no es una mascota, a pesar de que me veas montarlo —Zynael apoya su mano en el interior del largo pelaje de mi cuello—. Tuve mi primer encontronazo con él en el sur. Pudo matarme y pude matarle, pero ninguno lo hicimos. Creo que, con sólo mirarnos, pudimos sentir una confianza desmedida el uno por el otro. Desde entonces viajamos juntos. Nos ayudamos.

La enana continúa mirándonos. Evidentemente, hay muchas partes de esa historia que no le cuadran: Un jalaion'h salvaje, y de un tamaño como

el que yo tengo, es un rival demasiado complicado como para imaginarlo enfrentándose a una nyëlkhem. Tampoco son seres racionales a los que puedas calmar con sólo mirarlos. Además acaba de decirle que hemos entrado a su ciudad trepando, y no es algo convincente teniendo en cuenta mi magnitud y mi peso.

Pero por alguna razón, decide dejar sus dudas a un lado.

—Nyëlkhem Zynael —De repente su actitud ha cambiado, parece más calmada y también intrigada—, ¿por qué buscas a nuestro líder? —Mi grupo, algunos bul'lohís y otros nyëlkhems del bosque Eruful'h, están esperando fuera a que les abráis la puerta. Traemos malas noticias y una propuesta de alianza —responde Zynael yendo al grano finalmente—. Se aproxima una nueva pesadilla y he venido a ofreceros la reconciliación con todo Elthymeron, con la condición de que vosotros nos ayudéis también.

—Una nueva pesadilla… —susurra la nälavh—. ¿Te refieres a la guerra que marcará la nueva era? ¿Ortheel finalmente ha organizado su ejército?

Nos invade el asombro cuando escuchamos ese nombre pronunciado con tal naturalidad, como si fuese alguien muy familiar para ella.

—¿Lo conocéis? —El tono impaciente de Zynael delata sus nervios—. ¿Quién es?

La enana mira a sus compañeras con preocupación, y de nuevo a la sureña.

—¿Lo conocéis? —insiste.

—Vamos —ordena la enana con repentina inquietud, ignorando la pregunta de Zynael—. Te llevaré ante la reina.

Las enanas se hacen a los lados, colocándose frente a los hombres para permitirnos el paso. La portavoz se da la vuelta para comenzar a andar con actitud y prisa, continuando en la dirección que ya llevábamos hacia el castillo. Zynael se gira para mirarme con desconcierto, pero enseguida arranca justo detrás de nuestra guía.

—Por Págkhalak… —Continúa murmurando la enana, maldiciendo o pidiendo auxilio al único y supremo dios de su raza—. Ortheel…

—¿Qué sabéis de él? —Zynael vuelve a intentarlo, tratando de averiguar más información sobre nuestro enemigo.

—Lo suficiente para saber que ningún mortal podrá detenerle —responde.

Zynael mantiene su paso al ritmo del de la enana. Su respiración funciona entrecortada y acelerada, y no por cansancio sino por impaciencia y nerviosismo. Yo camino justo detrás de ellas, con la atención completamente fijada en su conversación.

—¿Por qué hablas de él como si fuese tan superior?

—Ortheel es la mismísima muerte. Es capaz de succionar y devorar la vida de todo aquel al que pueda tocar, y sólo él mismo puede terminar con la suya —Su revelación nos deja helados—. Fue un niño que se enamoró de las tinieblas, y acabó reproduciéndose con ellas.

La bronceada tez de Zynael se vuelve tan pálida como la nieve.

—¿Quién es? —Las palabras salen de su boca tan leves que apenas se escuchan.

Pasan varios segundos de tenso silencio hasta que, finalmente, la enana parece animarse a responder.

—Ortheel se crio en Zandoorbrock —revela.

Tanto Zynael como yo detenemos nuestro paso bruscamente, desmontados por el detalle que acaba de confesar. La pequeña mujer frena y se da la vuelta para mirarnos.

—¿Cómo has dicho? —Intenta asegurarse de que hemos oído bien—. ¿Cómo que se crio aquí? Tenía entendido que era… —pero se silencia a sí misma antes de revelar nada de forma inconsciente.

La enana arquea su ceja.

—¿Que era qué? —la presiona a continuar—, ¿un sygära?

Siento un grueso nudo formándose en la boca de mi estómago cuando escucho el nombre de mi raza, referida a ese enemigo tan imponente y aterrador.

—Sigue siéndolo —añade para sumar nuestro impacto—. Al menos seguía siéndolo el día que se marchó de Zandoorbrock. Aunque dudo mucho que quede algo de lo que antaño fue. No quisimos unirnos a sus planes, y ahora nosotros también seremos objetivos en su matanza. No estuvimos de su parte y nos transformamos también en sus enemigos.

Zynael se queda en silencio, incapaz de articular palabra. Conozco esa expresión de su rostro. No sabe qué contestar porque no sabe qué pensar.

—¿Es un sygära del norte? ¿Es un superviviente de Cinnadaoin? —Plantea finalmente con temor. Aunque no sé si a equivocarse, o a tener razón.

—Ya no —responde la enana justo después de darse la vuelta para continuar avanzando, confirmando así la duda que ambos teníamos.

Zynael inspira y expira antes de volver a caminar, siguiendo de nuevo a nuestra guía.

—Por cierto, mi nombre es Shuleom —Se presenta cuando ya estamos cerca del hogar de la reina—. Mantén la boca cerrada hasta que yo te lo indique. Y ya puedes indicarle a tu mascota que su paseo ha terminado aquí.

—No pienso hacer eso —La rubia muestra su fuerte actitud, a pesar de que le acaban de pedir todo lo contrario—. No os interesa separarnos. Está muy lejos de casa y no os conoce ni a vosotros ni a vuestro olor. Sólo estará tranquilo mientras esté cerca de mí.

Miro a mi fiel compañera y amante fijamente, realmente impresionado por su destreza para improvisar una excusa convincente. La enana me estudia de nuevo, nada convencida de lo que parece estar a punto de aceptar.

—Está bien. Que pase contigo —gruñe—. Pero como se le vaya la cabeza o se te ocurra aprovecharlo para hacer algo… Juro por mi nombre y por mi raza que os mataré y os despedazaré a los dos con mis propias manos.

—Lo tengo claro —Asume la elfa del bosque—. Ambos lo tenemos claro.

«Qué ingenua e insolente. Ni si quiera tendría opción de intentarlo»

***

Shuleom empuja las puertas del castillo y se abren con dificultad, oxidadas y pesadas. Me sorprende el hecho de que no haya ni un solo guardia o soldado custodiándolas. Me sorprende no haberme cruzado con ninguno en toda la ciudad.

El lugar es lúgubre y húmedo, únicamente alumbrado por la leve luz de las velas de las lámparas de araña. Al estar construido en el interior de la

montaña, no tiene ni una sola ventana que deje entrever el cielo. Jamás sería capaz de vivir en un lugar como este. Parece una noche constante. Sin sol. Sin su dorado color. Sin mi mayor obsesión.

Avanzamos por los pasillos ignorando las escaleras que suben a los siguientes pisos, centrándonos en llegar a lo que imagino que será el salón del trono. Nos cruzamos con varias mujeres perfectamente armadas que enseguida clavan su atención en nosotros, extrañadas y aun así confiadas con los motivos de quien nos guía y acompaña.

—No digas ni una sola palabra —Le vuelve a ordenar Shuleom a Zynael.

—Eso ya lo has dicho antes.

—¿Y por qué acabo de escucharte? —Se queja—. No hables. Mantén la boca sellada y a tu mascota detrás de ti.

Zynael maldice entre dientes tratando de sostener su orgullo, ese que tanto estima y tanto están dañando. Caminamos detrás de Shuleom, que va directa hacia un gran trono construido en piedras preciosas, brillantes y relucientes; posiblemente sacadas de esta misma montaña. Sobre él, hay una enana de cabello pelirrojo. De un tono fuerte como el de Záldur, pero mucho más largo. La única que hemos visto de su raza con este color. Sus ojos son azules, tan claros que parecen blancos, y toda su piel está completamente llena de pecas. No aparenta tener muchos más años que yo, tal vez unos treinta y pocos.

Hay ocupados cuatro grandes sillones a ambos lados de este trono, sumando un total de ocho enanas las cuales parecen ser consejeras de su líder.

—¿Acaso no conoces el protocolo, Shuleom? No recibo visitas sin haberlas autorizado previamente. ¿A quién traes ante mí? —La guapa enana pelirroja se pone en pie para observarnos con actitud—. ¿Dónde has encontrado a esta elfa del bosque? ¿Y por qué permites que entre con una bestia de los elfos puros en mi palacio?

—Lamento el improvisto, Bàiarel…, pero traigo nuevas de vital importancia —Shuleom clava una rodilla en el suelo con respeto—. Te interesará saberlas.

—Habla —ordena la líder.

—La que está junto a mí es una elfa de los bosques del sur. Ha viajado hasta aquí con este gigantesco jalaion'h, y se ha colado en Zandoorbrock para advertirnos.

—¿Del sur? —Bàiarel hace evidente su sorpresa, y sobre todo su interés —. ¿Qué advertencias querría traernos un sureño?

—Se trata de la nueva guerra, mi señora —le cuenta de forma directa, volviendo a ponerse en pie—. Me temo que, pese a nuestras ligeras esperanzas, el nuevo enfrentamiento sucederá igualmente. La Nueva Era está cerca.

—¿Y dices que ha venido desde el sur exclusivamente para advertirnos a nosotros? —duda Bàiarel—. ¿Por qué me cuesta creerlo?

—Porque no es del todo así —Zynael decide meterse, ignorando por completo las advertencias de Shuleom. Avanza un par de pasos para acercarse a la líder de los enanos—. No he venido al norte para advertiros únicamente a vosotros, pero sí que viajé desde el sur para advertir a todo Elthymeron. Zandoorbrock es, únicamente, una parada más.

Shuleom fulmina a la elfa con la mirada, totalmente molesta tras ver que no ha dudado ni un instante en desobedecer su clara petición. —Mi nombre es Zynael Kivaryl —Se presenta—, y no viajo sola. Además de este jalaion'h, me han acompañado unos amigos: varios humanos, nyëlkhems de Eruful'h, bul'lohís e incluso un sygära de la oscuridad.

Todas las enanas presentes desencajan su rostro, incluida Shuleom y la mismísima líder. Al parecer, les ha sorprendido inmensamente lo que acaban de escuchar.

—Es cierto que me he colado, pero no había nadie en la muralla con quien poder hablar. Los demás están esperando fuera, con la intención de discutir sobre el pacto de alianza que pretendemos — continúa Zynael, añadiendo su demanda—. Os pido que les abráis y nos escuchéis… Creo que unir fuerzas será algo beneficioso para todos. Por lo que he entendido, no necesito advertiros sobre quién va a ser nuestro enemigo.

—¿Has dicho que viajas con humanos, bul'lohís, elfos del bosque de Eruful'h…, y un sygära de la oscuridad? —La voz de Bàiarel parece temblar cuando hace mención a Avaldur'h, como si le costase creer que ese sea su origen. Y parece ser lo único a lo que ha dado verdadera importancia.

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —Shuleom muestra una repentina inquietud y agarra el brazo de la rubia con determinación y desesperación.

—¿Quién es? El elfo puro de la oscuridad, dame su nombre — exige Bàiarel con impaciencia—. ¿Dices que está fuera de nuestra muralla?

—¿Necesitas que repita todo dos veces? —gruñe la elfa, dando un tirón a su brazo para obligar a Shuleom a soltarle—. Si quieres saber su nombre, pregúntaselo tú misma.

—¡Consejeras! —exclama repentinamente Bàiarel—. Marchad ahora mismo cuatro de vosotras, con ayuda de toda guerrera que se preste, y traed a ese grupo aquí. Traedme a ese supuesto elfo puro del norte.

Las enanas de apariencia más ruda y fuerte se levantan al instante agarrando las armas que descansan justo detrás de sus mullidos sillones, marchando con prisa y actitud, totalmente obedientes.

—Shuleom, únete a ellas —Continúa mandando la pelirroja—. Las cuatro restantes que se queden conmigo por si a esta mestiza se le ocurre intentar alguna tontería.

Zynael frunce el ceño y observa a las enanas mientras se marchan.

—No es necesaria tanta hostilidad —advierte. Intenta avanzar con actitud hacia Bàiarel, pero las cuatro escuderas se adelantan y bloquean su paso, protegiendo a su reina—. Podéis estar tranquilas. Como ya he dicho, hemos venido buscando alianza para la guerra. ¿O acaso pensáis que nos habríamos desviado hasta vuestro reino solo con la intención de mentiros?

—No sé si mientes porque no te conozco, y tampoco voy a ponerme a analizar tus verdaderas intenciones —sentencia Bàiarel, manteniéndose tras el muro que han creado sus fieles mujeres, separándola de Zynael—. De momento eres una extraña que ha decidido colarse en unas tierras que no estaban abiertas a los demás, y que dice viajar con un grupo muy variopinto y con un elfo de la oscuridad.

—Es por eso… —La nyëlkhem parece entender finalmente las razones de la repentina inquietud de la reina—. Necesitas verificar si es un shbal sygära de verdad.

—Imagino que estarás al tanto de cómo acabaron los suyos — recuerda Bàiarel, admitiendo las suposiciones de Zynael—. Comprenderás que me sorprenda saber que todavía pueda quedar uno de los que antaño fueron nuestros aliados.

—Ahora la que miente eres tú —murmura la rubia—. ¿Qué necesidad tienes de actuar? Sabéis bien que no es el único que queda, vosotras criasteis a otro de ellos.

Bàiarel reacciona de nuevo con asombro, pero su gesto enseguida cambia dando paso a una sagaz sonrisa.

—Tal vez deba cortarle la lengua a Shuleom.

Zynael alza la barbilla, esforzándose para no mostrarse afectada por lo que acaban de confirmar por segunda vez.

—Contadme algo sobre Ortheel —Solicita, en un tono incluso exigente —. ¿Quién es realmente? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—¿Quién te ha dicho que Ortheel no es su verdadero nombre? — La mirada de Bàiarel se afila con desconfianza, sin embargo su sonrisa maliciosa no desaparece.

Mi acompañante y fiel amante respira hondo y se da unos segundos para pensar su respuesta, pero finalmente parece decidirse.

—Zaydear —revela—. Ella me lo dijo.

—¿Zaydear…? —La sorpresa de la pelirroja vuelve a dibujarse en sus ojos.

—También la conocéis —asume Zynael—. Fue la maga de la corte de vuestros aliados. Ella también sigue con vida, y fue quien me habló de Ortheel por primera vez.

—¿Dónde? —Bàiarel se abre paso entre sus escuderas y se planta frente a Zynael—. ¿Dónde la viste? ¿Dónde está?

—¿Por qué debería responderte si tú ni siquiera confías en mis palabras? —La seguridad de la nyëlkhem se mantiene inalterable—. Tú no has aclarado mis dudas.

—Porque es la mayor bruja que ha existido en la historia de este continente —Bàiarel parece desesperada e impaciente—. Jamás la he visto, pero existen leyendas sobre su poder. Fue ella quien se encargó de Ortheel

tras la Gran Guerra, antes de traerlo a Zandoorbrock; y fue ella quien le enseñó la magia negra.

Zynael abre la boca con impacto.

—Solo ella podría pararlo —añade la enana—, por eso es importante que me digas dónde está. ¿Dónde ha estado todos estos años?

—En Drilembiyr'h —desvela Zynael. Acaba de darse cuenta de la importancia de aquella mujer que nos buscó en Irdhün—. En una de las ciudades humanas del reino de los sygäras del sur.

—¿En Drilembiyr'h? —Bàiarel parece no creérselo—. ¿Por qué razón iba a estar viviendo allí?

—No lo sé, pero te digo la verdad.

—En ese caso no creo que Zaydear vaya a interponerse en el objetivo de Ortheel —se lamenta la enana—. Si de verdad ha estado en Drilembiyr'h, quiere decir que su misión ha estado allí. Zaydear es una sierva del destino. Como todo aquel que tiene el don de ver el futuro, queda anclado y esclavizado a este poder. Su voluntad ya no es libre, sino que debe obedecer y actuar según los planes del hado. Al igual que no te la cruzaste por casualidad, tampoco lo será el hecho haya estado viviendo en el reino rival.

De repente, noto ese instinto de sangre comenzar a acudir a mis papilas gustativas y a mi olfato, aumentando mi hambre sin que pueda controlarlo. Mi mente empieza a nublarse, y mi percepción de quién soy y de todo lo que tengo a mi alrededor, comienza a verse opacado por un instinto cazador y territorial.

Una vez comienzo a sentir al jalaion'h interior despertando, ya no hay forma de frenarlo. La conversación que siguen manteniendo la nyëlkhem y la enana pasa a un segundo plano, y me centro únicamente en no perder el dominio de mi razón.

***

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando finalmente se abren las puertas que dan acceso a la sala del trono donde nos encontramos, cediendo el paso a todo el grupo que nos acompañaba. Estoy dando vueltas con inquietud sin romper la prudencial distancia que se nos exige, tratando de

ignorar a ese animal interior que cada vez está teniendo más y más relevancia en mi cabeza. Zynael me sigue con la mirada con preocupación, habiéndose percatado de cómo ha ido cambiando mi humor.

Intenta alzar el brazo para acariciarme el cuello, pero enseguida se frena bruscamente cuando mi hocico se arruga y le muestro los dientes. En ese momento, sé que entiende que debemos salir de aquí cuanto antes.

Avaldur'h avanza hasta colocarse entre Zynael y yo. Lo primero que hace es mirarme con atención, estudiando la situación antes de que nadie se la explique y, posiblemente, adivinando la razón por la cual todavía no he cambiado de forma.

—No sé qué quieren estas enanas de ti, pero por Sauthriel te pido que accedas a todas sus preguntas y aclares sus dudas cuanto antes —le susurra Zynael—. Kal'ladril no aguantará mucho más.

—Lo sé —murmura Avaldur'h.

—¿Has visto cuan paupérrima y destrozada se encuentra la ciudad? Quedan tan pocos de ellos, que hasta dudo el hecho de que puedan gestar sin cometer incesto —añade la rubia—. No ha querido arriesgarse a repetir lo que vivimos en Wolftundur.

Haläinel avanza para colocarse al frente del grupo, sonriendo con su seguridad y naturalidad habitual. Muy segura de sí misma.

—Hola, Bàiarel. Cuánto tiempo —Le saluda la bul'lohí.

—Hola, Haläinel —Se impone la reina—. ¿Qué os trae por aquí, junto a este grupo tan mixto y peculiar?

—Son mis amigos —La guapa nómada se gira para mirarnos—, y vengo a defender y apoyar su petición de unión. Son personas de honor que reclaman vuestra alianza.

—¿Unión y alianza con quién exactamente? —La pelirroja desvía sus ojos hacia el norteño, demostrando su insistente interés en él.

Haläinel se da cuenta de la prioridad de la reina enana, así que se hace a un lado para invitar a Avaldur'h a hablar. El norteño respira hondo y mira por última vez a Zynael con calma antes de avanzar.

—Así que tú eres el sygära del norte… —Lo examina la reina, comenzando a caminar a su alrededor mirándolo de arriba abajo con

detalle—. Semblante sereno y pacífico; piel pálida y fría como la nieve de vuestro reino; cabello rubio albino... Exactamente lo que se describe de los tuyos.

—Siento si mi normalidad te ha decepcionado —responde Avaldur'h.

—Dime, elfo de Cinnadaoin —Bàiarel vuelve a colocarse frente a él—, ¿de qué familia vienes? ¿Cuál es el nombre con el que te consagraron?

—Soy Avaldur'h Dültoir, hijo de Gäbrial Dültoir —Se presenta, exponiendo y revelando por primera vez su apellido y el nombre de su madre.

Zynael lo observa sorprendida, impactada porque haya decidido dar esos datos a los enanos antes que a nosotros. En otro momento yo también le habría dado importancia a tal detalle, pero en este instante mi peor dilema no es la falta de confianza del norteño.

Solo me preocupa ese animal salvaje que está luchando por hacerme desaparecer.

—Gäbrial Dültoir… —murmura Bàiarel—. Es nombre de mujer.

¿Llevabas el apellido de tu madre? ¿Qué hay del que fue tu padre?

—Nunca lo conocí. Mis padres jamás tuvieron contacto.

—Comprendo —Asiente—. ¿Y dónde has estado todo este tiempo, Avaldur'h? ¿Por qué no te refugiaste con los únicos que fuimos tus aliados?

—Hui a Wolftundur —cuenta él—. Era sólo un niño, pero lo suficientemente inteligente como para decidir mudarme a uno de los reinos vencedores. Quería ganarme los favores de un bando fuerte. Zandoorbrock quedó hundido en la miseria y yo ya había vivido suficiente de eso. Jamás tuve intenciones de ser un mártir.

—Viviste con los mismos humanos que ayudaron a quienes nos masacraron —Le reprocha la enana, llenándose de rencor.

—Viví junto a ellos durante un pestañeo de mi vida, hasta que bailé sobre sus tumbas, y, más tarde, crecí aprovechándome de sus descendientes —Se jacta Avaldur'h—. No sufras por mí. Viendo lo visto, diría que me ha ido mucho mejor que a vosotros.

—¿Sabían todos ellos que eras un elfo de la oscuridad? ¿O es que te hiciste pasar por uno de esos elfos del infierno? —Se interesa Bàiarel.

—No me hizo falta hacerme pasar por nadie, me sobró con no llevarles la contraria cada vez que me confundían. Así, con el tiempo, dejaron de preguntarme —resume—. Y hablando de los sureños, volviendo al asunto que veníamos a tratar, a quien debemos unirnos es a ellos. Elthymeron necesita la unión de todas las razas junto al ejército de los Akhelbec'h.

—¡No pronuncies jamás ese apellido en mi casa! —Grita la reina de repente—. ¿Habéis venido a insultarnos? Un elfo de la oscuridad como tú, pidiendo alianza con los elfos puros del sur. Espero que no lo hayas dicho en serio.

—Digamos que aprendí a ver las cosas desde otra perspectiva — explica el albino—. Lo decía completamente en serio, y lo repito: Debemos unirnos a los Akhelbec'h. No dejes que el rencor de lo ocurrido en el pasado nuble tu vista, y mucho menos cuando ni siquiera fuisteis vosotras quienes luchasteis en aquella guerra. Fueron nuestros antepasados, pero el continente no avanzará si las nuevas generaciones no estamos dispuestos a hacerlo.

—Escuchadle, por favor —Se mete Haläinel de nuevo—. Nosotros conocimos a algunos de sus soldados y hemos conocido a su príncipe.

—No puedo creerme lo que escuchan mis oídos… —gruñe Bàiarel.

Avaldur'h se cruza de brazos. Parece completamente tranquilo y, desde luego, la reacción de la reina enana no es una sorpresa.

—Bàiarel, de verdad, abrid la mente un instante —insiste la bul'lohí—. Aunque tengáis vuestras diferencias con Karanthir y con el pasado que os ata, venimos a dar la cara por esta causa. Por ellos. Olvídate del pasado, la actualidad no está anclada a apellidos. Un Akhelbec'h fue quien nos salvó la vida hace unos días.

La reina enana abre los ojos con sorpresa.

—Uníos a ellos en la guerra, y apoyaos. Vuestras diferencias pueden ignorarse si os unís para salvar este continente —persiste Haläinel, haciendo honor a su palabra de ayudarnos.

—Cuando lo veáis luchar, y lo conozcáis, entenderéis que este peculiar grupo se haya unido en torno a los sureños —añade Èridel, metiéndose en la conversación por primera vez—. Los nyëlkhems de Eruful'h también damos la cara por ese príncipe.

—¿Os habéis vuelto locos? —Se sorprende Bàiarel—. ¡Sois norteños apoyando a un innombrable elfo puro de la luz!

—Imaginarás que si lo hacemos con tal seguridad es porque lo merece —Haläinel apoya su mano sobre el hombro de la enana—. Sabes que los bul'lohís nunca tomamos parte en las guerras, pero esta vez es diferente. Un Akhelbec'h luchó con su vida para salvar la mía y la de mi pueblo, así que no me iré de aquí hasta que entréis en razón. No merece vuestro desprecio.

—¡Un vahl sygära! ¡Venís intentando que me una al bando que mató a los míos! —Se espanta la reina—. ¡Jamás dejaré de despreciar a los Akhelbec'h!

—Venimos confiando en que los enanos de esta era sabrán reconocer al líder del ejército que salvará el sino de la siguiente — Rectifica Avaldur'h, manteniendo su calma.

—¿Líder? —Muestra su impacto Bàiarel—. ¡¿Líder?! ¡¿Cómo va un Akhelbec'h a ser vuestro líder?! ¡¿Dónde está ese líder al que supuestamente debería seguir?! ¡No lo veo por ningún sitio! ¡Tal vez esté escondido como una rata igual que su padre!

La ira alimenta a ese lado salvaje de mi ser, haciéndolo crecer de forma abrupta para terminar de poseerme. Tengo hambre. Siento rabia de escuchar todo lo que estoy escuchando, y sobre todo de tenerlos a todos delante.

Suelto un gruñido que deja a todos helados, obligándolos a girarse sobresaltados hacia mí.

Clavo mi uñas en la roca del suelo, tratando de limarlas como método de relajación. Pero no funciona. Nada funciona.

Necesito salir de aquí y volver a mi forma original. Está claro que no puedo hacerlo frente a estas nälavh, y mucho menos después de haber escuchado cómo piensan de los míos; pero tampoco puedo aguantar en esta forma, o terminaré por atacarles a todos.

—¿Qué le pasa a tu mascota? —gruñe Shuleom.

—Creo que tiene hambre —Se excusa Zynael con impaciencia en la voz —. Tal vez debería marcharme y salir de la ciudad para que pueda buscar

algo que cazar. Quizá podrías encargarte tú, Avaldur'h, de seguir hablando con ellas.

El sygära clava su único ojo en mi eterna compañera y enseguida asiente.

—¿Piensas que vas a colarte en mi ciudad y voy a dejarte marchar como si nada? —Salta Bàiarel, completamente molesta.

—¿Prefieres que dé rienda suelta a mi jalaion'h para que se sirva con los aquí presentes? —responde Zynael con confianza y seriedad—. Porque créeme cuando te digo que ni a mí, ni a ninguno de los míos, les va a tocar un pelo —le amenaza, mintiendo completamente con lo que en realidad pasaría si yo llegase a perder la razón.

La pelirroja parece dudar un instante, claramente derrotada con lo que ha considerado una completa obviedad.

—Shuleom, acompaña a la joven nyëlkhem y a su mascota, y ábreles la puerta. Dejad a la bestia fuera de mi ciudad y volved aquí — Propone como alternativa.

—No pienso separarme de él.

—Es una animal, no tu amante. Déjalo cazar en paz —Gruñe la líder de las nälavh—. Tenemos temas muy importantes que tratar.

—No pienso separarme de él. Además, confío ciegamente en la diplomacia de mi compañero Avaldur'h, puedo dejar estos temas importantes a su cargo —Se mantiene Zynael con actitud—. Me da igual que lo veas ridículo, no te he pedido opinión. Sólo te he comentado las dos opciones posibles. Tú elijes. O salgo con él, o la bestia come aquí.

La pelirroja no está nada conforme. Parece orgullosa, y parece estar detestando que una desconocida le esté hablando de semejante forma. Pero finalmente se resigna.

—De acuerdo —pronuncia tratando de estirar el cuello con altanería, como si así pudiese parecer más temible a pesar de su corta altura—. Pero Shuleom os acompañará igualmente. Quiero asegurarme de que no haces ninguna tontería.

Zynael afirma con la cabeza. No tiene tiempo para discutir, y sabe que ese es el mejor acuerdo al que podrá llegar.

Salimos de este oscuro palacio acompañados por la enana rubia,

seguidos por los ojos de todas las mujeres que lo custodiaban. Al parecer, aquí son ellas las encargadas de la seguridad del reino y de su gente. Pero desgraciadamente, por muy fuertes que parezcan todas, no son tantas como esperaba sumar.

Zynael intenta acercarse a mí de nuevo frente a las grandes puertas del castillo, pero tan pronto siento su mano aproximarse a mi cara, me veo obligado a retroceder. Le muestro los dientes una vez más en señal de aviso. Ya apenas siento el control sobre mis acciones, y ha dejado de gustarme el hecho de que intente acercarse a mí.

—Tranquilo… Soy yo —me susurra, deteniéndose un instante antes de volver a intentar acercarse de nuevo—. Tranquilo…

Intento centrarme en su voz. Pero la escucho demasiado lejos.

Lentamente, las puntas de sus dedos comienzan a rozarme. Sus ojos grises, tan brillantes y tan sentimentales, se fijan con cariño en los míos, como si tratase de buscar algo más allá del hermoso reflejo de su rostro.

—Estás ahí, ¿verdad? Me estás escuchando —Me sonríe con delicadeza.

Inspiro profundamente para tranquilizarme, guiado por el precioso sonido de su voz tratando de encontrarme bajo esta fachada salvaje.

Shuleom, que estaba observándonos con atención, enarca una ceja y se cruza de brazos aparentemente confundida.

—¿Qué extraña conexión tienes con tu mascota?

Zynael respira hondo y se gira hacia ella, tratando de mostrar normalidad.

—Ya te lo he dicho. No es una mascota.

Muy despacio, empieza a colocarse junto a mi lomo. Fuerzo a mi cabeza a obedecerme y agacho el cuerpo de esta bestia, agazapándolo en el suelo para que Zynael sea capaz de subirse a mi espalda.

—No necesitamos que nos acompañes, ni que nos abras la puerta. Saldremos de aquí igual que hemos entrado —determina cuando ya se ha acomodado sobre mí.

—De eso nada —rechaza Shuleom—. No vais a ningún sitio sin mí.

—Es peligroso —La voz de Zynael denota su nerviosismo y su impaciencia—. Por favor, no insistas. Saldremos solos.

—No pienso dejaros solos —Se mantiene la guapa nälavh.

Zynael suspira con rendición, sabe que no es el momento para discutir y no queda apenas tiempo. Tras unos segundos en los que parece lamentar lo que está a punto de hacer, extiende el brazo para ofrecer ayuda a Shuleom para que suba junto a ella.

—Pues venga —Gruñe—. Sube. No va a resistirse mucho más.

Shuleom duda un instante, pero enseguida parece motivarse con la idea de cabalgar un jalaion'h y acepta el ofrecimiento de la elfa, colocándose justo detrás de ella.

Respiro hondo y me preparo para comenzar a correr a toda velocidad.

Debo ser más rápido que nunca.



Kal'ladril
9

La enana abre los engranajes de la grandísima puerta, moviendo y recolocando unos de los aparentes adornos que la decoraban en su interior, completando una combinación que parece conocer perfectamente. El portón cruje y, lentamente, comienza a moverse como por arte de magia. En otro momento me habría detenido a apreciar con admiración esta tecnología enana tan impresionante, pero en este instante me parece una eternidad completamente desesperante.

Shuleom hace un amago de volver a montarse sobre mi espalda, pero Zynael enseguida la frena.

—¿Dónde vas? ¿También pretendes venir con nosotros al bosque? —Se queja—. La orden era que nos acompañases hasta aquí, para asegurarte, y cito textualmente, de que no hacíamos ninguna tontería. Imagino que de aquí en adelante somos libres.

—De eso nada —Se defiende Shuleom—. Aunque salgáis de la ciudad, esas de ahí fuera siguen siendo nuestras tierras; y tú sigues siendo una extraña del sur con una mascota muy grande.

Zynael está a punto de volver a quejarse cuando suelto un gruñido desesperado, haciéndole ver que no tenemos tiempo para esto. Ya no me importa que me descubra, puede terminar con el teatro y la excusa de la caza.

Necesito hacer la transformación y necesito hacerla ya.

Agito mi espalda obligando a Zynael a desmontarme, y enseguida salta para darme ese espacio que tanto necesito.

—¿Qué le pasa a tu bestia?, ¿tan incontrolable es su hambre? —Shuleom retrocede dos pasos, llena de desconfianza—. Se muestra muy

reacio incluso contigo… ¿No decías que a ti no iba a atacarte?

La nyëlkhem guarda silencio. Sabe que no sirve de nada contestar cuando está a punto de presenciar las respuestas a todas esas preguntas.

Camino unos pasos y salgo de la ciudad enana, seguido por ambas mujeres, entonces comienzo ese cambio infernal que tanto sufrimiento me produce. Abandonando como despojos, una vez más, la piel de este hermoso animal.

Y por los dioses juro que jamás había recordado una transformación tan dolorosa y tan larga como esta.

El sufrimiento ha sido tan lacerante, que incluso he creído ver a la muerte danzando a mi alrededor; aguardando como un buitre que vuela en círculos sobre su moribunda presa; deleitándose con solo pensar en el escaso hilo de vida que le queda a su objetivo.

***

Trato de recuperar el aliento cuando caigo de rodillas.

La nieve se derrite y suelta vapor cuando las palmas de mis manos se hunden en ella, sobrepasando mis muñecas. Mi corazón está demasiado exaltado tras la transformación, y mi piel arde tanto que incluso creo tener fiebre. He tenido que luchar conmigo mismo para no desmayarme. Si esto hubiese ocurrido en el sur, con su calidez, el resultado habría sido mucho peor. Tal vez esté hecho para el frío, después de todo.

Respiro hondo. Necesito tranquilizarme.

Por un momento, he pensado que perdía completamente la razón.

Siento de repente su suave caricia pasando por mi espalda, intentando ayudarme a tranquilizarme.

—Tengo muchísimo calor... —mascullo con dificultad, entre cada jadeo que expiro.

—Lo noto, quemas más que unas brasas… —Zynael continúa acariciándome lentamente la espalda. Tratando de calmar mi fatiga, como si con cada movimiento de su mano sobre mi piel pudiese borrar el sufrimiento que acabo de pasar—. Cualquiera que no fuese yo podría dejarse la piel pegada en la tuya.

Coloca suave y delicadamente la capa que le cedí sobre mi cuerpo. —Acabo de decirte que…

—Sé muy bien lo que acabamos de hablar, pero no importa —me corta, impidiendo que termine—. No puedes estar así con este clima.

Por mucho calor que tengas, tienes que cubrirte. Ahora mismo no podemos permitirnos la mala suerte de que enfermes.

Acepto su ayuda y vuelvo a respirar, centrándome únicamente en no desplomarme debido a la exagerada subida de temperatura que acabo de experimentar.

Entonces escucho la voz entrecortada de Shuleom, que hasta ahora se había mantenido al margen.

Callada.

Observando todo el proceso con terror.

—No puede ser…

Ladeo con mis débiles fuerzas la cabeza hacia ella, todavía apoyado en el nevado suelo. Sucio. Sobre los restos repugnantes que mi propio cuerpo acaba de expulsar.

Sus ojos están totalmente fijos en mí, y su mandíbula totalmente desencajada.

—Tú… —murmura Shuleom—. Tú…

Suspiro. «Sí, yo… soy yo: Kal'ladril Akhelbec'h, el hijo del innombrable. No quiero empezar esta conversación ahora, por favor».

Intento ponerme en pie, pero me cuesta varios intentos hasta que finalmente lo consigo. Mantengo la capa que me ha devuelto Zynael para cubrirme el cuerpo desnudo, respetando la incomodidad que ellas puedan sentir.

—No… —Sigue analizando la enana—. No puede ser…

Comienza a caminar lentamente hacia mí, observándome fija y detalladamente. Como si yo fuese algún tipo de leyenda a la que jamás creyó poder admirar.

—No es posible —Se detiene bruscamente mostrando su

desconfianza, volviendo a mirarme a los ojos tras un largo y minucioso

estudio—. ¿De verdad eres tú?

—Kal'ladril Akhelbec'h, hijo de Karanthir y Puolhiry Akhelbec'h, reyes de Drilembiyr'h —Me presento, rendido a su insistencia—. Siento no haberme mostrado antes, pero imaginé lo que pensaríais de los míos. Y viendo lo visto, no me equivoqué.

Shuleom frunce su ceño de repente. Desde luego, escuchar el nombre de mis padres no es algo que le haya gustado.

—¿Puolhiry y Karanthir?... —murmura con impacto—. ¿Eres un Akhelbec'h?

Intento centrarme en respirar e ignoro lo que sé que va a venir a continuación.

—Eso es lo que acabo de decir, sí —susurro.

—¡Eres un sucio Akhelbec'h! —Termina de darse cuenta finalmente, como si acabase de aceptarlo por primera vez desde que me ha visto. De repente se lanza hacia mí con su arma cargada en alto, poseída por una rabia descomunal. Llena de ira, de desprecio, de decepción, de rencor y de resentimiento.

Intento esquivarla, y lo consigo, pero mis fuerzas son tan débiles que vuelvo a tambalearme. Entonces Zynael se coloca entre nosotros con su arma preparada, lista para defenderme.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! —Le advierte la elfa.

—¡Es un Akhelbec'h! ¡Es el hijo de esos monstruos! ¡Qué idiota he sido! —Se lamenta Shuleom, arrepintiéndose tal vez de habernos dejado pasar —. ¡Voy a matarlo!

—¡Como has podido comprobar, no ha venido a haceros daño!

—¡Voy a matarlo! —repite, volviendo a intentarlo.

—No. Vas. A. Tocarlo —Zynael bloquea su ataque.

Shuleom se lanza una vez más. Esta vez su ataque choca contra el mandoble de la nyëlkhem con tanta fuerza y tanta precisión, que se ve obligada a flexionar sus rodillas para controlar la increíble fuerza de la enana.

—¡¡Voy a matarlo!! —Persiste la norteña.

Zynael se ve envuelta en una batalla cuerpo a cuerpo que no esperábamos. Miro a mi alrededor buscando una alternativa para ayudarla. No puedo volver a transformarme, y tampoco tengo mi ropa ni mis armas. Las tenía Avaldur'h cuando nos hemos adentrado en la ciudad, pero no he visto que las llevase cuando ha llegado al castillo, así que imagino que las habrá dejado escondidas en algún sitio.

Me fijo en todos los árboles que nos rodean, con la esperanza de encontrar mis pertenencias aguardando bajo el tronco de alguno de ellos. Mas no es así, y tampoco puedo separarme de Zynael para buscarlas.

Por suerte, es una guerrera increíble y aguanta de manera impecable.

—¡Para! —Frena a su rival con una destreza magistral, deteniendo las fuertes contras de Shuleom con increíble pericia—. ¡No somos enemigos!

—¡Por supuesto que lo sois! ¡Es un Akhelbec'h, y es el infierno! ¡Y todos los que los acompañen son nuestros enemigos! —Ataca Shuleom otra vez.

—¡Para! —repite Zynael—. ¡Olvídate de los apellidos y escúchanos!

—¡No tengo nada que escuchar! —Arremete de nuevo la nälavh, sin parar.

Zynael continúa resistiendo, pero parece perder la paciencia y da dos pasos hacia detrás para tomar distancia. Carga su mano y, de repente, Shuleom sale disparada empujada por una potente ráfaga de aire, chocando con agresividad contra la inmensa pared de la muralla.

—¡Te había dicho que pares! —exclama Zynael con rabia.

Shuleom abre los ojos de par en par cuando logra reaccionar de la fuerte conmoción que acaba de sufrir. Llevándose la mano a la cabeza, donde acaba de golpearse.

Zynael avanza, seguida por mí, y apunta con uno de los filos de su mandoble en el corazón de la enana; amenazándola; pidiéndole que se tranquilice.

La nälavh parpadea varias veces, tratando de hacerse a la idea de lo que acaba de ocurrir, dándose cuenta del tipo de rival que tenía frente a ella. Se mira la mano que acababa de llevarse a la cabeza y se da cuenta de que está sangrando.

Me quedo plantado junto a Zynael, observando desde mi altura a

Shuleom con seriedad. Quiero que note que no flaqueamos frente a sus insultos, y que no somos una amenaza siempre y cuando esté de nuestro lado.

—¿Vas a tranquilizarte ya? —le pregunta la elfa con impaciencia, inclinando todavía más su arma para no darle otra opción aparte de la que ella quiere escuchar.

—¿Por qué?… —masculla Shuleom.

—Porque sólo hemos venido a hablar —repite Zynael—. Si este elfo fuese vuestro enemigo os habría matado a ti, a tu reina, y a todos los demás, cuando estábamos en ese castillo. Sin embargo, aquí estamos. Porque hemos decidido salir para que no os supusiera un peligro.

—¿Por qué una nyëlkhem está apoyando y defendiendo a un sygära de la luz? —pregunta la nälavh, todavía encerrada en su idea. Ignorando a Zynael como si no estuviese diciendo nada racional—. ¿Cómo puedes?

—De la misma forma y por la misma razón por la que lo apoyan los bul'lohís, los nyëlkhems de Eruful'h, los humanos, y los shbal sygäras sobrevivientes. ¿O debo recordarte que todo Elthymeron ha decidido unirse a ellos? —Zynael está tensa y exasperada. Es evidente que no logra comprender tanta negación inflexible.

Shuleom vuelve a mirarme de arriba abajo. Su odio no ha desaparecido ni un ápice.

—Vengo a ofreceros alianza. Por vuestro bien, y por el nuestro — hablo finalmente, manteniéndome en calma—. Entiendo tu odio hacia mi padre y, por descendencia, hacia mí. Lo entiendo mucho más ahora que he visto lo que aquella guerra causó en vuestras tierras. Pero no fue una guerra que tú y yo hubiésemos podido cambiar. Ni si quiera habíamos nacido. Sin embargo, estamos ahora aquí para decidir el destino de esta —Decido extender el brazo y le tiendo la mano, ofreciéndole mi ayuda para ponerse en pie.

Zynael me mira al instante, mostrándome su desconfianza hacia mi decisión. Entonces le hago un gesto con la cabeza para pedirle que se aparte y deje de apuntar a Shuleom con su arma.

La elfa duda y gruñe, nada convencida con mi petición. Pero me conoce, y sabe que no se lo pediría si no estuviese seguro de que es lo mejor. Así

que finalmente accede y, a regañadientes, da un paso hacia detrás volviendo a colocar su arma en su lugar.

Vuelvo a enfocarme en Shuleom, manteniendo mi brazo extendido.

—No te pido que nos perdones. Ni a mi padre, ni a su ejército, ni a mi apellido —me explico de nuevo—. Lo que te pido es que dejemos nuestras diferencias y nuestro odio a un lado, y luchemos juntos esta vez por una causa común: salvar este continente, que es nuestro hogar y el de muchísimos seres inocentes.

La nälavh se fija por fin en mi mano, dudando abiertamente de mis intenciones.

—Si os unís a nosotros, cuando la Nueva Guerra acabe y venzamos, yo mismo vendré acompañado de los mejores obreros de Drilembiyr'h para levantar de nuevo todas y cada una de vuestras casas. Os ayudaremos a reconstruir vuestra tierra, eso os lo prometo — pronuncio con decisión—. Pero primero necesito que aceptes la alianza y te fíes de las palabras de este sygära sureño.

Shuleom me mira a los ojos. Esta vez, tras su odio consigo apreciar un ligero brillo que oculta esas ganas de confiar en mí; ese deseo ahogado y hundido que jamás pensó que podría notar.

Finalmente, tras luchar consigo misma interiormente, comienza a subir su brazo muy despacio y apoya su mano sobre la mía para valerse de mi ayuda. Una vez está en pie me suelta para volver a comprobar si su cabeza todavía sangra.

—Te pondrás bien —gruñe la nyëlkhem como respuesta, sin sentir ninguna culpa al respecto—. Quizá así a la próxima sepas parar cuando un rival más fuerte que tú te lo advierta.

Shuleom mira a Zynael con rabia, pero no se queja. No puede negarlo.

Estoy a punto de añadir un poco de calma a la tensión de ambas, pero una conocida voz me corta antes de que pueda hacerlo.

—Han accedido —dice repentinamente Avaldur'h.

Me giro rápidamente para observar a mis amigos, que ya están saliendo de la derruida ciudad. Shuleom muestra su sorpresa al instante, aunque no parece atreverse a decir nada. Tal vez, su cabeza y la seguridad que le

acabo de transmitir le estén haciendo dudar de sí misma. O tal vez solo sea orgullo, y se sienta ridiculizada por haber sido derrotada.

—Tu ropa y tus armas están escondidas en el bosque —Señala Daisha tras comprobar que todavía sigo desnudo, únicamente cubierto por la capa —. Pensamos que no era buena idea cargar con algo de tanto valor, podrían habernos pedido que se las diésemos. Te las traeré.

Asiento y vuelvo a girarme hacia Avaldur'h.

—Avaldur'h Dültoir… —Recuerda Zynael en voz alta, resaltando el importante dato que el norteño ha revelado antes.

Mi hermano del sur respira hondo y se queda callado frente a nosotros.

—Imagino que has considerado que era un buen momento para revelarlo —añado, acompañando a Zynael en el tema que ha decidido tratar—. ¿Hay algo más sobre tu pasado, ese que supuestamente no recordabas, que quieras contar o compartir?

—Nada que sea apropiado ahora —responde.

Frunzo la nariz.

—De eso nada —Se queja Zynael—. ¿Llamas a Kal'ladril hermano y no confías en contarle quién eres? Has preferido revelar tu apellido a estos enanos antes que a nosotros.

—No puedo daros una explicación ahora —se excusa de nuevo.

—¿Qué te lo impide además de ti mismo?

Avaldur'h abre la boca, pero finalmente se calla. Nos quedamos con la duda de si era para responderle, o si pretendía esquivar sus explicaciones otra vez.

—Qué dichosos fueron los dioses contigo al darte ese cuerpo — bromea Dai-sha cuando llega de nuevo junto a nosotros, desviando radicalmente el importante tema de conversación—. Aunque sea realmente irresistible tenerte así, no creo que sea apropiado con este frío. Nunca pensé que te lo pediría, pero vístete.

Le dedico una sagaz sonrisa, divertido por su eterno afán de flirteo, y vuelvo a agarrar mi ropa.

—Gracias —Enseguida me quito la capa para volver a vestirme.

—Tratábamos de averiguar qué más oculta Avaldur'h sobre su pasado que pueda resultar importante —Zynael se cruza de brazos, manteniéndose firme en lo que parece considerar importante.

Dai-sha mira al alquimista en un gesto que percibo como si acabase de solicitar el rol de portavoz, como si acabase de pedirle que no hable más.

—¿Y habéis conseguido algo? —duda el hechicero.

—No —gruñe la rubia—. Aún nada.

—Eso es porque la vida de este señor es, y siempre ha sido, muy aburrida —Dai-sha le dedica un guiño a Avaldur'h de forma cariñosa y se gira hacia mí—. Creo que tenemos cosas mucho más importantes de las que hablar. Si quieres escucharlas, claro.

Asiento, dándole así el permiso y la libertad para proceder.

—Los enanos lucharán del bando de Drilembiyr'h y se sumarán a su alianza con el resto de reinos —nos cuenta, abordando el verdadero y único tema que habíamos venido a tratar a estas tierras—. Pensaba encontrar en Bàiarel una persona cerrada de mente, testaruda y terca..., pero me ha sorprendido. A pesar del odio y la desconfianza que han acumulado durante tantísimos años, culpa de los pensamientos pesimistas de sus antepasados, ha resultado ser realmente inteligente — Mira a Shuleom y expira una risa burlona—. Vuestra talla no influye al tamaño de vuestro cerebro.

—¿Nos estás insultando? —Shuleom se encara hacia él, mostrando su cabreo.

En respuesta, Dai-sha se cruza de brazos con su ceja enarcada y su afilada sonrisa aún más pronunciada.

—¿Qué opinas? —me pregunta, ignorándola al instante—. Buenas noticias, ¿no?

—Muy buenas —confieso, extrañado—. Y *muy* rápidas.

—¿Queréis compartir cómo lo habéis logrado? ¿Cómo les habéis convencido? —La tensión en la mandíbula de Zynael delata su desconfianza—. Me sorprende vuestra eficacia. Parecía completamente reacia a aceptar la alianza.

—Y lo era —admite Dai-sha—. Pero habíamos venido para eso, ¿verdad?

No íbamos a aceptar un no por respuesta. Solo ha hecho falta hablarle de Kal'ladril, y de quién es realmente. En cuanto nos ha escuchado hablar de cómo es, ha podido entender que el apellido que le acompaña no es señal de peligro.

—¿Y vosotros? —Se preocupa de repente Idril, metiéndose en la conversación con un extraño y exagerado nerviosismo—. ¿Ha… Ha ido todo bien? —Su voz parece temblar. No sé comprender si es preocupación por lo que haya podido suponerme el sostener tanto la transformación, o si hay algo más.

Zynael observa a su indispensable con el ceño fruncido. Algo me dice que ella también ha percibido su tono de manera confusa.

—Estamos bien —respondo finalmente, intentando no darle demasiada importancia. Al menos, no de momento—. Ha ido todo bien.

—Me alegro —Sonríe, de nuevo de una forma un tanto forzada e incómoda.

—Por cierto, ¿Shuleom, verdad? —Avaldur'h se dirige a la enana—. Te veo callada, aunque también tranquila. Imagino pues que el "ha ido todo bien" también incluye la explicación pertinente que han debido darte cuando has visto al sygära que se escondía bajo ese jalaion'h.

—No exactamente… —responde ella—. De entre todas las sorpresas que hubiese podido esperar, jamás habría sido encontrarme con un Akhelbec'h.

Avaldur'h asiente elegantemente.

—Conozco el desconcierto y la decepción que has debido sentir. Ven conmigo. Hablemos, como las razas amigas que siempre hemos sido, de las razones que me llevaron a confiar ciegamente en este hombre a pesar del apellido que porta —El alquimista apoya la mano sobre la espalda de Shuleom y la invita a alejarse de nosotros, con la intención de seguir hablando en privacidad.

La rubia se cruza de brazos y sigue con la mirada a Avaldur'h, la enana, y a Dai-sha, que por alguna razón también se ha unido a acompañarlos. De nuevo se percibe en ella esa clara desconfianza.

De repente Èridel se acerca para despedirse.

—Creo que nuestros caminos se separan aquí —dice justo antes de

abrazar a Zynael con fuerza, evitando que le dé tiempo a negarse.

Haläinel abraza también a Jóngruf, su fugaz amante, dándose cuenta de que ha llegado el momento de despedirse. Cuando las dos nyëlkhems se separan, Èridel me sonríe y extiende su mano para rozarme, dándome las gracias una vez más por simplemente existir.

—Suerte en tu misión, Kal'ladril. Que Sauthriel y tu dios Avoulh te acompañen en todo momento —Reverencia con honor la mestiza del norte.

—Gracias —Llevo mi puño al pecho e inclino la espalda. Comienzo a apreciar ese gesto tan peculiar de su raza y sus costumbres— . Gracias por habernos acompañado para ayudarnos con estos enanos, y gracias por uniros a nosotros en la alianza para la guerra.

—Somos habitantes del mismo continente —Sonríe—. Gracias a ti por haber permitido que nos sumásemos a vuestro trayecto, y por habernos permitido conoceros.

—¿Os quedaréis aquí con los enanos? —pregunta Zynael a su nueva compañera, con la cual parece haber conectado en fuerza y carácter—. ¿Os prepararéis para la guerra con ellos?

Èridel asiente.

—En ese caso, volveremos a vernos en el campo de batalla y podremos luchar juntas —añade la sureña—. Si Sauthriel quiere.

—No. Si Sauthriel quiere, volveremos a vernos cuando todo acabe, brindando con una jarra de tylkainem —propone Èridel.

—¿Una jarra solamente? —bromea Zynael—. En ese momento

habrá muchas cosas que celebrar, dudo que una sola jarra sea suficiente.

***

Las despedidas concluyen. Los nyëlkhems del norte vuelven a entrar a la ciudad enana. Viajarán hacia Wolftundur con el ejército de Zandoorbrock en dos o tres noches. Los bul'lohís arrancan para reunirse con el resto de su pueblo más al sur.

Jóngruf le cuenta a su mejor amigo, a Idril y a Záldur, sus sensaciones al despedirse de la nómada. Su breve aventura parece haber sido fructífera y

placentera para ambos, incluso han prometido volver a verse cuando todo acabe.

Miro al cielo para intentar ubicar el momento del día en el que nos encontramos, pero las nubes son tan espesas que impiden mi orientación. Vuelvo a fijarme en ese lugar por el que se han perdido Avaldur'h, Dai-sha, y la enana Shuleom. Por lo visto se han alejado bastante, adentrándose bien en el interior del poblado abandonado. —¿Los oyes? —salta Zynael, dándose cuenta del lugar hacia el que estoy mirando—. ¿Puedes escuchar su conversación? ¿Sabes de qué están hablando?

—Que pueda oír, no implica que deba escuchar —Vuelvo a llevar mi atención hacia ella—. Me volvería loco si tuviese que prestar atención a todos los sonidos y las conversaciones que me rodean constantemente. Además, no me interesa lo que puedan estar hablando.

—No te interesa... —Se cruza de brazos. Su ceja enarcada demuestra que no me cree—. Por eso has puesto esa cara cuando Avaldur'h le ha pedido a la enana que le acompañe a hablar a solas. Por eso te has puesto de morros cuando Dai-sha se ha marchado con ellos.

Frunzo el ceño.

—Esa —Sonríe con malicia—. Esa era la cara.

Suspiro, derrotado por la evidencia.

—Todos guardamos y revelamos de forma selectiva lo que tenemos dentro. Y cuando decidimos hablar, también elegimos a quién contar y cuándo nos interesa hacerlo —mascullo entre dientes. No tengo intención de que comparta lo que pienso, pero estoy siendo sincero—. No voy a juzgar a nadie por tener secretos cuando yo también los tengo, ni tampoco voy a perder tiempo en intentar conocerlos. Si se han ido para que no podamos saber algo, es porque no desean que lo hagamos.

—Pero son tus amigos, y sé que dadas las circunstancias te hubiese encantado saber lo que sea que se tengan entre manos —Adivina, sumando esa excepción tan evidente.

Me quedo en silencio, incapaz de negarle dicha afirmación.

—¿Puedes oírlos o escucharlos? —Insiste en su pregunta inicial, motivada tras comprobar que nuestra curiosidad tiene la misma opinión en

este caso.

—No —Expiro, confesando sus sospechas—. Ni una ni otra, se han alejado bastante.

—¿Lo habrán hecho a conciencia? —Duda, girándose hacia el punto por el que se han marchado—. Conocen aproximadamente los límites de tus sentidos. ¿Crees que se habrán alejado lo suficiente para que no puedas escucharlos de ningún modo?

Su desconfianza hace nacer en mí el mismo sentimiento. Mi nariz se arruga con disconformidad y, por primera vez, comienzo a plantearme seriamente de qué tratará esa conversación que tanto empeño han puesto en ocultarme.

—Hay cosas que antes hemos pasado por alto, y que ahora me están despertando muchas dudas —continúa, haciéndome conocedora de su recelo—. Avaldur'h y Dai-sha siempre han tenido conversaciones privadas, aunque jamás había notado tanto secretismo. Pensé que simplemente estarían flirteando, pero... ¿y si hay algo más?

Me cruzo de brazos, pensando en todas y cada una de las veces que mi mejor amigo y el norteño se han perdido juntos.

—Algo más, ¿como qué?

Zynael agarra mi brazo y tira de mí para alejarnos del resto, buscando privacidad.

—Mira a Idril —Hace un gesto con la cabeza señalando hacia su amiga—, está nerviosa e incómoda. Y lo más extraño de todo es que los demás están igual, y parecen estar obligándose a disimularlo.

Vuelvo a mirar a la nyëlkhem castaña. Es cierto que parece estar tensa. Su sonrisa parece forzada para aparentar normalidad.

—Algo ha ocurrido ahí dentro cuando nos hemos ido, estoy segura —expone su pensamiento—. Algo me huele muy pero que muy raro, y me preocupa.

—A mí me preocupa más lo que pueda estar ocurriéndote a ti. Estás muy desconfiada últimamente. En poco tiempo has empezado a plantearte ideas disparatadas y a sobrepensar cosas que nunca antes habían parecido importarte —Mi interés se centra en ella, en conocer esos demonios que

puedan estar atormentándola—. Dai-sha y Avaldur'h siempre han tenido secretos; Idril siempre está inquieta por algún miedo. No veo nada extraño en ellos. Pero en ti sí. Veo una preocupación descontrolada que debe venir de algún punto que no me has contado. Si dudas de que puedan estar ocultándome algo, no lo hagas tú también.

—Son mis sueños —revela sin pensárselo, lanzada por la confianza que siente hacia mí—. Tengo pesadillas constantemente.

—Lo sé —Llevo mi mano a su mentón para levantar su cara hacia la mía y apoyo mi palma en su mejilla—. Y me culpo cada noche cuando te veo sufrirlas, porque todavía no he podido vengar a los malnacidos que te hicieron aquello. Pero…

—No, Kal'ladril —Empuja mi muñeca para impedirme tocarla, como si se negase a recibir mi compasión— No lo entiendes. No te estoy hablando de esas pesadillas, sino de otras que se cuelan entre ellas y me torturan mucho más.

Parpadeo con contrariedad, intentando comprender a qué se refiere.

—Veo eventos dramáticos y criaturas extrañas que no logro comprender —Su voz tiembla mientras lo cuenta, demostrando el terror que esas imágenes le han hecho sentir—. Veo mentiras; veo muerte; veo pérdida; veo destrucción; y te veo a ti de una forma que me desgarra el corazón. Es como si estuviese viendo lo que va a pasar, como si mis sueños estuviesen avisándome de algo para que intente evitarlo.

—¿Qué? —Siento frío. No por lo que acaba de revelar, sino por la forma en la que lo ha hecho. Realmente tiene miedo de esos sueños, y cree firmemente en ellos.

—Estoy segura de que intentan avisarme de algo —mantiene.

—¿De qué? —susurro, queriendo comprenderla.

Su mandíbula se tensa y su vista se aparta de mí, negándose a sí misma seguir respondiendo.

Aguzo la mirada.

De repente creo entenderlo todo.

—Dime que no estamos hablando de la misma locura que insinuaste en Dostanit —Mi garganta se cierra—. Dime que no sigues dándole vueltas a

aquello.

—No puedo.

Expiro una risita derrotada y ruedo los ojos al cielo.

—Enana, por favor… —Vuelvo a mirarla—. ¿Cuál es tu duda entonces? ¿De qué sospechas? ¿Qué tienen todos ellos que ver con esa suposición descabellada tuya?

—Ya te pedí que no me tratases como si estuviese loca —gruñe, tomándoselo como algo personal—. Sabes que todo esto no me importaría lo más mínimo si no me preocupase por ti, ¿verdad?

—Lo sé —Mis manos vuelven a extenderse sobre sus mejillas, apoyándose en ellas de forma delicada. Como si temiese hacerle daño con solo rozarla. Queriendo tranquilizarla—. Claro que lo sé…

—Pero aun así te parezco absurda —Sus ojos sostienen los míos con dolor.

—No. No pienso nada parecido.

—Pues confía en mí, Kal'ladril. Hay algo muy serio a nuestro alrededor de lo que todavía no somos conscientes —El temblar de su cuerpo demuestra una necesidad imperiosa de que la crea. Como si sentirse comprendida por mí fuese un imperativo para ella—. Estoy completamente segura de ello, a pesar de no saber porqué.

—¿Y crees que nuestros amigos saben algo al respecto?

Respira hondo. Parece incapaz de responder en un primer instante, como si se negase a aceptarlo, pero finalmente asiente.

—Me aterra admitirlo, Kal'ladril. Me aterra porque todo tiene que ver contigo… —murmura—. Pero sí. Creo que tus amigos, nuestros amigos, están detrás de algo.

Asiento y seseo para frenar su nerviosismo. Acerco mis labios a su frente para besarla y cierro los ojos para respirarla. Necesito que me sienta aquí para ella, y necesito que deje de preocuparse.

—Gracias… —Mi boca roza su piel—. Gracias por avisarme de tus suposiciones. Confío ciegamente en ti y en tu intuición. Podrías decirme que Dai-sha, Elwë, o cualquier ser querido cercano te ha tocado, y lo mataría sin preguntar. Así que, si dudas de ellos, voy a estar muy atento a

partir de ahora —La miro con calma, transmitiéndole ese pasional sentimiento que tengo hacia ella. Sus luceros plateados se agitan emocionados—. Pero por favor, no te preocupes más por mí. Lo que sea que estén tramando, o nos estén ocultando, jamás me importará más que tú. Sea lo que sea, lo descubriré y lo evitaré. Estaré bien. Pero necesito que me prometas que no vas a pasar nuestras últimas lunas juntos sufriendo así.

Respondiéndome de la mejor manera que podía hacerlo, hunde sus deliciosos labios en los míos en un cálido y sentimental beso. Sus brazos me aferran con fuerza alrededor del cuello, pretendiendo fusionar nuestros cuerpos en uno solo. Mis manos la sostienen contra mí, desando penetrar bajo las capas de su abrigo para llegar a rozar su piel.

Su labio inferior se queda enganchado al mío cuando vuelve a soltarme, muy despacio. Respira hondo y fija su mirada en mí como si quisiera desnudar mi alma. La pasión que transmite me llena el pecho de un sentimiento incontrolable y placentero que a la vez me aterra, pues todavía es completamente desconocido.

Y nos quedamos así, de nuevo, como ha ocurrido en infinidad de ocasiones desde que decidimos mirarnos por primera vez. Clavados el uno en el otro. Prendados. Presos de ese magnetismo y esa conexión que ninguno hemos podido evitar.

—¿Qué? —runruneo. Mis manos siguen sosteniéndola.

Se da unos segundos antes de responder mientras observa mi rostro con detalle, estudiando cada milímetro de mi cara con admiración y vehemencia.

—Estoy tan enamorada de ti… —susurra, derritiéndome por dentro—. ¿Qué has hecho conmigo, imbécil…? ¿Cómo has conseguido tenerme así?

Sonrío. De la forma más absurda y melindrosa que existe. Como un pusilánime que es incapaz de resistirse a un par de palabras. Esas palabras que, desde que las dijo, no he dejado de repetir en mi cabeza.

«*Estoy enamorada de ti*… Si ella supiese lo que me hace sentir».

—No lo sé. Pero dímelo cuando lo sepas —Mi pulgar repasa su labio inferior con delicadeza—, para no dejar de hacerlo.

Zynael suspira con excitación, expulsando todos los miedos y las dudas que parecían estar atormentándola hace un instante. Rendida ante nuestra cercanía y esa pasión desbordante que nos envuelve cada vez que nos acercamos. Cada vez que nos besamos.

La abrazo contra mí para terminar de ayudarle a relajarse, y aunque es cierto que no desearía estar en otro lugar que no sea este, junto a ella, mi cabeza es incapaz de centrarse. Acabo de pedirle que no se preocupe por mí, sin embargo mi mente no puede dejar de divagar en cada una de sus palabras y advertencias. Mi cuerpo y mi corazón están aquí con ella, pero la inquietud que ha despertado me están llevando a otro lugar.

Mis ojos se dirigen hacia ese bosque, donde el que creo poder considerar mi mejor amigo, y mi compañero norteño, se han perdido para hablar.

—¿Van a tardar mucho más? —planteo repentinamente justo antes de soltar a Zynael, elevando el tono de voz para obligar a todos a prestarme atención—. ¿Creéis que va para largo? ¿Debemos esperarles aquí o podemos buscar un refugio para pasar la noche hasta que lleguen los farcnars?

La rubia reacciona con asombro, sorprendida por mi repentina prisa, pero enseguida parece entenderlo. No necesito explicarle nada, comprende que mi rebote solo pretende alejar esas dudas de mi mente. —¿Deberíamos saberlo? —responde Jóngruf.

—No lo sé, por eso os pregunto —En mi tono es notorio un ligero hilo de desconfianza—. ¿Lo sabéis?

Thaeón mira a su mejor amigo, que enseguida reacciona balbuceando.

—No. No tenemos ni idea de qué estarán haciendo —salta el moreno en lugar de su inseparable—. Me parece buena idea ir adelantando. Aquí hace frío. Busquemos algún lugar donde esperarlos refugiados.

Idril mira con incomodad a Záldur, y una vez más me doy cuenta de ello.

—¿Por qué no nos resguardamos dentro de la ciudad? —propone el wolftundiano, intentando disimular tras darse cuenta de que mi atención se ha centrado en ellos.

De forma completamente involuntaria la castaña aprieta la mano de su rudo compañero. Como si pretendiese regañarlo, como si su idea fuese

algo descabellado e impensable. Mi ceño se frunce. Soy incapaz de seguir ignorando su extraña actitud.

—Idril, ¿te pasa algo? —pregunto sin rodeos.

—¿Que? —Su zozobrada reacción la delata antes de responder—.

No, no. ¿A qué te refieres? ¿Qué iba a pasarme?

—Acabo de preguntarte, ¿verdad?

Su boca se abre, pero de sus labios solo se escucha una confusa onomatopeya.

—¿Idril? —Zynael arruga las cejas sobre su nariz, molesta—. ¿Estás bien?

—Pues —Alarga esta palabra, intentando buscar en su interior la respuesta—, no. No estoy bien. Nada bien, en realidad. Estoy asustada. Haber salido de esta ciudad implica que nuestra siguiente parada es el reino de los elfos norteños, y allí vamos a encontrarnos con algo que me aterra. No quiero tener que verlo.

Me cruzo de brazos, analizando la facilidad con la que acaba de explicarse. De repente parece sincera, no hay nada en su lenguaje corporal que pueda llevarme a pensar que está poniendo excusas. Nos está diciendo la verdad.

—¿Entonces es solo eso? —La tensión en la espalda de Zynael se relaja notablemente. Conoce muy bien a Idril, y también se ha dado cuenta de que ha sido franca con ella—. Te entiendo, a mí también me da miedo. Pero sabes que no voy a dejar que te ocurra nada. Y Kal'ladril tampoco.

Miro a Zynael por el rabillo del ojo y asiento. Fue algo que les prometí a ambas, y por supuesto cumpliré con mi palabra.

De repente los ojos de Idril parecen llenarse de lágrimas. Brillan y tiemblan como un lago bajo una fuerte tormenta, similar a la que ella parece estar librando en su interior. Sin embargo, por primera vez desde que la conozco, se obliga a retenerlas.

—Gracias… —Sale corriendo hacia nosotros y envuelve a Zynael en un fuertísimo abrazo—. Sois mis ángeles y os quiero muchísimo. De verdad, muchísimo.

Zynael abre la boca con sorpresa, impactada por la efusiva reacción de

su mejor amiga, pero enseguida la abraza de vuelta. Consolándola, como si hubiese algo por lo que hacerlo. Siendo cómplice y compañera de sus miedos.

Ya no sé si sentirme conmovido, o si esta conducta es solo otra alarma por la que debería preocuparme.

Suspiro y vuelvo a girarme hacia el poblado, centrando de nuevo mi atención en mis sentidos. Sigo sin escucharlos, y eso me mosquea. «¿Y si Zynael tiene razón? ¿Y si realmente se han alejado tanto como para que no pueda percibirlos? ¿De verdad pondrían tanto ímpetu en ocultarme algo?».

—Debo llamar a los farcnars —recuerdo de nuevo a todos—. Busquemos un buen sitio donde pasar la noche, porque deberemos aguardar allí hasta que acudan. Por supuesto no pienso hacerlo dentro de una ciudad llena de gente que me detesta —Miro al pelirrojo directamente, encargándome de que se dé por aludido—. Que quiera unir a los enanos a nuestra fuerza, no quiere decir que esté dispuesto a confiarles un secreto semejante. Todo Elthymeron piensa que los farcnars se extinguieron, y así seguirá siendo.

Záldur asiente varias veces de forma exagerada, aceptando mi explicación.

—Vayámonos pues —Da el primer paso, utilizando su iniciativa como excusa para dejar la conversación—. Siempre como ordenes, mi capitán.

Lo estudio cuando pasa frente a mí para comenzar a adentrarse en el poblado. Thaeón y Jóngruf le siguen sin rechistar. Por mucho que me esfuerce en normalizarlo, es demasiado evidente que algo está alterando la calma habitual de los demás. Y no sé si me intriga, si me enfada, o si simplemente debería dejarlo estar.



Kal'ladril
10

Una a una vamos comprobando las ruinas de aquellas viviendas abandonadas, esperando poder encontrar alguna que aún mantenga las paredes y al menos parte del tejado. Pero parece casi imposible que vayamos a hallar algo decente. Entre dormir dentro de alguna de estas casas o dormir en el exterior, no hay ninguna diferencia.

Con cada vistazo que doy, lamento más y más la Gran Guerra y todo lo que ocurrió. ¿Qué debió vivir este pueblo para llegar a dejar atrás sus hogares como si no hubiesen significado nada? No son solo construcciones; son sus historias y sus vivencias las que han quedado deterioradas por el paso de los años, consumidas bajo la nieve de sus incontables tormentas.

—¡Chicos! ¡Mirad esto! —exclama Thaeón repentinamente—. Echadle un ojo, creo que puede servirnos. No me parece que vayamos a encontrar nada mejor.

Nos reagrupamos alrededor de una vieja casa de la que apenas quedan algunas de sus estancias en pie. No está completamente cubierta, pero es la mejor opción entre todos los escombros que nos rodean.

Empujo la desgastada puerta de madera podrida con el costado, abriéndola lentamente. Cruje tanto que incluso parece que va a derrumbar lo que queda en pie.

Me veo obligado a agacharme para poder avanzar por el hueco de esta pequeña entrada. Una vez dentro, observo con detalle esta fría y húmeda estancia. Hay algunos agujeros en el tejado y en las paredes que permiten que la nieve se cuele en su interior. El suelo está lleno de charcos y de suciedad, de restos y excrementos de animales que habrán usado este

lugar como refugio. Los pocos muebles que quedan, están pasados por los años y comidos por las termitas.

Thaeón se coloca a mi lado apreciando su descubrimiento. Su nariz y su boca se arrugan en un gesto de disgusto, pero enseguida se encoje de hombros con conformidad.

—Servirá —Suspira.

—Es mucho mejor que nada —añado a su favor.

***

Acabamos de terminar de encender un par de fuegos, aprovechando la madera vieja de los muebles, cuando finalmente escucho las voces de Avaldur'h y Dai-sha acercándose desde el exterior.

—Han vuelto —anuncio.

No necesita pensárselo dos veces. Zynael, movida por sus ansias de recibir explicaciones, sale al exterior dispuesta a recibirlos. O mejor dicho, lista para encararlos. Los demás se miran entre ellos con preocupación pero, por alguna razón, deciden quedarse dentro.

—¿De dónde mierdas venís? ¿Y vuestra amiguita? —gruñe la rubia sin darles tiempo a acercarse; sin darme tiempo a mí a terminar de salir—

. Espero que tengáis pensado contarnos lo que sea que estéis tramando.

—Hola, eso lo primero. Lo segundo, nuestra *amiguita* se ha vuelto a su casita —Dai-sha llega frente a nosotros con completa calma, pero su vacilante y ladeada sonrisa me crispa la espalda por primera vez en mi vida —. Y lo tercero, ¿por qué piensas que estamos tramando algo?

—¿Bromeas? —Zynael se planta frente al hechicero y alza su barbilla con actitud. Retándole. Sin importarle su diferencia de altura—. ¿Vais a negarnos lo que es evidente? ¿Vas a mentirle a tu mejor amigo en la cara?

Dai-sha abre la boca con sorpresa, y enseguida su ceño se frunce. Que le haya atacado usándome de excusa parece no haberle gustado en absoluto.

—Zynael, nosotros tan solo…

—Tú cállate, que ahora iré contigo —Alza su mano para silenciar a Avaldur'h, cortándole antes de que pueda decir nada—. Las preguntas son simples, así que limitaos a responderlas. Después ya podréis darnos las

explicaciones que creáis necesarias.

Dai-sha explota a reír con sarcasmo, no sé si sorprendido o exasperado por la contundente actitud de la mestiza.

—Disculpa, ¿vas a exigirme algo *tú* a *mí*? —El dedo del hechicero remarca sus palabras señalando a Zynael y después a él, demostrando esa clara creencia de superioridad que tanto estoy detestando en este instante.

—Controla ese dedo y la actitud con la que lo usas —bufo. Puedo aceptar su sagacidad cuando se trata de alguien que no es de mi agrado, pero no permitiré que la use contra Zynael. Y mucho menos cuando le está pidiendo explicaciones que a mí también me interesa conocer—. Te lo estamos exigiendo los dos. Pero descuida, te disculpamos.

Los ojos azul-morados de mi amigo me observan con asombro. Veo en su forma de mirarme el impacto que ha sentido al escucharme. Pero ahí, en lo más hondo de ese vibrar y ese brillo, no sé si distingo sorpresa o el característico dolor que acompaña a una difícil y complicada aceptación.

—¿Qué es lo que queréis saber? —Avaldur'h apoya su mano sobre el hombro de Dai-sha y lo aparta ligeramente, dándose así el papel de contestar.

—Todo —resumo brevemente, dedicándoles un gesto de evidencia—. Quiero saber si tenéis constancia de algo, cualquier cosa, que pueda tener que ver conmigo; con el dragón; o con cualquier parte relevante para la misión. Quiero saber todo lo que pueda ser mínimamente importante.

—Vas a tener que ser más explícito, zalèüh —La paz en su voz me enerva, hasta un punto que creía haber olvidado—. El todo puede abarcar demasiadas cosas.

Lanzo mi mano y agarro su cuello con rabia, trayéndolo hacia mí. Avaldur'h enseguida sostiene mi muñeca para intentar suavizar mi fuerza.

—¿Te atreves a vacilarme en este momento? —Mi irritación sale por mi garganta en forma de gruñido. Apoyo mi frente contra la suya y lo miro fijamente—. Por tu bien, y el de tu bonita cara de tuerto, te recomendaría no volver a cabrearme.

Avaldur'h intenta respirar hondo, y se mantiene tranquilo.

—No pretendo tal cosa, zalèüh —Insiste en usar esa palabra que tanto

respeto demuestra—. Te prometí que no volvería a fallarte, y lo sigo manteniendo.

Decido soltarlo con rotundidad, empujándolo hacia atrás con desprecio.

—Entonces empieza por contarnos de qué habéis estado hablando con esa enana durante tanto tiempo, y tan alejados.

—Y seguid por explicarnos cómo demonios habéis logrado convencer a la reina tan rápido —añade Zynael—. Estaba completamente negada a aceptar la propuesta, y de repente parece que una vez más, tal y como hicisteis con Kèstiron, habéis logrado lo imposible. Vuestro secretismo ha empezado a resultar sospechoso.

—¿A qué llamáis exactamente secretismo? —Dai-sha sale de su estado y vuelve a colocarse frente a mí—. No hay secretos. Al igual que con Kèstiron, lo único que hemos hecho con las enanas ha sido expresar nuestro conocimiento sobre ti.

—¿Vuestro *conocimiento* sobre mí? —Me cruzo de brazos, intentando comprender el porqué ha elegido ese término—. ¿Qué conocimiento?

—Te conocemos, ¿no? —Exhala una risita evidente que, en este momento, me parece incluso una burla—. Yo te conozco desde que eras un niño, y Avaldur'h ha podido hacerlo bien en este tiempo. Solo les hemos hablado de quién eres, de cómo eres, y de la pureza que guardas dentro. Les hemos hecho ver, igual que ya te dije con el rey humano, que tu apellido no te encasilla en lo que ellos creen.

—¿Puedes ser más detallado, Dai-sha? —Mi ceja se inclina revelando mi molestia—. Me da igual desde cuándo me conozcas, y cuán amigos seamos. No juegues conmigo y con mi paciencia, porque sabes que una vez la rebasan no hay vuelta atrás.

—¿Pero qué narices te pasa? —Sus nervios se muestran de nuevo, y eso solo lo traiciona. Conozco a Dai-sha lo suficiente para saber que nunca se altera cuando está completamente seguro de algo—. ¿Qué te ha dicho Zynael que te tiene tan desconfiado?

—Ella no…

—Le he contado mis sueños —La rubia se coloca entre Dai-sha y yo, cortando mis excusas para encargarse ella misma de explicarse—. He

tenido sueños que predicen y prevén algo horrible.

—¿Qué? —Avaldur'h muestra un repentino interés.

El hechicero la mira de arriba abajo, juzgándola.

—¿Desde cuándo tú prevés nada? —Cruza sus brazos y deja todo su peso apoyado en una sola pierna—. Son solo cuentos de tu cabeza, no tienes ese tipo de magia.

—La sensación comenzó cuando salimos de Wolftundur —revela Zynael —. Sé que no tengo el don de ver el futuro, y que tampoco puedo mostrarlo como haces tú, pero te juro que esas imágenes se han repetido cada noche que he soñado. Creo que intentan avisarme de algo, y creo que vosotros sabéis de lo que hablo.

—Pues no —rechaza Dai-sha—. Lamento decepcionarte pero no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Qué ves en esos sueños? —insiste Avaldur'h, realmente intrigado.

—A Kal'ladril transformándose en dragón.

Siento de nuevo ese nudo formándose en mi garganta cuando vuelvo a escucharla. La rotundidad con la que lo pronuncia y lo segura que parece estar de que no se equivoca, me eriza y hiela la piel. Y no precisamente para bien.

Avaldur'h toma aire y clava rápidamente sus ojos en mí, analizando mi reacción. Dai-sha, por el contrario, alza sus cejas con asombro y vuelve a echarse a reír.

—Por los dioses… —Suspira el humano con rendición—. Dime que no estáis así los dos por esa teoría. ¿Ese es nuestro supuesto, grandioso y guardado secreto?

De repente Thaeón decide unirse y sale del refugio. Parece sereno, y a la vez ligeramente preocupado. Pero no dice nada. Tan solo aguarda junto a su amada atento a la conversación, como si quisiera o necesitara comprobar en qué va a derivar.

—¿Por qué no respondes en lugar de mofarte? —gruñe Zynael, obviando a su especial amigo—. He sido clara y directa. Haz lo mismo. —Porque es ridículo —Dai-sha vuelve a soltar una risita al cielo— . Es algo que todos nos hemos planteado alguna vez, ¿o no? Si puede matar y

transformarse en cualquier animal de su mundo, ¿por qué no iba a ser igual con el maldito dragón? Yo mismo bromeé con el tema una vez, cuando esa bruja os dijo que iba a renacer.

—Me acuerdo —murmuro—. Pero una cosa es bromear, y otra muy distinta sería que lo pensaseis de verdad. No es un animal así que ni siquiera es algo probable, sin embargo me gustaría creer que me lo diríais si lo considerarais una posibilidad.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Qué tengo yo que ver en los dones, o maldiciones, de los de tu raza y tu mundo? —se queja—. No soy un elfo, soy humano. Un humano hechicero, siervo del destino, que ha tenido la suerte de ver crecer al sygära más increíble de la historia de los suyos, y que ha logrado ser su mejor amigo. Algo excepcional, pero nada más que eso. ¿Te sabes la historia o debo recordártela, Kal'ladril Akhelbec'h?

Tenso la mandíbula y cierro los puños, herido por su no tan disimulado ataque. «¿Acaso piensa de verdad que no tengo muy en cuenta que es mi amigo?».

—Precisamente por esa amistad que compartimos es por lo que te he pedido explicaciones, Dai-sha Génesis —incido, mencionándolo de la misma forma que él—. No me gustaría enterarme de que me ocultas algo importante.

—¿Por qué? —Inclina su cabeza hacia un lado, mirándome con soberbia —. Nunca antes había sido un problema entre nosotros tener secretos. Respetaste mi silencio sobre mi pasado toda tu vida, hasta que hace poco yo mismo decidí contártelo.

—Tu pasado no me incumbe a mí, por lo tanto no es comparable —le corrijo—. Jamás me va a importar cuándo, y con quién, decidas hablar de algo que es solo tuyo.

—Si me conoces un poco, imaginarás que todo lo que he podido hablar sobre ti con los demás ha sido siempre para beneficiarte.

—Ese es el punto, Dai-sha. Solo me queda imaginar —Mis puños vuelven a apretarse con fuerza—. Y la realidad no siempre coincide con lo que uno imagina.

—Zalèüh —Avaldur'h lleva su mano a mi brazo para llamar mi atención, intentando calmarme con ese ridículo gesto. Mis ojos enseguida se clavan

en él—. Muïn ner Zynael. Muïn ner deides. Muïn ner ni.

Hago evidente mi sorpresa ante lo que acabo de escuchar. El hechicero se gira con recelo hacia su compañero de secretos, considerando una falta de respeto el hecho de que haya decidido hablar en el idioma que solo nosotros entendemos.

«Acaba de decirme que confíe en Zynael, en los dioses y en él. Pero, ¿por qué no ha mencionado nada de Dai-sha? ¿Y por qué prefiere que no le entiendan?»

—¿Euè? —Mis ojos se afilan, siendo un reflejo de mi confundido interior.

Zynael nos mira a ambos con confusión, deseando comprendernos. Avaldur'h se inclina hacia mi oreja y pega sus labios en ella.

—Ïnen òrum dor an bïlain… —susurra, tan bajito que a duras penas logro escucharlo.

—No es oro todo lo que reluce… —traduzco—, lo que más brilla también proyecta las sombras más oscuras.

Avaldur'h se separa de mí y vuelve a mirarme fijamente. He terminado una frase que ha ido a decirme por primera vez, y no me pesa haberlo expuesto en un idioma que todos podamos entender.

—¿De dónde has sacado eso? —le interrogo.

—Del mismo sitio donde lo hayas sacado tú.

—No lo creo —Lo miro de arriba abajo, analizándolo exteriormente como si así también pudiese leer lo que está pensando— . Fue algo que dije una vez, ni siquiera recuerdo bien cuándo ni porqué. Pero no fue a ti, de eso estoy seguro.

—No me digas —La forma que tiene de mirarme hace crecer esa tensión que me presiona el pecho, y con ella esa desconfianza que supuestamente estaba intentando eliminar—. Müin ner Zynael, zalèüh —repite. Entonces pasa por mi lado y se dispone a entrar en la derruida vivienda—. Voy a descansar. Y tú, hechicero, deberías hacer igual.

Por primera vez en mucho tiempo no sé qué decir, ni cómo reaccionar, porque ni siquiera soy capaz de analizar lo que acaba de pasar. No sé qué debo pensar.

Dai-sha se aclara la garganta con nerviosismo y tartamudea un par de

veces hasta que es capaz de encontrar de nuevo su característica decisión.

—¿Qué te ha dicho? —Sus ojos se fijan en los míos. Algo en su forma de mirarme me dice que teme escuchar la respuesta—. Ha mencionado a Zynael, y a tus dioses. ¿No es así? ¿Qué te ha dicho?

—¿Por qué te importa? —Alzo mi barbilla, sin saber muy bien por qué estoy teniendo esta reacción con mi mejor amigo, pero a la vez incapaz de evitarla—. Nunca antes había sido un problema entre nosotros tener secretos, ¿te sabes la historia o debo recordártela?

Se queda completamente callado tras mi ataque, y siento nuestra relación resquebrajarse en ese mismo instante.

He decidido devolverle las mismas palabras que antes ha usado en mi contra, a sabiendas de que le iban a doler. Como si nuestra amistad fuese eso: Desconfianzas que dañan, secretos que desgastan, y palabras que vengan actitudes amargas.

He decidido firmar por mi ciega confianza en Zynael, sin importarme que eso pueda alejarme de él.

—Avaldur'h tiene razón —Mi mejor amigo, el que hasta ahora lo había sido, agacha la cabeza para evitar cruzarse de nuevo con mi insistente atención—, necesitamos descansar. La noche va a ser muy larga.

Lo sigo con la mirada cuando pasa por mi lado. Estoy tenso y enfadado. No me ha hecho nada, al menos no que todavía hayamos podido confirmar, sin embargo algo dentro de mí se siente infinitamente traicionado.

Tal vez él se esté sintiendo igual. O tal vez sea la culpa lo que le está castigando.

Respiro profundamente, sintiendo la tensión que se ha quedado instaurada en el ambiente. Las palabras breves y concisas de Avaldur'h no dejan de dar vueltas en mi cabeza, y me llevan a teorizar e imaginar situaciones que no me agradan nada.

Entonces una mano se posa sobre mi hombro, frenando la retroalimentación de mi enfado. Mi atención se centra en Thaeón.

—¿Cómo estás? —A pesar de que su semblante sigue mostrándose sereno, su mirada negra me transmite compasión.

—¿Por qué me estás mirando así? —Empujo su mano con inquina, movido por el resentimiento que me está poseyendo—. ¿Es eso pena? ¿Me miras con lástima y clemencia por alguna razón?

—Te miro con infinito respeto, como siempre. Y sí, también con preocupación.

Arrugo la nariz con disconformidad. Mi sonrisa se ladea ligeramente, pero no con diversión, sino con esa ironía que en ocasiones causa la rabia acumulada. Me está costando no mandarlos a todos al infierno.

—Vaya, qué considerado… —Mi voz suena tan grave que apenas se escucha—. ¿Y qué se supone que te preocupa tanto?

—Tú… —Zynael encara a Thaeón y lleva su mano a su mejilla, obligándole a centrar su atención en ella—. ¿Tú sabes algo, Thaeón?

El aldeano relaja todo su cuerpo y se aferra a la caricia de la rubia. Una vez más, demostrando ser incapaz de resistirse a nada que ella necesite.

—Fierecilla… —Se toma unos segundos para pensar hasta que finalmente da un paso hacia detrás, cortando su contacto con Zynael; decidiendo no responder—. Ojalá pudiese ayudaros, pero me temo que...

—¿Qué? —Freno su excusa—. Déjame adivinar, tú tampoco puedes.

Thaeón respira hondo y alza su barbilla con actitud. Sus ojos clavados en los míos fijamente, demostrando seguridad.

—Tú también no, por favor —La nyëlkhem aprieta los puños—. Tú no.

—Tranquila, jamás ocultaría nada que pudiese dañaros.

—¿Y por qué parece que lo estás haciendo? —Zynael lo mira de arriba abajo, desconfiada y dolida—. Espero que no me falles. No soportaría que *tú* me falles.

—Eh, fierecilla —El humano de cabello negro vuelve a acercarse a ella y agarra sus dos manos, llevándoselas al pecho para que pueda notar su corazón—. Te quiero, y lo sabes. Por favor, confía en mí.

Zynael asiente lentamente. Es evidente que no está del todo convencida, pero también lo son sus ganas de confiar en él. El vínculo que los une es cada vez más fuerte, y sé que si no estuviese yo, su historia de amor habría sido con Thaeón.

El nudo de mi pecho me obliga a dejar de mirar. Es curioso que este

sentimiento de incomodidad y recelo logre hacerme olvidar por un instante lo único que debería preocuparme de verdad.

—¿Vamos dentro? —propone el aldeano, sacándome de mi avaricioso y posesivo sentimiento—. Hace frío. De nada sirve que os quedéis aquí fuera comiéndoos la cabeza.

Asiento. Debo llamar a Roc y a Sumli, tendré tiempo de sobra para seguir teorizando mientras los esperamos.

Thaeón vuelve a entrar sin añadir nada más, dejándonos solos. Con un gesto de cabeza propongo ir con ellos, pero Zynael me agarra para detenerme justo antes de que pueda darme la vuelta.

—Dime qué te ha dicho Avaldur'h —Su voz susurra muy bajito, esforzándose para que nadie más pueda oírnos—. ¿Por qué ha mencionado mi nombre?

Miro hacia el interior del refugio para asegurarme de que nadie pueda estar prestándonos atención, y me inclino hacia ella acercándome a su oreja. Mis labios rozan su lóbulo, incapaz de resistir la tentación de acariciarla cada vez que me arrimo a su piel.

—Dice que debo confiar en ti —Llevo mi mano a su cuello y lo aferro con pasión y delicadeza. Sus labios se entreabren seductores cuando muevo mi cara frente a la suya, dejando nuestras bocas a un suspiro de distancia—. ¿Tú qué crees, enana?

Zynael inspira hondo. Sus ojos tiemblan reflejando los míos.

—Creo que es una forma de confesión.

Inspiro profundamente, sintiendo el verdadero peso de esa sentencia; dándome cuenta de la seriedad del asunto si realmente tuviese razón.

—¿Crees que voy a transformarme en el gran doh? —Por primera vez, comienzo a planteármelo—. ¿Crees que ese ha sido siempre el único trasfondo de nuestra misión?

—No lo sé, pero de verdad espero que no —Su cuello se estira para acercarse a mi boca todavía más—. No es solo por pensar en el dolor que sufrirías con esa transformación, porque sé que a pesar de tratarse de una bestia inmensa, acabarías controlándola igual que has hecho con el jalaion'h. Es porque, sobre todo, no soporto la idea de pensar que las

personas que más quieres y que tanto defiendes hayan podido estar utilizándote. Si ese es tu destino y ellos lo saben, me gustaría que fuesen sinceros contigo. Al fin y al cabo es solo una intuición que ha nacido de sueños, pero si ese es tu destino —repite—, me gustaría pensar que tienen una buena excusa para haber estado ocultándotelo.

Entorno la mirada, blandeado por esa forma de preocuparse por mí que vuelve a demostrar. Jamás había sentido algo tan real como lo que siento por ella. Jamás me había sentido tan querido, y de forma tan desinteresada, como me transmite ella.

—No lo sabremos hasta que lo mate —concluyo.

Zynael expira una risita ahogada, derrotada por mi brevedad. Ya me conoce, sabe bien que callo mucho más de lo que digo.

—Qué tuyo eres… —Su mano sube a mi mejilla. Sus dedos comienzan a perfilar cada facción de mi rostro, dibujándolo bajo sus yemas—, y qué guapo. Joder, demasiado.

Mis párpados se tensan en un gesto apasionado.

—¿Por qué lo dices como si te doliera?

—Porque duele —No se lo piensa—. Duele desearte y sentirte tanto, y no saber qué va a ser de ti; ni de mí. Duele no saber qué va a ser de nosotros.

—Si finalmente me convierto en dragón, podría volar para visitarte cada noche. Estés donde estés —runruneo, jugando con ella y con este asunto que debería preocuparme tanto—. Nadie se atrevería a impedírmelo. Podría devorarte, saborearte —Pronuncio las palabras lenta y suavemente, demostrando cómo me gustaría hacerle cada una de esas cosas—. Y como en esos sueños tuyos, podría dejarte montarme.

Se echa a reír y me empuja para alejarme de ella, rodando sus ojos al cielo.

—Eres un imbécil —Me mira por encima del hombro con seducción mientras pasa por mi lado para entrar por fin en la derruida vivienda.

—Soy *tu* imbécil —Sonrío flirteante—. A nadie más le permito decirme esa palabra, pero confieso que viniendo de ti incluso me gusta.

***

Aprovechando la amplitud del lugar y ambos fuegos, nos dividimos en dos grupos en torno a ellos. Por un lado están Jóngruf, Thaeón, el alquimista y el hechicero; y por otro los demás.

Me encuentro sentado, con la espalda apoyada en la pared y la vista y la mente perdidas en el fuego. Todos están en silencio, y es algo que en estos momentos agradezco. El único sonido que se escucha es el del fuerte viento colándose a través de los huecos de estas semiderruidas paredes; los animales nocturnos; y el chisporroteo de la madera quemándose bajo ese imprescindible elemento.

La pluma de Roc sigue dando vueltas en mi mano. Sigo alargando el momento de llamarlo, preso de la inseguridad que se está apoderando de mi interior; preso del miedo a que la historia pueda repetirse, y esta vez no tengan la suerte de volver. Sé que debo hacerlo, pero me cuesta hacerme a la idea de llamarlo con todos los peligros y las consecuencias que eso tendrá.

Repaso con los dedos la suavidad de la péndola, pensando en mi gran amigo alado.

—Te da miedo, ¿verdad? —La voz susurrante de Zynael me saca de mi debate interior. Cuando giro mi cabeza hacia ella, sus perlados ojos me arrullan igual que un cálido abrazo—. Yo también dudaría ante la idea de llamarlo, teniendo en cuenta cómo fue la última vez que volaron al norte.

Sonrío con evidencia y suspiro, rendido ante la obviedad. No necesito confirmarlo para confesar.

—¿Cómo funciona exactamente esa magia que os enlaza? —Se acerca y extiende su mano para acariciar la pluma sobre la palma de mi mano, aprovechando para acariciarme también a mí—. ¿Puede hacerlo cualquiera?

—No —Niego con la cabeza y clavo mi atención en nuestro contacto, sintiendo la paz que su piel me transmite cada vez que me roza—. Solo yo. Tal vez tenga que ver con mi especial condición. —Tendría sentido —Asiente.

—Cuando hago el llamamiento, todo lo que necesito y pienso pasa a la cabeza de Roc —Vuelvo a mirarla a ella—. Todos mis pensamientos y sentimientos; dónde me encuentro; mis necesidades… Todo lo que está

dentro de mí hasta el momento en el que la pluma se desvanece, se traslada a su mente. Como una conexión mágica entre ambos.

—Eso es precioso —Sus ojos brillan con emoción, encandilada con la explicación que acabo de darle—. Ahora entiendo por qué es tan fiel y tan leal contigo. Es como si compartieseis partes de vuestras almas, permaneciendo en cuerpos y especies diferentes.

Afirmo, dándole completamente la razón a esa hermosa forma de describirlo.

—¿Con Sumli funciona igual? —Su interés me enternece.

—Sí, pero he acudido más a Roc porque Sumli siempre ha sido una hembra muy reservada. Jamás le había visto confiar en nadie hasta que llegaste tú. Incluso conmigo algunas veces era reacia a ciertos acercamientos.

—Supongo que soy especial —bromea, como si realmente eso fuese un chiste.

Me pierdo en su majestuosa y excelente sonrisa, y automáticamente todos mis demonios se desvanecen. Su mera presencia arrasa con todos esos sentimientos negativos que me atormentan, hasta exterminarlos.

¿Especial? Un término ridículo e insignificante cuando se trata de ella.

Finalmente decidido, cierro mi puño sosteniendo dentro no solo la pluma sino también la mano de Zynael. Mis parpados se unen y concentro mi mente en cada detalle importante: Cuántos somos, dónde

estamos, lo que pretendemos, dónde van a llevarnos… Absorto. En silencio.

Y continúo, hasta que de repente siento ese fuego que no quema naciendo de la palma de mi mano. La extiendo de nuevo y juntos observamos como la pluma se va consumiendo bajo ese frío fuego; deshaciéndose lentamente hasta desaparecer al mismo tiempo que esa llama azul; esparciéndose en el aire como el polvo.

Zynael sonríe sin dejar de mirar nuestras manos, fascinada con lo que acaba de pasar.

—Así es como funciona —respondo finalmente a su duda inicial— . Ahora ya solo nos queda esperar. Si todo va bien, deberían llegar poco

después del amanecer.

—Estarán bien, ya lo verás —me asegura, transmitiéndome su positivismo—. Nos ayudarán y volverán a Yókhubo sanos y salvos. Tú y yo nos aseguraremos de ello.

—Ven, ven aquí —Extiendo mi brazo derecho para envolverla y estrecharla contra mí, necesitándola cerca—. Gracias.

Enseguida recoge sus piernas contra su pecho y se acurruca bajo mi abrazo, apoyando su cabeza en mi pecho.

Me fijo en Thaeón, que llevaba un rato observándonos desde la otra esquina con ese pesar que provoca el desamor. Mentiría si dijese que me siento mal por él, porque en realidad es todo lo contrario. No me culpo por haber llegado antes a la vida de Zynael, por haber sido quien ha llegado a conquistarla. Es una suerte que pienso aprovechar hasta el final, hasta que nuestros opuestos mundos y caminos nos impidan continuar.

No puedo tenerle compasión ahora, porque sé que las tornas se cambiarán. El día que debamos separarnos, seré yo el que envidie su libertad.

De nuevo, de forma involuntaria, comienzo a pensar en alguna solución al respecto. Como si hubiese perdido completamente el juicio, comienzo a preguntarme qué ocurriría si continuase viéndola a escondidas.

Mi cabeza sigue divagando, cuando vuelvo a escuchar su voz susurrando mi nombre.

—Dime —Vuelvo a llevar mis ojos hacia ella. Los suyos me buscan sin soltar el apoyo que le otorga mi pectoral.

—Hay algo que quiero contarte —me habla despacio—, algo importante.

—Lo que necesites.

—Necesito no tener secretos contigo —Se incorpora ligeramente y mira a los demás para asegurarse de que no nos prestan atención, a pesar de que somos los únicos que están manteniendo una conversación—. Sería hipócrita por mi parte cuando me duele inmensamente que los demás puedan estar haciéndolo —susurra muy bajito.

—No eres hipócrita por tener secretos —Rechazo con la cabeza, intentando frenarla—. Confío ciegamente en ti y en el criterio que te pueda

llevar a guardarlos. No es necesario que me cuentes nada.

—Pero quiero hacerlo —confiesa—. Quiero contártelo para que puedas terminar de conocerme, a mí y a mis mayores miedos.

Asiento, dándole la tranquilidad para continuar si realmente es lo que quiere.

—¿Recuerdas aquel momento en la cueva de los farcnars, en las Montañas Doradas, cuando despertaste y te diste cuenta de que el fuego había cambiado de lugar? —Se dibuja una melancólica sonrisa en sus labios.

Muestro mi extrañeza, sorprendido por el hecho de que nos lleve a aquel momento tan lejano, cuando apenas nuestro viaje estaba empezando.

—Cuando descubrí que eras maga.

Asiente.

—¿Y recuerdas todas las veces que me he castigado cuando mi magia no ha salido como había esperado? —Su sonrisa desaparece—. ¿Recuerdas aquella vez en la cueva cuando tú y yo…?

—Sí —Me adelanto a que termine—. ¿Cómo iba olvidar nuestra primera vez? Cuando provocaste aquella tormenta sin querer tras matar a la umhlit. Te recuerdo muy inquieta, incluso demasiado, y recuerdo que fue algo que me sorprendió.

Zynael afirma con la cabeza de nuevo antes de volver a apoyarla sobre mi pecho.

—Siempre os he dicho que la razón por la que no usaba mi magia era porque quería que la gente me considerase poderosa únicamente por los dones que había logrado con mi esfuerzo y mi constancia — murmura despacio—, pero era más una excusa que una verdad. Siempre he ocultado el motivo más importante.

Pongo toda mi atención en su voz, en esta conversación.

—Cuando apenas tenía cinco años, cometí un grandísimo error que jamás lograré perdonarme —Su historia empieza, y ya solo al principio es notorio el dolor que le causa recordarla—. Mi padre se había ido a cazar y mi madre había salido a recoger algunas frutas; yo estaba en casa de mis

abuelos mientras tanto. No llegué a conocer a los padres de mi madre, dedicaron su vida a la mar, pero mis abuelos paternos lo eran todo para mí.

Me mantengo en silencio, aguardando para continuar escuchando.

—Mi abuelo también era herrero, como mi padre. Él estaba cocinando con mi abuela y yo decidí salir a jugar —continúa—. Por alguna razón, salí a su fragua y quise jugar con mi magia. Aspiraba fuego y lo soltaba; aspiraba fuego y lo soltaba… Sin parar. Era divertido. Me lo pasaba bien porque era brillante y caliente, y no quemaba.

Frunzo el ceño, temiéndome lo que pueda venir a continuación.

—Vi la casa de mis abuelos empezar a arder, y yo ni siquiera fui consciente de que aquello era algo peligroso. Como no lo era para mí, pensaba que era algo divertido para todos —revela—. El fuego comenzó a expandirse rápidamente por la madera seca de las paredes, e iba avanzando hacia el interior. Ambos estaban en la cocina, y no se dieron cuenta hasta que el humo llegó a ellos.

Percibo cómo aumenta el pesar de su voz; cómo se culpa más y más con cada segundo que pasa.

—Cuando se percataron de lo que estaba ocurriendo, corrieron para intentar salir; pero el fuego de la sala principal había crecido exageradamente. Se habían incendiado todos los muebles, el techo… — Se silencia, mostrándome que llega la parte más dura para ella—. Una de las vigas debió caerse y bloqueó la puerta. No podían salir. Solo recuerdo sus gritos pidiéndome ayuda desde el interior. Solo recuerdo ese desgarrador sonido de su infinito dolor.

Respiro hondo, empatizando profundamente con su pesar.

—Me quedé bloqueada. No pude reaccionar. Sabía que aquello lo había originado yo y era como si no lo pudiese aceptar —Su voz está a punto de quebrarse—. Solo fui consciente de lo que acababa de hacer cuando sus sollozos cesaron y me inundó ese terrorífico silencio.

Zynael sube su cara para mirarme por primera vez desde que ha empezado a contarme esta historia, como si necesitase encontrarse con mi comprensión.

—Muchísimos vecinos corrían desesperados tratando de ayudar, buscando agua sin parar para intentar apagar ese fuego que no dejaba de

crecer; tratando de evitar que siguiese expandiéndose. Y me consolaban a mí, pensando que aquello había sido un accidente con el que yo me habría encontrado al volver a casa —Sus ojos se humedecen—. Ninguno pensó que yo había podido originar aquello.

—No fue…

—Cuando llegaron mis padres, yo estaba en shock. No podía hablar —me corta, continuando con su historia—. Pero no necesitaron que lo hiciera. Ellos enseguida supieron adivinar lo que había ocurrido; y decidieron ocultarlo para que nadie, jamás, me pudiese culpar.

—No había nada que culpar —Agarro su barbilla con determinación y la miro fijamente—. No fue culpa tuya. Eras una niña.

—Exacto, una niña maga —se castiga—. Todo Aszhroin conocía mi magia, y todos la admiraban porque nadie sabía que con ella había causado cosas horribles. Por eso dejé de usarla —Suspira—. Esa es la verdadera razón. Abandoné mi don para utilizarlo únicamente en casos excepcionales. Siempre y cuando no hubiese nadie mirándome; siempre y cuando nadie pudiese salir lastimado. Si me iban a admirar quería que fuese por razones de verdad; no por una magia por la que yo no me dejaba de castigar.

—El cómo utilizas ahora ese don también es digno de admirar. Has madurado y te has esforzado mucho para controlarlo como ahora lo controlas —le recuerdo—. Lo que ocurrió fue horrible, y entiendo que te culpes porque yo también me estaría culpando a mí mismo. Pero eras sólo una niña inconsciente.

—Maté a mis abuelos —masculla con dolor—, y hace poco volví a matar a inocentes. Mi magia es peligrosa.

—Tu magia es poderosa, y eso siempre puede ser peligroso. Pero tú jamás lo has usado para hacer el mal —Acerco su cara a la mía todavía más, totalmente negado a que vuelva a culparse—. Nunca has usado tu poder para dañar a los demás.

—¿Por qué tuvieron que pagar ellos el precio de mi inconsciencia? —Se lamenta.

—Porque la vida es injusta y quiso hacerte aprender una importante lección de una forma demasiado cruel —respondo, sin tener realmente

una excusa para ello—. Pero no fue tu culpa. Por eso tus padres ocultaron lo ocurrido al resto de Aszhroin, porque no merecías cargar con ese pesar por algo que ocurrió de forma irracional. Por eso hoy en día te estás esforzando tanto y de forma tan medida para aprender a controlarla.

Sus preciosos ojos plateados se apartan de los míos, perdiendo su dolor en algún punto desconocido.

—Es cierto que cuando me veo utilizando mi magia a tales niveles ahora, no me reconozco del todo —se expresa—. Jamás pensé que lograría hacer las cosas que he logrado, pero es que tampoco imaginé que me daría la oportunidad de intentarlo.

—Es imposible olvidar ese pasado, pero gracias a haber perdonado a tu magia has podido conocer lados increíbles de ella que han logrado salvar a muchísima gente —le motivo—. No te culpes jamás por algo que tú no pudiste controlar. Lo único que ha estado en tu mano ha sido aprender a dominarla, y eso cada día lo haces mejor.

La rubia asiente, admitiendo mis palabras.

—Nadie además de mis padres lo sabe, y necesitaba que tú conocieses mi verdad antes de que debamos separarnos —susurra—. Por si muero, no quiero arriesgarme a no tener otra oportunidad de contártelo.

—No vas a morir —Mi brusquedad hace evidente mi rechazo hacia tal destino—. Tendrás infinitas oportunidades más de hablar conmigo de todo lo que quieras.

Suspira una sonrisa rendida. No parece haberme creído.

—¿Idril lo sabe? —Mis ojos se mueven hacia la castaña, comprobando que sigue a lo suyo completamente ajena a nuestra conversación.

Zynael niega con la cabeza, mirando a su amiga con culpa. Por suerte nadie nos ha oído. El viento sopla muy agresivo, y la distancia que guardamos ha favorecido a nuestra privacidad. Me sorprende que haya decidido contarme algo así a mí, cuando esos demonios le han impedido abrirse incluso con Idril. Pero me resulta halagador, así que decido devolverle la confianza y el favor.

—Tampoco conocí a mis abuelos. A ninguno de ellos —Ahora soy yo quien debe abrirse en canal—. Alguna familia noble envenenó a los cuatro

en un intento desesperado para conseguir el trono. Lo intentaron también con mis padres, pero ellos no bebieron de aquellas copas —

Resumo la historia muy brevemente—. Por eso fueron reyes tan jóvenes.

Zynael respira hondo y vuelve a girarse hacia mí.

—Algo había estudiado —Sus ojos me observan con compasión— , pero nunca había querido preguntarte. Me parecía una historia demasiado traumática y personal.

Expiro una sonrisa y repaso su mejilla con mi pulgar.

—Bueno —susurro—, ya estamos en ese punto, ¿verdad?

—Sí —Sus labios se curvan con delicadeza y cariño, feliz de que ambos coincidamos en eso—. Y…, ¿cómo acabó aquello? ¿Quién fue la familia responsable?

Pierdo la mirada en el fuego de nuevo. Me cuesta confesar esta parte de la historia.

—Tras mucho tiempo intentando averiguar quién había sido el culpable y fracasar, mi padre decidió sentenciar a muerte a todos lo que habían estado presentes en aquel suceso —Vuelvo a girarme hacia ella, muy consciente de cómo va a reaccionar ante tal revelación—. Mandó ejecutar a todos los cocineros, camareros, sirvientes de limpieza, e incluso a las familias nobles a las que habían llamado amigos.

Esta vez la conmoción en Zynael parece mucho más fuerte.

—Eso es cruel y salvaje… Tu padre es horriblemente cruel y salvaje — masculla, sin temor a ofenderme—. Entiendo bien el dolor de su pérdida, pero un rey no puede tomar una decisión tan radical por pura venganza. Un rey no puede ser tal genocida… Es algo atroz digno de un monstruo. Me causa odio.

—¿Ah, sí? —Humedezco mis labios—. Siempre lo ha descrito como una medida desesperada y yo jamás he podido compartirlo, pero si te soy completamente sincero, ahora finalmente entiendo sus razones. ¿Cómo actuarías tú si un día alguien aniquilase a quien más quieres? Yo también perdería toda la cordura.

—¿Tú? No —Su cabeza niega al instante, creyendo conocerme mejor que yo mismo—. No eres ese tipo de hombre. No eres como tu padre.

—¿Estás segura? Pareces demasiado segura.

—Lo estoy.

Mi comisura se afila a la par que mis ojos, manteniendo mi mirada fija en la suya.

—Zynael…, enana —susurro—, no puedes mentirme a mí. Solo intentas convencerte de que no soy así, pero sabes perfectamente que me volvería el peor de los monstruos únicamente por ti. No sería como mi padre. Sería. Mucho. Peor.

Su respiración se corta al instante, bloqueada a la par que excitada tras la confesión que acaba de recibir. Decido darle su tiempo para analizar la realidad y vuelvo a fijarme en el chisporroteo del fuego, perdiendo mi mente de nuevo en ello.

Jamás había compartido la radicalidad de mis padres, hasta que ella apareció. Con Zynael he podido conocer mi mejor versión, pero también la peor; y es el saber lo infinito que sería ese límite lo que me da terror.

Cuando estaba seguro de que la conversación había concluido, y de que el silencio iba a volver a apoderarse de la estancia, escucho la voz profunda de Avaldur'h comenzando a cantar. Únicamente acompañado por la música que sopla el viento a través de los agujeros de este refugio, comienza a entonar una canción que desde el primer instante capta mi completa atención.

—¿Oíste del niño que nunca murió? Lo ahogaron en sangre, pero despertó — No levanta sus ojos de la hoguera que tiene frente a él, pero canta para que lo podamos escuchar todos. Pausado y calmado—. *Sus ojos brillantes, su grito de hiel. Un rugido en la noche desgarró su piel.*

Encojo mis cejas sobre mi nariz y me giro hacia él. El resto hace lo mismo.

Mientras tanto, Avaldur'h continúa cantando sin siquiera mirarnos.

«Levántate, marcha, alza el puñal.
Que tiemblen los vivos, que llega el final.
Los muertos nos llaman, su furia es real.
La guerra nos grita y es hora de entrar.

¿Has oído del hombre que rugió al despertar?

Vacío de recuerdos y sin nada que amar.
Le arrancaron del pecho, le cambiaron la piel,
pero su sombra camina y nos guía con él.

Levántate, marcha, alza el puñal.
Que tiemblen los vivos, que llega el final.

Thaeón y Jóngruf se unen a los coros del norteño, conociéndose la letra a la perfección; volviendo a repetir los mismos versos junto a él; cantando a capela, acompañados de forma excepcional por la melodía de los grillos y los sonidos del bosque nocturno. Idril y Záldur, tras haber escuchado las estrofas un par de veces más, se unen también. La siguiente es Zynael.

De un momento a otro, lo que antes era puro silencio, se convierte en un excelente y placentero concierto.

Y lo disfruto. A pesar de que no tengo ni idea de dónde ha salido esta canción, de lo que significa, y de por qué Avaldur'h habrá decidido cantarla. A pesar de que suelo ser amante del silencio.

Flexiono mis brazos hacia detrás y cierro los ojos, disfrutando de las voces de mi querida y especial nyëlkhem, y de nuestros amigos; decidiendo dejar todas las preocupaciones y las inseguridades atrás. Teniendo en cuenta que esta puede ser nuestra última noche en paz, este es un plan que podría firmar y al que me podría acostumbrar.



Kal'ladril
11

El sonido de unas risas me saca de mi profundo sueño, justo cuando empezaba a poder conciliarlo por primera vez. El sol ya empieza a bañar el cielo con su luz, y se cuela en el interior de la estancia a través de sus aberturas. La noche ha sido un completo infierno, no para mí sino para Zynael. Mi enana ha tenido varias pesadillas que le han estado atormentando en repetidas ocasiones, y lo peor de todo es que no parecía capaz de huir de ellas, por lo que me he visto en la necesidad de mantenerme atento para poder despertarla cada vez que volvían a ocurrir.

Estiro mis músculos intentando no moverme demasiado, ya que Zynael sigue descansando sobre mi regazo. En el interior del refugio solo quedamos ella, su mejor amiga, el pelirrojo y yo. A Thaeón y a Jóngruf se les escucha entrenando juntos en el exterior.

Mis ojos se dirigen hacia la puerta de entrada y calculo la distancia que nos separa. No es demasiada, por lo que decido agarrar mi carcaj y utilizarlo para sustituir el punto de apoyo que le dan mis muslos. Sostengo su cabeza con mucho cuidado y, lenta y cuidadosamente, comienzo a colocarlo como si de una almohada se tratase.

—Phylestirri enana —susurro a pesar de que no pueda oírme, encantado de haber podido amanecer otro día más con ella.

Me pongo en pie y me fijo en Idril. Al igual que yo, también pasó toda la noche en vela, y parece que finalmente el sueño ha podido con ella.

Záldur me sonríe levemente y asiente con la cabeza.

—Parece que no ha sido una buena noche para ninguno de nosotros —susurra, imaginando al instante lo que estaba pensando—. ¿Has podido descansar algo?

—¿Idril está bien? —Me tomo la libertad de responder ignorando su pregunta.

—Se esfuerza en estarlo, pero esto la está superando —El wolftundiano repasa entre sus dedos algunos de los mechones castaños de su especial y derrotada amiga—. Tiene muchas preocupaciones y muchos miedos que no quiere ni puede mostrar, y la están matando por dentro. Todos la consideráis frágil, débil, cándida e inocente, pero…

—Te equivocas —Impido que pueda continuar—. La considero cándida porque es alguien sin un ápice de maldad, pero en absoluto débil. Lo único frágil en Idril son su apariencia y sus dones. Mentalmente es muy fuerte.

Záldur asiente con firmeza, totalmente de acuerdo con lo que acabo de decir.

—A pesar de no saber luchar, salió tras su mejor amiga porque lo es todo para ella. Atravesó bosques persiguiéndola con un arco sin flechas, y quiso aprender a matar por poder seguir a su lado en la guerra —narra el pelirrojo, conocedor de toda la historia—. Me enamoré de ella cuando me habló de todo; cuando conocí cuán leal y cuán fuerte puede llegar a ser su amor por su mayor amistad. Zynael es una guerrera y estaba lista para esto, pero Idril jamás soñó con vivir nada de lo que está viviendo. Sin embargo está aquí voluntariamente, solo por seguir con ella.

—Lo sé —Hinco una rodilla en el suelo para observar más de cerca a la pequeña nyëlkhem, cubriendo mejor uno de sus hombros con su capa—, y Zynael lo sabe también. A ti te ha hablado de su historia, pero nosotros hemos vivido esa determinación y ese crecimiento junto a ella.

—Pues por favor, sed comprensivos —Sus ojos parecen suplicarme, aunque no entiendo muy bien el qué—. Entended que todo lo ha hecho y lo hace por amor.

Mi ceño se frunce y ladeo la cara con confusión.

—No comprendo tu petición —Vuelvo a ponerme en pie y lo observo desde mi altura—. ¿Alguna vez no hemos sido comprensivos? Zynael siempre la ha defendido y ha velado por su seguridad; y aunque confieso que al principio me costó aceptarla como una más, acabé siendo yo quien le enseñó a disparar.

—Soy consciente, y os lo agradezco. Sé que sin vosotros su ilusa e

irracional valentía ya la habría matado hace tiempo —Suspira con pesar y clava sus ojos en ella, admirándola como a su mayor y preciado tesoro—. Solo os pido que logréis entenderla. No le guardéis rencor por las cosas que tal vez no haya hecho como os gustaría.

Mi ceño se mantiene fruncido. No logro entender qué es lo que me está pidiendo exactamente, pero finalmente resoplo y asiento.

—La conocí haciendo demasiadas cosas que no me gustaban: Se coló en mis tierras, la llevé a su casa, y aun así volvió —Enarco una ceja y me cruzo de brazos—. Con su mejor amiga fue igual, y creo que has podido ver que a ninguna les he guardado rencor.

Záldur asiente, comprendiendo lo que quiero decirle.

—Tienes razón —masculla—. Sé que tienes buen corazón.

Ladeo una sonrisa de evidencia y me doy la vuelta, dando por concluida la conversación.

Salgo finalmente del refugio y me apoyo en la pared junto a la puerta, guardando el límite de la distancia que ya me separa de Zynael. Me cruzo de brazos y observo con atención a Thaeón y Jóngruf, que tal y como había adivinado están entrenando con sus espadas; riéndose y provocándose, como si esto fuese otro entrenamiento más en su aldea y no estuviésemos a punto de enfrentarnos con un grandioso dragón.

Miro al cielo. Está gris y oscuro como cada día en este punto del continente, pero por la luz que se intuye tras la gruesa capa de nubes, entiendo que a Roc y Sumli no debe quedarles mucho para llegar.

—Buenos días —De repente la voz de Dai-sha hace que me vuelva a centrar. Se acerca con paso lento y calmado desde mi izquierda—. ¿Has dormido bien?

—No, la verdad es que no —Estoy sereno, pero una parte de mi interior sigue molesta sin saber muy bien la razón—. ¿De dónde vienes?, ¿de otra reunión?

Dai-sha abre la boca, pero antes de responder inspira y vuelve a pensar sus palabras.

—He ido a dar una vuelta, necesitaba aclarar la mente —responde finalmente.

Mi ceja se alza tanto como mi ironía, y no logro aguantar el gesto de fastidio.

—Espero que por lo menos te haya servido —gruño—. ¿La has aclarado o sigue tan turbia y poco clara como ayer?

—No sigas por ahí, por favor —Se coloca a mi derecha, apoyando un hombro en la misma pared para mirarme directamente. No despego mi espalda del sitio, pero sí que giro mi cara hacia él—. Me haces daño cada vez que demuestras esa inseguridad. Jamás te he demostrado nada que te haya hecho poder dudar de mí. Solo estas así porque Zynael ha llenado tu cabeza con historias de…

—Nadie ha llenado mi cabeza con historias de nada —le corto al instante, molesto de nuevo—. Los sueños de Zynael y sus pensamientos al respecto no son lo que me está llevando a dudar de ti. Son tus acciones, Dai-sha. Es analizar lo que me rodea y darme cuenta de que, si lo encajas todo, esas teorías no suenan tan descabelladas. Desde que estuvimos en Wolftundur siento que me ocultas más de lo que hablas, y digas lo que digas, algo dentro de mí no me deja pasarlo por alto.

—Nunca habías dudado de mí hasta que ella empezó a obsesionarse con sus ideas.

—No es cierto —Mi mirada se afila—. Tu afinidad, secretismo y cercanía instantánea con Avaldur’h siempre me ha resultado extraña. Por no hablar de lo que juntos orquestasteis la noche que os acostasteis con Kèstiron.

—Ya te expliqué por qué hicimos eso —se excusa.

—Y yo ya te dije lo rastrero y sucio que me pareció —le recuerdo—. Zynael. No. Tiene. Nada. Que. Ver. Mi desconfianza hacia ti nace de lo que tú me estás transmitiendo últimamente. Pero tranquilo, si no tienes nada que ocultar no debes preocuparte. No dudaré en disculparme contigo si al final del camino me doy cuenta de que me he estado equivocando, y entenderé que entonces seas tú el que no confíe en mí.

—Lo único que quiero es que nada cambie entre nosotros — suspira.

—Es lo mismo que quiero yo —determino—, y es lo que parece que no entiendes.

Sus ojos se pierden en un punto del suelo, incapaces de sostener la

insistencia de los míos. Un gesto que de nuevo me transmite culpa, y no debería sentir algo como tal si mis pensamientos fuesen solo una equivocación.

Inspiro profundamente. Por mucho que esté lleno de incógnitas, no puedo verle mal. Detesto que nuestra amistad se encuentre en un momento como este.

—Dai-sha —Apoyo mi mano en su hombro. Su mirada enseguida vuelve hacia mí—, eres mi mejor amigo y estar así me revienta. Pero tienes que entenderme.

Su cabeza asiente, y vuelvo a interpretarlo como una confesión.

—Te entiendo, te entiendo perfectamente —Su cuerpo parece relajarse tras notar mi contacto y mi cercanía, sintiéndose algo más cómodo con la conversación—. Nada más necesito que tengas claro que solo pienso en ayudarte dentro de mis posibilidades.

—¿Ayudarme con qué? —Frunzo el ceño.

—Ayudarte, en general. De hecho… —Abre su capa y comienza a buscar en el interior de un bolsillo, removiendo para encontrar algo concreto—, venía a traerte esto —Extiende su mano, ofreciéndome dos píldoras de un color que oscila entre el negro y el morado.

Enarco una ceja, analizando con detalle esas dos grageas.

—¿Qué demonios es esto? —Mi nariz se arruga con rechazo.

—Llevo desde que salimos de Wolftundur haciendo experimentos con mis pociones, tratando de encontrar la fórmula exacta para lograr algo que estudié hace demasiados años. Y finalmente lo he logrado — Estira su cuello y tira de mi hombro hacia abajo para agacharme ligeramente, llegando a mi oído—. He conseguido un método que te hace olvidar completamente a la persona que te lo sirve, y a todos tus recuerdos con ella.

Mis ojos se abren con asombro tras escucharlo. Mi amigo enseguida se separa de mí y me sonríe con orgullo, realmente satisfecho con lo que ha conseguido.

—¿Esta cosa te hace olvidar a quien te la sirve? —Agarro ambas píldoras y las miro con detenimiento—. ¿Cómo funciona? ¿Y cómo sabes que es

así?

—Tan fácil como suena, confía en mí —Su mano sostiene y aprieta mi hombro—. Si ambas partes lo acuerdan, pueden servírsela mutuamente en alguna bebida, o simplemente tragárselas, para así desaparecer de las vidas de ambos radicalmente. O si por el contrario sólo una de las partes quiere ser olvidado, puede pedirlo o puede engañarlo para lograr que la otra persona la ingiera, o se la ceda.

Me quedo callado, completamente impresionado con el poder de la hechicería de mi mejor amigo. Bastante descolocado.

—Vale, ¿y por qué me enseñas esto ahora? —dudo—, ¿qué quieres hacer con ellas?

—Son para ti —confiesa—. He pensado que tal vez te vendría bien usarlas con Zynael. Puedes pedirle que te la sirva, o lograr que lo haga sin saberlo antes de tener que separaros para siempre.

Mi corazón se paraliza.

—¿Qué has dicho? —Necesito asegurarme de haber oído bien.

—Tu destino con Zynael está escrito, y es finito —Me recuerda, como si no fuese algo que tengo constantemente presente—. Si tomáis estas píldoras el día que debáis despediros, el dolor desaparecerá. Ella no te recordará, y tú no podrás extrañarla porque para ti ya no existirá.

Mis cejas se unen sobre el tabique de mi nariz, molesto solo por el hecho de tener que pensar en esa posibilidad.

—Yo jamás querré olvidar a Zynael —Devuelvo las píldoras a su autor, apoyándolas de nuevo sobre su mano con absoluto rechazo—. No pienso usar esta mierda.

—Sabes tan bien como yo que sería lo mejor y más fácil para los dos.

—Puede ser, pero me niego —admito—. Lo nuestro ya eliminó todo lo que era «mejor y más fácil» para ambos. Desde el principio. No me pidas cordura ahora cuando con ella jamás ha existido.

Dai-sha entorna la mirada.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar que yo podría llegar a aceptar algo así? —Se me escapa un reproche, sintiéndome incluso atacado por el hecho de que se haya atrevido a planteárselo—. Mi interior estaba muerto

antes de que ella lo despertase. ¿Crees que quiero volver a eso?

¿Deseas que vuelva a sentirme vacío?

—Pensé que sería lo más rápido y también lo más fácil — murmura—. No quiero verte sufriendo como he sufrido yo por tu hermano.

—Pues úsalo tú con mi hermano —gruño.

Dai-sha abre la boca, pero enseguida niega con la cabeza.

—No quiero que Karanthir use vuestros sentimientos en tu contra — admite finalmente—. Son mucho más fuertes que los que yo he podido compartir con Elwë. Tú sí que estás dispuesto a sacrificar todo, y a todos, por ella.

Tomo aire, alcanzado por esa gran verdad. Me conoce demasiado bien y sabe que tiene razón. No lo puedo negar. Zynael me lleva a mis mejores y a mis peores extremos. Mis puños se aprietan. Me cuesta pensar en una excusa cuando no la tengo, pero le pese a quien le pese, y ocurra lo que ocurra, no voy a ceder.

—Jamás olvidaré a Zynael —repito con rotundidad—. Conozco los riesgos, y los acepto. Los asumí el día que decidí seguir.

—¿Y has asumido también lo que serás capaz de hacer si le ocurre algo? —Los ojos de mi amigo se afilan, observándome con determinación—. ¿Has asumido ya el límite al que eso te llevará? ¿Te perdonarás a ti mismo si ocurre lo peor?

Resoplo y aparto la cara bruscamente, negándome a continuar esta conversación; negándome a responder esas preguntas por lo claras que tengo sus respuestas.

—Quédatelas —Vuelve a agarrar mi muñeca y coloca las grageas sobre la palma de mi mano, cediéndomelas—. Solo por si acaso te lo vuelves a pensar.

Sin levantar mi cabeza muevo mis ojos hacia él. Mi semblante demuestra mi turbación interna.

—Úsalas, o tíralas. De todos modos eran para ti —manifiesta—. Lamento si te he ofendido al ofrecértelas, pero no quería quedarme con el remordimiento de no haberte dado la opción —Se da la vuelta dando por zanjado el asunto para volver a marcharse junto a Avaldur'h, que

aguardaba ligeramente apartado observando el entrenamiento de los dos humanos—. Está en tu mano.

Lo observo en silencio mientras se marcha y me quedo en mi sitio, sujetando esas dos pastillas del olvido dentro de mi puño cerrado; todavía incapaz de aceptar la idea de desear olvidarla, y a la vez también incapaz de rechazarla de forma definitiva.

Las estudio por última vez, necesitando contemplar todas las opciones y valorar todos los desenlaces. Hasta que finalmente, movido por ese lado racional de mi interior que cada vez parece más ausente, decido guardarlas dentro de mi alforja.

«Solo por si acaso» —repito en mi mente.

—¡Wow! ¿De dónde has sacado eso? —exclama Jóngruf a su amigo, lo suficientemente fuerte para sacarme del torbellino que está resultando mi mente. Enseguida me fijo en ellos y en su adiestramiento—. ¿Has estado practicando sin mí, verdad? Ese baile es nuevo.

—¿Cómo voy a hacer tal cosa si nunca me dejas solo? Eres peor que un grano en el culo —Thaeón se ríe y extiende la mano, cediéndole ayuda a su inseparable para levantarlo del suelo—. Será que yo sí que he prestado atención para aprender del cuerpo a cuerpo de Kal'ladril, mientras que tú te has pasado todo el viaje fijándote en mujeres. —Bueno, bueno… —Jóngruf agarra la mano de su mejor amigo y se impulsa para volver a ponerse en pie, agitando su ropa de la nieve que lo ha envuelto por la caída—. Lo admito. Me falta observar y me sobra flirtear.

—El primer paso es aceptarlo —vacila Thaeón, observando al castaño de arriba abajo—. A la próxima estarás más atento.

Se dan un abrazo para finalizar su práctica y vuelven a guardar sus armas. ¿Quién me iba a decir cuando se unieron al grupo que iba a estar tan satisfecho con la idea?

Repentinamente los ojos negros del moreno se fijan en los míos. Por un instante parece comprobar que Avaldur'h y Dai-sha están pendientes de sus propias cosas, y es entonces cuando comienza a acercarse a mí.

—Capitán —Inclina la cabeza llevando su puño al corazón para saludarme—. ¿Cómo estás? Zynael sigue durmiendo, ¿verdad? He oído que ha tenido varias pesadillas esta noche, y quería darte las gracias por haber

cuidado de ella. Últimamente son demasiado frecuentes —Es evidente que es un asunto personal para él.

—Descuida —Asiento, agradeciendo su preocupación—. Es cierto que cada vez las sufre más. Mentiría si te digo que no me alarma.

Su cabeza no le está dando tregua, y realmente necesita descansar.

Thaeón suspira, de acuerdo conmigo.

—Tal vez Dai-sha podría darle una de sus pociones —propone— , seguro que tiene alguna que pueda ayudarle a conciliar el sueño de forma más profunda. O tal vez Avaldur'h sepa de alguna planta…

—Droga —le corrijo—, Avaldur'h lo que maneja es droga. Pensé en buscar algo que la ayudase, pero en estos bosques la vegetación es escasa y la poca que hay no se parece en nada a lo que yo conozco.

—Echo de menos el sur —resopla—, y pensándolo bien, tampoco creo que sea buena idea que su descanso empiece a depender de pociones o drogas externas.

—No —Le doy la razón—, aunque a mí también me desespera verla así.

—Esa mestiza… —Se ríe mirando al suelo—, se ha llevado mi cordura.

—¿Cómo sabes que estás enamorado de ella? —Lo que pasaba por mi cabeza sale de repente al exterior sin ningún filtro, totalmente empujado por mis ganas de conocer la respuesta a esa gran incógnita.

Thaeón abre sus ojos con impacto, descolocado ante mi repentina cuestión.

—¿Qué? —balbucea—. ¿Que cómo sé que estoy enamorado de Zynael?

—Eso acabo de preguntarte, sí —Afirmo—. ¿Qué sientes hacia ella para poder llamarlo amor?

—¿De verdad me lo preguntas? —Suelta una risa irónica—. Acabaría antes respondiéndote qué es lo que no siento. Cuando estoy con ella me arrolla la paz, la calma, y la felicidad; sé que podría estar en ese mismo lugar el resto de mi vida y que jamás me cansaría. Cuando la miro me siento pleno. Verle sonreír, incluso cuando sé que es por ti, me proporciona una satisfacción que nunca antes había logrado vivir.

Respiro hondo, sintiéndome verdadera y extrañamente identificado con cada una de esas explicaciones.

—El amor es un sentimiento precioso, y una prisión eterna en la que acabas encerrado sin darte cuenta —Su descripción me eriza la piel—. Es algo tan fuerte y tan real que es capaz de cegarte; hasta el punto de llegar a hacer lo que ni siquiera serías capaz de hacer por ti mismo; hasta el punto de ponerte en contra de todo y de todos solo por ayudarle. Mi felicidad ya está anclada a la suya, sea el motivo que sea que la provoque.

Me quedo completamente en silencio, absorbiendo su descripción por cada poro de mi piel; notando cómo mis venas comienzan a arder y mi corazón agiliza su palpitación. Reviviéndome. Revelando mi interior.

Terminándome de convencer de todo lo que no sé expresar yo.

Thaeón me sonríe, dándose cuenta de mi debate interior.

—Ay, mi capitán —Lleva su mano a mi brazo y da un apretón cariñoso—, ambos sabemos que estás exactamente igual que yo.

Estoy a punto de responder cuando el moreno lleva sus ojos negros hacia mi izquierda, concretamente a la entrada de esta derruida vivienda. Ladeo mi cara rápidamente y me encuentro con ella, aún despeinada, estirando su cuello hacia ambos lados para aliviar el dolor que la tensión de sus pesadillas le habrá causado.

—Buenos días a los dos —gruñe Zynael, frotándose los ojos con pereza —. Maldita nieve y malditas nubes blancas, me arden las córneas con solo mirarlas.

—Buenos días fierecilla —Disimula Thaeón, como si no hubiésemos estado hablando de ella hace un instante—. Vaya humor.

—Phylestirri, enana.

La rubia nos mira a ambos con duda, dándose cuenta de que hemos cesado el tema de conversación tan pronto la hemos visto. Observa a su especial amigo y después a mí, sosteniendo su mirada en la mía durante unos segundos antes de volver a reaccionar. Noto sus mejillas sonrojarse tras ese breve pero intenso encuentro de nuestros ojos, sintiéndose una vez más dominada por el sentimiento que me tiene. El hecho de que se obligue a disimular, como si no supiésemos todos ya lo prendada que está, despierta una burlona sonrisa en mi comisura derecha.

—Lo siento —Suspira, disculpándose con el humano—. No ha sido la mejor de las noches, y odio despertarme cuando no he podido descansar.

¿Qué hacíais vosotros?

—Jóngruf y yo estábamos entrenando hace un rato —le cuenta justo antes de volver a mirarme a mí—. Ahora estaba hablando con Kal'ladril sobre cómo se siente respecto a la misión que nos espera.

Le sonrío de forma confidente y asiento con la cabeza, agradeciéndole la privacidad que ha decidido guardarnos. No tengo nada que ocultar si se trata de ella, pero me alegra saber que puedo contar con la confianza del aldeano incluso cuando el tema de conversación era su mismísima amada.

—Vaya —Zynael se cruza de brazos y me observa de arriba abajo—, ¿acaso te has desahogado con él respecto a tus preocupaciones? Ni siquiera lo has hecho conmigo.

—No te pongas celosa —Le devuelvo el gesto sonriéndole con provocación—. En realidad hablábamos de ti.

Su mandíbula se desencaja de tal forma que no puedo evitar reírme. Lo mejor de todo es que rueda sus ojos al cielo creyendo que se trata de una broma, y sé que su orgullo no le va a permitir considerar la remota posibilidad de que pueda ser verdad, porque entonces le tocaría preguntar.

De repente, cuando menos atención estaba prestando a mi alrededor, escucho ese característico graznido que tan rápido logro reconocer. Todos reaccionamos a la vez, sabiendo muy bien de qué animal se trata a pesar de que muchos todavía no han tenido el placer de conocerlo.

Gritan con tanta efusividad, alegría y potencia, que se les escucha incluso antes de poder verlos aparecer sobre los árboles.

Idril sale finalmente de la estancia acompañada del pelirrojo, frotando sus ojos con impaciencia para lograr adaptar su vista a la luz exterior. Avaldur'h observa el cielo lleno de ansia, andando de un lado a otro demostrando su excitación. No logro imaginar lo que debe estar sintiendo en estos momentos. Todo Elthymeron los consideraba extintos, y aunque nuestras razas se dividiesen y los farcnars quedasen en nuestro territorio, jamás dejaron de ser sagrados para ellos.

Finalmente los vemos.

Aparecen sobre los árboles, sobrevolando ese gris y encapotado cielo.

Mi corazón se paraliza cuando me encuentro con ellos, sintiendo una

oleada de distintas formas de felicidad apoderándose de mi interior. Roc y Sumli vienen acompañados de cinco crías, claramente jóvenes pero ya perfectamente emplumadas. Mantienen el vuelo igual de bien que sus padres, y se ven realmente fuertes, por lo que enseguida deduzco que debieron nacer poco después de marcharme a esta misión.

Avaldur'h enseguida acude a mí, increíblemente emocionado por lo que está viendo.

—No me dijiste que tu pareja de farcnars estaba incubando una nueva generación —Es incapaz de dejar de mirar al cielo, a este precioso espectáculo.

—No lo sabía —Siento ese ardor en mis párpados inferiores, conmovido con la noticia—. Esto también es una sorpresa para mí.

Roc desciende en cuanto me divisa y corre lanzado hacia mí. Como siempre, incapaz de medir su fuerza. Me hace retroceder para lograr no caerme al suelo cuando estampa su enorme cabeza contra mi pecho, agachando su pico para no dañarme; gritando como si fuese un polluelo con hambre, de una forma tan peculiar que incluso podría confundirse con un llanto.

Me echo a reír, lleno de alegría por volver a verlo; y más aún tras comprobar que finalmente se han decidido a criar.

—¿Qué tal, querido amigo? ¿Qué tal? —Llevaba tiempo sin sonreír de esta manera. Mis manos se abrazan a su denso, negro y brillante plumaje —. Cuánto tiempo sin verte.

Ladeo mis ojos hacia Zynael y compruebo que Sumli también se ha acercado a saludarla a ella. Definitivamente, la eligió de alguna manera en cuanto la conoció por primera vez.

Roc grita, expresivo y eufórico, reclamando de nuevo mi atención.

—Tú también me has echado de menos, ¿verdad? Demasiado tiempo separados. Tengo tantas cosas que contarte, amigo mío —Uno mi frente a su cabeza, sintiendo cómo se comunica conmigo sin necesidad de hablar—. Pero vamos a empezar por esta sorpresa, ¿dónde habíais escondido el nido? —El cuervo inmenso de cuatro patas alza las alas y grazna al cielo cuando vuelve a separarse de mí, feliz de poder presentarme a su familia.

Zynael nos observa con una tierna sonrisa dibujada en sus labios.

—Eres todo un padrazo —Mi corazón se conmueve—.

Enhorabuena a los dos.

Sumli se acerca para que la acaricie, satisfecha tras haber notado mi sincera y completa alegría.

—Ven —Con la mano todavía apoyada sobre el cuello de la hembra, me giro para invitar a Avaldur'h a acercarse—. Quiero presentarte a dos de mis mayores tesoros.

El albino parece dudar un instante, confuso por el respeto que parece provocarle el impresionante tamaño de estos äphylds alados; pero termina asintiendo. Se acerca cuidadosamente a mí, manteniendo su completa atención en Roc y en Sumli. Las crías por el momento se mantienen en el aire, aguardando hasta que sus padres les indiquen que pueden descender para conocernos.

—¿Qué os parece? —les hablo a mis sagrados amigos—. ¿Os suena su olor?

Roc retrocede varios pasos con desconfianza, no muy seguro de lo que parece estar percibiendo en este nuevo y desconocido sygära.

—No os preocupéis, no va a haceros daño —Acaricio los cuellos de ambos con cada una de mis manos, manteniéndome entre ellos—. Os aseguro que es un amigo.

Avaldur'h me mira a los ojos y asiente galantemente con la cabeza en un gesto que interpreto como agradecimiento. El macho vuelve a observarle y procede a acercarse por primera vez, siendo fiel a mis palabras y a la confianza que yo ya he depositado en él. Mientras tanto, Sumli se mantiene en la distancia obedeciendo a su cauto instinto.

Apoya sus dedos sobre el inmenso cráneo de Roc muy despacio, precavido y respetuoso. Es la primera vez que se encuentra tan cerca de un farcnar, y nunca antes había podido considerarlos parte del mismo bando.

—Es increíble… —Su voz suena entrecortada. Está extremadamente ilusionado—. Eres un animal espectacularmente increíble. Ni en mis mejores sueños imaginé que podría acariciar a uno como tú, y ahora tengo a toda una familia delante.

—Toda una familia… —Alzo mis ojos al cielo para volver a observar a

esas crías que no dejan de volar sobre nuestras cabezas, ágiles y juguetonas—. Aún no me lo creo.

Roc abandona a Avaldur'h tan pronto se da cuenta de mi gesto y vuelve a acercarse a mí. Grita al cielo hacia sus crías a la par que agita las alas en el aire, desbaratando los cabellos de todos los presentes, envolviéndonos en una fuerte corriente de aire.

Entonces las cinco crías comienzan a descender.

El círculo que nuestro grupo había creado se abre para dejarles sitio para aterrizar. Todos parecen temerosos y cautelosos ante lo que imaginan que estos animales salvajes les podrían llegar a hacer; pero sé que estando yo, y siendo hijos de quienes son, no tenemos nada que temer.

Avanzo lentamente hacia estos jóvenes farcnars que ya son inmensos. Zynael camina justo detrás de mí, siendo consciente de lo precioso e importante que es este momento. Por su plumaje y su tamaño, puedo diferenciar a dos hembras y tres machos. Ya son casi tan altos y fuertes como sus padres. Su corta edad solo es apreciable por el estado tan puro y poco desgastado de sus picos.

Una de las hembras es la primera en tomar la iniciativa, acercándose con clara simpatía y desparpajo. Sus hermanos la siguen al instante. Agarro a Zynael de la cintura y la empujo con suavidad, invitándola a colocarse justo a mi lado para recibir a estos nuevos amigos mientras comienzan a olernos y a rodeándonos con confianza. Intento acariciar a uno de ellos, pero los dos de al lado acuden con envidia y empujan a su hermano para recibir el mismo trato. Sumli grazna al instante para regañarlos, ejerciendo su perfecto papel de madre, y enseguida vuelvo a intentarlo una vez más. Finalmente mi mano logra posarse sobre sus suaves y flamantes plumas, perfectamente nuevas.

—Un placer conocerte, pequeño —Comienzo a acariciarlo con cariño. Me giro hacia el siguiente y, uno a uno, continúo hasta acabar de saludarlos a todos ellos.

—¿Vas a ponerles nombre? —La rubia me sigue, presentándose de igual manera justo después de mí.

—¿Debería hacerlo ya? —Mis ojos se mueven hacia los suyos con guasa —. Ni siquiera me conocen todavía, no me ha dado tiempo de ganarme su

confianza de verdad.

—¿Crees necesitar ganártela? —responde usando el mismo tono— . Mira la confianza con la que se han acercado a ti. Lo eres todo para sus padres y lo saben. Acabas de conocerlos y ya eres indispensable para ellos.

Sonrío y vuelvo a centrar mi atención en estos inmensos pequeños.

—Ponles un nombre —insiste—, les gustará tenerlo.

—Gëala, Mäldruh, Tylkar, Ghäoz y Zòmbrulh —Los señalo de uno en uno sin tener ninguna duda al respecto—. Agua, tierra, fuego, aire y rayo. Los cinco elementos naturales que tú has logrado dominar.

Zynael reacciona al instante con asombro, sorprendida tras mi rapidez y mi elección.

—¿Qué? ¿No te gustan? —Le provoco con burla—. Son simbólicos.

La nyëlkhem no logra sostener la preciosa sonrisa que nace en sus labios.

—Me encantan —murmura llena de dicha—. No habría podido elegirlos mejor.

Las crías de Roc y Sumli graznan al cielo con alegría, aceptando al instante esos nuevos nombres que les acabo de dar.

—¿Creéis que vuestros hijos podrán cargar con mis amigos? — Vuelvo a girarme hacia los padres, preocupado por lo que su invitación y el futuro puede conllevarles—. Veo que están fuertes, habéis hecho un trabajo excepcional al criarlos, pero vamos a sobrevolar tierras con un clima realmente complicado. Mucho más difícil que este. Necesito que estéis completamente seguros de ello antes de acceder.

Roc gruñe y golpea mi pecho con su cabeza fuerza. Parece que mi falta de confianza le ha molestado realmente.

—No dudo de tu decisión, tranquilo —Alzo las manos en modo disculpa —. Te agradezco la idea y confío en ella, pero sabes de sobra que siempre me he preocupado por vosotros. Debes entender que necesite asegurarme ahora que sois más.

El macho grita, comunicándose conmigo en esta peculiar conversación que únicamente nosotros comprendemos.

—Si lo tienes tan claro, confiaré en tu criterio y en tu juicio — Accedo—.

Siendo honestos confieso que nos va a venir muy bien, así podremos volar todos a la vez.

Enseguida vuelve a juntar su inmensa cabeza contra mi pecho, manteniéndola junto a mí durante un largo momento.

—¿Por qué me das las gracias? —Mis palabras se escapan como un murmuro entre mi enternecida sonrisa—. Debería estar dándotelas yo a ti.

Roc solo se acurruca más contra mí, como si fuese un pequeño polluelo buscando el calor de su madre. Mis brazos enseguida lo rodean y vuelven a abrazarle.

—Yo también te he echado mucho de menos, pero me alegra ver lo bien que te las has apañado bien sin mí —Hundo mi cara entre su plumaje—. Volveré a casa pronto y volveremos a sobrevolar Drilembiyr'h juntos. En paz. Te lo aseguro, amigo mío.

El inmenso äphyld se separa lentamente y vuelve a mirarme con sus inmensos y brillantes ojos negros. Entonces suelta su peculiar grito y agita las alas de nuevo para, seguidamente, arrodillarse con sus inmensas cuatro garras, invitándome a montarle. Impulsados por esta orden de su padre las cinco crías comienzan a hacer lo mismo, siguiéndole y aguardando al resto de nuestros amigos. Esperando para servirles. Sumli, en cambio, vuelve a demostrar tener su elección totalmente clara. Acude frente a Zynael y agacha la cabeza con sumisión, bajando al suelo cuanto puede, dándole toda su fidelidad y toda facilidad para que sea su piloto y compañera.

Me vuelvo hacia mis amigos con motivación y los observo a todos, uno a uno, sabiendo que ha llegado el momento de partir.

—Dai, Avaldur'h —Mi autoridad y confianza vuelven a verse reforzadas —: Iréis en Gëala y en Mäldruh. Son hembras fuertes, podrán perfectamente con vosotros.

Mis dos amigos asienten sin dudar, aceptando al instante lo que acabo de mandarles.

—Idril y Záldur —Me dirijo a la pareja—, vosotros dos podéis montar a Tylkar. Parece un macho resistente a la par que ágil, le será fácil llevaros a ambos.

Los enamorados acceden.

—Jóngruf —Miro al humano castaño—. Tú en Zòmbrulh.

—¡Oído! —Exclama el mencionado, frotándose las manos con motivación.

—Y tú —Me giro hacia Thaeón—, irás en Ghäoz.

El moreno clava sus ojos en mí y asiente al instante, dirigiéndose enseguida hacia su elegido. O bueno, más bien el mío.

—¿Qué pasa con el brazal? —Zynael agarra mi brazo con preocupación —. No quiero faltarle el respeto a Sumli, y me veo capaz de volar sola, pero…

—No te preocupes —Apoyo mi mano sobre la suya, frenándola— . Sumli puede volar justo detrás de Roc si se lo pedimos. Disfruta de vuestro vínculo y de cómo va a ser volar juntas, es algo único de experimentar. ¿Querías saber cómo se siente, verdad?

—Sí —Afirma al instante—. Está bien. Si crees que seremos capaces de guardar y cuidar la distancia máxima…

—Tranquila —Mis ojos bajan a sus labios de forma involuntaria— . Sé cuánto te gusta estar justo a mi lado, pero recuerda cuánto te molestaba hace ya un tiempo. Podrás soportar estar de nuevo a ocho pies de mí durante un rato.

—Eres insufrible, imbécil —Se muerde los labios con provocación, excitada tras mi vacile—. Eres tú el que no soporta alejarse de mí, gallito — Agita su pelo de forma sensual y se da la vuelta para acercarse a Sumli, accediendo al instante a pesar del posible riesgo; movida únicamente por ese orgullo suyo que tanto me pierde y me gusta.

Cuando ya estamos todos montados sobre los farcnars, se ponen en pie y organizan su formación. Los dos adultos irán a la cabeza, mientras que las crías los seguirán. Así los padres serán los encargados de cubrirles de las fuertes ventiscas que vamos a atravesar.

—Sumli —Me giro hacia la hembra, que está colocada al lado de Roc—. No te alejes lo más mínimo. Quiero que vueles justo encima de nosotros, protegiéndote de la vista de cualquiera que pueda divisarnos desde abajo, y sobre todo protegiendo la distancia límite que puede aceptar Zynael. Quiero sentir tus garras flexionadas rozándome la nuca.

Sumli grita accediendo.

—Los demás, ¿estáis listos? —Observo al grupo, comprobando que están todos bien montados—. No va a ser un paseo a caballo, tenedlo claro.

—¿Dónde se supone que nos agarramos? —Muestra Záldur su preocupación—. ¿Debemos agarrarles de las plumas?

—Que ni se os ocurra hacer tal cosa —Rechazo—. Tenéis piernas. Usadlas.

—¿Qué quieres decir? —se queja Jóngruf—. ¿Solo podemos valernos de la sujeción y la fuerza de nuestras piernas? ¡¿Volando a no sé cuántas millas de altura?!

—¿Por qué os estáis quejando? ¡No tenéis ni idea de lo mágico que va a ser este momento! —exclama Avaldur'h totalmente emocionado— . Tenéis que disfrutarlo.

—Disculpa si te ofendo, aunque en realidad no me importe si lo hago —Dai-sha le dedica una mueca de molestia a su confidente—. Llevo una eternidad utilizando métodos mágicos para ser inmortal; mágicos de verdad. Tener que jugarme la vida volando sobre un pajarraco en edad pubescente no entra dentro de las actividades que podría disfrutar.

Gëala se queja y da un bote, reaccionando negativamente a la ofensiva palabra. Dai-sha grita y vuelve a abrazarse al cuello de su medio de transporte.

—Perdona, bonita. Perdona… —susurra, pasando su mano sobre su plumaje con cautela—. No eres un pajarraco. Eres una divinidad y nos vamos a llevar genial, ¿verdad?

Ruedo mis ojos al cielo entre risas y vuelvo a echar un último vistazo a Zynael, guiado por esa necesidad constante e imperiosa de saber que está bien.

—¿Lista? —Relajo mis párpados cuando mi mirada se encuentra con la suya—. Estate tranquila, Sumli es especialmente buena volando cuando se siente unida a su jinete. No hará nada que pueda ponerte en riesgo si ve que no puedes dominarlo.

—Estoy tranquila, no te preocupes —Me sonríe con seguridad—.

Cuando quieras.

Roc parece comprenderla y rasga la nieve con sus largas garras, preparándose para despegar. Duda un instante, conocedor de la dificultad que nos va a tocar atravesar, pero finalmente ambos extienden sus extremidades y empiezan a aletear.

Lentamente comenzamos a elevarnos. Los árboles nevados de este espeso y oscuro bosque se quedan a nuestros pies, mostrándose más y más pequeños con cada aleteo. Y es entonces cuando me doy cuenta de que ya no hay marcha atrás. Marchamos a matar a Mäilkun Doh. La tormenta que nos envuelve, sin saberlo, ha sido el principio del final; y esta noche que hemos pasado, la calma previa a la tempestad.



CAPÍTULO 4
EL PRINCIPIO DEL FINAL

Zynael
5

Sobrevolamos el encapotado y grisáceo cielo dando círculos en el aire, a lomos de estos impresionantes animales. Sigue siendo un sentimiento mágico e increíble, al igual que la primera vez. Al fin y al cabo, somos seres terrenales. El poder de surcar los cielos no es algo que los dioses quisiesen concedernos a nosotros, por lo que se siente increíble el poder compartir este don de algunos animales afortunados.

Acaricio el suave y densísimo plumaje de Sumli. Tal y como Kal'ladril le ha pedido, vuelva justo encima de él sin separarse en exceso. No logro ver al sygära, la madre farcnar es demasiado grande como para permitirme asomarme, pero su larguísimo cabello blanco sí que es apreciable desde mi perspectiva, agitándose agresivamente con el fuerte viento.

Seguimos alzándonos hasta que logramos traspasar las nubes. En ese momento, dejamos de divisar Zandoorbrock y las montañas Kal'lion Kholmio bajo nuestros pies. Pareciese como si hubiésemos comenzado a volar sobre una densa e inmensa meseta de algodón. Por primera vez desde hace muchísimas lunas, el cielo vuelve a verse azul. Ya no volamos bajo la tormenta de nieve, ahora estamos encima de las nubes que la crean.

Respiro profundamente, disfrutando de este magistral momento. El frío

es cada vez más exagerado, corta mis labios y endurece mi piel, pero consigo ignorarlo. Hacía demasiado tiempo que no conseguía disfrutar de los rayos del sol y de la claridad del cielo. Jamás habría dicho que podría llegar a echarlo tanto de menos.

Los farcnars giran, planean y se deslizan con agilidad, manteniéndonos a ocho millas desde el suelo. Creando un precioso, alucinante y elegante baile junto al viento. Podríamos disfrutar de la experiencia y de la tranquilidad, si no fuese porque Idril, Záldur y Daisha no dejan de gritar.

***

Llevamos un largo rato volando, que para mí ha resultado un pestañeo, cuando escucho a Kal'ladril darle a Roc una orden en sygönish. No logro entenderlo, pero enseguida consigo interpretarlo cuando comenzamos a descender.

Volvemos a atravesar esas espesas nubes que parecen tan eternas, buscando el dejarlas de nuevo sobre nuestras cabezas; pudiendo así divisar nuevamente el nevado y gélido terreno del norte de Elthymeron. A pesar del vértigo que pueda sentir, decido mirar hacia abajo para apreciar estas congeladas y altísimas montañas; apiladas una junto a otra, como si naciesen de la misma base; tan unidas entre sí que podrían considerarse una sola con infinitos picos.

—¡No me gustaría vivir aquí! —exclama Thaeón, fijándose igual que el resto en el gélido terreno que estamos admirando—. ¡No podría pertenecer a un sitio así y ser feliz!

—¡Has de reconocer que tiene su encanto especial! —Avaldur'h enseguida salta en defensa de lo que fue su hogar—. ¡Los sygäras que migraron a estas tierras al principio pensaban igual!, ¡sin embargo acabaron amando este lugar más que ningún otro en Elthymeron, hasta el punto de llegar al borde de extinguirnos por defenderlo!

—¡¿Podéis callaros ya?! —Kal'ladril gira su cabeza hacia los demás, claramente molesto por la conversación de nuestros acompañantes. De hecho, demasiado molesto teniendo en cuenta que se trataba únicamente de un intercambio de frases.

Algo parece haberle alterado.

La borrasca y la nieve son insoportables, y el viento es realmente agresivo. Tal vez se trate de eso, el vuelo era mucho más sencillo y más cómodo cuando nos encontrábamos sobre las nubes. «Pero entonces, ¿por qué ha preferido volver a descender?»

El peliblanco se asoma intentando divisar algo bajo nuestros pies, y parece muy decidido y concentrado para encontrarlo.

—¡Sumli! —grita de repente—. ¡Lin Roc feis onad, su der Zynael eutil!

Sumli grazna y da un veloz y ágil giro de forma repentina para colocarse junto a su pareja, obligándome a agarrarme a su cuello con fuerza para no caerme. No me da tiempo si quiera a interpretar la traducción cuando Kal'ladril, volando ligeramente más abajo y atrasado, se pone en pie sobre la espalda de Roc y extiende su brazo hacia arriba mirándome fijamente.

—¡Salta! —me ordena.

—¿¡Qué!? —Me asomo para buscarlo, impactada con su petición. La altura que hay debajo de él, en la que me fijo por error, me paraliza el corazón—. ¡¿Estás loco?!

—¡Salta y agárrate a mí! ¡Te toca viajar conmigo a partir de ahora! —Sigue con el brazo extendido. Su voz rotunda y contundente.

—¿¡Por qué!? ¿¡Qué ocurre!? —Intento encontrar razones para cometer tal suicidio, pero no lo consigo. Me parece una acción completamente inviable—. ¿¡Vamos a algún sitio!? ¿¡Por qué no puedo seguir con Sumli!?

—¡No tengo tiempo para explicártelo! —vocifera impaciente—. ¡Sumli debe seguir con sus hijos! ¡Salta de una maldita vez, Zynael!

Tomo aire profundamente y asiento, aceptando su orden al instante. Sé muy bien que Kal'ladril no toma ninguna decisión a la ligera, y también sé que no estaría tan alterado si no fuese por una razón importante.

Estoy a punto de ponerme en pie para saltar hacia Roc, cuando vuelvo a escuchar a Thaeón.

—¡No lo hagas! —exclama desgarrado—. ¿¡Cómo vas a saltar!? ¡Estaremos a unas siete millas de altura! ¡Si te caes…!

—¡Sé muy bien lo que pasaría si llegase a caerme! —Le freno, impidiendo que su inseguridad afecte a mi miedo—. ¡No me voy a caer! —¿¡Y si…!?

—¡No me voy a caer! No me voy a caer, no me voy a caer… —Me repito a mí misma, reiterando en esa afirmación dentro de mi cabeza para llegar a convencerme de que estoy realmente segura.

Respiro hondo y vuelvo a girarme hacia Kal'ladril, que sigue plantado sobre Roc aguantando el equilibrio, extendiendo su brazo hacia mí.

—¡Más te vale agarrarme! —le advierto.

Tan solo responde agitando la mano para solicitarme que salte cuanto antes, así que no me demoro más. Inspiro y cierro los ojos para ignorar mi temor a las alturas, esforzándome para dejar de pensar en la distancia que nos separa del suelo. Controlo el temblar de mis piernas y me pongo en pie como puedo sobre el lomo de Sumli. Por un momento pierdo el equilibrio y necesito volver a apoyarme sobre mi rodilla derecha, pero enseguida vuelvo a retomar el control de la situación y vuelvo a intentarlo. Una vez lo consigo, no lo pienso demasiado.

Si lo hiciese, no sería capaz de saltar.

Me impulso y abro los ojos solamente cuando ya estoy en el aire, con la intención de agarrar a Kal'ladril tan rápido como pueda, pero mi salto ha sido demasiado fuerte y comienzo a desbordarme al vacío.

Kal'ladril da una rápida orden a Roc. El majestuoso ave obedece al instante y gira bruscamente su vuelo para perseguir mi trayectoria. De manera alucinante, el sygära se mantiene en pie sobre su alado amigo como si estuviese surfeando el aire. No me da tiempo si quiera a pestañear. Kal'ladril me agarra con fuerza con ambos brazos, manteniéndome con determinación contra él, y enseguida busca mis ojos para asegurarse de que estoy bien.

Mi corazón va a mil por hora. He visto mi vida pasar ante mis ojos y siento que me he quedado sin aliento. Roc enseguida vuelve a mantener su vuelo de forma estable, regresando junto a su pareja.

—¡¡Zyn!! ¡¿Qué haces?! —exclama Idril—. ¡Se te ha ido completamente la cabeza!

—¡¿Estás bien?! —Thaeón parece realmente asustado.

—¡Estoy bien! —respondo para todos, aún aferrada a los brazos de Kal'ladril—. Estoy bien… —Expiro finalmente todo el miedo que acabo de

pasar, sintiéndome segura junto a él—. Gracias…

—Podrías haber mirado hacia dónde saltabas, ¿cómo se te ocurre hacerlo con los ojos cerrado? —Me regaña con la voz calmada, demostrándome que en realidad está aliviado de tenerme junto a él—. Eres una inconsciente.

—Si hubiese abierto los ojos, no habría sido capaz de saltar —Mi mirada se clava en la suya, tan dorada y tan penetrante—. Y tú tampoco me habrías pedido algo semejante si no supieses de sobra lo inconsciente que puedo llegar a ser.

Suspira una sonrisa y baja su atención a mis labios, rindiéndose ante la evidencia, pero no tarda en volver a soltarme. Y lo hace tan bruscamente, que incluso logra hacerme sentir vacía.

—Tenemos que irnos —Murmura de repente, retomando una seriedad tan determinante que me eriza la piel—. Siéntate.

Nos acomodamos sobre Roc. Su fuerte y duro pecho se pega a mi espalda.

—¿Vas a explicarme qué es lo que ocurre? —Giro mi cabeza para buscarlo sobre mi hombro. Sus brazos pasan por ambos lados de mi cintura, extendiéndose para acariciar el cuello de Roc y premiarle por su obediencia—. Me gustaría saber por qué raz…

—¡Sumli! —exclama de nuevo, ignorándome sin miramiento—. ¡Alza el vuelo de nuevo hacia las nubes y ocúltate entre ellas con tus crías! ¡Si es necesario, volved a sobrevolarlas! ¡No descendáis! ¡Bajo ningún concepto! —le ordena—. ¡Seguid dirección a Cinnadaoin! ¡Si no logramos encontraros antes, nos veremos en Dohikäär!

La hembra grita con fuerza, aceptando el mandato del líder de esta familia.

—¡No pensarás dejarnos solos volando con estas cosas! —se queja Daisha—. ¡Solo te obedecen a ti, y no me apetece dejar mi suerte a cargo de unas bestias con las que yo no tengo ninguna confianza!

—¿¡Qué es lo que ocurre, zalèüh!? —Avaldur’h mira en todas las direcciones, buscando una explicación a la repentina y extraña reacción de su hermano sureño.

—¡Cuida de tus hijos, Sumli! —Vuelve a ignorarles, continuando con su petición a la madre farcnar—, ¡y también de ellos!

Entonces, sin darles tiempo a quejarse o replicar de nuevo, Sumli y sus crías comienzan a alzarse en el cielo y vuelven a perderse entre el espesor de estas grises y cargadas nubes que cubren nuestras cabezas. Roc en cambio se mantiene en su posición, aguardando con una actitud muy alerta a las órdenes de Kal'ladril.

—Dime qué demonios te pasa —Lo miro con severidad. Molesta por no estar entendiendo lo que está ocurriendo—. Estás nervioso. Demasiado, de hecho.

El peliblanco no responde. Mantiene sus preciosos ojos dorados y sus magníficas pupilas rasgadas fijados en algún punto bajo nuestros pies, como si estuviese esperando o buscando algo.

—¡Te estoy hablando! —grito, enfadada con su falta de comunicación—. No estás solo, ¿sabes? Podrías aprender a comunicar tus preocupaciones con los demás.

—Tan solo he evitado los nervios que les habrían surgido si hubiesen sabido lo que se nos acerca —La calma en su voz me crispa la espalda. Su atención se mantiene en ese punto donde todavía no hay nada.

—¿Lo que se nos acerca? ¿Qué se nos acerca? —La impaciencia comienza a apoderarse de mi interior—. ¿Qué estás percibiendo?

—Percibiría algo más si me dejases escuchar —Sube sus ojos hacia los míos con fastidio—. ¿Por qué no te callas e intentas hacer lo mismo? No vas a tardar demasiado en comprobarlo por ti misma.

—Vuelve a hablarme en ese tono cuando solo estoy intentando comprenderte y te cruzo la cara —Enarco una ceja, cabreada con la situación—. No soy adivina, imbécil.

Kal'ladril suspira y relaja su semblante. Su mano se apoya sobre mi muslo al mismo tiempo que la otra me abraza el vientre, empujándome hacia atrás para pegarme a él todavía más. Teniendo en cuenta que nunca pide perdón, interpreto este gesto como su mejor versión de disculpa.

—Mira… —susurra muy bajito, acercando sus labios a mi oreja desde atrás—, escucha. Ya llegan.

Giro la cabeza en la misma dirección hacia donde él estaba enfocando su atención. Pendiente. En silencio. De repente escucho un graznido que me resulta terriblemente familiar; un graznido que, según la historia de lo ocurrido en la Gran Guerra, no debería poder escuchar.

Mis ojos se abren como platos. Y Kal'ladril, que ha estado observándome desde mi réplica, se da cuenta de que acabo de comprenderlo todo.

—Lo has oído —adivina—. ¿Verdad?

—Es imposible… —Siento que la voz apenas sale entre mis labios.

—Ojalá lo fuese.

El peliblanco dedica a Roc un doble chasquido que enseguida sabe interpretar, y comienza a descender lentamente volando en leves círculos. Entonces los volvemos a escuchar. Esta vez de forma mucho más clara, mucho más cerca de nosotros.

—Sesëh Roc, sesëh… —le susurra a su alado amigo, pidiéndole frenar—. Que no nos vean. No permitas que nos vean.

Y ahí, bajo nuestras miradas, aparece a ese grupo tan numeroso de farcnars utilizando la misma estrategia que Roc acaba de usar: volando en corro uno junto otro, dando vueltas constantes para apenas avanzar.

Un grupo de farcnars desplumados y lisiados, que casi parecerían muertos vivientes.

—¿Qué demonios…?

—Ortheel —Se adelanta Kal'ladril a explicarme.

Mi aliento se paraliza.

—Debí haberlo imaginado. La magia nigromante no conoce límites; y un mago negro de su nivel, tampoco —Parece castigarse a sí mismo—. Nos vamos a enfrentar con absolutamente todo ser viviente que participó y murió en la Gran Guerra. Incluidos los animales y los äphylds.

No tengo palabras. Ni si quiera sé qué pensar. Solo tengo claro que eso nos pone en una situación mucho más desfavorable. El número de nuestros enemigos acaba de sumarse preocupantemente. No solo tendremos que pelear contra ese ejército, y ese número de farcnars que seguramente sea superior a ciento y algo; también habrá un número incontable de animales terrestres que lucharán para matarnos. Y lo peor de

todo es que ninguno de esos rivales podrá morir hasta que Ortheel no caiga.

—Es el fin —resumo en voz alta, haciendo evidente mi pesimismo.

Kal'ladril no responde, y eso solo me preocupa más. Tan solo escucho su respiración profunda y calmada, al mismo tiempo que su fuerte corazón golpea contra mi espalda.

—¿Cómo es posible? —Rompo de nuevo el silencio, tratando de ignorar al terror que se está formando en mi interior.

—Siendo capaz de dominar la parte más prohibida y casi imposible de la magia nigromante —Su voz sale áspera de su garganta, mostrando su preocupación—. Al igual que todo, y tal y como has comprobado tú con la tuya, la magia evoluciona. Con el paso del tiempo y con práctica la magia negra puede pasar de niveles básicos, como puede ser comunicarse con los espíritus de los muertos, a ser capaz de levantar cadáveres para manejarlos cual marionetas —Se da una pausa. No sé si es porque necesita pensar, o si lo que necesita es digerir lo difícil que se ha vuelto nuestra situación—. Lo que Ortheel ha hecho, va más allá de eso. Hay una parte de este poder muy complicada de lograr, que te permite alzar de la nada el cuerpo de aquel ser viviente al que perdiste, siempre con la apariencia que tenía en el último momento en que lo viste.

Sin importar el tiempo que haya pasado, aunque sólo quede polvo de huesos de él.

Respiro hondo mientras trato de analizar tanta información tan aterradora, esforzándome por no dejarme llevar por ese amargor que empieza a apoderarse de mí. No quiero fallar a mi confianza antes de siquiera empezar a pelear.

—Dugrulhs. Recuerdo que se lo explicaste a Idril —Hago memoria, recordando ese término que ya ha utilizado otras veces—. Por eso en este caso son todos seres calcinados.

—Lo más triste es lo que les ocurre a sus almas… —Su pesar se hace evidente—. Se ven obligadas a regresar, ancladas a un cuerpo que ya había desaparecido y ha sido devuelto; del que ya no son dueños y que ya no pueden controlar. Las regresa de la muerte para usarlas en su propio beneficio.

Siento el frío apoderándose de mi interior, y nada tiene que ver el clima de este helado lugar.

—Dices… —Me cuesta formular la frase—, ¿dices que sus almas están presentes? ¿Ellos, o lo que fueron ellos, son conscientes de lo que está pasando?

—Sí —afirma—. Y por mucho que estén en contra, no pueden controlar su cuerpo.

—Es horrible… —murmuro—. ¿Pretende vengar sus muertes volviéndolos a torturar?, ¿ese es su plan? Trayéndolos de vuelta de esta forma, sabiendo que sus almas son conscientes de todo, es cruel y es dantesco. Me parece repulsivo.

—Por eso forma parte de las magias prohibidas —concluye—. Porque es una magia egoísta y podrida que solo beneficia a quien la utiliza.

Asiento, comprendiendo ahora mucho mejor el tipo de ser al que nos vamos a enfrentar; volviendo a centrar mi atención en esas aves sin vida.

—No nos han visto…

—Ni siquiera están prestando atención —Los estudia detalladamente, conociendo cada gesto de estos animales. Incluso teniendo en cuenta que ya están muertos, parecen seguir los mismos patrones que siguieron en vida—. Vuelan en círculo porque están esperando algo, o a alguien. Están únicamente centrados en lo que viene por tierra.

Mi espalda se crispa al instante, sabiendo perfectamente de quién se trata.

—Avanza, Roc —le ordena a su alado amigo con rotundidad—. No desciendas.

El farcnar obedece al instante y continuamos volando en línea recta, sin disminuir nuestra distancia con tierra firme, manteniendo constantemente nuestra altitud. La niebla es espesa, pero no tardamos demasiado en empezar a divisar ese océano infinito y negro, constituido por innumerables guerreros y soldados completamente calcinados: Humas; enanos; sygäras de la luz y de la oscuridad; nyëlkhems e incluso ènhobes, seres de apariencia humana que de cintura para abajo tienen cuerpo de buey. Mujeres; hombres; ancianos; jóvenes que apenas habrían alcanzado

la mocedad; y cientos de animales.

Muchísimas de las razas de Elthymeron unidas en un ejército de cadáveres demacrados, en un desfile terrorífico y sobrecogedor. Un escenario espeluznante ante nuestros ojos, que me deja sin aliento y completamente paralizada.

Ni si quiera me salen las palabras.

Y ahí, encabezando la peor de nuestras pesadillas, va su líder:

Ortheel. Montando una bestia horrible, espantosa y estremecedora. Inmensa. Con el cuerpo repleto de pelo blanco como la nieve y una melena del mismo tono; larga, despeinada, revuelta y enmarañada; cayendo de su cabeza hasta la altura de sus costillas. Tiene cuatro cuernos impresionantes, dos hacia arriba y dos hacia abajo, y una altura inverosímil que rondará las trescientas veinte pulgadas. Sus brazos son tan largos que hasta sus dedos arrastran por el suelo, dejando marcado el rastro de su trayectoria con sus grandísimas garras.

El monstruo va chepado. Sobre su espalda carga con pesar el trono en el que descansa su captor, fustigándolo constantemente para que en ningún momento se detenga. Sus colmillos son tan largos y afilados como unas poderosas dagas, y sus ojos tan rojos como la sangre que no deja de chorrear de su boca. Ortheel lo está controlando con una cadena enganchada a sus comisuras, atravesándolas por dos gruesas y oxidadas anillas. Además arrastra cuatro pesadas bolas metálicas, también encadenadas y aparentemente clavadas, cruelmente, en sus sangrantes muñecas y tobillos; evitando así que pueda atacar para defenderse, o echar a correr para escapar de su tortura.

El líder del ejército porta una armadura increíble y brillante, negra como el fin de los días que augura su presencia. Potente. Pesada. Llena de pinchos, salientes y detalles, que harían imposible el acercarte a él sin dañarte. Su yelmo es también alucinante, y tapa su rostro por completo. Tiene dos cuernos del mismo material, enroscados hacia atrás como los de un macho cabrío; a la altura de su mandíbula se simulan unos colmillos que podrían matarte y desangrarte con el simple hecho de rozarte. Además, como si de una cresta se tratase, el casco está adornado desde su parte frontal hasta la parte trasera con una hilera de espinas de

aproximadamente un palmo de longitud; punzantes, afiladas y escalofriantes.

—Es él —susurro sin voz. Ni si quiera sé si Kal'ladril ha podido escucharme, pero no necesito su respuesta. Sé que es él—. ¿Y qué es eso en lo que va montado...?

—Un khiäval —La dureza de su voz me estremece—. Tiene cuatro cuernos, así que se trata de un macho. Estudié que las hembras son más altas, pero solo tienen dos.

—¿Y qué mierdas es un khiäval? —Mi miedo me impide controlar mi lengua—. ¿De dónde demonios sale ese monstruo?

—Es una bestia muy poco común que únicamente habita en lo más alto de las montañas más frías del norte —Sus ojos no se mueven de ese mar de muertos vivientes. Ni siquiera parpadean—. Un monstruo carnívoro y excesivamente agresivo y aniquilador.

—Y sin embargo parece aterrado bajo el yugo de Ortheel —Mi mandíbula se tensa—. ¿Cómo va a amedrentarse y a actuar tan pasiva una bestia así?

—Porque piensa que es su único método para sobrevivir —Su forma de murmurar cada palabra elimina toda mi esperanza—. Le tiene miedo… Mucho miedo…

Inspiro profundamente. El nudo de mi pecho termina de cerrarse hasta incluso causarme angustia. Kal'ladril vuelve a mirarme dándose cuenta de mi turbación, y enseguida trata de transmitirme su calma. Siento su mano apretándose sobre mi muslo, y su brazo aferrándome con más fuerza junto a él.

—Asciende Roc —le pide al farcnar—. Ya hemos visto todo lo que necesitaba ver.

El ave de brillante plumaje negro comienza a elevar el vuelo, perdiéndose de nuevo entre las nubes. Liberándonos del peligro de poder ser localizados.

Sigo en silencio mientras volamos. Mi cabeza da tantas vueltas a lo que acabamos de ver, que ni si quiera soy capaz de sentirme afectada por el frío que nos envuelve y que cada vez es más fuerte. Kal'ladril también está

callado, seguramente barajando en su interior las escasas, o más bien nulas, oportunidades que nos quedan contra ese infinito y poderoso ejército; y sobre todo contra ese infernal brujo que tanto poder alberga.

Ninguno parecemos querer hablar del tema, porque eso implicaría tener que aceptarlo. Así que el resto del trayecto transcurre en completa mudez, opacando nuestro terror y angustia con el único sonido del viento y el aleteo constante de Roc.



Zynael
6

Me escondo como puedo bajo la capucha. No siento los labios, ni las manos, ni tampoco la nariz. Trato de paralizar la ventisca con mi antebrazo, cubriendo mi cara cuanto puedo debajo de él. Pero de nada sirve. Lo único que se paraliza son mis músculos.

Roc vuela con excesiva dificultad, tratando de luchar contra el viento que lo empuja hacia detrás y lo zarandea. Le resulta casi imposible el poder mantenerse y avanzar. Finalmente, tras varias vueltas en un largo y complicado trayecto, escuchamos un repetitivo graznido que parece intentar llamar nuestra atención.

Trato de enfocar la mirada entre la nieve que no deja de caer y finalmente los veo, resguardados junto a uno de los acantilados de esta impresionante montaña, la más alta de toda la cadena: Dohikäär.

Descendemos. Las fuertes garras de Roc se hunden completamente en la capa de nieve que cubre el suelo hasta algo más de la mitad de sus enormes patas. Kal'ladril enseguida desmonta y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. La nieve me llega casi a las caderas, y hace prácticamente imposible el caminar.

—Bajad. Ya —ordena Kal'ladril, sin siquiera saludar o dar algún tipo de explicación respecto al motivo por el que nos hemos quedado atrás—. Los farcnars no pueden volar con esta ventisca. Seguiremos a pie lo que nos queda.

Nuestros amigos se miran unos a otros con confusión, aún subidos sobre sus alados portadores. A pesar de que es evidente que quieren hacerlo, ninguno se atreve a quejarse o a preguntar qué ha sido lo que hemos visto. El tono que acaba de usar el sureño ya ha sido demasiado rudo como para

que además se pongan a indagar.

Finalmente obedecen y comienzan a desmontar. Záldur carga a Idril sobre su espalda, evitando que deba empaparse más.

—Por los dioses... Jamás había visto nada así —Jóngruf intenta moverse con esfuerzo entre la nieve—. Dime que no vivíais de esta forma todos los días del año.

—¿No tenéis estaciones en Drilembiyr'h? —Avaldur'h acaricia el cuello de su farcnar con tranquilidad, aún prendado ante la idea de tenerlos delante.

—Sí, por supuesto —contesta el humano castaño—. Dos: La de sol y la de lluvias. Cada una de ellas dura unas seis lunas. Pero la temperatura es siempre cálida, con mínimas de trece grados por la noche y máximas de veinticinco por el día.

El norteño ladea su mirada por primera vez hacia Jóngruf, dedicándole un gesto de pereza evidente.

—Era una pregunta retórica —Rueda su único ojo al cielo—, no pensaba que tuviese que explicártelo. A veces se me olvida que eres un aldeano desinformado.

Thaeón se cruza de brazos y enarca una ceja, molesto por el insulto que acaba de dedicarles; dándose por aludido.

—En Cinnadaoin rara vez veíamos el Sol. Aquí jamás ha existido la lluvia, siempre ha sido nieve —Nos cuenta, decidiéndose a responder la sencilla cuestión de Jóngruf—. Esa mitad del año que tú mencionas como lluviosa, aquí la llamábamos la mitad lilëada, que en sygönish significa *helada*.

—Ya veo el porqué —murmura Thaeón.

—Nuestras ciudades estaban construidas perfectamente para poder sobrevivir a estas ventiscas. Los muros que las protegían eran tan altos y gruesos que apenas sentíamos el aire; viniese de donde viniese — continúa Avaldur'h—. Tanto las ciudades bajas, como la capital. Todas estaban levantadas con la misma estrategia.

—¿Las ciudades bajas? —pregunto.

—Así llamábamos al resto de ciudades del reino, a excepción de la ciudad capital que estaba construida aquí, en Dohikäär —aclara el

autóctono.

—¿En este inmenso bloque rocoso de hielo hay una ciudad? — Jóngruf alza su vista cuanto puede para tratar de divisar algo—. ¿Dónde se supone que está?

—Pronto lo verás —concluye Avaldur'h, dándole la espalda al humano para girarse hacia Kal'ladril—. Sé cómo podemos llegar, puedo guiaros hasta allí para que no vaguemos sin rumbo bajo esta tormenta.

Kal'ladril frunce el ceño y clava su atención en el alquimista.

—¿No estás aquí precisamente para eso? —gruñe—. Te uniste al grupo porque me prometiste que lo harías. Así que, por favor, empieza ya.

—No pretenderéis comenzar a marchar con este mar de nieve, ¿verdad? —salta Záldur, sosteniendo con fuerza a Idril sobre su espalda—. Apenas podemos movernos.

—No es lo que pretendo, es lo que vamos a hacer —El peliblanco se gira hacia el Wolftundiano con actitud—. Si te cuesta mover las piernas, haz más fuerza.

—Podríamos continuar montados en los farcnars —propone el pelirrojo —. Si la ventisca es el problema, utilicémoslos como simples caballos.

—No sé si me ofende más tu ridícula comparación o el desprecio que acabas de demostrar por ambos animales —El príncipe de Drilembiyr'h aprieta sus puños. Han tocado su fibra sensible—. Estas majestuosas aves, que no caballos, han volado desde Drilembiyr'h para traernos hasta aquí. Una de las crías ha cargado tu robusto y peludo culo durante horas después de hacer un viaje larguísimo, y no vamos a sumarles agotamiento. Vamos a andar, todos, y vamos a permitirles descansar. ¿Queda claro?

—Pero…

—He preguntado si te ha quedado claro —remarca con firmeza— . Sus garras están pensadas para agarrar presas, no para darse caminatas llevándote de paseo; se clavan en la nieve mucho más que tus piernas.

—Sí… —Záldur agacha la cabeza frente al peliblanco, rendido ante su autoridad—. Tienes razón, lo siento si te he molestado.

Kal'ladril suspira y decide ignorarlo, dejando a un lado su mosqueo.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a la capital? —Le pregunta a Avaldur'h.

—Si salimos ya podríamos estar allí bien entrada la noche. De madrugada, tal vez —responde—. Teniendo en cuenta que no iríamos demasiado rápido.

—De acuerdo. En marcha, pues —determina Kal'ladril, acomodando sus armas sobre su espalda—. Iremos en fila de dos en dos, uno detrás de otro. Así los primeros podremos protegeros del viento a los demás, y abriremos el paso a través de la nieve para que os cueste menos avanzar. Avaldur'h y yo iremos a la cabeza; detrás Zynael y Daisha; siguiéndoles Thaeón y Jóngruf; Záldur e Idril después; y al final irán Roc, sus crías, y Sumli.

Estoy a punto de asentir para aceptar su organización, cuando siento una mano posándose sobre mi hombro. Ladeo la mirada en su dirección y me encuentro con la de Thaeón, observándome tras su flequillo negro, bajo la protección de su gruesa y peluda capucha. Su tez bronceada habitual se ve más pálida y sonrosada de lo normal debido al frío que todos estamos sufriendo. Sus gruesos labios están paspados y resecos.

—¿Estás bien? —Entorna sus ojos con evidente preocupación.

Froto mis manos y asiento, tratando de dedicarle una sonrisa.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Decido responder sin contestar realmente, así no debo mentirle y tampoco contarle la verdad.

Sus cejas intentan juntarse sobre su nariz, dedicándome un gesto de fastidio.

—Me preocupa cómo ha podido afectarte lo que hayáis visto —Se acerca más a mí, insistente—. Habéis visto a Ortheel y a su ejército, ¿verdad?

Suspiro y borro la sonrisa de mis labios, dándole a este tema la importancia que merece. Demostrándole la respuesta con ese simple gesto.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Eso he pensado... —Gira su cabeza hacia los demás para asegurarse de que nadie nos esté escuchando—. ¿Es tan grande como nos temíamos?

—Es peor.

No le da tiempo a decirme nada más cuando Kal'ladril llega junto a nosotros.

—¿Nos vamos? —Su voz es tan profunda como una tumba; tan seria como la muerte. Es evidente que sigue afectado por el ejército que nos hemos encontrado.

Vuelvo a asentir, aceptando de nuevo su deseo.

—Va a ser un paseo difícil —nos comunica a todos, ahora con la voz alta y clara—, pero vamos a intentar hacerlo sin detenernos para poder llegar cuanto antes. Los que vais detrás, agarraos a las capas y los abrigos de los que tengáis delante. Así Avaldur'h y yo podremos tirar de vosotros.

Nos colocamos según ha ordenado y comenzamos a andar. Guiados por Avaldur'h y Kal'ladril; seguidos por los farcnars. Nuestras piernas se cargan con cada paso que damos. La nieve cala a través de nuestras ropas, dejándonos congelados y empapados. Avanzamos siguiendo la supuesta senda que debe haber bajo nuestros pies y todos los kilos de nieve que los cubren; siguiendo un camino delimitado por abetos, pinos y madroños de alturas increíbles, con las copas tan cargadas de nieve que todas sus ramas caen buscando descansar su peso en el suelo. Puesto que son los únicos árboles que pueden verse a nuestro alrededor, enseguida deduzco que se plantaron para definir el camino a la capital.

El aire sopla con muchísima fuerza. Intento esconderme tras el ancho cuerpo de Kal'ladril, pero no sirve de nada. Mis pestañas están completamente blancas; siento la nariz congelada y no deja de gotear. Ladeo mis ojos hacia Dai-sha, que lleva un rato observándome con insistencia; demasiada.

—Hace tiempo que no hablamos tú y yo —Aprovecha en cuanto le miro —. El grupo ha crecido considerablemente y hemos tenido que repartir nuestra atención, pero incluso te diría que echo de menos las charlas que unos días tuvimos.

—¿Y has pensado que este era el mejor momento para retomar aquello? —Resoplo, fatigada por la caminata y enfadada por el frío—. Fuiste tú el que comenzó a aislarse tras hacer buenas migas con Avaldur'h.

—Si te hubieses dejado, tú habrías hecho mejores migas con Avaldur'h, créeme —Exhala una maliciosa risilla—. Solo se acercó a mí cuando se dio cuenta de que vosotros ya habíais cerrado vuestra relación.

Kal'ladril gira su cara para observar a su amigo por encima del hombro,

lanzándole una mirada no muy conforme, pero enseguida vuelve a centrarse en el frente y en el trayecto que todavía tenemos por delante. Pienso en qué responder, hasta que finalmente me rindo y vuelvo a ignorarlo también.

—Vaya… —Se ríe—, ya ni lo niegas. Vais en serio, ¿verdad? ¿Quién lo iba a decir?

—¿Qué quieres que te diga? —Me giro de nuevo hacia él, intentando averiguar a dónde quiere llegar—. Sabes perfectamente lo que hay: No podemos estar juntos. Solo estamos intentando disfrutar del tiempo que nos queda.

Sonríe, y por primera vez desde que lo conozco no sé interpretar de qué manera.

—Debes sentirte feliz de que quede tan poco —continúa—. Dentro de nada podrás quitarte ese brazal. Lo detestas desde el principio, y con razones

Vuelvo a mirar al frente, pensando en cuánto añoraré esa cercanía que comenzó siendo obligada; pensando en cada uno de nuestros momentos. Entonces vuelvo a plantearme qué sería de nosotros si no nos tuviésemos que separar. «Si pudiésemos seguir juntos, ¿seguiríamos escogiéndonos a voluntad? ¿Kal'ladril se llegaría a enamorar igual que he llegado a enamorarme yo».

—Ojalá las cosas fuesen diferentes —bisbiseo muy bajito, sin esperanza o intención de que pueda siquiera escucharme.

—¿Y cambiar todo lo que has vivido gracias a cómo han sido? — Su respuesta vuelve a captar de nuevo toda mi atención—. Todos culpamos al destino, e infinidad de veces soñamos con cambiarlo. Pero cuando nos regala buenos momentos, ninguno pensamos en criticarlo. ¿Es caprichoso el destino? ¿O lo somos más nosotros? Solo decimos «ojalá las cosas fuesen diferentes» cuando alguna de sus decisiones no encaja en nuestro antojo. Sin embargo, ninguno pensamos en que si las cosas hubiesen resultado diferentes, tampoco habríamos llegado al punto de querer mantenerlas.

Me quedo callada, presa de todas sus palabras y de su precioso trasfondo. Tiene toda la razón, pero me niego a aceptar que debo aprender

a vivir sin él solo porque el destino lo ha querido así.

—El destino… Creo que no le gusto demasiado. A veces pienso que se está esforzando en ser mi enemigo —Suspiro, perdiéndome en su anchísima espalda—. Me siento como una niña a la que han puesto un dulce en la boca para después arrancárselo a la fuerza, pidiéndole que lo acepte sin más.

—Comparar con un dulce a Kal'ladril, el hombre menos expresivo y sentimental que jamás he conocido, me parece exagerar —se burla de su amigo, siendo consciente de que nos está prestando atención—. Aunque comprendo a la perfección tu adicción.

—Te equivocas —Respiro hondo y alzo la barbilla, muy segura de lo que voy a decir a continuación—. No es adicción, es amor. Fue cuando descubrí lo sentimental que puede llegar a ser cuando comencé a enamorarme perdidamente de él.

El elfo peliblanco detiene su paso bruscamente y se gira por completo hacia mí. Lo miro fijamente, manteniendo lo que he dicho en voz alta. No tengo miedo de nada, ni de nadie; solo de la idea de tener que despedirme cuando deseo todo lo contrario. Lo siento muchísimo por Idril, lo siento por Thaeón, y lo siento por su padre y sus estúpidas leyes; pero no pienso ocultar ni un segundo más lo que siento de verdad. Los últimos momentos que nos queden juntos, pienso llegar hasta el final.

Frunce el ceño con confusión sin separar sus preciosos ojos de los míos. Es evidente lo impactado que se siente. A pesar de que es consciente de que todos conocen mis sentimientos, no se esperaba una confesión pública en este momento.

Durante unos segundos, todo a nuestro alrededor vuelve a desaparecer, como siempre que nos miramos.

—¿Qué? —le susurro, manteniendo nuestra preciosa tradición.

Su mirada dorada se entorna lentamente, demostrándome cuán hondo le acaba de llegar lo que acaba de escuchar con tal naturalidad.

—¿Vas a decirlo ahora, con todas las veces que te lo he pedido a solas, enana? —Su voz me acaricia el cuerpo al completo, estremeciéndome como si realmente estuviésemos en un momento íntimo.

—Te dije que no son palabras que deban pedirse —Mi barbilla se alza todavía más—. Mis sentimientos son míos y no son un secreto, así que hablaré de ellos siempre que me apetezca.

Como una horrible tentación, muerde su labio inferior para retener y ocultar la picardía de sonrisa que nace en él. Agacha la mirada al suelo, evitando devorarme con sus preciosos y penetrantes ojos. Avaldur'h nos observa a ambos y se cruza de brazos, expirando una risita orgullosa.

—¿Podemos continuar, por favor? —Kal'ladril ladea su cabeza hacia el norteño, esforzándose por volver al momento en el que nos encontramos.

—Por supuesto —Asiente Avaldur'h, dándose la vuelta para continuar en dirección a la capital donde solía vivir cuando era todavía un niño.

Kal'ladril vuelve a llevar sus ojos hacia mí. Parece estar a punto de decirme algo, cuando su atención se fija en Dai-sha y su semblante vuelve a ponerse serio. Como si la realidad acabase de golpearle. De repente su cabeza parece negar algo. Lo hace tan sutil que incluso llego a pensar que pretendía que no me diese cuenta. Me giro hacia el hechicero con el ceño fruncido, demostrándoles a ambos haber notado lo que acaba de pasar, pero cuando quiero darme cuenta ya han vuelto a la normalidad. Kal'ladril empieza andar junto a Avaldur'h, y Dai-sha no me vuelve a mirar.

—¿Estás bien? —Oigo susurrar a Avaldur'h cuando el peliblanco le alcanza y el grupo vuelve a marchar tras ellos.

—¿Cómo estás tú? —Le devuelve Kal'ladril la cuestión—. Debe ser extraño volver aquí después de tantísimo tiempo —Es obvio que Avaldur'h no se refería al lugar donde nos encontramos, pero Kal'ladril siempre ha sido espectacular a la hora de desviar los temas de conversación.

El albino suspira y observa todo a su alrededor, tratando de recordar cada detalle de lo que antaño vivió.

—Es extraño, y a la vez difícil —confiesa con la voz baja, denotando melancolía—. Es extraño porque mire donde mire encuentro recuerdos, pero debido al pasar de los años son muy vagos; era muy joven —expresa —. Y es difícil porque todo es diferente. No hay movimiento de carretas comerciando; no hay hermanos; no hay… vida.

Veo a Kal'ladril inspirar mientras alza su barbilla. Conozco ese gesto: Está tratando de mantener su orgullo y de creer en el honor de su apellido, pero

en el fondo de su ser siente responsabilidad por ser hijo de alguien que formó parte en la extinción de este lugar y de todos sus habitantes.

***

La tormenta no deja de empeorar. Nuestros músculos y huesos parecen negarse a seguir haciendo su labor después de varias horas sin parar de caminar. El dolor nos castiga en cada paso. Incluso Kal'ladril, que hasta día de hoy se había mostrado inalterable frente a las dificultades atmosféricas, parece incómodo frente a este clima.

—Kal'ladril —habla Dai-sha con la voz temblorosa. Hasta sus cuerdas vocales parecen congeladas—. Kal'ladril, escúchame. Tenemos que parar, estamos fatal.

Avaldur'h se gira para mirarnos, pero el peliblanco no desvía su atención. Tiene la mirada fijada en el frente y continúa avanzando, abriendo ese camino tras la espesa nieve con esfuerzo, tirando de mí con ganas para que no me quede atrás.

—Kal'ladril —repite el hechicero—. No siento ninguna parte de mi cuerpo.

El altísimo elfo continúa sin detenerse.

—Kal'ladril, ¿me estás ignorando? —insiste Dai-sha—. Tenemos que parar.

—Estoy de acuerdo con el hechicero —Tirita Jóngruf, sumándose al humano de la corte—. No puedo dar un paso más.

—¡Kal'ladril! —exclama finalmente Dai-sha, harto de ver que su amigo no le está escuchando—. No. Podemos. Continuar.

El peliblanco frena en seco su caminata, manteniéndose de espaldas a nosotros. Primero ladea su cara para observar a Dai-sha por encima del hombro, y enseguida se gira para, uno a uno, comenzar a analizarnos. Todos estamos realmente mal, pero mi amiga llega a preocuparme de verdad. Sus labios tienen un color más morado que las bayas de Aszhroin, y su piel está cortada y llena de nieve. Se tambalea, esforzándose por no volver a ser la más débil del grupo; pero parece estar a punto de desfallecer.

No puedo verla así.

—Kal’ladril —Me sumo a la iniciativa de mis compañeros y agarro su brazo para captar toda su atención, decidiendo aprovecharme de mi ventajosa relación con él para lograr convencerle de llegar a algún acuerdo. Comprendo perfectamente su posición y su negación ante el hecho de detenernos, ellos no han visto lo que hemos visto nosotros antes de llegar aquí; no tienen ni idea de lo precaria que es nuestra situación; pero no puedo correr el riesgo de que a Idril le ocurra algo—

. Míralos…

Sus ojos dorados metalizados se mueven hacia mí tan pronto como escucha mi voz.

—Ya los he mirado, enana —bufa—. ¿Qué quieres que haga con ellos? Sabes bien que no podemos permitirnos el lujo de parar.

—Lo sé… —Suspiro. Realmente no tengo ninguna opción para ofrecer.

—¿Acaso no os habíamos advertido? —profiere para todos—. Teníais muy claro dónde veníamos hace unas lunas. ¿Dónde están las fuerzas que prometíais tener? —Su rostro es incluso más severo que su voz—. Avaldur’h os avisó y dudó de vuestro aguante. Fuisteis vosotros mismos los que aceptasteis a venir; los que asegurasteis estar preparados para esto; y yo confíe en vuestras palabras. No podemos perder más tiempo, y aunque pudiésemos, ¿no os dais cuenta de que parar ahora sería lo peor que podríamos hacer? —expone—. ¿Queréis descansar? ¡Adelante! ¡Echaos a dormir donde gustéis sobre este cómodo y mullido colchón de nieve, arropados por este temporal! Seguro que lográis dormiros en breves, pero para siempre. ¡Si paramos aquí vamos a morir congelados!

—Kal’ladril tiene razón —añade Thaeón a su favor—. Parar ahora es un suicidio.

—¿Cómo vamos a seguir estando así? —Dai-sha continúa en su negación —. Si por lo menos hubiese algo de vegetación viva en este lugar, podría haber intentado alguna poción. ¡Pero no hay nada! Está todo tan muerto como nuestros músculos.

—Tenemos a Zynael —propone Záldur de repente—. Podría crear algún tipo de escudo de aire con su magia para resguardarnos en su interior, y crear fuego una vez dentro. Descansamos, entramos en calor y seguimos nuestro camino.

Abro la boca, sorprendida por lo que acaba de pedir. El ceño de Kal'ladril se frunce completamente. No es necesario conocerlo demasiado para notar que no le ha gustado nada lo que ha escuchado. Me esquiva y se dirige andando con actitud hacia él, ignorando a Idril y a su estado para encararlo completamente.

—¿Cuán hipócrita puedes llegar a ser, Zampa Perras? —murmura Kal'ladril lleno de rabia y de soberbia, estirando mucho más su altura para dejar a Záldur como un ser insignificante frente a él—. Repite lo que acabas de proponer. Espero no haberte escuchado bien.

—Kal'ladril —intento pararlo y caminar hacia ellos, pero Thaeón me detiene agarrándome al instante.

—Vuelve a tener razón —Se mete de nuevo el humano de ojos negros, fijándolos en Záldur—. ¿Estás quejándote de que todos estamos mal, y propones que Zynael use sus fuerzas y su magia para cuidarnos a los demás? Ella también está helada y exhausta.

—Puedo intentarlo —Agito mi brazo para obligar a Thaeón a soltarme, defendiendo mi aguante y quitando culpa a Záldur.

—No. No vas a hacer nada —rechaza Kal'ladril, ladeando sus ojos hacia mí para enseguida devolverlos al barbudo bermejo—. Está tan al límite como tú. Has podido ver eso antes de plantear tu idea, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero sé que es una mujer fuerte, la he visto hacer cosas grandes en situaciones mucho peores —me enaltece para excusarse—. Si lo propongo es porque creo que podría ser capaz de hacerlo sin consumir toda su energía. No soy el único que lo ha pensado, solo soy el único que se ha atrevido a pedirlo.

—Tal vez seas el único necio cuyo cerebro no tiene filtro —le insulta Kal'ladril.

Záldur parece estar a punto de defenderse cuando, de repente, Idril se desploma completamente inconsciente. Los agudos reflejos del sygära reaccionan al instante y logra sostenerla justo ante de que quede tendida en el nevado suelo.

—¡Idril! —Corro hacia ellos con dificultad entre la nieve.

Kal'ladril lleva rápidamente sus dedos a la yugular de mi amiga,

asegurándose de que sigue con vida. Su compañero se queda petrificado por el miedo, incapaz de reaccionar.

—¿¡Está bien!? —Repito su acción para comprobarlo por mí misma cuando llego junto a ellos, sintiendo a mi corazón queriendo salirse de mi pecho.

—Está bien... —confirma el sygära en un susurro, relajándonos a todos.

Intento tocarla, pero mi tacto también está muerto. No siento nada aparte del frío.

—¡¿Lo ves?! —Záldur vuelve en sí y se acerca tembloroso a su yaciente amada para acariciarla, mientras ella continúa sobre los brazos del increíble elfo—. ¡No podemos más, te lo he dicho! ¡Idril no puede más! ¡Vas a matarla si no paramos!

La mencionada reacciona muy débilmente volviendo de su desmayo. Sus brazos intentan abrazarse al sygära que la sostiene, buscando su elevado calor corporal de forma casi involuntaria.

—Oye —Kal'ladril decide ignorar el ataque de Záldur y lleva su enorme mano a la cara de Idril para golpear su mejilla con sutileza, tratando de ayudarla a volver a la consciencia—. Nyëlkhem debilucha, no vuelvas a hacernos esto. Me has asustado, maldita sea.

Los ojos amielados de mi mejor amiga vuelven a abrirse muy despacio, costándole adaptarse a la realidad.

—Mi salvador… —bisbisea con dificultad, tan suave que resulta imperceptible.

Los observo a ambos, sintiéndome profundamente conmovida por el fraternal y delicado trato del hombre que me ha enamorado hacia mi mejor amiga. Recuerdo el día que se conocieron, y la manera en la que esa conexión instantánea que tuvieron llegó a molestarme. Es curioso pensar en cómo se esfumó ese sentimiento de inseguridad el día que acepté lo que estaba sintiendo hacia él; y es extraño cada vez que me paro a pensar que ambas nos encontramos en el mismo lugar.

Kal'ladril le demuestra su cariño y preocupación, y entonces vuelve a mirarme a mí. Sus ojos parecen tratar de disculparse por lo que va a decir:

—No vamos a parar —dictamina finalmente, manteniéndose estable en

su postura.

Asiento con la cabeza, dándole la razón y aceptando su decisión. El frío solo irá a más conforme se acerque la noche, y la tormenta no parece que vaya a amainar. Mantenernos en movimiento parece nuestra única opción para guardar algo de calor.

—Tuvisteis la oportunidad de esperar en Wolftundur y decidisteis acompañarme. Si alguien prefiere descansar, que pare bajo su propia cuenta y responsabilidad, o que se dé la vuelta y regrese a la comodidad de su hogar —Vuelve a ponerse en pie, cargando a Idril sobre sus dos brazos —. Jamás os pedí que os unierais a mí, y jamás os retendré cuando queráis marcharos. Pero tened clara una cosa: Si queréis seguir conmigo, vais a tener que demostrarme que sois guerreros capaces de llevar más allá todos sus extremos. Quiero a mi lado personas que se sepan superar incluso cuando piensan que no pueden más. Si está en juego retrasar la misión principal, no dudaré en dejaros atrás. Tengo un dragón que matar y una guerra por liderar.

Vuelve a dirigirse a su lugar en la fila junto a Avaldur'h, y juntos empiezan de nuevo a caminar. Ha sido franco, y muy claro, no va a dudar en dejarnos atrás.

Reacciono tan pronto como puedo y vuelvo a colocarme tras ellos.

—Espero que puedas perdonarme, pero tu amiga debe venir con nosotros hasta el final —murmura Kal'ladril sin dejar de mirar al frente—. Te prometí que la protegería y no pienso fallar a mi honor contigo —Ahora sé que soy yo la persona a la que se dirige—. Sé que está muy mal y sé cuánto te preocupas por ella, pero esta es la única manera en la que puedo mantener esa promesa. Dudo mucho que quedándose aquí, o dándose la vuelta, lograse sobrevivir.

—Tranquilo —Mis ojos se fijan en Idril. Está tan débil que apenas puede mantener su mirada abierta—. Tienes razón. Con nosotros… Contigo —me corrijo—, estará mejor.

De repente Dai-sha aparece a mi lado de nuevo. Sigue temblando, pero su actitud ha cambiado. No quiere fallar a su mejor amigo y está dispuesto a demostrarle lo que ha pedido. Los demás hacen igual, demostrando conocer bien la importancia de la misión al a que nos dirigimos.

Durante el resto del camino nadie vuelve a rechistar, por mucho que el frío nos siga doliendo a rabiar. Por muy insoportable que sea este lugar.



Zynael
7

Mis piernas están tan débiles que incluso pienso que mis huesos van a partirse. Nunca antes había sentido esta sensación de entumecimiento. La congelación es tal que, a pesar del hormigueo que no deja de recorrerlas, oculta bajo su insensibilidad el extremo dolor que comenzaré a notar cuando mi cuerpo pueda volver a la normalidad.

Hemos caminado durante todo el día, rodeando y atravesando estas increíbles montañas. Hasta que finalmente, aunque resulte ilógico alegrarse por ello, llega el anochecer proclamando el final de este horrible trayecto.

Como si fuese la entrada a una cueva, atravesamos un pasillo picado a mano con el sudor y esfuerzo de los shbal sygäras que llegaron a estas tierras para darle vida por primera vez. Las paredes de dicho túnel están decoradas con grabados en la propia piedra; representaciones y recreaciones de sus creencias y sus sagrados. Al final de toda su oscuridad, guiándonos hacia la salida, una abertura que nos lleva al corazón de esta montaña. La más alta de todo Elthymeron. Una montaña que ya era un volcán muerto cuando esos elfos puros lo encontraron.

El asombro se hace ver en cada facción de mi rostro cuando me encuentro con tal escenario. La capital de Cinnadaoin está construida en el interior de lo que antaño fue el cráter de este inmenso volcán. Lo que ahora es un precioso valle helado, en su día sería una preciosa ciudad de la cual sólo quedan ruinas quemadas y destrozadas. Solo hay una construcción que todavía se mantiene: El inmenso castillo en el que habitaron sus reyes.

Tras ese descomunal palacio, picados en la roca de la montaña y

cubiertos en nieve, los rostros de un hombre con su corona y del dragón. Las tallas están desgastadas y rotas por el paso del tiempo y el peso de las nevadas, pero todavía pueden apreciarse.

Kal'ladril observa todo a su alrededor con detalle, de forma pausada, pareciendo haber sido poseído por lo que este lugar le transmite. Veo su pecho respirando profundamente, disfrutando de poder admirarlo por primera vez.

—¿Qué sientes al estar aquí? —Avaldur'h apoya su mano sobre el hombro de su hermano del sur, con un respeto incluso exagerado.

Kal'ladril inspira y exhala por última vez antes de darse la vuelta hacia el alquimista.

—Debería ser yo quien te preguntase eso a ti.

—Pero he preguntado primero —La sonrisa del albino monóculo se afila hacia un lado—. ¿Qué sientes al estar aquí?

El peliblanco acepta la derrota y vuelve a girarse para observar una vez más todo lo que se presenta ante nuestros ojos. Este estratégico lugar para construir la ciudad capital; las ruinas que apenas se ven bajo toda la nieve y el hielo que las cubren; ese castillo excesivamente inmenso lleno de saledizos, con paredes entramadas de gruesas piedras, de tejados puntiagudos que se pierden en el espesor de las nubes, y catorce torreones de alturas incontables; y también esas tallas en la roca de la montaña. Lo repasa todo al detalle, estudiándolo y guardándolo en su memoria y en su corazón.

—Es... extraño —Su voz se escapa calmada y honesta—. Mirar este lugar me duele y me agrada a partes iguales.

—Te entiendo… —Afirma Avaldur'h—. Es un sitio hermoso que quedó completamente destruido. Tu sentimiento es empático y perfectamente normal.

—¿Quién es ese hombre de las tallas que está junto al dragón? — añade el sureño, dando rienda suelta a su interés.

Avaldur'h observa al coronado misterioso grabado en la montaña de su antigua tierra, demostrando una infinita melancolía. Es evidente cuanto echaba de menos su hogar; poder admirarlo y poder respirarlo.

—Kelythael —responde tras un rato de completo silencio, cuando ya parecía que no iba a hacerlo—. Ese hombre es Kelythael.

—¿Kelythael? ¿Vuestro último rey? —Se sorprende Kal'ladril—. ¿Por qué él? Las tallas están demasiado deterioradas para llevar ahí solo una generación.

—La nieve y los años sygäras hacen sus estragos —Se lamenta Avaldur'h —. ¿Acaso conoces otro nombre de un rey del norte? Su fama tiene sus razones.

—Ahora que lo dices… —El sygära de familia real se para a pensar, haciendo uso de todo lo que le hicieron estudiar—. No. No conozco a ningún otro rey del norte. Debido a la enemistad que sufríamos los tuyos y los míos, jamás estudié sobre vosotros más de lo estrictamente necesario. Supongo que a mi padre solo le interesaba que conociese el nombre del que fue su mayor enemigo, para que pudiese odiarlo igual que le odió él.

—Karanthir es inteligente. Supo prepararte bien.

Kal'ladril se gira hacia Avaldur'h y cruza sus brazos contra su pecho. Sabe que hay mucho odio y mucho rencor detrás de ese cumplido, pero ahora no es momento de discutirlo. Finalmente vuelve a mirar al castillo.

—¿Qué hay del tamaño de ese palacio? —añade, fijándose en las exageradas dimensiones de la única construcción que se mantiene en pie —. Pensaba que el de Drilembiyr'h era el más grande de todo Elthymeron, pero este lugar…

—El palacio de Drilembiyr'h es el más grande de todo Elthymeron, no te equivocabas —le corta Avaldur'h, impidiéndole terminar—. Es el más grande de todo Elthymeron si consideras a quienes viven dentro. Tu casa es desmesurada teniendo en cuenta que solo la familia real de Drilembiyr'h vive en ella.

—Explícate —me meto por primera vez, realmente curiosa por este dato.

Avaldur'h nos mira a ambos de forma simultánea, pareciendo querer estar seguro de nuestra actitud antes de proseguir.

—Nuestro palacio es inmenso, porque es inmenso el rey que vive en él —revela.

Kal’ladril abre sus labios lentamente, comprendiendo lo que Avaldur’h acaba de declarar; mostrando un asombro que jamás pensé que podría ver en su inexpresivo rostro.

—¿Ves las puertas de entrada? —Señala el norteño, extendiendo su brazo en la mencionada dirección—. Se ven enormes incluso desde aquí, a pesar de estar muy lejos. Él necesitaba poder usarlas.

—Mäilkun Doh… —bisbisea Kal’ladril, necesitando estar seguro de lo que cree haber entendido—. ¿Vive en el palacio?

—No le llamaban el Rey Dragón por nada, era literalmente un rey para nosotros —confirma el alquimista—. Antes de que perdiese la cordura, convivíamos en paz y a salvo en este lugar. A pesar de que fue desterrado del sur, llegó a considerar estas tierras como su hogar. Conocía nuestra admiración y se beneficiaba del cuidado que le dábamos; a cambio él nos respetaba y protegía. Cinnadaoin se convirtió en el reino imparable. Los shbal sygäras estábamos amparados por el rey de todas las criaturas de Sauthriel, y gracias a él nos admiraban en todas partes.

Kal’ladril no habla. Sigue digiriendo esa información.

—¿Os admiraban u os envidiaban? —incido, planteando esa pega a su información.

Avaldur’h me mira de una forma que parece confesarlo todo, o al menos su opinión. Algo me dice que está tratando, de forma sutil, de que el sureño se dé cuenta de que la envidia de los suyos hacia el norte fue lo que les mantuvo enfrentados durante tantos, tantísimos años.

—Mis antepasados vinieron aquí para acompañarlo y guardarlo, y construyeron esta ciudad para él. En torno a él —añade el alquimista— . Las familias nobles compartían el castillo con el dragón, porque siempre fue el único y verdadero rey.

—Entonces sigue ahí —Las cejas de Kal’ladril se fruncen sobre el tabique de su preciosa nariz, estudiando de nuevo el escenario y nuestras posibilidades—, descansando en ese palacio después de haber transformado en cenizas todo lo que le rodea.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —Afirma Avaldur’h—. A pesar de haber perdido toda la razón que un día logró mantener, no destruyó su hogar. Mientras esté dentro de las paredes de su castillo, se verá obligado a

contener la parte más salvaje de su poder.

—¿Insinúas que debemos lograr que no salga para poder matarlo?

—Creo que es la mejor de nuestras difíciles opciones.

—¿Y por qué estás tan seguro de que no lo destruirá esta vez? — El sygära de ojos dorados lleva su atención hacia su consejero y guía—. Tal vez ya no sienta tanto apego hacia este lugar.

—Créeme —El albino alza su rostro con seguridad—, no lo hará.

Guarda un tesoro en su interior que no querrá arriesgar.

—¿Un tesoro? —pregunto, confundida.

—El único tesoro que llega a obsesionar a un dragón; que brilla incluso más que su magnificencia; que supera al miedo que su presencia despierta —recita Avaldur'h como si se tratase de una hermosa poesía— : Oro, y amor.

Tan pronto como escucho esas palabras mi atención se enfoca en Kal'ladril, quien para mí es el mayor representante de ambas. Su obsesión por el oro y todo lo que brilla con un tono similar; su forma de amar tan pasional… No podría pensar en nadie más. Entonces sus ojos dorados también se clavan en los míos. Observa mi cabello y seguidamente mis labios, como si él también me hubiese pensado y me hubiese relacionado con esos dos términos, demostrando una vez más lo importantes que le resultan incluso de forma irracional.

—¿Oro y amor? —Suspiro cuando deja de mirarme, normalizando ese frío que recorre mi cuerpo cuando sus ojos me sueltan.

El alquimista pierde su atención en la que una vez fue su ciudad, perdiéndose también en sus pensamientos y recuerdos.

—Durante mucho tiempo el oro fue lo único que le complació. Cuanto más tenía, más quería. Por eso mis antepasados lo colmaron con ofrendas —nos cuenta—. Hasta que conoció el amor, y todo lo demás perdió su valor. Como una madre al tener a sus hijos.

Kal'ladril respira profundamente. No parece capaz de discutir tal comparación, pero conozco su perspectiva: Para él el amor es algo diferente, algo que no cree ser capaz de llegar a conocer. Para él ni siquiera una madre tiene la necesidad de demostrarlo, porque no fue así como lo

criaron.

—Hay que matarle dentro de su castillo, ¿no? —Suspira en conclusión—, pues andando. Lleguemos al maldito castillo y acabemos con esto cuanto antes.

Arranca a caminar con decisión sin apartar su vista de su objetivo. Me fijo en Idril, que sigue tendida en sus brazos con los ojos cerrados, dormida, rendida ante el frío y la calidez del hombre que ama y la sostiene con firmeza. Cierro los puños y me giro para comprobar rápidamente el estado de los demás. Záldur tiene la barba tan cubierta de nieve, que ya apenas se aprecia pelirroja; Jóngruf tirita y se abraza a sí mismo sin dejar de frotarse, intentando entrar en calor; Thaeón tiene los labios cortados de un color púrpura no muy saludable; las orejas, mejillas, y punta de la nariz de Dai-sha, se encuentran completamente enrojecidas. Todos tienen una apariencia horrible, pero aun así todos parecen seguros de estar donde quieren estar; seguros de seguirle una vez más.

El aldeano de cabello negro me mira y asiente, dándome el permiso para continuar antes de que mi distancia con Kal'ladril comience a torturarme. Así que enseguida comienzo a marchar tras el alquimista, continuando con la dirección han marcado.

Caminamos entre las ruinas, tratando de intuir las casas que se levantaron hace años cuando esto todavía era una ciudad. Pero es imposible. No queda nada de lo que pudo ser; sólo montones de rocas negruzcas, apiladas, quebradas y cubiertas por la nieve que en ningún momento deja de caer.

—Tened cuidado, podríais tropezar —advierte Avaldur'h, marcando el pasillo de nieve que está abriendo el peliblanco—. Hay ruinas en todas partes. Dad pasos cortos detrás de nosotros.

—Descuida. No tengo las piernas para dar pasos largos, de todos modos —Tirita Jóngruf, aceptando el consejo a su manera.

Los farcnars continúan siguiéndonos. Tienen las plumas ahuecadas y perfectamente colocadas, tratando de mantener su calor y evitar empaparse con el temporal. Sus movimientos son más lentos, pero parecen estables.

—¿Estás bien? —Thaeón llega a mi lado y pasa su brazo sobre mis

hombros, frotándome el bíceps para darme su calor. Si él no estuviese incluso más helado que yo, tal vez habría podido sentirlo—. El frío es insufrible ahora que ha llegado la noche.

—Hemos hecho muy bien en no parar —murmuro bajito, agradeciendo el hecho de haber obedecido a Kal'ladril.

—Por suerte ya hemos llegado —Asiente con la cabeza, dándome la razón—, aunque no sé si realmente eso debería consolarme.

Caminamos y caminamos. Cuanto más cerca estamos del castillo, más sorprendente resulta su desmesurado tamaño y cada uno de los detalles que añadieron al construirlo. Es increíblemente inmenso. Las piedras que constituyen sus gruesas paredes son negras como el carbón que en su día debió expulsar este volcán, resaltando de forma abrupta con la pureza tan nívea del valle de hielo que lo cubre todo a su alrededor. Sigue teniendo ese estilo tan propio de Lyhändril, característico de los elfos puros, pero su color tan oscuro y tan mate lo hace completamente contrario al castillo de Drilembiyr'h. Sin embargo, también es una preciosa y espectacular obra de arte arquitectónica que nada le debe envidiar al más vanagloriado de los palacios de Elthymeron. El poder comparar ambos, es el mejor ejemplo para apreciar la belleza tan distinta que ambas versiones de la raza de los sygäras pudieron darle a este continente.

Al acercarnos lo suficiente, comprobamos que hay un largo puente que separa el palacio del resto de la ciudad. No hay muralla que lo aísle, pero está rodeado por un gran lago que, por supuesto, se encuentra completamente congelado.

Alzo mis ojos siguiendo esas estalactitas que cuelgan de las diferentes torres. Cuando me fijo con más detalle, descubro que nacen de la boca de grandes gárgolas con las formas de diferentes äphylds. Mi asombro se hace evidente y Avaldur'h sonríe ante mi reacción, como un artista orgulloso frente a su creación. Siendo un shbal sygära orgulloso de su tierra.

—El agua de este lago salía del propio castillo —analizo en voz alta.

—Sí, y no. No exactamente —explica el alquimista, captando también la atención de todos los presentes—. El agua que el castillo tiraba era extraída por unos conductos del interior de la montaña, el único lugar donde podía encontrarse sin que estuviese completamente congelada —

Kal’ladril frunce el ceño mientras escucha, impresionado con tal revelación —. Se filtraba y era expulsada de esta manera para llenar este lago que, en realidad, no es natural. Nuestros antepasados cavaron este hundimiento para que el agua pudiese mantenerse alrededor del castillo, y así todos los habitantes de la capital pudiesen acceder a ella.

Observo con asombro la extensión de esta laguna. Es increíble pensar que, una vez más, fueron las manos de los elfos puros de estas tierras las que se hicieron cargo.

—También se abrieron unos canales subterráneos para transportarla desde este lugar a todos los pozos que se hicieron a lo largo de la ciudad —continúa Avaldur’h—. La idea era que todos pudiesen disfrutarla desde puntos más cercanos a sus casas.

—¿Y cómo lograsteis que no se congelase, tal y como está ahora, durante los siglos que vivisteis aquí? —plantea Thaeón con desconcierto.

Avaldur’h sonríe con soberbia. Como si esa pregunta hubiese sumado aún más el orgullo que siente hacia su ciudad.

—Utilizando aquello que hacía a Cinnadaoin muy diferente y superior al resto de reinos, a pesar de que siempre fuimos muy inferiores en número —Se acerca a mí y agarra mis dos manos, sosteniéndolas con delicadeza como si fuesen dos tesoros—: La magia.

—¿Magia? —Mis ojos se abren de par en par, gratamente impresionada.

El norteño sube de nuevos sus ojos hacia los míos y, sin soltar mis manos, asiente.

—Magia y ciencia —reafirma en un susurro, con un misticismo que atrapa—. Todo elfo capaz de usar la magia migró hacia el norte para utilizarla cerca del gran doh. Por eso ya no existen sygäras magos en ningún otro lugar de Elthymeron. Todos vinieron a vivir aquí para servir al dragón y a su pueblo, y todos murieron con él. Pero en su día fue ese poder, sumado al poder de la ciencia, el que nos hizo avanzar de forma mucho más productiva que los demás.

Kal’ladril escucha con atención, realmente interesado en conocer todos estos nuevos detalles respecto a aquellos de los que tan poco pudo saber, debido a las enemistades de sus razas.

—Como os he dicho, el agua era filtrada antes de ser expulsada. No solo se limpiaba de impurezas, también pasaba por unas turbinas activadas mediante magia que mantenían el agua en movimiento y además la calentaban —continúa el autóctono—. Estas turbinas también se encontraban en el fondo de este lago, para así mantener esa corriente y esa temperatura templada constantes con las que impedían su congelación.

Se hace el silencio. Todos parecemos estar asimilando lo que acaba de contar.

—Cuando Cinnadaoin quedó masacrada, también murió su magia; y con ello estas turbinas dejaron de funcionar. Así, el agua que un día fue templada y líquida, se terminó por congelar —concluye. Su mirada se fija en el castillo y en esas cascadas heladas, como si tratase de buscar aquella imagen del pasado en el interior de sus recuerdos—. Era increíble ver el vapor que soltaba este lago, tan caliente en comparación con nuestro clima. El castillo estaba envuelto y rodeado por esa neblina que emanaba. Todo era…

—Increíble —le corta Kal'ladril, terminando la frase por su hermano. Avaldur'h lo mira fijamente y asiente, confirmando que esa era la palabra que él también iba a utilizar—. Suena mágico e increíble. Ojalá hubiese podido verlo —Suspira, mostrando esa culpa que vuelve a sentir sin tener realmente porqué.

El albino se da cuenta y apoya su mano en el hombro del hijo de su enemigo, como siempre, con infinito respeto.

—Ojalá pudiese volver a verlo yo también —Sonríe el norteño para ocultar su lamento—, y ojalá pudiese hablarte mucho más de cómo fue. Pero era un niño demasiado joven, y cada día que pasa son más vagos mis recuerdos.

Se crean unos segundos de pesaroso silencio. Todos entendemos lo duro que debe ser para Avaldur'h haber vuelto aquí y haberlo visto todo tan diferente a lo que él pudo vivir. Todos comprendemos la añoranza que debe estar sintiendo en su corazón.

Cruzamos el ancho y largo puente que nos lleva hasta esas increíbles puertas que están abiertas de par en par. Observo con pena el lugar. La

nieve ha estado entrando durante el paso de los años, congelando completamente la increíble sala que en su día funcionaría como recibidor. Los techos están plagados de murciélagos de pelo blanco que han encontrado aquí su nido. El olor que desprende del interior ya no parece el de un lujoso castillo, sino el de una cochambrosa y pestilente cueva.

Me adelanto a las ideas de los demás y avanzo, pasando a colocarme entre Kal'ladril y Avaldur'h. Solo necesito mirarlos a ambos para darme cuenta del sentimiento de angustia que se está apoderando de ellos. El albino norteño guarda el pesar de poder comparar lo que fue, con la frialdad de lo que ahora encuentra; mientras que el peliblanco del sur transmite un infinito sentimiento de dolor.

Respiro hondo y alzo mi mano para acariciar su brazo sobre la tela de su armadura; ese en el que aún descansa mi amiga, ahora algo más activa. Kal'ladril me mira tan pronto nota mi contacto. Nuestros ojos se reciben y se da cuenta de que conozco lo que guarda.

—No tienes nada que ver con esto —Mis dedos le acarician con suavidad, transmitiéndole mi comprensión. Su mirada se entorna como respuesta—. Nada de lo que aquí ocurrió es culpa tuya, Kal'ladril.

—Sin embargo siento una infinita responsabilidad —El peso de su interior se escapa por cada una de sus palabras—. Como si todo, absolutamente todo lo que aquí ocurrió, tuviese que ver conmigo.

Sé que no hay nada que pueda decirle para ayudarle a sentirse de otra manera. Es hijo de Karanthir Akhelbec'h, y es el capitán del ejército que le acompañó en la Gran Guerra. Su apellido, lo que él ahora representa, y la forma en la que siempre lo ha defendido, lo cargan de esa injusta culpa.

Me fijo de nuevo en mi amiga, que por lo menos ya ha sido capaz de abrir los ojos.

—¿Cómo te encuentras tú, Idril? —Llevo mi mano del brazo de Kal'ladril a su cabeza y apoyo la mano sobre su frente. Su temperatura es algo más estable. El calor corporal de su portador ha hecho la labor que pretendía—. ¿Estás mejor?

Idril asiente y trata de incorporarse lentamente sobre los brazos del fuerte elfo.

—Estoy… mejor. Mucho mejor —A pesar de que se esfuerza en

aparentar seguridad, su voz vuelve a temblar—. Creo…, creo que a partir de aquí puedo seguir sola.

Kal'ladril frunce el ceño, nada seguro de las fuerzas de mi amiga.

—¿Seguir a dónde? —gruñe.

—Dentro, ¿no? —propone ella—. ¿No es ahí donde está el dragón?

Avaldur'h abre la boca para confirmar su cuestión, pero Kal'ladril se adelanta.

—¿Y pretendes que te deje venir? —Su negación ya es evidente, y algo me dice que este momento no es el más apropiado para rechistarle—. Te vas a quedar aquí con los farcnars y vas a esperar a que terminemos de hacer lo que hemos venido a hacer. Te mantendrás al margen y descansarás para…

—No —rechaza Idril sin pensárselo un instante, revolviéndose para intentar que la suelte—. No vas a impedirme ayudaros a matar al dragón cuando he llegado hasta aquí.

—Idril —advierte Kal'ladril con la voz severa—, no me discutas.

—No te discuto —La cabeza de mi amiga se agita con nervio y molestia —. Estoy segura, y tú no puedes impedírmelo. Voy a acompañaros.

—No tengo tiempo para tus juegos, Idril Nairel —El sygära parece cabrearse. En comparación con otras veces, su paciencia se muestra muy escasa; pero es que también es escaso nuestro tiempo—. Vas a quedarte aquí con los farcnars y vas a…

—Déjame en el suelo, Kal'ladril —Exige Idril—. Ahora.

Kal'ladril respira hondo para contener su carácter y flexiona sus rodillas para permitirle bajar, cediendo a su petición con una obediencia que incluso me sorprende. Aunque enseguida comprendo por qué lo ha hecho sin rechistar, porque tal y como parecía saber que iba a pasar, no tarda en delatarse a sí misma.

Las fuerzas de mi hermana de otra sangre vuelven a jugar contra ella. Sus piernas se tambalean pese a que intenta mantenerlas, y finalmente vuelve a caer al suelo.

La miro con tristeza y me arrodillo junto a ella para ayudarla, pasando mi brazo bajo sus axilas para sostenerla.

—Idril… —Mis ojos transmiten mi pesadumbre—. Vamos, Idril… Levanta. Escúchalo, ¿quieres? Haznos ese favor…

Mi amiga no se gira hacia mí, pero percibo la vergüenza en su rostro. Se deja ayudar por mi impulso y vuelve a ponerse en pie. Jóngruf y Záldur la observan con cariño y admiración, pero también muy preocupados por su bienestar. Verlos mirarla de esa manera, parece molestarle incluso más.

—¿Por qué todos mostráis pena? —Su intento es agresivo, pero sus ojos vibrantes y brillosos vuelven a traicionar a su frágil interior—. Puedo hacerlo.

—No —Kal'ladril vuelve a ser tajante, y esta vez prefiero no discutirlo—. No puedes. ¿Y sabes por qué no puedes? Porque no eres una guerrera, Idril. Eres una nyëlkhem hecha para vivir en la comodidad de tu bosque —Se inclina hacia nosotras, acercando su estricto rostro al de mi compañera. En otro momento me habría enfrentado a él por usar esas formas, pero en este instante le entiendo. Para ayudarle a protegerla, debo mantenerme de su lado.

—Yo… —balbucea, afectada por su intransigencia—. Pensaba que me habías estado entrenando para prepararme para este momento… No puedes decirme esto ahora.

—¿Te digo la verdad? —El sygära no vacila—, entrenarte fue una pérdida de tiempo. Tal vez sepas disparar flechas, pero ni tu aguante ni tu puntería te acompañan. No vales para esto.

Idril abre la boca. Siento sus lágrimas acumulándose en sus párpados inferiores.

—Sé que pretendes ayudar, pero eres todo un incordio —Kal'ladril vuelve a estirar su espalda y alza la barbilla con prepotencia; observándola desde su altura; mostrando superioridad—. Dices que has llegado hasta aquí para algo, pero no es así. Ni siquiera habrías llegado si no fuese por mí.

Tenso la mandíbula y aparto la mirada, obligándome a mí misma a resistir las ganas de saltar en su defensa. Sé que no piensa nada de lo que está diciendo, y que aprecia todos los esfuerzos que Idril ha hecho para llegar hasta aquí. Sé que solo está comportándose así para que ella se rinda y prefiera no seguir. Sé que solo quiere protegerla. Pero se está pasando, y

conociendo lo que siente por él, esto la va a destruir.

—Os he pedido que superéis vuestros límites incluso cuando creáis que no podéis, y lo mantengo para los demás —añade el peliblanco—. El problema es que tú ya sobrepasaste los tuyos hace demasiado tiempo, y lo único que estás haciendo ahora es molestar. Quédate aquí con los farcnars, descansa, y déjanos a los demás trabajar. Aprovecha para reponerte porque la vuelta a Wolftundur la vas a tener que hacer igual.

Vuelvo a mirar a Kal'ladril. Su rostro no hesita. Sus puños apretados y la tensión de su cuerpo muestran su determinación. Ambos mantienen sus ojos fijos en los del otro, hasta que finalmente esas lágrimas acumuladas de Idril se escapan por sus mejillas, derramando todo el orgullo que había podido sostener.

—Vale —Moquea. Me giro hacia ella. Verla así me rompe el alma, pero al igual que él, también prefiero que esté a salvo—. Esperaré aquí. Siento haber sido tal molestia… Solo quería tener la oportunidad de salvaros, igual que tantas veces me habéis salvado vosotros a mí.

Kal'ladril aprieta sus dientes y arruga su nariz en un segundo, evitando mostrar la culpa que debe estar sintiendo. Sus ganas de protegerla son mucho más fuertes que eso.

—Roc cuidará de ti —Afirma. El farcnar grita, captando la orden—. Recupera tus fuerzas y no hagas ninguna tontería.

—Tranquilo —Idril sorbe su nariz, manteniendo su cabeza en alto a pesar de las infinitas lágrimas que no dejan de salir—. Esperaré aquí.

Kal'ladril asiente y, sin decir nada más ni moverse de su sitio, hace una señal con la cabeza a los demás para que comiencen a avanzar. Cuando pasa por su lado, Jóngruf le da un apretón a Idril en el hombro para transmitirle su apoyo. Záldur se para frente a ella esperando que lo mire de vuelta, pero mi amiga es incapaz de separar sus ojos del peliblanco.

—Idril, mi…

—No, Záldur. Ahora no —le frena sin siquiera mirarlo, manteniendo su atención en la única persona que le importa. La misma que le ha destrozado—. Vete, y ayúdale como no puedo hacerlo yo.

Avaldur'h mira por un instante a Kal'ladril, pidiéndole permiso con ese

simple gesto para unirse al resto. El peliblanco afirma con confirmación, y el alquimista enseguida se suma a Dai-sha, Thaeón, Jóngruf y el Wolftundiano, que se marcha con la cara baja dolido tras la triste despedida que acaba de vivir con su amada.

Kal'ladril me mira por primera vez cuando Idril finalmente me suelta. Los ojos amielados de mi amiga no se separan del suelo.

—¿Estarás aquí? —susurro, sintiéndome mal por no haberla defendido, aunque muy segura de mis razones—. Puedo quedarme tranquila sabiendo que no te moverás de este sitio, ¿verdad? Nosotros estaremos bien, no tienes que preocuparte por ello. Recuerda que la bruja nos dijo que volveríamos sanos y salvos.

—Os deseo mucha suerte… —Aferra a sus propios brazos, y comienza a alejarse, caminando con tristeza para dejarse caer contra la sucia y desgastada pared de este antiquísimo salón; arrastrando su espalda hasta quedar sentada en el nevado suelo—. Cuando salgáis, estaré justo aquí. Justo así…

Respiro hondo y resoplo antes de girarme de nuevo hacia Kal'ladril. Sus ojos dorados se entornan para recibir a los míos y su cálida mano sube a mi mejilla. Agarro con la mía su muñeca y giro la cabeza para buscar más intensamente su contacto, disfrutando de esta caricia.

—Si no se hubiese vuelto a desplomar cuando la he dejado en el suelo…

—Lo sé —impido que continúe, murmurando tan bajito como lo ha hecho él para guardar nuestra conversación únicamente para nosotros dos —, no tienes que darme explicaciones. Sé por qué lo has hecho.

Asiente, pero no parece más tranquilo.

—Has visto lo mismo que yo. Por primera vez, siento miedo de no estar a la altura —Con su mano libre comienza a acariciar los mechones escalados que caen sobre mi rostro. Me doy cuenta de la importancia de lo que acaba de decir, y de ese dolor desgarrado que no logra ocultar su voz —. Siento que hay en mis manos tantas cosas, en mi responsabilidad tantas vidas, que no sé cómo seré capaz de cumplir con todo. No quiero llegar a sentir lo que sentiría si llegase a fallar. Todo el continente parece tener sus esperanzas depositadas en mí. No puedo flaquear.

Respiro hondo. El miedo también me atormenta cada día, pero siempre

he tenido a Kal'ladril y a su seguridad al lado para conseguir ignorarlo. Ahora es él quien me necesita, y me encanta ver que a estas alturas de nuestra historia ya es capaz de mostrar ese lado más vulnerable de sus pesadillas.

—Ay, idiota… —Le sonrío con amor—, mi idiota. Eres el ser viviente más fuerte e imparable que he podido conocer, pero no eres un dios. No eres perfecto aunque te hayan criado como tal. Flaquearás y fallarás varias veces a lo largo de tu longeva vida —Sus párpados se entrecierran, pesados como su sentimiento—. Los demás te admiran y depositan sus esperanzas en ti no porque seas invencible, sino porque saben que siempre das todo de ti e incluso más.

Su cabeza rechaza esa posibilidad.

—No lo entiendes, enana —Su pulgar repasa mi labio inferior—. No se trata de los demás, no me importa defraudar a los demás. Me da miedo que tanta responsabilidad me haga flaquear, por si llego a fallarte a ti.

Siento mi corazón paralizarse en ese instante. Mi respiración se corta, y una oleada de calor recorre mi interior al completo.

—Kal'ladril… —Miro a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos escucha, y entrelazo mis dedos en los suyos cuando compruebo que no. Lo que acaba de decir me conmueve inmensamente, pero me preocupa que sus sentimientos hacia mí le resulten más una molestia—. Pensaba que hablábamos de Idril. No tienes que cuidar de mí, sabes bien que puedo cuidarme sola.

—Idril es solo otra de las responsabilidades que cargo y que temo que puedan distraerme de lo único que verdaderamente me importa —Humedece sus labios, en un movimiento tan lento como seductor—. No dudo de tus capacidades, te considero más increíble de lo que tú misma te ves; pero eso no hace que mi prioridad cambie.

—¿Cómo vas a decirme que soy lo único que te importa? —Me fijo en su boca—, ¿y por qué me siento tan ruin y egoísta encendiéndome con semejantes palabras?

—Tal vez seas ruin y egoísta. Tal vez ambos lo seamos —Su voz alcanza mi pecho y lo llena de algo indescriptible, que es hermoso y peligroso a la vez—. Solo he llegado a ser así contigo, y no quiero ser el mismo que soy

por ti con nadie más.

Respiro hondo y me abrazo a él, necesitando demostrarle cuánto me despierta su confesión. Sus brazos tardan un segundo en rodearme, pero enseguida los noto alrededor de mi cuerpo con esa resistencia, pasión y cariño con los que siempre me sostiene. Cierro los ojos y escondo la cabeza en su pecho, respirando profundamente su viril aroma. Su corazón golpea con fuerza y agresividad.

—Eres un imbécil, Kal'ladril Akhelbec'h… —murmuro sin separarme de su cuerpo—. Es enfermizo que escucharte siendo tan tajante me enamore incluso más, pero has llevado mi corazón hasta tal punto que soy incapaz de razonar.

Suelto nuestro abrazo y agarro su cara entre mis manos para mirarlo fijamente, grabando sus preciosos ojos dorados en mi retina.

—Júrame que jamás distraerás por mí tu propia seguridad —le exijo, tensando mis dedos sobre sus mejillas—. Júrame que no me mentías cuando me repetías que tú y yo saldremos vivos de todo esto.

Muerde su labio inferior y deja caer su cuello para apoyar su frente contra la mía. Sus manos empujan mi cadera uniendo nuestros cuerpos, y entonces me dedica la sonrisa más increíble que jamás soñé que podría ver.

—Enana… —Su susurro ardiente acaricia mi piel.

—Júramelo.

Evitando responder con palabras, hunde sus labios en los míos con fuerza y todo vuelve a desaparecer a mi alrededor. Siendo egoísta de nuevo, me olvido de Idril y de sus sentimientos; me olvido de los demás, que siguen esperándonos en el interior para poder continuar; me olvido del dragón que ahora deberemos matar; me olvido de la guerra, de Ortheel y de su ejército inmortal; me olvido de Elthymeron; me olvido de Namhliä; y deja de importarme lo que los dioses nos depararán.

Sus manos se enredan en mi pelo al igual que lo hacen nuestras lenguas. Este lugar tan frío se convierte en un escenario de calor y pasión; un escenario de amor. El sentimiento, el respeto y el cariño son infinitos; y es tan grande el dolor que nos causa pensar en separarnos, que parece resultarnos imposible soltarnos. Siento que podríamos quedarnos en este

beso eternamente, porque ninguno quiere dar el paso de cortarlo.

Alargamos cuanto podemos este instante hasta que, finalmente, agarra mi cabeza y separa nuestros labios. Su frente se mantiene contra la mía y me mira intensamente, pretendiendo recordar este momento para siempre.

—¿Qué? —Le sonrío, bisbiseando con sensualidad, emocionada por el momento que acabamos de compartir—. ¿Qué miras?

Kal'ladril sostiene el silencio sin dejar de observarme, respirando profunda y pausadamente. Sus ojos van de un punto a otro de mi rostro, fijándose en cada detalle como si fuese una obra de arte.

—Te miro a ti, y veo mucho más de lo que digo —Besa mi sien con cariño y decide separarse de mí antes de que el momento pueda alargarse más.

Mira al interior del castillo, visualizando a nuestros amigos; mira a Idril, que continúa sentada, hundida en las duras palabras que le ha dedicado hace un momento; mira a los farcnars, que no se han despegado de nosotros. Las crías están junto a sus padres, arropándose para evitar el frío. Mira al cielo y busca el brillo de la Luna tras las espesas nubes; perdiendo su atención en ella; divagando en su interior; volando en los miles de pensamientos que deben estar apoderándose de él.

De repente decide agarrar un montón de nieve del suelo y lanza una bola con todas sus fuerzas hacia el grupo de murciélagos que anidan en el techo del castillo. Un gran grupo de ellos sale volando dispersado, espantando a todos los demás que enseguida se les suman. Echan a volar sin ningún control, soltando esos chillidos característicos que usan para ecolocalizarse. Comienzan a sobrevolar nuestras cabezas para salir al exterior mientras Kal'ladril los sigue con la mirada, observando y estudiando sus vuelos como si quisiera sacar algo en claro de ello.

—Va a dejar de nevar pronto —asegura con completa convicción.

—¿Cómo lo sabes? —Lo miro con sorpresa, girándome hacia él cuando camina hacia el exterior para fijarse en el baile de esos mamíferos voladores.

—Lo sé por cómo vuelan —Su atención sigue fija en ellos, analizándonos con detenimiento—. Lo hacen alto a pesar de la tormenta, eso quiere decir que la presión atmosférica está aumentando; si no, estarían compensando

la baja presión volando también más bajo. Además hay menos humedad y el viento es mucho más suave — Parpadeo varias veces con asombro, impresionada por sus conocimientos—. Posiblemente, cuando volvamos a salir la nevada ya habrá cesado.

Me fijo en esos animales albinos que vuelan en colonia, haciendo preciosos círculos y manteniendo su posición alta en el cielo.

—Volveremos volando con los farcnars desde este punto —Se da la vuelta y camina hacia Roc. El grandísimo äphyld agacha la cabeza para permitir a Kal'ladril apoyar su mano contra ella, dedicándose uno al otro este cariñoso gesto—. Cuida de Idril, pequeño, y no os mováis de aquí. Aprovechad para comer y reponer fuerzas.

El precioso macho grita al cielo con motivación, visualizando ese montón de presas con el que va a poder saciarse hasta reventar. Agita sus alas para comunicarse con su familia y comienza a alzar el vuelo, seguido por Sumli y por sus crías.

Me fijo en su forma de organizarse para cazar. Jamás pensé que sería capaz de presenciar a un grupo de farcnars en acción, pero es todo un espectáculo verlos actuar con tanta coordinación, ayudándose unos a otros como si fuese una jugada perfectamente ensayada. No disfruto viendo morir a otros animales, sin embargo me alucina poder conocer sus tácticas, ver cómo trabajan, y apreciar el ciclo de la vida. Kal'ladril estudia por primera vez la cacería de sus dos alados y protegidos amigos junto a sus crías. Por la forma en la que los mira, algo me dice que se siente muy orgulloso con el resultado.

—Lin Sauthriel Òthnolu tuldret. Na ner lin Avoulh mäldruh lodhet — Clava una rodilla en el suelo y sostiene un montón de nieve dentro de su puño para volver a soltarla lentamente, agradeciendo como siempre el sacrificio de esos animales que van a servir de alimento para los hambrientos y cansados farcnars.

Se da la vuelta cuando vuelve a ponerse en pie y me tiende la mano para comenzar a andar juntos, invitándome a seguirle. Lo miro fijamente a los ojos y extiendo mi brazo, agarrando su ofrecimiento con seguridad. Nuestros dedos se enlazan y así, unidos, entramos finalmente en el castillo.



Zynael
8

Kal’ladril golpea con el puño el inmenso portón cerrado que nos bloquea el camino. Está perfectamente sellado, y pesa demasiado como para que intentemos si quiera empujarlo. En mi mano derecha tengo encendida una gran llamarada de fuego para iluminarnos a todos dentro de esta gran sala.

—Es imposible que avancemos por aquí. Estas puertas solían estar siempre abiertas para recibir a las visitas, pero se cerraron para proteger a algunos dentro del castillo y han quedado bloqueadas desde entonces —Avaldur’h se cruza de brazos y observa el increíble pórtico de arriba abajo —. Las cadenas que las abren están dentro.

—Imagino que tenías en cuenta este detalle y conocerás alguna alternativa, ¿verdad? —Thaeón se muestra impaciente por entrar. Aunque en realidad, pienso que son los nervios de encontrarse con lo que hay detrás lo que le lleva a actuar con tal inquietud.

Avaldur’h asiente.

—Por supuesto, hay otras dos opciones —El albino se dirige directamente al peliblanco, tomándolo como líder—. Puesto que contamos con los farcnars, podríamos acceder directamente al salón del trono. Hay un gran balcón por el que entraba y salía el dragón. Da al acantilado del reverso de Dohikäär.

—Siguiente opción —descarta Kal’ladril—. No pienso acercar a los farcnars y a sus crías al dragón. Esta es mi misión, y ya están corriendo demasiados riesgos.

El tuerto vuelve a inclinar su cabeza con aceptación.

—También existen unos pasadizos secretos —revela—. Los usaron Karanthir y su Ejército Dorado para acceder y comenzar la masacre que originó todo, después de que mis reyes les negasen lo que estaban demandando.

Kal'ladril ladea su cabeza y mira por encima del hombro a su hermano norteño. Enarca una ceja con desconfianza y lo analiza un instante antes de responder.

—Si eran secretos, ¿cómo demonios pudo usarlos mi padre? —Su tono de voz se muestra molesto, y algo me dice que no es por desconfianza hacia Avaldur'h—. ¿Y por qué los conoces tú?

El alquimista toma aire y alza su rostro con seguridad.

—Karanthir logró tener acceso a esa información de alguna manera. Solo él puede explicarte cómo —Está tranquilo, demasiado, y eso solo aviva las sospechas de Kal'ladril—. Conozco esos túneles porque fui el último en usarlos.

—¿Pertenecías a la familia real? —me meto, intentando hacerle hablar —. Para conocerlos y haber sido el último en usarlos, debiste vivir aquí.

—Ya conocéis mi apellido, y no es Ondathril. No soy de la familia real, pero fui cercano a ellos —Ignora las inquisitorias miradas de los demás, únicamente interesado en convencernos al peliblanco y a mí.

—¿Cercano? ¿Hasta qué punto? —Me cruzo de brazos y enarco una ceja.

—¿Acaso importa ahora? —Su ojo verde se clava en mí. Por alguna razón, soy incapaz de dudar de él. Me decepcionaría inmensamente si acaba demostrando lo contrario—. Seguidme, os llevaré a los pasadizos. Espero que sigan intactos.

—Aguardad —Nos frena Kal'ladril repentinamente, acercando su rostro a las puertas cerradas que impiden nuestro paso.

El hecho de que Avaldur'h acabe de confesar que fue alguien cercano a la familia real que rivalizaba con la suya, parece darle igual. Su atención vuelve a enfocarse en el portón y comienza a rascar con su dedo índice la suciedad, intentando eliminarla como si creyese poder descubrir algo debajo de ella

—Esto es… —Kal’ladril sigue frotando y rascando, cada vez con más ímpetu,

El alquimista se queda callado, esperando a que su amigo descubra por sí mismo lo que parece haber notado ya. Hasta que, de repente, un excelente brillo dorado se muestra bajo esa increíble capa negra de porquería.

El sureño queda embelesado varios segundos, admirando el magistral brillo y la luminosidad de ese color que tanto le llega a fascinar.

—Oro —revela Avaldur’h finalmente, confirmando las sospechas de Kal’ladril, que de nuevo parece interesado en escucharle—. Cuando nuestros antepasados picaron Dohikäär para construir el castillo, encontraron minas repletas de este mineral. Para mantener la belleza de estas tierras tal y como estaba, decidieron bañar de oro el interior del palacio y construir con las piedras volcánicas el exterior. Así guardarían la riqueza de Cinnadaoin en sus entrañas, tal y como estaba antes de que la tocaran —cuenta—. Los shbal sygäras no lucíamos lo que teníamos con la exuberancia de los sureños. Éramos un pueblo humilde, pero una vez atraviesas este portón todo es de oro puro: las paredes, el suelo, los techos, las escaleras, las barandillas, las columnas, las lámparas…

—¿Y lo llamas humildad? —cuestiona Kal’ladril—, porque podría confundirse con avaricia. ¿Cómo sabes que guardaron todo en su interior únicamente por mantener lo que fue, y no para esconderlo de los demás reinos? Tal vez no quisieran que la gente conociese las riquezas de estas tierras, solo porque no querían compartirlas.

Avaldur’h se cruza de brazos y ladea una sonrisa.

—Sin duda te has criado bajo la opinión de los Akhelbec’h… —

Suspira, incluso con pesar—. Ese pensamiento es tan sureño…

—Soy sureño —Se gira completamente hacia Avaldur’h. Sus puños apretados.

—No me cabe duda —El alquimista destensa sus brazos y camina hacia el que llama hermano—. La diferencia entre *vosotros* y el norte, es que nosotros no tocamos ni una sola onza del oro que aquí se halló. Todo lo que se encontró en el interior de esta montaña se quedó en el interior de esta montaña, bañando las entrañas de este castillo. Los sureños no solo

vaciaron todos sus depósitos para esconder su oro en cámaras privadas de su impresionante y lujoso palacio, ese al que llamas *mi casa*, sino que lo derrocharon y lo utilizaron para vanagloriarse y lucirse como superiores.

—No seas patético. El que no para de hablar con superioridad eres tú —se burla Dai-sha con acidez, defendiendo el lugar al que él también pertenece—. Si realmente este castillo está bañado en oro, y nadie se quedó con nada, me parece un completo desperdicio. Yo no sentiría ningún orgullo si mis antepasados hubiesen sido tan estúpidos.

—No esperaba otra opinión viniendo de ti, hechicero —la calma de Avaldur'h hace que Dai-sha frunza el ceño, molesto al no haber causado ninguna reacción—. Eres un fiel amante de los lujos, y tu actitud un insulto a tus humildes orígenes.

—Al contrario que los abuelos de tus abuelos, jamás me conformé —El humano de la corte sygära alza el cuello con orgullo—. Por eso llegué donde llegué.

El norteño parece estar a punto de responder, pero decido meterme entre ambos.

—¿Podéis centraros en lo que estamos? —Miro a uno y después a otro, apretando mis puños con rabia—. A ninguno nos interesa vuestra estúpida y repentina rivalidad. Si vuestro romance y vuestra historia no está saliendo como esperabais, arregladlo cuando estéis a solas. Ahora nos incumben temas mucho más importantes.

—Zynael tiene razón —Thaeón se acerca hasta colocarse a mi lado, y clava sus ojos negros en el norteño—. Avaldur'h, antes has dicho que tus antepasados colmaban con ofrendas al dragón. ¿De dónde las sacabais si no tocasteis el oro de estas tierras?

—De nuestro trabajo —se defiende—. Éramos buenos comerciantes y grandiosos trabajadores. Vinimos aquí voluntariamente para cuidar de nuestra mayor creación, y levantamos todo un reino de cero.

—No pretendía restaros mérito —responde Thaeón.

—Tranquilo, comprendo las dudas —Avaldur'h vuelve a mirarlo todo a su alrededor—. Sauthriel no eligió esta tierra al azar. Sabía que tenía que alejar al dragón de Yókhubo para mantener el bosque a salvo cuando este perdiese la razón, y eligió este lugar, a pesar de que el clima era algo

completamente opuesto a lo que un sygära deseaba, precisamente porque su tierra era excesivamente rica. El oro de Drilembiyr'h y Cinnadaoin era un dato que los humas y el resto de razas que vivían en Elthymeron desconocían. Antes de que los sygäras llegásemos, el sur era un desierto inhabitado, y el norte un bloque de hielo que jamás exploraron.

—¿Erais felices aquí? —pregunta Jóngruf—, ¿en un lugar tan contrario al que supuestamente os correspondía?

—Sí —El norteño no duda ni un segundo—. Cinnadaoin era un reino frío, pero cálido en su cultura y realmente llano; hermano y aliado de todos.

—No de todos —apunta Kal'ladril.

El alquimista mira al peliblanco de nuevo.

—No se puede ser hermano de quien no acepta tus diferencias.

Kal'ladril suspira, lamentando no poder tener criterio propio para hablar. Él no pudo conocer a esos shbal sygäras, Avaldur'h es el único, y tampoco ha conocido esa versión tan sanguinaria e impía de su padre que otros describen.

—Vamos a buscar esos pasadizos —Se coloca junto al alquimista, abandonando finalmente esta conversación—. Quiero acabar con lo que hemos venido a hacer antes de que salga el sol —Agarra una polvorienta antorcha de la pared y me la cede para que la encienda—. Coged una antorcha por cada dos. No vamos a depender de esta preciosidad y de su magia durante todo el trayecto, necesita guardarla para matar a cierto lagarto.

***

Avanzamos por un oscuro pasillo que bordea el lateral derecho del palacio. Me fijo en que todas las puertas están abiertas y magulladas. Según nos cuenta Avaldur'h, fueron forzadas para sacar a cualquiera que se escondiese en su interior. Hay restos de ropas sucias y desgastadas que en su día vestirían algún cuerpo, pero la humedad y el pasar de los años no ha mantenido sus esqueletos. Sin embargo son muchos, demasiados, y es algo estremecedor imaginar tal matanza. Mi pulso marca un ritmo constante y rápido, mi corazón suena como un tambor grave y poderoso. Si cierro los ojos, siento que puedo escuchar los gritos de todas las muertes que aquí ocurrieron.

Por lo visto, eran las estancias de muchos elfos cercanos a la familia real; en su mayoría magos que servían y seguían a Mäilkun Doh. La tristeza que expresa el autóctono en su voz, me lleva a pensar que tal vez fue aquí donde nació.

—Este es el lugar, pasando la novena puerta —Se detiene nuestro guía.

Avaldur'h empieza a tocar la rocosa pared desde el suelo hacia arriba, buscando algo que solo él sabe. Los demás esperamos pacientes mientras nuestras antorchas se agitan. A pesar de que aquí ya no hay nieve, el aire crea una gélida corriente.

—Debería ser una de estas —Continúa buscando lo que sea, pareciendo culparse por no encontrarlo a la primera—. Sin duda era una de estas.

Kal'ladril se coloca en cuclillas y observa la pared en la que Avaldur'h no deja de rebuscar, estudiándola para encontrar algo que pueda ayudarle. Se quita el guante y comienza a tocar las rocas una a una, tratando de encontrar alguna diferencia entre ellas. Va sintiendo con la palma de su mano la textura de cada una de las piedras, hasta que de repente se detiene en una que parece captar su atención.

—Aquí —Señala. Avaldur'h se gira hacia él con asombro—. No sé si es esto lo que buscas, pero la temperatura de esta piedra es diferente. —Comprobémoslo —le invita el albino—, empújala hacia dentro. Kal'ladril obedece y hace fuerza para empujar la increíble piedra. Entonces se oye un chasquido y, tras ello, el muro que había frente a nosotros desaparece dando lugar a un arco que nos abre otro pasillo por el que avanzar.

El elfo peliblanco vuelve a incorporarse y analiza lo que acaba de pasar con completa calma, como si esto no fuese una razón para asombrarse.

—¿Cómo diablos…? —murmuro, impresionada por lo que acabo de presenciar—. ¿No decías que la magia había muerto en este lugar? ¿Qué ha sido esto, entonces?

—Un hechizo permanente —responde Kal'ladril en su lugar, totalmente seguro de lo que se trata. Sus ojos se centran en el interior de este nuevo pasadizo—. Una vez formulados jamás desaparecen. Solo hay que saber dónde activarlos.

—Para haber crecido en el sur sin la presencia de la magia, te han formado muy bien —Avaldur'h asiente, aprovechando para felicitarle por

haberlo descubierto.

—¿Es magia de ilusionismo? —Se sorprende Dai-sha, acercándose para tocar el marco que antes era un rígido muro—. ¿O realmente había una pared aquí antes?

—Ilusiones son lo que tú logras con tus pociones, hechicero —El albino se cruza de brazos con orgullo—. Esto era real, y era gracias a esa magia que nos hacía tan especiales.

Decidido, Kal'ladril comienza a andar de nuevo. Hay algo en él similar a la admiración que se escapa en su expresión, pero no dice nada, tan solo observa.

—La había tocado antes que tú. ¿Cómo lo has notado? —le pregunta Avaldur'h cuando vuelve a colocarse a su lado.

Los demás les seguimos en completo silencio.

—Ya te lo he dicho. La temperatura y la textura eran diferentes. No estaba hecha del mismo material a pesar de querer aparentarlo muy bien —se explica.

—La temperatura era exactamente igual de fría, y la textura exactamente igual de rugosa —desmiente el norteño—. ¿También tienes más desarrollado el sentido del tacto?

Kal'ladril suelta una risa jocosa y gira su cabeza levemente para buscarme sobre su hombro.

—Pregúntale a ella.

Enarco una ceja, sorprendida por su poca vergüenza. El calor se apodera de mi interior al instante. Su tacto es lo mejor que le ha ocurrido a mi cuerpo en toda mi vida, pero no le regalaré el gusto de confesarlo cuando tiene el ego tan subido.

—Vaya —Me río sarcástica—, ahora además de imbécil también eres un fantasma.

Avaldur'h y Jóngruf sueltan una carcajada. Kal'ladril me guiña un ojo como respuesta y vuelve a centrarse en el frente, continuando con el liderazgo del grupo a lo largo de este oscurísimo pasillo.

***

Conforme vamos avanzando la temperatura va aumentando, un increíble contraste con el frío que estábamos viviendo en el exterior. El castillo parece haber sido un lugar templado para vivir, perfectamente aislado gracias a sus gruesas paredes. Siento cómo se van relajando todos los músculos de mi cuerpo con cada paso que damos, retomando de nuevo su calidez.

De repente, la luz que emanan nuestras antorchas comienza a verse reflejada al final del pasillo. Un brillo dorado se deja ver con claridad, como el reflejo del sol sobre un lago en perfecta calma.

—Hemos llegado —anuncia Avaldur'h.

Mi piel se eriza con infinita admiración cuando finalmente entramos a ese increíble e inmenso lugar. Todo a nuestro alrededor es de oro, tan brillante como los ojos del sygära que me obsesiona. El suelo; las paredes; los increíbles y altísimos techos; los arcos; las lámparas; las columnas; las escaleras que hay a varios metros de nosotros; las barandillas que las guardan… Todo. Oro amarillo, y también oro bañado en distintos colores para darle otros tonos a esta increíble luminosidad.

Me fijo en cada detalle. Las paredes son murales que cuentan historias del pasado de esta raza; representaciones grabadas que remontan todo lo que vivieron y todo en lo que creyeron, manteniendo al dragón como protagonista en cada una de las escenas. Observo el suelo del salón que se encuentra bajando las escaleras. Grabado y pintado en él, hay un esquema del regalo que los dioses sygäras otorgaron a Elthymeron. Se trata de un círculo con varios niveles: En el núcleo, como corazón de todo, hay una talla del dragón sobrevolando varios árboles originarios de Lyhändril; representando el mayor de esos regalos. En el siguiente nivel, hay dibujadas algunas razas de äphylds; los considerados más poderosos y también escasos; entre ellos hay un farcnar, una ninfa, y también un jalaion'h. Siguiendo a este, hay más de estos animales sagrados. Finalmente, en el último de los niveles, están representados los sygäras; pero lo más hermoso es que no están solos, sino que están dibujados junto a los enanos y los humanos. Conviviendo, comercializando y socializando. Ese era el regalo que los elfos del norte consideraron.

Kal'ladril está completamente paralizado, estudiando todo con infinita

atención y detalle. No recuerdo haber visto una reacción parecida en él antes de llegar a este lugar; no recuerdo haberle visto tan fascinado. Es como si esta tierra hubiese poseído su corazón, hasta el punto de dejarlo sin palabras.

—Bienvenidos al salón de baile del castillo de Cinnadaoin —Se adelanta Avaldur'h extendiendo sus brazos, sintiéndose motivado y orgulloso tras percibir la fascinación de todos—. Ese portón que veis ahí, es el mismo que hemos encontrado completamente sucio y bloqueado desde fuera —Señala hacia la izquierda—. Aquí es donde se celebraban todos los eventos festivos que organizaba la realeza.

Nos encontramos en una segunda altura, en unos pasillos adornados por arcos que rodean lo que el albino acaba de presentar como el salón de baile, como si de palcos se tratase. Por supuesto, el tamaño de la estancia al completo es descomunal. Mi cerebro parece incapaz de aceptar que este castillo se construyese teniendo en cuenta el tamaño de un dragón. Avaldur'h pasa entre nosotros y se dirige a una de las tallas junto al pasillo que nos ha traído a este lugar. Busca una garra en concreto y la empuja hacia dentro como si fuese un pulsador. La apertura por la que acabamos de acceder comienza a cerrarse de nuevo, haciendo que el pasadizo vuelva a ocultarse tras la pared de oro como si jamás hubiese estado allí.

—No estamos demasiado lejos de la sala del trono —enuncia cuando vuelve junto a Kal'ladril, comenzando a guiarnos hacia las escaleras—. El gran doh ya debe habernos olido. De hecho, seguro que sabe que estamos aquí desde que hemos llegado a la ciudad.

—¿Y por qué no nos ha atacado ya? —Se preocupa Jóngruf—. ¿Está esperando?

—Eso creo —confirma el norteño—. Ahora mismo debe estar alerta a nuestras intenciones. Por suerte para nosotros, no somos más importantes que el descanso y el tesoro de un dragón. Imagino que estará aguardando hasta comprobar si solo estamos de paso y pretendemos marcharnos sin molestarlo.

—Ah, genial. ¿Y crees que se dará cuenta de que nuestra intención es matarlo cuando le clavemos la primera espada? ¿O lo hará antes? — Se burla Thaeón con ironía—. Si solo le preocupa su descanso, las cosquillas

en la cabeza me parecen una apuesta segura; yo me quedo prácticamente inconsciente con ellas. Podemos acariciarlo para mantenerlo tranquilo mientras lo apuñalamos.

Me río sin poder evitarlo y lo empujo suavemente, divertida con su audaz sarcasmo a pesar de estar en una situación como la que estamos.

—No es un chiste —El sygära tuerto se cruza de brazos, mirando a Thaeón de arriba abajo—. ¿Te parece divertido estar a punto de enfrentarte a la mayor bestia que ha existido en la historia de cualquier raza?

—¿Te ha parecido que bromeaba? —se defiende el aldeano—. Me preguntaba hasta dónde nos permitirá avanzar antes de atacarnos. Tal vez, y puedes llamarme demente, antes de seguir deberíamos trazar algún plan. No creo que su paciencia nos conceda mucho más tiempo. Le hemos despertado de su largo sueño, y debe estar hambriento.

—Espera —Záldur sostiene a Thaeón por el brazo, sorprendido por lo que acaba de escuchar—. ¿Qué insinúas?

—Un dragón no necesita comer mientras duerme y medita — explica Kal'ladril—, pero su hambre se dispara una vez vuelve a estar activo.

Las piernas del pelirrojo se tambalean, pero enseguida toma aire tratando de disimular. No parece querer que lo veamos flaquear.

—¿Dónde está el salón del trono? —El peliblanco se gira hacia Avaldur'h, con esa seguridad en sí mismo que siempre lo acompaña.

—Está en el ala norte, atravesando todo el palacio —responde el alquimista, señalando dos portones abiertos al final del salón de baile—

. El castillo atraviesa la montaña de un extremo a otro, y el salón del trono está en el extremo contrario. Allí guarda su mayor tesoro.

—Entonces ahí será donde le atacaremos —ordena Kal'ladril—.

Veamos hasta qué punto se controla para cuidarlo.

Me giro hacia él, sorprendida por lo que acaba de decir.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —le cuestiono—. Dudo mucho que nos permita llegar tan lejos antes de venir a por nosotros.

—Tú y yo haremos de cebo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído —Sus diamantes dorados se clavan en mí con seriedad e intensidad—. Vas a venir conmigo, y vamos a hacer que venga a por nosotros.

Siento un nudo en la boca del estómago. De repente la inseguridad y el miedo parecen apoderarse de mí. Me gustaría no estar escuchando bien.

—Espera, espera… —Thaeón vuelve a mostrar su instinto protector y se coloca entre Kal'ladril y yo. Su brazo me empuja con cuidado para mantenerme tras él—. ¿Por qué? ¿Para qué tenéis que hacer eso?

—¿Qué es lo que estás pensando, Kal'ladril? —cuestiona también Daisha, ambos preocupados por la disparatada idea que acaban de oír— . Estamos en esto juntos. Te recuerdo que no he recorrido todas las Tierras Salvajes del norte y el gélido Cinnadaoin para ahora quedarme al margen. Ni yo, ni ninguno de estos.

—No he dicho que vayáis a quedaros al margen, he dicho que vamos a hacer de cebo. Es muy diferente —remarca Kal'ladril—. Vuestra participación es imprescindible.

Nos quedamos en silencio dispuestos a escuchar el plan que habrá decidido, pero Thaeón no parece en absoluto tranquilo.

—Zynael y yo nos adelantaremos. Debemos lograr que reaccione y venga a por nosotros para despistarlo y mantenerlo ocupado —explica para todos—. Es un monstruo irracional y hambriento. Si se parece un poco a mí, como guerrero también será orgulloso. Cuando nos huela tan cerca y le supongamos una amenaza, se centrará en nosotros hasta lograr matarnos. Si le provocamos lo suficiente, nos seguirá y no se distraerá con nada más —Nos mira uno a uno, asegurándose de que estamos entendiendo su idea—. Llegaremos a su nido y lo mantendremos ocupado allí, hasta que vosotros podáis uniros.

Avaldur'h se cruza de brazos estudiando la propuesta. Por cómo asiente con la cabeza, diría que no encuentra ninguna objeción.

—Tiene sentido… Allí se verá obligado a contenerse totalmente y podremos darle muerte —murmura con satisfacción—. Ni siquiera se

arriesgará a escupir fuego.

Kal'ladril afirma.

—¿Y por qué no vamos todos a la vez si pretendéis llevarlo al mismo punto donde nos encontraremos? —duda Jóngruf—. ¿Por qué debéis adelantaros?

—Dos pueden escabullirse mejor que siete —evidencio, comenzando a comprender los motivos de su plan—. Y nosotros hacemos muy buena pareja en la batalla.

—¿Y qué hay si os mata mientras lo intentáis? —Gruñe Thaeón, manteniendo su inseguridad—. No servirá para nada el plan si os mata mientras intentáis distraerle.

—Si es así, vosotros moriréis también después —Kal'ladril lo mira con seriedad—. Luchar contra él en su lugar sagrado es la única oportunidad que tenemos para poder matarlo y salir todos con vida. Si no, lo más probable es que muramos todos igualmente; o por lo menos la gran mayoría.

El humano de pelo negro suspira con rendición y se gira hacia mí. Mi corazón vuelve a caldearse y a sentirse en calma con su tierna y enamorada mirada, sintiendo ese amor tan puro que transmite cada vez que me observa así.

—Ten cuidado, por favor —me suplica—. No voy a parar esta locura porque ya he visto lo que eres capaz de hacer, y debo aceptar que eres muy superior a cualquiera de nosotros. Pero de verdad te ruego que te cuides —Su mano acaricia mi mejilla—. Mantente con vida, fierecilla, y mantén con vida a Kal'ladril. No me gustaría perder a mi capitán antes incluso de poder llamarlo oficialmente como tal.

Sonrío, encantada con su gesto.

—Tus deseos son órdenes para mí, Thaeón —Sujeto su muñeca para detener su caricia, intentando detener también su preocupación. No quiero que esto sea una despedida. No quiero despedirme de él.

Sin que pueda verlo venir, decide clavar sus labios en los míos. Pretendo echarme hacia detrás, pero sus manos aferran mi cabeza para impedírmelo, dándome uno de esos suaves y sentidos besos que en más

de una ocasión ha querido regalarme. Muerde su labio inferior cuando su boca se decide a soltarme, y apoya su frente contra la mía. Sus ojos negros me miran fijamente, llenos de sentimiento.

—Ojalá pudieses satisfacerlos todos —susurra—. Te quiero, más de lo que jamás querré a nadie en esta vida.

Inspiro, alcanzada por sus palabras.

—Thaeón, yo…

—Lo sé —Sesea para callarme—. Estás con él. Tu corazón es de él. Lo sé.

Llevo mi atención hacia Kal'ladril cuando Thaeón se separa de mí, esperando encontrarme con su constante indiferencia. En cambio, noto en su reacción verdadero malestar. Está mirando hacia otro lado, con la mandíbula tensa y los puños apretados; esforzándose para no detestar este momento, a pesar de que claramente le está dominando.

Estoy a punto de acercarme a él, cuando Dai-sha llega a su lado.

—Quiero que luchéis juntos como solo vosotros sabéis —El hechicero agarra entre sus manos las de su amigo, obligándole a olvidar lo que acaba de ver para centrarse en él—. Confío ciegamente en vuestro dúo y sé que tu plan saldrá bien, pero tened cuidado.

—Descuida —Asiente el sygära—. Sabes que estaremos bien.

—Lo sé —Sonríe Dai-sha.

Los miro a ambos. Es evidente que hay una gran brecha en su amistad. No diré que no me entristece, pero también lo entiendo. Su confianza mutua se ha debilitado inmensamente, y ha logrado separarlos más de lo que ellos mismos hubiesen imaginado.

Entonces Kal'ladril se dirige hacia mí, dejando finalmente de lado las despedidas. Camina hasta detenerse a unos escasos palmos de mi cuerpo. Me veo obligada a estirar el cuello para lograr mirarle con la fijación con la que él me mira, dominada por su increíble altura. Sostiene la unión de nuestros ojos unos segundos en completo silencio, antes de entornar sus párpados con completa admiración.

—Enana —susurra. Su profunda y masculina voz es una caricia para mis oídos—, ¿estás lista? Me odiaste por arrastrarte hasta aquí. ¿Terminamos con esto?

—¿Por qué me preguntas como si tuviese opción, imbécil? —le provoco, susurrándole de la misma manera. Soy incapaz de sostener la sonrisa que se escapa entre mis labios—. Por supuesto que estoy lista. ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Juré que mientras respirase, te protegería. Y así será hasta el último de mis días —Se inclina hacia mi boca pareciendo que va a besarme delante de todos, pero cuando sus labios están a punto de rozar los míos, me esquiva y se dirige hacia mi oreja, acariciándola con su ardiente y pasional respiración—. Ni si quiera mi padre, ni los mismísimos dioses, podrán impedirme eso.

Apoyo mi mano entre sus pectorales, sintiendo el palpitar de su corazón tan vivo bajo mi tacto. Noto sus labios pegarse en mi mejilla y finalmente se separa de mí.

—Estáis listos, ¿verdad? —pregunta en voz alta—. Nuestro viaje va a tomar su sentido ahora. Hemos llegado hasta aquí para lograr esto, y vamos a hacerlo. No dudéis ni por un instante, porque vamos a salir todos con vida de este castillo.

Todos asienten. Thaeón y Jóngruf se chocan la mano y sacan sus espadas, mano a mano, manteniéndose uno al lado del otro como siempre han luchado. Dai-sha sonríe con orgullo. Avaldur'h levanta su barbilla y asiente con confianza, completamente preparado para este momento que parece haber estado imaginando toda su vida. Záldur cierra sus ojos y comienza a rezarle a sus dioses.

—¿Vamos, enana? —Vuelve a mirarme.

—Justo a tu lado. Como siempre —Levanto el brazo para enseñarle el brazalete de unión. Como si, llegados a este punto, eso tuviese algo que ver con el hecho de que no quiera separarme de él.



Zynael
9

Nos adentramos en un profundo pasillo, únicamente iluminados por las luces de nuestras antorchas, que tintinean y hacen brillar todo a nuestro paso. El oro nos rodea allá donde miramos, sin embargo no sentimos admiración, solo sentimos pena. El fulgor que debió emanar este lugar, ha quedado completamente opacado por las toneladas de polvo y las telarañas que ahora lo decoran. Lo que antaño debió ser un edificio de envidiar, ahora es simplemente un tesoro abandonado y corroído por el paso de los años.

Kal'ladril camina muy deprisa, demasiado teniendo en cuenta la diferencia de longitud de nuestras piernas. Me cuesta mantenerme junto a él. Lo veo inspirar profundamente, cargando sus pulmones con el rastro de ese olor tan peculiar y tan novedoso que estará percibiendo.

—¿Lo hueles? —me intereso—. ¿A qué huele? ¿Cómo huele un dragón?

—Huele muy fuerte —murmura—, a una mezcla de azufre y muerte.

De repente se detiene bruscamente.

—¿Has oído eso? —Extiende el brazo para frenarme, tratando de concentrarse en lo que sea que acaba de percibir.

Niego con la cabeza.

—No. ¿Qué debería haber oído? —Fijo mi mirada en el frente, sintiendo el nudo de mi estómago volviendo a cerrarse—. Dime qué has escuchado.

—No puedo —Su brazo va destensándose lentamente, dándose por vencido—. No estoy seguro. Creo que simplemente ha sido m… — Se lleva la mano a la sien y se encoje de dolor, retrocediendo, gruñendo como si algo estuviese atacando a su cabeza.

—¡Kal'ladril! —Me apresuro y me acerco a él llena de preocupación—. Kal'ladril, por Sauthriel, ¿qué te ocurre? —Apoyo la mano en su espalda para hacerle ver que estoy ahí. Su respiración, agitada y entrecortada, súbitamente se paraliza.

Su mirada vuelve a alzarse hacia el final del pasillo, pero parece estar hundida en la confusión. Y se queda así, como si estuviese perdido en alguna especie de limbo; como si estuviese viendo a su cuerpo físico frente a mí, pero su mente estuviese muy lejos de este lugar. No entiendo qué le está pasando. No entiendo qué está sintiendo.

—¿Kal'ladril? —Me da miedo volver a acercarme a él, así que aguardo un instante—. Me estás preocupando, imbécil. ¿Qué te pasa?

Sigue concentrado en lo que sea que le está atormentando, perdido en sus pensamientos, y ni siquiera parece escucharme.

—¡Kal'ladril, joder! —Le empujo.

Por fin reacciona y agita la cabeza, tratando de liberarse del trance que le acaba de poseer. Comienza a mostrarse jadeante e incómodo, como si acabase de despertar de una horrible y larga pesadilla.

—¿¡A ti qué mierdas te pasa!? —Resoplo de alivio, destensando mi espalda y mis brazos—. Has estado a nada de matarme de un susto, maldito idiota. ¿Estás bien?

—Sí, sí —Parpadea varias veces, aún aturdido—. No te preocupes, no pasa nada.

Veo que pretende volver a caminar, pero me adelanto. Aferro con firmeza su muñeca para detenerlo y lo miro fijamente con el ceño fruncido.

—Dime qué te ha pasado —Mis ojos no vacilan cuando los suyos me encuentran—. No puedes actuar así y después decirme que no ha ocurrido nada. Estoy preocupada.

Respira hondo, pensando cómo y qué responder. No parece querer ocultármelo, tan solo parece confuso; como si ni siquiera él mismo fuese capaz de entender lo que acaba de vivir. Cuando su boca se abre para darme finalmente una explicación, se escucha un rugido aterrador que nos deja más helados que la propia montaña de esta tierra.

Mi corazón y mi aliento se paralizan.

Siento una oleada de terror recorriendo mi espina dorsal, invadiéndome e invalidándome al cien por ciento; haciéndome sentir completamente frágil y vulnerable. Soy incapaz de mover ni un solo músculo hasta que, de nuevo, volvemos a escuchar un terrible y desgarrador gruñido.

Todo mi cuerpo da un respingo. Cada vello de mi piel se crispa.

Esta vez, el estridente golpe viene seguido del vibrar repetido del suelo sobre el que reposan nuestros pies.

Son pisadas. Sus pisadas. El gran dragón ha abandonado su lugar de reposo. Ha fijado su objetivo y ha salido a encontrarlo.

Viene a por nosotros.

Sus pasos hacen retumbar cada rincón de este castillo. Mi corazón reacciona taquicárdico, queriendo salirse de mi pecho. Degluto mi propia saliva, evitando que se acumule en mi boca por la ansiedad. La gran bestia sigue acercándose a nosotros, haciéndose notar cada vez más fuerte, cada vez más invencible y potente. Miro hacia arriba y compruebo la descabellada altitud de este pasillo. «¿Cuál será su tamaño si este castillo desmesurado se hizo teniendo en cuenta su talla? ¿Contra qué tipo de monstruo estamos a punto de enfrentarnos?».

Dejo mi antorcha sobre el suelo y agarro mi mandoble. Me esfuerzo en sostenerlo con firmeza a pesar del terror que se está apoderando de mí, preparándome para el ataque.

—No vas a usar eso —Sin ninguna explicación, Kal'ladril empuja mi arma para bajar su filo—. Guárdalo.

—¿Qué?

—Guárdalo —repite—. No lo necesitas.

Me giro hacia él con perplejidad, pero antes de poder quejarme la grandísima e impresionante bestia dobla la esquina dejándose ver por primera vez.

El miedo que sentía desaparece abruptamente, invadiéndome un completo vacío.

El miedo puedo enfrentarlo. Esto no.

El monstruo escamado se detiene y nos mira fijamente. Tiene dos cuernos curvos y aterradores que casi alcanzan el techo, naciendo de la

parte superior de su cráneo. Su inmensa cabeza está rodeada de lo que podría parecer una corona de afilados pinchos, adornándola de un lado a otro. Sus ojos son rojos como la sangre, resaltando como dos infiernos entre la oscuridad de este larguísimo pasillo. Sus pupilas rasgadas y afiladas son dignas de un potente depredador. Su cuerpo es sorprendentemente inmenso, mucho más de lo que podría haber imaginado. Apenas puede caminar sin rozarse.

Está apoyado sobre sus cuatro extremidades, sin embargo tiene una estructura ósea sorprendentemente similar a la nuestra. Se distinguen todos y cada uno de sus músculos bajo sus brillantes y oscuras escamas. Su miología es tan perfecta y reconocible como podría serlo la de un gallardo sygära, e incluso la de un esbelto humano. Sus brazos, sobre los que apoya la parte delantera de su cuerpo, tienen increíbles bíceps y comienzan en unos hombros tan anchos que parecen incluso entrenados. Tiene fuertes pectorales, y también abdominales. Sus alas están recogidas y apoyadas sobre su espalda, naciendo en sus omóplatos. Su cola se menea de un lado a otro, muy despacio, aporreando las paredes de este lugar que de repente parece tan pequeño. Cada golpe que origina retumba en todas partes, acompañando al nervioso latir de mi corazón.

Pum… pum… pum…

Como si se tratase de una cuenta atrás.

Con cada respiración se ilumina su garganta y su esternón, cargándose de ese potente fuego que guarda en su interior.

Kal'ladril lo analiza en silencio, sin menear ni un solo músculo de su cuerpo. No pestañea, sin embargo en su rostro descubro admiración. Parece fascinado con la criatura que hay frente a sus ojos, a pesar de que va a ser nuestra perdición; como si fuese incapaz de ver, bajo ese ser tan mágico y sagrado, a la bestia que va a devorarnos.

Quita el aliento, y no sabes distinguir si es por el terror que produce, o por su infinita belleza y su clara superioridad sobre cualquier otro ser terrenal.

—Guarda tu arma —Mantiene su atención en el dragón mientras este le observa de la misma manera, como si estuviesen comprendiéndose sin necesidad de hablarse.

—Está bien… —Decido confiar en su petición y vuelvo a colocar muy despacio la espada en mi espalda, temiendo hacer movimientos bruscos que puedan alterar la calma que aún mantiene—, ¿y ahora qué propones?, ¿qué hacemos?…

Parece estar a punto de responderme cuando vuelve a ocurrir: Kal'ladril se ve obligado a soltar su tea para poder agarrarse la cabeza con ambas manos, apretándola entre sus palmas con la intención de amenizar el dolor que parece volver a torturarle. Al mismo tiempo, los pasos acelerados del dragón vuelven a retumbar hasta detenerse justo frente a nosotros, soltando el rugido más aterrador que jamás escucharé.

Las antorchas luchan por mantenerse encendidas frente a su potente aliento.

Toso y retrocedo. Todo mi cuerpo tiembla cuando confirmo que está a escasos metros de nosotros, es muchísimo más grande de lo que parecía en la distancia. Solo sus colmillos son tan largos como todo mi cuerpo. Sus fauces son tan inmensas, que podría tragarse toda la estancia con tan solo inspirar. Su aliento quema, y apesta a muerte.

El sygära vuelve en sí y me empuja con su brazo para colocarme tras él, guiado por esos impulsos que le obligan a protegerme a pesar de estar en esta desventajosa posición. El dragón gruñe como respuesta, amenazante. Su hálito es tan potente que agita nuestro cabello hacia detrás, obligándonos incluso a cerrar los ojos.

Me abruma el terror, y soy incapaz de volver a mirar.

Solo me quedo estática, esperando el momento de mi muerte.

Pero no ocurre nada.

Lo único que noto, es ese constante hedor a quemado.

Abro lentamente la mirada, volviendo a llevarla hacia ese dragón que sigue ahí, frente a nosotros, despeinándonos con cada exhalación de su respiración. Sin embargo, seguimos vivos. ¿Por qué seguimos vivos?

—¿Qué hace…? —balbuceo muy suave, intentando que el tono de mi voz no sea lo suficientemente alto como para molestarle—. ¿Por qué no nos ataca? ¿A qué espera?

Kal'ladril no responde, tan solo observa.

—¿A qué esperamos nosotros…? —Mi gesto le suplica explicaciones. Necesito que hable, y necesito que me cuente qué narices tiene en mente. Necesito saber por qué ninguno estamos haciendo nada—. ¿Esto era parte de tu plan?

—Hay algo en él… —Lanzado por la hipnosis que le ha causado el dragón, decide dar un paso al frente y extiende su brazo como si quisiera acariciarlo.

Mis ojos se abren como platos cuando me doy cuenta de lo que pretende.

—No irás a… —Agarro su hombro firmemente con la intención de frenarlo—. ¿Qué mierdas haces? ¿Te has vuelto completamente loco?

El dragón vuelve a gritar, empujándonos con la potencia de su ronca y quemada voz. Su aliento es tan ardiente, que parece calcinar nuestra piel.

Me fijo en la bestia, analizando lo que acaba de pasar. Si no lo considerase el monstruo irracional que describen todas las historias, si no hubiese sido el culpable de la exterminación de toda una raza, incluso pensaría que intenta advertirnos.

—Creo que no quiere atacarnos —susurra Kal'ladril, llegando a la misma conclusión—. Solo quiere que nos marchemos de aquí y dejemos de molestarlo.

No sé si está siendo demasiado confiado e imbécil, o si por el contrario hemos estado toda nuestra vida muy equivocados.

Ahora que observo al dragón con más calma y la posibilidad de que no tenga intención de hacernos daño, me parece incluso más bello que antes. Sus escamas, tan negras como la noche, parecen relucir en tonos dorados con el reflejo de estas increíbles paredes, suelo y tejados; brillando con la luz de las antorchas. La corona de pinchos que decora su cráneo y sus increíbles cuernos, ya no resultan terroríficos sino bellos complementos. Sus ojos rojos, los cuales me habían parecido del color del infierno, ahora sin embargo los contemplo hermosos como dos pétalos de rosa.

—Este sentimiento horrible… —Kal'ladril aprieta sus sienes, masajeándolas en círculos con sus dedos—, es como si estuviese intentando decirme algo…

—Las migrañas —enlazo—. ¿Es eso?, ¿se está comunicando contigo?

—No lo sé, no tiene ningún sentido lo que estoy percibiendo —Retrocede un paso, confundido por ese caos que parece estar formándose en su interior—. Y ya no estoy nada seguro de que esto esté bien…

—¿Qué? —Vuelvo a girarme hacia él, extrañada por lo que creo haber entendido.

—No estoy seguro de querer hacer esto —confirma—. Creo… creo que debemos irnos ahora que aún nos está dando la oportunidad. Siento que debemos irnos. Ya.

El dragón brama, como si de esta forma estuviese reafirmando tal suposición.

—Pero…, ¿y nuestra misión? —Freno mis ganas de salir corriendo, intentando recordar lo que realmente nos trajo hasta aquí — . ¿Qué hay de tu promesa con el reino y de la visión de tu padre? Estabas muy seguro de lo que veníamos a hacer desde que salimos de Drilembiyr'h, hasta hace un instante. ¿Qué te está pasando?

—Nada que me esté gustando.

—Kal'ladril —Necesito que sea honesto, ahora más que nunca—, por favor.

La forma que tienen sus ojos de entornarse con rendición me provoca un terrible escalofrío en la espalda. En ese instante me doy cuenta de que mis pesadillas no estaban tan equivocadas, y su silenciosa confesión acaba de devastarme por completo.

No me ha dado tiempo a digerir lo que sin necesidad de hablar me acaba de decir, cuando el dragón y Kal'ladril parecen captar algo a nuestra espalda. Ambos centran al mismo tiempo su atención en el comienzo de este pasillo, alertados.

—No, joder —gruñe el peliblanco—, ahora no.

El grandioso rey vuelve a gritar con todas sus fuerzas, completamente enfadado. Lo que sea que ambos han percibido, ha terminado de agotar su paciencia.

Echa a andar sin ningún miramiento, arrollándonos, abriéndose paso sobre nosotros. Caigo al suelo de manera brusca y me acurruco

haciéndome una bola; encogiendo mis piernas; guardando mis rodillas bajo mi pecho y mi cabeza entre mis brazos. Como si realmente eso pudiese salvarme de una de sus pisadas. Cierro los ojos y oro a Sauthriel, esperando el momento de sentir una de sus garras aplastando todos mis huesos. Es tan inmenso, que su cuerpo pasando por encima de mi cabeza me resulta toda una eternidad.

—¡Zynael! —exclama su reconocible voz, haciéndome reaccionar.

Kal'ladril se mueve con agilidad para llegar hasta mí. Clava su rodilla derecha en el suelo y comprueba si estoy bien, palpando con cuidado cada articulación de mi cuerpo, asegurándose de que no hay nada roto.

Nuestras antorchas siguen encendidas en el suelo, alumbrando la penumbra de esta estancia que podría ser nuestra tumba.

—Estás bien —Todo su cuerpo parece relajarse cuando se da cuenta de que no me ha hecho daño. Suspira aliviado y me abraza contra él.

—Estoy bien, estoy bien —Agarro sus manos para tranquilizarlo y me ayudo de su impulso para volver a ponernos en pie—. ¿Son ellos? ¿Va a por nuestros amigos?

El peliblanco frunce el ceño y lleva sus ojos hacia el dragón, que continúa alejándose por el pasillo dejándonos atrás.

—Va a matarlos —Su barbilla se alza con esa decisión tan característica, y es entonces cuando me doy cuenta de que finalmente ha decidido actuar —. ¡Sayldïr Altuk'h! —exclama en sygönish.

El dragón, al que acaba de llamar por su nombre por primera vez, se detiene en seco. Su cuello va girando lentamente, hasta que su roja mirada vuelve a clavarse en nosotros.

—¡Mäilkun, ni ner zor äi thresor tom rëi! ¿Kad faöi tu lïom a feicëal?

Altuk'h grita lleno de rabia y de ira. El suelo tiembla bajo nuestros pies, vibrando como un estruendo.

—¿Qué haces? —gruño en un susurro, desesperada por saber por qué de repente parece tan provocado—. ¿Qué demonios le has dicho?

—Le he recordado sus prioridades —responde. Sus músculos se tensan notablemente cuando el dragón comienza a darse la vuelta, luchando contra su descomunal tamaño para lograr volver a encararnos—. Le he

dicho que he oído que tiene un salón del trono lleno de tesoros, y le he preguntado si le importaría mostrárnoslos.

Desencajo mi mandíbula con sorpresa, pero antes de que pueda preguntarle sus motivos, su grave voz me corta con una rotunda orden:

—Corre.

Kal'ladril agarra mi mano y tira de mí al instante, obligándome a huir en dirección contraria al gran dragón; en dirección a la sala del trono. De repente, la inmensa criatura vuelve a gritar, haciendo retumbar todo el castillo. Mi espina dorsal se crispa y mi aparato locomotor se detiene, en un aviso de mi cuerpo presagiando el final.

—¡Corre! —exclama el sygära con desesperación, sosteniendo mi mano con fuerza.

La primera pisada del monstruo me hace finalmente reaccionar.

Dejamos las antorchas atrás y echamos a correr, sacando una energía que ni siquiera éramos conscientes de poseer. Me esfuerzo en concentrarme en lo que tengo delante, e ignoro los potentes pasos que nos siguen. Para nuestra suerte, el pasillo resulta estrecho para la pesada bestia, y conseguimos sacarle ventaja. Mientras nosotros avanzamos rápido, él va constantemente chocando sus alas, sus cuernos, y sus costados.

—¡Acababas de proponer que nos marcháramos! —Mi voz se escapa entrecortada entre mi agitada respiración. Jamás había corrido tan deprisa —. ¡¿Por qué hemos vuelto al maldito plan inicial?!

—¡Porque él acaba de quitarnos cualquier otra opción! —Se explica

Seguimos corriendo sin parar. Nuestras piernas van tan rápido que ya parecen reaccionar de manera automática, como un tornado que gira y gira sin poder detenerse. Ni siquiera yo misma creía ser capaz de hacerlas funcionar de esta manera tan veloz.

A nuestra espalda se escucha una reconocible voz gritando mi nombre de forma desgarradora, llena de preocupación —«Thaeón… Deben haber encontrado nuestras antorchas tiradas en el suelo»—. Pero no respondo. Sigo concentrada en continuar hacia delante, ignorando los rugidos del dragón que no deja de perseguirnos.

Lo único que me importa ahora mismo es salir de esto con vida.

***

Haciendo su función de guía salvadora en la oscuridad, se aprecia al final del pasillo la claridad de la Luna, presentándonos el salón al que debíamos llegar. Su bello y plateado color se cuelan a través de esa grandiosa apertura que ocupa toda la pared frontal, dando paso a un magistral balcón que permite una exquisita visión del infinito y agresivo este del Océano Kylmädryn'h. Hemos atravesado el cono del volcán por su interior, a través de este increíble castillo; pero lo más increíble de todo, se muestra frente a nuestros ojos cuando entramos en el salón del trono. Sus techos son muchísimo más altos que el resto, y están constituidos por sensacionales bóvedas y domos de bellos cristales de colores que dejan entrar la luz exterior. Todas ellas con imágenes que representan a Mäilkun Doh. Igual que las vidrieras de las extraordinarias ventanas que atraviesan la longitud de este bello lugar, a cada lado de la habitación.

Esta parte del castillo está construida de manera flotante, más allá de la infinita caída de la montaña, siendo infranqueable y un perfecto nido para este rey dragón.

Elevado con cuatro escalones, y perfectamente centrado, hay un exorbitante y mayestático trono hecho del mismo material, digno del rey que lo debía ocupar. Un trono de oro, de un tamaño descomunal y una forma realmente especial, hecho para la bestia que ahora nos quiere dar caza. Con decorados de la Òthnolu de Sauthriel: árboles de Lyhändril, distintos äphylds, y tallados de varios sygäras adorando y cuidando de todo ello. Representando, una vez más, lo mucho que esta raza veneraba la naturaleza y toda la creación de nuestra diosa.

A los lados, adornando y ornamentando esta estancia como si su belleza no fuese suficiente, hay grandísimas columnas con forma de espiral. Eminentes pilares de cristal transparente, cuyo interior guarda incontables elthyms de oro. Cantidades exageradas de la moneda más cara de este continente, utilizadas únicamente como decoración. Inútiles. Guardadas de forma inalcanzable, como si fuesen meros objetos de coleccionista. Formando parte de ese tesoro material que acumularon para el dragón, un tesoro que podría mantener a todo Elthymeron por una larguísima

eternidad.

El suelo parece tener distintas tonalidades y dibujar simétricas figuras circulares, pero es difícil apreciarlas debido a la cantidad de suciedad y nieve que ha ido acumulándose en este abierto espacio con el paso de los años.

Años élficos. Casi veintinueve.

Como la edad de mi guapísimo acompañante.

Nuestro asombro se ve interrumpido por la dura realidad cuando el dragón vuelve a aparecer tras nosotros. Miro en todas direcciones con desesperación, intentando encontrar un modo de aprovechar este lugar para tener ventaja en mi ataque, entonces siento la mano de Kal'ladril apoyándose sobre mi hombro.

—Rápido —Me dedica un gesto con la cabeza, pidiéndome que le siga.

Asiento firmemente y echo a correr tras él, en dirección hacia esa inmensa terraza que hay tras el inmenso trono.

Justo cuando estamos frente al altar, a punto de rodearlo, me fijo en una vieja y sucia corona que descansa tirada en el suelo. Una preciosa tiara sygära abandonada, que sin embargo aún mantiene su evidente belleza. Hecha de oro y con una hermosa piedra en la bajada de la frente, que enseguida reconozco como una piedra Faroïtta. Me sorprende que sea la única joya que se encuentra fuera de lugar sin sentido aparente, pero no tengo tiempo para preguntas y mucho menos para detenerme a analizarla. Así que tan solo la ignoro y continúo corriendo.

Nos detenemos en seco cuando llegamos al borde del balcón, sorprendidos por la ausencia de barandillas para protegerse de esta infinita y mortal caída. El acantilado es tan largo y eminente, que ni siquiera soy capaz de asomarme para comprobar su final.

No hay salida, y el extraordinario dragón está a punto de alcanzarnos.

Kal'ladril inspira hondo, me agarra fuerte del brazo y acerca sus labios a mi oreja.

—Acuérdate de la muralla de Zandoorbrock —susurra.

Frunzo el ceño y ladeo mi cara hacia él. Nuestra nariz queda a apenas un dedo de rozarse. Enseguida noto cómo sus penetrantes y seguros ojos

tratan de tranquilizarme.

—¿Qué? —pregunto extrañada—. ¿Qué tiene eso que… —Antes de que pueda terminar mi duda me empuja desde la espalda con decisión, haciéndome caer al vacío desde esta altísima situación.

Mi grito es el más fuerte que posiblemente lanzaré nunca, pero queda completamente silenciado por el sonido de las agresivas olas del océano que chocan contra las afiladas y puntiagudas rocas de esta montaña; rompiendo con su rabia inmensos bloques de hielo.

Kal'ladril ha saltado justo después de arrojarme, lanzándose con el cuerpo perfectamente estirado, como quien salta de cabeza a un lago. Yo, en cambio, agito mis extremidades con desesperación tratando de estabilizarme. El dragón se asoma al borde de su balcón rugiendo con fiereza, y comienza a agitar sus alas para echar a volar.

No sé cuántas veces he creído ya que había llegado mi final, pero en esta ocasión estoy completamente segura.

—¡Usa tu magia! —exclama el peliblanco, devolviendo en sí a mi pesimista mente.

Estoy tan desesperada que ni siquiera me paro a pensar. Visualizo la caída de la montaña y, naciendo de esta, hago crecer unas ramas largas que puedan servirnos de agarre, pero lo único que consigo es golpearme con ellas y desestabilizar mi caída todavía más. Mis manos se queman con la fricción cuando intento sostener la última, notando a mi salvavidas natural escapándose entre ellas.

Levanto mis ojos hacia el dragón, viendo como guarda sus alas para dejarse caer en picado, lanzándose a por nosotros. Entonces el sygära vuelve a hacerme reaccionar, pegándome a él de un tirón.

—Escúchame —Sus brazos me rodean con fuerza para mantener mi cuerpo estable, sus labios se unen a mi oreja para hablarme. No parece nada nervioso, como si el ver esas salvajes olas destrozando aquellas piedras, cada vez más cerca de nosotros, no le impusiese en absoluto—. Usa el aire. Y no mires abajo.

Cierro los ojos e intento concentrarme en su voz. Mis manos tiemblan. Siento que no soy capaz de focalizar mi magia, ni siquiera con su presencia tan cerca de mí.

—Zynael —me llama, tratando de hacerme reaccionar. Yo sigo en silencio, con los parpados tan apretados que parecen querer pegarse para siempre—. ¡¡Zynael!! ¡¡Ya!!

Abro los ojos al instante y veo las rocas a escasas yardas de nuestros pies, tan cerca que hasta las salpicaduras de las olas rompiendo sobre ellas nos golpean.

Mi corazón se paraliza y tan solo me sale gritar.

Y grito tan fuerte y tan aterrada, que no me doy cuenta de la magia tan potente que logro producir en tan solo un segundo.

De repente noto el viento cambiar.

Cuando por fin soy consciente de lo que acaba de pasar, ya estamos ascendiendo; impulsados por la potente magia que emana de mis manos. La gran bestia lanza un bocado al aire tratando de cazarnos cuando pasamos por su lado, pero nos escapamos entre sus fauces y seguimos elevándonos. Se ve obligado a detener su vuelo y volver a retomarlo en dirección ascendente. Su gran tamaño y su sobresaliente peso vuelven a permitirnos ganar ventaja.

—¿¡Cómo mierdas se te ha ocurrido hacerme esto, pedazo de idiota!? —exclamo. No quiero ni pensar en que ahora mismo dependemos únicamente de mi magia, porque no quiero que tanta responsabilidad me lleve a flaquear.

—¡Ya me darás las gracias más tarde! —Sus brazos se aferran a mí con más fuerza—. ¡Ahora vuelve a descender!

—¿¡Me estás jodiendo!? —Me esfuerzo en no perder la concentración sobre mi poder, que sigue elevándonos. Tengo la adrenalina tan arriba como nuestra posición, y ya apenas siento el frío— . ¿¡Ese es tu maldito plan!? ¿¡Seguir de arriba abajo?

—¡Intento darle tiempo a los demás! —rebate—. ¡Ahora cesa tu magia y déjanos caer de nuevo!

Tomo aire y me decido a obedecer, confiando ciegamente en su idea a pesar de estar detestándola. Detengo mi magia y volvemos a caer en picado con el tronco hacia abajo, posicionados igual que un halcón que ha divisado a su presa.

Nuestra velocidad es excesiva para los reflejos del inmenso dragón. Parece que vamos a pasar de nuevo de largo, cuando de repente escucho un reconocible crujir de huesos. Kal'ladril me aferra con fuerza con el brazo izquierdo y estira el derecho para alcanzar a la bestia, pero el extremo de este ya no es su mano, sino esa garra metamorfoseada entre su versión original y el jalaion'h en el que se puede transformar. Araña con fuerza las escamas del cuello del animal y logra engancharse en ellas.

El dragón gruñe y comienza a volar dando vueltas sobre sí mismo cuando nota nuestros pies apoyándose en él, tratando de hacernos caer, pretendiendo liberar su cuerpo. Pero la fuerza de Kal'ladril logra sostenernos a los dos, y nos quedamos sobre el escamoso rey alado como quien se aguanta sobre un caballo desbocado.

—¡¡Zynael!! —exclama Thaeón de repente. Acaban de llegar al balcón.

Me fijo con dificultad en ellos, están demasiado lejos y la niebla que forman las nubes es demasiado espesa. Por desgracia, no soy la única que les dedica su atención. El rey de este castillo, al notar que no puede librarse de nosotros, furioso de no ser capaz tampoco de atacarnos debido a nuestra posición junto al nacer de su nuca, se espolsa como un animal al salir del agua y comienza a descender hacia nuestros amigos.

Inspira y llena sus pulmones del gélido aire que nos rodea, transformándolo en las brasas de su ardiente interior, preparándose para escupir su potente fuego.

Veo el nimbo morado y tóxico de Dai-sha formarse alrededor de la terraza y, de repente, una reconocida saeta salir volando en dirección al dragón —«Idril…»—. Su ataque vuela directo y decidido, pero la bestia hace un giro inesperado pretendiendo que seamos nosotros quienes la recibamos.

Kal'ladril ladea su cabeza rápida y hábilmente, esquivando la flecha con completa destreza, haciendo que se pierda en el aire. Esperaba escuchar alguna queja tras darse cuenta de que Idril nos ha desobedecido, sobre todo teniendo en cuenta que ha estado a punto de darle a él; sin embargo reacciona con esa mueca suya tan orgullosa, satisfecho tras comprobar la valentía y evolución de la gran amiga que compartimos los dos.

El gran doh vocifera lleno de ira, y una segunda flecha vuelve a salir

disparada del interior de esa masa gaseosa y venenosa que no puede rebasar. En esta ocasión, la punta atina directamente en su costado, a la altura de sus costillas. Pero es tan grande, y su piel y sus escamas tan duras, que parece un ataque insignificante para él. Como podríamos sentir nosotros una astilla al adherirse a nuestra piel.

Detiene su vuelo antes de verse afectado por el hechizo del humano, manteniendo su aleteo frente a él, pretendiendo mover el aire para lograr desvanecerlo. Su garganta se llena de fuego y, finalmente, escupe su aniquiladora llamarada.

Pero no lo hace en la dirección que todos pensábamos, sino hacia el cielo.

—Tenemos que bajar… —murmura Kal'ladril, habiéndose dado cuenta del mismo detalle—. Avaldur'h tenía razón, no quiere dañar ni una sola piedra de su hogar.

Giro mi cabeza para mirarlo sobre mi hombro. Sus garras siguen aferradas a las escamas de la grandísima bestia, pasando sus brazos por mis costados.

—¿¡Y cómo vamos a hacer eso!? —Mi desesperación se hace evidente.

Sus hermosos ojos dorados se clavan en los míos, con esa serenidad y seguridad que eternamente le acompañan, llenándome de calma.

—Cuando yo te diga, dirige un túnel de aire en dirección al balcón. Pero hazlo de forma controlada, necesitamos abrir el hechizo de Daisha de manera en la que solo podamos atravesarlo tú y yo; necesitamos que por el hueco que abramos no quepa el dragón —me pide, con esa seriedad que expresa la confianza infinita que siente hacia mí—. De esta forma, tendremos tiempo para pensar hasta que su hechizo se desvanezca.

Asiento sin saber muy bien cómo voy a hacerlo, pero con la certeza de que lo lograré.

No es momento de dudar.

—¿Confías en mí?

—Mucho más de lo que había confiado en nadie jamás — respondo con completa seguridad—. Estoy lista cuando tú lo estés.

—Agárrate a mí con fuerza, enana —Besa la parte superior de mi cabeza

y suelta sus garras del cuello de la bestia para lograr colocarse a mi lado.

Vuelvo a aferrarme rápidamente a él en cuanto puedo, siendo el único lugar de esta locura donde me siento segura. Lleva sus manos hacia detrás y agarra mis nalgas para impulsarme hacia arriba, invitándome a montarme sobre su espalda. Mis brazos se apoyan sobre sus hombros mientras mis piernas abrazan sus caderas.

Kal'ladril aguanta perfectamente mi peso y el equilibrio a pesar del aleteo del dragón, que sigue intentando eliminar el veneno del hechizo de Dai-sha, completamente obcecado en volver a acceder a su nido. Estudia el anchísimo cuello de Altuk'h, más concretamente esa cresta de placas óseas que recorren su espina dorsal, y siguiendo ese instinto que jamás ha temido a la muerte, decide usarlas para escalar.

Aprieto aún más fuerte mis brazos y mis piernas a su alrededor, adivinando sus intenciones. El dragón se da cuenta de lo que el sygära ha comenzado a hacer y agita su cuello tratando de librarse de nosotros, pero Kal'ladril se sostiene con firmeza. No tarda en volver a ignorarnos, como un lobo ignorando a dos insignificantes pulgas de su cuerpo, entonces el peliblanco vuelve a retomar su suicida idea.

Intento no dejarme llevar por el miedo y la inseguridad, pero resulta complicado no temer por nuestra vida cuando nos encontramos a tanta altura, a lomos de un dragón que ya ha decidido que quiere vernos muertos.



CAPÍTULO 5
EL RENACER DE ALTUK'H

Zynael
10

Insignificantes.

Esa es la palabra que nos describe frente a la inmensidad del dragón. Incluso Kal'ladril parece pequeño entre los dos gigantescos cuernos que decoran su cráneo. La bestia tiene tal cornamenta adornando su cabeza, y su piel es tan rígida, que apenas parece notar dónde hemos ido a parar. No sé si llamarlo desconocimiento o si se trata de indiferencia, pero continúa teniendo su prioridad puesta en otro lugar.

El gélido viento se agrava con cada aleteo, haciendo de este clima algo prácticamente imposible de soportar.

El peliblanco sigue sosteniéndome sobre su espalda mientras se apoya en el cuerno derecho del dragón, como quien se agarra a una pared a descansar. Y se mantiene en silencio, completamente tranquilo, como si lo que estamos haciendo fuese algo completamente normal; como si estar encima del cráneo de un dragón no fuese una idea fatal.

Analiza sus movimientos uno a uno, pareciendo contar incluso los segundos que pasan entre cada agitar de sus alas. Es como si quisiese buscarle una lógica a sus acciones, intentando encontrarle el sentido a su mecanismo.

De repente parece hallar sus respuestas.

Sus hombros se endurecen a la par que hincha su pecho, llenándolo de aire. La mano que nos sujetaba al inmenso cuerno del dragón va aflojando su tensión. Sus pies se enderezan, y muy despacio, guardando el equilibrio, comienza a avanzar.

—A la de tres, enana —murmura—. Lanza el aire suficiente para abrirnos una apertura en medio del hechizo de Dai-sha.

—No irás a saltar…

—Tres… —Kal'ladril me ignora y mira a ambos lados, fijándose bien en los movimientos del dragón, asegurando su próxima acción.

—Kal'ladril. No. Irás. A. Saltar.

—¡¡Chicos!! —Exclama, pretendiendo que lo escuchen nuestros amigos al otro lado de ese nubarrón morado—, ¡haceos a un lado!

—¿¡Lo habéis oído!? —Escuchamos a Dai-sha a lo lejos—,

¡abríos!

—Kal'ladril.

—Dos… —Vuelve a desoír mi duda, como si jamás le hubiese hablado.

—Pienso matarte si salimos de esta —Le advierto. Suelto mis brazos de sus hombros para preparar mis manos, dispuesta a actuar a pesar de mi protesta.

—Ahora.

Su voz suena tan contundente y tan segura, que llena mi interior de motivación. Siento mi magia nacer desde lo más hondo de mi corazón, recorriendo mis venas como si fuese mi propia sangre en circulación, y llegando hasta la punta de mis dedos. Expulso un magnífico y definido tornado que dispersa el hechizo venenoso de Dai-sha en pleno centro, abriéndonos un perfecto pasillo por el que poder acceder.

Kal'ladril aprovecha el instante en el que el cuello del dragón se inclina levemente, justo cuando vuelve a abrir sus alas para enseguida volver a bajarlas, y salta sin dudarlo ni un solo segundo.

Ocurre tan rápido, que la bestia es incapaz de reaccionar a tiempo.

Antes de darme cuenta, nuestros cuerpos ya han penetrado en la nube tóxica sin siquiera rozarla, como si lo hubiésemos tenido previamente

ensayado, devolviéndonos al balcón del inmenso salón del trono. El peliblanco me enreda entre sus brazos justo antes de que choquemos con el frio suelo, y gira para caer con su espalda y amortiguar mi golpe.

Sus huesos crujen en el mismo momento del impacto.

—¡¿Estáis bien?! —Corre hacia nosotros Thaeón, tan pronto nos ve.

El humano se arrodilla junto a mí y me ayuda a levantarme, tratando de liberar al mismo tiempo a Kal'ladril del peso de mi cuerpo. El sygära se lleva una mano a su costado derecho y trata de inspirar hondo, pero el gruñido que suelta nos revela su imposibilidad de lograrlo.

—Sí —Vuelve a ponerse en pie, intentando disimular lo que ya ha resultado evidente para todos.

Los demás hacen un círculo a nuestro alrededor.

—Te has fracturado las costillas —Analizo en voz alta, separándome de Thaeón para colocarme de nuevo frente a Kal'ladril, molesta tras las consecuencias de su decisión—. ¿¡Cómo se te ocurre!? ¿¡Qué tenías en la cabeza haciendo lo que has hecho!? —le recrimino—. ¡Hemos estado a punto de morir tantas veces que he perdido la cuenta!

Kal'ladril apoya su mano en mi hombro y me empuja para hacerme a un lado, fijando toda su atención e interés en ese agujero que hemos causado en la masa gaseosa y venenosa del hechicero. Altuk'h ruje al otro lado, rabioso tras comprobar que hemos logrado acceder a su preciado nido sin que él haya podido evitarlo; desesperado por rebasar esa barrera tóxica que hemos implantado.

—Dai-sha —Kal'ladril se gira decidido hacia su amigo, ignorando mis nervios y retomando el control de la situación—, ¿cuánto más va a durar tu hechizo?

—No lo sé —Suspira el humano de la corte sureña—, pero no podré generarlo de nuevo una vez desaparezca. Si he logrado formularlo ha sido porque me guardé la poción para este momento, y aquí no hay nada con lo que pueda hacer otra.

—No importa, servirá para darnos algo de tiempo.

—¿Cuál es el plan ahora, capitán? —pregunta Thaeón, manteniéndose a mi lado—, ¿cómo demonios vamos a matarlo? La flecha de Idril no parece

haberle hecho ni cosquillas. ¿Crees que nuestras espadas le causarán algo diferente?

Los bellísimos ojos dorados del elfo se clavan en mi amiga al instante, la misma a la que había ordenado quedarse fuera y que, sin embargo, está aquí. Ella endereza su espalda intentando mostrar determinación, pero el temblar de sus manos la delata. Kal'ladril no solo le impone, también es el hombre al que ama, y teme haberlo decepcionado.

Decido acudir en su ayuda y voy directa hacia ella. No le dejo decir nada, simplemente la agarro por los hombros para obligarla a girarse hacia mí y la hundo en un cálido abrazo.

—Idril… —Me aferro a ella con ganas, muy feliz de tenerla aquí y sobre todo muy orgullosa de lo que nos ha demostrado.

Su reacción demuestra su sorpresa. No parecía esperar este recibimiento, pero enseguida se deshace entre mis brazos y me rodea de vuelta.

—Zyn… —Hunde su rostro en mí y noto su espalda vibrar, esforzándose por retener las lágrimas—. Tengo mucho, muchísimo miedo… Pero no podía dejaros así. He venido hasta aquí por él, y sobre todo por ti. He pedido a los farcnars que aguarden donde los hemos dejado. Lo siento si…

—No —Le corto al instante, impidiendo que continúe con sus disculpas —. No… Gracias. Muchísimas gracias por estar aquí — Vuelvo a separarme de ella y la miro fijamente—. ¿Cómo has conseguido llegar hasta nosotros?

—He sido yo. Le he pedido a Avaldur'h que abriese el gran portón que daba al recibidor —explica Záldur, saltando en su defensa—. No podía parar de darle vueltas a lo que Kal'ladril le había dicho, y no me parecía bien. Lo hablé con él antes de venir a este sitio y lo mantengo: Idril es valiente y no merece que la tratéis como a una inferior. Ha tomado decisiones que la han puesto en riesgo muchas veces, solo por el amor que os tiene a los dos.

—Me he negado al principio —se excusa el mencionado albino—, pero después he pensado que cualquier mano de más, por torpe que sea, puede venirnos bien.

Kal'ladril centra su atención en mí, y enseguida de nuevo en Idril. Guarda unos segundos de silencio hasta que finalmente su cabeza asiente,

aprobando la decisión que han tomado.

—Tienen razón —Admite, dedicándole una leve sonrisa—. Buen disparo.

Los ojos amielados de mi amiga se llenan de emoción, cargándose de ese brillar que presagia lágrimas; sabiendo ver el sentimiento real de agradecimiento que se esconde tras la constante brevedad del peliblanco.

—Necesitamos organizarnos bien —De repente el sygära alza la voz, dirigiéndose con determinación al resto del grupo—. Es una bestia mucho más grande de lo que jamás habría imaginado.

Todos se giran hacia Kal'ladril, dispuestos a escuchar su dirección.

—Espera, espera —Vuelvo a acercarme a él, preocupada por la decisión que creo que está a punto de tomar—. ¿De verdad estás planeando matarlo?

—¿No era lo que habíamos venido a hacer? —duda Jóngruf, confundido por la sorpresa que acabo de demostrar ante algo que ya todos deberíamos tener claro.

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo? —Frunzo el ceño y busco la mirada de Kal'ladril, que no vacila ante la mía.

—No es necesario darle importancia a un detalle que no cambia nada, ya es tarde para tomar otra decisión —gruñe—. Si no muere él, vamos a morir nosotros.

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo? —repito.

El sygära suspira, rendido ante mi cabezonería y la falta de tiempo.

—¿Qué ocurre? —se preocupa Dai-sha.

El peliblanco vuelve a observar al gran doh con ligero pesar, tratando de buscar algo en él que no parece encontrar.

—Cuando Zynael y yo hemos visto a Altuk'h por primera vez, he sentido algo —comienza a contar Kal'ladril—, y he llegado a plantearme la idea de marcharnos.

—¿Algo? —Avaldur'h se mete, muy interesado en escuchar sus explicaciones.

—Sí. Algo.

—Estábamos acercándonos a este salón cuando a Kal'ladril han

empezado a atacarle unas fuertes migrañas —Decido meterme tras comprobar que él no pretende dar ningún detalle—. El dragón ha salido en nuestra búsqueda y, cuando finalmente nos ha tenido frente a él, no nos ha atacado. No ha querido matarnos de primeras. Kal'ladril ha sentido que la bestia intentaba comunicarse con él, y estábamos a punto de marcharnos, pero entonces os ha escuchado y ha salido a por vosotros.

—¿Ha intentado comunicarse contigo? —El sygära albino se acerca a su hermano del sur y lo agarra por el hombro, obligándolo a prestarle atención, completamente sorprendido por lo que acabo de contar.

—No lo sé —Kal'ladril aparta de un manotazo la mano de Avaldur'h, molesto por tanta presión—. Ya os he dicho que he sentido algo, pero no sé explicar el qué.

—Tal vez haya notado esa parte más racional de su ser que ya consideraban perdida, tal vez no esté del todo muerta —propongo— . O tal vez mis pesadillas sí sean presagios, y este dragón tenga verdadera influencia en él.

—Pueden existir muchísimas razones, pero la realidad sigue siendo la que es —Dai-sha se dirige a mí. Su tono es serio, pero noto que solo intenta relajarme—. El dragón debe morir, porque Elthymeron al completo depende de ello.

—Elthymeron sí, pero…, ¿qué hay de él? ¿Vamos a arriesgarnos? —Respiro hondo, barajando nuestras opciones. Me dirijo a Kal'ladril, queriendo hablarle directamente con todo el amor que le tengo—. Si nos enfrentamos a él... Si tú…

Entorna la mirada, dándose cuenta de que no soy capaz de articular las palabras. No soy capaz de decir lo que estoy planteándome.

—Si yo lo mato, temes lo que pueda pasarme —decide ayudarme.

Mi mandíbula se tensa, confesando de manera silenciosa. Todos se quedan al margen de la conversación. El hecho de que ninguno me llame loca esta vez, solo me pone más nerviosa. Exalto una risita sarcástica. Estoy enfadada con mi inseguridad, y sobre todo con el hecho de que nadie pueda negármela.

—Ahora soy yo la que quiere largarse de aquí —Comienzo a caminar de un lado a otro. Mis ojos se dirigen al cielo, a esa increíble bestia de tamaño

descomunal que no deja de gritar llena de ira, aguardando para poder descender y eliminarnos—. No pienso seguir con esto si nadie puede asegurarme que eso no te pondrá en riesgo a ti.

—Zynael…, fierecilla… —Thaeón intenta agarrarme para tranquilizarme, pero enseguida me agito para impedirlo.

—¡No! —grito dejando escapar mis nervios—. ¿¡Es que soy la única que se preocupa por él!? ¿¡Y si esta misión desata algo malo en él!?

—Eres tan pesada —Suspira Dai-sha—, no hay tiempo para estas tonterías. Ya lo hemos hablado antes y repito: la realidad sigue siendo la misma.

—¿¡A quién mierdas llamas tú pesada!? —Aprieto mis puños y me dirijo hacia el hechicero. Siento tanta rabia y tanto miedo que mi magia se desborda, incendiando mis manos sin siquiera darme cuenta.

—¡Eh!, ¡Zynael! —vuelve a exclamar Thaeón, agarrándome desde atrás. Sus brazos me sostienen con firmeza y también con infinito respeto—. Tu magia… Contrólate, por favor… Todos comprendemos y compartimos tu preocupación.

Miro mis manos con sorpresa. Una vez más, mi impulsividad ha logrado que pierda todo el control sobre mi poder. Dai-sha me observa de arriba abajo con el ceño fruncido y el semblante serio. Cuando sus ojos vuelven a subir hacia los míos, me doy cuenta de que por un momento ha perdido toda la confianza en mí y en mi capacidad de autocontrol.

Y mi interior se carga de vergüenza.

Thaeón me suelta lentamente cuando el fuego de mis manos vuelve a apagarse, dándose cuenta de que ya me he relajado. Kal'ladril me mira muy fijamente, pareciendo conmovido por mi preocupación. Enderezo mi espalda, tratando de recuperar la compostura y la seguridad en mí misma y en mi intuición.

—¿Desde cuándo tú, Dai-sha Génesis, te preocupas más por Elthymeron que por tu mejor amigo? —Enarco una ceja, juzgándolo, pero a la vez hablándole con un tono mucho más relajado—. Teniendo en cuenta lo mucho que le quieres, y cómo eres, deberías entenderme mejor que nadie.

El hechicero abre la boca, afectado por lo que acabo de decirle. Es

incapaz de negarme la razón.

—Tengo miedo de que pueda pasarle algo, no puedo evitarlo —me excuso para todos—. Me sorprende que estéis todos tan tranquilos. Intento ignorar ese presentimiento tan horrible, pero el hecho de que Kal'ladril haya sentido una conexión con ese dragón solo me causa más terror.

—Enana —El altísimo sygära decide meterse finalmente. Se coloca entre Dai-sha y yo, dándole la espalda a su amigo, y sostiene mi cara entre sus manos. Su cuello se inclina hacia mí para enfrentar sus ojos con los míos—. Mírame.

Respiro acelerada. Mi corazón golpea fuerte contra mi pecho.

Su expresión me abraza, intentando transmitirme su calma.

No parece asustado.

—No tenemos opción —Su voz me habla pausada y seria—. ¿No lo ves? Va a matarnos en cuanto tenga la oportunidad, si no lo mato yo.

Me quedo paralizada, incapaz de no rendirme ante su presencia tan cerca de mí. En ese momento el dragón vuelve a rugir, como si quisiera advertirme la realidad de esa afirmación.

—Chicos… —Jóngruf señala nervioso hacia el cielo, más concretamente hacia la masa nubosa de Dai-sha—, creo que eso no va a protegernos mucho más.

Apoyo mis manos sobre las suyas, intentando beneficiarme de su calidez, ignorando la cuenta atrás. Necesito que me conceda este único favor.

—La bruja nos dijo que saldríamos de aquí con vida, los dos, pero no mencionó nada de las consecuencias que eso podría traer para ti —le recuerdo—. Creo firmemente que el renacer que predijo tiene que ver contigo, y creo que esa conexión que has sentido con él ha sido un aviso.

—Tengo muy en cuenta tus sospechas, te lo aseguro —Sus ojos bajan a mis labios—. Pero vinimos a pesar del riesgo, y ha llegado el momento de tomarlo. ¿O prefieres sacrificarnos a todos directamente, solo por lo que pueda o no desembocar el hecho de matarlo? Él ya no va a permitirnos marchar.

—Tienes razón… —Sostengo sus muñecas con firmeza y decisión. Mis ojos buscan en el fondo de los suyos—. Acepto que debamos enfrentarnos a él, pero necesito que me jures que me permitirás dar el último golpe.

Kal'ladril frunce el ceño, estudiando la petición que acabo de demandar.

—Chicos… —advierte Jóngruf de nuevo.

—Júramelo —insisto—, júrame que no serás tú quien lo mate. Seré yo.

Kal'ladril parece estar a punto de contestar, cuando Záldur grita alertándonos a todos de la desaparición de la barrera protectora.

—¡Ya viene! —El pelirrojo agarra su espada con firmeza, empujando a los demás a hacer lo mismo.

Kal'ladril se dispone a soltarme, pero le detengo.

—Júramelo —Me aferro a él para mantenerlo junto a mí, demostrándole mi imparable decisión—. Ju. Ra. Me. Lo.

—Te lo juro, enana. No seré yo quien mate al dragón.

Asiento y le suelto finalmente, permitiéndole prepararse para la batalla que vamos a vivir. La criatura más grande y sagrada de los sygäras está aquí, lista para matar o morir.



Zynael
11

Preparamos nuestras armas y retrocedemos, ocultándonos cuanto podemos en el interior de este salón, siguiendo las órdenes de Kal'ladril.

—Idril, Dai, Avaldur'h —continúa con su organización—, vosotros manteneos cerca de las columnas. Las tiene llenas de su tesoro y no querrá ni rozarlas. Así nos aseguraremos de que no pueda haceros nada cuando le ataquéis en la distancia.

—¿Qué propones que haga yo sin pociones? —salta el hechicero.

—Lo que sea que puedas improvisar para ayudar a distraerlo cuando tenga acorralado a cualquiera de nosotros —responde

Kal'ladril.

Dai-sha asiente.

—Idril, no dejes de dispararle flechas. Aunque a priori no le hagan demasiado daño, lograrás que le resulten un incordio —ordena a mi amiga —. Y tú, Avaldur'h…

—Usaré mi alquimia, descuida —El norteño termina la frase antes de que pueda formularla, totalmente seguro de lo que iba a pedirle. Kal'ladril inclina la cabeza con agradecimiento—. Os cubriremos, vosotros encargaos del cuerpo a cuerpo.

El peliblanco se gira hacia los demás, dispuesto a continuar con la disposición del grupo para el ataque, pero le interrumpe un terrible retumbar en todo el castillo. El suelo, las paredes, el tejado… Todo se agita como si acabásemos de haber sido afectados por un fuerte terremoto.

El inmenso dragón ha descendido finalmente, aterrizando en su balcón con esa ira e impaciencia que parecían estar consumiéndole.

—Mierda… —murmura Thaeón a mi lado—, es jodidamente grande.

Altuk'h grita con todas sus fuerzas cuando por fin nos tiene delante, lleno de rabia al ver a tanto intruso en su zona de descanso; en su zona protegida. Kal'ladril carga rápidamente su arco sosteniendo dos de sus flechas y se concentra en apuntar, manteniendo tensa la cuerda, aguardando hasta que el dragón se decide a dar sus primeros pasos hacia nosotros.

Y dispara.

Las dos saetas doradas del precioso sygära vuelan con fuerza, directas al triángulo de Sédillot de la bestia, penetrando de forma profunda por encima de su clavícula derecha. De repente, el grandioso äphyld se detiene bruscamente y ruje de dolor, agitando el cuello preso del martirio que parece estar sufriendo.

Kal'ladril recarga de nuevo su arco y vuelve a tensarlo, apuntando al mismo lugar en el lado contrario.

Y vuelve a dejarlas volar, dirigiéndose al punto pretendido.

La reacción de la bestia vuelve a ser la misma. Por un momento, incluso creo apreciar una lágrima escapándose de sus rojos y aniquilantes ojos.

—Le duelen… —analizo en voz alta—. Tus flechas le duelen mucho.

—Hay que atacar a sus partes blandas —concluye Kal'ladril.

—¿Y si…? —Giro mi atención hacia mi amiga, que se mantiene junto a uno de los pilares llenos de elthyms—. ¡Idril!, ¡prueba a dispararle en el mismo sitio!

No duda en obedecer. Prepara una de sus flechas en su arco y lo tensa todo lo que puede, pero parece no lograr evitar el temblar de sus brazos. Sus nervios hacen vibrar su objetivo y se ve obligada a destensar de nuevo para tomar aire. Cuando vuelve a colocarse en posición de ataque, desborda seguridad por cada uno de sus poros. No sé si el repentino chute de motivación será real, o solo una tapadera para lograr convencernos a nosotros de que está lista, pero sin duda parece funcionarle. Suelta la cuerda y la flecha sale disparada en dirección al dragón, atinando con exactitud en el mismo lugar que el peliblanco.

Pero, por alguna razón, la sagita de Idril no logra causarle ningún daño.

—¡Es imposible! —exclama mi amiga, dándose cuenta de lo difícil que lo vamos a tener—. ¡No tengo fuerza suficiente!

—No... ¿Y si…? —La idea que surge en mi cabeza toma incluso más peso. Me giro rápidamente hacia Kal'ladril y extiendo el brazo para pedirle su arma—. Déjamelo solo un momento. Déjame tu arco.

Kal'ladril duda. El dragón se dirige hacia nosotros de nuevo con la garganta iluminada, llena de ese fuego que está deseando escupir pero que retiene por amor a este lugar.

—¡Déjame tu arco! —repito con desesperación.

El sygära finalmente accede y me cede su preciosa arma, y dos flechas.

—¿Qué pretendes?

No respondo. Agarro el arco y una de las flechas y me preparo para dispararla. Cuando suelto la tensión, mi ataque vuela directo al nacimiento de la garganta del dragón. La bestia vuelve a detenerse gritando de dolor, retorciéndose como si le hubiésemos atacado directamente en el corazón.

Mi teoría cada vez resulta menos descabellada.

—¿Será…?

—¿Qué intentas? —Kal'ladril me agarra por el bíceps para hacerme reaccionar.

—Sígueme —le ordeno, sujetándolo por la muñeca del mismo brazo con el que está reteniéndome—. Quiero comprobar algo.

Procedo a correr hacia Idril sin darle opción de quejarse. Altuk'h sigue agitándose, rascando con sus inmensas garras los lugares donde están clavadas las flechas doradas, como si estuvieran calcinándole por dentro.

Cuando llegamos junto a mi amiga, le quito de un tirón su arco blanco.

—Dispara con él —demando al sygära con rotundidad—.

Dispara con él una de las flechas de Idril. Rápido.

Kal'ladril balancea sus ojos del arco a mí, intentando analizar mis intenciones. Y no parece tardar demasiado en adivinarlas. Sus párpados se entrecierran con intensidad, no dejándome comprender si apoya mi teoría o si por el contrario piensa que me he vuelto totalmente loca.

—Dispara —repito.

El sureño frunce sus cejas sobre el tabique de su nariz y agarra mi ofrecimiento con decisión.

—Por el bien de todos espero que te equivoques —Su voz suena tan ronca como el rugido que suelta el dragón cuando deja de luchar contra sí mismo. Agarra la flecha de mi amiga y la posiciona junto a sus ojos. Tensa y se concentra en apuntar—. Porque como tengas razón, vamos a estar muy jodidos.

La flecha de Idril sale volando, impulsada por su bonito arco, esta vez disparada desde las manos de Kal'ladril. El ataque parece pasar a cámara lenta ante mis ojos. Pero justo cuando parecía que iba a clavarse junto a la flecha dorada que yo acababa de disparar, sale despedida como un simple objeto volador que choca contra una rígida pared imposible de perforar.

El grito que la bestia nos devuelve, es la mayor amenaza de muerte que he escuchado jamás.

—Mierda… —susurro.

Kal'ladril tensa su mandíbula y le regresa el arco a su dueña.

—¿Qué ocurre? —Thaeón llega acelerado junto a nosotros, preocupado por nuestra reacción.

—Nada bueno… —respondo sin apenas voz.

—Devuélvemelo —Kal'ladril extiende su brazo de forma imperativa hacia mí, demandándome lo que es suyo.

—Ni de coña —rechazo.

—Devuélvemelo. Ya.

—¡He dicho que no! —grito, presa de los nervios—. Vas a cumplir con tu palabra. Dame tus malditas flechas, el arco me lo quedo yo.

—¡¿Qué mierdas estáis haciendo?! —exclama Jóngruf,

desesperado ante la cercanía del dragón y la eminente batalla que nos aguarda—. ¡¿Le atacamos o no?!

—¡Nuestras armas no funcionan contra él! —revelo finalmente en voz alta para todos, habiendo verificado mis sospechas—. Solo las armas de Kal'ladril le hacen daño… —Esta última parte me resulta más complicada de pronunciar.

—¡No me jodas rubia! —El castaño entra en pánico.

Me giro hacia Kal'ladril y lo miro con seriedad.

—¿Quieres darme la razón y ceder de una maldita vez? — murmuro—. ¿Cuántas coincidencias y conexiones con este monstruo necesitas para darte cuenta de que no puedes ser tú quien termine con él? Voy a ser yo quien lo mate, no voy a permitir que te arriesgues así.

Su mirada me aniquila con ese pesar de quien acaba de perder toda la razón, pero también con infinito respeto y amor. Muy a regañadientes, suelta el carcaj de su espalda y me lo cede para que sea yo quien lo porte; para que sea yo quien lo vacíe.

—No desperdicies ni una sola flecha —Su orgullo y don de liderazgo innato vuelven a aparecer—. Los demás se encargarán de que no te preste toda su atención.

—Sin presiones, ¿verdad? —me burlo—. Y mientras tanto tú, ¿qué harás?

—¡Compañeros! —Exclama alertando a los demás, ignorando mi exhortación—: Tenemos que asegurarnos de que este bicho deje en paz a Zynael. Nunca pensé que os pediría esto, pero ha llegado el momento de demostrar lo molestos que podéis llegar a ser. Distraedlo, y no permitáis que os toque.

Mira al dragón a los ojos cuando llega frente a nosotros, pero a diferencia del momento en el que nos hemos encontrado en el pasillo, en esta ocasión no parece querer darnos ninguna tregua. La bestia lanza con rabia su mordida hacia su único rival, el dueño de las únicas armas que le pueden dañar.

El sygära me empuja para apartarme y rueda rápidamente en el suelo esquivándolo, para enseguida volver a ponerse en pie. Me muevo rápida y disparo una nueva flecha, logrando que el gran doh vuelva a rugir de dolor.

—¡Hermano! —grita Thaeón—, ¡es ahora o nunca!

Los dos aldeanos arrancan a correr a la vez y comienzan a trepar por una de las alas del dragón, pretendiendo subirse encima para comenzar a atacarlo desde arriba.

—¡¡Thaeón!! —Mi voz se escapa desgarrada. Me invade el pánico mientras observo a mi especial amigo, y a su inseparable, comenzando a

moverse sobre el lomo del inmenso monstruo como una cabra surfeando un peligroso acantilado.

Záldur, que hasta ahora había estado paralizado aferrando su espada con sus temblorosas manos, como si así estuviese aferrándose a la vida, se ve repentinamente motivado por la acción de sus compañeros humanos y se lanza a por nuestro rival. Comienza a atacar a las patas, intentando causarle algún tipo de daño con su arma. Idril, por su cuenta, empieza a disparar sus flechas una tras otra.

Tenso el arco dispuesta a repetir lo mismo, pero antes de que pueda soltar, Kal'ladril agarra mi muñeca y desvía mi ataque hacia el suelo.

—¡¿Qué haces?! —me quejo.

—Estás muy equivocada si piensas que voy a quedarme simplemente mirando —murmura—. He accedido a que seas tú quien lo mate, no a hacerme a un lado. No puedo hacer nada desde aquí, y tampoco puedo alejarme de ti, así que… —De repente lleva sus manos a los enganches de su armadura y comienza a soltarlos, lanzándolos lejos de nosotros.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Vas a…?

—Voy a ayudarte a matarle —Continúa desnudándose—. Vamos a aprovechar su tamaño y su lentitud para marearle, y buscaremos los mejores ángulos para que puedas atacarle —Suelta la cincha que sostenía su espada, y me la cede. Sus ojos dorados se clavan en los míos con determinación—. Esta es Uttilam'h. Úsala bien.

Respiro hondo y alzo mi barbilla, motivada por la confianza en mí que acaba de demostrar, cediéndome todo el poder. Extiendo el brazo y agarro su sagrada espada con orgullo, sosteniéndola con la firmeza y el respeto que merece.

—¿Vas a transformarte al completo?

Su cabeza asiente. Sujeto su arma a mi cuerpo, intentando ignorar el nudo que se crea en mi corazón. Sé que en estos momentos necesitamos esa transformación.

—Entonces, más me vale ser rápida y hacerlo caer antes de que la razón del jalaion'h te venza —me advierto a mí misma.

—Vas a conseguirlo —Su seguridad es determinante y realmente honesta.

Se apresura a terminar de desvestirse. Me esfuerzo en desviar mis ojos de él, evitando distraer mi atención de lo único importante por culpa de su vanagloriado y perfecto cuerpo; evitando ver cómo se hace puré. Vuelvo a cargar el arco, volviendo a clavar una flecha más en el dragón, haciéndolo llorar y rabiar de nuevo. Y mentiría si digo que no me tiembla el pulso cuando veo sus lágrimas reflejando el brillo de la hermosa Luna.

De repente levanta una de sus patas y leo sus intenciones de aplastar a Záldur.

—¡¡Zampaperras!! —alerta Jóngruf—, ¡¡cuidado!!

No me da tiempo a pensar demasiado y suelto mi magia. Unas increíbles y gruesas ramas nacen de la parte superior y descienden hasta aferrarse a su garra como enredaderas, bloqueando su intento. La bestia grita dolorida, con la sangre corriendo a borbotones desde esos lugares donde ha recibido las saetas de oro; frustrado por verse en esta situación, maniatado de su pata izquierda como si fuese un simple animal. Su desmesurada fuerza hace que logre romperlas, pero por suerte el pelirrojo ya ha podido apartarse.

—¡Avaldur'h! —exclamo, reclamando al albino—, ¡ayúdame a bloquearle mientras Kal'ladril se transforma!

Cuelgo el arco de mi brazo y preparo ambas manos para despertar todo el poder de mi magia, decidida a utilizar algo más efectivo. Bajo cada una de sus garras, hago nacer troncos tan gruesos como los árboles de Aszhroin, pero tan elásticos y manejables como una cuerda. Comienzo a enrollarlos hacia arriba, hasta sus codos, sin dejar ni un solo hueco que muestre sus brillantes y oscurísimas escamas, dejándolo completamente bloqueado.

La bestia grita hacia arriba llena de furia, así que aprovecho su distracción para volver a lanzar otra flecha, clavándola en la zona baja de su mentón.

—¡Dime si te suena de algo lo que estoy a punto de hacer! — Se jacta Avaldur'h corriendo hacia mi nueva creación.

Apoya su mano sobre uno de los troncos que enrollan la pata trasera

derecha del dragón y recita sus palabras para hacer nacer en él un círculo inmenso de transmutación. De repente, sobre mi trampa, comienza a formarse un único y compacto madero que va cerrándose lentamente en dirección ascendente.

Tal y como me hizo a mí cuando estuvo a punto de matarme.

Pretende romper sus huesos. Si su alquimia consigue cerrarse, va a dejarlo completamente cojo.

El grito desgarrador que suelta la bestia me paraliza el corazón.

Doy un paso hacia detrás con el pulso tembloroso, y no por el miedo. El pesar de mi interior vuelve a atormentarme, pero entonces, como si se tratase de un salvavidas, sus preciosos ojos dorados acuden a rescatarme. Me giro hacia él cuando noto su presencia a mí lado. Su rostro, su cuerpo, todo ha cambiado. Todo, menos esa mirada increíble y penetrante que me atrapó desde el primer día.

—Vaya —mascullo—, estás… distinto.

Frente a mí está ese robusto y enorme jalaion'h, que es aterrador y a la vez hermoso; ese jalaion'h que capturé, o más bien me capturó; el mismo jalaion'h que he visto otras veces, y que sin embargo en esta ocasión encuentro tan diferente. Su tamaño es superior, sus músculos lucen mucho más marcados, su pelo negro parece más brillante y la melena de su cabeza mucho más espesa. El animal de Kal'ladril ya era mucho más bello y espectacular que el resto de su raza, pero sin duda en esta ocasión se ha llegado a superar.

Presa de su divinidad llevo mi mano a su cabeza. Mis dedos se hunden en la densidad de su nuevo y largo pelaje, y lo acaricio con suavidad. Veo sus ojos cerrarse de placer, disfrutando con mi gesto y mi contacto. Entonces flexiona sus patas y se agazapa para bajar a una altura más cómoda para mí, invitándome a montar. Me subo sobre su espalda y me aferro fuerte con las piernas, utilizando las manos para sujetar el arco con el que voy a disparar.

Kal'ladril, o más bien su jalaion'h, suelta un rugido increíble que eriza cada uno de los poros de mi piel, captando de nuevo la atención del dragón. La bestia deja de luchar contra esa prisión que aferra sus patas y se centra en su rival, devolviéndole el bramido. Pero el sygära no se achanta

lo más mínimo.

Justo cuando el gran doh lanza su boca hacia nosotros, Kal'ladril echa a correr. Como si solo fuese un juego para él, comienza a zigzaguear entre sus patas a toda velocidad. La bestia grita llena de ira cuando nos ve desaparecer bajo su cuerpo, incapaz de moverse o hacer nada debido a mi magia, y comienza a agitarse con rabia volviendo a centrarse en liberarlas.

Cargo y disparo una flecha a la altura de su estómago, la sangre que le causa nos cae encima como una estalactita derretida. Froto mi cara con mi antebrazo para liberar mis ojos de ese líquido espeso y prácticamente negro que parece arder, que incluso habría podido quemarme la piel si no fuese capaz de manipular el fuego.

—¿Qué tipo de sangre tiene este ser…? —Llevo mi mano a mi mejilla y retiro con los dedos parte de ella, fijándome con atención en el vapor que suelta en contraste con el frío de este lugar—.

Quema…

Mi mente se ve distraída repentinamente por un rotundo y evidente crujir. El grito que suelta el dragón enseguida me revela lo que acaba de ocurrir.

Me fijo en la alquimia de Avaldur'h, que finalmente parece estar cumpliendo la que era su función. El inmenso troncho de madera ya ha terminado de subir hasta cubrir prácticamente toda la pata de Altuk'h, y ha comenzado a cerrarse en su interior con la intención de terminar siendo completamente macizo, comenzando a destrozar todos los huesos de esta extremidad.

Mi pulso vuelve a temblar cuando veo su sangre corriendo a borbotones a lo largo de ese tronco inmenso, soltando una espesa nube como si estuviese hirviendo. Los lamentos de la gran bestia hielan mi circulación. Odio verlo sufrir. A pesar de que tengo que acabar con él, detesto que deba ser así.

—Tengo que acabar con esto, y tengo que hacerlo ya —Vuelvo a centrarme en la carrera del jalaion'h que me porta—. Debemos encontrar una forma de matarlo rápido. No quiero verlo agonizar, y no podemos arriesgarnos a que su ira termine rebosando y acabe por darle igual este lugar que se está esforzando en cuidar.

Kal’ladril ladea levemente su cabeza cuando escucha mi voz y mi propuesta. De repente su velocidad se acentúa y decide salir de la parte inferior del animal. Algo me dice que está de acuerdo con mi manera de pensar.

Me fijo por primera vez en Dai-sha cuando pasamos por su lado. Es el único que todavía no ha reaccionado. Está paralizado, con la mandíbula desencajada y los ojos vibrantes. Su expresión muestra el sufrimiento que esta visión le está causando, incapaz de mover un solo músculo para participar en la matanza de este majestuoso y legendario ser. Idril sigue disparando sus flechas en vano, sirviendo únicamente como distracción; Záldur se ha unido a Thaeón y Jóngruf, y continúan apuñalando su espalda, también en vano, pretendiendo incordiarle. Avaldur’h, por su lado, ha comenzado a iniciar otro círculo de transmutación, elevando un nuevo tronco en otra de las patas del dragón.

El jalaion’h vuelve a colocarse frente a Altuk’h y retrocede, estudiando con más perspectiva de qué manera podemos agilizar este duro y difícil proceso. Es una bestia muy difícil de matar, incluso a pesar de que estamos jugando con ventaja en un lugar sagrado para él en el que no quiere mostrar ni un cuarto de su poder.

Me fijo en cómo se agita, luchando por librarse de la molestia de mis amigos. Sus piernas tiemblan mientras intenta liberarlas de la magia que las aferra; sus lágrimas no dejan de correr por su rostro y la sangre no deja de brotar de cada una de las perforaciones que le han causado nuestras flechas.

—Es demasiado grande… —murmuro, lamentándome—. ¿Cómo se supone que voy a matarle? Así no estamos consiguiendo nada además de torturarle...

De repente la alquimia del albino termina de cumplimentarse, cerrando el primero de sus círculos. Altuk’h chilla como hasta ahora aún no lo había hecho, y se desploma hacia el lateral derecho haciendo retumbar todo a nuestro alrededor. Acaba de perder por completo su pata trasera, hecha picadillo dentro del troncho del alquimista, que justo ha terminado el segundo círculo de transmutación.

Thaeón consigue aferrarse a una de las placas óseas del dragón, pero

Jóngruf y Záldur no logran agarrarse a tiempo y caen bruscamente contra el suelo.

Avaldur'h corre a nuestro lado para apreciar las consecuencias de su creación, admirando a la impresionante criatura mientras esta se esfuerza en volver a ponerse en pie.

—No se rinde…, joder. Sigue completamente obsesionado con ella —gruñe el albino—. Maldita sea, arrodíllate de una vez. ¡¿Por qué te aferras?! ¡Este ya no es lugar para ti, márchate y deja de sufrir!

Me giro hacia el sygära del norte con sorpresa, impactada por lo que acaba de exclamarle al dragón. La bestia dirige sus rojos y llorosos ojos hacia el único que en su día fue uno de sus compañeros de vida.

—¡Tu tiempo aquí ha llegado a su fin! —le grita de nuevo, dando un paso al frente con los puños apretados—. ¡Cuánto más tardes en aceptarlo, más daño nos obligarás a hacerte! ¡Este ya no es tu hogar! ¡Aquí ya no hay nada que debas cuidar!

Noto los músculos de Kal'ladril tensándose bajo la dura piel del jalaion'h. Sus uñas arañan el sucio suelo.

—¡Asume que ha llegado tu final, por favor! —insiste el norteño sollozando. Jamás habría imaginado a Avaldur'h perdiendo su inalterable actitud—. Por favor… ¡Este lugar también fue mi casa, y entiendo cuánto te duele! ¡Pero aquí ya no queda nada para ti! ¡Arrodíllate! ¡Tu reinado debe concluir! —Pero Altuk'h se tambalea y vuelve a ponerse en pie, sosteniéndose únicamente con sus tres patas hábiles. Mirando fijamente al sygära que se ha atrevido a retarle.

Jóngruf llega junto a nosotros cargando de un Záldur que se arrastra cojeando. Idril viene corriendo en cuanto se da cuenta, preocupada por el estado de su amado.

—¡¿Estás bien?! —Se arrodilla mi amiga enseguida, comprobando el tobillo del wolftundiano.

—Creo que se lo ha roto —explica el castaño—, lo tiene… —¡Lo tiene horrible! —le corta Idril, aguantando el llanto—. Esto es un desastre…. Primero Kal se rompe las costillas, ahora tú te rompes el tobillo… ¡¿Acaso tenemos alguna posibilidad?!

Miro a Thaeón para comprobar que está bien. Por suerte, el guapísimo humano ha conseguido volver a ponerse en pie y se mantiene hábilmente sobre nuestro rival.

—¡¡Ríndete!! —exclama Avaldur'h de nuevo, totalmente inmerso en su conversación con el dragón.

Podría incluso haber afirmado que su imprudencia estaba funcionando.

Pero de repente, su garganta vuelve a tornarse del color del fuego.

El mismo fuego que nace de su interior y que, hasta ahora, había evitado escupir.

—No… —advierto, adivinando lo que está a punto de ocurrir—. ¡¡¡Cuidado!!!

Extiendo mis dos manos y creo rápidamente una inmensa barrera de aire que nos protege y desvía el fuego que el monstruo acaba de dirigir en nuestra dirección. Su llama es tan fuerte que me veo obligada a utilizar una exagerada cantidad de magia, sintiendo cómo el agotamiento toma el control de mi cuerpo cada segundo que pasa. Su miedo a destruir este lugar acaba de desvanecerse, gracias a que Avaldur'h le ha recordado que aquí ya no queda nada que pueda hacerle feliz.

Mis brazos tiemblan, incapaces de sostener tanto poder. De nuevo visualizo nuestro final, y al instante me culpo por haberlo hecho. Tal vez, por pensarlo tantas veces haya terminado llamando realmente a la muerte.

Y todo pasa a cámara lenta ante nuestros ojos.

Primero se escucha un fuerte crujir de madera, después su inmensa garra se abre paso entre mi magia completamente liberada, lanzándonos a todos por los aires.

Mi escudo protector desaparece, y cada uno de nosotros sale disparado hacia un lugar diferente.

Mi espalda choca contra uno de los pilares de elthyms, con tanta fuerza que incluso logro agrietar el cristal. Caigo al suelo desplomada y comienzo a gritar desgarrada, consumida por ese brazalete mágico que comienza a secarme el alma, haciendo arder mi interior como si mi estuviesen rajando desde dentro. Me retuerzo en el suelo y me pongo bocarriba, incapaz de flexionar ni una sola de mis extremidades, sintiendo cómo la vida se me

escapa por la boca.

No veo nada, tengo los ojos completamente en blanco y la mente en absoluta oscuridad. Solo siento mi cuerpo comenzando a convulsionar.

El tiempo pasa, pero yo me he quedado en una eterna pausa.

Hasta que, como un milagro, puedo volver a inspirar.

Siento unos brazos fuertes agarrándome y levantándome del suelo, cargándome con firmeza.

—¡¡Enana!! —Una ardiente y peluda mano agarra mi mandíbula y agita mi cara—. ¡Por favor, reacciona!

Mis ojos van enfocándose lentamente, siendo incapaz de prestar atención a todos los gritos y los sollozos que hay a mi alrededor.

—¡Zynael, por los dioses! ¡Mírame! —Poco a poco, voy reconociendo su voz.

—Kal… Kal'ladril… —Apenas me escucho entre tanto follón.

Su cuerpo suspira y sus brazos me abrazan a él.

—Pensaba que te había perdido… —Me agarra para obligarme a mirarle, aguardando hasta que recobro del todo la conciencia—. ¿Me ves? ¡Dime que me ves!

Sus preciosos ojos dorados son como dos rayos de Sol en medio de toda la pesadilla y oscuridad que acabo de vivir, abriéndome camino para que logre volver. Llevo mi mano a su mejilla y la acaricio, necesitando tocarlo para creerme que realmente sigo viva. Cuando por fin veo con claridad, me pierdo en su hermoso rostro como si hubiese estado sin verlo toda una eternidad.

—Háblame —me pide—. Dime que estás bien. —Estoy bien… Yo…

—¡¡¡No!!! —Un grito desgarrador hace que nos giremos, y todo el alivio que acababa de sentir vuelve a desintegrarse por completo.

Idril y Jóngruf sostienen con fuerza las piernas de Záldur, mientras el dragón los eleva a los tres en el aire agarrando al pelirrojo como si fuese un simple trozo de carne.

—Ve —ordeno rotundamente a Kal'ladril—. ¡¡VE!!

Me mira con preocupación, pero termina obedeciendo. Me deja en el

suelo con cuidado y sale corriendo hacia nuestros amigos.

Mi cuerpo comienza a sufrir de nuevo ese dolor tan infinito y mortal.

—¡Fierecilla! —Thaeón llega a mi lado acelerado—. ¡Aguanta!

Me estiro en el suelo ignorando las convulsiones, sin apartar mis ojos de la evolución que contemplo: Kal'ladril, convertido únicamente en brazos y piernas, pasa a ser de nuevo ese majestuoso jalaion'h en un abrir y cerrar de ojos. Incluso sin detenerse, dejando atrás a su paso todos los restos de su forma natural. Consigue velocidad para llegar hasta el dragón con la forma animal y, de nuevo, cuando llega junto a él, vuelve a transformarse en esa versión híbrida; logrando ambos cambios en menos de lo que dura un suspiro.

Trepa por el cuerpo del dragón y llega a la garra que encierra al wolftundiano.

—¡¡Idril!! —le grita a mi amiga—, ¡¡suéltale!!

—¡¡No!! —rechaza entre gritos y llantos.

—¡¡Suéltame!! —reclama Záldur, no sé si al dragón o a su amada.

—¡¡Lo siento Idril, vamos a soltarle!! —Jóngruf agarra la muñeca de la castaña y la obliga a soltar, cayendo juntos al suelo, abrazándola para evitar que se golpee.

Avaldur'h corre rápidamente para detener a mi amiga cuando intenta escaparse de los brazos del humano, arrastrándose en el suelo para llegar a la grandísima bestia.

—¡¡Aguanta, Zynael!! —Thaeón me abraza con fuerza,

intentando rebajar mis temblores—. ¡¡Kal'ladril, rápido!! ¡¡Por favor!!

El pelirrojo deja de gritar y de luchar, quedando completamente inconsciente entre los dedos del doh mientras Kal'ladril sigue intentando abrir cualquiera de ellos, manteniendo la fe de liberarlo.

Pero el monstruo alado ya ha seleccionado su próximo tentempié.

—¡¡Por favor!! —grita Idril completamente rota, retenida por Avaldur'h y Jóngruf—. ¡¡Por favor, Sauthriel!! ¡¡NO!!

El dragón abre la boca y suelta a Záldur totalmente inconsciente en su interior. El sygära salta y agarra la muñeca de nuestro amigo con la

intención de sacarlo de sus fauces y hacerlo caer con él, pero la bestia cierra su mandíbula antes de que pueda lograrlo.

Kal'ladril se queda completamente petrificado cuando sus pies vuelven a apoyarse en el suelo. Su impacto es tan grande, que parece incapaz de parpadear. Su mano sigue aferrando la de aquel que intentaba salvar, pero más allá de su codo no hay nada más. Záldur ha muerto devorado frente a los ojos de todos.

Altuk'h se lo ha tragado.

—¡¡¡NO!!! —El lamento de Idril se escucha en todo el volcán que forma Dohikäär—. ¡¡¡¡NO!!!!

Mi cuerpo termina de rendirse y se desploma sobre los brazos de Thaeón. Vuelvo a perder toda la conciencia, y mis ojos apagan todo lo que acaba de ocurrir a mi alrededor.



CAPÍTULO 6
LA SEÑAL

Kal’ladril
12

Mi mano aprieta con fuerza sus dedos, todavía calientes, como si así pudiese cambiar lo que acaba de ocurrir; como si así pudiese evitar que su sangre siguiese escapándose, chorreando en ese lugar donde hasta hace un momento continuaba su cuerpo. Lo he tenido ahí, enfrente de mí, y no he sido capaz de hacer nada.

Nada.

Vino aquí por mí, y ahora está muerto.

—¡Kal’ladril, maldita sea! —Me empuja alguien con fuerza—, ¡reacciona de una puta vez! ¡Te necesitamos aquí!

Me fijo en Thaeón, sus ojos tiemblan frente a mí al igual que todo su cuerpo.

—¿¡Qué hacemos ahora!? —exclama desesperado—. ¡Avaldur’h no va a aguantar mucho más distrayendo al jodido dragón!; ¡Idril se ha vuelto completamente loca, y Jóngruf no está consiguiendo nada con ella! —Su voz pasa a un segundo plano mientras vuelvo a mirar el brazo de Záldur, castigándome por el destino que le ha tocado. «Si no me hubiese acompañado hasta aquí…»—. ¡No sé dónde mierdas está Dai-sha!; ¡y Zynael no respira!

Mi atención vuelve a centrarse en lo que tengo delante, alertado por lo que creo haber escuchado.

—¿Qué?

—¡¡Zynael no respira!! —repite.

Suelto el miembro amputado que todavía sostenía y me doy la vuelta para buscarla, desesperado, encontrándola al instante tendida en el suelo. Me apresuro para llegar junto a ella y me pongo de rodillas a su lado, llevando mi mano a su yugular.

Pero no noto nada.

Muevo rápidamente la mano a su nariz, deseando sentir algo de aire expulsado de ella, aunque sea lo más mínimo.

Y tampoco.

—Joder… —Comienzo a desabrochar su armadura rápidamente, desmontándola parte por parte—. ¡Joder! ¡Joder! ¡¡JODER!!

—¡Intentaba decírtelo, pero no me escuchabas! —me grita el humano —. ¡De repente ha dejado de convulsionar y se ha quedado así! ¡Es como si estuviese muerta! ¿¡Está muerta?! ¡¡Dime que no está muerta!!

—¿¡POR QUÉ NO TE CALLAS Y ME AYUDAS CON ESTO!? —Me giro hacia él lleno de rabia—. ¡Necesito quitarle la armadura para intentar reanimarla!

Thaeón se arrodilla rápidamente y comienza a desabrochar cada pieza de la armadura de Zynael, hasta que dejamos su pecho completamente al descubierto. El humano aparta las manos y la vista con rotundidad, como si se negase a tocarla y admirarla en estas circunstancias.

Frunzo el ceño y vuelvo a centrarme en ella. Tiro su cabeza hacia atrás, extiendo los brazos y comienzo a presionar sobre su tórax, treinta veces seguidas antes de realizarle el boca a boca. Para enseguida volver a repetir.

Y lo repito de nuevo.

Y una vez más.

Y otra…

Siento en mi pecho la mayor agonía que he sentido en toda mi vida. No puedo dejar de suplicar a los dioses que por favor no la separen de mí. No

así.

Entonces empieza a toser, volviendo a mí.

Le doy rápidamente la vuelta para colocarla de lado, ayudándola a recuperarse. Está aturdida, perdida y temblorosa, tan débil que incluso parece costarle parpadear.

—¡Zynael! —Thaeón se arrastra rápidamente para colocarse delante de ella, verificando si de verdad ha recuperado la conciencia, y comienza a cubrirla de nuevo con su armadura.

Me agacho para acariciar su mejilla, fijándome en esa mirada que revela haber conocido a la mismísima muerte. Está aterrorizada, incapaz de asimilar lo que acaba de pasar.

—Respira enana, vuelves a estar aquí… Estoy aquí —susurro. Su corazón va tan rápido que parece estar a punto de salirse de su pecho. Sus manos temblorosas suben para agarrar las mías, que enseguida las aferra con firmeza—. No vuelvas a pedirme que me aleje de ti, porque te juro que jamás volveré a hacerlo.

—¡¡Kal'ladril!! —exclama Avaldur'h de repente, alertándome.

Alzo la cabeza hacia el dragón, que vuelve a enfocarse en nosotros. Desgraciadamente ha conseguido liberar sus otras dos patas, pero es mucho más lento debido al dolor y a la cojera tras haber perdido una de ellas.

Recupero mis armas y vuelvo a ponerme en pie, sin separarme ni un milímetro de Zynael. Preparo mi arco y dos flechas y aguardo un instante, manteniendo mi mirada fija en la de Altuk'h.

—Esto acaba aquí —pronuncio, sabiendo muy bien que puede escucharme y entenderme—. Ya me da igual lo que tengas que sufrir.

Suelto la cuerda y disparo directo a su ojo izquierdo, atravesándolo profundamente con las dos afiladas puntas. La bestia grita y retrocede tremendamente dolorido y rabioso, habiendo perdido completamente la visión de ese lucero rojo, sangrando a borbotones. Ni siquiera le doy tiempo a recuperarse y vuelvo a disparar otras dos flechas en dirección a su sien, hiriéndolo de gravedad en el mismo lado. Y una vez más, esta vez apuntando a su pecho, atinando exactamente en el lugar donde pretendía

dar.

—¡Tengo flechas de sobra para taladrarte todo el maldito cuerpo hasta que te desplomes! ¡Ya estoy harto de perder el tiempo contigo! —Me posee la ira, enfadado con todo lo que nos está causando. Y vuelvo a disparar, esta vez al centro de su garganta—. ¡Has intentado jugar con quien no debías! —Disparo dos flechas más—; ¡¡Te has atrevido a comerte a uno de los míos!! —Lanzo dos más hacia sus costillas—; ¡¡¡POR TI, SERPIENTE DESTERRADA Y MALNACIDA, HE ESTADO A PUNTO DE PERDER A LA MUJER DE MI VIDA!!!

Vuelvo a tensar el arco, completamente dispuesto a volver a disparar todo mi enfado hacia esta bestia que tantos problemas me ha traído. Pero de repente, siento su mano aferrando mi tobillo.

—Para.

Distraigo mi atención hacia ella. Zynael se coloca bocarriba y me mira débilmente.

—Es mío —susurra, tan bajito que debo esforzarme por entenderla—. Para.

Frunzo el ceño. Thaeón nos mira a ambos y enseguida agarra la mano de la nyëlkhem para cortar nuestro contacto.

—Zynael, no hables —le ordena—. Descansa y déjalo encargarse de…

—Deja de tratarme como a una lisiada —La rubia agita la cabeza y suelta a Thaeón con brusquedad. Apoya sus manos sobre el sucio suelo e intenta impulsarse hacia arriba, pero sus fuerzas le fallan.

—¡Has estado muerta varios minutos! —se desespera el humano—, ¡¿es que quieres acabar del todo con tu vida?! ¡Mírate!, ¡no puedes ni sostenerte a ti misma! ¡Ese brazalete te ha consumido dos veces seguidas!

—¡No se trata de mí, sino de él! —grita, sacando las fuerzas de su invencible cabezonería. Vuelve a intentar incorporarse por sí misma, ignorando el terrible temblar de sus brazos. Y lo consigue— . Me ha dado su palabra, y va a cumplirla. Sé que va a cumplirla.

Suspiro y me pongo de rodillas, cediendo a la realidad. No voy a fallar a lo que le he llegado a jurar. Thaeón me observa ojiplático, incapaz de creerse que de verdad esté consintiendo su inconsciencia.

—No —Agarra mi hombro, clavando sus determinantes ojos negros en mí—. No estarás considerando la idea de acceder. No puedes exigirle más.

—Suéltame —Afilo mi mirada hacia él, molesto—. Nadie le está exigiendo nada. Le he jurado que sería ella quien acabaría con él, y voy a ayudarle a cumplirlo.

—¡Me importa una mierda vuestro maldito juramento! —Su mano se aprieta sobre mi clavícula, mostrándome su cabreo—. ¡Ha estado a punto de morir!

—Pero no he muerto —Zynael empuja lentamente del pecho a Thaeón, apartándolo de mí—. No sé cuánta validez darás tú a tus palabras, pero Kal'ladril es un sygära y jamás va a faltarlas. Sus promesas conmigo perdurarán hasta que alguno de los dos caiga.

El aldeano la mira lleno de dolor y se pone en pie, manteniendo los puños apretados para retener su enfado. Respira hondo, esforzándose en relajar su expresión y cada uno de sus músculos.

—Estás buscando que eso suceda muy pronto, por lo visto — murmura.

—Sea como sea, es decisión mía —sentencia la nyëlkhem.

Thaeón se mantiene en silencio unos instantes antes de suspirar, rindiéndose a la imparable decisión de Zynael. No hay quien logre cambiar su parecer cuando algo se le mete entre ceja y ceja, y lo sabe bien. Se enamoró de ella siendo como es, pero entiendo que le moleste que esa determinación se haya tornado contra él.

Miro sus preciosos y perlados ojos, que enseguida vuelven a acudir a mí.

—¿Llevarás bien tu miedo a las alturas sentada sobre mis hombros? —Paso el brazo bajo sus axilas para agarrarla y levantarla, decidiendo obviar lo que acaba de pasar y jugando a provocarla.

—¿Te has referido a mí como «la mujer de tu vida»? —Ignora mi pregunta.

—¿Crees que este es un buen momento para ponerse intensa, enana?

—Has jurado que jamás volverás a alejarte de mí —Vuelve a hacerlo, perdiendo su mirada en mi boca—. «Jamás» implica toda la eternidad. Incluso después de la Segunda Gran Guerra, e incluso a pesar de tu padre y de que te debas casar.

Muerdo mi labio inferior, incapaz de retener la sonrisa que se me escapa; incapaz de reaccionar de otra manera frente al futuro que plantea.

—Lo he hecho, sí.

Su mirada vuelve a fijarse en el brillo de la mía, reflejándola.

—¿Y eso también vas a cumplirlo con la misma fidelidad?

Abro la boca a punto de responder, cuando el dragón vuelve a lanzar una inmensa ráfaga de fuego hacia nosotros. Mis reflejos logran reaccionar a tiempo y me impulso hacia un lateral, arrastrando a Thaeón y a Zynael conmigo. Me pongo en pie rápidamente y vuelvo a cargar mi arco, esta vez apuntando a su otro ojo. Y disparo. Ambas flechas salen volando a una velocidad increíble, atinando de lleno en el centro de su rasgada pupila.

Avaldur'h llega a mi lado acelerado, mirando con horror a la criatura que vuelve a gritar de dolor, ahora totalmente ciega.

—Quién me iba a decir que te vería así… —murmura para sí mismo, sin pretender ningún tipo de respuesta—. ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis? —Se gira hacia nosotros, haciéndonos un rápido escáner.

Vuelvo a sostener a Zynael, ayudándola a mantenerse en pie. Thaeón espolsa su ropa y mira a Idril y a Jóngruf con pena, que siguen apartados del resto en un rincón del salón, mientras el castaño trata de mantener a raya la ansiedad de la nyëlkhem.

—Algo mejor que ella, y sin duda mucho mejor que Záldur… —Suspira el humano—. Joder, aún no asimilo que se lo haya…

Pierdo la mirada bruscamente en el suelo, repitiendo ese momento en mi cabeza. Thaeón parecer darse cuenta de mi reacción y enseguida se calla. Zynael me mira con compasión, comprendiendo perfectamente lo que debo estar guardando en mi interior. Avaldur'h me observa fijamente y lleva su mano a mi brazo con cariño.

—Zalèüh, no ha sido culpa tuya. Lo sabes ¿verdad? —intenta consolarme—. Ya estaba muerto cuando se lo ha tragado.

—No importa de qué o quién sea culpa, ni si ha sido masticado o aplastado —respondo con rudeza—. Vino aquí para acompañarme en una misión que no le correspondía, y ahora está muerto. Se ha ido agonizando y yo no he podido hacer nada al respecto.

—Vino aquí por decisión propia, igual que todos nosotros — Salta Thaeón, intentando liberarme de esa responsabilidad—. Todos conocíamos el peligro. Tú mismo nos lo advertiste varias veces, incluso antes de entrar a este castillo. Has hecho todo lo que has podido.

—Pues no ha sido suficiente, y ahora todos corréis el mismo riesgo —Mi cuerpo se tensa con la idea de ver morir a alguien más— . Avaldur'h tenía razón, no debí haber accedido a que salieseis de Wolftundur conmigo. Y tú… —Me enfoco en Zynael, que sigue aferrada a mí para mantenerse en pie.

—Yo habría elegido lo mismo incluso habiendo tenido cualquier otra opción —Se separa de mí, manteniéndose en pie sin mi ayuda. Sus piernas están débiles pero logran sostenerla, y eso ya es mucho más de lo que podría esperar—. Mi destino era estar aquí, acompañándote para que esto no te traiga peores consecuencias. —¿De verdad crees poder hacer algo después de todo lo que has pasado? —Se anticipa Thaeón a sus intenciones—. No te quedan ni fuerzas, ni magia.

—Entonces estate tranquilo, ya no podría perder nada más por intentarlo —Cierra los ojos e inspira siguiendo mis lecciones, tal y como hemos practicado juntos muchísimas otras veces; esforzándose en relajar sus músculos y concentrándose en ese motor que impulsa su interior.

El viento comienza a moverse a nuestro alrededor, rodeándonos lentamente, muy despacio, haciéndose cada vez más fuerte. Poco a poco. Su magia elemental nos toma como núcleo del poder, respetándonos sin siquiera rozarnos, haciéndonos ver lo increíble que puede llegar a ser incluso cuando todos pensábamos que no podría dar más de sí; incluso encontrándose en el más extremo de sus límites.

Y crece. Y sigue creciendo sin que ella siquiera pueda darse cuenta de lo que está consiguiendo.

Entonces lo lanza contra él.

La bestia se ve empujada hacia detrás por una increíble corriente de aire que ni siquiera su peso es capaz de frenar, y choca fuertemente contra los pilares de elthyms que decoraban este inmenso y antiquísimo salón, resquebrajándolos de arriba abajo. Nos damos la vuelta para protegernos de esos miles de cristales que salen disparados en todas las direcciones. El

suelo, antes lleno de polvo, se cubre de esas incontables monedas que antes servían de mera ornamentación.

Me fijo en el dragón cuando ya estamos fuera de peligro, apuñalado por cientos de trozos del mismo castillo que tanto se había esforzado en proteger; ciego; sangrando por todas partes ese espeso y ardiente líquido negruzco.

Por alguna extraña razón no logro sentir pena, tan solo una infinita y creciente sensación de dominio, control y motivación. Pero la bestia no se rinde, y aun gritando vuelve a intentar ponerse en pie.

Zynael y yo lanzamos nuestro ataque a la vez. Disparo dos nuevas flechas en sus costillas, mientras ella comienza a crear pequeñas piedras en sus manos que terminan transformándose en inmensas rocas que se catapultan contra él. Lapidándolo, impidiendo que vuelva a ponerse en pie.

Sus ojos plateados no se separan de nuestro rival, y están tan concentrados en su objetivo que incluso parece que su mente se encuentra en otro lugar. Es como si su cuerpo estuviese presente, y su alma en un mundo astral.

De repente su mirada se vuelve completamente blanca y varios rayos nacen de la nada en el altísimo techo, cayendo directamente en la bestia, electrocutándola. Mi piel se eriza cuando escucho a Altuk'h bramando con tal dolor, sosteniendo la agonía hasta que la corriente que le atacaba se desvanece por completo. La bestia desploma la cabeza sin apenas fuerzas: desangrado y herido, completamente debilitado. Pienso que estamos a punto de terminar con él, cuando de nuevo su cuerpo empieza a luchar por ponerse en pie.

—No me lo puedo creer… —masculla Avaldur'h—. ¡¡Ríndete de una vez!! ¡¿Por qué quieres seguir sufriendo así?! ¡¿Por qué sigues aferrándote?!

—¡Por esto!

La voz repentina de Dai-sha exclama tras nosotros, llegando de nuevo a este salón del que había desaparecido. Todos nos giramos hacia él, sorprendidos por su repentina manifestación. Zynael detiene su poder en cuanto lo escucha, fijando su atención en mi amigo, que camina con decisión, contoneando sus caderas como siempre, muy seguro de lo que

parece estar a punto de hacer.

Los sigo con la mirada mientras se acerca a nosotros. No parece tener intención de dar ningún tipo de explicación.

—¿¡Dónde mierdas estabas!? —exclama Thaeón—. ¿¡Tienes idea de lo que ha pasado mientras te paseabas!? ¡Nos hemos quedado aquí solos dando la cara! ¡Záldur ha muerto, aunque no creo que eso a ti te importe lo más mínimo!

Avaldur'h agarra el brazo del moreno, frenando su rabia, completamente impactado tras comprobar lo que Dai-sha está portando. Frunzo el ceño sin apartar la vista de mi amigo. En sus manos carga una especie de tiara, antigua y desgastada, y una vieja caja de música. Pasa por nuestro lado esquivándonos, sin siquiera mirarnos, como si no estuviésemos ahí, y sigue avanzando hasta detenerse entre nuestro punto y el dragón. Apoya una rodilla en el suelo, y muy despacio, va dejando sus ofrendas. Coloca la delicada corona en el suelo con delicadeza y comienza a dar cuerda a la caja musical.

—Esa tiara… —murmura Zynael, analizándola desde la distancia.

—La caja de música… —El norteño se desploma de rodillas derrotado por sus recuerdos, como si lo hubiesen ahogado de forma repentina con la misma fuerza de un tsunami—. No es posible…

De repente una tenue musiquita comienza a sonar, y sin saber muy bien por qué, sus primeras notas logran poner mi corazón en completa pausa. Destenso todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, olvidándome de mi rival, de dónde estamos y de lo único que ahora debería importarme. Como si todo desapareciese a mi alrededor, me quedo prendado de esa canción.

Abierta de par en par, va reproduciendo esa lenta y hermosa balada mientras la rueda hace girar esa pequeña imagen del dragón.

Altuk'h parece encontrar las fuerzas para volver a ponerse en pie, pero ya no nos presta su atención. Toda su ira parece desaparecer desvaneciéndose por completo, dando paso a un dolor extremo que ya no es solo superficial. Deja de gruñir y de gritar, permitiendo que el poder de esa caja de música sea lo único que se escuche a nuestro alrededor.

Y entonces comienza a sonar esa preciosa voz de mujer:

Cuando el brillo de la Luna reflejó el fuego del Sol,
surgió una danza eterna que encendió el amor.
Tres estrellas que iluminaron mi mundo al nacer,
una galaxia que cada noche me enseña a creer.
Cada una con su brillo, su forma de ser.
En sus ojos, mi amor, siempre te puedo ver.

Cada una un pedazo de tu ser:
La fuerza, el poder, y el corazón a la vez.
La fiereza del mar; aquel que jamás dejará de brillar.
Y será la más nueva capaz de arrollar,
como el viento cuando a Sauthriel quiera vengar.

Cuando el eco del tiempo susurre mi canción,
y la Luna les hable del fuego del dragón,
recuerden que en su pecho vive el mismo ardor;
la llama que los une, eterna en su calor.
Aunque haya división en vuestro corazón,
en el brillo del cielo encontraréis siempre la unión.
Canten juntos, dondequiera que estén,
y sentirán que volvemos a renacer.

Sus alas llevan sueños que jamás caerán,
sus pasos dejan huellas que el mundo guardará.
Aunque un día partamos al cielo o al mar,
nuestro amor es un puente que siempre los unirá.
El fuego es eterno y siempre nos guiará,
en cada una de nuestras estrellas vivirá la verdad.

De un abrazo de fuego y un susurro lunar,
sobrevivieron dos estrellas, reflejadas en el mismo mar.
Cada uno un legado, un fragmento de la furia del volcán.
Cuando el mundo cambie y los intente apartar,
recuerden que esta melodía los hará regresar.

Cada una un pedazo de tu ser:
La fuerza, el poder, y el corazón a la vez.

La fiereza del mar;
aquel que jamás dejará de brillar.
Y será la más nueva capaz de arrollar,
como el viento cuando a Sauthriel quiera vengar.

Cuando el eco del tiempo susurre mi canción,
y la Luna les hable del fuego del dragón,
recuerden que en su pecho vive el mismo ardor;
la llama que los une, eterna en su calor.
Aunque haya división en vuestro corazón,
en el brillo del cielo encontraréis siempre la unión.
Canten juntos, dondequiera que estén,
y sentirán que volvemos a renacer.

Guardaron en sus ojos el reflejo de su don,
en su puños la promesa de su fuerte corazón.
Griten al viento, escuchen su llama.
Dentro del corazón la voz nunca falla.

Cantad conmigo cuando sintáis soledad,
dejad que el eco os devuelva a nuestro hogar.

El dragón comienza a avanzar de nuevo. Está destrozado; cojo de una de sus patas; herido y sangrante a lo largo de todo su cuerpo; y completamente ciego; pero aun así el poder de esta melodía parece darle la fuerza que necesita. Una última fuerza que sin embargo no utiliza para alcanzarnos. Cuando llega a la altura de la caja musical se desploma con completo sometimiento, haciendo retumbar el suelo.

Dai-sha retrocede lentamente hasta colocarse junto a Avaldur'h, manteniendo ambos su atención en la lamentable y triste escena de rendición que estamos viviendo.

Comienzo a sentir un terrible nudo formándose en la boca de mi estómago y una fuerte presión envolviendo mi encogido corazón. Me llevo la mano al pecho y doy dos pasos hacia atrás, aturdido, sintiéndome realmente extraño, verdaderamente incómodo, excesivamente mal.

—¿Kal'ladril? —Zynael se gira hacia mí, preocupada por mi repentina y extraña actitud—. ¿Te encuentras b…

No le da tiempo a terminar de formular su pregunta. Me encojo hacia delante y grito, incapaz de sostener el dolor tan extremo que está poseyéndome por dentro. Siento una aguda punzada en el pecho, como si alguien estuviese apretando en su puño mi corazón, como si se estuviese marchitando. Mis piernas flaquean y caigo de rodillas con brusquedad, incapaz de mantener el control de mi cuerpo.

—¡Kal'ladril! —La rubia corre para colocarse a mi lado, envolviéndome entre sus brazos—. ¿¡Qué te ocurre!? —Levanta su cara hacia Altuk'h, tratando de encontrar una explicación a mi dolor.

Idril llega a nosotros acelerada. Su llanto por Záldur se ha cortado en cuanto me ha visto desplomarme, pudiéndole la desesperada necesidad de ayudarme. Aprieto mis puños y grito con más fuerza, ahogado en esa tortura que se está adueñando de mi interior.

—¿¡Qué le pasa!? —Tiembla Idril, dudando si debe o no tocarme—. ¡¡Zyn!! ¿¡Qué le pasa!?

—El dragón… —Murmura Zynael—. Es el dragón…, mira su respiración. ¡El sentimiento del dragón le está afectando otra vez!

¿¡Aún vais a decirme que no debo preocuparme por nada!?

La ansiedad me aprieta de tal manera que hasta la ropa me pesa. El cuello de mi armadura parece estar cerrándose alrededor de mi garganta, asfixiándome. Intento moverme, pero soy incapaz de evitar esta zozobra. Cierro los párpados, reteniendo las lágrimas que van acumulándose en mis ojos.

—¿¡Cómo le ayudamos!? —Idril vuelve a llorar.

—Cortando su vínculo de una vez —Zynael suelta nuestro contacto y se pone en pie, decidida a acabar con lo que se ha dispuesto a hacer.

Extiendo mi brazo tembloroso y agarro su mano, deteniendo sus intenciones. No quiero que se aleje de mí, si ese brazalete vuelve a consumirle una vez más, tal vez ya no tenga la oportunidad de contarlo. Además, la necesito a mi lado. Quiero hablarle, quiero suplicarle que se quede, que me abrace… Pero la voz no me sale. En cambio solo puedo gritar, desgarrando ese abismal dolor que no me deja de castigar. Es la mayor tortura que he sentido jamás.

Zynael aprieta mi mano antes de soltarla de nuevo, dejándome al amparo de Idril. Decido abrir los ojos para observarla, permitiendo que las lágrimas que había estado frenando broten como cascadas.

Su estabilidad parece desvanecerse al verme de esta manera. Lo que sea que esté transmitiéndome el dragón, me está resquebrajando por dentro.

—¿Qué demonios te está haciendo?… —Su mandíbula se tensa, esforzándose en evitar romperse; luchando por mantenerse fuerte. Respira hondo y alza la cabeza, subiendo su preciosa mirada plateada para evitar lamentarse más, decidida a actuar—. Voy a matarlo. Voy a matarlo ya.

Agarra mi espada con determinación y la sujeta fuerte en su puño. Entonces da un paso hacia delante. Y otro. Y otro más… Hasta que finalmente su cuerpo comienza a temblar.

Mas se mantiene.

Y por mucho que ese brazalete le esté dañando, sigue avanzando sin flaquear.

—¡Zynael! —Thaeón corre hacia ella, agarrando su brazo para traerla hacia atrás, intentando hacerla retroceder—. ¡¡Ni se te ocurra hacerte esto otra vez!!

—¡¡Suéltame!! —Poseída por su dolor y por su necesidad de salvarme, lanza una ráfaga de aire contra el humano, lanzándolo por los aires.

Thaeón sale disparado y cae bruscamente de costado.

—¡¡Que alguien haga algo!! —exclama Idril, aferrándome con fuerza, llorando junto a mí—. ¡¡No puedo perderlos a ellos también!!

Pero ninguno reacciona.

Avaldur'h continúa de rodillas, incapaz de escapar de esa hermosa y a la vez triste melodía que no para de sonar. Jóngruf acude a ayudar a su mejor amigo, comprobando cómo se encuentra tras el ataque que acaba de sufrir por parte de su amada. Dai-sha sigue con la mirada a la nyëlkhem que continúa avanzando, muy lentamente, luchando contra su propio cuerpo y la fuerza del brazal.

Y así, paso a paso, llega frente a la grandísima bestia.

Altuk'h ni siquiera se inmuta cuando la huele. Su respiración sigue agitada, soltando ese pesaroso y agudo quejido que incluso podría

considerarse un llanto.

El llanto de un dragón.

Su inmensa cabeza reposa junto a la caja de música, queriendo guardarla, como si de cierta manera pretendiese abrazarla. Intento no perderlos de vista pero mis ojos no logran ver con claridad, empañados en la infinidad de lágrimas que no dejo de derramar. Mi corazón se siente desolado y completamente vacío, y no logro evitar hiperventilar ante esa ansiedad que no deja de crecer.

El cuerpo de Zynael tiembla. Está paralizada frente al dragón, observándolo fijamente como si el sufrimiento que está torturándola no estuviese a punto de matarla. De repente, su mano libre comienza a alzarse con dificultad, pretendiendo apoyarse sobre su hocico.

—N-No… —Mi voz flaquea, incapaz de funcionar.

—¡¡Zyn!! —suelta Idril, desgarrada—. ¡¡Se ha comido a Záldur!!

Zynael detiene su movimiento, a apenas un suspiro de lograr acariciarlo. Lentamente retira su mano y vuelve a apretarla alrededor de la espada, intentando recordarse a sí misma el motivo por el que se está arriesgando a tanto. Creo ver su pulso temblar al intentar sujetar a Uttilam’h, pero apenas logro concentrarme. El dolor del dragón sigue perforando cada fibra de mi ser, como si unas garras invisibles estuvieran arrancándome el alma. Mi visión es un caleidoscopio de luces doradas y sombras negras. La rubia, aun luchando contra el dolor de nuestra distancia, se mantiene en pie junto al colosal cuerpo de la bestia, mientras esta sigue yaciendo completamente inmóvil, subiendo y bajando su pecho con dificultad, exhalando un aire cargado de cenizas y lamento.

La melodía de la caja de música sigue resonando en el aire como una plegaria.

Intento hablar para llamarla, queriendo que vuelva junto a mí, pero mi voz es un hilo débil atrapado en una vorágine de dolor. Solo puedo observar mientras mi extraño vínculo con Altuk’h me sigue hundiendo cada vez más en su tormento.

Zynael alza la mirada contemplando los ojos de la bestia, dos pozos interminables de tristeza, un océano de memoria y arrepentimiento. Mi espada sagrada brilla en su mano, como si su destino siempre hubiese sido

usarla para lo que está a punto de hacer.

Sin embargo parece incapaz de levantarla, y me doy cuenta de que está luchando contra sí misma, atrapada entre la compasión y la necesidad de justicia.

De repente el dragón mueve su enorme cabeza hacia ella, dejando su cuello expuesto como una invitación. Ya no hay furia en sus ojos, solo un peso inmenso que parece cargar el dolor de millones de vidas.

—Zynael... —logro murmurar entre dientes, sin saber si puede escucharme o si el sonido es solo un eco en mi propia mente—. Enana…

La veo apretar la empuñadura de Uttilam'h y dar un paso adelante, tambaleándose por el dolor que nuestra separación debe estar provocándole y que sin embargo sigue resistiendo. La espada parece un fragmento del Sol entre sus dedos, pero incluso su fulgor se ve insignificante frente al tamaño del dragón al cual debe dar muerte.

—Perdóname por esto —Escucho su voz finalmente, rota y a la vez firme —. Pero también ódiame, porque yo a ti jamás podré perdonarte lo que nos has hecho.

Entonces se decide a hacerlo.

Con un movimiento rápido y decidido, Zynael hunde la espada en el punto más vulnerable del rey de los reyes, la criatura más increíble que jamás ha pisado Elthymeron y de la que jamás se podrá hablar en cualquier continente. La hoja sagrada logra atravesar la sien de la bestia con una precisión brutal, soltando una cantidad de sangre y vapor que jamás hubiese llegado a imaginar.

Y el tiempo parece detenerse.

Agotado y derrotado, Altuk'h se rinde finalmente ante la muerte.

Un rugido profundo, más de tristeza que de dolor, se apodera de este grandísimo salón haciendo retumbar las gruesas paredes de todo el castillo. Mi cuerpo comienza a contraerse y siento cómo el vínculo entre nosotros se tensa hasta casi desgarrarme. No puedo respirar. El alma del dragón se desgaja en miles de fragmentos, llevándose consigo algo de mí. Algo que siento que jamás regresará.

La liberación que siento seguidamente me deja completamente vacío, y

en ese momento sé que jamás volveré a ser el mismo.

Repentinamente, acabando todas sus vueltas, la caja de música deja de sonar.

El cuerpo del dragón comienza a desvanecerse frente a nuestros ojos, convirtiéndose en infinidad de mágicos luceros que incluso podrían confundirse con pequeñas estrellas. Miles y miles de astros que comienzan a flotar, partículas de su alma, escapándose por la apertura del mayestático balcón para formar parte del más allá. Zynael cae de rodillas observando cómo el cuerpo inerte de nuestro rival va desapareciendo frente a nuestros ojos. Sus manos siguen aferradas a la empuñadura de Uttilam'h, que de repente parece brillar más tenuemente. Como si incluso ella, un simple objeto, estuviese de luto frente a la pérdida que acabamos de presenciar.

Gira su rostro hacia mí, con sus preciosos y plateados ojos llenos de culpa, y una fragilidad que nunca antes había visto en ella.

—Se acabó... —De repente la preciosa nyëlkhem se desploma de lado.

Intento ponerme en pie, pero mis piernas no logran responder.

—¡¡Zynael!! —Thaeón toma la iniciativa y corre hacia ella desesperado, agarrándola firmemente sobre sus brazos para volver a traerla junto a mí —. Por favor… Por favor fierecilla... Resiste… — Lentamente se pone de rodillas a mi lado, cediéndomela como si fuese una ofrenda—. Estás bien. Míralo a él. Estás con él. Se acabó… Se acabó… —No logra sostener las lágrimas, desbordado por la situación—. Abre los ojos y míralo, por favor. Es Kal'ladril… Ambos estáis bien. Se acabó…

Seco la humedad de mis ojos y extiendo mi brazo hacia ella, necesitando acariciarla, necesitando sentir su viva piel.

—Enana…

El aire sigue cargado, impregnado de ese aroma a fuego y a melancolía. El nudo de mi estómago ha desaparecido, sin embargo siento el pecho vacío, como si algo irrecuperable se hubiese desgarrado para siempre.

—Zyn… Por favor… —Idril me suelta y se centra en su amiga, con la nariz y los ojos completamente empapados en su pena. Rota por dentro y por fuera—. Por favor…

—Enana —Vuelvo a intentarlo y pego mi frente a la suya, sosteniendo

sus mejillas con ambas manos—. No me hagas esto. No puedes hacerme esto. Vuelve a mí.

Entonces, el suave murmullo de una respiración distinta llama mi atención. Zynael abre lentamente los ojos, pestañeando con dificultad. Thaeón la sostiene entre sus brazos como si fuera a romperse, abrazándola con una devoción que casi duele mirar.

—¿¡Estás bien!? —La voz del humano está cargada de amor y desesperación—. Zynael, mírame. Míranos, por favor…

Ella gira la cabeza con esfuerzo, encontrando mis ojos más allá del abrazo de Thaeón. Hay algo en su mirada que no puedo descifrar. Culpabilidad, quizá. O tal vez un desahogo que jamás podrá expresarse con palabras.

—¡Zynael! —exclama Idril llorando aún más, como si el alivio acabase de arrastrar todo el pesar que estaba acumulando—. ¿¡Cómo estás!? ¡Por Sauthriel, dime algo! —Sostiene sus manos con una mezcla de alivio y preocupación.

—Estoy… aquí —susurra Zynael, cerrando los ojos por un instante, necesitando hacerse a la idea de lo que acaba de lograr—. Estoy aquí… Lo he… Lo he conseguido…

Afirmo con la cabeza sin soltarla y cierro los ojos, incapaz de creérmelo todavía.

—Sí, enana, sí… —Sonrío cuando vuelvo a mirarla—. Lo has conseguido. Se acabó. Estamos bien gracias a ti, y sigues aquí conmigo.

Dai-sha, Avaldur'h y Jóngruf permanecen en la distancia, observándonos en silencio, sabiendo que necesitamos este momento para recomponernos, para recoger las piezas de lo que queda de nosotros.

Zynael vuelve a abrir su preciosa mirada plateada. Su brillo es débil, demostrando lo agotado que está su interior. Pero está presente, y eso es todo lo que ahora mismo me importa.

—Kal… Kal'ladril… —Intenta hablarme—. Mi…

Seseo para callarla y clavo mis labios en los suyos, aprovechando la oportunidad para volver a besarla. Idril se aparta y Thaeón la suelta, dándonos este momento de dos. Zynael enseguida me aferra de vuelta.

Sus brazos me rodean y la sostienen contra mí, mientras los míos aprietan su cintura para acercarme a su precioso cuerpo. Necesito sentirla, necesito disfrutar de ella ahora que hemos pasado la primera de las pruebas.

—Joder —susurro contra su boca—, nunca antes un beso se había sentido tan bien.

Sonríe, incapaz de reaccionar de otra manera.

—¿Debo tomarme eso como algo bueno? —bromea con la voz aún débil. Sube sus ojos a los míos, que la reflejan con toda la emoción de este momento—. Mis besos son siempre increíbles.

—Tus besos son los únicos que en toda mi vida me han obsesionado —Muerdo mi labio inferior—. Pero me encanta el comienzo que acabamos de marcar con este.

De repente, Zynael suelta un quejido y tensa sus músculos. Todos nos centramos en ella, alarmados, pero no es su rostro lo que llama mi atención, sino su brazo. El brazalete de unión que compartimos, la carga invisible que hemos llevado durante tanto tiempo, ha empezado a brillar débilmente.

—Kal'ladril… —murmura, alzando la muñeca para mostrarme cómo el brazalete comienza a desvanecerse ante nuestros ojos. Primero parece derretirse como oro líquido, para luego comenzar a convertirse en un fino polvo dorado que pasa a mezclarse con el viento—. ¿Qué…?

Un dolor repentino, rápido y agudo, atraviesa mi pecho, como si algo se hubiera arrancado de mí de golpe. Miro mi propio brazo y veo cómo el brazalete que ha estado conmigo durante tantas lunas sigue el mismo destino. La magia comienza a deshacerse, liberándonos de la unión que nos ha atado desde aquel fatídico y a la vez maravilloso día.

Ambos nos quedamos en silencio, mirando nuestras muñecas desnudas.

Siempre habíamos creído que la magia desaparecería cuando terminase la guerra, cuando la misión terminara. Pero no. El dragón ha marcado el final. Y, en vez de sentirnos aliviados, la sensación que parece apoderarse de nosotros resulta muy difícil de explicar.

Zynael mira su brazo, y después a mí. Sus labios se mueven, pero no parecen ser capaces de decir nada. ¿Qué palabras pueden describir esto?

¿Liberación? ¿Alivio?

No... Lo que sentimos no es eso. Es vacío.

Por primera vez en mucho tiempo, es libre. Libre de ir a donde quiera, de vivir sin esa condena que mi padre le impuso, que tanto sufrimiento le ha causado, y que ha estado a punto de matarla en varias ocasiones. Sin embargo, puedo ver la duda en sus ojos.

La misma duda que hay en mi interior.

El sentimiento que ha nacido entre nosotros se formó gracias a esa imposición. Hemos pasado de ser prisionera y captor, a compartir esta mágica conexión. Y ahora, libres de la carga que se nos encomendó, parecemos contrariados por esa pregunta que ambos parecemos estar planteándonos. Una duda más aterradora incluso que el propio dragón:

¿Qué va a ser de nosotros a partir de este momento?

¿Qué vamos a decidir hacer con esta libertad? ¿Nos seguiremos eligiendo?

Thaeón rompe el silencio, con una sonrisa cálida y genuina que apenas oculta el brillo húmedo de sus ojos.

—Zynael, fierecilla… —suspira—. Esto es maravilloso, ¡eres libre!

Idril nos mira a ambos, traicionando con su mirada una preocupación velada.

—¡Los brazaletes! —exclama Jóngruf, acercándose a nosotros con sorpresa—, ¡os habéis librado de ellos por fin! Pensaba que… —se calla a sí mismo, siendo consciente del incómodo e incomprensible silencio que se ha creado en el ambiente.

Todos parecen notarlo. Esa extraña sensación en el aire, esa pesadez en nuestros cuerpos que no debería tener sentido.

Ninguno de los dos parece capaz de decirlo en voz alta, pero no logramos alegrarnos. Zynael y yo hemos compartido tanto dolor, tantas batallas, tantos sentimientos, y tanta pasión, que la idea de separarnos ya nos resulta inconcebible. La rubia aparta la mirada de mí y se centra en el suelo, tratando de buscar un sentido a este extraño sentimiento de vacío. Y la entiendo. Yo también me siento cojo, incompleto, como si algo esencial se hubiese desmoronado dentro de mí.

De repente, en medio de la tensa calma, una mirada capta mi atención. Avaldur'h está cruzado de brazos mientras observa a Dai-sha, con una expresión que ya he visto antes en él. No es solo confusión, sino una chispa de desconfianza, como si algo entre todo lo que acaba de suceder no terminase de convencerle.

—¿Hechicero? —murmura Avaldur'h con su templanza habitual.

Mi amigo levanta su mirada morada, enarcando una ceja con altanería.

—¿Sí?

Avaldur'h niega con la cabeza, prefiriendo no seguir con la conversación. Pero yo ya no puedo apartar mis ojos de él. Algo no me cuadra, y empiezo a detestar estar cargando con esta incómoda sensación de desconfianza. Cada vez que lo pienso, mi interior vuelve a retorcerse. —¿Dónde has estado, Dai-sha? —rompo el silencio, con la voz más áspera de lo que pretendía—. ¿Qué demonios has estado haciendo mientras el dragón nos destrozaba uno a uno? ¿Dónde mierdas estabas mientras se comía a Záldur?

Lucho por volver a ponerme en pie, tambaleándome mientras Idril intenta detenerme.

—¡Estás muy débil! —Me sostiene la castaña—, ¡para!

—Estoy perfectamente —Aprieto los puños y vuelvo a intentarlo, motivado por la fuerza de ese recelo que ha comenzado a consumirme de nuevo.

El hechicero alza la vista hacia mí, con una calma que solo consigue irritarme más.

—Ya te lo había advertido, Kal'ladril. Sin mis pociones, poco podía hacer directamente contra una criatura de ese tamaño. Yo no soy un guerrero —me recuerda, como si debiese ser evidente—. He hecho exactamente lo que me habías pedido: encontrar una distracción.

Frunzo el ceño, dudando.

—Me falta información, *amigo* —pronuncio esa última palabra bien marcada, obligándole a tener en cuenta el vínculo que nos une antes de comenzar a explicarse.

Dai-sha suspira, como si le resultara tedioso tener que justificar algo que

él parece estar considerando tan obvio. Da un par de pasos hacia mí, señalando con un leve gesto la caja de música ahora en silencio.

—Mientras estaba observando el sufrimiento del dragón y vuestro enfrentamiento, buscando alguna forma de ayudar, he notado algo —comienza—: En todo momento la bestia permanecía sobre una tiara que había tirada en medio de este salón. Esta tiara.

Se agacha para agarrar esa preciosa y antiquísima diadema élfica, con una piedra en su centro que enseguida logro reconocer. Una piedra Faroïtta.

—¿Qué? —Arrugo la nariz, todavía más confuso que antes.

—Es cierto —se mete de repente Zynael.

Intenta ponerse de pie para colocarse junto a mí, pero sus fuerzas le fallan y vuelve a desplomarse. Thaeón la agarra firmemente, y ella enseguida alza la mano para indicar que está bien. Idril acude a ayudar a su amiga a estabilizarse, permitiéndole apoyarse sobre su hombro para sostenerse.

—Yo la he visto antes —vuelve a hablar la rubia—, pero no creí que fuese relevante.

—Su comportamiento giraba todo el rato en torno a ella — continúa Dai-sha—. Después de fijarme un rato, me ha parecido evidente que sentía una necesidad casi obsesiva de protegerla, y he llegado a la conclusión de que, tal vez, debía ser un objeto importante. Quizá algo que perteneció a los antiguos reyes que vivieron aquí con él.

Dai-sha se detiene un momento y nos mira a todos, buscando asegurarse de que le estamos siguiendo.

—Así que, mientras vosotros lo manteníais ocupado haciendo lo que mejor se os da, mientras vosotros lo desgastabais físicamente, yo me he adentrado en el castillo para buscar algo que pudiera calmarlo. Algo que apelara a su memoria y a su alma —Agarra también la caja de música y sonríe—. Cuando he visto esto, no he tenido dudas. La música siempre evoca recuerdos, y es capaz de tocar las fibras más profundas y sensibles de cualquier criatura. No contaba con que su sufrimiento pudiese hacerte a ti tanto daño, pero ha sido un mal necesario.

—¿Un mal necesario? —gruñe Zynael—. ¿¡Tú has visto cómo lo ha pasado!? ¿¡Es que no le has escuchado gritar!? ¡Parecía que lo estabas matando por dentro!

—¿Yo? —Dai-sha lleva su mano a su corazón, exagerando sentirse ofendido—. No, brujita. Yo he encontrado una solución que ha logrado que el dragón se rinda. No tengo nada que ver con esa «conexión» que pudiese haber entre ellos dos.

—¿Aún estás dudando que la hubiera? —La nyëlkhem suelta a su mejor amiga y da un paso al frente, apretando sus puños—. ¿Aún después de lo que has podido ver?

—No. Puede que la hubiese, y agradezco que te hayas preocupado en evitar cualquier desgracia. Pero yo no tengo culpa de ese poder.

El silencio se hace tenso. Jóngruf murmura a Thaeón algo sobre la lógica de sus palabras. Incluso Idril parece más tranquila y conforme. Pero yo no puedo sacudirme la sensación de que algo no encaja.

—¿Ha funcionado, no? —resume Dai-sha—. Sea por lo que sea, y fuera lo que fuese que os unía, se ha acabado. El dragón se ha rendido y Zynael ha podido terminar con él sin que ninguno más de nosotros muera. Siento que el Zampaperras haya caído, pero él ha sido la menor de las pérdidas que podríamos haber sufri…

—Ni se te ocurra decir esa mierda, Dai-sha. —le corto con brusquedad.

—¡Sabes cómo soy! —exclama, acercándose a mí para mirarme fijamente—. Hago todo lo que puedo, *amigo* —me devuelve el tono—.

Creo que no existe nadie en este maldito continente que se haya preocupado por ti tanto como lo he llegado a hacer yo. ¡Me ofende que constantemente me estés cuestionando como si yo tuviese culpa de todo lo que está pasando! —eleva la voz, dejándose llevar por ese nudo que ha debido estar guardando—. ¿¡Tienes idea de cuánto he sufrido yo a lo largo de mi eterna y larguísima vida!? ¡Perdí a todo el mundo a quien quería y me perdí a mí mismo! ¡Y ahora que había vuelto a encontrarme, que había encontrado un propósito y había vuelto a querer a alguien, resulta que esa persona se pone a despreciarme! ¡¿Por qué insistes en torturarme con ese resentimiento?!

—¡Porque siento que en realidad no te conozco! —le grito de vuelta—.

¡Siento que constantemente me ocultas información! ¡Es como si mi mejor amigo fuese un extraño!

Dai-sha aparta su mirada, molesto por mis palabras.

—¡Quiero que seas claro conmigo! —Agarro su cuello y lo acerco a mí, obligándole a mirarme a los ojos—. Sé que me quieres, y es mutuo. Te quiero igual que a mi maldito hermano, incluso diría que más dado el último de nuestros encuentros. Así que entiende que me moleste cada vez que siento que puedas estar jugando a manipularme.

Su mirada azul-morada se clava en la mía con seriedad.

—Si de verdad fueses tan consciente del cariño que nos une, no estarías dudando de mí de la manera en la que vienes haciéndolo últimamente —gruñe—. Siempre actúo según considero mejor para ti. Me has pedido que busque una distracción, y de nuevo he encontrado la mejor opción. Puedes reaccionar como quieras ahora, pero el dragón se ha rendido gracias a mi decisión.

—Conveniente —gruño entre dientes. Vuelvo a soltarlo, apartándolo de mi vista, molesto por no tener ningún argumento más para rebatirlo.

Zynael mantiene su mirada en Dai-sha.

—¿Y cómo sabías que el dragón iba a reaccionar así a la música? —cuestiona, acompañando mi incertidumbre—. ¿Cómo podías estar tan seguro?

El hechicero no responde de inmediato. Su rostro permanece impasible, como si estuviera considerando sus palabras cuidadosamente.

—No estaba seguro —admite al fin—. Era un riesgo. Pero no había tiempo para otra cosa. Y funcionó, ¿no? Esperaba recibir agradecimiento, no este ridículo interrogatorio.

Su respuesta no me tranquiliza. La desconfianza sigue creciendo en mi interior, como un fuego lento que ya parece imposible extinguir. Zynael y yo intercambiamos una mirada. Ninguno de los dos habla, pero sé que estamos pensando lo mismo: Hay algo en mi mejor amigo que no está bien, y no sé qué es lo que ha cambiado tanto. No sé si ha sido él, o tan solo nuestra manera de mirarlo.

Suspiro, rindiéndome una vez más ante esa amistad que nos une y que

todavía insiste en sostener la esperanza.



Kal'ladril
13

Aún resuena el eco del rugido final del dragón en los muros del castillo de Dohikäär. Su muerte lo ha llenado todo, como un presagio y un alivio en un solo golpe. Estoy dando vueltas en este inmenso salón del trono, pisando esa infinidad de cristales y monedas de oro que ya tan poco valen, observando las cicatrices que el combate ha dejado en este lugar y en nosotros mismos. Mi corazón late con fuerza, pero no de euforia.

No hay gloria aquí, no hay un triunfo verdadero.

Zynael está sentada sobre uno de los escalones que dan al mayestático trono, con los ojos entrecerrados y las manos en sus sienes. Su respiración es irregular, y el agotamiento por el exceso de magia la ha reducido a una sombra de su fuerza habitual. Quiero acercarme, sostenerla, decirle algo que calme el peso de lo que acabamos de lograr... Pero algo me detiene: una sensación opresiva en el pecho. Los brazaletes ya no están, y aunque su ausencia debería ser un signo de libertad, lo siento como una pérdida. Ella puede irse, alejarse de mí si así lo decide, y eso me da miedo. Por primera vez en toda mi vida, me aterra la posibilidad de que alguien pueda decidir marcharse de mi lado.

Además, Thaeón ya se está encargando de todo lo que no sé hacer yo. El brazo del humano pasa sobre su espalda para abrazarla, acercándola a él, dándole todo su apoyo, transmitiéndole la calma que su mera presencia parece regalarle.

Miro a Avaldur'h y a Dai-sha, ambos en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. Ninguno parece dispuesto a llenar este vacío con palabras. Jóngruf está cerca de Idril, quien permanece de pie, inmóvil, como si el tiempo se hubiese detenido para ella. Su mirada está fija en un punto

distante, empapada en esas lágrimas que apenas puede contener. El castaño la observa con una preocupación palpable, y, sin decir nada, le coloca una mano en el hombro. El gesto es sencillo, pero lleva consigo una silenciosa promesa. Ella no lo rechaza, a pesar de que su cabeza siga perdida en el recuerdo de su amado.

Záldur... Su nombre pesa como plomo en mi mente. Su risa, su lealtad, su determinación, todo lo que era ha desaparecido en las fauces de esa bestia frente a mis ojos. Me culpo por no haber llegado a tiempo, por no haber hecho lo suficiente.

Sí, hemos matado al dragón, pero a qué precio. La victoria sabe demasiado amarga.

De repente Thaeón rompe el sepulcral silencio.

—¿No deberíamos irnos? —Besa la cabeza de Zynael antes de volver a ponerse en pie—. Quiero decir…, poco más podemos hacer aquí. Tal vez deberíamos volver junto a los farcnars y emprender el viaje de vuelta a Wolftundur. Allí podrán atender nuestras heridas y podremos descansar. Al menos hasta que empiece la guerra.

Mis ojos se detienen en Zynael por un momento. Está herida, y aunque intenta disimularlo, su fragilidad es evidente. Así que asiento lentamente, consciente de que permanecer aquí no hará más que prolongar este malestar.

—Tienes razón —murmuro—. Nos vamos.

Idril se gira hacia mí, temblando como un cristal que está a punto de romperse.

—No puedo irme —Sus ojos amielados están llenos de desesperación—. Si nos vamos... ¿qué será de Záldur? No puedo dejarle aquí, abandonado como si nunca hubiera importado.

Siento un nudo en la garganta. Idril está al borde del colapso, y sus palabras resuenan con una verdad que ninguno de nosotros quiere enfrentar. Zynael sube su mirada hacia su amiga, observándola con todo el dolor de su comprensión.

—Idril..., Záldur ya no está aquí —Camino hacia ella, intentando encontrar las palabras correctas—. En este castillo no hay nada que te ate a

él.

—¡Ha muerto! —Llora, rompiéndose de nuevo—. ¡Ha muerto aquí! ¿¡Cómo voy a irme!? ¿¡Dónde voy a velarle si me marcho!?

—Aquí —Pongo mi dedo índice en su pecho, señalando el lugar que ocupa su corazón—. Puedes velarlo eternamente dentro de tus recuerdos, pero su cuerpo se ha ido. Ya no está, ni aquí ni en ningún otro sitio. Se ha marchado junto al dragón al más allá.

Ella me mira con los ojos llenos de dudas y dolor.

—¿Al más allá de los humanos o al de los elfos? —pregunta con un susurro.

Mi garganta se contrae.

—Él era humano de Wolftundur…, y pobre… Si llega a las puertas de ese cielo sus dioses van a expulsarlo al infierno... —Su angustia crece—. No tenía riquezas, ni un lugar al que llamar suyo. ¿Cómo podrá pagar la entrada que los dioses humanos solicitan?

Me inclino hacia ella, sosteniéndola por los hombros para que me escuche.

—Záldur está en Lyhändril, con los elfos —le digo, intentando que mi voz suene firme y segura—. Luchó con valentía para servir a uno de los nuestros, a mí. Su deseo era vivir en Drilembiyr'h, así que su muerte también cumplirá ese sueño. Las puertas de Lyhändril se han abierto para él. Está con mis dioses ahora, Idril. Te lo prometo.

La nyëlkhem cierra los ojos y asiente lentamente, aunque las lágrimas siguen cayendo. Veo en su rostro una lucha interna. Quiere creerme, necesita hacerlo, pero el dolor sigue siendo demasiado grande.

—Si está en Lyhändril, entonces espero que tus dioses quieran recibirme a mí también —Suspira, obligándose a calmarse—. Ha sido el único hombre que me ha amado de verdad, así que me encantaría reencontrarme con él. Tal vez cuando muera, yo ya esté lista para devolverle el sentimiento de la misma manera.

—Idril… —Jóngruf entorna su mirada con compasión—, no hables así. Aún eres joven y tu vida va a ser muy larga. Siendo la mujer increíble que eres, muchos hombres te amarán. Solo debes dejar que el tiempo sane el

dolor de su pérdida.

Idril clava sus ojos en mí, con una súplica que incluso me confunde. Toma aire profundamente, intentando mantener en sus pulmones el aroma de este momento y lugar, para guardarse dentro de ella parte de lo que ha ocurrido aquí.

Vuelvo a soltarla y centro mi atención de nuevo en Zynael.

—¿Estáis listos? —planteo, preocupándome en realidad únicamente por la respuesta de la rubia—. Cuanto antes lleguemos a Wolftundur, antes podremos descansar.

Zynael se impulsa con sus brazos para volver a ponerse en pie y clava sus ojos en mí. No necesito que responda para saber lo que piensa. Comparto la extraña sensación que debe estar torturando su interior.

***

Comenzamos a caminar por los pasillos del castillo, cada uno envuelto en su propio silencio, únicamente alumbrados por la luz de tres antorchas. Nuestros pasos resuenan como un eco hueco, acompañados por el crujido ocasional del polvo y la suciedad bajo nuestras botas. Regresamos al salón de baile. Este lugar que antes me había parecido grandioso, ahora solo es un recordatorio de todo lo que hemos perdido. Nadie dice una palabra. No hay nada que decir.

Cada uno de nosotros lleva consigo un peso distinto: la culpa, la pérdida, el miedo…

Al final del salón, subiendo las escaleras, el gran portón de oro se alza ante nosotros, ahora abierto de par en par. Más allá, en el hall principal, los farcnars nos esperan inquietos, como si pudieran percibir nuestro estado de ánimo.

Me acerco a mi alado amigo sin siquiera saludarle. No necesita que le hable para saber cómo me encuentro. Con solo mirarme parece darse cuenta de que las cosas no han salido como esperaba. Acaricio su cuello y suspiro cuando uno mi frente a su inmensa cabeza, hundiéndome en este cálido gesto que tanto me tranquiliza por dentro.

Roc me empuja hacia detrás para jugar, intentando animarme como siempre que me nota mal. Expiro una sonrisa y vuelvo a abrazarme a él. Su

calor me reconforta. Hundo los dedos en su plumaje y respiro hondo: huele a hogar y a tranquilidad. Me dejo envolver por la paz que me traen todos nuestros recuerdos, sosteniéndome en él igual que un barco se aguanta con su ancla en una noche de tormenta.

Este animal es como un refugio incondicional, pero no puedo quedarme en él por mucho tiempo, porque mi mente enseguida vuelve a pensarla.

Zynael.

La luz del crepúsculo comienza a mostrar los primeros rayos del amanecer, abriéndose camino entre esas nubes que ya empiezan a despejarse, esculpiendo su figura con una majestuosidad casi irreal. Su cabello dorado, antes puro como el Sol, ahora está empapado de ese líquido negruzco que alguna vez fue la vida del dragón. Tiene el rostro salpicado de suciedad, de sangre seca, de la huella de todo lo que acabamos de vivir. Sus pecas, esas constelaciones que tantas veces he observado en silencio, están ocultas tras el desastre. Y, sin embargo, nunca antes me había parecido tan preciosa.

Me quedo embelesado con esta visión, prendado de la poderosa imagen de lo que ella es: La muerte y la vida, la furia y la dulzura.

Zynael es la tormenta que azota mi mundo y el fuego que la ilumina.

Algo dentro de mí se retuerce. Es una sensación extraña que crece con una fuerza indomable. No sé cómo describirlo, porque jamás he sentido algo así antes. Es hambre y miedo al mismo tiempo. La certeza de que ahora, ahora que el vínculo que nos unía ha desaparecido, ya no tengo ninguna garantía de que vaya a elegir seguir a mi lado. La libertad vuelve a ser parte de ella, y me aterroriza que finalmente se dé cuenta de que lo nuestro es demasiado complicado.

La observo de arriba abajo, recorriendo cada detalle de su cuerpo como si fuera la primera vez que la veo. Como si no la hubiese tenido desnuda frente a mí, y mis manos no hubiesen estudiado cada suspiro de su ser.

Sus gruesos muslos, firmes y poderosos, aún tiemblan con el esfuerzo de la batalla, manchados y magullados. La curvatura de su falda marca sus nalgas, regalándome la visión de esa obra maestra de la creación. Su pecho sube y baja con respiraciones profundas bajo su preciosa armadura, intentando recuperar el aliento. Sus brazos, llenos de cortes y heridas,

siguen emanando una fuerza inquebrantable.

Zynael no es solo hermosa, es imponente. Es un maldito monumento a la pasión, a la fiereza y al coraje. No he conocido a nadie como ella en todos mis años de vida.

A nadie.

Roc emite un leve graznido para captar de nuevo mi atención, recordándome nuestra necesidad de partir. Agito la cabeza y vuelvo a centrarme, obviando ese sentimiento que ya empiezo a considerar tan obvio.

—Idril —hablo contundente—, montarás con Jóngruf esta vez. ¿De acuerdo?

El humano castaño me mira y asiente al instante, adoptando ese puesto tan protector que él mismo ya había decidido adquirir.

—De acuerdo… —Suspira ella, todavía muy afectada por lo que deja atrás.

—Thaeón —Me giro hacia el mejor amigo de Jóngruf. Sus ojos negros me observan fijamente, aguardando—, tú irás en Sumli con Zynael.

La rubia muestra su sorpresa, impactada por mi repentina petición.

—¿Puedo saber el por qué? —salta Zynael, intentando sonar suave para que su especial amigo no se sienta ofendido—. Hay farcnars de sobra para todos, lo justo para ellos sería repartir el peso.

—Sumli podrá sin ningún tipo de problema con tu peso y el de Thaeón —respondo, girándome hacia Roc para disponerme a montarlo—. Prefiero que vaya contigo y se asegure de que las fuerzas no te fallen. Puede que ahora no lo veas porque estás en caliente, pero el agotamiento puede vencerte de repente cuando esa adrenalina baje.

—Si tanto te preocupo, ¿por qué no te ocupas tú mismo? —Se cruza de brazos—. ¿Por qué no montas tú conmigo?

Thaeón nos mira a ambos y frunce el ceño, sintiéndose en el medio de este intercambio de ideas. Vuelvo a girarme hacia ella y abro la boca, pero las palabras no salen, pues solo serían excusas.

La realidad es que solo quería ponerla a prueba. Como si necesitase, ahora más que nunca, que me demuestre que a pesar de la ausencia de los

brazaletes seguirá eligiéndome a mí. La realidad es que me acojona pensar que otro pueda llegar a ocupar mi lugar.

—Pensé que querrías montar a Sumli —miento, ocultando la verdadera intención de mi anterior invitación.

—Quiero —mantiene ella—, pero tú puedes montarla conmigo, ¿no? ¿O tu culo solo se amolda a la espalda de Roc?

Thaeón da un paso hacia atrás, dándose cuenta de que él no puede aportar nada a esta conversación, rindiéndose ante la clara decisión de Zynael. La rubia parece haberse dado cuenta de mi actitud, y parece estar sospechando los motivos que guardo.

—Si no es problema, y tu gigantesco amigo me lo permite, yo me ofrezco a ser el jinete de Roc —Avaldur'h se acerca a mí, observando con fijación y admiración al inmenso farcnar—. Es un macho precioso, robusto y muy fuerte. Debe ser un sueño volar a lomos de uno como él.

Miro al norteño con el ceño fruncido, sintiéndome vencido por la situación.

—Zynael se sentirá más segura contigo —añade Thaeón, sumándose a la decisión de los demás. Algo dentro de mí me dice que él también se ha dado cuenta de mis intenciones. Por un momento, creo sentir que este ofrecimiento no habla solamente del farcnar al que montaremos—. Yo iré con Ghäoz, hemos hecho buenas migas juntos.

La mencionada cría brama, recibiendo al humano que enseguida le acaricia, confirmando la buena relación que parecen haber creado en el viaje de venida.

Finalmente asiento, cediendo a aquello que en realidad, en el fondo de mí, deseaba que pasara. Quiero aprovechar todo momento junto a Zynael, por lo que sea que pueda suceder. Me giro hacia el macho farcnar y le dedico un gesto con la cabeza, invitando a Avaldur'h a acercarse a él.

—Roc es un excelente volador —Acaricio la suave zona entre los ojos del äphyld, rascando ese lugar que tanto disfruta—. No hará ningún movimiento que pueda ponerte en riesgo, a no ser que se lo pidas —Ladeo mis ojos hacia el norteño, que enseguida inclina su cuello en señal de agradecimiento.

El farcnar agita sus plumas, acomodándose, y se gira hacia el alquimista.

—Tal vez lo haga —Sonríe tentado—. Si está acostumbrado a volar contigo, y de repente no le pido nada divertido, no me dejará volver a cabalgarlo.

Expiro una risita y ladeo mi comisura.

—Deberías vivir mil vidas para lograr volar como él y yo lo hemos hecho, novato.

Me doy la vuelta sin añadir nada más y me acerco a Zynael, que aguardaba con sus preciosos y plateados ojos fijos en mí. Algo en su silencio me dice que no deja de analizar mi actitud, pero decido ignorarlo y seguir fingiendo que está todo bien. No quiero que note mi miedo, reconocerlo sería hacer real esta ridícula inseguridad.

—¿Quieres guiarla tú, o lo hago yo? —Acaricio a Sumli para saludarla.

—Yo me encargo.

Enseguida me rodea y se coloca junto a ella. La hembra flexiona sus patas y se agacha, invitándola a montarla. Zynael no duda en hacerlo. Su cabello se mueve con el aire helado, una brisa que no alivia. La observo un instante antes de subir detrás de ella, acomodándome con naturalidad sobre la espalda de Sumli. Mi cuerpo se alinea con el suyo y apoyo mis manos a ambos lados de su cintura. Los demás montan también a sus respectivos farcnars, que enseguida empiezan a batir sus alas con fuerza, levantándonos en el aire, con el único sonido de las alas cortando el viento.

***

Comenzamos a alzarnos, alejándonos del castillo de Dohikäär, dejando bajo nuestros pies las ruinas y las sombras de lo que en su día fue esta ciudad. El viento nos envuelve con su rugido familiar. Debajo de nosotros, los escombros de Cinnadaoin se extienden como los restos de un sueño roto. Las piedras ennegrecidas por el fuego, recuerdos de lo que alguna vez sería un gran reino, ahora cubiertos por esa densa e infinita capa de nieve. La silueta inerte del dragón, sufriendo y completamente rendido, permanece grabada en mis retinas; su cuerpo gigantesco ahora reducido a un suspiro; y junto a él, en alguna parte, se ha quedado Záldur, nuestro amigo. El peso de su muerte aún oprime mi pecho. No puedo sentir la

victoria como tal cuando hemos pagado un precio tan alto.

Ninguno de nosotros parece capaz de mirar atrás. Ninguno se atreve. Todos sabemos que este lugar, y lo que aquí hemos vivido, nos perseguirá para siempre.

El cielo que ahora volamos es un reflejo de la dualidad de mi alma. Las nubes pesadas empiezan a desgarrarse, dejando que algunos rayos de Sol tiñan el horizonte con destellos ámbar y carmesí. Y aunque es precioso, me trae un mal presagio: La víspera de la Gran Guerra de Elthymeron, el cielo también se despejó. Es como si los dioses quisieran asegurarse de que viéramos el horror con absoluta claridad. La calma antes de la tempestad. Algo en el aire, en la forma en la que la luz baña la nieve y las sombras se extienden sobre las ruinas, me dice que la guerra que se aproxima será mucho mayor.

Y esta vez tengo la responsabilidad de evitar otra masacre.

Nos mantenemos en completo silencio, hasta que Zynael decide salir de sus propios pensamientos.

—¿Estás bien?

Me giro hacia ella, observando el perfil de su bonito rostro por encima de su hombro. Tardo un momento en responder. La verdad es que no lo sé. No después de todo lo que ha pasado, no después de lo que nos espera.

—No lo sé —respondo al final, sincero.

—Yo tampoco —susurra ella.

Frunzo el ceño. Por alguna razón, esperaba esa respuesta.

—Me siento… extraña —continúa—. Hemos terminado con la parte de la misión que más me preocupaba, he cumplido con mi pena y he recuperado la libertad… Pero por alguna razón, tengo ahora más miedo que antes.

Su respuesta me deja con un nudo en el pecho. ¿Será que se está sintiendo igual que yo? Su libertad marca una gran diferencia para nosotros. ¿Es este el comienzo de un nuevo camino juntos o el final del vínculo que hemos creído formar?

El miedo a esas respuestas crece en mi interior como una sombra inevitable.

De repente arrastra su cuerpo hacia atrás, encajando su trasero contra mi entrepierna. Un escalofrío recorre mi columna al sentir su proximidad, despertando con ese simple contacto mi insaciable hambre. Instintivamente la rodeo con los brazos, buscando transmitirle de vuelta todo lo que no soy capaz de decir con palabras. Apoyo mis manos en sus muslos desnudos, sintiendo su piel marcada por esas nuevas cicatrices. Sus músculos se contraen, temblando de forma involuntaria, y al instante sé que no es solo por el frío. Las pesadillas de lo que vivió siguen torturándola.

—Lo siento —susurro contra su oído, deteniendo mis caricias. Estoy a punto de volver a soltarla cuando separa ligeramente las piernas, buscando más.

—No lo hagas… —Sus manos encuentran las mías y las guía hacia el interior de sus muslos, indicándome que continúe en ese punto más vulnerable de su ser—. No pares. No te disculpes, por favor…

Siento cómo mi cuerpo se caldea al instante. Su confianza es el regalo más valioso que he recibido en toda la vida.

Sigo su invitación con mucho cuidado, respetando la angustia que cualquier contacto físico podría provocarle. Paso mis labios cerca de su cuello sin llegar a tocarlo, dejándole saber que estoy aquí, que la deseo, pero que no tengo prisa.

Y la escucho gemir.

Mis dedos dibujan pequeños círculos en su piel, memorizando cada reacción, cada estremecimiento. Cierro los ojos, dejando que su calor y su olor me inunden, que el sonido de su respiración profunda me envuelva. La deseo con una intensidad abrumadora, pero más que eso, quiero demostrarle que, sin importar qué pase, sin importar que ahora podamos elegir caminos distintos, yo sigo eligiéndola a ella.

El aire helado sigue azotándonos mientras surcamos el cielo, pero el frío se vuelve irrelevante comparado con el calor que nace entre nosotros.

Zynael mantiene su cuerpo pegado al mío, curvando su espalda para hacer presión en mi pelvis, como si estuviese rogándome llegar más allá. Y yo no soy capaz de negarme. No después de tanto tiempo sin sentirla. No después de tantas noches sin tocarla.

La misión aún no ha terminado, la Segunda Gran Guerra aún nos espera, pero por un momento parecemos necesitar olvidar todo. Aquí en medio del amanecer, donde nadie más puede alcanzarnos, ambos parecemos dispuestos a dejarnos llevar.

Mis manos siguen deslizándose por sus muslos hasta llegar al lugar donde se cruzan sus piernas. Su respiración se vuelve más profunda. Cuando acerco mis labios a su cuello, su cuerpo se deshace entre mis brazos. Inclina la cabeza y retira su pelo hacia el lado derecho, dándome todo su espacio, permitiéndome continuar.

Y lo hago.

Mi boca se pega a su piel y comienza a besar su yugular, haciéndola estremecerse. Mis dedos la exploran, presionando con caricias lentas sobre esa zona más dura y sensible bajo su corto pantalón, conociendo el delicioso sabor de lo que empieza a humedecerse más abajo. Zynael suspira y comienza a realizar ondas con su espalda, presionando como un baile contra mí. La dureza de mi cuerpo responde de inmediato, haciéndose notar contra ella, excitándola todavía más.

—Enana —Seseo contra su cuello. La tensión entre nosotros es insoportable—. Para de provocarme si no quieres que se nos vaya de las manos…

—¿Cómo podemos estar así después de lo que acabamos de vivir?… —Su voz se escapa entre varios gemidos entrecortados—. ¿Estamos enfermos?

—Por supuesto que sí —Muerdo su hombro suavemente—. Estoy enfermo por ti desde la primera vez que te vi.

Zynael estira su cuello y plañe hacia arriba, demostrando que ahora mismo no le importa nada más. No importan las cicatrices, ni las pérdidas, ni las dudas. En este instante solo existimos nosotros dos; solo existen nuestros cuerpos necesitando reencontrarse después de tanto tiempo; necesitando curarse juntos después de tanto sufrimiento.

Flexiona su brazo y lo pasa sobre su hombro para lograr agarrar mi cabeza, pegándome aún más a ella. Muerdo mi labio inferior, intentando contenerme. No es momento ni lugar para llegar más allá, pero ninguno de los dos parece querer evitarlo.

Mi mano derecha se abre paso por el interior de su falda pantalón y se posa finalmente en esa húmeda y sensible zona privada de su ser que ya parecía estar gritando mi nombre. Sus piernas se abren cuanto pueden, invitándome a sondear su interior con la largura de mis dedos. Está empapada, bañando mi mano en su placer, deseando pasar al siguiente nivel. Siento sus músculos contrayéndose y abriéndose alrededor de mi tacto, recibiéndome con todas esas ganas que parecía haber acumulado.

Y la toco despacio, tratándola con el mismo cuidado con el que se manipula un cristal roto que ha sido reconstruido. Quiero que disfrute, que me disfrute, que mis manos para ella siempre sean ese lugar de placer y paz al que pueda regresar sin que sus pesadillas la vuelvan a torturar.

Zynael deja su cabeza caer hacia detrás, descansándola en mí. Cierra los ojos y se deja llevar por ese sentimiento de subidón que parece incapaz de controlar. Aferro su cintura con mi mano libre y sigo trabajando su deleite, dispuesto a hacerla llegar al final.

Sumli parece darse cuenta de lo que está ocurriendo y asciende todavía más, manteniendo el vuelo por encima del de los demás, regalándonos esa intimidad. El frío viento y las nubes nos envuelven, pero la sensación de su chorreante sexo alrededor de mis dedos es lo único que ocupa mi mente. La rubia enreda sus dedos en mi cabello y gime libremente, sabiendo que de esta altura nadie la podrá escuchar. Nos aferramos el uno al otro sabiendo que al aterrizar esta magia podría desvanecerse; sabiendo que en tierra firme volveremos a tener que enfrentar todo lo que nos atormenta.

Aquí arriba, sin embargo, no existe nada más.

Nadie más además de ella y de mí.

Ninguno de los dos está listo para soltarse.

Y la llevo al límite, conociendo el suyo muy, muy bien; provocando en sus piernas ese temblor que causa el máximo de los éxtasis de una mujer. Hasta que, finalmente, se deshace en ese grito tan placentero para mis oídos.

Freno mi tarea y me detengo, apretando su cuerpo con el mío, volviendo a dejar libre su zona íntima. Llevo los dedos culpables de su deleite hasta mi boca, y degusto su exquisito sabor. Cierro los ojos para imaginar ese dichoso lugar al que me transporta. Mi boca saliva con hambre, extrañando

beber directamente de su elixir.

—Por Sauthriel, imbécil… —La oigo suspirar—. ¿Cómo eres capaz de provocarme algo así después de lo que hemos vivido? Debería darnos vergüenza.

Mordisqueo mi labio inferior antes de volver a mirarla. Su pecho se hincha y deshincha con profundidad, su mano sigue aferrada a mi nuca mientras que descansa su cabeza en la zona alta de mi esternón. Sus preciosos y perlados ojos buscan al instante la caricia de los míos.

—Me tienes loca…

Mi comisura se alza sin poder evitarlo, dejando escapar esa sonrisa que solo ella sabe provocar.

—Lo sé —Vuelvo a acariciar su oído, mi voz teñida de ese tono juguetón que sé que tanto le encanta—. Pero no dejes de decírmelo, enana.

Zynael sonríe. Su cuerpo sigue apoyado contra el mío, su placer todavía impregnado en mis dedos. Mis labios besan su cabeza y nos quedamos así, abrazados, relajados, perdiéndonos de nuevo en el silencio. Aquí, en este instante que estamos suspendidos entre las nubes, no hay guerra, no hay muerte. Solo ese sentimiento infinito que compartimos.

Deslizo mis dedos por su brazo, bajo su capa, hasta llegar a su muñeca. Allí donde antes llevaba el brazalete que nos encadenaba.

—Es irónico, ¿verdad? —susurra, dándose cuenta del objeto que buscaba y ya no está—. La libertad me sabe amarga, siento que necesito aferrarme a ti ahora más que antes. Es como si…, como si temiese lo que podría pasar si llego a soltarte de verdad.

—¿Qué es lo que temes exactamente? —runruneo.

La preciosa nyëlkhem expira una risa sarcástica y niega con la cabeza.

—Nada que merezca ser hablado ahora —Agarra mi mano, que seguía a la altura de su muñeca, y entrelaza nuestros dedos—. Quiero seguir así, ahora que aún puedo.

Entorno la mirada, comprendiendo y compartiendo a la perfección ese sentimiento. No añado nada. Simplemente dejo un beso en su hombro, agradeciéndole de esta forma el momento que hemos compartido.

—Sumli —me dirijo a la hembra farcnar, volviendo a la cruda realidad—,

deberíamos descender un poco para volver a juntarnos con los demás.

La inmensa hembra responde de inmediato, inclinando sus grandes alas con elegancia, reduciendo poco a poco la distancia entre nosotros y el resto del grupo, aunque sin llegar a mezclarnos del todo con ellos. Nos mantenemos por encima, lo suficientemente cerca para verlos, pero lo suficientemente separados para que este vuelo sea un momento solo para nosotros.

El trayecto continúa en un silencio casi sagrado. Sin la ventisca, todo lo que se escucha es el batir rítmico de las alas de los farcnars. Cinnadaoin se extiende en un vasto lienzo de blancura infinita, cubierto por esa gruesa capa de nieve. Todo parece inmutable, dormido bajo el peso del frío implacable.

Roc grazna y la familia de äphylds se eleva en cuanto alcanzamos la frontera natural del reino, esas aguas que alguna vez fueron un límite visible ahora parecen un vacío irregular en el paisaje. La marea ha descendido por completo, revelando ese territorio completamente inaccesible en cualquier otra época del año. Atravesamos el umbral de las nubes y el cielo nos envuelve en su anonimato. Desde tierra, ya no somos visibles.

«Muy bien Roc, bien hecho amigo» —pronuncio en mi mente, conociendo perfectamente las razones por las que ha decidido ocultarnos. Él ha sido testigo, con Zynael y conmigo, del ejército que estamos a punto de volver a sobrevolar.

Y seguimos avanzando así, entre el firmamento y el blanco prado de algodón que forman las nubes, protegidos por este refugio natural.

***

Los farcnars vuelan sin descanso, manteniendo el mismo ritmo a pesar de las horas que han pasado desde que partimos. A sus lomos hemos sido capaces de olvidar el mundo terrenal, oculto bajo ese océano de espuma suspendida en el aire. Aquí arriba no hay pistas de ningún ejército inmortal, ningún nigromante, ni del lugar repleto de muerte en el que debemos aterrizar. El mundo a nuestro alrededor ha ido cambiando poco a poco en cada instante, siendo testigos de cada una de las fases del día desde este lugar tan mágico.

Hemos vivido el amanecer, el punto más alto del día, y ahora su despedida.

El Sol, enorme y resplandeciente, comienza a desaparecer bajo las nubes, filtrando su luz entre las corrientes de aire como pinceladas de oro. Un espectáculo que solo nosotros, y los salvajes voladores, han podido apreciar. La estrella gigante va desvaneciéndose lentamente, hundiéndose en el horizonte hasta que solo queda una línea de fuego en el borde del cielo. Y luego, la noche se adueña de todo.

Para los sygäras, este cielo es un evento inconfundible.

El Descanso de las Estrellas.

Es el primer año huma que no he podido apreciar su comienzo, pero el clima cerrado y oscuro de las tierras que he estado transitando no me lo había permitido. Hasta ahora, que lo estamos sobrevolando.

Zynael observa la oscuridad a nuestro alrededor. Las estrellas están aquí con nosotros, pero apenas son visibles. Ese resplandor que en cualquier otro ciclo brilla con la fuerza de los sueños, se ha convertido en un parpadeo tenue y debilitado. Las constelaciones se han vuelto sombras apenas distinguibles en la negrura infinita. Y en medio de todo ello, con una presencia que impone con una fuerza avasalladora, comienza a nacer la Luna.

Nunca había sido tan grande.

El coloso plateado va dejándose ver, comenzando a dominar el firmamento. Una esfera titánica que parece haber descendido más cerca de Namhliä, reclamando todo el protagonismo que las estrellas le han cedido. Su luz es fría y pálida, pero tan intensa que proyecta sombras sobre las nubes, moldeándolas con un resplandor fantasmal. Su presencia es tan absoluta, su autoridad sobre el cielo es tal, que la piel se me eriza ante su magnificencia.

Zynael se queda prendada, como hipnotizada, observando la belleza desbordante y casi aterradora de esta Quinta Luna, que ya está a punto de llegar a su fin y que, sin embargo, no ha menguado lo más mínimo.

—Esta noche…, ¿había Luna Llena? —La nyëlkhem se da cuenta de lo mismo—. No es posible… ¿No? ¿Acaso es esto normal durante el Descanso de las Estrellas?

Mi mandíbula se tensa al mismo tiempo que mi expresión, y eso ya le sirve como respuesta.

—No, no lo es —Algo en lo más profundo de mi instinto me dice que esta Luna no es un simple fenómeno astronómico. Es un presagio.

Pero no hay tiempo para contemplaciones más profundas, porque antes de que pueda preocuparme más, los farcnars comienzan a descender.



Kal'ladril
14

El cambio de dirección me indica que hemos llegado a nuestro destino. Gracias a su dominio innato de los cielos, saben exactamente cuándo deben perder altura. Son capaces de notar el cambio sutil de la presión del aire y el aroma de lo que se encuentra en las proximidades de la tierra firme que están sobrevolando, sin necesidad siquiera de verla.

No hemos terminado de atravesar las nubes, cuando el hedor me golpea a mí también. Llega de repente, sin previo aviso, colándose en mi garganta como veneno. Es un olor que reconozco demasiado bien. No hay niebla que lo oculte.

Es la peste de la muerte.

La peste a Wolftundur. El reino del infierno.

La capital se muestra ante nuestros ojos finalmente, alzándose en esa imponente fortaleza de piedra. Las antorchas titilan en la muralla, iluminando con su resplandor rojizo las sombras de la ciudad. Pero esta vez, no están solas. Los campamentos militares que se han levantado alrededor, se extienden como un segundo cinturón de fuego en la oscuridad. Filas interminables de tiendas de campaña se alinean en la llanura de la periferia, con sus fogatas formando un mapa irregular de luz en medio de la noche.

Son mis hombres. Mi Ejército Dorado.

A pesar de las horas tardías, siguen entrenando. Puedo verlos desde lo alto, moviéndose en formación; corrigiendo la torpeza de muchos humanos; preparando a Elthymeron para lo que está por venir.

Siento orgullo. Pero el peso de la responsabilidad me golpea de repente

con la misma fuerza. Si fallo…, si cometo un solo error…, serán todos ellos quienes paguen el precio.

Los farcnars vuelan más allá de los campamentos y nos adentramos en el bosque. Es el lugar más seguro para aterrizar sin ser detectados.

***

Corren lentamente en cuanto sus garras tocan tierra, amortiguando el aterrizaje.

Tan pronto se detienen, desmonto y cedo mi mano a Zynael, ayudándole a hacer lo mismo. La rubia acepta mi oferta y salta, apoyando sus botas en este bosque una vez más.

—Ya estamos aquí otra vez… —Suspira. Comienza a acariciar a Sumli y observa todo a nuestro alrededor, como si reconociese cada uno de estos árboles—. Venimos de matar a Mäilkun Doh, y sin embargo este sitio sigue dándome pesadillas.

—Después de lo que os ocurrió aquí, es normal —Avaldur'h se acerca a nosotros, respirando el aire de forma profunda, distinguiendo esos olores que tanto le han acompañado durante toda su vida—. Y pensar que ahora volveremos a ver a Kèstiron…

—Ni lo menciones —gruño, notando cómo el rencor se apodera de mí. Mis puños se cierran—. Tengo una cuenta pendiente que no puedo saldar hasta que concluya la guerra. Si me lo nombras otra vez lo mataré, y perderemos la alianza de su tierra. Guardaos ese nombre, pronunciadlo si queréis donde yo no pueda escucharlo.

Acaricio a Sumli en el cuello, agradeciéndole en voz baja por haber sido nuestra portadora segura. Luego camino hacia Roc para asegurarme de que está bien. Me fijo también en sus crías, que vuelven a estar libres de carga.

—Tenéis que marcharos ya —Ordeno a mi alado amigo, volviendo a centrarme en él—. Antes de que cualquiera pueda veros.

Roc brama y enseguida seseo para callarlo, obligándolo a mantener la calma.

—No hay discusión, pequeño —Lo miro fijamente, de forma determinante—. Tienes una familia y vas a encargarte de cuidarla. Aquí no

estáis a salvo.

El farcnar me empuja con la cabeza y abre las alas, pretendiendo mostrarse imponente. Pero conmigo no le funciona para nada.

—Roc. He dicho que no —rechazo de nuevo—. No vas a quedarte a ayudarme con nada. No te necesito aquí, te necesito vivo. A ti, a Sumli, y a todas tus crías. Lo mejor que puedes hacer por mí es regresar a casa, y cuidar de tu familia y del bosque en mi lugar.

El inmenso äphyld solloza, igual que un cachorro que sabe que está a punto de separarse de su madre. Entiendo que no quiera despedirse ya, a mí me pasa igual, pero también sabe que mi petición es la decisión más razonable que puede tomar.

Zynael se acerca a mí y se coloca a mi lado, mirando a Roc con ternura. Es como si lograse comprender ese miedo a perderme que el alado animal está transmitiendo.

—Venga, sé un ejemplo —Apoyo la mano en su cráneo y lo empujo, separándolo de mí—. Sabes que estaré bien. Volveremos a vernos cuando todo acabe. Ahora vete. No lo alargues más, solo pones en riesgo a tu familia y haces la despedida más difícil.

Mi amigo vuelve a gritar.

—Vete, Roc —repito—. Idos. Ya.

El farcnar da varios pasos inseguros hacia atrás, no sabiendo muy bien la decisión que quiere tomar. Sé que comprende lo que le pido, pero nuestro vínculo parece impedirle marcharse sabiendo el riesgo al que muy pronto me deberé enfrentar. De repente comienza a picotear sus plumas y agarra un par de ellas. Con ambas en el pico, vuelve a acercarse a mí y me mira fijamente.

No logro evitar sonreír, sintiéndome conmovido por su gesto.

—Esto sí que puedo aceptarlo —Extiendo la mano con la palma hacia el nublado y oscuro cielo nocturno y permito que mi amigo apoye en ella sus regalos.

Sumli sigue la idea de su pareja, y le cede una de sus plumas a Zynael.

—Gracias… —susurra emocionada, incapaz de creerse el vínculo tan único que ha logrado crear con la hembra farcnar.

Las cinco crías siguen el ejemplo de sus padres: Gëala ofrece una de sus plumas a Dai-sha, su jinete; Mäldruh hace lo mismo con Avaldur'h; Tylkar regala su fidelidad a Idril; Ghäoz, por supuesto, a Thaeón; y Zòmbrulh se la ofrece a Jóngruf.

Observo la escena lleno de emoción, muy satisfecho con todos los vínculos que se han formado, y a la vez triste por lo que significa esta despedida. Me complace saber que los farcnars van a estar a salvo, pero ninguno de nosotros puede garantizar su supervivencia. Ninguno de nosotros puede prometer un reencuentro.

—Gracias, amigo mío, por estar siempre ahí para mí. Por todo lo que has hecho, y todo lo que sé que estarías dispuesto a hacer —Vuelvo a centrarme en Roc—. Te aseguro que contaré contigo si en algún momento no encuentro otra salida.

Enrollo el cálamo de las plumas en mi trenza, adornándola con ellas. Sin duda, es el mejor de mis complementos. Lo que empezó como una necesidad, ha pasado a formar parte de mí y de mi personalidad.

Roc aguarda, mirándome fijamente con esa mirada que tanto suplica.

—Ven aquí.

No duda ni un instante y se lanza hacia mí, empujándome con todas sus fuerzas, haciéndome retroceder varios pasos mientras abrazo su cabeza. Me sale reír, incapaz de reaccionar de otra manera ante su infantil y cariñoso comportamiento. Me aferro a su inmenso cuello y hundo mis brazos en sus suaves y densas plumas, sintiéndolo muy cerca de mí. Y no solo de forma literal. Nuestras almas parecen sincronizarse al instante, sintiendo todo el pesar que el otro está guardando en su interior. Esta despedida sabe demasiado amarga. Por primera vez, ambos somos conscientes del riesgo que corro.

—Por mucho que crezcas, y mucha familia que formes, siempre vas a ser el mismo polluelo. Mi polluelo… —Rasco su cabeza y vuelvo a separarme de él, intentando no hacer esto todavía más complicado—.

Te quiero, amigo mío.

El macho farcnar retrocede de nuevo.

—Llevaos a vuestras crías de aquí —ordeno.

Sumli grita al cielo y comienza a batir las alas, alzando el vuelo enseguida, sabiendo bien, como buena madre que es, el riesgo que corren sus volantones cada instante que pasan en esta tierra. Pero Roc sigue dudando.

—Venga Roc, vete de una vez —Frunzo el ceño, pero algo en mi amigo sigue anclándose a mí, negándose a marchar.

Zynael nos mira a ambos con pena, comprendiendo el sentimiento del animal. Se mueve inquieto frente a nosotros, las plumas de sus alas crispándose con un temblor casi imperceptible. Su mirada se mantiene en la mía, intensa, indecisa. Sabe lo que tiene que hacer, pero no se mueve.

—Vamos —susurro, acariciando con ternura la base de su pico.

Veo sus garras clavándose en la tierra húmeda. Sus ojos reflejan una angustia que me cala hasta los huesos. Es como si supiera algo que yo no. Como si esta despedida para él no fuera una simple separación temporal, sino un adiós definitivo.

El nudo en mi garganta se aprieta con más fuerza.

No quiero ni pensar en eso. No puedo.

—Debes irte, Roc —digo, mi voz más dura de lo que pretendía. Mis ojos arden, pero no lloro. No puedo permitirme hacerlo—. Sumli, tus crías y Yókhubo te necesitan.

El alado äphyld sigue sin marcharse, la forma en la que me mira me desgarra por dentro. Mi corazón late con dolorosa lentitud.

—Vete… —le advierto, acercándome a él como si debiese retarlo—. ¡Vete! —Lo empujo con ambas manos, obligándolo a obedecerme por mucho que nos duela a los dos.

Roc retrocede, pero aún duda. Sus ojos heridos me rompen en pedazos. Aprieto los puños, conteniendo las lágrimas que amenazan con traicionarme.

—¡Márchate de una maldita vez! —grito, más fuerte de lo que pretendía.

Roc finalmente extiende sus alas con un batir poderoso. Me echa un último vistazo, como si intentara memorizar mi rostro, y con un rugido ahogado de tristeza alza el vuelo uniéndose a su familia en la distancia. Lo

veo perderse en la oscuridad de la noche, y al instante el aire se siente más frío, más denso y más pesado.

Un mal presentimiento se aferra a mis entrañas oprimiéndome el pecho, un nudo imposible de deshacer que crece con cada latido. Todo lo que ha ocurrido, desde la caída del gran doh hasta esta separación, me parece un presagio oscuro; una advertencia de que algo muy malo está por venir. Algo que no podré evitar.

Cierro los puños, intentando disipar el temblor en mis dedos. No puedo permitirme flaquear ahora. No frente a ellos. No cuando debo liderarlos.

Entonces siento una mano cálida rozando la mía. Solo con sentir su piel, incluso si no sintiese su aroma justo a mi lado, incluso si hubiese miles de manos tocándome a la vez, sabría adivinar de quién es.

Me giro hacia Zynael, que al instante me arropa con su hermosa mirada. No dice nada, no pregunta, no me consuela, no me da falsas promesas de que todo saldrá bien. Simplemente está ahí. Su palma se desliza sobre la mía con una suavidad tranquilizadora, entrelazando nuestros dedos en un gesto que transmite más de lo que cualquier palabra podría. Está fría, y aun así su calor logra envolverme. Me aferro a ella, a su presencia, a la única certeza que tengo en este momento:

Con o sin brazalete, la quiero a mi lado para siempre.

Inhalo profundamente, aprovechando este instante de consuelo que ha querido regalarme antes de apartar la vista para centrarla en los demás. Debemos seguir adelante.

Los miro a todos, uno por uno, analizando sus rostros marcados por el cansancio y la pérdida. Idril se abraza a sí misma, con la mirada perdida en la espesura de los árboles que nos rodean. Sé en qué está pensando, sé a quién extraña. Y mi corazón se oprime por ella. Este bosque... Estas tierras… Aquí conocimos a Záldur, aquí comenzó ese camino en el que decidió acompañarnos. Hemos regresado a Wolftundur, pero el wolftundiano ya no está. El dolor en su expresión es inconfundible. No llora, pero lo lleva en su postura, en la forma en que se aferra a sí misma, como si al hacerlo pudiera sostener los pedazos rotos de su alma.

No hay palabras que puedan aliviar su pérdida. No hay palabras que vayan a aliviar ninguna de las pérdidas que seguramente viviremos en la

Segunda Gran Guerra.

Me enderezo, dejando que el peso de la responsabilidad se asiente de nuevo sobre mis hombros. A pesar de ser una sensación familiar, esta vez parece más aplastante. El deber se vuelve contra mí como una sombra que no puedo apartar.

Pero no puedo vacilar. Todo lo que hemos logrado hasta ahora, depende de lo que haga a partir de este momento.

Inspiro hondo, llenando mis pulmones de aire frío, limpiando mi mente, arrastrando con ella la confusión que aún persiste, la incertidumbre.

No tengo derecho a dudar.

El futuro de todos nosotros, de nuestras familias y de nuestros pueblos, depende de mis decisiones. El futuro de Elthymeron pende de un hilo, y ese hilo será más grueso o más fino dependiendo de la confianza con la que lleguemos a la batalla. Este grupo de aquí no ha dejado de creer en mí, y yo no voy a fallarles.

—Escuchadme —Mi voz resuena en el aire helado mientras hablo, firme, clara y decidida, como una espada cortando la niebla de la duda— . No hemos llegado hasta aquí para dejarnos vencer por el miedo. No solo lo digo por vosotros, también quiero recordármelo a mí mismo — Todos se giran para mirarme, prestándome la atención de un líder—. Hemos luchado contra el frío, el agotamiento, la muerte en infinidad de ocasiones, y hasta contra el maldito Mäilkun Doh. No ha sido fácil, sabíamos que no iba a serlo, pero seguimos en pie. Nosotros seguimos aquí, y debemos seguir con la misma fuerza por todo lo que está en juego. La Segunda Gran Guerra está a una luna de llegar, y no solo vamos a luchar por la victoria, sino por nuestro hogar. Elthymeron entero, todos sus habitantes y su futuro, dependen de nosotros.

Los miro uno a uno recorriendo sus rostros, buscando algo que me devuelva la fuerza que necesito ver. Cada uno de ellos lleva consigo la marca del sufrimiento, las huellas de lo que hemos perdido y de lo que hemos tenido que hacer. El cansancio es evidente en sus cuerpos, pero también lo es la resistencia en sus ojos.

—Os quiero tal y como habéis demostrado ser, invencibles, para que todo el mundo pueda ver que no hay nada más fuerte que la unión de las

razas. Quiero vuestra ira y vuestra rabia, que la transforméis en vigor y que venguéis a Záldur y a todos los que caerán en la batalla — continúo—. Nosotros nos hemos forjado juntos, y vamos a ganar juntos. No porque todos vayamos a sobrevivir, sino por lo que vamos a conseguir. Vamos a salvar Elthymeron, a nuestros pueblos, y después haremos de él un continente en el que todos viviremos por igual. Vamos a sacar nuestras fuerzas una vez más. Mataremos a Ortheel, derrotaremos al ejército inmortal, y demostraremos a todo Namhliä que no se trata de los dioses en los que creas, ni de la forma de nuestras orejas. Vamos a luchar para derrotar al enemigo, pero sobre todo por ese futuro que queremos construir —Hago una pausa, observándolos con detenimiento—. Y si a alguno de nosotros nos toca partir al más allá, recibiremos a la muerte en pie, con nuestra espada en la mano, orgullosos de todo lo que habremos logrado. Porque os aseguro, y eso sí que os lo juro, que este continente va a cambiar hasta ser un lugar más parecido a este grupo que hemos formado —Mis ojos se encuentran con los de Thaeón, y seguidamente con los de Jóngruf, que han enderezado su espalda con honor—. Vosotros, amigos míos, sois mi motivación y mi fuerza. Y os juro por mi nombre y mi apellido, que sin distinción os tomaré de inspiración para reconstruir, una a una, todas las tierras que hemos recorrido.

Todos parecen llenarse de energía. Su fe en mí, en nosotros, se muestra en cada uno de sus rostros. Thaeón y Jóngruf se llevan el puño al corazón, en ese símbolo que ya considero tan de ellos como mío.

Avaldur'h me observa con los ojos brillantes, conteniendo una emoción difícil de describir, como si la esperanza y la tristeza estuviesen batallando en su interior. Idril solloza a su lado, cubriendo su boca con las manos, permitiendo a su alma confiar en mis palabras a pesar de todo su dolor. Dai-sha, un poco más atrás, levanta el rostro con determinación. Su expresión es firme, pero sus ojos traicionan el nudo en su garganta, ese miedo y malestar con el que parece estar luchando. Zynael sigue aferrando mi mano con una fuerza que me atraviesa, su mirada fija en mí con un orgullo que siento en lo más profundo del corazón.

Siento cómo la confianza toma de nuevo forma en mi interior, como una roca que se asienta en el suelo, sólida e inamovible. No hay espacio para la duda dentro de mi responsabilidad.

***

Descendemos la ladera, avanzando hacia los campamentos militares que se extienden ante nosotros como un vasto océano de estandartes, fogatas y ecos de conversaciones. La capital de Wolftundur nos espera, y me siento completamente listo para lo que voy a tener que enfrentar. Me siento completamente seguro de todas las decisiones que voy a tomar.

Zynael, Dai-sha y yo somos los primeros, seguidos por el resto del grupo.

Avanzamos entre las filas interminables de tiendas de campaña, las enormes estructuras del ocaso y el dragón que se despliegan a lo largo de todo el campo. Siento la vibración de la tierra bajo mis botas, el crujir de la hierba pisoteada por tantos hombres. Mis hombres. Me fijo en ellos, una marea dorada de fuerza y precisión. Mi ejército es la mismísima perfección. Hay algo sobrecogedor en su nombre, algo que me llena de orgullo: No son simples soldados, son el Ejército del Sol, una fuerza invencible que ni el pasar de los años extingue. Y yo, como capitán general, soy su símbolo principal. Aunque no porte su armadura, en mis venas corre el mismo metal que resplandece en los yelmos de cada uno de ellos. Somos uno, somos la luz en la oscuridad.

Veo la duda en los rostros de los que nos prestan atención por primera vez, como si fuesen incapaces de asimilar que este grupo que regresa fuese el mismo que partió para enfrentarse al gran doh. Pero entonces, uno de ellos levanta el puño hacia su pecho, y en un instante, todos los demás lo siguen.

La unidad se hace palpable en el aire, y me siento elevado, como si cada uno de esos gestos de respeto me diera un poco más de fuerza.

—¡Capitán, mi capitán! —Las voces resuenan en un unísono perfecto.

—¡Bienvenido de nuevo, mi wäilkun!

—¡Mhynestirri, capitán! —Sus palabras parecen un himno, demostrando esa lealtad inquebrantable.

Avanzo entre ellos, devolviendo el gesto a muchos, levantando la mano en señal de agradecimiento. Es una satisfacción indescriptible ver la forma en la que me tratan, pues sé que no lo hacen porque me consideren superior, sino por lo que significa para ellos mi representación a este

ejército; porque respetan de corazón mi infinito esfuerzo. Ese niño que soñó con ser parte de la protección del reino, y de la creación de mis dioses, se siente orgulloso en estos momentos. He trabajado muy duro desde que tengo memoria, he sacrificado mucho, y he sufrido. Ser digno de este escudo y lo que representa, al igual que proteger el Bosque de Yókhubo, han sido siempre mi única razón de ser; lo único que ha dado significado a la vida que he pasado.

De repente ese olor tan reconocible vuelve a crear un sentimiento incómodo en mi pecho, sabiendo muy bien lo que vamos a encontrarnos al final de este camino.

Y entonces, llegamos.

Las puertas de Wolftundur se alzan ante nosotros, enormes y abiertas de par en par, custodiadas por esos soldados humanos que piden justificación a cualquiera que pretende entrar. La muralla del horror sigue siendo exactamente igual, una abominación de la que no puedo apartar la mirada. Cientos, quizás miles, de cadáveres siguen colgando de las almenas. Los cuerpos descompuestos devorados por las aves carroñeras, volando alrededor como sombras inquietantes. La peste que emana de este lugar es la misma que la última vez que estuve aquí: Densa. Nauseabunda. Asfixiante.

Se cierra mi garganta. Siento cómo mi odio hacia el rey Kèstiron crece cada vez más, retorciendo mis entrañas, avivando esa llama de mi interior que reclama la venganza.

Los guardias del Ejército de los Lobos nos reciben con efusividad, como si en algún momento les hubiésemos dado la confianza para hacerlo, como si de verdad creyesen que hemos olvidado lo que nos hicieron. Se lanzan hacia mí saturándome de preguntas. Mi ceño se frunce, ni siquiera son lo suficientemente valientes para poder digerir y comprender realmente las respuestas que buscan.

Se amontonan uno tras otro, saturándome con su ansiedad.

—¡¿El dragón?! ¡¿Lo mataste?!

—¡¿Cómo es la gran bestia?!

—¡¿Traes su cabeza?! ¡¿Estamos a salvo?!

—¡¿Cómo lo has conseguido?! ¡¿Estás seguro de que ha muerto?!

Las preguntas se suceden rápidas y vertiginosas, casi imposibles de seguir. Cada una de ellas me taladra el cerebro, molestándome inmensamente esa avalancha de curiosidad malsana. No hay respiro, no hay espacio para que mi mente se centre en algo más que en esas voces, esas miradas ansiosas, esa necesidad desesperada de saberlo todo.

Agarro a Zynael por la cintura y la pego a mí, sabiendo el asco que debe estar sintiendo al volver a ver este escudo y estas armaduras. La rabia que siento hacia este reino, hacia todo lo que representa, está a un suspiro de romper del todo mi paciencia.

—Quitaos de mi vista, ridículos bastardos —mi tono es gélido. Mi mirada se endurece—. No os debo ni una sola respuesta. Podríais nacer diez veces, y solo llegaríais a parecerme la mitad de lo relevante que puede resultarme una sucia lombriz.

El silencio cae sobre el grupo y sus preguntas se detienen de golpe, como si el impacto de mis palabras los hubiera dejado sin aliento. Los guardias de Wolftundur, acostumbrados a la sumisión de sus ciudadanos, parecen vacilar por un momento.

—¿Estáis sordos? —Zynael gruñe con mi misma rabia—. Que os hagáis a un lado.

No son capaces de decir ni una sola palabra, simplemente se miran unos a otros y se apartan, demasiado cobardes para reaccionar ahora que saben quién soy de verdad.

Avaldur'h se coloca a mi lado cuando comenzamos a avanzar, observándome con calma. Esta vez no dice nada, no me vende esos ridículos consejos que intentó imponerme la última vez. Sabe que no voy a tratarlos con un respeto que no siento simplemente porque los necesitemos. Ya no. La única tregua que voy a concederles es dejarles con vida, y eso es solo de momento.

***

Las puertas de Wolftundur se quedan tras nosotros y la ciudad se abre ante nuestros ojos, sombría y fría, atrapada en esa penumbra perpetua. No importa que sea de noche en todo Elthymeron, dentro de este reino la luz

siempre parece más débil, como si la ciudad misma hubiera aprendido a rechazar cualquier vestigio de claridad.

Avanzamos calle arriba.

Cada paso sobre las rocas planas que pavimentan el camino resuena sobre el extremo silencio que nos rodea, como si la ciudad entera nos estuviera escuchando. La humedad se filtra por las paredes de piedra de cada una de las casas, impregnando el aire con ese olor rancio a moho, a madera podrida y a lluvia estancada. Bajo nuestros pies el barro se mezcla con desechos y restos de comida, pegajoso y sucio, en un recordatorio constante de la negligencia en la que esta ciudad se ha sumido. El hedor es una amalgama de la vida de sus pobres habitantes: el pescado en descomposición dejado en los mercados al aire libre, el humo espeso que emana de las chimeneas, la peste a falta de higiene… Huele a hambre.

Es un estilo de vida que se adhiere a la piel, que se mete en la ropa y en los pulmones hasta que uno deja de notarlo y, por falta de opciones, se acostumbra a vivir con él.

Las mujeres ceden sus tareas cuando nos ven pasar, olvidando sus recados. Y los cuchicheos comienzan. Como un murmullo poco discreto, mi nombre se escurre de boca en boca. Ellas son los únicos habitantes que quedan en la ciudad, porque ellos ya no están. No hay ni un solo hombre en los lupanares, trabajando la madera, ahogándose en barriles de alcohol, forjando espadas o tallando la piedra. Todos han sido enviados a Dostanit a prepararse para la guerra. Desde los más jóvenes que apenas habrán sostenido una espada, hasta los ancianos que apenas podrán sostenerse en pie. Sin excepciones ni piedad.

—No hay ni un solo varón… —gruñe Zynael entre dientes, dándose cuenta de lo mismo que yo.

—Tampoco hay niños… —responde Thaeón siguiéndonos desde atrás—. No creeréis que haya arrastrado también a los niños…

—Hablamos de Kèstiron —masculla Avaldur'h, respondiendo lo que todos nos estábamos temiendo—. Sus habitantes son meras herramientas desechables. Debió asustarse por la diferencia del número de aliados con el rival, y habrá decidido mandar a todo hombre capaz de andar.

El pensamiento me llena de rabia. No porque me sorprenda, él es capaz

de eso y mucho más, pero imaginarme a niños de todas las edades en la batalla me inquieta inmensamente.

—Si tú lo dices será verdad —Giro mis ojos hacia el albino cargados de reproche—. Al fin y al cabo, lo conoces mejor que nadie. Lo has visto nacer, y convertirse en el monstruo que es.

Avaldur'h asiente con un leve gesto que parece una disculpa, y seguimos avanzando en silencio.

Finalmente, conforme vamos llegando al final de la subida, la calle se ensancha abriéndose en esa plaza que precede a la muralla del castillo. Allí nos espera la segunda visión horrenda de la ciudad Wolftundur, el pasillo del horror.

Los cadáveres empalados flanquean el perímetro de la entrada al palacio. Algunos recientes, otros en ese color entre verduzco y morado propio de un avanzado estado de putrefacción… Y todos ellos comidos por las aves carroñeras que sobrevuelan nuestras cabezas, soltando ese graznido distante y ensordecedor.

Más allá de la muralla, subiendo la escalinata, el inmenso horno sigue soltando su humo. No hace falta acercarse para sentir los gritos de las personas que están agonizando desde dentro. Siempre hay alguien alimentando ese fuego.

Cierro los puños. Mi ira arde tanto como sus llamas, tanto como el odio que me consume con cada segundo que permanezco en este lugar. Hasta que, de repente, siento una mano firme agarrándome del hombro.

—Te diría que respires hondo, pero teniendo en cuenta tu olfato eso solo te pondría de peor humor —me habla Avaldur'h, manteniendo su calmado tono para intentar relajarme—. Sé paciente.

—¿Piensas que solo estoy de mal humor? Voy a matar a este maldito monstruo.

—Lo sé —Asiente, como si de esa forma estuviese dándome completa libertad para ello—. Estoy deseando que lo hagas. Como bien has dicho, lo conozco mejor que nadie. Sé cuánto lo merece, pero ahora debes ser paciente —repite—. No quieres iniciar una guerra entre humanos y sygäras ahora que necesitáis manteneros unidos. El enemigo que nos viene del norte debe ser una prioridad más grande que vengar a tu honor.

—No se trata de mi honor. He sido excesiva y ridículamente paciente con él —Me giro hacia el norteño para encararle—. Lo fui en esa plaza cuando nos apresó, lo fui en sus apestosas celdas cuando me torturó, y sobre todo lo fui cuando a ella le…

—Lo sé —me frena, evitando que siga encendiendo mi rabia—. Lo fuiste cuando volviste a mirarle a la cara después de lo que os hizo, y sigues siéndolo cada segundo que pasas en sus tierras sin perder la razón. Por eso debes seguir recordando los motivos que te han llevado a sostener tanto esa cordura, y guardar la venganza para cuando Elthymeron ya no tenga nada que perder.

Tenso mi mandíbula y miro hacia otro lado, dándole con este silencio la razón. Mis ojos se ladean de forma involuntaria hacia Zynael, necesitando ver su estado de ánimo para lograr tomar una decisión. Pero ella, igual que siempre, está fuerte. Su barbilla se alza y asiente, acompañando a Avaldur'h en su consejo.

—Retén esa rabia, imbécil —me regaña de repente. Mis ojos se abren con sorpresa—. Si te pierdes y matas al monstruo de Kèstiron, iniciarás algo que ahora mismo no nos viene nada bien. Por no hablar de que estarías tirando por el suelo todo el sufrimiento que vivimos y la resistencia que mantuvimos cuando nos encerró.

Respiro hondo.

—Cómo son las cosas, ¿eh? —Enarco mi ceja—. Tú, la nyëlkhem cabezona que tantas molestias me ha provocado con sus ataques de ira, dándome consejos de paciencia.

Se acerca a mí y clava su dedo índice en mi cuello, en esa cicatriz que dejó el collar con el que me apresaron.

—Mira, sygära idiota —Me devuelve las formas—. No me contuve las ganas infinitas de incinerarlos a todos para que ahora vengas tú a cargarte todo mi esfuerzo y sufrimiento. ¿Crees que yo no quiero matarlo ya? Tengo pesadillas cada día por lo que mandó que me hicieran, y mi alma se muere de rabia cuando veo tus cicatrices.

Fijo mis ojos en sus labios, escuchándola atentamente.

—Lo haría arder tan pronto viese su horrenda y repulsiva cara jactanciosa, pero una vez más voy a contenerme, porque lo que está en

juego es mucho más importante que yo.

—Para mí no.

Su boca se queda muda y su mirada se petrifica en la mía. Todavía es incapaz de entender lo poco que me importa cualquier otra cosa si la comparo con ella. Vuelvo a subir la mirada a sus ojos para echarle un último vistazo y me giro hacia el castillo, auto-convenciéndome de que soy lo suficientemente fuerte para vencer a la ira.

Avanzamos por el puente. En lo alto de las almenas los guardias de Wolftundur nos observan. Varios añafiles resuenan anunciando nuestra llegada. Su sonido metálico y vibrante se expande surcando la noche, y en cuestión de segundos, el eco se replica en otras torres, alertando a todos en su interior.

Veo a los soldados apostados junto a la puerta entrecruzar miradas antes de enderezarse. No necesitan detenernos, ni siquiera lo intentan. Se hacen a un lado casi de inmediato, permitiéndonos el paso sin vacilar.

Pero, una vez más y para mi pesar, sus lenguas no permanecen quietas.

—Mira tú por donde… el sygära ha vuelto —dice uno con un deje sarcástico, como si estuviese intentando bromear conmigo, escupiendo a un lado antes de continuar—. ¿Debería arrodillarme ante ti?, finalmente sí que vas a resultar lo que prometían.

—¿Arrodillarte? —suelta Dai-sha—. Ridículo, no podrías con tanto.

El otro se echa a reír.

Ruedo los ojos al cielo. Sus palabras no parecen pretender insultarme, pero tampoco felicitarme. No hay honor, solo esa confianza excesiva. Como si el hecho de que vayamos a luchar juntos ya hubiese sellado mi lugar entre ellos; como si hubiese pasado de ser un completo extranjero, a uno más con el que pueden tomarse la libertad de bromear.

No les doy el gusto de una respuesta, ni siquiera desvío la mirada en su dirección. Los ignoro con la misma indiferencia con la que se ignora el zumbido de una mosca.

Ascendemos las escaleras en completo silencio. La atmósfera se vuelve más densa con cada paso que damos, más pesada, como si la piedra del castillo hubiera absorbido el sufrimiento vivido en el interior de este lugar.

La inmensa escultura metálica en honor a los dioses huma, y a sus lobos, se alza con su presencia imponente. Esa imagen majestuosa y profundamente repugnante, digna de este lugar de muerte. Las murallas siguen siendo una abominación: Mujeres desangradas, clavadas en ruedas como decoraciones grotescas, pintando la piedra con esa sangre que aún sigue fresca.

La rabia me ahoga.

Me obligo a no mirar y fuerzo la vista hacia delante, ignorando los gritos y los golpes que ocurren en el interior del horno. Aguanto la respiración, evitando percibir este horrible olor. Mis puños se aprietan con tanta fuerza que el dolor empieza a irradiar desde mis palmas. Siento la presión de mis propias uñas incrustándose en mi piel, provocándome incluso la sangre. A mi lado Zynael camina en silencio. No dice nada, pero la tensión de su mandíbula y la rigidez en sus hombros me dicen todo lo que necesito saber. Sé que esto le consume por dentro.

—Solo dime lo contrario a lo que me acabas de pedir —murmuro para ella—. Dime que no soportas esto, que no puedes alargarlo más, y acabaré con todos y cada uno de ellos y con todo el que se interponga. No me importa que nuestro ejército quede reducido a la mitad. Dime que no aguantas este reino, y eliminaré todo rastro de su tierra.

Zynael no responde de inmediato. Por un momento, solo escucho su respiración. Su mente parece estar intentando procesar el peso de mis palabras.

—No soporto esto, y no aguanto este reino —Sus ojos se giran hacia mí —. Pero menos soportaría verte de tal forma. Nuestro enemigo es aquel que vimos desde el cielo. Cuando acabemos con él, y ya no necesitemos nada de estos hombres, les castigaremos por lo que nos hicieron. Si no han caído en la batalla, mataremos a Kèstiron y a los responsables. Pero a *nadie* más que a ellos.

Mis dedos tiemblan sobre el puño cerrado. No porque dude, ni porque no comprenda su lógica, sino porque esa necesidad de justicia, de venganza, me quema más que nunca.



Kal’ladril
15

Las puertas del castillo se abren con un chirrido profundo, deslizándose sobre sus goznes como si el mismo edificio exhalara un pesado suspiro. Más allá del umbral, cuatro guardias reales nos esperan. La luz de las lámparas se refleja en sus armaduras de acero, provocando destellos bruñidos.

—Bienvenido, príncipe Kal’ladril, elfo Avaldur’h, y compañía —pronuncia uno de ellos—. El rey Kèstiron de Wolftundur y el rey Karanthir de Drilembiyr’h han sido avisados de vuestra llegada. Nos han ordenado reuniros en el salón del trono, donde aguardan —Su tono es formal, siendo el único que hasta el momento ha mantenido su profesionalidad, pero en su mirada percibo la misma chispa de curiosidad que había en los demás. No solo por mi regreso, sino por lo que ahora represento.

Todos parecen estar esperando algo de mí ahora que he logrado matar al dragón, pero no tienen ni idea de que en realidad no he sido yo.

No respondo de inmediato.

Mis pies permanecen clavados en el suelo durante un instante más largo de lo necesario. Mi corazón late a un ritmo extraño. No por duda, sino por inquietud. Por primera vez en mi vida, el reencuentro con los míos llega a ponerme incómodo. Me he despedido de la capital y he vuelto a ellos infinidad de veces, pero hoy es diferente.

Hoy voy a hacer algo que podrá cambiar nuestro vínculo para siempre.

—Bien —respondo de forma tajante después de respirar hondo.

Estoy a punto de dar el primer paso, lleno de decisión, cuando alguien me aferra por el hombro para detenerme.

—Hasta aquí puedo acompañarte —me habla Avaldur'h en cuanto me giro hacia él, despidiéndose antes de que pueda continuar—. Estaré por aquí, pero intentaré ser invisible. Te buscaré pronto, zalèüh. Espero que la reunión familiar vaya bien.

Asiento, conociendo mejor que nadie las razones que le obligan a separarse de nosotros en estos momentos.

—Descansa, zalèüh —Llevo mi puño al corazón e inclino levemente la cabeza, agradeciéndole de esta forma toda la ayuda que me ha brindado —. Imagino que sabrás donde encontrarme.

Avaldur'h me responde de la misma manera, devolviéndome ese gesto que en realidad no debería significar nada para él.

—Adiós Avaldur'h —Sonríe Zynael—. Nos vemos pronto. Espero.

El norteño centra su atención en la preciosa elfa y vuelve a afirmar con la cabeza.

—Suerte para ti también, nyëlkhem —Sus labios se curvan con aprecio —. No vuelvas a despedirte de mí nunca más. Esto es solo un hasta luego.

Inclino la cabeza para agradecerle de nuevo y finalmente me decido, dando el primer paso hacia el interior del castillo.

El resto del grupo me sigue al instante, dejando al alquimista atrás. Zynael se mantiene a mi lado, adentrándose nuevamente en esta pesadilla de lugar, sin vacilar. Dai-sha avanza con la misma determinación y soberbia de siempre, contoneándose como en un baile de cortejo eterno, derrochando seguridad. Idril camina con la mirada baja, aún envuelta en sus propios pensamientos. Thaeón y Jóngruf se mantienen alerta, vigilando por el rabillo del ojo a los guardias que comienzan a custodiarnos.

Atravesamos el inmenso vestíbulo, ahora decorado por varios tapices de guerra y los estandartes del lobo, como si fuese necesario adornar y ornamentar la casa real para recordarle a su monarca la batalla a la que se va a tener que enfrentar.

Los dos guardias que custodian las puertas del salón del trono nos estudian de arriba abajo, como si necesitasen contar nuestras armas antes de empujar los batientes.

El eco de la madera pesada reverbera cuando ambos portones

comienzan a abrirse. Y es justo en ese instante, cuando lo inevitable se muestra ante mí, cuando me decido.

Sin dudar más, abro mi mano y entrelazo mis dedos con los de Zynael.

Su cuerpo se tensa de inmediato.

La reacción es instantánea, tal y como esperaba intenta soltarme. Su mirada se clava en la mía con impacto, observándome llena de sorpresa y confusión. Pero ya estaba preparado para esto, y aprieto su mano con fuerza sin darle opción a apartarse.

No voy a ocultarlo. No voy a ocultar lo que hemos iniciado, lo que siento, y lo que quiero. No voy a cometer el mismo error que mi hermano.

He tenido demasiadas noches para pensar en esto, y la respuesta siempre ha sido la misma: No existe nada en este mundo más importante que ella. Y si mi padre, mi rey, pretende ignorar lo que significa para mí, si pretende imponer su voluntad solo por su obsesión racial, o por la pureza de la sangre, entonces se convertirá en un enemigo más.

Dai-sha frunce el ceño, no pareciendo muy conforme con mi decisión, claramente preocupado por lo que esto va a provocar. Zynael sigue sin poder apartar la mirada de la mía, sus labios entreabiertos parecen querer reclamarme algo, pero las palabras no le salen. La sorpresa la mantiene inmóvil, petrificada, muda… Y por primera vez, la noto sin esa coraza de firmeza inquebrantable.

Tiro de ella para obligarla a seguirme, cruzando juntos el umbral del salón del trono.

Y el mundo se detiene.

Los ojos de todos los presentes se abren con impacto.

Allí, al final del gran salón donde una vez celebramos un baile, el rey Kèstiron nos observa desde su trono de acero y marfil. A su lado, como si ese hombre jamás hubiera torturado a su hijo, como si las cicatrices que cargo en mi piel fueran meras nimiedades, está mi padre. Y junto a él, mi madre, mi hermano… y las hermanas Mustadril: la futura reina, y mi supuesta futura esposa.

El reencuentro pasa a un segundo plano. Toda atención queda clavada en mi mano entrelazada con la de Zynael, siendo conscientes de lo que

este gesto significa.

—Kal'ladril… —me susurra. Su mano aún se siente tensa alrededor de la mía, pero algo en su voz parece demostrarme orgullo y emoción—. No tienes por qué hacer esto.

—Exactamente, enana —Me inclino hacia ella, acariciando la punta de su oreja con mis labios—. Por primera vez en mi vida, voy a hacer solamente lo que quiero sin preocuparme por lo que debo.

Tiro de ella con más firmeza, asegurándome de que cada paso que damos hacia ellos sea decidido e irrefutable. Nadie habla mientras nos acercamos, nadie se mueve, pero puedo sentir sus miradas quemando cada centímetro de mi piel. Las cadenas invisibles que he cargado toda la vida sobre mis hombros, empiezan a resultar demasiado pesadas.

Mis padres me observan con estupefacción, horrorizados. Sus rostros, que siempre han sido una máscara impenetrable de autoridad y orgullo, se muestran ahora vulnerables e incrédulos. Sus labios se han entreabierto, como si estuvieran a punto de decir algo pero no encontraran las palabras correctas.

A mi hermano y a las gemelas, ni siquiera los miro.

Kèstiron, en cambio, sonríe. Lo hace con lentitud, como un hombre que acaba de presenciar la primera chispa de un incendio que promete ser devastador. Puedo ver en sus ojos el placer morboso que le produce la escena; la expectativa de la tormenta que se avecina sobre mi familia y yo; el caos que con solo un gesto acabo de desencadenar. Se reclina en su trono, observándonos con el mismo interés con el que un lobo miraría a dos presas que han decidido desafiarlo, sin apartar la atención de nuestro contacto.

Avanzo sin vacilar hasta llegar frente a ellos. Oscilo la mirada entre mi madre y mi padre, evitando a mi hermano. No estoy listo para mirarlo. No después de nuestra última despedida. No después de la decepción con la que me dejó antes de partir.

Levanto la barbilla con orgullo. Quiero que vean bien lo que estoy haciendo, que vean mi seguridad al sostenerla. Quiero que se graben en la memoria esta imagen.

—Malèüh. Dàmaïr —mi voz rompe el silencio sepulcral que se había

instalado en el salón—. Volvemos a vernos.

Ellos no responden. Ni siquiera parpadean. Pero yo tampoco tengo intención de vacilar. Mi confianza jamás había estado tan fuerte.

—El dragón ha muerto —revelo—. Mäilkun Doh ha caído.

—¿Qué narices significa esto? —La furia de mi madre estalla, ignorando completamente lo que acabo de anunciar. Su voz rebota contra las paredes —. ¿Es esta tu forma de darle la razón a mis sospechas? ¡Sabía que no me equivocaba! ¡Vi cómo te miraba y me lo negasteis!

Mantengo el temple. No parpadeo. No aparto la mirada.

—Esto es exactamente lo que parece —respondo, apretando la mano de Zynael para demostrarle a ella mi calma—. Pero podemos hablarlo luego. Dada la misión que se me encomendó, creo que ahora hay cosas que deberían importaros más.

—¡No me digas qué debe importarme más! —escupe ella, con los ojos encendidos—. ¡No después de que aparezcas aquí exhibiendo… esta atrocidad! —La señala con asco, como si el simple hecho de hablar de ella ya le causase arcadas—. ¡Desafiando todo lo que somos, todo lo que representamos!

Zynael inspira hondo, cargándose de rabia. Sé que está a punto de saltar, pero decido adelantarme. Esta vez es entre ellos y yo.

—No voy a tolerar esas palabras —Mi tono se vuelve grave, molesto—. Se llama Zynael, Zynael Kivaryl, y vais a mostrarle vuestro respeto. He hecho mía a esta mujer. He decidido apostar por lo que quiero para mi vida de verdad —expongo, dejándolo claro de una vez por todas.

—¿Qué has dicho? —El veneno parece escaparse entre sus dientes—. No necesito que tú toleres nada de mí, soy tu madre. ¡Y tú eres un sygära, Kal'ladril! ¡Mi sangre! ¡No puedes permitirte esta debilidad! ¡En tus venas corre la pureza más real!

—No es una debilidad, es mi decisión —respondo firme—. Vuestra obsesión por la pureza de la sangre me trae sin cuidado.

—¡Tu decisión! —Deja escapar una carcajada fría, irónica, como si no pudiera creer lo que escucha—. ¿Crees que tienes opción a decidir algo así?

Mi padre afila la mirada, observándome fijamente.

—No me importa si me dais opción o no —remarco—. Tampoco me importa vuestra opinión. Con o sin vuestra bendición, esta es mi elección.

—¿Cómo te atreves…? —Su ira estalla, habiéndola llevado a ebullición —. ¡¿Cómo te atreves a insultarnos de este modo después de todo lo que hemos construido para ti?! ¡Te hemos dado todo! ¡Hemos creado un mundo perfecto bajo tus pies! ¡¿Y nos lo agradeces así?! — Viene acelerada, lanzada hacía mí. Sus manos agarran mi cara y me obligan a mirarla fijamente—. ¡Te hemos consentido y te hemos dado nuestra vida entera! ¡¡A cambio solo te hemos pedido obediencia!!

Mis cejas se fruncen sobre mi nariz, sintiéndome cada vez más airado.

—Repito, madre —murmuro—: No me importa.

—Vuelve a decir que no te importa, vuelve a desvalorar todo lo que hemos hecho por ti, vuelve a insultar a tu sangre así… —me advierte—, y te juro que yo misma le abro la garganta ahora mismo frente a ti.

Con un rápido movimiento que apenas dura un pestañeo, agarro mi espada y coloco su filo en el cuello de mi madre.

—¡¡Kal'ladril!! —Escucho gritar a mi hermano—. ¡¡¿Qué demonios haces?!!

Mi madre abre los ojos de par en par. Ni siquiera se ha dado cuenta de cómo ha pasado, pero el afilado borde de Uttilam'h ya está presionando su yugular.

—Vuelve a hablar de Zynael con ese desprecio, vuelve a intentar prohibirme hacer lo que quiero, vuelve a amenazarme con tocarle un solo pelo… —le devuelvo la amenaza, manteniendo mi mirada en la suya—, y te juro que yo mismo te la rajo a ti.

La reina no se atreve a hablar. Ni siquiera respira. Mis ojos siguen clavados en los suyos, demostrándole la poca broma que hay tras mis palabras.

—Kal'ladril —La voz de mi padre se escucha cortante a espaldas de mi madre.

Lo miro por encima, sin apartar mi espada de ella.

—También va por ti —gruño—. Lamento si os parezco demasiado

estricto, pero he aprendido de los mejores. Por una vez en mi vida, voy a hacer las cosas a mi manera.

Karanthir respira hondo y alza la barbilla con soberbia. No está acostumbrado a que nadie le devuelva sus amenazas, y por supuesto no esperaba que su hijo fuese a ser el primero. Pero he llegado a un límite, y ya no pienso tolerar que me moldeen más. El hecho de que Zynael va a seguir estando en mi vida, no es algo opcional.

—Kal'ladril, hijo… —repite mi nombre, esta vez de forma mucho más suave—, suelta a tu madre. Estás asustando a tu madre.

Aparto mi espada rápidamente y doy un paso hacia detrás, demostrando mis intenciones de estar en paz si ellos las tienen también.

Mi mano aún no suelta la de Zynael, mientras ella sigue mirándome completamente impactada por lo que acabo de atreverme a hacer.

—¿Estás seguro de que quieres… *esto*? —plantea mi padre—. No intento faltarle al respeto a la nyëlkhem. Con «esto» me refiero a vuestra relación. ¿Qué tipo de vínculo es?

Pienso mis palabras, ni siquiera yo lo sé.

—Sea lo que sea, es lo que quiero —mantengo—. Nunca antes he estado tan seguro.

Su expresión se endurece.

—Y asumo que eres consciente de las consecuencias de esta decisión.

Mi mandíbula se tensa al instante.

—Sí.

No dice nada más, pero su silencio lo dice todo. Mi madre retrocede, colocándose entre mi hermano y él, buscando en ellos una protección.

—¿Sabes lo que esto significa? —Su grave voz vuelve a sonar como una advertencia—. ¿Sabes lo que te estás jugando?

Lo miro, sin ceder.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

—Bueno —murmura—. Ya lo veremos.

Sus palabras rebotan en mi pecho como golpes sordos. Y aguardo, esperando lo que parece un veredicto tras un juicio.

—No sé cómo has podido dejarte convencer para caer en algo así, creí haberte criado bien —Mira a Zynael de arriba abajo—. Ni siquiera entiendo qué le ves. Es tan… común.

—Me has criado mucho mejor de lo que crees —Me mantengo en mi sitio, sosteniendo mi imparable actitud—. Tan bien que ni siquiera tu cerrada mente es capaz de llegar a mi nivel.

Mi padre expira una risita que me pone los pelos de punta. Y lo peor es que, a pesar de detestarlo, me he reconocido en cada uno de sus gestos.

—La última vez que nos vimos aquí, te advertí que no volvieses a dejarnos en evidencia —Comienza a acercarse a mí, marcando lentamente cada uno de sus pasos—. ¿Qué hay de aquellas disculpas? ¿Pretendes volver a pedirnos perdón después de esto?

Llega frente a mí y mira fijamente mi mano con la de la nyëlkhem, para después volver a centrarse en mis ojos.

—No pienso pedir perdón por lo que siento —No parpadeo. No flaqueo.

—¿Tampoco vas a hacerlo por haber amenazado de muerte a tu propia madre? —Su expresión se ensombrece.

Doy un pequeño paso y me pego a él, dejando mi cara a solo un palmo de la suya.

—No. —respondo tajante—. Podéis tomároslo como queráis, pero no ha sido una amenaza. Las amenazas pueden quedarse en simples palabras. Esto ha sido una advertencia. Os aviso de lo que le pasará a quien sea que se atreva a tocarla.

Mi padre mira de nuevo a Zynael, fijándose en ella con detalle. La rubia alza su barbilla con actitud, manteniendo su fuerza a pesar de cómo debe estar sintiéndose por dentro. Intercambian un gesto de desagrado mutuo, haciendo notar lo poco que se toleran.

—Decepcionante —Suspira Karanthir, dándose finalmente la vuelta para volver junto a su esposa y su primogénito—. Pero será cómo y con quién tu gustes, hijo mío.

Frunzo el ceño, no muy convencido con su actitud. Mi padre se da la vuelta cuando ha regresado a su posición y vuelve a mirarme, esta vez más relajado.

—Ya sabes lo que pienso al respecto. Que mezcles tu divina pureza con algo tan ordinario, me parece inadmisible —Su voz resuena con fuerza. Estoy a punto de volver a saltar, pero prosigue—. Aún así…, más intolerable me parecería obligarte a volverte contra mí. Así que voy a aceptar y a apoyar tu decisión.

Mis ojos se abren de par en par. Mi madre agarra el brazo de mi padre y lo agita, reclamándole explicaciones.

—¿¡Qué demonios dices!? —Se enerva la reina—. ¡¡No puedes permitir esto!!

—Esposa mía —Mi padre alza la mano, pidiéndole una pausa—, cállate.

—¡Malèüh! —exclama mi hermano.

—¡Callad los dos! —grita, viendo peligrar su paciencia.

Se gira hacia mi madre y acaricia su mejilla, intentando transmitirle su templanza.

—Puolhiry, amor mío… —Perfila su mandíbula—. No puedes ponerte en contra de cómo es. Somos sus padres y debemos ser su máximo apoyo, su hogar, sus aliados. Tú misma lo has dicho: Durante toda su vida, hemos construido un mundo perfecto bajo sus pies. No podemos volvernos en su contra ahora que es un hombre, solo porque haya elegido caminar junto a esta mujer.

—No es una mujer normal, es una mestiza —insiste ella—. ¿Cómo vas a permitirlo? ¿Cómo vas a arriesgarte a que insulte a su linaje así?

—Vamos a permitirlo los dos, porque no depende de ti ni de mí. Si lo que te preocupa es el riesgo a que puedan cruzarse, mucho me temo que ya llegas tarde —continúa mi padre—. ¿O acaso crees que iba a atreverse a presentarse así con ella, sin haber compartido intimidades antes?

—¡Ni lo menciones! —Mi madre arruga la nariz y se lleva la mano a la boca, como si pensar en Zynael y yo acostándonos juntos le causase verdaderas arcadas—. ¡Qué insulto a su sangre! ¡No puedo ni siquiera imaginarlo!

Mi puño se aprieta. La nyëlkhem clava su mirada en el suelo, con la mandíbula tensa. Incómoda con esta conversación, y con la posición en la que la están dejando.

—Somos sus padres. Debe seguir contando con nosotros como esa parte de él —Vuelve a intentarlo, acariciando el cabello níveo de su mujer—. Si ahora te pones en su contra, tirarás por la borda todo el amor que le hemos dado. Aunque no lo comprendas, esto es lo que él quiere y vamos a aceptarlo. Piensa en tu amor. Si ahora no le permites vivir el suyo, despertarás su rencor.

—Pero padre, ¿y si se…?

—Elwë, ya. Se terminó el asunto de la nyëlkhem. Él la ha elegido, es lo que ha querido y así será —Zanja el tema, callando a mi hermano— . Ahora, si no os importa, me gustaría conocer los detalles de su enfrentamiento con el gran doh.

Expiro toda la carga que había acumulado. Aunque me siento satisfecho, no me siento agradecido. De hecho, solo han conseguido que deteste su actitud incluso más de lo que ya venía haciéndolo. Han estado toda la vida creando la versión que querían ver de mí, así que no les pienso dar las gracias por haber sido egoísta solo una vez. Poder elegir debería ser algo normal. No una excepción. No un esfuerzo. No un sacrificio.

—Hijo, Kal'ladril —vuelve a hablarme—. Centrémonos en lo importante. Cuéntanos. Háblanos de tu enfrentamiento con el dragón.

Descríbelo. Dinos cómo te sentiste. Narra cómo acabaste con la bestia. —Dale lo que quiere —me susurra de repente Zynael, manteniendo sus palabras entre ella y yo—. No les digas que lo maté yo.

Aún no. Hazme caso, por favor.

No he dejado de mirar al frente, disimulando.

—No existen palabras para describir a Mäilkun Doh —empiezo— . Jamás había visto una criatura tan impresionante, en el mejor y el peor de los sentidos.

Karanthir asiente, conociendo muy bien esa sensación. Él también debió tenerla cuando se encontraron en la Gran Guerra.

—¿Cómo era? —habla Kèstiron por primera vez.

Muevo a mis ojos hacia él. Me molesta el simple hecho de escucharle, así que decido ignorarle y vuelvo a centrarme en mi padre.

—Al principio sentí algo extraño, como si nos quisiese advertir. Por un

momento, creí que quería regalarnos la oportunidad de marcharnos sin hacernos daño… Pero no fue así —continúo—. Nos enfrentamos a él dentro de su propio castillo, en su nido. Era el único lugar que se mantenía en pie.

—¿Aún a día de hoy? —Mi madre me mira con impacto, sorprendida.

—Aún a día de hoy —Afirmo con la cabeza—. Seguía intacto.

—Veo que tus… *compañeros*, también siguen aquí —Mi padre lleva su vista más allá de mi espalda, estudiando uno a uno a mis amigos—. He de decir que me sorprende. La bestia que yo recordaba sin duda habría podido con un puñado de humas y mestizos.

—¿Acaso era tu intención librarte de ellos? ¿Esperabas que el dragón nos hubiese matado a nosotros? —Salta Zynael finalmente—. Tal vez esperabas ver únicamente a tu hijo entrando por estas puertas.

—No —responde mi rey—. También esperaba que regresase Daisha. Pero no tenía ninguna esperanza con el resto, lamento si mi indiferencia os resulta una amenaza.

—No todos han vuelto —me meto—. La bestia devoró a uno de ellos.

Los ojos oscuros de mi padre vuelven a centrarse en mí.

—Vaya… —murmura—. Cuánto lo lamento.

No parece querer burlarse, pero algo en su tono vuelve a molestarme. No logro evitar sentir ese fondo sarcástico.

—Como ya he dicho, peleamos con él dentro de su nido —

repito—. Por alguna razón, contenía su fuerza dentro de este lugar. Por eso continuaba intacto. Era el único sitio que parecía querer cuidar, así que nos aprovechamos de esa situación y lo debilitamos en el interior del salón del trono. Hasta que cayó.

—No tenía ninguna duda —Sonríe mi padre—. Te lo dije. Te dije que lo conseguirías. Sabía que tú lo lograrías sin apenas esfuerzo. Era tu destino hacerlo.

—¿Sin apenas esfuerzo? —Alzo las cejas—. Estuvimos todos a punto de morir varias veces. Todos nosotros.

—¿Has traído algún trofeo de su cadáver? —plantea Elwë ignorando lo que acabo de decir. Pareciendo más excitado por conocer detalles sobre la

gran criatura, que preocupado por su hermano—. ¿Dónde yace su cuerpo? Me encantaría ir a visitarlo, como una exposición. Ahora que no hay peligro en ese maldito reino, muchos podremos cumplir ese deseo de ver al gran doh.

—Me temo que no.

Clavo mi mirada en la de Elwë por primera vez. A pesar de la promesa que le hice antes de marcharme, a pesar de que le perdoné, lo siento más lejos que nunca. Algo está cambiando en mi interior, ya no tengo ninguna duda. Tal vez el problema no sean ellos, ni Dai-sha, ni Avaldur'h… Tal vez el problema esté únicamente en mi confianza.

—¿A qué te refieres? —Sus ojos marrones se entornan, confusos.

—No hay cadáver —respondo—. Se desvaneció.

—¿Qué? —Mi madre vuelve a reaccionar, sorprendida por el término que acabo de utilizar—. Explícate.

—Desapareció —les explico—. Tras su último suspiro, comenzó a transformarse en motas que se fundieron con el cielo. Como si fuesen estrellas. Fue algo mágico y sobre todo… desolador.

—¿Desolador? —Karanthir parece molestarse—. ¿Te entristeció ver morir al monstruo que mató a tantos de los tuyos? Te recuerdo que extinguió a toda la raza que lo cuidó, y que nosotros éramos los siguientes en la próxima guerra.

—Lo sé, lo sé —Agito la cabeza, evitando darles más detalles—. No lo he olvidado, por eso ahora está muerto. Tu visión ya no se cumplirá.

—Y no sabes cuán feliz me hace eso —Extiende de repente sus brazos y vuelve a acercarse a mí, sonriente, como si hace un momento no acabásemos de discutir.

Agarra mis hombros y me mira fijamente, balanceando su mirada de mi ojo izquierdo al derecho, como si quisiese buscar algo dentro de mí.

—¿Cómo te sientes tú? —susurra—. ¿Cómo te encuentras?

Zynael aprieta mi mano, en algo que enseguida interpreto como un aviso. Mi ceño se frunce, captando al instante lo que quiere transmitirme.

—Estoy bien —respondo de forma breve. Mi mandíbula se mantiene tensa—. Tengo una fractura en las costillas y mucha falta de sueño, pero

solo necesito descansar. Mañana pretendo empezar a entrenar con mis hombres.

—Por supuesto, hijo mío —Asiente—. Contábamos con ello, y ya han preparado tus aposentos. Tienes un buen menú esperándote en la habitación que ocupaste la última vez, y varias sirvientas listas para adecentarte y atenderte.

Inclino mi cuello, aceptando su ofrecimiento.

—Rey Kèstiron, por favor —Alza la voz, dirigiéndose al monarca de Wolftundur—. Pide a tu servicio que prepare buenos dormitorios dentro del castillo para ellos —se refiere a mis amigos—. Si han participado en la muerte del gran doh, y han vencido con mi hijo, son héroes de Elthymeron también.

—Así será.

—Gracias —Alzo mi barbilla—, pero Zynael se queda conmigo.

—¡De eso nada!

Mi padre alza la mano callando a mi madre, obligándola a mantenerse al margen.

—Lo imaginaba —Afirma de nuevo, aceptando sin rechistar—. Adelante, disfrutad de vuestra relación sea la que sea. No te vamos a impedir nada.

Respiro hondo y doy un paso hacia atrás, cortando de nuevo nuestro contacto. Zynael mira de arriba abajo a mi padre, como si necesitase asegurarse de que realmente acaba de darnos vía libre para estar juntos. Parece incapaz de creérselo.

Dudo un instante antes de darme la vuelta para marcharme.

—Venga —Me invita a hacerlo, habiendo notado mi recelo—. Id a descansar antes de que no pueda contener a tu madre.

Vuelvo a mirarlos a todos, uno a uno, grabándome en la mente sus rostros. El único que parece realmente dispuesto a permitir lo que he demandado, es mi padre. Mi madre y hermano están conteniendo su rabia y descontento, pero no vuelven a quejarse. Me fijo en la que era mi prometida por primera vez, y al instante me siento mal por ella. Aunque me cueste entender el por qué, su sentimiento de dolor parece real. La decepción y la tristeza comienzan a acumularse en sus párpados inferiores.

Suspiro y me decido finalmente, dedicándole a Zynael un gesto con la cabeza.

—Vamos, enana —le susurro, transmitiéndole mi calma. No tengo culpa de que Hansley se sienta mal. No es mi responsabilidad.

La rubia vacila un instante antes de asentir, volviendo a girarse para marcharnos. Todos nos siguen en completo silencio, sintiéndose incómodos por la tensa escena familiar que han vivido, conociendo un poco más del «excelente» padre al que llevo siendo leal toda la vida.

Acabamos de cruzar las puertas que dan al vestíbulo, cuando su voz vuelve a escucharse potente.

—Dai-sha —Llama con rotundidad a mi amigo.

El hechicero detiene su paso y se da la vuelta lentamente para encararlo.

—Encárgate de preparar alguna poción que pueda calmar el dolor de la fractura de Kal'ladril, por favor —le pide—. Y atiende también al resto si lo necesitan.

—Por supuesto —Asiente—. No tenías que pedirlo.

—Bien… —murmura Karanthir—. Pero que sea luego. Ahora necesito hablar y comprobar algunas cosas contigo.

Frunzo el ceño y me giro hacia el humano cortesano.

Dai-sha balbucea un par de sílabas sin sentido antes de aceptar, inclinándose con respeto hacia el que aún es su superior. Entonces se gira hacia mí. No sé distinguir bien qué es lo que sus ojos intentan transmitirme. No sé si es calma, o si es una disculpa.

Pero no me da tiempo a analizarlo más, porque en cuanto pasa el umbral, las puertas vuelven a cerrarse en nuestra cara dejándonos atrás.



Kal'ladril
16

Empujo la puerta de nuestros aposentos, revelando ese interior que ya conozco tan bien. La habitación está iluminada por la luz trémula de los candiles, y el brillo argentado de la Luna que se cuela a través del cristal cerrado de la salida al balcón.

Escucho a lo lejos las voces de los sirvientes organizando la disposición de los demás, pero Jóngruf y Thaeón ya han decidido compartir sus noches con Idril. Ninguno de los tres parece atreverse a quedarse solo. Ninguno de los tres parece capaz de fiarse del todo. Y no los culpo.

Cuando doy el primer paso al interior, un aroma delicioso me envuelve. Frente a nosotros hay dos largas mesas rebosantes de comida: carne asada, pan caliente, y varias fuentes de pescado, con la piel tan crujiente y dorada que incluso reluce a la luz de las velas. Zynael no se lo piensa y se lanza como una bestia hambrienta.

—Por Sauthriel, esto es un festín —murmura con la boca hecha agua, tomando un trozo de pescado y llevándoselo a la boca sin siquiera esperar a servirse adecuadamente.

Se sirve una jarra de cerveza y comienza a bebérsela sin respirar, trago a trago, hasta que la vuelve a vaciar.

—No sabía que la mierda de Wolftundur podía saber tan bien cuando se tiene tanta hambre —Cierra los ojos con deleite y deja escapar un gemido de satisfacción.

Sonrío, cruzándome de brazos mientras la observo devorar sin la más mínima contención. Aunque no me sorprende. La batalla contra el dragón, la magia que ha gastado, las veces que se ha desplomado, el viaje… Necesita reponer sus fuerzas y su energía más que nadie.

Desvío la mirada alrededor de la habitación y, de inmediato, una sensación preciosa y familiar me golpea el pecho. Este lugar es especial. Aquí Zynael me confesó su amor. Los recuerdos nítidos de aquella noche se superponen con la realidad presente. La pasión en su mirada, lo decidida que estaba, el peso de sus palabras en mi interior… Su voz se dirige a mí, devolviéndome al presente.

—¿No vas a comer nada? —Empuja una de las bandejas de carne hacia mí—. ¿Así es como pretendes estar listo para entrenar mañana?

Asiento, aceptando su razón, y me acerco a la mesa para comenzar a servirme. Estoy echándome alcohol en una de las jarras, cuando siento sus ojos completamente pegados en mí, analizándome.

—¿Quieres hablar de algo? —Alzo la mirada para observarla, ladeando una sonrisa con picardía.

—Dime tú —Su ironía es evidente—. ¿Crees que deberíamos hablar de algo?

—No sé a qué te refieres —Dejo de mirarla y comienzo a beber, fingiendo que realmente no he entendido sus intenciones.

Zynael rodea la mesa y se coloca frente a mí, aguardando hasta que deje de tragar. Sus luceros plateados se quedan fijos en los míos, transmitiéndome un sentimiento infinito, demostrándome cuán importante ha sido para ella la decisión que he tomado.

—¿Desde cuándo has tenido claro que ibas a exponer lo nuestro así frente a tus padres? —Su voz tan intensa como sus ojos—. ¿Cuánto tiempo llevabas planeando esto?

—No puedo responderte a eso —Llevo la mano a un mechón de su escalado y dorado cabello y lo coloco tras su oreja—. Me lo he planteado las mismas veces que me lo he negado. Cuando me nacían las ganas de hacerlo, ese lado más racional y leal a mis raíces aparecía para frenarme. Pero cuando hemos pisado Wolftundur de nuevo, lo he tenido completamente claro.

—¿Qué ha cambiado?

—Nada. Esa es la cosa —Bajo mi atención a sus labios mientras acaricio su mejilla—. Era la cabeza luchando contra el corazón. Pero en lo más

profundo de mi ser, siempre supe que lo iba a hacer. Condenaste a muerte a mi razón el mismo día que me declaraste tu amor, justo en este balcón.

Su boca se entreabre pasional, vacía de respuestas tras mis palabras. Noto su piel caldeándose bajo mi tacto, su cuerpo gritando mi nombre. Su mirada oscila entre mis ojos, tratando de buscar todo lo que se esconde tras ellos.

—Eres un imbécil… —Su voz se arrastra sensual—. Si te has enamorado de mí, dímelo ya. Yo también lo quiero escuchar. No sabes cuánto lo necesito.

Expiro una sonrisa, tentado, y muerdo mi labio inferior, provocado. Estoy a punto de responderle, pretendiendo seguir con el juego, cuando alguien golpea la puerta del dormitorio.

Reaccionamos rápidamente, girándonos hacia esas sirvientas humanas que se abren paso a la habitación. Una de ellas, con sus manos cruzadas sobre el regazo, se inclina ligeramente para pedirnos disculpas por la interrupción.

—Mi señor, mi señora… Buenas noches —Nos mira a ambos—. El rey Kèstiron nos ha mandado, por órdenes de su padre el rey Karanthir, para que les preparemos un baño caliente.

Zynael respira hondo y se separa de mí, todavía incapaz de hacerse a la idea de que puede mostrar nuestra relación en público.

—¿Mi señora? No, no, no, no. No me habléis así, por favor —les pide.

—Mi señora… —La joven no parece saber qué responder.

—Zynael, por Sauthriel. Me llamo Zynael —Agita la cabeza con disgusto, rechazando el trato que está recibiendo—. Deja de hacer eso.

—Pero…

—Un baño estaría bien —corto a la sirvienta, evitando que deba actuar en contra de cómo parece querer hacerlo. El miedo en sus ojos es evidente. No quiere arriesgarse a que su rey se entere de que ha desobedecido las formas que se le exigen—. Gracias.

La joven humana enseguida me mira y me sonríe.

—No hay de qué, mi señor —Se inclina de nuevo, devolviéndome el agradecimiento—. Se lo preparamos ya mismo —Salen de nuevo al pasillo

y comienzan a meter a la habitación varios cubos llenos de agua, y varios capazos metálicos repletos de ardientes brasas, dirigiéndose a la tina para apañarla.

***

El vapor se eleva en la habitación, envolviéndonos en un calor relajante.

Zynael y yo estamos ya solos, juntos, sumergidos en la bañera. El agua tibia alivia la tensión de nuestros músculos. Ella recuesta la cabeza contra el borde, observándome fijamente con los ojos entrecerrados, disfrutando de este momento de tranquilidad. Sus labios no han sido capaces de desdibujar esa sonrisa que tanto sentimiento transmite.

Por primera, no tenemos que estar en guardia.

—¿Qué? —runruneo, deslizando mis manos por la parte interior de sus piernas.

Su cuerpo se retuerce de placer y suelta un gemido, afilando todavía más sus labios.

—Eres todo un espectáculo, sygära.

—¿Estás feliz? —Agarro sus nalgas y la empujo hacia mí. Zynael se echa a reír y me abraza, pasando también sus piernas alrededor de mi cintura—. Este espectáculo ya es todo tuyo. Ahora sí es oficial. No nos tenemos que esconder más.

—Todavía no me creo lo que has hecho… —Muerde su labio inferior lentamente, estudiando los míos, deseándolos a gritos—. Debería estar asustada, dado lo enfadados que estaban tus padres y el riesgo que eso supone para mí. Pero sí. Me siento inmensamente feliz.

Me fijo en su jugosa y deliciosa boca, resistiendo la tentación de devorarla al instante, acercándome a ella para provocarle.

—Yo también estoy feliz —susurro a un suspiro de rozarle—. Y puedes estar tranquila, porque ningunas manos además de las mías van a volver a tocarte.

Intenta besarme, pero me separo ligeramente y vuelvo a mirarla a los ojos. Quiero jugar con ella, hasta obligarle a suplicarme.

Y tal y como esperaba, mi reacción parece encenderle todavía más.

Subo mi mano diestra a su cabeza, entrelazando mis dedos en su cabello, y despejo su cuello con la zurda. Me acerco despacio a su hombro y comienzo a besarlo, provocando que su espalda se retuerza de placer al instante. La caricia de mi boca sube hacia su cuello, deleitándome. Mis dientes la muerden con pasión haciéndola gemir, haciéndome imposible retener las ganas que están consumiéndome por dentro.

Mi hambre de ella comienza a resultar muy evidente en mi cuerpo.

Zynael gime en suspiros, ardiendo contra mí. Su tacto baja de mi pecho a mis abdominales, y va directa a mi sexo. Su puño se aferra a mi alrededor, moviéndose de arriba abajo y en círculos, provocándome escalofríos.

Gruño de placer y araño su piel, marcándola bajo mis uñas.

—¿Tienes hambre, mi jalaion'h? —susurra, rozando con sus labios los pendientes del lóbulo de mi oreja—. ¿Incluso después de todo lo que hemos comido?

—Si se trata de comerte a ti, nyëlkhem intrusa, nunca me sacio —Agarro su mandíbula y giro su cara hacia mí, besándola finalmente sin más fuerzas para aguantar.

Sus manos agarran el pelo de mi nuca y me pegan a ella, obligando a nuestras lenguas a fusionarse en una sola. Su cadera comienza a dibujar hondas sobre mi pelvis, rozando con su punto más sensible la largura y dureza del mío. Su húmeda piel, su cabello pegado a su espalda, sus sabrosos labios... Cada parte de su ser se vuelve una completa perdición para ese deseo más primitivo que es imposible contener.

El vapor del agua se arremolina a nuestro alrededor, espesando el aire con un calor sofocante. Las velas de las lámparas parpadean, proyectando sombras temblorosas sobre nuestras pieles desnudas; la luz de la Luna nos tiñe de sus reflejos plateados.

Aferro su trasero con firmeza, acompañando cada uno de sus movimientos, haciendo el agua salpicar en torno nuestro. Sus gemidos suplicándome, llamándome por mi nombre, son puro fuego en mi sangre.

—Eres mía. Oficialmente mía —Mi voz rasca con la intensidad de este momento—. Nadie, nunca jamás, volverá a menospreciarte. Voy a encargarme de poner todo el maldito continente a tus pies

Zynael sonríe contra mi boca, abrazándome con sus piernas con

urgencia.

—Entonces toma lo que es tuyo —Gime por pura provocación— . Demuéstrame esa dominancia. Hazme gritar hasta que no pueda respirar.

No espero más. La giro con brusquedad, haciéndola apoyarse contra el borde de la tina, clavando mis dedos en sus costados. La manera en que sus caderas se elevan buscándome, la forma en que su generoso y divino trasero se presiona contra mí con total entrega, aviva en mí una ferocidad insaciable.

Me inclino sobre ella y apoyo mi pecho contra su espalda, llegando con mis labios a la curva de su cuello mientras mis manos recorren su figura con hambre. Acariciando, apretando, marcando cada centímetro de su piel bajo mi tacto.

Tiembla, arqueándose en busca de más. Su respiración se entrecorta con cada jadeo.

Sigo devorándola a lo largo de su espalda, combinando el juego de mis labios, mi lengua y mis dientes; provocando la erupción en cada uno de los poros de su divina y olivácea piel. Estremeciéndola. Se aferra a la bañera con fuerza, y su voz, ronca y rota de placer, me pide que llegue todo lo lejos que quiera.

Sube su rodilla al borde, permitiéndome esa visión completa de la mayor de las obras maestras. Mis uñas arañan sus nalgas y las aprietan, masajeándolas mientras me deleito con el manjar que estoy a punto de devorar.

El silencio se transforma en un profundo gemido en cuanto poso mis labios en ella. Su espalda se curva en una ola de satisfacción, para seguidamente desplomarse hacia delante, dejándose hacer.

Y la disfruto, hasta saciarme, llenándome de su húmedo y delicioso placer.

Mi barbilla se empapa con su ser mientras mi boca sigue trabajándola. Es imposible detenerme. Cada trago de su néctar provoca un orgasmo en mi cabeza.

El tiempo pasa.

Las velas consumen su magia.

Y yo continúo, hasta que sus piernas comienzan a temblar.

Sus lamentos de placer se repiten con constancia, llenando toda la estancia de esa asombrosa melodía que podría estar escuchando toda la vida. El vibrar de sus muslos comienza a hacerse más tenso, más profundo, y en ese instante, sé que ha llegado el momento de parar.

—Enana —runruneo, cortando mi labor. Repaso mis labios con mi lengua, incapaz de desperdiciar ni una sola gota de su jugo—. No te me vayas a deshacer ya. Solo acabo de empezar.

—Eres un desgraciado de mierda… —gruñe con dificultad, con la respiración acelerada—. Pero no me voy a quejar.

—Claro que no —Sonrío y vuelvo a darle la vuelta. Agarro sus muslos y me pongo en pie cargándola en el aire, sus piernas enseguida me aferran —. Te voy a dominar hasta que no puedas respirar. ¿Recuerdas?

Su boca se abre con excitación, pero no le doy tiempo a respirar y la vuelvo a besar, hundiendo mi lengua en ella. Sus labios la rodean y juegan a su alrededor, perfilándola de dentro a fuera.

—Esa boca tuya… —murmuro sin separarme, mordiendo su labio inferior—. Me pone enfermo.

—¿Cómo de enfermo? —me provoca.

—Tranquila —Beso su cuello—. Lo vas a comprobar.

Salgo de la bañera aun cargándola, dispuesto a disfrutar cada uno de los rincones de esta habitación, y llego a la mesa donde todavía aguarda parte de la comida. Arrastro el brazo, tirando a su paso todos los platos al suelo, liberando la superficie para poder sentar a Zynael sobre ella.

Agarro su cuello con firmeza, acercando mi cara a la suya para obligarla a fijarse en mis ojos.

—¿Hasta qué punto estás dispuesta llegar? —susurro despacio, mirándola atentamente—. Dime qué límites no quieres que rebase.

—No tengo límites esta noche.

—Zynael.

—No —Agarra la muñeca de la mano que aún sigue en su cuello, y la aprieta—. Te juro que no tengo límites esta noche, Kal’ladril. Tú has sobrepasado los tuyos, y en este momento tengo tanta confianza en

nosotros, que voy a hacer lo mismo con los míos.

Analizo la verdad tras sus ojos, está decidida a que esta noche nos devoremos con una pasión desmedida. Es como si sus pesadillas hubiesen desaparecido en el mismo instante que yo he decidido darle su lugar frente a los míos.

—Hazlo.

—Pídemelo —Mi mirada se ensombrece a la par que mis cejas se afilan, dejándome llevar por ese instinto que tanto estoy reteniendo.

—Te pido que me hagas de todo, que me poseas sobre cada mueble de esta habitación —susurra—. Quiero que lo hagamos aquí, sobre la cama, contra la pared, y en el balcón. Quiero que tus manos me azoten, que tus garras me arañen. Quiero devorar tu magnificencia, y deshacerme contigo entre mis piernas. Quiero que tus padres me escuchen gemir desde su alcoba, y que se acuerden toda la vida de que su hijo ha elegido a esa nyëlkhem a la que apresó.

Ladeo una sonrisa, tremendamente provocado por su propuesta. Acaricio su labio inferior con mi pulgar, y ella aprovecha para introducírselo en la boca. Observo fijamente la caricia de su lengua alrededor de mis dedos, disfrutando de esta imagen tan ardiente y pasional. En ese instante, decido no contenerme más.

La acerco al borde del escritorio y guío mis dedos hacia la zona más sensible de su sexualidad, palpando el sitio por el que quiero penetrar. Está tan empapada, tan desesperada, que consigo introducir todas mis falanges sin ninguna dificultad. Como si esa zona de su cuerpo estuviese gritando mi nombre, deseando sentir mi lado animal.

Necesitando el siguiente paso, mete la mano entre nuestros cuerpos y agarra la cabeza de mi miembro para guiarla hacia su entrada, pidiéndome de esta forma que no lo alargue más.

—Eres una desesperada, enana —Agarro su mandíbula y le beso con rabia. Una rabia llena de sentimiento y ganas.

—Joder Kal’ladril, no puedo más —solloza cuando mis labios vuelven a liberarla—. Por favor, métemela ya.

Su vulgaridad termina de hacerme perder la cabeza. Llevo a nuestras

bocas a un nuevo beso, desesperado y ansioso, y me inclino sobre la mesa apoyándome sobre las palmas de mis manos. Zynael envuelve mi cuello con sus brazos y mi cintura con sus piernas, dejándome la vía completamente libre.

Llevo mi extensión a su punto de entrada y comienzo a introducirme en ella, muy lentamente, sin detenerme. Su cuerpo se va derritiendo bajo el mío, mientras sus labios siguen besándome entre sollozos y gemidos.

Y sigo. Hasta estar en lo más hondo de su ser. Hasta sentirla rodeándome, palpitante, desde el comienzo de mi sexo.

—Eres —La beso—. Un jodido —La beso de nuevo—. Monumento.

Y nuestras lenguas vuelven a bailar.

El silencio de la habitación se rellena con el sonido sus gemidos, mi gruñidos, y el aplauso de nuestros cuerpos chocando uno contra el otro, disfrutando de cada envestida como si fuese la última oportunidad de nuestras vidas.

No solo es un disfrute físico, sino también mental. Los sollozos que nacen de su boca acarician mi cabeza, provocando el mismo sentimiento abismal que me produce el poder poseerla.

«Es mía. Completamente mía. Oficialmente mía» —me repito constantemente, sintiéndome el hombre más afortunado de este continente.

—Mírame —gruño de repente, tomándola una y otra vez, separando nuestras bocas tras haberlas llevado a un punto en el que parecían estar derritiéndose juntas—. Mírame.

Sus ojos se abren con dificultad. Sus labios son incapaces de cerrarse, soltando constantes gemidos al compás del choque de mi pelvis. Llevo las manos a sus pechos y los palpo con deseo, apretándolos hasta marcar mis dedos en ellos. Lentamente, voy definiendo la estrechez de su cintura y la anchura de sus caderas. Hasta detenerme ahí, teniendo el control de su cuerpo contra mí. Agarro una de sus piernas y la elevo, abrazándola contra mi pecho, recorriendo con mi lengua sus tobillos y la planta de su pie.

—Kal'ladril… —suspira entrecortada, sin dejar de mirarme—. Joder. Sigue.

—Y tanto que voy a seguir.

Le doy la vuelta con eficacia, colocándola sobre sus palmas y rodillas encima de la mesa, adaptándola a mi altura. Cargo una mano y la suelto contra uno de los deliciosos cachetes de su trasero, dejando fluir a mi instinto más salvaje sin ningún control. La fuerza de mi azote la hace gritar, pero la forma que tiene de buscarme con su mirada sobre su sensual hombro me dice que no le ha disgustado en absoluto.

—Más —gruñe, mordiendo sus labios con deseo.

—Estás insaciable, enana —Golpeo su otra nalga, obedeciendo con gusto.

—Pues acostúmbrate, porque ahora ya puedo decirte que va a ser así toda tu vida.

—¿Sí? —Me inclino hacia ella y comienzo a besar sus costados—. ¿No vas… —La acaricio con mis labios—… a abandonarme… — Vuelvo a unir mi boca a su piel, intercalando mi hambre con mis palabras—… ahora que ya puedes marcharte?

Me incorporo de nuevo y me centro en sus ojos, apartando su cabello hacia el lado contrario al que está girada, despejando su precioso rostro para poder admirarla.

—¿Sigues eligiendo vivir en mi infierno, ahora que tienes la oportunidad de escoger a quien puede regalarte el cielo?

Con un movimiento fluido y seguro Zynael vuelve a erguirse, pegando su espalda a mi pecho. Su brazo se flexiona rodeando mi cuello, aferrando con determinación mi nuca. Me deja sin aliento cuando tira de mí y se hunde en mis labios con un beso largo, profundo y ardiente. Nuestras lenguas se entrelazan con desesperación, explorándose con una necesidad imposible de contener. Sabe a cerveza y a pura entrega. Su boca se mueve entre la mía con la misma intensidad con la que nuestros cuerpos se buscan y enredan, en un beso que trasciende la carne y se aferra al alma.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando, se da la vuelta y pasa sus brazos sobre mis hombros, mirándome con esos ojos que parecen contener universos enteros.

—Podría existir en mil vidas diferentes, en mil tiempos distintos, y en cada una de ellas te elegiría a ti, Kal’ladril —susurra, con la voz ahogada en placer—. No me importa ni una sola de las dificultades que nos rodean.

Supe que ibas a ser tú el primer día que te vi, incluso si ello suponía correr el riesgo de morir.

Acaricio su mejilla sin separar mis ojos de ella, sintiendo el nudo de mi interior deshaciéndose con una facilidad casi mágica. El peso de sus palabras elimina todos los demonios que habían estado intentando asustarme.

—Con o sin brazalete, no existe otra opción para mi corazón — Sus manos aferran el cabello de mi nuca—. No quiero nada que no seas tú. No quiero nada que no sea nuestro. Quedé completamente anclada a ti en el primer momento que pusiste tus hermosos ojos dorados en mí.

Suspiro, sintiendo un alivio liberador.

—¿Tengo que volver a recordarte lo que siento?

Asiento y acaricio su boca con la yema de mis dedos.

—Sí —gruño—. Dímelo cada noche y cada amanecer. Dímelo después de cada beso y de cada caricia. Dímelo hasta que me crea que puedo merecerlo. Dímelo hasta que me dé cuenta de que no eres solo un bendito sueño.

—Estoy enamorada de ti, Kal'ladril —Su nariz se acerca hasta rozar la punta de la mía—. Podría decírtelo una y mil veces más, y aun así no lograría explicarte lo que significas para mí. Cuando te conocí eras un muro de piedra, un bosque cubierto de espinas que no permitía a nadie atravesarlo —Repasa mis facciones, marcándolas con la punta de sus dedos como si quisiera dibujar mi rostro—. Pero yo jamás pude alejarme, y no solo hablo de la magia del brazalete. Jamás habría querido irme a ningún otro lugar en el que tú no fueses a estar. Siempre he sido capaz de ver el océano oculto bajo la superficie de tu hielo. Vi la belleza de tu mundo secreto, y aprendí a conocer la voz de tu silencio. Me enamoré del hombre que eres cuando bajas la guardia, cuando duermes a mi lado, cuando me besas y me abrazas. Me enamoré de esos ojos que me observan cuando cree que no lo noto, con una devoción que no dice con palabras. Me enamoré del peso de tu sombra y de la luz que se filtra entre tus grietas. Eres mi Luna, Kal'ladril: misterioso, distante, envuelto en un frío que parece inquebrantable. Pero también eres mi Sol: el único hombre capaz de darme la vida y despertar mi calor.

Mi respiración se quiebra, mi pecho se llena de algo indescriptible, tan inmenso y voraz como el propio cielo. No le respondo con palabras. No le hace falta. En mi mirada brilla la promesa que le hice: jamás me alejaré de ella.

—Por los dioses, nyëlkhem… —Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya—. Dime esas dos palabras. Dime que me amas de una maldita vez. Jamás me ha hecho falta escucharlas, pero a ti te lo está rogando mi alma.

Sonríe, pero se calla. Ahora es ella la que juega a dejarme con las ganas.

La alzo en brazos y la llevo hasta la cama, apoyando su cuerpo con suavidad sobre las sábanas. La manera en que me mira lo dice todo, y funde mi alma. La fogosidad y la efusividad dejan de ser protagonistas, dando paso a la pasión y al sentimiento abismal que nos une. Y nos dejamos llevar por este lenguaje propio de nosotros dos, cediendo ante nuestro corazón con una entrega absoluta.

Beso sus labios, despacio, de la forma más pasional y sentida que he besado jamás. Siento cada uno de sus músculos destensándose bajo mi tacto, su piel erizándose a mi paso. Su cuerpo ha evaporado el agua en la que nos estábamos bañando. La intensidad con la que nos envolvemos, fusiona nuestro sudor.

—Maldita sea… —susurro contra su oreja—. Me tienes loca la cabeza.

—Eres el sueño de cualquier mujer, Kal'ladril Akhelbec'h — responde cerrando los ojos, estirando su cuello para permitirme devorarlo.

—No me importa —Acaricio sus clavículas con la punta de mi nariz—. Tú eres la única que me interesa.

Sus uñas arañan mi espalda, dejando marcas rojizas a su paso. Llega a mi trasero y lo agarra impulsando mi pelvis hacia abajo, abriendo sus piernas para dejarme paso.

—Te quiero dentro de mí —Muerde mi labio inferior—. Toda la noche.

Impulso mis caderas guiando mi virilidad, penetrando en su húmedo y ardiente interior. Siento cómo se contraen sus paredes a mi alrededor, y mi espalda se crispa, trasladando a todo mi cuerpo una descarga.

Mi región lumbar comienza a curvarse en un baile exquisito contra ella, lento y profundo, buscando alcanzar el punto más hondo de su goce.

Suelta sus gemidos sin filtro, sin ataduras, haciéndolos resonar con ganas.

—Kal'ladril… —solloza mi nombre, de una manera que me eriza la piel—. Sigue… Por Sauthriel, sigue… No pares —Mi cuerpo choca contra el suyo, marcando un ritmo constante que rebota en las paredes de esta habitación que ya hemos hecho tan nuestra.

La noche nos pertenece, y no hay nada más en el mundo que nos importe. No hay guerra, ni deberes, ni dolor. Solo nosotros dos. Ardiendo juntos.

La cama apenas contiene nuestra intensidad. Nos buscamos con una desesperación que va más allá del deseo; con una necesidad que se aferra al alma y se refleja en cada beso hambriento. Zynael se aferra a mis hombros, sus uñas dejan surcos sobre mi piel. Y puedo jurar que me encanta su agresividad.

Transformo una de mis manos en esa garra mestiza de jalaion'h, y juego a perfilar sus pezones con la largura de mis uñas, electrificándola. Sus ojos no sueltan mi contacto, expirando suspiros de placer. Ambos estamos disfrutando inmensamente de este peligroso juego que hemos decidido explorar y emprender.

Bajo por el centro de su barriga, provocando cosquillas y contracciones en su tripa, causando un ligero corte junto a su ombligo. La sangre comienza a correr y enseguida acudo a limpiarla con la lengua, suscitándole un asombroso gemido.

—Joder, imbécil —Agarra mi flequillo con una rabia vehemente y lujuriosa—. Me encanta… Me encantas. Haz eso otra vez.

Sonrío contra su vientre, elevando mi afilada mirada hacia ella.

—¿De verdad, enana? —runruneo excitado. Despierto la otra de mis extremidades híbridas, mostrándole ambas—. ¿A esto te refieres con llegar al extremo?

Su cabeza asiente lentamente.

—Hoy quiero todo de ti. Todo —Su voz se escapa entre suspiros—. Hasta el final.

—Está bien —Sonrío con una excitación que nadie, jamás, había llegado a provocar. Sostengo su cadera entre mis garras y clavo mis uñas en ella—.

Solo avísame si en algún momento quieres parar.

—Eso no va a pasar.

Muerdo mi labio inferior con ansia y le doy la vuelta sobre la cama. Su cuerpo tiembla tras mi rotundidad y seguridad, pero no para mal, sino gritándome llegar más allá.

Introduzco mis dedos en su denso cabello dorado y la guío hacia el cabezal, obligándola a gatear. Si hoy quiere dominancia, si quiere que comprobar lo que significa que haya dado el paso de decir que es mía, se lo voy a demostrar. Si hoy quiere sentir cómo combino mi sentimiento hacia ella con mi lado más animal, lo va a disfrutar.

Zynael apoya las palmas de sus manos y el lateral derecho de su cabeza contra la pared, manteniéndose de rodillas. Mis labios pasan de su oreja a su cuello, y después a su trapecio. Mientras mis manos metamorfoseadas bajan lentamente por sus perfectas curvas, dejando un rastro rojo a su paso. El dolor parece liberar las endorfinas de su sistema nervioso, produciéndole un placentero pico de euforia y excitación.

Produciendo en mí la misma reacción.

Su agudo gemido traspasa las paredes de esta habitación.

—Eres tan preciosa… —musito, bajando con mis labios a lo largo de su espalda, besándola con devoción—. No tienes idea de cuánto me encandila tu presencia.

Vuelve a temblar bajo mis labios, arqueando su columna cuando la recorro con la lengua. Aferro mis manos en sus nalgas y me inclino para saborear las marcas que dejo en ellas.

—Joder… —jadea, estirando su brazo para enterrar sus dedos en mi cabello.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos nublados de deseo. La imagen es intoxicante: sus pechos contra la pared, su cabello revuelto acariciando la curvatura de su espalda, su piel bronceada resplandeciendo con el sudor de nuestra pasión, sus exquisitas curvas cediendo a mi dominancia…

No aguanto su perfección, ni tampoco mis ganas de empotrarla.

Rápidamente me incorporo y me hundo en ella con un movimiento

firme y profundo.

Su reacción es inmediata. Su cuerpo se tensa y luego se relaja contra el mío. Su boca se abre en un increíble gemido, como si quisiera besar la piedra de la pared. Me muevo lento, en una danza perfecta entre el placer y el amor. Agarro su nuca y su cadera, manteniéndola en el lugar donde quiero tenerla, desando poseerla por toda la eternidad.

Quiero hacerle gritar hasta dejarle claro al universo que es de mi propiedad.

La visión de su espalda arqueada, de su trasero grande y perfecto ofrecido para mí, me hace perder el aliento.

—Sí, Kal'ladril… —susurra, su voz temblorosa pero llena de deseo—. Sigue así…

Mis embestidas son profundas, reclamándola de esa manera que tanto hemos estado deseando desde la última vez. Su cuerpo tiembla con cada movimiento, su espalda se curva aún más cuando mis labios dejan besos ardientes en su cuello, cuando mis garras se clavan en su cintura para guiarla al ritmo de mi deseo.

El sonido de nuestra unión llena la habitación. Mi nombre se escapa de sus labios con cada movimiento. El colchón cruje bajo nosotros.

Y a pesar de que el tiempo pasa, no parecemos tener suficiente.

Juntos, somos voraces y ambiciosos. Insaciables.

Tomo su cabello entre mis dedos y la atraigo hacia mí. Zynael se deja llevar y choca su espalda contra mi pecho, su cuello expuesto para saciar mi hambre. Su mano sube por mi hombro, se aferra a mi nuca y me arrastra a un beso profundo. Nuestras lenguas se entrelazan con la misma intensidad que nuestros cuerpos están exhibiendo.

—Eres mía —gruño contra sus labios—. Solo mía.

—Para siempre… —gime en mi boca.

La empujo de nuevo contra la pared y ella vuelve a dejarse hacer.

Cada movimiento nos acerca más al abismo.

Cada jadeo entrecortado nos arrastra más y más al éxtasis definitivo.

La noche se deshace a nuestro alrededor, mientras nosotros seguimos

probando cada rincón de esta habitación: Volvemos a deshacernos sobre la mesa hasta dejarla coja; la devoro sobre el suelo alfombrado hasta dejarlo empapado; la pongo contra la ventana hasta dejar su figura grabada, donde la luna es testigo de nuestra devoción.

Zynael se estremece una y otra vez, alcanzando el clímax sin control. Y yo no me detengo. No queda nada de nosotros, tan solo esta pasión desbordante. Finalmente, su cuerpo se sacude una última vez, y el placer me arrastra a su máxima cúspide. Dejo escapar un gruñido gutural y me derramo dentro de ella, dejando mi marca imborrable.

Nos desplomamos sobre el colchón, jadeando, envueltos en el sudor mezclado de nuestros cuerpos.

Con mi último aliento, la giro y la atraigo hacia mí, pegando su cabeza a mi pecho. Sus brazos me rodean al instante, enredándose en mi cuerpo, aún temblando tras el éxtasis que nos ha consumido a la vez.

—Por Sauthriel, Kal'ladril… —su voz es apenas un susurro, una caricia cálida rozando mi piel.

—Dime —Acaricio su cabello despeinado, dejando besos suaves en su frente.

—Ha sido…

—Sobrenatural. Salvaje. Exquisito —Termino la frase por ella—. Y precioso.

Zynael levanta la mirada hacia mí. Sus ojos brillan con amor, devoción, y certeza. Por primera vez en mucho tiempo, está segura y está feliz. Está tranquila. Confía en mí, y confía en lo nuestro, en lo que juntos vamos a conseguir.

—Eres tan increíble en todos los sentidos… —Sus dedos se deslizan por mi rostro—. Tengo mucha suerte de haberme enamorado de alguien como tú. No podría ni imaginar haber descubierto lo que significa estar así por nadie más.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo esas palabras se clavan en mi pecho. No hay forma de responder con palabras algo tan inmenso, algo tan absoluto.

Así que la beso muy despacio, con la certeza de que no necesita que diga

nada.

La abrazo, sintiendo su respiración acompasarse con la mía. Fuera, la Luna va concluyendo su camino en el cielo, y el mundo continúa girando. Pero aquí, en este lecho, en este instante, todo se ha paralizado para nosotros dos. Y lentamente, vamos permitiendo que el sueño nos reclame.



CAPÍTULO 7
LA LEYENDA

Kal'ladril
17

Unos golpes firmes, pero sin urgencia, me sacan de mi placentero y profundo sueño. Froto mis ojos, intentando acomodarlos al brillo del amanecer que comienza a colarse por la ventana, dejando atrás la agradable oscuridad de la noche.

La puerta vuelve a ser aporreada.

—¿¡Quién mierdas es tan temprano!? —gruño con la voz alta, sin importarme ofender a quien sea que se haya atrevido a importunar mi breve y necesario sueño—. Si es el servicio, podéis marcharos, no quiero nada.

Estoy a punto de volver a acomodarme abrazando a Zynael, que sigue plenamente dormida, cuando la puerta comienza a abrirse lentamente. Alzo mi cuello con molestia, y enseguida veo la cara de Avaldur'h asomándose al otro lado.

—Phylestirri zalèüh —Se inclina con disculpa—. Iba a daros un poco más de tiempo para descansar, pero Kèstiron me ha contado lo que pasó anoche en vuestro reencuentro, y he tenido la necesidad imperiosa de saber cómo estás.

—Entra —le ordeno también con gesto de mano—. Y cierra. Solo les faltaba a mis padres verte ahora a ti. Les mataría de un infarto.

—No me tientes, porque eso suena demasiado bien —Se burla, deslizándose al interior y cerrando el pestillo—. Vaya… —Su sorpresa se hace evidente cuando ve todos los platos y los restos de nuestra cena tirados por el suelo, más la pata rota de la mesa—. ¿Fue un encuentro muy salvaje, o una locura de discusión?

—¿Tú qué crees? —Comienzo a incorporarme en la cama lentamente, permitiendo a Zynael seguir durmiendo mientras nuestra conversación no la distraiga.

Me siento en el borde del colchón y peino mi cabello con los dedos. Avaldur'h no deja de observarme mientras me pongo en pie para ir a coger una de las batas que nos dejaron preparadas. Eran para después del baño, pero no hemos tenido tiempo de usarlas.

Su insistencia clavada en mi cuerpo me obliga a girarme hacia él.

—¿Qué mierdas miras así? —Me siento en el borde de la cómoda y enarco una ceja—. ¿Tengo algo nuevo en el cuerpo que todavía no hayas visto?

—No —Sonríe y se quita la capucha que lo cubría, para enseguida volver a mirarme a los ojos—. Te miraba porque, a pesar de ser el mismo sygära que conocí hace ya varias lunas, estás muy cambiado.

—¿En qué sentido?

—En el mejor de los sentidos, créeme —Rodea la mesa y se dirige hacia una de las pocas botellas que sobrevivieron, levantándola para comprobar si su vidrio sigue intacto—. ¿Quieres una copa? Nada mejor para empezar el día.

Lo miro en silencio mientras se sirve, y enseguida busca otro recipiente para mí. Me fijo en él por primera vez: Se ha cambiado de ropa, vistiendo una nueva sotana en tonos negros y grises, a juego con sus pantalones y sus botas negras. Su cabello está semi-recogido con un trenzado hacia detrás, y ha vuelto a maquillar sus ojos con carbón. Incluido aquel con el que no puede ver más.

Con un movimiento casual, se quita la capa que llevaba enganchada a sus hombros, y la deja sobre el respaldo de una silla.

—Quería saber si es verdad lo que ese viejo demente me ha contado —

Comienza a acercarse a mí, cediéndome la jarra de alcohol— . Quería saber si es verdad que te plantaste de la mano con Zynael frente a tus padres. Kèstiron me ha dicho que incluso les amenazaste con matarles si llegaban a tocarla.

Miro su ofrecimiento, y después a él, dudando. Pero enseguida me decido y agarro la bebida. No tengo ninguna razón para desconfiar ahora de él.

—Advertí que no quería volver a escuchar ese nombre —gruño antes de dar un trago, sintiendo cómo sus grados refrescan mi interior.

—Tienes razón —Asiente—. Pero…, ¿es verdad lo que me ha contado?, ¿o tan solo es otra de sus pantomimas? ¿Te has revelado?

—¿Te complacería?

—Más de lo que te imaginas. Aunque también me preocuparía — Me cede su jarra para brindar—. ¿Lo has hecho de verdad?

Levanto mi brazo y estampo nuestras bebidas, reconociendo de esta manera esa duda que ha venido a solucionar. Vuelvo a beber sin separar mi mirada de él, analizando su reacción. Tal y como ha dicho, pasa de la sorpresa, a la felicidad, y luego a la preocupación. Su atención se clava en un punto del suelo, pensando en las posibilidades y las consecuencias que eso me podrá acarrear.

—Yo mismo te dije que esto era lo que debías hacer. Pero nunca imaginé que…

—¿Qué? —le corto—. ¿Que lo haría de verdad? ¿Me tomas por un cobarde, acaso?

—No esperaba que fueses a revelarte ya, eso seguro —Se da la vuelta y comienza a caminar por la habitación, dándole vueltas a lo que sea que esté rondando en su cabeza—. Y el hecho de que verdaderamente creas que tus padres han accedido a esto, me preocupa aún más.

—No es que lo crea, es que no les he dado opción —respondo enseguida.

—¿Y no te inquieta? —Su ojo verde vuelve a fijarse en mí.

—No —Me río, incluso soberbio—. Cuando ese desgraciado te ha contado que les he amenazado, no te ha mentido. No van a atreverse a

ponerle un dedo encima, porque entonces ellos irán detrás. Y lo haré. Lo haré de verdad, y lo saben. Así que no. No me preocupan. Le tienen demasiado miedo a la muerte, no se van a arriesgar.

—¿Desde cuándo sientes con tanta fuerza? —Su asombro es evidente.

—Desde que he visto claro el riesgo de perderla.

Avaldur'h expira una risa satisfecha, muy orgulloso de lo que parezco haberle transmitido, muy orgulloso del cambio que ha notado en mí.

—Eres tan…

Arqueo una ceja, esperando a que prosiga. Pero no lo hace.

—Te miro, y finalmente te veo, zalèüh —Se acerca a mí lentamente, apoyando su mano extendida sobre mi corazón—. Eres un rey al que vistieron de soldado. Eres un dios disfrazado de mortal.

Mis labios se abren con conmoción. Su mirada brilla frente a mí, inmensamente emocionada, reflejando la misma esperanza que muestra alguien que acaba de encontrar su propósito para vivir.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere, pero vuelve a darse la vuelta.

Lo observo fijamente mientras se sirve de nuevo, perdido en sus propios pensamientos. En otro momento, me habría causado desconfianza esa manera poco entendible de tratarme, pero ahora mismo siento que Avaldur'h es uno de los pocos aliados que tengo de verdad. Por alguna razón, confío en él más de lo que confío en ciertas personas que me han acompañado durante toda mi vida.

—Deberíais venir conmigo mañana a la ciudad. A daros una vuelta; a conocer el lugar en el que me crie. Tal vez lleguéis a entender por qué, a pesar de sus reyes y sus leyes, le he cogido aprecio —propone. Mi mente vuelve a desviarse del asunto que comenzaba a rondar—. Thaeón, Jóngruf, Idril, Zynael, tú y yo. Podríamos pasarlo bien.

—¿A la ciudad a qué? ¿A darnos una vuelta? ¿Como si no hubiese ninguna guerra próxima para la que debamos entrenar? —Me cruzo de brazos, manteniéndome en mi sitio—. Además, te has olvidado de Daisha. ¿No cuentas con tu amigo inseparable?

—¿Mi qué? —Se ríe—. Por si no lo habías notado…, hace mucho que el

hechicero y yo hemos dejado de encajar. Nuestros pensamientos son tan distintos, en tantos ámbitos, que nos ha resultado imposible lograr acomodarlos. Al principio creíamos poder llevarnos muy bien, pero con el tiempo me he dado cuenta de que jamás podré llamar amigo a alguien como él.

Mi ceño se frunce, no sé cómo interpretar esta nueva confesión. Él se recuesta en una de las sillas con despreocupación, exhalando un suspiro cuando acaba de beber.

—Es todo un incordio tener que estar escondiéndose —Se queja—. Por suerte nunca me ha costado pasar desapercibido.

—El hombre al que más decías odiar, y que jurabas matar algún día, está en el mismo lugar que tú. ¿Por qué no pareces tentado a intentarlo?

—Por la misma razón por la que tú no has matado a Kèstiron todavía. Mis prioridades ahora mismo están puestas en otro lugar, pero eso no quiere decir que algún día no vaya a cumplir con lo que te dije.

De repente se escucha el roce de las sábanas y un suspiro entre dormido y satisfecho. Cesamos nuestra conversación y nos centramos en ella. Zynael se mueve lentamente, estirándose con la pereza de quien se ha entregado a un descanso sin preocupaciones. Se estira, suelta un quejido bajo, y al fin abre los ojos. Durante unos segundos, parpadea, como si su mente aún estuviera atrapada en los vestigios del sueño.

Luego su mirada se encuentra con la de Avaldur'h.

El grito que suelta se escucha en todo el castillo.

—¡¿Qué mierdas haces aquí, Avaldur'h?! —Reacciona de golpe, llevándose la sábana al pecho con increíble velocidad, aferrándola con ambas manos como si su vida dependiera de ello.

Su mirada alterna entre él y yo, encendida por la furia y la vergüenza.

—Buenos días para ti también —le provoca el norteño.

—¿¡Cuánto tiempo lleva aquí!? —lo ignora, centrándose en mí—. ¿No podrías haberme despertado para que me vistiese, imbécil?

Esa indignación tan suya, no hace más que alimentar mi diversión. Sonrío con picardía y ladeo la cabeza, relamiéndome los labios

—¿Y perderme el espectáculo tan placentero que me estabas

regalando? —dejo que mi voz se arrastre un poco, disfrutando de su reacción—. De eso nada, enana. Estabas demasiado a gusto durmiendo, y yo no iba a quedarme sin la visión de tu divino cuerpo enredado en las sábanas por la mañana.

—Pásame algo de ropa, idiota. Ya.

Me río entre dientes, alargando el momento solo porque puedo.

Luego cojo la bata que le corresponde y se la lanzo sin mucha ceremonia. —Estás preciosa cuando te enfadas.

Zynael la atrapa en el aire y se la pone rápidamente, aunque sin soltar la sábana del todo, como si aún desconfiara de que Avaldur'h pudiera atreverse a mirarla.

—Tranquila —El alquimista le dedica una sonrisa ladina—. Ni siquiera había tenido tiempo de detenerme a mirar.

Ella le fulmina con la mirada.

—Ya. Claro. Lo que tú digas.

—Porque se os escuchó desde todas las alcobas —Me mira

Avaldur'h, riéndose—. Si no me resultaría imposible creer que la hicieses disfrutar. Nadie puede levantarse así después de una noche de pasión.

Vaya humor…

Zynael lanza un cojín al norteño con todas sus fuerzas, atinando directamente en su cabeza, maldiciéndole por su manera de hablar.

El aire frío que sopla entre las rendijas de las puertas del balcón, capta por primera vez mi atención. Ahora que la luz del día ya ha conseguido filtrarse del todo entre las espesas nubes, me doy cuenta de algo que jamás hubiese esperado ver en este lugar: Hay nieve en la barandilla. Me centro en este punto, tratando de asimilar lo que veo. Es apenas una capa delgada, pero está ahí, extendiéndose sobre la piedra oscura, cubriendo la superficie con su blanco resplandor. Y además, sigue acumulándose. Pequeños copos caen con un ritmo constante, danzando en el aire antes de posarse con delicadeza.

Frunzo el ceño.

—¿Está nevando?

Zynael y Avaldur’h detienen su amigable enfrentamiento.

—¿En Wolftundur? —La elfa se levanta rápidamente para acercarse a la ventana, comprobando por sí misma mi cuestión.

Me deslizo de la cómoda y me dirijo al balcón, empujando sus puertas para asegurarme de que es real y no parte de una alucinación. Cuando salgo, el aire gélido me envuelve de inmediato, erizándome la piel. Extiendo la mano y dejo que los copos caigan sobre mis dedos, derritiéndose casi al instante.

Podrían parecer una ilusión, pero no lo son.

Me giro de nuevo hacia Avaldur’h, que sigue sentado en la silla con completa calma.

—Empezó anoche, poco después de nuestra llegada al reino.

—No sabía que en Wolftundur podía llegar a nevar.

Él niega con la cabeza, su expresión se hace más seria.

—He vivido aquí una eternidad. He visto lluvias torrenciales que han durado ciclos lunares enteros. Pero este frío… ¿nieve?… No. Jamás.

Un escalofrío recorre mi espalda. Algo en mi pecho se aprieta, y de nuevo tengo esa sensación de que no es algo bueno. La Luna que había sobre las nubes, completamente llena y más grande de lo que nunca había sido; el cielo despejado de Cinnadaoin; y ahora esto. Elthymeron está distinto, como si realmente se avecinase una nueva era.

—Mierda —murmuro, más para mí mismo que para ellos—. Esto no está bien.

Avaldur’h me observa en silencio, luego se encoge de hombros con aparente despreocupación.

—Tal vez sea todo lo contrario —dice—. Tal vez sean nuestros dioses avecinándonos un gran cambio. No tiene por qué ser malo.

Se levanta y comienza a rebuscar en su capa, aún colgada en el respaldo. Con un gesto pausado, mete la mano en un bolsillo interior y extrae algo.

Una tiara élfica.

Esa tiara. La reconozco de inmediato.

La última vez que esperaba verla fue cuando matamos al dragón.

—¿Qué hace eso aquí? ¿Por qué te la has traído?

Observo al albino con el ceño fruncido mientras se acerca a mí, sosteniéndola con completa naturalidad. Zynael nos observa en silencio, también sorprendida tras volver a ver esa joya tan sinigual.

—No podía dejarla atrás —Su tono es simple, pero en su mirada hay algo más. Algo que no alcanzo a descifrar del todo.

—¿De quién esta diadema, Avaldur'h?

—¿Recuerdas que te hablé de lo que significaba la palabra anämy? Esa persona mágica que solo aparece una vez en la vida… —murmura, observando la tiara con completa devoción—. Bueno, pues este era el complemento favorito de la mía. Estaba absolutamente hermosa cuando se lo ponía.

Mis ojos se abren con sorpresa, realmente impresionado por lo que acaba de confesarme. Mi cabeza empieza a trabajar, hilando toda la información y las suposiciones que he estado acumulando hasta el momento. Y entonces, su nombre viene automáticamente a mi mente.

—Onal'lia…

La mirada monocular de Avaldur'h vuelve a subir hacia mí, confesándome lo que acabo de adivinar con ese mudo pesar.

—¿Tú, siendo un niño, estabas enamorado de la reina de Cinnadaoin? —le interrogo.

—Ojalá la hubieses conocido. Era imposible no enamorarse de Onal'lia —murmura—. El rey Kelythael; Altuk'h, el gran doh; y muchos más como yo. Ningún hombre podía mirarla y no caer rendido ante semejante perfección.

—Tú no eras un hombre, eras solo un niño… y ella…

—Ella era mi reina, y trece años mayor que yo. Lo sé. Jamás me importó.

Suspiro, observando este precioso objeto con el valor que ahora ya sé que tiene. Sabiendo quién fue la persona que lo portó. Noto el dolor que hay tras cada una de sus palabras. Es completamente cierto que la amaba. Me fijo en cada pequeño relieve, cada detalle de su intrincado diseño. Para él no es un simple adorno o un capricho.

—Quiero que te la quedes tú —dice de pronto, girándose hacia Zynael.

Frunzo el ceño, confundido. Zynael se queda bloqueada, aun junto a la ventana, mostrándose atónita. Sus manos, que hasta hace un instante aún sujetaban con fuerza la bata sobre su pecho, ahora parecen relajarse.

—¿Yo? —Su cuerpo retrocede de forma involuntaria, desconfiado, rechazando las dudas que debe haber provocado esta repentina propuesta —. ¿Por qué yo? Es tuya. Es especial para ti, no para mí. ¿Por qué quieres dármela?

Aguardo en silencio, manteniendo mi mirada fija en Avaldur'h, esforzándome en comprenderlo. El norteño suspira, no por fastidio ni por impaciencia, sino por ese peso invisible que parece estar cargando.

—Mi corazón está muerto… —Vuelve a mirar su preciado tesoro—. Esta tiara debería representar lo que una vez sentí. Pero la miro, y ya no la encuentro.

Algo en su voz nos transmite su infinito dolor, una desnudez que no suele permitirse.

Lo observo. Durante todas las lunas que llevo conociéndolo, jamás pensé que lo vería quebrarse. Y sin embargo es la segunda vez que lo hace ante este objeto. En Cinnadaoin pensé que era por la pena de ver sufrir al gran doh, pero ahora me doy cuenta de que hay mucho más detrás de su vínculo con aquel lugar.

—No quiero seguir mirándola y sentirme vacío —continúa, su tono más bajo ahora, como si hablara consigo mismo—. Onal'lia ya no está, ni si siquiera en mi memoria. Tan solo su nombre parece tener peso. Ha pasado tanto tiempo que ya ni siquiera la recuerdo con claridad. Si me la quedo yo, esta tiara habrá perdido también todo su valor emocional.

Su confesión da de lleno en la boca de mi estómago. El aire de la habitación se espesa, cargándose de ese dramático desahogo que Avaldur'h está compartiendo. Debe ser muy duro sentir que ya no recuerdas a la persona que se adueñó de tu corazón. Debe ser muy duro darse cuenta de que, a pesar de que el tiempo ha borrado tu memoria, tu alma sigue siendo incapaz de abrirse a alguien más.

No hay más historia. No hay más detalles. Por eso él jamás ha querido mencionarla. Por eso nunca nos ha hablado de ella. Hasta ahora.

—Quiero que esta tiara la tenga alguien que pueda volver a valorarla

como se merece —Su atención se posa de nuevo en Zynael— . Fue un símbolo, y quiero que siga siéndolo. Tal vez ahora pueda representar a alguien más. Tal vez el sentimiento pueda repetirse.

Un latido de silencio se expande entre los tres. Lo que está haciendo no es solo un gesto. No es un simple regalo. Avaldur'h nos está entregando algo que ya no puede sostener.

—Quiero que la tengas tú, Zynael —Su voz es firme, pero suave— . Para que así, todos los hombres que te amen puedan soñar con su anämy portando esta diadema en su cabeza. Para que así, este objeto vuelva a ser el símbolo imborrable de una hermosa mujer.

Veo el impacto en Zynael. La forma en la que su pecho se alza en una respiración profunda, la manera en que su mirada se suaviza. Pero sigue llena de incertidumbre. Es extraño ver a alguien como ella sin palabras.

Lentamente, comienza a acercarse al norteño con una mezcla de duda y reverencia, fijándose en la tiara como si estuviera acercándose a algo sagrado. Cuando se detiene frente a él, sus ojos se encuentran. Con un movimiento cauteloso, la rubia extiende las manos y toma la tiara de las de Avaldur'h.

Durante un instante, ninguno de los dos dice nada.

La sostiene, observando el brillante metal tallado y los detalles de su superficie. La Piedra Faroïtta incrustada en el centro, parece latir con un fulgor propio. La gira entre sus dedos con una delicadeza que rara vez le veo usar, y luego, con una respiración profunda, la eleva hasta su cabeza, ajustándola con cuidado sobre su frente.

Ese instante provoca algo mágico en mi interior. Incluso su brillo parece multiplicarse en contacto con su piel. No sé si es parte de mi imaginación, pero el aire en la habitación cambia. Como si este singular objeto acabase de aceptar y dar lugar a su nueva representante, a su nueva portadora.

Avaldur'h la observa con una expresión difícil de leer. Algo en su mirada parece más liviano que antes. Zynael exhala, como si no hubiera notado que estaba conteniendo el aliento. Sus manos bajan lentamente, y cuando me mira, me encuentra sonriendo.

Orgullo. Eso es lo que siento.

La imagen que tengo frente a mí es perfecta. La tiara en su cabeza parece haber estado siempre ahí. Como algo propio. Como si le perteneciera desde el principio.

El norteño deja escapar una risa baja, habiendo notado mi forma de reaccionar.

—A esto me refería —Una media sonrisa se dibuja en sus labios— . Esta es su magia. Sabía que te aceptaría, nyëlkhem de Aszhroin. Ahora eres su nueva reina.

Zynael niega con la cabeza.

—No soy ninguna reina.

—No hablo de títulos ni linajes —Avaldur'h da un paso hacia detrás, inclinando su cuello con galantería—. Hablo de reconocimiento, y de lo que significa para mí este nuevo comienzo.

Ella apenas ha tomado aire para responder cuando un golpe seco resuena en la puerta de la habitación, tan brusco y autoritario que la madera cruje con la fuerza del impacto. Mis sentidos se agudizan al instante. No es un llamado casual. No es un toque de cortesía. Hay urgencia, y excesiva confianza.

—¿Esperas a alguien? —La voz de Avaldur'h se tensa notablemente.

Le lanzo una mirada rápida antes de caminar hacia la entrada. No sé quién está del otro lado, pero algo en mi instinto me dice que no son mis padres. Coloco una mano en el marco y la otra en el pomo, listo para cerrarla de golpe si fuese necesario.

Antes de que pueda abrir la boca, una voz se filtra desde el otro lado.

—Kal'ladril, soy yo. Ábreme.

Dai-sha.

De forma inevitable, aprieto los dientes. Detrás de mí, Avaldur'h suelta un resoplido bajo, casi imperceptible.

—Qué conveniente —murmura sin intenciones de que pueda oírle.

Algo en mí se crispa. No me gusta el comentario, ni el momento en el que lo dice, pero finalmente corro el pestillo y abro la puerta.

Dai-sha entra sin esperar invitación, deslizándose en la habitación con su

usual actitud seductora y despreocupada. Sus ojos se pasean por la estancia con rapidez, barriendo cada detalle.

—Buenos días —dice con naturalidad—. A los tres.

Enseguida su mirada se posa en Avaldur'h, y ahí aparece de nuevo: Esa chispa en sus ojos. Algo filoso, algo contenido. Algo que no me gusta.

—Vaya, has madrugado bastante —Afila su sonrisa, mirándolo de arriba abajo. Admirando su nueva apariencia—. Estás guapo, muy guapo.

La tensión en la habitación sube como la marea antes de una tormenta. Avaldur'h no responde de inmediato. Solo le sostiene la mirada, sin parpadear. Zynael se mantiene en silencio, observando la escena con atención, con la tiara aún en su frente.

—¿Y eso? —El hechicero se fija por primera vez en ella, dándose cuenta al instante de ese nuevo detalle que decora su cabeza—. ¿Eso es lo que creo que es?

—La diadema de Onal'lia, sí —Avaldur'h se cruza entre medias del humano y la elfa, sonriéndole a mi amigo de forma extrañamente forzada —. Después de que la encontrases, no iba a dejarla abandonada. Decidí traerla conmigo, y ahora he decidido regalársela. Es un objeto muy hermoso, más aun teniendo en cuenta lo que significa para mí, y quería que la tuviese alguien que la pueda lucir.

Dai-sha abre la boca y asiente, comprendiendo las razones del norteño.

—Me parece estupendo, un gesto muy bonito por tu parte — Sonríe y enseguida vuelve a darles la espalda, dirigiéndose a una de las sillas con completa calma—. Solo recomendaría que, por el momento, no la use en público. Estoy seguro de que Karanthir y Puolhiry todavía podrán reconocer esa joya, y no me gustaría que pudiesen interpretarlo como una provocación.

Avaldur'h mira al instante a Dai-sha, pareciendo recriminarle algo dentro del silencio. Pero mi amigo no reacciona a su actitud, tan solo me mira y asiente.

—Buenos días a ti también, Dai —le saludo finalmente—. ¿Qué tal ayer la reunión privada con mi padre? ¿Ya le has dicho que vas a dejar de ser el hechicero real?

—No —Suspira, relajando su espalda sobre el respaldo—. No creo que ahora sea el momento de hacerlo. Cuando acabe la guerra lo sabrá. En cuanto a la reunión, fue lo mismo de siempre. Quería que le contase nuestro viaje con detalle, y además, me preguntó por vosotros dos.

—¿Por nuestra relación? —pregunta Zynael, llegando a mi lado. Dai-sha asiente.

—¿Y qué le dijiste? —insiste ella.

—Que era real.

Respiro hondo. De forma involuntaria, saliéndome natural esa necesidad de acercarla, mi brazo pasa bajo su densa melena dorada y la trae hacia mí. Zynael apoya su mano en la zona baja de mi espalda, y comienza a acariciarla sobre la tela de la bata.

—Tu padre ya se lo olía. Vio la reacción de Zynael cuando te sacaron a rastras de las celdas, y después vio cómo la defendías — continúa—. Pero aun así seguía queriendo creer que Hansley sería la mujer que terminaría robando tu corazón.

—¿Hansley? —Zynael suelta una risa jocosa, provocada por escuchar el hombre de la sygära a la que, hasta ayer, iba a tener que desposar—. Ni siquiera se conocen. Su compromiso era una obligación. ¿Cómo iba a enamorarse de alguien con quien no ha pasado tiempo, y con quien no comparte ni una sola cosa en común?

—Porque es una elfa preciosa, de alta cuna, y de sangre pura. Para él tiene eso más lógica, que el hecho de que se haya encaprichado de una mestiza, con la que no comparte raza, y a la cual debía considerar únicamente una prisionera —explica mi amigo, siendo buen conocedor de mi padre—. Y te aseguro que aunque no se conocieran demasiado, a ella ya le ha conseguido romper el corazón.

Suspiro. Soy consciente de que eso es cierto, lo noté en su mirada la noche anterior. Pero sinceramente, no me importa. No es mi problema que se ilusionase con el casamiento, o conmigo. En ningún momento fue mi decisión.

Beso la cabeza de la rubia y me doy la vuelta para dirigirme al mueble sobre el que descansa mi ropa, dispuesto a vestirme. Me quito la bata con despreocupación, dejándola apoyada en el perchero, y comienzo a

colocarme el pantalón.

—¿A qué has venido exactamente, Dai-sha? —le pregunto cuando vuelvo a darme la vuelta hacia él, anudándome el cordón—. ¿Querías algo?

—He venido a traerte tu medicación.

Me dedica una sonrisa ligera y saca un pequeño frasco de vidrio del bolsillo de su abrigo de piel. El líquido de esta nueva poción es de un tono azul intenso.

—Para tus costillas.

—No la necesito. Gracias.

Vuelvo a centrarme en vestirme, dándole de nuevo la espalda.

—No seas terco.

Lo escucho ponerse en pie, sus pasos dirigiéndose hacia mí. Cuando llega a mi lado me rodea para mirarme de frente, fijándose en mi costado con atención.

—Las fracturas de costillas son un fastidio, ¿sabes? —Se cruza de brazos con falsa paciencia—. No sé a ti, pero a la mayoría de la gente le molesta tener los huesos rotos.

—Estoy bien.

—Claro —Suspira—. El hecho de que puedas seguir haciendo *ejercicio* no significa que estés realmente bien.

Sonrío y niego con la cabeza. Sé exactamente a qué clase de ejercicio se refiere.

—Te he dicho que estoy bien. Tranquilo.

—No deberías hacer esfuerzos. Al menos durante unos días — sigue, y su mirada recorre la estancia con detalle—. Pero viendo esta habitación, imagino que anoche hubo poco reposo.

No pienso darle la satisfacción de saber si acierta o no, él ya me conoce, y conoce perfectamente cuál es la respuesta. Su insistencia persiste, y me ofrece su poción.

—Tómatela.

No hago ningún movimiento, tan solo ladeo mis ojos hacia él.

—No quiero arriesgarme a que esa fractura vaya a más —añade— . Si el

hueso se desplaza antes de que se solucione, podrías acabar con una perforación interna.

Destenso mis brazos y resoplo, volviendo a dejar mi ropa sobre la cómoda. No creo que sea necesario, pero tampoco soy idiota. Conozco los riesgos de mi lesión, y no necesito más problemas de los que ya tengo.

Le arrebato el frasco de las manos y me lo trago de un solo sorbo, sin decir una palabra. Dai-sha asiente con agradecimiento, transmitiéndome alivio con la mirada.

—¿Algo más?

Mi amigo me observa con una sonrisa y niega con la cabeza, volviendo a darse la vuelta para acercarse de nuevo a la puerta de la habitación.

—Esta poción te ayudará con el dolor. Evitará que te den pinchazos cuando tomes respiraciones profundas, y también acelerará la regeneración del tejido óseo —Vuelve a abrir el pestillo—. Si en un par de días no te sientes mejor, vuelve a pedirme otra.

Se gira para mirarme por última vez cuando ya ha abierto la puerta. —Gracias —Inclino la cabeza levemente.

—No hay de qué —Me sonríe—. Por cierto, se me olvidaba… Karanthir os espera en el campo de entrenamiento. Quiere informaros de los avances del ejército.

Enarco una ceja. Él y yo sabemos que podría haber empezado por ahí.

—Ah, y otra cosa… —continúa—. Esta noche habrá una celebración en la plaza principal de la ciudad.

Algo en su tono me pone en alerta.

—¿Una celebración? —pregunta Avaldur'h, extrañado.

—Sí —Asiente Dai-sha—. En honor al regreso del héroe y a la muerte del dragón. Lo diría con más emoción si no fuese Kèstiron el que la ha organizado.

Volver a escuchar ese nombre de sus labios, es suficiente para hacer que la tensión vuelva a crecer entre nosotros. Ninguna celebración puede ser un festejo si ese inmundo ser, al que muchos llaman rey, está detrás. Kèstiron nunca hace nada sin un propósito.

—¿Otro nuevo paripé? —Mi nariz se arruga, haciendo evidente mi

desagrado—. Dime por favor que mis padres no han aceptado.

Mi amigo sonríe con evidencia, confirmándome las dudas.

—Tu padre no va a perder la oportunidad de fanfarronear tu gloria, y de ganarse al pueblo que quiere gobernar —responde—. Por supuesto que toda tu familia va a asistir, y tú estás obligado a ir. La fiesta va a ser por ti.

Zynael y yo compartimos una rápida mirada de desconfianza.

—Id al campo de entrenamiento. No le hagáis esperar demasiado, sabes que es impaciente. En eso te pareces —se despide el hechicero brevemente, cerrando la puerta justo al final.

El silencio se instala en la habitación. Suelto un suspiro y miro de nuevo a través del cristal. La nieve sigue acumulándose, y yo vuelvo a desconfiar de esas personas a las que tanto llegué a venerar.

—Una celebración en mi honor —gruño. Mis puños se aprietan con rabia—. Qué imbéciles son… Hipócritas sin vergüenza.

Avaldur'h y Zynael muestran su sorpresa. Es la primera vez en toda mi vida que se me ocurre insultar a mis padres.

—¿Estoy obligado a ir? —Lanzo un grito al mismo tiempo que estampo el tarro vacío de la poción contra la pared, rompiéndolo en cientos de pedazos, mostrando mi repentino cabreo—. ¡Siguen dándome órdenes! ¿¡Pretenden de verdad que me paseé con gloria en una celebración organizada por el monstruo que nos torturó!? ¿¡Quién me va a obligar a ir!? ¿¡Acaso no han entendido que ya no van a manipularme?!

Avaldur'h endereza su espalda lleno de satisfacción, admirando la seguridad de mi voz. Dándose cuenta, y ahora de verdad, de que he marcado un final en ese control que mis padres eternamente habían querido llevar sobre mí.

—Piensan que soy el mismo Kal'ladril que se marchó de Drilembiyr'h, leal como un perro que jamás pone en duda a su dueño — continúo—. Tal vez no fui lo suficientemente claro. Tal vez pensaron, cuando les dije que iba a ser yo mismo, que solo les hablaba de lo mío con Zynael.

Me dirijo al espejo y agarro una de las dagas de la nyëlkhem, completamente decidido a hacer lo que estoy a punto de hacer.

—A ver si así entienden que, a estas alturas, me importa una mierda mi

raza y mi apellido —Ladeo mi cabeza, acercando el cuchillo a mi cabello—. Solo me debo a mí mismo. Se acabó obedecer sin compartir su opinión, voy a actuar únicamente tal y como me guíen mis principios y mi instinto. Van a demostrarme si el orgullo y la sangre son más importantes que su propio hijo.

El reflejo en el espejo me observa con intensidad. Sostengo la daga entre mis dedos, la hoja afilada reflejando la luz de la habitación.

Y no dudo.

El filo se desliza con precisión a lo largo del lateral derecho de mi cabeza, cortando mechones de cabello blanco que caen en silencio sobre la piedra fría del suelo. El sonido de la hoja al raspar contra mi cuero cabelludo se mezcla con mi agresiva respiración.

Estoy enfadado. Estoy tan molesto de que, una vez más, pasen por alto cómo pueda sentirme y quieran obligarme a seguirles.

Se acabaron sus normas. Se acabó el seguir fielmente sus deseos, sin tener en cuenta los míos. Se acabó el agachar la cabeza frente a sus ridiculeces. Se acabó la hipocresía. Puedo ser el mejor hijo que han soñado jamás, pero a partir de ahora van a aceptarme con mis opiniones y mis diferencias. Se acabó el no opinar.

Nunca más van a obligarme a nada que yo mismo no logre aceptar.

Se acabaron sus absurdos protocolos.

No quiero verme, ni un día más, como ellos han intentado que me vea.



Kal'ladril
18

Sigo perfilando el corte, igualando el lado derecho con el izquierdo, dejando solo la parte central larga. Me tomo mi tiempo, asegurándome de que la línea del rapado sea limpia y precisa. Mis dedos sacuden los mechones sueltos, limpiando los restos con la palma de la mano antes de inclinarme para mojar la daga en el agua de la bañera.

La plata brilla húmeda cuando la levanto de nuevo.

Avaldur'h y Zynael continúan observándome. El silencio en la habitación es denso, pero no incómodo.

Con la misma seguridad con la que manejo mi espada, tomo un buen mechón de mi flequillo y comienzo a despuntarlo, dejando algunas mechas cortas hasta la altura de mis ojos. Después empiezo a trenzarlo, dejándolo con más estructura. Primero repaso la del lado izquierdo, y luego hago una nueva en la parte opuesta que acabo de recortar. Las últimas la formo en la parte central, intercalándolas con mechones completamente sueltos, enganchando en su extremo final las plumas de Roc y el anillo de Idril, esos pequeños accesorios que tanto significan para mí.

—Por los dioses, zalèüh... Estás espectacular —murmura el norteño acercándose a mí—. ¿Me permites probar algo?

Asiento. Se coloca frente a mí y limpia el carbón oscuro de su propio maquillaje con los dedos, dirigiéndolos seguidamente hacia mí.

—Cierra los ojos.

Lo hago sin pensarlo.

Su pulgar traza una línea sobre mis párpados, oscureciendo y perfilando mi mirada. Cuando retrocede un paso y vuelvo a mirarlo, lo noto en su

expresión. Está orgulloso.

Zynael también se acerca en completo silencio, recorriendo con su preciosa mirada perlada cada cambio, cada detalle.

—Tus padres lo van a odiar… —dice, y antes de que pueda responder, añade con una leve sonrisa—. Me encanta.

Mi mandíbula se tensa. No por lo que acaba de decir, sino por el hecho de imaginar la reacción que me va a tocar a aguantar.

Sé que tiene razón. Sé que me tocará volver a discutir.

—Tengo algo más para ti —añade de repente Avaldur'h—. Creo que es el momento perfecto para darte mi regalo de cumpleaños. Me giro hacia él con el ceño fruncido.

—¿Tu qué?

—Planeaba dártelo después de la guerra —admite—. Pero viendo lo visto, creo que puedo adelantártelo.

Se gira, camina hasta la puerta y sale sin más explicaciones. Pero no tarda mucho en volver. Esta vez acompañado de varias humas del servicio que lo siguen de cerca, cargando un bonito baúl de madera. Mi curiosidad se despierta de inmediato, cuando lo apoyan en el suelo frente a mí, cediéndomelo como si se tratara de una ofrenda.

Avaldur'h cierra de nuevo el pestillo cuando el servicio ha salido, y vuelve a colocarse junto a Zynael, que continúa mirando dicho objeto con sorpresa.

—¿Qué es? —pregunta curiosa, rodeando el baúl con extrañeza.

—Lo primero que quiero recordar, es que yo no soy como Karanthir —Avaldur'h se dirige a mí, ignorando la cuestión de la mestiza—. Quédatelo solo si de verdad lo quieres. Vístelo solo si de verdad te gusta, si sientes que te representa.

—¿Vestirlo? —La punta de mis dedos roza la madera, sintiéndola perfectamente pulida bajo mi tacto—. ¿Es ropa?

—Ábrelo.

Obedezco y me encuentro con ese conjunto completo, todo en negro, compuesto por un pantalón, unas botas, un fajín, una camisa con muñequeras, y una chaqueta.

Extiendo mi mano y acaricio el material del pantalón: es cuero, flexible a la par que grueso y firme. El fajín, del mismo material, está adornado con varios enganches dorados, y una extensión caída a la cadera en la que puedo portar la espada con comodidad, colocada estratégicamente para que sea fácil de desenfundar.

La camisa es de seda. Despechada y suelta, con solo un par de botones en la parte inferior, y las mangas largas ligeramente abombadas hasta los puños. Las muñequeras, de cuero también, se ajustan hasta mitad del antebrazo.

El abrigo capta al instante mi interés, completamente único y diferente a todo lo que en mi vida he podido ver. Es corto, apenas llegando a la cintura, y con el cuello elevado. Hecho de lana de vicuña y algodón, y con algunos bordados en color dorado.

Las botas son increíbles. También con decoraciones de hebillas doradas, con un sutil tacón cubano, y altas hasta la rodilla.

Lo admiro pieza a pieza, apreciando todas y cada una de sus diferencias con los trajes sureños. No es una prenda para deslumbrar. No es elegante, ni sofisticada, ni excesivamente adornada… Es perfecta para vivir. Es perfecta para pelear.

Zynael sonríe mientras me mira de arriba abajo, imaginándome con todo puesto.

—Lo encargué a mi sastre el mismo día que os sacaron de las celdas —dice Avaldur'h para terminar con el silencio, cruzándose de brazos— . Y lo recogí anoche cuando llegamos.

Parpadeo.

—¿Por qué?

Él me mira directo a los ojos.

—Porque quería darte algo así —Se toma su tiempo antes de continuar —. Este era el estilo que se vestía en Cinnadaoin. Nada refinado, sin taparrabos ridículos ni complementos inservibles. Ropas oscuras que destacaban con la blancura de nuestra tierra. Cuero y lana para el frío. Los vahl sygäras nos llamaban salvajes, simplemente porque no compartíamos su extrema obsesión por la riqueza y la elegancia.

Sus palabras se asientan en mi pecho.

—No está confeccionado por las mejores manos sygäras como tu armadura sureña, pero eso no significa que valga menos —añade—. El valor se lo da el hombre que lo viste.

Mi garganta se cierra.

Zynael observa la escena en completo silencio, manteniéndose al margen para no influir en mi reacción. Noto en su expresión que entiende lo que esto significa para mí.

—De nuevo, zalèüh —dice Avaldur'h con voz baja, notando mi turbación —, esto es solo un regalo. Aquí no hay imposición. Quería regalarte algo importante y especial para mí, pero entenderé si nunca lo quieres usar. Solo hazlo si lo sientes de verdad.

Vuelvo a colocar todo dentro del baúl, cerrándolo de nuevo. Respiro hondo y me incorporo, tratando de no dejarme llevar por la impulsividad. Quiero demostrarles a mis padres que ya no soy el mismo, pero eso no implica que deba vestirme como un norteño.

—Gracias —murmuro—. La verdad es que me encanta, pienso que podría adaptarme rápidamente a algo así. Pero…

—Tranquilo —Avaldur'h inclina la cabeza con aceptación, aunque algo en su interior parece sentirse ligeramente decepcionado.

—Quiero que mis padres acepten lo que siento, y que me respeten a pesar de pensar diferente —le explico—. Pero aun no tengo intención de convertirme en un rebelde.

—Lo entiendo.

—¿De verdad? —Apoyo mi mano en su hombro, obligándole a mirarme —. Que me vean vistiendo esto, más que una forma de demandar mi libertad, resultaría una bravata. Quiero que aprendan a respetarme, no ponerme a favor de una raza rival para provocarles.

—Te entiendo —repite—. De verdad.

Asiento y vuelvo a soltarle, sintiéndome ligeramente enfrentado en mi interior. Agradezco con sinceridad su intención, pero no es el momento de combinar un traje norteño con mi atrevimiento. Al menos, aun no.

***

Ya listos, nos disponemos a salir de la habitación. Avaldur'h se coloca la capucha con un movimiento fluido, cubriendo su rostro con la sombra de la tela. Su postura cambia de inmediato cuando salimos al pasillo. Se despide con un rápido gesto y, tomando la dirección contraria a la nuestra, se desliza con sigilo.

Avanzamos en completo silencio, caminando detrás de los dos soldados de Wolftundur que se han propuesto acompañarnos, marcados por el ritmo del eco de nuestros pasos resonando.

—Thaeón, Idril y Jóngruf deberían venir también —propone Zynael a mi lado—. Me gustaría que tuviesen la oportunidad de entrenar contigo y con tus hombres.

No me da tiempo a responder, cuando uno de los guardias que nos guía se gira para mirarnos.

—El hechicero ya los ha avisado a primera hora de la mañana —contesta él con completa tranquilidad—. En estos momentos deben estar ya con su padre.

Contengo la respiración un instante. Mi padre. Por supuesto. Él debía asegurarse de tenerlos cerca, de vigilarlos, de mantener su control férreo sobre cada una de mis piezas. Aprecio que los haya incluido, pero me repugna el motivo detrás de su acción.

Cuando cruzamos las puertas del castillo, el viento gélido del exterior nos golpea con fuerza, y el hedor característico de este reino vuelve a atraparnos en sus garras, golpeándonos como una embestida directa al pecho. Penetrando en la piel, adhiriéndose al cabello y a la ropa. Esa peste a muerte insoportable. Detestaría vivir aquí y poder decir que he llegado a acostumbrarme.

La nieve ha ido acumulándose en el suelo, pero no es pura ni blanca. Se ha vuelto marrón y sucia allá donde hay pisadas.

En la plaza, dos nuevos guardias del reino nos esperan a caballo, sujetando las riendas de otros dos corceles, ya ensillados y equipados para nosotros. Un macho de buena estatura, fuerte y robusto, y una yegua albina de un color tan níveo que parece incluso brillar. Sus patas peludas les dan una presencia imponente.

—Guerrero de Guerreros —me saluda uno de ellos, inclinando la cabeza

—. Montad, por favor. Os acompañaremos.

Al acercarnos, mis ojos se detienen en algunos detalles más pequeños: las marcas en la piel de esos animales, las heridas cicatrizadas a lo largo de sus lomos. No creo que jamás hayan sido tratados con mimo, y parecen haberlos trabajado hasta el extremo. Alargo una mano con cautela para acariciar su cuello, provocando que sus músculos se tensen al instante. No retrocede, pero su respiración cambia como si temiera lo peor.

—Tranquilo —murmuro en voz baja, dejando mi palma apoyada sobre su piel. Agarro lentamente las riendas de cuero que reposan sobre su cervical, manteniendo un cuidado excepcional—. No voy a hacerte daño. Te lo prometo.

Poco a poco, noto cómo su cuerpo deja de estar tan rígido. Sus orejas, que antes estaban giradas hacia atrás, se relajan ligeramente, cediéndome parte de su confianza.

A mi lado, Zynael se acerca a la yegua que le han asignado, saludándola con un susurro y una caricia en la frente. Una vez más, la magia de la elfa se hace evidente, porque el animal la acepta de inmediato.

—Hola bonita… —Apoya su cabeza en ella—. Qué preciosa eres.

Sonrío, encantado de tener alguien como Zynael a mi lado. Pero no me da tiempo a demorarme demasiado, porque los soldados de Wolftundur enseguida empiezan a trotar. Nos montamos rápidamente en nuestros respectivos caballos y comenzamos a seguirles, dejando atrás este horripilante lugar.

Vuelve a costarme ignorar los gritos cuando pasamos junto a la escultura de la muerte, y vuelvo a prometerme a mí mismo que algún día lograré vengar a toda esta gente.

—¿Cómo aguantáis esto? —Sitúo mi caballo junto al de uno de los soldados. Mi desagrado es infinito y evidente—. ¿Cómo es posible que el pueblo y el ejército no os hayáis levantado contra él? ¿Por qué lo toleráis?

El guardia de Wolftundur mantiene la mirada fija en el frente, sin inmutarse.

—Esa gente del horno, o clavada en picas, podría ser vuestra madre, vuestro padre, vuestro hermano… —Mis puños se cierran alrededor de las riendas—. ¿Y si algún día le tocase a uno de tus hijos?

¿Y si esos gritos fuesen de alguien de tu familia?

Algo en su expresión cambia.

—Ya viví lo que mencionas —responde al fin con voz rasposa—. Mi hermana murió en ese horno, agonizando, suplicando otra oportunidad.

Me quedo helado, completamente mudo. Cortado ante tremenda pesadilla.

—Pero ella se lo buscó —añade de repente.

En ese instante, siento como si acabasen de empaparme en agua helada. Hasta mi respiración se queda paralizada. Este es el resultado de generaciones enteras que han sido condicionadas a pensar de una manera tan específica como repugnante. Los ciudadanos de Wolftundur de verdad creen que la sumisión es justicia, que el castigo es merecido si así lo sentencia su rey malnacido.

No consideran otra opción.

Seguimos descendiendo por la ciudad, atravesando las calles de esta capital. En la plaza principal están montando un escenario de madera, preparándolo para la supuesta celebración que va a llevarse a cabo esta misma noche. Solo el pensamiento de acudir ya me revuelve el estómago.

No pienso volver a fingir, como si estar aquí realmente me agradase.

Si quieren ver sygäras haciendo teatro, aparentando ser agradables, para eso ya tendrán la presencia de mis padres.

Atravesamos el gran portón de la muralla, dejándola atrás, adentrándonos en esos campamentos militares que se han levantado alrededor. Cuando me ven pasar, todos mis hombres se llevan el puño al corazón, saludando a su capitán general. Los soldados de Wolftundur continúan guiándonos entre las tiendas de campaña del Ejército Dorado, conociendo con exactitud el lugar en el que vamos a encontrarnos con el rey.

Llegamos a una increíble extensión del terreno, en la que enseguida localizo el campo de entrenamiento. Karanthir, mi padre, está de pie rodeado de comandantes, vistiendo una nueva armadura dorada tan impecable y brillante que podría confundirse con el mismo Sol. Más allá, muchos de mis hombres entrenan sin descanso, perfectamente

sincronizados. Y ahí, siguiendo los pasos de uno de los generales, están nuestros amigos; intentando quedarse con cada lección.

Desmonto con agilidad y tiendo mi mano a Zynael para ayudarle a hacer lo mismo. Pero la nyëlkhem no acepta mi ofrecimiento. Tan solo enarca una ceja y me sonríe con soberbia, bajando por su propia cuenta.

—¿Qué te has creído, idiota? —Agita su cabello con orgullo y agarra a su yegua del cabezal, dispuesta a llevarla hasta el abrevadero—. ¿Piensas que por haberme hecho tuya de manera oficial frente a tus padres los reyes, ahora voy a considerarte mi príncipe?

Me coloco a su lado ladeando la comisura derecha con malicia, encantado con su actitud. Dejamos a los caballos bebiendo agua, y vuelve a girarse hacia mí.

—Hablando de tu padre, ¿estás listo para repetir la discusión?

Ni siquiera me da tiempo a responderle, cuando su repentina voz me llama alterada.

—¡¿Kal'ladril?!

Ahí está. Acaba de empezar.

Mi espalda se crispa al instante. No necesito mirar a mi padre para saber el rostro con el que debe estar observándome. No necesito escucharle más para saber lo que va a pasar. Sé que está alterado, y que su enfado solo va a ir a más.

—¡Kal'ladril! ¿Qué…? —balbucea no muy seguro, abriéndose paso entre los comandantes para acercarse a nosotros—. ¿Qué demonios has hecho?

Me giro hacia él, mostrándole mi cambio por primera vez, y su expresión termina de descomponerse.

Camino con determinación, sintiendo la nieve bajo mis botas en cada paso. Zynael avanza a mi lado, tan altiva como siempre, con la barbilla alzada con ese orgullo inquebrantable que tanto admiro. Mientras tanto, él se queda inmóvil.

La confusión parece ser la primera emoción que lo asalta, moviendo sus ojos sobre mi rostro, incapaz de dar crédito a lo que ve. Pero ese asombro no tarda en volverse algo más oscuro. Sus labios se tensan en una fina línea antes de empezar a curvarse hacia abajo, en esa mueca de asco y

desaprobación que ya he conseguido odiar. Y finalmente, la ira. La reconozco en esa mirada ardiente, que incluso parece querer incinerarme vivo.

No dice nada de inmediato, pero lo siento. Siento su desprecio. Siento su condena. Y la rabia vuelve a crecer en mí como un incendio en un bosque seco, muy molesto por esta reacción. Una parte de mí quería confiar en él.

—A santo de qué —Su voz tiene filo propio—. A santo de qué has hecho esto.

Me mantengo firme cuando llego frente a él, observándolo con esa seguridad que sé que le enfurece tanto. Con el cuello en alto, y el orgullo aún más.

—¿Esto? —Llevo los dedos a ambos laterales de mi cabeza—. ¿Te gusta?

—No juegues conmigo, Kal'ladril —Se acerca a mí, deteniéndose a apenas un palmo de mi nariz. Susurrándome. No quiere que los demás sean testigos de su enfado y de nuestra discusión, hasta ese punto llega su necesidad de aparentar la perfección—. Esto es un insulto hacia nosotros y hacia lo que eres. Mírate, pareces un maldito…

Aguardo, conteniendo la respiración por un instante. Espero la palabra. Espero el insulto. Espero que pronuncie «norteño» con el desprecio con el que tantas veces lo ha hecho. Pero no llega.

—Salvaje —continúa finalmente, mirándome a los ojos—. Ya me costó un disgusto la primera vez, y ahora apareces aquí con ese rapado bilateral, y con ese perfilado negro en tus ojos que tanto detesto… ¿Por qué?

—¿Por qué no? —respondo con otra pregunta—. Quería cambiar.

—¿Cambiar a esto? —Se sorprende—. Mira a tu alrededor, todos estos hombres son lo que son porque quisieron seguirte, y ahora te estás meando en sus caras.

Lo fulmino con la mirada, muy cabreado con el tema que ha decidido tocar.

—Además de ti, padre, dudo mucho que aquí a alguien le importe el corte de mi cabeza —gruño—. Sigo siendo el mismo guerrero, y sigo siendo el capitán general. En nada va a influir con mis hombres que yo haya querido cambiarme la apariencia.

—¿Eso crees? ¡Eras la máxima representación de la perfección de

nuestra raza! —Su tono se eleva sin que pueda evitarlo, dominado por la rabia—. ¿Y ahora? Has mandado todo eso al demonio, volviéndote un maldito vulgar.

Todos a nuestro alrededor comienzan a prestarnos atención. Deteniendo sus tareas, sus conversaciones propias, y su entrenamiento.

—Lo que no es como vosotros, siempre os parece vulgar — interviene Zynael por primera vez—. Me dais pena, ladrando constantemente sobre la apariencia, cuando estáis enterrados en un pozo de mierda. Cada vez que habláis os echáis tierra sobre la cabeza. En vez de atacarle, yo me pararía a pensar por qué todos, en general, quieren tanto a tu hijo. Que la gente lo siga sin dudar, aun siendo tan distinto a vosotros, no es casualidad.

Karanthir le lanza una mirada helada a la rubia.

—¿Quién te ha dado permiso a ti para hablar?… —gruñe.

Estoy a punto de intervenir cuando veo sus intenciones de acercarse a ella, pero Zynael enseguida saca sus dos dagas y las sostiene con fuerza, amenazándolo sin siquiera temblar. Su punta se detiene en la garganta de mi padre, obligándolo a frenarse.

Para mi sorpresa, ningún soldado dorado reacciona para defender a su rey. Todos parecen confiar en mi criterio. Ninguno se mueve sin la orden de su capitán general.

—Tu hijo —responde Zynael con autoridad—. Me dio el permiso anoche cuando os reveló nuestra relación, y de nuevo más tarde cuando nos devoramos en la habitación.

Karanthir aprieta sus puños y cierra los ojos, conteniendo su rabia, reteniendo el disgusto que le ha provocado escucharla. Entonces, tras un instante en el que parece estar luchando contra su interior para no saltar, da un paso hacia detrás.

—Lo dicho… vulgar.

—Creo que ya advertí que no quería oír hablar mal de ella delante de mí —Mi voz es seria y tajante—. No os voy a permitir que la tratéis con desprecio. Cuanto antes lo aceptéis será mejor para todos. Tenedlo claro: Es la mujer que quiero a mi lado.

Zynael vuelve a guardar sus dagas, completamente confiada. Mi padre la mira por última vez antes de centrarse de nuevo en mí.

—Te respeto, hijo... A ti y a tus decisiones. Quiero que seas feliz. Pero me preocupa lo cambiado que te veo —murmura—. No solo en aspecto, sino en actitud. Jamás habías perdido el respeto por tu propia sangre —Su voz parece dolida de verdad—. Te miro y no te reconozco. ¿Dónde está esa lealtad de la que tantas veces presumí?

—¿Lealtad? —Me río sin humor—. ¿Lealtad a qué, exactamente? ¿A vuestro racismo?, ¿a vuestra obsesión por la pureza de la sangre?, ¿a la imagen perfecta que queríais que mantuviera? Tal vez sea eso lo que te falta. Pero en lo que respecta a lo demás, sigo siendo completamente leal.

—No te das cuenta de lo que en realidad me duele, ¿verdad? — Respira hondo, necesitando cargarse de fuerzas—. Mira cómo hablas de tus padres. Nunca antes nos había tratado así —Su mano se agarra a mi nunca y tira de mí hacia él, pegando su frente a la mía—. Me da igual que te hayas encaprichado con esta mestiza, y me da igual cómo quieras llevar el pelo. Son tus gestos los que me preocupan. Es el orgullo que demuestras, haciendo lo que sabes que no va a gustarnos, lo que me duele. Las mayores revoluciones empiezan por movimientos pequeños.

Vuelve a soltarme sin darme opción a responder, llevando sus ojos al cielo en un espeso suspiro, pidiéndole a nuestros dioses la capacidad para afrontar esta situación.

—Tu madre —Expira de nuevo, pesaroso—, tu madre va a estar muy dolida.

—Malèüh, voy a repetirlo una sola vez —Mi voz sale ronca, sin miedo, sin titubeos—. No me importa lo que penséis de mi aspecto, ni cómo os toméis mis decisiones. Vuestra decepción, vuestro dolor, lo controláis vosotros. No yo. Si mi relación con Zynael, o mi apariencia, os suponen un problema, es vuestro problema, no el mío.

Doy un paso más cerca, obligándolo a volver a mirarme.

—Estoy harto de que midáis mi valor por lo bien que represento la perfección que queríais en mí —sentencio—. Mi valor no lo dicta mi cabello, ni mi amante, ni mi obediencia ciega. Mi valor está en mis ideales, en lo que creo y en lo que defiendo.

El silencio cae entre nosotros como una losa pesada.

—Si me queréis —continuo—, entonces confío en que tú, mi madre y

también mi hermano, aprenderéis a hacerlo con o sin pelo, con esta actitud independiente o con la sumisión que tanto os complacía antes —Mi voz baja un poco, pero cada palabra es una daga bien clavada—. Y si no podéis hacer eso, entonces dime aquí y ahora que ya no soy vuestro hijo. Pero se acabó el seguir intentando mecerme en esa cuna en la que me habéis mantenido durante toda la vida.

Mi padre no responde. No de inmediato. Pero veo cómo sus puños se aprietan con tal fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. Sus labios tiemblan por la contención, y su mirada se empaña con algo que no llego a descifrar. Su pecho se hincha en una respiración profunda, y de repente exhala. Algo en su postura cambia. Sus hombros se relajan, y su expresión se vuelve neutral de una forma extrañamente súbita.

—Tienes razón —Cede.

Me quedo callado, perplejo. Aunque era lo que quería, su reacción no termina de tranquilizarme. No siento que lo haya convencido, tan solo se ha resignado. Y el Karanthir Akhelbec'h que yo conozco jamás se resigna ante nadie.

—Tienes razón —repite una vez más.

Mi ceño se frunce, temiendo que pueda sorprenderme con algo más

—¿Ah, sí?

—Sí —Afirma con seguridad—. Y te pido perdón.

—¿Me pides perdón?

—Vamos, hijo —Me dedica una sonrisa tensa, incómodo frente a mi reacción—. Dame un poco de tiempo, ¿no? Estoy esforzándome, pero no estoy acostumbrado a equivocarme. Tienes razón. En todo. Y hablaré con tu madre al respecto. Pero debes entender que verte tan… *distinto*, pueda resultarnos impactante de primeras —Se dirige hacia mí con los brazos extendidos y, por primera vez en la vida, me abraza.

El campo de entrenamiento se queda en completo silencio. Todas las miradas están puestas en nosotros.

Mi cuerpo se tensa al instante, rígido como una espada. Lo he imaginado muchas veces desde que visité Aszhroin, después de conocer la cálida cultura de la mujer que se ha adueñado de mi alma. Sin embargo, no se

siente en absoluto como lo esperaba. Este abrazo de mi padre es un gesto gélido, torpe y forzado. No hay calidez en su tacto, solo la presión de un deber que ni él mismo parece comprender del todo.

Cuando se aparta sus ojos me encuentran, pareciendo buscar algo en mí.

—¿Me perdonas? —Su voz suena áspera, pero hay un matiz de duda que jamás creí escuchar en él—. Dime que nos perdonas.

No respondo de inmediato. Me cuesta entender cómo ha podido pasar de un extremo a otro en cuestión de segundos. Hace apenas un momento estábamos discutiendo, chocando como dos espadas en duelo.

Y ahora esto. No sé qué sentir, pero sí sé qué decir.

—Claro que sí —Asiento.

Sea por lo que sea que ha cambiado su actitud de forma tan radical, he ganado. Puedo estar con Zynael sin esconderme, y tengo autoridad sobre mí mismo. No sé si su abrazo y sus disculpas tienen algo de sinceridad, o si solo son parte de una estrategia que va más allá. Pero de momento, no me importa.

Mi padre suspira con alivio antes de volver a abrazarme, aunque este gesto dura mucho menos que el anterior. Enseguida me suelta y se gira, dirigiéndose a los comandantes del ejército que aún nos estaban aguardando.

—Ven, hijo, sígueme —me invita—. Te contaré cómo están las cosas por aquí.

Miro a Zynael un instante antes de arrancar tras mi padre. Ella avanza a mi lado, observando a esos soldados dorados que enseguida vuelven a retomar su entrenamiento.

Cuando se quitan los yelmos para recibirme, me fijo en los rostros familiares de esos altos cargos del ejército, los generales de las ciudades humas de Drilembiyr’h a las que llevé la advertencia de la guerra. Me saludan llevándose el puño al corazón, inclinando el cuello con respeto. Nadie menciona el enfrentamiento que acaban de presenciar, pero veo en sus ojos que su lealtad está conmigo. No con Karanthir. No con su rey.

—El Ejército Dorado ahora mismo se encuentra dividido en dos mitades.

Esta, que ha permanecido en la capital, y otra que ya ha marchado a Dòstanit —informa mi padre, retomando su postura—. Desde que saliste hacia el norte, cada día hemos estado formando a los soldados de Wolftundur y a miles de humanos. Solo aquellos que ya considerábamos suficientes, y tenían mejores físicos, han sido enviados a la otra ciudad. Allí el adiestramiento está siendo mucho más rígido y estricto. Debemos asegurarnos de que estén verdaderamente listos.

Asiento, conforme con la organización.

—Los altos cargos nos hemos quedado aquí para poder decidir quién avanza y quién no —añade Rùlodrik, el general de Lythemin—. No nos gustaría que se enviase a nadie que no estuviese lo suficientemente preparado. No nos ayudaría en nada. Sería matar aliados en vano.

—Me alegra volver a verte, general —aprovecho su aportación para saludarle—. ¿Y cuándo es la fecha estipulada para que partamos los demás? Me gustaría dirigir los preparativos para la ciudad de Dòstanit. No espero que el ejército de Ortheel cruce la frontera del río y llegue tan lejos, pero prefiero pecar de premeditado.

—Esperábamos que tú la decidieras después de verlos luchar, mi capitán.

Observo a mi alrededor, a esos grupos de cientos de humanos intentando seguir los movimientos de mis hombres. Pero incluso gritándoles cada paso, dictándoles cada movimiento, parecen incapaces de copiarlos.

—Es inútil —resopla mi padre—. Estamos intentando enseñar a pelear con espadas a hombres que el único mango que han agarrado en su vida ha sido el de una jarra de alcohol. No se puede sacar oro de una montaña de barro, pero lo seguiremos intentando.

—¿Y los nyëlkhems? —interviene de repente Zynael—. ¿Dónde están los míos? Ya deberían haber llegado.

—Atracaron en el puerto de Wolftundur hace alrededor de unas diez noches —responde Rùlodrik—. Ocho navíos increíbles repletos de nyëlkhems.

—¿Dónde están? —repite ella, impaciente.

—En Dòstanit —Mi padre pretende responder de forma breve, pero enseguida se fija en mi gesto y continúa con la explicación—. Llegaron muchos más de los que esperábamos, y he de confesar que todos ellos nos sorprendieron. Al segundo día de entrenamiento ya demostraron estar listos para marchar. Un buen grupo de soldados dorados partió con ellos.

Zynael alza su barbilla con actitud, sintiéndose orgullosa tras lo que acaba de escuchar, sintiéndose orgullosa de los suyos.

—Ya te lo dije —murmura—. Hay muy buenos guerreros entre los nyëlkhems, y todos ellos pelearán con su vida para defender Elthymeron.

Mi padre no responde, pero sé que su silencio le ha dado la razón. Entonces desliza la mirada hacia nuestros compañeros: hacia los dos aldeanos e Idril.

—¿Y qué hay de ellos? —masculla—. ¿De verdad los consideras aliados? ¿De verdad los has llegado a considerar amigos?

Sin dudar, asiento.

—Han demostrado ser capaces de dar la vida por los suyos. La habrían dado por mí si lo hubiesen visto necesario, malèüh —Soy incapaz de sostener esa leve sonrisa que se dibuja en mis labios cuando hablo de ellos —. Son aliados, de los de verdad, y quiero que luchen a mi lado. Y a ese humano, el de cabello negro, quiero darle un lugar entre mis hombres cuando todo haya terminado. Su sueño es ser miembro del Ejército Dorado, y créeme cuando te digo que se lo ha ganado.

Zynael me mira con orgullo, sus ojos brillantes parecen darme las gracias. Mi padre se fija en Thaeón, prestándole atención por primera vez. Observa cómo pelea, descubriendo su agilidad y su destreza. El humano es un guerrero ejemplar, eso no se puede negar. Pero por supuesto mi padre no va a reconocerlo.

Finalmente, vuelve a resignarse.

—Tú eres el capitán general, hijo —Su voz es grave y honorable— . Tú sabes quién vale o no vale para formar parte de nuestra legión inmortal. Sería la primera vez que un huma pueda realizar las pruebas de acceso, pero si confías en él y consigue pasarlas, no veo motivo para negártelo.

De nuevo aparece esa sensación en mi interior, ese sentimiento de

extrañeza y ligera incomodidad. No debería quejarme, al fin y al cabo está aceptando todos mis reclamos. Pero el hecho de pensar que solo lo esté haciendo para contentarme, y que tenga una estrategia más allá, me inquieta inmensamente. Una vez más, no logro sentirme satisfecho con su forma de aceptar. Mi padre no es tan sencillo como esto.

***

La nieve sigue cayendo en densos copos, cubriendo el campo de entrenamiento con un manto blanco cada vez más grueso. A medida que las horas avanzan, la acumulación se hace más notoria, hundiendo ligeramente las botas de los soldados en el terreno helado. El frío cala los huesos, pero están todos tan concentrados, que nadie parece notarlo.

Frente a mí, ochenta hombres se han distribuido en parejas. Cuarenta humanos contra cuarenta sygäras, Idril se enfrenta con Jóngruf, y Thaeón con Zynael. Camino entre ellos, observando sus movimientos, atento a cada error, a cada detalle que necesite corrección. Hay miradas de desafío, pero también de respeto. La mayoría de humanos se muestran intimidados por la destreza de los elfos.

Me aclaro la garganta y alzo la voz para que todos me escuchen.

—Oídme bien: El que hoy está frente a vosotros no es un enemigo, sino un espejo de vuestras debilidades. Aprended de él. Ayudadle a mejorar tanto como os ayudará a mejorar a vosotros —Mi mirada se fija en la serenidad de mis hombres, y en la tensión de los que deben enfrentar—. No quiero ninguna clase de discriminación en este campo de entrenamiento. Ningún tipo de alarde de superioridad. No me importan vuestras diferencias, en la batalla que nos aguarda todos seremos aliados. Cada una de estas vidas, puede salvar la vuestra. Ninguno vale más que el que tiene enfrente. Usad todo lo que tengáis a vuestra disposición, pero no olvidéis que vuestro objetivo no es derrotar al otro, sino hacerlo más fuerte.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, y el entrenamiento se reanuda. Me intercalo entre las parejas, corrigiendo posturas, indicando fallos, ayudando a quienes no logran avanzar. Algunos tardan más en entender lo que deben hacer, pero escuchan bien. Otros muestran un talento innato, pero carecen de disciplina.

Mis ojos se posan en Zynael y Thaeón. Sus movimientos son fluidos, ágiles y contundentes. Juntos crean un combate intenso de cuerpo a cuerpo, en el que parecen saber leerse simplemente con la mirada. Y no me sorprende. No solo son extraordinarios peleadores, también se conocen a la perfección. Zynael combina de manera magistral el uso de su espada de doble filo con sus dagas, pero no usa su magia. Esa es su carta de triunfo, y sabe que debe reservarla para la verdadera batalla. La química entre ellos es descomunal. Sus cuerpos se mueven sincronizados, como si danzaran una coreografía ensayada. La manera en la que se deslizan el uno alrededor del otro es mágica, como si se atrajeran inevitablemente.

Aprieto los dientes y desvío la mirada. Ni tengo razones, ni es el momento para sentir celos.

—¡Kal'ladril, mi señor! —Una voz me saca de mis pensamientos— . ¡Por favor!

Reacciono al instante y veo a uno de los humas llamándome.

—Este soldado de tu ejército está constantemente atacándome en las piernas, y yo no sé cómo cubrirlas mejor —Su rostro se muestra verdaderamente preocupado cuando me acerco—. No voy a servir de nada en la guerra si me dejan cojo a la primera.

—Mi capitán, precisamente por esa torpeza que demuestra, es por la que le estoy atacando todo el rato a las piernas —responde mi hombre, enderezando la espalda con honor en cuanto me tiene delante—. Pretendo que entrene su debilidad.

Asiento y me coloco frente a él, apartando con delicadeza al humano.

—Repítelo —le ordeno a mi subordinado—. Atácame igual que a él, para que pueda ver la forma en la que lo debe hacer.

El soldado dorado se coloca al instante en posición y obedece, comenzando el combate contra mí. Mientras, el humano de Wolftundur nos estudia atentamente.

—Piensa en tu cuerpo como una unidad —le hablo sin dejar de defenderme de los ataques de mi hombre, mostrándole mis habilidades—. Dejas tus piernas muy expuestas porque consideras más importante tu torso, y mantienes la guardia demasiado alta. El problema es que ahora, si te obsesionas con proteger la zona baja, podrías empezar a ser vulnerable

en el pecho —Paralizo todos los ataques del sygära que me ataca con facilidad, leyendo perfectamente sus intenciones—. Considera tu cuerpo un templo, al completo, y no permitas que rebasen ni uno de tus límites. Fíjate solamente en los ojos de tu rival, y adelántate. Anticípate a su movimiento. Estudia su patrón. De forma involuntaria, aunque sea solo un instante, mirará esa parte a la que quiere atacar. Piensa en tu postura, mantén el equilibrio sobre ambos pies, y nunca retrocedas —Acompaño mis palabras con ejemplos—: Desvíalo.

El guardia del Ejército Dorado sube su intensidad, sabiendo que conmigo no tiene nada que temer. Y nuestra clase continúa.

—Haz movimientos rápidos, que te permitan el tiempo suficiente para contraatacar —El filo de mi espada se detiene en el cuello de mi contrincante, que enseguida deja su cuerpo en completa pausa—. La mayor debilidad de un guerrero es tener manías. Los sygäras siempre entrenamos el no ser predecibles. Si siempre atacas desde el mismo ángulo, tu rival sabrá cuándo y cómo reaccionar. Debes ser tú quien adivine sus intenciones antes de que el ataque llegue a ti.

El humano asiente con determinación, me da las gracias, y vuelve a su combate.

—¡Kal'ladril! ¿Puedes venir? —Otra voz me llama. Esta vez es Idril.

Me acerco a ella. Aún no es buena con la espada, y lo sé. Durante nuestro viaje, se dedicó más a practicar su destreza con el arco. La distancia le otorgaba seguridad, pero no puede dejar de entrenar el cuerpo a cuerpo, porque en la guerra lo va a necesitar. Sabe que no le queda mucho tiempo para aprender a dominarla, pero parece realmente fatigada. Su respiración es pesada, y su agarre ya tiembla alrededor la empuñadura.

Además, tal y como le he pedido que haga, Jóngruf no se lo está poniendo fácil.

—¿Cómo te ves? —le pregunto directamente, interesado en conocer su percepción de sí misma y su autocrítica.

—Creo que va mejor —Jóngruf se rasca la cabeza, en un gesto incómodo que delata su mentira. Solo intenta excusarla para que no se sienta mal—. Si sigue practicando…

—Por favor, ya vale —le frena Idril—. Me veo horrible. Soy horrible… —

Sus hombros se destensan con rendición al mismo tiempo que se ahoga en un profundo suspiro—. Yo no nací para esto. Yo no soy buena en esto… Solo estoy aquí por Zynael, por ti… Pero seamos sinceros, no tengo ni una posibilidad de sobrevivir.

—Con esa actitud seguro que no —gruño—. Ven.

Me coloco tras ella y tomo sus manos entre las mías, dispuesto a guiar su cuerpo. Siento sus músculos tensándose de inmediato, mostrando sus nervios al tenerme en esta posición.

—Tranquila —le ordeno en un susurro—. No podré moverte si no te relajas.

Idril toma aire y mueve sus hombros para soltarlos, obligándose a tranquilizarse. Me pego a su espalda, extendiendo sus brazos como si fuesen los míos, y muevo sus muñecas, liberándolas de toda la presión que parecían haber acumulado.

—Jóngruf, cuando quieras.

El humano me mira con sorpresa y enseguida asiente, volviendo a colocarse en su posición. Rueda su arma y, a la cuenta de tres, se lanza a por nosotros.

Guiando la mano de la castaña consigo detener su ataque, pero tras este vienen muchos más. La espada del huma choca contra la de Idril una y otra vez, rivales a la par que aliadas, creando una bonita banda sonora. Mis gestos y movimientos se fusionan con los suyos, enseñándole a calcular su defensa, a direccionar su ataque, y sobre todo a fluir.

Noto su piel caliente bajo mi tacto, su pulso temblando y su respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —Detengo la lección, extrañado y preocupado por su congoja.

Su mirada me evita con ligero nerviosismo.

—Sí —balbucea demasiado rápido.

—No. Estás muy inquieta.

—Es normal, ¿no? —Sigue sin mirarme—. Estoy agotada, y mi cabeza todavía más.

Jóngruf nos mira a ambos, manteniéndose al margen. Yo la estudio en

silencio, siendo perfectamente consciente de que hay algo más que no me quiere contar.

—En ese caso, ve a descansar —propongo—. Puedes retomar el entrenamiento mañana, cuando tu cuerpo haya recuperado fuerzas para rendir. Encontraré otra pareja para Jóngruf para el día de hoy.

—No puedo —rechaza al instante, y sus ojos vuelven a clavarse en los míos—. Quiero entrenar lo mismo que vosotros. No tendría sentido que me marche a la cama, siendo la que más necesita estos adiestramientos.

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos, rechazando sus argumentos.

—Lo que no tiene sentido es que sigas aquí con esa actitud. Está ralentizando el avance de Jóngruf —Mis palabras suenan severas, pero necesito que actúe con franqueza—. Si quieres quedarte, hazlo, pero ya puedes estar cambiando ese pesimismo y ese ánimo de rendición. Un soldado jamás podrá ser fuerte en la batalla si la afronta con el pensamiento previo de que lo van a matar. No existe debilidad más grande que haber aceptado tu final antes de que llegue.

Veo cómo su garganta traga saliva, delatando a su inseguro interior. Su mano tiembla alrededor del pomo de su espada, pero su mandíbula se alza para mostrar autoridad, volviendo a esforzarse para sacar su valentía.

—¿Te ves capaz de confiar en ti misma? Si tu respuesta es un no, ya puedes irte a tu habitación —insisto, obligándola a aceptar la cruda realidad—. Es tu decisión.

Idril vuelve a darse la vuelta, decidida, y encara a Jóngruf. El humano sonríe, satisfecho por la decisión de su amiga, y enseguida se prepara para seguir entrenando.



Kal'ladril

19

La noche comienza a teñir el cielo de oscuridad después de un día agotador. La nieve no deja de caer, la capa del suelo es cada vez más densa, y algo en las nubes me dice que no parará en mucho tiempo.

Por hoy, doy por concluidas mis lecciones. Aún queda trabajo por hacer, pero me ha satisfecho ver la fuerza y la determinación que han demostrado los humas. Aunque carecen de disciplina, están colmados de una voluntad férrea para aprender y, sobre todo, para vencer. Educarlos para la batalla no es algo que vaya a poder conseguir en un solo día, pero veo en sus ojos que están dispuestos a someterse al esfuerzo necesario, y eso ya es suficiente para mí.

Estoy ajustando la correa de la armadura de uno de mis hombres, cuando la voz grave de mi padre interrumpe mis pensamientos.

—Kal'ladril, hijo mío, ven.

Levanto la mirada. Aguarda fuera del campo de entrenamiento, pero no está solo. Junto a él está Kèstiron. No sé cuándo ha llegado, no sé qué se le ha perdido en el campamento de mi ejército.

—Ven, por favor —repite Karanthir.

Mi estómago se cierra de inmediato. Sin decir nada, termino de abrochar la correa y camino hacia ellos, obedeciendo. Por el rabillo del ojo, veo cómo Zynael, que estaba conversando con Thaeón, Jóngruf e Idril, deja de hablar y centra su atención en mí. Sé que está preparada para intervenir si algo ocurre. Detesta tanto como yo a ese hombre, y sabe bien lo que podría pasar si llegara a provocarme.

Me detengo frente a ellos, y al instante Kèstiron me sonríe con esa falsa cordialidad que tanto detesto.

—Dime —le hablo a mi padre, evitando mirar al rey humano.

—Hijo, Kèstiron ha venido para que le comentes tu primera evaluación.

—¿Qué tal has visto a mis hombres? —me pregunta el monstruo—. Tu padre me ha contado que te has pasado el día corrigiéndolos.

Me giro hacia él por primera vez y le sostengo la mirada.

—Son fuertes —respondo con honestidad. El pueblo de Wolftundur no tiene culpa del rey que les gobierna—. Les falta disciplina, pero en un reino como este, lo sorprendente habría sido que la tuvieran. A pesar de sus infinitos fallos, tienen voluntad de sobra para aprender.

—¿Un reino como este? —Kèstiron se ríe, como si mi crítica hubiese sido un chiste—. Bueno, me alegra saber que ves potencial en ellos. Se podrá decir muchas cosas de los wolftundianos, pero nunca se dirá que no tienen brío y pujanza.

Asiento, dándole la razón sin necesidad de palabras.

—Además, quería traeros personalmente un anuncio grandioso — Hace una pausa, y su tono adquiere un matiz más jovial—. Hemos reunido a la legión salvaje de la ciudad de Yabanril, la ciudad hermana de Wolftundur que se sitúa al norte del río Jhaskuun, justo en los pies de las montañas Tulilynthur.

Frunzo el ceño con impaciencia.

—Sé dónde está Yabanril.

—Son quinientos hombres nuevos, salvajes como los mismísimos animales, que se unirán a nuestro ejército aliado —Kèstiron sigue con su discurso, sin prestar atención a mi sequedad—. Ya han partido a Dostanit, junto al escuadrón del Ejército de los Lobos que los informó.

Quinientos guerreros más. No puedo despreciar un refuerzo como ese.

—¿Tiene nombre esta unidad? —Me intereso, queriendo saber más de esos nuevos aliados que vamos a sumar.

—Se hacen llamar los Sàyal. Su tribu se formó después de la Gran Guerra, con la intención de sumar la protección de su desamparada ciudad —nos revela.

—Espero que, aunque sean tan salvajes como dices, sepan acatar las órdenes necesarias para la organización —apunta mi padre—. No se puede

ganar la guerra sin una estrategia, y esto será imposible si deciden actuar por su cuenta. Deberán demostrar sus aptitudes, para que podamos decidir en qué posición del ejército colocarlos. Y hablo también por los nälavh —Se cruza de brazos y me mira fijamente—. Ya me dijo Dai-sha que aceptaron a sumarse a la alianza.

Confirmo esa información con un leve gesto de cabeza.

—Los enanos acudirán a la frontera directamente —le informo— . Y no vendrán solos. Un grupo de nyëlkhems del bosque Eruful'h les acompañará.

—¿Del bosque Eruful'h?

—Sí, malèüh. Aunque no son demasiados, creo que serán un buen apoyo.

Mi padre hunde su índice y su pulgar en sus ojos, presionándolos y frotándolos, como si así pudiese desanudar sus enredadas ideas.

—Está bien —Suspira finalmente—. He de reconocer que me preocupa cómo pueda acabar esto. Voy a tener como aliados a varios que me han considerado durante eones su máximo enemigo.

—El pasado puede influirnos para mal, pero también puede hacernos mejorar —murmuro—. ¿Quién nos dice que después de la Segunda Gran Guerra, cuando ganemos, no pueda resurgir una nueva unión entre los reinos?

Me responde con silencio, y eso me demuestra su falta de esperanza. O mejor dicho, su falta de ganas.

—Será lo que tenga que ser —resume Kèstiron, apoyando una mano en el hombro de mi padre con excesiva confianza—. De momento, vamos a empezar por prepararnos para esta noche. Nos espera una velada importante.

Karanthir frunce el ceño al notar el acercamiento del rey humano, pero enseguida se esfuerza en fingir una sonrisa y asiente.

—En la plaza principal de la ciudad. En el momento más alto de la Luna —nos cita a ambos—. Celebraremos la unión y la victoria contra el dragón, y pediremos a los dioses que sigan acompañándonos en su gloria hasta el final.

—¿A tus dioses, o a los míos? —Me cruzo de brazos, soltando un bufido.

Kèstiron se ríe una vez más, provocándome verdadera impotencia. —¿Me tomas por un pagano? A los dioses humanos, por supuesto. Si queréis celebrar algo en honor a los vuestros, que sea fuera de los muros de mi ciudad.

Entonces se da la vuelta, alejándose entre risas, escupiendo al suelo, como si el simple hecho de haber mencionado a los dioses sygäras ya le hubiese resultado una burla.

—¿De verdad? —gruño, volviendo a girarme hacia mi padre una vez nos hemos quedado solos—. Dime que Dai-sha me ha mentido cuando me ha dicho que ibais a asistir. Dime que no piensas hacer más teatro del que ya estás haciendo delante de este malnacido.

—¿Cómo? —La mirada de mi padre se ensombrece—. ¿Se te ha olvidado lo que pienso realmente de este miserable insufrible? Todo lo que estoy aguantando, todo este teatro, lo tolero porque tengo un objetivo. Este reino va a ser mío, de tu hermano, y debemos demostrar respeto a sus repugnantes eventos. Solo así su pueblo nos apoyará.

—¿Y qué hay del respeto hacia nosotros mismos? No puedes haberme dado el sermón que me has dado antes, para ahora fallar así — Me río con ironía—. El pueblo de Wolftundur no tiene nada que ver con los eventos que Kèstiron pueda organizar. Y la verdad, viniendo de él, no me fío nada de lo que pueda hacer.

—No defiendas a esta gente. No son diferentes a su rey — murmura mi padre—. Tienen la cabeza completamente corrompida por todos los monarcas que los han liderado. Estos hombres y Kèstiron son igual de degenerados. Sus únicas diferencias son los derechos que a uno le da la maldita corona.

Me quedo callado, incapaz de quitarle la razón. Es cierto lo que dice, yo mismo lo he comprobado en varias ocasiones. Me mira con detalle, fijándose de nuevo en esa estética a la que no parece capaz de acostumbrarse. Pero no vuelve a quejarse.

—Ve a lavarte y a arreglarte —propone—. Esta noche habrá una sorpresa especial para los nuestros también. Saldremos juntos del castillo, en familia, antes de la hora prevista.

Estoy a punto de decirle que no tengo intención de ir, pero al instante me silencio. No tengo ganas de iniciar una nueva discusión, ya he tenido suficientes en muy poco tiempo, así que simplemente asiento.

—Tendrás ya un traje de gala listo en tus aposentos. Póntelo.

—¿Otro traje nuevo? Vaya… —Frunzo el ceño—. Realmente os habéis propuesto demostrar vuestra opulencia. Os lo estáis tomando muy en serio.

—Nuestra opulencia, hijo —me corrige—. Recuerda que somos una familia. No se trata de aparentar sino de demostrar lo que somos: Una unidad superior a su solitario rey y a su nefasta monarquía. El pueblo de Wolftundur debe verlo antes de que les conquistemos.

De nuevo decido no responder. Sus palabras solo suman mis ganas de escaquearme. Me niego a participar en otro evento que vaya a obligarme a actuar con falsedad. Vine a este reino a luchar. Si he de ganarme a su pueblo, quiero que sea demostrando mi habilidad en el campo de batalla.

Mi padre se aleja de mí sin ser consciente de mi negativa reacción, reclamado por uno de los generales del Ejército Dorado. Lo sigo con la mirada un instante antes de darme la vuelta, dirigiéndome hacia el único grupo de personas que en este momento no me molesta. Cuando llego junto a ellos, cesan su conversación centrándose al instante en mí.

—¿Cómo estás? —Me pregunta Thaeón—. Además de impresionante, quiero decir —Observa de cerca mi cambio de imagen, admirándolo con detalle—. Hemos escuchado tu discusión con tu padre.

—Todo el maldito campamento la ha escuchado —Me cruzo de brazos con un resoplido—. Bien. Estoy bien. Se ha resignado.

—¿Pero?

—Pero no me lo creo. Mi padre nunca se resigna.

Zynael frunce el ceño, desconfiando también de ese suceso.

—Creo… —Idril hace una pausa, buscando las palabras apropiadas—. Creo que se han dado cuenta de que por sus exigencias están a punto de perderte. Ahora mismo no pueden correr ese riesgo, por eso cederán a todos tus cambios y caprichos.

—¡Idril! —salta Jóngruf.

—No, no —Freno al castaño—. Tiene razón.

—¿Te ha vuelto a decir algo? —Zynael agarra mi brazo, captando mi atención—. No tenías muy buena cara mientras hablabas con él.

—Es increíble que tú te hayas dado cuenta estando lejos, y él no. Me ha avisado del evento de esta noche, y de que también habrá una sorpresa para mi familia.

Zynael se cruza de brazos.

—¿Y tú? ¿Le has avisado de que no tienes intención de acudir?

Ruedo los ojos al cielo y niego con la cabeza.

—Mi cupo de discusiones ya está cubierto por un largo tiempo. Entenderá mi ausencia cuando recuerde que no tengo nada que celebrar, y mucho menos junto a Kèstiron.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Jóngruf.

—¿No os ha invitado Dai-sha? —El tono irónico de Zynael es evidente—. Esta noche hay una celebración en la plaza principal de Wolftundur. En honor a Kal'ladril y a la muerte del dragón, según nos dijo. El mismo Kèstiron la ha organizado.

—¿Kèstiron ha organizado algo en honor a Kal'ladril? — murmura Thaeón—. Me parece una absoluta provocación, teniendo en cuenta lo que os hizo.

—Lo es, y no pienso unirme —concluyo.

—¿Y crees que tus padres van a permitir que te escaquees? — plantea Zynael.

—Lo dudo —admito—. Por eso, por si acaso se les ocurre venir a buscarme, pasaremos la noche fuera.

Me mira con sorpresa, impresionada por lo que acabo de proponer. Jóngruf y Thaeón levantan la mano al instante, tan sincronizados que incluso podrían haberlo ensayado, uniéndose a lo que aún ni siquiera he mencionado. Se miran uno a otro, y se echan a reír.

—Me apunto a lo que sea que se te esté ocurriendo, siempre y cuando haya alcohol —Jóngruf cierra los ojos, buscando en lo más profundo de sus deseos—. Han pasado demasiadas cosas intensas desde la última vez que lo tomamos. Necesito reponer mi cuerpo con unos buenos grados.

Thaeón se ríe con su amigo y brinda junto a él con ese alcohol imaginario.

—Nos reuniremos con Avaldur'h —les informo—. Antes nos ha invitado a todos a pasar la noche juntos por la ciudad.

Zynael me mira por encima del hombro, con esa expresión ligeramente divertida de quien ya esperaba algo así por mi parte.

—¿Y qué se supone que haremos?

—Lo que queramos, enana —respondo, de forma incluso flirteante.

Jóngruf sacude la cabeza.

—Solo pido que intentemos no acabar a hostias de nuevo, con entrenar todo el día ya he tenido más que de sobra —resopla.

—¿Cómo que no? —se burla Zynael, empujándolo con el codo—

. Las hostias fueron la parte más divertida de las tabernas wolftundianas.

Él sonríe, sin molestarse en negarlo. Thaeón asiente, dándole la razón a la nyëlkhem.

—Confiaremos en que Avaldur'h sea un buen guía —digo, desviando el tema con ligereza—. Conoce todos los rincones de la ciudad mejor que nadie, así que espero que sepa llevarnos a lugares donde realmente logremos disfrutar. Por el momento, sigo sin poder decir ni una palabra buena de este lugar.

—Sí, pero no sabemos dónde está Avaldur'h —señala Thaeón—. ¿Cómo vamos a buscarlo? ¿Tocando a todas las puertas del castillo hasta que averigüemos dónde duerme?

—Tengo la sensación de que no nos hará falta.

Idril los mira a todos, uno a uno, y después a mí.

—Dime si me equivoco, pero creo que no tienes en mente avisar a Daisha.

—¿Y? —respondo—. He dicho que he cubierto mi cupo de discusiones. Últimamente esas son el único tipo de conversaciones que tengo con él, así que no. No tengo en mente avisarle. Quiero desconectar. No quiero que esté recordándome que debería haber estado en otro lugar.

La sonrisa que aparece en sus labios confirma que no está en contra de

mi decisión. Solo parecía querer oírme decirlo en voz alta.

Jóngruf ya parece más interesado en moverse que en continuar con la conversación. Da una palmada en el hombro de Thaeón y empieza a caminar.

—Menos charla, más acción. Si vamos a deambular por la ciudad, tengo que arreglarme primero.

Thaeón expira una risita, resignado, pero lo sigue. Idril nos dedica a Zynael y a mí una última mirada, y también se pone en marcha. La rubia se acerca a mí, quedándose un segundo más, y su mano roza la mía en un gesto casi imperceptible.

—No te arrepentirás después, ¿verdad?

—Eso depende de lo buena sea la noche.

Ella muerde sus labios de forma sensual, sintiéndose tentada con mis palabras. Su preciosa mirada parece desnudar mi cuerpo, y su boca hace un amago de sonrisa antes de darme la espalda, uniéndose a los demás.

Me quedo unos instantes viendo cómo el grupo se aleja, el sonido de sus voces se pierde en el murmullo de las conversaciones de mis hombres, hablando de ese evento real que se va a celebrar. Un recordatorio de lo que se espera de mí.

Pero esta noche, no me importa.

***

Vamos tan distraídos con nuestra conversación, que ni siquiera nos damos cuenta del trayecto a caballo hasta que llegamos al castillo. Nos despedimos de los demás en el pasillo y volvemos a nuestras respectivas habitaciones.

En cuanto abro la puerta me fijo en lo recogido que vuelve a estar todo, y en ese traje de gala que ha mencionado mi padre, impecable, esperándome sobre la cama. Blanco y dorado. Zynael se percata al instante y se acerca con curiosidad. Sus dedos recorren el tejido lentamente, como si estuviera estudiando algo nuevo.

—Vaya, ¿pretenden disfrazarte de tu hermano?

Me acerco a ella con calma, rodeándola por la cintura cuando me coloco

a su lado. Mi atención sigue fija en esas vestimentas típicas de mi familia y de mi reino.

—Es ridículo —murmuro—. Están llegando demasiado lejos. Si no conociese realmente el racismo de mi padre, si no conociese sus verdaderas intenciones de conquistar el reino, diría que, incluso a pesar de lo que le hizo a su hijo, podría llevarse bien con Kèstiron.

Zynael me mira, atenta a lo que hay más allá de mis ojos y mis palabras. Luego se gira hacia mí por completo y apoya las manos en mi vientre, acariciándome con suavidad.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo te sientes de verdad? —pregunta, sin apartar los ojos de los míos—. Desde que hemos vuelto, estás tomando muchas decisiones que te están enfrentando con ellos. Y no sé hasta qué punto estás feliz con eso.

Centro mi atención en su preciosa mirada, que sigue analizando mi alma. Siento mi cuerpo relajándose al instante, ejerciendo su magia sobre mí.

—Me siento fuerte, Zynael —Mi voz suena más segura que nunca—. Te mentiría si digo que no me revienta la distancia que siento. Son mis padres. Pero quiero que me demuestren que son capaces de darme mi lugar, aún si mis opiniones no funcionan igual. Yo siempre los he defendido, incluso cuando no creía que debía hacerlo.

Mi mano sube a su mejilla, necesitando acariciarla.

—Te admiro muchísimo, Kal'ladril —me habla—. Eres el hombre más fuerte y leal que he conocido jamás. Por mucho que tus padres, cabreados, puedan llegar a decirte lo contrario, no creas que has cambiado. Sigues siendo el mismo sygära increíble que, sin conocerme, me salvó. Solo estás exteriorizando tu propia esencia.

Sonrío, completamente dominado por sus palabras.

—Mírate —Inclino mi cuello y pego mi frente a la suya, sosteniendo su cara entre mis manos como si fuese un tesoro—. ¿Cómo no iba a estar bien?

Zynael sonríe también, reconociendo al instante mi cumplido. La luz tenue de la habitación resalta el brillo de su piel oliva, sus pecas, y esos rasgos mestizos que me han fascinado desde el primer día. Exhalo con suavidad sin dejar de mirarla, tomándome este instante para grabar su

imagen en mi mente.

—Esa esencia propia de la que hablas, la he descubierto contigo —continúo, con una voz más baja, más íntima—. No porque antes no supiera quién era, sino porque nunca había explorado todo lo que podía llegar a ser. Tú me has ayudado a darme cuenta de que no tengo que ajustarme a un molde para encajar en mi familia. Puedo quererlos y ser leal, y al mismo tiempo, quererme y ser leal a mí mismo. Sin que eso sea una traición.

Su mano se apoya en la mía, cálida y firme.

—Quiero creer que ellos algún día lo entenderán igual —añado. Desliza sus dedos por mi muñeca, con una caricia lenta.

—¿Y si no?

—Y si no —respondo—, seguiría sin cambiar nada de lo que he hecho.

Ella sonríe, y hay algo en su mirada, algo denso y ardiente, que me hace sentir la intensidad de su presencia en cada parte de mi cuerpo.

—Me gusta verte así —Su tono se vuelve más provocador—. Firme. Seguro. Libre.

Sostiene sus ojos en los míos y me empuja lentamente, apoyando sus manos sobre mi pecho, haciéndome retroceder. Agarra el traje de la cama, lo tira con despreocupación al suelo, y se sienta en el borde del colchón cruzando sus piernas de forma seductora. Cuando vuelve a mirarme, algo en su expresión ha cambiado. Sus labios se curvan en una conquistadora sonrisa, y se inclina hacia atrás con deliberada provocación, apoyando sus codos en la cama.

Su atención me recorre entero de arriba abajo, y sus pupilas se dilatan con descaro, como si estuviera decidiendo hasta dónde puede llevarme esta vez.

—El plan de la ciudad puede esperar solo un ratito, ¿no crees? —runrunea con ardiente picardía—. Puedo terminarte rápido si me lo propongo, lo sabes bien.

Su pierna se desliza lentamente hasta abrirse de par en par, sin apartar sus ojos de mí, invitándome a pecar. Su mano comienza a descender por su propio muslo, recorriéndolo con una lentitud exasperante. La apertura de su falda deja al descubierto más piel de la que puedo soportar.

No me muevo. La observo, deleitándome. Y le encanta.

—¿No vas a hacer nada? —musita, inclinando la cabeza con falsa inocencia—. ¿O es que quieres verme mientras lo hago yo?

Mi mirada se afila con desafío, y al igual que un depredador cuando tiene a su presa lista, me lanzo hacia ella. Me acerco con seguridad, sabiendo muy bien lo que ambos queremos. Zynael se ríe bajo y agarra mi muñeca cuando llego frente a ella, tirando de mí para echarme sobre el colchón, girando al instante para sentarse encima de mi pelvis.

Agarro sus nalgas, presionando su zona íntima contra la mía.

—No es justo —gruño—. Mira cómo me pones sin hacer apenas nada.

Zynael se frota contra mi cuerpo, satisfecha con la reacción que ha conseguido, orgullosa tras sentir la dureza que solo ella despierta. Se deja caer hasta rozar mi nariz y agarra el cabello de mi nuca. Con un movimiento ágil, tira hacia arriba para dejarme sentado, acomodándose sobre mi regazo.

—¿No lo es? —Se abraza a mi cuello y susurra contra mi oído—. Pensé que ahora hacíamos lo que queríamos.

Su aliento caliente roza mi yugular. Sus dedos se cuelan bajo mi ropa, palpando mis abdominales, recorriendo mi piel con lentitud. Parecería incluso inocente, si no fuera por la forma en que sus uñas la acompañan, dejando ese cosquilleo eléctrico en su camino.

Entonces, cuando su boca comienza a rozar la mía; cuando parece estar a punto de besarme; cuando mi cuerpo empieza a rendirse a ella… Tres golpes firmes resuenan en la puerta.

Zynael deja caer la frente contra mi hombro con un suspiro exagerado, maldiciendo con frustración. Me echo a reír, incapaz de sostener la satisfacción que me causa saber que su deseo hacia mí estaba al mismo nivel.

—Sabía que no nos haría falta ir a buscarlo —susurro, consciente de quién es.

—¡Joder, Avaldur’h! —exclama Zynael, apartándose enseguida de encima, arreglándose la falda para conseguir disimular—. ¡Maldita tu puntería!

La puerta se abre, revelando la figura del norteño al otro lado.

—Por favor, decidme que no he vuelto a interrumpiros a medias —Pasa y cierra el pestillo cuando ya está en el interior, levantando las manos con disculpa.

—¿A medias? Ojalá —Rueda ella los ojos al techo—. Eso querría decir que al menos habríamos tenido tiempo para empezar.

Avaldur'h nos mira a ambos y vuelve a sonreír con disculpa. Mientras tanto yo vuelvo a ponerme en pie, acomodando mi virilidad hasta que vuelva a su estado natural. Él se fija en la habitación, y especialmente en esas ropas sureñas que están tiradas en el suelo como si no tuviesen ningún valor.

—Te estábamos esperando —indico, volviendo a ganarme su atención—. Bueno, justo en este instante no tanto. Pero sí. Esperábamos que volvieses por aquí.

—¿Debo interpretar eso como que has decidido no asistir a la celebración en tu honor? —plantea, acomodándose en el borde de uno de los muebles con los brazos cruzados—. ¿O simplemente querías contarme algo?

—Sí, a lo primero —Agarro el traje de gala del suelo y se lo lanzo directamente a los brazos, permitiéndole observarlo—. Tú me has hecho un regalo de tu tierra, tómate esto como un regalo de la mía.

Zynael se echa a reír, y se acerca a la estantería donde hay una botella de cristal llena licor, comenzando a servir tres vasos. Da el primer trago a uno de ellos para probarlo, y seguidamente pone una mueca de asco.

—No pienso aceptar algo como esto —Se ríe Avaldur'h también—. El blanco no me sienta bien, se camufla demasiado con mi tono de piel.

Me siento en el borde de la mesa, justo al lado de la nyëlkhem.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Para esta noche? —intenta asegurarse él—. Que lo pasemos bien y, sobre todo, evitar que estéis presentes en esa plaza.

—¿Tan horrible va a ser? —Frunce el ceño Zynael—. ¿Qué va a hacer?

Avaldur'h abre la boca, pero al instante se silencia, prefiriendo guardarse la respuesta.

—¿Y los demás? —La ignora voluntariamente—. ¿Dónde están?

La repentina incomodidad que demuestra el norteño, es suficiente para que Zynael no vuelva a insistir, pero también para dejarla intranquila. Los miro a ambos, analizándolos, y enseguida me decido a responder. No sirve de nada darle vueltas al asunto, si la única persona que sabe de qué trata no lo quiere esclarecer.

—Pues en su habitación, supongo.

El alquimista se incorpora y vuelve a dirigirse hacia la puerta.

—La media noche está cerca, y no creo que tu padre tarde demasiado en venir a reclamarte —Antes de abrirla, vuelve a darse la vuelta—. Os veo al final del pasillo, girando a la derecha. Junto al cuadro de la coronación de Kèstiron.

Asiento, accediendo a su plan, y enseguida se marcha sin añadir nada más.

En cuanto la puerta se cierra, Zynael vuelve a mirarme. Comienza a acercarse, contoneando sus anchas y divinas caderas en mi dirección. Su lengua repasa lentamente sus labios, provocándome, fingiendo limpiar los restos del alcohol que acaba de terminarse. De nuevo, la corriente de energía que nos une queda suspendida en el aire.

—¿Por dónde íbamos? —susurra. Puedo leer en sus ojos el mismo deseo que corre por mi piel.

Ojalá pudiese ceder, pero no hay tiempo para eso. No ahora.

—Íbamos a lavarnos —susurro. Aunque mi voz suena más ronca de lo que quisiera, delatando a mi verdadera apetencia—. No hay tiempo para juegos, tenemos que marcharnos antes de que vengan a buscarnos. Seguiremos luego.

Ella me dedica esa media sonrisa que es un desafío y una promesa a la vez. Sin decir nada más, se acerca a la jofaina que hay junto a la tina y comienza a desmontar las piezas de su armadura. La observo unos instantes, vanagloriándome con cada curva de su cuerpo que deja al descubierto, pero enseguida suspiro para lograr contenerme. Me doy la vuelta y comienzo a hacer lo mismo, desvistiéndome, dispuesto a lavarme con la rapidez que la urgencia nos exige.

Ya creía haberme relajado, cuando de repente noto sus dedos comenzando a acariciarme la espalda, frotándome con el jabón con el que hace un instante se estaba adecentando ella. Y mi calor vuelve a dispararse.

Me aparta el pelo con delicadeza, tratándome con un cariño extremo, limpiando cada una de mis cicatrices, deslizándose con intenciones que parecen quedarse a medias. Siento cómo se pega a mí, rozándome con la cumbre de sus pechos, dejando un beso lento y deliberado en la zona alta de mi columna vertebral.

Cierro los ojos, disfrutándola, y exhalo la mezcla de mi deseo y mi resignación.

—Si sigues provocándome —susurro—, no saldremos de aquí.

—¿Y si eso es lo que quiero? —murmura, manteniendo sus labios contra mi piel.

Me doy la vuelta para encararla, admirándola al instante. Llevo mi mano a su mejilla y perfilo su mandíbula con la punta de mis dedos.

—No hay tiempo. Y lo sabes.

Sonríe. Por supuesto que lo sabe, pero elije seguir jugando a insistir.

Muerde sus labios lentamente, manteniendo sus ojos fijos en mí. Mi piel se crispa en ese mismo instante, como si estuviese gritando su nombre o rogándome que me deje ir. Pero para su desgracia, soy mucho más competitivo que fácil.

Agarro una de sus nalgas con mi mano derecha, y con la otra bajo al lugar donde se cruzan sus piernas. Presiono con los dedos en ese bendito lugar, conociendo muy bien cómo la tengo que trabajar para llevarla hasta el extremo de rogar. Comienzo a moverme muy despacio e inclino mi cuello hacia ella, mirándola con intensidad mientras comienza a jadear.

Sus pies se separan ligeramente, dándole más espacio a mi manualidad; deseando que no me quede ahí, que entre más allá. Y entonces, justo en ese momento en el que sus gemidos están a punto de pedirme más, me acerco a su oído y me detengo con brusquedad.

—He dicho que seguiremos luego —Muerdo su delicado lóbulo y me separo de ella, dándome la vuelta para comenzar a secarme.

Cuando ya me estoy poniendo los pantalones, ladeo mi rostro para mirarla sobre mi hombro. Sigue paralizada en el mismo lugar donde la he dejado, mirándome con la rabia y la excitación que le he provocado. En otros momentos me habría mandado al infierno, pero tan solo me sonríe con malicia. Sus ojos me dicen que el juego no ha terminado.

***

Salimos al pasillo guardando un silencio calculado. La luz de las antorchas parpadea sobre la piedra, proyectando sombras danzantes a nuestro alrededor. Por suerte no nos cruzamos con nadie, ni siquiera con algún guardia real.

Recorremos la largura del corredor y giramos a la derecha, tal y como Avaldur'h nos ha indicado. Y ahí, al final, frente a un inmenso cuadro de Kèstiron que ocupa toda la pared, aguardan con calma y discreción Jóngruf, Thaeón e Idril.

El castaño nos dedica una sonrisa cuando llegamos junto a ellos.

—Hola, pareja —dice con tono sugerente—. Sois más rápidos de lo que recordaba.

—Cierra la boca —Zynael le da un puñetazo en el hombro sin miramientos.

Jóngruf se queja de su fuerza y suelta una carcajada baja, pero antes de que pueda reclamarle su brusquedad, el sonido seco de un crujido nos interrumpe.

El cuadro de Kèstiron comienza a sacudirse.

Todos damos un paso atrás cuando la enorme pintura comienza a venirse hacia adelante. Un rechinar de bisagras ocultas llena el pasillo hasta que, finalmente, la pared se abre revelando un pasadizo oscuro al otro lado. Avaldur'h nos observa desde la penumbra, su silueta apenas iluminada por la luz de algunas antorchas.

—Entrad. Ahora —Su voz es baja, pero firme.

No dudamos. Uno a uno nos deslizamos al interior. El aire aquí dentro es más frío, cargado de un olor a piedra húmeda y a cera de vela. Avaldur'h empuja el cuadro de vuelta a su sitio, cerrando el acceso de nuevo.

—Poneos esto —Vuelve a hablar con normalidad cuando ya estamos

dentro, a salvo al otro lado de la gruesa pared que acabamos de atravesar. Extiende sus brazos y nos entrega unas capas oscuras—. Ayudará a que no llamemos demasiado la atención.

Tomo la mía y me la echo sobre los hombros. Avaldur'h me observa un momento antes de sacudir la cabeza.

—A ti no te servirá de mucho. Tu altura sigue delatándote.

—Demasiado grande para ser discreto —bromea Thaeón.

—Lo tomaré como un halago —respondo, ajustándome la capucha.

—Bueno —Silva Jóngruf—, podemos preguntárselo a ella.

—¡¿Puedes callarte de una maldita vez?! —Vuelve a zurrarle Zynael.

Avaldur'h decide ignorarlos y se mantiene en lo importante.

—Por suerte, todo el mundo estará demasiado pendiente de lo que va a ocurrir en la plaza —añade—. No creo que nadie nos preste demasiada atención esta noche.

—¿Por qué parece que este evento es tan importante? —murmuro.

—Porque para el pueblo de Wolftundur, lo es —responde, dándose la vuelta para agarrar una de las antorchas de la pared—. Desgraciadamente, cuando ocurren este tipo de celebraciones, nadie se las quiere perder.

Comenzamos a seguirle. Los muros que nos rodean son rugosos y muy gruesos, con decenas de pequeñas mirillas incrustadas. Me detengo un instante ante una de ellas y veo la sala de negociado donde nos hemos reunido alguna vez. Recuerdo la posición, y un cuadro grande que había en esa habitación. Estas aperturas están situadas en sus ojos. Desde aquí, desde estos pasillos ocultos, se puede espiar sin ser visto.

Continuamos, moviéndonos en fila a través del túnel. Subimos una escalera de piedra que se retuerce en espiral, ascendiendo hasta un punto desconocido. Cuando alcanzamos la parte superior, Avaldur'h abre una puerta de madera podrida y el viento se cuela en corriente hacia el interior.

Mis ojos se fijan en su belleza en cuanto salimos.

El Océano Sunberyn'h. La pureza de su olor me traslada a Drilembiyr'h por un instante. A nuestras playas, a mis travesías a lo largo de sus aguas. Pero, por primera vez en mi vida, mis ojos se encuentran con él desde un lugar completamente diferente. Visto desde la mayor altitud del castillo de

Wolftundur, con este cielo tan encapotado desde el que no deja de nevar, es solo un abismo oscuro que se extiende más allá del horizonte. No hay Luna en su cristalino reflejo.

Más allá, logro diferenciar el puerto principal del reino, y los navíos de los nyëlkhems atracados. Impresionantes barcos que imponen incluso en la distancia.

—Ahí están —murmura Idril a mi lado.

Zynael sonríe también, feliz de ver el increíble símbolo de los suyos.

Pero Avaldur'h no nos permite demorarnos más, y nos pide que sigamos avanzando en silencio. Debemos evitar ser detectados por cualquiera de los soldados de Wolftundur que hacen guardia en las almenas más bajas.

Nos deslizamos por el borde de la muralla más alta. Cada paso que damos parece calculado. Cada sombra nos resulta un refugio. El viento es gélido, y golpea con fuerza revolviendo las capas sobre nuestros hombros. Descendemos por una estructura lateral, deslizándonos por una escalinata angosta que nos lleva al exterior, hasta que nuestros pies vuelven a tocar suelo firme en la parte trasera de la fortaleza.

—Vamos —Vuelve a liderar Avaldur'h, dirigiéndonos a la ciudad—. Debemos evitar movernos por la calle principal.

Las antorchas no iluminan los callejones por los que nos introducimos en la capital, adentrándonos en uno de sus barrios más marginales. Las voces y las risas se escuchan a lo lejos. Las pocas personas que nos cruzamos, caminan con prisa en la misma dirección, dirigiéndose a la plaza para asistir a la gran festividad.

Avaldur'h no se detiene. Nos guía como si fuésemos sombras a través del laberinto de callejuelas y pasadizos, lleno de esa seguridad que la experiencia le ha dado, mezclándonos con esos grupos de gente que cada vez son más numerosos y evidentes.

Mis sentidos están en alerta. Cada rincón puede ser una trampa, cada mirada una sospecha. Pero por ahora, estamos camuflados.



Kal'ladril
20

Avaldur'h se detiene junto a la entrada de lo que parece una simple casa, vieja y con las paredes de piedra desgastadas. Antes de empujar la puerta, se vuelve hacia nosotros con una sonrisa satisfecha.

—Aquí venden el mejor alcohol de todo Wolftundur, y también el más económico —Su cariño a este lugar se hace evidente en su tono de voz—. La familia que regenta esta taberna es una joya, al igual que sus visitantes.

—¿Esto es una taberna? —Se sorprende Idril.

—Es una cantina de barrio que solo conocen sus vecinos —explica justo antes de empujar la puerta con completa confianza.

El interior está cargado de humo y de conversaciones solapadas. Es un local cálido, con vigas gruesas en el techo y mesas de madera maciza que han visto incontables noches de celebración. Todas las miradas se giran hacia nosotros en cuanto entramos, pero a diferencia de las otras veces, nadie parece despreciarnos. Avaldur'h se retira la capucha sin dudar, y al instante la estancia se llena de sonrisas, de cabeceos de bienvenida, y de exclamaciones efusivas.

Desde la barra, una joven de unos veinti-largos, de piel negra como el cacao y cabello afro, se ilumina en cuanto lo ve. Y, sin dudarlo, se acerca a recibirlo. Sin previo aviso, le toma el rostro entre las manos y le planta un beso pasional en los labios. Avaldur'h la recibe con placer, inclinándola con una pasión que jamás lo había visto demostrar.

—Cuánto tiempo sin verte —murmura ella contra su boca.

—Demasiado.

—Ven —Sonríe la humana, sosteniendo su mano para tirar de él hacia el

interior—. Ven con tus amigos. Os invito a lo que queráis.

Avaldur'h se vuelve hacia mí con una sonrisa orgullosa, y me guiña un ojo. Mi ceja se arquea sin poder evitarlo, burlona. Había escuchado a varios humas quejarse de que era todo un seductor, pero nunca había llegado a verlo en acción.

Nos acercamos todos a la barra mientras esa joven encargada nos sirve unas generosas jarras de alcohol. Una para cada uno. La espuma rebosa por los bordes, y el aroma fuerte a cebada se mezcla con el ambiente.

—¿Cómo has estado? —La guapa humana se inclina sobre la barra, seductora, mostrando el escote de su vestido de tela a conciencia al mismo tiempo que clava sus oscuros ojos en Avaldur'h—. Te veo bien, mejor que nunca diría. Incluso a pesar de esto —Estira su mano y acaricia la cicatriz de mis garras sobre su rostro, en ese lugar donde antes había un ojo—. Llevas demasiado tiempo sin venir a verme. ¿Cuántas historias me he perdido?

—No tantas —Responde él, agarrando su muñeca para detener su caricia—. De hecho, solo una. Pero es demasiado larga.

—La noche también —Guiña un ojo ella, volviendo a incorporarse—. Y mi cama te echaba de menos.

Avaldur'h ladea su sonrisa.

—¿Alguna vez te he dicho que no, Brenna? —runrunea—. Jamás me marcho sin cumplir. ¿O sí?

La ya conocida Brenna alza su barbilla, burlona y altiva, y lo mira de arriba abajo.

—Depende. ¿Qué me has traído hoy? —Extiende la palma de su mano hacia él—. Espero que sea fuerte. Lo necesito.

Sin decir nada, el sygära norteño saca de su abrigo unas setas de color oscuro y textura rugosa, y las arrastra por la barra con los dedos.

—Son fuertes, querida. Te lo advierto.

La huma suelta una carcajada desafiante.

—Nada puede conmigo. Ni siquiera tú, ya lo sabes.

Entonces, su mirada se desvía hacia mí por primera vez. Ni siquiera parecía haberse percatado de que estaba ahí, hasta ahora. Sus ojos se

abren con asombro real, brillantes, y comienzan a estudiarme con fijación bajo la sombra de mi capucha. Separa sus labios ligeramente, como si hubiese olvidado respirar por un instante.

—Vaya... —susurra—. Eres tú: El elfo hijo del rey del sur del que todo el mundo habla. Había escuchado rumores sobre ti, pero eres mucho más majestuoso de lo que jamás creí.

Frunzo el ceño. Como siempre, nada cómodo ante este tipo de halagos exagerados.

—¿Qué te trae por aquí? —me interroga sin mala intención—. Te hacía en otro lugar ahora mismo. Tenía entendido que la celebración de esta media noche era en tu honor.

—Te presento a Kal'ladril, Brenna —Avaldur'h pasa su brazo sobre mis hombros—. Habías entendido bien, pero él necesita desconectar, así que te pido discreción. ¡Os la pido a todos! —exclama, girándose para dirigirse a los demás visitantes de la taberna—. Deben estar buscándolo ahora mismo, y prefiero que tenga una noche tranquila.

—Por supuesto —responde ella al instante, apoyándose frente a mí en la barra sin dejar de mirarme—. Aquí somos una familia, y nadie va a juzgarte ni a delatarte.

Inclino la cabeza con galantería, agradeciéndole su actitud conmigo.

—¿Puedo verte? —me pregunta de repente—. ¿Puedo verte bien?

Mis ojos se dirigen de manera involuntaria hacia mi lado derecho, donde está Zynael. Ella me mira con sorpresa, también impresionada por la extraña petición de la humana. Finalmente vuelvo a girarme hacia la tabernera y arrastro mi capucha hacia atrás, dejándola apoyada sobre mis hombros.

El asombro de Brenna parece dispararse, dejándola completamente paralizada frente a mí. Decido romper el silencio por primera vez, pretendiendo actuar con normalidad.

—Brenna, ¿verdad? —le hablo directamente—. Gracias por abrirnos tu local, y por regalarnos tu hospitalidad.

—Por los dioses, elfo… —susurra, aún en su impacto—. Incluso tu voz parece de ensueño. Si no te tuviese delante y me hubiesen descrito tu rostro con detalle, habría jurado que era algo demasiado perfecto para ser

real.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. Nunca sé qué contestar tras comentarios como este. Avaldur'h sonríe, soltando de nuevo mis hombros, mirándome como si la admiración que está escuchando le causase verdadero orgullo. Por suerte, la huma parece notar mi turbación y finalmente suelta una risa ligera.

—Además eres callado… Todo un partidazo —Extiende su brazo y acaricia mi mano—. Relájate. Aparte de decirte lo hermoso que eres, aquí nadie te molestará. Solo quiero que sepas que estás invitado a unirte a Avaldur'h más tarde en mi habitación.

Dicho esto, me guiña un ojo, toma una de las setas, y se la lleva a la boca sin miedo antes de darse la vuelta para continuar atendiendo a su clientela.

Ladeo mi atención de nuevo hacia Zynael, que se ha apoyado sobre la palma de su mano en la barra, y me está mirando fijamente.

—¿Qué? —Retomo nuestra tradición, apoyándome sobre mi codo encarado hacia ella—. ¿Te pica algo? —bromeo, notando el reproche que hay en su rostro.

—Acaba de invitarte a pasar la noche con ella —susurra.

—Ya, ¿y?

—Y se te ha olvidado decirle que no vas a poder. Porque resulta que la única que va a tenerte en su cama, esta y todas las noches, voy a ser yo.

Enarco las cejas con asombro, pero no me da tiempo a contestar nada cuando da un paso hacia mí, y comienza a acariciar mi esternón de arriba abajo con la punta de su dedo índice. Sus ojos se mantienen en el camino que traza esa advertencia disfrazada de caricia.

—Te voy a decir una cosa, sygära… —Su mirada, plateada como la Luna, sube hacia la mía—. Si vamos a estar juntos, quiero que empieces a darme mi lugar.

—¿No lo hago? —murmuro con burla, curvando mis labios en una sonrisa encendida—. Vamos enana, si hasta te he presentado a mis padres. Dale tiempo a la diferencia cultural, algún día podré llevarte a las comidas familiares.

Frunce el ceño. Aunque suene absurdo, disfruto de notar esta reacción

en ella.

—Sabes que soy solo tuyo —runruneo, esta vez en serio.

—Pues ya que has hablado de diferencias culturales, te recuerdo que estás con una nyëlkhem —Su mano se queda apoyada en mi pecho, a la altura de mi corazón—. En mi cultura, cuando estás con alguien en una relación formal, debes pararle los pies a la gente que intente algo contigo. Y tú has permitido que lo haga en mi cara.

—Zynael, enana —Agarro su mandíbula para acercar nuestras caras—, ¿estás celosa? —La miro fijamente a los ojos, y muerdo mi labio inferior—. Estás celosa…

—No estoy celosa, imbécil —Me empuja para apartarse de mí, riéndose con orgullo—. Solo te advierto de que no voy a desperdiciar mi divertida libertad y mi soltería con alguien que no me dé mi lugar frente a las alimañas carroñeras. Entiendo que eres muy guapo, que tienes un cuerpo escultural —Sus ojos me miran con deseo, de arriba abajo, entre medias de cada palabra—, que tu presencia deja a todo el mundo sin habla…

Me cruzo de brazos, divertido, disfrutando de los halagos que, a conciencia, me ha querido regalar.

—Pero como alguien vuelva a proponerte algo sexual, y tú no le mandes a cagar diciéndole que estás conmigo; atente a las consecuencias.

—¿Quieres que a la próxima mujer que lo intente le escupa en la cara? —le sigo el juego—. ¿Eso haría más feliz a tu mitad humana?

—Sí —Vuelve a acercarse a mí y acaricia mi mejilla al mismo tiempo que se pone de puntillas, dejando sus labios a un instante de rozarme—. Y a mi mitad élfica le agradaría que lo hicieses sin distinciones. Me da igual si es mujer u hombre.

Suelto una carcajada y la abrazo, adorando su ácido sentido del humor y su sarcasmo. Ella se echa a reír conmigo.

Cuando vuelve a separarse, se sienta en la banqueta que tiene delante y agarra su jarra llena de cerveza. Hago lo mismo a su lado sin dejar de mirarla. Sus labios se curvan en una preciosa sonrisa tras dar el primer trago.

—¿Crees que nuestra vida podría ser así, como esta taberna, cuando

ganemos la guerra? —Murmura mirando su bebida—.

Tranquila, despreocupada, viajando por un Elthymeron en el que ya no haya distinción de razas…

Observo nuestro alrededor: un sygära del norte, dos humas aldeanos de Drilembiyr'h, dos nyëlkhems, y unos catorce humanos wolftundianos. Todos disfrutando de su vida, en armonía, sin sentirse intrusos o atacados por la presencia de forasteros. Zynael tiene razón, esta tasca es un breve resumen de todo lo que nos gustaría lograr.

***

La noche avanza entre risas, tragos, setas alucinógenas y juegos de cartas. El ambiente se siente extraño pero confortable, una clase de libertad que no estoy acostumbrado a experimentar. Zynael e Idril están jugando contra los dos aldeanos a un juego de mesa de estrategia típico de esta tierra, y aunque sus reglas me han resultado insultantemente fáciles, lo disfruto.

No hay nada de esto en mi hogar. No hay noches como estas en mi casa.

Un humano, barbudo, anciano y desaliñado, se deja caer contra mí al no poder sostener sus piernas debido a la cantidad de droga y el alcohol que ha tomado. Y, por primera vez, no me molesta. Me río cuando se resbala y está a punto de caerse, pero enseguida lo sostengo para evitarlo. Con dificultad, extiende su brazo y señala el tablero sobre el que están jugando mis amigos.

—Si tu mujer ahora saca al rey…, habrán ganado —Balbucea entre hipo —. Hace tiempo que no lo veo sobre la mesa, así que seguro que se lo ha estado guardando.

—Seguro que sí. Es una buena estratega —presumo de ella, sin sentirme intimidado por el término con el que ha querido emparejarnos.

Zynael e Idril van ganando, y tal y como había previsto el anciano, la rubia saca la carta decisiva. Suelta una exclamación y se gira hacia su amiga, uniendo junto a ella su jarra, restregándole la victoria a sus dos rivales.

—¡Hemos ganado, Idril! —La agarra por sus hombros y la agita, haciéndola reír con su efusividad—. ¡Anímate! ¡Hemos ganado a estos

perdedores!

—¡Lo sé, lo sé! —Idril sonríe, pero el fondo de sus ojos sigue triste, manteniéndola anclada en esa pérdida aún tan reciente.

—¡No es justo! —Jóngruf suelta su taco de cartas sobre la mesa, exponiendo lo débiles que eran.

—Claro que no —Thaeón señala a Zynael a la cara, sonriéndole con picardía—. Conozco muy bien a esta mujer, y sé que ha hecho trampa.

Zynael responde con una sonrisa maliciosa, sin desmentir o afirmar dicha acusación. Entonces se lleva el dedo a la boca y lo manda callar.

—¿No estás ya mayorcito para ser un llorón?

—¿Qué me has llamado? Ven aquí, ya verás quién llora.

El moreno echa a correr tras ella, que enseguida comienza a huir entre risas. Como dos jóvenes en edad de mocedad comienzan a jugar al pilla-pilla, esquivando a todos los presentes con la dificultad de su ebriedad.

Sigo sosteniendo al humano, mientras observo lo bien que se lo pasan, cuando Avaldur'h llega a mi lado.

—Toma, zalèüh —Extiende su mano frente a mí, ofreciéndome una de esas setas—. Es la última que me queda. Pruébala.

—¿Y si no quiero? —me burlo.

—¿De verdad vas a perderte las sensaciones a las que te puede llevar? —Fija sus ojos en mí, observándome con curiosidad.

Su mano vuelve a agitarse cuando me ve dudar.

—Vamos, principito —me tienta—, ya no estás en tu castillo. Aquí no hay reglas.

Tiene razón. Aquí no tengo que ser príncipe, ni guerrero, ni hijo excepcional.

Sostengo la seta y la meto entre mis labios. El sabor es fuerte, terroso y ligeramente amargo. Siento como si toda mi saliva comenzase a secarse cada vez que la mastico, dejándome la boca completamente seca. Pero finalmente, me la trago.

Avaldur'h aplaude, y se echa a reír al ver mi cara.

—No están buenas, no.

—Y sin embargo tú y Brenna os las habéis estado tomando de dos en dos.

—Es esa mujer… —Mira a la tabernera con cariño—. Me lleva por el mal camino.

—Ya —Me río—. Parece que tenéis mucha confianza. Es algo… ¿especial?

—No. La aprecio, pero es solo una aventura más —rechaza al instante, con un pesar que demuestra culpa—. Si fuese por ella, incluso nos habríamos casado. Sus padres me adoran y varias veces han intentado tentarme, están desesperados porque me lance. Brenna es hija única y tiene veintinueve años, una humana a su edad ya tiene varios niños bien criados… Pero ella prefiere seguir esperándome.

—Onal'lia realmente te robó para siempre el corazón.

Avaldur'h asiente.

—Es curioso, lo sé. Mi fidelidad está intacta incluso cuando mi cuerpo apenas la puede recordar. Ni siquiera llegué a conocerla de verdad. Siendo un niño, nunca pude construir una versión adulta de la mujer que podía ser en realidad… —Suspira—. Sin embargo mírame, incapaz de volver a amar a nadie miles de años después.

Dejo al humano recostado en una silla y me siento en el borde de la mesa con los brazos cruzados. Avaldur'h me mira de arriba abajo, analizándome mientras sonríe, pensando en algo que parece complacerle.

—Gracias —Me sonríe.

—¿Gracias por qué?

—Por devolverme la esperanza.

Espero a que añada algo más, que me explique qué significa eso exactamente, pero no lo hace. Abro la boca, dispuesto a preguntar a qué se refiere, pero antes de que pueda decir una sola palabra, algo a mi izquierda capta mi atención.

Idril está sola, y no la veo bien. Su mirada está baja, perdida en la madera de la mesa; sus labios hacen un amago de puchero antes de contenerse, forzándose a tragarse la tristeza. Parece estar ahogándose en sus propios pensamientos, esos tan negativos que seguramente el alcohol

haya multiplicado. Y hasta ahora, ninguno de nosotros se había dado cuenta. Jóngruf está echando un pulso en otra mesa, Zynael y Thaeón continúan con sus bromas, y yo ni siquiera le he prestado atención.

No lo pienso dos veces y me incorporo, dejando a Avaldur'h atrás, para acercarme a ella. Arrastro la banqueta junto a la suya, me siento sin pedir permiso y, sin dudarlo, giro su silla para encararla hacia mí.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿Qué haces tan sola? —le digo con suavidad—. A ti no te gusta estar sola.

Idril suelta una risa baja, carente de humor. Niega con la cabeza y, sin mirarme, entrelaza sus propios dedos sobre su regazo.

—A veces lo prefiero —musita.

—Mentira.

Sus ojos amielados vuelven a subir en mi búsqueda, quedándose clavados en los míos durante unos instantes en los que ninguno de los dos habla. A nuestro alrededor, la taberna sigue siendo un torbellino de risas y movimiento.

—Dímelo —le pido al fin.

Su pecho se hincha con una respiración profunda. Se muerde el labio inferior y sus manos se aprietan con más fuerza.

—Es por Záldur —murmura, como si su simple nombre le pesara en el alma—. No dejo de pensar en él. No dejo de pensar en cómo se fue…

Suspiro. Esperaba esto.

—Estamos en el que fue su hogar, pero él no está… Y lo peor de todo es que ninguna de estas personas lo recuerda, les he preguntado a todos y nadie conocía su nombre… Es como si no hubiese existido jamás. Como si no hubiese sido importante…

—Lo era para ti, Idril —Agarro su mano—. ¿Qué más dan los demás?

—Sí, y mira cómo estoy: Pasándomelo bien, bebiendo, riendo…

—Bueno —Le corto un instante—. Bien, bien... A mí ahora mismo me estás pareciendo bastante amargada —Me burlo con cariño.

Idril sonríe, divertida, y me lanza un manotazo amistoso. Pero al instante

vuelve a suspirar y a recuperar esa evidente tristeza que parece estar consumiéndola.

Sus labios se aprietan y niega con la cabeza.

—No debería estar aquí. No me merezco estar así.

Su voz tiembla al final. Algo se encoje en mi pecho.

—Idril, no digas estupideces. Claro que sí. Te mereces ser feliz.

Ella solo parece atraparse más y más en un torbellino de culpa y arrepentimiento.

—No puedo merecer algo que de forma involuntaria no dejo de evitar —continúa. Su mirada se clava en nuestro contacto, en su mano entrelazada con la mía—. Debí haberle dado todo, pero ya no hay más oportunidades. No puedo arreglarlo. No pude ser lo que él quería, y ahora jamás sabré si él podría haber llegado a ser el hombre que…

Su voz se apaga y yo me inclino hacia adelante, apoyando mi mano sobre su hombro, acariciando con mi pulgar su mejilla. Su cuerpo se tensa al notar mi contacto, pero al instante parece relajarse. Como si mi calor acabase de derretir la frialdad de su pena.

—Si Zaldur estuviera aquí —empiezo, eligiendo mis palabras con cuidado—, ¿qué crees que querría para ti? ¿Que te hundieras en algo que ya no puede cambiarse? ¿O que siguieras adelante, viviendo la vida que él ya no puede vivir?

Idril respira hondo, pero no dice nada. Su otra mano tiembla sosteniendo la mía.

—Lo vuestro fue genuino desde el principio —le digo, sabiendo que así fue—. No puedes culparte por no haber tenido la oportunidad de llegar a más. Tuvisteis conexión desde el primer día, sí, pero necesitaste tus tiempos y el destino no encajó con ellos. No puedes dejar que el peso de lo que pudo haber sido te arrastre. Honra su memoria, pero no te entierres con ella.

—Tú… —Se da una pausa, buscando la forma de expresarse—.

¿Tú cómo estarías si lo que le pasó a Záldur le hubiese ocurrido a Zynael?

Abro la boca, pero estoy sin habla. No esperaba ese planteamiento, ni tampoco que fuese a compararlos. Aparto la mirada bruscamente. El

simple hecho de imaginar ese desenlace ya me pone enfermo.

—Lo… Lo siento —Sorbe su nariz, dándose cuenta de lo que su pregunta ha causado en mí—. No sé por qué he dicho eso. Si esto le hubiese ocurrido a Zyn, yo no estaría así, porque directamente habría muerto de dolor detrás de ella. Záldur era alguien especial, pero Zynael lo es todo para mí —Sus ojos vuelven a llorar—. Te pido perdón… He intentado que entiendas cómo me siento comparando lo incomparable. No puedo equiparar un intento de romance fugaz, con mi mejor amiga, a la cual quiero como mi hermana. No puedo comparar lo nuestro con lo vuestro, porque tú sí que la amas.

Vuelvo a clavar mis ojos en ella, manteniendo el silencio.

—Tú estás locamente enamorado de ella —añade—, esa es la gran diferencia.

—Idril…

—No —Me frena—. Lo sé. Estábamos hablando de Záldur y de mí. Vosotros no tenéis nada que ver.

—Estoy intentando que puedas avanzar —continúo con lo que quería decirle—. A mí también me dolió perder a Záldur. Lo tuve en la mano, Idril —le recuerdo—. Sé que lo vuestro era especial, y sé que estoy dándote consejos que yo no podría aplicarme a mí mismo si aquello le hubiese ocurrido a Zynael. Pero es que, cuando se trata de ella, mi razón deja de ser un ejemplo en el que te debas fijar.

Traga saliva y cierra los ojos para retener las lágrimas, asintiendo. La observo, sintiendo algo cálido y profundo en el pecho. Siempre he tenido la necesidad de cuidarla, desde el primer momento en que la conocí ha sido así. Su fragilidad siempre ha despertado mi lado más fraternal.

—Quiero verte bien —susurro—. Me revienta por dentro verte así, sabiendo que pude haber hecho algo más para evitar aquel desenlace.

Se lanza a abrazarme con firmeza, negando con la cabeza sin parar, fundiendo su cuerpo al instante contra mí

—No, no, no… No digas eso, por favor… —Llora—. Tú siempre has hecho todo lo posible para ayudarnos. Tú siempre has estado ahí para salvarme.

Acaricio su espalda con lentitud, asegurándole que sigue siendo así, que

no está sola.

—Solo intento engañarme a mí misma —Moquea contra mi ropa—. Me culpo por sentir algo que no puedo controlar, y me obligo a cambiar… Pero en el fondo creo que es imposible que alguna vez lo vaya a lograr.

Deslizo la mano por su cabello y vuelve a mirarme, manteniendo sus brazos alrededor de mi cuello como si temiera soltarme.

—No tienes que cambiar, Idril —Mis ojos se quedan fijos en los suyos—. Ni por Záldur, ni por su pérdida, ni por nadie. La vida es una prueba de fuerza constante, y tú estás superando en muy poco tiempo todas sus fases.

Sus ojos me observan brillantes y vibrantes. En mí parece encontrar algo que ni siquiera yo sé que tengo. Entonces, sus labios se separan dejando escapar un hilo de voz.

—Kal'ladril, yo…

Aguardo, paciente, a lo que sea que esté a punto de decir. Pero no continúa. Se detiene. Sus labios se cierran y su expresión se torna confusa, como si no pudiera seguir. Frunzo el ceño, volviendo a tener ese extraño sentimiento que me ha golpeado en el campo de entrenamiento.

Hay algo en Idril que no está bien, y es algo que no parece querer compartir conmigo.

Expiro y vuelvo a ponerme en pie, obligándola a soltar nuestro abrazo. Froto su cabeza despeinándola, haciéndola reír de nuevo.

—Venga —Levanto su barbilla para que me mire, aún sentada en su silla —. No puedo volver a verte así. Estás mucho más guapa cuando sonríes.

Idril asiente forzando una sonrisa, aceptando mi orden disfrazada de propuesta. Estoy secando sus lágrimas, cuando de repente mira detrás de mí. Ladeo mi cabeza y veo a Zynael acercándose a nosotros con la atención fija en su mejor amiga.

—¿Qué te pasa? —Rápidamente se arrodilla frente a ella, preocupada—. ¿Por qué has llorado?, tienes los ojos muy inflamados.

—Está bien —miento para protegerla, sabiendo que no le va a beneficiar volver a repetir la conversación.

Zynael frunce el ceño y me mira con desconfianza, dudando de la

rapidez y la contundencia con la que he respondido, a pesar de las evidencias en el rostro de Idril.

—Está bien —pronuncio más suave, intentando que lea entre líneas—. Solo necesitaba desahogarse.

La rubia se da cuenta de lo que intento y asiente, aceptando mi breve explicación, pero al instante vuelve a enfocarse en Idril.

—Sabes que puedes buscarme para hablar siempre que lo necesites —murmura.

—Lo sé —afirma Idril, esforzándose para volver a recomponerse—. Tengo mucha suerte de tenerte —Se pone en pie de repente, obligando a Zynael a hacer lo mismo—. Tengo mucha suerte de teneros a los dos.

Entonces se marcha dejándonos solos, sin añadir nada más, tratando de huir de la conversación para no volver a repetir ese dolor. Zynael suspira, observando a su amiga mientras se dirige a la barra para volver a sentarse sola en una de esas banquetas.

—Solo necesita tranquilidad —le susurro acercándome a ella. Coloco uno de sus mechones tras su oreja cuando su rostro se gira hacia mí—. Está saturada. Se siente culpable por lo que ocurrió, por lo que no llegó a ocurrir, y por llegar a permitirse vivir.

Zynael entorna su preciosa mirada perlada, rindiéndola ante la mía. Su belleza es radiante incluso en la penumbra de la taberna, y vuelvo a perderme en ella. Mis ganas de demostrarle lo mucho que significa para mí, una vez más, se vuelven incontrolables. Mi mano se alza sin que mi cerebro pueda manejarla, y comienza a perfilar su mandíbula.

—Kal'ladril… —runrunea, y sus ojos se cierran para sentir mi contacto.

—Te aseguro que está bien —repito una vez más—. He hablado con ella, y se ha quedado más tranquila.

—Por supuesto… —Vuelve a mirarme y respira hondo. Parece estar disfrutando de este momento, hasta que su mano detiene bruscamente mi caricia—. Ahora no. No es el momento para esto. Mejor lo hablamos luego, ¿de acuerdo?

Zynael se aleja de mí sin previo aviso, cortando nuestra conversación de golpe, como si algo invisible se hubiese interpuesto entre nosotros. La veo

cruzar la taberna con paso ligero, sin siquiera girarse a mirarme, hasta volver a sentarse junto a Thaeón con un suspiro exagerado.

Me quedo ahí, estático. Sin saber si debería haber dicho algo más, algo menos, o directamente haberme callado. Me obligo a apartar la mirada, a fingir que no me importa, pero la realidad es que acaba de descuadrarme por completo.



Kal'ladril
21

Parpadeo. Todo a mi alrededor parece dar vueltas. Me froto los ojos y pestañeo otra vez. El aire frío me golpea la cara. Estamos andando por las oscuras calles de Wolftundur, en dirección a cualquier lugar. La taberna ha quedado atrás. No sé cuánto tiempo ha pasado ni cómo he salido, pero ahí están mis amigos. Y siguiéndolos, tambaleante, casi flotando, avanzo con ellos.

A mi alrededor, las luces de la ciudad vibran con vida propia. Cada farol parpadea con el ritmo de un latido, las figuras de mi entorno parecen alargarse y acortarse con cada paso. El empedrado bajo mis pies respira, se hunde y se eleva como si fuese agua sólida.

—Kal'ladril —La voz de Avaldur'h me sacude como un trueno, devolviéndome a la realidad—. Por los dioses, zalèüh, vaya viaje. Qué bien te ha sentado mi regalo.

El mundo sigue moviéndose bajo mis pies.

—¿Bien? —Murmuro, frotándome los ojos para tratar de ver solo la realidad—. No sé si esa sería la palabra que yo habría utilizado.

—Confiésalo —Se ríe—. Nunca te habías divertido tanto.

Miro a los demás. Zynael está junto a mí, y a su lado Thaeón, riendo juntos por algo que no escucho. Más adelante, Jóngruf camina con un aire despreocupado, agarrando a Idril sobre los hombros. Sus cuerpos se desfiguran y seguidamente vuelven a su forma original, confundiéndome todavía más.

—Joder —gruño—. Necesito beber agua.

Mi cabeza es un lapso borroso, mi cuerpo se siente pesado, mis sentidos

un tanto embotados. Apenas distingo los rostros de mis amigos entre la penumbra y el resplandor anaranjado de las llamas que iluminan la noche.

—¿Dónde vamos? —pregunto, aún afectado por la mezcla de la seta con la bebida.

Avaldur'h me observa de reojo y deja escapar una risa.

—¿No te acuerdas? Vamos a «La jarra y la dama», el mayor lupanar de la ciudad —responde—. Jóngruf ha insistido y todos hemos estado de acuerdo.

Parpadeo varias veces. Su respuesta se demora en asentarse en mi cabeza.

—¿La jarra y la dama? —reacciono incrédulo—. ¿Para qué iba a querer yo ir a un lupanar?

Avaldur'h ríe otra vez.

—Ya sé que tú y Zynael estáis saciados, pero los demás no tenemos la misma suerte —se excusa—. Estabais de acuerdo hace un rato. Los que no vais a hacer nada, simplemente beberéis y miraréis los bailes. Las humas se mueven muy bien.

—¿Te incluyes en los que *sí* van a hacer algo?

—Si te sorprende por Brenna, descuida, lo sabe —responde, encogiéndose de hombros—. Volveré más tarde con ella, cuando vosotros queráis regresar al castillo.

Estoy a punto de seguir la conversación cuando un sonido me interrumpe: un grito desgarrador a lo lejos, seguido de una oleada de aplausos y . Me detengo. De repente, un aire cargado de violencia raspa mi nariz. La sangre fresca es un aroma recurrente en estas calles, pero esta vez, hay algo distinto. Algo que eriza mi piel.

Frunzo el ceño y me giro en dirección al ruido. Ese hedor metálico y dulce al mismo tiempo me golpea con más fuerza. Respiro hondo, tratando de desentrañar el origen, de seguir el rastro como un depredador al acecho.

—¿Qué haces? —pregunta Avaldur'h, que ha notado mi rigidez repentina.

Empiezo a caminar, guiado por el instinto, por ese latido insistente que

resuena en mi interior. Pero Avaldur'h se adelanta y me bloquea el paso con una mano firme sobre mi pecho.

—No. No vayas. No vale la pena —dice con tono serio, habiendo adivinado a dónde me dirijo—. Hazme caso, por favor. Déjalo.

Lo miro a los ojos y por primera vez en toda la noche, veo una sombra de preocupación en su expresión. Pero no puedo ignorarlo. Algo me llama, algo me arrastra sin remedio hacia ese bullicio exaltado. Mi cuerpo se tensa con la urgencia de saber qué ocurre. Me aparto de Avaldur'h con un movimiento decidido.

—Voy a ir.

—Kal'ladril, no. Por favor.

Pero ya no le escucho. La inquietud ha despertado dentro de mí como una bestia hambrienta. Y si ese hedor es lo que creo, si esa ovación es lo que temo, entonces no pienso quedarme de brazos cruzados.

Avaldur'h vuelve a interponerse en mi camino cuando comienzo a andar. Su mano se cierra sobre mi antebrazo con firmeza, su mirada contiene súplica.

—Déjalo, Kal'ladril. No tienes por qué hacerlo.

Intento soltarme, pero él aprieta con más fuerza, sosteniéndome como un ancla que intenta hundirme en la resignación.

—Muévete.

—No. Esta vez no.

La frustración crece dentro de mí y lo aparto con un empujón. Pero su cabezonería es persistente y vuelve a colocarse delante, agarrándome de nuevo del nudo de mi capa.

—¡Suéltame de una vez! —Vuelvo a empujarle—. ¿A qué le temes tanto? ¿Por qué demonios intentas detenerme?

—Porque no puedes hacer nada —Su voz es baja, áspera—. Porque lo que sea que esté ocurriendo en esa plaza, no es algo que puedas cambiar. Y porque sé lo que pasará si lo intentas.

La presión en mi pecho se intensifica. La impotencia y la ira se mezclan con la sensación cada vez más insistente de que algo está terriblemente mal. No entiendo por qué Avaldur'h está tan desesperado por detenerme,

por qué insiste tanto en que no siga adelante, pero su actitud solo aviva mi determinación.

—Dime qué es lo que está ocurriendo, y deja el misterio de una vez —insisto, dando un paso al frente para pegarme a él, acercando mi frente a la suya en un reto.

Avaldur'h no se aparta.

—No lo entenderías —murmura, con un brillo de desesperación en sus ojos—. No puedes entenderlo.

—¡Hazme entenderlo, entonces!

El bullicio de la plaza vuelve a atizar mis sentidos. Los gritos, las ovaciones, los aplausos, y ese hedor a sangre fresca que ya no puedo ignorar.

Avaldur'h vuelve a agitar la cabeza, negado, y eso solo me enfurece más.

—No es algo que vayas a poder evitar —dice con una calma forzada, como si intentara contenerme con meras palabras—. No te interesa bajar ahí, por favor. Confía en mí. ¿Qué ibas a cambiar ahora? Ya has fallado a tus padres, presentándote allí no vas a conseguir nada además de cabrear a todo el mundo.

Las palabras me golpean como un puño en el estómago.

—¿Ahora te preocupa mi relación con mis padres? —mi voz se endurece.

—¡No! —exclama, nervioso—. ¡No hablo de eso! No puedes hacer nada para cambiar lo que está pasando. Si te metes, si intentas detenerlo, no solo fallarás, también perderás el respeto de todo este reino y de toda la ciudad. No te interesa ver nada, porque no te interesa reaccionar.

Mi enojo no hace más que crecer. Quiero quitarlo de mi camino, quiero golpearle, y quiero arrancarle esa expresión suplicante del rostro. Zynael se da cuenta de la ira que revela la tensión de cada uno de mis músculos, y se interpone entre nosotros antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirme.

—¿De qué demonios hablas, Avaldur'h? —le exige, con el ceño fruncido —. ¿Por qué iba a fallarle a todo el mundo?

—Porque lo conozco —responde él. Su tono es solemne, casi triste—. Va

a intentar evitar algo que realmente es importante para este pueblo. Por eso quería evitarle tener que presenciar este evento. Si he conocido bien algo de Kal'ladril, es que su justicia no entiende de diferencias culturales. Él no va a aceptar lo que está ocurriendo en esa plaza. Ha hecho bien en no ir, porque así no ha tenido que verlo. Esta es una tradición que él no va a tolerar, y quiero que lo amen antes de que pueda gobernarles. Si ahora va y lo detiene, se pondrá en contra a todo el pueblo de Wolftundur.

Mi mandíbula se tensa. Siento mi pulso martilleando en mis sienes.

—Fíjate —Mi voz es un gruñido grave, vibrante de enojo—. Tienes las mismas ideas que mi padre, pero mucho más cobardes.

Y entonces, sin esperar respuesta, sigo adelante. Mis pasos son largos, determinados. Zynael corre tras de mí, y su mano roza mi brazo en un intento de llamar mi atención.

—Kal'ladril, ¿qué hueles? ¿Qué sientes?

No respondo. Lo descubrirá por sí misma en un momento.

Las calles se estrechan mientras descendemos. La piedra húmeda, cubierta por esa capa de nieve cada vez más espesa, resbala bajo nuestras botas. Pero no aminoro el paso. Al final del camino, un arco de piedra negra se alza marcando la entrada a la plaza.

Y finalmente la veo.

La infinita multitud furiosa, vibrante, festiva. Gritando, bebiendo, aplaudiendo.

En el centro, un escenario circular iluminado por cinco hogueras que lo rodean, en honor a cada uno de los dioses humas. En cada una, cuerpos atados a postes arden con llamas que lamen su carne. Tres ya han sido consumidos; dos más gritan pidiendo piedad, no para ser salvados, sino para que el dolor termine pronto. Pero sonríen, como si esto fuera un honor.

El estómago se me revuelve. El aire se siente espeso, pegajoso con el hedor a carne quemada y sangre derramada. Y sobre un gran balcón, con perfectas vistas desde la altitud, veo a mis padres, a Kèstiron, y a Elwë.

Mi hermano. Con la corona de nuestro rey sobre su cabeza.

Al instante adivino el evento que mi padre quería celebrar en familia:

Elwë se ha convertido en rey. Ha sido coronado en este horrible espectáculo de sangre y fuego.

Entonces, la multitud ruge de nuevo.

Desvío mi atención hacia esa figura que es arrastrada al patíbulo central. Pataleando, gritando, suplicando su liberación, asegurando su inocencia.

—¡¡Soltadme!! —exclama con la voz desgarrada, ahogada en llantos de desesperación—. ¡No intenté nada ilegal! ¡El príncipe elfo me dejó entrar!

Mi cuerpo se congela. Esa voz. La reconozco.

La joven humana de piel y ojos bicolores. Aquella que me pidió ayuda para cruzar a Drilembiyr'h. Aquella a quien di un mechón de mi cabello como pase. Artrenis.

Zynael intenta asomar su cabeza, poniéndose muy inquieta tras lo que acaba de escuchar. Pero no consigue distinguir nada. La multitud le tapa la horrible visión que estoy teniendo yo.

Artrenis es empujada contra la piedra, pateada y golpeada como si fuese un simple deshecho. Atan sus muñecas con brusquedad, y la obligan a inclinar la cabeza sobre un bloque manchado de sangre. Un cesto espera a su lado, y en su interior ya hay cuatro cabezas decapitadas.

Quiero correr. Quiero llegar hasta ella. Quiero detener esto. Pero la cantidad insana de gente que hay no me permite avanzar. Y de repente, Avaldur'h vuelve a retenerme.

—Para. No puedes hacer nada —me dice, con la voz rota—. Van a matarla igual.

—Quítate de mi camino.

—Mírame —Intenta agarrar mi cara, forzándome a apartar la vista del centro de la plaza—. En Drilembiyr'h también se ejecuta a la gente, Kal'ladril.

—¿Qué? —gruño—. No te atrevas a compararnos. En mi reino no sacrificamos. En Drilembiyr'h no celebramos las ejecuciones así.

—Pero no estás en tu reino, esto es Wolftundur y estas son sus costumbres —Me sostiene fuerte del brazo—. Esa gente de las hogueras, son sacrificios a los dioses. Sacrificios voluntarios. Y las personas a las que han decapitado, son prófugos de la justicia a los que finalmente han

apresado. No te dejes llevar por la ira. Si lo haces, perderás mucho más que a una simple fugitiva.

La multitud ruge pidiendo sangre. El verdugo se dirige hacia su hacha.

—Esa niña no es nadie para ti. No arriesgues la paz por ella.

—¿¡A esto llamas paz!? —me enervo.

—¡Kal'ladril! —Zynael vuelve a separarnos—, ¿¡qué van a hacerle a la niña!?

El ejecutor se coloca junto a su lugar de oficio. La hoja de su hacha refleja el resplandor de las hogueras. Mientras, otros dos guardias sostienen a Artrenis para evitar que se mueva. Sus gritos desgarrados, suplicando por sus ganas de vivir, siguen penetrando en mis oídos. Se agita en vano, con el rostro empapado en lágrimas, llena de heridas y suciedad. Intenta hablar, intenta rogar, pero el miedo y la presión sobre su garganta la ahogan.

Mi cabeza sobresale entre la multitud. Mis ojos brillan poseídos por la ira, resaltando sobre la oscuridad de mi rostro, oculto bajo la capucha. Mi garganta va cerrándose hasta que apenas puedo respirar. Un nudo de hierro me aprisiona el pecho, y la culpa me golpea como un martillo. «Si yo no la hubiese mandado a avanzar, si yo no le hubiese dado ese maldito pase…, tal vez nunca la habrían encontrado. Tal vez seguiría escondida.

Por mi culpa, van a quitarle la vida».

El vocero sube a la tarima y alza las manos. Su voz es fuerte, llena de una autoridad impuesta por la tradición y la sangre. La multitud calla casi al instante, pero su energía sigue ardiendo ansiosa por el espectáculo.

—¡Escuchad, pueblo de Wolftundur! —proclama—. La niña monstruo, la niña manchada, la niña enferma; la ladrona de tantas casas; la vergüenza de aquellos pobres padres que quisieron una vida normal… ¡Por fin ha sido apresada! Durante años la buscamos, durante años burló a la justicia. Pero al fin, al intentar cruzar ilegalmente nuestras fronteras, fue capturada. ¡Y ahora enfrentará su destino!

El público estalla en vítores. Ríen y aplauden, como si esta atrocidad fuera un festival, como si no estuvieran a punto de matar a una niña. Mi espalda se crispa. Mis músculos se tensan hasta un punto que incluso me

duelen. Mis puños se cierran con tanta fuerza que mis uñas amenazan con perforarme la carne.

—¡La pena es la muerte! —grita el vocero, y la ovación vuelve a estremecer el aire—. ¡Pero elegid, pueblo de Wolftundur! ¿Qué cuerpo será empalado con su cabeza? ¿El de un cerdo, para recordar a todas las mujeres infieles cuál es el final de quien osa pecar? ¿El de un burro, para recordar que la vergüenza hacia la familia jamás se perdona? ¿O el de un zorro, para advertir a todos aquellos que piensen en robar?

El griterío se intensifica. Las voces se mezclan en un caos salvaje. Algunos gritan *cerdo*, otros *burro*, otros solo gritan enardecidos por la sangre, por el poder de decidir el destino de otro ser humano.

Zynael, que se había quedado completamente paralizada con las palabras del portavoz, aprieta sus puños con completa rabia.

—Zynael, por favor —le pide Avaldur'h, dándose cuenta de la ira que también ha poseído a la mestiza—. Necesito que me escuchéis. Sé que esto es una locura, pero tenéis que dejarlo estar igual que habéis logrado ignorar las demás torturas. Esa niña no es especial, no la toméis como algo personal.

Los gritos y las peticiones continúan. Y siguiendo con ellas, un cerdo es arrastrado al escenario. El animal grita e intenta escapar, pero es golpeado y tratado con una brutalidad tan salvaje que hasta me veo obligado a dejar de mirar.

Mi estómago se revuelve. Quiero vomitar. Quiero arrancarme esta piel y olvidar que formo parte del mismo mundo que ellos.

—Zalèüh —La voz de Avaldur'h es un murmullo insistente a mi lado. Su mano vuelve a sujetarme el brazo, en un gesto casi suplicante— . No te metas. Aún no. Confía en mí, acabarás con esta atroz barbaridad cuando llegue el momento.

Pero ya no le escucho. No puedo. La rabia me consume desde dentro, como una sombra oscura que me cubre los huesos.

Una piedra vuela de entre la multitud y golpea la cara de Artrenis. Los ojos de la niña vuelven a llorar, buscando un poco de piedad, buscando a cualquiera que le pueda ayudar. Pero en cambio, solo recibe otra pedrada.

El verdugo levanta el hacha por completo.

—Kal'ladril —Zynael se dirige a mí con rotundidad—. Se acabó.

Ahora.

Mi impulso reacciona antes de que mi mente lo decida.

En lo que dura un solo parpadeo, un latido, mi cuerpo da lugar al increíble jalaion'h. La rubia lanza una llamarada de fuego hacia delante, abriéndome camino, incendiando a una cantidad incontable de humas que salen corriendo con terror, gritando de dolor. El rugido que se escapa de mi garganta es un trueno que rasga el cielo.

Y corro.

Me abro paso entre la multitud como una sombra viviente. Derribo a docenas, arrastro cuerpos con mis zarpas y mi tamaño. Me rodean cientos de gritos desesperados; cuerpos tirados por el suelo, pisoteados.

Pero no me detengo. No puedo detenerme.

Y cuando por fin llego…, es tarde.

El filo ya ha descendido. La cabeza de Artrenis rueda por el patíbulo. Su sangre brota caliente y oscura, bañando la piedra de ese cruel sacrificio.

Sin embargo ya no hay ovación, solo chillidos de pánico.

Algo dentro de mí estalla.

Mis fauces se abren y me lanzo sobre el verdugo. No le doy siquiera la oportunidad de gritar. Su cabeza desaparece de su cuerpo con un simple chasquido, al cerrar mi mandíbula a su alrededor. Lo mastico con asco, escupiendo sus trozos con desprecio.

Varios soldados de Wolftundur comienzan a rodearme, ridículamente valientes, pretendiendo amedrentarme. Pero no son rivales para mí, y uno a uno, caen despedazados y destrozados.

La sangre empapa el suelo y chorrea entre las maderas del escenario. El olor a muerte se mezcla con el de la carne quemada de las hogueras. Y, por primera vez, respiro hondo. Sintiéndolo. Dejando que me impregne. Que se mezcle con mi rabia.

Alzo la vista hacia el balcón de la nobleza.

Mi familia me observa, sabiendo que es su hijo quien está bajo la piel de

esta bestia. Mi madre cubre su boca, manteniendo los ojos muy abiertos; mi padre está petrificado; y mi hermano, con la corona de rey sobre su cabeza, está completamente pálido.

Saben quién es ese animal, pero no parecen reconocer el alma del sygära que lo maneja. Me ven, pero no me encuentran.

Gruño con toda mi rabia hacia Kèstiron, que enseguida se gira y huye hacia al interior del edificio oficial, desapareciendo como un cobarde. Como el débil que siempre ha sido. La ira que siento me provoca un ardor terrible en el pecho.

La plaza comienza a vaciarse entre gritos de terror. Me fijo en mis amigos. Thaeón tira del brazo de Zynael, obligándole a marcharse para perderse entre el gentío que escapa despavorido. Quiere protegerla, que nadie sepa que ella ha sido la causante de la magia que ha incinerado a una multitud de espectadores. Pero la elfa lo rechaza. Sus ojos grises siguen fijos en mí, negándose a marcharse si no me voy con ellos.

Así que vuelvo a rugir, esta vez hacia ella.

La rubia duda, pensando en cómo interpretar mi advertencia. Hasta que, finalmente, cede a la petición de Thaeón y sale corriendo con los demás hacia un callejón.

Me quedo solo con mis padres. Siento sus miradas clavadas en mí. Su decepción, su miedo, su incredulidad. Acaban de verme devorar a un humano hasta triturarlo. Han sido testigos de cómo he masacrado a varios soldados, y todo para salvar a una niña de la misma raza que mis víctimas.

A pesar de que con los humas siempre han sentido enemistad, no entienden la reacción que acaban de presenciar. Aunque han sido los únicos sorprendidos conscientes de la verdadera identidad de este animal, no parecen reconocerme.

Pero una vez más, me da igual.

Les doy la espalda y salgo corriendo, volviendo a adentrarme en la ciudad para ocultarme entre sus sombras. La gente intenta esquivarme y huirme, aterrorizada. Se meten en casas que no les pertenecen, se empujan, lloran, y me suplican piedad. Pero ni siquiera les presto atención. Solo quiero perderme.

Sigo acelerando, zigzagueando por este laberinto de calles, buscando la soledad. Hasta que finalmente llego a un barrio prácticamente abandonado, y me adentro en el callejón más estrecho que encuentro.

El cuerpo de mi jalaion'h apenas puede avanzar sin rozarse. Alcanzo ese final donde ya no hay salida y me desplomo. El rugido que sale de mi garganta es pura furia e impotencia, pero también duelo. Por primera vez, mi razón no batalla contra el animal salvaje que la quiere dominar. Ambos han encontrado un objetivo en común. Es como si dos personalidades completamente diferentes, se uniesen dentro de un mismo cuerpo.

Y entonces, agotado y destrozado, vuelvo a tomar mi forma habitual.

Miro mi piel cuando vuelve a aparecer, manchada con la sangre y los restos de ese cochambroso puré del jalaion'h al que acabo de dejar atrás. Estoy completamente desnudo, tendido sobre el cadáver descompuesto y triturado de mi lado animal. Pero no siento asco por ello, sino por lo que acaba de pasar.

Mis manos tiemblan de impotencia. Acabo de comerme a un humano, y he desmembrado a otros cuantos. Despreciables, sí. Pero jamás había llegado a tanto. Y esa chica, aquella niña a la que creí haber salvado de una vida miserable, ha sido decapitada en una plaza por haber intentado cruzar a la tierra a la que yo mismo le invité.

Algo en mi interior vuelve a quebrarse otra vez. Me siento un monstruo, y lo peor de todo, es que a pesar de ello no logro arrepentirme. De hecho, la rabia hacia mis padres no deja de crecer. El recuerdo de verlos tan orgullosos en ese balcón junto a ese malnacido, presenciando un evento tan despreciable, no deja de enfermarme. El comprobar que han decidido realizar un acto tan importante como la nueva coronación, en una festividad tan infame, sigue repugnándome.

Mis ganas de salvar a todo Elthymeron se tambalean. Por primera vez, siento que la leyenda del sygära que debía ser comienza a desaparecer.



CAPÍTULO 8
SALVAJE

Zynael
12

Las paredes de la habitación parecen cerrarse a mi alrededor, incluso siento que me falta la respiración. Estamos de vuelta en el castillo, en mi alcoba, nuestra alcoba, la que comparto con Kal'ladril y ya varias veces nos ha visto fundirnos juntos. Pero no sabemos dónde está él. Aun no entiendo por qué hemos tenido que huir, y me desespera pensar en lo que habrá podido pasar después.

Lo hemos dejado solo. Solo con aquella pesadilla.

La incertidumbre me carcome, me muerden los nervios y me lleno de furia.

Camino de un lado a otro, sin rumbo. Mi pulso es errático, mi pecho sube y baja demasiado rápido, como si no pudiera meter suficiente aire en mis pulmones. Y no importa lo que haga para tranquilizarme, porque no logro contener lo que siento.

Con un grito ahogado, agarro una de las jarras de agua sobre la mesa y la estrello contra la pared. El sonido del barro rompiéndose en mil pedazos resuena en la habitación. Idril da un respingo, Jóngruf levanta la vista por primera vez y Thaeón avanza hacia mí con cautela.

—Eh, fierecilla… —lo intenta.

—¡No puedo con esto! —grito al aire, llevándome las manos a la cabeza.

La impotencia me está devorando, y me quema por dentro como fuego vivo. Me giro, y de un manotazo derribo todos los libros que hay sobre una estantería, haciéndolos caer al suelo en un revoltijo de papel desordenado.

Mi corazón está tan agitado, que hasta el pulso me retumba en los oídos.

—¡Los odio! ¡Los odio a todos! —Escupo con rabia, golpeando con el puño cerrado la madera de la mesa—. ¡Su propia familia! ¡SU PROPIA MALDITA FAMILIA!

—Zynael —La voz de Thaeón suena detrás de mí, grave y tranquila.

—No —le interrumpo bruscamente, dándome la vuelta para mirarle—. No me digas que me calme, Thaeón. No me pidas eso ahora.

—Pero estás perdiendo el control —Se acerca un paso más, observándome con esos ojos negros que me transmiten tanta paz—. No sabemos nada sobre lo que ha pasado después, pero sabemos cómo es. Y eso es suficiente para estar seguros de que estará bien.

Lo miro con incredulidad, sintiendo un ardor en el pecho que amenaza con explotar.

—¡¿Bien?! ¡¿Cómo mierdas va a estar bien?! —mi voz se eleva sin que yo pueda evitarlo—. ¡¿Acaso no has visto lo que ha pasado?! ¡Han decapitado a una niña a la que quisimos ayudar, por la idea que él mismo le dio! ¡Sus padres, SUS MALDITOS PADRES, estaban ahí disfrutando de ese *espectáculo* junto al malnacido de Kèstiron! ¡Y se han quedado mirándolo con decepción, como si lo lamentable fuese la ira que ha demostrado, y no fuesen ellos los que lo han causado!

Thaeón tensa la mandíbula. Es evidente que no quiere vacilar, pero su silencio acaba de darme la razón.

—¡Hemos huido, dejándolo destrozado en medio de todo! ¡Y él…! ¡Él…! —No puedo acabar la frase. Me falta el aire.

Aprieto los dientes, sintiendo el ardor en mis ojos. Estoy furiosa. Estoy asqueada. Doy un empujón a la silla más cercana, haciéndola caer de lado con un golpe seco. Salgo al balcón y comienzo a gritar, necesitando descargar mi rabia. El cielo encapotado comienza a llenarse de rayos, que

caen sin control en varias partes de la ciudad.

—¡Zynael! —exclama Thaeón, agarrándome por los hombros para obligarme a girarme hacia él—. ¡Basta ya!

Mi mirada lo fulmina.

—No te atrevas a tocarme—le advierto con la voz quebrada—. No te recomiendo tocarme ahora —Mis puños se encienden en llamas.

—¡¿O qué?! —Sus ojos me observan con intensidad, pretendiendo llegar a mi alma—. ¡Estás completamente desbocada! ¿No lo ves? ¡Lanzar tu magia sin ningún tipo de control, no va a ayudarnos en nada!

—¡¿Y qué propones que haga?! —le desafío—. ¿Que me siente a esperar? ¿Que finja que todo está bien? ¡No estoy bien, Thaeón! ¡No estoy para nada bien!

—¡Lo sé! —admite. Su mirada brilla frente a mí—. Y también sé que Kal'ladril no querría verte perdiendo los nervios de esta manera. Debes aprender a controlar tu ira, y sobre todo tu magia.

—¡Ni se te ocurra hablar por él! —le espeto de repente, mirándolo con furia—. ¡Tú no entiendes lo que siento en estos momentos! ¡Verle de esa forma, tan destrozado y descontrolado, me ha matado por dentro!

—¡Claro que te entiendo! ¡Sé lo que es ver a quien amas fuera de control! —replica, molestándose por primera vez—. ¡Te estoy viendo a ti así en estos momentos!

Respiro hondo, quedándome sin habla ante su contestación. Idril corre hacia nosotros y se mete entre los dos.

—¡Basta! ¡Los dos! —Nos mira a ambos con los ojos llenos de lágrimas —. ¡Solo me faltaba que ahora discutáis entre vosotros! ¡Tenemos que pensar en cómo ayudar a Kal'ladril! ¡Ponernos a gritar no nos va a llevar a ningún lugar!

Aprieto los puños y vuelvo a caminar por la habitación, intentando contener mi desesperación. Idril y Thaeón tienen razón. Pero de repente, mi ira parece querer buscar un nuevo objetivo. Y Avaldur'h está demasiado callado. Su actitud inquebrantable me exaspera de nuevo.

—Venga —Me acerco a él, alzando mi barbilla con actitud—. Dilo. Te escucho. Dime que lo sabías, que nos lo advertiste. Dime que sabías que

esto iba a pasar y que has intentado evitarlo.

Avaldur'h ni siquiera parpadea. Su expresión sigue siendo la misma de siempre, seria y meditabunda.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Acaso eso te haría sentir mejor? — responde, con voz tranquila—. No me importa quién tenía o no la razón. No sé dónde está Kal'ladril, y eso es lo único que me preocupa.

Su compostura me enfurece aún más. Pero al mismo tiempo, algo dentro de mí se desmorona.

—¡Eres un maldito idiota! —le grito, acercándome a él—. ¡Podrías haber sido completamente claro desde el principio! ¡Sabías muy bien lo que estaban celebrando!

—¡Lo intentó, Zynael! —exclama Jóngruf, metiéndose también—

. ¡Varias veces!

Mi labio tiembla. Siento que me ahogo en mi propia desesperación. —¡¡Que paréis de una vez!! —Llora Idril—. ¡Dejad de discutir!

¡Kal'ladril es lo único que importa ahora mismo!

Varios golpes repentinos en la puerta nos sobresaltan.

Todos nos tensamos de inmediato, más de lo que ya lo estábamos.

—Rápido, escóndete —susurro a Avaldur'h con urgencia—. Nadie de su familia puede verte.

Avaldur'h mira a nuestro alrededor, tratando de elegir un lugar.

—Aquí. Bajo de la cama —propone Thaeón—. No es un lugar en el que un rey se suela asomar.

Avaldur'h e queda en silencio un instante, y aunque parece ofendido, termina obedeciendo. Se desliza bajo la cama justo cuando los golpes vuelven a sonar, esta vez con más insistencia.

—¡Voy! —exclamo sin ocultar mi enfado, con el pulso acelerado.

Abro la puerta con cautela y, para mi sorpresa, no es el rey quien está allí. Es Dai-sha. Su mirada azul-morada está cargada de urgencia, su respiración agitada. No espera invitación para entrar, sino que cruza el umbral rápidamente.

—Cierra la puerta —exige—. Con pestillo.

—Descuida —gruño mientras obedezco—. No tenía intención de dejarla abierta.

El aire en la habitación se vuelve aún más pesado. Dai-sha revolotea su mirada por cada rincón, recorriendo los rostros de todos con una urgencia palpable. Sus labios están apretados y sus puños se cierran tensos a cada lado de su cuerpo. La desesperación en su rostro es un puñal que me atraviesa. Si él está así, entonces es que la situación es incluso peor de lo que imaginábamos.

—¿Dónde está Kal'ladril? —su voz es un látigo que corta el aire, cruda y sin contención—. ¿Qué ha pasado?

Mis labios se abren para responder, pero me detengo. Solo me cruzo de brazos y lo miro en silencio. Dai-sha avanza un paso hacia mí.

—¡Zynael, dime algo! —insiste—. ¿Dónde demonios está?

—Si lo supiera, yo no estaría aquí —respondo con frialdad, sin ceder a su exigencia.

El hechicero exhala con fuerza y se pasa una mano por su cabello rizado, claramente al borde de un ataque de nervios.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto, con un tono ligeramente atacante—. ¿O es que Karanthir y tu expareja, el nuevo rey, te lo han contado?

Dai-sha me fulmina con la mirada.

—¡No ha hecho falta! —escupe, ofendido—. Nadie sabe que se trata de Kal'ladril, pero todos los guardias de Wolftundur están hablando de lo que ha pasado en la plaza. Todo el reino está preocupado por la inmensa bestia negra que se ha colado en su ciudad, y ha devorado a varios de los suyos.

—Ha devorado a uno —le corrijo—, y ha triturado a los demás.

—¡¿Dónde está?! —me grita.

—¡No lo sé! ¡Nadie lo sabe! —respondo de la misma manera.

Respira hondo y se da la vuelta, obligándose a mantener las formas.

—Estoy preocupado por él… —murmura, bajando el tono—. Necesito saber qué ha ocurrido exactamente. Vosotros estabais ahí, ¿no? Imagino que Kal'ladril no se ha ausentado del evento para irse en solitario a cualquier lugar, y presentarse en la plaza cuando todo ya estaba a punto de

acabar.

—Imaginas bien —Me cruzo de brazos—. ¿Estás seguro de que nadie sabe que se trataba de Kal'ladril? ¿Ni siquiera Kèstiron?

—¿Por qué iban a pensar que era él? —contesta al instante—.

Nadie por aquí conoce esa versión de Kal'ladril.

Algo en mi interior siente un ligero alivio.

—¿Y Karanthir? —le interrogo, acercándome más—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Precisamente por eso he venido a preguntaros dónde está Kal'ladril —Sus nervios vuelven a dispararse—. Debemos encontrarlo antes que él.

—¿Y quién me dice que no estás aquí para sacarnos información y pasársela a Karanthir tú mismo? —Mi planteamiento, suena más bien como una acusación—. Tú siempre sabes más de lo que dices, y con el rey de Drilembiyr'h te llevas demasiado bien.

Dai-sha abre los ojos, sorprendido y dañado por mi forma de incriminarle.

—¿Por qué debo creerte, Dai-sha? —insisto.

—¡Porque se trata de Kal'ladril! —Golpea con la palma abierta la pared más cercana—. ¿Crees que Karanthir o cualquier otra persona pueden importarme más que él? Mi relación con el rey de Drilembiyr'h siempre ha sido puro interés, ambición. ¡Pero lo que siento por Kal'ladril es amor! ¡Quiero de verdad a ese elfo peliblanco, y quiero encontrarlo porque me preocupa cómo pueda estar ahora mismo!

Thaeón llega a mi lado, mirando a Dai-sha con verdadero interés. Realmente parece necesitar escucharlo.

—¿Por qué dudas tanto de mí? Por tu culpa, mi mejor amigo también ha perdido toda su confianza —De nuevo, el hechicero se esfuerza en mantener su tono de voz a raya, procurando no volver a gritar. No por no ofenderme, sino para guardar la conversación dentro de la habitación—. Le comes la cabeza y haces que la pierda, y no me refiero en el buen sentido. Si yo hubiese estado en esa plaza, le habría ayudado a mantener la templanza.

—Ni se te ocurra volver a culparme —Mi mirada lo perfora—. Tu *mejor*

amigo tiene la cabeza más clara que nunca, y por fin está mirando por sí mismo. Si ahora ha cambiado contigo, el problema es tuyo, no mío.

Dai-sha está a punto de responderme, cuando Thaeón se interpone entre nosotros dos. Sus ojos negros se clavan en los del hechicero con severidad.

—Creo que estás tocando un tema que no tienes derecho a tocar —parece advertirle—. Si yo fuese tú, me centraría en lo único importante y dejaría de intentar buscar culpables a tus recientes enfrentamientos con Kal'ladril. Si tan preocupado estás por él, entonces deja de atacar y ayúdanos a encontrarle.

—¿Y qué demonios significa eso? —gruñe Dai-sha—. ¿Estás intentando amenazarme con algo, aldeano?

—En absoluto —contesta Thaeón con calma—. Aunque no comparta muchísimas cosas contigo, hechicero, te respeto. A ti y a tu labor. Entiendo que debes estar en una posición complicada, pero tú también tienes que comprender su desconfianza.

—Pues la verdad es que no —su voz se vuelve más afilada—. Porque estáis desconfiando de mi lealtad a Kal'ladril, de mi amor hacia él.

—Nadie duda de tus sentimientos, Dai-sha. Dudo de tus intenciones —explico.

—¡Por todos los demonios, Zynael! —Dai-sha deja escapar un gruñido de frustración—. ¿Cómo puedes ser tan obstinada? ¿Qué intenciones voy a tener? ¡Estoy aquí porque estoy igual de desesperado que vosotros!

—Puedo ser mucho más terca —murmuro con desdén—, créeme.

—¡Basta ya los dos! —interrumpe Idril de nuevo—. ¿¡Por qué estamos perdiendo el tiempo aquí discutiendo en lugar de salir a buscarlo?!

—Idril tiene razón —dice Jóngruf, cruzándose de brazos—. En vez de acusarnos, deberíamos pensar en qué hacer. Apuesto a que Karanthir ya ha mandado al Ejército Dorado para que barra las calles y encuentre a Kal'ladril. Deberíamos salir y hacer lo mismo.

—¿Qué te hace pensar que está en la ciudad? —Resoplo. Los nervios vuelven a apoderarse de mi interior—. Puede haber salido, haberse ido al bosque… Joder. Si no nos hubiésemos marchado, si nos hubiésemos

quedado con él.

—Pero no lo hemos hecho, Zynael —De repente Avaldur'h abandona su escondite, arrastrándose fuera de la cama.

Dai-sha bufa, su respiración continúa entrecortada. Parece abrir la boca para quejarse de la repentina presencia del norteño, cuando un sonido extraño le interrumpe. Un jadeo, un sollozo sofocado. Y entonces se desploma sobre una silla, llorando completamente destrozado, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡No puedo más! —su voz se quiebra en mil pedazos—. ¡Todo esto es demasiado para mí! ¡Kal'ladril es mi amigo! ¡Mi hermano! ¡Literalmente, mi vida entera! —Su cuerpo tiembla, liberando todo ese dolor que la distancia con el sygära le ha estado provocando—. ¡He estado a su lado siempre! ¡Jamás imaginé que llegaríamos a estar así!

El peso de su angustia llena la habitación como una tormenta. Nadie habla. Nadie se mueve. Sus lágrimas se derraman sobre sus manos. Su respiración es un desastre de jadeos entrecortados. Avaldur'h toma aire y se coloca a mi lado, manteniendo sus ojos en el hechicero. Su semblante es serio, pero su forma de tragar saliva me revela que, en lo más profundo de su corazón, está empatizando con él.

Dai-sha continúa llorando en la silla, con los codos apoyados en sus rodillas y el rostro oculto entre sus dedos. Su cuerpo entero se sacude por el peso de la angustia. Su voz es un murmullo apenas audible, dirigiéndose más a sí mismo que a nosotros.

—Kal'ladril… —murmura moqueando—. Maldita sea… No puedo… No puedo soportarlo. Necesito saber dónde está, necesito saber que está bien —Levanta la cabeza y sus ojos enrojecidos se clavan en mí, llenos de una desesperación que me retuerce el estómago—. Debería haber estado con él. Debería haber estado ayudándole. ¿Por qué no me avisasteis de lo que ibais a hacer? ¿Por qué insistís en apartarme?

¿Y si…? —Se muerde los labios, incapaz de terminar la frase.

Aprieta los puños con fuerza. Sus uñas se clavan en sus palmas.

—Me duele el corazón y me duele el alma… ¿Por qué se ha distanciado tanto? Ya no confía en mí, ya no me deja ayudarle —se lamenta. Y su forma de mirarme parece seguir culpándome—. Ha devorado a un hombre.

Nunca antes había hecho algo así. Él jamás habría querido hacer algo semejante… —Sacude la cabeza, como si alejara un pensamiento que le resulta insoportable—. Debe estar odiándose a sí mismo en este instante. Lo sé. Lo sé porque lo conozco mejor que nadie. Y me duele no poder estar a su lado. Necesito poder recordarle que me tiene para todo, que no está solo.

Avaldur'h da un paso adelante. Su postura serena es un gran contraste con la tempestad de Dai-sha.

—Por supuesto que debe sentirse mal. ¿Cómo no iba a hacerlo? — habla el alquimista con calma—. Pero debes entender que esto es normal. No su acto en sí, sino la situación. Kal'ladril ha cambiado. Su poder ha crecido muchísimo. Incluso desde que lo conozco, ha habido una diferencia abismal —Pausa un momento, mirando a Dai-sha directamente a los ojos —. Y ahora más que nunca necesita aprender a controlar su razón.

Dai-sha moquea y mantiene su atención en el norteño, necesitando escucharle.

—Su *don*, o *maldición*, ha evolucionado demasiado en muy poco tiempo. Cualquier pico de emoción extrema en su forma habitual puede llevarle a perder completamente el control de su transformación y de los actos que esta desemboque. No solo la ira es peligrosa, también lo es el miedo, la tristeza… e incluso la pasión —La mirada de Avaldur'h se ensombrece—. Es la cara oculta de un gran poder. Cuanto más fuerte sea, más deberá aprender a contenerse y más estable deberán ser sus emociones.

—¿Qué estás diciendo? —gruño, cruzándome de brazos—. ¿Pretendes echarle la culpa a Kal'ladril de lo que ha pasado? Por primera vez en su vida, no tiene miedo de expresar sus sentimientos. Eso no es algo malo.

—Yo mismo le he dicho alguna vez que no reprima sus pensamientos, jamás lo culparé por haber empezado a ser él —asegura Avaldur'h—. Pero su poder ha crecido demasiado, y en algún momento dejará de ser compatible con esta nueva impulsividad.

—Es decir, que la solución a todo esto es que vuelva a ser inalterable, ¿no? —vuelvo a enfadarme—. Ahora su maldición va a obligarle a ser el mismo sygära impasible e indiferente que era antes. ¿Es eso lo que

insinúas?

—No lo sé, puede ser —Agita su cabeza—. Son meras observaciones y suposiciones. Tal vez, deberíamos empezar a darle la razón y dejar de llamarlo don.

No me convence, pero dejo el tema de lado. No quiero indagar o discutir más. Ahora mismo lo único que necesito es encontrarlo.

—Tenemos que salir a buscarlo —digo con decisión, girándome hacia la puerta—. Tal vez si nos separamos, podamos…

De repente, un ruido sordo me interrumpe. Un golpe seco se escucha en el balcón.

Salgo disparada a ese lugar donde le confesé mi amor, y entonces lo veo.

Kal'ladril está tendido en el suelo, con las garras y las piernas transformadas, y esas raíces negras que le aparecen en esta forma. Su cuerpo está magullado, sus uñas rotas, y su piel rasgada y ensangrentada. Respira entrecortado, y parece realmente derrotado.

—¡Kal'ladril! —Me lanzo al suelo sin darme más tiempo para pensar, necesitando llegar junto a él para ayudarle. Pero cuando intento tocarle… —. ¡Por Sauthriel! —Retrocedo bruscamente, mis manos notan su ardor al instante.

Está hirviendo. Su cuerpo desprende un calor insoportable, igual que un hierro candente. La nieve a su alrededor suelta vapor, fundiéndose con el contraste de su temperatura exterior.

Los demás salen al balcón acelerados, desesperados, necesitando comprobar por ellos mismos si realmente el peliblanco está aquí.

—¡Kal'ladril, por los dioses! ¡¿Cómo has llegado hasta aquí?! — exclama Dai-sha, arrodillándose a su lado. Y enseguida grita, porque ni siquiera es capaz de tocarlo.

Idril llora y se arrastra junto al hechicero, pero su reacción es la misma. Cuando su mano intenta acercarse a él, el quemazón es tan intenso que incluso parece provocarle ampollas en la piel.

—¡¿Qué le pasa?! ¡¿Esto es fiebre?! —Los ojos amielados de mi amiga me miran a mí, y después a Avaldur'h, como si nosotros tuviésemos la respuesta—. ¡Quema! ¡Literalmente!

Avaldur’h frunce el ceño y se acerca a Kal’ladril, que sigue tendido en el suelo tratando de retomar el control de su agitada respiración. Ni siquiera necesita acercar la mano. El cuerpo del sureño desprende el mismo calor de una fogata.

Lo intento de nuevo y, lentamente, comienzo a acercar mi mano a su mejilla. Cuando mis dedos rozan su piel por primera vez, mi tacto parece fusionarse con él. Ni siquiera en los momentos en los que manejo el fuego, siento un ardor tan intenso. Pero, aunque resulte extraña y novedosa la sensación de quemarme, no llega a disgustarme.

Idril y Dai-sha se hacen a un lado, permitiéndome todo el espacio tras comprobar que yo sí puedo tocarle.

—Kal’ladril… —susurro, necesitando escuchar su voz para asegurarme de que está bien—. ¿Me oyes? Dime si me oyes, por favor.

Kal’ladril suspira con agotamiento y, muy despacio, comienza a asentir. De repente, su cabello, sus brazos y sus piernas se transforman de nuevo, volviendo a su forma original. Los restos de esa versión híbrida del sygära y el animal, quedan esparcidos por el suelo como si fuesen restos de carne podrida, dando paso a su cuerpo desnudo.

Los copos de nieve no dejan de caer, y se deshacen tan pronto tocan su piel.

—Tengo que entrarlo a la habitación —Mascullo en voz alta—. Aquí va a enfermar.

Coloco el brazo de Kal’ladril sobre mis hombros, cierro los dientes con fuerza y lo cargo sobre mi espalda para volver a ponerlo en pie. Sus piernas se tambalean al principio, pero finalmente se sostienen. Los demás intentan ayudarnos como pueden, despejándonos el camino, hasta que finalmente llegamos a la cama.

Kal’ladril se deja caer en el colchón, quedándose sentado en el borde, y expira como si el hecho de andar hasta aquí hubiese consumido toda su energía.

—¡Traedme algo para que pueda limpiarlo! —les pido a los demás—. ¡Una toalla!

Idril obedece al instante y corre hacia la zona donde se encuentra la tina,

agarrando una de las toallas de algodón. Me la cede acelerada, y yo utilizo mi magia para empaparla. Lentamente y con mucho cuidado, comienzo a frotar las manchas marronuzcas de su piel. Parecen sangre, o barro, o tal vez una mezcla de ambos.

—Kal'ladril… —mi voz es apenas un susurro. Mis ojos se fijan en los suyos, necesitando ver algún tipo de reacción en él—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has subido hasta el balcón? ¿Has escalado?

Con un esfuerzo titánico, asiente.

—¿Cómo demonios…? —Thaeón está tan sorprendido como yo, y como todo el resto del grupo—. ¿Has escalado usando las garras? Es… imposible.

Dai-sha se queda paralizado, observando con preocupación a su mejor amigo.

—Ya lo hizo en Zandoorbrock —apunta Avaldur'h, recordando aquella hazaña.

—¡Pero este castillo es mucho más alto que aquella muralla! — exclama Jóngruf.

—Desde luego se ha superado, una vez más —El norteño parece realmente impresionado.

—No… —intenta murmurar Kal'ladril, permitiéndonos escuchar su voz por primera vez, manteniendo un tono bajo y ronco—. No quería arriesgarme a cruzarme con nadie… Solo necesitaba verla a ella.

Entonces su mirada dorada, ardiente y febril, se clava en la mía como un ancla. Y como si el hecho de poder observarme fuese magia para él, al instante parece tranquilizarse.

Quiere tocarme. Lo veo en sus ojos. Pero duda.

—Puedes hacerlo —murmuro, sonriendo para calmarle—. No me harás daño.

Vacila por un segundo, pero enseguida parece decidirse lanzado por su necesidad de acariciarme. Levanta una mano y, muy despacio, comienza a rozar mi rostro con la punta de sus dedos. Su calor es abrasador, pero no me aparto. Y entonces, sin previo aviso, agarra mi cabeza entre sus manos y me besa.

Su boca está más caliente que nunca, como si cada parte de él ardiera

desde dentro. Es una sensación intensa, como un incendio devorándolo todo. Su lengua quema cuando se encuentra con la mía. Pero lo disfruto, inmensamente, y mis brazos lo aferran con fuerza, necesitando asegurarme de que está conmigo de verdad.

Todos en la habitación desaparecen. No importa nada a nuestro alrededor, solo nosotros dos y este beso que ambos tanto parecíamos necesitar.

Cuando finalmente nos separamos, sus ojos brillan con una mezcla de angustia y rendición.

—Enana… —susurra con voz rota—. ¿Qué he hecho? ¿En qué me he convertido?



Zynael
13

Mi alma se desmorona al escucharle. Hay un dolor tan profundo en su voz, una angustia tan desgarradora, que por un momento siento que apenas puedo respirar. Es como si estuviera frente a un hombre que ya no logra reconocerse a sí mismo, como si se considerase un completo desconocido.

Verle así, tan roto y tan destruido, tan dolido, me resulta insoportable.

Me acerco lentamente, arrodillada frente a él, y deslizo mis dedos por su mejilla acariciándolo con todo el amor que le tengo. Sin pensarlo dos veces, lo abrazo, envolviendo su cuerpo entre mis brazos, apretándolo contra mí como si así pudiera sostener sus pedazos antes de que terminen de desmoronarse por completo.

—No te has convertido en nada que no hayas sido siempre — susurro contra su piel, aún ardiente—. Sigues siendo el mismo hombre al que admiro, y sigues teniendo más valores de los que acumula todo este reino. No eres un monstruo, Kal'ladril. Ya te lo dije una vez, y lo mantengo.

Su cuerpo tiembla bajo mis manos, y deja escapar un suspiro quebrado. Me aferro a él, esperando que mi contacto pueda calmarlo de alguna forma. Pero cuando vuelve a hablar, su voz está cargada de tormento.

—Zynael… He arrancado una vida con mis propios dientes. Me he comido a un hombre. He triturado sus huesos y me he tragado su carne. Y lo peor de todo es que no me siento arrepentido —Hace una pausa, pareciendo querer buscar en su conciencia—. No lamento nada, ni siquiera el terror que he causado en esas personas inocentes.

Mis labios se entreabren, pero no consigo decir nada.

—Por primera vez en mi vida, siento que mi propia justicia es más importante que toda esta gente —Sus manos sostienen mis hombros y me aparta cortando nuestro abrazo, volviendo a mirarme a los ojos—. Empiezo a detestar este mundo al que tengo que defender. Siento rabia, mucha rabia. Por haber estado cegado, por no haber reaccionado antes, y por haberme contenido durante tanto tiempo. Me enfada sentir que casi llegué a ser el títere que todos querían que fuese.

Me estremezco. Mi corazón se queda congelado.

—Kal'ladril… —intento decir algo, pero él me interrumpe.

—¿Sabes qué es lo único que me mantiene estable? ¿La única razón por la que pienso seguir luchando? —Su mirada se mantiene en la mía con una intensidad brutal—. Eres tú. Tú y tu amor incondicional por este continente.

El aire se me queda atrapado en los pulmones. Mi sangre deja de circular.

—Lo único que me importa es no decepcionarte —Su expresión se endurece—. Lo mandaría todo a la mierda si no fuese por ti, porque eres la única que mantiene intacta su confianza en mí. Así que, Zynael, mírame a los ojos y dime que no has sentido miedo al verme. Mírame a los ojos y dime si sigues admirándome, dime si sigues respetándome.

No dudo. Me inclino y lo beso de nuevo, con la misma intensidad de nuestra primera vez, sumando la pasión de todo el sentimiento que guardo hacia él. Nuestros labios vuelven a unirse en un baile que nos deja sin aliento.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya y asiento.

—No hay nada ni nadie en este mundo que vaya a cambiar eso.

Cierra los ojos con alivio, como si el hecho de pensar que había podido decepcionarme, le hubiese estado torturando como un castigo.

El silencio vuelve a apoderarse de la habitación. Ninguno de nuestros amigos parece atreverse a interrumpirnos, hasta que de repente Dai-sha intenta acercarse a Kal'ladril. El peliblanco gira su rostro hacia él, y al instante su expresión se vuelve de nuevo fría.

—Yo también mantengo intacta mi confianza hacia ti, aunque no sé si tú

puedes decir lo mismo sobre mí —murmura el hechicero, necesitando aprovechar el momento para sacar ese tema que tanto parece dolerle.

—No quiero escuchar sermones —advierte Kal'ladril con la voz cortante.

Dai-sha ignora la advertencia y sigue acercándose con precaución.

—Kal'ladril… —su voz es baja, casi temerosa—. No quiero alejarme de ti. No puedo. No soporto pensar que esta distancia pueda seguir creciendo todavía más —Sus ojos se ven tristes, llenos de pesar— . Ya no sé qué he hecho bien o qué he hecho mal, pero necesito que sepas que sigo aquí. Te quiero muchísimo, eres lo único que me importa en esta vida. Significas todo para mí.

Kal'ladril aprieta la mandíbula. Lo observa en silencio por un largo instante, como si midiera el peso de cada una de sus palabras. Me fijo en ambos. Hay una barrera firme entre ellos, pero realmente creo que Daisha está siendo sincero.

—Él lo ha pasado realmente mal —empiezo a hablar, necesitando contarle a Kal'ladril lo que hemos vivido—. Todos, en realidad. Estábamos muy preocupados por ti. Dai-sha se ha enterado de lo sucedido porque los soldados de Wolftundur estaban hablando sobre esa *bestia negra*, y ha venido enseguida a intentar encontrar respuestas.

Kal'ladril vuelve a mirarme. Siento su tensión relajándose al instante.

—Nadie sabe que ese animal eras tú, pero yo lo he supuesto al instante —aclara Dai-sha—. Estaba aterrado por lo que hubiese podido pasarte.

—Imagino —le responde. Su voz sale con menos dureza—. Sé que me quieres Dai. He crecido a tu lado, y has sido mi mejor amigo durante toda mi vida. Nunca he dudado de eso. Y lo sabes.

—¿Pero?...

—Pero nada —continúa el peliblanco, mirando fijamente al hechicero—. Lo que has significado para mí, nuestra historia juntos, nunca va a cambiar. Tú solo sigue demostrándome que puedo contar contigo. Quiero seguir confiando en nuestra amistad.

Dai-sha asiente, con una expresión de alivio en su rostro.

—Además —añade para finalizar—, mi padre ya no es rey. Mi hermano Elwë ahora ocupa su lugar, y tu labor con la corona ha llegado a su final. Si

sigues aquí, a pesar de que deseas marcharte, imagino que es porque te importo de verdad.

El humano de cabello rizado afirma de nuevo, confirmando esa suposición.

—Quiero quedarme a tu lado hasta el final de la guerra, ya te lo dije —informa—. Quiero actuar con responsabilidad y quiero ayudarte con lo que está por venir. Sería un cobarde si me marchase ahora.

Kal'ladril inclina el cuello con agradecimiento. Entonces intenta incorporarse y lo logra con dificultad. Enseguida lo agarro para evitar que se pueda desplomar.

—¡Cuidado! —le pide Idril—. Sigues agotado.

—Estoy bien, tranquilas —Con un gesto de mano me pide que le suelte, sintiéndose capaz de continuar por sí mismo—. Ya me encuentro mucho mejor.

—¿De verdad? —Lo miro a los ojos. .

—De verdad —me asegura—. Solo necesitaba verte para lograr reponerme.

Siento mi corazón incendiarse y me hago a un lado, retirándole la ayuda, confiando en que realmente se encuentra mejor. Él se dirige hacia el baúl que Avaldur'h le regaló.

—Hablando del nuevo rey, creo que debo pasarme a presentarle mis respetos —Lo abre y observa su contenido con interés—. Pero resulta que me he quedado sin ropa, mi atuendo anterior ha quedado hecho trizas cuando me he transformado en la plaza. ¿Pensáis que a mi familia le hará gracia verme aparecer con esto?

Saca las prendas norteñas: ese pantalón de cuero negro, el fajín, la camisa, las botas, las muñequeras y la chaquetilla.

—¿De dónde has sacado eso? —Se sorprende Dai-sha, observando las ropas que su amigo ha dejado tendidas sobre la cama.

Avaldur'h sonríe levemente y se cruza de brazos.

—Es mi regalo de cumpleaños —confiesa.

—¿Y crees que es apropiado? —parece quejarse el hechicero.

—¿Para ti? Ni lo sé, ni tampoco me importa —responde

Avaldur'h—. Para él es sencillamente perfecto.

Kal'ladril los ignora a ambos y comienza a vestirse, con las miradas del resto de nuestros amigos completamente clavadas en él. Con cada pieza que se coloca, su aura parece cambiar, como si su vestimenta estuviese definiendo con cada prenda su personalidad. Incluso el aire de la habitación comienza a cambiar.

Se acomoda las botas y el fajín, y seguidamente ajusta esas muñequeras que dan tanto estilo a las mangas de la camisa suelta. Su apertura despechada, atada con un simple botón por encima de su ajustado cinturón, deja al descubierto todas sus cicatrices. La faja se adhiere perfectamente de su cadera a su cintura, marcando esa curvatura que da paso a su anchísima y musculada espalda. Los pantalones de cuero marcan a la perfección su don, y cada uno de los músculos de sus larguísimas piernas.

Se mira en el espejo, dándose cuenta de lo distinto que parece, lo distinto que se siente. Pero la forma en la que su mirada se afila, demuestra que ha podido reconocerse.

—Por Avoulh y Sauthriel —Lo admira Avaldur'h, acercándose a él para apreciar cada detalle—. Eres exactamente lo que había soñado, tal y como te había imaginado.

Idril entreabre los labios, maravillada con esta nueva versión del sygära que le ha robado el corazón. Jóngruf parpadea varias veces, como si debiese adaptar su vista ante tanta perfección. Thaeón asiente con una mueca de aprobación, dedicándole una mirada cargada de respeto. Daisha contiene la respiración.

Entonces, Kal'ladril se gira hacia mí.

—Estás… —Lo miro de arriba abajo, guardándome bien cada nuevo detalle de su ser—. *Wow* —pronuncio finalmente, clavando mis ojos en los suyos—, creo que nunca te había visto tan increíble. Y decir eso ya es algo difícil. Me encanta. Me encantas.

Sus labios se curvan en una leve sonrisa que dura solo un instante. Enseguida toma la tiara de Onal'lia, aún guardada en el baúl, y la tiende hacia mí.

—Póntela.

Dudo un instante, mostrando mi sorpresa.

—¿Seguro? —le pregunto, necesitando asegurarme—. Ya oíste lo que dijo Dai-sha. No quiero causar ninguna provocación innecesaria.

Pero Kal'ladril me mantiene la mirada, irradiando seguridad.

—Que lo tomen como quieran —gruñe con voz gutural—. Voy a darles a mis padres una última oportunidad. Van a decidir ya qué les importa más: su maldita obsesión con la raza, sus estrategias para las nuevas conquistas, o el hijo al que tanto dicen amar.

Su convicción me persuade al instante, así que tomo la tiara y la acomodo lentamente sobre mi cabeza.

—Kal'ladril —Se mete Dai-sha de repente, mostrando preocupación.

El peliblanco se gira con molestia hacia su amigo, lanzándole una mirada de advertencia. Dai-sha balbucea, pensándose mejor lo que estaba a puno de decir, y finalmente niega con la cabeza.

—Nada, está bien —Agacha la mirada, rectificando—. Te acompañaré.

Kal'ladril asiente, aceptando su ofrecimiento y su compañía. No solo porque acaben de hacer las paces, sino porque sabe bien que Karanthir confía en él, y será un buen aliado.

—Perfecto —habla con autoridad, girándose de nuevo hacia mí— . Pues vamos a buscar a mis padres, y al nuevo heredero ya coronado. Vamos a comprobar qué opinan de lo que ha pasado, y si tienen algo que reclamar.

Extiende su mano para ofrecerme agarrada, y enseguida accedo. Sus dedos se entrelazan con los míos con completa seguridad. Su piel sigue caliente, pero poco a poco va retomando su normalidad.

Salimos al pasillo, y juntos, con la única compañía de Dai-sha, nos dirigimos a buscar a la familia real.

***

La mano de Kal'ladril envuelve la mía con firmeza mientras avanzamos por los pasillos del castillo. A su otro lado, Dai-sha camina con la expresión altiva de siempre, manteniéndose atento.

No tenemos que buscar mucho. Un soldado de Wolftundur nos

encuentra antes. Su rostro refleja el miedo y la confusión que se esconden bajo su yelmo plateado. Cuando nos ve, se apresura con un andar torpe, como si dudara entre inclinarse o advertirnos de algo más urgente. Sus ojos van de Kal'ladril a Dai-sha y luego a mí.

—Señor Kal'ladril… —su voz tiembla, y humedece sus labios antes de continuar—. ¿Es consciente de lo que ha ocurrido en la plaza?

Kal'ladril lo observa con calma y un dejo de curiosidad. Sus dedos enredados en los míos se aflojan un instante antes de apretar con más fuerza.

—No. ¿Debería?

El soldado traga saliva, nervioso. Mira a su alrededor, asegurándose de que nadie lo escuche, y baja la voz, como si pronunciarlo en voz alta hiciera que la tragedia se repitiera.

—Una bestia… Era como un león, pero negro como la noche, y con un tamaño tres veces superior. Ha masacrado a una barbaridad de inocentes. Los devoró hasta no dejar ni rastro… a tantos… —Respira hondo, necesitando recomponerse para continuar—. Dioses, jamás había escuchado algo igual. Fue un baño de sangre.

Frunzo el ceño. Las historias y sus exageraciones. Solo una persona ha sido devorada, pero el boca a boca siempre convierte la verdad en mito. Kal'ladril mantiene su rostro en una absoluta indiferencia, y ladea la cabeza apenas un poco.

—Vaya. Qué desgracia —dice, y su tono no deja claro si se refiere a la masacre o al hecho de tener que escuchar sobre ella—. ¿Y cómo es que me lo he perdido?

El soldado se retuerce, incómodo. Tiene las manos en puños y los nudillos blancos. Quiere creer que el sygära está en shock, que la noticia lo ha paralizado. Pero Kal'ladril no finge sorpresa, solo aburrimiento.

—Mis padres —continúa con rotundidad—. ¿Dónde están?

El soldado parpadea un par de veces antes de sacudirse la incomodidad y responder.

—En la sala del trono. Junto al rey Kèstiron y su nueva majestad de Drilembiyr'h, el rey Elwë —anuncia—. Esperan a tener noticias suyas. Todo el Ejército Dorado está buscando a su capitán.

—Pues qué afortunados son, ¿no? —mantiene Kal'ladril el sarcasmo—. Justo ahora van a recibirlas de mis propios labios.

El soldado duda un instante antes de asentir y decir algo más.

—Sus hombres lo han estado buscando, y el castillo está completamente rodeado de guerreros del Ejército de los Lobos que han estado protegiendo cada entrada —masculla—. ¿Cómo es que nadie le ha visto entrar? ¿Dónde estaba?

Kal'ladril sonríe con malicia, dedicándole un gesto tan frío que hace que hasta el aire se sienta pesado.

—¿Entrar? Para eso primero debería haber salido —responde—. He estado en mi habitación. Toda la noche.

—Pero…—el soldado se detiene. Algo en su instinto le dice que no debe contradecirlo, aunque sepa que no es cierto.

—¿Pero?

El soldado cierra la boca y endereza su espalda, sabiendo que no debe indagar más. Entonces se aparta para dejarnos pasar.

—Le esperan en el salón del trono, señor Kal'ladril Akhelbec'h.

Kal'ladril asiente, y seguimos avanzando.

Cada paso que damos parece un desfile de miradas curiosas y murmullos ahogados. Cuando finalmente llegamos a las puertas del citado lugar, los guardias de Wolftundur las abren sin dudar.

El silencio se hace dueño del salón en cuanto nos ven. La tensión que se crea a nuestro alrededor pesa inmensamente.

Ahí están. Karanthir tensa su mandíbula y estira su espalda con una rigidez que traiciona su emoción. Puolhiry presiona sus labios en una línea delgada, deseando borrar de sus ojos y sus recuerdos lo que acaba de ver. Elwë, el nuevo rey, muestra una sorpresa que no parece haberle impactado para bien. Los tres se quedan paralizados ante lo obvio: Kal'ladril está vistiendo como un norteño, y yo llevo en mi cabeza la corona de la que fue la reina de sus enemigos.

Todos sabemos que este atrevimiento podría ser interpretado como una provocación, o como una declaración de guerra. Pero en cambio, sus rostros cambian y dan paso a una repentina preocupación. Como si la

rebeldía de su hijo, y de su amante, ya no les importase.

—Hijo, mi milagro —dice su madre, corriendo hacia él con esa dulzura que solo muestra con los suyos—. Estaba tan preocupada… Pensamos que esa bestia podría haberte causado algún daño.

—¿No me digas? —Kal'ladril se tensa cuando recibe su abrazo, el primero que le ha dado en mucho tiempo, o tal vez en toda su vida. Al menos delante de mí—. Qué detalle tan tierno por tu parte, madre.

Los preciosos ojos claros de Puolhiry se fijan en mi tiara de refilón, y al instante todo su cuerpo parece tensarse. La ha reconocido, eso lo tengo claro, pero por alguna razón parece obligarse a no prestarle atención. Como si no quisiera darle protagonismo a este objeto de sus enemigos, como si no se atreviera a hacer ninguna mención.

Intento soltar la mano de Kal'ladril para darle espacio, pero él me aprieta con más fuerza para evitarlo. Me quiere a su lado.

—Estoy bien, ya lo ves —gruñe con incomodidad, apartando el contacto de su madre—. Me consta que estabais buscándome.

—¿No te has enterado de lo que ha pasado? —salta Kèstiron desde su trono, mostrando su miedo—. La más monstruosas y aniquiladora de las bestias que he visto jamás, ha aparecido en nuestra plaza principal. Un animal aterrador ha devorado a varios de mis ciudadanos y a mis soldados.

—¿Sí? —La mirada de Kal'ladril se intensifica—. Cuéntame más.

—La historia ahora no importa —interviene Karanthir con la voz cortante —. Estábamos preocupados por ti, te hemos estado buscando por todas partes.

—¿Cómo no va a ser importante, malèüh? Si esa bestia ha matado a tantos, ¿no es lógico que me pregunte por qué parecéis más interesados en saber cuál era mi paradero? Sois los reyes. Deberíais centraros más en averiguar cómo detenerla —El atrevimiento de Kal'ladril parece molestar infinitamente a sus padres, pero de nuevo, se ven obligados a disimular—. Además, me habéis buscado muy mal. Estaba en mi habitación.

—No me tires de la lengua, Kal'ladril —le regaña Karanthir, haciendo referencia a lo que ellos saben y Kèstiron no—. Eres mi hijo, y me importas más que cualquier bestia irracional. ¿Dónde estabas de verdad? ¿Sabes lo que te has perdido? Hemos coronado a Elwë. Has faltado a la coronación

de tu hermano.

Elwë alza la cabeza, aunque algo en lo más profundo de su mirada me dice que no logra sentirse orgulloso del todo. Sabe bien que Kal'ladril, en estos momentos, no siente admiración alguna hacia su ascenso.

—Ya… Lo sé —Sonríe Kal'ladril, y algo en su tono me pone los pelos de punta—. Y qué ceremonia tan espectacular habéis elegido para celebrarlo.

—Digna del tipo del rey que será —se mete Dai-sha por primera vez.

Elwë abre los ojos con ofensa.

—¿Qué quiere decir eso, Dai-sha? —En la voz del nuevo rey hay dolor, dolor real.

—¿Te ha molestado? —le provoca el hechicero—. Entonces, ¿por qué has aceptado a recibir tu preciada corona en un evento tan miserable como ese?

—Dai-sha —Le frena Karanthir—. Por favor, no te entrometas.

—Solo queríamos saber que estabas bien, milagro —La madre Kal'ladril lo agarra de las manos, sosteniéndolas entre las suyas—.

Cuando hemos visto a ese animal… —Un jalaion'h —le corta él.

Abro mis ojos y lo miro con sorpresa. No esperaba que fuese a revelar nada delante de Kèstiron.

—Kal'ladril… —susurro intentando frenarle. No nos interesa que el rey humano tenga información de más—. Para.

—Hijo… —Sonríe Puolhiry de forma forzada, intentando disimular—. Cuidado…

—Sí, la verdad es que deberíamos tener cuidado si realmente hay un jalaion'h suelto por Wolftundur —continúa, ignorando mi intención y la de su madre, que por primera vez parecen coincidir—. Son animales muy peligrosos. Habrá que cuidarse de no volver a provocarle —Su advertencia va más para sus padres, que para el propio Kèstiron. —Un… ¿qué? —balbucea el rey humano.

—Por las descripciones que he escuchado, sé con certeza que se trata de un jalaion'h. Un äphyld. Un animal sagrado procedente del Bosque de Yókhubo. ¿No queríais coleccionarlos? Bien, pues ya has podido ver uno —La voz de Kal'ladril sale potente de su garganta, revelando su rabia.

Kèstiron parpadea con perplejidad, incapaz de asimilar la información que acaba de recibir. Entonces se acerca a Kal'ladril, obligando a Puolhiry a hacerse a un lado.

—¿Y cómo ha llegado un animal de tu bosque hasta mi reino? —murmura.

—Los animales son libres en mi tierra, Kèstiron —le responde mirándolo fijamente a los ojos—. Ese jalaion'h irá donde quiera, y hará lo que quiera. Solo puedo aconsejarte no volver a provocarlo.

El rey humano aparta la mirada, aterrado, pensando en los destrozos que podría causar ese animal salvaje por las calles de su ciudad; y qué motivos habrá podido tener para reaccionar como lo ha hecho. Se queda callado, dándole vueltas a esta nueva aclaración. Mientras tanto, los padres de Kal'ladril y su hermano parecen haber captado perfectamente el mensaje que el peliblanco quería transmitir realmente.

—Hijo —Vuelve a hablar Karanthir tras darse un momento de silencio—. ¿Podemos hablar los cuatro, en privado?

—Por supuesto —Asiente Kal'ladril al instante—. Pero no va a ser ahora. Nos veremos en un rato, con la salida del Sol, fuera de las murallas de esta ciudad. Aquí las paredes tienen ojos. En el campo de entrenamiento, en la tienda principal del Ejército Dorado. Ah, y seremos cinco, no cuatro.

Su mano sigue aferrándome. La tensión entre ellos es demasiado evidente. Llevo mis ojos de uno a otro, analizando cada expresión y cada gesto. Elwë parpadea, intentando reconocer a su hermano bajo esa nueva actitud y apariencia.

—Zalèüh… —murmura el nuevo rey, buscando un contacto visual en el que se puedan reencontrar.

Kal'ladril gira su mirada dorada hacia él. Por primera vez, veo su mandíbula tensarse con pesar. Sus dientes se aprietan para disimular, pero realmente le duele ver el punto al que han llegado.

—Kal'ladril… —insiste de nuevo su hermano—. Por favor…

El peliblanco suspira y aparta la mirada, derrotado por la situación. Con sus padres puede ser fuerte, pero sin duda Elwë es su punto débil. El cariño que le tiene es innegable.

—Ahora no, Elwë. Lo siento —murmura finalmente—.

Hablaremos luego. En este momento solo necesito descansar.

Karanthir inclina la cabeza, accediendo. Puolhiry vuelve a obligarse a sonreír, pero el tic de su mandíbula la delata. Elwë se queda en completo silencio, observando a su hermano menor con los ojos brillantes y el corazón en el puño.

Pero una vez más, Kal'ladril lo vuelve a ignorar.



Zynael
14

Kal'ladril se desploma bocarriba en la cama soltando un largo suspiro, con los brazos extendidos hacia atrás y las piernas colgando por el borde. Sus ojos dorados se clavan en el techo de la habitación, perdiéndose en el vaivén del reflejo del tintineo de las velas. La noche que había empezado tan bien, está a punto de terminar. Y ninguno imaginábamos que fuese a sufrir un giro tan radical.

Me siento lentamente a su lado, mirándolo fijamente. Lleva en completo silencio desde que hemos abandonado el salón del trono. Sé que está inmerso en lo que ha vivido: en la transformación, en lo que ha derivado, en la decepción en los ojos de sus padres, en la manera que han tenido de obligarse a disimular y aparentar que todo su cambio físico les daba igual… Y ahora, en esa súplica de su hermano.

Todos nuestros amigos se han marchado. Han comprendido que Kal'ladril necesitaba este momento a solas para pensar. Yo le he propuesto espacio, pero su mirada me ha suplicado que me quede a su lado. Y, siendo sincera, lo estaba deseando. Aunque no sé qué puedo decir para ayudarle.

—¿Quieres hablar de cómo te sientes? —Apoyo mi mano en su muslo, haciéndole ver de esta forma que me tiene ahí aunque su respuesta sea negativa—. ¿O es uno de esos momentos en los que prefieres batallar con tus demonios en silencio?

—No —susurra—. Sí. La verdad es que no lo sé.

Aguardo, esperando a que continúe.

—¿Has visto cómo me ha mirado mi hermano? —su voz es suave, casi imperceptible—. La forma en la que me han mirado todos en esa plaza, me ha dolido menos que la forma que ha tenido de mirarme él en el salón.

—¿Qué has percibido?

—Había dolor. Súplica. Como si le hubiese roto el corazón.

Acentúo mi caricia en su pierna. Kal'ladril vuelve a suspirar y lleva su mano sobre la mía, iniciando este contacto que tanto parecía necesitar.

—No quiero fallarle. A él no —se lamenta—. Junto con Daisha, Elwë siempre ha sido el único pilar en el que me he podido apoyar. Aunque ahora estemos distanciados, él siempre ha estado a mi lado. Es mi sangre y ahora es mi rey. Le juré mi lealtad eterna porque siempre la ha merecido. Si a mi familia he podido llamarla familia, ha sido porque lo he tenido a él como ejemplo. Y por mucho que yo cambie, jamás cambiará lo que siento por mi hermano.

—¿Por qué no pruebas a decirle eso a él? —propongo—. Ya has hablado con tu padre, deberías hablar con Elwë también. Puede que esté esperando esa conversación.

—No creo que me pueda a entender.

Me arrastro en la cama y me acurruco a su lado, apoyando mi cabeza en su pecho. Su brazo acude al instante a rodearme, pasando sobre mi hombro.

—Ha cumplido el sueño de su vida, por fin lo han coronado. Ha vivido eternamente esforzándose para lograrlo, y cuando por fin ha llegado ese momento tan importante, yo no he estado a su lado —parece castigarse—. Es cierto que aunque me hubiesen avisado, no habría ido a esa celebración de mierda, pero habría podido intentar convencerlos de hacerlo en otro lugar. No he tenido la oportunidad. Y cuando le he visto, estaba tan enfadado que ni siquiera le he dado la enhorabuena.

Le dejo desahogarse, sé que lo necesita.

—Sé que piensa que le he abandonado.

—Pero no lo has hecho —le corrijo—. Por eso debes tener una conversación con él. Debes hacerle ver que, a pesar de todos los cambios por los que te quieren castigar, sigues siendo el mismo hijo y hermano leal.

—¿Acaso lo soy de verdad?

Me incorporo ligeramente para poder mirarlo a los ojos.

—¿Lo dudas?

—No lo sé —responde—. Imagino que podré comprobarlo cuando llegue el día de demostrarlo.

Me quedo en completo silencio, con mis ojos clavados en los suyos. Durante un momento, dejamos de necesitar más palabras. Su atención se centra en cada detalle de mi rostro, grabándome en su retina para siempre, observándome como si fuese un tesoro. Y sin darme cuenta, de nuevo me pierdo en su infinita belleza.

—¿Qué? —murmura, repitiendo nuestra tradición favorita.

—Ya lo sabes.

Sus labios se curvan de una forma tan encantadora, que me lleva a la perdición.

—Me encanta cómo me miras —su runruneo eriza mi piel—.

No sé si lo merezco, pero me hace sentir tan bien…

—¿Bien, a qué nivel? —Acerco mi nariz a la suya, rozándola.

Nuestros alientos se funden en uno solo.

—Bien, de muy bien —responde, centrando su atención en mis labios—. Como si fuese imprescindible e increíble. Como si lo nuestro no tuviese límites.

Kal'ladril sigue observándome con esa adoración indómita, como si yo fuera lo único capaz de anclarlo a esta realidad.

—Genial —Acerco levemente nuestros labios—. Quiero hacerte sentir así siempre.

Su respiración se quiebra en un suspiro entrecortado cuando nota la caricia de mi boca, tentativa, como una danza de provocación que ambos conocemos demasiado bien.

—Eternamente —Su mano asciende por mi espalda y sus dedos se enredan en mi cabello, desvaneciendo por fin nuestra distancia.

El beso que me da electrifica cada suspiro de mi ser. Es hambre contenida, necesidad desesperada. Su boca es firme, exigente, y al mismo tiempo reverente. Como si cada roce fuera un rezo en un idioma que es solo nuestro.

Sus manos recorren mis muslos con la misma devoción con la que

alguien exploraría un templo sagrado, deslizándose sobre mi piel con una mezcla perfecta de ternura y avidez. Mi nombre se escapa de sus labios como una súplica cuando me acomodo sobre él, recostándome sobre su cuerpo.

Nuestras respiraciones se descontrolan entre cada beso. Su lengua traza caminos ardientes en mi cuello, dejando a su paso la promesa de un incendio que solo él puede encender.

Y, como esa prisionera que siempre he sido, quedo presa de él.

Me pierdo en la forma en la que arde. Mi cuerpo se estremece con cada caricia que me regala, con cada latir de su corazón contra mis pechos. Kal'ladril me toca como si cada instante pudiera ser el último, como si tuviera miedo de que me desvaneciera entre sus dedos.

—Enana —Suspira contra mis labios—, ¿estás segura de que quieres esto? ¿Estás segura de que quieres a alguien como yo? Podrías elegir algo mucho mejor.

—Vaya… ¿*Mejor*? —Muerdo suavemente su labio, provocándolo—. ¿En serio?

Kal'ladril se ríe, comprendiendo mi insinuación.

—No —Acaricia mi boca con su dedo pulgar—. No me refiero a *ese tipo* de mejor, sino a un *mejor* de *mejor persona*, *mejor familia*, *mejor opción*…

—No me apetece —rechazo con guasa—. Lo más sencillo nunca ha sido para mí.

—¿Y qué hay de Thaeón? —me pregunta de repente, metiendo al aldeano en nuestro momento y nuestra conversación.

Muestro mi bloqueo. Todo mi cuerpo se paraliza al instante.

—¿Thaeón? —Pestañeo varias veces, aún confundida—. ¿Qué pasa con Thaeón?

—Sabes bien lo que pasa con Thaeón —murmura—. Está enamorado de ti y te hace feliz. Te da paz. Por eso esta noche os habéis buscado tanto. Por eso, después del momento con Idril en el que tú te has incomodado, has querido irte a su lado.

—No… —Aparto la mirada. Si tan solo pudiese decirle lo que en realidad siente Idril por él, tal vez entendería mi reacción. Estoy segura de que el

dolor de mi amiga no viene solo por Záldur, sino por todo lo que está ocultando su corazón, y no quería incentivarlo—. No es lo que crees. Yo…

Kal'ladril alza las cejas, aguardando mi explicación. Pero me he quedado sin palabras, y eso solo empeora mi justificación.

—No seas idiota —me quejo para sacarme de la crisis—. Sabes bien que no hay nada con él. Es mi amigo, un buen amigo, pero no podríamos tener nada. Nunca.

—¿Nunca?

—No. Jamás —le garantizo—. Para empezar, es humano. Su longevidad me duraría un pestañeo. Puedo bostezar de aburrimiento y que él ya haya entrado en la tercera edad.

—¿Esa es tu excusa? —se burla—. Existen las pociones para la inmortalidad.

—¿Y que sea un eterno jovenzuelo amargado como Dai-sha? No, gracias. Prefiero verlo convertirse en un viejo arrugado —continúo—. Además, tuve la desgracia de conocerte a ti. Y a tu lado, maldito imbécil, hasta el hombre más atractivo pierde todas sus posibilidades.

—Me encanta lo exagerada que puedes llegar a ser.

—Ni que estuvieses celoso —Sonrío, buscando seguir jugando con

él.

—Lo estoy —responde con repentina seriedad.

Me incorporo sobre él, quedándome sentada y completamente descolocada, incapaz de creerme que Kal'ladril haya admitido haberse sentido celoso. Ni siquiera era consciente de que él podría tener un sentimiento como ese.

—¿Cómo que lo estás? —intento asegurarme de haber oído bien— . ¿Te has sentido celoso de Thaeón alguna vez? ¿Por mí?

—Alguna vez no. Muchas veces. Y claro que por ti.

—¿Qué? —Mi impacto es evidente—. ¿Por qué?

—Porque es todo lo que considero que está bien, y cada vez veo más difícil el hecho de poder parecerme a él.

Mis labios se abren, pero no son capaces de soltar ni una palabra. Jamás

habría imaginado que Kal'ladril podría haberse sentido así. Jamás habría sospechado que este sygära, el hombre más seguro que he conocido en toda mi vida, habría estado comparándose con Thaeón solo porque cree que es lo que puedo necesitar.

—Todavía no eres consciente de lo que siento por ti, ¿verdad? —murmuro—. Thaeón es increíble, pero entró en mi vida sin ninguna posibilidad. Mi corazón ya estaba ocupado. Tú ya habías ocupado ese lugar.

—Soy consciente, créeme, pero eso no tiene nada que ver.

Frunzo el ceño, sintiéndome aún más perdida, pero no me da tiempo a volver a hablar. Con un ágil movimiento, enganchándome las piernas con las suyas, gira en la cama colocándose encima de mí, dejándome bocarriba completamente a su merced. Coloca mis muñecas sobre mi cabeza y las inmoviliza con su mano derecha. Suelto un gemido, rindiéndome a su dominancia.

—¿Y tú?, ¿cómo estás tú? —su voz parece un gruñido—. Ya hemos hablado demasiado sobre mí. Por hoy, ya me he abierto lo suficiente.

Sonrío, divertida con esa barrera que aún a día de hoy insiste en mantener.

—¿Tú que crees? —Acerco mis labios a su boca, inclinando mi cuello hacia él, y lo beso muy despacio. Muy lentamente. Saboreando su sabor, su lengua, y sus sentimientos—. Estoy enamorada de ti, y eso se siente realmente bien —vuelvo a susurrar cuando nos damos un instante para respirar.

Me besa de forma impecable, erizando cada poro de mi piel

—Me preocupa cómo puedas sentirte estando aquí, viviendo en este castillo, rodeada de los yelmos de esos hombres que son compañeros de aquellos que… Ya sabes —Suspira, acariciando cada facción de mi rostro—. Nunca he querido mencionarlo demasiado, porque nunca he querido que revivas aquello. Pero me odio a mí mismo cada vez que lo recuerdo. Me culparé toda la vida por lo que te hicieron.

Entorno la mirada. Aquellos días en la celda de este castillo perdurarán eternamente en mi mente, la pesadilla que nos hicieron viví jamás la podré perdonar. Pero bajo ningún concepto toleraré que él se culpe por ello.

—Ni una sola de todas las cosas horribles que nos hicieron, a los dos, fue culpa tuya —Lo miro fijamente a los ojos, necesitando que me tome en serio—. Agradezco que no me lo recuerdes, que te preocupes por mí y que me respetes, pero no me sirve de nada si sigues cargando con ello como si hubiese sido tu responsabilidad. Kèstiron habría encontrado cualquier excusa para torturarnos igualmente. Las verdades que le dijiste no fueron la razón, y no quiero que te arrepientas por lo que ocurrió, porque me siento muy orgullosa de saber que lo pusiste en su sitio desde el principio.

Lo veo perdiéndose a lo largo de mis pecas, admirando mi nariz y mis mejillas con detalle. Mis palabras parecen relajarle, pero no creo que hayan cambiado su manera de pensar. Sé que sigue castigándose.

—Además… —continúo—. ¿Sabes por qué soporto seguir teniendo a Kèstiron delante? ¿Sabes por qué no estallo cada vez que veo la cara de ese malnacido?

—¿Por qué? —Vuelve a centrarse en mi mirada.

—Porque disfruto viendo lo relajado y confiado que se siente. Cuanto más pasan los días, más segura estoy de que no se tomó en serio el juramento que le hiciste. Pobre desgraciado, jamás se ha cruzado con un hombre de palabra —Expiro una risita envenenada—. Si algo he aprendido de ti, es a ser paciente. Y estaré en primera línea cuando le borres esa sucia sonrisa de la cara.

Kal'ladril asiente, confirmando mi petición. Entonces sus ojos bajan a mis labios.

—Tú a mí también me has pegado parte de tu impulsividad. ¿Crees que debería darte las gracias por eso? —Sonríe, provocándome.

—Creo que juntos hemos aprendido a limar nuestros defectos, y a potenciar otros factores que nos hacían falta —respondo, muy segura de mi parte—. Creo que nos hemos vuelto el equilibrio perfecto, y que ahora somos imbatibles.

—Nada puede destruirnos, excepto nosotros mismos.

Me quedo en silencio, dándole así la razón a esa sentencia. Su atención sigue fija en mi boca, pareciendo desearla sin medida.

—Vamos, sygära… —Muerdo mi labio inferior—. Estás deseándolo.

Bésame ya.

Kal'ladril une nuestras bocas con una necesidad que me deja sin aliento, como si buscara en este beso todas las respuestas que su alma atormentada no logra encontrar en otro lugar. Comienza lento, explorándome, como si quisiera memorizar cada ángulo de mis labios. Pero pronto, la dulzura se mezcla con una pasión más dura. Su lengua se desliza contra la mía en una danza íntima que enciende cada parte de mi cuerpo.

Gimo contra su boca cuando sus manos me toman con fuerza, atrayéndome aún más hacia él. Su cuerpo presiona con firmeza contra el mío, y mis piernas se enrollan alrededor de su cadera. Siento la dureza de su deseo en cada roce, sobre la fina tela de mi corto pantalón, que ya empieza a calarse con mi desesperación.

—Zynael… —murmura mi nombre. Y su aliento acaricia mi piel, haciéndome estremecer—. Enana…

Esa palabra, tan suya, tan mía, tan nuestra… Me desmorona. Me aferro a él como si fuera mi único ancla en este mar de sensaciones. Mis dedos se hunden en su cabello blanco, despeinando sus tranzas, enredándome en ellas mientras lo guío aún más cerca.

Su boca explora mi cuello con una lentitud tortuosa. Combinando sus labios, dientes y lengua a la perfección, trazando un mapa de deseo sobre mi piel. Arqueo la espalda, uniéndome más a él, soltando suspiros que apenas reconozco como míos. Sus manos recorren mi perfil, dibujando mis curvas con absoluta devoción.

—Joder… —gimo— Te… Te…

—Dilo.

No obedezco. Mi orgullo con él se ha amansado, pero sigue siendo alto, y no le daré ese placer hasta que él se lance a hacerlo también. Esto es un juego de dos, y el primer paso ya lo di yo.

—Y una mierda, imbécil —gruño, incorporándome para comenzar a desmontar cada pieza de mi armadura, desnudándome con urgencia bajo su insistente mirada.

Me quedo completamente desnuda, vulnerable bajo su inmenso cuerpo. Sus pupilas alargadas se han dilatado, transformando sus ojos dorados en

un negro tan oscuro como una noche sin estrellas. Su atención me devora con una intensidad que me hace sentir adorada, endiosada, y venerada.

—Eres tan perfecta… —susurra con la voz ronca—. Cualquiera que te viese como yo te estoy viendo, perdería la cabeza. Si quisieras, podrías destruir y dominar el mundo al mismo tiempo.

No me da tiempo a responder cuando vuelve a devorarme, entregándome todo lo que siente y no dice con palabras. Meto mis manos bajo la apertura de su camisa, palpando su ardiente piel, deseando que se funda con la mía. Lee al instante mis intenciones y se incorpora sobre sus rodillas, acompañado por mi boca en todo momento, que es incapaz de soltarle. Muerde mi labio inferior cuando desciende sus manos hacia ese maldito botón, y lo desabrocha, siguiendo por cada hebilla de su cinturón. Le ayudo a quitarse la parte de arriba, lanzando sus prendas a la otra punta de la habitación.

No dejamos de besarnos cuando finalmente comienzo a acariciarlo. Mis manos recorren cada músculo de su espalda, cada cicatriz. Su piel quema y me hace sudar, pero la forma que tiene de aferrarme demuestra lo mucho que lo llega a disfrutar.

—Todavía te sobra ropa, idiota —susurro contra su boca.

Sonríe maliciosamente, sin separarse un ápice de mí, y comienza a desanudar el lazo que sostiene su pantalón. Mis ojos bajan hacia ese lugar, incapaces de resistir la tentación. Siento cómo mis ganas se disparan en el mismo instante en el que observo su deliciosa virilidad, tan perfecta, tan imponente. Parece haber sido moldeada para mí.

Sin poder controlarlo, mi hambre me lleva a humedecer mis labios.

—Túmbate.

Mi orden parece excitarle, porque su sonrisa vuelve a afilarse.

—Claro que sí —su voz parece más un ronroneo—. Como mandes.

Se echa hacia detrás en la cama, apoyándose sobre sus codos para no perder visión del espectáculo que está a punto de disfrutar. Su pecho se hincha y se deshincha con profundidad. Sus cejas se inclinan, dedicándome esa mirada digna de un depredador. Mantengo mis ojos en los suyos, y acaricio mi cuerpo lentamente, muy consciente del poder que tengo sobre

su razón. Le sonrío mientras gateo hacia él, y arrastro mi lengua por sus muslos hasta detenerme justo antes de llegar al lugar en el que debo trabajar.

Y repito el juego una vez, y otra, hasta llevarlo a la máxima frustración.

—Maldita sea, Zynael —gruñe estirando su cuello hacia atrás, para enseguida volver a mirarme—. ¿Vas a torturarme cuando estoy tan jodido? Y yo que pensaba que hoy íbamos a cuidarnos y a mimarnos, y lo íbamos a hacer romántico.

—¿No te parece romántico? —le provoco, usando un tono que es de todo menos eso. Lentamente, comienzo a dejar un camino de besos el interior de su pierna. Hasta volver a detenerme justo al borde de su ingle —. ¿Y qué tal así?

—¿Cuán romántico te parece a ti si te agarro del pelo y te la meto hasta la garganta?

Su rabiosa excitación eriza al instante mi espalda.

—Mmh… —Agarro finalmente su dureza con mi puño y me acerco a ella —. Me parece lo más romántico que me has dicho jamás.

Me dejo llevar, deslizando su miembro dentro de mi boca. Kal'ladril expira un suspiro lleno de placer, relajando todo su cuerpo al instante. Y comienzo a subir y bajar contra su pelvis, combinando el juego de mi lengua y mis labios.

Lo quiero todo, hasta la última gota de su existencia.

***

Me muevo sobre él, abrazándolo con las piernas alrededor de su cintura y mis brazos rodeando su cuello. Sus manos recorren mi espalda lenta y pasionalmente, sosteniéndome muy cerca de él. Mi cadera hondea para sentir su dureza en lo más profundo de mi interior. El ardiente calor de su piel ha disparado también el mío, y juntos nos fundimos en sudor.

La habitación se ha transformado en un escenario idílico de suspiros y jadeos entrecortados. Nuestra unión es un lenguaje sin palabras en el que nos entendemos mejor que nunca. Cada vez que entra en mí parece una promesa silenciosa, cada caricia sella en nuestra piel un juramento de eternidad.

Kal’ladril me aferra con firmeza y suspira contra mi boca, para seguidamente volver a besarme, bebiéndose mis gemidos como si fueran su único aliento. El amor que me transmite con cada uno de sus gestos es desbordante, y amenaza con derretirme.

—Por Sauthriel, Kal’ladril… —sollozo en sus labios.

Deseo decirle que le quiero más de lo que he querido nunca a nadie; que le amo de una manera tan absoluta que me asusta, porque me destruye y me reconstruye con un mismo aliento. Pero no soy capaz. Porque, aunque sus gestos me demuestren que él se siente igual, necesito oírlo de sus labios. Necesito que me demuestre que no teme a esos sentimientos que nos están condenando.

Lo que siento es tan profundo, tan intenso, que parece arrastrarme a un océano sin fondo. Y aunque me aterre, quiero dejarme hundir.

Acaricio su preciosa y perfecta cara, tan sublime, celestial y atractiva, que aún a día de hoy me parece irreal. Es imposible que alguien como Kal’ladril pueda existir de verdad. Aún no consigo entender cómo yo, una simple mortal, ha llegado a estar así con semejante divinidad.

Sus labios abrazan mis dedos, rozándolos con una suavidad sensacional, y abre los ojos ligeramente para lograr observarme. Yo soy incapaz de parar de admirarle.

—Eres…

—Tuyo —se adelanta a mi cumplido—. Soy tuyo. Para siempre.

Suelto un gemido y vuelvo a envolverme en él, manteniendo la honda de mi cadera sobre su pelvis. El placer nos eleva hasta el borde de la locura. Nos aferramos el uno al otro cuando el clímax comienza a llevarnos al final, a la misma vez, arrebatándonos el aliento. Nuestros cuerpos comienzan a temblar en perfecta sincronía. Nuestros nombres se escapan de nuestros labios en un murmullo entrecortado lleno devoción.

Y juntos, alcanzamos la cumbre del éxtasis.

Nuestros gemidos se fusionan en el aire. Nuestros cuerpos se abrazan cuando el torbellino comienza a disiparse, devolviéndonos a la absoluta calma. La tormenta de sensaciones que acabamos de compartir, nos deja flotando en un océano de profunda relajación. Y nos quedamos ahí,

envueltos en la calidez de nuestra unión.

Kal'ladril se desploma hacia atrás, apoyando su espalda en la cama, y me acuna contra su pecho. Sus brazos me rodean con una ternura que hace que mi corazón se encoja.

—Enana… —susurra con la voz ronca e irregular, teñida de agotamiento y de algo mucho más profundo e inquebrantable—. Lo eres todo para mí.

Sonrío contra su piel y dejo un beso en su clavícula. Su corazón late con fuerza, meciendo nuestro abrazo.

—Y tú para mí —murmuro, acomodándome en su torso—. Por favor, quiero que estemos siempre así.

Sus brazos me aprietan un poco más, como si quisiera asegurarse de que este momento fuera eterno. Y aún en la penumbra de la noche, con las velas a punto de consumirse, dejamos sueño nos reclame, llevándonos juntos a la deriva de un mundo donde solo existimos nosotros.



Zynael
15

Llegamos al campamento del Ejército Dorado cuando el Sol ya parece haber ocupado su lugar en el cielo, aunque solo son evidentes sus destellos tras la inmensa y gruesa capa de nubes grisáceas. Kal'ladril desmonta con su eterna agilidad y gracia felina cuando llegamos con los caballos al abrevadero. Cada uno de sus movimientos captura mi atención como si el tiempo se ralentizara a su alrededor.

Soy incapaz de separar mis ojos de él mientras comienzo a seguirlo.

La nieve sigue cayendo a nuestro alrededor, cubriendo toda la extensión con un manto blanco. Su silueta oscura destaca con esta bruma invernal, pareciendo un rey sin corona que camina como si cada copo de nieve le rindiera pleitesía.

Viste esas ropas norteñas y negras, como si ya hubiese rechazado la calidez dorada del sur. Sus botas, reforzadas con hebillas, emiten el sonido de su autoridad con cada paso; el tacón cubano lo eleva aún más sobre el resto de sygäras, acentuando su presencia. Ese divino pantalón de cuero ceñido, se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, marcando cada músculo de sus poderosas piernas y cada detalle de su figura con una precisión insultante. El fajín se amarra con maestría a su cintura, subrayando ese físico poderoso de un hombre forjado en la batalla y el entrenamiento. La camisa, de tela suave y fluida, abierta en su pecho, deja a la vista su piel pálida y esos pectorales firmes decorados por marcas de sufrimiento. Las mangas holgadas, se ajustan en sus muñecas con esas correas de cuero, dándole una apariencia aún más intimidante.

Cada detalle de su atuendo parece representarle. Él lo sabe, y lo porta con orgullo.

Su cabello blanco y trenzado, excepto en algunos mechones sueltos, recoge esos tesoros que tanto significado han tomado a lo largo de nuestro viaje: Las plumas de Roc y el anillo de Idril.

Kal'ladril necesitaba este momento, necesitaba ser visto tal como es.

Avanza con la elegancia de un príncipe y la fuerza de un guerrero. Cada paso es una declaración de poder. Los soldados del Ejército Dorado, ocupados en sus labores, alzan la vista al verlo y el efecto es inmediato. La actividad del campamento se detiene: Las conversaciones se apagan; las manos que afilaban espadas o aseguraban armaduras se quedan quietas. El peso de la presencia de Kal'ladril les roba la capacidad para reaccionar. Todos los ojos de sus hombres quedan clavados en él, pero no hay ningún tipo de rechazo, furia o desprecio en ellos. Solo un asombro desorbitado. Y en cuanto su capitán se lleva el puño al corazón para saludarlos, todos y cada uno de ellos le devuelve el gesto con absoluta sincronización y lealtad.

Mi imagen les desconcierta cuando me encuentran tras él. Mi tiara, el símbolo de la reina del norte, resplandece sobre mi frente. Los murmullos crecen, pero ninguno de ellos se atreve a cuestionar lo que ve.

Kal'ladril pasea entre todos con seguridad e indiferencia, y yo lo sigo de cerca. Se mueve como si la tierra bajo sus pies le perteneciera, como si el destino mismo se inclinara ante él. Su andar es la encarnación de su esencia: orgullo, desafío y un poder innegable. Cuando nos acercamos a la tienda real, los soldados que custodian la entrada se cuadran al instante. Sus puños van a sus corazones con respeto, pero no solo a él. Cuando pasamos junto a ellos, sus voces resuenan al unísono.

—Mi señor, mi señora. Bienvenidos.

Mi cuerpo se tensa por reflejo. Jamás había esperado ser reconocida de tal manera por el Ejército Dorado. Y menos aquí, frente los suyos. Mi mirada se desliza hacia Kal'ladril, quien, sin necesidad de palabras, les concede un leve movimiento de cabeza. Un solemne agradecimiento a su reconocimiento.

Entramos en la tienda, y la presencia de los soldados desaparece tras nosotros, dándonos privacidad para que pueda comenzar la reunión de la familia real.

Elwë está ahí, sentado sobre su nuevo trono con la postura rígida de un hombre que carga con el peso de un reino recién adquirido. Karanthir a su izquierda, manteniendo la sombra de su antiguo poder; su sola presencia todavía llena la habitación. Puolhiry, con su porte inmaculado, está sentada junto a su marido. Su rostro sereno oculta sus pensamientos. Dai-sha, que estaba plantado junto al sillón que supuestamente debería ocupar Kal'ladril, es el primero en reaccionar. Apenas nos ve, se mueve con naturalidad para colocarse al lado de su mejor amigo, queriendo demostrar de qué lado está.

—Buenos días —La voz calmada y firme de Kal'ladril rompe el silencio.

—Phylestirri, hijo —lo saluda Karanthir.

—Phylestirri, zalèüh.

Puolhiry se levanta de su mayestático sillón y se acerca a su hijo, sin rastro alguno de hostilidad.

—Mi milagro —Antes de que él pueda reaccionar, besa su mejilla con una dulzura que jamás la había visto demostrar.

La tensión en los hombros de Kal'ladril sube y se aligera al instante, demostrando también su sorpresa. No parece estar acostumbrado a este tipo de gestos por parte de su madre, pero tampoco parecen disgustarle.

—Dàmaïr —Inclina su gesto con saludo y agradecimiento. Está claro que va a procurar que esta reunión no sea tan tensa como las anteriores.

De repente la reina se gira hacia mí, y mi cuerpo reacciona con rigidez.

Puolhiry nunca me ha mirado con aceptación, y sin embargo ahora se acerca con una sonrisa de cordialidad. Sus manos buscan las mías, cerrando sus dedos a mi alrededor, sujetándome con una calidez que ni siquiera consideraba que ella podía desprender. Me observa con una intensidad que me inquieta, pero hay algo nuevo en su expresión.

Su atención se desliza hacia mi tiara más de una vez, pero enseguida logra disimularlo con elegancia.

—Quiero empezar esta reunión disculpándome contigo, nyëlkhem Zynael —Su voz es serena. Demasiado para que me la pueda creer. Mi respiración se detiene al instante.

—¿Qué?

—Me equivoqué al juzgarte por tu sangre —continúa—. Soy una mujer de ideas muy tradicionales y expectativas demasiado altas para el futuro de mis hijos. Durante toda su vida, les he impuesto la perfección porque no deseo algo menor para ellos.

Frunzo el ceño, escuchando sus explicaciones, todavía no muy segura de si está volviendo a insultarme, o si realmente quiere pedirme perdón.

—He de confesar que no eres lo que esperaba para él. Pero anoche, cuando ocurrió lo que ocurrió y mi hijo se transformó en esa plaza, te vi esperándolo, y de nuevo aprecié tu manera de mirarlo —su tono parece sincero, y también su manera de observarme—. Después de aquello, fuiste la primera persona a la que acudió; fuiste el lugar seguro que eligió. Por eso después, mientras hablaba con nosotros, no fue capaz de soltar tu mano.

Kal'ladril mantiene su atención en su madre. No parece del todo tranquilo, no sabe si confiar en su sinceridad, pero sin duda está sorprendido. Ninguno de los dos esperábamos que Puolhiry fuese a disculparse conmigo.

—Quiero pedirte perdón, de corazón, porque aunque seas una mestiza, eres imprescindible mi hijo. Y si él te ha elegido, yo te acepto también —concluye.

Un silencio pesado cae sobre la tienda.

—Yo… —respiro hondo, pensando mi respuesta—. Acepto tus disculpas, por supuesto. Sé que no empezamos con buen pie. Me colé en vuestro reino de forma ilegal, y tengo una lengua bastante difícil de controlar cuando me cabreo… Pero quiero llevarme bien con vosotros. Con los tres —aclaro, mirando a Karanthir y a Elwë también—. Sois su familia, y sois lo más importante para él.

Miro a Kal'ladril a los ojos y su postura cambia al instante. Sus hombros se relajan, como si de repente hubiesen perdido toda la tensión que han estado acumulando estos días atrás. Por primera vez desde que empezó esta tormenta, su mirada refleja algo parecido al alivio.

—Con Kal'ladril tampoco fue fácil al principio. Pero luchábamos estupendamente juntos, y debido a la breve distancia que se nos impuso, no nos quedó otra que aprender a llevarnos bien. Lo que ocurrió

después…, bueno —Pierdo mis ojos en el suelo y sonrío, decidiendo obviar las partes más privadas de nuestra historia—. Sí, lo hicisteis bien —Vuelvo a centrarme en la mirada de la reina, necesitando que vea mi honestidad y transparencia—. Criasteis a un hombre increíble que, a pesar de sus defectos, tiene unos valores perfectos. Y, muy a mi pesar, igual que al vuestro, terminé enamorándome de él.

Puolhiry se queda unos instantes en silencio, completamente atenta a mí. No sé qué está pensando, no sé qué le ha parecido lo que acaba de escuchar. Entonces, sube su mano a mi mejilla y me acaricia lentamente, dedicándome una sonrisa cordial.

—Lo sabía —susurra—. Soy mujer también. Cuando nos enamoramos, surge un brillo en nuestros ojos y nuestro rostro que es imposible de ocultar.

Karanthir se pone en pie, mirándome fijamente.

—Zynael —me habla—. Creo que yo debo disculparme también.

Elwë y Kal'ladril miran a su padre con interés, mientras este se acerca a mí con un paso sereno y decidido. Noto mi cuerpo tensarse ligeramente frente a su presencia, es un hombre tan atractivo como imponente. Su cabello es oscuro como la noche, y sus ojos, son completamente contrarios a los de Kal'ladril. Sin embargo, hay algo muy igual en ellos: Sus gestos, su forma de mirar, su forma de moverse, y hasta su forma de hablar. Sin duda, el peliblanco se ha criado a su lado.

—Perdóname si alguna vez has sentido que te hemos faltado al respeto —procede—. No nos enorgullecemos por ello, y mucho menos ahora que sabemos lo importante que eres para nuestro hijo.

Asiento con la cabeza, aceptando de esta manera sus disculpas.

—No es que lo haya sentido, es que me lo faltasteis. Varias veces de hecho —Siento la necesidad de hacer el inciso—. Pero tal y como he dicho, os perdono a todos. Creo que ninguno de nosotros esperaba que esto pudiese acabar así, y sé que al principio yo tampoco os lo puse fácil.

Karanthir inclina galantemente la cabeza, agradeciendo mis palabras y tolerancia.

—Con respecto a lo ocurrido anoche en la plaza… —Nos mira a su hijo y a mí, de forma simultánea—. ¿De dónde salió ese fuego con el que varios

humas fueron calcinados? ¿Qué tipo de magia provocó tremenda llamarada?

Mi espalda se crispa de inmediato. Miro a Kal'ladril acelerada, necesitando encontrar en él la manera en la que salir de esta conversación. No tendría ningún problema con revelar mi don, pero él siempre me ha repetido que lo mantenga en secreto, que no revele mis mejores cartas hasta el momento de la batalla.

El aire cambia dentro de la tienda de campaña, cargándose de una repentina y alta expectativa por parte de Karanthir. Su mirada continúa clavada en nosotros.

—Decidme —insiste, con la firmeza de un rey que no tolera medias verdades—, ¿de dónde salió el fuego?

Vuelvo a buscar en el rostro de Kal'ladril alguna señal, necesitando comprobar si considera una buena idea que respondamos con la verdad. Pero su semblante sigue impasible. No hay miedo en él, ni duda, ni nerviosismo, solo la frialdad calculada de alguien que ha aprendido muy bien a manejar la presión. Así que me aferro a su temple como si fuese un ancla, tratando de controlar mi respiración.

Kal'ladril entreabre los labios finalmente, como si estuviera a punto de hablar, pero entonces Dai-sha da un paso al frente.

—Fui yo.

Todos giramos la cabeza hacia el hechicero.

—¿Tú? —Karanthir entrecierra los ojos, como si evaluara sus palabras, pareciendo ligeramente decepcionado con la respuesta—. No sabía que eras capaz de lograr algo como eso, Dai-sha.

El humano se encoge de hombros con una calma fingida.

—No fue cosa de magia. Ya sabes, no soy mago, ni brujo —se excusa, utilizando ese argumento al que tantas veces ha acudido—. Fue una de mis pociones. Un compuesto que, al estrellarse contra el suelo, provoca una reacción ígnea instantánea.

Karanthir ladea la cabeza con lentitud, escrutando cada gesto de su hechicero real.

—¿Y estabas allí? —la duda en su voz se hace evidente—. Porque, si mal

no recuerdo, cuando te pregunté por mi hijo antes del evento, dijiste que no lo habías visto.

Dai-sha sonríe con esa soberbia tan suya.

—Porque en ese momento no lo había visto todavía. Pero sabía dónde iba a estar.

Un silencio cargado de significado cae sobre la tienda. Karanthir no parece satisfecho con la respuesta.

—Es decir… me mentiste.

Dai-sha sacude la cabeza con completa tranquilidad.

—No —rechaza—. Me preguntaste si lo había visto, y te respondí la verdad. Lo que no hiciste fue preguntarme si sabía dónde podrías encontrarlo.

Kal'ladril agacha la cabeza, reprimiendo una sonrisa con sutileza, disimulando lo mucho que le ha gustado escuchar esta respuesta. Pero sus ojos brillan con aprobación, reconociendo de nuevo a su mejor amigo. Su padre, en cambio, suspira con exasperación.

—¿Y dónde fue? ¿Dónde estuvisteis?

Antes de que Dai-sha pueda seguir inventando, Kal'ladril decide intervenir.

—En la ciudad, en una taberna —contesta—. Bebiendo.

Elwë, que hasta ahora había permanecido en silencio, decide involucrarse en la conversación.

—¿Bebiendo en una taberna wolftundiana? —parece sorprenderse—. ¿Tú, Zynael, Dai-sha… y quién más?

—Los aldeanos humanos de Drilembiyr'h y la nyëlkhem amiga de Zynael —aclara.

Elwë parpadea, procesando la respuesta. Se inclina hacia adelante, apoyando un codo sobre su rodilla, y nos mira de uno en uno a los tres.

—Vaya… —Inspira profundamente—. Yo jamás habría podido hacer algo así. ¿Lo pasaste bien, zalèüh? No te imagino brindando con humas de Wolftundur en una taberna.

Dai-sha le dedica una sonrisa traviesa a su expareja.

—Ay, mi queridísimo Elwë, siempre tan recto y estirado. Claro que no, tú nunca has sido tan divertido como tu hermano.

Elwë alza una ceja.

—¿Ah, no? —murmura—. Lo dices ahora, ¿verdad?

—No. Lo he dicho siempre —se defiende Dai-sha—. Eres

demasiado refinado para disfrutar del alcohol fuera de tu palacio. Las tabernas son lugares demasiado mundanos para alguien con una sangre tan pura como la vuestra —su sarcasmo y su ataque son demasiado evidentes.

Kal'ladril oculta su diversión tras una fingida tos, pero Karanthir no se toma la burla con tanta gracia. Su mirada gélida recae sobre Daisha con una advertencia silenciosa, antes de regresar a su hijo.

—Lo que quiero saber, Kal'ladril, es qué fue lo que pasó realmente anoche —vuelve a centrarse en lo sucedido en la plaza—. Entiendo que fue un evento vomitivo. De hecho, hasta agradecí que lo detuvieras, y que algunos humanos despreciables desaparecieran en el proceso. Pero lo que no logro comprender es por qué reaccionaste de esa manera.

El aire parece espesarse más. Karanthir se da la vuelta y se dirige de nuevo a su sillón, junto a Elwë.

—Vi rabia en ti, hijo —continúa cuando vuelve a sentarse—. No solo deseo de intervenir, sino una furia visceral. Algo más que simple repulsión. Fue personal, y quiero entender por qué.

Kal'ladril permanece en silencio. Su mandíbula se tensa y sus manos se cierran en puños, pero no dice nada.

—¿Lo habías hecho antes? —insiste—. Me refiero a comerte a alguien en tu forma animal, en lugar de solo matarle.

El elfo de cabello blanco niega con la cabeza sin dudar.

—Jamás.

—Entonces dime, hijo, ¿a qué se debió esa reacción?

Kal'ladril alza la mandíbula, tratando mantenerse inalterable frente a la pregunta de su padre.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Se sorprende el antiguo rey.

—No —mantiene él—. Mi razón dejó de funcionar incluso antes de transformarme. Era yo, pero a la vez no. Fue… extraño —intenta explicarse —. No desapareció mi voluntad, pero fue como si trabajara de la mano de la rabia del animal.

Karanthir entrelaza las manos frente a su boca con los codos reposando en los apoyos de su sillón, pensativo.

—Eso no tiene sentido —murmura—. Pasamos años entrenando tu autocontrol. Desde el día en que descubrimos tu don, cuando aún eras un bebé, hemos estado trabajando que tus emociones jamás te perdieran dentro de él.

—Lo sé —admite Kal'ladril—. Pero algo ha cambiado.

Karanthir lo observa en silencio, evaluándolo.

—¿Qué ha cambiado? —insiste—. Siempre has tenido un temple admirable, hijo. Dime cómo te sientes para que pueda entenderte.

Kal'ladril desvía la mirada hacia el suelo y, por un momento, temo que no vaya a responder. Pero finalmente se decide.

—Me siento diferente.

—Explícate, por favor.

—Solo… —El peliblanco parece buscar en su interior la respuesta correcta. Aunque puede que ni él mismo la sepa—. Siento mucho veneno dentro. Me he vuelto más irascible, más impulsivo. Es como si cualquier pico emocional me poseyera más rápido de lo normal.

Karanthir exhala. Su expresión se torna más intrigada, más grave.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un tiempo, no sabría decirte cuánto. Pero sin duda, mi maldición ha cambiado. Ha evolucionado —revela por fin—. No sé si para bien, o para mal, pero ahora incluso soy capaz de controlar la zona de mi cuerpo que quiero transformar.

El rey hace una pausa. Su mirada muestra su sorpresa.

—¿Y aún así sigues llamándolo maldición?

Kal'ladril muerde su labio inferior, frenando su respuesta. No parece

confiar en que vayan a comprender sus razones a pesar de que las argumente.

—Zynael y yo conocíamos a la chica que decapitaron —cambia de tema repentinamente—. Por eso reaccioné. Intenté salvarla, pero fue demasiado tarde.

Inspiro y retengo el aliento. Miro a Karanthir y después a Elwë, pero ninguno hace ninguna expresión que alarme. Ambos reyes, y la madre, se mantienen estables e inalterables.

—¿Quién era?

Los ojos de Kal'ladril brillan con una sombra de dolor.

—Una niña fugitiva. Nos encontramos con ella hace tiempo, antes de cruzar el río Jhaskuun —les confía su historia—. Vino buscándome para pedirme un pase a Drilembiyr'h, quería vivir en paz sin tener que esconderse. Sus padres la abandonaron y...

—¿Un pase a nuestro reino? —le corta Elwë, sorprendido por lo que acaba de escuchar—. ¿Y se lo diste? ¿Siendo una ladrona? ¿Es que quieres llenar Drilembiyr'h de mugre wolftundiana? Ya nos va a costar enderezar a estos degenerados, como para que ahora abramos también nuestras tierras a este tipo de gentuza. Allí por lo menos ya están más educados.

—Me ayudó, Elwë —responde Kal'ladril con actitud, enfrentando la negatividad de su hermano—. Me dijo dónde se encontraban los bul'lohís en las Tierras Salvajes del Norte. Y fue gracias a su resguardo que pudimos continuar con nuestro camino.

—¿Eso fue antes o después de que le dieses el pase? —duda el nuevo rey.

—¿Acaso importa? —Se molesta Kal'ladril—. Ya no está.

—Espera —interrumpe Puolhiry de repente—, ¿has dicho que estuviste con los bul'lohís? ¿De verdad?

Kal'ladril gruñe, cansado del interrogatorio en el que de repente se ha visto envuelto.

—Sí, sí, sí —Su frustración es evidente—. Y también nos enfrentamos a un grupo de íkkrols que estuvo a punto de matarnos, y me cortaron el brazo de cuajo. ¿Es que queréis que os narre cada cosa que nos ha pasado?

¡El camino ha sido muy largo!

—¿Te cortaron el brazo? —Se espanta su madre, llevándose las manos a la boca.

—¡Pero lo recuperé! ¡Mi maldición! ¡No estoy manco! ¡¿No lo ves?! —exclama Kal'ladril exasperado—. Me lo cortaron cuando estaba transformado y volvió a crecer cuando volví a la normalidad.

—Eso es alucinante, hijo mío —Karanthir vuelve a ponerse en pie, acercándose de nuevo para admirar a Kal'ladril de cerca—. Tu don ha evolucionado hasta alcanzar puntos que ni siquiera yo habría imaginado… Es normal que tu cuerpo se sienta distinto.

Kal'ladril respira hondo, volviendo a retomar la calma. Sé que debe sentirse muy cuestionado, pero me alegra que finalmente se esté abriendo con ellos. Así, tal vez, puedan entenderle más a partir de ahora. —Esta ropa…, y esa tiara que lleva Zynael —murmura de repente.

Su hijo y yo nos tensamos al instante—. ¿Os las trajisteis de Cinnadaoin?

Tarda un instante en responder a su padre, pero termina asintiendo.

—Sí —miente.

Karanthir lo mira de arriba abajo, y después a mí, terminando su análisis en esa piedra que decora la sagrada diadema.

—¿Sabéis a quién pertenecieron? ¿Sois conscientes?

—A Onal'lia, ¿verdad? —mi voz sale con seguridad de mi garganta. Mientras protejamos la existencia de Avaldur'h, no tengo nada que ocultar —. ¿Os sentís ofendidos porque la lleve? Simplemente me pareció bonita, y me la quise quedar.

El rey mantiene su atención en mis ojos, guardando el silencio durante un instante. Respiro hondo y guardo la calma, sosteniéndole la mirada sin flaquear. Hasta que, finalmente, vuelve a relajarse y me sonríe.

—En absoluto —su respuesta es clara y directa, tan decidida que no me da pie a dudar de que no sea sincera—. Es solo una joya. No significa nada.

Kal'ladril me mira de reojo y asiente sutilmente, como si quisiera agradecerme o dedicarme su aprobación a mi iniciativa.

—Lo único que me preocupa de todo esto —añade, comenzando a caminar de un lado a otro, centrándose ahora en su hijo—, es que no

pareces arrepentido.

—¿Arrepentido de qué? —gruñe Kal'ladril.

—De, una vez más, habernos mentido —Karanthir se planta frente a él —. ¿Por qué te sentiste atacado anoche? ¿Acaso no sabes lo impactante que fue para nosotros verte aparecer de repente en esa plaza, transformado en una versión de tu jalaion'h muy superior a la que nosotros conocíamos, y mirándonos como si también quisieses retarnos?

—¿Cómo esperabais que os mirase? No sabes el rechazo que me causó veros allí, postrados en ese balcón con la cabeza en alto, como si estar en un evento como ese fuese un orgullo —Kal'ladril aprieta sus puños y da un paso hacia su padre, acercándose más a él, demostrando su actitud—. Sentí tanta rabia, que por un momento os tuve asco.

—¿Piensas que nos estaba gustando la atrocidad que se estaba celebrando? —Karanthir no duda en defenderse—. Nosotros también hemos ejecutado a prisioneros que se han saltado nuestras leyes, pero no somos unos salvajes. Por supuesto que no nos sentíamos cómodos estando presentes en algo así.

—Sin embargo coronasteis allí a mi hermano.

—¡Era pura estrategia! —se explica—. ¡Aunque fuese un evento repugnante, era la oportunidad perfecta para que todos viesen la grandeza de Elwë!

Kal'ladril aparta la mirada y tensa la mandíbula, de nuevo silenciado por esa excusa que parece seguir sin convencerle.

—Hijo —Karanthir lo agarra por los hombros, obligándole a volver a mirarle—. No has sido capaz de disculparte con tu hermano, ni siquiera lo has felicitado. No te presentaste a pesar de que te dije que celebraríamos algo importante. Nos tuviste como unos idiotas buscándote hasta que finalmente nos dimos por vencidos. Hubiese preferido que fueses transparente conmigo.

—¿Habría servido de algo? —la voz del peliblanco suena gutural, viniendo del fondo de su rabia—. Te he dicho mil veces que estoy harto de tener que fingir delante de Kèstiron. ¡Lo detesto! ¡Cada vez que lo miro debo controlar mis ganas de matarle! No puedo sonreírle como hacéis vosotros, ni siquiera falsamente. Sigo recordando cada día los golpes que

me dio, las uñas que me arrancó, y lo que ordenó que le hiciesen a Zynael.

Karanthir vuelve a soltarle y respira profundamente, pareciendo comprender la frustración de su hijo.

—Cada vez que os veo con él, hablando como si nada hubiese pasado, me hierve la sangre —continúa expresándose, ahora con un tono más relajado—. Sé que no puedo eliminarlo todavía, sé que debo esperar para no empezar una guerra civil con Wolftundur. Sé lo que hay en juego si me pongo contra él, créeme, me contengo cada día. Pero lo siento, no soy tan bueno actuando. Con él no puedo.

—¿Crees que nosotros no lo odiamos por lo que te hizo, zalèüh? —Elwë se pone en pie finalmente y comienza a acercarse a Kal'ladril, colocándose junto a su padre frente a él—. Desde que supe lo que te había hecho, sueño con verlo muerto. Si fuese por mí, ya habría estallado una guerra porque lo habría metido de cabeza en ese horno que tiene decorando la entrada de su castillo. Pero tú siempre has sido mucho mejor que yo. Tú eres mucho más racional, inteligente y premeditado.

Kal'ladril lo mira fijamente, respirando hondo, manteniendo el temple.

—Ya no sé si sigo siéndolo.

—Claro que lo eres —Elwë apoya su mano en la mejilla de su hermano menor—. Solo estás enfadado con el mundo, porque te han pasado demasiadas cosas horribles.

Entonces lo abraza. El peliblanco tarda unos instantes en reaccionar, pero enseguida le responde de la misma manera. Rodea a Elwë con fuerza, disfrutando de esta especie de reconciliación. Y es evidente cuantísimo la necesitaban ambos.

—Yo… —murmura Elwë, hundiendo su cara en el hombro de Kal'ladril—. Lo siento. Siento mucho cómo reaccioné después de aquel nombramiento que te concedió. No tengo excusa, la verdad. Es este reino de mierda el que me pone de muy mal humor.

—Aquello ya está perdonado —Kal'ladril lo agarra por los hombros y lo separa de su cuerpo, necesitando mirarlo a los ojos—. Eres tú quien debe disculparme. Eres rey, por fin, y ni siquiera he sido capaz de decirte lo mucho que me alegro por ti.

Elwë sonríe. El brillo de sus ojos demuestra lo emocionado que se siente. Incluso yo, que en el fondo creía detestarlo, me siento aliviada al ver este acercamiento entre ellos. Me cruzo de brazos y me fijo en Daisha, que se ha dado la vuelta para no prestarles atención. Tal vez no quiera reconocer y revivir esa versión del sygära que le enamoró.

—Así… —susurra Karanthir—. Así quiero veros siempre.

—Malèüh… —Kal'ladril suelta a su hermano y se gira hacia él—. Siento de verdad todos los enfrentamientos que hemos tenido recientemente. Lo único que quería era…

—Tranquilo, hijo —le frena—. Lo sé. Lo sabemos. No vamos a pelearnos más. Creo que has podido ver que hemos reflexionado.

Miro a Kal'ladril con una amplia sonrisa dibujada en mis labios. Estoy feliz por él. Me gusta saber que ese peso que tanto le atormentaba ha comenzado a disminuirse sobre su espalda. Su familia lo respeta, y respeta lo nuestro, y por el cambio tan increíble que han demostrado, yo también los respeto a ellos.

Como si hubiese notado mi atención clavada en él, se gira hacia mí y entorna la mirada con cariño. Algo en su forma de observarme parece darme las gracias por haber sabido perdonarles, y por haber pensado en él dejando mi orgullo de lado.

—Bueno —concluye Karanthir, mirándonos a Dai-sha, a Kal'ladril y a mí —, creo que ya está todo aclarado. ¿No es así? ¿O hay algo más, que pueda ser importante, y que nos queráis decir?

Kal'ladril rechaza con la cabeza, sintiéndose satisfecho con la manera en la que ha concluido todo.

—Todo claro, malèüh. Agöralhi og deol.

Karanthir se lleva el puño al corazón en respuesta, devolviéndole el respeto, dejando zanjada así esta conversación que tanto habían necesitado.

—Creo que debo ir al campo de entrenamiento —Kal'ladril endereza su espalda y se gira hacia mí—. Debemos seguir entrenando junto al Ejército Dorado, y debo seguir formando a esos humas descerebrados.

Elwë y sus padres asienten, concediéndole el permiso.

—Tal vez te encuentres con una sorpresa —El nuevo rey se cruza de brazos, dedicándole una sonrisa burlona a su hermano—. Una que no te esperas.

Kal'ladril frunce el ceño.

—¿Cómo se llamaba la que iba a ser tu esposa? —plantea Elwë.

Y al instante mi espalda se crispa.

—¿Hansley Mustadril?

—Eso, Hansley —Asiente Elwë—. La hermana rechazada y plantada de mi futura esposa, Nenya.

—¿Qué ocurre con Hansley? —se molesta Kal'ladril, arrugando la nariz.

—Pues que al parecer ahora quiere formar parte del ejército aliado, y se ha sumado al entrenamiento. Así que debe estar por ahí —anuncia con completa indiferencia—. Según me ha contado Nenya, se pasó toda la noche llorando por ti, y quiere aprender a pelear y participar en la guerra para impresionarte. Creo que quiere parecerse más a ella —Me señala con un leve gesto de cabeza.

—¿A mí? —Enarco una ceja.

—Sé inteligente, nyëlkhem —Se burla Elwë, como si esto le divirtiese—. Kal'ladril ha cancelado su matrimonio por ti. Le has quitado al hombre con el que había estado soñando toda su vida. Va a llegar hasta el final para intentar recuperarlo.

Siento un nudo en la garganta comenzando a cerrarse. No siento miedo de esa sygära de familia noble, pero el hecho de que quiera iniciar una guerra conmigo, por Kal'ladril, me causa bastante rechazo.

—Vaya ridícula —escupo con rabia.

—Me parece estupendo que quiera unirse a la alianza, será una espada más. Pero en el poco tiempo que queda no va a aprender a luchar —añade Kal'ladril, pareciendo preocupado por ella—. Además, no he roto nuestro compromiso porque no sepa pelear. Por mucho que ahora lograse dominarlo, no voy a retomar nada con ella. Elegí a Zynael porque lo nuestro es especial

—Y real —añado, cruzándome de brazos—. Recordemos que a Hansley jamás la conoció fuera de lo sexual. Y encima ni siquiera pudo centrarse en

ella, porque estaba repartido entre las dos hermanas.

Kal'ladril me mira de reojo, notando mi repentino reproche al recordar aquella anécdota que viví al comienzo de nuestra historia. Elwë se echa a reír, pareciendo divertido por mi forma de reaccionar.

—¿Mi hermano se ha vuelto monógamo, por casualidad? —Le pega con el codo a Kal'ladril, intentando provocarle—. Y yo que pensaba que era la nyëlkhem la que habría tenido que adaptarse a ti.

El peliblanco rueda los ojos.

—Zalèüh, malèüh, dàmaïr, Dai-sha… Hasta luego —zanja el tema, dándose la vuelta para marcharse de la tienda—. Hablaré con Hansley si la veo.

Elwë vuelve a reírse a carcajadas y yo salgo corriendo detrás de Kal'ladril, volviendo a salir al exterior.

Me coloco a su lado para caminar juntos entre sus hombres, dirigiéndonos al campo de entrenamiento para iniciar con la que va a ser nuestra rutina hasta que empiece la guerra. Veo sus ojos girarse hacia mí un par de veces, como si estuviera esperando.

—¿Quieres decirme algo? —murmura Kal'ladril.

—¿Quieres tú que lo haga? —juego con él, inclinando una ceja con altanería.

—Voy a ayudarle a aprender a luchar, si realmente es lo que quiere —me avisa—. Pero le dejaré las cosas muy claras. Puedes estar tranquila con eso.

—Lo sé —Asiento, muy segura de él y de lo nuestro.

Uno de sus hombres grita su nombre para llamarlo y se detiene. Lo reclaman, necesitando que se reúna con ellos para verificar y confirmar una nueva estrategia de combate que algunos de los generales del Ejército Dorado ha planificado.

Sus ojos, brillantes como el metal de su espada sagrada, se dirigen a mí por última vez en ese gesto breve de despedida. Sonrío y asiento, haciéndole saber que estaré bien, y rápidamente se marcha con ellos.

Miro a mi alrededor, tratando de decidir a qué grupo de entrenamiento unirme. Nuestros amigos aún no han llegado, así que finalmente me acerco a un escuadrón conformado únicamente por soldados dorados, y para mi

sorpresa, vuelven a recibirme con honor.

Sus puños se clavan en sus corazones tan pronto se dan cuenta de mi presencia, poniendo en pausa sus movimientos, inclinando sus cuerpos hacia delante con infinito respeto. Y de nuevo, repiten esa palabra a la que no creo que sea capaz de acostumbrarme.

—Mi señora.



Zynael
16

El sonido de mis dos dagas chocando contra la espada del soldado dorado retumba en el aire. Mi respiración es profunda y controlada, mis músculos están tensos por la concentración. Frente a mí, el sygära avanza con pasos calculados, midiendo cada uno de mis movimientos, buscando cualquier abertura en mi defensa.

La nieve sigue cayendo sobre el campo de entrenamiento, sin dar tregua, acumulándose sobre las armaduras de todos los presentes. El yelmo de mi rival, o compañero, oculta su rostro. Sus ojos parecen jóvenes e intensos, y me siguen con atención, observándome con hambre de victoria y también con profundo respeto. Su postura es la de alguien que ha aprendido bien las lecciones impartidas por un gran maestro. Me reta con cada golpe, con cada finta, buscando superar mis reflejos, intentando encontrar un ángulo, un descuido. Pero yo no le doy tregua.

Me deslizo con rapidez, esquivando un tajo dirigido a mi flanco izquierdo y, girando sobre mí misma, lanzo una estocada que lo obliga a retroceder. Logra bloquearme a tiempo, produciéndonos una intensa vibración en los brazos. Suelo contener la emoción cuando entreno, pero en este momento no puedo evitar sonreír. Me gusta esto. Me gusta la sensación de probar mis límites.

—Eres bueno —le felicito, tomándome unas confianzas que todavía no me había dado—. Muy bueno.

Los ojos marrones del misterioso sygära parecen sonreírme, disfrutando también con la compañera de entrenamiento que le ha tocado.

—Gracias nyëlkhem —Se escucha su voz bajo su casco metálico—. Lo sé.

Nos movemos en círculos, removiendo la nieve bajo nuestros pies,

mezclándola con el barro al que cubre. Él amaga un ataque bajo, y en el último instante cambia su ángulo, buscando mi hombro derecho. Lo veo venir y lo bloqueo justo a tiempo, girando la muñeca para redirigir su fuerza y desviar su filo. Contraataco con una serie de golpes rápidos, sintiendo la adrenalina recorriendo mi cuerpo, pero logra responder con fiereza. Y de repente, nos vemos envueltos en un ritmo cada vez más frenético.

Finalmente, en un último movimiento, ambos lanzamos nuestras estocadas finales al mismo tiempo. Su filo se detiene justo al ras de mi cuello; mi daga también presiona su yugular. Nuestros ojos se encuentran y, por un instante, el mundo se detiene.

—Vaya, es evidente quién te ha entrenado —murmuro, manteniendo la posición.

A través de la apertura de su reluciente yelmo, veo sus ojos brillar con algo parecido a la diversión. Asiente en silencio, y algo me dice que ha vuelto a sonreír.

—Increíble, nyëlkhem —responde justo después de tomar aire, volviendo a alejarse—. Es evidente al lado de quién has estado peleando últimamente —me devuelve el cumplido.

Guardo mis dagas en su sitio y lo miro de arriba abajo, burlona.

—¿Ah, sí? —pregunto con una ceja alzada, aún recuperando el aliento —. ¿Y qué significa eso exactamente? Yo ya luchaba así antes de conocer a Kal'ladril.

—¿Seguro?, es un infierno intentar alcanzarte —Envaina su espada.

—Bueno... —Sonrío de lado—. Es posible que tu capitán general sí haya tenido algo que ver.

—Ahora es cuando debo hacerme el sorprendido, ¿verdad? —me continúa la broma—. Reconocería en cualquier guerrero esa forma de angular las muñecas.

Dejo escapar una risa llena de ironía.

—Para haber sido tan evidente, y ser tan experto en el tema, te ha costado mucho verme llegar —Dejo todo mi peso apoyado en una pierna y me cruzo de brazos, mirándolo con guasa.

El sygära estalla en una carcajada y asiente, dándome la razón.

—¿Vas a fanfarronear habiendo terminado en un empate? —Alza su barbilla—. A la próxima no te lo pondré tan fácil.

—Estoy deseando verlo —respondo con orgullo—. A ver si a la próxima por lo menos me haces sudar.

Parece estar a punto de responderme cuando una voz firme y llena de autoridad interrumpe nuestra conversación.

—Soldado.

El sygära se endereza de inmediato, girándose hacia la figura que se acerca con paso decidido. Creo reconocer de inmediato al dueño de esa voz y me doy la vuelta hacia él. Esos ojos negros y ese caballo castaño claro asomando bajo su casco perfectamente dorado. Fëirdel. El general encargado de la ciudad de Irdhün.

—La nyëlkhem Zynael.

Mis sospechas quedan confirmadas cuando se quita el yelmo, dedicándome una sincera sonrisa, llevándose el puño al corazón en un gesto de respeto y bienvenida. Por alguna razón, me alegro de volver a encontrármelo, y mi rostro lo demuestra. Incluso a pesar de que estuvo a punto de atravesarme con una flecha.

—General Fëirdel.

—Qué inmenso placer —dice, con una expresión sincera—.

¿Cómo habéis estado? He oído muchas cosas sobre ti últimamente.

Levanto una ceja con curiosidad.

—Pues espero que sean buenas.

Él no responde de inmediato. Sus ojos buscan a alguien más en el campo de entrenamiento, y cuando parece encontrarlo, su expresión se suaviza con diversión.

—Ya sabes —susurra, tomándose las confianzas de un amigo—.

Se comenta que Kal'ladril te ha elegido.

Su afirmación no me toma por sorpresa.

—Imagino que esos *comentarios* son los causantes de que ahora todo el mundo haya empezado a tratarme con un respeto especial.

Fëirdel observa mi tiara por un instante. No sé si la reconoce o si simplemente le parece hermosa, pero sea como sea, enseguida vuelve a centrarse en mí y asiente.

—Bueno, eres la amante oficial de nuestro capitán general y estás luchando a nuestro lado —apunta—. Eso te convierte en una líder más.

Parpadeo, sorprendida.

—Además, habéis matado juntos al dragón. Eso te colma de honor —continúa con calma—. Todos los que te han visto pelear añaden que eres una guerrera increíble, y entre soldados nos respetamos.

—¿Y mis paisanos? —me intereso—. Los nyëlkhems. También he escuchado que demostraron saber luchar.

Fëirdel asiente.

—Sorprendentes —confirma—. Tenemos suerte de poder contar con ellos. Yo mismo los acompañé a Dòstanit, y puedo asegurarte que están todos muy motivados.

Suspiro con alivio y felicidad.

—Ojalá la división entre razas termine tras la guerra —sueño en voz alta —. Ojalá se construyan nuevos puentes y las Tierras Salvajes del Sur vuelvan a llamarse las Tierras Libres. Ojalá en el futuro podamos abrir comercio y relaciones con vosotros.

Fëirdel me observa un instante y asiente.

—Estoy seguro de que así será.

Antes de que pueda responderle, veo cómo su expresión cambia de repente. Su espalda se endereza y su puño vuelve a su pecho en un gesto solemne. Siguiendo su mirada, me giro y encuentro la razón de su reacción.

Kal'ladril ha llegado junto a nosotros, acompañado por Thaeón, Jóngruf e Idril, que estaban entrenando con otro pelotón. Su figura, imponente como siempre, hace a su presencia imposible de ignorar.

—Dichosos los dioses, Fëirdel —él también parece alegrarse de verlo—. Pregunté por ti y me dijeron que estabas en Dòstanit.

Fëirdel vuelve a incorporarse y observa con alegría a su capitán general.

—Así era —confirma—. He llegado esta mañana. He vuelto para ayudar

a entrenar a los últimos grupos de humas.

—Sí… —Kal'ladril se cruza de brazos y mira a su alrededor, observando a esos humanos que siguen practicando sin descanso con cada uno de sus soldados—. Son todavía demasiados.

—Y la mayoría son ancianos, o jóvenes que no han cogido un arma en su vida… —Suspira Fëirdel—. Va a resultar complicado.

—No creas —rechaza Kal'ladril—. Los jóvenes son más vivaces y ágiles, y al ser vírgenes en la batalla, podemos curtirlos de cero con nuestro estilo. Los ancianos son los que menos temen a la muerte, y por lo tanto también los más valientes.

Fëirdel sonríe con satisfacción a su capitán, sintiéndose orgulloso de su respuesta.

—Tienes razón, sí. Por cierto… —Sus ojos lo repasan de arriba abajo—. Me alegra haber podido coincidir contigo, mi señor. Así he podido comprobar que lo que he escuchado era verdad. Estás... —¿Distinto? —se adelanta el peliblanco.

Fëirdel niega con la cabeza con firmeza

—No. Estás exactamente igual, pero mucho más espectacular.

Sonrío y me cruzo de brazos, sintiéndome feliz y aliviada por él. Me alegra infinitamente que todos sus hombres lo valoren realmente a pesar de sus cambios, y que se centren únicamente en sus valores y en quién realmente es. Me alegra infinitamente el respeto y el honor que demuestran sentir hacia Kal'ladril. Al fin y al cabo, el Ejército Dorado es uno de los pilares fundamentales de su vida.

El príncipe acababa de preguntarle a su general cómo ha estado, cuando una nueva voz irrumpe en la conversación. Un tono femenino y no muy seguro de sí mismo.

—Kal'ladril…

Me tenso de inmediato. Reconozco quién es sin necesidad de girarme hacia ella. La prometida de Kal'ladril, hasta que él mismo decidió ponerle fin.

Hansley.

La sygära de cabellos y ojos pardos se acerca con paso decidido hacia

nosotros.

—No me ha dado tiempo a avisarte… —me susurra Idril de forma privada, intentando disimular—. Estaba entrenando justo a nuestro lado. ¿Qué hace aquí?

—Tranquila, seguro que está a punto de explicarlo —Me cruzo de brazos, obligándome a mantener la compostura y a aparentar que no me afecta en absoluto.

Kal'ladril levanta la vista y gira su rostro hacia ella. Yo también lo hago, esforzándome en ignorar esa punzada de incomodidad que se ha instalado en mi pecho.

Lo primero en lo que me fijo es en su atuendo. Ya no lleva los vestidos sygäras con los que habíamos podido verla en las veces anteriores. Nada de seda bordada ni capas vaporosas con detalles intrincados. En su lugar, viste unos pantalones de cuero negro ajustados, y una parte de arriba también de cuero marrón que se ciñe a su torso con firmeza, marcando su delgada y alta figura. Pero lo que más llama mi atención, es la espada y el arco que descansan en su espalda, armas imponentes de una calidad innegable.

Kal'ladril también la observa con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—No esperaba verte vestida así —comenta, sin rastro de burla—. Aunque para empezar, jamás habría esperado verte aquí.

Hansley sostiene su mirada y alza ligeramente el mentón.

—Pensaba que te habrían avisado. He tomado la decisión de aprender a pelear —dice con convicción—. Y para ello, tengo que adaptarme en todos los sentidos.

Kal'ladril asiente lentamente, analizando su postura y su expresión.

—Tus armas son caras —apunta—. Y demasiado pesadas para una novata.

—Quiero aprender con lo mejor —replica ella de inmediato, sin titubeos.

Por un instante, nadie habla. Solo se escucha el frío viento que se cuela entre nosotros, arrastrando copos de nieve, dejando una sensación de incomodidad latente.

—Te había estado esperando —Hansley cambia el peso de un pie a otro.

Sus ojos recorren al completo el cuerpo del que iba a ser su esposo—. Pensé que vendrías a por mí… Pero te has quedado hablando con estos humanos y esta mestiza.

Su mirada se desliza sobre Thaeón, Jóngruf e Idril sin ningún tipo de maldad. La mano de mi mejor amiga me agarra, como si quisiera ayudarme a mantener la compostura.

Kal'ladril suspira y sacude la cabeza.

—Ni siquiera me había percatado de que estabas ahí —responde con un tono muy neutral—. Lo lamento, Hansley. Iba a ir a buscarte más tarde.

Ella sonríe con una ternura forzada. Es evidente que se siente mucho más dolida de lo que intenta aparentar.

—Bueno, pues ya estoy aquí —Avanza un paso hacia él y lo mira a los labios, como si los demás ni siquiera estuviésemos ahí. Como si yo no estuviese ahí—. Creo que, en cierto modo, merezco una explicación. Antes de que Kal'ladril pueda responder, Fëirdel interviene.

—Soldado —le dice al sygära con el que había estado entrenando—, no hacemos nada aquí. Volvamos a lo nuestro.

El soldado dorado asiente, mira a su capitán general llevándose el puño al corazón, y, tras dedicarme lo que parece un guiño, se da la vuelta volviendo junto a sus compañeros de escudo.

—Nos veremos pronto, mi capitán. Ahora voy a seguir con mi trabajo. Ha sido un honor que volvamos a encontrarnos —Se despide también Fëirdel antes de marcharse, dejándonos a los demás con esta incómoda situación.

Kal'ladril exhala despacio y mira a Hansley con serenidad.

—Entenderás que este no es el momento para hablar.

—¿Cuándo, entonces? —la necesidad de la noble es evidente—. Han pasado varios días desde que volviste, y todavía no lo has intentado.

—Tampoco hay demasiado por explicar. Siempre has sabido que no quería casarme.

Hansley aprieta los labios, pero mantiene la compostura.

—Pero íbamos a hacerlo igualmente, ¿no?

—Fui claro contigo y con tu hermana desde el principio —le recuerda

Kal'ladril—. Aquella vez que estuvimos juntos, los tres, os dije que para mí era solo era una obligación que debía cumplir por tradición.

Hansley parpadea lentamente, como si esas palabras, ya dichas antes, le dolieran de una manera nueva.

—Pero habías accedido a hacerlo. Íbamos a casarnos —incide ella de nuevo, con una sombra de amargura en la voz—. ¿Qué ha cambiado para ti? Elwë estaba en tu misma situación, y aun así mantiene su compromiso con Nenya.

—Para Elwë, la cultura, la sangre y la tradición son lo más importante —responde Kal'ladril sin dudar—. Te dije que te había tocado el príncipe equivocado. Yo no soy como mi hermano, y he elegido seguir a mi corazón.

Hansley se queda callada por un momento, y luego me mira directamente.

—¿Y qué es lo que te ha pedido el corazón? —la pregunta va para Kal'ladril, sin embargo sigue mirándome a mí—. ¿Vas a casarte con ella?

—Sujeta las riendas —me meto sin poder evitarlo—. ¿Por qué hablas de cosas que ni siquiera se han mencionado? No crees conmigo una competición, porque no la hay.

Hansley me observa con una mezcla de resentimiento y tristeza.

—Zynael, ¿verdad?

No respondo.

—¿Alguna vez te han roto el corazón? ¿Eres consciente de lo mucho que duele? —plantea—. No intento competir contigo, solo quiero entender qué es lo que ha cambiado.

—No es tan difícil, Hansley —le explico—. Simplemente nos dejamos llevar, y sin que pudiésemos evitarlo, nuestros sentimientos evolucionaron y nos atraparon.

—A mí no me habría importado nunca lo que Kal'ladril hiciese con su intimidad —continúa, girándose de nuevo hacia él—. Lo hablamos antes de que os marchaseis. Somos sygäras, jamás te habría reclamado nada. Podrías haber seguido viéndola. Siempre.

Kal'ladril suspira, mostrando su cansancio.

—No se trata de ti, Hansley. El que ha cambiado he sido yo —Su mirada

dorada se afila con intensidad—. Sé que es poco común entre los nuestros, pero siento que quiero cerrar mis relaciones a una sola mujer. Y esa mujer es Zynael.

Hansley se queda en silencio y pierde su mirada en el suelo, mostrando un sentimiento de comprensión que jamás habría esperado ver. Por un instante, en el brillo de sus ojos emocionados, veo el reflejo de su buen corazón.

De repente, me siento mal por ella. Realmente parecía haber soñado con su historia junto a Kal'ladril, y de una forma u otra, soy la culpable de que se haya acabado. El peliblanco da un paso hacia su ex prometida, acortando la distancia entre ellos, sintiéndose igual de responsable que yo.

—Hansley, mírame, por favor —Lleva su mano a su barbilla, alzándola para que vuelva a prestarle atención—. Siento haber desbaratado tus planes y tus sueños conmigo.

—Tranquilo, ahora te entiendo… —le susurra, demostrando un verdadero sentimiento hacia él—. Sé lo que es desear una exclusividad. Lo he vivido contigo cada día desde el momento en el que te presentaste en mi puerta.

Kal'ladril se mueve con incomodidad y desvía la mirada, buscando una salida a esta conversación. El nudo de mi garganta se hace todavía más grande tras esta confesión.

—Qué irónica es la vida, ¿no crees? —Sonríe Hansley con pesar— . Yo deseándote solo a ti, obligándome a mantener nuestras abiertas costumbres para no espantarte, y resulta que tú estabas empezando a sentirte igual con otra mujer.

—No tiene sentido seguir hablando de esto —Se queja él—. Ahora es momento para entrenar. Te buscaré más tarde para enseñarte a pelear.

Sin esperar ninguna respuesta, se despide de nosotros con una leve inclinación de cabeza y se aleja, huyendo de esta incómoda conversación, retomando sus labores como capitán general. Hansley respira profundamente, continuando con su mirada clavada en él, hasta que finalmente vuelve a girarse hacia mí.

—No tengo nada en tu contra, nyëlkhem Zynael —murmura con aparente sinceridad—. Me pareces una mujer muy admirable. Conozco

algunas de las cosas por las que has pasado, y admiro mucho lo fuerte que sigues pareciendo ser.

Tenso mi mandíbula, manteniéndome alerta ante ella. Que una persona a la cual no conozco me halague, nunca me resulta algo positivo.

Sé que siempre hay un *pero* después.

—Pero… —continúa. «Lo sabía»—. Realmente te compadezco.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —Frunzo el ceño y la miro de arriba abajo, intentando mantener la calma—. Que me compadezcas por algo, tú a mí, me resulta bastante insultante. Así que espero que te expliques.

Hansley suspira, sintiendo verdadero pesar.

—Deja de mirarme así —le advierto—. Separa esa expresión penosa de mi cara.

—Eres fuerte, muy fuerte… —Su mirada se entorna de nuevo, como si se apiadase de mí—. Ojalá los dioses lo vean y te den otra oportunidad. No sabría ni querría estar en tu lugar, la verdad —Y antes de que pueda siquiera reaccionar, se marcha en dirección contraria, volviendo al lugar donde pretendía entrenar.

Me quedo en completo silencio, mirándola mientras se aleja hasta perderse de nuevo entre varios de los hombres del Ejército Dorado. Me siento tan fuera de lugar, que ni siquiera soy capaz de analizar lo que acaba de insinuar.

—¿Qué demonios…? —gruñe Thaeón, aparentemente molesto— . ¿Ha sido eso una especie de amenaza? Porque como realmente se haya atrevido, yo te juro que...

—Déjala. No merece la pena perder el tiempo en ella —suspiro— . Aguanto a monstruos como Kèstiron y sus hombres todos los días, guardándome la rabia y las ganas de matarlos. Esta elfa no va a sacarme de mis casillas.

Idril apoya su mano en mi hombro, sonriéndome con ternura. —¿Cómo estás?

—No tengo razones para estar mal.

—Eso no es lo que te he preguntado —Ladea su cabeza con insistencia

—. Sabes que se ha ido porque el tema le incomodaba, pero ha sido muy claro al explicarle sus deseos. Si ella vuelve a insistir, él volverá a pararle.

—Kal'ladril no me preocupa, Idril. Yo… —me freno, intentando evitar decir algo que pueda dolerle, teniendo en cuenta sus sentimientos hacia él —. Estoy tranquila.

—Tú… —Sonríe de nuevo, dándose cuenta de lo que me acaba de ocurrir —. Eres la mujer de su vida, Zyn.

—No iba a decir eso.

—Entonces, ¿hay algo más? —insiste—. ¿Estás bien?

Respiro profundamente y vuelvo a girarme hacia Kal'ladril, que está entrenando a sus hombres algo alejado de nosotros. El eco de sus gritos y sus órdenes resuenan en el aire helado. Mis ojos se quedan fijos en él.

Se mueve con precisión e impecable equilibrio. Sus ropas norteñas parecen hechas para él, como si desde siempre hubieran aguardado el momento en que su piel las reclamara. Su cabello trenzado se sacude con cada movimiento y en sus ojos habita algo que antes no estaba. O tal vez sí, pero oculto. Cada golpe que demuestra, cada postura que corrige, es una extensión de su voluntad y su ímpetu para ganar. No hay dudas en él, jamás, ni titubeos en su voz. Kal'ladril no solo es un maestro para cada soldado del Ejército Dorado, es un escultor. Los moldea, y ellos lo miran con la reverencia de quienes saben que están frente a alguien que ya es una leyenda.

La nieve se levanta a su alrededor, tan blanca en contraste con su apariencia, que incluso lo vuelve más imponente de lo que ya lo era antes. Amo a Kal'ladril, en cualquiera de sus formas. Pero en el fondo de mi corazón, aunque me cueste horrores reconocerlo, hay algo en todos sus cambios que realmente me asusta. O más bien, me preocupa.

¿Cómo será Kal'ladril Akhelbec'h dentro de unos ciclos? ¿A dónde lo llevarán esos impulsos a los que ahora está permitiendo ganar? ¿Hasta dónde crecerá su sombra?

Si miro atrás, a nuestro comienzo, ahora todo parece sencillo. Demasiado. Hemos vencido al dragón, la mayor y más aterradora de las bestias de Sauthriel; sus padres han aceptado los radicales cambios de su hijo, y se han disculpado conmigo; las miradas de desprecio se han

transformado en palabras de honor… Nada ni nadie amenaza con separarnos tras la guerra, si es que la ganamos, pero esa parte más desconfiada de mí sigue poniéndome en alerta, y sigue esperando el golpe. La vida nunca es tan generosa gratuitamente, y no sé cuánto pretende durar antes de cobrarse el precio.

Suspiro cuando desvío la mirada hacia los humanos que continúan con su formación, dándolo todo a pesar del frío en sus huesos y del miedo en su sangre. Se esfuerzan. Caen, y aunque muchos no vivirán lo suficiente para poner en práctica todo lo que han aprendido, y a pesar de que todos lo saben, vuelven a levantarse. No quiero pensar en cuántos de ellos morirán, pero sé que este blanco manto de nieve acabará cubierto por infinidad de cuerpos cuando la Segunda Gran Guerra nos alcance. Y no soporto imaginar que entre ellos pueda estar alguno de los míos, alguno de mis amigos. La pérdida de un ser querido jamás será algo a lo que pueda acostumbrarme. Tampoco quiero hacerlo. Aunque sé que tarde o temprano a todos nos llega nuestro momento, cada vez que lo pienso un nudo inmenso se adueña de mi pecho. ¿Y si es Jóngruf el próximo? ¿O Thaeón? ¿Y si pierdo a Idril? ¿Y si el destino está regalándome mis últimos momentos mágicos con Kal'ladril para después arrebatármelo?

Miro hacia arriba. La nieve sigue cayendo. Silenciosa. Persistente. Imparable. ¿Será un aviso? Tal vez Sauthriel esté enviándonos su mensaje. ¿Y si cada copo es el destino de estas tierras? ¿Y si esta repentina nevada augura un norte abriéndose paso, sepultando a todos bajo su manto blanco?

Idril sigue esperando mi respuesta. Me giro hacia ella finalmente, volviendo a la realidad. A mi propia mentira. Respiro hondo y sonrío de vuelta.

—Estoy bien.



CAPÍTULO 9
TIEMPO Y DESTINO.

Kal'ladril
22

La noche cede lentamente, pero no para dar paso a la luz, sino a un gris más claro, a una versión más deslavada de la misma penumbra que ha cubierto estas tierras durante este último ciclo lunar.

Sentado al pie de la cama, con los codos apoyados en los muslos, observo la nieve acumulada en la repisa de la ventana. No ha dejado de caer desde que empezó, hace alrededor de treinta amaneceres. O tal vez sean cuarenta. Días constantes de nevadas, salvo por esas efímeras treguas en las que el suelo apenas empezaba a recordar su color original, antes de volver a quedar sepultado.

Me fijo en esa gotera que, de nuevo, rebota con el agua que empieza a acumularse en el cubo. La fortaleza de Dòstanit no solo es antigua, también está muy descuidada. La habitación que nos cedieron a Zynael y a mí, tiene una chimenea que apenas dura encendida, y es casi tan fría como el exterior. Las piedras de sus paredes siempre están húmedas, y chillan con cada ráfaga de viento que se cuela al interior. Ya llevamos seis noches durmiendo aquí dentro, y cada día que pasa extraño más la comodidad de la intemperie.

De repente, el pensamiento de Ortheel, ese sygära de armadura oscura y sin rostro, vuelve a apoderarse de mi mente. Estoy tan cerca de mi rival,

que incluso diría que puedo olerle. Pasado mañana, la Séptima Luna gobernará finalmente el cielo.

Aprieto mis puños, sintiéndome completamente decidido. Noto mi cuerpo más fuerte que nunca. No tengo miedo, ni dudas. Incluso diría que siento ganas de que la guerra finalmente ocurra, como si un fuego impaciente me quemara por dentro. Quiero que todo estalle, sentir la adrenalina y conseguir la victoria. Tal vez sea un pensamiento suicida esperar con ansias una batalla como la que se avecina, pero para mí la espera es mucho peor que una pelea a muerte.

Un gemido ahogado detrás de mí me hace reaccionar. Me giro al instante y veo a Zynael revolviéndose en la cama con la respiración agitada.

—No… —murmura en sueños que parecen pesadillas—. Kal'ladril, no…

Me acerco sin dudarlo. Sus manos se cierran sujetando con rabia las sábanas, y su cuerpo tiembla.

—Sauthriel, por favor… —susurra con un rastro de pánico en la voz, y su expresión me parte en dos—. ¡Kal'ladril! —grita, llena de horror.

Toco su hombro con prisa, tratando de mantener todo el cuidado que puedo.

—Enana —le hablo con rotundidad, intentando hacer desaparecer su pesadilla.

Ella se sobresalta. Sus ojos grises se abren de golpe, y el brillo de las lágrimas que estaban a punto de escaparse se mezcla con la confusión. Me mira y tarda solo un suspiro en aferrarse a mí, con la fuerza de quien teme todo a su alrededor.

La envuelvo entre mis brazos, sosteniéndola, sintiendo la sacudida de su respiración contra mi cuello.

—Estás bien —murmuro, besando su precioso cabello—. Estoy aquí.

Su pecho se mueve de forma errática. Mis manos recorren su espalda desnuda muy lentamente, recordándole que me tiene aquí y que está segura.

—Otra vez… —se queja, intentando recuperar el control de su respiración—. He tenido esas pesadillas otra vez… —¿Los desgraciados que te…?

—No —me calla, evitando que nos recuerde aquello—. El dragón.

Vuelve a separarse de mí para mirarme a la cara. Aparto un mechón de su cabello y acaricio su rostro, fijándome en ella con un sentimiento desbordante. Sus ojos parpadean, tratando de borrar de su retina esas imágenes que parece haber visto y que aún no se desvanecen. —¿¡Por qué he vuelto a soñar con eso!? —Arruga las sábanas entre sus manos, desahogando su frustración—. ¡No soñaba con él desde que lo matamos!

Me fijo con intensidad en su mirada y apoyo mi frente contra la suya.

—Deja de castigarte por tener pesadillas, yo las tengo incluso despierto.

Zynael se fija en mí, relajándose ligeramente con mi cercanía.

—No lo entiendes… Tú…

—Yo estoy aquí, contigo, y estoy perfectamente.

Se muerde el labio, silenciándose, como si se culpase por haber vuelto a soñar con lo que parece que sigue atormentándole. Vuelve a dejarse caer sobre mi hombro y se abraza de nuevo a mí, buscando en mi cuerpo ese calor que el frío le niega.

—Pensaba que ya me había librado de esos sueños… —susurra— . ¿Y si siguen intentando decirme algo? ¿Y si he pasado por alto algún detalle? Si Zaydear dijo que renacería, tal vez ocurra lo que más temo por mucho que yo haya tratado de evitarlo.

Antes de que su mente empiece a dar vueltas, divagando por esos miedos, me separo de ella y transformo mi mano derecha en una de esas garras híbridas de sygära y jalaion’h. Me mira con los ojos entrecerrados cuando le enseño el resultado.

—Tengo pelo, no escamas. ¿Ves? —Acaricio su mandíbula con la punta de una de mis uñas—. No sé de qué manera renacerá Mäilkun Doh, pero puedes estar segura de que no seré yo.

Ella traga saliva. La preocupación aún persiste en su mirada.

—Estás tan seguro…

—Lo estoy —afirmo—. Tú fuiste quien se encargó de evitarme ese riesgo.

—¿Y si…? —murmura, pareciendo pensar en nuevas posibilidades—. ¿Y si soy yo quien va a transformarse? ¿Y si lo que estoy viendo es mi futuro?

No puedo evitarlo, y suelto una increíble carcajada.

—¡Oye, imbécil! —Me empuja, separándome de ella al instante.

—Sería algo increíble —Continúo riéndome mientras vuelvo a ponerme en pie.

Zynael frunce el ceño y me lanza la almohada a la cara.

—¡Eres un idiota! —exclama, con una indignación que pronto se convierte en risa—. Hablo en serio.

—Yo también —respondo, atrapando la almohada y dejándola caer al suelo con una sonrisa de lado—. Serías el primer dragón mestizo de la historia de mi raza, y serías un dragón precioso.

Y entonces ríe y yo continúo haciéndolo con ella, dejando que el sonido de nuestra diversión me arranque de mis pensamientos. Aunque sea solo por un instante.

***

Zynael y yo terminamos de vestirnos sin demorarnos demasiado, sabiendo todas las responsabilidades que nos esperan fuera. Estoy ajustándome las muñequeras, aferrando las mangas sueltas de mi camisa, mientras la rubia cierra las cinchas cruzadas que sostienen en mi espalda mi arco, mis flechas, y a Uttilam'h, mi espada sagrada.

Mis ojos se mantienen fijos en ella cuando suelta una risa breve, cargada de picardía. De repente, la presión de la correa se intensifica de golpe y siento cómo el cuero se tensa antes de volverse insoportable.

—¿Intentas asfixiarme? —protesto con una media sonrisa, inclinando la cabeza hacia ella.

—Solo me aseguro de que no vayas a perder tus preciosas armas —responde curvando sus labios con una inocencia fingida que ni siquiera conoce.

—No te preocupes tanto por mí, enana.

—¿Cómo que no? —Sus ojos plateados se afilan con travesura.

Rodeo su cintura con un brazo y la atraigo con brusquedad contra mí. Zynael suelta un pequeño jadeo por el sobresalto, pero no se aparta.

—No necesitas estrangular mi pecho con estos cinturones para dejarme

sin aire —musito contra su oído.

Pone las manos sobre mis pectorales como si fuera a empujarme, pero no lo hace. En cambio, resbala los dedos por el cuero del arnés con una lentitud calculada, y alza la vista en busca de la mía, dedicándome una sonrisa desafiante.

Parece estar a punto de responder, cuando la puerta se abre sin previo aviso.

—¡Phylestirri Zalèüh! —exclama Elwë con una energía desbordante.

Me separo de Zynael justo a tiempo para recibir el abrazo fuerte de mi hermano. Me río dándole algunas palmaditas en la espalda, mientras él me estrecha con más fuerza de la necesaria.

—Buenos días para ti también, nyëlkhem —saluda a Zynael a su manera cuando vuelve a soltarme.

—Elwë —responde ella con una inclinación de cabeza, mirándome de reojo con una ceja enarcada—. ¿Sabes lo que es llamar a la puerta? Es algo que debería hacerse antes de entrar en cualquier habitación que no sea la tuya.

Mi nuevo rey no se detiene más en ella y se dirige a la ventana con pasos decididos. Abre los postigos con un golpe exagerado y respira hondo. Afuera, la ciudad militar se extiende bajo un cielo cubierto de nubes grises y un viento gélido que sacude las banderas, decorando el cielo de esos pequeños copos de nieve que bailan sin dirección.

—¡Qué día más precioso! —declara, como si fuese cierto.

Me cruzo de brazos, observándolo con diversión.

—Extraño concepto de la belleza, hermano.

—Lo que me emociona es lo que se acerca —Se gira de nuevo hacia mí. En su ojos brilla una intensidad insaciable—. En dos amaneceres estallará la Segunda Gran Guerra, el sur se hará con todas estas tierras, y además… ¡será tu cumpleaños! ¿No estás feliz?

Celebraremos la victoria, tus veintinueve y mi ascenso el mismo día.

—He de confesar que me motiva empezar la guerra ya, sí — murmuro—. Tengo ganas de enfrentarme a Ortheel, ese rival del que todo el mundo habla con tanto miedo, sin siquiera conocerlo.

Elwë sonríe, afilado y motivado, como una hoja recién forjada.

—Mi hermano, Kal'ladril Akhelbec'h, el Guerrero de Guerreros —parece alabarme—. Eres como un tiburón. Nadando en el basto océano, acechando cada presa con paciencia y ferocidad. Cuando llegue el momento, devorarás a todos.

Ruedo mis ojos al techo, negando con la cabeza con una sonrisa.

—Jamás has visto un tiburón, Elwë —le corrijo—. No son asesinos sanguinarios, solo animales salvajes y territoriales.

—Zalèüh, por favor —replica, apartando mis explicaciones con la mano —. Sea por lo que sea, si alguien invade su espacio, atacan. Matan. ¿No es lo mismo que haremos nosotros en la batalla? ¿No es lo mismo que haremos cuando reclamemos estas tierras?

Inclino la cabeza, saboreando sus palabras.

—Bueno... Sí. Más o menos.

Elwë inclina la cabeza con una media sonrisa.

—Un dragón también es territorial, y por eso nuestro escudo lo presume —añade—. Todo esto será mío en cuestión de días, y cuando esté bajo mi mando, bajo tu amparo, podremos regalar a Wolftundur la luz que los vahl sygäras devolvieron al sur en el pasado. Nuestros dioses estarán tan agradecidos, que incluso harán que este horrible clima cambie.

Observo su rostro, el fervor en su expresión. Conozco bien su ambición. Su hambre de poder es tan inmensa como su certeza de que está destinado a lograr todo lo que quiera.

—Juntos vamos a ser muy grandes, zalèüh —insiste—. Y tengo muchísimas ganas de demostrarle a Namhliä entera la fuerza del apellido Akhelbec'h.

Se aleja de la ventana con un suspiro complacido.

—Por cierto, anoche estuve con Nenya —revela de repente—.

Quiero decir, íntimamente.

Zynael se gira hacia él con sorpresa.

—Pensaba que solo te gustaban los hombres.

Elwë lanza una mirada fugaz hacia la rubia antes de asentir, comenzando

a repasar cada detalle de esta descuidada habitación.

—Así es. O así era. La verdad es que no lo sé —Se pasa las manos por el cabello, intentando ordenarlo correctamente cayendo por delante de sus hombros—. Ayer hablamos mucho de… bueno, de todo, y me di cuenta de que compartimos más de lo que imaginaba —nos cuenta a ambos—. Creo que me enamoré de Dai-sha porque es alguien voraz, insaciable y codicioso. Pero Nenya ha resultado ser igual. Su mente es… ambiciosa, como la mía. Me gustó volver a tener a alguien así al lado. Estábamos en mi habitación y quise hacerlo. Además, si va a ser la madre de mis hijos, tendré que empezar a practicar lo que es intimar con una mujer.

Suelto una carcajada, palmeándole el hombro con diversión. Zynael frunce el ceño, no muy satisfecha con la explicación que acaba de dar.

—Ojalá llegues a sentirte cómodo con tu matrimonio, zalèüh —le deseo de corazón—. Me alegra saber que lo que antes era una obligación, está empezando a parecerte una buena elección.

Elwë sonríe, pero no responde de inmediato.

—Ahora soy rey —se jacta—. Podría elegir a otra mujer si esta no me pareciese lo suficientemente buena.

—¿No es Nenya ya la reina? —Se cruza de brazos Zynael.

Mi hermano sacude la cabeza de inmediato.

—Lo será el día de la boda, cuando le coloquen una corona sobre la cabeza —Su cuello se alza con soberbia—. De momento, es solo una aspirante.

Zynael y yo nos quedamos en silencio. Sé que a ella no termina de convencerle nada de lo que él hace, pero Elwë siempre ha sido así, y agradezco que lo tolere. Una parte de mí realmente necesitaba recuperar la relación con mi hermano.

—Malèüh nos espera para empezar a organizar la posición de ataque —parece recordar súbitamente—. Anoche los hombres terminaron los preparativos de la ciudad.

—Perfecto —Dispuesto a marchar, agarro mi espada y mi arco y los coloco en su lugar—. Pues vamos.

Zynael rueda sus dagas antes de acomodarlas en sus perneras.

—Detrás de ti —me sonríe.

Elwë se adelanta con el paso firme de alguien que ya se cree dueño del mundo, y abre la puerta para asegurarse de salir el primero. La rubia y yo nos miramos al instante con rendición, y suspiramos antes de seguirlo.

***

El galope de los caballos se hunde en la densa nieve mientras rodeamos el perímetro amurallado de la ciudad. Los muros, viejos y desgastados por el paso del tiempo, han sido reforzados con gruesos tablones de madera, clavados con prisa pero con la resistencia suficiente para aguantar el embate de una guerra. Se pueden ver las grietas que recorren las piedras, como cicatrices de la antigüedad. Algunas de las torres han sido restauradas con andamios rudimentarios, sosteniendo catapultas recién ensambladas, ya listas para lanzar esferas de piedra cubiertas con telas empapadas en aceite. ´

Todo el mundo parece trabajar sin descanso, en silencio, revisando cuerdas y poleas, asegurándose de que todo esté en su lugar. Si el enemigo llegase a cruzar el río y se atreviese a atacar por este lado de la ciudad, al menos estaremos preparados.

A medida que avanzamos, observo la disposición de las defensas. No son perfectas, pero serán suficientes para resistir el tiempo necesario hasta que yo logre llegar a Ortheel, y consiga acabar con él. Con suerte, no me llevará demasiado y no sufriremos muchas pérdidas. Veo infinidad de barriles de aceite distribuidos a lo largo de la muralla, y cientos de ballestas alineadas en puntos estratégicos.

Todo está según mis órdenes.

Asiento con aprobación antes de girar el caballo y guiarlo hacia el sur.

Nos dirigimos hacia el corazón del ejército. A medida que nos acercamos, la visión de los campamentos militares se despliega ante nosotros como un mar infinito. Tiendas y tiendas de campaña, una tras otra. Algunas organizadas en filas meticulosas, otras dispersas sin orden aparente. Un océano de estandartes de Wolftundur y Drilembiyr’h que incluso penetra en el interior del bosque, danzando al viento de forma caótica. Blancos y negros; dorados y negros; ondeando sobre las cabezas de miles y miles de hombres.

El tamaño del ejército aliado es sobrecogedor. No hay manera de calcular el número exacto de soldados; se extienden más allá de lo que el ojo puede captar. Desde donde estamos puedo ver filas de caballería ensayando maniobras, escuadrones de infantería afilando sus armas, herreros trabajando sin descanso para reforzar armaduras y fabricar nuevas hojas. El aire huele a metal caliente, y al sudor espeso del esfuerzo.

Los sonidos a nuestro alrededor son repetitivos e incesantes: el choque de espadas, el martilleo rítmico de los forjadores, las órdenes cortantes de los oficiales que resuenan por encima del murmullo general. Un claro ejemplo de cómo es la vida de un ejército en situaciones previas a una guerra, siempre en un vaivén entre la preparación y la espera.

Zynael, Elwë y yo avanzamos hasta la zona de entrenamiento principal. El sendero sobre la nieve se ensancha dando paso a un amplio terreno donde el suelo, más que blanco, es un puré de barro. Y ahí, en el centro del círculo de instrucción, enfrentándose uno tras otro a todos los soldados que se atreven, hasta que uno sea capaz de vencerle, está Karanthir Akhelbec'h. Mi padre. Recordándome el orgullo de ser de su sangre.

Nos detenemos a un lado y desmontamos a los caballos.

—¿¡Se sabe algo de Kèstiron!? —exclamo cuando comenzamos a dirigirnos hacia mi padre—. ¿O el muy cobarde todavía no se ha dignado a salir de la capital?

Karanthir frena en seco el ataque de uno de mis hombres y se gira hacia mí en cuanto me escucha. Todos los soldados presentes, incluidos los humas, se llevan el puño al corazón. Me he ganado el respeto de muchos en este ciclo de duro entrenamiento.

—Phylestirri, hijo —me saluda mi padre.

—Phylestirri, malèüh —Clavo mi puño en el pecho.

—No, todavía no —responde a mi cuestión—. Por lo visto el rey de Wolftundur tiene sus propias prioridades por atender. Allí, en la comodidad de su castillo.

—Lo más patético de todo es que ni siquiera me sorprende. Es un maldito cobarde.

—No pretenderá quedarse allí a esperar a que ganemos la guerra por él,

¿verdad? —Gruñe Elwë, colocándose junto a mi padre.

—Ojalá sea así, hijo —Sonríe él, volviendo a empuñar su espada— . Así volveremos a demostrarle al pueblo de Wolftundur, una vez más, qué tipo de rey les interesa más. Ojalá Kèstiron se quede en su cómodo trono mientras tú resaltas junto a los estandartes de su pueblo y el nuestro, dando esperanza al ejército.

Elwë frunce el ceño, pero parece convencerse al instante con la teoría de su predecesor.

—¿Tampoco sabemos nada de los enanos o los nyëlkhems de Eruful'h? ¿No los han divisado todavía? —me intereso.

Karanthir niega con la cabeza.

—Tal vez hayan preferido aguardar alejados de nuestros hombres —propone Zynael—. Aunque les convencimos de unirse, seguían reacios a esta alianza. Puede que hayan decidido aguardar ocultos en las Tierras Salvajes del Norte, y aparecer en el mismo momento de la batalla.

Asiento lentamente, dándole la razón. Eso tendría mucho sentido.

De repente mi padre se adelanta, interponiéndose en nuestro camino, y se gira hacia mí. Creo entender lo que pretende cuando lo veo rodar su arma en el aire. Provocándome. Llamándome a enfrentarle.

—Vamos, hijo, hace mucho que no luchamos juntos —me invita—. Tú y yo, como en los viejos tiempos. Comprobemos si el guerrero de guerreros realmente ha superado a su maestro.

Enarco una ceja con altanería. Zynael me mira con una sonrisa divertida.

—Malèüh, por tu bien, no te hagas esto —me burlo, agarrando al instante mi espada para aceptar su propuesta—. Has quedado estupendamente hace un momento. Para llevar años sin tocar una espada, es de admirar que se lo hayas puesto difícil a los más jóvenes.

—¿Te estás burlando de quien te enseñó todo lo que eres?

—No, para nada —Me coloco en posición——. Jamás me atrevería a ofenderte de esa manera. A no ser que, como ahora, me lo pidas.

La rubia se hace a un lado, manteniéndose junto a mi hermano, deseando comprobar cuánto va a durar este ridículo enfrentamiento. Los soldados, humas y nyëlkhems de Aszhroin que estaban más cerca,

comienzan a animarnos formando un círculo a nuestro alrededor. Mi nombre resuena sin parar.

Frente a mí, el antiguo rey se yergue, firme, manteniendo su espada en la mano. Su porte sigue siendo imponente, su mirada derrocha determinación. Es evidente que fue un gran guerrero, de él aprendí la base de todo lo que hoy sé. Pero no es rival para mi actualidad, y no pienso apiadarme por mucho que sea mi padre.

—Esto va a ser divertido —runruneo.

El primer movimiento lo hace él.

Da un paso veloz, atacándome directamente. Me muevo sin pensarlo, inclinándome hacia un lado con una elegancia casi despreocupada. El filo corta el aire a milímetros de mi rostro, pero no llega a rozarme.

Apenas ha vuelto a incorporarse, y ya me encuentra tras de él, manteniendo la punta de mi espada sagrada contra su nuez.

—Vamos a contar cuántas vidas tiene un rey —susurro, dedicándole una sonrisa ladina—. Empiezo yo: Una.

Mi padre suelta un bufido y se echa hacia detrás para volver a empezar.

Ataca de nuevo, trazando con su espada un arco amplio y potente. Bloqueo el golpe y deslizo la hoja por la suya en un movimiento rápido que lo hace retroceder. Comprendo por qué siempre se ha hablado de él como un guerrero fuerte, pero yo soy mucho más rápido. Y no hay nada que me cause más orgullo que esa mirada de frustración en un rival, cuando se da cuenta de que no logra alcanzarme.

—Ser tan viejo te ha vuelto predecible —comento para provocarle aún más.

Él responde con una sonrisa feroz y redobla el ataque. Pero de nuevo, ni siquiera logra rozarme.

Desaparezco de su vista desplazándome a su alrededor, esquivando ataques cada vez más cargados de irritación. Y sigo girando, dejándolo solo en este ridículo baile en el que solo él está participando. La nieve y el barro se levantan con cada paso que doy, hasta que finalmente me atrevo a contraatacar. Encuentro el hueco y dirijo mi espada hacia su costado, dejando el filo justo en el espacio entre dos de las piezas de su armadura.

—Dos.

Karanthir gruñe, girando con rapidez, pero para cuando lo consigue mi espada ya no está en mi mano. He cambiado de arma. Mi arco se tensa rápidamente. La cuerda vibra entre mis dedos.

—¿Cómo dioses has hecho eso? —pregunta él, sorprendido.

—Tres —Disparo una flecha que vuela justo al ras de su hombro derecho, impactando más allá en el nevado suelo.

—Vaya —parece burlarse—, has fallado.

—¿Tú crees? —Sonrío.

Mi padre arremete otra vez, buscando romper mi defensa mientras yo continúo moviéndome a su alrededor, esquivando sus ataques con la misma facilidad con la que respiro. Cada intento suyo se encuentra con el vacío, convirtiéndose en un nuevo flanco libre para mí. Agarro mi espada de nuevo y bloqueo la suya con facilidad, obligándolo a hacer más esfuerzo del necesario.

—¿Te estás cansando, padre? —le provoco un poco más—. No te rindas aún, me lo estoy pasando bien.

Karanthir frunce el ceño, pero a pesar de la frustración que transmiten sus ojos, parece estar disfrutando esto tanto como yo.

—¿Siempre has sido tan insoportable, hijo?

—Por supuesto que sí —Afilo la mirada—. Recuerda que aprendí del mejor.

Con cada nuevo intento se mueve más rápido, con más ímpetu. Yo me desvanezco, reaparezco, golpeo y desaparezco otra vez. Mi arco y mi espada se intercambian con cada paso, con cada ataque, como si fueran una extensión de mi propio cuerpo.

Y la cifra de ese contador que tanto parece desesperarle, sigue creciendo.

Él lanza una estocada con toda su fuerza, dedicándome incluso un grito de rabia. La nieve se levanta a nuestro alrededor cuando su arma impacta con la mía. Pero mi potencia es superior, y logro empujarle hacia detrás. Aprovecho su pérdida de equilibrio y coloco mi hoja en su garganta al instante.

—Siete —susurro antes de soltarlo, dejándolo recomponerse—.

¿O son ocho?

—Maldito —Gruñe mientras me sonríe.

Vuelve a intentarlo, y esta vez decido no esquivarle.

Chocamos en un torbellino de aceros y reflejos. Nuestras espadas resuenan con cada impacto. La tensión se siente en el aire, la expectación es infinita en la mirada de los espectadores. Mi padre gira, ataca, finta.

Yo lo sigo, bloqueo y contrarresto.

No hay descanso, no hay tregua.

Salto hacia atrás varias veces, alejándome lo justo para preparar el final. Cambio de arma una última vez y tenso dos flechas en mi precioso arco. Mi padre no detiene su insistencia, y viene corriendo hacia mí.

Respiro hondo y estudio rápido.

Entonces, suelto.

El impacto es inmediato. Las saetas doradas se hunden en la nieve, en cada punta de sus pies. No tocan su piel, pero han clavado sus botas firmemente al suelo.

Karanthir abre los ojos de par en par, incapaz de moverse, atrapado en su propio desconcierto. Entonces tenso otras dos y vuelvo a disparar en su dirección. Esta vez, las flechas pasan a cada lado de su cuello, generando un leve y pequeño corte a su paso, junto a sus venas yugulares.

—Y nueve.

—¡Kal'ladril! —grita Elwë aterrorizado, relajándose tras comprobar que no ha ocurrido nada—. ¡Por los dioses!

—Podríamos haber lamentado mucho esta locura tuya —Mi padre continúa mirando incrédulo las flechas que paralizan sus pies. Sus manos palpan con cuidado los dos cortes a cada lado de su cuello.

Levanto una ceja con suficiencia.

—Te quedan grandes las botas, me he dado cuenta antes de empezar a pelear.

Karanthir me mira con asombro, impresionado por el hecho de que haya podido notar y aprovechar un detalle tan irrelevante como ese.

—Querías demostración, y te la he dado, malèüh —Me acerco a él, recuperando mis flechas con tranquilidad—. Espero que hayas podido comprobar que no tengo rival, y que no vuelvas a olvidar que yo nunca, jamás, fallo al disparar.

El silencio es absoluto durante un latido, pero luego, un estallido de aplausos, silbidos y vítores lo llena todo.

Zynael y mi hermano vuelven junto a mí, dedicándome una sonrisa burlona.

—Te has quedado a gusto, ¿verdad, imbécil? —Me empuja la rubia con cariño—. No eres capaz de ganar sin fanfarronear.

—¿Por qué finges de repente que no te encanta?

Niega con la cabeza mientras muerde su labio inferior, confesando así la vedad.

—Maldita sea, hijo mío —Suspira mi padre cuando finalmente consigue volver a relajar sus músculos—. Eres terroríficamente alucinante.

Sonrío con satisfacción, pero no hay tiempo para celebraciones prolongadas.

Apenas los aplausos cesan, retomamos el asunto que veníamos a tratar.

Tenemos que organizar y disponer la estrategia de ataque y defensa. La guerra está muy cerca, y se aproxima el momento de demostrar que hemos logrado aprovechar al máximo la brutalidad de los humanos, la destreza de los nyëlkhems, y la agilidad y velocidad casi etérea de los sygäras. Lo que podría haber sido un caos, hemos sabido convertirlo en una combinación letal, precisa y hermosa en su crudeza. Pero ya no queda tiempo para más entrenamientos. Toda la preparación de estas últimas lunas, todo el significado del viaje que emprendí junto a esta nyëlkhem, se reduce a esto.

Y sé que estamos preparados.



Kal'ladril
23

El viento sopla con fuerza sobre las Tierras Salvajes del Norte, levantando remolinos de nieve a nuestro alrededor mientras avanzamos por el perímetro sur de este territorio sin reino. Junto a nosotros, el cauce del río Jhaskuun corre más salvaje que nunca, como si supiese cuál va a ser su misión, y quisiera demostrarnos que él también está listo para la batalla.

Pero pretendo que todo termine antes de llegar a él.

Camino con pasos firmes, sintiendo el crujido del suelo helado bajo mis botas. A mi lado, mi padre mantiene la vista fija en el horizonte, con su porte imponente y la expresión severa que lo ha caracterizado desde que tengo memoria. Mi hermano nos sigue unos pasos detrás, observando cada detalle con interés. Jamás imaginó que estaría tan cerca de un campo de guerra. Zynael camina junto a mí con la misma confianza de siempre, repasándolo todo con sus preciosos ojos, como si quisiera visualizar la belleza de este lugar antes de que la batalla lo cubra todo de sangre.

Nuestro plan es sólido, pero no deja de ser peligroso. Contamos con la velocidad y precisión de los sygäras, con nuestra capacidad de movernos sin ser detectados y de acabar con los enemigos antes de que siquiera se percaten de nuestra presencia. Los humanos, por su parte, son más brutos y menos refinados en combate, pero su resistencia y tenacidad los hace valiosos. Son la fuerza que necesitamos para sostener el frente de batalla mientras nosotros nos encargamos de los ataques más estratégicos. Los nyëlkhems serán nuestra mayor ventaja en la emboscada. Se ocultarán en los bosques cercanos y atacarán por los flancos laterales cuando la lucha se haya desatado, encerrando al enemigo en una trampa de la que no podrá escapar. Mientras tanto, yo avanzaré hasta llegar a Ortheel.

Además, contamos con ese nuevo aliado inesperado, la tribu salvaje de Yabanril. Aunque resulte difícil de creer, los primeros Sàyal consiguieron domesticar a una manada de lobos de Wolftundur ganándose su lealtad, y hoy cuentan con cientos de ellos. Lobos enormes, feroces y disciplinados, listos para lanzarse a la batalla a la orden de los jinetes que los montan. Tal vez los dugrulhs no puedan morir, pero esas bestias hambrientas podrán despedazarlos en cuanto los alcancen. Y eso, sin duda, ralentizará su ataque.

De repente, una ráfaga de viento sacude el aire y ese peculiar olor llega a mí. Un hedor inconfundible.

Ceniza. Carne podrida. Muerte.

—Ortheel está cerca —Detengo mi paso y olfateo profundamente, asegurándome de no equivocarme—. A poco más de un día de distancia.

Por lo visto, va a ser puntual.

Mi padre gira su cabeza hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro?

No necesito responder. Él ya conoce la respuesta.

—No solo son soldados caídos los dugrulhs que ha levantado — digo al cabo de un momento, escudriñando la línea del horizonte—. Hay animales en su ejército, y también äphylds. Pero no se separan de su brujo nigromante, tal vez su magia pierda poder con demasiada distancia.

Mi padre se queda inmóvil por un segundo.

—¿Has dicho que hay äphylds entre ellos? —musita, incrédulo—. ¿Quién será ese maldito demonio que ha sido capaz de tanto?

No respondo lo que sé. Algo en mi interior me grita que no lo haga, y soy de obedecer a mis instintos. Entonces suelta un suspiro y posa su mirada oscura en una de las trenzas de mi cabello, donde cuelgan las plumas de Roc.

—Deberíamos llamarlo —propone de repente.

Mi ceño se frunce de inmediato, esperando estar equivocado.

—¿A quién? —intento asegurarme.

—A Roc y a Sumli.

—No —respondo tajante.

—Hijo, Kal'ladril, escucha…

—No —repito, por si no había sido lo suficientemente claro—.

No vamos a volver a meter a ningún äphyld más en una guerra que es solo nuestra. Y menos a ellos, la última pareja de farcnars. Estuvieron a punto de extinguirse por esa suicida idea. Por culpa de haber hecho lo que propones en el pasado, ahora Ortheel tiene ese ejército.

—¿Piensas que es solo nuestra esta guerra? —Mi padre intenta apoyar su mano en mi hombro, pero lo esquivo—. Admito mi error del pasado, no debí haberlos llevado a todos conmigo. Pero esta vez no es solo un enfrentamiento político entre dos razas. En esta Segunda Gran Guerra todo Elthymeron corre peligro.

—¿De verdad me estás pidiendo esto? —Mi desconcierto es evidente. Mi negación lo es aún más—. Son. La. Última. Pareja. Viva — intento marcar bien cada palabra, por si acaso aún no ha entendido la gravedad del asunto—. ¿Vas a arriesgarte a perder a una de las razas más inteligentes y nobles de todos los äphylds que llegaron con nuestros antepasados a Elthymeron?

—Precisamente por lo inteligentes y nobles que son, es por lo que debes llamarlos —insiste—. Su ayuda, aunque sean solo dos farcnars, puede servirnos de mucho.

—Es que ya no son solo dos farcnars, malèüh. Han puesto su primera nidada. Han tenido crías después de casi veintinueve años sygäras —revelo —. Los farcnars pueden resurgir, pero debemos seguir cuidándolos de los peligros.

Mi padre me observa con sorpresa, sonriendo al instante sin poder evitarlo.

—Eso… —murmura, claramente feliz—, es una noticia increíble. De verdad que sí.

—¡Qué alegría! —exclama mi hermano—. ¡Por fin el polluelo ha madurado! ¡Ha tardado casi tanto como nosotros! —Se ríe.

Pero yo ahora no estoy de humor. Y no me alegra tener que haberle dado la sorpresa de esta manera. Pretendía presentárselos personalmente,

que pudiesen verlos a todos, cuando la guerra hubiese acabado y hubiesen estado a salvo.

—Sé que amas a ese animal como si fuese parte de ti —continúa mi padre a pesar de la noticia—. Sé que quieres protegerlo por encima de todo, y lo entiendo. Pero precisamente por ese vínculo que compartís, es por lo que debes dejarle ayudarte. Estoy seguro de que está deseando que le dejes hacerlo.

Respiro hondo, recordando nuestra dura despedida. Cómo tuve que echarle, las formas y el trato que tuve que tener para lograr que se marchase. Todavía se me rompe el corazón cuando pienso en aquella última expresión que me dedicó.

—Comprendo bien tu negación, Kal'ladril… Y más ahora que sé que han sido padres… Pero…

Niego con la cabeza y agacho la mirada al nevado terreno, anclado a mi idea.

—Son solo dos farcnars adultos y algunas crías —murmuro—. ¿De qué nos serviría su ayuda? ¿Qué cambiaría para nosotros que los llamase? No encuentro ventajas en tu idea, malèüh, solo riesgos.

Karanthir entrecierra los ojos.

—Es tu afán de protección lo que te ciega hijo, porque habría mucha diferencia —me habla con solemnidad y pausa—. Piénsalo bien. Yo podría montar a uno para atacar desde el aire, y Zynael podría acompañarme. Incluso tus amigos. No sé cuántas crías han tenido, pero podrían hacer lo mismo.

Vuelvo a levantar mi mirada hacia él, necesitando escucharle.

—Eso puede marcar para nosotros la diferencia entre sobrevivir o morir —continúa—. Si todos estamos en tierra y Ortheel tiene farcnars a su favor, lo tendremos bastante complicado. No podremos cubrirnos delante, detrás y a los lados, y estar pendientes por si de repente cuatro garras gigantes nos agarran desde arriba.

Zynael alza su barbilla escuchando las explicaciones de mi padre, y algo en su expresión, tras sus brillantes ojos, me dice que no se mete en la conversación porque no encuentra forma de quitarle la razón.

—Nosotros, tus amigos, Zynael y yo, podríamos encargarnos de distraer a esos äphylds, si es que aún los podemos llamar así, mientras el resto de soldados resiste en tierra —concluye con sus argumentos—. Podría inclinar la balanza a nuestro favor.

Aprieto los dientes. Quiero volver a negarme, pero encuentro mucha lógica en su explicación. Roc quería ayudarme, lo sé, pero el miedo a perderlo a él, a Sumli, o a cualquiera de sus crías, me paraliza.

Estoy a punto de mantener mi cabezonería, cuando finalmente la rubia interviene.

—Kal'ladril —me habla con tranquilidad y firmeza al mismo tiempo. Enseguida me giro hacia ella—. Sabes lo mucho que aprecio y estimo a Roc. Conoces mi bonito e instantáneo vínculo con Sumli… —Sí —afirmo, viéndome venir lo que continúa.

—Pero creo que tu padre puede tener razón.

Respiro hondo y me doy la vuelta, sintiéndome completamente frustrado con esta conversación. Mis ojos se clavan en el cielo, como si tras esas nubes espesas fuese a encontrar alguna respuesta, necesitando que los dioses me den alguna señal si de verdad esto que proponen les parece a ellos una buena idea.

—El riesgo es demasiado grande, Zynael —gruño sin mirarla.

—Lo sé —Enseguida me rodea para colocarse frente a mí, obligándome a volver a centrarme en ella—. ¿Piensas que no lo tengo en cuenta? Yo tampoco quiero que les pase nada, pero… —Se calla por un momento y se fija detrás de mí, necesitando asegurarse de que puede continuar—. Sabes que puedo cuidar de ellos —Sus cejas se alzan, como si quisiera pedirme con ese gesto que entienda a lo que se refiere.

«Su magia…» Al instante mi cuerpo se relaja.

—Desde el aire tendré mejor visión —continúa—. Yo, y mis *dones*, seremos más útiles si tengo más perspectiva. Si me quedo en medio de la batalla, entre el caos de los soldados, mi ayuda y mi visión serán limitadas. Desde arriba, podré hacer mucho más.

Sus palabras pesan en mi mente. No quiero admitirlo, pero pienso igual que ella. Además, Roc y Sumli sobrevivieron a la Gran Guerra cuando ella

era muy joven y el macho era apenas una cría; juntos sobrevivieron a un äphyld mucho más grande que ellos, que además escupía fuego. Quiero pensar que si lograron salir vivos de un enfrentamiento contra el gran doh, podrán ganar a un puñado de cadáveres de su misma especie.

Finalmente, suspiro y asiento.

—Está bien… —accedo—. Espero no tener que arrepentirme de esto.

Zynael sonríe, aferra mi mano y la aprieta con cariño, sabiendo lo mucho que debe costarme esta decisión. Pero su argumento ha terminado de convencerme. Su magia será mucho más útil desde la distancia, teniendo visión de todo el campo de batalla.

De repente, cuando estoy a punto de volver a girarme hacia mi padre para acceder a su propuesta, un terrible y exagerado escalofrío recorre mi espina dorsal. Agito mi cuello y mi espalda al instante, sintiéndome completamente extraño. Entonces, escucho un susurro en lo más profundo de mi mente.

Un susurro que repite mi nombre, muy despacio.

Una voz que comienza a llamarme.

Y al instante, un olor que no percibía desde hacía muchas lunas, vuelve a acudir a mi nariz. Un olor que reconozco y sitúo en Irdhün. Un olor a magia negra.

Zaydear.

Mi corazón da un vuelco y me giro en todas direcciones, buscando el lugar desde el que percibo su rastro. Si realmente está aquí, si realmente me está llamando, necesito encontrarla. Necesito reunirme con ella. Necesito respuestas.

—¿Qué ocurre? —Frunce el ceño Zynael, dándose cuenta de que algo no anda bien—. ¿Qué has notado?

Vuelvo a centrarme en ella, pero no puedo responder. No cuando mi padre puede escucharnos. Así que mis ojos le piden disculpas y, sin más explicaciones, echo a correr en su búsqueda.

Necesito encontrarla.

Necesito saber de qué lado está esta vez.

***

Mi velocidad al correr hace que las bajas temperaturas de estas tierras me golpeen en la cara con agresividad. Cada vez que respiro siento cómo el frío quema mis pulmones, pero no me detengo. La sombra del bosque, en este oscuro día, me envuelve a medida que me adentro más y más. El viento silba entre las ramas cargadas de nieve.

Esa voz, su voz, sigue resonando en mi cabeza.

Susurrando mi nombre.

Cada vez más y más cerca. Más y más claro.

Mis piernas dan increíbles zancadas. No me importa que la nieve entorpezca mis pasos. No pienso detenerme hasta encontrarla. Mi aliento forma nubes blancas que se pierden entre las copas de los árboles. Mi corazón late como un tambor, a un ritmo frenético que incluso resuena en mis oídos. La misma duda se repite en mi cabeza una y otra vez: ¿Estoy siguiendo un rastro real, o solo la sombra de una ilusión?

A pesar de que la voz resuena solo dentro de mi mente, me muevo con seguridad. Como si supiese exactamente hacia dónde ir; como si algo invisible me estuviera guiando, o tal vez burlándose de mí. Pero aprieto los dientes y los puños, y me obligo a seguir.

Los árboles parecen estrecharse a mi alrededor conforme voy avanzando, tan rápido que incluso podría saltarme sin preocupación a la bruja que vengo buscando. Entonces, cuando siento que tal vez he perdido el rumbo, o la cabeza, el bosque se abre ante mí como si fuese algo mágico, dándome paso a un claro que no debería estar ahí, donde incluso las nubes dejan pasar un rayo de luz solar que va directo a ellos.

A ellos, en plural.

Zaydear, tal y como la recordaba con su capucha oscura, y Avaldur’h.

—Gracias por acudir a mi llamado —Me habla de espaldas la bruja sin siquiera haberme visto—. No sabes las ganas que tenía de volver a reencontrarme contigo.

Decido ignorarla de primeras y clavo mis ojos en Avaldur’h.

—¿Eres tú de verdad? ¿Qué haces aquí? —Avanzo hacia ellos manteniendo ligeramente las distancias. No quiero arriesgarme a que sea

alguna especie de trampa—. ¿Cómo has cruzado a las Tierras Salvajes del Norte sin que nadie te vea? Te dije que no salieses de la fortaleza, la frontera ya está perfectamente custodiada por mis hombres.

Avaldur'h niega al instante con la cabeza.

—No he cruzado nada —dice con una seriedad que hacía mucho que no veía en él—. Anoche, cuando Zynael y tú os fuisteis de mi habitación, me fui a dormir. No sé qué momento de la madrugada sería, pero de repente apareció, me agarró, y me teletransportó a una cueva con ella.

Mis ojos se clavan en la bruja de nuevo. Su sonrisa se ensancha, crispando mi espalda.

—Ese horrible truco otra vez —murmuro, recordando lo que nos hizo a Zynael y a mí en la que se suponía que era su casa—. Zaydear… —Pruebo su nombre en mis labios.

Ella ladea la cabeza, complacida.

—Veo que ya no necesito presentarme —dice—. Eso está bien.

Gracias por ahorrarme tiempo, Avaldur'h.

El norteño nos mira a ambos, claramente tenso.

—Imagino que no has venido a desearnos suerte para la guerra —Comienzo a caminar alrededor de ellos, estudiando bien cada detalle.

—No —De nuevo su tenebrosa voz.

—¿Por qué has organizado esta reunión? —le interrogo.

Bajo la sombra de su capucha, Zaydear me observa con sus ojos blancos y relucientes.

—Solo quería verte —dice con ese tono pausado y calculado.

Mi frustración crece, harto de no obtener respuestas claras.

—¿No me digas? —Me acerco a ella finalmente, levantando la nieve con cada paso. La tensión de mis puños muestra mi desconfianza—. Avaldur'h dijo que podíamos confiar en ti, pero a mí sigue sin darme esa sensación.

—¿Qué necesitas para hacerlo?

—Explicaciones —sentencio—. Respuestas claras. La última vez que hablamos, me dejaste con más dudas de las que tenía al principio de mi camino.

—Tal vez elegiste mal las preguntas que planteaste —responde ella. Y vuelvo a sentir cómo me hierve la sangre—. Estás cabreado… — Me estudia, observándome de arriba abajo—. Puedo oler tu rabia, pero no tiene fundamento. Yo siempre he sido muy sincera contigo, joven elfo.

Mi mirada se estrecha.

—¿Por qué no empiezas por decirme tú misma de qué lado estás? —La encaro.

—Del lado de los dioses y del sino. Como siempre —Su sonrisa no vacila —. Soy sierva de su voluntad. Por eso quiero ayudarte. Ellos me han pedido que te acompañe en este difícil camino.

Ruedo los ojos al cielo, admirando ese único claro que parece haberse abierto para ella. Pero de nuevo, no logro creerla. Sin duda es solo otro de sus trucos de brujería.

—¿Acompañarme, dices? —gruño, volviendo a enfocarme en Zaydear—. Dame una respuesta clara, y tal vez empiece a creer que realmente quieres ayudarme.

—Responderé siempre con la verdad, pero tal vez no con la claridad o la revelación que deseas escuchar —advierte, repitiendo de nuevo su metodología.

—¿Quién es realmente Ortheel?

—Alguien a quien, muy pronto, conocerás.

Mis uñas se clavan en mis palmas. Mi mandíbula se tensa para retener mi rabia.

—Eso ya lo sé, bruja —Me acerco aún más a ella, con advertencia—. Quiero saber su nombre. Su nombre de verdad. Sé que lo conoces. Tú lo llevaste a Zandoorbrock, los nälavh nos lo contaron. Tú le enseñaste a utilizar la magia negra.

—Lo conocí una vez, sí. Fui su maestra —Confirma—. Pero será él mismo quien se presentará ante ti. Deja que el tiempo cumpla su función.

—Me dijiste que lo mataría, pero una enana le dijo a Zynael que solo él mismo podía acabar con su vida —recuerdo—. ¿Qué versión es mentira?

—Jamás te dije que llegarías a matarlo, tan solo que acabaría derrotado.

—Es decir, que va a rendirse frente a mí.

—¿Tienes alguna otra pregunta, sygära?

—¿Qué quisiste decir con que el dragón renacería? —paso a la siguiente de mis dudas, viendo que no voy a sacar más respecto al nigromante.

Zaydear inclina la cabeza, su cabello cano y albino resbala sobre sus hombros.

—Ah… Altuk'h —susurra cerrando los ojos, como si de repente sintiese un inmenso placer—. ¿Has respirado su aliento ardiente, Kal'ladril? ¿Has sentido la rigidez de su piel? ¿Has notado la potencia de su latido?

Afilo la mirada. No voy a dejar que me desvíe.

—Zynael cree que el gran doh puede renacer en alguno de nosotros —revelo—. Tiene sueños, y piensa que el hecho de matarlo nos sentenció a ocupar su lugar.

—Zynael… —Su voz pronuncia el nombre de la mujer de mi vida con un ritmo tan pausado que me eriza la piel. Degustando cada sílaba— . El amor… El más cruel de los juegos. Tu despertar y tu sentencia.

—Te he hecho una pregunta.

Zaydear ríe suavemente.

—No era una pregunta —Comienza a alejarse de mí, mirando a los árboles como si de repente se estuviesen comunicando con ella—. Escúchame bien, elfo que guarda al Sol en sus ojos: Solo el tiempo te dará las respuestas que tanto esperas encontrar, pero antes el destino pondrá a prueba tu voluntad —Su atención se clava en mí con intensidad—. Deberás resurgir cuando el dolor convierta en cenizas tu corazón. Y después, cuando estés solo y no te quede nada más que amar, deberás demostrar que eres digno de verdad.

Mi piel se eriza.

—¿De qué estás hablando?

La bruja se queda en completo silencio un instante, observando como un cuervo los hilos de un destino que solo ella conoce.

—Lo sabrás cuando el hielo te cubra, y sin embargo estés ardiendo por dentro —murmura—. Recordarás mis palabras cuando mires realmente tu reflejo en el espejo.

—¡Basta! —Exclamo, harto de tanta metáfora.

Avaldur’h interviene de repente y me sostiene por el hombro, evitando que me lance hacia ella. Lo aparto de un manotazo y me mantengo en mi sitio, esforzándome por no dejarme llevar de nuevo por la rabia. Si ahora la ataco, no voy a conseguir nada.

—No seas necio, zalèüh —Me encara el norteño, intentando tranquilizarme—. Escúchala. No todo se responde con palabras directas. Lo fulmino con la mirada.

—Perdona que te discuta, pero con eso te conformarás tú. A mí me gusta demasiado la claridad.

—Lo sé. Te conozco bien —continúa él—. Pero no puedes pedirle a una bruja del destino que te revele sus intenciones contigo. Ya me sorprende lo mucho que te ha dicho.

—No sé si eres muy ingenuo, o es que ella es muy buena en su farsa —murmuro—. Pero no me iré de aquí sin respuestas.

Zaydear me sonríe, paciente.

—Me temo que sigo sin poder decirte lo que deseas.

—¡¿Entonces para qué nos has traído a los dos aquí?! ¿¡Para qué me has llamado!? —Me exaspero, volviendo a acercarme a ella—. ¡Dime qué narices quieres conseguir! ¡Dime qué es lo que esperas de mí! —Mi voz es tan fuerte que parece resonar en todo el bosque. Aunque la realidad es que nadie puede escucharnos fuera de este lugar mágico que ha reservado.

No responde enseguida. Me observa con esa expresión insondable que tanto me crispa y tanto me enerva.

—Te lo he dicho al principio. Solo quería verte.

—Zaydear, por favor, dime la razón real —Respiro hondo y exhalo, esperando lograr relajar mi tono de voz, pretendiendo confiar en la confianza que Avaldur’h le tiene.

Veo cómo lentamente su sonrisa se desvanece, para después volver a nacer mucho más pronunciada y afilada.

—Quería ver esa nueva versión de ti mismo en la que te has convertido.

—¿Cómo sabías que…? —Me callo. Por supuesto que lo sabía. Es una bruja.

Asiente, como si hubiese escuchado mis pensamientos.

—Me llegaron tus ecos, Kal'ladril —murmura mirándome atentamente de arriba abajo—. Y no podía marcharme sin comprobar por mí misma la última de tus versiones.

La forma en la que lo dice, el hecho de que mencione la palabra «última», hace que me encoja por dentro. Me enderezo y cruzo los brazos, como si con eso pudiera protegerme de lo que sea que vaya a continuar exponiendo.

—¿La última de mis versiones? —pregunto—. ¿Dónde dices que marchas, que te urgía tanto volver a verme?

Sus ojos, blancos y profundos, se alzan hacia el cielo y luego vuelven a mí.

—A Lyhändril —dice de repente.

Mi estómago se hunde como si alguien me hubiera arrojado desde una torre.

—¿Qué?

—Me has oído bien.

—Es imposible —rechazo al instante—. ¿Cómo vas a hacerlo? No hay forma física de volver a nuestro mundo. Una vez nuestros antepasados fueron enviados a Namhliä, y cruzaron a Elthymeron a través del salto de Gyrahshindaar, el portal quedó cerrado. Solo nuestra alma puede regresar una vez morimos.

Su sonrisa se dibuja de nuevo, revelando su manera de hacerlo. Mis ojos se abren al instante.

—¿Te mueres? —pregunta Avaldur'h, llegando junto a nosotros.

—Mi hora llegará tan pronto la Segunda Gran Guerra concluya — revela.

Arrugo el ceño sobre mi nariz e inspiro hondo.

—Imagino que lo malo de saber el futuro, es que también puedes conocer cuándo y cómo ocurrirá tu final —murmuro, sintiendo pena por ella.

Zaydear respira hondo. Por un momento parece volverse más joven, pero enseguida se recompone.

—Mis días en este continente... en este mundo mestizo y terrenal... han terminado —concluye—. He cumplido mi papel aquí. Ahora me toca regresar a casa —Calla un segundo—. Hice un juramento a Avoulh y a Sauthriel. Ellos me concedieron lo que les pedí, y ahora me toca cumplir.

—¿Qué fue lo que pediste?

—Vida y tiempo. Ni un instante más. Ni un suspiro menos. Poder ayudar al viento a cerrar ciertas puertas, y a abrir otras.

Respiro hondo. ¿Cómo dos palabras tan simples, pueden sonar tan desgarradoras?

—Pero antes de irme... —Nos mira a ambos, a Avaldur'h y después a mí —. Necesitaba veros juntos, y pedirle a Avaldur'h que siga cuidando de ti.

Me quedo muy quieto, completamente extrañado por lo que acaba de demandarle al norteño. Lo miro y, para mi sorpresa, Avaldur'h asiente. Como si realmente pensase que esa es su misión, como si decidir velarme le causase honor.

—¿Por qué iba a tener que cuidarme? —le pregunto a ella, a pesar de que la duda va disparada para los dos.

—Porque vendrán momentos, Kal'ladril, oscuros y terribles — narra Zaydear—. Momentos en que ni tú mismo sabrás si eres el héroe o el monstruo. Tienes dentro de ti una fuerza que no siempre podrás controlar, un fuego que no obedece a nadie. Ni siquiera a ti.

Todo mi interior se queda en completa pausa, realmente tocado por lo que acaba de decir, realmente afectado por esa visión del futuro que acaba de pronunciar sobre mí. Entonces la bruja me mira con una ternura inesperada, que hasta este momento aún no había sido capaz de ver en ella.

—Sé que dudas de todo el mundo, Kal'ladril… Pero confía en esta vieja que te pide que confíes en él —susurra—. Esta es una visión que sí puedo revelar: Avaldur'h jamás te fallará. Siempre estará a tu lado, aunque tú lo apartes, lo empujes o lo pisotees. Porque te entiende y te quiere, igual que se quiere a un hermano.

Mis labios se entreabren. Pero no sé qué decir.

—Sí, Kal'ladril, Avaldur'h te quiere, más allá de la diferencia de vuestra

sangre —continúa—. Más allá de la historia y de todo lo que ocurrirá. A pesar de que uno es hijo del hombre que el otro eternamente odiará. A pesar de que uno lleva el sur en sus venas, y el otro es norte en su totalidad.

Trago saliva. Sus palabras se quedan en mi pecho, como agua en una presa que no consigue avanzar.

—Nunca olvides eso —añade—. Aunque el mundo arda y se llene de enemistades. Siempre que quieras hogar, podrás buscar a este elfo.

Y entonces sucede algo. Algo muy simple.

Respiro.

Sus palabras me calman, y aunque suene ilógico teniendo en cuenta cómo me he sentido todo el rato con ella: confío. Zaydear me sonríe, notando ese cambio en mí, sabiendo que en cierto modo ha mejorado nuestra breve e intensa relación. Entonces extiende la mano, pidiéndome que haga lo mismo, y me entrega un pequeño bulto envuelto en lino ajado.

Arrugo las cejas con confusión y deshago el nudo que lo envuelve. Cuando lo abro, sobre mi mano descansa un trozo de tela proveniente de una vestimenta de piel. Piel curtida, blanca, gris y marrón oscura.

Creo reconocerlo al instante.

—Esto... —murmuro, aún no muy seguro—. Esto es parte de las ropas de…

—Los nyëlkhems de Eruful'h —confirma mis sospechas—. Creo que tuvisteis oportunidad de conocerlos.

Avaldur'h observa la pieza de ropa desgarrada con impacto. Mi estómago se contrae con fuerza, como si me hubieran dado un fuerte golpe.

—Dejad de esperar —añade—. Ni ellos ni los enanos van a llegar.

Miro el tejido con más detenimiento. Hay unas manchas oscuras que parecen sangre.

—No. No… —gruño—. No puede ser... Dime que no es cierto.

—Están muertos —pronuncia con serenidad—. Todos ellos.

Me quedo quieto. El mundo a nuestro alrededor, de pronto, pierde su

sonido.

—¿Todos los que salieron hacia Wolftundur, quieres decir? — intenta asegurarse Avaldur'h—. ¿Todos los que decidieron unirse al bando aliado?

—Sí —confirma Zaydear de nuevo—. No quedó ninguno.

La cabeza me da vueltas.

—¿Cómo lo sabes...? —Niego, incapaz de aceptarlo—. Es solo un trozo de tela desgarrada, puede haber sido una simple herida en uno de ellos.

—Los vi morir —Su seguridad es tal, que vuelve a dejarme sin aire—. Uno a uno.

Siento que se me quiebra algo por dentro. Una vez más.

—¿Cómo? —murmuro tan bajito, tan cabreado y tan dolido, que incluso creo que mi voz resulta imperceptible.

Zaydear calla. Solo me mira.

—¿¡Cómo fue!? —repito, ahora mucho más claro y alterado.

Su cabeza se ladea, pero sigue sin responder. Avaldur'h nos mira a ambos.

—¿¡También debe ser el tiempo el que me diga esto!? —replico.

Zaydear asiente lentamente.

—¿¡Por qué no lo evitaste si estabas allí!? ¡Eran nuestros aliados! ¡Tus amigos!

—¿Amigos? —Su sonrisa vuelve a aparecer, como si la pérdida de esas personas que confiaban en ella no le afectase—. Escúchame, elfo, los siervos del destino no entienden de amigos cuando las decisiones ya están tomadas. Tenemos el poder de saber, y trabajamos para evitar que nadie con nuestro mismo don pueda torcer los hilos, pero no podemos hacer nada. La historia está escrita, y la de ellos acababa ahí. Tal y como ocurrió. Por mucho que me doliese verlo, porque lo veo todo, no podía intervenir.

Aprieto la tela contra el pecho, cerrando mi puño y mis ojos con verdadera rabia.

—Otra vez… —murmuro—. Otra maldita vez.

Siento el peso de cada muerte. Cada una de esas personas que creí poder salvar y que acabé arrastrando a su final: Artrenis... Le prometí una

vida feliz en Drilembiyr'h y la juzgaron por ello, decapitada en una plaza; Záldur… Quise sacarle de la miseria y acabó devorado por el dragón al que quiso ayudarme a matar; y ahora ellos… Èridel y el resto de nyëlkhems que salvaron mi vida y la de Zynael cuando aquellos íkkrols estuvieron a punto de matarnos; Shuleom, la reina Bàiarel, y el resto de enanas a las que convencí de que podían confiar en mí…

—Demasiada gente está muriendo por mi culpa —digo, sintiendo cómo pesa cada vez más y más sobre mi espalda—. Demasiada gente que me dio su confianza ha acabado sin vida.

—Zalèüh —me frena Avaldur'h agarrándome del brazo—, deja de hacer eso.

—¿Qué deje de hacer qué? ¿Culparme? ¿Responsabilizarme? —Me giro hacia él—. No puedo. Todos ellos han muerto tras querer colaborar conmigo. Pero te juro, por mi nombre y mi apellido, que me encargaré de que sus muertes no hayan sido en vano. Juro que el recuerdo de Ortheel quedará borrado de este continente que quiere destrozar. Juro que me encargaré de que puedan descansar.

Zaydear no responde. Solo me mira y sonríe. Una sonrisa que parece contener siglos de sabiduría, eones de conocimiento. Entonces se acerca un poco más a mí y me tiende sus manos. Dudo un segundo, pero finalmente las tomo.

—Seguiré observándoos, aunque vosotros no podáis verme a mí —dice en voz baja—. Esta es la última vez que podrás escucharme, joven sygära, oye bien mis palabras: Cuando todo sea gris, cierra los ojos y confía. Los dioses juegan sus propias cartas, y tienen algo increíble preparado para ti.

Cierra los ojos. Sus manos aprietan las mías con más intensidad.

Y de repente, el mundo se pliega a nuestro alrededor.

Cuando abro los ojos, estoy de nuevo junto al río Jhaskuun.

Ya no estoy rodeado de bosque en ese claro mágico. Avaldur'h y Zaydear se han desvanecido. O más bien, diría que he sido yo quien lo ha hecho. Por un momento dudo de si ha sido solo un sueño, pero mi puño sigue aferrando ese resto de piel ensangrentado.

Miro a mi alrededor para lograr situarme. A lo lejos está la inmensa explanada nevada que dentro de un día será un campo de batalla. Y ahí,

sentada sobre un barril, con el cabello dorado agitado y enredado por el viento, las piernas cruzadas y el pie meciéndose con ansiedad, está mi mayor obsesión.

Zynael está esperándome.



Kal'ladril
24

El campo que se extiende ante mí mientras camino hacia ella, amplio y blanco. Aquí es donde lucharemos. Donde algunos morirán y otros vivirán para que siempre se les pueda recordar.

Zynael me ve y al instante se pone en pie, como si algo en su pecho se liberara al verme llegar. En cuanto me sonríe, mi interior agitado vuelve a sentirse en completa calma. Por un momento creo que vamos a poder hablar, que podré decirle dónde he estado y con quién; lo que me ha dicho Zaydear, y cómo me encuentro al respecto. Solo quiero tocar su mejilla y repetir el último beso que le di.

Pero no.

Los dos reyes de Drilembiyr'h, Karanthir y Elwë, se aproximan hacia mí viniendo detrás de ella. Mi padre se adelanta, esquivándola, y agarra mis hombros al instante.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta sin ceremonia alguna, sin un saludo, sin un respiro—. ¿No podías habernos avisado si tenías algo importante por hacer?

Me mira fijamente. Al notar la dureza de mi expresión, relaja la suya.

—Por un momento he pensado que querías escaquearte de la guerra —Sonríe, intentando algo parecido a bromear—. Hasta he llegado a imaginarte huyendo hacia el sur para esconderte con Roc, con tal de evitar llamarlo.

Se ríe solo, esperando que yo también lo haga.

Pero no es el caso.

Decidiendo ignorar la ridiculez que acaba de soltar, agarro su mano y

coloco sobre ella ese trozo de vestimenta ensangrentada.

—Podemos dejar de esperarlos —digo con seriedad—. No va a venir ningún nyëlkhem de Eruful'h, y tampoco ningún enano.

El rostro de Karanthir se torna pálido. Sus ojos bajan con lentitud hacia la tela que le acabo de ofrecer. Durante unos segundos, el viento es lo único que se atreve a moverse. Zynael da un paso adelante con nerviosismo, necesitando comprobar por sí misma de qué se trata.

—¿Cómo? —su voz tiembla, y yo siento cómo me rasga por dentro—. ¿Qué quieres decir con eso, Kal'ladril? ¿Cómo que no van a venir? ¿Por qué?

La miro. Necesito abrazarle, decirle que lo siento, pedirle perdón. No quería volver con esto, pero no tengo derecho a lamentarme. De nuevo he sido el culpable de que algo así haya sucedido, y debo reconocer la verdad.

—Están muertos —respondo—. Todos.

Elwë deja escapar una exhalación y se cruza de brazos, como si el frío hubiera atravesado repentinamente su espina dorsal. Mi padre levanta su oscura mirada hacia mí.

—¿De dónde has sacado esto?

—¿Sabes lo que es? —pregunto.

—No —responde con demasiada rapidez—. ¿Qué es?

—Son ropas nyëlkhems, pieles de viaje de las colonias del bosque Eruful'h —explico—. Esto es lo único que ha quedado de aquellos que venían a ayudarnos.

Silencio. Todo a nuestro alrededor parece ponerse en pausa.

—¿Y de dónde lo has sacado? —repite.

Lo miro a los ojos. No voy a decirle que me lo dio una bruja de Cinnadaoin que está a punto de desaparecer de este mundo. No le hablaré de Zaydear, ni de sus visiones, ni de sus supuestos pactos con los dioses.

—El viento —miento finalmente—. El viento me lo ha hecho llegar. Así de provocadora es la casualidad.

Karanthir no responde. Sus dedos aprietan la tela con más fuerza.

Zynael sacude la cabeza.

—Seguro que te equivocas —se niega, exactamente igual que me ha ocurrido a mí—. No tiene por qué significar eso. Podría ser una tela de cualquier cosa. No tienes pruebas de que todos estén…

—Zynael, lo están —la interrumpo—. Sé que están muertos. Todos los que salieron.

Su rostro se parte. No llora, pero sus ojos brillan con esa humedad contenida que es peor que cualquier lágrima. Baja su expresión para perderla en el suelo, derrotada, confiando en mi seguridad a la hora de asegurar algo tan severo como esto.

—Si es verdad —dice Elwë, metiéndose por primera vez en la conversación—, y no te estás equivocando, entonces tienes un pálpito muy desarrollado.

Karanthir se agacha y empieza a hacer un hoyo en la nieve, colocando la tela en su interior, enterrándola con un cuidado reverencial. Cuando ha terminado de cubrirla, apoya una mano sobre ella y cierra los ojos. No dice nada, pero su silencio es una oración a los dioses. Una de esas que se piden desde el corazón.

Cuando se pone de pie su expresión ha vuelto a cambiar, retomando su semblante habitual. Todos sabemos que no hay tiempo para ningún tipo de luto.

—Bueno, hijo —Suspira, poniendo fin a este breve momento de lamento —. Debes llamar a Roc ya, es imperativo que lleguen mañana. Y debemos organizar cómo vamos a esperar al ejército enemigo.

Asiento, de acuerdo con él y con sus preferencias.

Desengancho una de las plumas de mi trenza y la sostengo en mi mano, dudando en estos últimos instantes. La idea de llamarlos y exponerlos así al peligro sigue pareciéndome aterradora. Zynael me mira fijamente. El dolor de la noticia que acabo de darle sigue ahí, pero aun así me sonríe, esforzándose en demostrarme su convicción.

—Tranquilo, sabes que no dejaré que les pase nada —susurra—. Hazlo.

Y con esas simples palabras, me devuelve toda la seguridad. No existe nadie en este mundo, no ha existido nadie en toda mi vida, que provoque en mí tal confianza.

Cierro los ojos y me concentro en el llamamiento, apretando la pluma en el interior de mi puño, centrándome en ese vínculo irrompible y extremo que comparto con Roc. Y le hablo, desde lo más profundo de mi corazón y de mi mente, pidiéndole su ayuda y, sobre todo, pidiéndole perdón. Lamentando nuestra última despedida, y estar reclamando ahora, de manera tan urgente, su presencia y la de toda su familia.

Entonces, casi al instante, transmitiéndome su respuesta de aceptación, el fuego azul brota en mi palma comenzando a desintegrar la pluma. Una llama mágica que no calienta ni quema. Una promesa de lealtad.

Cuando la pluma desaparece por completo, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Los farcnars van a ser vistos por las demás razas de Elthymeron, por primera vez desde mi nacimiento, y van a formar parte de esta guerra en la que me negué tanto a dejarles participar.

Abro los ojos de nuevo, encontrándome con el arropo de los suyos.

—Te juro, Kal'ladril, que estarán bien —Sus manos sostienen la mía, esa en la que hace un instante había una pluma—. Todos ellos saldrán con vida de esto.

—Lo sé —La abrazo alrededor del cuello y beso su frente, dándole las gracias con este breve pero significativo gesto.

Cuando me separo de ella, me doy la vuelta con decisión y comienzo a dirigirme al centro de este campo de batalla.

—¡Soldado! —le hablo a uno de mis hombres, un muchacho que no me sacará más de dos o tres años de diferencia—. Reúne a todos los generales y representantes. Del Ejército Dorado, de Wolftundur y del Bosque de Aszhroin. Es hora de organizar el ataque.

El chico asiente, se lleva el puño al corazón, y sale corriendo para cumplir mi orden.

***

El círculo a nuestro alrededor crece mucho más de lo esperado. Tomándonos como centro, comienzan a acercarse todos los generales de ambos ejércitos, de Drilembiyr'h y de Wolftundur, e infinidad de representantes del pueblo humano y de la colonia de nyëlkhems de Aszhroin. Zynael se mantiene a mi lado, erguida, queriendo demostrar esa

seguridad imparable a los suyos. Su capa de piel se agita, vanagloriándola, mostrándola como la increíble líder que en realidad es. Pero la conozco muy bien, y sé que sus manos tiemblan por dentro casi tanto como las mías. La rabia contenida es cada vez más difícil de sostener. Los reyes Karanthir y Elwë Akhelbec'h, como siempre, parecen estatuas perfectas esculpidas por los dioses, guardando el silencio y manteniendo su infinita elegancia.

El viento arrastra los murmullos de todos esos valientes confundidos y asustados, que siguen sumándose a esta repentina reunión. Puedo sentir el eco de sus pensamientos antes incluso de que se atrevan a pronunciarlos. Todos me observan como si yo fuese la respuesta a sus preocupaciones, como si fuese el oráculo de sus destinos.

De repente, veo a Thaeón, Idril y Jóngruf abriéndose paso entre la multitud, colocándose en la primera línea de este círculo. Deberían estar entrenando, ellos no son representantes, pero sé por qué han venido. Lo sienten. Saben que mañana será el final de la era de paz.

Incluso Hansley está aquí, entre los últimos. Su destreza con las armas no ha mejorado mucho, pero ha continuado practicando cada día para cumplir con la promesa que se hizo, y eso es más valioso de lo que muchos podrían ofrecer.

Respiro hondo y tomo el control. Es hora de hablarles.

—Generales, soldados —digo al fin, alzando la voz—, quería tomarme este momento para hablaros y avisaros: El enemigo se encuentra a menos de un día de aquí, y trae un ejército tan inmenso como un océano.

Los humanos y los nyëlkhems comienzan a murmurar, ellos no son conscientes de mi don y no saben cómo puedo saber eso sin haber mandado a un pelotón. Sin embargo, ningún hombre del Ejército Dorado duda ni un instante.

—El entrenamiento acaba de terminar —sentencio—. Si nos faltaba algo por practicar, no va a mejorar en el escaso tiempo que queda. Os habéis esforzado mucho antes de llegar hasta aquí, así que necesito que todos y cada uno de vosotros utilicéis este último día para recuperar ese cansancio acumulado. No os vais a volver más fuertes en las próximas horas, pero sí podéis estar más vivos.

El público vuelve a quedarse en completo silencio.

—Quiero que descanséis, pero sin llegar a relajaros. No os entreguéis al sueño ni a la falsa calma —les pido, mirando a varios de ellos—. Necesito que os posicionéis en vuestros lugares asignados como si los carnyces ya hubiesen sonado, como si ya los estuviésemos divisando. Quiero veros en el lugar donde vais a estar cuando empiece todo, y que esperéis ahí, porque mañana ya no habrá margen para corregir nada.

Algunos asienten, otros gritan para hacerme saber que mi orden les parece bien, pero aguardan. Bajo los yelmos y las armaduras, aprecio a varios de ellos temblando. Necesitan aliento y necesitan motivación.

Están aterrados.

Así que cierro los puños y doy un paso al frente.

—Oídme bien —Mi voz suena poderosa—. Tú —Señalo a un humano—, tú —Señalo a un nyëlkhem—, tú —Señalo a un sygära—, todos sois increíblemente valientes. Este ejército aliado es y será invencible gracias a cada uno de vosotros, que habéis decidido no mirar hacia otro lado ahora que la oscuridad pretende hacerse con nuestras tierras. Pase lo que pase, terminéis como terminéis, este continente os recordará eternamente. Vamos a darlo todo hasta el último de nuestros suspiros, y vamos a conseguir eliminar al enemigo. Todos los dioses, humanos y élficos, se han unido para apoyarnos. Juntos vamos a lograr que esta sea la última guerra que Elthymeron sufra.

Escucho varios gritos de motivación. Otros eligen el silencio, pero me sonríen.

—No os prometo la vida, solo os aseguro la victoria. Sé que huele a muerte, y que mirarla a los ojos tan de cerca es algo que aterra, pero tenemos que llegar hasta el final. No vamos a permitir que ninguna vida perdida sea en vano. Si las espadas se rompen, que sea contra la piel del enemigo. Enfrentad al verdugo con los ojos bien abiertos, sabiendo que estáis defendiendo algo mucho más grande y poderoso que el miedo.

Más gritos se suman a los primeros.

—Estas tierras son nuestro hogar, y este es el mayor ejército de aliados que ha existido jamás —exclamo—. Hoy podéis llorar, rezar y lamentaros por lo que os va a tocar enfrentar… Pero cuando llegue la hora de verdad,

quiero miraros a la cara y ver solamente una imbatible confianza. Quiero que tengáis claro que, nos pase lo que nos pase de manera individual, Ortheel no va a ganar. Os juro, ante todo lo que soy, que yo moriré antes de dejar que el sacrificio de uno solo de vosotros sea inútil.

Muchos levantan sus espadas, aclamándome. Mi nombre empieza a escucharse como un coro, de manera repetitiva, sin parar.

—¡Kal'ladril! ¡Kal'ladril! ¡Kal'ladril!

—También quería hablaros a vosotros, ciudadanos de Wolftundur… —continúo, centrándome únicamente en los humanos y el Ejército de los Lobos—. Estáis aquí sin vuestro rey. Sabéis tan bien como yo que no ha aparecido, y no va a aparecer.

Sus rostros se ponen serios, pero nadie parece atreverse a negarlo.

—Kal'ladril… —susurra Zynael junto a mí, intentando advertirme que tenga cuidado con las palabras que les dedico.

—Tranquila —Ladeo mi cabeza hacia ella, observándola con cariño—. No voy a crear disputa ahora, después de toda la paciencia que hemos tenido que guardar. Solo quiero que conozcan mi verdad. *Nuestra* verdad.

Zynael respira hondo y asiente, confiando en mí y en mi criterio para continuar.

—Me da rabia mirar a nuestro alrededor y no ver a Kèstiron entre nosotros —vuelvo a expresarme en voz alta y clara—. Me apena por vosotros. Sé que está esperando a que muráis por él, para después poder cantar la victoria desde su trono.

El silencio se mantiene. Veo muchas expresiones endureciéndose, pero la gran mayoría se agacha buscando consuelo en el suelo. La herida está ahí, y está abierta.

—Pensad en ello —les ordeno, tomándome la libertad de hacerlo—. Vamos a ganar esta guerra, y luego quiero que os preguntéis si realmente deseáis seguir obedeciendo a un fantasma. A un rey que no os ha defendido. A un trono vacío.

El murmullo se hace más y más evidente. Hay varios que ya empiezan a asentir, dándome la razón entre sus compañeros.

Respiro hondo, analizando bien la situación antes de continuar. Mi padre

me observa fijamente, pidiéndome que continúe solamente con la mirada. Ha captado mi estrategia, y parece estar muy de acuerdo con ella.

—Os pido que abráis los ojos, que valoréis lo que realmente merecéis, lo que queréis para vosotros y para el futuro de vuestro reino —insisto—. No es Kèstiron el que va a estar a vuestro lado para defenderos. Somos nosotros. Los que tenéis al lado. Los sygäras y los nyëlkhems. Son las coronas de los reyes de Drilembiyr'h las que están aquí, en cuerpo y alma presente, para representaros. Si nos dejáis ayudaros, os juro que esta monarquía jamás va a fallaros.

Entonces, las voces comienzan a animarse. De nuevo, vuelven a motivarse, sintiendo esa fuerza y ese afán de libertad para expresarse que parecían estar conteniendo.

—¡Por el próximo rey de Wolftundur! —exclama uno de los soldados del Ejército de los Lobos—. ¡Por Kal'ladril Akhelbec'h!

Y como una tormenta que arrasa el silencio, todos responden al unísono.

—¡Kal'ladril Akhelbec'h! ¡Kal'ladril Akhelbec'h!

Me giro al instante hacia mi hermano, esperando que comprenda lo que acabo de hacer y que no vuelva a tomárselo como una amenaza a su posición. Elwë me mira con la mandíbula apretada, incómodo, pero asiente con aprobación. Sé lo que siente, pero ha entendido que lo importante es que también están gritando nuestro apellido.

Mi padre se acerca a mí desde atrás y se aproxima a mi oído.

—Muy bien, hijo —susurra—. Acabas de regalarles un símbolo. Cuando todo esto acabe, amarán tanto a nuestra casa que aceptarán sin dudar a Elwë como rey, sabiendo que tú serás el capitán general que los guardará. Cuando la guerra concluya, todos ellos se pondrán de nuestro lado para eliminar a Kèstiron.

Asiento. Pero su forma de decirlo aún me quema por dentro.

Los humanos, ciudadanos y soldados, siguen gritando mi nombre al compás de los nyëlkhems y mis propios hombres del Ejército Dorado. Espero a que se calmen para volver a hablar.

—Id a vuestros puestos. Descansad con los que van a ser vuestros compañeros de posición —les ordeno—. Mañana, a esta hora, os quiero a

todos preparados para ganar.

Están a punto de comenzar a dispersarse, cuando la voz de uno de los nyëlkhems se dirige a mí.

—Tengo una duda, mi señor Kal'ladril —exclama el joven mestizo de piel canela—. ¿Cómo sabremos el momento exacto en el que vaya a iniciar la batalla? Nosotros estaremos escondidos en los bosques.

¿Debemos intuirlo?

Le miro y rechazo con la cabeza.

—Todos vosotros, desde cada posición, sabréis cuándo ha llegado el momento —revelo—. Os llegará la señal. Solo estad pendientes del cielo.

El joven asiente, y entonces todos comienzan a marcharse. El círculo que hacía un momento era tan denso, va desvaneciéndose y diluyéndose lentamente.

—¡Thaeón! —llamo al aldeano—. Vosotros no. Venid aquí un momento, por favor.

Los dos amigos se miran y acuden al instante, seguidos de cerca por Idril. Me doy la vuelta hacia mi padre, Zynael y mi hermano, y les dedico una señal con la cabeza para que nos alejemos ligeramente de la multitud, necesitando hablar con todos ellos de forma más privada.

—¿Está todo bien? —pregunta Thaeón cuando finalmente nos hemos detenido, colocándose junto a la rubia—. ¿Podemos ayudarte con algo antes de los preparativos?

—Sí —admito—. Ha habido un cambio de planes para vosotros.

No lucharéis junto al Ejército Dorado. Al menos, no de primeras.

Los dos aldeanos e Idril abren los ojos con sorpresa. Miro a mi padre, que enseguida se cruza de brazos y asiente, sabiendo perfectamente lo que les voy a decir.

—He llamado a los farcnars —revelo por primera vez para ellos— . Mi padre y Zynael han pensado que sería mejor si tuviésemos un grupo que pudiese atacar y defender desde el aire. El ejército de Ortheel también tiene äphylds a su favor. Iréis juntos —ordeno—. Vosotros ya conocéis a las crías que montasteis, y quiero que vayáis con ellos.

—Pero… —frunce el ceño Thaeón—. ¿Vas a exponer así a los farcnars?

Pensaba que la intención era que nadie supiese que están vivos, para que no corran ningún peligro.

Zynael se mete al instante, apoyando su mano sobre el hombro del moreno.

—Thaeón —le frena—, los necesitamos. Ortheel tiene en su ejército a todos los farcnars que cayeron.

Los ojos negros del aldeano se entrecierran con preocupación.

—Piénsalo bien, yo… —piensa cómo expresarse frente a mi padre, sin revelar aún su don—, voy a tener muchas más posibilidades si gano perspectiva. Necesito esa visión desde arriba si quiero poder ser más productiva.

Nuestros tres amigos enseguida parecen entender a lo que se refiere, y asienten completamente de acuerdo.

—Ella irá en Sumli —los organizo—. Padre, tú irás en Roc. Thaeón, Idril y Jóngruf irán en las crías que ya conocen. Y, por favor, necesito que estéis pendientes también de los hermanos que quedarán sin jinete.

—Descuida —Afirma Jóngruf con seguridad.

—Por supuesto, hijo.

Suspiro, mostrando mi alivio.

—Admito que al principio la idea no me gustaba nada. Pero siendo sincero, y completamente egoísta, pelearé más tranquilo sabiendo que vosotros no estaréis en medio de todo lo que va a ocurrir en tierra.

—¿Por qué dices eso? —me habla Idril, con la voz temblorosa por el miedo—. ¿Es que piensas que va a ser una matanza?

Asiento lentamente, sintiéndome incluso culpable por admitirlo.

—Esta tierra, este campo de batalla, será pronto un cementerio —susurro, pretendiendo que nadie más pueda escucharme—. Por muchas esperanzas que pueda dar, no debemos olvidar que nos enfrentamos a un ejército inmortal. Cada vez que derribemos a uno, se estarán levantando tres más que nos volverán a atacar. Solo espero poder llegar a Ortheel lo más rápido posible.

Elwë se cruza de brazos y alza el cuello con actitud.

—¿Y qué es lo que crees, capitán? —me habla como el rey que ya es, demostrando su posición ante los demás—. ¿Consideras que Ortheel estará expuesto? ¿Qué encabezará sus líneas? ¿O crees que estará oculto como una rata mientras orquestra su maniobra?

—No puedo saberlo con certeza, pero creo que estará en el centro —Me doy la vuelta, fijando mi atención en esa extensión de terreno nevado que dentro de un día estará repleto de soldados luchando contra dugrulhs—. Si realmente sus criaturas no se separan de él por no perder el vínculo con su magia, deberá ocupar esa posición para controlarlas a todas por igual. No lo conozco aún como rival, pero si es un nigromante con tanto nivel, será también egocéntrico. Creo que querrá resaltar, que deseará que alguien intente hacerle frente, que alguien lo desafíe.

Zynael baja la mirada, acordándose de lo que vimos cuando nos separamos del grupo mientras volábamos a Cinnadaoin. En efecto, Ortheel lucía su superioridad, y ambos sabemos que en la batalla será exactamente igual. Mi hermano asiente con lentitud, parece estar a punto de responderme, cuando una repentina voz se interpone.

—Zynael.

La expresión de Zynael cambia de inmediato. El color abandona su rostro.

—Papá… —susurra.

Me giro rápidamente esperando no encontrarme realmente con el padre de Zynael. Pero ahí está, Cònradel’h Kivaryl, y a su lado está Döriel, aquel joven que fue amante, o pareja, de la elfa.

No se quedaron en Aszhroin. Han venido a la guerra.

—No, no, no… —Agita la nyëlkhem la cabeza, acercándose a ellos acelerada—. ¿Qué haces aquí, papá? ¿Y tú, Döriel? ¿Por qué estáis aquí los dos?

Idril corre también hacia sus conocidos, no sabiendo si alegrarse o entristecerse de verlos en este lugar.

—¡Cònradel`h! ¡Döriel! —Los abraza la castaña.

El padre de la rubia abraza a la mejor amiga de su hija.

—Hola Idril —Se alegra Döriel, saludándola con la misma alegría—. ¿Tú

no nos das un abrazo, Zynael? ¿No nos echabas de menos o qué?

—No, no… —Zynael suspira rendida y se lanza hacia su padre, hundiéndose en su cariño con rendición—. Por supuesto que os echaba de menos… Papá… —Cierra los ojos, disfrutando de nuevo de la cercanía con su familia.

Cònradel'h sonríe cuando vuelven a separarse, mirando a su hija con atención.

—Vaya, Zynael. Has estado entrenando bien —la admira—. Estás fuerte, muy fuerte. Y tu armadura parece haber vivido ya unas cuantas batallas.

—No he parado de usarla —Asiente ella—. Me ha salvado de unas cuantas.

Entonces se gira hacia Döriel, fijando sus ojos grises en ese verde tan intenso del nyëlkhem. Vuelvo a prestarle demasiada atención, pero esta vez sí que logro reconocer la sensación de incomodidad que despierta en mí. Aunque me cueste admitirlo, sigue siendo realmente atractivo. Su pelo negro, liso, escalado y despuntado, roza sus hombros dándole un estilo muy desenfadado. Su piel exótica, y esa forma que tiene de mirarla y de sonreír, vuelven a formar un nudo de celos en la boca de mi estómago.

—Döriel… —murmura ella, incapaz de sostener la sonrisa.

Y de nuevo, repitiendo aquel evento que ya viví, decide besarla.

Sin darle opción a reaccionar, Döriel agarra su cabeza y mueve sus labios contra los de ella, besándola como parecía haber deseado hacerlo desde que se despidieron. Giro mi cabeza en otra dirección, respirando hondo para lograr contener la rabia que comienza a nacer en mi interior. Me fijo en Thaeón, que también parece haberse quedado en shock. Está paralizado, observando la escena con pleno desconcierto.

—Por lo visto, éramos pocos… —gruño.

Thaeón se gira hacia mí, frunciendo el ceño con confusión.

—¿Quién mierdas es ese? —parece molestarse, como si yo fuese el único rival que admite en lo que a Zynael se refiere.

—Ese, amigo mío, es el hombre que estuvo a punto de pedirle matrimonio a Zynael.

—¿Cómo dices? —Su expresión se arruga aún más.

—Estuvieron juntos en lo que, por lo visto, solo él entendió como una relación seria —revelo—. Pero para su desgracia, eso fue antes de yo apareciese.

Me acerco a ellos con paso decidido, cortando el momento del nyëlkhem. Cònradel'h enseguida ilumina su sonrisa cuando me tiene frente a él, claramente encantado de volver a verme.

—Hijo de Sauthriel, gracias por…

—Cònradel'h —le freno, inclinando mi cabeza con galantería—. Es una alegría volver a verte. No imaginé que volveríamos a encontrarnos aquí. Cuando nos marchamos de Aszhroin, no nos comentaste tus intenciones de unirte a la guerra.

Zynael se coloca enseguida junto a mí y agacha la cabeza con vergüenza, como si ella supiese lo que es eso, como si realmente la tuviera. O tal vez sea pura incomodidad y no sepa cómo reaccionar después de lo que acaba de pasar. Su padre parece darse cuenta, pero decide pasarlo por alto y vuelve a centrarse en mis ojos.

—No tuve duda ni un solo momento, desde que vinisteis a proponer la alianza —nos cuenta—. Pero no quería fastidiarle a mi hija la sorpresa.

—¿Te parece esto una buena sorpresa? —se queja ella, volviendo a levantar la vista hacia su padre—. Papá, esto no es una celebración, es una guerra.

—Y pienso lucharla junto a mi hija —se defiende Cònradel'h enseguida —. ¿O pretendías que me quedase en Aszhroin esperando, rezándole a Sauthriel hasta comprobar si realmente volvías?

—Pero…

—Pero, ¿qué? —Se cruza de brazos.

—Malèüh, zalèüh… —Me giro hacia mis familiares, queriendo cortar este momento de enfrentamiento entre Zynael y su padre. Entiendo su preocupación, pero también la necesidad de Cònradel'h de luchar junto a su descendencia—. Venid, por favor. Quiero presentaros a alguien muy especial.

El nyëlkhem herrero me mira con sorpresa, impresionado por el término que acabo de emplear para referirme a él. Cuando mi padre y mi hermano

llegan junto a ellos, Cònradel`h y Döriel les dedican ese especial saludo de su raza.

—Hijos de Sauthriel, gracias por existir… —murmuran a la vez, casi en un susurro.

Mi hermano se gira hacia mí con el ceño fruncido, muy confundido. Asiento para tranquilizarlo y vuelvo a centrarme en los dos nuevos invitados.

—Estos son Karanthir y Elwë Akhelbec'h —los presento con honor—. Antiguo y nuevo rey de Drilembiyr'h. Mi padre, y mi hermano. —Cònradel'h y Döriel inclinan la cabeza al instante, recibiendo a los monarcas—. Malèüh, zalèüh… Este es Cònradel'h, padre de Zynael. Y este es Döriel… un *viejo amigo*.

Zynael ladea su mirada hacia mí, mirándome de nuevo con incomodidad. Está claro que lamenta lo que acaba de pasar, pero no es mi problema si ella no lo ha sabido detener.

Mi padre se lleva la mano al corazón, y un instante después Elwë hace lo mismo. Respiro hondo, sintiéndome muy aliviado de ver que mi familia está recibiendo con honor a la familia de la mujer que ha poseído mi corazón.

—Cònradel'h es herrero —revelo, sumándoles información—. Un forjador de plata, y muy bueno. Fue él quien hizo la armadura que porta Zynael.

—Vaya —Mi padre muestra su admiración—. Hiciste un gran trabajo, mi más sincera enhorabuena. No he visto jamás una pieza igual. Es magnífica.

—Admirable. Aprecié su increíble valor en cuanto la vi —revela Elwë—. En su día se lo dije a Zynael, es una armadura preciosa y sobrecogedora.

Cònradel'h vuelve a agachar la cabeza con agradecimiento, sintiéndose honrado tras las palabras de ambos monarcas.

—Fue una petición de mi hija, y quise hacerla digna de ella y de su don.

—Papá —le frena al instante Zynael, evitando que pueda hablar de más sobre esa magia que ella aún no ha querido revelar—. ¿Habéis estado en Dòstanit todo este tiempo? Llevo más de seis días aquí, ¿por qué me buscáis ahora?

—No habíamos podido coincidir con vosotros —confiesa—. Ha dado la casualidad de que son los mismos días que hemos estado ayudando a los exploradores de los bosques. Hemos dejado listos los puntos de ataque para los nuestros.

—¿Y no habíais escuchado que Kal'ladril Akhelbec'h ya estaba en estas tierras entrenando al ejército? —se queja ella.

—Sí, claro que lo habíamos escuchado —responde Döriel—. Pero teníamos trabajo por hacer antes de volver. No íbamos a escaquearnos de nuestras labores solo por haber tenido más trato con él.

—¿Y qué hay de mí? —Se ríe sin humor—. ¿La nyëlkhem que sabíais que estaba con él tampoco era prioridad para vosotros? ¿No podríais haber venido antes?

—Zynael, hija —le frena Cònradel'h, agarrando sus manos para tranquilizarla—. ¿Por qué estás tan nerviosa? Estamos aquí ahora. Venir a buscarte ha sido lo primero que hemos hecho en cuanto hemos vuelto. Zynael respira hondo, pero no logra controlarse como pretendía.

—¡Estoy nerviosa precisamente porque estáis aquí! —exclama—. ¡Vosotros dos no teníais que estar aquí! Ojalá esto sea solo una pesadilla… —Se frota la cara con frustración—. Necesito abrir los ojos y que volváis a estar seguros en Aszhroin, muy lejos de esta guerra.

—Hija…

—¡No! ¡Papá, por favor! —se desespera de nuevo y vuelve a sostener las manos de su padre, como si quisiera rogarle—. Por favor, por favor, por favor… —repite desesperada—. Idos. Idos a Aszhroin de nuevo.

—No vamos a…

—¡¡Por favor!!

—Zynael… —Los ojos de Döriel se entornan con dolor.

—¡¡Idos!!

—No podemos. No queremos —rechaza Cònradel'h—. Vamos a quedarnos aquí y a pelear por nuestro continente y por su futuro. Vamos a quedarnos aquí a luchar contigo.

—¡No necesito vuestra ayuda!

—Lo sé —Sonríe con cariño, manteniendo el contacto con su hija—. No

lo hacemos porque nos necesites. Nos quedamos porque, por nosotros, necesitamos hacerlo.

Zynael respira hondo, con los nervios aún a flor de piel. Su preocupación por ellos es tan evidente que apenas parece ser capaz de dominar su respiración. Se separa de su padre y da vueltas, como si moverse de un lado a otro fuese a ayudarle a retomar la calma. Pero parece conseguir todo lo contrario.

—No, no, no… —repite una y otra vez.

—Zyn… —Idril se acerca a su amiga y la agarra por los hombros, frenándola—. Debes de entender que quieran estar aquí, igual que en su día comprendiste que yo quisiera venir contigo.

La rubia abre la boca, pero no parece encontrar excusas.

—Idril, es mi padre —Lo señala, como si su mejor amiga no supiese de sobra quién es Cònradel'h—. Si le pasa algo a mi padre… yo…

—Te entiendo —Asiente ella—. Perderás la cabeza, te matará la pena… Sé bien lo que te ocurrirá si nos pasa algo a cualquiera de nosotros. Pero esto es una guerra, y el riesgo es grande por mucho que nos duela.

—¡Por eso les estoy pidiendo que se vayan, Idril!

—Pero es que no depende de ti —Sonríe con cariño la castaña—. Todos hemos sido libres de elegir. Todos hemos podido escoger quedarnos en nuestro hogar, aguardando como cobardes mientras los demás intentabais salvarnos de un ejército inmortal. Todos hemos tenido dos opciones, y todos hemos decidido estar aquí. Por ti, por él, y por Elthymeron. ¿O es que tú no has hecho lo mismo? Podrías haberte ido a casa en cuanto vuestro brazalete desapareció, y estas aquí por lo mismo que yo.

Zynael vuelve a quedarse sin habla. Veo sus puños apretándose, su ceño frunciéndose sobre su nariz.

—¿Desde cuándo eres tan fuerte y tan convincente, amiga mía? —murmura la rubia.

Idril la abraza, hundiendo su rostro en su compañera.

—Desde que decidí parecerme un poco más a ti.

Los ojos de Zynael se abren y, sin soltar ese cálido abrazo, me buscan al instante. Hay algo en lo más profundo de ellos que no logro distinguir y

que parece pedirme ayuda. Algo hundido en su más oculto interior, un secreto que parece desear gritar a voces. Me mantengo así, mirándola fijamente, ayudándola de la única manera en la que puedo hacerlo: transmitiéndole mi confianza. Igual que me he propuesto que no le ocurra nada a ninguno de ellos, me aseguraré de que su padre y su amigo Döriel salgan con vida de esto. Aún no sé cómo lo haré, pero no dejaré que ninguno caiga durante el enfrentamiento.

Me giro hacia el padre de la nyëlkhem cuando las amigas han soltado su contacto, volviendo a centrarme en ellos.

—Tengo una propuesta para vosotros —les hablo con seguridad—. Zynael, mi padre, Idril y estos dos humanos, van a ayudarnos con el ataque desde el cielo.

—¿Desde el cielo? —se sorprende Cònradel'h.

Zynael vuelve a colocarse a mi lado y afirma con la cabeza, muy decidida a convencerles de unirse a ellos, cambiando de estrategia ahora que se ha dado cuenta de que no va a lograr que se marchen.

—Una familia de farcnars, papá —revela—. Hay farcnars vivos. Montándolos vamos a encargarnos de que el ejército del aire de Ortheel no pueda atacar a los aliados.

Miro a mi padre, necesitando que acepte esto que acabo de proponer. Su atención ya estaba clavada en mí cuando me giro hacia él, y al instante asiente cediéndome su bendición, de acuerdo con mi idea.

—Cuantos más seamos, más sencillo será enfrentarnos a esas criaturas sin vida —añade, uniéndose a la conversación—. Pero deberemos organizar un plan de ataque. Debemos considerarnos un nuevo escuadrón, y tenemos que estar igual de preparados que todos los que se encontrarán en tierra.

—Estoy de acuerdo —afirma Zynael—. ¿Y tú, papá? Querías luchar conmigo, ¿verdad? Entonces deja los bosques a los nuestros, y ven con tu hija a sobrevolar el cielo.

Cònradel`h inspira hondo, pensando, pero no necesita demasiado tiempo para acceder. Enseguida su mandíbula se inclina con actitud, uniéndose a este nuevo pelotón de jinetes de farcnars que acabamos de organizar.

—¿Cuántas crías son? —plantea Elwë, cruzándose de brazos—.

¿Serán suficientes?

—Cinco.

—Yo y Roc, Sumli con Zynael, tres crías para tus tres amigos, y dos más para las dos nuevas incorporaciones —recuenta mi padre—. Vaya, los dioses lo tienen todo siempre perfectamente medido.

—¿Y qué hay de Dai-sha? —se preocupa repentinamente mi hermano—. ¿Pretendéis dejarlo a él en tierra?

—No —rechaza Karanthir—. Irá conmigo.

Asiento. La decisión ha sido tomada. El cielo será nuestro.

De nuevo, se apodera de mí esa suicida falta de miedo. No lo siento. No lo encuentro, a pesar de saber que debería tenerlo.

He pasado toda la vida entrenando para este momento, sobrellevando el peso de mi posición y mi linaje. He sentido esas ganas de más quemándome el estómago, la culpa cerrando mi garganta, y el asfixiante deber de quien dependen tantas vidas. Pero ahora, al ver tan de cerca la inminente guerra, solo existe en mí una imparable certeza.

Vamos a ganar. Voy a derrotar a ese maldito nigromante.

No sé cómo lo sé, pero estoy completamente seguro. No es una mera esperanza, es un pulso, un latido. Algo que parecía vivir dentro de mí y que ha empezado a rugir como si hubiese estado esperando este momento toda mi vida. Siempre he confiado en mí mismo, en mis posibilidades, pero sin duda algo ha cambiado. En mi interior existe algo más frío, y mucho más feroz. Y me gusta. Quizá esté volviéndome egocéntrico, quizá la idea de ser invencible ha empezado a anidar en mi pecho como una nueva maldición. Pero, ¿acaso no es lo necesario en estos momentos? ¿Acaso no es lo que siempre se ha esperado de mí, cada vez que me han llamado el Guerrero de Guerreros? Soy el que va a caminar hasta el centro del ejército enemigo y va a buscar a Ortheel entre el caos. Soy el que va a mirarlo a los ojos y va a gritarle que no le teme; que su magia negra no es suficiente; que en mis manos, bajo el filo de Uttilam’h, va a encontrar su muerte.

Lo siento ardiendo bajo mis costillas, como un fuego que nadie más puede ver.

Y lo mejor de todo, es que no estoy solo.

Ella está aquí, conmigo. Sé que mientras estemos juntos, mientras ella sobrevuele los campos y yo libere el terreno, no habrá ejército que pueda vencernos.

Ni siquiera uno que ya está muerto.



Kal'ladril
25

El olor a madera mojada y a humo se apodera de mis orificios nasales en cuanto abrimos la puerta de la habitación. El fuego arde en esa deteriorada chimenea, suficiente para iluminar las sombras de la noche que ya se han hecho con cada rincón. Zynael se adelanta y comienza a desvestirse, quitándose rápidamente las piezas de su armadura, dejándose caer junto a la lumbre envuelta en su capa de piel, sentada en el suelo mientras se abraza a sí misma. Su cabello aún gotea pegado a su espalda, empapado del baño que nos hemos dado en el río. Las gotas corren por sus puntas doradas, cayendo como pequeñas perlas sobre el suelo.

No puedo evitar mirarla.

La quietud y sensualidad que desprende, sin siquiera pretenderlo, me desarma.

—Qué frío —susurra, frotando sus propios brazos—. ¿Quién me iba a decir que llegaría a echar de menos la capital de Wolftundur? Allí al menos había tinas con brasas.

El viento sopla entre las piedras mal encajadas de las paredes, castigándonos con pequeñas corrientes heladas. La gotera ha seguido cayendo todo el día, golpeando el cubo con insistencia hasta llegar a rebosarlo, formando un charco a su alrededor. Lo agarro sin mucho cuidado y me dirijo a la ventana para vaciarlo. Cuando dejo el agua caer en la nieve que rodea la torre, me fijo en que el cielo ha comenzado a despejarse. Vuelvo a apoyar la cubeta en el suelo y me quedo ahí en completo silencio, asomado a esta ventana abierta de par en par.

Ha dejado de nevar. El frío aliento de este clima norteño ha comenzado a empujar las nubes, separándolas como si los dioses estuviesen

intentando apartarlas para poder visualizar la tragedia que va a ocurrir en su nombre. Lentamente, comienzan a dividirse como un telón, dotándonos de un espectáculo que nadie esperaba. Y entonces aparece.

Ese radiante astro nocturno. La noche previa a la Séptima Luna Llena. Tan inmensa que parece que va a caer sobre nosotros en cualquier momento.

—Zynael —la llamo sin pensarlo—. Ven. Rápido.

Escucho cómo se levanta a toda prisa, sus pasos descalzos corriendo sobre el suelo de madera. Se coloca a mi lado, se asoma por la ventana y deja escapar una exhalación suave. Su genuino asombro eriza mi piel.

—Por Sauthriel —susurra—. Es increíblemente hermosa. Echaba tanto de menos poder admirarla… Asiento, dándole la razón.

—Es tan grande…

—Demasiado —murmuro—. De hecho, creo que no ha menguado.

—¿Qué?

Entonces parece caer en la cuenta. La última vez que la vimos, sobrevolando las nubes a lomos de los farcnars, estaba exactamente igual. A pesar de que no era su momento, la Luna de entonces estaba igual de llena. Igual de inmensa.

No ha cambiado ni un ápice.

—No es posible —Frunce el ceño volviendo a observarla, esta vez tratando de estudiarla—. ¿Crees que no ha menguado ni una sola noche desde que matamos al dragón? ¿Es eso lo que insinúas?

No respondo. No lo sé. Es como si este cielo hubiera quedado atrapado en un momento perfecto. Pero no creo que sea bueno. Solo una cosa ha cambiado desde el último momento en que pudimos admirarlo: Las estrellas han regresado. Brillan de nuevo con potencia, acompañando a su superiora, como fieles sirvientes a ese trono que solo la Luna puede ocupar.

Zynael se gira para mirarme, con una luz extraña en los ojos.

—¿Esto te preocupa?

—No. No me preocupa en absoluto —rechazo—. Estoy extrañamente confiado.

—Quiere decir que piensas que todo va a salir bien.

—¿Bien? —murmuro, pensando en esa palabra—. Nada puede salir bien en una guerra, pero estoy seguro de que sobreviviremos. Y estoy seguro de que esto, que la Luna siga intacta y las nubes hayan querido despejarla, es solo una señal más.

Sus labios se curvan de nuevo en una deliciosa sonrisa. Y se queda ahí, en silencio, mirándome fijamente con esos preciosos ojos que brillan más que las propias estrellas.

—¿Qué? —Llevo mi mano a su mejilla y la acaricio suavemente.

Nuestra tradición se ha vuelto algo muy simbólico entre nosotros dos. En momentos como este, cuestionándonos esa simple y breve pregunta, nació esa conexión que terminó siendo tan fuerte.

—Sigues recordándome a ella —ronronea.

Vuelve a mirar al cielo. La luz brillante del astro abraza su hermoso rostro, iluminando sus pecas hasta encenderlas como brillantes galaxias. Cierra los párpados y respira hondo, como si su reflejo lograse hacerle sentir calor.

—Eres tan igual a ella —murmura muy suavemente—. Oscuro, imponente, solitario a veces… Con una luz que aparece cuando menos se la espera. Surges sin pedir permiso, y transformas todo bajo tu presencia.

Mis labios se separan levemente, incapaz de responder con palabras. Ella continúa en ese estado de meditación, reconociéndome en su interior.

—Tienes ese tipo de intensidad que no se puede mirar demasiado tiempo sin que termine poseyéndote —continúa—. Eres protagonista incluso cuando no dices nada. Tu mera existencia es como una leyenda. Tú, Kal'ladril, eres uno de esos cuentos antiguos que se susurran junto al fuego, que todos temen y todos admiran.

Lo que dice me desgarra el corazón con una dulzura que no sabía que podía doler.

—Eres como ella —repite—: Una promesa muda de que hay algo más allá del miedo. El héroe de las pesadillas, y también el villano de los sueños soleados.

Se gira hacia mí al mismo tiempo que sus ojos vuelven a abrirse para

encontrarme. Sus labios siguen curvados en esa sonrisa tan leve, y que tanto amor revela. Mi corazón arde al instante frente al abrazo de su mirada. Ese sentimiento arrollador que solo ella despierta, vuelve a derrumbar todo en mi interior, abriéndose paso por cada milímetro de mi ser. Mi corazón late con más fuerza cada segundo que pasamos así, en silencio, observándonos como si no existiera nada más a nuestro alrededor.

—Enana… —Me acerco sin poder evitarlo, sosteniendo su cara entre mis manos. Quiero besarla hasta que nuestros labios se fundan, pero al mismo tiempo no puedo dejar de mirarla.

—¿Qué? —responde, repitiendo ese monosílabo que ya es solo nuestro.

Cuando muerde su labio inferior, su boca capta toda mi atención. —¿Vas a hacerme rogar hasta el último momento?

—¿Y tú a mí? —Su mano sube acariciando mi pecho—. ¿Qué más quieres que te diga, Kal'ladril? Ya sabes todo lo que siento.

No me lo pienso más, y finalmente la beso.

Lento. Muy, muy despacio.

Como si tuviera siglos para hacerlo, y a la vez supiese que esta es la última noche antes del fin de los tiempos.

Ella me corresponde con la misma intensidad. Como si necesitara memorizar mi boca, como si temiera que pronto pueda quedar solo un recuerdo. El mundo se va desvaneciendo a nuestro alrededor, dejando el único sonido de nuestras respiraciones fusionadas. La guerra; Ortheel; cualquier tipo de preocupación en su corazón; pasan a un segundo plano. La realidad ahora no importa, y parece incapaz de alcanzarnos.

Sus jadeos contra mi boca se transforman en una banda sonora. Nos transmitimos todo lo que sentimos el uno por el otro sin necesidad de palabras. Sus dedos acarician mi cuello, temblorosos, pero el frío ya no es el culpable.

Es el amor. Un amor que duele, aterra y cura a partes iguales.

—Estás temblando —susurro.

Asiente.

—¿Cómo no hacerlo, si estoy cayendo?

Sus labios vuelven a buscarme, acariciando los míos con una lentitud

que me hace prisionero. Un espeso suspiro se me escapa sin que pueda evitarlo. Yo no estaba hecho para ser amado así. Yo era acero, hielo, órdenes, legado… Pero Zynael ha conseguido volverme adicto a algo que ni siquiera soy capaz de nombrar. Y ahora, todo mi corazón y todo mi ser le pertenecen.

Entonces vuelvo a devorarla, rindiéndome a ella para siempre de la forma más dulce que he sentido jamás.

—Imbécil… —murmura junto a mí, en un momento que nos damos para respirar—. Más te vale no abandonarme cuando todo haya acabado. Más te vale no vaciarme el corazón después de haberlo rebosado.

—Eso no va a pasar. Confía en mí.

—Confío plenamente en ti, Kal'ladril… —Vuelve a besarme—. Pero si alguna vez tenemos que separarnos, si por alguna razón el mundo se parte en dos y terminamos lejos, quiero que sepas que te recordaré cada noche, mirando a la Luna.

Sonrío, enternecido con esas palabras que llegan a atravesar mi alma.

—No tienes por qué plantearte esa situación —respondo, repasando sus labios con mi pulgar—. Voy a estar a tu lado eternamente.

Ella inspira hondo y vuelve a abrazarse a mí.

—Y pensar que intenté odiarte por quitarme la libertad… Qué ingenua —murmura—. Supe lo que era ser libre de verdad el día que me hiciste tuya. Incluso cuando estaba condenada a aquel brazal, tú siempre me impulsaste a aprender a volar.

La miro a los ojos cuando vuelve a soltarme, perdiéndome en ellos y en todo lo que parecen querer decirme.

—Siento muchísimo que Döriel me haya besado. Te prometo que no lo he visto venir —Se disculpa de repente, pareciendo lamentarlo realmente —. Debería haberlo frenado, quería apartarlo, pero no sabía cómo hacerlo sin dejarle mal delante de todos. Salí de Aszhroin compartiendo algo especial con él, y sé que anhelaba este reencuentro. Quiero hablar las cosas bien, explicarle que lo nuestro, fuese lo que fuera, se acabó; que estoy enamorada de ti y estoy iniciando algo contigo… Pero creo que ahí, frente a mi padre, los tuyos y nuestros amigos, no era el momento.

—Confieso que cuando le he visto lanzarse he tenido ganas de separarlo de ti de un puñetazo. Me ha molestado que no lo evitases, pero sí, tienes razón, y te entiendo —Recojo uno de sus mechones tras su oreja—. Habla con él cuando encuentres el momento y déjalo zanjado.

—Gracias —susurra, sonriéndome—. A pesar de lo mucho que ambos hemos cambiado, parece que sigues siendo el más racional de los dos. Yo no hubiese podido reaccionar con el mismo temple si Hansley hubiese intentado algo parecido frente a mí.

—Pero Hansley sí es consciente de lo que tengo contigo, Döriel no —le corrijo—. Por eso no me lo he tomado como una falta de respeto. Al fin y al cabo, para él seguís compartiendo una historia. Además… —Ladeo la comisura, burlón—, tengo el callo curtido gracias a tu especial amistad con Thaeón.

Abre la boca.

—Thaeón jamás intentaría nada conmigo mientras tú y yo estemos juntos. Respeta mi amor por ti, y te admira demasiado.

—Tú misma lo has dicho: *Mientras* tú y yo estemos juntos — Acaricio su mandíbula con el dorso de mi mano—. Ambos sabemos que volvería a intentarlo contigo si lo nuestro llegase a terminar. Pero por desgracia para él, y para todo el que se fije en ti, eso no va a pasar.

Suspira con el paso de mi gesto y mi caricia, relajándose tras comprobar que no estoy molesto con ella.

—¿Cómo nos ves después de la guerra, Kal'ladril? —plantea—. ¿Qué futuro utópico imaginas para nosotros?

—¿Utópico? No. Imagino un futuro a tu lado muy fácil de cumplir — Sonrío y pego la punta de mi nariz a la suya—. Viajando juntos, sobrevolando el cielo a lomos de Roc y Sumli, cazando, revolcándonos en cada bosque de Elthymeron, abrazándonos en incontables camas. Quiero levantarme cada día a tu lado, sea donde sea y como sea; bajo la lluvia, sobre la nieve, o quemados por el Sol. Quiero escucharte llamándome imbécil sin parar, que tus gemidos sean mi nana cada noche. Quiero mudarme a Aszhroin contigo; que protejamos Yókhubo juntos y dirijamos mano a mano el Ejército Dorado. Tú y yo guardaremos la Òthnolu de Sauthriel en cualquier lugar de este continente, y de toda Namhliä. Quiero

seguir evolucionando a tu lado hasta que la edad me marchite, e incluso después de que los dioses me reclamen.

Una preciosa sonrisa viaja en su aliento, dibujándose en sus labios sin necesidad de decir ni una sola palabra. Sus ojos brillan emocionados, pareciendo soñar con ese futuro idílico que acabo de mencionar. Entonces, cuando pienso que va a responderme con una intensidad similar, vuelve a girarse hacia la ventana fijándose de nuevo en esa noche que hacía tiempo que no podía admirar. Su mente comienza a divagar en sus propios pensamientos, ausentándose por un momento hasta que su cara vuelve a moverse muy levemente hacia mí.

—Suena maravilloso... —susurra de una manera extrañamente pesarosa —. Desearía poder firmar cada una de tus palabras. Jamás imaginé que podría llegar a enamorarme de alguien así. Jamás había sentido por nadie lo que siento por ti, Kal'ladril.

Mi ceño se frunce. Sé que hay algo en su interior atormentándole. — ¿Pero…?

Me derrito frente a ella cuando veo dos brillantes diamantes escapándose de sus párpados inferiores, sin que pueda siquiera controlarlos. Enseguida eleva la cara para lograr retener el resto de esas lágrimas que amenazan con escaparse.

—Pero tengo miedo —reconoce al fin—. Tengo muchísimo miedo de que pueda pasarte algo. No puedo ignorar esa maldita sensación, y sigo pensando que algo malo va a ocurrir. Me encantaría tener tu seguridad, pensar que dentro de un amanecer no ocurrirá nada más importante que tu cumpleaños, y que la guerra será solo una prueba más para estar juntos. Pero la realidad es que nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida, y aunque tú digas que es normal, a mí me preocupa lo que pueda significar.

—No estás hablando solo del gran doh, ¿verdad que no? — murmuro—. Tu mal presentimiento va mucho más allá de tus pesadillas.

Ladea sus ojos muy despacio, como si el simple hecho de mirarme directamente ya le doliese. Entonces su cabeza asiente.

—¿Qué es lo que te causa esa sensación? —me intereso—. ¿Qué crees que va a suceder que te provoca tanto miedo?

—No lo sé —Suspira—. Ojalá lo supiese, así al menos podría hacer algo

para tratar de evitarlo. Pero no. Es solamente una sensación de incomodidad constante que no me deja relajarme. No logro terminar de confiar en que la vida vaya a ser tan generosa con nosotros dos.

—¿Generosa? —Me sorprendo—. ¿Te parece que ha sido generosa? Sabes bien todo lo que hemos pasado para lograr llegar al punto en el que estamos. Y todavía tenemos que sobrevivir a la prueba más difícil.

—¡Lo sé, lo sé! —Sus nervios están a flor de piel—. Sé que no nos lo ha puesto fácil, pero sigo sintiendo que se nos viene encima algo mucho peor.

—Joder, Zynael —resoplo—. Pues espero que no.

—Lo siento —se disculpa, como si debiese hacerlo por esto—. He intentado dejar de pensar en ello, aferrarme a tu inquebrantable seguridad, pero de verdad que no soy capaz. No sé si tendrá que ver con el dragón, o si eso será solo la punta de un gran iceberg, pero siento que esta guerra te va a cambiar y va a acabar alejándote de mí.

Niego con la cabeza al instante y agarro sus hombros para obligarla a volver a encararme, necesitando mirarla, necesitando que ella también lo haga. Sus ojos tiemblan frente a mí, luchando por mantener su inalterable estado, pero claramente dominada por ese miedo que la está poseyendo.

—En eso te equivocas. Yo nunca, nunca, me alejaré de ti.

Sonríe, pero sé que lo hace solo para complacerme. Confía en mí, pero esas creencias, esos pensamientos, ya son demasiado fuertes.

—Ambos sabemos que no puedes prometerme algo que no va a depender únicamente de nosotros —Levanta su mano para acariciar mi mejilla.

—Vuelves a equivocarte —Mis cejas se afilan—. A mi ningún dios va a obligarme a abandonarte.

—A mí tampoco.

Nos miramos un instante más. El silencio parece querer zanjar la conversación y el aire vuelve a cargarse de esa paz que logramos trasmitirnos sin necesidad de hablar. Entonces la agarro de los muslos y la levanto en el aire, sentándola sobre la repisa de la ventana. Zynael suelta un jadeo que logra erizarme la piel y envuelve sus piernas alrededor de mi cadera cuando ha conseguido acomodarse.

—Nyëlkhem… —runruneo acercándome a ella—. Sé que te cuesta admitir tus errores, pero este vas a llegar a lamentarlo. Cuando acabe la guerra, voy a estar tan pegado a ti que vas a acabar aborreciendo mi presencia.

—Menudo imbécil... —Se ríe. Pasa sus brazos sobre mis hombros y clava su mirada en mis labios—. Más te vale, idiota. Más te vale que sea así.

Comienza a acercarse lentamente, pretendiendo besarme, buscando que nos fundamos en esta última noche antes de la batalla. Lo noto en la manera en la que humedece lentamente sus labios. Estoy a punto de dejarme llevar, cuando de repente recuerdo que me queda algo muy importante por contarle.

—Espera —Inclino mi cabeza hacia atrás, evitando su contacto en el último instante.

—No acabas de hacerme esto —Enarca una ceja—. No acabas de esquivar uno de mis besos. No lo has hecho justo ahora.

—En realidad, sí —Afilo la sonrisa para provocarla—. Pero no me apetecía mencionar a Zaydear en medio de lo que estaba a punto de pasar. Y seguro que si llego a contártelo después, me habrías recriminado el hecho de que no lo hubiese hecho antes.

Sus ojos se abren con impacto.

—¿Zaydear? —repite, necesitando asegurarse de haber escuchado bien.

—Está aquí —revelo—. Al menos, estaba aquí esta mañana. Cuando yo me…

—Cuando te has ido corriendo de repente —adivina, antes de que necesite completar la frase—. ¿Era ella lo que habías percibido?

—Me estaba llamando —le cuento—. Era una sensación muy extraña. La oía con la misma claridad con la que puedo escucharte ahora a ti, pero no estaba ahí. Estaba en mi cabeza. Me ha guiado hasta un punto en el bosque que de repente ha manipulado con magia, igual que hizo con aquella casa en Irdhün, y me he encontrado allí con ella y con Avaldur’h.

Su expresión es la misma que puse yo en ese momento.

—¿Avaldur’h ha logrado salir de la fortaleza sin que lo vean?

—No.

—También ha sido ella —supone correctamente—. ¿Y qué hacían juntos? ¿Qué te han dicho?

—¿Él? Nada. No sé qué habían estado haciendo juntos, pero ella lo «secuestró» de su habitación en la madrugada —continúo—. Cuando llegué, empezó a hablarme en clave, para variar. Pero terminó revelándome algunas cosas interesantes.

—¿Interesantes o preocupantes?

Respiro hondo. Considero que ambas respuestas son correctas, pero prefiero que lo juzgue ella.

—De las cuestiones que planteamos en Irdhün no llegó a aclararme nada nuevo —Suspiro, todavía lamentando esa parte—. Entendí que Ortheel no iba a morir, al menos no por mí. Creo que se rendirá. Después dijo que había venido a ver la última de mis versiones, y esa forma de referirse a mis cambios me llamó bastante la atención. Aseguró que después de la guerra se marcharía a Lyhändril, por lo visto hizo un pacto con los dioses y ya le ha llegado el momento. Y, por último, me dijo que Avaldur'h jamás me fallaría. Parecía convencida de que puedo confiar en él.

—Espera, espera… —me frena—. ¿Ortheel se va a rendir? ¿Cómo que la última de tus versiones? ¿Quieres decir que ella va a morir? —Eso fue lo que entendí, sí.

—¿Cómo?

—No lo sé, decía muchas cosas sin decir a la vez nada — murmuro—. Por eso cuando me contó lo de los enanos y los nyëlkhems no fui capaz de reaccionar.

Zynael desencaja su mandíbula, siento sus brazos tensándose al instante sobre mis hombros. De nuevo, el dolor parece adueñarse de su preciosa mirada.

—¿Qué fue lo que te dijo? —susurra.

—De nuevo, nada —le aseguro—. Repetía constantemente que el tiempo terminaría dándome todas las respuestas. No sé cómo murieron, pero me aseguró que todos ellos cayeron.

—¿Y le creíste?

—Sí —Suspiro—. Le creí y le creo. No tiene razones para mentirme con

eso.

—Vale… Entonces supongo que de verdad han muerto —Sus ojos se apagan ligeramente, dominada por el recuerdo de aquellos que nos ayudaron y ya no están.

Justo en ese momento, una ráfaga se cuela por la ventana con la violencia de un látigo invisible. El viento nos azota, como si el frío quisiera recordarnos que, por mucho que la nieve haya cesado y las nubes se hayan despejado, él aún no se ha marchado.

—¡Maldito clima de mierda! —grita Zynael, sobresaltada, soltando un bufido mientras se agarra más fuerte a mí—. ¡¿Qué demonios hago yo aquí sentada con la ventana abierta?!

Me echo a reír incapaz de contenerme, apartándola de la repisa al instante.

—Cuán elegante puede llegar a ser tu lenguaje, nyëlkhem —me burlo.

—Mira, *principito*, vete a tomar por donde ya sabes. Espero no volver a escuchar de tu boca una sola palabra mal sonante. Tan digno que eres de repente —Me señala con el dedo directamente a la cara, mientras yo sigo sosteniéndola en el aire—. ¡Ciérrala!

Vuelvo a soltar una carcajada, rendido ante esta mujer y lo especial que es. La mantengo sin esfuerzo con un solo brazo, sujetándola por debajo de los muslos, mientras con la mano libre vuelvo a cerrar la ventana.

—Más que un príncipe, parezco tu sirviente.

—Gracias —Me hace una mueca de burla, volviendo a acomodarse contra mí.

Camino hacia la chimenea. La leña crepita, lanzando pequeñas chispas como si estuviera celebrando nuestra cercanía. Me arrodillo con cuidado y Zynael se desliza con suavidad entre mis brazos, extendiendo su capa de piel sobre el suelo como si estuviera preparando un lecho, quedando completamente desnuda frente a mí.

Mi respiración se corta, como si fuese la primera vez que la veo. La observo con detalle, y sigue resultándome imposible creer que sea real. Que este cuerpo, esta criatura que es puro fuego, sea mía.

La luz danzante de la estufa perfila sus curvas, como si supiera

exactamente cómo debe reverenciarla. Ilumina sus anchas caderas, esa amplitud que invita a perderse, creada para ser adorada con lentitud. Sus muslos, firmes y carnosos, me llevan a la perdición. Pero es su rostro el que me ancla. Es su sonrisa la que me atrapa en su hechizo, y sobre todo su mirada: sincera, curiosa y descarada.

Zynael me observa como si fuera yo quien la está provocando.

—¿Te gusta lo que ves? —murmura, acomodándose sobre esa tela de piel que ahora hace el papel de alfombra.

—No —Mi mirada se afila—. Me vuelve loco.

—¿Entonces por qué no vienes y me lo demuestras? —su voz suave apenas se escucha por encima del crujir de la madera, y sin embargo es suficiente para hervirme la sangre.

No dudo en obedecer. Me siento frente a ella, y enseguida se acomoda a horcajadas sobre mis piernas. Sus manos se alzan y se apoyan en mi pecho, introduciéndose por la gran apertura de mi camisa. Acariciándome lentamente. Comenzando a recorrerme.

—Una… —susurra, rozando con sus yemas la cicatriz que cruza mi clavícula izquierda—, dos…, tres…,

Me fijo en sus ojos y respiro hondo. Sus dedos trazan cada marca que aquel flagelo dejó sobre mi piel, con una lentitud reverente, como si de este modo pudiese curar el recuerdo de cada una de ellas.

—Cuatro…, cinco…, seis… —continúa—. Veintinueve…, treinta…, treinta y una —Llega a la cicatriz que rodea mi cuello, ese surco maldito de aquel collar que casi me arranca la vida. Ahí se detiene—. Y con esta, suman treinta y dos —Su voz es apenas un murmuro—. ¿Aún te duelen?

Niego con lentitud.

—¿Y aquí? —Apoya su mano en mi corazón, sintiendo su fuerte latir.

—No —respondo—. De aquellos días, lo único que va a dolerme eternamente es lo que te hicieron a ti

Ella sonríe al mismo tiempo que baja la mirada.

—Ambos vamos a tener un mal cumpleaños —intenta bromear— . El mío fue en esa celda, y el tuyo será mañana, iniciando una guerra.

Asiento.

—¿Cuánto crees que va a durar? —pregunta tras un breve silencio.

—No creo que dure demasiado —confieso—. No nos enfrentamos a soldados normales. Son dugrulhs. No comen, no duermen, no descansan, no retroceden, no se desangran. Ni siquiera va a dolerles cuando les ataquemos. Van a seguir peleando hasta que no quede nada frente a ellos.

Ella inspira profundamente. Pero no veo ese miedo de antes en sus ojos, solo decisión.

—Terminará cuando el ejército aliado caiga por completo, o cuando logre derrotar a Ortheel —añado—. Confío plenamente en que será la segunda opción. Yo también tengo un pálpito, e incluso Zaydear lo ha confirmado dos veces.

—Para que un nigromante que no puede morir más que por sí mismo se rinda, debe sentirse verdaderamente amenazado —apunta ella, pareciendo pensar—. No vas a tenerlo nada fácil.

—Lo sé —Afirmo—. Pero tengo a la maga más increíble de la historia de mi lado.

Muerde su labio inferior y se inclina hacia mí, dejando su boca a un suspiro de la mía. Su aliento choca con mi piel. Los latidos de nuestro corazón se acompasan.

—Quiero besarte, Kal'ladril, durante toda la noche —murmura tan bajito que logra erizarme—. Quiero que nos toquemos hasta que nuestras huellas se borren; que nos fundamos hasta que nuestros cuerpos se vuelvan uno solo.

—Suena muy bien —Mi susurro arde contra sus mejillas.

Entonces comienza a acercarse, muy despacio, rozando mis labios sin llegar a lanzarse. Acariciándome con el grosor y la jugosidad de los suyos.

—Como ahora vuelvas a apartarte, imbécil —me amenaza—, te juro por Sauthriel y por cualquier otro dios que nos esté viendo, que te cruzo la cara de una hostia.

Una sonrisa grave se dibuja en mi boca y comienzo a asentir.

Acepto su desafío.

Entonces, me besa.

No es un gesto superficial, sino una inmersión. Una caída libre. Un

incendio.

Su boca se une a la mía, húmeda e insistente. Su lengua se desliza en mi interior con una precisión impecable y absolutamente deliciosa. Nos besamos como si el hecho de separarnos un solo segundo fuese a desangrarnos; como si así, unidos, fuese la única manera de encontrar aire.

Acaricio su espalda, suave y firme, recorriendo cada línea, cada curva, cada estremecimiento contra mí. Siento su calor bajo las yemas de mis dedos, y sé que la chimenea no tiene nada que ver, porque va encendiéndose más y más a mi paso. Su piel transpira fuego, y provoca el mío.

Una vez más, la siento temblar.

—No pienses —Me quedo contra sus labios, con la voz apenas audible, ronca y rota—. Ahora estás aquí, y estoy contigo.

Apoya su frente en la mía, jadeando suavemente, como si dudara entre besarme o llorar.

—Enana —Acaricio sus mejillas con los pulgares—, no voy a irme ningún sitio.

Vuelve a besarme. Ambos sabemos que, por mucha seguridad que tenga, ninguno puede asegurar nada de lo que va a pasar a partir de mañana. Pero ahora no necesitamos volver a hablar de ello, solo queremos disfrutar de este momento.

Sus manos se deslizan por mi pecho, arrastrando la tela de mi camisa sobre mis hombros. Empieza a quitarme una manga, sin dejar de besarme, encargándose de no soltar mi boca ni un solo instante. Luego me ayuda a sacar la otra, sin prisa.

—No puedo —susurra, con los labios aun tocando los míos—. No puedo separarme de ti. Cada vez que lo intento, me ahogo.

—Entonces no lo intentes —respondo.

Sus dedos se mantienen firmes al desabrochar las hebillas de mi fajín, una a una. Es meticulosa, tomándose este momento como una ceremonia. Aun así, sus besos no se detienen. Me consume a cada segundo, y yo dejo que me devore. Cuando el último enganche cae, lanza el fajín a la otra punta de la habitación y termina de arrancarme la camisa. Pero solo me

mira a mí, lamiéndome con esos preciosos ojos grises azulados, memorizando cada parte de mi rostro.

Mi torso queda finalmente al descubierto, sudoroso, tenso y palpitante.

Pero no puede dejar de besarme.

No hay espacio entre nosotros. Sus pechos presionan mis pectorales. Jadea, y muerde mi labio antes de gemir algo que se deshace en mi lengua.

—Kal'ladril… —Mi nombre en su boca parece un ruego, una súplica—. No quiero que amanezca.

Sigo el camino de su columna con las manos, de arriba abajo, sintiendo cómo se contrae bajo mi tacto. Cómo arde. Quiero fundirme con su cuerpo, que nuestro sudor se unifique hasta el punto de no saber dónde acaba ella, y dónde empiezo yo.

—Pues quedémonos aquí para siempre —susurro contra sus labios—. Que el mundo arda a nuestro alrededor si quiere.

Sus ojos brillan con lágrimas que no terminan de caer. Me besa con más fuerza, apretándose contra mí como si quisiera entrar dentro de mi piel.

Y yo me dejo hacer.

Mis labios ya escuecen, inflamados de tanta pasión, cuando Zynael comienza a dirigir sus manos al lazo de mi pantalón. Sin dejar de poseer su boca, llevo mis manos a mis botas y las saco de un rápido tirón. La ayudo con el nudo y agito mi cadera, bajando el cuero de esa apretada tela tan ajustada a mis piernas. Y mi hombría se libera, enorme y hambrienta, aliviada de esa horrible presión.

Sus ojos me recorren lentamente cuando estoy desnudo frente a ella, envolviéndonos en ese denso silencio cargado de deseo. Me dejo caer ligeramente hacia detrás, apoyando primero uno de mis codos. La nyëlkhem gatea al instante sobre mí, acomodándose sobre mi pecho cuando mi espalda se recuesta sobre su capa de piel. Y de nuevo, vuelve a besarme con esa devoción desesperada.

La Luna sigue ahí, gigante, asomada a esa ventana ya cerrada, iluminándonos directamente en esta oscura habitación. Su color plateado contrasta con el dorado del fuego que sigue ardiendo a nuestro lado. Ambos testigos de nuestra pasión.

Zynael aparta su cabello hacia un lado, liberando su hombro cuando comienzo a bajar mis labios por su cuello. La forma que tiene de gemir hace que palpite todo en mí.

Cada vez que la escucho susurrar en mi oído, cada vez que la acaricio y siento su empapado deseo chorreando encima de mi cuerpo, tengo más y más claro que esta mestiza y yo vamos a ser eternos.

No dejaré que nada, nadie, jamás, apague su brillo. Ni siquiera la muerte podrá alejarme de esta mujer.

***

La madera prendida chisporrotea vagamente, a un suspiro de transformarse en meras cenizas. Pero en este momento ya es innecesario. Nuestros cuerpos desprenden más calor que el propio fuego. Sus muslos abrazan mi cintura y tiemblan cada vez que mi dureza penetra en ella. Su garganta grita, tensándose al mismo tiempo que su empapada profundidad; presas de mi poder. Sus dedos aferran mi nuca, apoyando sus derrotados brazos sobre mis hombros. El vaivén de su cadera marca el ritmo de nuestra respiración, un baile repetitivo y lento, tan profundo como intenso. Sus labios buscan los míos una y otra vez, queriendo medir el tiempo que nos queda solo en besos.

La capa de piel bajo nosotros está empapada en sudor y en fluidos de pasión. El momento que estamos viviendo tiene su propio perfume. Huele a intimidad, a devoción, y a sentimientos. Huele a dos seres amándose de la forma más natural, pura y auténtica que existe. Huele a ella y huele a mí. Huele a esta noche que hemos hecho nuestra.

Agarro sus nalgas con ganas mientras ella acaricia mi rostro con vehemencia y admiración, como si no conociese ya a la perfección cada una de mis expresiones. La forma en la que me mira, ese amor infinito que transmiten sus ojos, me pierde. Me pierde tanto que tengo que contener mis manos para no aferrarla con más fuerza de la necesaria.

—¿Cómo puedes ser tan preciosa? —susurro completamente ronco, sin aire—. Si esto es lo último que debo vivir antes de morir, que así sea.

Ella sonríe, continuando con sus mecidas encima de mí.

—No hables así... —Sostiene mi mandíbula y me acaricia los labios con

el pulgar—. Convénceme de que esta no va a ser nuestra última vez.

Saco la lengua y repaso uno de los dedos que hace un instante repasaban mi boca. Zynael observa este gesto, afilando sus ojos con deseo.

—¿Vas a esperar a que acabe la guerra para decírmelo, imbécil? —murmura.

—¿Decirte qué? —Sonrío con picardía, muy consciente de lo que quiere.

—Que te has enamorado de mí —sentencia—. Dímelo de una maldita vez. ¿A qué esperas para confesármelo? ¿Tanto te cuesta reconocerlo en voz alta?

Observo su boca con deseo, torturándola con un instante de silencio.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo me he enamorado? —Decido jugar con ella—. Confieso que soy adicto a ti, pero un enganche no implica amor. ¿O sí?

—¿Me lo vas a negar?

—Si lo tienes tan claro, no necesitas escucharme confesarlo —le provoco.

Finge cabrearse, pero en realidad le excita mi autoridad. Ese punto por el que vuelvo a penetrar la delata, empapándose todavía más.

—Dímelo tú —solicito mi interés—. Dime «te amo», y puede que te dé ese regalo.

Suelta una carcajada y se retuerce sobre mí, permitiéndome entrar en ella hasta el punto más hondo de su delicioso ser. Suelto un gruñido de placer, completamente dominado por este movimiento.

—Bien jugado, guapo… —Muerde mi labio inferior—. Pero esto no funciona así.

Ruedo con agilidad y eficacia, cambiando los roles de este juego, y coloco su espalda contra el suelo, mullida sobre la piel de su capa. Bajo mis manos por sus costados, deslizando mis dedos por su piel de una forma que parece contener toda la paciencia del mundo. Pero en realidad el ansia me come por dentro.

Bajo con mis labios a su ombligo y comienzo a besarlo muy despacio, probando una de descargas en su vientre. Voy bajando lentamente acercándome a ese sabroso lugar que ya tiene mi nombre. Cuando mis

ojos buscan su rostro, su expresión me lo dice todo. No son necesarias las palabras, en su mirada veo la invitación a continuar sin temor.

—Me encantas... —susurro, antes de poseer su zona más íntima con la boca.

Suelta un gemido increíble al mismo tiempo que aprieta su capa con los puños, sucumbiendo al placer en voz alta. No me importa que todo el mundo nos oiga; que al amanecer puedan reprocharnos haber estado haciendo esto en los momentos previos a la mayor guerra del continente, cuando los demás están alerta en sus puestos siguiendo mis propias órdenes. No me importa que todos me odien y me tachen de hipócrita, pues solo será envidia. Tengo la suerte de tener una mujer como Zynael, y no pienso desperdiciar ni un solo instante mientras pueda saborear hasta el rincón más oculto de su piel.

Introduzco dos de mis dedos en ella al mismo tiempo que continúo combinando mis labios y mi lengua, provocando un éxtasis abismal en esa zona tan sensible. Suspira y gime, sin parar, retorciéndose de placer bajo la atención de mi mirada.

Adoro verla disfrutar. Es una droga increíble el notar cómo goza cada encuentro.

Continúo explorándola y trabajándola, sin prisa ninguna, haciéndola llegar al extremo y frenándola justo al borde del precipicio. Quiero devorarla hasta que no me quede saliva en la boca. Quiero su gemido final sea tan extremo que la deje sin respirar.

Y lo repito varias veces. Y lo consigo.

Mi mano se mueve cada vez más deprisa, sintiendo un río de placer comenzando a correr en su interior; sus paredes palpitantes advirtiendo el más elevado clímax. Toco donde sé que tengo que tocar, y chupo donde conozco muy bien que debo chupar.

Me conozco cada rincón de su cuerpo como si fuese mío, con la gran diferencia de que el suyo me importa mucho más.

Zynael grita mi nombre, tan fuerte como nunca lo ha gritado, rompiendo su voz de placer. Su mano se aferra a esas trenzas nacientes de mi cabeza, tirando de ellas con fuerza. Pero no siento dolor. Mi sed de ella es tal que no puedo pensar en otra cosa que no sea bebérmela.

Hasta que por fin, logro tragarme su delicioso néctar.

Abrazo sus piernas con fuerza cuando comienzan a temblar a cada lado de mi cabeza. Todo su cuerpo se retuerce, incapaz de sostener el éxtasis que han alcanzado todos y cada uno de los poros de su piel. Sus uñas arañan el suelo de madera, marcándolo incluso, dejando sellado para siempre lo que ha sucedido en él.

Humedezco mis labios para no desperdiciar ni una sola gota de esta mujer.

—Por los dioses, Zynael… —Susurro contra el interior de su muslo, cerrando los ojos mientras su sabor se mantiene en mis papilas gustativas —. Eres lo más delicioso que he probado en toda mi vida. —Joder… —Solloza, respirando de forma agitada—. Te juro que, por un momento, he perdido incluso la consciencia. ¿Cómo mierdas me haces eso?

Sonrío, muy encendido con sus palabras, y vuelvo a arrastrarme por encima de ella hasta apoyar las palmas de mis manos a cada lado de su cabeza.

—Seguro que eso se lo dices a todos —bromeo.

—Eres un idiota… —Lleva su mano a mi mejilla y la acaricia. Mis ojos se cierran para disfrutar de su contacto—. Te…

Vuelvo a mirarla al instante, deseando acompañar la palabra que acompaña a ese sencillo inicio. Mis cejas se alzan con insistencia, pidiéndole por favor, en silencio, que continúe; que no me deje así.

—Te quiero, Kal'ladril.

Sus palabras caen sobre mí como un baño caliente en medio de una horrible tempestad. De repente, siento que ha terminado de completarse ese vacío que siempre ha existido dentro de mí. Zynael acaba de decirme que me quiere, mirándome a los ojos, desnuda bajo mis brazos. ¿Cómo algo tan sencillo puede resultarme tan mágico y perfecto? Ella no es consciente, pero acaba de despertar en mi corazón un universo entero.

Me quedo estático, incapaz de moverme y de respirar, admirándola como quien venera a un dios que ha bajado al mundo terrenal. Todo a mi alrededor se ha desvanecido, dejando el único sonido de su voz resonando en mi cabeza. No puedo describir lo que siento en cada poro de mi piel. La

felicidad me golpea con tal fuerza que ni siquiera intento sostenerla. Y sonrío. Sonrío como nunca, desbordado por la dicha que ha gobernado mi pecho.

Su rostro está muy cerca del mío, demostrando una vulnerabilidad que me desarma. Me mira como si yo fuese la única persona en este mundo capaz de protegerla.

Quiero responder, pero no puedo decir nada. No sé devolverle esas palabras. La barrera invisible de mi estricta crianza vuelve a actuar. Nunca me enseñaron a expresar, nunca supe lo que era amar. Me entrenaron para callar y guardar, y ahora esa enseñanza me aplasta con todo el peso de mi propia incapacidad.

Mis manos se tensan a cada lado de su cabeza, arrugando la tela que nos separa del suelo, buscando algún tipo de control que no logro hallar. No sé qué hacer, no sé cómo devolverle la inmensa felicidad que me acaba de regalar. Siento que mis fuerzas desaparecen y me desplomo sobre ella, dejando mi peso caer sobre su cuerpo con suavidad. No puedo sostenerme más, así que simplemente la abrazo. La abrazo como si el mundo entero se hubiera reducido a este único segundo, a este único gesto.

Tiene razón: soy un maldito imbécil que no sabe cómo expresar, pero todo lo que he vivido en mi vida perdería su sentido sin ella. Mi cara se hunde en su cuello, derritiendo mis labios en su piel con una ternura que nunca supe que podía transmitir. Agarro sus mejillas para poder observar su preciosa mirada, y le beso. Le beso con todo lo que siento. Es la única forma que encuentro para devolverle lo que me ha dado. Quiero decírselo, quiero decirle que yo también le quiero, pero las palabras quedan bloqueadas en mi pecho. Y ni siquiera sé por qué.

Seguramente sea miedo, pero mi alma está gritando en silencio.

—Zynael... —No tengo fuerzas para decir más.

Pero no necesito decirlo. Ella ya lo sabe.

Acaricia mi espalda con suavidad, como si debiera calmarme, como si supiera muy bien todo lo que estoy luchando por dentro. Me separo apenas un suspiro, levantando la cabeza para mirarla. Sus ojos brillan con una mezcla de ternura y paciencia, fijos en los míos. No transmiten juicio, ni desesperación, solo amor.

Un amor infinito que no pide nada a cambio.

—Tú… —susurro, tratando de encontrar la forma de expresarme—. Me estás deshaciendo, por mi vida te lo prometo: Algún día mis palabras estarán a la altura de todo lo que siento.

Sonríe y asiente, muy consciente de ello.

—Tranquilo, lo sé. Y te quiero —repite—. Te quiero tantísimo...

De nuevo, su voz resulta un bálsamo en mi corazón.

Vuelvo a besarla con pasión, completamente entregado a este momento. Su lengua baila con la mía el vals más lento y hermoso que ha existido jamás. Esta habitación que tanto había llegado a odiar, de repente se transforma en un refugio de memorias que jamás podré olvidar.

—Nunca imaginé que algo como esto pudiese existir —Acaricio su boca con mi pulgar—. Gracias por todo lo que me has dado, por lo que me has dicho y por lo que seguramente sigues callando. Gracias por aparecer en mi vida. Gracias por ser tú, y por serlo tanto conmigo, cada día.

Sus labios y su mirada se curvan a la vez, sonriéndome de la forma más genuina y dulce que podría existir.

—Kal'ladril…

—Protegeré y cuidaré esto, lo nuestro, tu confianza y tu amor por mí, hasta mi último aliento —le prometo—. Mientras te tenga a mi lado, no me importará si arde el mundo entero. Siempre y cuando estés junto a mí, seré feliz. Ya pueden arrebatarme el reino, la sangre, en incluso la luz del soleado cielo.

—Eso… —Se ríe, sosteniendo mis mejillas con calidez—, es lo más egoísta y lo más romántico que me han dicho jamás.

Mis manos se deslizan por su espalda y sostienen sus costados, necesitando sentirla más cerca, reduciéndome ante ella. Me inclino levemente y llevo mis labios a su oreja.

—Quiero hacerte el amor —susurro, muy despacio—. Quiero que mi cuerpo te muestre todo lo que mis palabras todavía no son capaces de expresar.

El suspiro que suelta al aire me da su confirmación.

—Sí… —solloza—. Hazme el amor, Kal'ladril. Házmelo como solo tú

sabes.

Mis manos bajan por su cuerpo con un cuidado que roza la devoción. Cada centímetro de su piel es un mapa que quiero memorizar y explorar. Sin prisas, con la única meta fijada en el presente.

Zynael arquea su espalda contra mí, en esa ligera curva que me invita a proseguir y a hundirme de nuevo en ella. Agarro mi sexo y lo guío a ese lugar que ya tiene mi nombre, permitiendo que nuestras pieles hablen lo que mi boca aún no se atreve a decir. Cada movimiento es lento y profundo, provocando una reacción desbordante e infinita en nuestro sistema nervioso. Cada embestida es romántica, sincronizando a la perfección con cada gemido que producen sus labios y con cada respiración. Con cada latido de mi corazón. Sus manos recorren mi espalda con amor, saboreando y disfrutando este momento tanto como yo.

Mis labios encuentran su cuello y no puedo evitar respirar profundamente, como si de alguna manera necesitara llenarme de ella.

—Kal'ladril... —Se estremece, aferrándome con fuerza en todas partes —. Joder, te quiero. Te quiero muchísimo, y para siempre…

No necesito más. Sus palabras no son una súplica, sino un reflejo de lo que ambos deseamos. El choque de nuestros cuerpos, repetitivo, lento y constante, preludie lo que está por venir. Nuestros labios no dejan de besarse, demostrándose cuánto se necesitan. Es como si uno no pudiese existir sin el otro.

Cada suspiro, cada gemido, se convierte en algo parecido a un canto de kalaskhem, llevándome a la completa perdición. Mis manos no detienen sus caricias, como si este fuera el primer y el último momento en el que podré tenerla así, tan cerca.

—No pares... —me pide, en un susurro urgente que apenas roza mis oídos.

La pasión crece entre nosotros al mismo tiempo que subo la intensidad, mis embestidas son cada vez más rápidas y más fuertes; mucho más profundas. Nuestros cuerpos aplauden juntos en una armonía perfecta, transmitiéndonos todo lo que hay más allá de la carne. El lazo invisible que nos une es más fuerte que nunca.

—Maldita sea, enana… —gruño de deseo, derritiendo mis labios de

nuevo junto a los suyos.

—Sigue —me ordena—. Por Sauthriel, sigue.

Y por supuesto que lo hago, hasta llevarnos a ese sensible y placentero limbo.

El último tronco de la chimenea termina de romperse en cientos de brasas al mismo tiempo que su fuerte gemido se apodera de toda la habitación. Mi voz se quiebra en ese mismo instante, lloviendo en su interior, retenido por el abrazo de sus piernas alrededor de mi cadera en el momento definitivo.

Nada más parece importarle en este instante, solo esa necesidad imperiosa de que no nos separemos.

Me desplomo de nuevo, con el latir del corazón tan fuerte que parece estar a punto de romper mi pecho en una de sus arremetidas. Me esfuerzo en respirar hondo, procurando recuperar el control de mis pulmones, pero mi último aliento parece haberse quedado prendado de su boca.

Ruedo para colocarme boca arriba, junto a ella, ladeando mi cara para observarla. Sus mejillas están sonrojadas, iluminando sus preciosas pecas. Sus ojos son incapaces de soltarme. Respira de forma entrecortada, y entre sus torpes jadeos, me sonríe.

—Eres preciosa —susurro, admirando cada fracción de su rostro.

—Y tú un maldito dios —Se impulsa levemente y se coloca bocabajo, apoyando su mejilla sobre mi pectoral.

Mi brazo al instante la rodea, comenzando a dibujar caracoles en su espalda con la yema de los dedos.

—Dímelo —runruneo—. Dímelo otra vez. Por favor.

Eleva su cabeza de nuevo para lograr mirarme fijamente.

—Te quiero…

Mi atención va de una pupila a otra, pretendiendo leer dentro de ellas, buscando más allá de esa esfera profunda y negra. ¿Cómo es posible que alguien como ella, con tanta luz y tanta pasión, se haya enamorado de alguien como yo? ¿Cómo es posible que siga eligiéndome a pesar de todas las opciones entre las que podría escoger?

—¿Por qué? —planteo.

—¿Que por qué te quiero? ¿Además de lo físico quieres decir? ¿Además de porque seas el hombre más impresionante y atractivo que ha existido en la historia de este mundo? —me provoca bromeando.

Me río y empujo su cara para girarla en otra dirección, apartando esa ridiculez tan superficial que acaba de soltar. Ella sujeta mi muñeca y vuelve a colocarse encima, entrelazando nuestras manos a ambos lados de mi cabeza.

—Porque ni siquiera cuando era solo tu prisionera quisiste dominarme, ni siquiera cuando era cautiva intentaste aprovecharte — responde finalmente—. Siempre me respetaste, siempre me cuidaste, y siempre te preocupaste por mi bienestar. Incluso cuando mi vida debía darte igual. Porque me enseñaste todo lo que sabías, y me ayudaste a ser mucho más de lo que jamás habría podido alcanzar por mí misma. Porque jamás he conocido a un hombre con tu semblante, tus valores y tu valentía. Porque jamás nadie me ha mirado como tú me miras. Porque desde que te vi por primera vez, mis ojos ya nunca más pudieron soltarte. Porque, de repente, nueve pies de distancia empezaron a parecerme demasiado, y me di cuenta de que no era el brazalete mágico lo que me obligaba a quedarme a tu lado. Te quiero desde que sentí esa necesidad de tenerte junto a mí, muy cerca y cada día, incluso en mi libertad.

Me quedo completamente mudo, incapaz de reaccionar.

Su confesión llega a lo más hondo de mi corazón, alzándome al cielo en una sensación muy superior a volar. Ni siquiera cuando he tocado las estrellas a lomos de Roc, me he sentido tan alto. Tan superior. Tan especial.

Muerdo mi labio inferior y la abrazo de nuevo, trayéndola al instante junto a mí.

—Por los dioses, ven… —le suplico—. Ven aquí.

Respira hondo y expira, relajando cada músculo de su cuerpo cuando vuelve a sentir nuestro contacto.

—Quiero quedarme así, para siempre —susurra, comenzando a repasar mis abdominales con la punta de sus dedos—. No me sueltes nunca, por favor.

—Te lo juro por mi vida, enana… Jamás.

Nuestra respiración se sincroniza, volviendo a retomar su calma habitual. Así abrazados, sintiéndonos y mimándonos. El silencio vuelve a apoderarse de la habitación. Incluso el palpitar de la estufa ha cesado. Ahora solo quedan esos restos de los troncos que han ardido con pasión, igual que nuestros cuerpos. Deshechos sobre esa capa de piel tan empapada que sigue sirviéndonos de lecho.

Y ahí nos quedamos. Incapaces de abandonar este lugar y este momento que hemos sellado como nuestro.

De repente, noto cómo su cuerpo comienza a rendirse. Sus dedos van frenando lentamente su paseo sobre mi vientre, hasta llegar a detenerse. Suspira para despedirse antes de dormirse, pero mi nombre se queda en sus labios a medio pronunciar.

—Mhynestirri, enana.

Miro al techo, sintiéndome culpable una vez más por no haber sabido devolverle todas las palabras que merecía escuchar, pero a la vez completamente satisfecho con esta bendición de mujer que los dioses quisieron cruzar en mi camino.

Al instante, vuelvo a fijarme en esa inmensa Luna que sigue estudiándonos a través del cristal de la ventana. Mañana estará presente mientras el mundo arda en llamas. Pero esta noche, aquí, ha sido juez y testigo de nuestro amor. Solo espero que haya observado con atención, y que avise, a quien sea que esté ahí arriba, de que mi futuro con Zynael está decidido. Voy a estar eternamente junto a esta nyëlkhem, y mataré a cualquiera que intente interponerse. No dejaré nuestro futuro a manos del sino.



CAPITULO 10
EL ECLIPSE

Kal'ladril
26

Camino sobre un lecho de cenizas. El suelo, agrietado y negro, exhala un humo tenue que me envuelve por completo. No queda nada a mi alrededor. Solo esqueletos calcinados, troncos de árboles muertos y retorcidos. Manos y ramas alzadas al cielo clamando por misericordia. Pequeños copos de nieve caen lentamente, mezclándose con el polvo blanco de esos restos que antes formaban este terreno.

Me arden los pulmones. Estoy herido, magullado. La sangre de mis heridas sigue corriendo; la de mis enemigos ya se ha secado sobre mi piel.

Allí está, en el centro de este infierno, esperándome mientras continúo dirigiéndome hacia él.

Ortheel.

Impasible. Protegido por esa armadura tan negra como la brea, y ese yelmo que lo convierte en una figura sin rostro.

Cuando llego frente a él, levanto la mirada hacia la suya con el poco orgullo que me queda. Mi alma le odia tanto como se odia a sí misma, sin embargo, no soy capaz de atacarle. No tengo fuerzas para hacerlo. Me fijo en sus ojos, de un azul tan cristalino y limpio como el Océano Sunberyn'h. Tan profundos, tan únicos como los míos.

Él me observa fijamente, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Y nos

quedamos así, diciéndonos todo lo que parecemos necesitar decirnos sumidos en ese absoluto silencio. Veo ira en lo más profundo de sus pupilas, pero también dolor y un infinito rencor. Entonces da un paso hacia delante, eliminando aún más nuestra distancia, y decide quitarse finalmente el yelmo frente a mí.

—Phylestirri, zalèüh.

El mundo se apaga antes de que pueda ver bien su cara.

***

Mis ojos se abren de golpe.

Mi pecho sube y baja entre espasmos. Me duele todo el cuerpo, aunque sé que no hay verdaderas heridas. Era un sueño. Ha sido solo un sueño. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy: la habitación de esta horrible fortaleza en Dòstanit, tendido sobre esa tela de piel que, anoche, nos sirvió tan bien como nido para el amor y como cama.

Zynael sigue acostada junto a mí, rendida en ese descanso que para ella parece estar siendo placentero. Es curioso que las pesadillas decidan molestarme a mí la misma noche que han querido darle una tregua a ella.

Acaricio su cabello, liberando su rostro de esos mechones más rebeldes, encontrando mi paz en su hermosa calma. Me incorporo en mi sitio y froto mis ojos, adaptándome a la realidad del momento en el que estamos. Pero entonces, cuando por fin logro ser consciente de todo lo que me rodea, me fijo en la ventana y los veo ahí.

El Sol y la Luna.

Juntos.

Uno junto al otro, gigantes, completamente incompatibles, unidos por una anomalía que suele resultar imposible.

Algo así, sumado a mi sueño, solo puede significar una cosa.

—Zynael —me giro rápidamente hacia ella, agitándola por el hombro—. Zynael, despierta. Rápido —Mi urgencia es evidente.

La rubia se revuelve, confundida, arrancada del sueño por mis palabras.

—Joder imbécil, ¿no podías despertarme con un poco más de cariño?

—Mira el cielo —ordeno—. Nos vamos ya. La guerra está a punto de

empezar.

Zynael se incorpora al instante, fijándose en ese increíble detalle que decora el horizonte más allá de la ventana. Sus ojos se abren como platos al observar a mi estrella favorita en compañía de su astro nocturno, tan unidos, tan cerca de rozarse.

—¿Alguna vez pensaste que serías testigo de un eclipse solar total? —Me pongo en pie de un salto y comienzo a vestirme acelerado, manteniendo mi atención fija en ese punto—. El último ocurrió con…

—El salto de la cascada de Gyrahshindaar —concluye antes de que pueda decírselo—. Lo sé. No ocurría nada similar desde que los sygäras llegaron a este continente.

—Realmente estamos frente al inicio de una nueva era — sentencio—. Están ocurriendo demasiadas anomalías naturales como para considerarlas pura casualidad. Un eclipse solar… —murmuro para mis adentros—. No solo quiere invadir la tierra, también el cielo se va a ver envuelto en una completa oscuridad.

—¿Crees que Ortheel está detrás de esto? —adivina.

Cargo mi arco, mis flechas y mi espada en su lugar correspondiente y me giro hacia ella, ayudándole a vestirse con cada pieza de su armadura, decidiendo responder con hechos. Mantiene la mirada baja, pareciendo pensar, aislada en esas reflexiones que deben estar atormentándola.

—Enana.

Su mirada gris rápidamente sube en busca de la mía.

—No voy a permitir que se salga con la suya. Sabes que no lo haré.

—Si realmente su presencia ha logrado influir en el cielo, Kal'ladril, dudo mucho que tus intenciones puedan hacer algo contra él —gruñe.

Respiro hondo y suspiro, entendiendo su razonamiento. Agarro con cuidado la tiara que aún sostenía en sus manos y vuelvo a colocarla sobre su frente, adaptándola por encima de su hermoso y alborotado cabello.

—Avaldur'h tenía razón —susurro—. Cada vez que te miro tengo más claro que eres y serás eternamente mi anämy.

Sus párpados se abren, asombrados ante mi confesión.

—Creo que he soñado con el final de la batalla —revelo de repente,

cambiando radicalmente de tema—. Pero al igual que tú con tus pesadillas, no logro saber cómo debo interpretarlo.

—¿Qué? —Frunce el ceño, confundida—. ¿Qué has soñado?

—Era desolador —Fijo mis ojos en los suyos—. Todo estaba acabado a mi alrededor, y yo estaba destrozado interiormente. Estaba ahí, en pie frente a él, pero no sentía las fuerzas necesarias para atacarle. Ortheel tampoco hacía nada. Solo se quitaba el yelmo y me…

Estoy a punto de terminar de contarle la historia, cuando varios gritos desde el patio exterior de la fortaleza nos hacen reaccionar. Son soldados, alarmando a los demás, pidiéndoles a todos que se sitúen en sus posiciones. Algunos de los nyëlkhems de los bosques han percibido en el cielo una serie de aves que parecían cadáveres.

Zynael rápidamente vuelve a mirarme.

—Los farcnars.

Salimos corriendo sin pensar en nada más, dispuestos a dirigirnos a nuestras posiciones más allá del río Jhaskuun, en las Tierras Salvajes del Norte. Si realmente los nyëlkhems han sido capaces de divisar ya a los dugrulhs del cielo, eso quiere decir que el ejército enemigo debe estar a menos de un cuarto de día de la posición que teníamos pensada para el ataque.

Llegamos al patio y vamos directos a los caballos, montándonos al instante.

—Adelántate —le pido a Zynael en una orden—. Ve al campamento sygära y trae a la fortaleza a Dai-sha, a mis padres, a mi hermano y a su prometida. Yo voy a tranquilizar y a organizar a estos hombres, necesito asegurarme de que recuerdan cuál es su tarea.

Ella asiente.

—Descuida —Golpea el lomo de su yegua y la echa a galopar, dirigiéndose al sur para llegar al campamento de mi ejército, donde ha estado quedándose mi familia.

Miro a mi alrededor observando la fortaleza de Dòstanit. Este lugar está perfectamente protegido, preparado para servirnos de refugio y de segunda opción si en algún momento nos vemos obligados a retirarnos.

Necesito que los hombres que se quedan a su cargo estén tan seguros como los que van a ocupar el frente de batalla. Todos son humas jóvenes que, por falta de experiencia, demostraron más miedo a tener al enemigo cara a cara.

—¡Soldado! —le grito a uno de ellos, que pasaba corriendo a mi lado empapado en lágrimas de terror—. ¿Cuál es tu posición?

—¡Con las ballestas, mi señor! —exclama con nerviosismo—. ¡Perdóneme! ¡Acabo de salir de la fortaleza! ¡Iba ya a…!

—No te estaba pidiendo explicaciones, ballestero —le freno al instante, girando mi caballo a su alrededor—. Solo quiero que confíes en lo que estás a punto de hacer. ¿Cómo vas a atinar un virote con los ojos empapados en lágrimas?

El joven huma balbucea, completamente fuera de lugar.

—Óyeme bien —rebajo el tono, no quiero que piense que intento regañarle—. Tu papel es indispensable. La antigua y la futura reina van a estar bajo el amparo de estos muros, y tú eres uno de los encargados de custodiarlo.

Asiente rápidamente, siendo consciente de cuál es su obligación.

—Jamás estarás solo frente al enemigo. De hecho, voy a asegurarme de que ni siquiera tengáis que verlo —le informo—. Pero necesito confiar en que, si fallo, tendré buenos hombres que me respaldarán.

—Así será, mi señor —Inclina la cabeza llevándose el puño al corazón, dedicándome el gesto de uno de mis soldados—. Gracias por la confianza. No fallaré.

Sigue corriendo en dirección a su lugar correspondiente, ascendiendo por la escalinata que lleva a la zona de la muralla donde están preparadas las ballestas, reuniéndose finalmente con sus compañeros.

Recorro a caballo cada rincón de esta fortaleza, asegurándome de que todos estén en sus puestos, listos para vigilar este lugar que será nuestra última oportunidad en caso de retirada. Toda la ciudad de Dòstanit ha quedado vacía de habitantes, las últimas mujeres y los niños más pequeños huyeron a la capital hace ya varios días.

Miro a mi alrededor buscando algún rastro de Avaldur’h. Necesito verle

antes de marcharme, pero no le encuentro por ninguna parte. Puede que siga con Zaydear, o puede que haya vuelto y haya decidido permanecer oculto en su habitación. Pero esa última opción, siendo el Avaldur'h que conozco, no tendría ningún sentido.

Detengo a otro de los soldados, esta vez a uno de los lobos de Wolftundur, cruzándome en medio de su trayecto.

—¿Por casualidad has visto al sygära tuerto? —le pregunto de forma clara, sin siquiera saludarle previamente. Mi necesidad es evidente.

El muchacho me mira con asombro bajo la apertura de su yelmo plateado y asiente con la cabeza, señalando en dirección a las Tierras Salvajes del Norte.

—Sí, mi señor Kal'ladril. Le he visto cabalgando en esa dirección hace un rato, marchando hacia el campo de batalla.

Frunzo el ceño y miro hacia el río Jhaskuun, preocupándome por el hecho de que esa afirmación pueda ser real.

—¿Estás seguro de que era él? —murmuro, queriendo escuchar una negativa.

—Completamente —confirma de nuevo con rotundidad—. Era él, y sus cicatrices.

—Mierda, Avaldur'h… —murmuro, como si el norteño pudiese escucharme—. ¿Qué demonios haces? Joder, no podemos permitirnos que te vean.

Mi caballo se mueve nervioso, agitado, notando la inquietud de su jinete. Vuelvo a hacerle cabalgar y me encargo de recorrer por fuera todo el perímetro de la ciudad, asegurándome de que cada pieza esté en su lugar, y cada soldado listo en su posición.

Cuando he comprobado todo de nuevo, y me he asegurado de que no hemos dejado opción a que pueda ocurrir ningún error, me coloco encarado hacia la ciudad en la misma entrada principal. Alzo la vista hacia esos muros repletos de jóvenes que se agolpan, algunos con armaduras nuevas que sus músculos ni siquiera rellenan, otros con espadas que aún no han sido siquiera marcadas por un enfrentamiento real. Todos están nerviosos mientras se preparan para lo que se avecina.

Me acomodo sobre mi animal y alzo la voz para que puedan escucharme bien.

—¡Hombres de Dòstanit! —Las palabras salen de mi boca con fuerza. Necesito que sientan lo que tengo en el corazón. Deben saber lo que su misión representa—. Quiero que sepáis que todos y cada uno de vosotros sois indispensables en el sitio exacto donde os encontráis ahora mismo. Sois los guardianes de nuestra última esperanza.

Recorro con la mirada las caras de esos hombres. Veo miedo en los ojos de algunos; en otros, infinitas dudas; y en todos una profunda incertidumbre. Pero el peso de la responsabilidad parece activarles al instante.

—Sé que muchos de vosotros jamás os habéis visto envueltos siquiera en una pelea real, pero eso no significa que no estéis preparados para esto. No os habría permitido venir si no os hubiese visto perfectamente listos para lo que os va a tocar enfrentar —continúo—. Ha llegado la hora de encarar al más imponente de los miedos. Sois todos muy jóvenes, os queda mucha vida por delante y no podéis a flaquear. ¡Vais a mirar a la muerte a la cara y a demostrarle que no aceptáis tan pronto un final! —les aliento, demostrándole mi confianza en ellos—. Esta ciudad y todas las que hay más allá, vuestros familiares y todos los habitantes de nuestro continente, necesitan vuestra voluntad. Vosotros sois los defensores del último aliento del ejército aliado, y debéis mantener estas puertas selladas para que, bajo ningún concepto, el enemigo logre derribarlas.

Hay un silencio profundo que lo llena todo, y entonces, de repente, el grito de uno de los soldados rompe el aire.

—¡Aguantaremos! —exclama con garra—. ¡No permitiremos que nadie atraviese esta muralla!

Los demás se unen a él, uno a uno. Cada mormullo va transformándose en un grito, un rugido de guerra que empieza a crecer hasta llenarlos a todos de absoluta convicción. Su motivación se escucha a lo largo de todo el perímetro de la ciudad, coreando juntos sin parar, animándose unos a otros para sentirse mucho más fuertes.

—¡Estad listos! —Alzo mi espada sagrada al aire—. ¡Ha llegado el momento! ¡No permitáis que nadie se haga con este lugar al que llamáis

hogar! ¡Wolftundur es vuestro!

Los gritos se elevan aún más. Los jóvenes comienzan a golpear sus escudos del lobo de Wolftundur y elevan sus armas conmigo, uniéndose a mi propósito. Retengo los nervios de mi caballo y los miro con orgullo, sintiéndome verdaderamente honrado con su respeto y su seguimiento. ¿Quién me iba a decir que acabaría tomando a estos humas como si fuesen parte de mi propio ejército?

—¡Por Dòstanit! ¡Por Wolftundur! ¡Por Kal'ladril! —El rugido de la multitud sigue retumbando.

De repente percibo varios golpes de galope acercándose a mí. Me doy la vuelta y me encuentro con ellos: Zynael liderando al caballo de mis padres, al de Dai-sha, y también al de mi hermano y su prometida. Llega a mi lado y frena a su preciosa yegua, observando el aclamo de los hombres que ocupan la muralla.

—¿Cómo está el campamento? —me intereso.

—Vacío —responde al instante—. Los veinte hombres del Ejército Dorado que estaban custodiando a tu familia ya han partido para unirse a los demás en el frente. No queda nadie allí.

Asiento, satisfecho con esa respuesta, y enseguida me centro en mis padres.

—¿Habéis visto el cielo, verdad? La Luna no tardará en tapar completamente al Sol.

El rey respira hondo y mira ese eclipse que está tan cerca de ocurrir.

—Jamás habíamos podido ser testigos de algo así —murmura—. Es aterrador, a la par que hermoso.

—Debemos estar listos —gruño—, la guerra estallará tan pronto el cielo se vuelva negro. Ortheel estaba más cerca de lo que esperábamos, y ha querido hacerse notar. Creo que su guerra realmente va a marcar el inicio de una nueva era.

—¿Te ha llegado alguna señal? —Se interesa repentinamente Daisha, colocándose también a mi lado—. Algo que hayas sentido dentro de ti…, además de la evidencia de este eclipse.

Estoy a punto de contarles mi sueño, pero finalmente me freno. Ni

siquiera estoy seguro de su significado, pero era demasiado traumático. Todo estaba completamente destrozado, sumido a cenizas. No quiero que el hecho de que el nigromante y yo fuésemos los únicos que aparecían pueda condicionarlos; no quiero que piensen que era algún tipo de visión.

—No —miento finalmente—. Nada más allá de mis percepciones sensoriales habituales.

—¿Lo hueles? —Los ojos de mi madre me observan con terror, claramente afectada por la proximidad de la guerra—. ¿Puedes percibir cómo se acerca?

Afirmo.

—Siento el suelo temblando con cada una de las pisadas de su enorme ejército, y el aire cargándose de ese horrible hedor a carne chamuscada.

—¿Cómo es posible que algo levantado por magia pueda oler tanto? —pregunta Elwë—. ¿Tan reales pueden llegar a ser esos seres?

—Tanto como lo somos tú y yo.

—Vamos —se apresura mi padre—, esposa mía, Nenya, entrad a la fortaleza de la ciudad y aguardad escondidas en la bodega.

—¿Nosotras solas? —se espanta Nenya.

—Toda la fortaleza está custodiada, Mustadril —le corrijo.

—¡Son humas! —se une a la queja también mi madre—.

¡Necesitamos algunos soldados del Ejército Dorado! ¡Son imparables al lado de estos mequetrefes!

—No vuelvas a ofenderles, madre —advierto—. Estos *mequetrefes* han entrenado muy duro cada día, y están a punto de dar su vida para proteger la ciudad, y a ti por consiguiente. No podemos prescindir de ni un solo soldado dorado. Precisamente por su superioridad a la hora de luchar, es por lo que los necesitamos a todos en el frente.

—Pero… —gruñe la futura esposa de mi hermano.

—¡No tenemos tiempo para estos diálogos, maldita sea! —se enerva mi padre—. ¡Puolhiry! ¡Nenya! ¡Bajad de una vez de los caballos y escondeos en el sótano!

—¿Y Elwë? —Mi madre mira al nuevo rey y después a su esposo,

cargada de nervios—. ¿Por qué no viene conmigo?

—Porque Elwë va a estar visible junto a los estandartes. El pueblo y los soldados deben verle. Ya hemos hablado de esto, espos…

—¡No vas a llevar a mi hijo a ese matadero, Karanthir Akhelbec'h! ¡Te lo advierto!

Mi padre frunce su ceño al instante y se gira con cabreo hacia mi madre.

—*Tus hijos*, los dos, van a venir conmigo —acentúa el plural, mencionándonos a ambos a pesar de que la única preocupación de mi madre parecía ser mi hermano—. El mayor estará alejado, pero a su vez visible, haciendo su papel de rey junto a las banderas del ejército aliado y los generales de más alto rango. El menor, con su don, estará en primera línea librándonos del enemigo.

Elwë ladea los ojos hacia mí, pareciendo sentirse mal por lo que acaba de pasar. Aunque, en realidad, no sé por qué. Él siempre ha sido el eterno protegido, y yo la máquina entrenada para matar. No hay nada nuevo en la actitud de mi madre, y por supuesto no me ha sorprendido.

—Madre —me dirijo a ella—, tranquila. Yo cuidaré de Elwë. Juré por mi vida que jamás permitiría que le pasase nada.

La reina reacciona con repentina sorpresa, como si acabase de darse cuenta de cómo ha sonado su queja de hace un instante. Su expresión cambia radicalmente y me observa con lamento, pareciendo arrepentirse.

—Mi milagro, tú tamb…

—Yo estaré bien —le freno, evitando que deba fingir que realmente le importa—. No te preocupes. Sé que sois conscientes de mi manera de pelear y que estáis tranquilos conmigo. Por eso te pido que confíes en que voy a cuidar de él.

Su cabeza asiente, agradeciéndome la comprensión, dándole la razón a mi percepción.

—Venga —les animo—. Marchaos a la fortaleza. Ya.

Mi madre mira a su esposo por última vez antes de desmontar del caballo. Nenya agarra la barbilla de Elwë y decide despedirse dándole un beso en los labios. Me fijo en Dai-sha por el rabillo del ojo, y me percato de lo rápido que intenta apartar su atención de mi hermano y su prometida,

fingiendo una indiferencia excesivamente forzada.

—Mi milagro… —repite la reina, acercándose a mí con el brazo extendido, pidiéndome que le ceda la mano.

Apoyo mi palma sobre la suya y la besa con una lentitud desmesurada.

—Gracias —susurra sosteniendo sus labios contra mi piel—. Gracias por esforzarte en ser el mejor cada día de tu vida. Gracias por todo lo que vas a darle a esta familia.

Vuelve a soltarme muy despacio y da un paso hacia detrás, observándonos a los tres por última vez; memorizando nuestros rostros. Hay miedo en ella, pero también una gran ambición oculta tras su preocupación. Sin duda, tiene altas expectativas de lo que ocurrirá cuando concluya la Segunda Gran Guerra, y grandes planes pensados para la Nueva Era.

***

Los cascos de los caballos se hunden en la nieve acumulada de estos días atrás, marcando un sonido repetitivo que se mezcla con el murmullo del viento que viene del norte. Un viento que cada vez acude más y más cargado de ese pestilente olor. Galopamos río arriba, cruzando el puente del Jhaskuun. El agua corre bajo nuestros caballos con más furia que nunca, creando una barrera aún más imposible de atravesar, demostrando que Òthnolu está de nuestra parte en esta guerra.

Hemos dejado atrás la muralla de Dòstanit, a Nenya y a mi madre. Sé que estarán a salvo tras esos muros de piedra, custodiadas por ese centenar de soldados humas. Por eso ni siquiera he querido despedirme. De todos modos, de nada sirve la promesa de volver cuando ninguno de nosotros puede asegurarla.

Elwë avanza justo detrás de mí, manteniendo sus ojos bajos. Conozco bien a mi hermano, y sé distinguir cuándo tiene un gran nudo en la garganta. A su lado, Dai-sha sostiene las riendas con una sola mano. Parece querer mantener ese aire tan engreído que lo hace tan único, pero en lo más hondo de su mirada perdida logro distinguir un fuerte temor que parece estar atormentándole. Quiere fingir tranquilidad, pero su miedo es evidente. Zynael se encuentra a mi izquierda. Su silueta, poderosa y espectacular, se mece con una increíble destreza sobre su hermosa yegua.

Al otro lado, mi padre avanza en silencio. El peso de su responsabilidad, de sus decisiones, y de la Gran Guerra que está a punto de vivir por segunda vez, recae sobre sus hombros como una armadura extra.

Levanto la vista al cielo.

El Sol y la Luna están cada vez más cerca. La luz que los rodea se ha vuelto extraña, no es el color de un amanecer, y tampoco el de un atardecer. Él aún brilla, pero ella lo acecha, deseando cubrirlo, robándole su rostro poco a poco. Sus siluetas están a un suspiro de tocarse. Como dos amantes que se buscan en mitad de un mundo que no los acepta.

—Son como nosotros —susurro, esperando que al menos ella me escuche.

Zynael vuelve el rostro hacia mí, habiendo captado al instante a quien me refería. Continúa el galope sobre su yegua mientras me observa fijamente con ese amor tan puro y profundo que siente hacia mí. No dice nada, pero tampoco hace falta. La sonrisa que se dibuja en sus hermosos labios ya me lo demuestra todo.

El cielo está comenzando a oscurecerse, segundo a segundo. Las sombras crecen y los colores se apagan, como si el mundo inhalara profundamente antes de un terrible grito. Y, de alguna manera, sé muy bien lo que significa: Cuando el eclipse alcance su forma perfecta, cuando el anillo de fuego se cierre alrededor de esta Luna tan única que tanto tiempo lleva estando llena, la guerra comenzará y todo lo que somos cambiará.

Lo siento en la sangre.

Mi caballo relincha y levanta la cabeza cuando llegamos al campo de batalla, agitándose con nerviosismo. Incluso los animales tienen mis mismas sensaciones. Desmonto y acaricio su cuello para tranquilizarle, seseando al mismo tiempo que apoyo mi frente contra su cabeza. Nuestra relación ha mejorado desde que me lo cedieron, a mi llegada a la capital tras matar al gran doh, pues parece haber superado esas heridas del pasado. Ahora es un animal mucho más confiado, y siento que incluso ha perdonado todo el dolor que en su día debió sufrir. Pude dejar de utilizar montura y riendas con él poco después de empezar a montarlo, y hoy pienso devolverle la lealtad que quiso concederme.

—Tranquilo, amigo —le hablo con calma, intentando transmitírsela—. Tranquilo...

Veo a Zynael observándome por el rabillo del ojo cuando baja de su yegua, pendiente a lo que ya parece saber que estoy a punto de hacer. Respiro hondo tras acariciarlo por última vez y doy un paso hacia atrás, dándole distancia.

—Vamos —Con un simple gesto de cabeza, le invito a marcharse de este lugar, siendo libre por primera vez en su vida—. Márchate. Ve a donde quieras.

El ejército zumba a nuestro alrededor: Soldados de alto rango gritando órdenes a sus inferiores; el sonido del acero desenvainando; hombres corriendo en todas direcciones, listos para posicionarse… Todo es caótico en estos momentos, menos mi semblante frente a este semental, negro como el primer pensamiento de un recién nacido.

Le concedo esos instantes de duda mientras sigue mirándome a los ojos, con esas perlas oscuras que jamás han admirado el horizonte más allá del punto que le señalaban.

—Venga —le susurro—. Hoy no vas a morir por nadie.

El animal resopla. No comprende. Ladea la cabeza y se agita un poco, como si la idea misma de estar sin mí lo incomodara. Llevo mis dedos de nuevo hacia su mandíbula y la acaricio con ternura.

—Vete —repito, con voz baja pero firme—. Corre. Te concedo la libertad.

Pero no se mueve.

Me mira, a mí y a mis manos vacías, y se queda ahí. En el mismo sitio. Frente a mí.

—Tienes que irte.

Da un primer paso, solo uno, y luego se detiene. Huele el aire. Mira alrededor como un niño que no conoce el mundo al que se le invita, y vuelve a dudar. Sus firmes y robustas patas ya no parecen tan seguras, como si no supiese manejar su cuerpo sin órdenes previas; sin un jinete.

—¡Vete! —le ordeno—. ¡No vas a morir aquí!

Entonces, saliendo como un rayo que cae rompiendo un silencio demasiado largo, la yegua de Zynael echa a galopar. Pasa efusiva,

relinchando, con las crines al viento, dejando que la libertad se apodere de cada uno de sus fuertes músculos. Y corre de una forma tan feliz que incluso parece que está danzando, sin montura o jinete sobre su espalda, siendo su única guía. El macho la ve y finalmente parece comprender lo que acaba de ganar. Me mira por última vez, y echa a correr tras ella. Sigue a su hembra y a esa promesa de una nueva vida que parecen divisar más allá del Jhaskuun, dirigiéndose al sur de este continente que ya pueden recorrer por completo.

Respiro hondo, disfrutando de esta escena tan cargada de simbolismo. Me recuerdan a mí y a ella, criaturas salvajes que nunca han estado hechas para llevar riendas.

—Una vez más —me habla Zynael de repente, llegando a mi lado mientras observa lo mismo que yo—, has vuelto a hacerlo bien.

Mi padre desmonta y nos mira a ambos en silencio, manteniendo la mano aferrada a las riendas de ese caballo que es tan viejo como su reinado.

—Tenéis razón —murmura, girándose hacia Dai-sha y Elwë—. Ninguno de estos animales debe morir por nosotros.

Pieza a pieza comienza a desensillar a su semental, dejando la montura y las riendas en el suelo, sobre ese colchón de nieve y barro. Elwë obedece al instante y comienza a hacer lo mismo, y enseguida les sigue Dai-sha. Uno a uno, los caballos sacuden sus cabezas, relinchan sintiendo la libertad, y parten para unirse a esa nueva bagualada que acaban de formar.

Los veo correr, alejándose, adentrándose en el horizonte de ese eclipsado cielo. Y al instante siento alivio. Pase lo que pase hoy, en la Segunda Gran Guerra, al menos alguien ha escapado de un horrible destino.



Kal'ladril
27

Camino hábilmente entre mis hombres, soldados de mi ejército y también aliados. Doy órdenes a unos y a otros con autoridad, sintiendo la motivación en lo más profundo de mi corazón. No solo estoy seguro de lo que voy a lograr yo, estos soldados también están demostrando encontrarse perfectamente preparados. No veo errores aparentes, ni en la formación ni en sus acciones. Sus rostros denotan confianza en ellos mismos, y sobre todo en mí, el hombre que los va a liderar.

Dai-sha, Zynael, mi padre y mi hermano me siguen justo desde atrás.

—Sus pisadas están muy cerca —sigo informándoles—. El ejército de Ortheel va a aparecer frente a nosotros tan pronto el Sol se rinda tras la sombra de la Luna. ¡Quiero antorchas encendidas en todo el perímetro del terreno! ¡Ya!

Varios hombres corren para cumplir con mi petición.

—¿Crees que pueda ser cosa de pura casualidad? —Se interesa Elwë—. ¿O realmente ese desgraciado es capaz de manipular el cielo?

—No sé si es cosa suya, o si son los dioses los quieren anunciar su llegada de esa manera —murmuro—. Pero sea como sea, es beneficioso para el bando aliado. Su llegada no va a pillarnos por sorpresa.

Me giro rápidamente hacia él, fijándome en mi hermano mayor. La corona del rey de Drilembiyr'h descansa sobre su cabeza como si siempre hubiese estado diseñada para él. Ha llegado el momento de que, por primera vez desde que ha ocupado ese importante puesto, represente a su importante papel.

—Mi rey —le hablo con honor, siendo consciente de mi posición de

protector—: Debes marchar ya con los generales y los portadores de los estandartes. Situados en el lugar acordado, a lo alto de la colina, donde todo el mundo pueda veros pero nadie pueda alcanzaros.

Elwë me mira con los ojos muy abiertos. Posiblemente, esperaba que este instante pudiese retrasarse un poco más. Pero la guerra es inminente.

—Vuelvo a jurar por mi vida que no permitiré que nadie ponga en riesgo la tuya, zalèüh —Apoyo mi mano en su hombro y pego mi frente a su cabeza, cerrando los ojos en esta despedida que realmente no quiero que sea interpretada como tal—. Confía en mí, como hermano y como capitán general.

El nuevo rey asiente con nerviosismo y me abraza al instante, rodeándome con fuerza antes de que pueda apartarme. Siento sus brazos temblorosos envolviendo mi espalda, mientras su rostro se hunde en mi hombro. Cierro los ojos y disfruto de este momento, colocando la palma de mi mano sobre su escápula.

—Confío ciegamente en ti, zalèüh —susurra—. Te quiero muchísimo. Siempre has sido el mejor de todos los regalos que padre y madre me han concedido… Quiero que sepas que me honra poder decir que portamos el mismo apellido. Hoy no solo vas a protegernos, también vas a darnos la gloria.

Asiento y vuelvo a separarme de él, sosteniéndolo por los hombros.

—No te muevas de tu posición —le pido en forma de orden—. Estarás a salvo. No voy a permitir que se acerquen lo más mínimo a ti.

Elwë inclina la cabeza, conocedor de mi intención y de mi capacidad para lograr cualquier reto que me propongo.

—Cuídate, Kal'ladril. Por favor. No quiero perder a mi hermano.

Le sonrío para tranquilizarle, y finalmente se da la vuelta.

—Malèüh… —Lleva su puño a su corazón frente a mi padre—. Que los dioses te concedan de nuevo todos tus objetivos para esta guerra. Agöralhi. Por ser, y por enseñarme a ser, el mejor de los ejemplos de un buen mäilkun.

Karanthir alza la cabeza con honor y le dedica una leve señal a su hijo mayor para invitarle a marcharse.

—Tranquilo, Elwë —insiste—. No necesitamos despedirnos, esto no es un adiós. Tendremos tiempo para agradecernos todo cuando esta pesadilla concluya.

Elwë respira hondo y se dispone a marcharse, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, sus pasos se detienen en seco. La tensión de sus manos se intensifica y sus puños se cierran, demostrando una repentina inquietud.

—Hechicero —Se dirige a Dai-sha sin siquiera girarse a mirarlo— . Hazme un favor. Por lo que más quieras, sea quien sea o lo que sea en estos momentos, no te mueras.

Entonces se marcha. Vocifera a varios de los generales que lo estaban esperando, y junto a ellos y los dos portadores de los estandartes de Wolftundur y de Drilembiyr'h, se marcha colina arriba.

Me fijo al instante en mi amigo, que está más callado de lo habitual. Dai-sha continúa observando al que fue su primer y único amor, mientras este continúa alejándose de nosotros. Veo el dolor reflejado en su mirada, haciéndole temblar. Está luchando por retener la pena que le causa haber llegado a esta situación. Pasaron del amor más profundo a tratarse como completos desconocidos. Sé que no va a decirlo en voz alta, pero su alma también está gritándole a Elwë que tenga cuidado. Él tampoco podría soportar perderle.

No nos doy más tiempo para lamentos y vuelvo a caminar con decisión hacia mi ejército, centrándome en liderarlos como merecen y necesitan.

—¡Soldados! —grito—. ¡Listos en vuestros puestos!

Todos gritan alzando sus armas: espadas, escudos, lanzas, mandobles… El correr agresivo del agua del Jhaskuun se escucha de fondo como una banda sonora constante.

—Hijo —Mi padre se adelanta y se coloca a mi lado, andando con decisión junto a mí—, ¿dónde está Roc? Necesitamos a los farcnars.

Chasco la lengua y aprieto los puños con molestia sin siquiera darme cuenta.

—No tengo ni idea —gruño—. Deben estar a punto de llegar, pero no tengo manera de saber exactamente en qué punto del cielo se encuentran en estos momentos. Imagino que puedes empezar sin ellos, ¿verdad? ¿O

es que te da miedo?

El rey abre la boca, sorprendido por ese tono tan cargado de sarcasmo.

—¿Miedo? ¿Yo? —Frunce el ceño—. Claro que no. Pero teníamos un plan.

—Y ese plan continúa, solo debemos esperar a que lleguen —No detengo mi paso, ni siquiera le miro—. No puedo hacer más magia de la que ya he hecho. La pluma lo llama, no lo teletransporta.

Zynael nos mira a ambos, y decide meterse.

—Debemos empezar el ataque desde tierra, con los demás. Ellos mismos nos buscarán —le habla a mi padre, completamente segura de la lealtad de Roc—. Kal'ladril ya debió avisarlos de nuestras necesidades cuando hizo el llamamiento, así que ya saben muy bien a lo que vienen. Estoy segura de que no perderán el tiempo y vendrán directamente a por nosotros en cuanto se encuentren aquí.

Karanthir asiente, resignándose. De todos modos, tampoco tenemos ninguna otra opción. Por mucho que lo lamente, porque sé que lo lamenta tanto como yo, les tocará iniciar el combate junto al resto del ejército.

De repente, veo a Thaeón, a Idril y a Jóngruf corriendo hacia nosotros. Solo detengo mi caminata para esperarlos.

—Capitán —El moreno se lleva el puño al corazón tan pronto llega frente a mí—. Estábamos esperándote, aguardamos órdenes. ¿Continuamos con la idea inicial y nos unimos a la infantería? ¿O finalmente vamos a montar a los farcnars?

Los miro a los tres, uno a uno, como si de repente el individuo que me falta fuese a aparecer entre ellos. Un soldado de Wolftundur me ha dicho que ha visto a Avaldur'h salir cabalgando hacia aquí, pero me extraña que tampoco esté con nuestros amigos.

—¿Dónde mierdas está? —murmuro, sin preocuparme la proximidad de mi padre o lo que pueda interpretar—. ¿Dónde estás, joder?

—¿A quién buscas? —Se sorprende Thaeón.

Vuelvo a girarme hacia ellos y respiro hondo, guardando la paciencia. Quiero pensar que el norteño sabe bien lo que tiene que hacer, y que sea como sea, esté donde esté, continúa guardando su apariencia.

—Quedaos con la infantería —les contesto finalmente—.

Pelearéis junto a ellos hasta que lleguen Roc, Sumli y sus crías.

Los dos humas asienten.

—Idril, tú irás conmigo y con Zynael.

—No necesito que me protejáis, Kal —rechaza la nyëlkhem castaña al instante—. Puedo ir con ellos sin vuestra tutela, quiero…

—Me da igual lo que quieras, Idril. Todo lo que tenías que demostrar, ya lo has logrado —le freno rápidamente, impidiendo que continúe—. No pretendo menospreciarte, confío en tu nivel, pero os hice un juramento. A las dos. Y pienso cumplirlo. Irás justo a mi lado hasta que os recojan los farcnars.

Su boca se abre. Zynael mira a su amiga cruzada de brazos.

—Pero tú…

—Yo soy un hombre de palabra —añado—. Si realmente quieres ayudarme, pelea junto a mí. Cubre mi espalda mientras yo cubro la tuya, y sobre todo no te alejes, solo así podré ser fiel a lo que me prometí.

La delicada castaña toma aire y asiente, accediendo finalmente.

—¿Y yo, zalèüh? —De pronto escucho una reconocida voz tras mi espalda, y toda mi espina dorsal se crispa.

Retengo el aire, paralizado por la tensión, y ladeo levemente mi cara para fijarme en él por encima de mi hombro. Soy incapaz de aceptar que haya decidido aparecer en presencia de mi padre. Mis ojos se abren con sorpresa cuando me encuentro con ese sygära, oculto bajo esa impoluta armadura dorada y blanca del ejército de Drilembiyr’h. Su apariencia y vestimenta son sureñas, pero reconocería esa mirada y esa cicatriz bajo el más cubierto de los yelmos.

—¿Dónde quieres que me coloque yo, mi capitán? —finge, haciéndose pasar por uno de mis hombres.

Me giro rápidamente hacia Avaldur’h, sorprendido por su atrevimiento. Mi padre no logra distinguir el origen de este sygära que hay frente a mí, la armadura de nuestro ejército lo camufla, ocultando sus rasgos y características norteñas, haciéndolo parecer uno de los nuestros. Cuando me he asegurado de que ni un solo pelo de su cabeza puede traicionarlo,

avanzo hacia él y lo abrazo con fuerza.

—Maldito desgraciado… Por un momento he llegado a detestarte —susurro contra su oreja, muy muy bajo—. Pero esto… Ha sido una idea brillante.

—No era el momento para las revelaciones impactantes —Me responde de la misma manera, ocultando nuestra conversación en nuestro gesto.

Me separo de él y llevo mi puño al corazón, saludándolo como al soldado que parece ser. Él responde de la misma manera.

—Este, malèüh, es un amigo que hice en la primera parte de mi viaje —informo sin mentir—. Era él a quien estaba buscando hace un instante.

—Me alegra saber que has logrado incluir en tu círculo de amistades a uno de nuestros hombres —Mi padre inclina la cabeza dedicándole nuestro saludo—. Eso solo sumará su lealtad a su capitán.

Avaldur'h apenas gira la cabeza hacia el que debe considerar como su rey, evitando que pueda percatarse de algo. Siguiendo con la actuación, le devuelve el gesto de honor y enseguida regresa su atención a mí.

—Traigo lo que me pediste —Agarra mi muñeca y apoya sobre mi mano algo que solo él y yo sabemos. Un favor que le solicité. Una joya que le mandé encargar.

Cierro mi puño y asiento, guardándola para después.

—No te buscaba para eso.

—Imagino —Sé que sonríe, incluso a pesar de no poder verle el rostro—. He venido porque quiero luchar a tu lado, al frente de todo. Quiero asegurarme personalmente de protegerte. Tú eres indispensable, vas a ser el escudo de mucha gente, así que permíteme ser el encargado de cubrirte.

Me quedo en silencio, gratamente impresionado por su propuesta. Me enorgullece darme cuenta del punto hasta el que ha querido llegar solo para lograr acompañarme; solo para ser capaz de pelear a mi lado.

—Agöralhi og deol, zalèüh —Inclino mi cabeza, apoyando mi frente contra su brillante yelmo dorado.

—Ya te lo dijo ella, ¿no? —susurra—. Estaré contigo pase lo que pase.

Unos aplausos lentos y marcados nos sacan de este momento. Ladeo mi atención hacia mi padre, que comienza a acercarse a nosotros sin dejar de

chocar sus manos. Avaldur'h agacha la cabeza de nuevo, fingiendo hacerlo con respeto, con la verdadera interior de no mostrar la única apertura de su armadura: su mirada.

—Lo que yo decía —Karanthir parece llenarse de orgullo y nos mira a ambos—. No existen hombres más leales que los soldados del Ejército Dorado.

—Concuerdo —Enarca una ceja Zynael, sonriendo con un gesto que enseguida muestra esa burla oculta a quienes verdaderamente la conocemos.

—¿Qué es lo que te ha dado? —Los ojos oscuros de mi padre bajan a mi mano, centrándose en ese puño que aún sigue cerrado—. ¿Qué guardas ahí?

—Es un regalo —respondo enseguida—. Algo privado.

—¿Un regalo privado? —Sus cejas se alzan, y al instante vuelven a afilarse—. No tendrás secretos con tu padre.

—De hecho, tengo bastantes.

Se echa a reír pretendiendo habérselo tomado como una broma, fingiendo que realmente le ha hecho gracia. Avaldur'h continúa con la cara baja.

—Muéstramelo —Parece una petición suave, pero en sus ojos aparece un evidente imperativo—. Quiero ver qué tienes en la mano.

—No es para ti. Es para ella.

Me giro hacia Zynael, que enseguida me observa con completa sorpresa. Se queda muda ante mi obsequio: un hermoso collar de plata perfectamente trabajada. Su cadena simula pequeñas formas de varios elementos de la naturaleza. En su extremo, cuelga una hermosa piedra tallada en forma de farcnar, pegada a un borde de plata que simula la Luna en estado creciente, acompañando el perímetro redondo del Sol. Esa hermosa joya, no es ni más ni menos que aquella piedra Faroïtta que fue una de las primeras muestras de confianza que deposité en ella. Cuando apenas nuestra historia acababa de iniciar, y le permití ser su portadora a pesar de que, hasta entonces, era la última en el mundo.

Ahora podrá lucirla en su garganta, a juego con la que decora su

hermosa tiara. Portará en su cuerpo las dos últimas piedras de este origen, como una prueba viva de que la belleza y la magia más perfectas no se encuentran en ningún otro lugar. Solo en ella. Cada vez que sus gemas brillen, reflejando el destello de la Luna o el Sol, susurrarán al mundo que esta mujer es el milagro de lo irrepetible.

Sus dedos rozan delicadamente mi palma antes de agarrar mi regalo, observándolo con devoción y amor.

—Kal'ladril… Por Sauthriel…

—Tenía una idea muy clara de lo que quería para ti, y le pedí que buscase al mejor joyero de la ciudad —Aparto los mechones dorados que se apoyan en sus hombros, liberándolos para imaginar ese bonito colgante rodeando su cuello—. Ya no queda mucho de la gran piedra que fue, pero este último trozo será eterno. Quiero que cada vez que lo mires, puedas acordarte de ese sygära imbécil que te capturó, y de todo lo que hemos compartido hasta ahora.

Sus ojos brillan emocionados.

—¿Eso es tu piedra Faroïtta? —murmura mi padre, adivinando la procedencia de esa brillante joya—. ¿Has hecho un complemento de la que era, posiblemente, la última piedra útil de estos minerales mágicos? —Era mi piedra, sí —confirmo al instante, manteniendo mi inalterable expresión —. Y en efecto, dudo mucho que siga siendo mágica después de haberla tallado, manipulado, y recubierto de resina.

—¿Y por qué dioses has querido malgastarla así? —Frunce el ceño el rey.

—Porque ya no voy a necesitarla, y porque quiero que siempre le recuerde a la misión que nos unió —le respondo con los ojos clavados en Zynael, enamorado con la sorpresa de su expresión—. ¿Y bien, enana? ¿Te gusta?

Muerde su labio lentamente y asiente, volviendo a fijarse en su regalo.

—¿Estás de broma?, claro que me gusta. Me encanta. Cada detalle…, es simplemente perfecto. Una joya de nuestra historia… ¿Por qué me das esto ahora? —Alza su barbilla para volver a mirarme. Algo en su actitud demuestra dolor—. Me das este regalo tan significativo antes de la guerra. ¿Cómo debo interpretarlo?

Llevo mi mano a su mejilla para acariciarla.

—Como lo que es.

—¿Un recordatorio? Ni se te ocurra obligarme a tener que acordarme de ti mirando este collar —Me advierte—. Me juraste por tu vida que no ibas a irte de mi lado.

—No pretendo que esto se acabe. Voy a pelear con todo lo que tengo para sostenernos —le aseguro—, pero…

—No te atrevas —me frena con rotundidad—. Ni pero ni mierdas, Kal'ladril. No borres la convicción que anoche llegaste a transmitirme.

Idril y Thaeón entornan su mirada mientras nos observan con tristeza, conocedores de los demonios y el amor de Zynael. De un modo u otro, parecen empatizar con ella.

—Creí que te gustaría —murmuro.

—Es el regalo más bonito y con más significado que alguien me ha hecho nunca —Extiende la mano y observa su nuevo complemento una vez más, sosteniéndolo con cuidado, temiendo romperlo—. Pero no me tranquiliza nada que hayas querido dármelo justo antes de la maldita guerra. Sabes perfectamente cómo me tiene esta mierda.

—No quiero que lo interpretes así. No pienso despedirme de ti. Mantengo su rostro entre mis manos y la miro con cariño.

—Joder…

—Zynael —La miro fijamente, acercando mi cara aún más a ella. Su garganta sube y baja al tragar saliva, demostrando una vez más su inquietud ante este asunto—. Te juro que no estoy despidiéndome de ti.

Tarda unos instantes en responder, unos segundos en los que se queda mirándome, analizando esa seguridad que percibe tras mis palabras. Cuando parece convencerse de mi honestidad, respira hondo y lentamente se da la vuelta, agarrando su pelo para pasarlo hacia delante sobre su hombro. Sus ojos claros me buscan desde su divino perfil, cediéndome el honor de colocárselo.

Estoy a punto de hacerlo cuando, de pronto, la sombra comienza a hacerse con todo a nuestro alrededor, cubriendo el cielo de negrura. Extiendo el brazo para cubrirme de ese brillo intenso que parece gritar

antes de verse opacado del todo. Miro al cielo, asegurándome de lo que finalmente está ocurriendo: El eclipse ha empezado.

El Sol y la Luna se buscan, se tocan, se abrazan. El anillo de fuego comienza a formarse con una lentitud que hiela la sangre, como si los mismos dioses estuviesen cerrando los ojos para no ver lo que va a ocurrir a continuación.

Zynael mira hacia arriba con impacto, y su rostro se ilumina con el resplandor y la sombra de este mágico y poco habitual evento.

—Tienes razón —le digo. Cierro la mano sobre la piedra del colgante y la meto en el bolsillo de mi pantalón—. Te lo daré después, cuando esto haya terminado. Cuando hayamos ganado.

No dice nada. Se gira hacia mí y asiente, con esa fuerza suya que nunca se agota, con esa certeza que solo ella sabe entregarme con una mirada. Me pierdo en sus preciosos ojos de nuevo, su brillo va resaltando cada vez más conforme el cielo se va apagando sobre nuestras cabezas. Sus pecas vuelven a resplandecer como galaxias. Entonces, rendido ante su belleza y ante todo lo que despierta en mi interior, vuelvo a agarrar su rostro y le beso. Mis labios se unen a los suyos llenos de ganas de más, cargados de furia y de esperanza. Sus brazos me rodean con pasión, como un reclamo al futuro que desea para nuestra vida. Y yo no puedo estar más de acuerdo.

—Kal'ladril… —susurra contra mis labios cuando nos damos un instante para respirar—. Por favor, no olvides lo que te dije anoche. No me partas el corazón.

—Jamás.

De repente, los tambores empiezan a sonar, y una a una empiezan a encenderse las antorchas que van a encargarse de alumbrar y delimitar este lugar. Nos separamos cuando escuchamos el sonido de los cuernos, soplando al viento para anunciar la llegada del ejército enemigo.

Y ahí están, al fondo de la línea perfecta que crea el horizonte.

Primero aparecen unas siluetas, y seguidamente, esas contadas criaturas comienzan a formar toda una mancha negra. Una marea de cuerpos muertos que caminan armados. Son miles. Decenas de miles. Calcinados. Vacíos de vida. Algunos arrastrándose, otros gritando con una furia infinita

que no tiene voz. Sus espadas oxidadas están casi tan ennegrecidas como ellos. En el cielo, volando en círculos esperando a su líder, están esos farcnars sin vida que tantas molestias nos van a causar. Sobresaliendo entre todos, el capitán del mayor y más peligroso ejército que se ha formado jamás en el continente de Elthymeron, montando esa bestia norteña tan sanguinaria y torturada.

Ortheel.

Su armadura, pesada y negra, impone casi tanto como su presencia. Su casco oculta su rostro, pero yo sé que me está mirando.

La sombra de los enemigos continúa creciendo, provocando incluso temblor en la tierra. La nieve que lo cubre todo comienza a evaporarse, soltando un espeso vapor que va cubriéndolo todo; uniéndose a la densa oscuridad para cegarnos. La masa sigue y sigue sumándose, siendo una plaga de esos soldados que simbolizan el horror de lo que ocurrió en la Gran Guerra. Sus cuerpos están completamente destrozados por ese fuego que los eliminó: sus costillas están abiertas, y su piel fundida y endurecida junto al hueso. Son criaturas cuyo aliento fue robado hace siglos por el mismísimo gran doh, y que han vuelto a alzarse para aplastar a todos los que lograron quedar vivos.

Entonces el cielo termina de apagarse.

La Luna se interpone entre Elthymeron y el fuego. Ya no hay colores. Ya no hay tiempo. Solo la silueta de ese disco donde reside toda la esperanza.

—¡¡Soldados!! —grito, girándome con fuerza hacia los míos—. ¡¡A vuestras posiciones!!

Zynael mira en todas direcciones, repentinamente nerviosa.

—Mi padre, ¿dónde está? —se preocupa, desesperada por buscarlo—. ¡Necesito encontrar a Döriel y a mi padre! —Parece que va a salir corriendo, pero extiendo el brazo y la detengo agarrándola por la muñeca —. ¿Qué haces? —se queja—. Suéltame.

—Te necesito a mi lado.

—Y yo necesito encontrar a mi padre, Kal'ladril —Da un fuerte tirón, obligándome a soltarla bruscamente—. A ti no te hago falta, a mi padre sí.

—¿Eso lo acabas de decidir ahora? ¿O es que de verdad crees esa

gilipollez? —Mi ceño se frunce—. Tu padre va a estar bien.

—Tú también —sentencia—. Volveré con ellos, te lo prometo. Pero no pienso arriesgarme a que pueda pasarle algo, pudiendo encontrarlos para luchar a su lado. Con o sin los farcnars, era lo que habíamos acordado.

Respiro hondo. En el fondo, le entiendo. No estoy preocupado por ella, sé que no existe nadie con sus capacidades, pero realmente esperaba poder pelear juntos durante el momento que estuviese en tierra.

—Ten cuidado —Alzo mi barbilla pidiéndole que se marche rápido. No nos queda tiempo para entretenernos discutiendo—. Encuentra a tu padre, y vuelve a mi lado.

Veo su mirada iluminándose, llenándose de motivación, y asiente al instante. Creo que está a punto de marcharse, cuando de pronto, vuelve a lanzarse para besarme. Esta vez, nuestro encuentro es mucho más salvaje, más rápido, más desesperado. Agarro su labio inferior entre mis dientes, intentando retenerla unos segundos más cuando vuelve a separarse. La sensación de vacío que me provoca separarme de ella en estos momentos, aunque solo sea temporalmente, es indescriptible. Entonces, sin darse el lujo o la pesadilla de despedirse, sale corriendo, dirigiéndose al grupo de infantería del Ejército Dorado.

—Thaeón —llamo al instante al aldeano—. Tú y Jóngruf, id con ella. Ayudadla a buscar a Cònradel'h. Que nadie se atreva a rozarla, y si lo hace, que lo pague caro.

—Encantado —Thaeón se lleva el puño al corazón e inclina la cabeza antes de salir corriendo tras Zynael, seguido por su mejor amigo.

Me dirijo finalmente al frente de todo, acompañado de Idril, Daisha, Avaldur'h y mi padre. Comienzo a caminar frente a ellos, recorriendo la larguísima fila de soldados que aguardan, ya perfectamente listos, mis órdenes.

—¡No miréis al cielo! —alzo el tono—. ¡Bajad la mirada y centraos solo en los enemigos que tengáis al frente, atrás, y a vuestros lados! ¡Adaptaos a la oscuridad, aprovechadla a vuestro favor, y olvidaos del eclipse con el que está intentando asustarnos!

Mi voz suena completamente rota y desgarrada, jamás había gritado tanto. Pero no me queda otra. Si van a morir, quiero que mueran con el

alma encendida de motivación. Si van a vivir, que lo hagan recordando este instante.

—¡Escuchadme, todos! —resueno sobre el agresivo aullido del viento, por encima incluso de los gruñidos de aquellos dugrulhs que se aproximan —. ¡Ha llegado el momento de demostrar que ni la muerte puede con nosotros!

Delante de mí, los Sàyal, vestidos con pieles y yelmos con cuernos, salvajes y temibles, montan y retienen a sus fieros lobos de Wolftundur. Los animales están desesperados por atacar, huelen la peste a muerte y no parecen ser capaces de resistir la tentación de colaborar. Sus ojos brillan, sus respiraciones se agita. Son la primera oleada, y yo iré con ellos, a pie, con la espada y el arco en la mano.

Justo detrás de estos, abriendo la infantería, millares de sygäras completamente expertos en el combate cuerpo a cuerpo. Sus espadas curvas siempre han sido las más letales de la historia de este continente, y esta vez no va a ser diferente. El Ejército Dorado está formado por los mejores guerreros de todo Namhliä, siempre bien curtidos y perfectamente entrenados. No se arrodillarán ni después de muertos.

Tras ellos, los humas del reino de Wolftundur: Soldados del rey Kèstiron cubiertos de acero, y ciudadanos que, a pesar de no haber cogido un arma en su vida, están dispuestos a dejarse en este campo el alma y el corazón.

Ligeramente ladeados y atrasados, los arqueros sygäras preparan las puntas de sus flechas con la misma serenidad con la que se prepara un funeral. Los tiradores del Ejército Dorado no fallan. No tiemblan. No dudan.

Más allá, escondidos entre los árboles de los bosques colindantes, los nyëlkhems nos devuelven las señales de fuego, haciéndonos saber que están listos, permaneciendo invisibles. Ellos serán la sorpresa. El filo que corta la garganta sin ser visto.

Idril, Avaldur'h, Dai-sha y mi padre se quedan junto a mí, sin moverse.

—¡Sàyal de Yabanril! —Vuelvo a alzar la voz con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Lobos que cabalgáis sin miedo! ¡Sois la lanza que va a resquebrajar la tierra! ¡Apenas nos conocemos, no me debéis nada a mí, pero por vuestras familias hoy os necesito sedientos! ¡Sed salvajes, inmisericordes! ¡Lograd que el enemigo desee la muerte, antes de volver a

ponerse frente a una de esas bestias que montáis!

Los humas Sàyal responden con gritos al aire. Sus animales, que parecen haberme entendido también, rugen llenos de ganas de lanzarse a la batalla.

—¡Arqueros! —giro mi cuerpo hacia mis hombres. Aunque están alejados, no despegan su atención de su capitán general—. ¡Vosotros, que habéis logrado que llueva la más silenciosa de las muertes sobre los campos! ¡Haced que cada flecha sea un presagio!

Los soldados dorados levantan sus arcos, todos a la misma vez, y enseguida se colocan en posición, tensándolos, perfectamente sincronizados. Como en un baile ensayado, sus brazos se estiran en una oleada de elegancia aniquiladora. Y se mantienen así, aguardando la señal para disparar.

—¡Humas y soldados de Wolftundur! ¡Hijos de los lobos! ¡Defended la frontera de vuestro hogar! ¡Sed ese muro de piedra imposible de flanquear! ¡Luchad por vuestra tierra, vuestras familias, y el futuro de vuestros herederos! —les grito, escuchando cómo claman mi nombre una y otra vez—. ¡Luchad por la libertad que vais a ganar!

Todos exclaman de manera salvaje, apoyando mis palabras, motivados con ellas.

—¡Nyëlkhems del Aszhroin! —miro hacia donde ya no veo nada. Sé que están allí, y que están escuchándome—. ¡Sois lo mejor de cada una de estas razas! ¡Y esta noche, vais a ser el susurro antes del grito! ¡Pelead por todo lo que habéis pasado, y sobre todo por lo que estáis a punto de lograr!

Oigo sus respuestas más allá de los árboles, más allá de la oscuridad. El eclipse cada vez está más y más cerrado, y mis ojos lentamente van a adaptándose a esa negrura absoluta que se cierne sobre nuestras cabezas.

—¡Y a todos vosotros, hermanos del cuerpo a cuerpo! ¡Mis soldados del Ejército Dorado! —Me giro finalmente hacia el resto de mis hombres, con los que tantísimas veces he entrenado—. ¡Tenéis las manos más ágiles y más determinantes de todo Elthymeron! ¡No existen guerreros como vosotros! ¡Para el ejército de Drilembiyr’h, este va a ser solo un entrenamiento más! ¡Tenéis la más perfecta de las elegancias y la mayor

pureza en vuestros corazones! ¡Ha llegado el momento de demostrar que nada, ni nadie, por mucho que sea inmortal, va a derribar nuestra voluntad!

Una vez más, mis soldados responden colocándose en posición de ataque de forma perfectamente coordinada. Esta es la manera en la que nuestro ejército responde, demostrando estar unificado y listo para respaldar a su capitán.

El eclipse termina de completarse. Todo queda sumido en un manto de oscuridad sobrenatural. Mis ojos logran adaptarse al instante, percibiendo cada sombra y cada destello. Las antorchas brillan perfilando el campo de batalla, pero sé que no será suficiente para muchos de ellos. Los humas no tienen nuestra visión, y va a costarles enfrentarse a unas criaturas que no mueren, y que además están calcinadas e impregnadas de ese mismo color. Negro. En la más significativa y cruda de sus versiones. Ortheel conocía la fecha de este evento, tanto como los defectos de los rivales a los que se iba a enfrentar. Pero apuesto a que no contaba con que un sygära sureño le haría desear su final.

Tomo aire profundamente y dejo salir de mi pecho un rugido milenario.

—¡¡Aliados!! ¡Recordad lo que os he dicho! ¡Y sobre todo recordad que hoy no sois ejércitos separados! —exclamo con toda la rabia y la adrenalina de este momento, viendo la inminente guerra finalmente ante mis ojos—. ¡Hoy sois hermanos! ¡¡Hoy debéis ser ira!! —Empiezo a avanzar, caminando despacio hacia el frente dirigiéndome finalmente a mis rivales. Mis palabras se hacen más pesadas, más intensas, sintiendo cómo brotan de mi alma—. ¡¡Mirad lo que se nos viene encima!! ¡Un ejército que no duerme, que no respira, que no sangra! ¡Un enemigo al que no le importa el honor ni la vida! ¡Esa será su mayor desgracia!

Alzo la espada y vuelvo a girarme hacia ellos, fijándome en todos los que puedo, sintiendo su inquebrantable seguridad.

—¡¡Ellos son inmortales, pero nosotros tenemos voluntad!! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Nosotros amamos! ¡Nosotros lloramos! ¡Nosotros sentimos! ¡Nosotros vivimos! ¡Y por todo eso, es por lo que vamos a luchar! —les recuerdo—. ¡Ese ejército avanza sin motivación! ¡¡Nosotros tenemos corazones que defender!!

Un rugido de ganas, fuerza interior y brío empieza a recorrer las filas, una a una, hasta volverse un estruendo en todas las Tierras Salvajes del Norte.

—¡No os pido que no temáis! ¡El miedo es la prueba de que estáis vivos! ¡Pero no dejéis que os hable con más fuerza que vuestro coraje! ¡No dejéis que os robe la memoria de lo que somos, y del motivo por el que hoy estamos aquí! —Alzo mi espada cerrada en mi puño—. ¡¡Transformad el temor en rabia, y derribarla toda contra ese enemigo que pretende destruir lo que más queremos!!

Mi voz ahora truena, ardiendo como un incendio.

—¡¡Si caemos hoy, que sea como rayos que calcinan todo a su paso!! ¡¡Que el enemigo no olvide jamás el poder de la furia de los vivos!! —rujo —. ¡¡Cuando ganemos, porque os juro que lo haremos, todos seremos leyenda!!

Me planto en el centro extiendo los brazos.

—¡¡Soldados!! ¡¡Hombres!! ¡¡Mujeres!! —Cierro los ojos y alzo mi rostro hacia el cielo. Los lobos aúllan. Los arqueros tensan. Las armaduras chocan contra las espadas. Todos gritan. Y entonces, con una sola palabra, convierto la tierra en un tambor de guerra—. ¡AVANZAD! Y la Segunda Gran Guerra estalla.

Echo a correr el primero, seguido por Avaldur'h, Idril, Dai-sha, mi padre, y por miles y miles de pisadas que hacen retumbar el suelo. Las flechas del Ejército Dorado cortan el cielo. Los Sàyal se mantienen en línea junto a mí, cabalgando sus inmensos lobos, como una ola de colmillos letales. Tenso mi arco, siendo la primera chispa en la tempestad, y disparo tres de mis flechas. Tres saetas que atinan directamente sobre tres de sus cabezas.

Por cada enemigo que cae, abatido y aturdido, otros que ya lo habían hecho antes se vuelven a levantar. Y aunque parezca un suicidio, la ventaja que eso me da me llena de motivación. Mi sonrisa se ladea, incluso encendido. Ahora ya sé que si los «*mato*», teniendo en cuenta el sentido poco estricto de esa palabra en este ámbito, tendré unos instantes en los que me permitirán avanzar. Al fin y al cabo, mi objetivo no es acabar con ellos. Mi problema no son esos infelices calcinados, sino el nigromante malnacido que se ha atrevido a levantar, de su sueño eterno, a nuestros

antepasados derrotados.



Zynael
17

La batalla es un rugido sin rostro.

No hay forma de distinguir los gritos de los vivos de los gemidos de los muertos. Todos suenan igual. Todos caen, pero los aliados son los únicos que no vuelven a levantarse. Me abro paso entre las sombras como puedo, sosteniendo con fuerza mis dagas gemelas en cada una de mis manos, con los brazos entumecidos por tanto impacto. La tierra tiembla bajo mis pies, como si el eclipse hubiese abierto una grieta en el mundo. Las voces se mezclan en mi cabeza, ni siquiera si fuese de uno de mis amigos o conocidos podría reconocerla.

Giro el rostro en todas direcciones, pero no les veo. Todo es confusión. Todo es caos. Huele a carne quemada, a sangre y a desesperación.

El sudor chorrea por mi frente. Apenas puedo respirar. El aire pesa y me aplasta el pecho. Sé que Kal'ladril está en alguna parte, y que estará bien; confío en que Idril aún esté con él; pero ahora solo quiero encontrar a mi padre. A mi padre y a Döriel.

Golpeo a uno de esos dugrulhs en la cabeza, una de esas cosas malditas, un cadáver calcinado con la boca desencajada, y aun así se vuelve a levantar. Apenas me da unos segundos para respirar cuando me vuelve a atacar, así que le apuñalo varias veces con ambas dagas. Pero sé que no tardará en regresar, nada se queda quieto por mucho tiempo en este infierno. No sangran, es algo mucho peor, sueltan ese líquido entre negruzco, verdoso y rojizo típico de la putrefacción. Y apestan.

Me lanzo hacia otro, esquivo un tajo, choco con el hombro de un soldado que no conozco.

—¡¡PAPÁ!! —grito. Mi voz se rasga entre el estruendo—. ¡PAPÁ,

HÁBLAME! ¿ME OYES? ¡¿DÓNDE ESTÁS?!

Nadie responde.

Me obligo a seguir. Busco entre los cuerpos y entre esos rostros cubiertos de sangre, barro y el pestilente deshecho del rival. Algunos me gritan algo que apenas logro distinguir, otros suplican ayuda, la mayoría apenas levanta la mirada.

No los encuentro.

El miedo va subiéndome por la garganta, cerrándome el pecho hasta causarme ahogo. Mis ojos están nublados por la desesperación. Es muy difícil ver algo entre tanta oscuridad, y tanta muerte.

—¡DÖRIEL! —grito al vacío, esperando que al menos mi antiguo amante pueda escucharme—. ¡PAPÁ! ¡RESPONDEDME, POR FAVOR!

Nada.

El nudo de mi garganta es tan gordo que cada aliento me duele. El simple hecho de respirar me resulta otro combate. Siento ansiedad y frustración. No puedo hacer nada más que seguir buscando y esperar que no me maten antes de encontrarlos. Hay tanta gente a mi alrededor que no puedo invocar nada, no puedo recurrir a mi magia. No puedo abrir el suelo. No puedo soltar una ráfaga. Si lanzo algún ataque aquí, barreré también a los míos.

Mis dedos tiemblan alrededor de las empuñaduras de mis dagas. Mis piernas me llevan de un lado a otro sin dirección y sin certeza. Cada vez que un soldado cae a mi lado, siento que podría ser él. Podría ser Döriel. Podría ser mi padre. Cada grito lejano me arranca un trozo del alma.

Empujo escudos y me abro paso entre armaduras. Tropiezo con cuerpos que ya no se levantan. El barro me llega hasta los muslos. Hay sangre en todo mi cuerpo que no es mía. Y aun así, no paro. No me detengo.

—¡PADRE! ¡DÖRIEL! —mi voz ya es un aullido, una súplica que el campo de batalla no parece querer devolverme.

Mi corazón late tan rápido que siento que va a estallar, me duele tanto que incluso podría jurar que llevo una daga clavada desde dentro. Y es curioso, porque en este momento la adrenalina y las endorfinas de mi cuerpo están tan arriba, que podrían apuñalarme y ni siquiera me daría

cuenta. Todo en mí está desbordado, y cuanto más lo pienso más me enervo. ¿Y si los he perdido? ¿Y si la última vez que los vi fue verdaderamente la última vez?

Agito la cabeza. No puedo dejar que el miedo me pueda. No pienso detenerme mientras tenga fuerza en las piernas.

Veo a un joven soldado wolftundiano caer, de apenas diecisiete o dieciocho años. Un dugrulh lo ha arrastrado al barro. Grito, corro hacia él y lo aparto con una estocada. Pero ya es tarde. El muchacho comienza a escupir y a toser sangre, ahogándose en sí mismo con esa espada oxidada clavada en su garganta. Sus ojos lloran enrojecidos, llenos de venas, y me suplican piedad cuando me coloco sobre él. Su boca no deja de soltar infinidad de burbujas rojas.

Mis manos tiemblan sin saber qué hacer.

—Shhh… —Intento calmarlo, está aterrado. Me está mirando fijamente, pero está viendo a la muerte justo detrás para llevárselo.

Cierro los ojos con rabia, convenciéndome de lo que debo hacer. Entonces vuelvo a fijarme en él. Sin apenas pulso, llevo mi daga a su yugular. Pienso que no soy capaz de continuar, pero el ruego y la imploración que refleja su expresión termina de convencerme. Giro la cabeza al mismo tiempo que clavo mi arma con determinación en el lateral de su cuello, rodando mi muñeca para rematarlo lo más rápido posible. Ni siquiera soy capaz de mirarlo mientras llevo mi mano a sus ojos para cerrarlos. No lo conocía de nada, y sin embargo su muerte me ha dolido en lo más profundo del alma.

Cuando miro de nuevo a mi alrededor, todo ha ido a peor. Solo hay más cadáveres de los nuestros en el suelo. Más lucha. Más ruido. Más sombras. Mi cuerpo ya no puede más, sin embargo vuelvo a ponerme en pie.

Grito. Empujo. Golpeo. Busco.

Busco.

Busco.

—¡¡¡PAPA!!! —una vez más, con la voz rajada por la angustia—.

¡¡DÖRIEL!!

Y entonces…

—¡¡ZYNAEL!!

Lo escucho.

Su voz. Es Thaeón.

—¡¡Por aquí!! —Aparece de la nada, abriéndose paso entre unos y otros, y me agarra de la mano para llevarme con él—. ¡Ven!

—¡Tengo que…!

—¡Lo sé! ¡¡Jóngruf está con ellos!!

Reacciono al instante y echo a correr junto al humano. Nos vemos obligados a detenernos en demasiadas ocasiones, peleando juntos para vencer a los dugrulhs que no nos dejan avanzar. La destreza de Thaeón es increíble, y juntos logramos hacer una perfecta combinación.

—¡¡Vamos!! —Vuelve a tirar de mí, guiándome con seguridad a ese lugar en el que debemos encontrar a Jóngruf, a mi padre y a Döriel.

Entonces, entre todo el túmulo de la guerra y no demasiado lejos, los veo. Mi padre está vivo, entero, y a su lado está el que durante tanto tiempo fue mi amigo y mi amante. Ambos cubiertos de sangre, cortando enemigos con la fuerza que les recordaba. La mirada verde de Döriel se cruza con la mía y, por un segundo, el mundo deja de moverse.

Mis piernas se sueltan y echo a correr hacia ellos, poniendo toda mi alma en estas zancadas.

—¡PAPÁ! —Empujo, esquivo y choco. Pero nada me importa.

Solo voy hacia ellos.

Cada paso es una lucha. Ya no hay tierra visible, solo un suelo cubierto de cadáveres que se arrastran, de aliados que gritan, de enemigos que me intentan rodear. Siento la sangre y el barro en mis botas, haciéndolas pesadas. Alguien me agarra del brazo. Un muerto con las costillas completamente abiertas y las cuencas de los ojos vacías. Exclamo de puro asco y de rabia y le atravieso el cráneo con la hoja de mi daga.

—¡Apártate, joder! —Le doy una fuerte patada y lo alejo de mi cuanto puedo para volver a correr. Necesito llegar a ellos.

Döriel me ve venir y grita mi nombre. Unido a Jóngruf, comienzan a apartar enemigos para abrirme paso. Mi padre extiende el brazo en mi dirección, pero aún hay una docena de pies de infierno entre nosotros. Me

lanzo sin pensar. Sin respirar. Y finalmente, lo toco. Mi padre me toma la mano y tira de mí con firmeza. Cuando lo abrazo, su contacto se siente caliente y vivo. Por un segundo me permito temblar junto a él. Pero solo por un segundo.

—¿¿Estás herida?? —me pregunta agarrándome por los hombros, mirándome de arriba abajo.

—No —respiro entrecorta, pero niego con la cabeza con rotundidad—. Estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien, hija —Asiente. Mira a Döriel, que también se acerca a nosotros, con la espada y el rostro aun chorreando sangre—. Él también está entero.

Döriel parece querer abrazarme, pero de repente se paraliza. Su mirada verde se dirige hacia Thaeón por un instante antes de volver a mí. Por primera vez desde que nos conocemos, no dice nada, pero su silencio revela más de lo que sus palabras podrían demostrar.

Sabe algo, y por supuesto no quiere solucionarlo en este horrible lugar.

—¡Tenemos que avanzar! —propongo de repente para todos, volviendo a centrarme en lo único que ahora me importa—. ¡Tenemos que llegar junto a Kal'ladril, para poder luchar con él, con Avaldur'h, con Dai-sha y con Idril!

Thaeón niega con fuerza y señala al horizonte. La línea del frente se ha roto. El enemigo es muy superior a los supervivientes. Los cadáveres que caen se levantan al instante, arrastrando a los vivos consigo. Las tropas están desbordadas.

—¡Mira a tu alrededor! —exclama—. ¡No podemos! ¡Si avanzamos, alguno de nosotros morirá seguro! ¡Debemos aguardar aquí a los farcnars y resistir juntos! ¡Quedándonos quietos podremos protegernos entre nosotros desde todos los flancos!

—No… —Aprieto los dientes. Los ojos me escuecen—. No quiero quedarme aquí. ¡Quiero ir con él y asegurarme de que están bien! ¡Le he prometido que volvería con él!

—¡Fierecilla, joder! —Thaeón reacciona, atacando a un dugrulh que venía directo hacia mí. Cuando vuelve a darse la vuelta, sus ojos son más

negros y más intensos que nunca—. ¡Hazme caso por una vez en tu vida! ¡¿Quieres?!

Aprieto mis dagas con rabia.

—¡El humano tiene razón! —Se mete Döriel—. ¡No podemos arriesgarnos a avanzar! ¡Cualquiera de ellos podría atacarnos por la espalda en un instante de despiste!

—¡¿Es que no tenéis honor?! —Mis palabras se escapan llenas de impotencia—. ¡Tenemos que estar con él! ¡Tenemos que ayudarle a llegar a Ortheel! ¡Kal'ladril siempre ha sido el primero en estar ahí para salvarnos el culo a todos nosotros!

—¡¡Maldita tu cabezonería, Zynael!! ¡¡Kal'ladril es un maldito dios, por supuesto que va a estar bien!! —Mantiene Thaeón—. ¡Puedo asegurarte que va a llegar a Ortheel con o sin nuestra ayuda!

—¡¡Le he dado mi palabra!!

—¡¡Tu palabra no va a servirte de nada si te matan!! —mantiene— . ¡Estoy seguro de que Kal'ladril prefiere verte viva!

Respiro hondo. Quiero contestarle, pero nos vemos envueltos de nuevo en un enfrentamiento contra esos seres calcinados y malolientes. Me siento culpable de sentir tanto asco hacia ellos, teniendo en cuenta que fueron personas que en su día pelearon por sobrevivir a la Gran Guerra, y de algún modo u otro fracasaron. Pero no puedo evitarlo.

—¡Me da igual todo, Thaeón! ¡Date cuenta de una vez! —exclamo cuando termino de aturdir a uno de ellos—. ¡Kal'ladril jamás ha dejado de ayudarnos a pesar de los riesgos! ¡Por mucho que me cueste llegar hasta él, si tengo que pelear en tierra, pienso hacerlo a su lado!

—Zynael tiene razón —De repente Jóngruf se sitúa junto a mí, mirando a su mejor amigo, su inseparable—. Tú estás luchando entre los soldados del Ejército Dorado, y ese era tu sueño, Thaeón. Pero yo estoy en esta guerra por Kal'ladril, y si tengo una oportunidad de colaborar junto a él, quiero aprovecharla.

El humano de ojos negros nos mira a ambos con asombro, pareciendo sorprendido por la reacción y opinión de Jóngruf. Entonces mi padre se suma a mi opinión.

—Yo también voy con mi hija.

—¡¿Cònradel'h, qué dices?! —Salta Döriel, acercándose desesperado a nosotros—. ¡No podéis estar hablando en serio! ¡¿Es que no veis el riesgo?!

—Llevo viendo el riesgo desde que se anunció la guerra, Döriel — le responde, alzando su barbilla con actitud en ese gesto que, sin duda, he heredado de él—. Y aun así estoy aquí, ¿no? Pues decido seguir tomándolo.

—No me voy a ir sin ti —le garantizo al nyëlkhem—. Y sin ti tampoco, Thaeón.

Thaeón frunce el ceño. Mira a nuestro alrededor, intentando encontrar alguna otra opción, su confianza, o cualquier otra excusa que pueda convencernos de obedecerle. Su mandíbula se mueve un par de veces, y finalmente, gruñe entre dientes

—Maldita sea... Vale. ¡Vale! —Se resigna—. Joder, haces lo que quieres conmigo, Zynael. Solo me faltaba que Jóngruf se pusiese de parte de tu cabezonería.

Asiento, agradeciéndole de esta leve y rápida forma que haya accedido. Döriel suspira y asiente también. Sin añadir ni una palabra, como si acabase de darle la razón al aldeano. La lealtad de ambos me conmueve.

***

Nos abrimos paso como una sola unidad, esforzándonos por protegernos desde cada flanco. Yo avanzo la primera, abriendo hueco con toda la precisión y las ganas que me mueven para continuar. Mi padre me cubre la espalda, Döriel avanza a mi izquierda, Thaeón a mi derecha, y Jóngruf lo sigue de cerca. A nuestro alrededor, los Soldados del Ejército Dorado resisten con fiereza, manteniéndose contra esos inmortales.

Cada paso que damos está calibrado, cada respiración medida. La angustia me aprieta el estómago. Llegar hasta Kal'ladril es como atravesar un mar de oscuridad viva. Un sinfín de caos. Solo guerra y muerte en todas las direcciones.

—¡Tiene que estar cerca! —grito. Estoy jadeando, pero mis ganas imperiosas de verlo me mantienen estable.

Entonces le veo. Unos setenta pies por delante, entre el mar de cadáveres y cuerpos negros, deslizándose con la agilidad de un pájaro y la agresividad de un depredador. Como un torbellino aniquilador. Su espada gira y apuñala como si tuviera voluntad propia, su cuerpo se mueve con una destreza que no es de este mundo. Está cubierto de sangre, de manchas negras y de barro. Y a pesar de ser el foco de todos los enemigos que le rodean, está pudiendo con todos y no parece cansado. Cada enemigo que se le lanza, cae. Y vuelve a caer. Y otra vez.

Y otra.

Kal'ladril no se detiene, sin importar cuántas veces se levanten.

Detrás está Idril, acurrucada tras una roca. Temblando. Su vestido está roto, desgarrado. Su rostro está cubierto de tanta suciedad que ni siquiera puedo apreciar el color de su piel. Sostiene su espada como puede, pero se le cae al suelo. Intenta coger su arco, pero su vibrar es tan potente que no le permite apuntar. Kal'ladril gira sobre sí mismo y la cubre con el brazo mientras ensarta a otro dugrulh. Junto a él, Avaldur'h pelea con destreza, encargándose de proteger a su compañero. Karanthir, demostrando ser el antecesor de su hijo, se mueve con agilidad y potencia, derribando uno tras otro a esos muertos vivientes. Veo a Dai-sha salir corriendo en cuanto Kal'ladril vuelve a centrarse en sus objetivos, arrodillándose frente a mi mejor amiga. Acelerado, mete su mano en su abrigo empapado de barro y le cede una poción. Pero no distingo su color, así que no logro adivinar cuál será su función.

—¡Ahí están! —grito—. ¡Están todos vivos!

El alivio me recorre como un escalofrío. Me detengo por un segundo, un solo segundo, hipnotizada por la escena. Por Kal'ladril. Por su destreza. Por su fuerza.

Pero para la muerte, un segundo es suficiente.

—¡¡ZYNAEL!! ¡¡CUIDADO!!

Ni si quiera me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir. Solo cierro los ojos cuando noto un fuerte empujón que me tira bruscamente al embarrado y nevado suelo.

Me cubro con los brazos apuntando con mis dagas, como si eso pudiese protegerme de lo que sea que quisiera venir hacia mí. No sé si el instante

es demasiado largo, o si es mi angustia la que me traslada esa percepción, pero cuando finalmente me decido a abrir de nuevo los párpados, todo se detiene a mi alrededor.

Ahí, echado sobre mí con ambos brazos extendidos y las palmas apoyadas a cada lado de mi cabeza, guardando entre nuestros cuerpos toda la distancia que su flexión le permite, está Thaeón. Pero no es el hecho de que haya decidido protegerme de esta manera lo único que me sorprende; es sobre todo su expresión. Su piel está pálida y su cuerpo congelado, como si temiese moverse y tener que enfrentarse a lo que hay tras él.

Me asomo despacio, negándole a mi mente la opción de pensar en esa posibilidad. Pero no me equivocaba. Me llevo la mano a la boca y ahogo un grito de horror. La figura de Jóngruf intenta avanzar, tambaleándose de un lado a otro como un cuerpo que ya no responde; luchando por no desplomarse. Sus manos sujetan a duras penas las entrañas que se escurren por la desgarradora brecha abierta en de su vientre.

Döriel grita con rabia y comienza a apuñalar una y otra vez a ese dugrulh, encargándose de vengar lo que Thaeón ni siquiera parece capaz de mirar.

Todo se detiene.

—Dime que no... —me susurra Thaeón, mirándome únicamente a mí. Aún sin fuerzas para enfrentar lo que hay a nuestro alrededor—. Por favor, dime que no…

Mis labios tiemblan incapaces de responder, hasta que veo que el castaño no puede más. Su cuerpo se apaga y, en ese instante, sé que se va a desplomar.

—¡¡JÓNGRUF!! —grito, intentando arrastrarme bajo Thaeón.

Pero él se me adelanta. Mi forma de exclamar el nombre de su inseparable parece terminar de convencerle y se da la vuelta rápidamente, cazándolo en el aire antes de que se golpeé con el suelo. En cuanto lo abraza, sus fuerzas se esfuman con toda su esperanza. Sus rodillas ceden y se arrodilla lentamente, bajando a su hermano de otra sangre al suelo con cuidado, sosteniéndolo con desesperación.

Me quedo completamente paralizada, incapaz de ponerme siquiera en

pie. No veo nada, solo la espalda de Thaeón, pero la forma que tiene de comenzar a agitarse entre espasmos ya me permite adivinar su ataque de ansiedad.

—Thaeón... —escucho balbucear al castaño antes de comenzar a toser.

—No… No, no, no, no…. —Thaeón agita la cabeza antes de desplomarla hacia abajo, vencido por las lágrimas. Está temblando, y aun así su mano intenta sujetar las entrañas de Jóngruf, como si eso fuese a lograr cambiar lo que acaba de pasar—. ¡¡¡NO!!!

Jóngruf vuelve a toser, escupiendo sangre, salpicando a su mejor amigo en las mejillas con su muerte.

—Es… Estoy… —intenta hablar, pero no le queda aire ni fuerzas—…. Estoy bien…

—¡¡NO ME HAGAS ESTO!! ¡¡JODER, MALDITO

RETRASADO!! —su voz se rompe—. ¡¡¿Por qué has hecho esto?!! ¡¡TE HICE JURARME QUE BAJO NINGÚN CONCEPTO HARÍAS ALGO COMO ESTO!!

Jóngruf sonríe débilmente. Levanta una mano y toca el rostro de su amigo.

—¿De verdad...? —susurra—. ¿De verdad... pensabas… que yo… iba a verte morir y no hacer nada… para… evitarlo? —Su voz se va apagando, y yo ni siquiera he sido capaz de moverme todavía.

Mi padre y Döriel nos rodean mientras tanto, luchando como leones para evitar que los dugrulhs se acerquen. Ambos blanden sus espadas con rabia y se cubren con sus escudos lanzando estocadas rápidas y eficaces, empujándolos hacia detrás, manteniéndolos a raya. Creo que Döriel me grita algo, pero no le oigo. No puedo prestarle atención.

—Por favor… No llores… —El lamento de Jóngruf es lo único que escucho, como si todo a nuestro alrededor se hubiese apagado—. Voy a irme habiéndole salvado la vida a mi hermano… No existe honor… más… increíble… Te prometo que te esp… Yo te…

Y entonces, simplemente, se marcha. Incapaz de terminar ese último suspiro. Veo su mano desplomándose sobre el terreno sucio, completamente derrotado a la muerte, que acaba de hacerlo uno de sus súbditos.

Thaeón no reacciona al principio. Parpadea, como si no pudiera creer lo que está viendo. Incapaz de aceptar lo que está viviendo. Mira el rostro de Jóngruf, que incluso parece volverse pálido al instante, bajo toda esa capa de sangre. Su mueca se ha desvanecido con el aire. Por primera vez desde que lo conocemos, ya no tiene expresión. No sonríe. Veo al moreno comenzar a temblar, notando cómo se agita su respiración cada vez más y más. Su pecho sube y baja como si estuviera a punto de romperse.

—No —susurra—. No. No. No. No, no, no...

Lo acuna en sus brazos, como si pudiera protegerlo ahora, como si pudiera volver atrás en el tiempo con solo sostenerlo más fuerte.

—Jóngruf… —lo llama, esperando que aún pueda oírle—. Jóngruf, por favor. ¡Por favor! Maldita sea…, ¡NO ME HAGAS ESTO! —Su suave mecido se hace más agresivo, agitándolo, soñando con despertarlo—. ¡JODER! ¡ABRE LOS OJOS! ¡NO PUEDES

DEJARME! ¡NO PUEDES IRTE ASÍ! ¡NO ME ABANDONES

ASÍ...!

Su voz termina de romperse cuando se da cuenta de que ya no hay marcha atrás, y al instante se quiebra. Lo abraza con fuerza y grita, lleno de rabia y ahogado en dolor.

—¡¡¿POR QUÉ?!! ¡Te dije que no hicieras estupideces! —Su espalda se encorva hacia delante, uniéndose a su derrotado amigo tanto como puede —. ¡Te dije que no te hicieras el héroe! ¡ESA ESPADA IBA A MATARME A MÍ!

Sé muy bien que eso es mentira. Ese espadazo, ese corte mortal, no era para ninguno de los dos. Yo estoy en el suelo gracias a Thaeón, que me ha tirado de un empujón y ha estado a punto de hacer por mí lo mismo que su amigo ha terminado haciendo por él. La muerte no quería llevarse consigo a ninguno de ellos, sino a mí.

La sangre de Jóngruf sigue brotando, corriendo caliente mientras su cuerpo se enfría. El color de su piel cambia cada instante que pasa, y yo continúo completamente en shock. No soy capaz de mover ni un solo dedo.

—¡¡NO!! ¡VUELVE, POR FAVOR! —sigue rugiendo Thaeón, partiendo en gritos el campo de batalla—. ¡JÓNGRUF, MALDITA SEA, NO! —Lo sacude, le grita, lo aprieta contra su pecho como si pudiera devolverle el alma. Y

entonces se hunde. Su frente cae sobre la de su amigo, cerrando los ojos con una rabia de la que no puede escapar.

Está completamente roto, ahogado en el más doloroso de los llantos. Aprieta el cuerpo sin vida de Jóngruf contra su pecho, lamentándose por todas esas cosas que ya no podrán compartir, por todas las cosas que ya no le podrá decir.

—Me has salvado... —su voz apenas es audible. Sus dientes se aprietan con fuerza—. Maldito seas, ¿por qué me has salvado?

No puedo respirar, mi garganta no puede tragar, todo en mí parece negado a reaccionar. La respuesta a esa pregunta me resquebraja por dentro. Le ha salvado porque él ha intentado salvarme a mí. Yo soy quien debería haber muerto. Thaeón insistió en que no avanzásemos, y yo insistí. Jóngruf ha muerto por mi maldita decisión. Todo ha sido culpa mía. Esto no tendría que haber pasado. Él no tenía que irse así. Me odio a mí misma. Quiero que la tierra me trague por haber tomado esa decisión. Si no hubiese obligado a todos a avanzar conmigo, si no los hubiese arrastrado a esta locura, no lo habría condenado.

Thaeón no deja de temblar. Acaricia el cabello castaño de su mejor amigo, su mejilla, su nariz… Memorizando cada rasgo de su rostro antes de perderlo para siempre.

—Te pedí que no te hicieras el héroe... —Tose, ahogándose con el nudo de su propia garganta—. No era tu momento. No era tu misión. ¡Maldita sea, Jóngruf! ¡Éramos invencibles! ¡Juramos que siempre pelearíamos juntos! —Sigue llorando, como jamás había oído llorar a nadie. Su dolor nace de sus entrañas, terminando de romperlo por dentro.

En ese momento me doy cuenta de que si no muero en esta guerra, la culpa me acompañará hasta el último de mis días.

Sigo tirada en el suelo, llena de barro, sangre y fluidos de esos seres repugnantes. Los oídos me pitan por los alaridos que se superponen en la distancia. Todo el campo de batalla vibra como un infierno, y aun así yo parezco completamente sorda. Muda. Paralizada. No hay nada en mi cuerpo que reaccione. Mi padre y Döriel no han cesado de luchar, protegiéndome a mí, a Thaeón y al cadáver de Jóngruf. Ambos aúllan y sollozan de esfuerzo cada vez que detienen un golpe con su escudo y lo

devuelven con sus espadas. Lo hacen por mí. Lo sé. Intentan mantenerme con vida, pero yo no soy más que un peso ahora mismo.

De pronto, una mano grande y firme me toma del brazo con decisión y me levanta con un tirón seguro. Casi pierdo el equilibrio, pero esa misma persona me sostiene antes de que caiga otra vez.

Me giro, y lo veo. Más alto que todos. Más impresionante que la propia muerte. Su silueta recortada contra el ennegrecido cielo parece la de un dios, con la piel manchada de sangre y sus ojos dorados encendidos de gravedad. Lleva a Idril colgada a la espalda, agotada, con su mirada amielada a medio cerrar y sus finos brazos rodeando su cuello.

—¡¿Qué ha pasado?! —pregunta Kal'ladril, y su mirada cae en Jóngruf.

Se queda quieto. Muy quieto. Sus labios se separan apenas, y al instante distingo lo que revela su rostro. Lo conozco. Conozco cómo se expresa su mudo dolor, y reconozco esa punzada oculta tras la serenidad. Esa herida que se traga en silencio para no quebrarse frente a los demás, para no hacerlo todo más difícil. Pero él también acaba de perder a uno de sus amigos.

Mira a Thaeón, y algo se rompe en sus felinas pupilas.

—Jóngruf… No… —murmura. Apenas se le oye, pero sé que lo ha dicho. Y lo dice con todo el peso del mundo.

Karanthir, Avaldur'h y Dai-sha llegan también junto a nosotros, formando un círculo protector a nuestro alrededor, conteniendo los embates y cubriendo todos los flancos. Ayudando a mi padre y a Döriel. El hechicero se apresura a arrodillarse frente a Thaeón, observando a Jóngruf con la esperanza de poder lograr algo con alguna poción. Pero la forma que tiene su cuerpo de derretirse al instante, me revela que ya no queda ninguna opción.

El aldeano se ha ido. Para siempre.

Sobre nuestras cabezas, el cielo ruge de repente. Los farcnars están aquí.

Roc y Sumli sobrevuelan el frente con sus crías, lanzándose directamente hacia los farcnars malditos de Ortheel. Giran en círculos, chocan en el aire, los despedazan. El firmamento se llena de sus sombras, de plumas y garras.

—Tenéis que iros —me dice Kal'ladril al instante, con la voz tan firme

como su apariencia—. Necesito que los montéis y que me ayudéis a llegar hasta Ortheel

Mi rostro sigue fijo en Thaeón, viendo su derrota; y sobre todo en Jóngruf, completamente desplomado, con los órganos escapándose del cuerpo que los portaba.

—¡Zynael! —me grita Kal'ladril, aferrando mi cara para obligarme a mirarlo—. ¡Necesito tu ayuda! Hay que moverse. ¡Ahora!

Pero no puedo dejar de pensar en Thaeón. Por mi culpa, por acceder a mi estúpida decisión, ha perdido a su mitad más indispensable. Por mi culpa, Jóngruf ha muerto.

—Maldita sea… —Kal'ladril parece darse cuenta de lo que me paraliza y vuelve a soltarme, dirigiéndose rápidamente hacia el moreno. Su expresión se vuelve más áspera debido a su desesperación—. ¡Tenéis que iros! —Le grita a él también—. ¡Necesito avanzar y necesito vuestra ayuda!

—No pienso dejarlo —gruñe Thaeón sin levantar la mirada, acariciando el cabello de su amigo—. No voy a dejar que se pudra en el suelo, pisoteado, como si fuera basura.

—¡¿Y qué mierdas pretendes hacer?! —Veo los puños de Kal'ladril cerrándose, manteniendo su severidad—. ¡Si te quedas aquí con él, vas a morir también!

—¡¿Crees que podré vivir sabiendo que lo dejé aquí tirado?! — Llora Thaeón, girándose hacia su amigo y capitán—. ¡Es mi hermano! ¡¿Crees que puedo abandonar su cuerpo así como así?!

—¡Sí! —ruge Kal'ladril—. ¡No es su cuerpo lo que te ataba a él! ¡Era su alma! ¡Y esa ya se ha ido, Thaeón! ¡Eso que abrazas, son solo tripas saliéndose de una carcasa! ¡Jóngruf ya no está aquí!

Thaeón alza la vista, furioso. Lo mira con los ojos húmedos, rabiosos y desbordados de dolor.

—No te atrevas… No tienes derecho…

—¡Tengo el maldito deber! —lo interrumpe el peliblanco—. ¡Entiendo lo que estás sintiendo, pero si no te arrastro de aquí morirá otra persona más! ¡Y te aseguro que no va a ser Idril, ni Dai-sha, ni tú, ni por supuesto Zynael!

En cuanto escucha mi nombre, Thaeón me mira. Mi estómago se encoge. No puedo respirar. En sus ojos hay océanos rotos, olas de sufrimiento que arrasan con todo en su interior. Transmite un dolor tan puro que desgarra, pero no hay odio. Sabe que todo esto ha sido mi culpa, y sin embargo no hay reproche.

Entonces, cuando estaba a punto de abrir los labios por primera vez, cuando iba a tirarme de rodillas para disculparme, una sombra rasga el cielo y me agarra por los brazos. Un grito se me escapa sin pensarlo. Algo me arrastra con rapidez hacia arriba, elevándome en el aire, alejándome de todo lo que hay en tierra. Sostengo mis dagas con fuerza, pero al mirar hacia arriba me doy cuenta de que no debo usarlas.

Los ojos de Sumli me buscan con compasión.

La hembra farcnar ha acudido a por mí y vuela para alejarme de los muertos y del dolor que acabo de sufrir.



Zynael
18

Cuando por fin logro reaccionar, me aferro a sus patas, escalo y me impulso como puedo hasta llegar a su lomo. Tengo el cuerpo tembloroso y dolorido, la respiración cortada y las manos completamente ensangrentadas. Me tumbo sobre su columna vertebral, cierro los ojos e inspiro. Realmente lo necesito. Siento nuestro vínculo, el vivo y palpitante corazón de Sumli, su potente cuerpo bajo el mío. El batir ensordecedor de sus alas me calma. El aire es frío, irrespirable.

Me siento sobre ella y abro lentamente los ojos. Desde aquí arriba, el campo de guerra parece un mar de cuerpos. Un río interminable que se agita sin tregua. A lo lejos, Roc, ya cabalgado por Karanthir y por Daisha, se enzarza con una de las bestias de Ortheel, girando en el aire como si fueran uno solo. Sus crías sobrevuelan la zona distrayendo a los demás: Ghäoz portando a Thaeón y a Idril, Mäldruh a mi padre, y Gëala a Döriel. Los otros dos, Tylkar y Zómbrulh, vuelan sueltos, ayudando y apoyando a sus hermanos, perforando juntos el cielo con sus chillidos.

De repente, el humano de ojos negros posa su vista en mí. Mi estómago vuelve a cerrarse. No sé cuánto tiempo ha pasado; no sé cuán largo ha sido el instante en el que he estado en shock; no sé cuánto tiempo llevo con Sumli, si me ha recogido mucho antes que sus hijos los recogiesen a ellos, o si lo han hecho a la vez. Lo único que sé es que mi amado amigo ya está ahí, ayudando tal y como se esperaba de él, a pesar de la importancia de la vida que acaba de perder. Thaeón vuelve a estar activo para ayudarnos, y está protegiendo a Idril, la cual está completamente desplomada sobre su espalda debido al agotamiento.

El moreno asiente. No distingo si quiere exculparme, o si realmente

pretende animarme. Pero me duele. Me duele la culpa y me duele el hecho de no estar cumpliendo con lo que prometí.

Poco a poco, vuelvo a recuperar la percepción de la realidad que nos rodea. Jóngruf ha muerto, esa es una certeza que me castigará por toda la eternidad, pero en estos momentos no puedo permitirme flaquear.

No puedo abandonar a los demás.

Mi misión es clara. El hecho de estar sobrevolando la guerra montando a Sumli, solo la termina de confirmar. Hay muchas vidas importantes que continúan en juego, y yo tengo un gran poder que puedo utilizar para salvarlos. Desde aquí, puedo utilizar finalmente mi magia con verdadera perspectiva.

Suspiro hasta vaciar mis pulmones, como si eso pudiese librarme del miedo que me ha paralizado. Y me levanto.

Me pongo de rodillas sobre el lomo de Sumli y extiendo los brazos. El viento choca contra mi rostro. Las chispas mágicas empiezan a encenderse en la punta de mis dedos.

El tiempo de caer ha terminado.

Es el momento de hacer arder el cielo.

Bajo mis pies, en tierra, el infierno continúa desatado. Los aliados caen uno tras otro. Nyëlkhems, humanos y sygäras. Todo va llenándose de oscuridad. Los dugrulhs no dejan de avanzar. Mis ojos buscan a Kal'ladril con prisa, desesperada. Sé que está bien, es invencible y Avaldur'h está con él, pero tengo que ayudarle. Debo usar mi magia para liberarle el camino, y facilitarle el acceso a Ortheel.

Finalmente lo veo, justo donde convergen las oleadas de muertos.

El peliblanco y el albino, disfrazado de soldado dorado, se abren paso entre esos cadáveres que no deberían moverse. Cada estocada suya los hace volar. Sus pies se deslizan con una precisión imposible. No se detiene. No duda. Su cuerpo gira, salta, se impulsa, como si cada hueso supiera exactamente qué hacer. Dispara con el arco a una velocidad imperceptible, y vuelve a empuñar su espada sagrada como una extensión de su rabia. Combina sus armas con tal destreza y perfección, que parece haber nacido utilizándolas. Y aunque no los mata, logra mandar de vuelta al infierno a cada dugrulh que se atreve a cruzarse en su trayecto.

A su espalda, Avaldur'h va creando círculos de transmutación que abren pequeños y numerosos hoyos en la tierra, haciendo que varios de sus rivales se cuelen en ellos. El norteño es como su sombra, su ángel guardián. Cada vez que Kal'ladril se expone, Avaldur'h está ahí, cubriendo ese flanco ciego, apartando a los muertos que se levantan por cuarta, quinta o décima vez. Ambos forman una sincronía perfecta. Y juntos van directos a él.

Ortheel.

El nigromante los observa desde la distancia, montado en esa criatura monstruosa de los hielos del norte, con el rostro cubierto y la mirada invisible. No se mueve. No actúa. Solo espera. Como si supiera que todo se decidirá en ese encuentro.

—Maldito desgraciado… —susurro—. Pareces muy tranquilo, pero no van solos.

Finalmente, dejo que la magia me inunde.

El aire crepita a mi alrededor. Mis brazos se encienden como estrellas que alumbran la oscuridad de este tenebroso y sanguinario eclipse. Sumli grita conmigo, sintiendo mi energía, motivándose con ella. Levanto las manos al cielo y trazo un círculo en el aire.

Un rayo rompe las nubes y cae sobre un grupo de dugrulhs justo a la izquierda de Kal'ladril. El estallido los pulveriza al instante, sin dejar siquiera cenizas. El sureño y el norteño no se giran. Saben que soy yo, y que finalmente he acudido en su ayuda.

Ortheel mueve su cara levemente hacia mí, buscándome más allá de la oscuridad del cielo, como si supiese exactamente de dónde, o mejor dicho, de *quién*, ha nacido ese poder. Por un momento mi corazón se encoge, siento que me está mirando, y pienso que ni siquiera se ha sorprendido. Como si solo estuviese esperando, y ya fuese consciente del momento exacto en el que mi magia iba a aparecer.

—¡¡¿Ahora qué?!! ¡¡COBARDE DE MIERDA!! —le grito, encarándole a él y a su desesperante templanza—. ¡¡PENSABAS QUE

TU EJÉRCITO ERA INMORTAL!! ¡¿VERDAD?! ¡¡PUES DIME

CÓMO VAN A LEVANTARSE DESPUÉS DE VOLVERSE

POLVO!!

Con el mismo nervio nulo que ha demostrado hasta este momento, el brujo vuelve a girarse hacia el frente y centra su atención en Kal'ladril. De repente, un nuevo grupo de dugrulhs comienza a nacer del suelo, como si fuesen flores creciendo a velocidad increíble. Flores calcinadas, podridas, con huesos abiertos al aire y un olor pestilente.

Mi corazón da un vuelco. Al instante, siento la más rabiosa de las humillaciones. Mi magia, la que más me imponía utilizar y que consideraba la más aniquiladora de todas sus versiones, no ha sido capaz de eliminarlos. Ni siquiera pulverizándolos.

Mis puños se cierran con rabia.

—Miserable… —hablo para mí misma—. No he terminado.

Inspirada por la idea del alquimista, vuelvo a centrarme en mi poder y hago el suelo temblar. Desde lo más profundo de este mundo, comienza a abrirse una inmensa grieta que va corriendo junto a Kal'ladril y Avaldur'h, haciendo desaparecer en su interior a todos los dugrulhs que pretendían llegar a ellos, provocando que caigan a un vacío que ni siquiera yo conozco. De nuevo, ninguno de los dos sygäras detiene su carrera. Solo avanzan, con su objetivo fijado, sin darse opción a distraerse.

Sumli colabora en la ayuda, llevándome sobre toda la extensión del campo de batalla. Veo a un grupo de varios soldados dorados luchando a duras penas. Están rodeados. Extiendo la mano, y el viento responde. Una ráfaga huracanada sopla desde mis dedos y despeja la zona como una ola invisible, arrastrando cuerpos, huesos y sangre. Los aliados se levantan sorprendidos, y vuelven corriendo hacia la línea segura.

Vuelvo a mirar a Kal'ladril. No sé cómo es posible, pero ahora hay más enemigos acercándose por todos lados. Son demasiados. Hay algo extraño en todo esto.

Mis ojos captan algo distinto. Algunos de esos cuerpos no eran así antes. Reconozco armaduras y compañeros que no deberían estar de pie. El modo en que se arrastran, la sangre aún fresca, sus heridas abiertas... Muchos de esos dugrulhs ya no son solamente los cadáveres calcinados de la Gran Guerra. Son nuevos. Son nuestros aliados.

Uno de ellos se incorpora desde el lodo, con una espada aún clavada en

la garganta. Otro tiene el escudo de Wolftundur gravado en su espalda. Hay uno con la armadura dorada de los sygäras… Y otro, y otro más. Son demasiados. Ortheel, desde la distancia y sumido en la más absoluta calma, está levantando a su favor a los caídos del bando aliado. Y mi corazón vuelve a paralizarse cuando, de nuevo, lo veo a él.

Jóngruf.

No hay confusión. Por más que su piel esté desgarrada y enmorecida; por más que las tripas le cuelguen del vientre como un velo grotesco, provocando que incluso se tropiece con ellas; por más que sus ojos estén completamente en blanco… Es él. El mismo amigo que durante tanto tiempo nos ha acompañado, con el mismo cabello castaño manchado de barro.

—No… —susurro—. No, no, no, no…

De forma instantánea me giro hacia Thaeón. Por suerte, no está prestando atención a lo que está ocurriendo en tierra. Su concentración se basa en sostener a Idril para que no se caiga de su farcnar, y en continuar echando a las bestias aladas de Ortheel. Pero eso no alivia el puño invisible que se ha cerrado alrededor de mi garganta.

—Jóngruf...

Sus pies se arrastran entre los muertos, con la cabeza ladeada de forma antinatural y la mandíbula desencajada. Formando parte de ese ejército inmortal. Buscando carne viva a la que destrozar

Mis pulmones se niegan a llenarse. No puedo respirar. No puedo dejar de mirarlo.

No. Puedo. Pensar.

«El alma de los dugrulhs… su alma…» — De repente, las palabras que Kal'ladril me dijo acuden a mi mente como una tortura, quemándome la sienes. Me habló del mayor castigo de este ejército, de lo más negro y ruin de la magia del nigromante que los levanta: *"Lo más triste es lo que les ocurre a sus almas... Se ven obligadas a regresar, ancladas a un cuerpo que ya había desaparecido y ha sido devuelto; del que ya no son dueños y que ya no pueden controlar. Las regresa de la muerte para usarlas en su propio beneficio".*

Entonces me derrumbo.

Una lágrima cruza mi rostro sin permiso, y arde más que cualquier llama que haya tocado jamás. La culpa me desgarra más que cualquier herida. No tengo derecho a llorarlo. He sido yo quien lo ha mandado a ese abismo.

Ortheel no solo está profanando su cuerpo, sino a él. El alma de Jóngruf está ahí dentro. Forzada. Encerrada. Obligada a ver lo que hacen con su carne. Y todo por mi culpa. Fui yo quien decidió avanzar, fui yo quien lo arrastró a esa muerte. Y ahora ni siquiera puede descansar. Ni siquiera ha tenido el derecho de morir en paz.

Quiero gritar. Quiero descender al campo de batalla y destruir a Ortheel con mis propias manos. La furia me consume. No quiero razonar. Solo quiero hacerle pagar por lo que está haciendo.

Lo veo a lo lejos, aun completamente relajado, tan frío como el abismo. No se ha movido. Ni una vez. Es como si todo esto no fuera más que un juego para él.

—¡¡¡MUERE, MALNACIDO!!! —Pierdo el control de mi ira.

Lanzo mi magia hacia él sin medida, sin mesura. Solo pienso en la venganza. Una tormenta de rayos desciende del cielo, directo hacia Ortheel. El aire truena, grita de dolor. Mi dolor. El dolor de todas las almas castigadas a este martirio. Las lanzas eléctricas caen una tras otra, como si el mismo firmamento quisiera atravesarlo. Ni siquiera lo veo. Hay tanto humo a su alrededor que no sé si ya está muerto, o si todavía sigue resistiendo. Pero sé que le he dado. Es imposible que no le haya dado. Y vuelvo a atacar, esta vez lanzando fuego. Un torbellino de llamas lo envuelve como una corona infernal, provocando una explosión que funde incluso el lodo del campo de batalla.

Por un instante, el brillo de mi magia devora la negrura.

Kal'ladril y Avaldur'h se detienen al instante, observando ese potente escenario cargado de rabia. Manteniéndose al margen, aguardando a los resultados.

Continúo con las rocas. Columnas de piedra se elevan desde la tierra como colmillos gigantescos, lanzando una tras otra contra ese objetivo que no logro ver. Golpean contra el suelo y crujen, quebrando la tierra en cada impacto.

Es imposible que siga vivo.

Aun así, lanzo agua. Una tromba, un diluvio, una cascada descendente que arrasa y golpea con furia. Y a continuación, aire. Un tifón. Un aliento huracanado que arrastra con todo, convirtiéndose en un vendaval asesino.

Lanzo todo lo que soy. Todo lo que tengo. Todo lo que me queda. Y entonces… silencio. Todos los dugrulhs detienen su ataque. Elthymeron se calla.

Respiro agitada. Siento los ojos de todos clavados en mí, sorprendidos por la demostración de poder que acabo de hacer. Karanthir, montado en Roc, me observa con los párpados tensados y el aliento paralizado. No sé si le he resultado impresionante, o si es odio y temor lo que refleja su mirada. Dai-sha mantiene la cara baja con pesar, como si el hecho de haberme visto en este estado le decepcionase. Aunque, tal vez, guarde algo más. Thaeón, en cambio, me mira con una mezcla de miedo y agradecimiento. Una expresión que logra crisparme de arriba abajo, sin saber distinguir si es para bien, o para mal. Mi padre y Döriel están repletos de orgullo, admirando el control que he demostrado sobre un poder que decía odiar, y no querer volver a utilizar jamás. Idril… Idril ni siquiera reacciona. Sigue completamente rendida, con los ojos cerrados y la respiración ralentizada.

Pero yo no les presto atención. No quiero. No puedo.

Aguardo paciente, pero a su vez cargada de impaciencia, a que la nube espesa que rodea a mi objetivo se desvanezca. Necesito recuperar la visión sobre él. Necesito verlo muerto, destripado y desintegrado sobre el suelo que se ha atrevido a pisar. Entonces, cuando estoy a punto de creerme mi propia fantasía, veo una mano elevarse entre la penumbra humeante.

Una sola mano, enguantada y relajada.

De repente, todo mi poder, toda mi esencia, toda la tormenta que he liberado… es absorbida. No repelida. No desviada. *Absorbida.* Como si su palma fuese un pozo infinito, un vacío voraz. Todo lo que he lanzado comienza a introducirse en él, rodeándolo en un baile que incluso resulta elegante. Mi magia lo acaricia, como si le debiese algo, y entonces desaparece.

Me quedo congelada. El pecho me arde. Mis manos se rinden.

Ortheel sigue ahí, intacto. Lo único que ha muerto ha sido la bestia

horripilante que montaba. Ahora yace en el suelo, completamente descuartizada y triturada. Pero él está como si nada.

Ni siquiera soy capaz de pestañear.

El nigromante gira lentamente la cabeza hacia mí, y de nuevo no hace nada. Pero no necesita hacerlo. Su mera presencia ya ha logrado paralizarnos. Siento que me ha quitado algo, como si me hubiera robado una parte del alma. Como si cada hechizo que he lanzado hubiera servido para alimentarlo.

Mi estómago se revuelve.

Es, literalmente, lo que su nombre indica: Ortheel, *el devorador de almas*. Se alimenta de nosotros, de nuestra energía, de nuestra desesperación.

Un horror más profundo que cualquier magia me invade. No puedo vencerlo, no puedo vengarme. No soy suficiente.

Súbitamente, Kal'ladril vuelve a avanzar, manteniendo con fuerza su espada en la mano. Avaldur'h se queda atrás, aguardando, y al instante todos nos damos cuenta de que ha llegado el momento. El guerrero de guerreros va a enfrentarse a su rival, cuerpo a cuerpo. Incluso Ortheel parecía haber estado esperándolo.

El eclipse de muerte se mantiene. Los dugrulhs continúan quietos. Todos. Cientos. Miles. Esas figuras oscuras y deformes que hasta hace un momento se arrastraban con ansias de devorarnos, ahora observan a su amo y señor. Pacientes. Obedientes. Los farcnars malditos que atacaban a los nuestros, se han detenido también.

El aire se vuelve un cementerio suspendido en tensión.

Kal'ladril continúa avanzando entre ellos. Incluso parecen abrirle un pasillo. Su silueta, su espada, sus pasos, todo está cargado de una fuerza que quiebra el aire.

Veo a Karanthir observando a su hijo, montado aún sobre Roc, junto a Dai-sha. Ambos están conteniendo el aliento, tensos y a la vez aparentemente motivados. Entonces, sin darnos ninguna orden o explicación, descienden.

Roc grita, pareciendo receloso, negándose al principio a acercarse a ese

océano de cadáveres. Pero se ve obligado a obedecer, y finalmente aterriza con una sacudida. El padre de Kal'ladril desmonta sin prisa, y camina. A paso firme. Sabe que es ahora o nunca. Atraviesa el campo de batalla y de repente se detiene. Justo al lado de Avaldur'h. Pero este ni siquiera lo mira.

—¡¡Thaeón!! —Exclamo—. ¡¡Papá!! ¡¡Döriel!!

—¡Sí, vamos! —Obedece al instante el aldeano, comprendiendo cuál era mi petición antes de que deba pronunciarla.

Guío a Sumli junto a ellos y descendemos, volviendo a reunir a la familia de farcnars en el lugar donde aguardaba su padre. Bajo de un salto y corro hacia el norteño, decidida a unirme a él, a Karanthir y a Daisha en lo que sea que planeen. Va a ser una batalla de dos, pero puede que Kal'ladril nos necesite en algún momento. Mis piernas tiemblan. He usado tanta magia, estoy tan agotada, que ni siquiera las siento. Pero no me detengo. Sé que algo está a punto de ocurrir. Lo noto en los huesos, y en ese horrible presentimiento.

Kal'ladril y Ortheel parecen haber comenzado a hablar, pero antes de lograr llegar a ningún entendimiento, el peliblanco se lanza hacia él lleno de ira y de impotencia.

Y empiezan a luchar.

La primera embestida suena como todo un estruendo. El cuerpo de Kal'ladril se dota de una velocidad endiablada. Uttilam'h choca contra el hacha doble y negra de Ortheel, sacudiendo todo a nuestro alrededor como un trueno. Kal'ladril retrocede una fracción de segundo, y vuelve a lanzarse. Golpe tras golpe. Grito tras grito. Es el enfrentamiento más brutal que jamás he podido contemplar.

Kal'ladril está lleno de sangre que no sé si es suya. Ortheel no lo sé. El peliblanco logra lanzar su filo en varias ocasiones, pero la armadura pesada del sygära enemigo parece hacerlo impenetrable. Aun así, el sureño no se rinde. Suelta las muñequeras que ajustaban los puños de su camisa y transforma sus dos brazos en su versión híbrida. A partir de ahí, sus garras y sus puños se suman a su ataque como dos nuevas armas.

No se detiene. Su rabia, su fe y su furia están contenidas en esa danza que mata.

De repente, escucho a Karanthir comenzar a reír. Lo hace suave, muy

grave, de una manera tan macabra que incluso logra erizarme la piel. «¿Cómo es capaz de ver a su hijo en esta situación, y poder sonreír?».

—Así se forja la historia… —murmura, y juro que hay un orgullo extraño en su voz. Como si hubiese esperado toda su vida ver esto.

—¡Zynael! —grita Thaeón detrás de mí, corriendo hacia nosotros, con Idril en brazos—. No reacciona. Idril, no reacciona.

Me giro hacia el moreno sobresaltada, preocupada por lo que acaba de decir. Estoy a punto de acercarme a mi mejor amiga, pero Dai-sha se adelanta y extiende los brazos.

—Dámela —pide el hechicero con calma—. Déjamela a mí. Yo cuidaré de ella.

Thaeón duda un instante, pero finalmente asiente y se la cede con cuidado.

—¿Qué…? —murmuro, dirigiéndome al humano de la corte para poder verla—. ¿Qué queréis decir? ¿Está… bien?

El miedo se apodera de mí cuando compruebo que sigue con los ojos cerrados.

—Idril —Tomo su mano y la sacudo un poco, está completamente desplomada—. ¡Idril! —exclamo, intentando que me escuche y reaccione —. ¡¿Qué le pasa?! Parece un muer… —me callo, no quiero decir esa palabra después de lo que le ha ocurrido a Jóngruf.

Thaeón se da cuenta de mi torpeza, pero no parece tenérmela en cuenta.

—Está viva… —susurra—. Mira, respira. Pero…

—Está bien —le corta Dai-sha—. Solo está agotada. Es un simple desmayo debido al alto nivel de estrés que ha sufrido.

—¿Un simple desmayo? —Acaricio su mejilla y noto demasiado frío. Hay un extraño letargo en su piel. Una calma que no es natural—. No… Es imposible. Ella estaba siendo muy fuerte y muy valiente últimamente.

—Últimamente no había estado rodeada de dugrulhs, a punto de morir varias veces —Me corrige Dai-sha—. Tú no la has visto, porque no has estado con ella.

Alzo mis ojos con rabia hacia el hechicero.

—Kal´ladril estaba con ella —le recuerdo—. Estoy segura de que su vida, junto a él, al igual que la tuya, no ha peligrado ni un instante.

—Está simplemente cansada.

—No… Esto no es *cansancio*, ni tampoco un maldito desmayo — rechazo —. En ese momento estaba tan en shock que no había podido darme cuenta… Pero Idril adoraba a Jóngruf, y ni siquiera ha reaccionado a su pérdida.

—Estaba desmayad…

—No estaba desmayada —paralizo su explicación—. Estaba despierta. Aún era consciente cuando ha ocurrido, y no ha reaccionado de ninguna manera… —Cuantas más vueltas le doy, menos sentido le encuentro—. Igual que ahora. Nuestra Idril estaría tan pendiente como nosotros del enfrentamiento de Kal'ladril. Para ella, él es lo más importante.

—Nuestra Idril no es tan fuerte como tú pensabas, Zynael — insiste Dai-sha.

—Cállate, joder.

Le ignoro y vuelvo a dirigirme a mi amiga. Veo a Avaldur'h observándonos por el rabillo del ojo. Parece tenso, molesto, como si a él tampoco le gustase todo esto. Thaeón se cruza de brazos, y observa a Dai-sha con repentina desconfianza.

—Vamos, Idril —insisto, dando pequeños golpecitos en su mejilla para lograr activarla—. ¡Tú eres más fuerte que esto! ¡Reacciona! ¡Kal'ladril está peleando contra Ortheel! —la voz se me quiebra. Mi corazón late con violencia.

El hechicero suspira, derrotado por mi insistencia.

—Zynael, por favor… —susurra. Su voz parece verdaderamente suplicante—. Tú solo confía en mí. Idril estará bien.

Entonces lo recuerdo.

Dai-sha. Antes de que saliéramos volando con los farcnars. Antes de que mataran a Jóngruf y lograse olvidarme de todo lo demás. Justo el momento que me ha causado la maldita distracción que ha derivado en un terrible error. Cuando Idril temblaba. Cuando estaba asustada. Le he visto. Le ha dado una poción.

Mis ojos se abren de golpe.

—Tú… —susurro, alejándome de Dai-sha medio paso—. ¿Qué le has dado?... ¡¡¿Qué mierda le has dado?!! —No es una pregunta. Es una completa amenaza.

Dai-sha se queda quieto. Sus párpados se entornan en lo que parece una disculpa, pero no responde. En cambio, vuelve a levantar su barbilla con actitud y autoridad.

—Nada —murmura.

—¡¡No me mientas!! —Le señalo a la cara, apuntándolo con una de mis dagas—. Te he visto darle una poción —sentencio—. Dime. Qué. Mierda. Le. Has. Dado.

—Estaba aterrada, en un completo ataque de ansiedad —confiesa finalmente—. Solo quería tranquilizarla. No iba a poder soportarlo.

—¿No iba a poder soportar qué? —Escupo, con los ojos ardiendo—. ¡¿Ver morir a nuestros amigos?! ¡¿Ver a Kal'ladril enfrentar a ese monstruo solo?! ¡¿O descubrir lo que tú has hecho?!

—Si puedes confiar en mí, te aseguro que vivirá —Susurra Daisha.

—¿Qué?

Entonces, antes de que pueda decir algo más, siento una presión increíble alrededor del bíceps. Una mano me sujeta. Con demasiada fuerza. Inquebrantable.

Todo mi cuerpo se tensa al instante. No necesito girarme para saber de quién se trata.

—Más te vale guardar el silencio, maldita mestiza —dice su grave voz en un tono muy bajo, uniendo sus labios demasiado a mi oreja para que solo yo pueda escucharlo—. Si quieres que tu amiga viva, acompáñame. Y no hagas ninguna tontería.

En ese mismo instante, caigo en la cuenta de todo. Estoy perdida.



Kal'ladril
28

Avanzo solo. Sin detenerme.

Mis pies pisan la sangre de esos aliados que no volverán a levantarse. Al menos no como una vez fueron. Cientos de dugrulhs comienzan a rodearme, nuevos y viejos, creando en torno a mí un pasillo que me lleva directo a su líder. Reconozco a algunos de ellos, y eso me destroza por dentro. Pero de entre todos, el que más me castiga es Jóngruf.

Mi amigo. Ese castaño bromista y galán, tan valiente, que tantos buenos momentos nos dio junto a Thaeón y que decidió acompañarme jurándome su respeto y su honor. Ahora está entre ellos. Por suerte no lo veo. No necesito hacerlo. No puedo borrar de mis retinas esa imagen suya, muerto, tendido en el suelo, con las tripas colgando como si fuese un simple saco que alguien ha abierto. Y lo peor… lo peor no es eso. Lo peor es lo mucho que estará sufriendo su alma, encerrada en esa carne que ya no puede manejar. Obligada a presenciar, desde dentro, los crímenes que comete su propio cuerpo. Podrido. Horrorizado.

Esclavizado.

Me enfada. Me llena de ira. De impotencia. De rabia.

Y por supuesto, voy a vengarlo. Voy a vengarlos a todos.

Aprieto la empuñadura de mi espada. El oro de Uttilam'h arde, reaccionando con mi misma furia a toda esta muerte.

Los muertos vivientes se apartan a mi paso, manteniendo las órdenes de su amo. Ortheel me observa y me espera. En pie. Solemne. Paciente. Ya he visto esto en mi sueño, y algo me dice que lo mismo le ha ocurrido a él.

Ambos sabíamos que nuestro encuentro sería así.

Siempre he sabido que este brujo sería orgulloso, que querría decidir el final con sus propias manos. Sabía que la guerra se decidiría en nuestro enfrentamiento a dos, que querría determinar por sí mismo quién vencerá y quién caerá.

Cuando llego frente a él, lo estudio. Finalmente, estoy ante ese nigromante que tanto tiempo estaba deseando enfrentar. Es alto, muy alto, casi tanto como yo, pero los cuernos de su casco lo elevan todavía más. Me recuerdan a los de Mäilkun Doh. Sin duda pretende imitar la estética de gran doh. Su armadura es negra, como la noche creada por este eclipse que aún nos cubre, y exageradamente aparatosa. Todo lo contrario a la mía.

No se mueve. Sus ojos se mantienen ocultos bajo su yelmo. No hace ademán alguno de atacarme, y de nuevo me acuerdo de mi sueño. De su figura inmóvil en medio de un campo de guerra masacrado. De su voz. Y entonces habla, cumpliendo exactamente con lo que ya sabía que iba a decir.

—Mhynestirri, zalèüh —dice con voz grave y gutural—. Ïk le pliesiry dom a vëiz os lo thomäir falöi deirez.

Lo miro con frialdad.

—El placer no es mutuo —gruño—. ¿Tanto odias este continente que hasta te niegas a utilizar su lengua? Elthymeron también es tu hogar, malnacido.

Ortheel ladea la cabeza. Imagino su mirada fija en mí.

—¿Tu nombre?

—Kal'ladril —respondo sin dudar—. Kal'ladril Akhelbec'h.

Asiente lentamente, como si saboreara el sonido de mi voz.

—Akhelbec'h… —murmura—. Había oído hablar del sygära sureño y peliblanco, hijo de Puolhiry y Karanthir. Escuché canciones sobre el guerrero de guerreros al que debería enfrentarme. Pero jamás imaginé que realmente te encontraría a ti.

Frunzo el ceño.

—No me conoces.

—Por supuesto que sí. Te he visto infinitas veces en sueños.

Mi espalda se crispa. Mi mano mantiene mi espada con fuerza, listo para atacar en cualquier instante. Quiero escucharle, quiero saber quién es el sygära que se oculta tras ese yelmo. Quiero que me cuente sus razones antes de matarle.

—Bonito traje —bisbisea.

—¿Te suena? —Afilo mi mirada, sabiendo muy bien que visto un traje norteño.

—¿Y a ti?

—No vas a distraerme hablando de ropajes —bufo—. Yo ya me he presentado, ahora es tu turno. Dime tu nombre.

—Ortheel, el devorador.

—Tu nombre de verdad —Mis ojos lo fulminan. Odio su voz y su presencia.

Él solo calla.

—Dime. Tu. Nombre —repito.

—Mi nombre es Ortheel, *Kal'ladril* —Pronuncia esa última palabra con un tono que aún me enerva más.

—¡Dime tu maldito nombre para que pueda matarte!

—¿Matarme? ¿Por qué ibas a matarme? —pronuncia entre dientes—. Tú y yo seremos la justicia para este mundo infesto. Tú y yo, zalèüh, somos el fut…

—No vuelvas a llamarme zalèüh, maldito despojo sin honor —le advierto, dando un paso hacia atrás—. Tú y yo, acabamos ahora.

Y en ese instante, ataco.

Me lanzo hacia él con toda la ira que he estado reteniendo, pero su fuerza es brutal. Nuestras armas chillan una contra otra. Rechino los dientes. El segundo golpe es más rápido, y aun así lo esquiva. Giro, le golpeo en un lado y en otro. Su armadura es tan pesada y rígida que resulta prácticamente impenetrable.

—¡¡Mira todo lo que has causado!! —grito—. ¡¿Acaso era esto lo que querías?! ¡¿Transformar todo Elthymeron en un ejército de cadáveres?!

—Estos cadáveres… —Paraliza uno de mis ataques—, no me importan lo

más mínimo.

Mi cólera se multiplica.

—Eres un malnacido… —Siento fuego en mi interior subiéndome por la garganta, transformándose en veneno—. ¡¡Voy a arrancarte la maldita lengua!! ¡¡No vuelvas a hablar así después de haber matado a medio continente!! ¡¡¡NO VUELVAS A HABLAR ASÍ DESPUÉS DE HABER MATADO A MI AMIGO!!!

Lo ataco de nuevo. Escucho su queja en un gruñido rápido, pero logra reaccionar a tiempo para la siguiente embestida. Bloquea, recibe y devuelve, haciéndome retroceder, pero nunca con aparentes intenciones hirientes.

Y eso solo me enfurece más. Siento que está infravalorándome.

—Te equivocas —comienza a rodearme—. En este momento, estoy viendo a muchos asesinos… Y ninguno de ellos soy yo. Ortheel jamás ha matado a nadie —murmura—. Ortheel solo le devolvió a esas almas en pena la oportunidad para vengarse.

—¡¡CIERRA LA BOCA!!

Vuelvo a lanzarme hacia él, y el combate se repite. El filo de mi espada corta el aire, como si este también pudiera sangrar. Su hoja choca contra Uttilam'h. Aprovecho para estampar mi hombro en su pecho, utilizando toda mi fuerza, y lo hago retroceder, pero logra mantenerse en pie. Me sostiene junto a él y vuelve a repetir esa palabra que, de su boca, tanta impotencia me causa.

—Zalèüh…

—¡¡QUE TE CALLES!! —Lo empujo otra vez, alejándolo de mí— . ¡¡DEJA DE LLAMARME ASÍ!!

Esquivo su hachazo dos veces seguidas, y disparo una de mis flechas en uno de los huecos de su armadura, a la altura de su rodilla. Gruñe, como un monstruo que aún siente su carne mortal. Y le sonrío. No porque haya nada de lo que me pueda alegrar, sino por rabia. Por orgullo. Por todo lo que este bastardo me ha quitado.

Vuelvo a por él y me aparta de un empujón. Pero no escapa. Le sigo. El filo de mi espada lo apunta, manteniendo en alto mi amenaza.

—No eres inmortal —Escupo la sangre de mi propia boca—. Solo estás vivo porque aún no había tenido la oportunidad de matarte.

Su impotencia vuelve a traerlo hacia mí. Lanza ataques desesperados, cargados de un sentimiento que parece personal. Yo los desvío por milímetros. Todo mi cuerpo tiembla de agotamiento, pero no cede. No me falla. Mis fuerzas nunca me fallan.

—¡¿Esto es todo lo que tienes?! ¡¿Acaso no piensas hacer nada más?! —Vuelvo a apuntarle con la espada, caminando a su alrededor—. ¡¿Así es como soñaste nuestro encuentro?! ¡¿Contigo recibiendo golpes sin hacer nada para eliminarme?!

—No quiero, ni puedo, eliminarte —murmura—. Sería un necio si lo intentase.

—Una lástima que me lo pongas tan fácil —Chasco la lengua—. ¡Porque pienso acabar contigo!

Lanzo estocadas. Tajo de izquierda a derecha. Golpeo hacia su cuello, hacia su pecho, hacia sus brazos. Su armadura lo ayuda a seguir en pie. Su hacha me intercepta algunas veces, otras incluso logra alcanzarme.

Me está probando. Me está midiendo.

Y yo no pienso ceder a su juego.

El eclipse cuelga sobre nuestras cabezas como una maldición suspendida. El cielo es un abismo negro sin fondo. Todo el campo de batalla continúa detenido. Nadie se mueve. Ni amigo ni enemigo. Todos los ojos están puestos en nosotros. En este duelo que definirá el fin. Para bien, o para mal. Mis pies se mueven con una precisión mortal. Cada ataque busca en él un acceso libre, un punto vital. Cada movimiento de Uttilam'h lleva la venganza de mis muertos, el peso de mis juramentos.

Ortheel se defiende bien. Muy bien. Su brazo no tiembla, su hacha danza con destreza. Su armadura negra, pesada como un ataúd blindado, resiste, amortigua, y me impide matarlo. Me lo imaginaba así: hábil y resistente. Pero para mí sigue sin ser suficiente.

Mi espada golpea en su costado y le hace tambalearse. Una y otra vez. Provoco un corte en su muslo y otro en su brazo. Agarro rápidamente mi arco y logro encontrar la unión de su hombrera y su peto, disparando dos

rápidas saetas que lo hacen sangrar.

Retrocede dos pasos, arrancándoselas al instante. Gruñendo. Sin duda, está acumulando toda la rabia que parece estar conteniendo.

—Eres bueno… —masculla entre dientes—. No esperaba menos.

Vuelvo a agarrar la espada y vuelvo a la carga. No quiero hablar con él. No quiero escuchar su voz tratándome como si me conociera, como si tuviese confianza para ello.

—Sin duda, zalèüh, naciste con el don de la guerra corriéndote por las venas… —continúa—. Yo no descubrí mi magia hasta aquel fatídico día. Y entre lágrimas y traumas, tuve que aprender cómo exprimir al máximo su poder.

Vuelvo a lanzarme sobre él, con furia renovada. Cada vez que me llama «zalèüh», se disparan mis ganas de eliminarle. Suelto mis muñequeras y libero las mangas sueltas de mi camisa, dando paso a esas garras híbridas que tanta potencia me otorgan.

Entonces, paso directamente a los puños.

—¿Transformar tu magia en brujería? —Le golpeo—. ¡¿A eso llamas poder?! —grito—. ¡¡Eres solo un sygära ruin que se ha vendido para siempre a los demonios!!

Recibe mis puñetazos y retrocede, volviendo a atacarme con su hacha. Pero le esquivo con destreza. Él tendrá magia negra, pero yo soy mucho más ágil, y también mucho más rápido.

—El poder absoluto siempre tiene un precio por pagar —gruñe— . Malèüh me enseñó esa lección muy bien.

Lanzo mis garras, uniéndolas a esa danza mortal en conjunto con el resto de mis armas. Mis músculos laten, mi respiración es un incendio contenido. Siento el sabor del sudor mezclado con la sangre, bajándome por el rostro hasta llegar a mis comisuras. Pero no detengo mi avance.

Salto hacia la derecha para evitar su nuevo ataque, pero llega a tiempo para provocarme un corte bajo la clavícula. Al instante, el líquido rojizo y ardiente comienza a brotar, empapándome hasta el vientre.

—Acabarás perdonándome por eso —Rueda su arma—. Ya verás.

Rujo con rabia. Lanzo una ráfaga de golpes que lo obligan a retroceder

de nuevo. El suelo se quiebra bajo nuestras pisadas. Las llamas de aquellas antorchas situadas en el límite de este campo, son la única iluminación en este abismo. Sin embargo, entre tanta oscuridad, algo dentro de mí está más encendido que nunca.

—Eres exactamente igual que él —dice Ortheel de pronto—. Eres algo... fascinante.

Detengo el siguiente golpe y llevo la punta de mi espada a ese hueco entre su yelmo y su cuello. Lo he estado observando hace rato. Solo necesitaba una distracción por su parte para poder alcanzarlo.

El filo de Uttilam'h penetra por su armadura y se detiene sobre piel. Un milímetro más, y lo atravieso. Un simple movimiento, y lo degüello. El temblor en su respiración me confirma que lo sabe.

—Deja de intentar comerme la cabeza con frases que no dicen nada —le advierto—. Enséñame tu maldita cara.

Ortheel niega muy lentamente, evitando que mi filo pueda hacer su labor.

—No estás preparado —susurra—. Antes nos hace falta tener una conversación muy larga. Créeme.

—¡¡Enséñame la puta cara!! —rujo. Ajusto la amenaza aun más contra su piel, y aprieto la empuñadura con tanta fuerza que me duelen incluso los huesos.

Ortheel no se inmuta.

—No… —Su voz baja todavía más—. No quieres verme la cara. Aún no.

—O me enseñas la cara, o te mato y la miro yo mismo una vez decapitado —le amenazo—. Tú eliges. Pero hazlo ya.

—No puedes hacer eso —Respira hondo—. Por mucho que me cortes la garganta o me decapites, siempre volveré a resurgir. Mi pacto incluye una vida determinada. Los años que iba a vivir quedaron sellados cuando lo cerré. Nada podrá eliminarme de este mundo antes de lo que mi sino tenía planificado… A no ser que lo decida yo mismo.

No me dejo amedrentar y aprieto a Uttilam'h contra su nuez. Suelta un quejido contenido. Un espeso hilo de sangre empieza a correr.

—Pero aun así te duele, ¿verdad? —le susurro, ladeando una sonrisa—.

Si no puedes morir por mis propias manos, te juro que te torturaré hasta que tú mismo lo desees —mi voz jamás se había escuchado tan ronca, tan salvaje—. Ahora. Enséñame. Tu. Sucia. Cara. Maldito cobarde.

Ortheel permanece quieto, sabe muy bien que estoy hablando en serio. Duda unos instantes y respira hondo, como si esto le pesara más que su propia armadura. Pero finalmente accede. Lleva las manos al borde de su yelmo, manteniendo un silencio absoluto, y comienza a levantarlo.

Primero aparece la línea de su mandíbula: afilada y marcada. Luego, la sombra de sus labios, secos y tensos. Su piel pálida, casi cadavérica pero viva, jamás parece haber tenido contacto con el Sol, y está decorada con unas pinturas negras, claramente definidas con sus propios dedos. Su cabello desordenado, con mechones cortos que apenas miden tres dedos de largo, es de color blanco. Blanco puro. Como la nieve de Cinnadaoin. Como el mío. Sus pestañas y cejas son también níveas, largas y espesas. Cada detalle de sus facciones es un reflejo en un espejo ligeramente manipulado. Sus ojos siguen ocultos tras sus párpados, maquillados por esa negrura tan oscura como su alma. A juego con el terror que ha creado en estas tierras.

Contengo la respiración. Todo mi cuerpo está en tensión. No sé qué espero encontrar cuando los abra, cuando me mire. No sé qué será peor: descubrir un rostro que no reconozco… o encontrar uno que ya he visto antes, en algún otro sitio.

Mi pulso golpea como un tambor de guerra, y resuena repetitivo en mis oídos.

—Mírame —le ordeno.

Y él, finalmente, lo hace.

Jamás me he sentido tan quebrado como cuando abre los ojos.

Son azules. No del azul profundo de los glaciares, ni del turquesa de los mares del sur. Es el azul claro del cielo más puro, ese tono que no se puede mirar sin entrecerrar los ojos por la intensidad. Un azul celeste límpido, como la serenidad antes de la tormenta. Parecido al gris plateado de Zynael, pero mucho más diáfano.

Un azul idéntico al de mi madre.

Pero sin duda, el mayor de mis tormentos, son sus pupilas. Tiene las pupilas alargadas. Felinas. Exactamente iguales a las mías.

Me quedo sin aliento. El mundo da vueltas a mi alrededor. Nos parecemos. Demasiado. No solo en los ojos o en la estructura del rostro. También en la barbilla, la nariz, su expresión y la mía… Somos demasiado parecidos. En todo. Me estoy mirando a mí mismo, y me siento completamente roto.

—¿Por qué? —susurro, tan bajo que ni siquiera sé si realmente he hablado.

Él me observa. Sin mueca. Sin burla. Sin odio.

—¿Tú qué crees?

No lo pienso. Mi puño se lanza solo e impacta directo en su ojo derecho. El crujido es hueco. Seco. Las venas bajo su córnea se revientan al instante. Todo el blanco se tiñe de rojo, como si acabara de estallarle un universo de sangre en la mirada. Su cabeza gira con fuerza, tanto que parece a punto de darse completamente la vuelta. Pero no cae.

—¡¿Por qué?! —Me lanzo hacia él lo sujeto por el cuello. Su mirada vuelve a fijarse en mí. El lugar donde ha impactado mi puño comienza a inflamarse casi de inmediato—. ¡Deja de responderme con más dudas!

¡Dime tu nombre de una maldita vez!

Él sostiene su atención. No se defiende. No se resiste.

—¡¡DIME TU NOMBRE!!

—Una vez me llamé Velydrel'h —responde finalmente—. Hijo del ahora difunto Kelythael Dohärion, rey de reyes, y de Onal'lia Ondathril. Fui hermano mellizo de Märbuld, también asesinado junto a mi madre.

El aire se me va. Siento un golpe invisible en el pecho. Lo suelto y retrocedo un paso. Y luego otro.

«Velydrel'h y Märbuld… Hijos de Kelythael y Onal'lia… Él es el hijo de los reyes de Cinnadaoin. Se suponía que todos estaban muertos. Él… ¿Por qué me parezco tanto a él? Sus ojos… Los míos… ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?» —Mi cuerpo entero tiembla. Mis pensamientos se entrechocan, se rompen, se mezclan. Las ideas se me escapan entre los dedos. Y otras, más oscuras, me arañan desde el fondo del alma.

Nos parecemos. Demasiado. ¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir que tengamos el mismo rostro? ¿Acaso mi madre...?

—¿Conoces a Puolhiry Akhelbec'h? —En realidad no quiero, pero necesito escucharlo—. ¿Conoces a mi madre?

Velydrel'h asiente, despacio.

—¿Quién es?... —susurro—. ¿Qué tiene que ver Puolhiry con vosotros? ¿Por qué nuestros rasgos y los tuyos son tan parecidos?

Me observa sin siquiera parpadear.

—Te mostraré lo que ocurrió.

Entonces extiende una mano hacia mí. Toca mi frente, y el mundo desaparece.

Como en el eclipse, todo se desvanece.



CAPÍTULO 11
EL NONATO

Kal'ladril
29

Abro los ojos de repente.

Ya no soy yo. Mi mente está dentro de la de un desconocido. Estoy presente, pero no puedo hacer más que sentir lo que él siente.

Estoy sentado en un trono inmenso, en el salón del castillo de Cinnadaoin. Reconozco los altísimos techos, la construcción bañada en oro, las columnas en espiral repletas de elthyms, cada detalle del suelo y sus increíbles vidrieras. Todo está igual, pero es actual. Todo está reluciente, brillante, cuidado… No sé cómo ha pasado. No sé en qué instante exacto he cruzado el umbral, pero estoy en el pasado. Soy una conciencia muda encerrada en la carne de otro. Mis pensamientos viajan en paralelo, desdoblados. Y a la vez, percibo todo lo que piensa él. Siento su respiración. Su pulso. Sus dudas.

Soy Kelythael. El rey de Cinnadaoin. Veo lo que ven sus ojos.

Está sentado en ese trono que pesa más que todo Elthymeron junto. El trono del gran doh. Pero no hay ni rastro de la bestia. Junto a esta construcción, parece un sygära normal reposando en un portal. La talla no le pertenece, ni tampoco hace honor a su posición.

A su lado, sentada de la misma manera, está su esposa: Onal'lia… Y no hay palabra en ningún idioma que haga justicia a su belleza. Su cabello

blanco es una cascada viva, con algunos mechones cayendo lisos, y otros ondulados con libertad. Sus pestañas son larguísimas y enroscadas, del mismo color que su melena. Sus cejas finas y arqueadas.

Parece una diosa. Tiene los ojos grisáceos, tan pálidos que parecen blancos, y su sonrisa brilla como una hoguera encendida en el invierno más crudo. Está embarazada. Muy embarazada. Su vientre redondo se ve inmenso incluso bajo ese vestido negro con pedrería, donde la seda se estira como si protegiera algo sagrado.

La hermosura de Onal'lia es exquisita, superior. Algo en ella me recuerda a Puolhiry, mi madre, sin embargo, hay más luz en la reina del norte, más juventud y más alegría. Su mera presencia te enamora, transmitiendo fuerza, seguridad y paz. Todo a la vez. En eso, en cambio, me recuerda a Zynael.

En el centro del vestíbulo, dos figuras pequeñas corretean entre los pilares. Sus risas son el eco más puro de la esperanza. Ambos niños son iguales. Tienen el cabello blanco y brillante como la escarcha. Corto. Alborotado por el juego. Visten túnicas pequeñas de color gris y plateado, adaptadas a ellos, sueltas como las alas de una golondrina.

—¡Vel! ¡Suéltame! —grita uno.

—¡Has empezado tú! —responde el otro—. ¡Dàmaïr! ¡Märbuld me ha pegado!

—¡Niños! —resuena la voz de Kelythael. Es extraño estar dentro de su cabeza y no reconocer nada de él. Los pequeños se detienen al instante, jadeando—. ¿Por qué no salís a jugar fuera? Hoy hace un día precioso, único en la historia de este reino. La ciudad es grande, usadla para quemar toda esa energía.

Se giran hacia su padre y vienen corriendo entre risas. Cada uno trepa por una pierna distinta y lo besan en las mejillas.

Es entonces cuando los veo. Sus ojos. Azules. Uno los tiene más oscuros que el otro, pero ambos son tan hermosos como los cielos de Drilembiyr'h. Con esas pupilas felinas, exactamente iguales a las mías. Reconozco a Velydrel'h, a Ortheel, es ligeramente más alto y delgado que su hermano Märbuld. Pero ambos parecen perfectamente conectados. Sus gestos son idénticos y sus movimientos parejos.

—¿Por qué no os lleváis a Avaldur'h a que juegue con vosotros? —susurra Kelythael. Y de repente, ladea su atención hacia la esquina del salón.

Ahí, oculto tras la que parece su madre, observando fijamente a Onal'lia con absoluta devoción, hay un niño de unos seis años. Tímido y tembloroso.

—Pero… —Märbuld le dedica a su padre un puchero—, siempre le invitamos y siempre nos dice que no.

—Nunca quiere jugar —se une Velydrel'h—. Siempre nos dice que prefiere quedarse aquí, y ayudar a mamá.

Kelythael sonríe. No lo veo, pero lo siento. Él, su cabeza, es consciente de lo que le ocurre a ese niño indefenso.

—Intentadlo, venga —Les da unos toquecitos en la espalda y los anima a marcharse—. Id a aprovechar el Sol. Y de paso, recoged un ramo de campanillas para vuestra madre. Sabéis que son sus favoritas.

Los príncipes asienten y se levantan de un salto, echando una carrera entre ellos para llegar hasta el niño que supuestamente es Avaldur'h. Cuando ve que el albino de ojos verdes acepta, Kelythael agarra la mano de su amada Onal'lia y besa sus nudillos con delicadeza.

—Estás radiante hoy, pequeña —Cuando escucho cómo la llama, mi corazón se paraliza—. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo está el amor de mi vida, la madre de mis tres tesoros? —Apoya la mano en su vientre embarazado.

Onal'lia sonríe y entrelaza sus dedos con los de su amado. Siento su tacto como si fuese a mí a quien está tocando.

—No queda mucho para que venga —susurra ella, bajando su mirada a su hijo nonato—. Estoy deseando poder conocerle… Será un niño precioso.

—Como su madre.

—No —rechaza la reina, volviendo a observar a su esposo—. Será como su padre.

Kelythael respira hondo, besa la frente de Onal'lia y se pone en pie. Siento sus pasos mientras se dirige hacia ese inmenso balcón, como si fuese la propia suela de mis botas la que toca el suelo. Tal y como lo recordaba, no tiene barandillas, y el rey se aproxima hasta prácticamente

el límite. Sus ojos, los míos, se dirigen al cielo.

Onal'lia aparece tras él y lo abraza por la espalda.

—Estás inquieto… —susurra, besando su columna vertebral—. Puedo notarlo.

Un escalofrío me recorre, como si ese gesto me lo hubiese dado a mí de verdad.

—Solo deseo que esta calma se vuelva *lo normal*.

—Así será —Onal'lia rueda y se coloca frente a su marido, llevando su mano a su mejilla—. Ya sabes lo último que hablamos con ellos. Todos estamos cansados de tanto enfrentamiento. Yo confío de verdad.

No dudo de que busquen la paz.

—Tú eres muy buena, pequeña…

—Por eso me elegiste, ¿verdad? —Ladea su cabeza.

Kelythael sonríe y asiente. Puedo notar su felicidad, todos los bonitos recuerdos que se activan cuando piensan en el momento de su casamiento.

—Fue por eso, y por muchas cosas más.

—Entonces confía en mí, mi amor —le pide ella—. Estamos dando un paso muy importante que cambiará el futuro de nuestros hijos. Piensa en él —Abraza su propia barriga—. Bël'loryel va a necesitar mucha paz. Paz de verdad.

—No hago otra cosa que pensar en vosotros, créeme.

Se abrazan, con un amor infinito. Lo siento en lo más profundo de mis instintos. Se aman perdidamente. Este hombre, Kelythael, sería capaz de todo por ella. Por ellos.

—Quiero aprovechar este día —le susurra a su mujer—. Ya que ha salido este día tan espectacular, y me siento tan en paz… ¿quieres que salgamos a volar?

Ella sonríe, pero cuando parece estar a punto de responder, las puertas del salón del trono se abren con violencia. Un informador irrumpe, con el pecho agitado por la carrera que ha debido darse. Tiene los labios secos y la voz presurosa. —Mi señor, mi mäilkun…

Kelythael se gira tras besar a Onal'lia y se acerca a él con calma.

—Por Avoulh y Sauthriel, joven… Respira —le calma—. ¿Qué ocurre?

—Están aquí. Han llegado a la capital a lomos de dos inmensos farcnars —anuncia, aún jadeante—. El rey Karanthir Akhelbec'h, acompañado de su esposa: Puolhiry Akhelbec'h, la hermana de la reina.

Siento un nudo formarse en el centro de mi garganta, y mi sensación se mezcla con la de Kelythael. «¿Acaba de decir que Puolhiry, mi madre, es la hermana de la reina? ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Qué día estoy viendo».

El rey de Cinnadaoin se gira hacia su esposa al instante, pero ella está mucho más tranquila. Se aproxima al padre de sus hijos y agarra sus manos con calidez.

—Hazlos pasar, por favor —Le pide Onal'lia al informador.

El sirviente asiente y vuelve a marcharse, dispuesto a cumplir con la petición de su reina. El cuerpo de Kelythael se tensa, y por consiguiente también el mío. Hay un eco que se rompe dentro de él, como si estuviera seguro de que algo no anda bien.

—¿Tu hermana y Karanthir? Que casualidad, ¿no crees? — pregunta, sin apartar la vista de Onal'lia—. ¿Qué pueden querer ahora? Quedamos en encontrarnos con ellos al pasar la Novena Luna. Faltan dos ciclos para eso. Esta visita no puede significar nada bueno.

Mi estómago se retuerce. «Están en la Séptima Luna… Estoy a punto de presenciar el estallido de la Gran Guerra, y no me gusta nada lo que estoy descubriendo».

Sin perder la sonrisa, la reina se inclina hacia él y lo besa en la comisura de los labios. De nuevo, el gesto me incendia por dentro. De un modo u otro, esta mujer me recuerda a Zynael. Y no puedo soportarlo.

—¿Por qué siempre tienes que pensar mal? —susurra ella—. Dales una oportunidad. Tú mismo lo has dicho, llevamos una época preciosa de calma. Acostúmbrate y relájate. Tal vez vengan a darnos la enhorabuena. Tal vez quieran estar presentes en el nacimiento de Bël'loryel. Saben que no deben faltar muchos días para que dé a luz. Estoy segura de que están aquí por eso.

—No estuvo presente siquiera en el nacimiento de Velydrel`h y Märbuld.

Puolhiry nunca celebra lo que no le pertenece —responde Kelythael—. Y ahora está con alguien que solo se alimenta de su propia vanidad. No son una buena combinación, y no creo que vengan a celebrar nada.

Ella frunce el ceño y le da un golpe cariñoso en el brazo.

—No hables así de mi hermana —le regaña con amor—. No es tan mala. Por favor… Sabes cuánto la echo de menos —le ruega—.

Además de vosotros, ellos son la única familia que me queda… Recíbelos.

—Sabes que sigo pensando que tuvieron algo que ver con eso… —Kelythael, su mente, parece decidida. «Piensa que mi madre y mi padre estuvieron involucrados en la muerte de mis abuelos…»—.

Absolutamente todos murieron, incluso los que apoyaban a tus padres y a los padres de Karanthir. Casualmente antes de que lográsemos cerrar el trato y firmar la paz.

—Mi amor… Tú eres el rey, pero si en su día me diste la confianza, hoy debes apostar por ella también.

—Onal'lia, pequeña, abre los ojos. Sabes bien lo mucho que te odia. Entiendo que sea tu sangre y sueñes con llevarte bien con ella, pero debes acordarte de…

—No quiero, Kelythael —le frena—. Ya se disculpó, y yo la perdoné. Es mi hermana mayor. Estuvo enamorada de ti, y tú me elegiste a mí, sí. Pero ella ya lo superó.

—Enamorada no. Estuvo obsesionada con lo que conllevaba ser la elegida de Mäilkun Doh —sentencia Kelythael—. Puolhiry no conoce realmente lo que es el amor.

Mi corazón da un vuelco. Todo en mi interior comienza a dar vueltas. Mi cabeza no deja de torturarme con preguntas que ni siquiera comprendo «¿Así que tengo abuelos norteños y sureños, que estuvieron a punto de firmar la paz antes de morir? ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Qué se supone que hizo mi madre? ¿A qué se refiere con ser la elegida de Mäilkun Doh?».

—Bueno, ya vale con esta discusión, por favor —Onal'lia apoya la mano y la frente en el pecho de su esposo, refugiándose en ese sutil abrazo. Algo

me dice, sin conocerla, que en lo más profundo de su ser piensa igual que él—. Quiero creer que conozco bien a mi hermana — Vuelve a mirarle. A mirarme—. Hubiese estado enamorada realmente de ti, o solo de tu posición, acabó desposada con el hombre que finalmente eligió. Estoy segura de que ama a Karanthir, y por supuesto, amará con pasión a sus hijos.

«Se refiere a Elwë y a mí…»

—Tengo mi propia opinión, pequeña… Pero jamás dudaré de tu convicción —zanja finalmente la conversación—. Tranquila. Los recibiré como a la familia que son.

Kelythael se gira hacia esa mujer que parecía ser la madre de Avaldur'h y camina hacia ella. La joven sygära aparenta unos veinte o veintiún años, y es realmente hermosa. Delgada y estilizada. Por el estilo de sus vestimentas parece una sirvienta, pero sin duda es una muy buen cuidada y posicionada. Tiene el cabello rubio platino, semi-recogido, en un bonito corte recto que le roza los hombros.

El rey agarra sus manos y se inclina para darle un beso en la mejilla.

—Gäbrial… Querida… —susurra—. Sé que prefieres no tener

que verle la cara. ¿Por qué no sales a buscar a tu hijo y a los mellizos, y te quedas con ellos?

En ese momento, ya no hay duda. Es ella. Gäbrial Dültoir, la madre de Avaldur'h.

La guapísima sygära mira de reojo a Onal'lia y vuelve a acercarse a Kelythael para hablarle al oído.

—Pero no quiero dejarla sola con ella, mi señor. Es mala. Y unida a ese malnacido, seguro que solo ha logrado perfeccionar su manipulación — bisbisea.

Kelythael se aleja de ella y sonríe, manteniendo sus manos unidas.

—Eres una gran amiga, Gäbrial —Asiente para tranquilizarle—. Agradezco que te preocupes por ella… Pero te aseguro que Onal'lia también prefiere ahorrarte el mal trago.

Gäbrial se gira hacia su amiga la reina, que enseguida asiente y le dedica un gesto con la cabeza para que se vaya. La sygära platinada parece dudar, pero finalmente suspira, accediendo a la propuesta. No parece ofendida

porque la echen, todo lo contrario. Se muestra aliviada, como si acabasen de evitarle tener que encontrarse con su peor enemigo.

—Cuidaré de los niños —habla en voz alta—. Los traeré de vuelta en un rato.

—Descuida —Sonríe Onal'lia—. Iremos nosotros a buscarlos. Tú distráete.

Gäbrial lleva su mano extendida a su corazón y se inclina muy femeninamente, agradeciendo a su amiga y reina el favor que acaba de concederle. Aunque yo todavía no logro entender cuál es su verdadero problema; ni con quién tendrá que ver.

La madre de Avaldur'h se marcha. Kelythael y Onal'lia vuelven a sentarse en el mayestático trono del gran doh, y aguardan a que vuelva a aparecer el informador. Esta vez, acompañado de mis padres.

La reina parece tranquila, demasiado. En cambio yo, me siento igual que el portador de mi presencia. Inquieto. Desconfiado. No sé distinguir mis propios pensamientos de los suyos. No sé si es culpa de estar conociendo la otra versión que jamás se me contó… Pero, por alguna razón, les creo. A ellos. No a mis padres. No a la sangre que me crio.



Kal'ladril
30

Mi corazón continúa encogido. Siento que todo ha comenzado a ensombrecerse. Estoy conociendo demasiada información que está desbaratando todo lo que hasta hoy había sido. Todo lo que hasta hoy había defendido. Todo lo que siempre me ha rodeado. ¿Acaso he vivido íntegramente en una maldita mentira?

El informador vuelve a abrir la puerta de repente. Tras él, se escuchan sus pasos. Los reconozco. Es esa forma de caminar tan segura, incluso egocéntrica, que han tenido siempre. Es esa actitud engreída que terminaron derivándome.

Kelythael y Onal'lia se ponen de pie. El salón enmudece. Los guardias de Cinnadaoin se alinean. Por primera vez en mi vida los veo, y juro que jamás imaginé que el ejército del norte se vería así: Sus armaduras están forjadas con un metal oscuro y bruñido. La zona del pecho la tienen cubierta por una coraza de escamas entrelazadas, como un eco de la piel de Mäilkun Doh. En el centro, el escudo de Cinnadaoin en relieve: El gran dragón coronado. Enganchadas a sus hombros, unas hombreras que terminan en varias puntas finas, simulando esas placas óseas del dragón. Además, solo visibles bajo la luz del fuego de las lámparas y las antorchas, llevan un grabado de runas élficas en el que leo: «Hijos del fuego y el hielo». Cubren sus rostros con un yelmo negro y afilado, con una visera esculpida en forma del hocico de su rey supremo. A pesar de ser completamente opuestos al Ejército Dorado, resultan increíblemente intimidantes y elegantes.

La corte contiene el aliento, y finalmente entran.

Karanthir Akhelbec'h, mi padre, con su porte altivo y su melena castaña

oscura, porta la armadura dorada y reluciente del rey de Drilembiyr'h. La misma que ahora, en mi actualidad, ha heredado mi hermano. A su lado, mi madre, Puolhiry. Alta, impecable, y también embarazada. Embarazada de mí. Mantiene ese rostro orgulloso que atrae a pocos amigos, y al instante entiendo las comparaciones. Sí, es hermosa, pero no puede competir con Onal'lia. Es tan fría y tan distante como una espada en una vitrina.

—¡Hermana mía! —exclama Onal'lia, acercándose a ella con los brazos extendidos.

Puolhiry la mira y retrocede, rechazando al instante su contacto. La reina del norte alza el cuello, como si de esa manera pudiese volver a elevar el orgullo que acaban de destrozar.

—Hermanita —Sonríe mi madre falsamente—, por favor, cuidado. No creo que en nuestro estado sea buena tanta efusividad.

Siento los puños de Kelythael como si fuesen los míos, cerrándose para retener la rabia que acaba de darle la soberbia de su cuñada. Entonces comienza a acercarse también, manteniendo sus ojos fijos en Puolhiry y en Karanthir.

—Mäilkun y mäilwen de Drilembiyr'h —comienza a hablarles—, no esperábamos vuestra visita. Al menos, no hasta dentro de dos lunas.

—Bueno, digamos que hemos pensado que sería mejor agilizar el proceso… ¿Por qué esperar, cuando podemos zanjar la paz antes de que nazcan nuestros hijos? —habla por primera vez Karanthir, comenzando a pasearse por este salón con total confianza—. Soy un hombre con muchas virtudes, pero la paciencia no es uno de mis fuertes.

Siento la rabia creciendo en el interior de Kelythael. Pero de nuevo, logra contenerse.

—Así que Kelythael tenía razón… —murmura Onal'lia—. Y yo que hasta hace un momento estaba defendiéndoos. Pensaba que habríais venido simplemente a vernos, que teníais en cuenta mi estado y por eso habíais querido presenciaros.

—No, hermanita…. No te equivocas —Se ríe Puolhiry—. En realidad estamos aquí justamente por tu estado. Sabemos muy bien que estás a punto de dar a luz a tu milagro.

Mi respiración se paraliza. Mi pulso se detiene, y a su vez el de Kelythael. No quería escuchar esa palabra. ¿Qué significa que acabe de usar esa maldita palabra?

—Acabáis de decir que estáis aquí para dejar zanjada la paz — Kelythael se mantiene altivo, estático en su sitio, observándolos con molestia—. Creo que fui muy claro con las fechas. Si dije que lo haríamos en la Novena Luna, fue precisamente para darle tiempo a Onal'lia de parir tranquila. Sois tan conscientes como yo de la importancia de que ese niño nazca rodeado de calma. Así que, por supuesto, la madre tampoco puede sufrir ningún tipo de estrés. Por eso dejamos las reuniones y los pactos para entonces.

—Así es… Mi señor… —Afirma Karanthir.

«¿Acaba de llamarlo, *mi señor*? ¿Mi padre? ¿A su rey rival?».

—Pues dado que estáis aquí, no me da la sensación de que hayáis respetado mi mandato —Siento la voz de Kelythael haciéndose más grave. Incluso Onal'lia parece notarlo, porque al instante acude a su lado y le agarra la mano.

Puolhiry y Karanthir se miran un instante.

—Mi señor… Kelythael, no te ofendas, por favor. Sabes cuánto, cuantísimo, te admiro… —inicia de nuevo mi madre—. Veníamos a haceros una propuesta… Pero creemos que será mejor hablarla en privado.

Kelythael frunce el ceño. Noto su rabia creciendo desde dentro. Parece conocerlos muy bien, mucho más que yo, y no se fía en absoluto de ellos. Duda un instante y mira a su alrededor. Los soldados de Cinnadaoin aguardan pacientes, listos para acatar cualquier orden que se les dé.

—Hijos del fuego y el hielo —les habla con honor y fuerza. Ahora ya sé que ese texto no era un simple grabado, sino la forma en la que eran llamados los guerreros del norte—, dejadnos solos. Por favor.

Mis padres sonríen de una manera que nunca recuerdo haber visto antes en ellos. Ni siquiera los reconozco. Ni siquiera se parecen. Esos de ahí… Son otra cosa muy diferente a la que han querido venderme durante toda mi vida. Son algo que incluso me cuesta nombrar sin expulsar odio, algo que me cuesta mirar sin sentir náuseas.

—¡Que se marchen todos! —ordena Kelythael de nuevo, esta vez

alzando ligeramente la voz. La sala se hiela ante sus palabras. Su tono es el de quien no acepta un no—. ¡Fuera! ¡Todos!

Los soldados, los consejeros, los sirvientes... todos obedecen. Las puertas del gran salón se cierran tras ellos con un retumbar sordo. Y solo quedamos nosotros. Ellos cuatro, y yo, en lo más profundo de una mente que está a punto de incendiarse.

Puolhiry da un paso al frente. Sus ojos se posan sobre su hermana, que acaricia su vientre con dulzura.

—Hablad —exige Onal'lia.

—La realidad es que no hemos venido por cortesía —dice la mayor de las hermanas, con la voz de alguien que se cree demasiado poderoso. —Tampoco por familia —añade Onal'lia.

—No… —Sonríe mi madre—. Como he dicho, venimos con una propuesta que no deberíais rechazar. No si realmente valoráis la estabilidad de nuestros pueblos.

No la reconozco. Jamás la había visto así. No sé si realmente siempre ha sido de esta manera cuando sus hijos no estábamos delante, o si ha cambiado demasiado. Pero no me gusta lo que tengo delante. No me gusta lo que estoy interpretando, y no me gusta el rumbo que está tomando esta reunión.

Esto no fue lo que se me contó.

Kelythael no responde. Algo en su interior ya parece haber entendido cómo va a desembocar todo, y yo estoy empezando a entender algo que no quiero aceptar.

—¿De qué estás hablando, hermana? —pregunta Onal'lia. Su voz ya no es tan suave como antes—. Explícate. ¿Qué es lo que necesitas?

—Hablo de justicia —responde Puolhiry—, y de equilibrio.

—De nuestros hijos —añade Karanthir.

Kelythael aprieta los puños. El silencio lo domina. Solo escucho sus latidos, en compás con los míos.

—Tu hijo, Onal'lia, *vuestro hijo,* será el elegido —dice mi padre, con una sonrisa que me hierve la sangre—. El niño que se está gestando en tu vientre, traerá de nuevo a Altuk'h consigo. Y si eso lo dejamos así, romperá

el balance de poder.

Onal'lia respira hondo, muy lentamente.

—¿Estáis insinuando…?

—Proponemos —la interrumpe Puolhiry—, que al nacer, intercambiemos a nuestros niños. El tuyo, por el mío —Apoya su mano en la barriga de su hermana—. Yo ni siquiera necesito a este. ¿Para qué iba a parir a un segundón? Sería solo un don nadie. Mi heredero ya está criado, y está en casa. Pero el sur también merece un dragón.

El mundo se detiene.

Kelythael no se mueve. Yo… me siento paralizado. Mis pulmones no vuelven a funcionar. No hay aire suficiente en este lugar para procesar semejante atrocidad.

—¿Cómo os atrevéis…? —susurra Onal'lia, aún incapaz de aceptar lo que acaba de escuchar—. Decidme que todo esto es solo un mal chiste.

—¿Un chiste? Es necesidad y es balance —dice Karanthir—. Es injusto que los shbal sygäras tengáis a vuestro lado al mayor de los seres de Sauthriel, y ahora además vaya a nacer el que según las leyendas será su heredero supremo. El sur también merece un gran doh. Merecemos el mismo derecho

—¿Hablas de derechos...? —Onal'lia estalla—. ¿Qué derechos os deben a vosotros nada que tenga que ver con Mäilkun Doh? ¡Los vahl sygäras os quedasteis en la tierra prometida porque no quisisteis marchar con él! ¡Sauthriel creó Drilembiyr'h como una réplica de Lyhändril, y la cerrasteis al resto! ¡Nosotros tuvimos que aprender a construir y a vivir entre hielo y sombras! ¡Vosotros lo teníais todo, mientras nosotros trabajábamos esta tierra para protegerlo! ¡¿Cómo te atreves a demandarle algo así, cuando jamás habéis estado velando por él?!

—Drilembiyr'h no sería lo que hoy es sin el trabajo de los vahl — contesta Puolhiry con rabia—. Si se parece lo más mínimo a Lyhändril, es por su esfuerzo. Ahora solo pedimos lo que se prometió. Las tierras sagradas sygäras deben tener un dragón.

—¡Eres mi hermana! —exclama Onal'lia—. Te has criado conmigo. Aquí. Has venerado a Mäilkun Doh tanto como yo.

—No, *hermana*. Lo he venerado mucho más, y aun así te eligió.

—¡Sabes bien el por qué!

—¡¡Me da igual!! —grita mi madre, apartando de un empujón a su hermana menor—. ¡Siempre has sido la favorita de todos! ¡Siempre tan perfecta! ¡Siempre dándole a todo el mundo justo lo que necesitaba! ¡Onal'lia jamás se equivocaba! Por eso te eligió, ¿verdad? Porque tú, aun siendo solo una maldita niña, le iluminaste con esa paz y esa calma que siempre había buscado… Una vez más, fui apartada. Pese a todos mis esfuerzos, pese a todo lo que hice para lograr estar en tu lugar…

—Puolhiry…

—¡¡No!! —Hay una infinita rabia en ella, y sobre todo, envidia—. ¡Me he cansado de tener que conformarme con estar simplemente a tu sombra, Onal'lia! ¡Quiero mi parte!

—¿Tu parte…? —Onal'lia afila su mirada—. Eres egoísta, codiciosa y vengativa... Siempre lo has sido… Precisamente por eso no te eligió. Si tú hubieses estado a su lado, lo habrías corrompido… Y todo por lo que nuestros antepasados se esforzaron, todo Elthymeron, se habría ido con su razón. Por pura ambición.

—Drilembiyr'h tendrá a su dragón —sentencia Karanthir—. Sauthriel envió a su mayor criatura a Elthymeron para velar sobre esa tierra protegida de la que hablas. ¿O acaso debo recordarte la profecía? «*Con la primera caída de Gyrahshindaar nació la nueva era y el gran Doh; mas fue enviado al norte por el futuro que esperaba a su don. Y será aquel descendiente, nacido tras el Atardecer de Unión, el que con la Séptima Luna será Mäilkun Doh. Elegido de mirada y escama dorada, que salvaguardará a los sygäras y a su Òthnolu; guiado por su perdición; dotando a su raza de su supremacía y su esplendor*».

Cuando acaba de narrar, todo en mí se paraliza.

Quiero salir. Quiero salir de aquí. Quiero escapar de esta pesadilla. Esto no puede ser real. No. No puede ser verdad. No lo es. Acabo de quebrarme en mil fragmentos, y ninguno encaja ya con el otro. Las palabras del que hasta ahora creía que era mi padre, de Karanthir, siguen resonando en mi cabeza. Una y otra vez. Como si repetirlas pudiera cambiar su significado, o lo que implican para mí; como si negarles el eco bastara para hacerlas

mentira.

Todo lo que fui, lo que defendí… Se ha desvanecido de golpe.

Me han roto. Me han vaciado. Todo lo que soy… resulta que no lo soy.

No soy su hijo.

No soy Kal'ladril, ni Akhelbec'h, ni siquiera soy de Drilembiyr'h.

Soy otra cosa. Algo que no pedí ser. Algo que no quiero.

¿Un rey? ¿El gran doh prometido? ¿El heredero de un fuego que nunca he sentido mío? ¿El hijo de un hombre y un apellido al que me hicieron odiar?

Todo ha sido mentira. Durante toda mi vida. Mi infancia, mis padres, sus palabras, la historia que estudié y defendí, mi hermano... Elwë… Mi hermano… ¿Será consciente? ¿Qué ha sido todo lo que he vivido? ¿Ensayos? ¿Una actuación? ¿Una constante manipulación?

Los defendí. Los amé. Me entregué por ellos. Creí en todo.

Y ahora solo hay humo.

No tengo rostro. No tengo voz. Me he convertido en algo que no comprendo. De repente, soy alguien a quien ni siquiera conozco. Y me duele. Duele tanto que no sé si estoy respirando o desgarrándome por dentro.

He sido un títere, y ahora lo he visto todo. Yo maté a mi propio padre. Kelythael era, hasta hace poco, Mäilkun Doh. Soy el hijo y el heredero del dragón al que maté.

Entonces vuelve a hablar. Como si de repente hubiera notado mi dolor, y supiera que su hijo está en su interior. Como si supiera que algún día, sería capaz de ver y vivir este momento desde sus propios ojos.

—No vais a llevaros a mi hijo —Sentencia con la voz grave—. La profecía no auguró que me robaríais a mi heredero. Él será, cuando crezca, el que cuide vuestra tierra. Eso os lo garantizo. Pero nunca antes de que sea su propia elección. Bël'loryel Dohärion no va a salir de Cinnadaoin.

—Te aseguro que sí lo va a hacer, querido Kelythael —Sonríe Puolhiry—. Y lo hará en mis brazos, como su nueva madre. Si queréis un heredero, podéis adoptar al niño que os dé. Si no, apañaos con uno de los que ya tenéis.

—¡¿Tú te estás escuchando?! ¡¡¡Quieres robarme a mi hijo!!!

—Que sea tu hijo no me importa, no te creas tan superior — Escupe la mayor—. Es porque es *su* hijo, y el heredero de Altuk'h.

—Ni siquiera sois capaces de entenderlo… —gruñe Kelythael—. Mientras yo viva, Altuk'h vivirá en mí. El dragón no acudirá a Bël'loryel hasta que su alma no salga de mi cuerpo, y yo soy el único que puede demandarlo. Jamás tendréis a Altuk'h a vuestro lado si yo no lo quiero. — Altuk'h saldrá de ti cuando te mate —Sonríe Karanthir.

—¿Matarme? —Kelythael aprieta los puños y camina hacia él—. Nadie puede mandarme a la muerte, además de yo mismo. Maldito…

—Te equivocas… Tu propia sangre puede hacerlo, y lo hará — responde el rey de Drilembiyr'h—. Kal'ladril Akhelbec'h será el nombre de quien te destronará.

—¿Kal'ladril? —Abre los ojos Onal'lia. Y al instante parece entenderlo—. No… No… No. ¡Jamás accederé a eso! ¡¡No vais a llevaros a mi hijo para lavarle la cabeza!!

—No será necesario llegar tan lejos —vuelve a meterse Puolhiry— . Dadnos al niño, aceptad nuestro trato… Y nos marcharemos por donde hemos venido. En paz. Lo criaremos como a nuestro hijo y, cuando sea adulto, Kelythael le cederá a Altuk'h, como su querido tío. Sin rechistar. Ahora negaos…

—¿Y qué? —la voz de Kelythael se escucha cada vez más gutural—. ¿Qué vais a hacer si nos negamos? Puedo devoraros o calcinaros en este mismo instante con solo transformarme. Puedo dejar a Drilembiyr'h sin monarquía en cuestión de segundos.

—No —Sonríe la hermana de Onal'lia—, no puedes. Tal vez podrías haberlo hecho si te hubieses transformado nada más hemos entrado. Pero ya no. ¿Y sabes por qué? Mira tus puños… Llevas reteniendo la ira desde que has escuchado nuestra propuesta. Nos odias, tanto que no lograr resistir la rabia que te causamos. Y esa ira ahora solo se ha disparado. Si te transformas, lo más seguro es que Altuk'h tome el control, y pierdas por completo la razón. Y no vas a arriesgarte a eso. Si no, ya lo habrías hecho.

—¡¿Por qué nos hacéis esto?! —grita desgarrada Onal'lia—. ¡Ni Drilembiyr'h ni vosotros necesitáis esto! ¡Tenéis un ejército seis veces más

grande que el nuestro! ¡El apoyo de la mayoría de los sygäras! ¡Y aun así venís a exigirnos que os regale a mi hijo!

—Hablando del Ejército Dorado… —murmura Karanthir—. Debe haber terminado ya de cruzar las aguas de Cinnadaoin en este preciso momento… Podéis aceptar, o puedo usarlo para obligaros a hacerlo —Su voz es tan fría e insensible como el mismo hielo.

El silencio se convierte en un cuchillo. Kelythael no responde, pero su pecho se agita. El temblor en su mandíbula no es miedo. Es contención. Y yo, dentro de él, estoy gritando. Quiero que arda todo. Quiero que grite. Que los fulmine. Que destroce a ese bastardo y a esa mujer a la que ya no puedo llamar madre. Pero él respira hondo. Muy hondo. Está intentando evitar que ocurra lo que Puolhiry acaba de adivinar. Porque si pierde el control, si Altuk'h despierta ahora, lo pierde todo. Si despierta el dragón, no habrá quien lo detenga.

—Aceptad por las buenas —dice Puolhiry—, o te provocaremos hasta que Altuk'h despierte, y entonces serás tú mismo quien destruya estas tierras. No hará falta ni que el Ejército Dorado intervenga.

Traidores. Perros miserables… Sentiría odio. Pero estoy roto.

—No… —musita Onal'lia. Su voz se quiebra—. No podéis hacernos esto. ¡Es nuestro hijo! ¡Por favor! ¡Pídeme lo que quieras menos a mis hijos!

—No hemos venido hasta aquí para debatir otras opciones —dice Karanthir—. La petición está hecha. Podéis aceptar por las buenas u obligarnos a llevárnoslo por las malas.

—Iré yo —Kelythael da un paso hacia ellos—. Dejad a mi hijo aquí, con su madre y sus hermanos, y yo me iré a Drilembiyr'h con vosotros. Me tendréis a mí y a Altuk'h a vuestro servicio.

—¿Te piensas que somos idiotas? —gruñe Karanthir—. Tú fuiste desterrado a estas tierras por tu penoso autocontrol de la razón. ¿Crees que vamos a llevarte a ti, como dragón, y arriesgarnos a que acabes volviéndote contra nosotros y destruyendo nuestro hogar? No… Queremos a tu hijo, para hacerlo a nosotros desde que sea solo un cachorro.

—¡¿Un cachorro?! —Onal'lia comienza a llorar—. ¡Ni siquiera sois capaces de hablar de él como si fuese un sygära! ¡Para vosotros es menos que un animal!

—¡¡Y qué animal!! —Se ríe Puolhiry.

Kelythael agacha la mirada y algo en su sombra parece crecer. La sala se enfría. El suelo parece latir. Siento que puede explotar en cualquier momento, y aun así, mantiene el control. Aunque lo desea. Cada célula de su cuerpo clama por transformarse y devorarles.

—Habéis olvidado un detalle muy importante… —susurra con los dientes apretados—. El alma de Altuk'h es siempre la misma… Y él nunca, jamás, olvida.

Puolhiry entrecierra los ojos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¡¡Por favor!! —Onal'lia se pone de rodillas frente a su hermana—. Somos familia… Si alguna vez me has querido, Puolhiry… Si alguna vez has amado realmente a Kelythael… ¡Reacciona! ¡No nos hagas esto!

—Ni se te ocurra —Señala a la reina del norte—. Nunca más vuelvas a poner en duda lo que yo sentí por el que hoy es tu esposo, maldita. En cuanto a ti… ¿Crees que recurriendo a la sangre que nos une vas a conseguir algo conmigo? Quería más a nuestros padres, y no dudé ni un instante cuando tuve que quitarlos de en medio.

—¿Qué…? —Onal'lia se vuelve completamente pálida. Mucho más de lo que ya es.

Kelythael continúa con la mirada baja, clavada en el suelo... Y respira. Respira. Respira.

—Tú… ¿Tú fuiste quien envenenó a nuestra familia?

—¿Y qué es lo que te sorprende? —Escupe Puolhiry—. Cuando los padres de Karanthir nos visitaron para proponer el primer tratado de paz, tú y Kelythael me ofrecisteis como moneda de cambio.

—¡¡Quería para ti un buen futuro!! —Llora Onal'lia—. ¡¡Por eso te propuse como candidata para desposar al príncipe Karanthir!! ¡¡Serías reina de Drilembiyr'h!!

—¡¡Querías quitarme de en medio!! —brama la mayor—. ¡Querías alejarme de Kelythael para asegurarte de que no pudiese arrepentirse de su decisión! Y una vez más, nuestros padres estuvieron de acuerdo contigo. Nunca, jamás, me tuvisteis en cuenta.

—Mentira… —Onal'lia está completamente destruida—. Tú estuviste de acuerdo… En cuanto lo conociste… Dijiste que te habías enamorado de él… Por eso seguimos adelante con el tratado y el pacto de casamiento…

Karanthir y Puolhiry se miran y se sonríen, pero no es una sonrisa de amor. Es la sonrisa de dos psicópatas que han encontrado a alguien para acompañarse en su ambición.

—Odié el hecho de que mis padres quisieran pactar con vosotros —cuenta Karanthir, revelando la realidad de su versión. Esa que yo nunca escuché—. No entendía por qué éramos nosotros, el bando fuerte, los que debían ceder. Detestaba a los shbal por mezclarse con los humas como si eso no fuese una ofensa a nuestra sangre, y detestaba el hecho de que mis padres hubiesen empezado a pensar que vuestras actitudes estaban bien —Extiende los brazos y mira todo el salón—. Mirad esto. Los sygäras siempre hemos sido superiores a cualquier otra raza. Sacamos oro de donde a priori no hay nada. ¡No teníamos que aprender a convivir con ellos! ¡Tenían que aprender a respetarnos y postrarse bajo nuestros pies! Yo iba a matarlos… Sabía que tarde o temprano, de un modo u otro, lo haría. No iba a permitir, jamás, que cometiesen tal ofensa a nuestra magnificencia… Entonces conocí a Puolhiry…

La reina a la que siempre había considerado mi madre sonríe, como si se sintiese encandilada con esta historia; como si hubiese algo bonito y romántico en ella.

—Fui muy claro con ella. La idea de casarme por obligación no entraba en mis planes. Odiaba a mis padres, por blandos y conformistas; odiaba a los norteños, por insultar a nuestras tradiciones y mezclar nuestra pureza con la mediocridad de los humas; y sobre todo, odiaba a Kelythael. Por ser el hijo de nuestros dioses, poseer el alma de Altuk'h, nuestra más poderosa criatura, y no aprovechar su dominio y gloria para rendir a todo Elthymeron a la supremacía de los sygäras —continúa—. Cuando me escuchó, sus preciosos ojos se iluminaron… Y cuando le aseguré que acabaría matándolos a todos, sonrió como jamás había visto sonreír a nadie. Ahí me cazó. Ahí me enamoró. Su mente, su ambición, su soberbia y su vanidad me atraparon. Necesitaba alguien así a mi lado. —Y así fue como nuestra historia de amor comenzó —concluye Puolhiry, lanzándole un beso al aire al que, en este instante, ya es su esposo—. Todo lo

planeamos meticulosamente… Primero había que quitar de en medio a nuestros padres, para poder retrasar el tratado de paz… Luego teníamos que gestar un heredero, un descendiente con nuestros genes, nuestra sangre y nuestra manera de pensar… Más tarde, pretendíamos buscar la forma de esclavizar a Kelythael… Pero de repente, los voceros norteños anunciaron la llegada del elegido. El destino nos lo puso en bandeja de oro.

—Vosotros dos… Estáis completamente locos… —Onal'lia está en completo shock—. ¿Creéis que podéis doblegar a Kelythael? ¿Creéis que podréis obligar a Altuk'h a separarse de su hijo?

—No lo creemos, sabemos que podemos. Porque ambos te aman más que a nada, Onal'lia —murmura Karanthir—. ¿Crees que Kelythael correrá el riesgo de transformarse sabiendo lo irracional que podrá llegar a ser Altuk'h en su cuerpo? Este hombre que tienes aquí, incapaz siquiera de mirarnos, es solo una carcasa estropeada. Y él lo sabe. Siempre ha sido demasiado impulsivo para portar en su cuerpo un alma tan poderosa y furiosa. Por eso lo desterraron. Por eso pasó eones entrenando su templanza. Por eso estuvo toda su eternidad inmortal esperando a que una persona pacífica y buena pudiese enamorarle. Por eso te eligió a ti, y no a Puolhiry. Porque ni siquiera él se fía de sí mismo.

Kelythael levanta la mirada lentamente, dirigiéndola a su esposa. Ambos se miran llenos de dolor. Saben que es completamente cierto. La labor de Onal'lia junto a él, ha sido siempre la de velarle y cuidarle. Como el único amor de su vida, se aseguró de cerca de que mantuviese siempre la calma.

Ahora comprendo cuál fue la misión de los sygäras que migraron con Mäilkun Doh.

—Kelythael no va arriesgarse a ceder el control a Altuk'h, porque sabe que la bestia te ama tanto como él, y no medirá su ira —El sureño se ríe de él—. Solo hay que mirarlo… Ni siquiera en su forma sygära está logrando resistir sus ganas de matarnos… —Todo esto parece un juego para Karanthir—. Sea como sea, no puede excederse. Si cede voluntariamente el paso a Altuk'h, sabe que su furia arrasará con todo. Y si no lo hace, y se opone por sus propios medios, tarde o temprano su cólera incontrolable abrirá la brecha igualmente. Y el resultado sería el mismo.

Puolhiry y su esposo se ríen juntos, verdaderamente satisfechos con lo

que ya creen haber conseguido.

—Eres tan ridículo… Tienes el mayor poder de nuestra raza y estas ahí, contenido. Y todo por temor. ¿A qué? ¿A ser indestructible? —Le provoca —. Querías una vida normal, ¿verdad? Querías amar y ser pacífico… Pues ahí lo tienes. Trágate tu rabia y ahógate con ella. Lo más triste de todo es que has desperdiciado la oportunidad de hacerte con el mundo entero. Podrías haber infundido tanto miedo… Habrías comenzado haciéndote con Elthymeron, y habrías terminado dominando Namhliä al completo.

—Kelythael, mi amor… —Solloza Onal'lia—. No le escuches. Resiste, por favor.

Karanthir vuelve a reírse.

—No soy como tú… —La voz del rey del norte suena muy ronca. Ya no logro distinguir si es él, o si es el alma de Altuk'h comenzando a exteriorizarse—. Por eso los dioses jamás te darán un poder parecido… —No los necesito. Puedo cogerlo yo mismo.

Al instante, cumpliendo con la precisión de una terrorífica orquesta, el salón del trono de Cinnadaoin, ese templo de oro, vidrieras y estandartes, se ve dominado por varias alas negras y colosales. Desde el inmenso balcón abierto, una oleada de sombras entra en tropel. Treinta, cuarenta farcnars al menos. Todos cabalgados por generales y capitanes del Ejército Dorado. Los äphylds aterrizan, arañando el oro con sus afiladísimas garras, extendiendo sus alas como velos de muerte. Graznando a favor de sus jinetes. Los arcos apuntan y las armaduras resplandecen, todos amenazando a los dos reyes.

Al mismo tiempo, la puerta del salón es aporreada. Un informador irrumpe jadeando, casi derrapando sobre el oro pulido.

—¡Mi… mi mäilkun! —balbucea. Sus ojos se abren como platos cuando ve el estado de sus superiores, ya dominados, amenazados por tantos enemigos.

—¡Matadlo! —ordena Puolhiry—. ¡No quiero que nadie nos interrumpa!

Varios soldados dorados se abalanzan hacia él, pero el sirviente aprovecha hasta su último aliento para cumplir con su papel. Y aún con la espada en la garganta, les informa.

—¡El Ejército Dorado ha comenzado a entrar en la ciudad! —grita,

sabiendo que le están permitiendo hablar porque les interesa atemorizar —. ¡Son miles y miles! ¡Han rodeado todas las avenidas principales! ¡Están aterrorizando y masacrando a toda la población! ¡Sus hijos es…!

—¡¡Matadlo he dicho!!

Y al instante le abren el cuello, impidiendo que pueda terminar.

Kelythael aprieta los puños todavía más. Sus uñas se clavan en sus palmas de tal forma que la sangre comienza a brotar. No habla. No se mueve. Su mandíbula está rígida.

—Se os acaba el tiempo —advierte Karanthir, dando un paso al frente. Su voz resuena como una sentencia—. Mis hombres tienen orden de destruirlo todo. A no ser que yo mismo les pida lo contrario.

No puedo creer lo que estoy oyendo, lo que estoy viendo, lo que estoy viviendo. Estoy mareado. Mi mente da vueltas. Nada de lo que he defendido toda mi vida tiene ya sentido. Esto no es política. No es diplomacia. Es una masacre. Los que consideraba mis padres, justos y meramente tradicionales, son unos sucios asesinos. Monstruos con piel de sygäras y una corona encima.

—Lo hemos intentado por las buenas, pero estáis dudando demasiado —Puolhiry danza por el salón que la crio, como si no le causase ningún remordimiento lo que le está haciendo a su propia hermana—. A nivel de ejército, no tenéis nada que hacer. Os multiplicamos. Podemos masacraros.

Onal'lia no puede ni mirarla.

—Dame al niño.

La pequeña niega con la cabeza.

—Jamás…

—¡¡Dame al maldito niño!! —Puolhiry la vuelve a empujar.

—¡MIENTRAS YO VIVA, JAMÁS TE DARÉ A MI HIJO!

Kelythael la mira con desesperación. Sabe que acaba de darles una idea.

—Si insistes… —Silva Puolhiry como si nada—. Pensábamos esperar a que parieras de forma natural. Mientras cedieses, estábamos dispuestos a mantener la paciencia. Total, no debe faltar más de un día. Quizá dos. La Séptima Luna ya es dueña del cielo. Pero si no aceptas ya… lo tomaremos nosotros por la fuerza. Hoy mismo.

Entonces, la pesadilla se vuelve realidad.

Los soldados se lanzan sobre Onal'lia. Ella grita, se defiende, patea, pero no tiene fuerzas. Cuatro hombres la agarran y la arrastran en medio del salón del trono. La atan de pies y manos, abriéndola de piernas, sujetándola con cuerdas gruesas a esos pilares repletos de elthyms de oro.

Grito por dentro. De impotencia. De rabia. Pero no hay voz en mi garganta. Estoy atrapado en un hombre que está luchando contra sus propios demonios. Quiere y no puede dejarlos escapar.

Uno de los soldados se adelanta y se acerca a Karanthir. Lo reconozco. Es Rùlodrik. Mi estómago se contrae. Él aún no lo sabe, pero acabará siendo el general de Lythemin tras esta pesadilla.

—Mi mäilkun… —dice con voz urgente e incómoda—. No creo que esto sea una buena idea… Estamos jugando con algo mucho más grande que nosotros. Ese niño es descendiente directo de Avoulh y Sauthriel, el próximo cuerpo de Altuk'h, y esta intervención podría matarle. Es extremadamente peligrosa. No es tan sencillo como abrirle la barriga a la madre. Necesita un cuidado y una precisión que no

podemos guardar aquí. Tal vez, si la secuestrásemos… Karanthir alza una mano.

—¿La secuestramos y luego qué? ¿La llevamos a Drilembiyr'h? Claro que sí… Así le damos a Kelythael vía libre para que pueda desinhibirse en nuestras tierras —su sarcasmo es evidente—. ¡Lo vamos a hacer aquí mismo! ¡Y lo vamos a hacer ya! ¡No hay más que hablar! Si el niño es de verdad un hijo del dragón… si lleva el apellido Dohärion, vivirá. Y si no, será solo un aborto glorificado. Un esperpento que jamás nos habría llevado a la gloria.

Kelythael se desploma. Sus rodillas chocan contra el suelo con brutalidad. Sus labios están pálidos. Sus manos siguen sangrando. Sus uñas son cada vez más largas y sus colmillos más afilados. No puede seguir aguantándolo. No puede seguir viendo esto.

Onal'lia, ahogándose entre lágrimas, gira el rostro hacia él y sonríe.

—Respira… por favor… mi amor… —le dice con la voz completamente temblorosa—. Resiste. Como has hecho toda tu eternidad. Esta es la prueba final… Tú puedes sostenerlo… No pierdas tu razón… No pierdas la

cabeza, mi amor.

Kelythael quiere mirar a los ojos a su esposa, pero no puede. Su voz resulta una caricia rota.

—Si pierdes la cordura y Altuk'h se manifiesta, no quedará nadie. Ni nuestros hijos, ni tú, ni nadie… Por favor… escúchame —A pesar de estar en la posición que está, ella sigue únicamente centrada en contenerle. En ayudarle—. Olvídate de mí. Encárgate de nuestro niño.

Que crezca fuerte, aunque no esté contigo. Aunque no tenga tu nombre ni tu apellido... Protégelo.

Siento un nudo atroz en la garganta. Ese niño, ese niño por el que están a punto de matarla, soy yo. No sé por qué me llamarán el elegido, cuando sin duda soy mucho más impulsivo que mi verdadero padre. Mis pensamientos ya no son racionales. Quiero desgarrarlos a todos, calcinarlos, devorarlos... Quiero partir la tierra y mandarlos a las tinieblas. Pero soy solo un espectador dentro de este infierno.

—Cuida de Velydrel'h… cuida de Märbuld… —sigue Onal'lia—. No dejes que todo lo que construimos desaparezca. No lo hagas por mí. Hazlo por nuestros hijos, por Cinnadaoin, por nuestras montañas, por la luz que aún le puede quedar a nuestra raza…

Puolhiry se le acerca. Su rostro no tiene compasión.

—Esta es tu última oportunidad, hermanita —le dice—. Accede a darme a tu hijo después de parir, o sufre mientras te lo arranco de las entrañas.

Onal'lia cierra los ojos con fuerza, intentando retener el millar de lágrimas que se han apoderado de ella.

—Prefiero morir… a vivir sabiendo que os cedí a mi hijo por meras amenazas.

Y entonces lo hacen.

El cuchillo brilla. El primer grito de Onal'lia parte el salón del trono como si un rayo acabase de caer desde el cielo. Puolhiry guía la hoja y la penetra en el vientre de su hermana, mientras esta sigue siendo sujetada con brutalidad por las manos de esos soldados dorados. Mis soldados. Los mismos hombres que tanto honor a mí me habían demostrado, ahora son sucias ratas cobardes, obedeciendo a unos reyes infames. Lo que yo he

honrado toda mi vida, acaba de transformarse en la mayor de mis pesadillas.

La carne de la reina del norte se abre. Los músculos se desgarran. El suelo se tiñe de rojo al instante. El grito de sufrimiento se prolonga como un alarido ancestral. Mi madre, la de verdad, está siendo asesinada por pura codicia.

Kelythael sigue de rodillas. No llora. No grita. Solo tiembla. Su cuerpo entero convulsiona. Se lleva una mano al pecho y otra a la garganta. Intenta contener al monstruo que comienza a desgarrarle la piel. Quiere liberarse y quiere hacerlo ya. Solo tiene dos opciones, y ninguna correcta. O deja morir a su mujer, se rinde y se resigna, viendo cómo le roban a su niño para transformarlo en el descendiente de sus enemigos… O deja fluir su rabia y se arriesga a perderlo todo, y a todos. Incluidos sus otros dos hijos.

Hay algo seguro, para Altuk'h, Onal'lia y su propia cría son la única prioridad. Todo lo demás, lo que ocurra con Cinnadaoin, con los soldados, con los ciudadanos o los dos niños sygäras que no portan el apellido Dohärion, da igual.

La sangre continúa corriendo. Los gritos se quiebran, cargados de tanto sufrimiento, y se funden con el propio cielo. La cabeza de Onal'lia cae hacia un lado. Ha perdido tanta sangre que está derrotada, pero aún respira. Aún llora. Sigue viva mientras le sacan del vientre todas las entrañas.

Kelythael jadea. Hiperventila. No puede mirar. Sabe lo que ocurrirá si lo hace.

El líquido carmesí inunda el suelo de oro como un océano oscuro. Un charco inmenso que corre sin parar, alejándose del cuerpo al que pertenecía, colándose entre los pies de los propios soldados que están llevando a cabo esta ejecución. Y de repente… Silencio.

Los gritos y los jadeos cesan. No hay nada. Tampoco llantos.

—¡¿Lo tenéis?! —se preocupa Karanthir—. ¡¡¿Lo tenéis o no?!! — El muy cobarde no es capaz de mirar la horrible escena que él mismo ha provocado.

Kelythael abre los ojos de golpe. El niño no da señales de vida.

—¡¡No se mueve!! —grita un soldado.

—¡¡Maldita sea!! —Llena de rabia, Puolhiry arranca la corona a su hermana ya muerta y la lanza muy lejos, haciéndola caer justamente frente a las rodillas de Kelythael—. ¡¡Tenías que salirte con la tuya hasta el último momento, ¿verdad?!!

—¡Creo que está muerto!

Algo en Kelythael se quiebra. Algo definitivo. Una grieta que no solo parte su alma, sino el mundo entero. Lo siento. La presión en el pecho. La falta de aire. El temblor de los dedos. El pulso acelerado. Los ojos dilatados. Todo el cuerpo retorciéndose, agrietándose como una presa a punto de reventar.

Y entonces sucede.

No hay aviso, solo un estallido.

El crujir desgarrador de cada hueso; la piel resquebrajándose; las venas incandescentes haciendo arder todo su cuerpo; sus uñas; sus dientes; sus alas negras traspasando su espalda hasta elevarse al mismísimo cielo. Fuego. Fuego. Fuego.

Altuk'h.

La criatura dormida despierta, aniquilando al instante todo rastro del rey sygära que lo guardó y amparó. Ya no existe el padre, ni el amante, ni un ápice de razón. Solo el gran doh en la más salvaje de sus formas. Solo venganza. Solo destrucción.



CAPÍTULO 12
REVELACIÓN

Kal'ladril
31

Abro los ojos. Ya no hay ruido, ni viento, ni respiración, ni latido.

Todo se ha quedado en pausa para mí. El eclipse se mantiene sobre mi cabeza, el mar de cadáveres sigue cubriendo todo el campo de batalla. Estoy de regreso, pero no hay alivio. Vuelvo a estar aquí, con él. Rodeado de los ojos de esos miles de cadáveres que se mantienen en pie.

Me siento vacío. No hay nada en mi interior. Estoy roto. No como una metáfora, no como esa palabra que los juglares usan para hablar del dolor. No. Estoy roto de verdad, como si algo dentro de mí se hubiera partido de forma irreversible. Mi pecho está hueco. No puedo llorar, ni gritar, ni odiar. Todo lo que creía ser o sentir era una mentira. Todo lo que queda de mí, es un cuerpo sin alma.

¿Qué es real y qué no? ¿Dónde empieza el engaño? Y lo peor… ¿dónde termina?

Mi padre no viajó al norte buscando la paz. No fue Cinnadaoin quien rechazó su oferta. No fue una guerra irremediable, ni provocada por orgullo. Fue elegida, planificada, creada y sembrada por las dos personas que juraron ser mis padres.

Pero ni siquiera lo eran. Esos dos asesinos, esos dos actores, eran mi tía y el ladrón que abrazó su mentira. Mi madre verdadera, Onal'lia, fue

asesinada por quien fingió amarme toda la vida. Me arrancaron de su vientre, de su sangre, de su historia, y me hicieron odiarla. Mi padre, mi verdadero padre, Kelythael... Estaba bajo ese dragón que yo mismo eliminé. Seguí las ordenanzas de Karanthir al pie de la letra, y terminé cumpliendo con su macabro objetivo. Durante toda mi vida he sido solo un arma, y ahora entiendo que Zynael ha servido de carnaza.

Todo lo que creí… Todo lo que defendí… Todo lo que soy… No queda nada. Ni siquiera un nombre que me pertenezca. ¿Kal'ladril? ¿Quién es Kal'ladril? Solo un heredero del crimen, una marioneta, un error…

—Por tu silencio y tu expresión, interpreto que has podido ver lo que pasó —me habla de repente Ortheel, o Velydrel'h, ya no sé cómo llamarle —. Y si es así —prosigue, dando un paso hacia mí—, eso solo quiere decir que Zaydear no me mintió. Tienes el vínculo del dragón. Eres su hijo. Eres el hijo supuestamente nonato de Kelythael y de Onal'lia. Eres el cuerpo heredero de Altuk'h. Eres tú, zalèüh… Mi hermano.

Mi cuerpo no se mueve. No soy capaz de hacerlo. No tengo fuerzas para nada.

—Creí que habías muerto con mamá —Sus ojos azules se clavan en los míos—. Recuerdo cuando comenzaron a masacrar la ciudad. Estaba escondido con Märbuld, aquel niño y su madre, cuando unos soldados del Ejército Dorado nos encontraron. Me agarraron, me golpearon en la cabeza y me dieron por muerto. Por suerte desperté poco después, aunque durante mucho tiempo preferí no haberlo hecho.

Una lágrima recorre mi rostro, pero ni siquiera la siento. Estoy muerto. Soy un cuerpo sin alma y sin sentimientos.

—Sé solo lo que Zaydear me contó. Con lo que acabas de ver, tú ya has sido testigo de mucho más que yo —continúa—. Cuando desperté de aquel golpe que me dejó inconsciente, me encontré rodeado de muerte y destrucción. Aquel dragón negro inmenso que se suponía que mi padre debía lograr manejar, estaba destruyéndolo todo. Todo, menos el castillo. Intenté buscar a mi hermano, en cambio, solo pude reconocer su cadáver calcinado gracias a aquel medallón de plata que ambos llevábamos grabado. Logré llegar al castillo y me colé en su interior… Pero los soldados dorados del ejército sureño estaban encargándose de eliminar a todo

aquel que había logrado refugiarse dentro. Se habían propuesto no dejar a nadie… Y lo consiguieron. Yo no habría logrado sobrevivir si Zaydear no me hubiese encontrado y teletransportado.

—¿Por qué…? —murmuro de forma tan débil que apenas ni yo mismo me escucho.

—¿Por qué, a qué? —responde—. ¿Por qué decidió Puolhiry hacerle eso a su propia hermana? Porque era una cobarde que vivió ahogada en sus venenosos celos, y cuando conoció a Karanthir sintió finalmente las fuerzas de hacer lo que ella sola jamás habría hecho — comienza—. Kelythael era descendiente directo de Avoulh y Sauthriel, y como semidiós, completamente inmortal. Solo sus propias armas, portadas por su misma sangre, lo podían matar. Cuando migró a Cinnadaoin, acompañado por miles y miles de sygäras que querían ayudarle y venerarle, aseguró que jamás estaría con nadie hasta que no encontrara a su anämy real: aquella persona que le diese única y exclusivamente paz, que le ayudase a prosperar y le diese ese heredero que lo acabaría sucediendo —me narra —. Durante eones estuvo solo. Una tras otra, las mujeres iban a darle ofrendas y a intentar convencerle de por qué eran ellas una buena candidata para acompañar y multiplicar con el Rey Dragón. Pero jamás ni una sola le convencía. A todas las rechazaba. Puolhiry fue una de ellas.

Respiro hondo. Su historia comienza a enredarse en mi cabeza, llenándola de esta nueva y hasta ahora imposible versión.

—Descendiente de familia noble, de los antepasados originales que acompañaron a Kelythael en su destierro, estuvo yendo durante diez años seguidos, años sygäras, a darle ofrendas. Todos los días. Pero ninguno de ellos le prestó atención —continúa—. Hasta que un día se llevó con ella a su hermana pequeña, y por primera vez Kelythael la miró. Pero cuando se dio cuenta de que su atención no se centraba en ella, sino en la niña que se escondía detrás… Algo en Puolhiry se rompió — Su mandíbula se tensa—. Papá y mamá me contaron que él cerró al instante todas las visitas. Por lo visto, sintió que esa niña pequeña, a la que solo había visto una vez, iba ser su paz, su lugar seguro y su felicidad. No sabe si fue amor a primera vista, ya que solo era una niña de cuatro años… O si fue Altuk’h el que quedó obsesionado con las sensaciones que le provocó… Pero así fue. Ambos, tanto Kelythael como la gran bestia, se enamoraron. Y la esperaron. Desde

entonces, Puolhiry la odió.

Velydrel'h me mira de arriba abajo, observando mi derrotado semblante.

—¿Por qué nuestro padre no reaccionó cuando la asesinaron, a pesar de ser el hombre más poderoso de Elthymeron, ya que llevaba dentro al gran doh? Yo también me lo planteé, e incluso llegué a odiarlo —prosigue—. Pero más tarde entendí que, en realidad, no podía. No era poderoso, solo un esclavo que podía resultar muy peligroso. Kelythael era solo un hospedador secundario, su cuerpo no era el definitivo porque no era lo suficientemente fuerte como para retener el alma de Altuk'h durante mucho tiempo. Por eso apenas se transformaba. Solo lo hizo algunas veces, como una aventura, y solo en momentos de extrema calma. Por eso jamás hacía nada que pudiese llevar su propia rabia a un límite incontrolable. Lo más salvaje del dragón lo dominaba.

—¿Por qué yo… y no tú o cualquier otro?

—Porque de los hijos de Kelythael, tú fuiste el único donde Altuk'h vio futuro. Los voceros de los dioses ya anunciaron que sería el niño nacido de su segundo embarazo —me explica—. El objetivo del dragón siempre fue ser portado por un cuerpo fuerte donde pudiese mostrarse habitualmente. Un cuerpo con la sangre de nuestras deidades, cuya alma fuese tan poderosa como para poder convivir con la suya sin entrar en conflicto. Un cuerpo indestructible, donde lo más racional de los sygäras pudiera unirse al más poderoso de los reyes. Un cuerpo donde pudiera existir una dualidad perfectamente equilibrada entre los dos. Tú, zalèüh, eres el único elegido que logrará controlar la voluntad de Altuk'h como si fuese la tuya propia.

—¿Acaso un mero parásito tiene el derecho de ser selectivo? — gruño sin fuerza.

—Solo lo ves así porque te han manipulado… —Frunce el ceño— . Pero Altuk'h es parte de ti y de tu sangre. Tienes la herencia del Rey Dragón, y el apellido Dohärion. Su alma entró en ti en el mismo instante en que liberaste a Kelythael.

—¿Qué…?

—Sabía que lo harías. Zaydear me contó que mi hermano, quien sería

Mäilkun Doh, estaba vivo. Me avisó que irías a matar a nuestro padre —revela.

—¿Y aun así lo toleraste?...

—Por supuesto —Asiente—. Kelythael, lo que él fue y defendió, desapareció para siempre en el mismo instante en que dijeron que tú habías muerto. Todo el sentido de su vida se esfumó contigo y con Onal'lia. Nuestro padre murió en la Gran Guerra, eclipsado y asfixiado bajo la conciencia salvaje y rabiosa del dragón. Al matar a la bestia, solo le libraste de ese cuerpo irracional en el que ambos habían quedado atrapados para toda la eternidad.

—Yo no lo maté —sentencio, confesándolo por primera vez—. Fue Zynael.

—La bruja…

—La maga —le corrijo.

—Pero fue con ese arco, con esas flechas y esa espada —adivina. Mis ojos se abren de par en par—. Antes te he dicho que solo sus propias armas, portadas por su misma sangre, lo podían matar. Da igual si las usaba ella. Esas preciosidades doradas que llevas son sagradas, y te pertenecen a ti desde que nuestro padre se perdió dentro del dragón. Tú estabas a su lado y compartías su voluntad de matarlo. Por eso funcionaron.

Mi corazón se vuelve a paralizar. Por un momento, siento que me voy a desplomar.

—Esa espada tuya, ese arco, esas flechas… No sé qué historia te habrán contado sobre ellas… Pero son armas creadas por el mismísimo Avoulh —desvela—. Son armas forjadas con la sangre de nuestro dios. Las creó como regalo para aquel que ocupase el puesto de Mäilkun Doh. Antes de ti, Kelythael las guardaba en su salón. Karanthir debía saberse muy bien la teoría, las robó antes de huir y te las cedió. En manos de un impostor, habrían perdido todo su poder y todo su valor.

—Uttilam'h… —Sostengo mi espada entre mis manos temblorosas y la admiro con más pasión y dolor que nunca—. Me dijo que era una herencia interminable; la espada del rey de reyes… Velydrel'h asiente.

—Por lo menos te dijo su nombre de verdad.

—Me estoy mareando… —Llevo mis dedos a las cuencas de mis ojos y las aprieto. Todo a mi alrededor da vueltas. Tengo nauseas, falta de aire y calor.

—Es normal, es mucha información… Pero debes saber más — continúa —. Cuando Kelythael te dio por muerto, estalló todo lo que terminó siendo conocido como la Gran Guerra. Altuk'h, el dragón, calcinó todas sus tierras con el único objetivo de aniquilar a sus enemigos. Los ciudadanos de Cinnadaoin en ese instante le dieron igual. Eran un mal menor necesario para hacer pagar a sus rivales por lo que habían hecho.

Me tambaleo, pero consigo sostenerme en pie. Mientras tanto, Velydrel'h continúa con su historia.

—Destruyó todo menos el castillo. Ahí fue donde habían asesinado a nuestra madre, y para él pasó a ser su templo para venerarla.

—Su mayor tesoro… —Ahora entiendo todo—. La tiara en el suelo… La canción de la caja de música… Era ella… Era el lugar donde había reposado su cadáver… Era Onal'lia cantando sobre nosotros… —¿Oíste la canción? Era nuestra nana… —Velydrel'h respira hondo, afectado con el recuerdo de aquellos versos—. Karanthir y Puolhiry huyeron con sus dos farcnars tan pronto la bestia inició su transformación, dejando a todos sus hombres atrás, permitiendo que fuesen calcinados —prosigue—. Lo único que les importó fue salir de allí para propagar su mentira. Su falsa historia.

—¿Y qué hay de mí…? —murmuro, volviendo a fijar mis ojos en los suyos —. ¿No se suponía que morí allí? ¿No fue esa la razón que llevó a Kelythael a no poder sostenerse más? Puolhiry estaba embarazada en esa visión… ¿Quién era ese niño si no era yo?

—Aquel embarazo fue solo una estrategia, y aquel niño una herramienta que debió sacrificar en cuanto lo parió —masculla—. Hasta hace un tiempo, yo también creí que estabas muerto. Pensé que el peliblanco del que hablaban las historias era realmente el segundo hijo biológico de Puolhiry y Karanthir… Pero entonces, hace cuatro años humas, Zaydear me contó quién eras de verdad. Debieron llevarte con ellos para intentar reanimarte, y viéndote ahora, sé que lo consiguieron.

Siento una nueva arcada apoderándose de mi estómago. Todo dentro de

mí está tan vacío que no logro pensar con claridad. No funciono. No respiro. No me conozco.

—Inicié el plan para esta guerra hace muchísimos años, zalèüh — me cuenta—. Los asesinos me dejaron sin nada, y se encargaron de ensuciar el recuerdo de mi hogar y de mi sangre. Juré que os vengaría, fuera como fuese. Pero hace cuatro años, cuando supe que seguías vivo, cambié mi plan. Mi objetivo pasó de ser solo venganza, a sumarle la idea de recuperarte.

—Venganza… —Mi vista comienza a nublarse, ya apenas distingo nada.

—Ahora que sabes la verdad, estamos juntos en esto —Se acerca a mí, pero yo ni siquiera puedo verlo—. No sé cuál sería el plan de Karanthir al pedirte que te enfrentases directamente a mí. No podía saber con exactitud quién era yo, pero seguro que contaba con la posibilidad de que fuese alguno de esos hijos que no se aseguró de eliminar. Sea quien fuese, sabía que Ortheel te reconocería. Eres un calco de nuestros padres, y sabía que no te atacaría. Tal vez pensó que tú me matarías antes de poder enterarte de lo que hicieron —Intento escucharle, pero me cuesta mantener la concentración. El mareo que siento comienza a dejarme sin sentidos y sin reflejos—. O tal vez no le importe que sepas la verdad, y tenga un plan para continuar usándote a su antojo a partir de ahora.

Algo se me clava en la espalda, un dolor punzante que reconozco al instante: Mi instinto.

—Zynael…

Lo primero que pienso es en su rostro. Sus ojos plateados; su piel olivácea marcada por esas sutiles y hermosas galaxias; su cabello dorado; sus labios susurrándome que me quiere; sus dedos aferrados a los míos mientras nuestros cuerpos se fusionan… Y en ese instante lo entiendo. Ahora todo encaja. Sé por qué Karanthir aceptó nuestra unión con esa facilidad. Todo fue fingido. Se por qué me dieron su bendición como si no les doliera; por qué no hubo reproche; por qué me animaron y me desearon felicidad… No era por amor hacia mí. No era por respeto. No era aceptación por lo que había elegido, ni por mis sentimientos. Era cálculo. Una jugada más. Una estrategia redonda y perfecta dentro de su tablero. Debían retenerme a su lado, debían mantenerme cerca de su bando hasta

el final.

Zynael. Mi Zynael… ¿También ha sido parte del plan? ¿Hasta qué punto fue ella misma conmigo? ¿Hasta qué punto la han usado? ¿Estaba participando? ¿Sabía algo? ¿Sospechaba? Mi garganta se cierra y no me permite formular las preguntas. Solo el vacío responde en mi interior. La sospecha se clava en mi corazón como miles de espinas.

—No… —susurro, pero no tengo voz. No tengo fuerza—. Ella jamás me haría eso… Es imposible que ella esté dentro de todo esto…

Me doy la vuelta con la necesidad urgente de verlos. A ella, a Idril, a Daisha, a Thaeón, a Avaldur'h… A cualquiera. A alguien que me salve, que me mire con verdad.

Pero el campo está vacío.

No hay nadie conocido. No hay ni un solo aliado. No hay soldados dorados, no hay humas, no hay nyëlkhems, ni siquiera están los estandartes… Solo hay dugrulhs. Muertos vivientes que se mantienen de pie, con sus ojos blancos clavados en mí. Observándome como si yo fuera la grieta que ha partido Elthymeron en dos.

Estoy solo. Tan solo por fuera como por dentro.

—El ejército aliado comenzó a retirarse justo en el momento en que entraste en la visión —dice Velydrel'h desde algún lugar en mi espalda—. Y no he sido testigo de nadie que se haya resistido. Tal vez sea parte del plan de Karanthir, o tal vez… todos estén jugando contigo.

Incluso los farcnars los han seguido.

—No… Es imposible… —murmuro—. Zynael jamás me haría esto… Me ama… Roc y Sumli jamás me abandonarían sin una explicación… Son leales…

—¿Aún tienes fe en alguien? —duda—. No puedes fiarte de nadie. Hasta hace un momento, jamás habrías adivinado que Karanthir y Puolhiry, los que se suponía que eran tus padres, fuesen realmente esto.

Mi mirada se estrecha. Me doy la vuelta y lo encaro. El corazón me late en el cuello como si quisiera salir huyendo.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad que sí? —gruño—. Tú intención es destruirme, igual que ellos te destruyeron a ti.

Él me sostiene la mirada con esa paz imperturbable que me revuelve el alma. Una calma que, de nuevo, me provoca rabia y arcadas.

—No. No disfruto viéndote así —responde—. Pero sí disfruto viendo cómo la mentira se derrumba a tu alrededor. Es justo, es inevitable y es necesario.

El mundo me da vueltas. Me tambaleo. Intento avanzar, pero mis pies se hunden en esa mezcla de barro y sangre, y pesan demasiado. Apenas tengo fuerzas para levantarlos. No tengo aliento, ni dirección. Ya no sé dónde está el norte, dónde está el sur, ni si alguna vez tuve un camino verdadero. Ya no tengo hogar.

Estoy a punto de desplomarme, cuando de repente su mano me sujeta por el brazo. Reacciona rápido, como un reflejo, como si de verdad intentara evitarme la caída. Como si le importara.

Lo aparto con brusquedad, rechazándolo con la misma rabia con la que el cuerpo rechaza al veneno.

—¡¡No me toques!! —escupo con la voz rota, llena de ira.

Me sostiene la mirada, y no lo soporto. Es como mirar a una sombra de mí mismo que no siente culpa ni dolor.

—Te odio. Te odio tanto como odio a Karanthir y a Puolhiry — gruño—. Jamás les perdonaré lo que me han hecho; jamás les perdonaré lo que le hicieron a los que eran mi familia de verdad; y jamás me perdonaré a mí mismo lo que terminé haciendo por ellos. Pero tampoco te lo perdonaré a ti. Tú… —Miro alrededor, hacia esos muertos que nos rodean—. Tú has condenado a todos estos seres a una existencia vacía; has torturado a las almas de todos aquellos que murieron y han muerto en torno a mi nombre; y has jugado a ser un dios en un mundo que ya no podrá creer jamás en ninguno. ¡¡TÚ HAS MATADO A JÓNGRUF!!

Sus ojos titilan. Por un instante parece querer justificarse, pero en lugar de palabras, levanta la mano. De repente, con un gesto simple y suave, como un soplo en la oscuridad, todos los cadáveres se desvanecen. Algunos se disuelven en polvo y en ceniza, fundiéndose con el viento. Los más «nuevos» se desploman, como si de repente se hubiese esfumado toda la magia que los mantenía.

El silencio se hace aún más profundo, más insoportable. Y de nuevo,

vuelvo a ahogarme. Ya no hay nada que me mire. Ni un alma. Ni un reflejo.

Solo quedamos él y yo, bajo este cielo ciego llamado eclipse.

—Aunque no compartas mis medios, estamos juntos en esto — me susurra—. Te guste o no, pertenecemos al mismo linaje, somos de la misma sangre y compartimos el mismo destino. Lo aceptes ya o siglos más tarde, eres mi hermano. Y de hoy en adelante, no dejaré de acompañarte.

No le respondo. No puedo. No quiero.

Empiezo a andar. Mis pies avanzan muy despacio, uno tras otro, arrastrándose. Como si cada paso fuera una condena. Como si no fueran míos. Como si el cuerpo hubiera decidido moverse por su cuenta mientras mi alma se ha quedado aquí, clavada en el centro de esta mentira, para siempre.

Mis piernas tiemblan, pero no me detengo. Suspiro tras suspiro, el campo de batalla se va quedando atrás, pero no veo nada frente a mí que llegue a despertarme paz. Ya no veo un rumbo correcto. Ya no encuentro belleza en ningún lugar de este continente. La justicia ha dejado de existir, y con ella todas esas motivaciones por las que siempre viví.

Avanzo hacia Wolftundur. Necesito cruzar el río Jhaskuun y llegar a Dostanit. Sé que están allí. Tal vez me espere la máxima traición y acabe llevándome al fin… Pero ese pequeño anhelo de encontrar en ella una última chispa de verdad, hace que cada paso merezca la pena. Solo me queda una última esperanza. Solo una.

Zynael.

Todo lo que hemos vivido, lo que hemos sentido, los sentimientos que hemos compartido… Solo pido que eso sea real. Si al menos lo nuestro ha sido de verdad, tal vez algo dentro de mí aún se pueda salvar.

Velydrel’h, Ortheel, camina detrás de mí. No hace ruido, ni me habla, pero su sombra me sigue como si fuese la mía propia. Ese enemigo que pensaba poder derrotar, se ha transformado en una pieza clave de la que ya jamás podré huir. Podría pensar que me ha mentido, pero por alguna razón mi cuerpo le ha creído. Y juro por los dioses que jamás habría sufrido un dolor igual.



Zynael
19

Estamos en la muralla de la fortaleza de Dòstanit. Han logrado encadenar de las patas a los farcnars, utilizando su estúpida pero eficaz amenaza en cadena. Me han dicho que si no les pedía sumisión, dejarían morir a Idril. Y por supuesto, Sumli y Roc han obedecido. Me han dejado sin armas. La cuerda que anuda mis muñecas es muy áspera, y se clava en mi piel con rabia. Es una soga especial que inhibe la magia. Mientras esté en contacto con ella, se aseguran de que no pueda usarla.

Dos soldados dorados bajan la vista para amarrarme también los tobillos. Uno de ellos es Avaldur'h. Aún no sé si está fingiendo, o si verdaderamente está detrás de todo esto, pero mi respeto por él se ha esfumado por completo.

—Sois patéticos —mascullo con el ceño fruncido—. Obedeciendo las órdenes de Karanthir como perros, en lugar de estar donde deberíais:

con Kal'ladril, luchando a su lado en estos momentos.

Avaldur'h mantiene la cara baja, atento a su tarea.

—Lo siento, mi señora... —Me mira el soldado desconocido de manera sutil, antes de volver a disimular—. Tú solo... confía en que todo va a salir como debe ser.

Me giro, encarándolo directamente a él. A Karanthir. Está apoyado en uno de los merlones de la almena de la fortaleza, mirando al horizonte hacia el río Jhaskuun, como si estuviese esperando algo, o a alguien. Su porte se mantiene altivo, sosteniendo esa frialdad de quien cree tener razón incluso cuando destruye todo lo que toca.

—Sé lo que pretendes, malnacido —le escupo—. ¿Cómo puedes estar

tan tranquilo? ¡Has utilizado a tu hijo toda la vida como si fuese tu juguete!

—No es mi hijo, ni tampoco un juguete —murmura de repente— . Es un arma.

—¿Qué?... —Me quedo sin aire—. ¡¡No tienes honor!! ¡Te juro que voy a…!

—¿A qué? —me corta, dándose la vuelta hacia mí—. Última advertencia, nyëlkhem del demonio: Contrólate si quieres que tu amiga no muera.

—¡Ya he cumplido con mi parte! —me quejo, volviendo a agitarme—. Si vas a usarme de rehén, hazlo. Pero suelta a mi padre y a Döriel, y despierta ya a Idril. He obedecido. ¡Deja que ellos se vayan!

Karanthir se jacta, soltando una risa seca y vacía de alma.

—Aquí las reglas no las pones tú, Zynael —Camina frente a mí lleno de orgullo—. Además, no soy idiota. He sido testigo de tu poder y tu destreza. ¿Crees que voy a arriesgarme a que lo uses contra mí antes del momento clave? Solo yo sé dónde está el antídoto para tu amiga. Si lo quieres, contrólate y cállate. Y no vuelvas a insultarme.

—Eres un… —pero me silencio. Por Idril, por mi padre y por mi amigo. Solo porque necesito asegurarme de su bienestar. Solo porque necesito que los liberen.

Karanthir se echa a reír de nuevo, como si todo esto le divirtiese.

—Por los dioses… Y yo que incluso había llegado a preocuparme… —Silva—. Cuando Dai-sha me dijo que para lograr amedrentarte deberíamos capturar a tu amiga, y amenazarte con ella, no pensé que sería tan sencillo. Pero una vez más… Cuán maravillosa es la dependencia emocional para todos los que la sabemos aprovechar.

Miro a Dai-sha y le lanzo una mirada envenenada. Era nuestro compañero, nuestro amigo, el mejor amigo de Kal'ladril... Y aún así…

—Eres un traidor... —bufo entre dientes—. No tienes integridad, ni siquiera la conoces. Debería darte vergüenza la cantidad de mentiras que has soltado mirándonos a la cara… A todos. Pero especialmente a él.

Dai-sha no contesta. Su mandíbula se tensa y su mirada me esquiva. No parece orgulloso de lo que está haciendo, pero tampoco veo duda en él. Es como si algo dentro de su ser aceptara el precio de este desprecio. Como si sus acciones estuvieran entregadas a algo más grande que su propia

voluntad, y no fuese capaz de hacer nada en su contra.

Avaldur'h permanece cerca de mí, fingiendo ser un simple soldado del Ejército Dorado. Su mirada no se aparta ni un segundo del hechicero, y tampoco de los reyes: Karanthir y Elwë. Cuando se ha asegurado de que ninguno nos está prestando atención, se inclina hacia mí y baja la voz para que solo yo le escuche.

—Perdóname —Sus labios rozan mi oreja—. No contaba con lo que os están haciendo. Voy a encontrar la forma de sacaros de esta…

Arrugo la nariz y lo miro con desprecio. No puedo fiarme de él. No puedo, ni quiero, fiarme de nadie en estos momentos. —Tú sabías lo que pretendían, desde el principio… —Sabía todo, menos esto.

—Desgraciado…

—No te culpo. Yo, en tu lugar, también odiaría a todo el mundo.

Thaeón se retuerce. Está en el suelo, tirado de lado, con las muñecas atadas a los tobillos, justo al lado del cuerpo inconsciente de Idril, de mi padre y de Döriel. A ellos también los han apresado. Pero la forma que ha tenido el aldeano de mirarme desde entonces, casi con culpa, solo me indica que sabe mucho más de lo que me ha contado.

—Zynael, por favor… Mírame —me suplica de nuevo. Lleva haciéndolo desde que hemos llegado—. Yo no sabía nada de esto… te lo prometo.

—Cállate —Cierro los ojos y aprieto los dientes. El simple hecho de escucharle ya me duele—. Ahora no quiero hablar contigo, Thaeón.

—Por favor… —solloza entre susurros—. No puedo perderte a ti también…

—Cállate. No quiero oírte… Ahora no —repito—. Si no fuese por la culpa que siento por lo que le ha ocurrido a Jóngruf, ni siquiera estaría contestándote. Así que cierra la boca, y no me obligues a tener que ignorarte.

Thaeón niega con la cabeza y llora, tragando saliva con dificultad.

Sé muy bien lo que está pasando. Sé muy bien lo que Karanthir está esperando. Cree que Kal'ladril va a transformarse en dragón, porque piensa que fue él quien lo mató. Está seguro de que ahora su don puede convertirlo en Mäilkun Doh. Ese fue el verdadero motivo de mandarlo a

esta misión. Y todos ellos… todos nuestros amigos… los que una vez consideramos como tal… lo sabían. De un modo u otro, sabían que esto pasaría. Estoy tan cabreada y rabiosa, que ahora mismo no puedo pensar con la razón. En estos momentos mataría a cualquiera que intentase justificarse dándome una explicación.

Mi corazón va a mil por hora. Tengo pánico. Temo que mis peores pesadillas puedan ser una realidad. Pero no lo puedo demostrar. No puedo darles esa seguridad. Me obligo a sonreír de forma provocadora y vuelvo a fijarme en Karanthir y en Elwë, ambos tan concentrados mirando más allá de la oscuridad del eclipse, esperando con impaciencia a que la figura del gran doh aparezca volando en su dirección.

—¿Pretendéis usarme como carnada, no es así? —les hablo—. ¿Creéis que vais a poder manipular a Kal'ladril solo por tenerme como rehén? ¿Es ese vuestro plan?

Elwë se gira hacia mí con el ceño fruncido. Karanthir me fulmina con la mirada.

—Nyëlkhem, eres repugnante e inaguantable —murmura—. No sé cómo Kal'ladril ha podido siquiera tocarte.

Expiro una risita orgullosa.

—Eso es un sí.

—Sí —confirma—. Eres el bozal con el que voy a poder amansar a la bestia. Yo de ti no estaría tan subidita. Si funciona, ten por seguro que te vas a pasar apresada todo lo que pueda quedarte de vida.

—Zynael, por favor… —me ruega mi padre, intentando evitar que diga algo de lo que pueda arrepentirme.

Sé que intenta evitar que los cabree más, dada la situación en la que nos encontramos. Pero no me importa. Si de verdad me están usando de carnada, no van a hacerme nada. Me necesitan. Necesitan que esté entera para poder amenazar a Kal'ladril con hacerme daño si no les obedece.

—Ridículos… No va a funcionar —Me río—. Kal'ladril no va a ceder a vuestros chantajes. Nunca más. Ni siquiera por mí.

—¿Y eso te haría más feliz? —Sonríe Karanthir—. Es fácil: Si no me sirves, te mato. Así que cuidado con lo que deseas.

—¿Y tú, Dai-sha? —pregunto, sintiendo cómo la rabia me arde desde dentro—. ¿Dónde entra tu actuación de mejor amigo en todo esto?

El hechicero continúa sin mirarme. Elwë lleva sus ojos de su antiguo amor a mí, y de nuevo de vuelta.

—Dai-sha entró a nuestro servicio precisamente por su capacidad de ver el futuro mediante pociones —me cuenta el nuevo rey, como si así pudiese defenderlo—. Cuando mi hermano nació, mi padre necesitó colocar a su lado a un siervo del destino que se encargase de proteger el orden exacto de su futuro. Su misión siempre fue la misma: velar a Kal'ladril para que no descubriera nada antes de tiempo; asegurarse de que nadie, jamás, dijera una palabra que pudiese sacarlo de su trayecto. Ha sido el guardián del silencio, y ha cumplido con su papel incluso cuando le ha dolido.

—Qué conmovedor —El asco en mi voz es evidente—. Solo es un maldito traidor.

—Mi hermano y…

—¡Deja de darle explicaciones a la mestiza, Elwë! —exclama Karanthir con rabia—. ¡Y empieza a acostumbrarte a llamarlo por su verdadero nombre! Tu *hermano* es Altuk'h, nada ni nadie más que eso. Siervo y protector de la familia Akhelbec'h.

El corazón se me parte en mil pedazos al momento. Nada puede sostener la impotencia que siento. Tengo ganas de llorar, de gritar, y sobre todo de eliminarlos de este mundo. No quiero tener que ver sus caras nunca más.

—Decidme algo… —continúo hablándoles a pesar de sus advertencias, furiosa—. ¿Alguna vez le habéis querido de verdad? ¿Alguna vez ha sido algo más que una simple estrategia?

—¿Quererlo? Por supuesto que sí —sentencia Karanthir—. De la misma manera que se adora al oro o a un tesoro. Es imprescindible para nosotros. Todos estos años, le hemos dado la educación que merecía como dragón. Hemos trabajado su templanza, su nobleza y su lealtad; y lo más importante de todo, le hemos enseñado a amar su único y verdadero hogar.

Elwë aparta la mirada bruscamente. Algo en su forma de temblar me dice que no piensa igual. Él quiere a su hermano, como lazo familiar. Pero

es un maldito cobarde, y no va a hacer ni decir nada en contra de su padre.

—Sois unos monstruos… —murmuro—. ¿Quién era Kal'ladril antes de acabar en vuestras manos…? ¿Quién es él en realidad?

Karanthir vuelve a reírse. De nuevo, todo esto parece divertirle.

—¡¡CONTÉSTAME!! —le grito, olvidándome de sus exigencias.

—Tu amante, nyëlkhem…, no es ni más ni menos que el hijo de aquel rey al que asesinasteis bajo la piel de un dragón —responde finalmente—. Y de la portadora original de esa tiara que llevas en la frente.

Me quedo completamente muda. Destrozada. No siento nada positivo en estos momentos. Es como si de repente, toda mi fuerza se hubiese esfumado por completo. Miro a Avaldur'h de reojo, algo en su expresión me dice que él ya lo sabía. Me fijo en Thaeón, y me doy de frente con la misma expresión. Es mucho peor de lo que creía… ¿Acaso Kal'ladril y yo éramos los únicos que no sabían esta horrible verdad?

Elwë entrecierra los ojos, sopesando todo lo que acaba de ocurrir.

—¿Crees que Kal'ladril, quiero decir, Altuk'h… —se corrige a sí mismo—, nos odiará por todo esto? ¿Crees que perderemos para siempre todo su respeto?

—Nos odiará ahora, por supuesto —responde Karanthir con calma—. Tendremos a nuestra disposición a su mayor perdición, así que de momento no podrá hacernos nada. Y eso será solo cuestión de tiempo. Tarde o temprano comprenderá que este era su destino. Fueron los dioses los que prometieron un dragón para proteger las tierras sagradas, nosotros solo hemos tenido que lograr que eso no se alargase más. Algún día entenderá que no fue culpa nuestra que la sangre de Altuk'h corriese por sus venas.

—Pero… —Vuelve a hablar Elwë—, a mí me gustaría mantener nuestro vínculo.

—Eso dependerá de él —Karanthir mira a su heredero—. Tu madre y yo ya te advertimos esto. Te guste o no, le vamos a hacer mucho daño. Siempre has sabido que este momento llegaría. Te repetimos muchísimas veces que estuvieses preparado para desvincularte de la relación de hermanos que habíais creado.

—Lo sé, pero…

Antes de que pueda terminar de responder, se oyen varios pasos muy marcados ascendiendo por las escaleras. Puolhiry, Nenya y Hansley acaban de llegar a la almena.

—¿Ha ocurrido ya? —pregunta Puolhiry, llegando acelerada junto a su esposo—. ¿Lo ha conseguido?

—No, aún no… —rechaza Karanthir—. Se está demorando más de lo que esperaba.

La forma que tienen de hablar del sygära al que han criado desde pequeño, me provoca escalofríos. Soy incapaz de comprender cómo puede existir en alguien tanta frialdad y tanto desapego, incluso a pesar de todo lo que Kal'ladril ha hecho por ellos.

—Sois repugnantes… —Cierro los ojos al mismo tiempo que los puños, incapaz de contenerme si les miro—. Habláis de él como si no tuviese sentimientos… Como si fuese un simple objeto…

—¿Aún está viva? —Parece quejarse una de las gemelas. Por su voz, creo distinguir a Nenya—. ¿Y si empezamos con ella ya, y utilizamos como señuelo a los amigos?

Vuelvo a abrir los párpados y me fijo en ellas. Nenya se dirige a Elwë con altanería y le besa, aunque este no la recibe con mucho apetito. Hay algo en él que no parece encontrarse demasiado bien con lo que está sucediendo. Igual que Hansley. Sus ojos se dirigen de mí a Thaeón, y después a Idril, a mi padre y a Döriel. Veo algo de culpa en su expresión, aunque dudo que sea por nosotros. Solo está pensando en el dolor que esta estrategia va a causarle a Kal'ladril.

Así que decido aprovecharlo.

—Maldita arpía… —gruño—. Tú decías haberte enamorado de él, pero eras pura mentira. No sabes lo mucho que vas a decepcionarle… Kal'ladril llegó a sentir apego hacia ti, y mientras tanto tú estabas confabulando con aquellos que van a destrozarle.

—Yo jamás he querido dañarle —responde ella, mirándome con angustia—. Mi corazón lo ama de verdad, y está tan roto como el tuyo en estos momentos.

—Tu corazón no ha podido romperse. No puedes perder lo que nunca tuviste.

—¡Que alguien le corte la lengua a esta impertinente malnacida! ¡Soldados! —salta la futura reina de nuevo—. ¡Acaba de insultar a mi hermana!

—¡¡Nadie va a tocar a la mestiza!! —Se enerva Karanthir, girándose hacia ellas por primera vez desde que han llegado—. ¡¿Acaso no os ha quedado claro el maldito plan?!

—¡Pero soy la futura reina! ¡Y ha insultado a mi hermana! —Patalea Nenya.

—¡Y hasta que muera, yo seguiré siendo el rey! —Su irascibilidad en este momento de impaciencia se multiplica—. ¡La nyëlkhem es nuestra única oportunidad para lograr manejar a Altuk'h! ¡Sin ella estamos muertos! ¡¿Es que no lo entendéis?! ¡¡Maldición!! ¡¡Haced que se calle!! ¡¡Pero no le toquéis un solo pelo de la cabeza!!

Avaldur'h se planta frente a mí, fingiendo obediencia fiel al que se supone que es su rey; continuando con la actuación que conlleva la armadura dorada que está vistiendo.

—Hago esto para poder estar cerca de ti, y asegurarme de que no se les vaya de las manos… —me susurra, como si de nuevo quisiera disculparse.

Lo miro de arriba abajo con todo el odio que está acumulándose en mi interior, pero no digo nada. Mi expresión ya revela lo que siento. Entonces coge un trozo de tela vieja y sucia, y la usa de mordaza, anudándola alrededor de mi cabeza para lograr silenciarme por la fuerza. El nudo me tira hacia atrás el cuello y me obliga a callar. Solo puedo respirar por la nariz. Ya no puedo hablar, ni protestar, ni siquiera defenderme con palabras. Todo lo que me queda son los ojos, y en ellos llevo clavada la rabia.

Karanthir comienza a caminar de un lado a otro, despacio, disfrutando del eco de sus propios pasos y de vernos de esa manera: apresados, incapaces de hacer nada, humillados. Nos detesta desde el primer día que nos vio junto a Kal'ladril, el simple hecho de que seamos humanos y mestizos siempre le ha provocado auténtico asco.

Después mira a su mujer y a su hijo con una sonrisa convencida y altiva,

como si el universo entero ya estuviese a sus pies.

—Con el favor de Mäilkun Doh a nuestro lado —declara—, no solo defenderemos nuestras tierras sagradas, sino que además conquistaremos cada uno de los reinos de Elthymeron. No dejaremos ni una sola milla sin nuestras banderas. Instalaremos nuestra soberanía. Nuestra supremacía será incuestionable.

Puolhiry muerde sus labios y asiente, como si eso que escucha fuese un sueño para ella. Un sueño que parece ver muy de cerca.

—Pero no terminaremos ahí —continúa Karanthir—. Cruzaremos los mares, los océanos, y llevaremos el símbolo del dragón y el Sol a cada rincón del mundo. Namhliä al completo se inclinará ante nuestra estirpe. El tiempo de las razas inferiores ha terminado. El caos de los mestizajes y de las alianzas interraciales ha llegado a su fin. Seremos el inicio de una nueva era, y nadie podrá oponerse a ella.

—Y mi hijo —añade Puolhiry con voz orgullosa—, será el más grande de todos los reyes que jamás hayan pisado este mundo o cualquier otro. Su sangre no tendrá igual. El linaje perfecto nacerá de él, y ningún trono podrá resistirse a su poder. Será la joya del nuevo mundo. Un heredero y un padre de pureza inquebrantable.

Elwë respira hondo y estira el cuello con altivez. Por mucho que parezca incomodarle el hecho de tener que alejarse de Kal'ladril, el peso de la corona y de todo lo que sus padres quieren lograr para él parece importarle mucho más. No existe nada para ese sygära que sea más importante que su clasismo, y una vez más, lo está volviendo a demostrar. Aunque en realidad, teniendo en cuenta los padres que lo han parido y lo han criado, ya no me sorprende. Ahora entiendo por qué Kal'ladril era tan diferente.

Y cuánto lo agradezco.

De repente, Hansley se tensa y se pone alerta. Avanza, empujando a su propia hermana, y se apoya sobre la almena con los ojos fijos en la oscuridad del horizonte. Su ceño se frunce, intentando enfocar su vista en la distancia.

De pronto, señala.

—Allí —Extiende el brazo y marca lo que acaba de divisar—. Creo que es

él…

Todos giramos la mirada en esa dirección, y entonces lo vemos. Entre la oscuridad espesa del eclipse, Kal'ladril avanza destrozado, arrastrando cada paso como si apenas pudiera sostenerse. Sus pisadas son lentas, desequilibradas, como si el suelo se hundiese bajo sus pies con cada movimiento. Camina sumido en un vaivén de cansancio, con el cuerpo quebrado, y su alma mucho más. Está completamente magullado y herido, sin embargo, es su rostro el que me destruye.

«Lo sabe… Lo sabe todo»

Jamás he visto unos ojos tan neutros, tan vacíos. El brillo de su mirada dorada se ha desvanecido por completo. Ahora es mate. No hay rabia, ni dolor, ni expresión… Y eso me mata, porque sé que detrás de ese abismo de calma, existe una tristeza tan profunda que ni siquiera logra encontrarla. Es una nada tan absoluta que asusta. No hay lucha en él. No hay resistencia. En este instante, es solo un cuerpo que avanza porque no tiene otro lugar donde ir.

El nudo de mi garganta se cierra hasta ahogarme. No puedo verle así.

De repente, como salido de la propia sombra de Kal'ladril, aparece Ortheel. Ya no lleva yelmo, su rostro se muestra como un reflejo del sygära al que está siguiendo. Mi espalda se crispa al instante, ordenando cientos de teorías que comienzan a martillearme la cabeza.

—¿Ese es?... —murmura Karanthir, mostrándose repentinamente tenso —. Mierda… Lo sabía… Sabía que sería uno de ellos. Si no lo ha matado, puede que todavía no se haya transformado…

—Tal vez le haya perdonado la vida tras descubrir quién es — Puolhiry agarra el brazo de su esposo, no sé si con preocupación o con repentina motivación—. ¿No crees?

—Tal vez —gruñe Karanthir—. Si eso es así, si lo ha perdonado a él, entonces es más sumiso de lo que habíamos previsto. Será muy fácil dominarlo.

Cierro los ojos con rabia. Quiero gritarle que le quiero, que no está solo, que no todo a su alrededor ha sido una completa mentira, que yo sé quién es, que estamos juntos en esto… Pero no puedo. La mordaza me aprieta los labios con la misma violencia con la que este momento me aprieta el alma.

Las muñecas y los tobillos me duelen, oprimidos dentro de esas cuerdas que eliminan mi magia. Pero ni el entumecimiento ni la tensión se comparan con el ardor que siento por dentro.

Escucharlos hablar con esa frialdad, se escapa por completo a mi entendimiento, mis valores y mi corazón. Nombran a Kal'ladril como si fuera un asunto, una herramienta que llevan moldeando mucho tiempo. No hay temblor en sus voces, no hay una sombra de duda, ni un vestigio de compasión. ¿Cómo pueden hablar así de él? ¿Después de tantos años a su lado? ¿Después de haberlo criado; de haberlo visto crecer, reír, luchar, caer y levantarse? ¿Después de todo lo que ha hecho por ellos?

Aprieto los párpados con fuerza. No quiero verles mientras destrozan su nombre, sin poder hacer nada para evitarlo. No quiero ver la calma con la que lo reducen.

Kal'ladril es el hombre más increíble, constante y fuerte que he conocido en toda mi vida. Su alma es sumamente leal, su corazón arde por defender a aquellos que admira… Y durante toda su vida, no ha hecho más que pelear por hacerles sentir orgullo. Incluso a costa de sí mismo. Lo he visto sangrar por ellos; lo he visto pelear por ellos; lo he visto callar por ellos, mordiéndose la lengua una y otra vez solo por defenderlos, por no defraudarlos. Y ahora sé que todo eso fue en vano. Ellos nunca lo vieron como yo lo estaba viendo. Ellos nunca lo amaron.

Y me duele —«Por Sauthriel…, cómo me duele»—. No por mí, sino por él. Si mi mundo está deshaciéndose por dentro al oírlos, no puedo ni imaginar lo que debe estar sintiendo él.

Quisiera poder liberarme, correr, arrancarle ese dolor de los hombros con un beso y decirle una y otra vez lo que siento por él. Pero estoy aquí. Atada. Callada. Sin magia. Y mientras tanto, ellos siguen hablando como si no significara nada.

Vuelvo a mirar a Karanthir cuando lo escucho dar un paso al frente

—¡Kal'ladril! ¡Heredero de Altuk'h! —exclama con toda la potencia de su voz— ¡Detente! ¡No des ni un paso más!

Y él se detiene. En seco. Obedeciendo al instante, como si ya no tuviera fuerza de voluntad. Ortheel aguarda justo detrás.

Vuelvo a romperme. Jamás lo he visto así. Jamás. Una lágrima se escapa

de mi párpado inferior, quemándome la piel a su paso. No puedo soportarlo. No puedo verle sufriendo de esta manera, y detesto imaginar todo lo que aún le queda. No se merece esto.

Karanthir sonríe, satisfecho.

—Tal vez te estés preguntando qué está pasando, o tal vez ya lo sepas —le habla con claridad, mientras Kal'ladril lo observa sin ningún tipo de expresión—. Lo cierto es que estás ante el cumplimiento del destino. Toda nuestra vida ha sido una preparación, una entrega a la promesa que los dioses nos hicieron. Y hoy, gracias a todos esos años de sacrificio que hemos vivido, podrá cumplirse.

Hace una pausa, buscando sus ojos.

—Cuando llegamos a Elthymeron, se nos prometió un gran doh que protegería nuestras tierras sagradas —continúa—. Drilembiyr'h y los äphylds son nuestra mayor gloria; nosotros, los sygäras, somos superiores a cualquier otra raza que pueda existir en este continente. Pero sin él, sin nuestro mayor símbolo, nunca hemos sido capaces de zanjarlo. Cinnadaoin pensaba quedarse con nuestro derecho, con nuestra promesa, y nosotros no íbamos a permitirlo.

Kal'ladril no contesta. No parpadea. No se mueve.

—Durante toda tu vida te hemos formado. Te he enseñado lo más real del mundo que nos ha tocado, incluso tú mismo has podido comprobarlo. Tú mismo has llegado a odiarlo —prosigue—. Cualquier reino de Elthymeron funciona mejor cuando un sygära lo lidera. Solo compara a los wolftundianos con los humas que habitan bajo nuestro mandato. No son ni siquiera comparables. Mientras unos prosperan, siguiendo nuestras leyes y siendo leales a nuestra soberanía, otros se ahogan en la más absoluta miseria. Mientras unos obedecen, leales, otros han intentado coaccionarnos varias veces con amenazas comerciales.

Mis puños tiemblan de rabia. No puedo soportarlo. No logro aguantarlo. Si ahora mismo pudiese usar mi magia, lo incineraría vivo y disfrutaría del espectáculo. Está utilizando la pobreza de Wolftundur en su beneficio. ¿Para qué? ¿Para lograr convencerse a sí mismo de que buscar una monarquía única liderada por sygäras no sería un genocidio?

—La era de la necesidad de pactos interraciales ha terminado. A partir

de ahora, el dragón no solo será un símbolo de nuestra bandera —reanuda su discurso—. Nadie se atreverá a iniciar una guerra cuando el aliento de Altuk'h, tu aliento, los amenace. Nadie se atreverá a revelarse con la raza superior. Los sygäras terminaremos dominando Elthymeron al completo, y más allá de los océanos. Nosotros conseguiremos instaurar la paz, nuestra paz. ¡Y tú, Altuk'h, serás la guarda y defensa de la familia Akhelbec'h! ¡Tú nos servirás, para que juntos podamos arrodillar a todo Namhliä!

El peliblanco continúa en absoluto silencio. Un silencio que esconde más gritos que la mismísima guerra que apenas acaba de iniciar. Mi corazón late a toda velocidad cuando Karanthir se da la vuelta y se dirige hacia mí.

—Colgadla —Me señala.

El mundo se me hunde bajo los pies aunque sigo en el suelo. Me retuerzo, me sacudo como una fiera acorralada, pero las ataduras me impiden lograr nada. Intento arrastrarme, apartarme, golpear, arañar el aire… Pero es inútil. Grito contra la mordaza, pero lo único que logro es ahogarme en mi propia rabia. Varios soldados dorados se lanzan hacia mí.

—¡¡No la toquéis!! —Ruge Thaeón.

Lo miro. Está ahí tirado, inmovilizado, con los músculos tensos y la voz ronca de desesperación. Quiere levantarse, arrancarlos uno por uno de mi lado, pero no puede. Y verme en esta situación le está matando.

Los farcnars gritan, braman, se agitan. Pero no pueden hacer nada. Sus cadenas son muy resistentes y demasiado pesadas. Me siento culpable por haberles pedido que se dejasen apresar, pero la vida de Idril sigue dependiendo de mi obediencia.

—¡¡Zynael!! ¡¡No!! —grita mi padre también—. ¡¡Soltadla!! ¡¡Por favor!! ¡¡Os lo suplico!! —Verle a él suplicar, me parte más que el propio miedo.

—¡¡No os atreváis!! —rabia Döriel, lleno de angustia y de impotencia.

Idril ni siquiera se mueve. No puede. Su cuerpo yace inerte, su pecho sube y baja cada vez más lento, más espaciado, como si estuviera deslizándose muy lejos de nosotros.

Haré lo que sea por ella. No puedo perderla.

Busco a Avaldur'h con la mirada, completamente desesperada. Sigue oculto bajo su armadura dorada, pero de nuevo lo reconozco. Está tan

agobiado como yo. Nada de esto parece ser parte del plan que él hubiese llegado a esperar. Entonces se acerca a mí y se interpone entre sus supuestos compañeros y yo.

—¿Qué pretende hacer con Zynael, mi rey? —Su voz es perfecta, firme, sin temblor alguno. Nadie sospecha. Solo yo sé que debajo de ese yelmo hay un alma norteña que detesta a Karanthir—. No puede tocarla si quiere mantener a Kal'ladril bajo control —añade sin moverse, firme como una muralla frente a mí.

El rey de Drilembiyr'h se detiene un instante en su subordinado, analizándolo con sorpresa. Que un soldado del Ejército Dorado se atreva a discutirle, no es algo muy habitual.

—¿Quién te has creído que eres para ponerme en duda, soldado? —Lo empuja finalmente con desprecio, como si apartase de en medio un mueble mal colocado—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo — Gira su rostro hacia mí con una media sonrisa que desearía arrancarle de cuajo —. Una cosa es que no podamos dañarla, y otra muy distinta es permitir que repose cómodamente mientras la bestia decide si se manifiesta o no —sentencia—. Altuk'h debe ver que la vida de su amada corre peligro. Solo así reaccionará y despertará.

Siento náuseas. Rabia. La sangre me golpea las sienes provocándome un abrupto dolor de cabeza. Intento resistirme cuando me agarran, pero no tengo fuerza. Me arrastran como si no fuera más que un saco. Quiero morderles, patearles, gritarles que se atrevan a mirarme a los ojos, pero la mordaza y las cuerdas me lo impiden todo, obligándome a mantener la más absoluta sumisión y silencio.

Mis ojos buscan a Dai-sha, que continúa entre los presentes, inmóvil. Me mira. Le grito con los ojos, le ruego, le exijo, le suplico... Y por un segundo, veo tristeza en su expresión. Dolor. Culpabilidad. Pero al instante regresa la decisión. Lo tiene aceptado, y cree que todo esto es absolutamente necesario. Entonces vuelve la vista al frente como si no me conociera, demostrando considerarme un mero sacrificio.

Me atan una cuerda nueva a los tobillos. El nudo es rápido y seguro. Y entonces me tiran. La gravedad cambia. Mi cuerpo se descuelga y el mundo se da vuelta. Estoy colgando cabeza abajo, desde lo más alto de la

muralla.

Cierro los ojos con fuerza. La altura me sacude el estómago, el aire me corta el rostro y el peso hace que mi sangre se acumule en mi cabeza. Respiro hondo y vuelvo a permitirme mirar, obligándome a mirarlo a él.

«Kal'ladril…»

Mi corazón estalla en mi pecho cuando creo diferenciar su mirada pendiente de mí. No puedo hablarle, no puedo pronunciar su nombre, pero puedo observarle. Puedo decirle todo de esta manera. Nosotros nunca hemos necesitado palabras para comprendernos.

«No te dejes llevar, por favor… No te rompas por mí. No te conviertas en la criatura que ellos ansían despertar. No les des el arma que buscan. Si tienes que elegirme o salvar al mundo, no me elijas a mí. Sacrifícame. Pero no te pierdas. No te conviertas en ese monstruo… Tú no eres así…»

Entonces, como si fuese una respuesta, las palabras que una vez me dijo, lleno de seguridad, acuden al instante a mí: «¿Cómo reaccionarías tú si alguien aniquilase a la persona que más has amado? Yo perdería toda mi cordura. Zynael, no puedes mentirme. Solo estás intentando convencerte de que no soy así, pero sabes perfectamente que me volvería el peor de los monstruos so*lo por ti. No sería como mi padre. Yo. Sería. Peor».*

Sigo colgando. Pero todo acaba de paralizarse a mi alrededor.

Me quedo sin aire. Él no sabía que esto iba a pasar, y sin embargo ya estaba haciendo una premonición.

La voz de Karanthir vuelve a retumbar como un martillo.

—¡Altuk'h! —exclama con garra—. ¡¿La reconoces?! ¡¿Conoces a esta mestiza?! —le habla directamente al dragón, como si este pudiese contestar—. ¡Sé que estás ahí, durmiendo bajo su piel! ¡¡Muéstrate!! ¡Ya es hora! ¡No le ocurrirá nada a tu nueva obsesión si obedeces! ¡Si la amas, libérate y cumple con tu papel!

Mis ojos se abren como platos.

—Recuerdas lo que le hicimos a Onal'lia, ¿verdad?... —continúa, con su crueldad desmedida—. ¡No dudamos entonces, y no dudaremos ahora! ¡Tenemos a tus amigos, y a tus farcnars! ¡¡Mientras sirvas, mientras nos obedezcas, todos seguirán con vida!!

Mi pulso sigue en pausa.

«¿Ellos mataron a Onal'lia?».

—¡¡Mírala!! —grita Puolhiry, sumándose a la horrible acción—. ¡Si aún te importa alguno de ellos, obedece! ¡¡Muéstrate!!

Vuelvo a mirar a Kal'ladril, como si así pudiese alcanzarle, como si pudiera gritarle a través del alma que no se rinda, que no los escuche, que no ceda. Pero no puedo hablar. No puedo tocarlo. No puedo hacer nada. Solo observar cómo se apaga, y cómo todo lo que éramos... muere con él.



Zynael
20

Sigo colgando bocabajo. Las cuerdas tiran de mis tobillos como si quisieran desmembrarme. Mis manos continúan atadas a mi espalda. No hay forma de girar el cuerpo, de alzar la cabeza, de gritar... La mordaza me impide cualquier palabra, cualquier súplica, cualquier advertencia. Solo puedo mirar al horizonte invertido y sentir cómo la sangre se me acumula en la cabeza.

Pero no me importa.

Lo único que me preocupa es que Kal'ladril me mire y me entienda, que comprenda lo que quiero decirle sin palabras, y haga lo que tenga que hacer para salvar a los demás. Para salvarse a sí mismo. Necesito que vea mi rostro y mi mirada, y lo interprete como lo que es: una súplica. No quiero que se transforme, no quiero que se convierta en ese monstruo que desean que sea. Necesito que sea libre, el guerrero que siempre ha sido, y que siendo él mismo salve a nuestros amigos. No quiero que cometa ningún error por mí. Prefiero morir a ver cómo entrega su vida a estos seres repugnantes que solo pretenden manipularlo.

Entonces, como si me hubiese escuchado llamarlo, entre el caos y las tinieblas, su mirada se cruza con la mía. Al instante sé que me ha entendido. Lo sé por cómo se le quiebra el rostro sin una sola lágrima, por cómo su alma me grita desde la distancia. Lo sé… Hasta que vuelve a girarse y sus ojos se clavan como dos demonios en Karanthir.

Apenas ha hecho un movimiento para agarrar su arco, cuando el rey reacciona apresurado.

—¡¡ARQUEROS!! —grita. Y todos los arqueros del Ejército Dorado obedecen. Ni una sola duda, ni un atisbo de rebelión. Una sola saeta sale

volando como advertencia, directa hacia mí.

Un instante después, el mundo entero se reduce a ese punto ardiente de mi muslo. Primero siento un impacto seco, y luego un horrible desgarrón que se abre desde dentro. Brutal, lento, penetrante. Y entonces el dolor. Maldito. Infinito. Dolor.

No puedo gritar. La mordaza ahoga ese alarido salvaje que sube por mi garganta con la violencia de un rugido. Mis dientes se clavan en la tela sucia y mis ojos se abren como si fuesen a estallar. Todo mi cuerpo se sacude. La sangre comienza a correrme desde el muslo a la cadera. El mundo gira, pero el dolor está fijo en ese punto al que acaban de disparar. Mis músculos laten con una fuerza viva, palpitantes, como si el corazón se hubiese instalado en esa zona. Puedo sentir la punta de metal mordiéndome el hueso. Me retuerzo sin poder evitarlo, cada movimiento empeora el dolor, pero no puedo quedarme quieta. Un espasmo involuntario me sacude las piernas.

Solo gimo como un animal herido. Mis ojos se nublan, pero me niego a llorar. Si Kal'ladril me ve romperme, temo lo que pueda provocar en él.

«Malditos cobardes, desleales y traidores….» —me digo a mí misma—. «¿Este es el ejército al que Kal'ladril formó? ¿Al que dedicó su vida?».

El sygära se queda paralizado, con el arco aún en la mano, sin siquiera cargarlo.

—Cualquier movimiento que me provoque duda, cualquier gesto fuera de lugar… —le advierte Karanthir—, y la matamos. Sabes bien que lo haremos.

No duda ni un instante y lanza su arco dorado muy lejos, después las flechas y a continuación su espada. Se despoja de todo, desarmándose ante ellos como si fuese un prisionero. Como lo haría un siervo.

—Buen chico… —murmura Karanthir—. Obedece a tu rey.

Agito la cabeza con fuerza. No. No. ¡No! Le estoy diciendo que no lo haga. Que no se rinda. Que no se entregue. Que no les dé ese poder. ¡Que no me salve a mí si el precio es perderse a sí mismo! Quiero verlo pelear. Quiero verlo fuerte, con uso de razón. Quiero que los enfrente como lo que es: un peleador. No como una bestia manipulada por la ira. No como un monstruo nacido del miedo. No como una marioneta bajo sus dedos.

Entonces da un paso al frente.

—¡¡He dicho que no avances más!! —repite Karanthir, gritando como un estruendo.

Es obvio. Le tiene miedo.

—¿Por qué...? —murmura Kal'ladril de repente, de una manera que apenas resulta perceptible para los que estamos tan lejos—. ¿Por qué me hacéis esto...? ¡¿POR QUÉ ME HABÉIS HECHO ESTO?! —La ira de Kal'ladril se hace evidente por primera vez. Sus ojos brillan, pero no como me gustaría. Son de un color dorado tan intenso que incluso produce miedo—. ¡¿CÓMO PODÉIS HABER HECHO ALGO COMO ESTO?!

—No es personal —responde el rey—. Solo estamos cumpliendo tu destino.

—No pienses que te odiamos… —añade Puolhiry, metiéndose por primera vez—. Eres mi milagro, el mayor de los tesoros que acompaña a nuestro apellido. Podría haberte amado como a mi propia sangre, pero me recuerdas demasiado a mi hermana y a Kelythael, y ellos fueron quienes despertaron mi peor versión.

Me atraganto con mi propia agonía y vuelvo a agitarme. Necesito que me preste atención. Necesito que deje de escucharles. Sé lo que pretenden. Quieren provocarle.

Kal'ladril tiembla. No sé si de rabia, de asco o de pura tristeza. Sus hombros se hunden como si el mundo se le cayera encima.

—¿Y el otro bebé?... —masculla—. Estabas embarazada cuando me arrancasteis de los brazos de mi madre, y Elwë ya había nacido.

—¿Qué? —reacciona Elwë con impacto, ajeno a ese detalle de la historia —. ¿De qué está hablando?

—Miente… —escucho de nuevo a Puolhiry—. Son puras mentiras.

—¡¡Sabes muy bien que no es mentira!! —exclama de nuevo Kal'ladril.

—¡Lo matamos al nacer! —responde Karanthir repentinamente, sin un gramo de culpa—. Fue un sacrificio necesario. Una vida por otra. Cuando te sacamos del vientre de Onal'lia, estabas tan débil que parecías un muerto. Apenas respirabas. Lograste salir adelante a duras penas, pero continuábamos sin muchas esperanzas… Así que, cuando Puolhiry parió,

entregamos a la muerte a nuestro bebé y te bañamos en su sangre para que te impregnase su vitalidad. ¡No te atrevas a juzgarnos! ¡Estás vivo gracias a lo que hicimos!

El peliblanco aprieta los puños. Ortheel, tras él, parece decirle algo. Pero no logro adivinar qué. No soy consciente del vínculo que los une, pero tampoco me fío de él.

—¡¿Y tú, Elwë?! —exclama Kal'ladril para el que siempre ha considerado su hermano—. Siempre has sabido quién era realmente, ¿o no? ¡Siempre has sabido la verdad! ¡SIEMPRE HAS ESTADO DETRÁS DE ESTA GRAN FARSA!

—¡¿Y quién no?! —grita el castaño—. ¡Este siempre ha sido tu destino! ¡Todos aquí lo sabíamos! ¡Todo ha estado siempre orquestado a tu alrededor! ¡Eres Mäilkun Doh, y debías descubrirlo solamente cuando ya tuvieses el alma de Altuk'h en tu interior! ¡Ojalá hubiese podido decírtelo antes, para mí siempre has sido y siempre serás mi hermano! ¡Pero tenías que ser más fuerte! ¡Tenías estar preparado para soportarlo!

Kal'ladril se queda mudo. Intento gritar de nuevo. No puede creerse esas palabras. No puede pensar que realmente todos hemos estado en su contra, vendiéndole una vida que no era real. Lo nuestro, lo que ha ocurrido entre nosotros, ha sido completamente genuino de principio a final.

—¿Y qué hay de ti...? —Kal'ladril se fija en alguien nuevo, y algo en su alma parece romperse una vez más. Al instante adivino que se trata de Dai-sha—. ¿También has estado mintiéndome toda la vida?

El hechicero se da un instante para pensar antes de dignarse a contestar finalmente.

—Yo soy siervo de lo que el destino me manda, Kal'ladril. Tenía que…

—¡¡No me llames así!! —advierte el peliblanco—. Ese ni siquiera es mi nombre. ¡¡Te hacías llamar mi mejor amigo, y ni siquiera sabes quién soy en realidad!!

—Eres Bël'loryel Altuk'h Dohärion —Responde Dai-sha—. Bël'loryel fue el nombre que querían ponerte tus padres. Altuk'h es el segundo, ya que es el nombre del dragón al que guardas. Dohärion es tu apellido, heredado de Kelythael Altuk'h Dohärion, portado solo por aquellos capaces de

convivir con el alma de Mäilkun Doh.

Respiro hondo, esforzándome por no desmoronarme con esta información. Kal'ladril, en realidad, debería haberse llamado Bël'loryel… Pero cualquiera de esos nombres ahora puede dañarle. Ninguno le pertenece, y ninguno le corresponde. Sea cual sea, le recordará que ha vivido en una mentira constante. No puedo imaginar lo destruido y vacío que debe sentirse.

—Sé que seguramente nunca puedas perdonarme, pero esta es mi verdad —continúa Dai-sha—. Aunque ahora te duela, todo ha sucedido tal y como debía suceder. Estaba escrito, y solo los siervos del destino lo sabíamos. Tú, futuro Mäilkun Doh, debías crecer bajo el apellido Akhelbec'h, en Drilembiyr'h, y empaparte de la riqueza de tu tierra sagrada. Debías madurar sin crear vínculos demasiado pasionales, sin familia que te pudiese influenciar. Debías desarrollar ese amor y ese vínculo con los äphylds y con Yókhubo, algo que en Cinnadaoin no se habría dado jamás. Debías vivir conociendo esa cara opuesta de la moneda que tus antepasados norteños no habían visto. Tú debías ser el extraño entre los iguales, para poder llegar a entender que ser distinto es destino, no desgracia; y que la verdadera grandeza no necesita arrogancia. Tu eras el futuro de este continente, y yo fui el elegido para cuidarte. Mi misión fue siempre asegurarme de que dabas cada paso necesario, sin que nada ni nadie pudiese influenciarte o descarrilarte.

Veo el rostro de Kal'ladril desencajándose, desmoronándose, sintiéndose completamente abatido. Parece tan conmovido como dolido.

—Si tu duda es saber si realmente has sido mi amigo, te respondo ya —prosigue el hechicero—: Has sido mucho más. Jamás he querido a nadie tanto como a ti, ni siquiera a mí mismo. Tal vez ese haya sido mi error. Me ha dolido infinitamente tener que mentirte en tantas ocasiones, pero por encima de nuestra relación iba mi misión. Tenía que lograr que llegases hasta aquí, y debías hacerlo sin salirte del camino.

—Eres un…

—Escúchame, por favor —le frena, necesitando continuar explicándose —. Sé que ahora te sentirás como en un pozo, vacío, pero todo lo que ha pasado era lo que tenía que pasar. Aunque ahora lo veas todo negro, te

prometo que el resultado será bueno. Yo me he encargado de que ni una sola pieza del puzle falle. Todo está en su posición. Solo espero que me escuches para poder seguir ayudándote a llevar el dolor…

Kal'ladril cierra los ojos y mantiene el silencio. Acaba de recibir la confirmación más cruel que podría haber escuchado. Lo han traicionado todos, hasta aquellos a los que consideraba intocables.

—¿Todo está en su posición, dices?... ¡¿ASÍ ES COMO YO DEBÍA ESTAR?! —se desgarra. Si no estuviese roto, sus lágrimas serían de sangre—. ¡¿ASÍ ES COMO ELLA TENÍA QUE ACABAR PARA QUE LOGRÁSEIS VUESTRO PLAN!?

Mis ojos siguen fijos en los suyos, atravesando toda la oscuridad que nos rodea. Tengo miedo, mucho miedo, pero temo más por él. Temo que logren llevarlo a ese estado de no retorno, que lo transformen en lo que se han propuesto, y que él no esté preparado para controlarlo.

—¡Ya basta de charla! —el tono del rey vuelve a hacerse grave y ronco —. No tiene sentido que sigas luchando contra tu destino. Altuk'h ya vive en ti, y tarde o temprano va a salir. La nyëlkhem es solo un medio para asegurarnos la vida —No puedo —. Debes obedecernos y servirnos si no la quieres ver morir.

—¡¡NO PUEDO!!

—¡¡Claro que puedes!!

—No… —No tiene fuerzas para nada, ni siquiera para volver a gritar. Su pena ha absorbido toda su vitalidad—. Tu plan no ha funcionado... No puedo transformarme en dragón, porque yo no lo maté. Fue ella —revela.

—Buen intento… Si fuese nuevo, incluso habría llegado a preocuparme —escupe Karanthir—. No importa quién lo hiciera. Está muerto porque lo hicisteis bien, usando las armas que a conciencia robé.

Kal'ladril aprieta los puños, pero no se mueve. No tiene fuerzas. No tiene alma. Se está desmoronando. La llama en sus ojos continúa encendiéndose, sin embargo, algo dentro de él parece estar rindiéndose.

—Muriese como muriese, el don del dragón pasó a ti en su último suspiro —insiste Karanthir—. La muerte de Kelythael liberó el alma de Altuk'h. Me habría gustado comprobarlo en cuanto volvisteis de Cinnadaoin, pero debíamos darte tiempo para que te acostumbrases a esa

impulsividad e irascibilidad que ibas a empezar a experimentar… En cambio, ahora ya puedes sacarlo a la luz. ¡Muéstranos tu forma definitiva!

—No puedo... —murmura Kal'ladril, cada vez más débil—. No soy tu maldito dragón... Yo no soy Mäilkun Doh… —¡¡DISPARAD DE NUEVO!!

Otra flecha.

Otro impacto que va directo a mí.

Otra punta clavada en mi pierna. Otro rugido ahogado en mi garganta.

Me retuerzo, me estremezco, me deshago. Me están usando para doblegarlo, para arrastrarlo a ese estado de rabia al que quieren llevarlo.

Están jugando con la única cosa que le queda.

El amor.

Están probando cuánto puede resistir la razón.

—¡¡PARAD!! —lo escucho gritar con pura desesperación, soltando un rugido seco que corta el aire como un lamento—. ¡¡¿Acaso no soy nadie tampoco para vosotros?!! ¡Os he dado todo! —se dirige a sus hombres, los mismos que le han seguido en su capitanía del Ejército Dorado y ahora me están disparando, siguiendo las órdenes del hombre que le ha manipulado —. ¡¡No puedo transformarme en dragón!!

—¡Ni lo intentes! ¡No vas a blandearlos! —amenaza Karanthir de nuevo —. Si estos hombres te han servido tan fielmente durante todos estos años, es precisamente porque eres Mäilkun Doh. ¡Todo ha sido parte del plan! ¡Date cuenta! ¡Saben quién eres desde que naciste! ¡Ellos me ayudaron a conseguirte! ¡Te coloqué en la posición de capitán general porque eres el elegido al que seguirán! —exclama lleno de orgullo—. Como Ejército Dorado, son leales a la mayor creación y representación de nuestro poder, y siempre seguirán a Altuk'h. ¡Están muy comprometidos contigo, por eso harán todo lo que sea necesario para ayudarte a liberar tu forma definitiva!

Kal'ladril se desploma de rodillas.

—¿Ayudarme…?

—¡¿Es que no lo ves?! Cuando seas el Rey Dragón tendrás al mundo entero bajo tus pies —insiste Karanthir, como si realmente pretendiera convencerlo de que todo esto es lo mejor para él—. Lo único que tienes

que hacer es liberarte, dejar a Altuk'h salir, y servir a la familia que te lo ha dado todo —su voz es más calmada, creyendo que verdaderamente lo está logrando manipular otra vez—. Sé que ahora nos odias, que te odias a ti mismo… Pero acabarás comprendiendo el orden de las cosas, y terminarás dándonos las gracias por haberte salvado de tu mayor desgracia. Tus padres eran débiles, este era tu destino. Representar la grandeza de los sygäras siempre fue tu sino. Onal'lia y Kelythael jamás te habrían enseñado la ambición que necesitabas sentir como dragón.

El peliblanco lo mira completamente destrozado. Siento que tiene ganas de gritar y de llorar, pero no logra hacer nada. Está tan destruido y tan vacío, que no tiene fuerzas ni siquiera para respirar.

—Te perdono —añade el monarca—. Te perdono por no comprenderlo todavía, por detestarnos, y por esa cabezonería heredada de tu madre… Te perdono porque sé que, tarde o temprano, verás que, si no fuese por nosotros, seguirías esclavo de un castillo marginado, obligado a mantener una ridícula sumisión que no le corresponde a Mäilkun Doh. Te perdono porque sé que algún día mirarás atrás y nos agradecerás que hayamos hecho el trabajo sucio que nunca se habría atrevido a hacer nadie más.

Kal'ladril se deja caer hacia delante, apoyando sus puños en el nevado suelo, arañándolo con los dedos. Ortheel continúa junto a él, a su espalda, sin hacer nada más que aguardar. Aún no sé quién es, ni cuál será su intención o su papel, pero su parecido con el amor de mi vida me perturba y me inquieta. Es increíble pensar que el nigromante que vinimos a matar haya pasado a segundo plano, porque los verdaderos enemigos los teníamos justo al lado.

Hago todos los ruidos que puedo para llamar su atención, pero no me escucha, no me oye. O no puede hacerlo. No puede hacer nada. Mi Kal'ladril, el que ha sido mi fuerza, mi calma y mi imbécil arrogante preferido… Ahora es solo un cuerpo moribundo. No hay rastro de su carácter habitual. No hay ironía, no hay estrategia, ni orgullo. Solo queda su piel vacía. Le he visto enfrentarse a la muerte sin pestañear, pensar y actuar a una velocidad inhumana, atacar con infinita rabia, mantenerse firme mientras otros se desmoronaban… Pero hoy no. Ahora no.

Está roto.

Está atrapado en un abismo que ni él mismo comprende.

Y no quiero que salga de ese pozo por rabia. No quiero que les dé lo que quieren. Quiero que se levante, que se imponga y que peleé, pero sobre todo que mantenga esa mente afilada, insensible y medida que yo tanto llegué a detestar una vez. Su templanza hoy es su única salvación. No puede perderse. No puede convertirse en la bestia que ellos quieren.

Mi respiración está completamente agitada. Trato de inspirar profundamente, pero mis pulmones no se llenan. El muslo me quema y la sangre chorrea, tibia y constante, tiñendo mis ropas, resbalando por mi cuerpo hacia el vacío. El mundo pende boca abajo.

De pronto, las puertas de la fortaleza se abren. Puolhiry sale de la seguridad de la muralla y avanza con paso decidido hasta colocarse justo debajo de mí, manteniéndose en el punto donde señala mi cabeza.

—¡Descolgadla! —ordena.

Reacciono rápidamente y comienzo a agitarme. Es imposible que sea algo bueno si esta arpía lo ha decidido.

—¡Ya habéis oído a la reina! —le sigue Karanthir, acompañando a la orden de su esposa—. ¡¡Descolgad a la nyëlkhem!!

—Pero, mi señor… —escucho a un soldado quejarse mientras se deciden.

—Descolgadla, he dicho.

—Karanthir, escúchame —«Dai-sha… Es la voz de Dai-sha»—. Debéis ser pacientes, os advertí que os tocaría serlo… —le recuerda—. Debéis esperar a que lo consiga, si hacéis daño a Zynael solo vais a multiplicar su ira.

—¿Crees que después de veintinueve años sygäras nos queda más paciencia? —gruñe Karanthir—. No vamos a matarla, vamos a ayudarle a decidirse.

Vuelvo a retorcerme, gritando a través de la mordaza. No me gusta nada cómo suena esa conversación, ni las ideas que acuden a mi cabeza tras escucharlos.

—¡Descolgadla! —repite.

Kal’ladril levanta la cabeza de nuevo para mirarme, atento a la nueva decisión que han tomado los que se suponía que eran sus padres.

Los soldados cumplen la orden, cortan la cuerda y me sueltan sin cuidado. Mi cuerpo se desploma con violencia sobre el suelo. Lloro, soltando un alarido que la mordaza apenas puede contener. Las dos flechas siguen clavadas en mi muslo, el impacto abre aún más las heridas y la sangre brota en oleadas nuevas.

—¡¡ZYNAEL!! —Se levanta Kal'ladril acelerado para llegar junto a mí. Ortheel se adelanta y lo detiene, sujetándolo con fuerza. De nuevo, creo que le dice algo, pero esta vez no logra calmarlo.

Entonces Puolhiry llega frente a mí y me agarra del pelo, comenzando a arrastrarme por el suelo para llevarme hasta él. Intento evitarlo, moviéndome sin parar para obligarle a soltarme, pero cuanto más me agito más duele el tirón. Así que finalmente, sin manos, sin armas y sin magia, me resigno.

La reina se planta delante de él, dejándome caer como si mi vida no valiese nada.

—No te acerques —le advierte—. No te la he traído para que la abraces o la beses. Solo quiero que la mires fijamente.

Logro a duras penas ponerme de rodillas y alzo el cuello con la poca dignidad que aún me queda. Kal'ladril da un empujón a Ortheel y se lo quita de encima cuando por fin se lo permite. Sus puños se aprietan. Sus ojos se llenan de rabia y tristeza cuando me miran. Le duele mucho verme así, y sé que se culpa por ello. Aunque no debe.

Estamos a escasos pies de distancia, los mismos que nos impusieron cuando nos obligaron a juntarnos, y ahora que quiero no puedo acercarme. No puedo hablarle. No puedo tocarle. No puedo abrazarle. No puedo decirle que le amo. Solo puedo respirar su miedo, y acariciar su rotísima alma con la mirada.

Asiento muy despacio, con toda la calma que apenas puedo reunir, para mostrarle que estoy bien; que estamos bien; que no está solo. Tiene que saber que lo nuestro es una isla sólida de realidad, dentro de su océano de mentiras. Tiene que saber que siempre se podrá refugiar en mí después del naufragio al que le acaban de llevar.

Él me observa. No sé si me entiende, pero por primera vez lo veo respirar.

—Transfórmate —le exige Puolhiry, una vez más—. Ahora.

Kal'ladril mira a su falsa madre.

—Te estoy diciendo que no puedo.

—Ni siquiera quieres intentarlo. Es tu forma de castigarnos.

—¡Esto es todo lo que puedo ser! —De repente alza los brazos y da paso a sus dos garras. Esas garras de jalaion'h y sygära tan peludas, tan negras, y con esas uñas tan largas—. ¡Este es el único animal que puedo invocar! ¡Sigue siendo el jalaion'h! ¡No ha cambiado nada en mí desde que matamos al dragón!

Puolhiry niega con la cabeza.

—Lo estás reteniendo… —gruñe—. Este truquito tuyo es solo un juego para distraernos. ¡Sácalo de una maldita vez!, ¡ya lo llevas dentro! Esa rabia, esa irascibilidad que llevas días demostrando y conteniendo, ese fuego dentro de ti, esa rebeldía insoportable... ¡¿Acaso piensas que la habríamos tolerado si no fuese Altuk'h revelándose?! Si no lo dejas ir, si lo sigues frenando, acabará comiéndote por dentro y acabarás como tu padre. Y ninguno queremos eso.

—¡¡No estoy reteniendo nada!! ¡¡No hay nada!! —grita Kal'ladril, deshecho.

—Pareces muy convencida de que no le ocurrirá como a mi padre, *tía* —Se mete Ortheel de repente.

Mis ojos se abren de par en par.

—*Sobrino*… Velydrel'h... Qué alegría verte… —No lo creo.

—¿Por qué intentas separar a tu hermano de su destino? — Puolhiry comienza a hacer rodar una de mis dagas en su mano. No sé desde cuándo la lleva, ni para qué pretende utilizarla, pero ahora mismo no puedo ni siquiera pensarlo—. Sabes perfectamente que esta vez no ocurrirá igual. Él es el dragón definitivo, su hospedador prometido. Esta vez, no habrá división en sus almas, ni error en la ejecución. Los dioses anunciaron el milagro, y va a ser per.fec.to.

El llamado Velydrel'h sonríe, de una manera que me pone los pelos de punta.

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad? —El tono con el que se dirige a

Puolhiry es atrevido y excesivamente provocador.

—Eso es lo que ocurrirá.

—¿Y si Altuk'h jamás os obedece? —propone—. ¿Y si jamás aparece de nuevo?

Kal'ladril se gira con el ceño fruncido hacia ese desconocido que ha resultado ser su hermano. Parece odiarlo y al mismo tiempo confiar en él, aunque en estos momentos, claramente no entiende lo que pretende.

—¿Por qué estáis tan seguros de que Altuk'h os obedecerá con… *esto*? —insiste Velydrel'h, mirándome con desprecio—. Altuk'h amaba a Onal'lia, y por mucho que esta nyëlkhem use su tiara, jamás será ella.

Puolhiry ríe, de forma densa y cruel.

—No sé si de verdad tenías a mi hermana tan sobrevalorada, o si me crees una completa idiota —murmura la reina—. Sé muy bien que Altuk'h se liga al alma de su portador. Sé que siente lo que él siente, multiplicado con la intensidad de su naturaleza. Si Kal'ladril la ama...

Altuk'h también la ama. Con más rabia, más pasión y más furia.

Niego con la cabeza, rogándole que no los escuche.

—Mírala —le ordena a Kal'ladril—. Mírala y dime que no la amas. Dime que no eres capaz de hacer cualquier cosa por ayudarla.

Respira entrecortado. Sus ojos van de Puolhiry a mí. No quiere responder porque sabe que utilizarán sus sentimientos contra él.

—Lo único que creo es que no sois conscientes del ridículo que habéis hecho —dice Velydrel'h, ladeando la cabeza con ese gesto de soberbia—. Si he venido hasta aquí, tras recuperar a mi hermano, ha sido solo para poder disfrutar de vuestras caras cuando abráis los ojos y, mirando más allá de vuestro obsesivo plan, comprobéis que, durante todos estos años, habéis perdido el tiempo.

Puolhiry afila la mirada y las cejas y se queda callada. Kal'ladril sigue observando a Velydrel'h completamente descolocado.

—¿Qué?

—Vuestra maldita creencia de que podéis manejar a vuestro antojo el sino determinado por los dioses, os ha cegado. Pero *Kal'ladril*, el que debió ser Bël'loryel, jamás se transformará en Altuk'h —Puolhiry se queda muda.

Kal'ladril también—. ¿Acaso crees realmente que Altuk'h puede llegar a estar dentro de él? —Velydrel'h comienza a andar alrededor mío y de Puolhiry—. Le hicisteis pensar que su hijo, su heredero, había muerto; llevasteis a mi padre a la perdición, por eso se transformó y nunca más regresó. No quedaba nada de Kelythael en ese dragón que Kal'ladril mató. Y sin él, sin su rendición como portador, no pudo haber transferencia.

—¿Qué? —repite Puolhiry—. Mientes. No era así. Con matarlo sobraba.

—No… —Sonríe Velydrel'h—. Me temo que no. Kelythael debía autorizar el vínculo y cederle su posición, igual que en una coronación. Pero Kelythael ya no estaba, desapareció el día que matasteis su alma, ahogándola en la del dragón.

Puolhiry agita la cabeza, negada a creer esa versión.

—Mi padre no era lo suficientemente fuerte para manejar a Altuk'h —continúa él—, pero aun así era su dueño. Su vínculo con este mundo. Su portal. Él debía conceder a su hijo esa potestad. Sin él, Altuk'h era solo un animal salvaje sin recuerdos ni voluntad.

La reina retrocede un paso y mira a Kal'ladril con espanto, como si de repente estuviera pensando en todo lo que ha pasado.

—¿Acaso crees que Altuk'h, si estuviera ahí dentro, soportaría todo lo que le estáis haciendo? —Velydrel'h vuelve a detenerse junto a su hermano—. Le he enseñado lo que hicisteis con una visión. Le he enseñado cómo matasteis a nuestra madre. Quería provocarlo y comprobarlo. Lo ha visto todo, y no ha reaccionado. Ahora estoy seguro. ¿Crees que la ira del dragón aguantaría que vosotros, los que se suponía que erais sus padres, le habléis como a un simple objeto? Si fuera el verdadero Mäilkun Doh, si de verdad tuviera el alma de Altuk'h, ya se habría desatado. Ya habría hecho arder este lugar, y ya os habría devorado.

—¡Mientes! —grita Puolhiry, retrocediendo un paso más con los ojos desorbitados—. ¡Él es Mäilkun Doh! ¡Tiene que serlo! ¡Lo anunciaron los voceros!

—¿Lo ves? —sigue burlándose el norteño—. Ahí está el problema. Tú no estás guiando un plan, estás guiando un delirio. Estás desesperada por sentirte *bendecida por los dioses*. Intentas justificar años de crimen, de engaño y de muerte. Pero te falló el cálculo. Te falló la apuesta. Tal vez te

pudo tu ambición, te ilusionaste demasiado con el augurio de los voceros y no pensaste en lo que estabas haciendo. Tal vez, al arrancarlo del vientre de su madre antes de tiempo, interrumpiste su destino.

—¡Cállate!

—Tal vez —prosigue, con una sonrisa cruel—, los dioses os estén castigando. A ti no te tocaba ser la madre del elegido. Te obsesionaste con lo que no te pertenecía, y acabaste dejando huérfano a un niño que al instante perdió su sino. Por tu culpa, este sygära ya no tiene sangre Dohärion. Es simplemente un hijo más de Onal'lia, igual que yo…. Y eso te quema, ¿verdad? Que después de todo lo que has hecho, del monstruo en el que te has convertido y los años que has invertido, no vaya a ser tu milagro ni tu salvación. Solo ese espejo roto que eternamente te recordará que no tienes honor.

Puolhiry tiembla. Cada palabra es una flecha envenenada que le atraviesa el alma.

—Gracias por mantener con vida al hijo de tu hermana, a pesar de que haya terminado siendo un don nadie y de todo lo que la detestabas —sentencia él, con un tono muy ácido—. Gracias por devolverme a mi hermano y por terminar evitando lo que tanto habíais buscado.

Las palabras que acaban de caer de los labios de Velydrel'h se clavan en la reina como una flecha, atravesando y descosiendo la realidad. Una realidad que se deshace ante ella como papel mojado.

—No. No puede ser —susurra al principio, negando con la cabeza, como si algo estuviera desmoronándose dentro de ella—. No puede ser. No puede. No, no, no…

Es un murmullo, luego se convierte en un gemido, y al final en un grito.

—¡NO ES POSIBLE! —le suplica a la nada, al destino, a quien sea que haya escrito esta verdad que no parece dispuesta a aceptar—. ¡Dime que no! ¡Dime que no es cierto! —Señala a Kal'ladril con desesperación—. ¡TODA MI VIDA HA GIRADO EN TORNO A TI! —se desgarra—. ¡Dime que eso no es verdad! ¡Transfórmate ya!

¡Demuéstrale que lo tienes dentro! ¡Demuéstrale se equivoca! ¡MUESTRA QUE NO HE VIVIDO TRAS LA SOMBRA DE MI HERMANA PARA NADA!

Su voz se quiebra, se disuelve en una mezcla de llanto y rabia. Es una herida abierta desde hace demasiados años. Él... era su victoria.

Kal'ladril la mira con tanto odio y dolor que incluso logra atravesarla más profundamente que cualquier cuchillo.

—No soy un dragón, y por supuesto tampoco soy Mäilkun Doh —sentencia de nuevo—. No puedo transformarme en algo que jamás ha existido dentro de mí. Te lo estoy diciendo, no puedo hacer algo que no he sentido en ningún momento. Ni siquiera después de matarlo… No siento su presencia, ni su voz, ni nada que no sea yo.

El silencio que sigue a sus palabras parece acabar con ella. La veo temblar. Su cuerpo entero se sacude como si el alma le estuviera estallando en la piel. Repentinamente vuelve a agarrarme del pelo con un gesto rabioso y desesperado, como si necesitara aferrarse a algo antes de caer al abismo.

Y entonces, mi propia daga me atraviesa.

Ni siquiera me doy cuenta del momento, pero lo siento. Como si el aire explotara dentro de mi cuerpo. Como si el universo entero se hiciera una bola de fuego justo por detrás, en mi omóplato derecho.

Grito, atragantándome con la mordaza.

Mi cuerpo se arquea hacia delante.

Mi respiración se corta.

Arde.

Siento el calor agudo de ese líquido escurriéndose por mi cintura.

Sangre. Mucha.

—¡¡NO!! —Escucho a Avaldur'h gritando, de fondo.

—¡¡Puolhiry!! ¡¿QUÉ HACES?! —«Karanthir… Esto no formaba parte de su plan»—. ¡¡La necesitamos viva!!

—¡¡ZYNAEL!! ¡¡MI HIJA!! —«Papá…»

La segunda puñalada me hace convulsionar. Es más arriba. Cerca de mi clavícula. Siento como si mi pecho se rompiera desde dentro, como si me estuvieran triturando el corazón.

La tercera ya no viene acompañada de dolor. Algo dentro de mí se

desconecta, como si mi cuerpo empezara a decirme adiós. El frío se apodera de mí desde los dedos. El mundo empieza a alejarse, a volverse turbio. Lejano.

«Kal'ladril…» Lo miro, y en su rostro veo algo peor que el terror.

Está en blanco.

Su mirada está clavada en mí, pero no parpadea. Su cuerpo entero se ha detenido. No respira. No corre. No se mueve. No hace nada. Y no porque no quiera, sino porque algo dentro de él se ha roto. Como si acabasen de desmontarlo por dentro. Como si, al verme desangrándome, todo lo que lo mantenía en pie hubiera muerto conmigo.

Recibo una cuarta puñalada.

Y una quinta.

Y tal vez una sexta. En realidad, ya no lo sé.

Los gritos siguen resonando a mi alrededor.

—¡¡Zynael!! —es Avaldur'h de nuevo. Su voz es un rugido de furia y espanto, como si el aire se incendiara al tocar sus cuerdas vocales—. ¡¡Dejadme ir!! ¡¡Detened esto!!

—¡¡SOLTADME!! ¡¡SOLTADME DE UNA MALDITA VEZ!!

—Thaeón también grita—. ¡¡¡ZYNAEL!!!

—¡¡VOY A MATAROS A TODOS!! —Döriel se rompe.

Yo ya no tengo voz, ni fuerzas para sostenerme.

Me desplomo de lado y comienzo a temblar.

La sangre se me sale por la boca, espesa y densa. Sabe a metal.

Me ahogo.

Toso.

Mi pecho se sacude mientras sigo mirando sus preciosos ojos. Dorados y paralizados. No encuentro a mi Kal'ladril tras ellos. Se ha desvanecido.

Ya no hay tiempo.

Esta es la última vez que lo veo. Y me duele, muchísimo más que las heridas que me están arrancando la vida. Las lágrimas comienzan a escaparse de mis párpados, mezclándose con la sangre que empapa mi rostro. Esta es la última imagen que va a quedarme de él. Así: Destruido.

Helado. Vacío.

Lloro porque no he podido abrazarle, ni besarle, ni hablarle. No he podido decirle lo que siento por él. Lloro porque nuestra última vez, fue realmente nuestra última vez.

Me estoy yendo, pero aún me aferro.

Mi agitado y asustado corazón cada vez va más despacio.

Solo necesito un segundo más, una bocanada más.

Si pudiera decirle algo, lo que fuera… si pudiera... Le diría que le quiero. Que para mí siempre será el mismo. Él. Mi Kal'ladril. El sygära increíblemente atractivo que me apresó, y que comencé detestando por lo mucho que me estaba gustando. El sygära que acabó enamorándome sin pretenderlo, por sus increíbles valores y su magnífico respeto. El hombre que me enseñó a sentirme libre sin necesidad de irme lejos.

Mis labios no pueden moverse, pero mi mirada se lo está gritando:

«Te amo...»

Lentamente, voy dejando de sentir cada parte de mi cuerpo. El dolor desaparece, y el miedo va evaporándose dando paso a una calma que jamás había experimentado.

Mis párpados van cediendo hasta cerrarse.

Entonces expiro por última vez.

Paz.

Oscuridad.



CAPITULO 13
RESILIENCIA

Velydrel'h
1

Lo veo en sus ojos. Ese instante exacto en el que todo se muere y se quiebra dentro de mi hermano. Su renacer ha llegado.

Bël'loryel Dohärion. Su vínculo ha comenzado.

Altuk'h ha despertado.

Su cuerpo petrificado; el temblar de sus ojos dorados; el silencio contenido; los primeros espasmos de sus dedos, como si los huesos estuvieran empezando a traicionarlo… «Sí… Ha funcionado. Tal y como esperaba» —Sonrío—. «Ella era el trauma que despertaría la verdad. Su mundo. Su mayor debilidad…»

Ahora lo entiendo todo. Querían que se enfrentase a mí porque pensaban que conocer su pasado le haría el suficiente daño como para hacerlo despertar. Pero se mantenía intacto porque esa mestiza era su máxima prioridad. Su pilar. Pretendían usarla únicamente como medio de amenaza para Altuk'h, pero ella era la única llave para su renacer, y será la llave para hacerle volver.

Retrocedo un paso con calma, manteniéndome al margen del caos, permitiéndome el lujo de presenciar el momento exacto en el que finalmente va a cumplirse la leyenda.

El cuerpo de Bël'loryel empieza a temblar. Dentro de él comienza a nacer una fuerza tan inmensa que su forma actual no puede contenerla. Se arquea, se desploma de rodillas y comienza a gritar. La transformación es inhumana, la peor tortura que mis sentidos han podido apreciar.

El desagradable sonido del crujir de cada uno de sus huesos; su sangre comenzando a brotar; su piel desgarrándose desde dentro; sus músculos y su tejido adiposo saliéndose de su lugar; el chasquido de su columna vertebral, extendiéndose como un relámpago; sus brazos y piernas doblándose en direcciones imposibles. La carne se desgaja, abriéndose como la de un fruto maduro que ha sido exprimido desde el centro. Músculo a músculo, hueso a hueso. Sangre… Vísceras… Todo es expulsado por la presión de lo que está naciendo desde su interior. Sus nuevos fémures asoman entre la masa de tendones y piel colgante. Su cráneo se deforma por un instante, y luego estalla. De su interior surge otra forma, una cabeza cubierta de escamas.

No queda nada de él. Ni un fragmento limpio. El suelo se cubre con los restos despellejados de lo que fue, como si lo hubiesen triturado.

Y cuando finalmente termina de crecer, su presencia roba toda la atención.

Altuk'h. Mäilkun Doh.

Gigantesco. Dorado, de un brillante casi irreal. Su fulgor ilumina todo a su alrededor con la misma fuerza del Sol. Sus escamas parecen forjadas con la misma materia de las estrellas, con espirales de galaxias diminutas que giran y centellean en su superficie.

Dos cuernos enormes coronan su cabeza, curvándose hacia atrás con una elegancia letal. Una majestad aterradora. Las alas, gigantescas, se abren desde sus omóplatos con la fuerza de un cataclismo. Tiene cuatro patas musculosas y definidas, pectorales y hombros. Un cuerpo híbrido perfecto entre lo que es un sygära y el Rey Dragón. Su cuello es largo y robusto, revestido de placas óseas dispuestas en un orden ceremonial.

Sus ojos… siguen siendo los de Bël'loryel, pero no hay rastro de él allí. Solo queda la mirada del otro, ese que estaba dormido y que ha regresado.

Puolhiry lo ve y retrocede, aterrada. Tropieza con el cadáver de Zynael y se desploma de espaldas.

—No… ¡No! —exclama mientras se mantiene en el suelo, hipnotizada por la bestia que tiene frente a ella—. ¡¡Habías dicho que no se transformaría!!

—Tienes razón —Sonrío—. Vaya, qué faena… Creo que me he equivocado.

Altuk'h respira hondo.

—¡¡DESGRACIADO!! —me grita, arrastrándose hacia atrás mientras el dragón mantiene su atención en ella—. ¡¡Has hecho la mate!! ¡¡¡SIN LA MALDITA MESTIZA NO TENEMOS FORMA DE CONTROLARLE!!!

—Ya lo ves, *tía*… —murmuro—. El don de la mentira viene de familia.

Puolhiry mira al dragón desesperada, mientras este sigue observándola con una fijación aterradora.

—¡Mi milagro! —le habla, como si eso le fuese a funcionar—. ¡Kal'ladril, hijo mío! ¡Mírame! —su voz es pura histeria—. ¡Lo has conseguido! ¡Estoy orgullosa de ti! Ahor…

Pero antes de que pueda concluir, Altuk'h se abalanza sobre ella.

Sin aviso.

Sus mandíbulas la envuelven de pies a cabeza. Puolhiry desaparece entre esos dientes que tienen la longitud de unas espadas.

Grita. Chilla.

—¡¡NO!! ¡¡SOY YO!! ¡¡SOY...!!

Sus huesos crujen. Sus costillas se parten entre esos inmensos caninos, tan afilados como cuchillos. Su torso se desarma dentro de esa inmensa boca mientras sus piernas aún se agitan fuera. Se escucha un grito final, y seguidamente el chasquido viscoso de sus órganos reventando. Altuk'h la mastica a conciencia, triturándola. La sangre corre por su mentón, cayendo en el suelo como una cascada de muerte.

Después, se la traga. Entera.

Y ruge al cielo.

Escupe en dirección al eclipse una llamarada absolutamente infinita. No hay fuego comparable. No existe una explosión que arrastre tanta furia.

Cuando echa a volar, el mundo entero tiembla. Y entonces, las primeras

flechas vuelan. Los arqueros del Ejército Dorado se organizan y comienzan a disparar, sabiendo que han perdido por completo a ese capitán general que los habría llegado a perdonar. Saben que no tienen oportunidad, pero aun así, están entrenados para luchar hasta el final.

Ellos no van a huir, pero su rey… Sus reyes sí.

Y al instante me lo confirman.

Entre medias del pánico y la preparación de sus soldados, veo a Karanthir y a Elwë salir huyendo. Como ratas, marchando hacia el sur sin mirar atrás; abandonando a su ejército; sacrificando a sus guerreros una vez más. Van montados a lomos de esos dos farcnars que aún quedan vivos, seguidos de sus desesperadas y aterradas crías.

Aprieto los puños para retenerme. Un solo chasquido de mano y los mataría, pero dañaría también a esos animales sin culpa, y a sus jóvenes polluelos. Además, quiero dejar el gusto de terminar con él a mi hermano. Él tiene más motivos para castigarlo, y seguramente querrá disfrutar de hacerlo con sus propias manos.

Camino con calma hacia el cuerpo sin vida de Zynael. Estoy a punto de arrodillarme para cargarla cuando de repente llega otro hombre. Va vestido como un soldado del Ejército Dorado, pero su mirada de preocupación no me miente.

Uno de ellos, el único que le queda, es verde. Muy verde.

Me detengo, y cuando estoy a punto de preguntarle por su nombre, se quita el yelmo.

Mi respiración se paraliza al instante.

—Eres… —susurro—. ¿Tú…?

—Han pasado muchos años, Velydrel'h —su voz es grave, mucho más adulta de lo que la recordaba—. La última vez que te vi, tenías solo cinco años. Y yo seis.

Lo observo con atención. Apenas lo reconocería si no fuese por el color de ese ojo. Es él. El hijo de la que fue la mejor amiga de mi madre. El hijo de Gäbrial.

—Avaldur'h —susurro, sin emoción aparente. Pero por dentro, algo se remueve—. No te recordaba tuerto, ni con esa cicatriz.

—Fue el regalo de bienvenida de tu hermano —responde—. ¿Dónde habías estado? Te creí muerto hasta que… No sabía si serías tú, o Märbuld. Pero me alegra verte.

Respiro hondo, pero no respondo. No tengo por qué hacerlo. Una vez fue mi amigo, pero ahora es un completo desconocido.

Su atención vuelve a centrarse en la nyëlkhem y extiende la mano, dirigiéndola a su rostro con ternura. Lleno de pena. Sus dedos tiemblan cuando la rozan, sintiendo cómo su piel cambia de color y temperatura.

—No tenía que ser así... —Baja la cabeza para ocultar esas lágrimas que resbalan sobre sus mejillas—. Esto no debía terminar así… Yo...

—Tú estabas con ellos —le corto en un murmuro—. ¿Cómo acabó un shbal sygära como tú entre sureños? ¿Acaso no recuerdas lo que nos hicieron?

—Mataron a mi madre, Velydrel'h —Vuelve a mirarme, mostrándome lo roto que se encuentra—. Y a Onal'lia, mi anämy. Créeme, eso es algo que jamás olvidaré.

Tenso ligeramente la vista, comprendiendo finalmente cuál era su obsesión con mi madre. Estaba enamorado de ella, a pesar de ser solo un niño de la edad de sus hijos.

—Mi hermano —vuelvo a hablar—, estabas luchando junto a mi hermano. Mano a mano. Lo he visto. Le admiras y veneras. Sabías perfectamente quién era. Le estabas defendiendo. ¿Crees que te perdonará todo esto?

—No. No creo que nos perdone a ninguno. Jamás —contesta—. Tendremos suerte si alguna vez llega a perdonarse a sí mismo —Su mirada vuelve a centrarse en la mestiza—. Imaginé que iban a utilizar a Zynael… Lo veía algo necesario para controlarlo, al menos al principio. Todos esperábamos que Altuk'h despertara cuando se enterase de su verdadero pasado. Pero esto… No sabía nada de esto… No sabía que la amenazarían con su amiga y su familia para amedrentarla, y por supuesto, no sabía que terminarían matándola.

No lo detengo. Dejo que hable.

—Era todo para él… —continúa—. Kal'ladril… Bël'loryel… Habría sido capaz de todo por Zynael. Estaba cambiando mucho a su lado, y para bien.

Yo los animé a no frenarse, a no retener lo que estaban sintiendo. No puedo creer que al final haya terminado perdiéndola… Era su anämy… Tu hermano ha muerto junto a ella...

Avaldur'h llora, como un niño roto, como si volviese a recordar ese dolor que él una vez sintió. Su espalda se tensa, cargándose con una pesada culpa, y seguidamente la abraza.

—Los hemos perdido a los dos… Altuk'h jamás podrá encontrar su razón…

—Avaldur'h —le freno. Mi voz es firme—. No es momento para rendirse a la culpa.

Él alza la vista hacia mí.

—¿Qué…?

—Mi hermano no es mi padre, es el elegido. Mi hermano es el portador definitivo —le recuerdo—. Bël`loryel no está muerto. Está perdido por la ira, oculto y silenciado bajo ese dragón que la exterioriza con mucha más intensidad. Pero no volverá a ocurrir lo que vivimos. Solo tenemos que recordarle que él sí es lo suficientemente fuerte como para mantener a Altuk'h a raya. Solo tenemos que devolverle el dominio de la bestia y el control de la situación, para que pueda usar y descargar voluntariamente su frustración.

—¿Qué propones? —Tiembla—. ¿Qué vas a hacer?

—Tú encárgate de tus tareas con el destino —respondo—, yo me encargaré del mío.

Avaldur'h frunce el ceño y vuelve a secarse las lágrimas.

—Libera a tus compañeros. Que puedan defenderse y atacar al dragón, que no los mate por error —le pido—. No me gustaría que devore o incinere a nadie a quien pudiese apreciar. Con lo que tiene, ya tiene traumas y culpa suficientes.

Mi amigo de la infancia asiente.

—Y no os detengáis a preocuparos por ella. Ya está muerta —Soy frío, pero lo considero necesario—. Olvidaos de que es vuestro líder y, si os ataca, defendeos con la intensidad que su bestia requiere. Tendréis tiempo de llorar a los cadáveres cuando hayamos recuperado a mi hermano.

Avaldur'h inspira profundamente. Está dudando. Su pena parece mucho más grande que su esperanza, y no parece lograr sacar las fuerzas para forzarla.

Pero finalmente asiente.

—Ve —ordeno sin levantar la voz—. Salva a tus amigos. Explícales quién soy. Diles que si quieren vivir, van a tener que seguirme. Os espero en el bosque, os sacaré de aquí.

Avaldur'h asiente de nuevo. Traga saliva, recoge su yelmo, y sin más palabras se marcha.

Bajo la mirada hacia la mestiza, fijándome en su cuerpo, en esas seis puñaladas. Seis. Todas han penetrado en ella con saña y desesperación. Los bordes de las heridas están abiertos, amoratados. La sangre sigue corriendo, tiñendo de rojo la nieve, mezclándose con el barro.

Busco el arma que la ha matado. Esa daga de plata. La veo a unos pasos y camino hasta ella para recogerla. Es una pieza única, tiene detalles tallados con precisión; motivos de hojas, ramas y espinas que me recuerdan a la armadura que viste la nyëlkhem. Sin duda, la han forjado las mismas manos. Vuelvo junto a ella y me fijo en sus muslos, anchos y fuertes. Tienen dos perneras con dos portadagas, por lo que al instante intuyo que le pertenece.

La han asesinado con su propia daga. Debieron quitarle sus armas antes de apresarla.

Clavo una rodilla en el suelo e inserto la hoja de nuevo en su lugar, devolviéndosela a pesar de que ya no la vaya a poder utilizar.

Mis ojos vuelven a fijarse en ella. No diría que es hermosa, no la veo tan delicada como para describirla de esa manera, pero es extremadamente atractiva. Sin duda es sureña. Su piel olivácea y bronceada está manchada de barro y sangre, pero debajo de todo eso... parece una obra de arte. Sus pestañas son oscuras y largas. Sus pecas, apenas visibles, cruzan su nariz y rozan sus mejillas como estrellas diminutas. Su cabello está enredado y cubierto de restos de la guerra, pero puedo imaginarlo suelto y limpio, y me recuerda a una cascada de oro. Tiene un cuerpo divino, repleto de curvas y fuerza. Es sin duda una guerrera, tan sensual como un amanecer.

Entiendo al instante por qué mi hermano se enamoró de ella.

Acaricio su rostro con el dorso de mi mano enguantada, tratándola con la reverencia que merece una reina caída.

—Elënthir og deol, Zynael —le susurro, como si aún pudiese oírme—. Eras un sacrificio necesario.

Entonces alzo la mirada al cielo.

Altuk'h. Es tan inmenso y aniquilador como hermoso y reluciente. Su color, dorado y brillante, ciega más que el propio eclipse. Su fuego arrasa Dòstanit como si estuviera hecha de madera seca. Los muros se derrumban; los cuerpos corren, arden y se retuercen. Los gritos se mezclan con el rugido de sus alas. Las casas estallan como si fueran de papel. El suelo tiembla con cada embestida de su furia. Las estatuas de bronce que antes representaban gloria y poder, ahora se funden como cera bajo su llama.

No deja nada, ni a nadie. No respeta aliados, ni banderas, ni inocentes. Es un juicio que no distingue entre pecadores y fieles. Los soldados dorados intentan protegerse y defenderse, pero hagan lo que hagan el fuego los atrapa y los prende tan rápido como antorchas. Sus gritos quiebran sus gargantas mientras sus armaduras doradas se funden contra la piel.

La torre entera colapsa, derrumbándose sobre la plaza.

Tampoco se libran los animales. Los caballos corren ciegos. Uno cae al suelo frente a mí, pataleando con las crines en llamas. Otro tropieza sobre los restos calcinados de su jinete. Las aves del cielo huyen, pero Altuk'h vuela más alto que todas y barre el aire con su potente aleteo, creando vendavales.

Su rugido resquebraja todos los cristales.

Cientos de flechas vuelan hacia él, pero ninguna lo daña. Ninguna penetra. Ninguna lo frena. Todas rebotan. Querían a Mäilkun Doh para usarlo como siervo y protector, pero es un castigo celestial que ha despertado para consumirnos a todos.

—Bël'loryel... —le hablo, aunque sé que no puede oírme—. Zalèüh, haz lo que necesites hacer. Desahógate. Devóralos. Quémalos a todos si eso te da paz. No voy a detenerte —Lo observo mientras gira sobre el cielo, dejando una estela ígnea tras de sí. Un dios vuelto dragón—. Te prometo

que cada sacrificio acabará valiendo la pena. Voy a ayudarte a volver, me cueste lo que me cueste.

Vuelvo a ponerme en pie cargando el cuerpo de Zynael en mis brazos. Pesa menos de lo que sus músculos y curvas aparentan, tal vez sea porque su alma ya no está aquí. Sea como sea, algo dentro de mí se blandea al sujetarla contra mi pecho.

Respiro hondo, recojo las armas sagradas de mi hermano, y empiezo a caminar en dirección al bosque. No corro. No huyo. Debo pasar desapercibido si quiero que no se fije en mí.

***

Avanzo paso tras paso, haciendo crujir la nieve bajo mis botas. La guerra queda detrás, al norte, pero su eco aún tiembla en mi espalda. Los rugidos de Altuk'h atraviesan el cielo como truenos. El fuego se ve, y huele a muerte y a ceniza.

Encuentro una zona más amplia, entre árboles de hoja perenne y raíces alzadas, lo bastante abierta como para recogernos a todos cuando lleguen los demás. Me arrodillo y dejo a Zynael con cuidado sobre la nieve, acomodándola con delicadeza como si ella aún pudiera sentir el frío, o mi rudeza. La cubro al completo con mi capa para no ver cómo su bonito rostro se apaga cada vez más. No quiero verla mientras se torna amarilla.

Busco ramas y troncos, intentando recolectar los más secos, aquellos pocos que no hayan absorbido la humedad de la escarcha. Recojo varias que están protegidas bajo algunos helechos, y las agrupo junto a unas hojas secas y varios trozos de corteza.

Hago un hoyo en la nieve con las manos enguantadas, apartando la capa superior hasta ver la tierra húmeda. Clavo las ramas como en un pequeño túmulo, dejando espacio para que el aire corra entre ellas, y comienzo a encender el fuego con uno de los palos más resistentes que he recogido.

Sigo moviendo mis manos con precisión, sin parar, hasta que logro hacer nacer la primera llama. Amarilla y sutil.

Entonces los oigo.

Varios cascos de caballo se acercan galopando a toda velocidad, pero no me pongo en pie hasta terminar mi faena. Necesito, sí o sí, encender una

hoguera.

Los caballos aparecen entre los árboles justo en el momento en el que termino de soplar. La llama prende y se eleva, lo suficientemente grande como para no amenazar con apagarse.

Apenas me he dado la vuelta para encararlos cuando un joven humano de cabello negro corre hacia mí. Ni siquiera me hace caso. Me ignora y se desploma de rodillas junto a Zynael. Llorando. Sus manos tiemblan sobre mi capa, dudando en destaparla. No quiere verla muerta, no quiere confirmar que la ha perdido.

Al instante, otro mestizo de ojos verdes y piel canela hace lo mismo.

Sus rostros lo dicen todo.

—Zynael… —El humano tiene la voz quebrada—. No… Por favor…

—No... No, por favor, no... —murmura el otro.

Lentamente, el huma extiende la mano y va apartando la tela que cubre su rostro, temblando. La expresión que muestran es devastadora.

—¿Por qué...? —Termina de romperse, echándose sobre ella—. ¡¡Tú no, Zynael!! ¡¡TÚ TAMBIÉN NO!! —Jadea con furia.

El nyëlkhem se deshace y llora en silencio, escondiendo el rostro en su pecho.

—¡¡¡Teníamos que haber hecho algo, joder!!! —El puño del humano golpea la nieve con fuerza—. ¡No era así como debía terminar! ¡Ella no tenía que morir! —La abraza, como si pudiera protegerla ahora que yo no respira. Sus lágrimas caen sobre sus heridas.

Me fijo en ese otro nyëlkhem que acaba de desmontar. Es más mayor, de unos sesenta años élficos. Se queda paralizado, totalmente quieto, su rostro es una máscara de hielo. Por sus rasgos, por su armadura y por el modo en que la mira, sé que es su padre. Un padre que está viendo muerta a su hija.

Avaldur’h desmonta después, manteniendo un excelente cuidado. En sus brazos lleva a otra nyëlkhem de cabello castaño. Parece muerta, pero no lo está. Aunque lo hace de forma vaga y estirada en el tiempo, aún respira. Su pecho se mueve con dificultad.

Un humano más baja del último caballo, manteniendo cierta distancia

prudencial. No sé si no se fía de mí, o si teme a los demás. Tiene el cabello rizado y también negro. No parece soldado, y tampoco un noble normal.

Me levanto y camino hacia él.

—Tú eres ese hechicero de la corte de los Akhelbec'h, ¿me equivoco? —le hablo sin presentación previa—. El mismo que dice ser siervo del destino —le espeto—. ¿Hasta qué punto eso es verdad?

El hechicero me sostiene la mirada con orgullo, a pesar de que noto en él cierto arrepentimiento.

—Así es —confirma—. Me llamo Dai-sha Génesis. Tal vez hayas oído mi nombre.

—No —rechazo—. Por eso precisamente te pregunto. La única sierva del destino capaz de conocer el futuro, hasta donde yo sé, es la bruja que me formó.

—No soy un brujo como Zaydear, y por supuesto no tengo su potente poder, pero mis pociones y mis estudios también me permitieron saber lo que iba a ocurrir —se defiende—. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido cuidar de tu hermano. Cada mentira que dije fue para asegurarme de que Kal'ladril se convirtiera en lo que debía ser. Una variación, un mínimo entrometido o cualquier tonta desviación, podría haber sido su perdición. Por eso fui a Drilembiyr'h después de su llegada, y por eso logré convencer a Karanthir de que, a pesar de ser humano, podía serle muy útil sin ser esclavo.

Estoy a punto de responder, pero el humano que lloraba a Zynael me interrumpe.

—¡Tú...! —brama, empujando al hechicero con fuerza.

Dai-sha cae de espaldas en la nieve.

—¡¡Thaeón!! —Avaldur'h deja a la joven nyëlkhem junto a la hoguera y corre hacia el humano al que acaba de llamar Thaeón—. ¡Basta! ¡Sé consecuente! ¡Todos somos responsables de esta desgracia!

—¡¡NI SE TE OCURRA!! —Lo señala, amenazándolo con el dedo—. ¡¡No vuelvas a insinuar algo parecido!! ¡¡No vuelvas a responsabilizarme a mí de lo que ha conseguido este malnacido!!

—Tú también sabías que Kal'ladril debía transformarse. Estabas en el

castillo de las enanas cuando me vi obligado a revelarlo — Avaldur'h intenta calmarle—. Sabías muy bien, desde entonces, que seguramente utilizasen a Zynael para lograrlo.

—¡¿Qué?! —El humano niega con la cabeza—. ¡¡No!! ¡Yo no sabía nada de esto! ¡Dijiste que Kal'ladril era el elegido y que en realidad era hijo de los reyes del norte! ¡Dijiste que al matar al dragón su alma pasaría a él! ¡Dijisteis que debían provocarlo para que se manifestase! ¡¡PERO

NO MENCIONASTEIS NADA DE ZYNAEL!!

—¡¿Cómo iban a provocarlo si no?! —Evidencia Avaldur'h.

—¡¡LLEVÁNDOLO A DESCUBRIR LA VERDAD!! —brama Thaeón—. ¡¡NUNCA MENCIONASTEIS NADA DE UTILIZAR A ZYNAEL!! ¡¡Y MUCHO MENOS DE MATARLA!!

—Yo… —Avaldur'h se calla, incapaz de encontrar una excusa a ese último reproche—. Yo tampoco imaginé jamás que fuesen a matarla. Sabes que no lo habría permitido si lo hubiese sabido… Se lo habría dicho a Kal'ladril yo mismo si…

—¡¡MIENTES!! —Thaeón no se cree nada—. ¡¡SOIS TODOS UNOS MALDITOS MANIPULADORES Y UNOS MENTIROSOS!!

—No seas hipócrita… —murmura Dai-sha tras volver a ponerse en pie, metiéndose finalmente en la conversación—. Sea como sea, has ocultado la verdad a pesar de saberla. Y eso también es mentir. No quieras exculparte ahora.

—¡¡VOY A PARTIRTE LA PUTA CARA!!

Thaeón vuelve a lanzarse hacia él con el puño el alto, pero Avaldur'h vuelve a frenarlo. Se mete en medio y lo empuja hacia detrás, obligándole a mantener la calma.

—Por favor… —le suplica al humano, con su único ojo enrojecido por el llanto—. No lo hagas más difícil, yo ya me culpo lo suficiente… Kal'ladril está ahí, atrapado en un dragón que no usa la razón, matando a los suyos… Tenemos que encontrar la forma de salvarle. Ya hemos logrado el cambio que debíamos provocar, ahora tenemos que ayudarle a regresar.

—¿Matando a los suyos…? —Frunce el ceño Thaeón—. ¿Qué suyos? ¡¡No hay nadie suyo!! ¡¡Todos se han aprovechado de él!! ¡¡Poco me

parecerá si acaba incinerando Elthymeron entero!!

—Teníamos un plan, aldeano —repite Dai-sha—. Puolhiry ha fallado, guiada por su impotencia, y ahora lo tenemos que arreglar.

—¡¡A LA MIERDA EL JODIDO PLAN!! ¡¡ZYNAEL ESTÁ MUERTA!! —grita una vez más—. ¡Mírame a la cara! ¡¡Mírame y dime que no sabías que esto iba a pasar!! ¡¡Sabías muy bien que cabía la posibilidad de que la mataran, por eso no has sido capaz de mirarla mientras te lo reprochaba!! ¡¡Has drogado a Idril para amenazarla y amansarla!! ¡¿Todo esto era parte de tu línea perfecta del destino?!

—No sabía que pasaría así —responde el hechicero—. Las pociones no muestran cada detalle, solo los nodos principales. Sabíamos que se transformaría en dragón, lo vimos, y sabíamos que habría una mujer que sería clave en su conversión… Pero no imaginé que sería de esta manera. Pensé que era imprescindible para ayudarle a no perder la razón, no que acabaría provocando todo lo contrario.

Thaeón abre los ojos.

—¿Y cómo sabíais que esa mujer era Zynael? —tiembla.

—Al principio no lo sabíamos… —continúa explicando el hechicero—. Karanthir vio una mujer, igual que yo, y por eso aceleró la planificación de una boda programada para sus hijos. Por eso obligó a Kal'ladril a pasarse a conocerla antes de arrancar con la misión. Cuando aún estábamos en el reino.

—¿Estás hablando de Hansley Mustadril? —intenta asegurarse.

—La misma.

—¿Y ella lo sabía?

—Por supuesto que sí —afirma Dai-sha—. Todo Drilembiyr'h sabía quién era Kal'ladril en realidad, y todos aguardaban lo mismo de él. Hansley Mustadril estaba dispuesta a todo por ser la mujer elegida por Mäilkun Doh. Hansley amaba a Kal'ladril, y nos habría ayudado voluntariamente a provocar su transformación.

—¿Dices que le amaba? —Thaeón suelta una risa sin humor—. ¡¡Todo lo que se construye sobre la manipulación está muy lejos de llamarse amor!!

—Concuerdo con ello —afirma—. Pero Kal'ladril no conocía lo que era

ese sentimiento. Creímos que tal vez, si la conocía, lo suyo fluiría y llegaría a pensar que lo estaba viviendo.

—Entonces, ¿qué fue lo que cambió? —Escupe Thaeón—. ¿En qué momento os disteis cuenta de que era Zynael la mujer de esa visión? —Hablé con Karanthir cuando nos sacaron de las celdas de Wolftundur —confiesa—. Se lo dije yo. Le dije que Kal'ladril había empezado a sentir cosas, *cosas reales*, por esa mestiza que habían apresado. Le dije que debía ser ella, porque él sería capaz de cualquier cosa por protegerla.

—Traidor de mierda… —Thaeón aprieta sus puños con rabia—.

Nos has manipulado a todos como piezas de tu propio juego.

—No sabía que Zynael acabaría muerta —repite Dai-sha—. Eso jamás lo vi.

—No te creo…

—Thaeón… —Vuelve a meterse Avaldur'h—. Te está diciendo la verdad. Cuando a mí me contó todo esto, Zynael todavía no entraba dentro de su plan. Y después de Wolftundur, jamás me ha mencionado nada que tuviese que ver con su muerte.

—Cállate —El humano se muerde el puño, intentando retener su rabia —. Tú lo has sabido todo desde que llegaste a nuestro grupo, y has estado callado igual que él. Sabías que Kal'ladril era de los tuyos, lo que habían hecho los que decían ser sus padres… Y aun así jamás hablaste. Te ganaste su confianza basando vuestra relación en mentiras.

—No tienes ni idea de la cantidad de veces que he querido gritarle quién era realmente… —murmura el que fue mi amigo—. Pero no podía. No era su momento para saberlo —Camina de un lado a otro—. Cuando fui en vuestra búsqueda, tenía la esperanza de encontrarme con uno de los míos. Me hablaron del sygära peliblanco que iba acompañado de humas y mestizos, y en mi cabeza no entraba la posibilidad de que fuese el mismo peliblanco al que emparentaban con Puolhiry y Karanthir. Los Akhelbec'h son demasiado racistas —prosigue—. Cuando lo vi dudé de si eras tú, Velydrel'h, o tal vez tu hermano Märbuld… Se parecía muchísimo a vosotros, pero habían pasado demasiados años. Entonces me dijo su apellido, y al instante me llevé la decepción. Cuando todo mi pueblo ardió, Puolhiry estaba verdaderamente embarazada. ¿Cómo iba a saber yo que

ese sygära era realmente el hijo nonato de Onal'lia?

—Por sus ojos —me meto—. Sus ojos, y sus pupilas. Solo Kelythael y sus hijos tenemos ese atributo. Estúpido.

—¡¡El sygära que me encontré era un likkout'h!! —se defiende—. ¡¡Pensé que sus ojos tenían que ver con su don!! Me parecía mucho más lógico pensar eso, que imaginar que realmente era un niño que jamás había nacido.

Respiro hondo. Le creo. Está diciendo la verdad.

—Le conté todo cuando se ofreció a acompañarnos —continúa Dai-sha, prosiguiendo con su parte—. Kal'ladril quería matarlo, y Avaldur'h habría seguido provocándole si no hubiese sabido quién era realmente ese peliblanco. Debía saber la verdad para dejar de hablar de cierta manera, y no revelar más de lo que Kal'ladril podía conocer.

Tenso los párpados y ladeo la cabeza.

—Has tenido un control meticuloso sobre él… —murmuro.

—Y sobre todo el que se le acercaba, sí —afirma Dai-sha—. Lo confieso. Y aunque ahora me toque soportar en la espalda el papel de traidor, no me arrepiento. Llegará a ser quien debía ser gracias a que todo ocurrió en su perfecto tiempo.

Respiro hondo y me doy la vuelta, dirigiéndome de nuevo hacia el cadáver de esa nyëlkhem rubia, y el cuerpo sin energía de la castaña.

—¿Y esta quién es? Idril… —recuerdo el nombre. Thaeón dice que la han drogado—. ¿En qué estado se encuentra?

—Es la mejor amiga de Zynael. Le he dado una poción para poder apresarla sin que opusiese resistencia. Tengo el antídoto para despertarle… —Dai-sha se adelanta y se arrodilla frente a ella, vertiendo con delicadeza un líquido gris dentro de su garganta—. Volverá a la normalidad en un rato… No recordará nada de lo que ha pasado.

—Qué suerte la suya —gruñe Thaeón.

Me giro hacia el que todavía considero el padre de Zynael. Sigue en completo shock, paralizado, como si la nieve bajo sus pies le hubiese congelado los huesos. Está ahí, rígido como un árbol muerto, mirando a su hija sin siquiera verla. El nyëlkhem de tez canela continúa llorando de

rodillas, hundido en ella.

—¿Sois familia? —pregunto, sin alterar mi tono.

El silencio se espesa. El supuesto padre no reacciona, pero el joven asiente.

—Él es su padre... Su nombre es Cònradel'h —confirma lo que ya sospechaba—. Yo soy Döriel... fui su pareja, su compañero, su amigo… —Su voz se rompe al final, como si decirlo lo hiciera más real y más irreversible. Como si al nombrar su vínculo, lo que tuvieron se hiciera polvo entre sus dedos.

Asiento, evaluándolos. El joven ya está roto, no necesita más respuestas por ahora. Pero el padre está en blanco, y necesita saber.

Saber qué va a pasar, y por qué.

Camino hacia Cònradel'h y me acerco a él muy despacio.

—Tu hija siempre ha sido la única llave —susurro, inclinándome hacia su oído sin tocarlo—. Ha sido la llave que lo ha despertado, y será la llave que lo salvará.

Cònradel'h parpadea. Es la primera reacción que le arranco. Su mandíbula se tensa.

—¿Qué...? ¿Qué estás diciendo...? —murmura. Su voz es apenas aire.

—La profecía lo dice —continúo, como si le revelara el secreto más antiguo de Elthymeron—: «*Mäilkun Doh salvará al mundo, así como su mundo lo salvó a él*».

Me alejo levemente, lo suficiente para que me mire. Para que me escuche.

—Para que mi hermano deje de ser un monstruo sin razón, para que deje de devorar, de incendiar y de arrasar, y se convierta de verdad en el dragón que va a velar por todos y mantener Elthymeron a salvo... primero debe recuperar su razón. Y el único medio es ella —revelo—: Zynael. Ella es su mundo.

—No —Cònradel'h agita la cabeza, nervioso—. No. No vais a volver a usarla. ¡No vais a usar a mi hija otra vez! ¡Y menos muerta! — Sus piernas ceden. Cae de rodillas, hunde las manos en la nieve y finalmente llora—. Mi niña…

Lo miro fijamente, alzando el cuello con altivez. No lo juzgo, es solo un padre roto.

—No me puedo creer que esté muerta… —balbucea, apenas audible—. ¿Cómo han podido...? ¿Cómo han podido hacerle esto? ¿Por qué ha tenido que ser mi hija?

—Porque se enamoró de Bël'loryel, y él de ella —respondo, aun sabiendo que no esperaba respuesta—. Debo usarla para recuperar a mi hermano, y voy a hacerlo con o sin tu permiso. Solo quería avisarte.

—¡¡No!! —grita de nuevo, levantándose rápidamente para apuntarme con su espada. Su punta se queda al ras de mi garganta, rozando mi nuez —. ¡¡No voy a permitir que nadie vuelva a tocarla!!

—¡Cònradel'h! —exclama Avaldur'h—. Aleja esa espada de Velydrel'h… Por los dioses… No puedes matarle. No eres consciente de su poder.

—¡¡NO ME IMPORTA CUÁL SEA SU PODER!! ¡¡QUIERE UTILIZAR EL CADÁVER DE ZYNAEL!! —Su voz se desgarra—. ¡No vas a tocarla, malnacido! ¡Te lo advierto! ¡Dejadla descansar! ¡Voy a llevármela a Aszhroin y voy a incinerarla! ¡Con la ceremonia que merece! —No vas a hacer eso —murmuro—, porque voy a despertarla.

Todos se quedan en completo silencio. Cònradel'h se muestra de nuevo paralizado.

—¿Qué…? —masculla, sin apenas fuerza—. ¿Qué has dicho?...

—He provocado a Puolhiry a propósito, muy a sabiendas de lo que haría —revelo—. Sabía que se dejaría poseer por la ira. Es impulsiva, y cargaba un gran peso. Solo necesitaba encender esa chispa que le llevase a perder la poca razón que aún tenía.

Cònradel`h me observa. Finalmente me ve. Ahora me escucha con todo el cuerpo.

—Tú… La han matado por tu culpa… Era lo que buscabas…

—Sí —respondo tajante, con completa calma—. Necesitaba que muriese para que Altuk'h acudiese finalmente a mi hermano, y planeaba recuperarla para poder recuperarlo.

Cònradel'h sacude la cabeza, incrédulo.

—¿Recuperarla? ¿Acaso es eso posible?... —Baja finalmente el filo de mi

garganta—. ¿Dices que has hecho que la maten para luego resucitarla?...

Vuelvo a asentir.

—¡MALDITO! —exclama Thaeón, corriendo hacia mí con el puño en alto —. ¡¿Cómo te atreves a hacerle eso?! ¡No es un maldito instrumento!

Esquivo sus golpes con destreza, aguardando hasta que se canse.

—¡¡Por los dioses!! ¡¿Podéis dejarlo hablar?! —Se arrastra Döriel, volviendo a ponerse en pie—. ¡¡Acaba de decir que va a resucitarla!!

Cònradel'h me mira con odio, pero al mismo tiempo sus ojos vuelven a brillar con esperanza. Me detesta por haberla utilizado, pero al mismo tiempo sabe que soy el único que puede remediarlo.

Todos callan. Nadie se atreve a volver a interrumpir.

—Zynael —digo, volviendo a girarme hacia su cadáver—, es la única capaz de traer de vuelta la razón de Bël'loryel y del dragón.

—¿Puedes hacer eso? —Döriel se acerca y se desploma frente a mí de rodillas—. ¿Puedes devolverla a la vida?

Asiento.

—¿A qué precio? —gruñe de nuevo Thaeón.

—Ninguno que tú vayas a pagar.

—¿Cómo lo hacemos? —Dai-sha se apresura para acercarse a mí. Está interesado, interesado de verdad. Algo en su forma de mirarme me dice que piensa que esta es su última oportunidad para enmendar todo el dolor que ha causado—. ¿Puedo ayudar?

—De hecho, sí —murmuro—. Que vaya a traerla a la vida, no implica que vayan a desaparecer esas heridas. Tiene seis puñaladas muy profundas. Debemos asegurarnos de que todos sus órganos estén intactos, y después debemos curarlas y cerrarlas. De este modo, cuando vuelva, ni las cuchilladas ni la infección podrán volver a matarla.

El hechicero asiente.

—Ahí tienes el fuego —Señalo—. Prepara toda poción que vaya a hacernos falta.

—¿Y nosotros? —Döriel vuelve a ponerse en pie y a plantarse frente a mí —. Dime qué hago. Haré lo que sea.

—Encárgate de desinfectar bien su daga —le ordeno—, vamos a necesitarla —Me giro hacia el resto—. Los demás, buscad algo punzante y fino. También necesito que me traigáis: varios pelos de la crin de vuestros caballos, los más gruesos; flores de beleño y resina. Y sobre todo, necesitaré que guardéis la paciencia. Lo último que me hace falta en estos momentos es tener que aguantar vuestra histeria.

—Pero… —Avaldur'h mira hacia el suelo con el ceño fruncido antes de volver a fijarse en mí—. Si vas a usar la brujería que creo que vas a usar, eso implica que tú…

—Lo sé, y no me importa —le corto, impidiendo que lo diga—. No lo hago por ella, lo hago por mi hermano. Cualquier sacrificio me parece necesario.



Zynael
21

Abro los ojos de golpe.

El aire entra como una cuchilla en mi garganta, y me incorporo con un espasmo brutal que me arranca un grito. El pecho me arde. Todo el cuerpo me duele como si hubiese sido arrastrada por un campo de espinas.

Parpadeo. No entiendo. No comprendo por qué siento el viento. Por qué el calor del fuego me acaricia la piel desnuda. Por qué escucho tantas voces a mi alrededor, distantes, reverberando en mi cabeza como si viniesen de debajo del agua.

¿Estoy viva?

No debería estarlo.

Intento enfocar la vista, pero no puedo. Veo sombras, rostros desenfocados que se mueven como espejismos… Entonces alguien se abalanza sobre mí.

—¡Zynael! ¡Estás viva, estás viva!

—¡¡IDRIL!! ¡¡Cuidado!! —exclama una voz.

Grito.

El dolor me arranca el aire de los pulmones. Quien me abrazaba se aparta al instante.

—¡Perdón! ¡Perdón, perdón! —dice Idril entre sollozos.

La reconozco… Y lentamente, también comienzo a diferenciarla. Ahí está, mi incondicional amiga, tapándose la boca con las manos para lograr controlar su emoción. «¿Acaso estoy en el más allá? ¿Acaso hemos muerto las dos?»

—Idril… —murmuro sin voz.

—Zyn… No puedo creerlo. No puedo creer que estés aquí — Noto sus manos volviendo a tocarme, sosteniendo las mías con cuidado—. Me lo han contado. Todo. Me han dicho que me quedé inconsciente… Que esos desgraciados te apresaron y que después te apuñaló... Puolhiry te apuñaló. Me han dicho que ya sabes quién es Kal'ladril, y que por fin se ha transformado en dragón. Después Velydrel'h te ha salvado, y ha funcionado. Estás aquí. Estás viva.

No escucho nada. No puedo. Solo la oigo. No soy capaz de almacenar toda la información que acaba de soltar.

Todavía no entiendo qué ha pasado, ni dónde estoy, ni si esto es real.

Aún con la mirada borrosa me fijo en mi cuerpo. Tengo varias heridas rodeadas de moretones, pero todas están cosidas, limpias e impregnadas con resina. Puedo sentir el tirón de los hilos en la piel, sobre todo en esa cicatriz enorme que atraviesa mi abdomen.

—¿Qué…? —susurro—. ¿Qué es esto…? ¿Qué ha pasado…?

La palpo suavemente con las yemas de los dedos. Es demasiado larga, es imposible que Puolhiry me la haya hecho si llevaba la armadura.

Mis ojos vuelven a abrirse y se enfocan de repente, cayendo en la cuenta de lo que ha pasado. Estoy desnuda. Me han abierto. Me han abierto de verdad. Y no sé por qué. Reacciono al instante soltando un grito y me arrastro hacia atrás con las manos y los talones. Estoy temblando. El corazón martillea mi pecho amenazando con partirlo, y eso no debería estar pasando. Empiezo a ahogarme, el aire del bosque donde nos encontramos parece no bastarme. Me falta espacio. Me falta cordura.

Mis ojos van de una cara a otra, pero todo se mueve demasiado rápido.

—¿Por qué...? —musito. Pero nadie me responde.

Entonces lo veo.

Velydrel'h... Ortheel… Su magia…

—¿Qué me has hecho...? —Escupo con la voz rota—. Yo… He muerto. ¿En qué me has convertido con tu brujería infernal?

Döriel se acerca con delicadeza y se arrodilla frente a mí. Sus ojos están rojos de llorar, pero me está sonriendo.

—Döriel… —Levanto las manos con cuidado para tocar su cara, necesitando comprobar que es real—. Eres tú… Eres tú de verdad.

Estás bien…

—Ahora sí —Asiente. Una lágrima vuelve a correr por su mejilla, pero arrastra felicidad—. Pensaba que te había perdido, Zynael… Te había perdido para siempre.

Tiene razón. He muerto, y sigo sin saber cómo he vuelto.

—¿Qué ha pasado? —Intento cubrirme el pecho, pero Thaeón enseguida acude y me cede una capa negra para que pueda taparme—. ¿Qué me habéis hecho?

—Nada infernal, como acabas de mencionar —me habla de repente mi padre, apareciendo frente a mí y fundiéndome en un cuidadoso abrazo—. Hija mía… Estás viva.

—Papá…

Tengo ganas de llorar. Siento como si llevase toda una vida sin verlos.

—No eres un dugrulh —Vuelve a hablarme Döriel—. No eres uno de esos engendros, no eres nada paranormal. Eres tú. Velydrel'h te ha devuelto. A ti.

—¿Cómo? —gimoteo, aún sin poder creerlo.

Llevo mis ojos a la claridad de los suyos. Tan azules, tan similares a los sygära que posee mi corazón. Entonces el nigromante da un paso adelante.

—Hola, Zynael —Su voz es tranquila, pausada y muy segura de sí misma.

—Tú… —No me atrevo a decirlo. Ni siquiera sé cómo plantearlo—. ¿Tú me has revivido? ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo lo has hecho?...

—Es una magia que aprendí hace tiempo, pero demasiado tarde como para haber podido practicarla con nadie en Cinnadaoin —me cuenta—. Aunque, siendo sincero, entonces tampoco habría logrado mucho. La mayoría de sus cuerpos estaban demasiado destruidos. Esta ha sido la primera vez que la he podido utilizar.

—Explícate —le exijo, con la voz hecha pedazos.

—Debíamos poder curarte, por dentro y por fuera, exactamente igual que si hubieses seguido viva. Debíamos aseguramos de que tus órganos

estuvieran intactos —revela—. Por suerte, ninguna de las puñaladas tocaron nada vital. Has muerto por la pérdida de sangre y el daño de tus estructuras nerviosas.

Lo dice así. Como si eso lo hiciera más fácil de digerir.

Pero he muerto, y vuelvo a estar aquí.

—¿Y…? —le pido seguir—. No me has explicado por qué vuelvo a estar viva. No creo que lo hayas logrado reconstruyendo simplemente las heridas de mi cadáver.

Velydrel'h respira hondo, pero no responde.

—¡¡Dime qué me habéis hecho!! —grito, pero el dolor acude a mi vientre haciendo que lo lamente al instante—. Joder… —Me encojo, encorvándome hacia delante.

Avaldur'h se adelanta y se sitúa junto al otro norteño. Me observa un instante en silencio, como si quisiera analizarme, y finalmente se agacha para encararme.

—Velydrel'h… —comienza—, te ha dado la mitad de su vida.

El mundo se detiene para mí. Las llamas de la hoguera parecen bailar en cámara lenta. Todos ante mis ojos se ven en pausa.

—¿Qué...? —susurro.

—Te ha dado la mitad del tiempo que iba a vivir —aclara Avaldur'h, continuando con su impactante explicación—. Pero ni siquiera él puede saber cuánto puede ser.

Balbuceo un par de sílabas sin sentido, incapaz de aceptar lo que acabo de escuchar.

—Te pongo un ejemplo… —continúa el sygära tuerto—. Imagina que el sino de Velydrel'h fuese vivir hasta los noventa, pues sólo vivirá hasta los cuarenta y cinco. Los otros cuarenta y cinco restantes... ahora son tuyos —sentencia—. Como tú ya estabas muerta, tu vida ha vuelto a empezar. De cero. Los cuarenta y cinco que te ha cedido a ti, se te acaban de sumar a lo que has dejado atrás.

Me quedo en silencio, analizando y procesando esa información. Miro mis manos. Mis dedos tiemblan. El aire sigue doliendo cuando entra, pero al menos entra.

—Pero… —tartamudeo—. Eso quiere decir... que voy a vivir más que él.

Avaldur'h asiente, muy despacio.

—Sí. Mucho más.

—¿Por qué? —le pregunto. No a él, sino Velydrel'h—. ¿Por qué habrías hecho algo como eso? ¿Por qué ibas a sacrificar tantos años que son tuyos, para cedérmelos?

—Por él —responde Velydrel'h sin dudar ni un instante.

Levanto la vista al cielo por primera vez. El eclipse aún lo oscurece todo, sellado como una herida negra en el firmamento, sin embargo todo está iluminado. Veo fuego más allá del bosque, columnas de humo que se alzan desde el norte, un mar ardiente más allá del horizonte. Lo busco sin parar, negándome a pensar que es cierto lo que ha dicho Idril; negándome a pensar que finalmente ha sucedido, que Kal'ladril ha terminado transformándose en lo que ambos tratábamos de evitar.

Pero no lo veo.

—No —digo, negando con la cabeza—. No es cierto. Eso no lo ha hecho él.

Velydrel'h asiente y me mira con gravedad.

—Si no fuese cierto, no habría sacrificado la mitad de mi vida para devolverte a este mundo terrenal, nyëlkhem —pronuncia con tranquilidad —. Eres la llave. Eres su pilar. Eres su mundo. Solo tú le puedes salvar. Quiero que saques a mi hermano del limbo en el que se encuentra, dentro del dragón, y que le fuerces a aprender a dominarlo.

—¿Yo? —repito, aún sin entenderlo—. ¿Dónde está...? ¿Dónde está Kal'ladril?

—Ha volado hacia el sur, hija —dice mi padre—, después de masacrar Dòstanit. Creemos que ha ido directo hacia la capital de Wolftundur.

—¿A Wolftundur…? ¿Por qué? ¿Por qué pensáis que ha ido allí?

—exijo—. Si realmente ha perdido la razón, no puede tener un objetivo. ¿No? ¿Qué puede haber en la capital de Wolftundur que haya podido atraer a su impulsividad animal?

—Kèstiron —adivina Thaeón—. Ha ido a matar a Kèstiron. Y a todos los que alguna vez te hicieron daño. Ese odio que contenía en su forma

original... ahora no lo puede medir. Y por supuesto no lo ha olvidado.

El aire se me corta en los pulmones.

—Altuk'h no olvida a quien logra provocar su odio —añade Velydrel'h—. Y en ese caso, la siguiente parada será Drilembiyr'h.

Me giro hacia él con impacto.

—¿Y quién se supone que hay en Drilembiyr'h?

—Los cobardes que han huido —revela—: los que se suponía que eran su padre, y su hermano.

—¿Y los demás supervivientes de la guerra? —Todo mi cuerpo tiembla —. ¿Y los nyëlkhems? ¿Y los humanos?

—No creo que haya quedado alguien vivo de la masacre que ha hecho en Dòstanit… —Mi padre se arrodilla frente a mí—. Lo siento… —No… Tenemos que comprobarlo. Seguro que otros se han escondido como nosotros —Intento ponerme en pie, pero mis heridas tiran y duelen demasiado.

Me llevo la mano al vientre y aprieto los dientes. Es algo insoportable.

—Tienes que descansar —me pide Thaeón—. No puedes hacer nada en estos momentos. Pueden saltarte los puntos, y puedes volver al estado en el que te encontrabas.

—Muerta.

El moreno balbucea, sintiéndose incómodo tras mi respuesta.

—Dilo claro. Estaba muerta.

—Pero ya no lo estás —le defiende Döriel—. Así que vamos a pensar que simplemente habías quedado en coma. Has vuelto de un coma.

—No. —rechazo—. Estaba muerta, y no pienso ignorar que no son míos los años que me quedan.

Vuelvo a intentar ponerme en pie. Idril me ayuda, permitiendo que me apoye en ella. La capa negra sigue cubriendo mi cuerpo desnudo. Mis piernas aún tiemblan. Clavo mi atención en Velydrel'h y lo analizo unos instantes en silencio. Sé que no lo ha hecho por mí, que me ha revivido por sus ganas de recuperar a su hermano, pero de cualquier forma estoy viva gracias a él. Y comparto sus ganas de hacer volver a Kal'ladril.

—Gracias…

El norteño de pelo blanco y corto endereza su espalda al instante. No parece estar muy acostumbrado a escuchar este tipo de palabras. Llevaba demasiado tiempo solo.

—Te juro que voy a recuperarlo —Extiendo mi brazo y apoyo mi mano sobre su armadura oscura, a la altura de su corazón—. Y después, prometo cuidar los años que me has cedido muy bien.

—Sé que lo harás, Zynael.

La forma que tiene de pronunciar mi nombre me eriza la piel. Hay algo muy oscuro en su interior, pero en estos momentos es mi mejor aliado.

Vuelvo a mirar al cielo, fijándome en ese fuego que se aprecia en la distancia. Lo ilumina prácticamente todo. Sin duda, ha debido destruir por completo la ciudad. Pensábamos que la guerra había terminado, pero el verdadero enfrentamiento acaba de empezar.

«Kal'ladril...» —El simple hecho de pensar en él ya duele—. «¿Qué eres ahora? ¿Qué voy a ser yo para ti?».

***

El paso del caballo es lento, casi arrastrado, y aun así cada movimiento me duele como si me partieran en dos. Voy con Döriel, apoyada contra su espalda, sosteniéndome con las manos en su cintura para no caer. Cada vez que respiro mis heridas rozan contra mi armadura, haciéndome rabiar. Pero tenemos que seguir avanzando, tenemos que seguir buscando si alguien está vivo o herido.

Los demás cabalgan un poco por delante. Todos. Thaeón, Idril, Avaldur'h y Velydrel'h. E incluso Dai-sha.

No puedo apartar los ojos de él.

Me llena de rabia ver su perfil tranquilo, cómo mantiene la mirada al frente con su altanería de siempre. Lo que pasó es tan culpa suya como de Karanthir, Puolhiry, o cualquiera de esos traidores. Se hizo llamar nuestro amigo y nos manipuló a voluntad. Mi mandíbula se tensa, los dientes presionan con fuerza. Me duele hasta la sien.

Döriel se gira levemente y me observa sobre su hombro.

—Si no se han mostrado más *eufóricos* con tu regreso —dice en voz

baja, creyendo que me molesta eso—, es porque no se atreven a acercarse a ti después de lo han hecho.

Me fijo en él y desvío la mirada hacia Thaeón. Va con la cabeza gacha y los ojos perdidos en la nada. Lo acompaña una sombra que parece pesarle inmensamente.

—Él especialmente —añade Döriel, dándose cuenta de quién tiene mi atención—. Lo está pasando realmente mal. No te lo ha dicho, pero se culpa por todo y se arrepiente.

Niego con la cabeza.

—Aún no sé exactamente qué han hecho, pero sé que nos han estado mintiendo.

—Idril también —incide—, sin embargo con ella pareces estar bien.

—Idril es distinta —digo al instante—. La conozco de toda la vida, es como mi hermana. Sé que si me ha ocultado algo, ha sido porque creyó que era lo mejor. Y estoy segurísima de que ella no sabía que iban a drogarla para poder manipularme... y después poder manipular a

Kal'ladril.

—Thaeón y Avaldur'h tampoco lo sabían —responde Döriel, girándose un poco más hacia mí—. Y ellos también callaron porque creyeron que era lo que debían hacer.

Frunzo el ceño.

—Vaya… —murmuro—. Sin duda te has propuesto defenderlos. ¿Cómo lo sabes?

—Solo sé lo que he podido averiguar —susurra—. Por lo que he escuchado, Thaeón y los demás se enteraron cuando estabais en el reino de los enanos. Avaldur'h lo sabía de antes, porque Dai-sha se lo había contado, y les aseguró que debían mantener el secreto para que Kal'ladril pudiera transformarse en el momento exacto y lograr controlarlo.

Respiro hondo. Muy hondo. El nudo de ira y frustración me presiona la garganta. Odio saber que nos han mantenido durante tanto tiempo al margen, excluyéndonos del derecho de conocer la verdad. Me dan ganas de gritar, de exigir explicaciones a todos, pero sigo conteniéndome y me muerdo la lengua hasta saborear un poco de sangre.

—¿Y por qué no me lo dijeron a mí?

—Porque sabían que no podrías ocultárselo a Kal'ladril —me contesta sin rodeos—. Porque estás enamorada de él —Las palabras me golpean en el centro del pecho. No por lo que dicen, sino por quién es.

La última vez que vi a Döriel, compartíamos algo. Algo especial, incierto, que había quedado suspendido en una pausa mientras yo cumplía la pena que se me había impuesto. No lo habíamos terminado, no tuvimos esa conversación. Solo lo habíamos dejado así, suspendido en el tiempo, esperando a que yo volviese a Aszhroin para lograr retomar lo que habíamos dejado atrás. Pero ahora estoy con otro hombre, y estoy enamorada de él, de Kal'ladril, como nunca lo he estado de nadie.

Döriel lo sabe. Lo noto en su voz y en la forma en que me habla sin girarse demasiado, como si no pudiera sostenerme la mirada por más tiempo del necesario.

Clavo los ojos en el horizonte, dándole también unos instantes de pausa a esta conversación.

La ciudad de Dòstanit ya no existe. Solo es una gran fogata que prende sobre ruinas ennegrecidas y estructuras partidas. El dragón la ha consumido por completo. No parece quedar ni un alma con vida. Nadie. Ni animales, ni soldados dorados, ni humanos, ni nyëlkhems... Sus cadáveres decoran el suelo como figuras de carbón. Hay cuerpos aún humeantes, otros que son puro músculo porque se les ha calcinado la piel. El viento arrastra el olor a carne quemada, a sangre, a furia desatada y a venganza.

Siento náuseas. Me aprieta las entrañas. No puede ser. No puede haberlo hecho él.

—No pude evitarlo —respondo a Döriel finalmente, apretando los dedos contra su cintura—. Kal'ladril era… *especial*. Único. Siempre lo ha sido. Aunque jamás imaginé que llegaría a serlo tanto. Me trataba como a su prisionera, y sin embargo me gustaba cómo era. Me odiaba a mí misma por ello. Odié sentirme agradecida cuando me salvó de la pena de muerte y me obligaron a seguirle, tan de cerca. Odié sentirme atraída cuando me miraba. Odié sentir celos cuando Idril lo tocaba. Odié embelesarme con su voz. Odié tener que acabar dándole la razón siempre. Odié soñar con él. Odié humedecerme los labios cada vez que mi ridículo subconsciente

imaginaba cómo sería besarlo. Odié sentir lo que sentí cuando por primera vez nos dejamos llevar. Odié tener que aceptarlo… Pero sí. Me enamoré de él, y es la mejor sensación que jamás he experimentado —confieso—. Luché mucho contra mí misma, pero ahora ya sé que la mejor decisión de mi vida fue colarme en Yókhubo y encontrarlo.

Döriel se queda en silencio, paralizado. No se gira hacia mí, al menos no al instante. Parece necesitar unos segundos para digerir lo que acaba de escuchar. Parece haberle dolido, como si acabasen de vaciar su corazón. Entonces, tras darse su momento, vuelve a ladearse un poco para mirarme.

—No hables de él en pasado —me pide—, vas a recuperarlo.

Mis labios se entreabren. Estoy a punto de responder cuando, de repente, entre los restos ennegrecidos de los cadáveres, veo una figura intentando arrastrar un cuerpo.

Es una sygära, y al instante reconozco su armadura y su melena.

«Hansley…» —¡¡Parad!!

Los caballos se detienen en seco. Me impulso para saltar y caigo de costado, gritando de dolor. Las cicatrices me arden, todo mi cuerpo protesta.

Me falta el aire.

—¡Zynael! —grita Thaeón desde su caballo.

Me arrastro y me obligo a ponerme en pie con las manos temblorosas. Las piernas no me responden del todo, pero avanzo. No voy a quedarme quieta.

—¡Hija! —exclama mi padre—, ¡¿Dónde vas?!

—¡Allí! —La señalo, tropezando hacia ella—. ¡¡Hansley!!

Su rostro está cubierto de ceniza y mugre. Está llorando, pero sus ojos se abren al oír mi voz y se gira rápidamente hacia mí.

Me tropiezo, me caigo y me vuelvo a levantar. Quiero ayudarle. No pienso dejarla sola entre estas ruinas. Cuando finalmente llego hasta ella, apenas puedo respirar.

—Zynael... —Hansley se desploma de rodillas, rendida ante mí como si acabara de ver a un ángel. Su voz es una mezcla de asombro, culpa y alivio —. Eres… Eres tú…

Llora y tiembla, inclinándose bajo mis pies.

—Yo... yo no sabía... —Respira a trompicones—. No sabía que te iban a... No sabía que iban a ser tan duros con él. Yo solo... pensaba que sería feliz siendo quien... quien le tocaba ser. Solo quería que por fin... que por fin tuviera paz... y… y… —Sus manos señalan el suelo—. Y de repente... de repente te habían matado. Y... y él… él estalló… El dragón devoró a Puolhiry. La masticó. ¡Viva! Y luego... Karanthir y Elwë huyeron. Con los farcnars. Nos dejaron... Nos abandonaron ahí… A todos.

Empieza a gritar. A temblar aún más.

—Mis padres están muertos... Y mi hermana... mi hermana...

La señala. Mis ojos siguen la dirección de su dedo.

Hay un cuerpo. Calcinado. Retorcido. Tiene los brazos extendidos, como si hubiera intentado cubrirse el rostro. La piel es un mapa negro de ampollas y carne fundida. El cráneo ha perdido todo su cabello, y parte del rostro ha desaparecido bajo la carbonización. El pecho está hundido, como si las costillas se le hubiesen quebrado hacia dentro.

Hansley se arrastra hacia ella, como si con tocarla pudiera revertir el tiempo.

—Nenya… —le habla, como si aún pudiese escucharla.

—Hansley —Me arrodillo junto a ella—. Sé que es mal momento, pero necesito que me cuentes lo que ha pasado. Necesito comprender lo que ha pasado para poder ayudar a Kal'ladril a volver. Me entiendes, ¿verdad? Necesito que respires y me cuentes todo.

Ella me mira, tosiendo como si se ahogara.

—Kal'ladril… —balbucea.

—¿Es cierto...? —Todavía no me lo puedo creer. O más bien, no quiero —. ¿Es cierto que Kal'ladril se ha transformado en dragón? ¿Es cierto que él ha hecho todo esto? ¿Has dicho que ha devorado a Puolhiry viva?

Hansley niega con la cabeza.

—No. Kal'ladril no... —rechaza, moqueando—. No fue Kal'ladril. Fue Altuk'h. Él... mi Kal'ladril… Mi amor… Él ya no estaba. No lo reconocí. No había nada de él. Solo fuego. Solo odio. Solo eso.

Vuelve a romperse. Llorando como si le estuviesen arrancando la vida.

—Tranquila… —Apoyo lentamente mi mano sobre su espalda, mientras ella sigue abrazando a ese cuerpo calcinado. Sin importarle estar manchándose con todos los líquidos que está soltando—. ¿Has visto a alguien más ahí dentro? ¿Alguien vivo? ¿Puede que haya alguien que haya sobrevivido y esté herido?

Ella sacude la cabeza una vez más.

—Todos están muertos. Todos quisieron hacerse los valientes... —gimotea—. Todos querían salvar a Kal'ladril. Pero nosotras... yo no soy suficiente… Cogí a mi hermana e intentamos escondernos. Pero... No había lugar… La bodega estaba colapsada. La torre había caído... Cualquier lugar era inviable... Las ruinas… Estaba desesperada…

Buscaba un sitio oscuro, y entonces lo sentí... El calor… No miré atrás… Salí corriendo y me lancé al pozo sin pensar. Pensaba que… Mi hermana... Creí que… Yo… No recuerdo nada más… He podido escalar… Y… —Baja la cabeza. Su cuerpo se contrae. No puede seguir. Miro sus manos. Sus uñas están levantadas, ensangrentadas. Algunas arrancadas hasta la carne. Los pies igual. Desgarrados. Magullados.

—Me alegra verte viva —le digo, con la voz más suave y sincera que puedo sacar—. Puede que hayas encontrado el único sitio seguro de todo Dòstanit. No vuelvas a decir que no eres suficiente. Tu instinto no te ha fallado.

Hansley llora con más fuerza. Se agarra a mi brazo como si se fuera a caer al abismo. Como si yo fuera lo único sólido que le queda.

—Gracias… —Está rota—. Gracias por venir a salvarnos… Mi hermana y yo te estaremos eternamente agradecidas… Perdónanos por cómo te hemos tratado…

La miro con atención y al instante lo entiendo. No puede aceptarlo, por eso estaba arrastrando su cuerpo. Estaba intentando salvarla. Cree que aún respira, que aún puede hacer algo. Está atrapada en la negación, en ese momento donde aún es todo posible si simplemente te niegas a creer.

Una de las pocas estructuras que queda en pie cruje, como si quisiera avisarnos de que está a punto de colapsar. El calor que desprende este lugar es insoportable incluso para mí.

—Tenemos que irnos ya —le digo.

Hansley se arrastra hacia el cuerpo y asiente.

—Vamos, Nenya... —murmura—. Voy a sacarte de aquí. Han venido a ayudarnos.

—Hansley… —Suspiro—. Ella no tiene que venir. Está muerta.

—¿Qué? —Me mira con pánico—. No. No lo está. Solo está herida… Además…

—Está muerta —repito—. Tienes que venir conmigo y dejarnos ayudarte a tratar esas heridas, pero ella debe quedarse aquí.

—No —rechaza rotundamente—. No voy a dejarla. ¡No está muerta! ¡Tú estabas muerta! ¡Y ahora estás aquí!

Respiro hondo. No puedo quitarle en eso la razón.

—Hansley… —intento razonar con ella—. No queda nada de Nenya en ese cuerpo. No hay cuerpo que salvar… No podemos hacer nada por ella, ni siquiera Velydrel'h.

—¿Velydrel'h? —Abre sus ojos y busca al nigromante más allá de mi espalda, que nos observa desde su caballo—. Él seguro que puede hacer algo. No voy a dejarla aquí. Ella... Nenya… Todavía puede...

Decido imponerme y la sujeto por los hombros con firmeza, obligándola a mirarme.

—¡Esta muerta, Hansley! ¡Muerta! —Lamento mi extrema franqueza, pero en estos momentos necesita escuchar la verdad. Aunque duela—. ¡No hay nada que podamos hacer por ella! ¡Mírala! ¡No tiene piel! ¡Todos sus órganos se han deshecho con el fuego! ¡No existe magia ni nigromante que pueda devolvernos eso! ¡¿O es que prefieres que la levante como a uno de esos dugrulhs, y la transforme en un monstruo?!

Solloza y se desploma sobre mí, temblando. La abrazo, no puedo hacer nada más.

—Tenemos que irnos… —repito—. Debemos curarte. Si no, vas a pillar una infección que te va a hacer perder los pies y las manos.

Nos levantamos, y aunque lo consideraba imposible, logro arrastrarla conmigo. Las heridas me tiran provocándome un dolor abrasador, pero paso a paso, logramos llegar con los demás. Hansley apenas puede sostenerse, pero se mantiene de pie junto a mí. Nadie pregunta. Nadie

necesita hacerlo. Sus ojos lo dicen todo.

—Ven —Le tiende la mano Avaldur'h, ofreciéndole montar con él.

La elfa castaña tose y se fija en el norteño, es la primera vez que lo ve sin el yelmo. Respira hondo y extiende su brazo para agarrarlo, aceptando su ayuda y su impulso para montarse en el caballo.

Dai-sha se acerca a ellos y le cede una poción de curación. Esta vez es de color verde, y sí que logro reconocerla.

—Tal vez haya alguna forma de poder llamar a los farcnars — Avaldur'h trota hasta llegar a mi lado y me mira fijamente—. Sé que solo

Kal'ladril tiene ese don, y que tiene que ver con el hecho de que sea Mäilkun Doh... Pero tal vez, si usas vuestro vínculo…

—No… —rechazo, sin siquiera dejarlo terminar—. La única razón por la que han accedido a marcharse con Karanthir y Elwë ha sido para poner a salvo a sus hijos. Roc y Sumli jamás nos habrían abandonado. Por ningún otro motivo.

—Entonces estamos perdidos… —murmura Döriel—. No vamos a llegar a Wolftundur antes de que la calcine por completo. Los caballos son rápidos, pero no tanto.

—Puedo volver a levantar a varios de los farcnars de mi ejército — propone Velydrel'h de repente. Todos nos giramos hacia él—. Sé que lo consideráis un método cuestionable, ya que perturba el descanso eterno de esos muertos, pero… —Hazlo. —ordeno.

Velydrel'h enarca una ceja y se gira hacia mí.

—Los necesitamos. —añado.

No responde con palabras. Me sostiene la mirada un instante antes de darse la vuelta, y entonces levanta una mano. Su magia es lenta, controlada, casi delicada. Sus dedos moldean la realidad con la naturalidad de quien ya ha olvidado la barrera entre lo posible y lo impensable.

El suelo respira como si debajo hubiese algo vivo, y de repente emergen. Como flores que insisten en nacer sobre la ceniza, aparecen cinco farcnars. Están muertos, no hay otra manera de describirlos. Uno tiene un ala incompleta, el otro camina con una garra rota, todos tienen zonas de piel arrancada y marcas de quemaduras profundas. Algunos tienen los ojos

vacíos; otros los conservan, pero sin luz, como si fueran de vidrio. Son cuerpos que solo obedecen a su creador.

Me estremezco. Pienso en Roc y en Sumli, pienso en su nobleza y en lo que sentiría si ellos fuesen usados así, sin voluntad ni consciencia. El pecho me quema con una tristeza que no sé dónde meter. Pero entonces pienso en él, en Kal'ladril, y al instante todas mis dudas se eclipsan. Si esto me acerca a él, si me da una oportunidad de alcanzarlo antes de que se destruya más... entonces tengo que hacerlo.

Respiro hondo, me acerco a uno de esos dugrulhs voladores y, sin darle más vueltas, me monto.

Siento el frío de la criatura muerta bajo mis piernas, la rigidez de sus músculos inmóviles. No hay pulso. No hay aliento. Pero aun así, vuela. Y si vuela, sirve.

—¿Te importa? —murmura Velydrel'h a mi lado, habiéndose acercado a mí.

—¿Qué?

—Como puedes ver, he traído solo a cinco —Señala a nuestro alrededor —. Dadas las circunstancias, y viendo que el hechicero parece necesitar estar solo, he decidido compartir mi espacio vital contigo.

—¿Es consideración? ¿O estrategia? —murmuro—. ¿Quieres hablar de algo?

—Eres inteligente. Puede que así sea.

Accedo al instante y me echo hacia atrás, deslizándome con un leve gruñido por el dolor, dejándole el liderazgo. Él sube con una precisión perfecta, colocándose sobre el farcnar de forma equilibrada y solemne.

Los demás dudan más, pero finalmente suben a los suyos. Avaldur'h acomoda a Hansley con suavidad, sosteniéndola como si sus huesos fuesen de cristal. Thaeón monta con Idril, serio y concentrado. Döriel con mi padre, intercambiando ambos una mirada rápida que parece un pacto silencioso. Dai-sha sube al suyo y se mantiene apartado, sabiendo de sobra que el resto de nosotros todavía no lo ha perdonado.

Cuando despegamos, el aire caliente de la fogata nos envuelve. El eclipse sigue ahí arriba, cubriendo el mundo en esa falsa noche sin estrellas.

Y echamos a volar, como espectros bajo una gran y densa sombra.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo a Velydrel'h.

—Ya lo estás haciendo —responde sin girarse.

—¿Por qué tu padre, al transformarse, jamás salió de Cinnadaoin? —cuestiono—. Si tanto odio sentía por Karanthir, ¿por qué no fue entonces tras él? ¿Por qué esta vez sí que lo ha hecho?

Velydrel'h tarda en responder.

—Porque mi padre se quedó eternamente anclado al lugar donde estaba mi madre. Su hogar, su esposa, y ese hijo que acababa de perder. Era lo único que le importaba —susurra—. Cuando su cadáver se pudrió y desapareció debido al tiempo, no cambió nada. Se quedó ahí porque ahí estaban su alma, y su calma. Solo allí se sentía como en casa.

Guardo silencio, sintiéndome cautivada.

—Mi hermano, en cambio, ha sido provocado en un lugar que ya de por sí parecía detestar —explica, aunque más que una verdad parece solo su teoría—. Además, he esperado a conciencia a que Karanthir y Elwë huyeran con los farcnars para llevarte al bosque. Debía pensar que te han secuestrado ellos, que pretenden manipularlo con tu cadáver una vez más. Cree que estás muerta y que te han robado de su lado, y ha ido a vengarte. A recuperarte. Toda esta destrucción es por ti, Zynael.

Me giro hacia Dòstanit, que sigue ardiendo en la distancia.

—De nuevo, todo esto es parte de tu plan, ¿verdad? —adivino, volviendo a centrarme en él—. Pretendes que él mismo se encargue de lo que tú querías lograr al iniciar esta Segunda Gran Guerra. Haciendo lo que has hecho, has logrado que sea Kal'ladril quien destruya los dos reinos que tanto detestabas.

Respira hondo y se mantiene en silencio. Esa es toda la confirmación que necesitaba.

—Eres muy inteligente, Velydrel'h… —murmuro—. Puedo verlo. Pero no eres tan distinto a ellos.

—Yo jamás mataría a alguien para amenazar y manipular a otra persona —Se defiende—. No soy igual que esos desgraciados.

—No, eres más listo, a eso mismo me refiero —Afilo la mirada— . Tú

manipulas tan sutilmente que logras que otros hagan el trabajo sucio por ti.

Velydrel'h se gira hacia mí, observándome sobre el hombro. Clava la mirada en mis ojos como si quisiera leerme, diseccionarme, comprenderme. No hay piedad en él, aunque tampoco siento amenaza. Solo una observación absoluta.

—¿Qué querías hablar conmigo? —gruño. No pienso dejarme intimidar por él—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero asegurarme de que tienes muy claro cuál será su destino cuando logre regresar —musita—. Quiero asegurarme de que eres consciente de lo que significa haberse enamorado de Mäilkun Doh.

—¿Acaso importa lo que yo piense? Tú solito te vas a encargar de que ese destino se cumpla. ¿O me equivoco?

Velydrel'h frunce el ceño. No sé si le gusta o le disgusta cómo le estoy hablando, pero no me preocupa. He visto a la muerte de frente, por mucho que le deba la vida y sea un nigromante muy poderoso, no pienso amedrentarme delante de un mortal como yo. No logro fiarme de él. Me ha salvado, sí, pero ha sido por su mero interés. Su lealtad responde a reglas que yo todavía no entiendo.

No cedo a su mirada. No puedo. Algo dentro de mí sabe que, si lo hiciera, estaría rindiéndome a una voluntad que todavía no termino de comprender. Sus ojos son como un abismo, y por un instante tengo la impresión de que si me acerco demasiado podría empezar a verlo todo como él.

Finalmente suspira y se da la vuelta.

—Mi hermano será rey —dice, enunciando esa verdad que no necesita aprobación—. Rey Dragón. Guía supremo del sur y del norte. Todas las tierras sygäras le pertenecerán cuando logremos salvarlo.

—Kal'ladril no quería ser rey de nada —le respondo con la misma seguridad con la que él me ha hablado—. Nunca lo ha querido. Nunca. Se lo he dicho muchas veces, le he insistido, incluso cuando él ni siquiera quería oírme. Y siempre me lo dejó claro: no es su camino.

Velydrel'h asiente, como si eso solo confirmara su punto.

—Y eso es exactamente lo que lo convierte en el mejor candidato para serlo —murmura—. Los que desean el poder son los que menos deberían tenerlo. Él no lo quiere, y eso lo hace digno.

—No vas a lograr convencerlo —le aviso.

—No tendré que hacerlo. Es por Elthymeron, por Namhliä al completo, no por él. El mundo pesa más que nuestras decisiones personales —se mantiene—. Es Mäilkun Doh, y su misión es velar por todos los seres vivos provenientes de Lyhändril, sin importar dónde estén: en Yókhubo, en los reinos del norte o del sur, o en cualquier rincón perdido del mapa. Su mandato no es un trono, sino una vigilia eterna.

Tenso la mandíbula y suspiro con pesar. De nuevo, su futuro se ve cargado de infinita responsabilidad. Sus palabras se despliegan como una red sobre mis pensamientos. No puedo rebatirlo, pero no me gusta.

—Tu bosque, todo lugar donde habitéis los nyëlkhems, también formará parte del terreno que deberá cuidar —añade—. Sois una raza mestiza que viene de los sygäras, y aunque vuestra sangre sea mitad humana, tenéis raíces de Lyhändril igual que nosotros.

—Sentirme incluida ahora mismo no me interesa —Me froto los ojos—. La noche de antes de la guerra, hablamos de todo lo que haríamos juntos cuando concluyese el enfrentamiento. Kal'ladril quería ser libre, conmigo… Queríamos viajar de aquí para allá, volar con Roc y Sumli, ir de su hogar al mío, y derretirnos juntos en todos los rincones de Elthymeron… No creo que ese futuro que dictas, tan esclavo, le haga feliz.

—¿De verdad crees, después de lo que ha vivido, que él alguna vez podrá volver a sentirse feliz? —me pregunta, y sus palabras me llenan de amargura y de dolor—. No eres tan ingenua, nyëlkhem. Sabes bien que has perdido al Kal'ladril que conocías. Para siempre.

El nudo de mi garganta se cierra hasta casi ahogarme. Siento un ardor en mi vientre que nada tiene que ver con la herida que lo atraviesa. La rabia y la tristeza se apoderan de mi interior tan rápido como se enciende un fuego sobre el aceite. Y lo peor de todo es que siento que tiene razón.

—A esto me refería —Continúa mirándome—. Te has enamorado de Mäilkun Doh. El Kal'ladril que tú conocías ha muerto, junto a su pasado y todas las mentiras que le contaron. Ahora es un sygära nuevo. Es Bël'loryel,

mi hermano, y esta es su naturaleza. Altuk'h fue enviado a este mundo con la misión de cuidar la magia de nuestras criaturas sagradas, y no será algo que nadie deba imponerle desde fuera. Lo sentirá por dentro del mismo modo que tú puedes sentir la sed.

Aprieto los labios. Mis manos tiemblan sobre el lomo duro y sin vida del farcnar. Las heridas punzan bajo mis costillas. El aire me golpea los ojos, pero no los cierro.

—Pues para ser su naturaleza, hasta ahora no se le ha dado muy bien —respondo. No hay sarcasmo en mi voz, solo una tristeza profunda que se abre como una grieta.

Velydrel'h se queda en silencio unos segundos.

—Porque hasta ahora, aún no ha estado dentro de un cuerpo capaz de controlarlo —responde—. El equilibrio entre el dragón y su huésped es fundamental. Mi padre fue devastador porque nunca pudo entenderse con la criatura. Y mi hermano... ahora está siendo devorado por su rabia y su dolor. Todavía no es él mismo. Todavía no ha emergido del caos. Su furia es tan grande que puede que ni siquiera te reconozca a ti al principio. No ve más allá de lo que le arde por dentro.

Agacho la mirada, rendida ante esta verdad. No puedo hacer ni decir nada para rebatirla. En lo más profundo de mi ser, sé que tiene razón. Y eso es lo que más me duele.

—¿Y si no vuelve? —bisbiseo—. ¿Y si ya es tarde?

—Volverá —me asegura—. Pero va a necesitar que insistas.

Cierro los ojos un instante. Una sola lágrima cae, y me odio por dejarla salir.

—Tengo que estar preparada. No sé cómo será el sygära que me encontraré cuando eso pase —digo, bajito—. Puede que sea un completo desconocido…

—Sí —responde—. Pero sea como sea, y aunque el amor no siempre tenga la misma cara, recuerda que tú seguirás siendo eternamente su anämy. Por eso eres la llave.

Asiento. Me duele, mucho, pero asiento. Estoy dispuesta a ayudarle. A quedarme, aunque no lo reconozca. Confío en él. Sé que lo nuestro es real,

y sé que lo que siento jamás morirá.

—Voy a quedarme a su lado para siempre —pronuncio en voz alta, solo por si él lo duda—. A pesar de lo que sea. Porque le amo, y siempre lo haré.

Velydrel'h me observa con esa mirada que no parpadea, que pesa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé con la misma certeza con la que conozco mi nombre —sentencio—. ¿Acaso tú no sabes cómo es estar enamorado?

Él no responde al instante, y cuando lo hace su voz no tiene ninguna emoción.

—No —rechaza—. Estoy demasiado podrido por dentro. Ningún corazón que merezca ser amado debería condenarse a terminar a mi lado.

Vuelve a mirar al frente. Su silueta se funde con la oscuridad. Me quedo en absoluto silencio, porque no tengo nada por responder que lo pueda mejorar.



Zynael
22

Tengo la cabeza apoyada contra la espalda de Velydrel'h. El calor de su cuerpo es lo único que me sostiene entre la realidad y el abismo. Me cuesta mantener los ojos abiertos. El agotamiento hace que me pesen los párpados tanto como piedras. Los cierro solo un segundo, tal vez dos. Y me rindo. Me quedo dormida unos instantes, al menos creo que lo hago. Pero no hay sueños, solo esa oscuridad que no da tregua, esa negrura que me recuerda que nada está bien.

Un rugido me despierta.

Brutal. Agudo. Profundo.

Mi alma se estremece. Los huesos del farcnar muerto tiemblan bajo nosotros. Es un sonido que atraviesa el aire como una cuchilla, y me golpea tan dentro que por un segundo no sé si estoy soñando o si realmente ha ocurrido. Pero el aire huele a humo y el cielo se ha teñido de un naranja que se aprecia en la distancia.

Me asomo por el lado de Velydrel'h, con el pecho aún presionado contra su espalda y las manos aferradas a su cinturón.

Entonces lo veo.

Ahí está, Altuk'h, caminando en el interior de la ciudad como si este lugar fuese su coto de caza, arrasando con ese mundo que lo ha traicionado.

No queda nada de la ciudad que recordaba, Wolftundur es una ruina en combustión. Las casas y las avenidas que alguna vez hemos recorrido ahora son montículos ardientes. El fuego cubre techos, muros y calles enteras. Las estructuras crujen, se rompen y colapsan bajo el peso de su inmenso

cuerpo. Bajo sus inmensas garras. Él camina como si no hubiese resistencia posible, chafa casas con la misma facilidad con la que uno aplasta una rama seca bajo el pie.

Sus escamas doradas son impenetrables, ni una sola de las flechas y las piedras que le disparan desde los cañones del castillo parecen dañarle. Su cola lanza cuerpos por el aire. La gente huye, pero no lo suficientemente rápido. Hay muchos muertos. Demasiados. Veo a niños llorando en callejones, a madres cubriendo a sus hijos con sus cuerpos como si eso pudiese salvarlos, hombres armados intentando resistir en vano.

La capital está sumida en el miedo, la desesperación y la impotencia.

Me fijo bien en él. Puede que Altuk'h no sea racional, pero no está buscando al azar. Su mirada, cuando no está lanzando llamaradas que parten edificios en dos, está fija en una sola dirección: el castillo. Ruje, haciendo al mundo entero temblar, y en su grito se entiende algo más que furia. Parece un reclamo. Está llamando a alguien. Está exigiendo que salga, que lo enfrente. Quiere ver el rostro de Kèstiron. Quiere hacerlo cenizas mientras lo mira.

Los dugrulhs vuelan en círculos sin acercarse demasiado a la bestia, aguardando a las decisiones de su amo.

—Voy a ir sola —digo de pronto, en voz alta.

Velydrel'h se vuelve hacia mí y me observa con esos ojos imposibles de leer.

—¿Qué pretendes? —pregunta con una calma que me hiela.

—No puedo morir incinerada, si esa es tu preocupación —Intento bromear. Lo hago más por mí que por él—. Tengo que acercarme y lograr que me vea.

—Aunque no mueras por el fuego, sí que puede devorarte — exclama Thaeón, interviniendo en la conversación—. También puede lanzarte por los aires, como está haciendo con esos inocentes; o puede arrancarte la mitad del cuerpo de cuajo... Puedes morir. Otra vez. De muchas formas.

Suspiro. Tiene razón, y la idea de volver a experimentar lo que es la muerte, realmente no me apetece.

—Voy contigo —añade el humano con firmeza. Su tono no deja lugar a

discusión—. Tienes una misión y una responsabilidad con Kal'ladril, lo entiendo. Pero no voy a arriesgarme a volver a perderte. —Yo también voy —se suma mi padre—. No me quedaré a mirar mientras mi hija se juega la vida, y mucho menos después de haberte recuperado.

—Y yo —dice Döriel también—. No dejaré que lo enfrentes sola. Entiendo que tu corazón le pertenezca a ese dragón, pero ambos tendréis que aceptarlo. No me importa cuán grande sea. No voy a irme de tu lado.

—Por supuesto, cuenta conmigo —interviene Avaldur'h—. Lo que está ocurriendo nos pertenece a todos, y tú ya te has arriesgado demasiado.

Hansley me mira y asiente. Está temblando, su piel sigue magullada y ennegrecida por el hollín y la ceniza, pero aun así demuestra firmeza.

—Me has salvado la vida —dice—. Si puedo devolverte de alguna manera el favor, aunque solo sea distrayendo al dragón, quiero hacerlo. Déjame ayudarte.

—Zyn —me habla también Idril, levantando el mentón—, yo también voy. Kal'ladril me ha salvado muchas veces. No puedo quedarme atrás ahora. Quiero ayudarle. Voy a ayudarte a traerlo de vuelta.

Mi mirada se clava en Dai-sha, que aún no ha dicho nada. No se ha movido.

—¿Y tú? —le pregunto. No hay suavidad en mi voz—. ¿Vas a demostrar si había algo de verdad en la amistad que decías compartir con Kal'ladril? ¿O vas a huir ya a Khozaril, a montar tu escuela de hechicería y fingir que todo esto no ha pasado?

Dai-sha levanta la cabeza y me mira con determinación.

—Nunca más vuelvas a insinuar que mis sentimientos hacia Kal'ladril no eran de verdad —Su voz es grave y segura—. Tal y como le juré, me quedaré con él hasta el final. Si un día me voy a Khozaril, será solo porque sé que él nunca me perdonará. Porque sé que jamás me volverá a aceptar a su lado.

Respiro hondo. Me duele creerlo, pero lo hago. Una vez más, lo hago.

La intensidad de los ojos de Velydrel'h clavados en mí, vuelve a captar mi atención.

—Voy contigo —murmura—. Tu magia es muy poderosa. Lo sé, porque

la he sentido. Si nos combinamos, tú y yo, podemos provocar cosas muy grandes.

Asiento. Estoy de acuerdo con que todos me ayuden, al fin y al cabo, de una manera u otra, todos hemos sido responsables de lo que esta sucediendo.

***

Descendemos al corazón de la tormenta.

Altuk'h se alza entre las ruinas, dejándome sin aire, sin habla. Es aún más grande que la versión de Kelythael. El dragón que matamos en Cinnadaoin no tendría nada que hacer al lado de este. Su cuerpo parece forjado en oro. Su brillo es cegador, casi irreal. Tiene la belleza de lo imposible y la presencia de una deidad. Sin embargo... lo reconozco.

Lo veo.

Es él.

Lo sé y lo siento.

Kal'ladril está ahí, en algún lugar dentro de esa furia que arrasa con todo. Sus ojos son los mismos, y podría reconocerlos entre millares. No están vacíos. Algo dentro de ellos me está buscando.

Volamos. Wolftundur arde bajo nuestros pies como si las entrañas del mundo hubieran sido expuestas. Todo está perdido, pero nosotros no.

Estoy sentada detrás de Velydrel'h. Su espalda está erguida, firme, y sus ojos fijos en su hermano, en esa bestia dorada que incinera todo a su paso. Junto a nosotros vuelan todos los demás. Avanzamos decididos y, a la vez, unidos por el silencio más ruidoso que existe. El miedo.

El dragón aún no nos ha visto. Está ocupado rugiendo al castillo, buscando a Kèstiron. Sus alas se despliegan como muros de escamas y huesos.

—Que empiece la función —dice Velydrel'h con la voz firme.

No dudo. Ni siquiera pienso. Solo me dispongo a atacar. Mi cuerpo vibra. El dolor de las heridas se disuelve con la rabia, con la impotencia. Extiendo la mano y creo una grieta inmensa justo debajo del dragón, provocando que se tropiece y se desplome. La capital entera rebota como si acabase de

caer un meteorito. Velydrel'h alza ambas manos. De repente, de la sombra de una torre derruida, surgen unas garras oscuras y enormes que se lanzan contra una de las patas del dragón. Sosteniéndolo, como si las sombras fuesen algo tangible. Reteniéndolo.

Me quedo sin habla. Es magia negra, de eso no tengo duda, y es tan aterradora como fascinante.

Altuk'h ruge y se revuelve. Por fin nos ha visto. Por fin nos presta atención.

—¡AHORA! —grita Velydrel'h.

Todos salimos disparados hacia él, esquivando su primera llamarada.

Los demás se dispersan. Thaeón agarra el arco de Idril y comienza a disparar flecha tras flecha. Sabe que no va a dañarle, ni siquiera van a penetrar en su piel, pero lograrán molestarle. Dai-sha, desde lo alto, produce su conocido y tóxico conjuro. Una nube inmensa, morada y nada respirable se va levantando lentamente alrededor del dragón, dejándole sin visión para el resto de la ciudad, encerrándonos con él en el interior de esta cúpula de vapor que ya ninguno vamos a poder atravesar. Los demás, simplemente vuelan a su alrededor. Como mosquitos, zumbando en su oído para distraerlo mientras otro más grande se dispone a picar.

—¡Kal'ladril! —grito cuando volamos por primera cerca de su cara—. ¡Mírame! ¡SOY YO! ¡SOY ZYNAEL!

Mi voz se pierde entre el estruendo. La criatura gira el cuello y lanza otra llamarada. Rápidamente, produzco un gran soplido de aire que nos impulsa para esquivarla. Velydrel'h se agarra al farcnar con fuerza, evitando la caída.

—La próxima vez —susurra, con el corazón agitado—, avísame antes de hacer eso.

—De nada —respondo con altanería—. Si no fuese porque he reaccionado rápido, el fuego nos habría alcanzado. Y dudo mucho que quieras sentir eso.

—No lo has hecho por mí —Sonríe—, lo has hecho por tu bonito pelo. Si te incinera, aunque no mueras, te quedarías calva. Y seguro que así no estarías tan guapa.

—Vaya... Debes estar realmente asustado si incluso te ha dado por bromear.

No le da tiempo a responder cuando Altuk'h vuelve a atacar. Velydrel'h actúa rápido. Sus garras de sombras vuelven a aparecer y sostienen con firmeza el cuello de la bestia, evitando que pueda lanzarnos su mordida.

Alzo los brazos, y cuando siento toda la potencia de mi magia, los bajo y lanzo un estallido de rayos que le golpean por todos los flancos.

No pretendía hacerle daño, pero no puedo tranquilizarlo de otra manera. —¡¡KAL'LADRIL!! —grito una vez más—. ¡¡Recuerda quién eres!!

¡¡Estoy aquí!! ¡¡Recuerda lo que sientes!

Y por un instante, me mira.

Sus ojos dorados, brillantes y profundos, se clavan en los míos. Mi corazón se paraliza, como si fuese la primera vez que nos miramos. Siento algo comenzando a arder en mi interior, algo mágico. Y veo en él el mismo destello, ese segundo de duda, esa grieta. Me ve. Lo veo. Está ahí. Kal'ladril está ahí. Su alma está gritándome tras el velo de esa potente ira.

—Por favor… —susurro—. Idiota… Vuelve.

Pero se pierde. La grieta se cierra herméticamente, cambiando incluso la expresión del dragón, y ruge al cielo. Su rabia se dispara.

Lanza un coletazo que sacude la ciudad fuera de esa nube tóxica del hechicero. Está decidido a destruirlo todo. Agita la cabeza con fuerza. Thaeón e Idril apenas logran esquivarlo. Dai-sha cae en picado, pero controla su farcnar antes de estrellarse.

—¡¡ZYNAEL!! —me advierte Avaldur'h—. ¡¡TU PADRE!!

Me vuelvo justo a tiempo para ver al dragón girar y abrir la boca. El farcnar que lleva a mi padre y a Döriel no logra esquivarlo a tiempo.

Y los engulle.

El grito que escucho de mi progenitor es breve. Demasiado breve. Sin embargo, el aullido de Döriel se alarga, y comienza a caer. Döriel ha saltado. Lo veo desplomarse contra los escombros, quedando tendido como un muñeco roto.

—¡¡¡NO!!! —Todo mi cuerpo se rompe. Algo dentro de mí se desgarra como nunca antes. Él... el hombre al que amo... acaba de matarlos. Acaba

de tragarse vivo a mi padre.

La rabia me arrebata la voz y la cordura. Siento tanto calor y tanta ira que ni siquiera puedo llorar. Ya no veo con claridad.

Solo comienzo a gritar. Hasta reventarme la garganta.

Mis elementos se desbordan. La tierra tiembla, el aire se agita en torno al dragón, el fuego lo envuelve, los rayos nacen del cielo y se dirigen a él como látigos. Lo golpeo con todo. Infinitos bloques de piedra se elevan y los lanzo en su dirección, pretendiendo sepultarlo. El agua inunda las calles como un tsunami, y en contacto con el fuego, crea un vapor espeso y cegador. La fuerza del mi magia logra destruir lo poco que aún quedaba en pie. Incluso el hechizo de Dai-sha se desvanece.

Una nube inmensa se alza y lo atrapa. El dragón se sacude. Si podía quedar alguien vivo en esta ciudad, acabo de arrollarlo asegurando su final. Se escuchan los gritos ahogados y desgarrados de muchos civiles, de los que pensaban poder ser supervivientes.

Pero nada me frena.

Soy un caos total.

—¡¡ZYNAEL!! —exclama Thaeón—. ¡¡ESCÚCHAME!!

No le escucho. Soy incapaz prestar atención a nadie que no sea el dragón.

—¡¡¡DEVUÉLVEMELO!!! —rujo—. ¡¡¡DEVUÉLVEMELOS!!!

Altuk'h vuelve a abrir la boca, pero no logro pensar con claridad. Ni siquiera soy consciente de lo que pasa a continuación. Solo veo una luz cegadora dirigiéndose hacia mí, y un calor extremo adhiriéndose a mi piel.

No reacciono. No puedo. Mi mente solo piensa en mi padre, en su cuerpo desapareciendo en esa boca; en Döriel, cayendo desplomado contra esas rocas; en Kal'ladril, siendo el amor de mi vida y, al mismo tiempo, el causante del mayor dolor que he experimentado jamás.

Entonces Velydrel'h se lanza hacia mí, y me abraza, hundiéndonos a ambos en una sombra que logra que todo desaparezca a nuestro alrededor. De repente, ya no estamos frente al fuego del dragón. Caemos sobre un suelo plano, rodando. El impacto es duro, pero él no me suelta.

Me sigue abrazando.

—Estás bien —susurra, como si tuviera que convencerse de ello.

Grito y lo aparto de un empujón, arrastrándome al instante hacia atrás.

Miro a mi alrededor, y al instante reconozco el lugar al que nos ha teletransportado. Estamos en el interior del castillo de Wolftundur, el mismo que he recorrido tantas veces recientemente.

Pero esta vez es diferente.

El suelo retumba. Sus paredes se agrietan y las piedras de sus tejados se sueltan. Resiste a duras penas el ataque del dragón que hay fuera.

—¿Qué? —Agito la cabeza—. No, no, no. ¡¿Por qué me has traído aquí?!

—Tenemos que encontrar a Kèstiron y ofrecérselo. Así tal vez podamos ganarnos un instante su atención —propone Velydrel'h, poniéndose en pie para comenzar a buscar al rey humano—. Cuanto antes lo encontremos, antes parará de…

—¡¡No!! —Me pongo en pie y corro hacia él, empujándolo—. ¡¡Tengo que volver ahí fuera!! ¡¡Idril, Thaeón y los demás están ahí afuera!! ¡¡Ha matado a Döriel!! ¡¡Ha matado a mi padre!! ¡¡Tengo que…!! ¡¡Tengo que…!!

—¿Tienes que qué? —me corta—. ¿Matarle? ¿Es eso? ¿Quieres matarle?

Frunzo el ceño y me fijo en su espalda. Lleva colgadas las armas de Kal'ladril. Mi cuerpo tiempla con el simple hecho de imaginar lo que estoy planeando. Velydrel'h parece darse cuenta del punto al que se dirige mi atención y ladea la cabeza.

—La reconoces —pronuncia con frialdad—. ¿La quieres? — Flexiona su codo y agarra la empuñadura de Uttilam'h, desenvainándola para cedérmela al instante—. Toma. Aquí la tienes. ¿Vas a matarle, verdad? Ese es tu plan.

Sostengo con tanta fuerza la espada sagrada, que mis nudillos se vuelven completamente blancos.

—Ha matado… —intento respirar, pero no puedo hablar sin llorar—. ¡¡Ha matado a mi padre!! ¡¡SE HA COMIDO VIVO A MI PADRE!!

—¿Y qué? —Velydrel'h da un paso hacia mí, retándome—. También mataste tú al nuestro. ¿No es así? Ahora estamos en paz.

Abro los ojos, sintiéndome completamente fuera de juego. No esperaba

que fuese a echarme en cara algo como eso. Yo ni siquiera sabía que aquel dragón era Kelythael.

—Ha matado a tu padre, sí —repite con frialdad—. Eres fuerte. Lo superarás. Sabes bien que no es consciente de lo que ha ocurrido, aún no, y no por ello vas a eliminar a mi hermano. Te aseguro que la rabia a ti te sienta mucho peor que a él.

—No me ataques a mí… —Saco una de mis dagas y la coloco en su cuello.

Las lágrimas siguen cayendo por mi rostro sin poder controlarlas. Mi cuerpo entero tiembla, rendido a mi dolor, y finalmente me desplomo de rodillas.

—Mi padre… —Por mucho que intento respirar, no logro tomar aire. Llevo mis manos a mi cara y me cubro con ellas, deshaciéndome en este sufrimiento tan lacerante—. Papá… ¿Por qué…? ¿Por qué tuviste que venir…? ¡¡VUELVE A SER MI CULPA!! —Golpeo el suelo con los puños con toda mi fuerza, sin importarme el daño que me produce— . ¡¡SIEMPRE ES MI MALDITA CULPA!! ¡¡TENÍAS QUE ESTAR EN

ASZHROIN!! ¡¡NO TENÍAS QUE HABER ESTADO AQUÍ!! ¡Y

Döriel…!

—Contrólate —murmura el norteño—. Todo el mundo muere. Nacemos, y al instante siguiente ya hemos comenzado a desvanecernos. La vida da, y quita. Es un ciclo. No puedes perder los papeles porque alguien a quien amabas haya llegado a su final.

—¡¡CÁLLATE!! —araño el suelo, levantándome incluso algunas uñas—. ¡¡MI PADRE NO TENÍA QUE MORIR ASÍ!!

—Sí —me corrige—. Al igual que tu sino era morir apuñalada y que yo te salvase, era su destino morir así, justo aquí. Por eso ha ocurrido. Por eso vino. Los dioses han querido que muera ayudando a su hija, no creo que exista un final más honorable.

Levanto mi rostro hacia él, llena de rabia, con la mirada inyectada en sangre.

—Llegará también tu final, y el mío —continúa—. Todo lo que vive, muere. Ahora está en ti lograr que su muerte desencadene en una

desgracia aún mayor, o en la salvación por la que él ha querido pelear.

—¿Cómo puedes ser tan… —pronuncio con los dientes y los puños apretados—, insensible?

—He sufrido tanto que, para mí, hace tiempo que las emociones dejaron de tener sentido —Extiende el brazo y me tiende la mano, ofreciéndome ayuda para ponerme en pie—. No recuerdo la última vez que sentí algo, pero tampoco lo echo de menos. Cuando contemplo el abismo al que los sentimientos arrastran a los demás, me siento en paz dentro de esta armadura. Prefiero ser insensible a volver a sangrar.

Mi corazón se encoge.

—Eso es tan triste… —murmuro—. Que no sientas nada, también te excluye de algunas sensaciones increíbles.

—Puede ser, pero tu ejemplo no es el mejor para que me lo llegue a plantear —Su mano se mantiene abierta—. Mientras tú perdías la cabeza, matabas a inocentes y destrozabas lo poco que quedaba de ciudad, tus amigos han salvado al nyëlkhem. Döriel está vivo. Muy herido, pero respirando. Si salimos de aquí con Kèstiron y detenemos a Altuk'h, tal vez logremos que sobreviva.

Mis labios se entreabren con sorpresa.

—¿Döriel está vivo? —Sorbo la nariz.

—El rey de esta ciudad te hizo daño, ¿no es así? —Me ignora, centrado en su única prioridad—. Si no, Altuk'h no estaría aquí.

Respiro hondo y asiento, aún de rodillas en el suelo.

—Mandó a varios de sus hombres a violarme —Escupo con asco, negándome a recordar sus repugnantes manos—. Y también ordenó que torturasen a tu hermano. Lo flagelaron, le arrancaron las uñas de los pies, y lo dejaron sin comer ni beber, encadenado de sus extremidades y su cuello a una fría y sucia pared.

—Aunque no lo viva con tu intensidad, entiendo bien lo que es el odio. Te recomiendo usar esa rabia y esa frustración para encontrarlo y ofrecérselo a Altuk'h —propone de nuevo—. Así lograrás ganarte su atención, podrás hacer lo que has venido a hacer, y podremos recuperar a Bël'loryel.

Le doy un golpe en la mano, apartándola de mi vista, y decido ponerme en pie por mí misma. Mi respiración sigue agitada. Los ojos me escuecen a rabiar. Odio admitirlo, pero tiene razón en algo: he vuelto a dejarme llevar por mis emociones, y en vez de ayudar, yo también he acabado provocando la muerte de inocentes.

—Es Kal'ladril —gruño, corrigiendo su manera de referirse a él.

—¿Por qué? ¿Te gusta más el nombre que le pusieron los traidores que lo criaron?

—Quiénes lo hayan criado, o quiénes sean sus padres, no influye en cómo lo veo yo —murmuro—. Kal'ladril es el nombre del sygära del que me enamoré, y es a Kal'ladril a quien quiero recuperar. Ese tal Bël'loryel, que es tu hermano y el elegido, no sé cómo será. Por lo tanto, voy a seguir llamándolo Kal'ladril.

Velydrel'h alza el cuello y ladea la cabeza, observándome atención. Parece como si le causase intriga mi manera de ser y mi carácter. Aunque tal vez sea únicamente porque no está acostumbrado a tratar con nadie.

—Zynael... —murmura—, cada instante que te conozco me gustas más.

Enarco una ceja y lo sigo con la mirada cuando se marcha por mi lado, comenzando a adentrarse en los pasillos del castillo. Hay una extraña admiración en su manera de tratarme que no entiendo, y que no quiero entender. No cuando todo lo que amo acaba de quebrarse dentro de mí.

***

Avanzamos por los pasillos del castillo de Wolftundur. El aire está cargado de humo y de miedo. Las piedras crujen, como si los cimientos gimieran ante el desastre. Las paredes tiemblan con cada rugido lejano de Altuk'h, y el techo lanza polvo a cada sacudida. Pero el castillo sigue en pie. Por ahora. No porque tenga fuerzas para resistir el ataque del dragón, no. Si Altuk'h no lo ha derrumbado aún es porque quiere ver a Kèstiron morir en persona. Quiere oírlo gritar. Quiere ser testigo y verdugo personal en su final. Quiere hacerlo rogar, no que muera enterrado entre ruinas.

Los pocos soldados que nos cruzamos apenas nos miran. Corren, se tropiezan, se empujan unos a otros sin siquiera preguntarse qué hacemos ahí. Los sirvientes se esconden en los rincones, temblando, gritando tras

cada rugido de la bestia. Sus rostros reflejan algo que yo también siento, aunque lo mantengo atrapado dentro.

Pánico.

Todos lo saben. Tarde o temprano, este lugar se vendrá abajo. Aun así, prefieren morir aquí atrapados, ahogados entre las piedras, que devorados o calcinados.

Intento no pensar en mi padre, quedarme con las palabras de Velydrel'h. Sé que yo también seré odiada por los que han perdido a alguien por mi culpa, sé que mi magia habrá matado a muchos—. «No ha sido algo voluntario, y lo de Kal'ladril tampoco…» —me repito constantemente.

Quiero salvarle, y quiero poder perdonarle lo que ha hecho. Sueño con que lo nuestro pueda volver a ser lo que fue, y no me gustaría repetir esa imagen de mi padre mientras esté besando los labios de su asesino. No quiero pensar que lo vi desaparecer entre sus colmillos.

Aprieto los puños y me aferro a mi misión. Pero el nudo en mi estómago no cede.

—¡¡Detenedlo!! ¡¡Malditos inútiles bastardos!! ¡¡Haced algo!! —grita una voz a lo lejos—. ¡¡No quiero veros escondidos!! ¡¡Cobardes!!

Me detengo al instante. Es Kèstiron, reconozco esa voz histérica y desesperada. Reconozco su hipocresía infinita. Agarro a Velydrel'h del brazo y tiro de él, obligándole a seguirme sin necesitar explicarle nada.

—¿Cómo quieres hacerlo? —le pregunto—. ¿Lo arrastramos fuera directamente, o lo torturamos un poquito antes de ofrecérselo?

—Como tú lo sientas. Es tu momento —responde—. Véngate si quieres. Hazle lo que necesites para lograr sentirte libre. Pero llévaselo vivo.

La puerta doble del final del pasillo está entreabierta, así que la empujo sin delicadeza. La sala que se abre ante nosotros es grande, decorada con varios cuadros de los anteriores monarcas y algunos estandartes del lobo. Hay una mesa caída, sillas partidas en una esquina. Tres soldados de Wolftundur salen corriendo en cuanto nos ven, aterrados, como si nosotros fuésemos la mismísima muerte. En el centro, como un niño perdido entre monstruos, se queda él. Completamente solo. Sin nadie que lo quiera proteger.

—¡¡COBARDES DE MIERDA!! ¡¡VOLVED AQUÍ!! —ruje Kèstiron.

Comienza a lanzarnos todo lo que encuentra. Temblando. Es como si supiese exactamente a qué hemos venido. Su rostro está desencajado y su corona torcida.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —me grita al reconocerme—. ¡¡Fuera de mi vista!! ¡¿Por qué me traicionáis así?! ¡Yo le di poder! ¡Lo nombré mi heredero! ¡Mi mano derecha! ¡Ese malnacido de Avaldur'h me dijo que me protegería!

—Así que tú también lo sabías —Avanzo un paso. Él retrocede— . Sabías que Kal'ladril iba a transformarse en dragón después de matar al que había en Cinnadaoin.

—¡Claro que lo sabía! —responde, como si fuera evidente—. Avaldur'h me lo contó, e incluso me trajo a mi diosa… ¡Me prometieron que Kal'ladril me protegería cuando fuese Mäilkun Doh! ¡Que haría de mi reino un lugar poderoso y eterno! ¡¡Por eso lo nombré mi heredero!! ¡¡Pensé que éramos aliados!! ¡¡Pensé que juntos derrotaríamos al maldito de Karanthir!! ¡¡Eso fue lo que dijeron!!

—Vaya… Pues resulta que te mintieron —Tuerzo una sonrisa—. Debiste haber sido más listo. Era evidente que Kal'ladril te mataría, él mismo te lo juró. Y por supuesto que tu reino muy pronto será un lugar mejor. Para cuidar un jardín y hacerlo crecer, primero hay que matar las malas hierbas.

Lanzo mi daga hacia él, provocándole un agudo y ridículo grito de miedo. Cuando el filo se clava al completo en su muslo, el cobarde cae al suelo como un saco roto. Comienzo a caminar hacia él mientras se arrastra, gime, y suplica por su vida.

—No me mates… —Llora, aterrado—. Por los dioses, por quien más quieras, no me mates. Tú no eres así… No eres una chica mala… No vas a matarme…

Agarro mi daga de su muslo y vuelvo a clavársela en la rodilla, dejándolo definitivamente cojo.

—No tienes ni idea de cómo soy, ni de lo que soy capaz —gruño— . Podría ser la peor… y aun así contigo, *querido Kèstiron*, siempre podría llegar a más.

Retuerzo el cuchillo mirándolo a los ojos, haciéndolo gritar. Tenía tantas

ganas de este momento, que incluso llego a sentir placer al oírlo llorar.

—Duele, ¿verdad? —Muerdo mis labios, luchando por retener mis ganas de matarlo—. A mí también me dolió cuando tus hombres me violaron.

Vuelvo a apuñalarlo. Esta vez, el filo de mi arma penetra en su entrepierna y arrastra, desgarrándola. Cierro los ojos y me lleno con sus chillidos. Se descompone. Sus ojos se nublan. Las venas de su cuello se tensan.

Nunca imaginé que la venganza podría sentar tan bien.

—¿Crees que podrás aguantar una puñalada por cada una de las veces que tus sucias ratas me poseyeron? —Vuelvo a clavar mi daga, esta vez en la rodilla contraria—. Mírame a los ojos. Kal'ladril te lo avisó y se ha hecho realidad. Vas a morir solo, y nadie llorará tu pérdida.

Clavo una quinta, esta vez a la altura de sus costillas. Mis manos están manchadas con esa sangre que ahora también empapa el suelo. Le doy una patada mientras se arrastra, como una larva agonizante. Su corona se cae de su cabeza y rueda por el suelo hasta chocar con la pared.

Velydrel'h me sujeta del brazo justo cuando levanto la daga otra vez.

—Zynael —dice con la voz profunda y dura—, vas a matarlo antes de poder sacarlo fuera. Basta. Recuerda que no solo se puede morir cuando apuñalan tu corazón.

Respiro hondo. Tengo ganas de matarlo, podría hacerlo. Lo tengo aquí, frente a mí, arrastrándose como un sucio gusano. Desangrándose.

—Zynael —Vuelve a hablarme Velydrel'h—. Tenemos que llevárselo a él. No va a parar hasta tenerlo, pero si se lo sacas muerto no vas a conseguir que te escuche. Acuérdate de lo que hemos venido a hacer.

Grito de rabia y le golpeo fuertemente con la pierna otra vez. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, obedeciendo. Temo no poder parar si me desahogo solo un poco más.

—Llévalo tú —le ordeno—. Yo no quiero ni tocarlo.

Camino seguida por la mirada insistente de Velydrel'h. Pero yo no me giro. Lo espero dándole la espalda, en el pasillo, con el pie aporreando el suelo por los nervios y la adrenalina. Finalmente, el norteño agarra al rey humano de uno de sus tobillos y lo arrastra sin compasión. La cabeza de

Kèstiron rebota contra los escalones cuando sale de la habitación. Gime y llora, pero nadie le escucha. Nadie le ayuda.

Los muros tiemblan. Todo vibra. El rugido de Altuk'h resuena más cerca, como si estuviera justo sobre el techo. Una estatua se resquebraja y cae al suelo.

Cuando llegamos al recibidor principal, Velydrel'h se detiene a mi lado.

—¿Estás lista? —murmura—. Puedes estar tranquila. Cuando nos vea con él, arrastrándolo, no va a atacarnos.

—Confías mucho en que esa bestia irracional vaya a entender que solo le estamos ayudando —respondo sin dejar de mirar al frente, más allá del fuego que lo cubre todo.

—Créeme, lo hará.

Él arranca a andar, y yo le sigo casi al instante. Las puertas están abiertas de par en par, y enseguida las atravesamos, ignorando los gritos de Kèstiron solicitando piedad. Por su forma de llorar y suplicar, creo que empieza a entender que su juicio no ha hecho más que empezar.



Zynael
23

Me veo obligada a cubrirme los ojos con el antebrazo para poder avanzar sin arder ante esta visión, el brillo del fuego lo baña todo en un resplandor cegador. La temperatura me abrasa la piel. Velydrel'h camina junto a mí, arrastrando a Kèstiron como si fuese un peso muerto, dejando a su paso un rastro. El rey ya apenas se mueve, ha perdido mucha sangre, pero aún respira.

Su dignidad ha quedado atrás, se ha esfumado con todos los soldados que lo han abandonado. Está solo, tal y como sabíamos que pasaría. Tal y como merece.

Me detengo de repente, frenada por una vibración brutal que sacude el suelo. Todo tiembla, el castillo se estremece. A solo unos metros frente a nosotros, aterriza la inmensa criatura que ha descendido del cielo como una estrella caída.

Altuk'h se detiene justo sobre esa estructura maldita de mármol. Esa donde tantos inocentes fueron horneados vivos. Sus estatuas en representación a los dioses humanos crujen, rompiéndose bajo esas garras inmensas, bajo su disparatado peso. Por un momento, siento que no ha elegido este lugar al azar para aterrizar; por un instante, creo que forma parte de su venganza. Como si lo recordase. Como si aún guardase dentro ese olor a muerte, y esos gritos que tanto detestaba.

Mi respiración se detiene por completo cuando el humo y el polvo comienzan a desvanecerse, y logro distinguir por primera vez su inmenso hocico justo delante de mí.

Es gigantesco. Perfecto. Más grande y más magnético que cualquier otra criatura que haya podido soñar. Destacando y refulgiendo con una belleza

violenta, casi insoportable. Es aterrador, y aún más hermoso. Me corta la respiración, me obsesiona, me enamora, y al mismo tiempo, me destruye.

Su aliento se siente como un huracán. Parece que Elthymeron al completo se agite con cada exhalación. Sus ojos están fijos en nosotros, en mí, llenos de rabia y de odio. Pero, al mismo tiempo, pacientes. Contenidos. Como si algo dentro de él esperase. Como si aún hubiese una chispa de razón en medio de todo su fuego.

Me recuerda a esa primera vez que nos encontramos con el dragón, en Cinnadaoin, con Kelythael. Él también reaccionó así. También estaba roto por dentro, también había sufrido. Intento repetírmelo cada vez que recuerdo que ha devorado a mi padre. Sé que no lo hizo como Kal'ladril, sino como lo que ahora es. Ese Altuk'h sin memoria. Sin amor. Sin mí. Y aunque me duela, aunque me desgarre, aunque jamás pueda borrar esa imagen de su boca ensangrentada...Voy a salvarlo.

Respiro hondo. Saco la espada Uttilam'h, su espada, y se la lanzo a Velydrel'h. El nigromante la agarra en el aire y empuja con desprecio el cuerpo de Kèstiron, justo frente al dragón. Luego clava la espada en el suelo, hinca una rodilla, lleva su puño a su corazón con respeto hacia su hermano y se mantiene en silencio.

Altuk'h baja la cabeza lentamente. Sus ojos oscilan entre Kèstiron, Velydrel'h y yo. El rey humano intenta arrastrarse, suplicando. Apenas tiene fuerzas, pero sigue retorciéndose como una alimaña. Camino hacia él y le piso el cuello, aplastándolo contra el suelo.

—¡Este es para ti! —le digo al dragón, a Altuk'h—. Cumple lo que Kal'ladril me juró. Lo que nos juró a todos. Mátalo. Hazlo por nosotros, por lo que nos hizo, por nuestro dolor. Lo habría hecho yo misma, con gusto, pero quiero concederte ese honor.

El dragón no se mueve. Me observa. Me lee. Entonces vuelvo a hablarle. Esta vez a él —Kal'ladril...

Su nombre arde en mi garganta. Me arrodillo. Las lágrimas que luchaba por retener caen antes de que pueda sostenerlas, escapándose a mi control. Estoy rota. Todo lo que ha pasado, lo que hemos perdido, se viene sobre mí como una avalancha. Y me aplasta de repente. Si ahora lo pierdo también a él, si esto no funciona, si no lo recupero… Nada tendrá sentido.

Todo lo que hemos sufrido, lo que hemos luchado, habrá sido para nada.

Necesito volver a verle. Necesito abrazarle. Necesito que sus labios curen este inconmensurable dolor que estoy sintiendo. Su falta duele más que la mismísima muerte, y ahora puedo asegurarlo.

—Kal'ladril… —repito—. Estás ahí. Lo sé. Soy yo… Soy Zynael… Tu enana. Mírame. Ven a mí, por favor… —Mis rodillas se arrastran hacia él, rompiendo esta distancia de seguridad que ambos parecíamos guardar. No le tengo miedo—. No importa lo que hayas hecho, no importa cuánta sangre hayas derramado... Yo sé que aún puedes volver. Estás perdido, vacío, yo también lo estoy, pero sé que juntos volveremos a encontrar nuestro camino. Te he visto evolucionar y mejorar cada día desde que nos encontramos. Te he visto dudar, romperte, y al instante recuperarte. Sé que esta vez no va a ser diferente. Si vuelves ahora, solo harás lo nuestro más fuerte.

La voz me tiembla. Las manos también. Aun así, extiendo el brazo y lo dirijo hacia él, acercándolo lentamente a su inmenso hocico.

—¡Zynael! —me advierte Velydrel'h, intentando detener mi propósito.

Pero no le escucho. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Kal'ladril sintió lo mismo en Cinnadaoin, y yo le frené. Tal vez, si no lo hubiese hecho, habríamos logrado despertar algo en Kelythael. Tal vez, todo hubiese sido diferente.

—Tranquilo… —le sigo hablando, confiada—. Soy yo. Sé que no vas a hacerme daño. A mi no…

La nariz del dragón se arruga cuando estoy a un suspiro de rozarla.
Podría parecer que es una advertencia, pero yo siento que es solo duda.
Como si no pudiese creer que soy yo. Como si algo le impidiese confiar en que verdaderamente me tiene frente a él.

—Soy yo —insisto—. Sigo viva. Estoy aquí… Estoy esperándote. No me importa cuál sea tu apellido, nunca me ha importado. Da igual si estás cubierto de fuego o de sombras. Para mí, Kal'ladril, tú siempre serás el mismo.

El dragón agita las alas. El viento nos golpea como un vendaval. Pero no me detengo. No me muevo de mi sitio, en cambio, me inclino un poco más.

—¿Recuerdas nuestro primer beso en aquella cueva de los Picos Ciegos?

Aquella noche, Kal'ladril, te dije que sabía que esto iba a salir muy mal. Y tú me lo confirmaste, me dijiste que iba a salir fatal… — continúo hablándole —. ¿Recuerdas nuestra segunda vez? Aseguré que jamás me iba a enamorar… ¿Recuerdas nuestro momento en este balcón? En ese instante, ambos demostramos que nos habíamos equivocado. Lo nuestro jamás tendría por qué salir mal, porque lo que tú y yo hemos sentido, siempre ha sido real —Finalmente, mi mano logra apoyarse sobre sus escamas.

Son inmensas, brillantes, rígidas y a la vez suaves. Y arden. Queman tanto como el fuego. Una mágica corriente me recorre entera desde la yema de los dedos. Es la misma sensación de mariposeo que siento cada vez que lo toco a él, cada vez que me posee, cada vez que unimos nuestra piel.

—Kal'ladril… —lo intento una vez más—. Mírame… Siénteme… Recuerda cada uno de nuestros besos. Recuerda el estremecimiento de mi cuerpo cada vez que me acariciabas. Recuerda cómo nos tocábamos, cómo nos derretíamos juntos… Recuerda todo lo que nos decíamos sin necesidad de palabras —Respiro hondo y termino de acercarme. Cierro los ojos, pero las lágrimas siguen saliendo. Lentamente, muy despacio, consigo apoyar mi cabeza contra él—. Recuerda lo que teníamos, lo que sentíamos… Todo eso sigue siendo real. Lo que tú y yo hemos llegado a ser juntos, jamás terminará. Lo nuestro es eterno. Desde el primer día he sido tuya, soy tuya, y siempre lo seré.

Mi cuerpo se rompe con cada palabra. Los recuerdos me aplastan. Pienso en su sonrisa, en el sonido de su risa y en su mirada—. «Por Sauthriel… Su mirada…» —Pienso en su voz, grave y rasgada; en su forma de tocarme; en su forma de tratarme; en la manera en la que siempre lograba elevarme… Pienso en nuestros besos, en su obsesión con mi cabello, y en esos susurros en mi oreja que lograban que todo el mundo se detuviera.

—Vuelve. Por favor… —le ruego, llorando como nunca he llorado—. Vuelve conmigo. Vuelve a mí. Vuelve a ti mismo…

No sé si me escucha. No sé si me oye. Mi voz se escapa entrecortada de mi garganta. Ni siquiera yo misma soy consciente de lo que estoy diciendo.

—Te amo… —susurro finalmente. Todo mi cuerpo tiembla. Las lágrimas

caen como una cascada y se evaporan en cuanto rozan sus escamas—. Te amo… Me he pasado la vida entera luchando por no sentir, por no depender, por no entregarme. Pero contigo no he podido evitarlo… Necesito que vuelvas a mi lado. Eres todo para mí, el único lugar donde puedo desarmarme sin romperme, donde puedo dejar de fingir que soy impenetrable, que no tengo miedo... Joder. Vuelve. No quiero arrepentirme de no haberte dicho esto hace mucho tiempo.

Mis labios se abren ligeramente, como si buscaran besarle. Pero los suyos no me reciben. Mi boca roza esa piel dorada y rígida que tanto arde.

—Te amo con todo lo que soy y con todo lo que eres. Incluso con nuestras partes rotas. Incluso con lo que ninguno de los dos querremos volver a mencionar. Incluso con lo que me asusta —Mis manos bajan a lo largo de su hocico y lo acarician. Sé que está ahí, que me está escuchando —. Te amo, Kal'ladril… Con toda mi alma, mi corazón y mi existencia. Eres la única verdad a la que me puedo aferrar. Déjame seguir siendo la tuya…

Entonces lo beso.

No sé si es él quien lo recibe, si es Altuk'h, o si será Bël'loryel… Pero lo beso igual que he besado siempre al sygära que me ha robado la cordura.

Mis labios están agrietados, abiertos y partidos. La sangre se mezcla con el calor hirviente de sus escamas. La carne se adhiere como si me estuviera sellando, pero no me importa. Deseo fundirme con él.

Es un beso que duele. Pero lo más extraño de todo, es que deseo que duela más.

Por primera vez en todo este infierno, mi cuerpo se siente fuerte. Siento que pertenezco a algo mucho más grande que el miedo. Esta divinidad escamada, capaz de sumir todo, y a todos, bajo su magnificencia y su poder, está tan prendada de mí como yo de él. Soy su mundo, y de una forma u otra, me enciende ese poder.

Es como si, al besarlo, hubiese querido mostrarme todo lo que ambos podemos hacer. Lo que vamos a lograr si me quedo junto a él.

Gimo cuando mis labios lo sueltan.

Mis ojos vuelven a abrirse para admirarlo. Mis manos no dejan de acariciarlo. De repente, ya no veo a la bestia. Veo a un dios, y reconozco a

la perfección el alma que hay debajo.

—Kal'ladril…

El viento se detiene al instante, como si Elthymeron entero estuviese conteniendo la respiración.

Y entonces...

El cuerpo del dragón se alza y empieza a arder. Esta vez no es un fuego destructivo, sino una luz divina que, lentamente, va transformándose en algo similar a polvo de estrellas. Su cuerpo se desintegra en millones de partículas doradas que se elevan al cielo.

Me quedo prendada de este momento, completamente hipnotizada por esta magia.

No hay gritos. No hay dolor. Solo belleza. Pura. Salvaje. Incontenible. La luz sube, gira y se funde con el eclipse. Rasgando el cielo, iluminándolo por completo.

De repente, la oscuridad se ve completamente dorada. La Luna y el Sol se dan un beso de despedida y comienzan a separarse, volviendo a mostrarse en su esencia propia. Como si fuesen una metáfora de nuestra historia.

Y ahí, frente a mí, donde antes estaba el dragón, dejándose ver tras esa humareda en la que se ha desvanecido… Aparece él.

Kal'ladril.

Pero no es del todo él.

Es esa mezcla, ese equilibrio que Velydrel'h me había prometido. Su cuerpo aún es el de un sygära, pero sus brazos y sus piernas están recubiertas de escamas doradas que brillan y se funden con su piel. Sus uñas son negras y largas. También hay algunas placas del mismo color del dragón en su pecho, en su cuello y en la parte exterior de sus pómulos. Sus ojos siguen siendo los suyos, pero hay algo más en ellos... Un silencio que antes no estaba. Una profundidad más oscura.

Dos alas inmensas y doradas nacen de su espalda, recogiéndose con calma, como si siempre hubiesen estado allí.

No me doy más tiempo para admirarlo. Simplemente me lanzo con ansias hacia él y lo abrazo. Llorando. Como si llevase eones sin poder

disfrutarlo. Lo estrecho contra mí, sin miedo. Su piel quema igual que las brasas de una hoguera, pero de nuevo no me importa. No me importa si me destruye con solo tocarme, si me hace arder… Quiero sentir que es real. Que está aquí. Que ha vuelto conmigo.

—Kal'ladril... estás aquí... —Me deshago en lágrimas y lo rodeo con las pocas fuerzas que me quedan.

Pero él no reacciona. Sus ojos me miran, sin embargo, están tan derrotados que no parece estar viéndome realmente.

—Kal'ladril… —Vuelvo a hablarle y le sonrío a pesar de estar llorando, necesito que vea cuánto agradezco que haya regresado—. Dime que estás ahí. Dime que eres tú… por favor. Dime que me ves. Soy yo.

Su cabeza se ladea muy despacio. Por primera vez, su mirada se mueve y comienza a repasar mi rostro, como si necesitase estudiarme nuevamente. Como si fuese una desconocida a la que cree recordar. Con cuidado, levanta sus garras híbridas de dragón y sostiene mis mejillas entre ellas, marcando mis facciones con sus dedos mientras se preocupa de no hacerme daño con las uñas.

Mis ojos no sueltan los suyos, y vibran más emocionados que nunca.

—¿Eres tú, de verdad? —me habla por fin. Su voz se ha vuelto mucho más grave, mucho más profunda. Podría confundirse con un gruñido—. ¿Estás viva…?

—Sí —Asiento con la cabeza y sostengo su rostro entre mis manos, uniendo mi nariz a la suya—. Soy yo, imbécil… Soy yo. Estoy viva. Y tú has vuelto conmigo… Lo has conseguido…

Parece ser consciente por primera vez de lo que ha pasado, porque se echa hacia detrás obligándome a soltarle, impidiendo que pueda besarle. Me mira de arriba abajo, y después mira sus manos. Esas manos que ya no son las del sygära que él creía ser, sino las del hijo de Altuk'h. Cierra sus puños y gira sus muñecas, como si fuese incapaz de aceptar que lo que está viendo sea real.

Su expresión se endurece y vuelve a llenarse de rabia.

—Yo… No. —Agita la cabeza—. No. ¿Qué he hecho?

Es como si todo lo que acaba de vivir, dentro del cuerpo de Altuk'h,

acabase de acudir a su cabeza.

—No.

—Kal'ladril —susurro—. Escúchame. Tú no podías controlarlo. No es tu culpa nada de lo que ha pasado —Intento tranquilizarlo—. La ira te había cegado, pero has podido superarlo. Has sido capaz de escucharme más allá de todo ese dolor que te opacaba, y has vuelto. Has dominado a Altuk'h, por eso ahora forma parte de ti.

Se da la vuelta, necesitando apreciar toda la destrucción que hay a su espalda. Cómo ha quedado la ciudad de Wolftundur después de su rabia.

Entonces lo ve.

Ya no hay capital. No hay tejados, ni torres, ni murallas. Todo está negro. Calcinado. Muerto. El humo lo llena todo, espeso y asfixiante. Apenas se puede respirar sin notar el sabor metálico de la sangre. Huele demasiado a cadáver y a venganza.

—No ha sido todo cosa tuya... —murmuro intentando acercarme de nuevo a él. Mi voz se quiebra, pero me obligo a continuar—. Yo también he participado en esta masacre. Una vez más… no pude controlarme —El nudo en mi garganta me obliga a detenerme, a respirar—. Siempre lo he sabido, por eso dejé de usarla. Mi magia es más fuerte que yo. Todo ha pasado en un breve instante ante mis ojos, pero la impotencia me ha ahogado cuando... —Me freno. No quiero decirlo.

No quiero que piense que le culpo por ello.

Él se gira.

—Cuando he devorado a tu padre.

Me quedo callada. No puedo ni quiero confesarlo. Su mirada se hunde en la mía, y por un segundo, siento que va a desmoronarse.

—¿Te acuerdas…? —Trago saliva e intento ignorar el maldito nudo de mi garganta—. Sé que no eras tú. No eras consciente de lo que estabas haciendo.

—Sí, Zynael —gruñe, cerrando sus garras—. Era yo.

—Bueno, ¡¿y qué?! —le grito. Doy un paso al frente y me detengo justo frente a él—. ¡Soy yo la que está decidiendo no pensar en ello! ¡¿No has oído lo que te he dicho?! ¡¡Te amo, joder!! —Apoyo mis puños en su

pecho, llena de impotencia y de ganas de que me abrace—. ¡¿Piensas que no me importa nada de esto?! ¡Por supuesto que sí! ¡Yo también estoy rota! ¡Pero por alguna razón, ahora mismo lo único que me importa es que estoy aquí, imbécil, contigo! ¡¡Y estoy viva!!

Sus párpados de tensan y me observa en silencio.

—Estoy viva… —repito de nuevo, por si aún no es consciente de ello—. Velydrel'h, tu hermano, me ha devuelto a la vida. Me ha curado y me ha dado la mitad de los años que él iba a vivir. Todo para que pudiese venir a buscarte y a rescatarte de este abismo... Mi única prioridad era ayudarte a volver. Y ahora estás aquí —Llevo mi mirada a sus labios—. Siento que llevo sin ti toda una eternidad… Sé que va a costarnos muchísimo lograr superar esto, si es que alguna vez lo logramos, pero te juro que yo jamás me voy a ir de tu lado. Me quedo contigo porque te amo.

No me contesta. Al menos no de primeras. Sus ojos me estudian con detalle, fijándose en cada milímetro de mi rostro, como si necesitase hacerlo para lograr descubrir si estoy siendo sincera. No sé si lo que siente es desconfianza hacia mí, o hacia sí mismo. Pero, sea como sea, no parece convencido.

Sus labios se abren. Siento que va a decirme algo por fin cuando un sollozo rasgado interrumpe el momento. Detrás de nosotros, Kèstiron, ese asqueroso despojo, sigue respirando. Gimiendo. Arrastrándose. Suplicando con la voz quebrada, como si creyera que puede escapar de lo inevitable.

La nueva versión de Kal'ladril se tensa al mismo tiempo que sus alas se alzan. La melancolía que podía estar sintiendo, se ve arrollada de repente por un océano de furia. Y entonces se lanza hacia él. Yo me quedo en mi sitio, paralizada y agotada, incapaz de volver a mover un solo músculo de mi cuerpo.

Kal'ladril lo atrapa por el cuello y lo levanta del suelo como si no pesara nada. Kèstiron grita y se retuerce. Las piernas le cuelgan como si fuese un títere roto.

—¡Miserable! —ruge el sygära, con una voz tan gutural que hace temblar la tierra—. ¡Desgraciado bastardo! ¡¿Sabes cuántas veces he deseado esto?! ¡¿Sabes cuánto he tenido que contenerme para no matarte antes de tiempo?!

Le aprieta el cuello más fuerte. Kèstiron tose y escupe sangre, ahogándose con su propio vómito.

—Mírame. ¿Es así como soñaste nuestro reencuentro? ¡¡Sé que estabas deseando ver esta versión de tu mano derecha y tu heredero!! — Se acerca mucho a él, escupiéndole toda su rabia—. ¡¡Eres una peste!! ¡¡Un insecto!! ¡¡Un maldito carroñero!! Pero fíjate, resulta que he logrado darle la vuelta al tablero.

Con un movimiento brutalmente rápido y fuerte, Kal'ladril lo lanza contra una de las paredes del castillo. El cuerpo de Kèstiron se estrella y cae de nuevo al suelo, chillando de dolor. Entonces Kal'ladril se abalanza y le clava una rodilla en la espalda, inmovilizándolo. Luego, lentamente, con una de sus garras, perfora entre las vértebras de su columna.

El sonido desgarrador que se escucha me da nauseas, y me pone los pelos de punta. Ese crujido, ese gemido largo y áspero, ese estruendo de los huesos partiéndose a su paso, bajo su garra, dentro de su mano.

—¿Te acuerdas de las celdas? —le susurra Kal'ladril al oído, ignorando por completo sus alaridos de sufrimiento—. ¿Te acuerdas de lo que mandaste que nos hicieran? ¿Eres consciente de cuántas veces me latigaron? ¿De cuántas veces la violaron?... Te juré algo cuando salí, y ahora pienso cumplir.

Su puño se aprieta, y en ese mismo instante, la columna del rey de Wolftundur estalla en dos mitades.

Kèstiron grita como nunca he oído gritar a un hombre. Un chillido animal, deshumanizado, una súplica a la mismísima muerte para que acuda a ayudarlo. Y se queda ahí, inmóvil, con un cuerpo inservible que ya no le responde, preso de este momento y lugar. Preso de Kal'ladril.

El sygära saca su garra con desprecio, como si el hecho de estar manchado de su sangre le causase asco. Entonces lo pone boca arriba y comienza a arrancarle la ropa del pecho, dejando su piel al descubierto.

—¿Sabes lo que es vivir sin corazón? —Su tono suena tan ácido y tan perturbado, que apenas lo reconozco.

Kèstiron ya no responde. No puede hablar. Solo vomita sangre sin parar.

—Sí... —gruñe el híbrido de dragón—. Claro que lo sabes. Siempre lo has

sabido.

Y entonces, de un zarpazo, le abre el tórax. Le parte las costillas una a una, con paciencia. Disfrutando del chasquido de cada una de ellas. El cuerpo de Kèstiron tiembla, pero está tan cerca de la muerte que ya ni siquiera se le oye cuando grita. Aun así gime, y jadea. Sigue vivo, y sigue sintiendo.

Kal'ladril mete la mano y le arranca el corazón. Lo sostiene en su garra un instante, palpitante y sangrante, y se lo muestra a su dueño como si fuese un regalo que le quiere dar.

—Mira, aquí está. Lo que nunca supiste usar.

Entonces lo deja ahí, colgando de un hilo de carne y de esas venas que palpitan pidiendo ayuda por la falta de sangre. Kèstiron comienza a convulsionar, asfixiándose en sí mismo, muriendo en una agonía interminable.

Yo aún no me he movido. No he podido.

He deseado este momento durante muchísimo tiempo. Soñé con ver a Kèstiron sufrir horriblemente antes de morir. Pero estoy agotada, saturada, harta de tanta muerte.

Estoy respirando hondo cuando siento unas manos cálidas apoyándose en mis hombros. Son firmes y al mismo tiempo delicadas. Adivino quién es incluso antes de darme la vuelta hacia él.

—Zynael...

Ladeo mi cabeza hacia Thaeón. Tiene los ojos rojos e hinchados. Mira a Kal'ladril con un dolor que nunca había visto en él. Sé que siente culpa y un pánico atroz a lo que Kal'ladril pueda empezar a ser.

—Se acabó… —susurro—. Se acabó.

El humano traga saliva, incómodo ante la escena tan sanguinaria que acaba de ver. Pero también consciente de lo mucho que ese malnacido merecía un final similar.

—Döriel está bien —me dice de repente, colocándose a mi lado— . Daisha está con él, atendiéndole. Creo que quiere demostrarnos que realmente quiere recuperarnos.

—No me importa. No puedo perdonarle lo que nos ha hecho. A él no.

—Zynael, yo…

—Thaeón —le freno, impidiendo que se excuse—. He dicho que *a él* no.

Thaeón abre la boca y asiente al instante, comprendiendo que, de este modo, acabo de regalarle mi perdón.

—¿Cómo está? —Me intereso por Döriel—. ¿Es muy grave?

—Bueno… Tiene nueve costillas rotas y la pierna derecha destrozada… —me cuenta—. Pero también tiene mucha fuerza, y muchas ganas de vivir. Saldrá de esta.

Suspiro, sintiéndome algo más en calma. Me fijo en Avaldur'h, Idril y Hansley, que nos observan desde lo lejos. No se acercan. Después de lo que han visto de Kal'ladril, tampoco se atreven. Saben que no es el momento para buscar una disculpa.

De repente, Thaeón se tensa y da varios pasos hacia atrás, alejándose bruscamente de mí. No entiendo su reacción hasta que veo a Kal'ladril caminando en mi dirección. Chorrea sangre, y debería resultarme algo repugnante. Sin embargo, lo encuentro radiante y devastador.

No me da tiempo a preguntarle cómo se encuentra cuando llega frente a mí, y sin dudarlo, me besa. Y no es un beso cualquiera, como los que nos hemos dado en infinidad de ocasiones. No. Es algo mucho más salvaje. Más animal. Demuestra más hambre, más furia, y más deseo que nunca. Es como si esta unión, estuviese sirviéndole de redención.

Su boca busca la mía con una necesidad imperiosa mientras me sostiene con ambas manos, como si temiera que fuese a desvanecerme si me suelta. Sus labios se abren sobre los míos. Y me muerde. Y me bebe. Y yo me fundo en él.

Sabe a sangre, a humo y a muerte. Y aun así logra transformar esta unión en el mejor beso que jamás nos hemos dado.

Sus garras se clavan en mi nuca. Su lengua me devora y me busca. Su pecho se oprime contra el mío. Siento su latido, frenético y real. Su cuerpo tiene más autoridad que nunca, y está ardiendo. Literalmente. Pero no me alejo. Sus labios logran devolverme la fuerza y la vida como ningún nigromante podría.

Cuando se separa, siento como si me estuviese arrancando una parte del

alma. Ambos jadeamos. Su frente toca la mía, sus ojos dorados me miran mientras su garra acaricia mi mejilla.

—Perdóname —susurra.

Y entonces se da la vuelta.

Me quedo bloqueada en mi sitio, sin entender qué es lo que acaba de pasar, mientras él camina con decisión hasta Velydrel'h.

—Obviándola a ella, ahora mismo, tú eres el único en el que creo poder confiar —le dice con la voz firme, apoyando su garra en su hombro—. Gracias por devolvérmela.

—Eres mi hermano —responde Velydrel'h—. Y ella era la llave.

El peliblanco se fija en sus armas sagradas, las cuales siguen en custodia de su nuevo hermano, e inclina la cabeza con agradecimiento.

—Hazme un favor —le pide, ignorándome como si no me hubiese escuchado—. Cuídalas bien. Y sobre todo, cuida a Zynael.

Velydrel'h simplemente asiente.

—¿Qué? —Reacciono rápidamente—. Kal'ladril, ¿qué haces?

Pero de nuevo, no me responde.

Intento acercarme a él, entre tropiezos, pero antes de que pueda alcanzarlo, sus alas ya se han extendido hacia el cielo.

—¡Kal'ladril!

Me quedo a un escaso suspiro de rozarle cuando alza el vuelo. Se eleva por encima de las ruinas de esta ciudad, y se marcha en dirección al sur a una velocidad tan increíble que incluso resulta imperceptible.

—¡¡¡Kal'ladril!!! —grito una vez más.

Pero ya no me escucha.

Ya no está.



CAPITULO 14
SEMPITERNO

Bël'loryel
32

Respiro hondo. Siento esos olores que hacía mucho que no percibía llenándome los pulmones. Los echaba de menos. Extrañaba su pureza. El viento me golpea en la cara, pero por primera vez desde hace ciclos, no me hiela la piel. Me relaja. Da igual lo mucho que haya cambiado todo. Drilembiyr'h sigue igual, en calma. Con su temperatura estable y templada. Extrañaba este reino, aunque ya ni siquiera sé si puedo seguir considerándolo mi hogar.

La costa del Sunberyn'h, las torres de mármol blanco, los techos de oro, el árbol sagrado de la plaza principal, las fuentes que cantan entre los jardines… todo sigue ahí, como si no hubiese pasado el tiempo. Como si no hubiese ocurrido nada. Como si todo lo que ha ocurrido en esta ciudad en los últimos siglos, no hubiese sido una mentira.

Pero sí. Y la llevo en el pecho. Bajo la piel. En cada escama dorada que ha sustituido el sygära que una vez fui. Me siento tan distinto en todos los sentidos, que los recuerdos de este lugar ya quedan muy lejos.

El Sol y la Luna cuelgan del cielo al mismo tiempo, gobernando el día en ese equilibrio imposible. Tan juntos, y a la vez tan distantes. Tan simbólicamente condenados a brillar por separado.

No puedo evitar pensar en ella. En nosotros.

Por primera vez en mi vida, tengo muy claro lo que siento. Tengo muy claro lo que quiero. Pero sé que no puedo tenerla.

No cuando soy esto.

Ella merece todo lo que está bien. Merece estar en lo más alto. Merece brillar. Alguien como yo, condenado a las tinieblas, jamás la podría acompañar.

Mi nueva forma no me pesa. Ya no existe esa lucha interna, ese temor a pasar demasiado tiempo transformado en mi otra versión. ¿Es un don? Por supuesto que no. Tengo más claro que nunca que nací con una maldición. Pero al menos, es la primera vez que siento que el control de mí mismo lo tengo yo.

La versión híbrida del jalaion'h era inestable. Sin embargo, esta la siento como si siempre hubiese sido parte de mí mismo. Las escamas que cubren mis piernas hasta la zona de mi pelvis, bajo el hueso de mi cadera, parecen un pantalón de oro líquido que se va fundiendo con mi piel. Y lo mismo pasa en mis brazos, deteniéndose justo antes de alcanzar mis hombros.

El movimiento de mis alas es ágil y natural. Ni si quiera lo tengo que pensar. Sale como un gesto automático del cuerpo, como girar la cabeza o caminar. Son enormes y poderosas, y pesan. Sin embargo, me dotan de una increíble velocidad a la hora de volar. Jamás imaginé que podría surcar el cielo así, sin estar en el lomo de un farcnar.

Es como si el equilibrio entre mi maldición y mi humanidad hubiese quedado sellado tras mi encuentro con Altuk'h. Es extraño. Pero lo siento dentro, como si fuese mi propia conciencia. Es impulsivo e iracundo, mucho más que yo, pero me dota de un poder y una ambición que hasta ahora no había sido capaz de apreciar.

Sin duda, el Kal'ladril al que criaron en estas tierras ha quedado atrás.

El apellido Akhelbec'h está a punto de borrarse de la actualidad. Mi nombre es Bël'loryel Dohärion, y yo voy a ser su final.

***

Sobrevuelo la ciudad capital del reino. Aleteo lento. Imponente.

Los sygäras que no habían salido de Drilembiyr'h para seguir al ejército a la guerra se percatan de mi presencia, y al instante, uno por uno,

comienzan a arrodillarse. Los pocos soldados dorados que se quedaron para proteger nuestras tierras hacen lo mismo. Todos y cada uno de ellos se llevan el puño al corazón y alzan la vista al cielo para recibirme, como si este fuese un momento que llevaban eones esperando.

Saben que su rey, Mäilkun Doh, ha llegado.

«Hipócritas».

Mi interior se llena de rencor. Los odio. A todos. Por sus mentiras, por su silencio, y por mantener la lealtad en esos asesinos despiadados que me criaron. Por haber callado durante tanto tiempo una verdad tan cruel. Por haberme lamido los pies con la esperanza de que, cuando supiese toda la verdad, no los quisiera calcinar.

No saben con qué gusto lo haría, si no fuese porque venero este lugar, y porque tengo mi objetivo puesto en los que han sido los culpables de verdad.

Aterrizo.

Mis pies tocan la plaza principal del palacio con toda la fuerza que he podido ganar. Las alas se repliegan en mi espalda como un manto y comienzo a avanzar.

Ni siquiera tengo que buscarlos. Ya están ahí, en lo más alto de las escaleras que dan a la entrada principal de este palacio de oro. Esperando. También arrodillados.

Karanthir y Elwë. Los que hasta el día de ayer, consideraba mi padre y mi hermano.

Bufo una risa irónica. Son ridículos. Parecen siervos esperando la misericordia de un dios que ya no concede clemencia. Los observo en silencio. Y me cuesta. Me cuesta mucho no acabar con ellos en este mismo instante.

Mis puños se cierran. Las uñas de mis garras son tan largas, que a la mínima que aprieto me causan sangre.

Karanthir alza el rostro y sonríe con esa dignidad que jamás ha tenido.

—Ver lo que has logrado me llena de orgullo, Bël'loryel —dice, usando mi verdadero nombre como si tuviera derecho a pronunciarlo— . Nunca dudé que lo harías.

Lo miro un segundo más, sin expresión. Ambos se ponen en pie.

—Voy a darte dos minutos —Avanzo un paso, subiendo el primer escalón. El sonido de mis garras raspa el oro de esta impresionante construcción—. Dos minutos para convencerme de por qué no debería matarte ahora mismo de la misma manera en la que me cargué a tu ruin esposa.

—Bël'loryel…

—No pronuncies mi nombre —le amenazo—. Dos minutos. O voy a devorarte y a masticarte vivo mientras disfruto del crujir de tus huesos y del sabor amargo de tu sangre empapando mi lengua.

La sonrisa de Karanthir desaparece.

—Escúchame, sé que estás furioso, pero…

—¿Furioso? —Subo otro escalón—. No. La furia ya no cabe en mí. Yo ya no siento nada. Estoy completamente vacío gracias a ti.

—Todo esto, fue idea de tu madre. Yo jamás había tenido ningún problema con los shbal sygäras hasta que ella apareció en mi vida y me llenó la cabeza con sus obsesivos planes —trata de explicarme—. Era envidiosa e insaciable. Por eso… Subo dos escalones más.

—Deja de mentirme —le corto con rotundidad—. Erais y siempre habéis sido unos infelices. Los dos. Odiabais a vuestros propios padres, y a los míos. Tú ya pretendías matarlos a todos antes de conocerla. Solamente debías saber cómo. Puolhiry te dio un plan sólido. Un plan, que hasta ahora, os había salido redondo…

—Todo lo que he hecho, ha sido siempre por defender el honor de nuestra raza y nuestras tierras —Ahora es él quien desciende, solo un paso —. Drilembiyr'h es el mejor reino de Elthymeron por algo. Cinnadaoin jamás brilló como nosotros, porque se obsesionó con mezclarse con los humanos y los enanos. No sabían aprovechar nuestra superioridad y nuestro potencial. Lo único que yo quise fue asegurar la promesa de los dioses. El único motivo por el que te trajimos fue para que pudieses criarte en el lugar que te correspondía de verdad. Este era tu hogar, y esta, tu naturaleza.

—Te queda un minuto, Karanthir, y todavía sigo teniendo las mismas

ganas de triturarte aquí mismo —advierto al mismo tiempo que subo otro escalón—. Vamos, toda tu vida has sido un manipulador, estoy seguro de que puedes hacerlo mucho mejor.

—Nosotros, tu hermano y yo, no pretendíamos matarla. No sabíamos que tu madre mataría a la nyëlkhem —continúa—. Fue un error que lo hiciera, y entendí tu reacción. Que la mestiza muriera, no era lo que teníamos planeado. Solo queríamos usarla para poder frenarte, creíamos que sin amenazas no lograrías controlar a Altuk'h. Sin embargo estás aquí. Así —Se fija en mi cuerpo, en mis alas, en mis piernas y en mis garras. En cada parte de esta poderosa combinación híbrida entre el dragón y el sygära—. Has hecho muchísimo más que regir a la bestia.

Has logrado que forme parte de ti.

—Deja de emparentaros conmigo. Ni Puolhiry era mi madre, ni Elwë ha sido nunca mi hermano —Las palabras salen como una muestra de todo el veneno y el odio que llevo dentro—. Eres solo un maldito cobarde. Ni siquiera fuiste capaz de bajar de esa muralla, ni siquiera te atreviste a enfrentarme. Huisteis como ratas, dejando a todos atrás. Por eso Puolhiry está muerta y tú estás aquí, en la que consideras tu casa, intentando excusarte.

—Esta es mi casa, Bël'loryel. *Nuestra* casa.

—No, ya no —Subo un escalón más y saco las uñas de esas garras tan potentes y escamosas. La luz del Sol refleja su brillo, pareciendo que los dioses quieran acompañarme en mi amenaza—. Tu reinado, el legado de los Akhelbec'h, ha acabado.

—¡Piénsalo bien! —Vuelve a descender—. ¡Tú nunca has querido ser rey! ¡No sabrías cómo serlo! Sin embargo, Elwë y yo estamos perfectamente formados.

—Se te acabó el tiempo.

—¡¡Joder, piensa!! —insiste. Bajando otro escalón. Sin miedo. Confiado —. Nosotros, nosotros tres, juntos, podemos lograr algo increíble. Conmigo y tu hermano al frente del reino, tú te evitarás el politiqueo que tanto detestas. Yo he demostrado ser un buen rey. Elwë seguirá mis pasos. Podrás criticar mis métodos, pero mi reino funciona mejor que ninguno, y mis civiles me adoran. Tú puedes ser el encargado de la protección de

nuestras tierras, e incluso supervisar nuestro mandato. ¡No quiero excluirte! ¡Quiero que seamos unión! ¡Quiero que Drilembiyr'h siga brillando, y que los sygäras sigan demostrando ser capaces de sacar oro donde a priori solo quedan cenizas!

—Si los civiles te adoran, es porque igual que hiciste conmigo, construiste a su alrededor un mundo idílico de mentiras —gruño.

—¡¿Y qué más da?! —Parece convencido, completamente confiado de que si trabajásemos juntos podríamos lograr algo positivo— . El pueblo huma de Drilembiyr'h vive feliz en esa ignorancia. Desde que abrí las puertas del reino a los que me apoyaron, jamás les ha faltado nada. ¿Qué tengo que ver yo en su ridícula longevidad? ¿Qué importa si después de tantísimos años de descendencia para ellos, ya no eran conscientes de la realidad? Vivían mejor que querían. Los humas de Wolftundur los envidiaban, y eso sabes que es verdad. Tú mismo mandaste a alguno que otro a cruzar.

Tenso la mandíbula, sintiéndome impotente. No puedo negar lo que acaba de alegar.

—En cambio, la ciudadanía sygära siempre ha sido consciente de todo. Al menos aquellos que vivieron en mi generación —prosigue—. Si los hijos de estos lo sabían también, si los sygäras más jóvenes eran conocedores de que tú serías Mäilkun Doh, eso es porque sus padres seguían confiando y creyendo en que la profecía se cumpliría. ¿Acaso alguna vez te han tratado con desprecio aun sabiendo que eras norteño? —Intenta hacerme pensar —. Jamás. Porque todos te hemos cuidado y venerado, desde siempre. Todos éramos conscientes de que sufrirías llegado el día, no había otra manera de provocar a Altuk'h, pero nos encargamos de que este lugar fuese perfecto, para que siempre quisieras regresar. Cuestiona nuestra honestidad, pero logramos crear para ti este reino de paz al que ahora puedes considerar un hogar. Por eso estás aquí, ¿verdad?

Respiro hondo y vuelvo a apretar los puños.

—Ódianos, ahora estás resentido y entiendo que entre tus opciones no encuentres el perdón —persiste, atreviéndose a descender hasta pararse justo frente a mí—. Pero déjanos hacer nuestro trabajo. A nosotros nos gusta esto: la opulencia, la apariencia y el mandato. Nos gusta ser la cara

de la monarquía. Sin embargo, tú siempre lo has detestado. Encárgate de proteger y defender tus creencias, aceptaremos y llevaremos a cabo tus propuestas. Finalmente eres quien debías ser, y eres libre de volar y hacer lo que quieras. Fornica con quien desees, ama a cien mestizas y ten descendencia con todas ellas. Vive. Pero sigue trabajando a nuestro lado, permite que sigamos haciendo lo que mejor se nos da. Te prometo que el tiempo acabará curando tu rencor y tus heridas. Te aseguro que tarde o temprano, acabarás dándome la razón.

Me fijo en Elwë, sigue callado en lo alto de la escalinata. Sus ojos tiemblan y no me sueltan. Hay algo en él que incluso llega a demostrarme arrepentimiento y disculpa. Sé que no quiere perderme. Sé que, dentro de toda su mentira y de toda su actuación, hubo algo de verdad: nuestra relación. Ahora entiendo por qué siempre fue tan distinto a mí, tan altivo, tan clasista, tan soberbio y elitista. Su sangre proviene de estos monstruos, y lo criaron a su imagen y semejanza. Sé que no comparte el mismo nivel de culpa que ellos, pero aun así, jamás podre perdonarle.

Vuelvo a centrar mi atención en Karanthir. Entonces me fijo en un detalle que, tal vez en otro momento, no habría resultado importante: Sus puños están tensos. No temblorosos, ni nerviosos. Podría pensar que es miedo, que es la rabia de alguien que sabe que ha perdido. Pero no es así. Entonces lo entiendo. Es orgullo. Ese orgullo altivo e inquebrantable, sigue intacto. Se ha detenido a tres escalones de distancia. Tres. Si hubiese bajado uno más, habríamos estado al mismo nivel. Dos ya lo habrían dejado por debajo de mi altura, incluso estando un escalón más arriba. No me importa si ha sido a propósito, o solo una reacción de su subconsciente. Sea como sea, ha preferido quedarse justo donde aún podía mantener esa superioridad, ese control sobre mí.

Una vez más, incluso al borde del abismo, ha intentado manipularme. Sabe que ya no tiene poder, pero intenta conservar la imagen de quien aún lo posee. Es una ilusión que le ha funcionado toda la vida. Pero conmigo ya no le sirve ninguna máscara.

Sonrío, no porque me alegre, sino porque por fin puedo verle tal y como es.

—Muy bien —murmuro—. Lo has hecho muy bien.

Involuntariamente, su barbilla se alza y su sonrisa se ladea.

—Casi me haces dudar, en serio —Lo miro a los ojos. Mi voz es tan calmada que parece un susurro. Entonces subo un escalón, y otro, dejándolo por debajo; mostrándole su insignificancia—. Pero, por desgracia, un *casi no me sirve de nada*. ¿Piensas que todo eso puede importarme algo? No estoy aquí por lo que me habéis hecho a mí.

—¿Qué? —Se tensa aún más.

—Tengo una sola duda, Karanthir —Guardo el silencio. Lo dejo morderlo. Lo dejo ahogarse en él—. Si tu reinado vale tanto, si tus ciudadanos te aman tanto… Si los sygäras sabían toda la verdad y aun así te han seguido respetando… ¿Por qué ni uno solo ha venido a defenderte?

Su expresión cambia. No puede evitarlo. Su boca se entreabre, pero no sale ni una palabra. La pregunta no es retórica. Es una sentencia.

—¿Por qué todos los ciudadanos se han arrodillado al verme sobrevolando vuestro cielo, con el puño en el corazón? —continúo—. ¿Y por qué ninguno de los guardias del Ejército Dorado ha venido a ayudarte, cuando es obvio que todos sabían lo que he venido a hacer contigo?

Ahora soy yo quien le deja pensar, ahogándose en su propio vacío. Esta es la verdad que más le duele: no lo defienden porque no creen en él. Porque nunca lo hicieron. Porque su poder fue por miedo, no por amor. Fue obediencia por sumisión, no respeto.

—Tienes razón en una cosa —prosigo—. Todos me veneran. Todos esperaban este momento. Todos deseaban que llegase el día en el que pudiese destronarte. Pero tal y como has dicho, el trono no me interesa. Así que puede que no se lo dé a nadie.

—¡¿Estás loco?! —exclama Karanthir al fin, con la desesperación de un rey que siente la corona temblando en su cabeza—. ¡Si haces de este reino una anarquía, lo destruirás todo! ¡Sin un trono, sin orden, sin jerarquía, no quedará nada!

—No te preocupes por eso —Le sonrío, y mi gesto parece atravesarle como un cuchillo—, tú ya no estarás para verlo.

Lo agarro del cuello con toda la rabia que ha ido acumulándose dentro de mí, y al instante, toda la oscuridad contenida parece encontrar su cauce.

Lo lanzo escaleras abajo con fuerza, haciendo a su cuerpo chocar y rebotar contra cada peldaño dorado. Sus huesos crujen en cada golpe, y se retuerce entre gemidos ahogados cuando llega al final.

Desciendo despacio. Paso a paso, deleitándome. Jamás pensé que ver a alguien retorcerse en el suelo podría causarme tanto placer. Mi sombra se alarga sobre él.

—Eres un… —Escupe sangre, mirándome con el labio partido y la nariz rota—. Sabía que esto podía pasar… No sé de dónde salieron mis esperanzas.

—Yo tampoco lo sé. Juré que os mataría si le poníais un solo dedo encima.

—¡¿Todo esto es por esa mestiza?! ¿Qué podía esperar de alguien como tú…? —sigue hablando y apoya sus manos para comenzar a incorporarse —. Alguien descendiente de un monstruo que masacró su propia ciudad, siempre será una bestia irracional.

Un monstruo. Una bestia. Lo dice como si no fuese él quien me ha moldeado con sus propias manos. Como si no fuese él quien lo ha provocado. Como si no fuese él quien me ha forjado.

—No voy a permitir que lo arruines todo… —susurra. Entonces clava su atención en Elwë—. ¡Abre las puertas! ¡Sácalos! ¡Saca a los farcnars!

Me giro hacia el nuevo rey, que enseguida corre a obedecer. Las puertas del castillo que me ha visto crecer se abren, pesadas y chirriantes.

Y salen.

Los farcnars caminan hacia el exterior, encadenados y aterrados, bramando al cielo con rabia. Sus crías tiemblan, pero falta una. Roc y Sumli me ven y comienzan a gritar. En su manera de mirarme veo una mezcla de lamento y de súplica.

—¿Qué…? —gruño con la voz ronca—. ¿Qué les habéis hecho? ¡¿Dónde está la cría que falta?! ¡¿Dónde está Gëala?!

Vuelvo a coger a Karanthir del cuello, levantándolo del suelo. El rey tuerce una sonrisa mientras intenta aflojar mis dedos.

—Les hemos envenenado —Tose—. Si quieres el antídoto, te recomiendo que me sueltes… O la ponzoña los matará a todos antes de

que acabe el día.

Lo acerco a mí, aumentando la presión sobre su cuello, clavándole incluso las uñas hasta hacerlo sangrar. Pero el malnacido no borra esa sonrisa de su cara.

—¿Acaso no quieres salvarles…?

—¿Dónde. Está. La. Cría. Que. Falta?

—Te lo acabo de decir… El veneno es fuerte… La pobre hembra era demasiado joven y no lo ha soportado. Se ha desplomado mientras veníamos volando… —gime, asfixiándose con sus propias palabras—. Suéltame, o jamás sabrás dónde encontrar la cura. No creo que quieras perder a los últimos farcnars que quedan en este mundo…

Grito con rabia y estampo su cara contra el borde de la fuente de esta plaza, haciendo que su nariz vuelva a crujir. Cuando lo suelto, Karanthir se tira al suelo gruñendo, lamentándose por el dolor, escupiendo los dientes que se le acaban de partir.

—¡¿Quién es el monstruo?! —Le doy una fuerte patada en las costillas, haciendo que vuelva a desplomarse—. ¡¡Estás jugando con la vida de nuestros äphylds!! ¡¡Dime dónde está el maldito antídoto!!

—No… No hasta que…

—¡¡QUE ME DIGAS DÓNDE ESTÁ!! —Lo agarro del pelo y tiro su cuello hacia detrás, clavando la punta de mis uñas en su garganta y yugular. Un poco más de presión, un mínimo movimiento, y lo degüello aquí mismo—. Dímelo.

—No… —Se mantiene—. ¿Crees que vas a poder hacerme sentir piedad por la vida de unos pajarracos? Sagrados o no, son solo animales. Sin embargo, sé que para ti sí que son muy importantes.

—Tú… —Aprieto un poco más. Su sangre comienza a correr en cada perforación de mi garra— Tú.

Entonces caigo en la cuenta. Mis ojos se abren de par en par. Karanthir sonríe, como si al instante hubiese adivinado lo que estoy pensando; lo que estoy recordando.

—Tú eras quien autorizaba la venta de fillikhems. Tú eras consciente de ese tráfico ilegal. Tú… —Mi garganta se cierra—. ¿Qué les hiciste? ¡¿Qué les

hiciste a las fillikhems que rescaté?!

—¿Te refieres a esas cinco idiotas que acudieron llorándome en Lythemin, enviadas por ti? —Respira con calma, demasiada—. Mandé que las matasen. A todas. Era un peligro que quedasen libres, les habrían contado a las demás lo que estábamos haciendo, y son una mercancía muy bien pagada.

Mi corazón se queda en pausa.

—Pedí a los guardias que les contasen a sus hermanas que simplemente las habían acompañado de vuelta a Yókhubo, y así todo habría vuelto a la normalidad —continúa, como si no estuviese contando nada relevante—. Cuando la guerra terminase, pretendía responsabilizar de todo a algunos soldados que aún no sabían que yo estaba detrás. Así me habría ayudado a obligar al resto a callar.

—Voy a matarte… —Mis uñas siguen clavándose, cada vez más.

—No creo que lo hagas, a no ser que quieras que mueran.

—¡¡SE ACABÓ!! —exclamo lleno de impotencia y cólera—. ¡¡NO VAS A AMENAZARME NUNCA MÁS!! ¡¡ENCONTRARÉ LA FORMA DE SALVARLOS YO MISMO!! ¡TU VIDA ACABA YA!

—¡¡KAL'LADRIL, NO!! —grita Elwë—. ¡¡POR FAVOR!!

Estoy a punto de rajarle el cuello, cuando de repente escucho un conocido graznido en el cielo. Levanto la mirada al instante en esa dirección y me encuentro con ellos de nuevo, volando sobre esos farcnars muertos. Esos dugrulhs del ejército de mi hermano. Velydrel'h y Zynael van en el primero; seguidos por Dai-sha, sosteniendo el cuerpo desplomado de Döriel; Thaeón e Idril; y Avaldur'h con Hansley Mustadril.

Las aves de la muerte aterrizan una a una, y todos desmontan a la vez. Apresurados. Rápidos. Firmes. Zynael corre hacia mí y se detiene a escasos pasos de distancia, los mismos que nos ataban cuando compartíamos el brazalete. Sus ojos me observan con desesperación y súplica, con un ruego que hasta ahora aún no había visto en ella.

Se fija en mí, con detalle, y después en esas garras que aún siguen clavadas en el hombre que ha destruido mi mundo.

—Por favor —me pide—, suéltalo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Creo que tú y yo ya hemos causado demasiada muerte —Da un paso hacia mí, pero de nuevo se detiene—. Suéltalo.

Tengo las garras hundidas en su garganta. Karanthir sigue retorciéndose bajo mi fuerza, pero se ríe. El hecho de verla con vida parece causarle gracia. Su sangre brota caliente y espesa, tiñendo mis nudillos, bajando por su cuello como la prueba final de que ya no hay vuelta atrás. Mi corazón late con la misma agresividad que desprende todo mi cuerpo. Siento sus tejidos desgarrarse, y no puedo pensar en otra cosa más que en penetrar. Quiero atravesarle el cuello. Quiero terminar con él.

—Por favor, Kal'ladril —insiste ella una vez más—. Si lo haces, si sigues con esto, no podrás reconciliarte con la cordura nunca más.

—¿Estás de coña? —gruño—. Voy a matarlo, Zynael. Si no quieres verme haciéndolo, mira para otro lado.

Mis alas se tensan, el aire a mi alrededor se espesa.

—No, no vas a hacerlo… Tú no —Da un paso más hacia mí—. Ven conmigo. Deja que otro se encargue de él, tú y yo ya nos hemos ensuciado las manos lo suficiente —Su voz es una súplica. Tiembla, pero se mantiene firme. La luz del cielo baña su precioso rostro, magullado, herido y derrotado.

Niego con la cabeza. No puedo. No voy a soltarlo.

—Voy a matarlo yo mismo —repito—. Necesito que me mire a los ojos mientras le doy fin. Quiero que sienta en qué se ha convertido el monstruo que él mismo ha creado, una bestia que ha venido para devorarlo.

—¿Eso es lo que eres ahora? ¿Un monstruo? —cuestiona, temblorosa—. Escúchate. No eres tú. Entiendo tu rabia, pero esta no es la manera de solucionarla. ¿No te parece que ya has hecho suficiente? Quiero ver también tu lado racional, Kal'ladril. Lo necesito. Fuiste tú quien me enseñó a no dejarme llevar siempre por la impulsividad, ¡y ahora tú te estás ahogando en ella! ¡No tienes que transformarte en esto!

Quiero decirle que ya me he trasformado, que no queda nada de ese sygära llamado Kal'ladril del que habla. Pero me quedo en silencio, porque no puedo dejar de mirarla. No puedo soportar ver esas rojeces de sus ojos,

sus ojeras y sus heridas. No puedo vivir sabiendo que soy el causante de todos sus golpes y sus sollozos.

—Para poder seguir juntos —prosigue—, debemos aprender a gestionar el rencor y el dolor. Sé que ahora quema, muchísimo, y que la rabia amenaza con tragarnos vivos. Pero yo estoy aquí para ayudarte, y para que pueda lograrlo tienes que escucharme.

—Zynael…

—¡Escúchame, joder! —Sus nervios están a flor de piel—. ¡No va a cambiar nada que lo mates tú! La furia solo llama al rencor, y lo último que tú y yo necesitamos es seguir perpetuando este infierno.

Mis dedos siguen apretando, pero ya no con la misma fuerza. Las palabras de Zynael son terriblemente ciertas, y cada verdad que lanza me hiere más que cualquier golpe. Sé que tiene razón, y por eso no puedo permitir que ella viva anclada a mi dolor.

—Dame la mano —insiste—. Sabes que no te lo pediría si no supiese que va a hacerse justicia. Karanthir no va a salir impune de esto. Pero por favor, te lo ruego... Tú no. Ya no puedo soportar más verte en este estado. Me rompe. Me destroza verte así —Su voz se resquebraja—

. Te amo…

Suspiro y agacho la mirada. No creo merecer esas palabras. Jamás pensé que algo que deseé escuchar durante tanto tiempo, pudiese dolerme igual que un clavo en el pecho.

—¿No te das cuenta, verdad? —murmuro sin levantar la vista—. Te lo advertí una vez. Hablábamos de Karanthir, y te dije que yo sería un monstruo mucho peor si algún día te hacían daño. Me he transformado en esto por lo que tú significas para mí. Ni siquiera ha sido por saber que toda mi vida fue una mentira, o por enterarme de que mis verdaderos padres están muertos desde hace tiempo. Me he transformado en esto porque esta gente me ha intentado manipular con tu vida, y han acabado matándote frente a mí —Entonces vuelvo a mirarla—. Sin saberlo, dije una gran verdad. Mi verdadero padre, Kelythael, destruyó todo su pueblo cuando perdió a Onal'lia... Y yo soy peor, porque voy a destruirlo todo, incluso habiéndote recuperado. Juré que acabaría con cualquiera que se atreviese a hacerte daño.

De repente, Avaldur’h da un paso al frente y se coloca junto a Zynael.

—Bël’loryel. —Me frena, clavando su mirada verde en mí con determinación—. Por favor, déjamelo a mí.

Frunzo el ceño y arrugo la nariz con rabia, mostrándole incluso los colmillos, advirtiéndole que no se una a la insistencia. Zynael ladea su mirada hacia él, y enseguida vuelve a centrarse en mí. Ella ya parece ser consciente de lo que el norteño está a punto de decirme.

—Yo también me hice una promesa a mí mismo. Déjamelo a mí.

—Tu venganza con Karanthir no es más importante que la mía —murmuro.

—Comparable.

—¿Por qué?

—Porque es mi padre —suelta de repente.

Siento que el suelo tiembla. Mi pulso se tambalea. Me quedo sin aire. Lentamente mi mano va aflojándose.

—¿Qué…? —Elwë baja los escalones con impacto, incapaz de creer lo que acaba de escuchar—. ¿Quién…? ¿Quién eres tú?

Avaldur’h da un paso más, manteniendo su atención en el rey al que acabo de soltar.

—Mi nombre es Avaldur’h Dültoir. Hijo de Gäbrial Dültoir, la shbal sygära que una vez creyó ser el verdadero amor de Karanthir Akhelbec’h —revela.

Elwë se queda paralizado. Karanthir, aún tirado en el suelo, abre los ojos como platos. Yo los miro a ambos, y también al norteño que acaba de hacer la revelación.

—¿Tú… eres el hijo de Gäbrial? —La voz de Karanthir apenas se escucha.

—Soy *vuestro* hijo, sí —murmura Avaldur’h, mirando a Karanthir con odio.

—Malèüh… —balbucea Elwë—. ¿Puedes explicarme qué significa esto? ¿Por qué este norteño, vestido de soldado dorado, dice que eres su padre? ¿Quién es? ¿Quién es Gäbrial? ¿Qué está pasando?

Respiro hondo y me hago a un lado, situándome junto a Zynael. Sus ojos claros enseguida me buscan, sé que necesita algo por mi parte, un gesto

que la ayude a tranquilizarse… Pero no me veo capaz de mirarle. No merezco ese amor que me quiere dedicar. No merezco ese perdón que me quiere regalar. Por mi culpa está sufriendo como nunca ha sufrido. Y, además, he matado a su padre.

—Mi madre era Gäbrial Dültoir —repite Avaldur'h, comenzando a explicar lo que realmente ocurrió—. Fue cuidadora de Onal'lia cuando era una niña, y más tarde, cuando fue elegida por Kelythael, cuando creció y subió al trono, la colocó como su consejera. Mi madre era mayor que la reina, y esta apreciaba sus consejos y sus cuidados. Hacía ese papel de hermana que Puolhiry jamás ocupó —Avaldur'h comienza a caminar alrededor de Karanthir, estudiándolo con detalle—. Fue en una de las primeras veces que la familia Akhelbec'h acudió a Cinnadaoin para reunirse con Kelythael y los Ondathril, cuando este hombre y mi madre se conocieron.

—Yo era muy joven —se excusa Karanthir—. Tenía apenas diecisiete años.

—Mi madre también —sigue Avaldur'h—. Tuvisteis una aventura que repetisteis cada vez que podíais coincidir, durante las reuniones para el tratado de paz. Una aventura que duró más cuatrocientos años humas.

—Un suspiro para nosotros… —Karanthir, poco a poco, vuelve a ponerse en pie—. Dejé de verla en cuanto Onal'lia propuso el matrimonio concertado entre su hermana y yo. Dejé de verla en cuanto conocí a Puolhiry, porque su mente me cautivó.

—Mientes —Avaldur'h se planta frente a él, alzando la cabeza con altivez—. Dejaste de verla porque te dijo que estaba embarazada, y no querías tener que cargar con la sombra de un hijo bastardo. ¿Un niño sin apellido ocurrido fuera de la legalidad del matrimonio? Eso era un insulto para ti. No lo podías consentir.

—Mantener la posición y el honor siempre ha sido, y será, más importante que el amor —responde el que ahora ya sabemos que es su padre—. Cuando acepté el casamiento con Puolhiry, fui a buscarla. Fue lo primero que hice. Le dije que me casaría con la hermana de Onal'lia. Puolhiry venía de la alta nobleza, y me interesaba. Pero eso no implicaba que ella y yo debiésemos dejar de vernos. Le propuse venir a Drilembiyr'h

conmigo, colocarla en buena posición, y seguir repitiendo nuestros encuentros. Pero entonces me dijo que estaba embarazada… —Se ríe, como si la historia que está contando tuviese algún deje divertido—. Reconozco que la eché de menos durante un tiempo, pero habríais sido un estorbo para mí. Si hubiese seguido con ella, jamás habría podido hacer lo que terminé haciendo.

—Jamás volviste a buscarla —le reprocha el norteño—. Después de aquella conversación, jamás volviste a preguntarle por su embarazo; por tu hijo. Jamás te interesaste por nosotros.

—¿Para qué iba a hacerlo? Como bien has dicho, no me interesaba reconocer que había tenido un niño sin apellido —sentencia Karanthir—. Le recomendé que te matara, que interrumpiera el embarazo de alguna manera… Ahora veo que jamás me escuchó.

—Nos abandonaste —Escupe el norteño—. Le dijiste que la amabas, que era tu anämy, y que serías capaz de todo por ella. Le llenaste la cabeza con mentiras, la ilusionaste con crear una familia… Y cuando finalmente la dejaste embarazada, te marchaste para no regresar nunca más.

—Y aún así veo que hizo bien su trabajo como madre, porque a pesar de los años y las desgracias, sigues vivo —El sureño mira de arriba abajo a Avaldur'h, fijándose en cada detalle de su rostro y su cuerpo—.

Tienes mi físico y mi altura, pero el cabello y el color de los ojos de tu madre…

—Bël'loryel —Vuelve a hablarme Avaldur'h—. No me quites la oportunidad. Llevo toda la vida esperando poder hacer justicia. Tú quieres cumplir con tu juramento, pero deja que sea yo quien haga el trabajo sucio esta vez. Permíteme matar a mi padre.

Respiro hondo. Zynael tiene razón, el vacío que siento no va a cambiar sea o no sea yo el que acabe con él. Da igual quien lo mate, no me sentiré distinto. La herida no va a cerrarse con más sangre.

Miro a Avaldur'h. Su postura es recta, pero su mirada refleja ese peso que ha llevado solo durante años.

—Está bien —digo finalmente—. Te concedo el papel de verdugo. El rey Karanthir Akhelbec'h de Drilembiyr'h morirá esta noche, y no será en la sombra. Quiero que todo el pueblo sygära que quede en la capital

presencie su final. Que no quede un solo habitante sin saber quién fue y lo que hizo.

—¿De verdad? —Karanthir se ríe de nuevo, como si no le acabase de dictar la pena de muerte—. ¿Vas a celebrar públicamente mi ejecución? ¿Vas a transformarte en ese tipo de líder que tanto has detestado toda tu vida?

—Encerradlos —Me giro hacia Velydrel'h, ignorando su provocación—. Zynael os guiará hacia las mazmorras. Sabe bien dónde están. Las llaves están colgadas frente a cada celda.

Mi hermano asiente.

—¿Las quieres ya? —Agarra mis armas y me las cede—. ¿O prefieres que te las siga guardando? ¿Vas a seguir experimentado con esa nueva forma un poco más?

—Quédatelas —le pido—. Ya me las darás.

—¡Thaeón! —exclama Velydrel'h con la voz firme—. Coge a Elwë.

Thaeón se dirige al heredero al instante, sosteniendo sus muñecas tras su espalda.

—Espera, ¡espera! —grita Elwë, completamente desubicado—. ¡¿Qué vas a hacerme?! ¡Kal'ladril, mírame! ¡Para mí siempre serás mi hermano! ¡Yo no he tenido nada que ver! ¡Te juro que les advertí que no hicieran daño a Zynael!

Los sigo ignorando. Sabía que Elwë rogaría.

Avaldur'h se acerca a mí e inclina la cabeza con agradecimiento, sintiéndose en deuda conmigo.

—Tendremos tiempo para hablar de todo, zalèüh —murmura—, pero quería disculparme contigo. Si nunca te conté nada de esto, fue precisamente porque…

—No me importa —le freno—. Ya no me importa.

Avaldur'h respira hondo, notando todas y cada una de esas diferencias que se aprecian en mí. La frialdad de mi rostro, la neutralidad de mi voz… Es evidente que no soy el mismo.

—Aun así quería pedirte perdón —insiste—, y también darte las gracias. Por darme la oportunidad de seguir a tu lado, y por permitirme ser yo

quién acabe con él.

—Todavía no he decidido si voy a seguir al lado de nadie.

El albino abre la boca, pero no salen palabras. Suspira, baja la mirada y asiente, siendo consciente del infierno por el que me han hecho pasar. Todos. Menos ella.

—Toma —me dice de repente, como si me hubiese leído la mente. Como si supiese que estaba pensando en Zynael—. Esto es tuyo. Bueno, suyo. Pero debes dárselo tú. Le dijiste que lo harías cuando estuvierais fuera de peligro —Entonces posa en mi mano ese colgante de la piedra Faroïtta que le mandé diseñar. El mismo que estuve a punto de darle antes de comenzar la batalla—. Se cayó al suelo cuando comenzaste a transformarte… Al resquebrajarse toda tu ropa…

Entorno la mirada al verlo, al volver a sentirlo. ¿Cómo se supone que voy a dárselo ahora sin que lo considere una despedida?

—No te alejes de ella —me aconseja. Y mis ojos vuelven a él—. Conozco esa mirada. Estás tan destrozado que sientes no ser merecedor del amor, pero te equivocas. Mereces ser amado y mereces amar.

Mereces poder empezar tu vida de cero junto a ella.

—Ojalá fuese tan fácil.

—Sabías que no sería fácil, pero aún así la elegiste y te quedaste — Su mano se apoya en mi hombro, y lentamente va bajando por mi escamoso brazo—. Entiendo que el hecho de no reconocerte a ti mismo te asuste, ella está igual. Pero debéis manteneros juntos, porque lo vuestro es sempiterno.

Asiento. No tengo nada por responder que vaya a ser mejor que el silencio.

Finalmente, aprieto el colgante en mi puño y me doy la vuelta hacia Dai-sha. Cuando me ve caminando hacia él, su cuerpo se vuelve tan débil como la ceniza. Sus labios se entreabren, como si no supiera si pedir perdón o esconderse.

—¿Puedes encontrar un antídoto para el veneno de los farcnars? —le pregunto directamente, sin saludarlo—. Tal vez sepas cuál les han dado.

Dai-sha se queda paralizado. Baja la mirada, por un segundo, y luego

otro...

—Yo no... —empieza. Su voz tiembla, insegura, como nunca antes lo he escuchado—. Yo no sabía que harían lo que han hecho con Zynael.

No pensé que llegarían tan lejos. Yo nunca quise que...

Levanto la mano.

—Te he hecho una pregunta —Mi tono es firme. Inquebrantable—: ¿Tienes un antídoto para el veneno que le han dado a los farcnars, o no?

Dai-sha traga saliva y asiente. Le cuesta, pero lo hace.

—Yo mismo diseñé todas las pociones y venenos que han usado... —confiesa—. Me las pidieron hace unos días. No sé dónde habrán escondido los antídotos, pero al igual que con el de Idril, puedo prepararlo. Necesito tiempo, pero puedo hacerlo.

—Me lo imaginaba —gruño.

Idril gira la cabeza bruscamente hacia él, sorprendida por lo que acaba de escuchar.

—¿Qué? —murmura—. ¿Me has dado algo parecido a mí?

La observo por el rabillo del ojo. Es evidente que ella no ha sido consciente de lo que le ha sucedido. De la droga que le dieron, y de cómo se aprovecharon de su cuerpo para manipular a Zynael. Participó en el silencio, pero fue una pieza más en el tablero.

Ella mira a Dai-sha y después a mí, y entonces me abraza.

—Kal… Bël'loryel… —Sus delgados brazos me rodean con fuerza, sin que yo me mueva—. No sé cómo puedo llamarte. Ni siquiera sé si sigues considerándome una amiga… Tal vez no quieres que vuelva a nombrarte de ninguna manera. Pero…

—Idril, basta —La agarro por los hombros y la separo de mí, extendiendo mis brazos cuanto puedo—. Ahora no. No quiero. No estoy para esto.

La castaña suspira y asiente, bajando sus amielados ojos al suelo. La suelto y me doy media vuelta.

Necesito irme.

Necesito aire.

Necesito pensar en tantas cosas que ya ni siquiera sé por dónde debería empezar.

Estoy a punto de marcharme, cuando una mano me toma del brazo. Al instante adivino su piel caliente y esa manera sutil de acariciarme. La reconozco antes de girarme.

—Zynael... —Apenas me ladeo hacia ella.

Tengo miedo incluso de mirarle. Siento que podría derretirme, y no quiero equivocarme. No quiero tener que arrepentirme.

—¿Dónde vas ahora? —susurra

La observo de reojo. Su mano me sostiene con suavidad, como si temiera que fuera a desaparecer si me suelta. Como si aún quedara algo en mí que ella quisiera mantener.

—A avisar a Drilembiyr'h del *gran evento* que vamos a organizar esta noche —respondo, con una mueca de ironía amarga—. Y a respirar. Necesito respirar y pensar. Necesito visitar mis orígenes para saber a dónde quiero llegar.

Ella aprieta un poco mis dedos.

—Vas a Yókhubo… —adivina.

Asiento levemente.

—¿Quieres que vaya contigo? —propone—. Tal vez te ayude a recordar.

Me giro del todo hacia ella para tenerla de frente. Mis garras sostienen sus mejillas y la miro fijamente. Ojalá pudiese decirle lo que desea escuchar, pero ahora mismo no es lo mejor para nosotros. La decisión es tan dolorosa como necesaria.

—En este momento, prefiero estar solo —respondo al fin—. Aun así, gracias por ofrecerte.

Baja la mirada y traga saliva. Algo en ella se rompe. Lo siento en su pulso, en el modo en que sus labios tiemblan sin llegar a hablar. Está intentando ser fuerte, pero sé que esto también la desgarra.

—Perdóname, de verdad —Vuelvo a susurrar, acercando mi nariz a la suya—. Sé que todo esto está por rompernos a los dos, por eso necesito encontrar algo firme a lo que podamos aferrarnos.

—Pues busquémoslo juntos.

Miro sus labios. Quiero besarla. Zynael es toda mi motivación para seguir respirando. Si aún me sostengo, es porque ella está aquí; porque no se ha ido. Y si alguna vez logro levantarme, será porque ella me ha impulsado incluso sin saberlo.

Pero de nuevo, no hago nada. No hablo. No quiero atraparla en la oscuridad que soy.

—Nos vemos luego —Agarro su mano, apoyo en ella su collar, y sin mirarla una vez más, despliego las alas hacia el cielo.

Comienzo a alejarme sin mirar atrás, con el corazón lleno de palabras que no me atrevo a pronunciar y la garganta apretada por todo lo que ya no sé cómo sanar.



Zynael
24

El Sol cada vez está más cerca del horizonte, pero parece reacio a despedirse de este cielo. Si soy sincera, no soy consciente de cuánto tiempo ha pasado desde que iniciamos la guerra y el eclipse se cerró. ¿Un día? No, puede que dos.

La brisa me calma. El resplandor anaranjado del inicio del atardecer incendia las nubes con suavidad. Estoy sentada en una playa que he encontrado al otro lado del castillo. Parece privada, y sinceramente, me recuerda a un paraíso. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve esta sensación.

Mis pies descalzos se hunden en la arena blanca y fina, cubriéndome hasta los tobillos, relajándose con la refrescante caricia de este momento. No hay más sonidos que el del mar y el de mi propia respiración. Cojo un puñado y dejo que se escape entre mis dedos, como si así pudiera medir el tiempo. La otra mano sostiene el collar que cuelga de mi cuello. Ese maldito y precioso colgante que Kal'ladril me ha dado antes de volver a marcharse. Es hermoso, idílico, pero temo profundamente lo que pueda significar.

Cierro los ojos un instante. El calor del Sol me acaricia la cara, cálido, tranquilo. Pero no está solo en el cielo. La Luna también está ahí, cuidándome, manteniéndose en el sitio que va a ocupar esta noche.

Demasiado grande y demasiado blanca.

«Kal'ladril…» —No quiero perderlo. No puedo.

Unas manos cálidas se posan de repente en mis hombros. No me sobresalto, pero tampoco lo esperaba. Son firmes, cuidadosas, y comienzan a regalarme un masaje lento, sabiendo exactamente dónde me

duele.

Respiro hondo y suspiro de placer antes de alzar la cabeza. Es un tacto que me resulta familiar.

—No deberías estar aquí —susurro, con la voz aún cargada de pensamientos.

—¿Y tú sí? —responde Thaeón, rodeándome para sentarse a mi lado, con esa sonrisa que muchas veces ha llegado a encandilarme.

Se deja caer en la arena, estirando las piernas y cerrando los ojos hacia el mar.

—¿Cómo estás? —pregunta al fin, tras un necesario silencio.

Tardo en responder. Miro el collar, luego al Sol y a la Luna.

No lo sé. No sé nada.

—Ni yo lo sé —murmuro. Me aprieta la garganta al decirlo en voz alta.

Thaeón asiente, sin mirarme.

—¿Los farcnars...? —pregunto al fin, buscando algo que me dé sentido.

—Dai-sha ya les ha dado el antídoto —Me cuenta—. Se van a recuperar. Están tristes, han perdido a una de sus crías y temen perder también a Kal'ladril… Pero vivirán, y siento con eso ya podemos conformarnos.

Asiento, pero no logro sentir alivio.

—¿Y Döriel?

—En cama —Recoge un poco de arena con la mano y la deja deslizarse entre los dedos—. Ha preguntado por ti.

—No he sido capaz de ir a verlo todavía —confieso—. Me siento... culpable. Como si yo lo hubiera empujado a ese estado —Trago saliva. Siento esa punzada otra vez, justo bajo el esternón—. Estaba en esto por mí, y ha acabado con la pierna y nueve costillas rotas. Quién sabe si podrá volver a luchar… —Pero está vivo.

—Ya, y mientras vosotros lo cuidáis yo estoy aquí —susurro—, pensando en cómo recuperar al sygära que ha devorado a mi padre. Yo también tengo mucho miedo de perder a Kal'ladril… Es lo único en lo que puedo pensar.

Él gira el rostro hacia mí. Sus ojos negros se clavan en los míos con esa

franqueza suya que no busca juicio.

—Estás enamorada, Zynael.

—¿Y eso lo justifica todo?

Thaeón se toma su tiempo. Mira al mar, respira hondo, y luego simplemente asiente.

—Para mí sí —Vuelve a mirarme—. Si tú hicieras algo horrible...

incluso si fuera imperdonable para el mundo entero... yo te perdonaría. Porque sé que jamás harías algo malo a voluntad. Porque sé quién eres, aunque tú a veces lo olvides.

Abro la boca, sorprendida por la intensidad de sus palabras. Su voz no tiembla, no pide nada. Solo afirma lo que siente con la serenidad de quien ya ha aceptado su verdad.

—Thaeón...

—No espero nada de ti, ya lo sabes —me interrumpe, dedicándome una sonrisa suave—. Solo quiero que recuerdes que tienes derecho a amar incluso cuando duele. Y a equivocarte también. No somos perfectos, Zynael. Ni siquiera tú, o él.

—Ojalá pudiese estar segura de que Kal'ladril piensa de la misma manera —me desahogo—. Lo siento tan lejos de mí…

—Quiere protegerte —me asegura—. Los hombres somos así.

—¿Todos?

—No, puede que no… Pero él sí —Aparta un mechón de pelo que tapaba mi rostro, enredándose con el viento—. Se está culpando por todo lo que te ha pasado, y no quiere arriesgarse a que puedas volver a sufrir si te quedas a su lado.

Sus palabras no me conmueven. Me arden en los ojos y me calman a la vez. No sé si podría responderle, así que solo asiento, en silencio. Me tiendo un poco hacia él, apoyando la cabeza sobre su hombro. Thaeón pasa su brazo por encima del mío y me deja estar ahí.

—¿Sabes...? —Vuelve a susurrar tras darnos a ambos un instante de tranquilidad—. A veces me pregunto cómo habría sido todo si te hubiera conocido antes. Antes de que Kal'ladril llenara tu corazón. Antes de que tú lo eligieras con esa fuerza con la que eliges las cosas que te importan.

Lo miro de reojo, pero él sigue con la vista fija en el mar.

—Pero no te culpo. Nunca lo he hecho. ¿Quién no se habría enamorado de Kal'ladril? —añade, con un suspiro breve—. Vosotros estabais destinados a encontraros. A enlazaros. Lo único que siento es que a veces deseo cosas que no me pertenecen.

—No digas eso...

—Es la verdad —Se encoge de hombros—. Desearía que me mirases como lo miras a él. Que me necesitases, aunque sea solo una vez. Pero al mismo tiempo... no quiero que cambies nada. Porque si dejaras de amarlo, ya no serías tú.

Mis dedos buscan su mano en la arena, y la encuentro. No la tomo, solo la rozo.

—Tú y yo nunca habríamos podido ser nada, Thaeón —le digo, decidiendo hablar de esto por primera vez desde que lo conozco—. Nuestra raza no es compatible.

—¿Quién lo dice? ¿Acaso los sygäras no se cruzaron con humanos?

De ahí venís los nyëlkhems, ¿o no?

Sonrío, enternecida por su ignorancia.

—Fueron meras relaciones pasajeras que acabaron derivando, por error, en gestaciones —le corrijo—. Pero nos ha tocado la longevidad de los sygäras, y si la comparamos a la de los humas, es demasiado distinta. Sería imposible que adaptásemos nuestras vidas.

Thaeón respira hondo.

—Para ti yo sería algo demasiado fugaz… —piensa.

—Y tú te habrías quedado sin cumplir esos sueños de los que una vez me hablaste —Levanto la cara ligeramente para mirarle—. Quieres una mujer, e hijos… Nada de eso habría sido posible entre nosotros.

—Yo habría sacrificado cualquier cosa por compartir mi breve vida contigo, Zynael.

Niego con la cabeza.

—Entonces yo habría sumado a mi lista una nueva razón para no perdonarme nunca.

Thaeón toma aire y vuelve a mirar al horizonte. Su mano comienza a acariciarme el hombro, decidiendo dejar esta conversación de lado. Es evidente que le ha dañado, pero la verdad no siempre es fácil.

—Lo siento… —susurra de repente—. Yo tampoco me perdonaré nunca por no haber podido evitar lo que ambos habéis pasado. Nunca quise ocultarte nada, pero me aseguraron que todo saldría bien; que así era como debía ser… Y… Sinceramente, me acojonaba ser el culpable de que Kal'ladril hubiese terminado…

—Tranquilo —Aprieto su mano para calmarlo, muy consciente de porqué lo hizo—. Idril y tú no habéis tenido culpa de nada. Ahora lo sé.

Y él también, créeme.

—No estoy tan seguro de eso… Ya no se fía de nosotros.

—Es normal —defiendo a Kal'ladril—. Debe haber sido muy duro para él enterarse de que todo el mundo, absolutamente todo, le estaba mintiendo.

—Menos tú.

Asiento.

—Sí, menos yo…

Parece estar a punto de decirme algo más, cuando de repente escuchamos unos pasos en la arena acercándose desde atrás.

—Thaeón —dice una voz grave. Es Velydrel'h—. Avaldur'h necesita tu ayuda.

Me enderezo. Thaeón suelta un suspiro con resignación y se pone en pie.

—Te veré después —susurra cuando pasa por mi lado.

Velydrel'h no se marcha. Se queda ahí, de pie, observándome. El silencio se instala entre nosotros como si el mismo mar contuviera la respiración. No dice nada al principio, y después solo camina hacia mí.

—¿Qué necesitaba Avaldur'h de Thaeón? —pregunto sin girarme hacia él.

Velydrel'h se detiene a mi lado.

—Nada —responde con la voz baja—. Solo ha sido una excusa para

quedarnos a solas.

Enarco una ceja y ladeo mi cabeza para mirarlo. No necesita que le diga nada, al instante comprende que estoy exigiéndole una explicación. Velydrel'h sonríe como si fuera obvio, y creo que es la primera vez que lo veo con esta expresión.

—Veo cómo te mira —dice simplemente—. Cómo te miran los dos. Thaeón, y también Döriel.

—Vaya… ¿Y cómo me miran? —Suelto una breve risa—. ¿Igual que tú?

Velydrel'h se queda en silencio, pero finalmente asiente.

—Puede que sí —responde, y la forma en que lo hace me deja inquieta.

Frunzo el ceño con más fuerza. No lo había dicho para recibir ningún tipo de confesión, solo quería que normalizara el tema. Él no añade nada más, solo continúa mirando el mar como si allí pudiera encontrar algo.

—Hoy era el cumpleaños de mi hermano —dice de pronto. Asiento.

—Lo sé —Suspiro—. Y me hubiese gustado poder felicitarlo por algo, pero después de lo que ha vivido solo odiará con más fuerza este día.

Él asiente con un movimiento leve.

—¿Cuántos años tienes tú? —pregunta entonces, sin apartar la vista del horizonte.

—Veintiséis. ¿Y tú?

—Treinta y cuatro —responde al instante—. Cinco más que él.

—¿Eras el mayor? —pregunto en voz baja.

—Ahora lo soy, es lo que importa —Sus palabras se pierden en el sonido suave del oleaje—. Me gustaría poder ayudarle, pero no me considero el mejor ejemplo.

Se sienta a mi lado en la arena. Sigue mirando al horizonte, pero su atención está en mí. Lo sé. Lo siento. Como si todo lo que piensa gravitara a mi alrededor.

—Deberías estar tranquila, ¿sabes? —añade—. No podrías ser su llave, su mundo, si fueses alguien de quien pudiera prescindir.

—No sé —Suspiro, y me sale más amargo de lo que quisiera—. Se ha cerrado herméticamente. La última noche que compartimos fue mágica,

ardiente, puramente sentimental… Y ahora está frío, distante. Ni siquiera siento que quiera que le toque o le mire a los ojos. Ambos estamos destruidos… entiendo que necesite tiempo, pero yo le necesito a él. Más que nunca.

—Habla con él —me aconseja—. La única razón por la que mi hermano se alejaría de ti sería porque piensa que de ese modo te está protegiendo. Dile que se equivoca. Convéncele de que no es él quien debe decidir lo que te puede hacer más feliz.

—Lo haré —aseguro—, pero antes debe darme la oportunidad de estar con él.

—Esta noche —Vuelve a ponerse en pie y me tiende la mano, ofreciéndome ayuda para hacer lo mismo—. Debemos prepararnos ya.

Te acompaño a la que va a ser tu habitación mientras estés aquí.

Lo miro alzando una ceja.

—¿*Tú* vas a acompañarme? —Sonrío—. ¿Desde cuándo eres guía de este castillo? Creía que era tu primera vez aquí.

Velydrel'h asiente.

—Al menos que los sirvientes me hayan mentido con la ubicación, lo primero que he hecho ha sido visitar la que durante todo este tiempo ha sido la habitación de mi hermano —responde—. Quería saber en qué condiciones vivía.

—La apariencia es buena, pero solo es eso: Apariencia.

Finalmente me decido y agarro su mano, aceptando su ayuda para volver a ponerme en pie. Me espolso la ropa, agarro mis botas, y al instante comienzo a caminar a su lado.

—¿Cómo está Idril? —le pregunto, agachando la mirada—. ¿Ha podido llorar a Jóngruf? Ha debido ser muy duro para ella enterarse de que había muerto cuando se ha despertado de aquella mierda que Daisha le había dado. Aún no había superado lo de Záldur, y ahora esto… Jóngruf y ella estaban muy unidos, desde el primer día, pero ni siquiera ha tenido tiempo para lamentarlo. Primero yo he vuelto de la muerte, y luego el hombre al que a… —Me freno a mí misma, evitando revelar sus sentimientos. Le hice una promesa—. Y luego ver a Kal'ladril así, tan destrozado… Debe estar

completamente saturada…

Velydrel’h me mira de reojo, siendo consciente de que he detenido algo que ha estado a punto de escaparse entre mis labios.

—Imagino que sí lo ha llorado —me contesta, volviendo a centrarse en el frente—. Tan pronto hemos entrado, se ha encerrado en la habitación que el servicio le ha ofrecido. No sé quién era Jóngruf, pero entiendo que estéis saturados después de tanta muerte.

—Jóngruf era un buen amigo, muy bueno, el mejor para Thaeón. Su hermano —revelo, volviendo a recordarlo—. Ha muerto por culpa de mi imprudencia, a manos de uno de esos dugrulhs tuyos… Y después lo has levantado.

Me giro hacia él sin dejar de caminar, necesitando escuchar algo por su parte que elimine ese rencor que le tengo. Por mucho que me haya salvado, por mucho que la tragedia nos esté acercando, por mucho que sea hermano del sygära al que amo… Sigue siendo ese nigromante desquiciado que ha profanado las almas de miles y miles de inocentes.

—Ni siquiera sabía cómo iba a reaccionar mi hermano — murmura—. Si no he tenido piedad, ha sido porque llevo muchos años sin reconocerla.

—¿Y ahora? —mascullo—, ¿has llegado a arrepentirte de algo?

—Arrepentirse es una forma elegante de disfrazar la cobardía. Se convierte en una excusa para no asumir lo que se hizo. Yo no soy así. Lo hecho, hecho está. Si dolió, que duela; si marcó, que deje cicatriz. Pero no me arrastraré por lo que ya no se puede cambiar.

El peso de esa última frase hace que mi pecho se encoja. ¿Tan vacío de emociones está, como para poder permitirse hablar de este modo?

—Velydrel’h —pronuncio su nombre directamente—, ¿siempre has sido así?

La brisa empieza a enfriar. El cielo va tiñéndose de púrpura.

—No —sentencia—. Una vez fui feliz.

Continuamos en silencio. Ambos sabemos que hay cosas que no necesitan respuesta.

***

Expiro con placer mientras mi cuerpo se hunde en las aguas cálidas de la terma. El calor me envuelve al instante, igual que una caricia. El vapor se eleva, danzando con suavidad hacia la bóveda alta del baño, donde la luz de las velas lo atraviesa en haces dorados. Flota como humo encantado, rodeándome con formas etéreas que se deshacen al menor movimiento.

Mis cicatrices se contraen. Siento cómo tiran de mi piel, cómo escuecen al contacto con el agua. Pero no me quejo. Este no es un calor cualquiera, esta es el agua sagrada de la cascada de Gyrahshindaar. Aún me resulta increíble que los sygäras cargasen tantos litros de esta maravilla hasta aquí, solo para llenar sus termas. Pero lo agradezco.

Paso los dedos por una de las cicatrices de mi espalda, y después por la que atraviesa mi vientre. Está roja, tensa, hilada con esas crines de caballo. Cualquier sanador me prohibiría bañarme con unas heridas tan recientes, pero no hay agua más pura ni más segura que esta. No hay nada más higiénico y más perfecto que el agua de Gyrahshindaar. Si me bañara en un río, o en cualquier otro sitio, las posibilidades de infección serían enormes. Sin embargo, esta mágica agua puede ayudarme a sanar. Aunque el calor las reblandezca, aunque sangre un poco, es un precio que puedo pagar.

Me hundo por completo, apagando el mundo que me rodea durante unos segundos. El sonido del agua rodea mis oídos, como si me envolviera un velo de otro tiempo. Solo allí puedo soltar el peso de todo lo que callo. Todo lo que he perdido. Todo lo que temo perder.

Entonces las puertas se abren.

Me enderezo y me doy la vuelta. Una figura se asoma sonriente, es una de las fillikhems del servicio.

—Perdonadme, anämy Zynael —dice con una pequeña reverencia—. Su amiga Idril Nairel está preguntando por vos. ¿Deseáis que la deje pasar, o preferís tranquilidad?

Parpadeo, sorprendida por el trato.

—No tienes que pedirme permiso para nada, esta no es mi casa —respondo, algo desconcertada—. Yo no soy nadie. Que pase, por supuesto. Lo que ella quiera.

La fillikhem sonríe con gentileza.

—¿Cómo no?, la anämy de Mäilkun Doh siempre estará a su mismo nivel —Inclina la cabeza—. Sois alguien indispensable, Zynael.

Dicho eso, se hace a un lado y deja pasar a Idril.

Mi amiga entra envuelta en una toalla de algodón y lino, descalza, observando cada detalle de este baño con asombro. Me fijo en sus ojos, están rojos e hinchados. Velydrel'h tenía razón, sin duda ha estado llorando.

—Idril... —susurro—. ¿Qué tal?

Es una pregunta ridícula, sé que todos estamos mal.

Deja caer la toalla en el borde, como si fuera ya una rutina, y se sumerge conmigo en esta piscina de magia líquida. El agua la abraza también a ella y se sienta a mi lado, en silencio. La observo. Su cuerpo parece incluso más pequeño, más frágil. Como si el dolor la hubiera vaciado por dentro.

—¿Cómo estás? —pregunto de nuevo, con mucho cuidado.

Ella no responde de inmediato. Mira el vapor y mantiene el silencio durante unos instantes. Luego se encoge de hombros.

—¿Qué te puedo decir?...

—Me gustaría saber cómo te sientes —insisto—, cómo te sientes de verdad. Desde que… bueno, desde que Velydrel'h me trajo de vuelta, no hemos tenido ni un solo segundo para poder hablar. Todo esto está siendo demasiado.

—Sí —afirma—. La muerte nos está rodeando de tal forma, que siento que incluso la estoy normalizando. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Perder a la gente a la que quiero siempre ha sido el más terrorífico de mis miedos.

—Te entiendo —Suspiro, compartiendo completamente su opinión.

—Jóngruf... —prosigue, murmurando su nombre con dolor—. Él estuvo cuidándome mucho después de la muerte de Zaldur. Sentía que de alguna forma quería volver a encontrarme… pero ahora él tampoco está. No sé si aún no lo he aceptado, o si simplemente ya no me quedan lágrimas para llorar.

El nudo de mi garganta vuelve a cerrarse. No sé cómo se lo contaron, si fueron muy sinceros y hasta qué punto le detallaron… Pero su muerte fue mi culpa. Jóngruf murió por una imprudencia que no le correspondía, por

seguir a mi impaciencia. Y ese peso nunca se irá de mis hombros.

—Lo siento —resumo todo.

—No. —Niega—. No te disculpes. Sé que murió defendiendo a Thaeón, y sé que para él su amistad siempre fue lo más importante. Dentro de la tragedia y del dolor, sé que se iría muy orgulloso y muy contento por haber podido salvar a su amigo.

Guardo silencio. El agua se mueve levemente entre nosotras, dibujando remolinos suaves en la superficie.

La miro y la veo entera. Rota, sí, pero también dura y muy reforzada.

—Te has vuelto muy fuerte, Idril —susurro—. Estoy orgullosa de ti, y a la vez te envidio, en el buen sentido. Ojalá yo supiese tomarme la vida así, con tu dignidad, tu fe, y tu resistencia.

Ella gira la cabeza, apoyándola en el borde de la piscina.

—No digas tonterías, Zyn… A ti no te falta nada de eso —Me sonríe levemente—. Si soy así hoy, es porque siempre te he tenido de ejemplo.

Le sonrío de vuelta. No necesita que le dé las gracias, ella me conoce mejor que nadie y sabe de sobra lo bien que me viene tenerla al lado.

—En cuanto a tu padre... —Lleva su mano a mi brazo, acariciándolo con delicadeza mientras me mira fijamente a los ojos—. Piensa que él también murió ayudando y defendiendo a la persona que más quería. Siempre serás su niña...

Asiento y suspiro. Soy consciente de que estoy sobrepasada, pero el golpe real llegará cuando vuelva a Aszhroin y él ya no esté ahí, conmigo, con mi madre. Lo más difícil será tener que contarle a ella lo que ha pasado. Lo más doloroso de todo será volver a mi vida habitual, y no tener a uno de mis más indispensables pilares.

De repente, unos golpes suaves vuelven a escucharse contra la puerta y la misma fillikhem de antes vuelve a asomarse. Esta vez, mucho más apresurada.

—Mi señora, disculpadme una vez más —Su respiración está agitada. Ha debido acudir corriendo—. Es él. Ha vuelto. Está en su habitación.

Mi corazón se detiene por un segundo. Me incorporo de golpe, saliendo del agua a toda prisa. Idril me mira con un atisbo de ternura en sus ojos.

—Ve —dice—. Necesitáis un momento a solas. Os lo merecéis.

No le digo nada. Solo asiento, con el alma a punto de estallar. Salgo corriendo, con el cuerpo aún húmedo y el cabello chorreando, únicamente cubierta por esa toalla blanca que me envuelve el cuerpo.

Recorro los pasillos sin aliento, sin detenerme.

Todo me guía hacia él.

Cuando llego al dormitorio, la puerta está entreabierta. La luz de las velas se cuela por el hueco, iluminado esta zona más oscura del pasillo. Mis dedos tiemblan antes de apoyarse en el portón, considerando qué haré cuando lo empuje y lo vea ahí; qué le diré; y sobre todo, cómo reaccionará él.

No castigo mi mente mucho más y acabo abriéndolo de golpe.

Y ahí está.

Aún transformado en esa forma híbrida entre su cuerpo y el dragón. Su silueta se recorta en la luz tenue y poderosa de la Luna, que se cuela por el balcón. Está plantado frente a la cómoda en la que descansas mis cosas: mis armas y mi ropa. Tiene en la mano ese collar que él mismo me ha regalado, observándolo como si el hecho de verlo fuera de mi cuello le causase dolor.

—Me lo he quitado para bañarme —digo bajito, apoyándome en la puerta para cerrarla una vez ya estoy dentro—. Y también porque me gustaría que me lo dieses tal y como tenías pensado hacerlo antes de que todo se fuese a la mierda…

Él no se gira hacia mí. Ya sabía que estaba ahí.

—¿Cómo está Döriel? —me pregunta, cambiando completamente de tema.

—No he ido a verle. No he podido. Me mata la culpa —confieso— . Pero me han dicho que está bien. Está vivo.

—¿Y Roc? —Su voz se hace más frágil—. ¿Y Sumli? ¿Y las crías?

—Estables. Fuera de peligro.

Su cabeza asiente.

—Karanthir y Elwë están en las mazmorras, tal y como ordenaste.

Avaldur'h y Thaeón están vigilándoles —continúo contándole—. El servicio del castillo nos ha tratado a todos estupendamente. No han dicho nada al respecto de lo que está sucediendo, pero imagino que no se portarían tan bien con nosotros si no les hubiésemos hecho un favor deteniendo al que era su rey.

Kal'ladril aprieta el puño, guardando el collar en su interior.

—Hansley Mustadril debe estar por ahí, en alguna parte — prosigo—. La recogimos en Dòstanit después de que te marchases a Wolftundur. Estaba muy herida, pero creo que Dai-sha también se ha hecho cargo de ella.

—Gracias por la actualización —murmura.

Le doy un momento de silencio, concediéndole tiempo. No quiero seguir con la conversación si eso provoca en él un agobio aún peor.

—Kal'ladril… —Avanzo un paso hacia él, y me detengo al instante—. ¿Puedo seguir llamándote así?

—Todo depende de quién sea yo para ti —responde con la voz muy grave y profunda—. Depende del sygära que veas en mí.

Suspiro y me acerco a él finalmente. Kal'ladril se da la vuelta para recibirme en el mismo instante.

—Esto no tiene nada que ver con tu nombre o tu apellido —le aseguro —. Eres y siempre serás el amor de mi vida.

—Enana —susurra.

Cierro los ojos cuando escucho esa palabra. No sabía cuánto podría echarla de menos, lo mucho que podría llegar a significar para nuestra historia y para nuestro vínculo, hasta que lo he visto peligrar.

—Imbécil… —le respondo de la misma manera, sabiendo que sabe todo el cariño que ese término implica cuando se lo digo a él—. No te haces una idea de cómo me tienes la cabeza. Por Sauthriel, háblame. Dime algo. Dime cómo estás. Desahógate.

Él se queda en silencio, mirándome con un sentimiento extremadamente profundo. Jamás había visto en alguien una expresión como la suya. Su mirada oscila en la mía, como si estuviera memorizando cada parte de mi ser. Mi interior y mi exterior.

—Enana… —repite, con un dolor que me eriza la piel.

Frunzo el ceño. Siento mis ojos comenzando a escocer una vez más. La forma que tiene de estudiarme me duele más que la propia muerte. Aunque aún no se haya atrevido a decírmelo, siento que jamás me han amado de la forma en la que él me ama; que jamás nadie me priorizará con tanta fuerza. Y sin embargo, me daña, porque siento que está despidiéndose de todo lo que está viendo.

Apoyo mi mano sobre su garra y la aferro.

—Háblame…

—No puedo —Humedece sus labios, como un reflejo para no permitir a su cuerpo a romperse frente a mí—. No tengo nada que decir.

El corazón se me parte en mil pedazos. Nunca antes había visto a nadie tan destruido. No es solo su rostro, esa sombra apagada de lo que alguna vez fue; ni sus ojos, perdidos en algún lugar donde solo él tiene acceso. Es el peso de un alma que ya no quiere estar. Está vacío… Rendido. Como si siguiera en pie por pura inercia. Como si solo siguiese vivo porque le sigue latiendo el corazón, pero hubiese perdido todo lo que había en su interior.

—Por favor… —Una lágrima se escapa de mi mejilla, espesa y enorme, cargando con todos los pensamientos que me están castigando—. Dime algo, Kal'ladril…

Su cabeza apenas niega. Ni siquiera parece tener fuerzas.

—¿Ni siquiera puedes hablar conmigo…? —Las palabras no me salen—. Joder, Kal'ladril… Lo siento muchísimo… ¿Qué es lo que te han hecho por dentro? ¿Qué te hemos hecho? Yo… No debería haber permitido que…

—Shhh… —Sus labios se acercan a los míos, seseándome muy cerca para frenar mi lamento. Mis lágrimas se derriten sobre su piel, empapándolo—. Tú no has hecho nada más que cuidar de mí. Pero ahora no hables de eso, por favor… —Me pide. Aunque es más bien

una súplica—. Déjame quedarme aquí, así…

Cierro los ojos y vuelvo a romperme una vez más.

—Ahora no quiero recordar nada de lo que ha pasado —añade— . Solo quiero abrazarte, quiero besarte, quiero cuidarte, quiero volver a demostrarme que aún me quedan formas de hacerte feliz. Te quiero a ti.

Su voz me atrapa. Sus pulgares llenos de escamas repasan mis mejillas

para limpiar mis lágrimas cuando vuelvo a mirarle.

—He venido a estar contigo —murmura, muy cerca de besarme— . No quiero hablar. Hablar no va a sanarme, Zynael. Tu sí.

Me quedo quieta, congelada, y a la vez derretida por dentro.

—Déjame estar contigo —susurra. Como si debiese pedir permiso para eso. Como si no fuese suya desde hace ya tiempo, al completo—. Dame esta noche, enana. Sin preguntas. Sin hablar de lo que acabamos de vivir. Solo tú y yo. Así.

Todo mi cuerpo tiembla, temiendo lo que esta petición pueda ocultar. Pero asiento. Asiento porque le necesito, porque le amo, porque no puedo decirle que no cuando me mira y me toca así. Tengo miedo, muchísimo. Me encantaría poder comprender lo que está viviendo, pero acabo de prometerle que no habrá más preguntas. Así que hago lo que más deseo y simplemente me aferro a su cuello, a su calor. A su silencioso dolor.

—Te amo… —le recuerdo—. Te amo tanto…

Cierra los ojos, sintiendo mis palabras en lo más profundo de su pecho, llenando con su enorme significado el vacío que tanto le está atormentando.

Sus garras comienzan a bajar por mis brazos con una delicadeza angelical, cuidándose de no arañarme. Se fija en cada uno de mis moretones, en esas heridas que mi propia daga me dejó en hombros y espalda a manos de la que decía ser su madre.

De repente siento un calor aún más extremo, y su brazo vuelve a ser el suyo. Las escamas caen una a una, ensangrentadas, como si alguien se las estuviese arrancado y las estuviese tirando al suelo. Poco a poco, sus manos vuelven a la normalidad, igual que su suavidad. Y mi piel se eriza a su paso, haciéndome disfrutar de esa corriente que solo él sabe producir.

Todo su cuerpo vuelve a ser el mismo que yo recordaba, y se presenta desnudo frente a mí. Me alza en brazos con toda la gentileza de un caballero y se acerca a su cama, tumbándome sobre ella muy despacio, apoyando su rodilla en el colchón para ayudarse. Cuando mi cabeza se acomoda en su almohada, él se coloca encima. Apoya su codo junto a mi cabeza y vuelve a besarme, sujetándome la mejilla.

Mis manos recorren su piel, sintiendo cada herida nueva bajo mi tacto. Me duele por él, porque sé que tiene otras mucho más graves. Pero esas no se ven.

Mi boca se derrite entre sus labios. Son sabrosos, tiernos y húmedos. No tienen prisa. Hay hambre en ellos, sí, pero es más un recordatorio que una posesión. Me besa los hombros, la clavícula e incluso los párpados.

Cada roce de sus dedos me parece un adiós, una despedida que no se atreve a pronunciar. Apago la vista e intento dejar de llorar, dejándome llevar por su delicioso amor. Necesitaba esto tanto como el agua en un día sediento. Me niego a pensar que pueda llegar el momento en el que me obligue a prescindir de él.

Sus ojos dorados se entornan y me miran fijamente. Le sonrío intentando disimular, pero por alguna razón no puedo dejar de llorar. Es como si, al tenerlo así junto a mí, todas mis defensas se hubiesen desvanecido. Sus besos son todo lo que necesitaba para bajar todas mis barreras. Me siento hipócrita por estar tan destruida frente a él, pero Kal'ladril es el único lugar donde puedo ser yo misma sin sentirme débil.

Las escenas de todo por lo que hemos pasado acuden a mi cabeza a torturarme como una pesadilla. Esta era la única forma que tenía para poder encontrarles un sentido. Poder estar con él, se transformó hace mucho en el más grande y complicado de mis objetivos. Y nos ha costado tanto… Hemos perdido tanto, y a tantos, por el camino, que no podría soportar el hecho de que algo entre nosotros pudiese salir mal.

—Me mata… Verte de esta manera me desgarra el alma…

Niego con la cabeza. Lo último que quiero es que cargue con más culpa.

—Estoy así porque te amo, Kal'ladril —No puedo dejar de llorar—. Estoy así porque, en realidad, no soy tan fuerte como pensaba. Estoy así porque te necesitaba…

Veo su mandíbula tensándose, pero no es por rabia, sino por dolor. Está intentando no romperse para poder sostenerme.

—No quiero que hables de cómo te sientes si no quieres, no quiero que me digas qué planes tienes… —continúo—. Pero yo tengo que hacerlo, porque si no el corazón me va a reventar. Y viendo lo visto, ya nunca más volveré a dejarme las cosas importantes para el final. Porque tal vez,

mañana ya no tenga otra oportunidad.

Su ceño se frunce, pero de nuevo no es con molestia. Es su sufrimiento intentando salir al exterior. Es un hombre roto, intentando mantener su inalterable papel de protector.

—No voy a hablar de lo que te han hecho, esta noche no, te lo he prometido… Pero quiero recordarte la manera en la que me tienes para ti —comienzo a desahogarme—. Hemos sido utilizados en la peor de las traiciones imaginables; hemos perdido a varios amigos; he muerto y luego he revivido; he visto a mi padre perderse dentro de las fauces de un dragón… Y aun así siento que puedo seguir adelante, porque te tengo a ti.

Sus parpados se cierran varias veces, pero no logran retener una de todas las lágrimas que han comenzado a acumularse.

—Siento muchísimo el dolor al que te he arrastrado —susurra—. Perdóname por lo que he hecho, por favor.

Niego con la cabeza y me incorporo, obligándole a hacer lo mismo, quedándome sentada sobre mis rodillas, justo frente a él.

—No, Kal'ladril… No tengo nada que perdonarte —respondo—. No te digo esto para que te sientas culpable. Al contrario. Quiero decirte que eres la única ancla a la que aún puedo aferrarme. Eres el único lugar al que aún puedo regresar sin sentir que he perdido algo más grande.

Aprieta los ojos y me besa. Pero no en la boca. Me besa en los párpados, en las mejillas, en la nariz. Me abraza con todos los sentimientos que ambos hemos acumulado, y me sostiene respirando mi dolor como si así pudiese hacer que se desvaneciera.

—Sé que estás roto, mucho más que yo, y me encantaría ser ese pilar al que pudieras acudir… —Las lágrimas siguen corriendo por mi rostro, perdiéndose en esos labios carnosos que todavía no se han separado de mi piel—. Sé lo que estás pensando, no soy estúpida, Kal'ladril… Te sientes responsable, y crees que tal vez puedas ayudarme si te alejas de mí. Pero te equivocas. Tú eres la más importante de todas las cosas por las que he decidido luchar en mi vida, y en estos momentos eres la única que me queda.

Sus manos se aprietan a mi alrededor, enredándose en mi cabello mojado. Su cuerpo tiembla, pero una vez más, demuestra que su obsesión

por protegerme puede ser más fuerte que su propio dolor.

—No voy a rogarte… Tú y yo siempre nos hemos elegido libremente, y ahora no voy a hacernos eso —prosigo. Pero no puedo mirarlo. No puedo decirlo y creérmelo si veo sus preciosos ojos clavados en los míos—. No voy a obligarte a hacer nada que no puedas hacer. Yo no voy a ponerte entre la espada y la pared. Quiero que elijas seguir conmigo porque tengas tan claro como yo que es lo mejor. Quiero que elijas el amor por encima de la culpa, porque tengas muy claro que eso es lo que necesitamos los dos.

Su boca vuelve a besar mi mejilla, bebiéndose todas esas lágrimas que están ahogándome.

—No sé qué será de mí si decides apartarme, pero puedo asegurarte lo que haré si me dejas quedarme —Mis manos se apoyan en su pecho—. Todo lo que soy y pueda llegar a ser, será para ti. Sé que ahora estoy destruida, y que tal vez no sea suficiente para ayudarte con lo que cargas, pero juro que te lo daré todo para hacértelo más fácil. Te daré la mano para que te sostengas cuando creas que vas a caer. Te daré mi voz cuando te sientas solo en medio del silencio. Te daré mis pensamientos, aunque a veces estén rotos, aunque duden… Porque incluso los más oscuros siempre logran ver lo mejor de ti.

Kal'ladril termina de romperse y hunde su cara en mi hombro, llorando contra mí.

—Te daré todo mi tiempo —continúo, derritiéndome con él—, cada segundo y cada instante. Te daré mi calma, aunque a veces sea frágil. Te daré mi alegría, aunque esté llena de cicatrices. Te daré mi risa, aunque no siempre sea sincera. Te daré mi más vulnerable cansancio, para que puedas acurrucarte junto a mi cuerpo los días que te encuentres derrotado. Te mostraré mis sombras, para que las abraces y puedas sentirte comprendido los días en los que no logres ver luz.

Su espalda se agita, en esos espasmos de un llanto que apenas puede controlar.

—No tengo mucho más. Ese es el futuro que te ofrezco, Kal'ladril —susurro contra su oreja—. No voy a exigirte que lo tomes, pero tienes que tener claro lo que quiero contigo. Todo lo que soy, lo que he sido, y lo que seré… es tuyo si aún lo quieres.

—Zynael…

—No busco que me salves —le freno, necesitando terminar—. Solo te pido que me mires como lo has hecho siempre, y que sepas que cada vez que el mundo decida romperte, estaré ahí para sostenerte. Como pueda. Porque te amo, y te amaré hasta el último de mis días. Con todo lo que abraza ese sentimiento. Con lo bueno, lo malo, lo incierto, lo eterno, y lo que duele.

Suelta el abrazo que nos estábamos dando y me besa, esta vez en los labios. Su boca acude a la mía empapada en sufrimiento y en dolor, poseída por el amor que nos tenemos. Sus manos sostienen mi cara como quien sostiene una pieza de arte de porcelana.

—¿Cómo lo haces…? —susurra contra mi boca—. ¿Cómo lo haces para devolverme la vida incluso cuando más muerto me siento?

—No quieres dejarme, Kal'ladril…

—Claro que no quiero —Llora contra mí—. No puedo… —No lo hagas entonces… —Le beso de nuevo. —Es escalofriante tenerte delante y verte así… —¿Así cómo?... —pregunto.

—Tan enamorada de mí.

Asiento. Entonces volvemos a fundirnos en ese ardiente beso que ambos estábamos deseando darnos.

Sus manos acarician mis hombros con cuidado de no hacerme daño en las cicatrices y baja a mis costados, soltando la toalla que todavía me envolvía. Abre los ojos para observarme, para apreciarme, y se detiene en esa herida de mi vientre.

—Velydrel'h tuvo que asegurarse de que mis órganos estaban bien antes de regalarme la mitad de sus años —le explico—. Me he bañado en tus termas, el agua de Gyrahshindaar hará su magia pronto.

Kal'ladril me mira y lleva su mano lentamente hacia esa brecha; la prueba más grande de que yo he estado muerta. Las yemas de sus dedos la acarician muy despacio, sintiendo cada uno de sus puntos bajo su tacto.

—La mitad de su vida… —susurra, como si tuviese miedo de continuar. O más bien de la respuesta que pueda darle—, ¿cuánto es?

—Me temo que solo lo sabremos cuando Velydrel'h muera — sentencio

—. A la edad que le ocurra, será el total de años que me habrá sumado.

—Le debo tu vida —Vuelve a soltar mi cicatriz—. Estaré eternamente en deuda con él. Me ha devuelto lo más importante que tendré en toda mi existencia.

Kal'ladril seca sus lágrimas y también las mías.

—Pero ahora te tengo aquí, y sería un verdadero imbécil si no te aprovechase…

—Adelante. Aprovéchame, dragón… —Acaricio su nariz con la mía—. Borra todos mis miedos. Hazme arder con ellos.

Vuelvo a tumbarme bocarriba, seguida por sus besos. Su cuerpo se posa sobre el mío, no con fuerza, sino con presencia. La luz tenue de la Luna se filtra por los inmensos ventanales de la habitación de Kal'ladril, tiñendo las paredes de reflejos plateados que se mezclan con el tono dorado de las velas. Su alcoba se transforma en nuestro refugio. Este castillo magnífico, construido en oro, se vuelve testigo de nuestro amor. Y lo apoya.

Estamos envueltos en la misma sábana blanca, guardando nuestros cuerpos y ese deseo que ni siquiera la tragedia ha logrado silenciar. El cuerpo del sygära se presiona contra el mío con firmeza y cuidado. Su mirada me busca entre cada beso, como si en mí encontrara la única realidad que le queda.

Nuestros labios se abrazan de forma lenta y profunda, con una necesidad que no es carnal, sino vital. Me aferro a él, lo rodeo con los brazos, con las piernas, con todo lo que tengo. No quiero soltarlo. No ahora que ha vuelto. No después de haberlo perdido y haber vuelto a encontrarlo.

Nadie diría que dentro de un rato estaremos en la plaza de este mismo edificio majestuoso, presenciando una ejecución pública; dirigiendo la muerte del hombre que nos ha usado, que lo ha manipulado, que lo ha roto. Casi nos destruye, pero no lo ha logrado. Por eso ahora no nos importa lo que vamos a vivir después. Por eso ahora solo importamos nosotros. Esta habitación, esta cama, esta sábana, su piel sobre la mía, y las promesas que garantizan cada uno de nuestros suspiros. Cada uno de mis gemidos.

—Estás aquí... —susurro—. Conmigo…

Kal’ladril me acaricia el rostro con la yema de los dedos, apartándome el cabello mojado que aún cae por mis sienes.

—Nunca me he ido —me responde—. Y nunca me iré.

Vuelvo a abrazarle, a besarle, fundiéndome con él con esa intensidad que roza lo sagrado. El peliblanco baja con sus labios a mi cuello, a mis hombros, a mi pecho, como si cada rincón de mi piel fuera una oración. Y me disfruta, demostrando cuánta falta le hacía mi sabor después de haber sobrevivido al infierno.

Susurro su nombre en su oído, él me mira como si no hubiera otro ser en el mundo más digno que yo.

—Eras todo lo que necesitaba para volver a respirar —le digo, con la voz quebrada.

Él me besa con más fuerza. No con violencia, sino con esa pasión profunda que viene de alguien que ha perdido todo lo que creía. Lentamente, va guiando su despierta virilidad hacia mí y comienza a entrar con suavidad. Con una ternura feroz. Como si temiera romperme y al mismo tiempo necesitara aferrarse a mí para no quebrarse él.

Muy despacio, comienza a moverse sobre mí, siguiendo el ritmo del silencio y de mis gemidos. Mis dedos se clavan en su espalda para hacerle saber que estoy aquí. Que no tiene por qué irse. Que no tiene que esconderse más. Él gruñe de placer contra mi boca, y yo le devuelvo el sonido con un beso húmedo y lleno de vida.

El mundo se reduce a su aliento, a la forma en que me abraza mientras me ama. Sus envestidas son suaves, precisas, lentas… Cada vez que vuelve a entrar en mí, siento que el alma se me desarma.

Nuestros cuerpos se acoplan como si hubieran sido creados para encontrarse. Como si fuésemos las dos únicas piezas de un único puzle. No hay palabras. No hacen falta. Su forma de tocarme y de besarme me lo dice todo. Igual que mis gemidos temblorosos. Igual que mis manos sobre sus mejillas, su cuello y su pecho.

Me abraza mientras me hace suya, mientras me besa, como si el mundo pudiera quebrarse de nuevo en cualquier instante. Menos ahora.

Ambos estamos a salvo.

Estamos en casa.

Estamos juntos.

Kal’ladril apoya su frente contra la mía y me mira fijamente. Nos miramos mientras respiramos al mismo tiempo. Nuestros corazones laten tan juntos que no sé cuál es cuál.

—Gracias por quedarte —susurro.

—Gracias por volver a buscarme —responde.

Y nos basamos una vez más. Como si la pesadilla que nos rodea se hubiese desvanecido. Como si nos hubiese dado este instante de pausa, haciéndonos desear quedarnos en este momento para siempre.

Quizá esta noche no sea eterna. Pero lo nuestro sí lo es.

Ahora lo sé.

—No sabes cuánto necesitaba esto… —La grieta en su voz me estremece.

—Sí lo sé —respondo—. Porque yo también.

Acaricia mis brazos, mis costillas y mis caderas, como si quisiera reconstruirme con los dedos. Yo beso su cuello, su mandíbula y el borde de su oído, haciendo que se estremezca, envolviéndonos en esta sábana como si fuera una promesa.

Y sigue hundiéndose en mí, con tanto amor que incluso creo estar soñando.

Jamás imaginé que este sentimiento podría hacerse de esta manera.

Tan lento… tan íntimo. Nos decimos todo con la piel, con los labios, con esas lágrimas que vuelven a escaparse sin querer.



Bël'loryel
33

El bullicio comienza a hacerse más y más notable cada vez. Los veo a todos desde aquí, desde lo alto del balcón de mi habitación. Los ciudadanos de Drilembiyr'h van llenando la gran plaza frente a la entrada principal del castillo, bajo la escalinata. Veo cómo se agolpan, apretados, expectantes, buscando un lugar desde donde ver lo que han venido a presenciar: la ejecución pública del que hasta ahora había sido su rey. La ejecución del hombre que nos ha manipulado y utilizado a todos.

Viéndolos así, desde esta perspectiva, no son tan diferentes a los humas.

Lo que más me quema por dentro es ver ahí abajo a tantísimos soldados dorados, los mismos que no aparecieron en la guerra. Me pregunto si no fueron voluntariamente, porque odiaban a Karanthir y no querían presenciar lo que todos sabían que iban a hacerme. En ese caso, debería concederles una nueva oportunidad. O si es pura casualidad que ellos se quedasen aquí y todos los demás murieran allí. De ser esa última opción, ellos también deberían pagar por todo.

Sea como sea, detesto pensar que solo me obedecían porque sabían quién era realmente. Detesto pensar que el Ejército Dorado que tanto he cuidado y venerado, esté lleno de tantos bastardos interesados.

Cobardes.

Ninguno se ha atrevido a cruzar una palabra conmigo desde mi regreso. Ninguno se ha atrevido a encararme. Por eso han abandonado el castillo antes de que pudiese llegar; por eso han dejado a Karanthir completamente colgado, vendido a mi voluntad. No creo que me respeten. Me temen. Les asusta lo que yo ahora pueda decidir hacerles.

Mis nudillos crujen cuando aprieto con fuerza la barandilla. La brisa

nocturna me azota la cara, tibia y cargada de humedad. La Séptima Luna está en lo más alto, y sigue siendo inmensa, como si los dioses quisieran recordarme que se ha cumplido su profecía. Ha sido mi veintinueve cumpleaños, pero no encuentro ni una sola razón para desear celebrarlo.

Ni una, además de ella.

Como si me hubiese escuchado pensarla, la oigo caminar hacia mí con sus pies descalzos. Zynael me abraza y hunde sus pechos en mi espalda. Sus manos recorren mi vientre con delicadeza y pasión, acariciándome como si nunca tuviese suficiente. Solo ese gesto basta para que todo dentro de mí se disuelva y se prenda. Es una caricia suave, pero tan potente como una plegaria.

Cierro los ojos. Todo se silencia a nuestro alrededor.

Esa es su magia. Su simple existencia.

Giro lentamente hacia ella. Ambos seguimos desnudos, envueltos en esa intimidad absoluta de quienes se han elegido en cuerpo y alma. Sus ojos claros me miran sin miedo, sin juicio, llenos de esa pasión y esa paz con la que solo ella sabe mirar.

Mi corazón nunca ha estado tan lleno, y eso hace que todo esto aún me duela más. La tomo entre mis brazos y beso su frente, respirando su aroma para empapar todo mi interior con su recuerdo.

—¿Cómo estás? —susurro.

—Algo más tranquila.

La estrecho con fuerza, inhalando de nuevo el delicioso perfume de esa piel que se ha fundido con la mía hace un momento.

—Juro que jamás volveré a hacerte daño, Zynael.

Sus ojos suben hacia los míos y me sonríen, con ese silencio que tanto me engancha. Parezco seguro de lo que estoy haciendo, pero por dentro me estoy muriendo. El peso de todo lo que oculto me rompe. Cada segundo a su lado es un regalo, y al mismo tiempo una daga muy afilada.

—La fiesta está a punto de empezar —murmuro con la voz grave, intentando bromear para disimular un poco la oscuridad de lo que está a punto de pasar—. No tienes por qué asistir si no quieres.

—¿Estás de coña? —Enarca su ceja—. Que no quisiera que lo matases

tú, no quiere decir que no desee con todas mis fuerzas que otro lo haga. Karanthir debe morir. Avaldur'h ya me había dicho que era su padre cuando hemos llegado aquí. Me lo ha soltado en Wolftundur, cuando has vuelto a dejarnos colgados. Por eso te he pedido que lo soltases. Si no, lo más posible es que yo misma me hubiese encargado de vengarte.

—Te seré sincero —Sonrío, ladeando una comisura—, por un momento he llegado a pensar que estabas pidiéndome que lo dejase vivo.

—Odio a ese hombre desde mucho antes que tú, imbécil —Alza el cuello, manteniendo su boca en mis labios—. Y ahora, además, lo detesto por lo que te ha hecho. Jamás te habría pedido algo así.

Entonces vuelve a soltarme y entra de nuevo en la habitación, contoneando esas caderas y ese trasero que ya se han vuelto mi perdición. Se detiene de repente, se hace la melena a un lado, y me mira sobre su hombro. Me resulta una escena tan sensual, que incluso me parece un ritual de seducción.

—Dime algo… —susurra—, ¿qué vas a hacer con *eso*?

Sus ojos bajan a ese punto en el que se cruzan mis piernas, fijándose en mi relajado sexo. Como si fuese incapaz de resistir lo que le causa, sus labios se humedecen de forma involuntaria.

Mi ceja se alza.

—Quiero decir, no vas a ir así. ¿O sí? Tal vez salir desnudo a una ejecución sea algo normal aquí. Los sygäras sois así —se burla—. No tienes tu ropa. ¿Vas a ponerte uno de esos trajes blancos y dorados, tan opulentos, de Karanthir o de Elwë?

—Antes muerto.

Vuelvo a entrar con ella y la rodeo despacio, manteniendo mi mirada en la suya con provocación. Tomo la toalla que le he arrancado hace un rato y me la enrosco en la cintura, sintiendo aún el calor de su cuerpo sobre la tela.

—¿Ese es tu traje de verdugo? —pregunta, continuando con este juego que ha decidido iniciar—. Me gusta. Si es con esa espada que se marca bajo la tela, puedes volver a ejecutarme cuando quieras.

Mi mirada se afila, tentado a hacer que se arrepienta de la broma que

acaba de soltar. Zynael se echa a reír, de forma espontánea y divertida. Ese sonido tan divino, me concede años nuevos de vida. No es una risa perfecta, pero lo es para mí. Podría jurar que fui concebido para encargarme de que su sonrisa jamás dejara de ocurrir. Sus ojos se cierran prácticamente del todo, como si no necesitara mirar nada más, como si le bastara con sentir. Su nariz se arruga de esa forma encantadora que he llegado a adorar con una devoción casi absurda. Cuando la veo así, es como si el dolor no hubiese existido nunca.

Y me quedo mirándola.

Callado.

Embelesado.

Con el corazón apretado por dentro, recordándome que ha llegado a dejar de estar así por mí; que soy el mayor culpable de que su risa haya llegado a apagarse; que su brillo del Sol puede volverse sombra si se acerca demasiado a la oscuridad de mi Luna.

Como en ese eclipse que acabamos de vivir.

Y me niego.

No lo puedo permitir.

—Tengo que irme —murmuro, ocultando todo lo que estaba pasándose por mi cabeza—. Debo encargarme de unos asuntos antes de presentarme en esa plaza. Entre ellos, por supuesto, de mi ropa.

Zynael asiente enseguida, dirigiéndose hacia la cómoda donde se encuentra su armadura.

—¿Nos vemos abajo? —propone.

—Nos vemos abajo —acepto.

Me dirijo a la puerta y la miro por última vez antes de abrirla. Ella ni siquiera se da cuenta. Entonces salgo de la habitación.

Camino por los pasillos del castillo con aparente prisa. La frescura del suelo brillante relaja mis pies descalzos con cada pisada. Hay tapices, estandartes y cuadros en todas las paredes, adornando todo con aún más ostentación. Como si este palacio lo necesitase. Me parecen tan ridículos ahora. Las velas de las lámparas parpadean como si me saludasen.

En cuanto veo a una de las fillikhems del servicio, me acerco con paso

firme. Ella baja la cabeza al verme, saludándome con el respeto que cree que un jefe merece.

—¿El elfo tuerto? —le pregunto sin rodeos—. ¿Lo has visto? Pelo rubio albino, por los hombros, unas cicatrices rasgándole el lado izquierdo de la cara…

—Sí —afirma ella—. Lo he visto.

—¿Dónde?

—Lo he visto hace unos instantes en la planta inferior —me informa—, junto al hechicero Dai-sha, nada más bajar las escaleras.

—Perfecto —murmuro—. Agöralhi.

Acelero. Bajo los escalones dos a dos, el eco de mis pasos resuena a mi alrededor. Las columnas se alzan imponentes a ambos lados, talladas con ramas, lunas y nombres de antiguos reyes. Esos que consideré familiares y que ya no reconozco.

Al llegar a la planta inferior, los veo. Avaldur'h se gira en cuanto me ve aparecer, y sus ojos se abren con asombro.

—Has vuelto. ¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta.

—El suficiente para hacer lo que quería hacer —respondo, con la voz grave.

Antes de que puedan hablar más, los agarro por las muñecas y los arrastro hacia la primera habitación vacía. Abro la puerta, los empujo dentro y la cierro con fuerza justo detrás de mí.

—Necesito que me ayudéis. Una última vez —me adelanto a sus preguntas—. Un último favor.

Avaldur'h asiente de inmediato, sin dudar o cuestionarse de qué podrá tratarse. Dai-sha baja la cabeza, como si mis palabras le hubieran golpeado en el centro del estómago. La tristeza se apodera de sus rasgos. Sé que ha entendido lo que significa que diga «Una última vez». No se lo he dicho todavía, pero sabe que jamás le perdonaré.

—Avaldur'h —Me centro primero en el norteño—. Encuentra un sastre entre los presentes. El que sea. Que te venda un traje. Necesito vestirme, y no pienso hacerlo con la ropa de esos malnacidos.

Él sacude la cabeza.

—No hará falta —responde—. Busca a Velydrel'h. Él tenía algo preparado para ti.

Frunzo el ceño y ladeo la cabeza.

—Desde que supo que se encontraría con su hermano, contigo, debió prepararlo —me explica—. Quiere regalarte la ropa de Kelythael.

La que vuestro padre usaba cada día.

Me detengo. El corazón me da un vuelco.

—La que yo te regalé era precisamente una imitación. Una copia —continúa—. Fue una idea que tuve para revelarle a Ortheel quién eras realmente, sin tener que llegar a él personalmente. Fuese Velydrel'h o Märbuld, me aseguraría de que no te dañaría, y que querría escucharte. Yo confiaba en que tú te la pusieras, y en que eso activara algo en su memoria.

—Pero él ya lo sabía…

—Zaydear se me adelantó —Asiente.

Aprieto la mandíbula. No sé si soy yo, o Altuk'h en mi interior dotándome de su rabia irascible… Pero me enfada. Me enfada saber que todo siempre ha estado perfectamente orquestado a mi alrededor.

—Y yo que me creía listo… —gruño—. Todos habéis ido siempre varios pasos por delante de mí. Qué ingenuo.

—De eso nada —responde Avaldur'h con calma—. Si nos hizo falta planearlo todo tan meticulosamente, es precisamente porque eres demasiado listo e intuitivo. Pero necesitábamos que la mentira funcionara.

—Es repugnante —Mis puños se cierran—. Lo que habéis hecho conmigo, es deplorable.

—Lo sé —Avaldur'h inclina la cabeza en un gesto de disculpa.

Los miro a ambos demostrando mi rabia, y también mi asco.

—¿Volvéis a ser amigos?

Avaldur'h niega rápidamente.

—No podríamos —sentencia el norteño—. Siempre hemos pensado muy diferente. Solo le preguntaba por Döriel y… por Hansley.

La forma que tiene de mencionar a la sygära que iba a ser mi prometida

me confunde. Es como si temiera herirme, o como si simplemente temiese nombrármela.

—¿Están bien? —pregunto.

—¿Por qué no pasas tú mismo a verlos? —propone el albino—.

Están dos habitaciones a la derecha. Ambos han preguntado por ti.

—¿En la que fue la habitación de Dai-sha?

El hechicero asiente con suavidad.

—No te preocupes. No voy a volver a instalarme —parece él más nervioso por el tema que yo—. Estoy cuidándoles, pero me marcharé lejos de tu vista en cuanto estén estables.

Asiento. No voy a discutirle cuando, sinceramente, estoy deseando que lo haga. Sé que desea que le frene, que le ruegue que se quede, que le perdone… Pero ninguna de esas cosas va a suceder. No me importa la habitación, ni nuestra antigua amistad, ni él. Ya no. Ahora mismo, solo me importa lo que viene.

—¿Tienes ingredientes de sobra en tu herbolario para poder crear todas tus pociones? —me intereso.

Dai-sha me mira con los ojos bien abiertos, sorprendido por mi repentina preocupación. Hasta que finalmente asiente.

—Sí, aquí tengo de todo.

—Voy a necesitar que me prepares una bastante… especial. O tal vez varias —bajo la voz, asegurándome de que lo que estamos a punto de hablar no salga de esta habitación—. ¿Te acuerdas de la poción que me diste en Zandoorbrock?

Sus cejas se elevan con asombro. Su silencio pesa igual que el plomo.

—Perdí el maldito tarrito —añado—, y ahora la necesito.

***

Me siento en el borde de la cama con lentitud, intentando no despertarla. Mis manos se apoyan en la sábana que la cubre, sintiendo cómo la culpa vuelve a apoderarse de mi pecho. Hansley Mustadril duerme, su pecho se eleva con esfuerzo. Las vendas cubren sus manos, parte de sus brazos y de su torso. Tiene heridas abiertas de quemaduras

que no logro entender cómo no la han matado.

Pero sigue viva, y está respirando.

La observo en silencio. No sé si estoy aquí para pedirle perdón por lo que le he hecho, o para juzgarla con la misma rabia con la que detesto a todos los demás. Ella también estaba ahí, subida a esa maldita muralla mientras amenazaban a Zynael, mientras la torturaban, mientras me castigaban.

Entonces sus ojos se abren.

Parpadea varias veces, desorientada. Pero apenas me ve, incluso su respiración se queda quieta.

—Mi amor... —murmura.

Sus ojos comienzan a humedecerse. Algunas lágrimas brotan desde lo más profundo de su alma, como si hubieran estado retenidas durante días. O tal vez semanas. Su mirada baja recorriendo mi rostro, y luego desciende por mi pecho hasta detenerse en esas cicatrices que me decoran y que ella tampoco conocía. Sus labios tiemblan. No sé si es por lo que ve en mí o por lo que yo represento para ella.

Por un instante, solo nos miramos. Dos almas que estuvieron a punto de vivir un destino que nunca se cumplió. Un futuro que ya no existe.

—Lo siento —digo, pero al instante me doy cuenta de que realmente no sé por qué lo siento. Tal vez no la responsabilice tanto como a los demás. Tal vez quiera pensar que ella era solo una pieza más—. Siento haberte hecho eso.

Ella cierra los ojos. Una lágrima cae por su sien y se desliza hasta la almohada.

—Kal'ladril... —susurra mi nombre, como si le doliera decirlo.

—Bël'loryel para ti —le corrijo—. Solo Zynael puede llamarme así.

Solo ella vivió algo real con ese Kal'ladril.

Inspira, afectada por mis palabras.

—Yo… Lo… Lo sie…

—¿Cómo te encuentras? —Freno sus excusas. No quiero oírlas. Realmente me interesa saber que está bien, pero nada más que eso—. ¿Te

duele mucho?

—Bastante —confiesa—. Pero estoy viva, y eso es mucho más de lo que merezco.

Frunzo el ceño. Sé por qué lo dice así, de esa manera, sé que quiere darme pena. Pero es una forma de disculpa, y lo agradezco.

—No hables así. Te recuperarás —le garantizo—. Estás en las mejores manos. Dai-sha ha sido nuestro hechicero y curandero durante todos estos años por algo.

Estoy a punto de levantarme cuando su mano vendada me agarra. El silencio se vuelve espeso entre nosotros, cargado de todo lo que ambos parecemos estar callando.

—¿Por qué has venido a verme? —pregunta, con la voz rasposa y herida —. ¿Te preocupas por mí?

—¿Qué tipo de duda es esa, Hansley? —respondo sin pensar—. ¿Por qué si no iba a estar aquí? Me preocupaban tus heridas, yo he sido quien te las ha causado.

—Pero me las merezco. Yo he participado, era consciente de lo que tenían planeado —confiesa—. ¿Que estés aquí quiere decir que me has perdonado?

—Quiere decir que, en estos momentos, sé darle prioridad a lo que es más importante —le corrijo—. Ahora deja el tema y descansa. Asegúrate de recuperarte.

Finalmente me suelta y me pongo en pie, entonces me giro hacia ese inmenso sillón en el que descansa Döriel. Lo han dejado en este lugar para tenerlo ligeramente incorporado. Su respiración es corta y temblorosa. Cada vez que inhala, aprieta sus dientes con tanta fuerza que parece que va a romperlos. El vendaje que le presiona el pecho está empapado de sudor, pero cumple su función de sujeción para esas costillas que se le han partido. Por suerte, Dai-sha me ha dicho que no le han perforado ningún órgano. Tiene la pierna derecha elevada sobre un montón de trapos, torcida, amoratada y deformada de una forma tan poco natural que ni siquiera deseo volver a mirar. No habla. Solo parpadea, como si con cada latido su cuerpo se debatiera entre resistir o rendirse. A pesar de que no ha sido una fractura abierta, ya me han avisado de que seguramente nunca

pueda volver a caminar sin cojear. —Vaya… —susurro, apoyándome en el respaldo del sillón justo a su lado.

Döriel gira la cabeza levente hacia mí. Al principio sus ojos me miran con una ligera rabia, pero rápidamente se le pasa.

—Tengo una pinta horrible, ¿verdad? —le cuesta hablar, su voz sale como un gruñido ronco cargado de dolor—. Las pociones que Daisha me da saben a mierda, y aun así el dolor sigue siendo algo insoportable… La fiebre me está matando, pero lo que más me jode es pensar que jamás volveré a ser el mismo. Sé que jamás volveré a correr, y será suerte si algún día vuelvo a respirar bien.

—Lo siento —Suspiro, girando para mirarlo de frente—. Solo espero que tengas claro que yo jamás os habría atacado a ninguno de vosotros si hubiese estado en mis cabales. Yo jamás habría hecho algo similar a Còrnadel'h.

—Lo sé —Asiente—. Sé que no eras tú… Y me alegra que hayas logrado dominar a ese Altuk'h… Si no, habría sido un verdadero peligro para todo Elthymeron.

—Quiero pedirte un favor, Döriel —Voy al grano, de nada sirve que lo alargue con él. No teníamos ninguna relación antes de esto, y sé que es consciente de que ella es lo único que me importa—. Es importante, tiene que ver con Zynael.

Sus ojos se abren al instante. Incluso su dolorido cuerpo parece tensarse. La nyëlkhem es el único terreno que aún nos vincula y nos separa a partes iguales.

—¿Qué le pasa a Zynael? —Por un momento, parece incluso lanzado a levantarse del sillón. Pero el dolor le impide moverse—. ¿Está bien?

—Todo lo bien que puede estar en estos momentos —respondo.

—¿Entonces? —insiste, impaciente.

—¿Le amas? —pregunto directamente.

Döriel muestra de nuevo su impacto. No esperaba esa pregunta, por eso tampoco contesta al principio. Solo me observa, pareciendo buscar una trampa, una fisura.

—¿Por qué me preguntas eso? —Frunce el ceño—. ¿Por qué preguntas

eso precisamente *tú*?

—Porque quiero saberlo.

—¿Para qué? —La desconfianza que se le ha creado hacia mí es evidente, y no le culpo. Está hablando con el hombre que casi lo mata a él, después de tragarse vivo al padre de la mujer a la que ama. Y lo más irónico de todo, es que ella me ama a mí—. ¿Acaso importa lo que yo sienta? Ambos sabemos lo único que le importa a ella.

—¿Estás cabreado por lo que yo te he hecho? ¿O porque Zynael no te corresponde? —murmuro—. No pensé que fueses tan infantil.

—¿Infantil? —Alza las cejas—. ¿Sabes que Zynael no ha sido capaz de venir a verme? Ni siquiera ha asomado su cabeza por esa puerta para comprobar el estado en el que he quedado.

—Sus motivos tendrá.

—Sí, claro que los tiene. Su motivo eres tú, una vez más —Suspira, intentando relajarse, pero está claro que el tema le enciende. Y no en el buen sentido—. Está tan ocupada estando preocupada por ti, que no ha podido todavía regalarme ni un mínimo de su tiempo a mí.

—No seas idiota —Frunzo el ceño—. ¿Sabes lo que es sentirse culpable? Yo sí. Si no ha venido todavía, no es porque no le importes.

Ahora mismo debe estar castigándose por todo lo que os ha pasado. Incluso cuando ella no tiene nada que ver.

Döriel me mira y relaja su mirada. Parece dudar un instante, y finalmente asiente.

—Tienes razón… —Cierra los ojos y tira su cuello hacia atrás, apoyándolo en el respaldo del sillón—. No sé por qué he dicho eso. Jamás podría molestarme con Zynael ni aunque me pisotease… Es el verme así el que me pone histérico… Yo nunca le reprocharía nada a ella. Es la mujer más increíble que he conocido en mi vida, aun incluso con sus defectos.

—Le amas. —concluyo.

—Sí, por supuesto que sí. Amo a Zynael con toda mi alma — Expira con rendición—. Pero no entiendo qué puede cambiar eso para ti. Ella te ha elegido. Te ama como jamás me amó a mí.

—Todo —respondo—. Lo cambia todo. Lo que ella sienta ahora mismo,

muy pronto no importará.

El gesto en su rostro cambia. No entiende nada.

—¿Qué acabas de decir? —masculla.

—¿Qué tipo de amor sientes, Döriel? —le ignoro, continuando con mi interrogatorio—. ¿Es del tipo que te permite mentirle para protegerla de lo que podría destrozarla? ¿O de ese tipo servicial que solo cree poder existir si todo lo que se dice es la verdad?

Döriel arruga las cejas sobre su nariz todavía más.

—¿A dónde quieres llegar, sygära?

Lo miro fijamente.

—La pregunta es hasta qué punto llegarías *tú* por protegerla.

***

Todo a mi alrededor se vuelve un eco. Hay una voz hablando de fondo. El zumbido de la multitud que se ha congregado en la plaza resuena en mi cabeza como algo muy lejano. Camino por los pasillos del castillo, pero ni siquiera siento los pies. No veo nada, ni a nadie. Mi cabeza está inmersa en mis propios pensamientos, dándole vueltas a todo lo que planeo hacer, sin dejar de pensar en Zynael.

—¿Bël'loryel? —Una mano se apoya en mi hombro—. ¿Estás bien? —Es Velydrel'h.

Me detengo y parpadeo. Mi hermano está a mi lado, estamos frente a las puertas de las habitaciones de este inmenso castillo. Ni siquiera soy consciente de cuánto tiempo lleva hablándome, ni de qué estaba contándome.

—¿Zalèüh? —insiste.

—Estoy bien —respondo, agitando la cabeza—. Ibas a darme el traje de nuestro padre. Venga. Deberíamos estar ya fuera.

—¿Has escuchado algo de lo que te estaba diciendo? —Frunce el ceño —. Entiendo tu plan, pero no me parece una buena idea. Si yo fuese tú…

—No eres yo —le freno—. Me da igual cómo pienses, ni siquiera te conozco. No sabes nada de mí, y mucho menos de lo que hemos vivido juntos. Voy a hacer lo que sé que es mejor.

—Eres mi hermano, no necesito haber estado toda la vida a tu lado para sentir ese vínculo —gruñe. Entonces abre la puerta y se adentra en la habitación.

Mis puños se aprietan. Respiro hondo y lo sigo.

—Estoy de tu lado —me recuerda—. Desgraciadamente para ti, soy el único en tu vida que todavía no te ha contado ninguna mentira.

—*Todavía*.

—No soy perfecto, zalèüh —insiste—. Seguro que en algún momento de la inmensa eternidad que nos queda por compartir, se me escapará alguna mentira. Sobre todo si es por protegerte.

—Entonces me estás dando la razón —Mi mirada lo fulmina.

—A las bases de tu idea sí. Entiendo lo que pretendes conseguir y los motivos que te impulsan, pero no comparto la manera en la que vas a hacerlo. Crear una mentira tan grande y transformarla en su vida, te hará como ellos —sentencia.

Me lanzo hacia él y le cojo por el cuello.

—Repite eso. —Mi mano se aprieta alrededor de su garganta—. ¡Repite eso mirándome a la cara desgraciado! ¡Estoy enamorado de ella! ¡Quiero que sea feliz! ¡Obligarle a olvidarme va a matarme! ¡¿Cómo te atreves a compararme?!

Velydrel'h estira el cuello para lograr respirar, pero yo no le dejo. Entonces mira hacia el lateral, hacia esa puerta que acabamos de dejar atrás, e intenta indicarme algo. Me giro hacia la entrada y me encuentro allí a Idril y a Thaeón, mirándonos a ambos con preocupación.

—Dai-sha nos ha dicho que viniésemos. Dice que querías hablar con nosotros de algo importante —comunica Thaeón, con un tono claramente nervioso—. La plaza ya está llena. No deberíamos tardar mucho más en salir.

Suspiro y suelto al nigromante al instante, lanzándolo lejos de mí.

—Lo sé —gruño—. Velydrel'h, por los dioses, dame ya el maldito traje.

Mi hermano asiente y cruza la habitación, deslizándose hasta el armario. Abre la puerta con lentitud, su interior está completamente vacío. Sin embargo, él no se inmuta. Solo necesita extender ambas manos frente a la

oscuridad del fondo y las sombras comienzan a estirarse. El espacio se pliega sobre sí mismo, y donde antes no había más que negrura, ahora se abre un umbral. Una grieta de noche pura.

De repente, ahí, colgado con reverencia, como si nadie lo hubiera tocado en siglos, aparece el traje más sobrio y perfecto que he visto jamás.

Esa camisa negra y amplia, de tela noble; ese fajín de cuero con varias hebillas, grueso como una segunda columna vertebral y perfecto para la zona de las lumbares; esos pantalones entallados, con tiras ajustables a los costados, que permiten ceñir el cuero al cuerpo como si fuese parte de él; esas botas altas, reforzadas hasta las rodillas, diseñadas para resistir cualquier tipo de camino.

Nada sobra. Nada falta. Todo es exacto.

Es idéntico al que Avaldur'h mandó que me hicieran, solo que este lo supera. En todo.

—Este —dice Velydrel'h, agarrándolo con cuidado para enseguida tendérmelo con ambas manos—, era el traje favorito de nuestro padre.

Un traje que, por suerte o por cosa del destino, no vestía el día que se transformó.

Lo tomo. Su peso es perfecto, como si estuviera hecho para equilibrarme.

—Aunque parezca imposible que un objeto tenga magia, este traje fue diseñado exclusivamente para Mäilkun Doh —me cuenta—. Jamás se romperá cuando te transformes, sin importar cuántas veces lo hagas. Cuando lo vistas, se unirá a ti. Se fundirá con tu piel, con tu forma original. Si decides darle paso a Altuk'h, este seguirá contigo cuando vuelvas a tu forma original. Mientras lo vistas, será parte de tu ser.

Lo miro en silencio. Dejo escapar una exhalación y bajo la toalla, soltándola al suelo sin pudor. Thaeón se gira al instante, incapaz de mirarme de esta manera. Idril hace lo mismo, al menos al principio, hasta que la noto mirar de reojo.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunto a mi hermano mientras me visto —. No logro encasillar tu tipo de magia.

—Ya no puedes, es demasiado amplia —responde—. Puedo hacer

muchas cosas, pero… para explicarte lo que acabas de ver… Puedo abrir portales en cualquier lugar donde haya sombras y oscuridad. También puedo manejarlas, hacerlas algo intangible que aun así tenga fuerza extrema y capacidad para sostener. También puedo teletransportarme, y hacer lo mismo con todo el que toque. Me transformo en sombra y me traslado a cualquier otro lugar donde también la haya.

—Podrías haber venido a buscarme así de fácil, solo con un movimiento de tus manos, hace muchísimo tiempo —gruño—. Podrías haberte ahorrado todo el teatro y las muertes que has acabado causando con la guerra.

—Podría, pero no debía —murmura—. Además, la idea de levantar un ejército a partir de todos los caídos en la Gran Guerra, era una forma de recordarle y mostrarle a todo Elthymeron la aniquilación que esos monstruos causaron.

—No estás tú precisamente para dar muchas lecciones de moral, Velydrel'h —Escupe Thaeón—. Estoy intentando convivir contigo aun sabiendo que por tu culpa ha muerto mi mejor amigo… No quieras hacerte el héroe ahora.

Los ignoro y termino de ceñirme el fajín ajustando sus tiras. Me siento cómodo, muy cómodo, como si este traje realmente estuviese hecho para mí. Además, saber que perteneció a mi padre, me une de cierta manera a él.

—Hay algo que quiero contaros —hablo al fin. Thaeón, que seguía echándole a Velydrel'h cosas en cara, se calla para escucharme—. Es algo que voy a hacer y que sé que os va a parecer mal, pero aun así quiero que podáis decidir la manera en la que vais a participar.

Idril y el aldeano me miran. Serios. Confundidos.

—Entrad. Cerrad la puerta.

Enseguida lo hacen, y aguardan hasta que me decido a hablar.

—Voy a borrarle la memoria a Zynael —suelto sin rodeos ni miramientos. De todos modos, sé que me va a tocar discutir con ellos.

El silencio es inmediato, afilado y pesado.

Idril palidece. Thaeón parpadea, como si no hubiese oído bien.

—¿Qué? —susurra ella, casi sin voz.

—He dicho —repito— que voy a borrarle la memoria a Zynael.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —Thaeón camina hacia mí—. ¿Qué parte de su memoria es la que vas a borrar? ¿Y por qué?

—Toda parte que tenga que ver conmigo —respondo—. Voy a cambiar su historia. Nuestra historia. Nuestros recuerdos.

—¡¿Por qué?! —Se altera—. ¡¿Qué mierdas estás diciendo?!

—Va a dejar de recordarme, desapareceré de sus recuerdos — comienzo a explicar—. No dejaré de ser alguien que existe. Sabía perfectamente quién eran los Akhelbec'h antes de que nos encontrásemos, y seguirá siendo consciente de la tragedia que han vivido como familia. Sabrá que su hijo Kal'ladril no era su hijo… Pero ella jamás lo habrá conocido. Ni a él, ni a su historia.

—Pero qué… ¿Cómo? —Thaeón no parece asimilar lo que está escuchando—. ¿Qué va a recordar de todo esto entonces? ¡Todo gira en torno a vosotros!

—La misión era su castigo, una pena que Karanthir Akhelbec'h le impuso a ella por saltarse nuestra ley. Todo eso será igual, pero en sus nuevos recuerdos jamás acompañó a ninguno de sus hijos —Comienzo a caminar por la habitación, pensando bien en cada detalle de nuestra historia para asegurarme de que no quede ningún agujero lo suficientemente relevante como para hacerla dudar—. Dai-sha fue con ella, a voluntad, ambos debían ir ciudad por ciudad informando de la guerra. La gente la seguió por su fuerza, por su labia, no por mí. Yo jamás estuve ahí —continúo—. Idril también se unió, decidieron acompañarla a Aszhroin pero finalmente los siguió. Y continuaron los tres juntos. Jamás nos acostamos porque jamás nos conocimos. Zynael jamás se enamoró. Thaeón, tú y Jóngruf aparecisteis más tarde. Ella te gustó y por eso los acompañasteis, no por mí. Avaldur'h escuchó de vuestro grupo y se ofreció a ayudaros y a llevaros hasta Karanthir. Jamás la puso en peligro para manipularme, y fue un lobo de Wolftundur el que le arrancó el ojo. Luego llegó Záldur… y después os encerraron en las celdas… La sacaron a petición de Karanthir y este le ordenó que matase al dragón. Ella fue aclamada frente al pueblo humano como el futuro de Elthymeron. Ella os salvó. No yo.

Me callo un instante y los miro. No dicen nada. No pueden. Thaeón aprieta los labios, tenso. Idril tiembla, como si sus pulmones no supieran respirar, como si estuviese reteniendo todo lo que desea gritar.

—Esa será su historia —zanjo—. La real. No habrá un sygära en su corazón. No habrá un nosotros.

—Tú… ¡¿Estás loco?! —exclama el humano, viniendo hacia mí muy cabreado—. ¡Zynael te ama! ¡No puedes hacerle eso!

—¿Cómo…? —balbucea Idril—. ¿Cómo pretendes hacerlo?

—Con una poción de Dai-sha. Esta noche. La haré brindar de alguna manera y le entregaré la mezcla. Cuando se duerma, y vuelva a despertar, yo habré desaparecido de sus recuerdos para siempre — contesto—. Por lo que me contó Dai-sha, puedes lograr que alguien se olvide de ti si le ofreces dicha poción para beber; o incluso puedes ser tú el que olvide si logras engañar a esa persona para que te la ofrezca. Él mismo me la regaló hace un tiempo… y reaccioné igual que tú, Thaeón. La idea del hechicero era que yo la olvidase a ella. Ahora sé que en ese momento estuvo a punto de arrepentirse de lo que me estaba haciendo. Un momento de debilidad que, viendo lo que ha sucedido después, acabó pasándosele.

—¡¿Y qué pretendes conseguir con eso?! —Las manos de Thaeón se estampan en mi pecho, intentando empujarme. Como si de esta forma pudiese hacerme reaccionar—. Zynael te olvida, ¿y luego? ¡¿Piensas que va a ser más feliz sin ti?!

—Exactamente —afirmo—. Después de olvidarme, por fin podrá ser feliz.

Él niega con la cabeza, incapaz de creer que esté hablando en serio. Idril se acerca con cuidado y agarra mis manos. Están sudando, de nervios, de miedo.

—¿Por qué quieres hacer algo así…? —murmura, muy preocupada—. ¿Por qué quieres hacerte algo así? ¿Qué será de ti? ¿Vas a vivir amando a una persona que ni siquiera se acuerda de ti?

—Sí.

—No… —me suplica—. No te hagas esto. Ni ella ni tú merecéis esto… Merecéis poder estar juntos. Por fin podéis estar juntos… —Idril… —

Aprieto sus manos entre las mías.

—Por favor… No le obligues a olvidarte. No os hagas eso…

—¡Ni por favor ni mierdas! —grita Thaeón de nuevo—. ¡Eres un egoísta! Estás jugando con unos sentimientos que no son tuyos, y eso no lo voy a permitir. ¡Tendrías que escuchar cómo ella habla de ti! ¡Y mientras tanto tú aquí, planeando manipularla!

—¡¡Maldita sea, Thaeón!! —Suelto a Idril y me giro finalmente hacia él, gritándole con toda la impotencia que estoy sosteniendo—. ¡¡¿Tú piensas que todo esto es fácil para mí?!! ¡¡Hace un momento acabo de revelar, por primera vez en mi vida, a un maldito desconocido, que me he enamorado!! ¡Lo has escuchado! ¡¡Estoy enamorado de Zynael!!

¡¡¿Piensas que yo quiero realmente esto para nosotros?!!

—¡Pues no lo hagas!

—¡¡No tengo elección!! —Mi voz se desgarra—. ¡¡Joder!! ¡¡Para haber participado en la mentira, parece que no te hayas enterado de toda la mierda que hemos pasado!!

Sus ojos se abren de par en par. De repente, la expresión rabiosa se transforma en una que desvela culpabilidad y, sobre todo, arrepentimiento. Por mucho que lo intenta, no logra sostenerme la mirada.

—¡Zynael es la única verdad que me queda! —les explico—. Ella es lo único que durante toda mi vida ha sido real. ¡La tengo que cuidar!

—Pero ella te quiere… muchísimo…

—¡Yo a ella más, Idril! Créeme. Yo a ella muchísimo más… —Mis puños se aprietan. La rabia me ahoga. Me falta el aire. Vuelvo a tener ganas de llorar, pero no voy a hacerlo de nuevo. No frente a ellos—. Estoy muerto por dentro. Esos malnacidos, todo lo que me han hecho… Me han dejado vacío. No tengo alma. No tengo nada bueno por ofrecer. ¡Me he comido vivo a su padre, joder! ¡Jamás me perdonaré todo lo que ha tenido que vivir por el simple hecho de amarme! ¡¿Cómo voy a quererle bien, cuando ni siquiera voy a ser capaz de volver a quererme a mí mismo?!

Thaeón agacha la mirada. Idril, en cambio, la mantiene fija en mí. Sus manos temblorosas se recogen en su pecho, como si así pudiese sostener los fragmentos de su corazón. Mis palabras se lo están rompiendo.

—Lo nuestro es tan real, Zynael es tan increíble, que va a desvivirse por hacerme de nuevo feliz —Mi cabeza se agita—. No quiero. No merece arrastrarse por nadie, y mucho menos por mí. No sé cuánto tiempo tardaré en volver a encontrarme, ni siquiera sé si alguna vez lo lograré. Y no voy a anclarla a eso.

Idril sorbe la nariz, por su mejilla comienza a correr la primera lágrima.

—Zynael es todo lo que me queda —continúo—. Sin ella, no soy literalmente nadie. Y no es una metáfora, ni tampoco un poema para hacer mis argumentos más románticos… Es la verdad. No soy nadie fuera de ella. ¿Kal'ladril? ¿Bël'loryel? Ninguno de esos nombres me representa. Solo sé que soy yo porque sigo con ella.

—Entonces no la sueltes…

—Jamás la voy a soltar, Thaeón —confieso—. Pero ella no va a desperdiciar su vida al lado de alguien como yo. No voy a permitir que su brillo se apague por intentar mantenerse cerca de mi oscuridad. Ella cree que puede perdonarme, pero yo no. Lo que le he hecho a Elthymeron, lo que le he hecho a ella, no merece su amor. Estoy podrido, para siempre, y Zynael merece algo mucho mejor.

Idril llora y asiente, dándome la razón por primera vez. Sus ojeras están completamente rojas, como si todo el llanto que había estado acumulando, hubiese estallado en esta conversación.

—Tú mismo me lo dijiste una vez —sigo hablándole al humano—: "*El amor es algo tan fuerte y tan real que es capaz de cegarte; hasta el punto de llegar a hacer lo que ni siquiera serías capaz de hacer por ti mismo*". Aunque me mate admitirlo, el amor me cegó, pero yo nunca he sido bueno para ella. Mi felicidad también está anclada a la suya… Por eso la dejo ir. Estoy roto por dentro. No puedo devolverle algo que no encuentro.

Thaeón desploma su cuello hacia abajo, perdiendo sus ojos llorosos tras su flequillo negro. La forma en la que sus puños se aprietan mientras sus labios callan, termina de darme la razón. Incluso Velydrel'h parece tocado por todo lo que está escuchando. Su rostro se mantiene impasible, pero el brillo de sus ojos demuestra que, en el fondo de su frío corazón, todavía quedan sentimientos.

—¿Qué quieres que hagamos…? —habla Thaeón, pero apenas se le

escucha—. ¿Cómo puedo ayudarte, capitán?

Entonces vuelve a mirarme. Las lágrimas corren por su rostro, pero hay seguridad y determinación en él.

—No te merecías nada de esto —me habla, ignorando su propio llanto —. Siento muchísimo haber estado detrás de alguna manera. Yo jamás creí que os harían nada de esto… Joder. Por mucho que esté enamorado de esa mujer, quería veros juntos al final de este espinoso camino.

Suspiro y asiento. Sé que es sincero.

—Quiero ayudarte. Pero no me pidas que me tome esa poción, porque yo no pienso olvidarte —Su nariz se arruga—. Sigo queriendo formar parte del Ejército Dorado, ahora más que nunca. Y quiero recordar todos los valores que me ha enseñado, como amigo, el sygära dragón que lo lidera.

Inclino la cabeza, accediendo a su petición.

—Me hubiese gustado que tú te quedases a su lado —le digo—. Que fueses mi conexión con Zynael, por si alguna vez pudiese llegar a necesitar a este desconocido que jamás va a dejar de amarle. Pero sabía lo que me ibas a decir, por eso he hablado con Döriel.

—Has hecho bien. Yo no soy para ella —pronunciar eso en voz alta, parece dolerle más que cualquier puñal—. Estoy enamorado, enamorado de verdad, pero mi existencia es solo un suspiro en vuestra longevidad. Me habría muerto de viejo antes de llegar a enamorarla de verdad. Y ni siquiera usando toda mi vida lo habría logrado, porque aunque Zynael no te recuerde, su corazón jamás volverá a sentirse igual.

—Al menos, sé su amigo —le pido—. No quiero que pierda todo lo que ha construido. Eres indispensable en su vida.

—Jamás dejaré de ser su amigo, eso te lo juro.

—Pues júrame también que jamás le dirás nada de mí —añado—. Aunque tú sí que me recuerdes, aunque sea el capitán general del ejército al que pertenecerás… No le hables bien de mí. Nunca.

Idril se rompe todavía más con esa última frase.

—Pero…

—Por favor —freno la queja de Thaeón—. Encárgate de que la existencia de Bël'loryel Dohärion, el anteriormente llamado Kal'ladril Akhelbec'h, sea

completamente desconocida para ella. Y si me odia por haber sido el dragón que devoró a su padre, que lo hará, no intentes convencerla de lo contrario.

Thaeón finalmente asiente, accediendo a regañadientes, hundido en pena y rabia. Sus lágrimas recorren su rostro, marcando surcos que parecen escocer sobre su piel.

—¿De verdad esta es la única manera de acabar con todo esto...? —Sigue llorando, con los labios apretados—. ¿Con otra mentira?

No le contesto. No porque no quiera, sino porque ya no tengo fuerzas para justificar algo que sé que está mal. Pues sé con más convicción que es lo único que puede salvarla.

Salvarla de mí y de mi infinita desgracia.

Me acerco a él y apoyo una mano en su hombro.

—Necesito que me des tu palabra.

Thaeón me lanza una mirada destrozada. Tiene los ojos enrojecidos, hinchados, su boca está temblando con esa impotencia contenida.

—¿Y si simplemente la dejas? —propone, desesperado—. ¿Y si te excusas en lo que te ha pasado para fingir que ya no la amas?

—Eso sería una mentira muchísimo más grande que la que yo pretendo vivir, e implicaría volver a hacerle sufrir.

—No es justo… —Sigue llorando—. Ninguno de los dos os merecíais acabar así.

—Ella desde luego no —Asiento, dándole la razón—. Zynael merece algo mucho mejor que yo. No puede vivir atada a alguien que ya no va a existir.

Agacha la cabeza y manteniendo sus puños apretados con fuerza. No dice nada más. Solo respira como si le faltara el aire, como si el mundo se hiciera pedazos bajo sus pies.

—Necesito que me des tu palabra —repito, no conforme hasta escucharlo.

—Tienes mi palabra, capitán —Afirma con una seguridad que su cuerpo no puede demostrar—. Juro que no voy a fallarte más.

Entonces me giro hacia ella.

—Idril...

La castaña se tensa y niega con la cabeza antes siquiera de que pueda decirle nada.

—No puedo —rechaza, temblando—. No puedo mentirle a Zynael. Es mi mejor amiga, mi hermana… No puedo estar a su lado y fingir que tú nunca has pasado por nuestra vida... Porque sí que lo has hecho, y a las dos nos has cambiado para siempre.

Camino hacia ella con lentitud.

—Entonces tal vez quieras olvidarme tú también.

Idril parpadea, perpleja. Sus mejillas siguen empapadas.

—A diferencia de Zynael, tú sí vas a tener opción de elegir — susurro, secando sus párpados inferiores con el dorso de mis dedos—. Una de dos: O me ayudas y te encadenas a esta mentira por el resto de tu vida, igual que Thaeón... O me olvidas.

Como si mis palabras le hubiesen succionado toda la energía, sus piernas tiemblan y se desploma de rodillas. Las lágrimas vuelven a surgir, esta vez mucho más numerosas, violentas y torpes. Su cuerpo ya no logra retener su sufrimiento.

—No puedo... —Agita la cabeza, con la voz rota—. No, no… No puedo... No...

—Idril —Freno su rechazo, poniéndome de cuclillas para poder mirarla a los ojos—. No te preocupes. Puedes olvidarme. Te dolerá ahora, pero después de tomarte la poción, cuando despiertes, no habrá dolor. Yo habré desaparecido de tu mente. Igual que Zynael, conocerás mi nombre por mi historia, pero no recordarás quién fui para ti.

—¡No! —grita, completamente destruida—. ¡No quiero! No puedo hacerlo...

—Idril...

—¡No! —Se desploma sobre mí y comienza a llorar. Todo su cuerpo se ahoga en espasmos, como si estuviera vomitando todo lo que no puede sostener más—. No me pidas eso… Por favor… No…

—No tienes más opciones… —La abrazo de vuelta, luchando por no romperme con ella—. Entiendo que no quieras participar en una mentira

eterna a tu mejor amiga, pero entonces tendrás que olvidarme.

—No puedo…

—Claro que puedes.

—No… a ti no… A ti no puedo perderte —Sigue ahogándose en sus propias lágrimas—. ¡No puedo perderte a ti! ¡Yo siempre he estado enamorada de ti!

Mi alma se detiene.

Thaeón se gira hacia ella, confundido, aún con lágrimas resbalando por su rostro. Su ceño se frunce. Pero algo en su mirada se aclara al instante, como si acabase de entenderlo todo.

Mi cuerpo se ha quedado en pausa, al igual que mi respiración. Todos mis músculos se mantienen en tensión. He debido oír mal. Necesito escuchar algo que me corrija.

—Nunca he dejado de amarte —continúa Idril, desgarrándose en esta inesperada confesión—. Todos mis intentos… Primero Jóngruf, luego Záldur… Solo me estaba obligando a superarte, solo me estaba forzando a silenciar lo que sentía de verdad. Pero tú... tú nunca saliste de mi corazón.

No soy capaz ni siquiera de tomar aire. Idril va soltándome lentamente y me mira a los ojos. Su rostro está empapado y enrojecido, lleno de su pena. Sus labios tiemblan casi tanto como su voz.

—Cuando te dije que te quería... el día que te regalé el anillo de mi abuela… no era mentira —prosigue—. Yo siempre he estado enamorada de ti. Si dejé de intentarlo, fue precisamente porque vi que lo tuyo con Zynael comenzaba a ser real, por parte de los dos. Y me hacía feliz veros así.

No puedo hablar. No sé qué decir.

—Mi mejor amiga jamás se había enamorado, sin embargo, estaba completamente perdida por ti. ¿Cómo iba yo a interponerme en la magia de ese sentimiento que era mutuo para ambos? —Su nariz moquea sin parar, pero ni siquiera le importa. Está decidida a confesar lo que parece haber estado guardando tanto tiempo—. Si jamás volví a decirte nada más, fue porque sabía que para mí, en tu corazón, no había ese lugar.

Aprieto la mandíbula y entorno la mirada, sintiéndome culpable por no haberlo visto antes. Debí haberme dado cuenta.

—Zynael lo sabía —añade de repente—. Se lo acabé diciendo ese día en que estuvisteis a punto de morir, luchando con esos apestosos íkkrols. No pude ocultarlo más. No pude seguir negándomelo a mí misma… Y no podía negárselo a ella.

Hace una pausa y me suelta, mirando al suelo.

—Jóngruf fue un gran amigo —Recuerda al castaño—. Además de una amistad ideal, compartíamos una atracción física. Pero nunca fue amor. Zaldur era el hombre correcto, el mejor para mí, el que podía haberme dado todo lo que yo siempre había soñado. Pero jamás llegué a desearlo de verdad. Porque tú... Kal'ladril… tú siempre estabas ahí, impidiendo que otro pudiera entrar.

Thaeón aparta la mirada bruscamente. El simple hecho de que se haya mencionado a su mejor amigo caído, le duele. Le duele su recuerdo y le duele la culpa. Yo sigo pendiente de Idril, que continúa con la mirada baja. No voy a opinar sobre sus sentimientos, ahora eso no tiene ningún sentido. No voy a decirle lo que ya sabe. En este momento, no necesita que le rompa el corazón de esa manera.

—Entonces, Idril… —Respiro hondo y llevo mi mano a su mandíbula para elevar su cara, necesitando observarla—, por el mismo motivo que Zynael... tú también tienes que olvidarme.

—¡No! —Llora—. No puedo…

—Idril —Mantengo mi mano en su mejilla—. No quiero hacerte daño, pero no tiene sentido que vivas enamorada de mí. ¿De qué te sirve continuar enamorada de alguien que no te corresponde? No solo vivirás con el recuerdo de alguien que ya no existe, sino que además tendrás que mentir a tu mejor amiga cada día. Tendrás que verla y fingir que no me conoces, que no te duelo.

Ella niega, entre sollozos, apretando mi muñeca como si quisiera fundirse conmigo.

—No quiero perderte… —susurra.

—Nunca vais a perderme del todo, yo jamás dejaré de estar pendiente —respondo, con una convicción que no sé de dónde saco—.

Solo dejarás de recordarme, y podrás seguir con tu vida sin ese peso.

Libres, brillantes... Tal y como erais antes de que yo llegase y os apagase.

—¿Tú…? —balbucea—. ¿Tú no vas a tomar la poción?

La pregunta me deja helado.

—No —respondo con honestidad.

Ella clava sus ojos en los míos.

—Entonces, por favor, prométeme que nunca vas a olvidarnos.

Asiento con lentitud.

—Jamás podría olvidaros, ni siquiera aunque quisiera — confieso—. Cargaré eternamente con el vacío que vais a dejar, pero nunca dejaré de cuidaros en la distancia. Aunque vosotras no me veáis, os estaré velando desde las sombras. Te lo prometo.

—Eso solo te hará daño...

La miro fijamente. No dudo. Al menos, eso finjo.

—Me matará, pero es mi responsabilidad —Suspiro—. Seguiré amándola eternamente, pero será desde la distancia. Zynael podrá ser feliz. Sola, o con alguien que pueda ser fuego sin consumirla. Ella no puede conformarse con cenizas cuando es mi único Sol.

Idril cierra los ojos y se limpia las lágrimas con torpeza, con las manos temblorosas. Una última rezagada cae por su mejilla, y cuando los vuelve a abrir, ya no hay resistencia. Solo un cansancio profundo.

Una entrega inevitable.

Finalmente asiente, accediendo lenta y dolorosamente.

El silencio se apodera de la habitación. Un silencio que lo cambia todo.

Ya no hay marcha atrás.

Todo lo que habíamos construido, morirá.



Bël'loryel
34

El oro de la escalinata principal refleja la luz de la brillante Séptima Luna, el ciclo de mi veintinueveavo cumpleaños. El eco de los murmullos ahogados de los presentes se enrosca en torno a mí como una espiral. Estoy al frente, alzado en lo alto de estas escaleras frente a todos los presentes. Las puertas del palacio de Drilembiyr'h están abiertas tras de mí, como una garganta gritando el nombre del que ya es su última esperanza. La plaza está llena, rebosante hasta donde alcanza mi vista.

Observo a todos mientras me miran de vuelta. Saben quién soy. Quién soy de verdad. No parece haber duda en sus ojos, sin embargo, al mismo tiempo, los noto llenos de incertidumbre. No sé si me tienen miedo, o si aguardaban mi llegada.

Tal vez ambas.

Zynael está a mi izquierda. Viste de nuevo su armadura, el servicio del palacio se la ha dejado tan impoluta que incluso parece que Cònradel'h se la haya forjado de nuevo esta misma mañana. Luce perfecta. Incólume. Inquebrantable. Sus labios están firmes, pero conozco cada expresión de su alma, y sé que bajo esa máscara de fuerza existe una gran tensión. Aun así, su sola presencia me sostiene tanto como yo a ella.

A nuestras espaldas, Dai-sha, Idril y Thaeón guardan silencio. Se mantienen erguidos y solemnes, como estatuas. En estos momentos, solo considero amigos a dos de ellos. Sin embargo, los tres son mis cómplices. Mis testigos. Mis últimas verdades.

La plaza aguarda.

Respiro hondo y doy un paso al frente. El viento juega con mi cabello,

acariciándolo hacia detrás. Siento que es un saludo de los dioses, una caricia que me anima a tener fuerza y a continuar.

Sé que estoy caminando en la dirección correcta.

—Ciudadanos de Drilembiyr'h —digo en voz muy alta, proyectándola hacia todos los presentes con la fuerza de la bestia que llevo dentro—. Os agradezco que hayáis venido. Hacía mucho tiempo que no vivíamos una exhibición similar en estas tierras. Antes no habría llegado a entenderlo, pero ahora sí. La muerte de quienes nos dañan, merece ser conmemorada igual que celebramos la victoria de una batalla. Silencio.

Nadie grita.

Nadie aplaude.

Así son los sygäras con los que me crie, no aclaman la sangre. Y aun así, todos desean ver morir al mismo hombre.

—A todos os habían narrado lo que ocurriría en el segundo gran evento de nuestra historia. Todos erais conscientes de que esta guerra marcaría el inicio de la nueva era. Todos sabíais perfectamente en lo que iba a transformarme, y siempre me lo ocultasteis —Los miro uno a uno, como si de este modo pudiese repasarlos a todos—. Lo que soy ahora, en lo que he sido forzado a transformarme, ya no es un secreto para nadie.

Pausa. Mi pecho se llena con el aire del sagrado silencio antes de continuar.

—¡Mi nombre es Bël'loryel Dohärion, hijo de Kelythael Dohärion, descendiente de los mismísimos Avoulh y Sauthriel! Y no soy solo un sygära, sino también un dragón —exclamo lleno de actitud—. Mi alma comparte estancia con la de Altuk'h. Durante toda mi vida, he sido solamente un arma forjada por el asesino de mis padres. Un cobarde que os ha gobernado a vosotros durante siglos, como si fuerais meras piezas de su juego de mesa. Por eso, a pesar de vuestras actuaciones y vuestras mentiras, os voy a perdonar la vida.

El bullicio crece. Las espaldas de muchos de los presentes se relajan al instante, demostrando el temor que tenían a escuchar mi decisión. Por un momento, pienso que la mayoría de ellos ha acudido a mi citación aun creyendo que los iba a incinerar a todos como castigo.

—Hoy traigo ante vosotros a ese rey que os convenció de que el silencio era paz; de que la obediencia sumisa era una virtud; de que no hacer preguntas y simplemente aceptar sus decisiones, era la forma más pura de lealtad —anuncio—. Hoy os traigo al hombre que ha logrado que viváis arrodillados, doblegándoos con leyes manipuladas que parecían ser suaves. Hoy os traigo al que cubrió su mundo de asesinatos y sangre con un falso paraíso, con sonrisas y con mentiras. ¡Hoy vamos a ser testigos del final de los Akhelbec'h! —bramo con fuerza—. ¡Decid adiós a las máscaras! ¡Decid adiós a vuestras invisibles cadenas! ¡Decid adiós a Karanthir! —Respiro hondo y me giro hacia mis amigos—. Traedlos.

Thaeón corre para avisar a Avaldur'h y a Velydrel'h, que aguardan con los dos prisioneros. La tensión se mantiene estable en el aire, con todos expectantes, como quien ve la luz del rayo y aguarda al sonido del trueno. Desde las escaleras laterales emergen finalmente los dos norteños. Ambos van vestidos completamente de negro, haciendo honor a su tierra y a su raza, como dignos shbal sygäras, elfos de la oscuridad. Sus ojos están cubiertos de carbón, alargando su dibujo sobre su rostro, con algunas pinturas características.

Entre ellos, arrastrados por cadenas, vienen Elwë y Karanthir Akhelbec'h. El primero parece un niño roto. Tiene el rostro empapado en lágrimas. Tose, tiembla y se tropieza. El segundo mantiene su inalterable altivez mientras sonríe. No. Ríe. Avanza soltando esa carcajada hueca y ensordecedora.

—¡Sois todos ridículos! —grita, mientras es empujado hacia mí—. ¡Ciegos! ¡Estáis ciegos! ¡Creéis que este bastardo, hijo del demonio, va a salvaros! ¡No veis que su verdadero camino como dragón no tiene hueco para la piedad! ¡¡Este es solo un truco para acabar dominándoos a todos!! —Escupe escaleras abajo, como si tuviese la fuerza suficiente para alcanzar a nuestro público.

Frunzo el ceño y aguardo hasta que Avaldur'h planta a su padre biológico a mi lado. Lo observo de arriba abajo lleno de rencor, y sobre todo, de asco. No soporto su presencia, su voz, ni su olor. Con gusto lo mataría, si no hubiese cedido ese delicioso honor al hijo que abandonó.

—¡Patéticos! —continúa—. ¡Ahora me dais la espalda! ¡¡YO HICE EL TRABAJO SUCIO QUE NINGUNO DE VOSOTROS SE HABRÍA ATREVIDO A

HACER!! —Está completamente desquiciado, sus ojos inyectados en sangre —. ¡¡SIN MI NO TENDRÍAIS A MÄILKUN DOH!! ¡Hipócritas! ¡Cobardes! ¡Os escondéis detrás de una nueva máscara solo porque os asusta mostrar vuestra verdadera cara!

—Nadie te escucha, Karanthir —murmuro—. Si siguieron tu mandato, fue solamente por eso. ¿No lo ves? Es justo lo que has dicho: Se aprovecharon de ti para que hicieses el trabajo sucio. Pero nadie, jamás, te ha respetado de verdad.

—Kal'ladril, por favor… —Llora Elwë, buscándome con la mirada para rogarme—. Por favor, te lo suplico. No me mates. ¡Yo no tengo nada que ver! ¡Yo te quiero, zalèüh! ¡Solo soy una víctima más de sus manipulaciones y de su crianza!

—¡¡COBARDE!! —vuelve a gritar Karanthir, esta vez a su propio hijo—. ¡SOIS TODOS UNOS MALDITOS COBARDES! ¡Este engendro va a llevaros a la ruina! ¡Ni siquiera comprende lo que significa reinar! ¡Este crío al que moldeé con mis manos para convertirse en mi arma más perfecta, ahora viene a deciros que todo lo que hicimos fue un error! ¡¡AHORA QUE YA TIENE DENTRO AL DRAGÓN!! —Su cabeza se agita como si estuviese poseído—. ¡Yo construí una mentira que os ha traído a la criatura prometida! ¡Yo traje gloria a Drilembiyr'h!

¡Yo nos devolví el control y el honor! ¡Yo he levantado un imperio!

Nadie le responde.

Nadie grita con él.

Nadie lo aclama.

El silencio es su condena.

Sus ojos giran frenéticos. Busca apoyo en la multitud, en algún rostro familiar. Pero no lo encuentra. Solo hay vacío.

—Rata ruin —murmuro con la voz firme—. Se acabó. Hemos desbaratado tu molde. La corte de marionetas que te veneraba, era solo otro teatro.

No necesito decirle nada más, con un simple gesto de cabeza, ordeno a Velydrel'h y a Avaldur'h que los pongan de rodillas. Y ambos obedecen al instante. Los fuerzan y los obligan a flexionar las piernas. Las cadenas

resuenan con un golpe sordo cuando sus rodillas tocan el oro del suelo. Elwë solloza. Karanthir alza la cabeza como si aún se creyera rey, incluso cuando ya no lleva corona.

—Los dos sygäras que veis aquí, junto a los prisioneros, son Velydrel'h Ondathril, hijo de Onal'lia y de Kelythael... mi hermano de sangre; y Avaldur'h Dültoir, hijo de Gäbrial, la que fue amante del mismísimo Karanthir —Doy un paso al frente para presentarlos, alzando de nuevo la voz—. Ambos arrastran una historia marcada por la traición y la pérdida. Pero hoy, uno de ellos ha sido elegido para cerrar ese ciclo.

La plaza entera contiene el aliento.

—Será Avaldur'h quien ejecute la sentencia —informo—.

Avaldur'h, el hijo biológico de este asesino. Avaldur'h, nacido fuera del matrimonio legal con Puolhiry. Sin apellido. Sin herencia. —Hago una pausa—. Ha sido él quien ha elegido el castigo para Karanthir, y yo he aceptado su elección.

Los sygäras guardan silencio, todos con la mirada fija y la respiración contenida. Las banderas de Drilembiyr'h ondean detrás de mí, movidas por la brisa. El estandarte que una vez representó a este rey, ahora decora su juicio por traidor.

—Por asesinato, por traición, por crímenes contra nuestros dioses, por mancillar el honor de los sygäras y desatar la casi aniquilación de nuestros hermanos del norte… —mi voz resuena con la sentencia—, yo, Bël'loryel Dohärion, condeno a Karanthir Akhelbec'h a morir mediante extracción de entrañas y descuartizamiento.

Karanthir grita y se ríe a carcajadas, completamente ido. Avaldur'h da el primer paso y se arrodilla frente a él.

—Había soñado con este momento —le susurra de forma que todos podamos oírlo—. Te agradezco que no quisieras hacer el papel de padre, así ahora podré castigarte como mereces. ¿Unas últimas palabras?

—Eres patético, casi tanto como tu madre —Se burla—. Acabarás igual que ella. Consumido por el fuego, por haber confiado en una bestia.

—Acepto el riesgo.

Entonces hunde el cuchillo. No para matar, sino para abrir.

Con un corte preciso, cruel y ritual, le desgarra el abdomen de lado a lado. Los intestinos comienzan a derramarse como serpientes viscosas, brillantes bajo la luz pálida de la Luna. Karanthir grita de dolor por primera vez, desgarrando su voz hasta quebrarla.

Avaldur'h no se detiene. Agarra las entrañas de su padre y las lanza a uno de los pebeteros que alumbran la parte superior de la escalinata. El humo que se levanta huele a vísceras quemadas, y sobre todo a vergüenza. Los ciudadanos no se espantan, ni apartan la mirada, como si todos hubiesen perdido algo por culpa de Karanthir.

Nadie se permite la piedad.

El hijo del agonizante rey se pone de pie. Entonces toma un mazo de hierro que le cede Velydrel'h, lo levanta por encima de su cabeza, y lo deja caer sobre el brazo izquierdo de Karanthir.

Un crujido sordo rompe el aire.

En este momento, Karanthir todavía respira. De hecho, Avaldur'h se asegura de que es así antes de hacer lo mismo en su extremidad derecha. Y continúa la tortura con las piernas. Va desmembrándolo de forma metódica, con una precisión y una seguridad que incluso me eriza la piel. Y, por supuesto, no para bien.

Cada golpe de mazo simboliza la ruptura de lo que el apellido Akhelbec'h representa. Una negación de lo que ese cuerpo alguna vez ha sido. El final de su símbolo. La muerte del tirano.

Zynael se ve obligada a apartar la mirada, aunque vuelve a esforzarse en disimular que no le afecta. Idril ya se ha dado la vuelta para vomitar. Thaeón y Dai-sha mantienen su atención perdida en otro lugar, incapaces de ser testigos de este final.

Karanthir boquea como un pez moribundo. Tiene esa mirada de un mártir, perdida en la muerte y, a la vez, viva. Es entonces cuando Avaldur'h toma la espada y lo decapita. Pero no lo hace de golpe. Apoya la hoja en la base del cuello y va presionando con lentitud, abriendo la carne muy despacio hasta que al final, con un gesto rápido y limpio, separa la cabeza del cuerpo.

La cabeza del rey cae rodando escaleras abajo, llegando a los pies de los ciudadanos a los que acaba de liberar.

Nadie grita.

Nadie aplaude.

Hay un silencio reverente, lleno de peso, de angustia y de liberación. De verdad.

Avaldur'h deja caer la espada y cae de rodillas, rendido ante ese objetivo de toda su vida que acaba de terminar de saciar. Sus ojos se empapan en lágrimas, pero no sé distinguir si es liberación, o si, por el contrario, es esa angustia que te posee cuando la venganza no logra devolverte la felicidad que creías que encontrarías.

Respiro hondo. El cuerpo desmembrado y eviscerado de lo que fue Karanthir Akhelbec'h yace en el suelo en medio de un charco de sangre inmenso que comienza a correr como una cascada escaleras abajo, tiñendo su oro de rojo.

Elwë se desploma entre los brazos de Velydrel'h, tan impactado y horrorizado que es incapaz de llorar. Sus ojos, abiertos como platos, no se separan de los restos que hace un instante formaban parte de su padre. Está completamente petrificado. Paralizado. No parece ser consciente de lo que está ocurriendo realmente, hasta que no se da cuenta de que mi atención está centrada en él.

Su cabeza se agita al instante, rechazando lo que sea que se me esté ocurriendo para él. Pensando que va a vivir un final similar.

—No… —Niega rápidamente—. No, por favor… ¡NO! —

Intenta soltarse de los brazos de mi hermano, pero Velydrel'h lo sostiene con mucha más fuerza de la que Elwë puede enfrentar—. ¡¡No podéis matarme!! ¡¡Yo no he hecho nada!!

No doy ninguna orden. No necesito hacerlo.

Velydrel'h le suelta finalmente y Elwë avanza a gatas, arrastrándose hacia mí, esquivando el cadáver de su padre e incluso salpicándose de rojo con su sangre. Todo su cuerpo tiembla con su llanto torpe, su respiración entrecortada y su vergüenza.

Cuando llega ante mí, se mantiene arrodillado bajo mis pies. Me rodea los tobillos con las manos ensangrentadas e inclina la cabeza para llorar, tosiendo con ahogo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —me llora, rogándome como si él fuese un plebeyo y yo un dios—. Kal'ladril, Bël'loryel, Altuk'h… como te quieras llamar… ¡Perdóname! ¡Por los dioses, perdóname por favor! ¡Yo no sabía... no entendía la magnitud de...! ¡Solo obedecía! ¡Solo fui como me criaron! ¡Tú deberías entenderme! ¡Sin tan solo pudieses regalarme una oportunidad!... Yo…

No me muevo. Le dejo humillarse. Le dejo sentir en su propia piel el mismo frío y el mismo miedo que nos obligaron a sentir a Zynael y a mí.

—¡Haré lo que quieras! —suplica, inclinándose aún más bajo—. ¡Lo que quieras! ¡Te serviré! ¡Puedo... puedo ayudar!

Mis ojos bajan a él, y el asco me sube por la garganta como una ola de fuego.

—¿Ayudar? —Mi voz es firme—. ¿Tú?

Asiente frenéticamente. Sus ojos están completamente rojos.

—¡Sí! ¡Con lo que sea! ¡Pídeme lo que quieras! —repite—. ¡Te juro fidelidad!

—Tarde.

Una sola palabra. Fría. Cortante. Implacable.

Elwë se queda congelado.

—Tu juramento no vale nada para mí, Elwë —sentencio—. Como de nada te valió nuestro vínculo, fuese de sangre o no, cuando me estaban chantajeando aun estando destrozado. Has visto mi mundo desmoronarse y no has hecho nada, solo te has escondido detrás de tu padre. Permitiste que su mentira fuera la tuya, y cuando la verdad ha salido a la luz, solo has llorado, rogándome un perdón que no te has ganado. Igual que ahora.

Sus labios tiemblan. Intenta hablar, pero no le dejo.

—Te veo y me lleno de rabia y de impotencia. Realmente creo que mereces morir junto a él —gruño—. Pero a diferencia de tu padre, yo tengo palabra.

Sus ojos se abren de par en par, agarrándose a esa pequeña esperanza que mis palabras le acaban de regalar.

—Elwë Akhelbec'h —vuelvo a dirigirme a él, en voz alta, para que me oigan todos los presentes—. Como zalèüh ya no te debo nada, pero como

capitán general juré que protegería tu vida. Juré que sería tu escudo y que siempre daría todo para garantizar tu bienestar. Por eso, hoy, voy a renunciar a mi dignidad y voy a ser fiel a lo que te dije. Hoy no vas a morir. ¡Te eximo de la pena de muerte!

Dai-sha se gira hacia mí, completamente sorprendido. Algo me dice que hoy esperaba ser testigo del último día de su antiguo amado. Elwë parpadea, perplejo, adaptándose a esa nueva motivación que comienza a encenderse de nuevo en sus ojos.

—¿De verdad...? —susurra.

—Tu pena no será la muerte —le digo, y dejo que su fe respire justo el tiempo necesario para después asfixiarla—. Será el destierro.

Su rostro se desencaja. Abre la boca, sin saber si llorar, agradecer o suplicar de nuevo.

—A partir de este momento —continúo—, no eres bienvenido en ninguna tierra de Elthymeron. Ninguna. Ni Tierras Salvajes, ni reinos, ni bosques, ni aldeas. Si alguno de los ciudadanos de este continente te ve siquiera de lejos, tendrá orden de matarte en el acto. Y si te cruzas conmigo, ya te vea en tierra o desde el cielo, vuelvo a jurarte que no habrá de nuevo misericordia.

—Pero... ¡No puedes hablar en serio! —grita, ahogado en su lamento—. ¡Me destierras de todo el continente! ¡¿Dónde voy a ir?! ¡No tengo a dónde ir!

—Ese no es mi problema —respondo con frialdad—. Una vez me dijiste que querías venir conmigo en barco. Bueno, pues ahora vas a poder navegar por tu cuenta —le informo—. Una barca será tu único legado. Recibirás los víveres necesarios para soportar catorce días y catorce noches. Navega lejos, tan lejos como los dioses, el mar, o las corrientes te lo permitan. Porque si tus ojos vuelven a posarse sobre estas tierras, juro por mi sangre que no conocerás clemencia alguna.

Elwë solloza con más fuerza. Sus manos me aferran los pies con desesperación, como si así pudiera sujetar su destino.

—¡No puedes! ¡No puedes hacerme esto!

—Acabo de hacerlo.

Doy un paso atrás, liberándome de sus dedos sin violencia. Solo con el gesto de quien ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

—¡¡Zalèüh!! —grita, intentando volver a rogarme—. ¡¡Mírame!! ¡No puedes hacerme eso! ¡Me estás enviando a la muerte! ¡Sabes que no sobreviviré!

Velydrel'h lo levanta por los brazos con la misma facilidad con la que se levanta a un cadáver. Elwë no tiene fuerzas, y no puede dejar de llorar. No deja de repetir las mismas palabras vacías mientras es arrastrado de vuelta por donde vino.

El cadáver de su padre sigue ahí. Y nadie se mueve para cubrirlo.

El pueblo calla. El juicio ha terminado.

Pero la historia solo acaba de empezar.



Zynael
25

Volvemos a estar dentro del castillo, pero nadie habla. Ni un suspiro, ni una pregunta. No sé si lo que nos ha dejado así ha sido la muerte de tantos seres queridos y aliados, o todo lo que hemos matado para llegar hasta aquí. Tanta aniquilación, tanto sacrificio, tanta verdad exhibida hasta volverse insoportable.

Pero ya está.

Ha terminado.

Al menos eso espero. Lo deseo con cada parte de mi cuerpo.

Avaldur'h se acerca a mí, con su nuevo traje negro aún empapado en esa sangre que no es suya. El carbón con el que perfiló su rostro comienza a correrse con el sudor y los restos del sygära sureño que era su padre. Suspira cuando se planta a mi lado y se cruza de brazos, mirando a nuestro alrededor, a los rostros apagados de cada uno de nuestros amigos.

—¿Cómo estás? —me pregunta con voz neutra, casi en un susurro cargado de cinismo—. Todos parecen muy afectados.

Lo miro de arriba abajo, sin filtro alguno. Mi mirada se detiene en sus manos manchadas y en los trozos de carne y músculos triturados que aún le decoran el rostro.

—¿Te sorprende? —le digo sin suavidad—. ¿Te has quedado a gusto matándolo así? Se te ha notado el rencor, Avaldur'h. Cada golpe tuyo llevaba siglos de odio encima. No ha sido justicia, ha sido venganza. Más venganza. Te dije que no aguantaba más escenas como esa.

Quedamos en que lo harías rápido.

Frunce el ceño, pero no se defiende.

—Créeme… —murmura—, podría haberme tomado mucho más tiempo, y aun así se lo habría merecido. Merecía cada segundo de agonía.

Suspiro y aprieto la mandíbula, incapaz de negarle lo que acaba de decir. Yo también odiaba a Karanthir, solo necesito dejar de ver ese nivel de tortura y muerte.

Al menos, por un tiempo.

Solo necesito reponerme.

—Lo he hecho así por mi madre, y sobre todo por Onal'lia. No por mí —añade de repente—. Sabes lo que sentía por ella. A mi anämy también la abrieron viva para arrancarle a Bël'loryel de dentro. El desmembrarlo ha sido solo una metáfora. Quería despedazar su reinado parte por parte, pedazo a pedazo…

Sus palabras no me reconfortan. No me alivian. No cambian nada. —Poético —gruño—. Pero, a veces, lo poético es también atroz.

Mis ojos se posan sobre él, buscándolo al otro lado del inmenso vestíbulo, necesitando calmar a mi interior con su imagen. Kal'ladril está apoyado contra una de las columnas enroscadas de este recibidor, hablando en voz baja con Dai-sha y con Velydrel'h. Sus hombros ya no están tan tensos como antes, pero su espalda aún parece soportar un mundo entero. Su mirada, aunque derrotada, continúa siendo firme e imponente. Habla poco, pero sus ojos lo dicen todo.

Mi pecho se oprime con fuerza. Noto cómo mi respiración se vuelve más profunda. No sabía que lo necesitaba tanto, hasta que he sentido que lo perdía.

—Solo quiero desaparecer con él un tiempo —murmuro sin pensarlo, desahogándome con Avaldur'h sin saber si realmente me está escuchando —. Necesito que nos perdamos por el mundo, y logremos olvidar juntos toda la angustia que ahora mismo nos oprime.

Avaldur'h no me responde. Sin embargo, como si Kal'ladril lo hubiese hecho, o me hubiese intuido, ladea levemente su rostro hacia mí y clava sus preciosos ojos dorados en los míos.

Entonces el mundo desaparece a nuestro alrededor, como si se hubiese retirado en silencio para dejarnos solos. Como si el universo comprendiera

que hay miradas que no deben ser interrumpidas.

Todo en torno a nosotros se disuelve.

Todo menos su rostro.

No hay columnas. No hay castillo. No hay nadie. No hay sangre, ni ruido, ni cicatrices, ni guerra, ni historia que nos preceda. Solo su mirada y la mía, encontrándose en este mágico instante, como si nuestras almas se cruzasen y se hablasen sin decir nada. Como si su presencia estuviera reclamando la mía, y le sobrasen todas las demás.

Y nos quedamos así, como tantísimas veces nos ha pasado.

Podría perderme a su lado. Podría desaparecer, hundirme en cualquier rincón de Namhliä si su mano me guiara. Y sería feliz. Aunque suene egoísta, aunque suene irónico después de todo el dolor que nos hemos causado de forma involuntaria. Todo ha sido culpa de terceras personas, y quiero huir de todos con él. Quiero que el universo entero se reduzca a su presencia.

Sus ojos me sostienen, me acarician y me salvan sin siquiera tocarme. Siento su presencia en mi pecho, como un hilo invisible que me une a su nombre. Incluso en la distancia, veo mi reflejo en su mirada. Veo cómo el me ve, y es insoportablemente hermoso. Me mira como si recordara algo que no hemos vivido todavía, como si nuestra historia no empezara ni terminara en esta vida.

Nos mantenemos en este instante, suspendidos, sabiendo que seremos eternos.

Y mientras me abraza así, sin decir nada, sé que no hay otro lugar donde quiera estar.

Pero entonces el momento se rompe.

Dai-sha vuelve a hablarle y lo obliga a girarse. El hechicero se inclina hacia su oído al mismo tiempo que se estrechan la mano, dedicándose esta despedida tan extraña y distinta a lo que esperaba ver en ellos. Me pregunto si es por todo lo que ha ocurrido, por todo lo que ambos han cambiado, o si simplemente es la forma en la que Dai-sha pretende pedirle perdón al que, supuestamente, era su mejor amigo.

Sea como sea vuelven a separarse.

Kal’ladril mete sus manos en los bolsillos de su pantalón. Dai-sha levanta la capucha de su capa y se la coloca sobre la cabeza. No vuelven a decirse nada, simplemente se miran antes de que el hechicero se dé la vuelta y comience a alejarse de él, con un pesar inmenso apoderándose de su expresión. Cruza por el centro del salón mirando a Thaeón y a Idril, pero ninguno se despide. Thaeón lo ignora, con los puños apretados; Idril lo sigue con la mirada, dolida, sin palabras, con esos ojos cristalinos que ya no lloran. Cuando llega frente a nosotros se detiene. Primero mira a Avaldur’h un instante, como si estuviese sopesando algo, y luego se centra en mí.

—Ha llegado el momento de que nos despidamos, Zynael —Su voz parece deshacerse en el aire—. Me gustaría que fuese en otras circunstancias, pero el destino es así de injusto. Y, de nuevo, no puedo hacer nada para cambiarlo.

Respiro hondo. Siento rabia y también pena. No me parece justo que se vaya así, como si nunca hubiese sido parte de nosotros. Pero se lo merece todo. Tiene el trato que se ha ganado.

—Ahora ya puedes cumplir tus sueños —Alzo la cabeza con altanería—. Espero que te vaya bien en tu escuela de hechicería, y que no enseñes a tus alumnos que el poder está por encima del honor, sobre todo cuando obtenerlo conlleva la traición.

Dai-sha baja la cabeza y asiente. Pienso que no va a decirme nada, pero vuelvo a escuchar su voz.

—Lo siento —susurra—. Por todo.

Entonces, finalmente, se va.

Todos le siguen con la mirada cuando cruza las puertas del castillo, saliendo a ese umbral donde acabamos de celebrar la ejecución del que, durante tantísimos años, ha sido su superior. Se detiene bajo la luz de la Luna y se queda ahí un momento. Primero observa el cielo, como si pudiera encontrar en él las respuestas del futuro que le aguarda. Hace un amago de girar la cabeza, queriendo mirar atrás. Pero no lo hace. Sus músculos se tensan antes de que sus ojos nos encuentren sobre su hombro, como si su cuerpo acabase de gritarle que no merece la pena hacerse más daño.

Entonces vuelve a fijar la vista al frente y continúa, comenzando a

descender las escaleras muy despacio, escalón tras escalón.

Hasta desaparecer.

Cuando me doy la vuelta, Kal'ladril vuelve a estar mirándome. Pero este nuevo encuentro dura muy poco. Apenas me ve, respira hondo, mira a Velydrel'h, y se dirige a Thaeón e Idril.

Le dedica al humano el gesto de respeto de los sygäras, llevándose el puño al corazón e inclinando la cabeza. Lo hace firme y lleno de honor. Después se gira para mirar a mi amiga, y al instante ella se lanza a sus brazos rompiendo en llanto. Parece no aguantar más el dolor que ha estado reteniendo. Sin duda necesitaba a Kal'ladril tanto como yo.

«Tanto como yo…»

Él la sostiene en el aire, rodeándola por su espalda con todo el calor de su alma. No le habla, solo la deja llorar. Y ella cada vez se rompe más.

Idril suelta todo lo que lleva por dentro. Ha perdido a Záldur y más tarde a Jóngruf. Kal'ladril es lo único que le queda a su corazón. Un corazón que lo ama con tanta fuerza y devoción como el mío.

Cuando por fin la suelta, el sygära toma la mano de mi amiga con ternura, le seca las lágrimas, y se vuelve hacia mí. Mi cuerpo arde de emoción cuando lo veo extender el brazo en mi dirección.

Avaldur'h se hace a un lado para cederme el paso. Mi intuición me obliga a mirarlo por el rabillo del ojo. Algo me dice que él sabe lo que está pasando. La forma en la que asiente justo después de llevar su mano cerrada a su corazón, me lo confirma.

«¿Se está despidiendo de mí? ¿De eso se trata todo esto? ¿Es una despedida?».

Miro también a Thaeón, a Idril, y después a Velydrel'h. Los ojos de los tres están fijamente puestos en mí.

«¿Es posible?…» —me digo a mí misma—. «Tal vez Kal'ladril haya pensado en lo mismo que yo. Tal vez él también necesite una escapada para los dos».

No le doy más vueltas y avanzo hacia él. Una oleada de calor me recorre al completo desde la yema de los dedos cuando vuelvo a tocarlo. Esa es la magia de su tacto.

Sin previo aviso, tira de mí y me carga sobre sus brazos. Como si él fuese un príncipe y yo su dama en apuros. Dos papeles que ninguno de los dos ha adoptado jamás. Camina con decisión hasta el exterior y mira al cielo, a esa Luna y esas estrellas que nos reciben en silencio.

Testigos eternos del único amor que, después de todo, ha sobrevivido.

—¿Estás lista? —susurra, mirando mis labios.

Mi atención también baja a su boca.

—¿Lista para qué?

—Para perderte conmigo, enana —runrunea—. Para volar. Para sanar. Para olvidar.

—¿Acaso me has escuchado soñar? ¿O es que al convertirte en dragón también has aprendido a leer los pensamientos y deseos de los demás? —Mis palabras se escapan en un suspiro.

Su mandíbula se tensa, pero solo por un instante. Enseguida ladea su comisura derecha en ese amago de sonrisa que tanto me atrae.

—Solo los tuyos —Sus brazos me rodean con una firmeza serena, como si nada pudiera hacerme daño mientras esté con él.

No hay más palabras. No hace falta ninguna.

Y entonces: Ese chasquido. Ese desgarro característico.

Dos alas enormes, doradas y resplandecientes como el fuego, emergen de su espalda con fuerza. Cada una de sus escamas brilla como si guardara un fragmento del cielo. En ellas se dibujan galaxias centelleantes tan bellas que me dejan sin aliento.

No avisa, simplemente las extiende, y en un solo impulso, nos eleva.

El mundo se aleja.

Me aferro a él con fuerza mientras el castillo, la escalinata y la plaza donde acabamos de dejarlo todo, se van haciendo pequeños bajo nuestros pies. Desde aquí arriba, la ciudad parece dormida. Como si todo el dolor, todo el sufrimiento, todo el luto y toda la lucha hubiesen quedado atrapados en tierra.

Por fin, siento que podemos dejarlo todo atrás.

Veo a nuestros amigos salir corriendo para divisarnos en el cielo.

Pequeñas figuras que alzan su mirada, buscándonos, despidiéndonos en silencio.

El viento me golpea la cara, cálido y suave al mismo tiempo. Tiene un sabor tan limpio, que parece que nunca hubiese sido respirado antes por nadie. Me atrevo a soltar a Kal'ladril con una mano y la extiendo hacia arriba. La Luna parece tan cercana desde este punto, que incluso sueño con tocarla. Mis dedos acarician la niebla de una nube liviana, deslizándonos dentro de ella como la seda.

Me río.

Me río con fuerza, con una alegría que no imaginaba poder encontrar nunca más dentro de mí.

Grito.

Grito con toda mi alma. Grito porque estoy viva, porque estamos juntos, porque hemos sobrevivido. Es un grito de libertad, de redención, de amor.

Él solo me mira.

Kal'ladril me observa como si no existiera otra cosa en el cielo. Como si mi risa, mi rostro y mis ojos fuesen lo único que le valiera la pena contemplar. Sé que está sonriendo. Aunque no lo vea, aunque no lo exteriorice. Lo sé. Lo siento. Me embelesa esa manera que tiene de observarme, como si fuese magia pura para él, como si cada una de mis reacciones lo desarmara por dentro.

Entonces, los escuchamos.

Unos graznidos agudos, poderosos y familiares se acercan a nosotros. Nos giramos en pleno vuelo y la sombra de seis siluetas se recorta contra la Luna.

«Son ellos…» —Roc, Sumli y...— «¿Solo cuatro de sus crías?».

Zumban en círculos alrededor nuestro, gritando su alegría al reencontrarnos. Roc incluso parece estar llorando, emocionado.

—Le he pedido a Velydrel'h que los liberara cuando creyera que ya estaban recuperados —murmura, contándome su plan—. Pero parece que no ha esperado demasiado. Los tenían encerrados, esperando a que se curasen. Sabía que lo primero que harían al soltarlos sería venir a buscarme. A buscarnos.

Sumli planea cerca de mí. Estiro el brazo para alcanzarla y su cabeza roza mi palma con la suavidad de un susurro. Me brillan los ojos al sentirla. El corazón se me caldea de nuevo. Es como reencontrarse con una parte perdida de mi alma.

Luego vuelve con sus crías.

«Cuatro… Solo cuatro».

No quiero preguntar qué le ha pasado a la hembra que falta, no es necesario. Lo sé sin obtener respuesta. El precio de esta guerra ha sido demasiado alto para todos. Nadie ha salido ileso. Nadie ha ganado sin perder algo, o a alguien.

Pero aun así, todos hemos decidido seguir volando.

El cielo se abre para nosotros, azul oscuro, profundo, salpicado de infinitas estrellas. La Luna es nuestra eterna compañera. Bajo las alas de Kal'ladril, siento que por fin puedo respirar sin miedo. Mi cuerpo se acomoda y él me recibe abrazándome con más intensidad. El calor de su pecho me caldea. El ritmo de su corazón calma.

Todo es perfecto.

Seguimos ascendiendo. Volamos sobre bosques, ciudades, valles...

Volamos en dirección a las Montañas Doradas, o tal vez más allá. De nuevo, me siento viva.

***

Kal'ladril aterriza conmigo en brazos en medio del bosque de Yókhubo. A simple vista, parecería un sitio aleatorio, un claro entre tantos en la inmensidad de este bosque sagrado. Pero no lo es. Lo sé apenas mis pies tocan la hierba húmeda.

Roc, Sumli y las crías siguen bramando, dando vueltas en el cielo como centinelas alados. Pero en cuanto nuestros cuerpos se posan sobre la tierra, ellos giran hacia su cueva. Como si supieran exactamente dónde estamos y lo que ahora necesitamos. Como si hubieran comprendido que este sitio lo es todo para nosotros.

Lo reconozco.

Los árboles mágicos, los huecos entre sus copas por donde se cuela la

luz de la Luna, la forma en que las sombras se proyectan… Cada rincón que cubre mi visión llena mi mente con ese bendito recuerdo. Y ahí, a la derecha, ya casi mimetizada con la vegetación, está esa cuerda que usé y que una vez lo apresó. Rígida, gruesa, colgando de una rama que todavía sigue firme. Está cortada con un tajo limpio, como hecho por una daga de plata.

Me arrodillo y la toco, trasladándome con el tacto, con más detalle, a ese momento.

—Aquí empezó todo —susurra Kal'ladril a mi espalda.

Me giro hacia él. El sygära peliblanco está justo ahí, con los ojos más dorados y bonitos que nunca. Más atractivo que nunca. Más impecable que nunca. Más él que nunca.

—Aquí —continúa—, fue donde te vi por primera vez. Y por eso, aquí es donde quiero que termine nuestro sufrimiento. Donde quiero que dejemos todo atrás.

Respiro hondo y vuelvo a ponerme en pie para acercarme a él. Mi mano toma la suya y él la aprieta con suavidad, como si su subconsciente necesitase retenerme para evitar que me marche.

—Yókhubo siempre ha sido especial para mí —me habla, con su ronca y grave voz—. Las criaturas que viven aquí, los äphylds, siempre despertaron algo en mi interior. Un instinto protector que no entendía. Ahora ya sé por qué. Este es el lugar al que pertenezco, y era parte de mi destino encontrarte aquí. Era mi destino encontrarme con aquella nyëlkhem que iba a terminar salvándome.

Lo recuerdo todo: Yo subida en aquella copa, él como un salvaje jalaion'h… Y ahora es el hombre que sostiene mi mundo.

—Kal'ladril —Sonrío levemente—, tú también me has salvado a mí.

—No. Aun no —murmura—. Déjame devolverte la felicidad que me enseñaste a disfrutar. Déjame compensarte. Sin ti, enana, yo jamás habría dejado de ser una bestia sin razón.

Comenzamos a andar, guiados por su mano cálida y firme, caminando bajo la noche, bajo estos antiguos árboles que susurran cosas que nadie más comprende.

Un búho ulula cerca. Una pareja de lechuzas se oculta entre las ramas. Más lejos, un par de criaturas desconocidas brillan en la sombra, apagando sus ojos rojos al vernos pasar. Ningún äphyld se atreve a atacarnos. Ningún äphyld interrumpirá a Mäilkun Doh.

El bosque entero se siente vivo, respirando, como si la noche en sí nos protegiera, como si Òthnolu al completo nos bendijera. Incluso los árboles parecen inclinarse hacia nosotros.

Llegamos a un claro y, ante nosotros, aparece el inmenso lago sobre el que cae la gigantesca cascada de Gyrahshindaar, rompiendo con fuerza pero sin violencia. Su niebla caliente flota como un velo sagrado sobre la superficie cristalina. La Luna se refleja en el agua como si esta fuera un espejo.

El pulso me tiembla cuando Kal'ladril se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos. Son fuego, fuego puro, dorado y cruelmente adictivo.

Su mano acaricia mi mejilla.

—Necesito que me perdones —dice muy bajito—. Necesito escucharte decir que me perdonas.

—No tengo nada que perdonar… —respondo al instante—. Te lo he dicho antes. Todo lo que necesito lo tengo justo delante.

—Zynael, lo tengo que escuchar —insiste—. Dime que me perdonas. No podré hacer lo que estoy a punto de hacer si no me perdonas antes.

Mi corazón late con fuerza. Mis labios se abren levemente. Observo su precioso y bendito rostro con atención. Su mirada penetrante. Su divina nariz. Sus deliciosos labios. Su perfecta simetría. Su atractivo masculino de la mano con su insoportable belleza. Sus larguísimas pestañas negras, a juego con sus afiladas cejas.

—Joder, idiota… —susurro—, claro que te perdono. Te perdono por todo. Por lo que has hecho y por todo lo que alguna vez hayas pensado hacer. Te perdono por hacerme perder este divino momento con algo que ya debería ser evidente para ti —le regaño—. Ahora bésame.

Y él lo hace.

Me devora la boca como si llevase eones sin poder hacerlo, como si besarme fuera su única forma de existir. Sus labios me buscan y me

muerden. Hay hambre en su alma, en su lengua, en su rugido ahogado. No sé si es solo Kal'ladril quien me está besando, o si Altuk'h también está participando. Pero sea como sea, lo estoy disfrutando.

Mis piernas rodean su cintura por inercia y al instante me agarra por las nalgas con firmeza. Sus alas desaparecen, disolviéndose en esas pequeñas y brillantes luces, volviendo al cielo estrellado para formar parte de él. El calor de su cuerpo me consume.

Mientras nos besamos, desesperados por entregarnos a este momento, mis dedos se dirigen al fajín que ajusta su camisa en su cintura. Él no me detiene. Solo me sostiene en el aire para permitirme continuar en comodidad.

Besándome. Respirándome.

Su cuello acompaña mi altura inferior cuando me deja de nuevo en el suelo y comienza a quitarme la armadura. Pieza a pieza, hebilla por hebilla, tomándose una paciencia de fuego. Sus manos parecen conocer cada una de mis cicatrices y me acarician con infinito respeto, aprovechando para volver repasar cada curva de mi cuerpo.

Como si no se lo supiese ya de memoria.

Como si hoy, en esta misma noche, no lo hubiese poseído.

Le abro la camisa y la tiro al suelo. Estoy a punto de pasar al lazo de sus pantalones, cuando él me detiene con una sola mano y me mira con esa malicia tan suya.

—Déjame a mí.

Se baja el pantalón con una lentitud que arde, mirándome fijamente a los ojos, y lo deja perfectamente tendido sobre una roca, justo al borde del lago. Lo acomoda con tanta dignidad que incluso me hace reír.

—Qué delicado te has vuelto —bromeo.

—Para nada, enana —gruñe completamente encendido, antes de volver a lanzarse a devorar mi boca.

Me toma en brazos de nuevo y comienza a caminar hacia el agua.

Con cada paso que da, la superficie cálida del lago suelta vapor, comenzando a evaporarse en contacto con nuestros cuerpos. Como si el agua supiera que no puede tocar un amor como el nuestro sin fundirse.

Como si incluso la magia de Gyrahshindaar estuviese rindiéndose ante este final.

El gas nos envuelve como un velo. El agua nos abraza tibia, sagrada y protectora. Nuestros cuerpos se buscan con urgencia y, al mismo tiempo, reverencia. Sin miedo. Como si el mundo hubiera quedado atrás y solo existiera esto.

Lo aprieto contra mí, disfrutando de la caricia de sus labios y sus manos a lo largo de todo mi cuerpo. Los brazos de Kal'ladril me presionan desde la cintura, rozando mi zona más erógena contra su hambre ya despierta. Abro los ojos lentamente para observarlo mientras nos besamos, incapaz de creer que un hombre como él pueda ser real, disfrutando de la escena que me otorga su divinidad.

Todavía no sé cómo lo hace, pero es capaz de hacerme olvidar cualquier mal.

Enredo mis dedos en los mechones sueltos de su nuca y aferro sus trenzas, acercando su boca todavía más a la mía. En respuesta, como si no le pareciese que estamos lo suficientemente unidos, sus manos agarran mi cara y su cuello se inclina con rabia hacia mí. Su agresivo gesto eriza cada poro de mi piel. Nuestros labios están tan apretados el uno con el del otro, que parecen estar a un suspiro de fusionarse.

Sus ojos vuelven a mirarme cuando nos damos un instante para respirar. Hay algo muy oscuro en ellos, pero eso solo consigue hechizarme más. No hay forma en la que me pueda causar miedo. Estoy tan enamorada de sus ángeles como de sus demonios.

Su lengua recorre mi cuello y baja a mis clavículas, clavando un mordisco pasional sobre mi hombro que me estremece de arriba abajo. Sus manos masajean mis pechos como si jamás los hubiese disfrutado. Y cuando mi cuerpo se curva hacia él, dándole el permiso de saborearme, suelta un suspiro de placer.

—Eres la peor de todas las drogas, Zynael…

Agarra mi barbilla, como si desearme a este nivel le diese rabia, y vuelve a besarme con todo lo que este momento está despertando en él. Por la manera en la que me afloja al instante, algo me dice que ha llegado a culparse por su brusquedad. Sin embargo, a mí solo me ha excitado de

manera alucinante.

Mi respiración está agitada, igual que mi excitación y mi corazón. No sé si este tipo de adicción es la magia que despierta el dragón. Mi cuerpo se siente incontrolable, igual que cuando lo besé en Wolftundur, cuando todavía tenía la forma de Altuk'h. Tal vez, el despertar esta atracción insaciable, sea una de las nuevas características de su maldición. Pero no logro controlar a mi razón. No logro acordarme de nada que me duela, solo tengo en mi cabeza a Kal'ladril y a mis ansias de su posesión.

—Joder… ¿Acaso estoy loca? —murmuro contra su boca—. ¿Y tú me llamas droga? ¿Cómo lo haces para eliminar todos mis males con solo besarme?

Su mirada me observa fijamente, con una seguridad y un sentimiento que jamás había visto antes en él. No sé lo que es, pero me engancha. Y quiero más.

—No me jodas, Zynael… No me digas eso ahora… —ruega rozando mis labios—. ¿Te has propuesto hacerme perder la cabeza?

Volvemos a besarnos, haciendo a nuestras bocas bailar juntas en un vals intenso y apasionado, lleno de sentimientos muy profundos que ya somos incapaces de ocultar. Haciendo todavía más evidente el amor que nos tenemos. El sabor es impresionantemente dulce y adictivo, su saliva y la mía forman una combinación perfecta y excitante.

Mis brazos lo rodean por los hombros, aprovechando para acariciar su empapado cabello sin parar.

—¿Me has echado de menos cuando no estaba, enana? —susurra seductor.

Sus ojos dorados están entreabiertos, mirando mis labios como si fuesen su mayor perdición. Pero enseguida suben en busca de mi mirada, esperando encontrar en ella la verdad.

—Muchísimo —confieso al instante, con el corazón en la mano— . Creí que te había perdido para siempre, y no te haces una idea del dolor que he llegado a sentir.

Sus párpados se entornan. No sé si mi respuesta le duele, o le complace.

—¿Es que quieres hacerme llorar otra vez? —Le tiro agua en la cara,

intentando eliminar esa seriedad de él—. Ahora soy yo quien te pide que dejes los dramas para más tarde. Quiero disfrutar de ti, y quiero hacerlo de verdad.

—Nunca más volveré a hacerte llorar —me asegura.

Sonrío, incapaz de reaccionar de otra manera a sus palabras.

—¿Y tú? —añado, atreviéndome a devolverle la cuestión—. ¿Me has echado de menos cuando creías que había muerto?

—Desesperadamente.

Mi corazón se detiene ante su confesión. Aunque ambos ya sabíamos nuestras respuestas, entiendo el por qué ha necesitado escucharla.

Sin añadir nada más, vuelve a besarme con su extrema pasión, sosteniendo mi cara entre sus manos, tratándome con la vehemencia con la que se trata a una obra de arte. Mi cuerpo vuelve a sentir que estamos volando, elevándonos al cielo, únicamente rodeadas de las miles y miles de estrellas que nos acompañan.

Nunca estoy saciada si se trata de él.

Su pelvis se tensa cuando mis manos bajan por sus abdominales, buscando aquello que me pertenece y que me ansía con mis mismas ganas. Sostengo en mi puño su hombría y la guío hacia el lugar por el que deseo sentirla entrar. Nuestros cuerpos están ardiendo. Estamos sudando, pero todo queda fusionado con el agua de Gyrahshindaar.

Todo en mí se abre para él. Mi espalda se electrifica cuando lo siento en lo más profundo de mi ser, erizando cada poro de mi piel.

Comienzo a mecerme encima suya, suave y tranquila, sin ninguna prisa, mientras él sigue besando mis clavículas. Suelta gruñidos de placer al mismo tiempo que sus uñas se clavan en mi cadera. Pero se deja hacer, permitiéndome todo el control de la situación.

Gimo suelta, sin ahogar el gusto que este momento está provocando en mí. Nuestros cuerpos se presionan juntos con un amor que no existe ni en las mejores historias. Su forma de morderme y arañarme muestra esa brutal fogosidad, pero al instante acaricia mis costados con el cuidado con el que debe tratarse a un recién nacido.

Su dualidad me derrite, y me enamora más y más en cada instante.

No sé de qué manera lo prefiero ya. Soy esclava de todas y cada una de sus versiones y facultades. Cada cosa que es, cada cosa que hace, pienso que va a ser insuperable hasta que su siguiente movimiento descuadra lo anterior.

Agarra mis nalgas y me eleva, sentándome en una de las rocas junto a esta mágica cascada. El agua salpica sobre nosotros, pero apenas la notamos. Ardemos tanto, que antes incluso de tocarnos se evapora. Lentamente va colocándose sobre mí y toma su rol favorito. El de macho dominante. El de Rey Dragón.

Su mano derecha repasa el perfil de mi muslo muy despacio, acariciándome con un balance perfecto entre la presión y el cuidado, haciéndome sentir cada milímetro que recorre por mi piel. Sube por mis caderas y llega a mi pecho, sujetándolo para hundir sus labios en su cumbre. Todo en mí se electrifica mientras él me hace gozar, obedeciendo a todos esos deseos que conoce sin que se los diga. No hace falta que le pida, Kal'ladril conoce mi cuerpo mejor que yo misma. Sabe lo que quiero y necesito en cada momento, y lo lleva a la práctica mejor de lo esperado por cualquiera.

Es el amante excepcional. El futuro perfecto que no dejo de soñar.

Entonces vuelve a acudir a mi boca y, guiándose entre mis piernas, vuelve a hundir su sexo en mí. Comienza a balancear sus caderas a un ritmo perfecto y profundo, llegando a lo más hondo de mi ser, haciéndome gritar de placer con su gran aliado, acariciando lo más prohibido de mi cuerpo hasta donde jamás pensé que nadie sería capaz de llegar.

Sus suaves y gruesos labios no sueltan los míos.

—Zynael… —Jadea, sin detenerse—. Hay algo que tengo que decirte…

Abro los labios y gimo, intentando recuperar la voz para lograr responderle.

—Dime… —Lo miro fijamente, llevando mis manos a su mejilla, concentrándome en él—. Dime.

—Te mereces saber cómo me tienes.

Su mano repasa mi empapado flequillo, tirándolo hacia detrás para liberar todo mi rostro de esos mechones más cortos.

—No puedo alargarlo más —susurra sin dejar de estudiar cada detalle de mi cara—. No sé en qué momento empezó, pero estoy seguro de que fue mucho antes de que lo sintieses tú.

Mi corazón se paraliza ante lo que creo que voy escuchar. Por eso le dejo continuar.

—Puede que fuese cuando dijiste mi nombre por primera vez, o quizá mucho antes, cuando mis ojos se encontraron con los tuyos en este bosque —prosigue—. Lo único que sé es que, desde ese día, desde que llegaste a mi vida, cada parte de mí comenzó a buscarte y a soñarte. Como si tú ya hubieras estado ahí, como si estuvieses destinada a ser para mí. Incluso antes de nuestra mísera existencia.

Entorno la mirada, rendida ante cada una de estas palabras. Mis pulgares lo acarician, dibujando círculos irregulares en sus mejillas.

—Tal vez fue esa forma que tenías de mirarme, encontrando siempre algo bueno en mí. Incluso a pesar de lo mucho que me detestabas. Incluso cuando yo no colaboraba. Incluso cuando yo no me encontraba —Su nuez sube y baja—. Tal vez fuesen tu genio, tus ansias de bronca y tu risa, que llenaron esos huecos vacíos que no sabía que tenía. Tal vez fue al darme cuenta de que solo con escuchar tu voz lograba apagar todas las guerras que me presionaban en el pecho.

—Kal'ladril…

—Solo sé que desde que estoy contigo, todo encaja a mi alrededor. Como si fueras la otra mitad que me fue arrancada al extirparme del vientre de mi madre —Sus ojos transmiten una honestidad que jamás había visto antes en nadie. Está abriendo su corazón. No, mucho más. Me lo está regalando por completo—. Tú has sido la única magia que siempre ha logrado devolverme a mí mismo. Sin importar lo que creyese, lo que defendiese, o el apellido que me acompañase. Incluso ahora, que me siento vacío, podría decir que estoy completo si te tengo. Eres mi luz en la oscuridad; mi Sol; ese ser divino y único que pasea por las brasas de mi infierno, opacando a esos demonios que no me dejan de torturar.

Mis ojos vuelven a vibrar una vez más, emocionados. Incluso ahora, que acababa de prometerme a mí misma que no iba a volver a llorar. Este no era un momento para llorar.

Pero no lo puedo frenar. Necesito escucharlo. Mi corazón ha soñado con este momento desde hace demasiado.

—Para mí, no hay victoria ni historia si no lleva tu nombre. Quiero que lo sepas —Sus palabras parecen una sentencia—. Que si alguna vez nuestra memoria se rompe, si la oscuridad me arrastra y el tiempo me borra de tu lado… Que por mucho que amarte me duela… Yo aún te elegiría. Quiero que tengas claro que te volvería a buscar en cada vida.

Que volvería a enamorarme de ti en cada mundo.

Todo mi cuerpo se queda paralizado. Mi respiración se congela. Soy incapaz de creer que me acabe de decir lo que me acaba de decir. ¿Acaba de confesarme finalmente que está enamorado de mí?

La lágrima que vuelve a escaparse sin permiso delata a mi afectado y entregado interior. No puedo retener lo que siento cuando se trata de él. Nunca he podido, y no voy a luchar con ello ahora que por fin lo he conseguido.

—Zynael, escúchame atentamente y mírame —me ordena, sosteniendo mi barbilla para que no desvíe mi atención—. Te amo.

Estoy de piedra, completamente quieta, con todo mi ser detenido entre sus brazos. Derribada por sus palabras.

—Joder, te amo —repite—. Te amo tantísimo que ahora me doy cuenta de que no he sentido nada real nunca antes. Juro por mi eternidad que jamás he admirado y venerado a alguien como te admiro y venero a ti. Y juro, por lo que me quede por vivir, por quienes fueron mis padres y por mi sangre… que te amaré para siempre. Hasta morir.

Baja sus ojos a mis labios, que siguen temblando.

—¿Me estás escuchando bien? —insiste—. Juro que te amo y juro que te amaré toda mi vida.

Mis lágrimas comienzan a correr una tras otra, pero esta vez solo puedo sonreír como una tonta.

—Idiota… —Muerdo mi boca, pero no sirve de nada. Estoy tremendamente enamorada y emocionada—. Te he dicho que no quería llorar…

—No dudes nunca de mis sentimientos, Zynael, porque te amo. ¿Lo

sabes? —Sus manos me sostienen la cara y me besa pasionalmente, bebiéndose todas esas lágrimas de felicidad—. Hasta cuando me comporte como un imbécil de verdad, cuando parezca que me he rendido, cuando me aleje… Te amo. Y eso jamás cambiará. Jamás dejaré de amarte y jamás dejaré de soñarte. Juro que te amo con toda mi alma y toda mi existencia. Te amo. No se te ocurra olvidarlo.

Me lanzo contra su boca de nuevo, abrazando su cuello con todo el amor que ha desbordado. Él me besa de vuelta, cerrando los ojos para disfrutarme plenamente. Nuestras lenguas se acarician como nunca. Hoy, por primera vez, nos besamos con los sentimientos de ambos rebelados. Ya no hay tapaderas entre nosotros. Ya no hay filtros. Ya no hay nada que pueda volver a construir esa barrera que durante tanto tiempo ha podido alejarnos.

Nos hemos entregado todo lo que nos quedaba por entregar, y nos hemos hecho un juramento mutuo.

Siempre nos amaremos. Pase lo que pase.

Ambos tenemos claro que eso nunca cambiará.

Sus labios me sueltan un instante y sonríe contra mí, sosteniéndome muy cerca de él para que no me aleje.

—Te amo, Kal'ladril… —Le sonrío de vuelta.

Sus ojos se cierran con deleite, como si no existiese para él mejor regalo que escuchar esas dos palabras de mis labios.

Me siento llena junto a él, como si no hubiésemos perdido nada, como si toda nuestra historia empezara de nuevo. Esta vez sin impedimentos.

Solo él es capaz de eliminar de mi interior todo el dolor.

Solo él es capaz de cicatrizar todas mis heridas.

Y nos amamos, nos amamos como dos amantes no se habían amado nunca antes.

***

Ni siquiera soy consciente del momento en el que hemos dejado el lago para pasarnos al césped, pero continuamos demostrándonos nuestros sentimientos con cada caricia, cada gemido y cada embestida…

El viento sopla suave entre las ramas, trayendo consigo el aroma de las flores silvestres y de las hojas de los árboles. El mundo parece detenido a nuestro alrededor. Ni siquiera los animales de la noche hacen ruido.

Solo estamos él y yo.

Kal'ladril me mira con absoluta devoción, como si no existiera nada más. Como si mi cuerpo y mi alma fueran su único refugio en esta tierra en llamas. Su mirada me recorre despacio, leyéndome. No con los ojos, sino con la memoria. Como si ya me conociera entera, y aun así deseara redescubrirme. Como si quisiera grabarme en su mente para siempre.

La hierba está tibia por culpa de nuestro calor, que incluso podría producir un incendio forestal. Kal'ladril quema tanto, que su temperatura me alcanza antes de que sus manos lo hagan. Todo en él incinera sin violencia cuando me acaricia el rostro, el cuello, las clavículas. Su manera de admirarme como si fuese el mayor de sus tesoros, me quiebra por dentro igual que sus palabras.

—Por Sauthriel, sygära… —susurro contra sus labios—. Te he saboreado muchísimas veces, y aún sigo sin poder aceptar que alguien como tú sea real.

Asiente, pero no parece poder hablar. Mis dedos tiemblan cuando recorren su espalda, sintiendo cada milímetro de su ardiente piel como un juramento.

Agradezco estar viva. Jamás me habría perdonado en el más allá si Velydrel'h no me hubiese devuelto, y me hubiese perdido este momento.

Cada vez que me penetra siento calor y consuelo. Su boca sabe a promesa y a destino. Nos fundimos con el ritmo suave del mundo, al compás de las hojas moviéndose sobre nuestras cabezas y el cielo nocturno brillando con el poder de la Luna. Ese astro que, una vez más, vuelve a ser testigo de este amor que ya ninguno podemos soltar.

Me hace suya sin prisa, con esa entrega total y deliciosa que me hace olvidar dónde termina mi cuerpo y dónde comienza el suyo. El césped se enreda en mi cabello, sus dedos en mi cintura.

El universo se ha paralizado, esperándonos.

Mis ojos buscan el brillo de los suyos, y allí estoy. Reflejada, sonriendo a pesar de todo lo que hemos sufrido, sintiéndome completa.

Continuamos moviéndonos, ignorando el agotamiento. Cada suspiro es una nota. Cada estremecimiento suena como un poema.

—Kal'ladril… —Gimo con fuerza—. Joder, Kal'ladril.

Siento ese palpitar en mi interior que augura el final. El gruñido que él suelta me demuestra que también está listo para llegar.

Aumenta el ritmo.

Y lo aumenta un poco más.

Y cuando el mundo finalmente se quiebra a nuestro alrededor, sacudiendo nuestros cuerpos en la cima del vértigo, me aferro a él como si fuera el último rincón sagrado que me queda.

Solo el cielo nos observa cuando nos desplomamos sobre el césped, jadeantes, sudados, completamente derrotados. Siento que incluso he olvidado cómo respirar. Pero no me quejo. Sé que esta será una noche que recordaré para toda la eternidad.

Sonrío cuando miro la Luna, acordándome de la noche que me lo encontré, agradeciendo a Sauthriel por concederme la locura necesaria que me impulsó a montar a aquel jalaion'h inmenso al que colgué.

Me giro hacia Kal'ladril y me arrastro hacia él, apoyándome sobre su pecho. Aun jadeando. Aun con las piernas entumecidas de tanto amor. Siento su piel ardiente bajo mi mejilla y el latido de su corazón tan fuerte que parece un tambor marcando el paso del tiempo. El césped nos acoge como un lecho.

Me rodea con sus fuertes brazos, como si le costara soltarme incluso ahora. Y me gusta eso. Aunque suene egoísta y engreída, me gusta que me abrace como si tuviera miedo de perderme.

Entonces lo noto moverse. Lo oigo respirar más hondo, como si recordara algo, y se estira hacia un lado, tanteando entre su ropa esparcida junto a nosotros. Me incorporo un poco, aún perezosa, mientras él hurga en los bolsillos de su pantalón.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja.

No responde, solo saca algo con cuidado.

Mi ceja se enarca cuando me muestra esos dos botellines de vidrio transparente, pequeños y compactos. Por un segundo creo distinguir de

qué se trata, y mis ojos se abren como platos.

—¿Eso es tylkainem? —Mi voz suena incrédula—. ¿En serio? — Me río.

Kal'ladril asiente, pero la sonrisa que se asoma en la comisura de sus labios es demasiado fugaz.

—Llevábamos demasiado tiempo sin poder disfrutarlo —Me mira fijamente—. He pensado que este podría ser un buen momento para brindar.

Finjo molestia. Un instante de pausa burlona se cuela en mi expresión.

—¿Tú estás insinuando que soy una borracha? —digo, observándolo con descaro.

Kal'ladril ladea la cara con evidencia y me echo a reír, divertida por su ataque silencioso. Pero no me ofendo. No podría. Lo reconozco.

Finalmente me tiende uno de los botellines y lo agarro con cuidado. Cuando nuestras manos se rozan, noto que está tenso. Lo conozco demasiado bien, pero logra disimularlo al instante, refugiándose en esa expresión neutra que tanto le gusta usar como escudo.

—¿Estás bien? —le pregunto enseguida.

Mira al cielo y después a mí. Su serenidad me tranquiliza.

—Solo me preguntaba qué será de nosotros a partir de ahora.

—Lo iremos viendo —Sonrío. Entonces alzo el vidrio de tylkainem—. Brindemos por ello, y porque sea bueno.

Sus ojos dorados se clavan en los míos con esa intensidad suya que siempre me atraviesa, como si me viera por dentro.

—Será bueno —susurra con la voz baja y firme—. Brindemos por ti. Por la mujer de mi vida. Por el amor que te tengo. Por tu felicidad.

Mi pecho se llena como si hubiera inhalado todo el cielo. Me siento bendecida. Inmerecida. Maravillosamente amada.

Nuestros vidrios se unen mientras nos miramos fijamente.

Y bebo.

De un solo trago.

El tylkainem baja como fuego líquido por mi garganta. Su sabor es perfecto. Lo recordaba delicioso, pero no tanto. Tal vez se deba a la falta de

alcohol de estos últimos días. O tal vez, sí soy una auténtica adicta, y no lo sabía.

Apenas me he limpiado la comisura de los labios con el dorso de la mano, cuando Kal'ladril me vuelve a besar. Con fuerza. Con hambre. Con amor. El botellín se me cae de las manos por el impacto, y no tardo en abrazarlo.

—Te amo… Te amo tanto… —dice sin aliento sobre mi boca—. Te amo, Zynael. Muchísimo más que a mí mismo. Acuérdate.

Lo miro a los ojos. Tan brillantes, tan atractivos y tan llenos de tormenta. Sé que por dentro guarda más heridas de las que puede confesarme. Que aún no está curado. Que llevará tiempo. Que a veces dolerá… Pero debemos ser pacientes.

Tenemos por delante toda la eternidad.

—Yo también te amo, Kal'ladril…

Se acomoda a mi lado y me acurruco de nuevo sobre su pecho, encajando como si estuviésemos hechos el uno para el otro.

No existe momento más mágico que este.

—Podría quedarme así contigo para siempre—susurro, cerrando los ojos.

—Y yo contigo, enana —responde él, tan bajo que casi no lo oigo—. Y yo contigo…

El viento sopla suave sobre nosotros. Las estrellas parpadean, indiferentes y eternas. El calor de su cuerpo me envuelve. Mi respiración se hace cada vez más lenta, más profunda. No puedo borrar la sonrisa de mis labios. Sé que estoy donde debo estar. No podría pedir nada más. Todo se va apagando conforme mis párpados se van cerrando.

Ni siquiera me doy cuenta. Todo mi cuerpo, parte por parte, se va rindiendo.

Su confesión se repite en mi cabeza como una hermosa nana. El eco de su «te amo» será inmortal en mi corazón.

Sempiterno.

Hasta que, finalmente, todo se queda en negro.

Todo lo que tiene que ver con él.
Incluso ese último susurro que escucho rozando mi oído.
—Ni aelyrën, Zynael.



CARTA DE LA AUTORA

Lo primero de todo, lo siento. Siento si te he hecho llorar. Y si ha sido así, también gracias. Gracias por vivirlo tanto y por compartir el sufrimiento de nuestros protagonistas. Porque sí, Kal'ladril… (O Bël'loryel, como tú prefieras llamarlo) y Zynael, son ya tan tuyos como míos a estas alturas.

Gracias por estar aquí una vez más, y de nuevo gracias por haber llegado hasta el final.

Escribir «*La leyenda del nonato*» ha sido toda una experiencia para mí. Ha sido la primera vez que me emociono frente al teclado, y yo no soy una persona de lágrima fácil. Pero lo confieso, también he llorado. Aunque puede que también haya influido el hecho de estar viviendo todo esto. Porque... GRACIAS A TI ESTOY DEDICÁNDOME A MI SUEÑO.

Gracias a esta grandísima oportunidad que me has dado (y también a mi esfuerzo, no me quito mérito) hoy, cuando alguien me pregunta a qué me dedico, ya puedo decir con la barbilla en alto y una sonrisa de oreja a oreja: "Soy escritora". (Y también autónoma, pero eso no es tan divertido…) Nunca me cansaré de repetírtelo: **Los sueños se cumplen**. Solo debes creer en ti mism@ y luchar por ellos. Porque eso sí, nadie nos los da hechos.

Has llegado a la mitad del camino, en este momento te quedan dos libros más de la saga Elthymeron. Yo voy a seguir trabajando cada día para seguir mejorando, y para que ni una sola página de esta tetralogía te decepcione.

Dicho esto, quería pedirte un último favor para poder seguir dedicándome a lo que tanto amo 🕮 Como autora independiente, las

reseñas de las personas que, como tú, han llegado al final de uno de mis libros, lo son todo. No sabes lo mucho que influyen en la decisión de esas posibles futuras personas que puedan estar pensando si leerse o no esta historia.

Te prometo que a ti no te tomará mucho tiempo, y que para mí implicará una gran diferencia. De hecho, para compensarte por tu ayuda, te regalaré un descuento de 1'50€ para el siguiente libro de la saga.

Si te interesa, solo tienes que dirigirte a la web Goodreads, y buscar el título de este libro que acabas de terminar.

www.goodreads.com

Una vez hecha tu reseña y escrita tu opinión, debes hacer una captura y mandármela al email:

cynthiaparrenoperez@gmail.com

Poniendo de concepto: DESCUENTO3 POR RESEÑA y TU NOMBRE Y APELLIDOS. Así no tendré pérdida para encontrarte a la hora de aplicarte el descuento cuando quieras comprar el siguiente libro.

Una vez más, darte las gracias, y recordarte que estoy en Instagram subiendo nuevo contenido siempre que puedo.

Agöralhi og deol, zalèüh.

CYNTHIAPARRENOPEREZ

AGRADECIMIENTOS:

Para empezar, me gustaría darle las gracias a Tao. Una vez más. Gracias, amor de mi vida, por ser mi mejor amigo y el más indispensable y perfecto de los apoyos que jamás he tenido. Eres un hombre mágico e increíble, de los que pensaba que no podían existir. Gracias por acompañarme en cada paso que doy, a cada evento, por ayudarme, por motivarme, por ensalzarme cuando me siento muy abajo… Gracias por recordarme que no soy peor si me equivoco, y que me debo perdonar. Gracias por darme la mano y continuar a mi lado a pesar de todo, por levantarte cada día y trabajar como el que más, por tu mejor versión y por la peor. Gracias por ser mi hogar. No sabría escribir a un buen protagonista si no te hubiese conocido. Te quiero. Cada una de estas páginas es tuya.

También darle las gracias a mi madre, a mi padre, a mi mamina y a mi hermana, por emocionarse con cada uno de mis logros y confiar en mí cuando quise seguir por este arriesgado camino. Sois mi motivación y mi mayor inspiración.

Gracias de nuevo a Paloma, mi Idril, por demostrarme el significado de una amistad inquebrantable sin importar las diferencias que nos separen. Eres una de las personas más leales que he conocido. Gracias por ser mi mejor amiga, y mi hermana de otra sangre. Contigo hasta la muerte, pase lo que pase.

De nuevo, darle las gracias a mis magníficos colaboradores. A Sereia, Elena, Alexandra, Mónica, Adrián, Cris y Eva. Gracias por seguir aquí un libro más. Ya no podría imaginar este camino sin vosotros.

Y para terminar, darle las gracias a los mejores compañeros de trabajo que he tenido en la vida. Gracias transformar cada evento en un momento entre amigos; por darme la manita cuando acababa de empezar y por invitarme, aconsejarme y acompañarme. Ali, Andrés, Cris, Irene y Marina… Os quiero. Mucho.

